

**PRESENCIA Y ACCIÓN ESPAÑOLAS EN
LAS ISLAS MARIANAS (1828-1899)**

TOMO I

TESIS DOCTORAL PRESENTADA POR
BELÉN POZUELO MASCARAQUE

DIRIGIDA POR
PROF. DR. JOSÉ U. MARTÍNEZ CARRERAS

MADRID, 1997

22390

I

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
DEPARTAMENTO DE HISTORIA CONTEMPORANEA

(...) Islas Marianas, que agonizan perdidas y olvidadas en la inmensidad de los mares, en lugar de disfrutar, en medio de una vida activa y próspera, del bienestar moral y material que de derecho les corresponde por su situación geográfica y por pertenecer, por derecho, hace más de tres siglos y medio y de hecho más de dos, a la que fue poderosa Nación Española, y ejerció como tal el predominio de los mares, en particular del en que están situadas las Marianas: <<Oasis perdido en medio del Pacífico del Norte, en cuyo Oasis la vida no desaparece por la benignidad del clima, gracias a la Divina Providencia, que domina al olvido de los hombres>>.

Agaña, 20 de Julio de 1887.

(Francisco OLIVE Y GARCÍA: Islas Marianas. Ligeros apuntes acerca de las mismas, porvenir a que pueden y deben aspirar y ayuda que ha de prestar la Administración para conseguirlo, Manila, Imprenta y Litografía de M. Pérez (Hijo), 1887, p. 105.



* 5 3 0 9 8 4 0 7 3 9 *
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

I N D I C E G E N E R A L

Páginas

TOMO I

INTRODUCCIÓN	vii
ABREVIATURAS	xxxii
 I. DESCRIPCIÓN GEOGRAFICA DE LAS ISLAS MARIANAS	 1
- Situación geográfica	1
- Poblaciones	11
- Distancias terrestres y marítimas	14
- Edificios públicos	17
- Fortificaciones militares	19
- La capitalidad del archipiélago: proyectos de traslación	27
 II. LAS ISLAS MARIANAS HASTA 1828: REFORMAS Y CAMBIO EN LA ORIENTACIÓN POLÍTICA DEL ARCHIPIÉLAGO	 34
- Antecedentes: descubrimiento de las islas de Los Ladrones	34
- Conquista y evangelización (1668-1681)	38
- Las guerras chamorras y el establecimiento de la autoridad militar	41
- La administración del archipiélago (1681-1817)	43
- El Galeón de Acapulco	47
- Nuevos cambios: expulsión de los jesuitas	48
- La incidencia de las independencias americanas	51
- Las reformas de 1828	52
a) Iniciativas desde la Península: la Memo- ria sobre las islas Marianas	52

b) Iniciativas desde Ultramar: el Reglamento Ricafort	58
III. EL SISTEMA POLÍTICO-ADMINISTRATIVO. LAS FUERZAS MI- LITARES	71
- La administración insular: parte gubernativa	71
- Orden económico	73
- Parte eclesiástica	74
- Ramo de justicia	78
- La administración municipal	82
- Evolución de las fuerzas militares	82
- La disolución de la Compañía de Dotación..	93
- La reforma de las Milicias Urbanas	103
IV. EL MOVIMIENTO MARÍTIMO EN LAS ISLAS MARIANAS	113
- Expediciones y viajes científicos	113
- El establecimiento de la Capitanía de Puerto	115
- Ramo de Marina	120
- Buques balleneros	121
- Buques nacionales: el servicio de correos	128
- Comunicaciones terrestres	139
V. POBLACIÓN Y SOCIEDAD. SALUD PÚBLICA: LOS LAZARINOS .	146
- Primeros censos	146
- La población en el siglo XIX	150
- Los residentes extranjeros	163
- Las representaciones extranjeras	169

- Proyectos de inmigración: chinos en Marianas	174
- Antropología: la sociedad ancestral	186
- La sociedad tradicional	191
a) Rasgos físicos e indumentaria	191
b) Costumbres sociales	193
c) Alimentación	202
d) Fiestas religiosas	204
- Los enfermos lazarinos: salud pública	205
 VI. LA POBLACIÓN CAROLINA EN MARIANAS	 241
- Los primeros contactos con carolinos (s. XVIII) ...	241
- La repoblación de Marianas: carolinos en las islas del Norte	245
- Los carolinos de Guam: el barrio de Mª Cristina ...	266
- Las islas del Norte entre 1885 y 1899	274
- La isla de Rota	277
- Tinian	285
- Saipan	296
 VII. EL ARRENDAMIENTO DE LAS ISLAS DEL NORTE	 310
- Instrucciones de gobierno	311
- El arrendamiento de las islas	315
a) Agrigan	315
b) Pagan	323
- El caso de Tinian	327
- Acuerdos sobre Agrigan	336
- Últimas propuestas de arrendamiento	340

VIII. EL SISTEMA MUNICIPAL Y LAS ELECCIONES LOCALES	353
- Antecedentes: el sistema municipal hasta 1822	353
- Los Ayuntamientos en el Trienio Constitucional (1822 1825)	364
- Reformas de Francisco Ramón Villalobos	370
- Consolidación del sistema desde el decreto Clavería (1847)	379
- La nueva legislación de 1889	404
IX. IMPUESTOS, RENTAS Y CONTRIBUCIONES. LA PRESTACIÓN PERSONAL	420
- El sistema impositivo	420
- Propuestas de reforma desde 1881	424
- La prestación personal y el impuesto provincial ...	432
TOMO II	
X. VIDA ECONÓMICA: AGRICULTURA, GANADERÍA, INDUSTRIA Y COMERCIO	464
- Agricultura	466
a) Evolución del dominio útil	468
b) Debate sobre la composición de terrenos realengos	485
c) Condiciones geográficas y cultivos	503
- Ganadería	522
- Industria	531
- Comercio	534
XI. EL SISTEMA EDUCATIVO	558

- La fundación del Real Colegio de San Juan de Letrán	559
- La instrucción primaria	568
- El nuevo impulso educativo (1843-1862)	584
- Reformas durante el mando de Felipe de la Corte (1855-1866)	590
- La enseñanza en los últimos años de la presencia española	610
 XII. EL SISTEMA PENITENCIARIO. PRESOS Y DEPORTADOS EN MA- RIANAS	 651
- Proyectos de desarrollo del archipiélago: iniciati- vas desde Ultramar	651
- Realizaciones concretas: presos políticos	664
- Iniciativas desde la Península	669
- Realizaciones concretas: deportados a Ultramar	673
- La deportación en las islas Marianas	689
- Los indultos a los deportados	698
 XIII. LA SITUACIÓN INTERNACIONAL: ESPAÑA ANTE EL EXPAN- SIONISMO JAPONÉS	 708
- Antecedentes: notas sobre los intereses británicos y alemanes en la Micronesia	708
- Los intereses japoneses: España ante el expansio- nismo japonés	718
A) Primera fase, 1885-1891	721
B) Segunda fase, 1891-1895	739
- La expedición Pita da Veiga	753
- España ante la guerra chino-japonesa	756
C) Tercera fase, 1895-1898	761

XIV. EL DESMANTELAMIENTO COLONIAL (1898-1899)	802
- La toma de Guam por los americanos	806
- El Tratado de París	813
- La reorganización de la administración española: el nuevo Gobierno de Saipan	815
- La venta de Marianas del Norte a Alemania: el final de la presencia española	821
 CONCLUSIONES	 842
 FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	 863
 GLOSARIO	 885
 APÉNDICE	 890

I N T R O D U C C I Ó N

INTRODUCCIÓN

La presente tesis doctoral estudia la presencia española en las islas Marianas a lo largo del siglo XIX; más concretamente, entre 1828, fecha en que la promulgación del Reglamento Ricafort pone en práctica un nuevo modelo colonial en el citado archipiélago una vez que se produce la independencia de la América española, y 1899, momento en que tras un proceso de redistribución colonial, España, después de haber cedido Guam a EEUU en virtud del Tratado de París de diciembre de 1898, vende el resto de la Micronesia española a Alemania.

Se trataba de analizar dos planos, por un lado, el interno, encaminado al análisis del funcionamiento político, administrativo, económico, social y cultural -incluyendo la dimensión religiosa- del archipiélago mariano, tratando de dilucidar la huella española y el proceso de aculturación indígena una vez establecido el dominio español en la región, y por otro, el plano externo, en relación con la posición española en el marco más amplio del colonialismo en el Pacífico.

Uno de los objetivos de este trabajo es completar el conocimiento histórico de la Micronesia española ya que hasta ahora, los estudios actuales referentes al Extremo Oriente en general son relativamente numerosos y, sin embargo, faltaba una parcela aún por analizar, la referente a las islas Marianas.

Es bien conocida la historia o presencia española en las islas Filipinas gracias fundamentalmente a los trabajos de los profesores Dr. Leoncio Cabrero, de la Dra. Lourdes Díaz-Trechuelo y del Dr. Antonio García-Abásolo, así como de otros reconocidos

filipinistas como el Dr. Leandro Tormo Sanz o los diplomáticos D. Pedro Ortíz Armengol o D. Antonio Molina. Por su parte, las islas Carolinas y Palaos son conocidas sobre todo por la tesis que M^a Dolores Elizalde Pérez-Grueso leyó en la Universidad Complutense de Madrid, dirigida por el profesor José M^a Jover Zamora, en 1987.

Sobre las islas Marianas no existe un estudio actual referente a la presencia española; hay algunos de autores americanos, como los trabajos de Paul Carano, Don A. Farrell o Robert F. Rogers, pero son generales y abarcan desde el descubrimiento hasta nuestros días.

En mi opinión, el interés de esta tesis radica en que es el primer estudio completo en el que se han utilizado muchas de las fuentes disponibles sobre el siglo XIX contenidas en archivos tanto españoles como extranjeros.

Sobre el estado actual de la cuestión, y además de los ya citados, habría que destacar los trabajos de la profesora Teresa del Valle, tanto en el campo históricos como en el antropológico; sobre el idioma local, la lengua chamorra, son de obligada cita los estudios de Carmen Paloma Albalá y de Rafael Rodríguez Ponga. Por último, habría que destacar la tarea de las profesoras Marjorie G. Driver y Omayra Brunal-Perry, con sus trabajos de transcripción, traducción al inglés y publicación de numerosos documentos históricos, principalmente del siglo XIX.

Una de las mayores dificultades a la hora de realizar este trabajo ha consistido en la dispersión de los documentos; y ello por una razón: cuando EEUU se hizo cargo de Guam, la documentación que había en la isla referida a todos los ramos de la

Administración de la misma desde tiempo atrás pero especialmente del siglo XIX, quedó bajo su custodia y pocos papeles son los que llegaron a España.

Ello planteaba el problema de localizar dichos documentos, y gracias a la ayuda del Doctor José Luis Porras, pude comprobar no sólo que estaban en la U.S. Library of Congress de Washington, sino que en la propia isla de Guam había un centro de investigación dependiente de su Universidad, el Micronesian Area Research Center (MARC) y precisamente allí se encontraba toda la documentación, fotocopiada y microfilmada, referente a la historia de las islas Marianas.

Es una documentación procedente del archivo americano, que se complementa con otra de varios archivos españoles y del propio Philippine National Archives de Manila, recopilada durante años merced a los esfuerzos principalmente de dos mujeres, la hermana Felicia Plaza, española ya fallecida, y la americana Marjorie G. DRIVER, residente desde hace muchos años en la isla de Guam.

Entre el 17 de septiembre y el 31 de octubre de 1991, en el marco de la convocatoria de **Becas para estancias breves en el extranjero**, estuve trabajando en el MARC, donde se me ofreció toda la ayuda posible para llevar a cabo mi investigación, especialmente de la mano de Doña Marjorie G. Driver, de la doctora Omayra Brunal-Perry, colombiana afincada en el país, y del entonces su director, el Dr. Hiro Kurashina.

El mencionado organismo universitario, en el que trabajan profesores de diferentes disciplinas (Geografía, Historia, Antropología, etc.), posee una especializada Biblioteca con ricos fondos sobre la Micronesia en general, y una importante Sección,

la Spanish Document Collection, dedicada única y exclusivamente a la historia colonial de los tres archipiélagos micronesios, Marianas, Carolinas y Palaos, durante la etapa de la colonización española, entre los siglos XVI y XIX.

En esta última Sección, al cargo de la profesora Marjorie G. Driver, a lo largo de los más de veinte años que lleva funcionando el MARC, se ha logrado recopilar una muy nutrida información documental, en microfilms y fotocopias, procedente de diferentes archivos, tanto nacionales como extranjeros, entre los que cabe citar los siguientes:

- National Library of Congress de Washington;
- Philippines National Archives de Manila;
- Archivo General de la Nación de México;
- Archivo General de Indias de Sevilla;
- Archivo Histórico de la Provincia de Aragón de San Cugat del Vallés, Barcelona;
- Archivo Histórico Nacional de Madrid;
- Museo Naval de Madrid.

Dado el carácter de mi trabajo, centrado en el siglo XIX, los archivos más importantes son el de Washington y el de Manila, además de los dos archivos de Madrid, el Archivo Histórico Nacional y el Museo Naval. El Archivo General de Indias, así como el Archivo General de la Nación de México, contienen documentación referente a los siglos anteriores; en cualquier caso, son de gran interés porque ofrecen una visión más clara de la etapa histórica precedente a los años 30 de la pasada centuria. Muy interesante ha sido también la consulta del archivo de Barcelona,

sobre todo por la documentación referente al sistema educativo en las islas Marianas (Archivo Histórico de la Provincia de Aragón: AHPA, E-I-C-6).

La colección originaria de la U.S. Library of Congress procede de la "Manuscript Division" y, catalogada como "The Records of the Spanish Colonial Government in the Mariana Island", está dedicada casi en su totalidad al siglo XIX, aunque abarca las fechas entre 1678 y 1899, siendo éstos los documentos que dejaron los españoles tras la cesión de la isla de Guam, la más importante del grupo de las Marianas, a EEUU, y que las autoridades americanas no permitieron sacar de la isla. En 1903, los documentos fueron transferidos al archivo Washington por el Navy Department.

La documentación está organizada en ciento cincuenta y siete items distribuidos en treinta volúmenes fotocopados, que equivalen a doce rollos de microfilms. Cada item abarca diferentes períodos cronológicos sobre muy distintas materias; en líneas generales, pueden establecerse cuatro períodos: 1795-1801; 1818-1826; 1855-1866; y 1870-1898.

Hay, a su vez, dos volúmenes mecanografiados a modo de índice preparado para el MARC por la mercedaria Felicia Plaza: "Table of contents to the records of the Spanish colonial government in the Mariana Island, 1678-1899".

Esta documentación consiste en material original y copias contemporáneas, e incluye reales decretos, órdenes de y a los gobernadores, asuntos de la Iglesia (items 100-103), juicios, normas de regulación interior del gobierno de las islas Marianas, procesos electorales, informes sobre el estado de las es-

cuelas y de la educación en las Islas, etc.

Los items 1-15 recopilan reales decretos enviados a Marianas entre 1678-1843 (item 1) y 1856-1865 (items 2-15), así como edictos e instrucciones dadas al Gobernador del archipiélago; son también interesantes los documentos referentes al arrendamiento de la isla de Agrigan (que se complementan con los contenidos en los items 76-77); envío de misiones a Saipan y Tinian; medidas de salud pública; establecimiento del consulado americano en Agaña; informes sobre la llegada de buques extranjeros a los puertos de Agaña, Apra y Umata en Guam, etc.

Uno de los grandes temas de interés es el relativo a la colonización penitenciaria, objetivo de diferentes Gobernadores, en parte para aliviar la escasez de población que ahogaba el desarrollo de la pequeña provincia española de las Marianas; una exhaustiva estadística sobre el estado de la población en los años 90 puede verse en el item 99. Ello está en relación con la llegada de cientos de deportados políticos españoles peninsulares y filipinos en la década de los años 70, y también deportados por delitos comunes, principalmente filipinos, a lo largo del siglo.

La información que conserva este archivo sobre deportados peninsulares, especialmente cantonales de Cartagena (item 7) aunque también algunos republicanos y carlistas, se complementa con la procedente del Archivo Histórico Nacional de Madrid (AHN: Ultramar-Filipinas: legajo 5.222).

En general, sobre el Presidio de Marianas y la situación de los presidiarios, son de destacar los items 93-96 y 114-120, estos últimos de la época de D. Felipe de la Corte y Ruano (1855-1866), quizá el Gobernador más importante del siglo XIX.

Los items 145-148 se refieren a instrucciones dadas por este Gobernador con objeto de potenciar la retrasada agricultura del archipiélago; de la Corte, obsesionado por el desarrollo material de las Marianas, propuso al Gobernador General de Filipinas la importación de braceros chinos, punto interesante ya que la negativa de las autoridades españolas se debió al temor a una injerencia extranjera.

De enorme interés para mi investigación han sido los documentos relacionados con el proceso electoral y representación local indígena, que ofrecen un análisis completo sobre el funcionamiento del sistema "democrático" en las islas Marianas a lo largo del siglo XIX (documentación entremezclada entre los items 20-24 y 121-124).

Como ejemplo, en el caso de las elecciones en la ciudad de Agaña para el bienio de 1891-1893, primeramente se reunían en la Casa Gobierno de esta cabecera, el Gobernador Político-Militar (siempre español, en este caso, D. Joaquín Vara del Rey); el Gobernadorcillo actual (siempre indígena, cuyo cargo era similar al de un alcalde); un Cabeza pasado (los Cabezas de Barangay eran los representantes de agrupaciones de determinado número de familias, generalmente, cuarenta o cincuenta; quince Cabezas actuales; y dieciséis Capitanes o Principales pasados (aquellos que hubiesen desempeñado el cargo de Gobernadorcillo o Cabeza durante determinado tiempo -en torno a los diez años, dependiendo de la isla-). En dicha reunión se procedía a la designación de una Junta electoral de trece miembros que, a su vez, elegía los cargos de Gobernadorcillo y demás Ministros de Justicia siguientes:

- Gobernadorcillo (se proponían tres nombres para s e r elegido el más votado)
 - Un Teniente Primero
 - Un Juez de Sementeras
 - Un Juez de Ganados
- Subalternos del Pueblo:
 - Un Teniente Segunda
 - Un Teniente Tercera
 - Un suplente
 - Dos Alguaciles del Tribunal y un suplente
 - Dos Alguaciles del Juzgado
 - Dos testigos acompañados del Gobernadorcillo
 - Cinco Tenientes de Barrio (uno por Barrio: Anigua, Asan, Tepungan, Sinajaña y María Cristina).

Dicha lista se presentaba al Gobernador, quien pedía informes al Cura Párroco de la ciudad sobre los nombres propuestos; muchas veces retocaban los cargos elegidos y, tras tener una lista a su satisfacción, la remitían al Gobernador General de Filipinas, responsable, en último caso, de su aprobación.

Este procedimiento electoral, que seguía el modelo filipino, fue introducido en Marianas en la década de los años 30; hasta la fecha, las designaciones de estos cargos, muchas veces con otros nombres y con diferentes funciones, correspondían personalmente al Gobernador Político-Militar.

Los items 25-38 contienen informes de los Gobernadores e investigaciones sobre diferentes asuntos fechados entre 1796 y 1806, sobre todo criminales, mientras que los items 39-50 y 51-71, abarcan temas similares entre los años 1828-1831 y 1835-1846, y 1852-1873, respectivamente. Los items 78-92 recogen investigaciones criminales y administrativas de los últimos catorce años de la presencia española; de particular interés es el item 82 que se refiere al expediente formado con motivo del asesinato en 1884 del que fuera Gobernador Político-Militar, D.

Angel Pazos.

El fomento de la salud pública fue una constante a lo largo del siglo XIX, principalmente por haber en las islas Marianas una importante comunidad de enfermos lazarinos (leprosos): el ítem 72 es un informe sobre la tuberculosis; los ítems 108-113 se refieren a temas de salud pública en general.

Otro tema fundamental para el estudio de las islas Marianas es el sistema educativo, que fue uno de los objetivos prioritarios de las autoridades españolas.

Ya desde la llegada de las primeras misiones jesuíticas en 1668, encabezadas por el recientemente beatificado Padre Diego Luis de Sanvitores, los españoles se preocuparon por crear en las islas distintas escuelas; para fomentar la educación, fue fundamental la acción de la obra pía de San Juan de Letrán, dotada por la reina Mariana de Austria, que poseía un colegio en Agaña, la capital del archipiélago.

A lo largo del siglo XIX, derivado especialmente de la escasez de medios tanto económicos como humanos, el estado de las islas Marianas era bastante precario. A pesar de ello, fueron establecidas escuelas de primeras letras en otras pequeñas poblaciones de Guam como Agat, Umata, Merizo o Inarajan.

Las estadísticas sobre la asistencia de alumnos a las escuelas de los pueblos y de la capital, colegio de San Juan de Letrán, así como diferente información sobre el estado de las escuelas y de la educación, son muy numerosas en esta documentación (ítems 104-107).

Uno de los objetivos fundamentales, principalmente para afirmar la soberanía española en el archipiélago frente a esas

grandes potencias que se están apresurando a repartirse el mundo, era la enseñanza del idioma castellano que, aunque lengua oficial, no era hablado por una población indígena que seguía manteniendo su propia lengua, el chamorro, si bien con muchísimos vocablos castellanos. También la documentación sobre este problema es abundante (por ejemplo, reales órdenes para potenciar la lengua; beneficios a la población indígena que conociera nuestro idioma, siendo los preferidos para los cargos de Gobernadorcillos y ministros de Justicia; traducciones de gramáticas y diccionarios castellanos a la lengua chamorra, etc.).

Mención aparte merecen otros tres volúmenes fotocopiados que incluyen memorias de Gobernadores de las Marianas sobre el estado de las islas y las propuestas de reforma de los mismos, así como censos de población y estadísticas generales sobre el archipiélago.

La documentación del Philippines National Archives complementa y amplía la del archivo de Washington, y corresponde a la sección Marianas.

En la escala que realicé en Manila con dirección a Guam, tuve oportunidad de conocer el mencionado archivo, bastante deteriorado en la actualidad a causa de las condiciones climáticas del archipiélago filipino, cuya responsable, Dña. Teresita R. Ignacio (Chief Archives Division), me facilitó la consulta de las referencias de los fondos relativos a mi trabajo de investigación.

En el MARC conservan microfilmada y fotocopiada toda la

sección de Marianas, la de Carolinas, y la documentación referente a Marianas contenida en otros legajos sueltos del archivo filipino.

Estos últimos legajos están aún sin catalogar en el MARC, y, únicamente fotocopiados, se citan como Unprocessed Bundles; son los siguientes: Chinos (censos de 1890-1891 de este grupo racial en Marianas); Elecciones de Gobernadorcillos; Escuelas (documentación principalmente de tipo administrativo: cuentas de cargo y data a lo largo de diferentes años); impuestos (prácticamente irrelevantes dada la penuria económica de las islas); Memorias (por ejemplo, la del gobernador Luis Santos escrita en 1891); Obras Pías (información sobre la de San Juan de Letrán, que era la que financiaba la educación en Marianas); prestación personal (obligatoria para todos los varones de edades comprendidas entre los 18 y los 60 años, que debían realizar trabajos comunales); Quintas; Rentas, y Terrenos.

La colección de documentos sobre las islas Marianas en el período colonial español comprendido entre 1718-1899, está integrada en el MARC por treinta y ocho volúmenes microfilmados procedentes del Ateneo de Manila University.

Esta documentación está inventariada en diferentes períodos cronológicos que no siguen un orden consecutivo: entre los más interesantes, hay que destacar los siguientes: 1822-1898; 1855-1898; 1856-1898; 1850-1892; 1850-1894; 1851-1897; 1858-1898; 1858-1892; 1850-1880; 1876-1898; y 1879-1896.

Hay un índice mecanografiado de cada periodo, y para facilitar su consulta, todos los rollos de microfilm se encuentran fotocopiados y clasificados en legajos distribuidos en más de

cincuenta volúmenes encuadernados. Un índice cronológico de toda la documentación, realizado por la profesora M. Driver, completa este archivo.

Los temas que se recogen son similares a los del archivo de Washington, como queda señalado: procesos electorales; educación; sistema de propiedad de la tierra; salud pública; deportación cantonal, republicana y carlista; colonización penitenciaria; edificios públicos; fortificaciones; mapas y planos, etc.

Aunque se repitan los temas, es muy difícil que la documentación sea la misma, con lo que la consulta de ambos archivos es necesaria para comprender el funcionamiento interno de las islas Marianas en el siglo XIX.

Quizá de lo más destacable de este archivo sea la documentación sobre procesos electorales, ya que hay datos desde los años 50: ello permite ver los nombres de quienes desempeñaron los cargos de gobernadorcillos y demás ministros de justicia a lo largo de toda la mitad del siglo, y puede afirmarse que prácticamente fueron los mismos.

Además, se incluyen datos del proceso electoral no sólo en las diferentes poblaciones de la isla de Guam, sino también de otras islas como Rota y Saipan.

Destacar, por otro lado, los papeles referentes a las relaciones de las islas Marianas con el también archipiélago español de las Carolinas a través de sucesivos asentamientos de carolinos en el archipiélago mariano desde finales del siglo XVIII. Sobre este aspecto, y completando esta documentación, es fundamental la obra de Glynn BARRAT: Carolinean contacts with the islands of the Marianas: The European Records. Micronesian

Archeological Survey, Report Series n° 25, Saipan, 1988, y más recientemente, la de Marjorie G. DRIVER y Omayra BRUNAL-PERRY (compils.): Carolinians in the Mariana Islands in the 1800s, MARC, University of Guam, 1996.

La Biblioteca del MARC, en la sección de Pacific Collection, contiene una copiosa bibliografía especializada, tanto de los siglos pasados como del actual.

La bibliografía del siglo XIX consiste, principalmente, en memorias e informes de navegantes y militares españoles y extranjeros; también hay información sobre la acción de los misioneros jesuitas y, en especial, sobre la figura de Sanvitores, como recoge el importante trabajo de Felicia PLAZA: Sanvitores. Bibliografía de las materias existentes en el M.A.R.C., MARC, 1975.

Como botón de muestra, pueden citarse las siguientes obras decimonónicas:

- Jean Pierre E. JURIEN DE LA GRAVIERE: Voyage en Chine et dans les mers et archipels de cet empire pendant les annes 1847-1848-1849-1850, París, Charpentier Libraire-Editeur, 1854.
- William HASWELL: "Remarks on a voyage to the Mariana Islands in the XIXth century", in Historical Collections of the Essex Institute, Vol. LIII, July 1917, n° 3.
- Alfred MARCHE: Repport General sur une mission aux iles Mariannes, París, 1889.
- Joseph WHEELER: Report of the island of Guam, Washington, U:S: Army, Government Print. Off., 1900.

Hay que destacar que el MARC ha realizado numerosas transcripciones y traducciones tanto de documentos de interés como libros e informes de diferentes autores del siglo XIX, siendo muchos de ellos publicados. Entre los primeros, citar la

recopilación realizada por Marjorie G. DRIVER y Omayra BRUNAL-PERRY: Reports Concerning the Mariana Islands. The Memorias of 1844-1852, MARC, University of Guam, 1996, edición bilingüe en la que las autoras incluyen informes o memorias tales como una "Descripción de las islas Marianas", del Gobernador Gregorio Santa María (1848), la memoria del Gobernador Pablo Pérez (1849-1852), la de Nicolás de Saavedra, titulada "Noticias interesantes de las islas Marianas", otras dos más de Juan Ruiz Roda, y una última del padre Vicente Acosta, de 1852.

Por lo que se refiere a los segundos, cabe destacar los siguientes:

- Aniceto IBAÑEZ DEL CARMEN: Chronicle of the Mariana Islands, MARC, Publication Series n° 5, 1974 (trans. de M.G. Driver).
- Francisco Ramón de VILLALOBOS: Geographic, Military and Political Description of the Island of Guam, MARC, Working Papers n° 8, 1979 (trans. de Felicia Plaza; está publicado también en español: MARC Working Papers n° 7, 1979).
- Hermann H.L.W. COSTENOBLE: The Marianas, MARC, Working Papers n° 33, 1981 (trans. de S. de C. Wilkins)
- Francisco OLIVE Y GARCIA: The Mariana Islands: Random Notes Concerning Them, MARC, Publication Series n° 10, 1984 (trans. de M.G. Driver).
- Antonio de PINEDA: Guam Diary of Naturalist, MARC, Publications Series n° 11, 1986 (trans. de Víctor F. Mallada y editada por M.G. Driver).
- Alejandro PARREÑO: A Report on the Mariana Islands, MARC, Working Papers n° 55, 1991 (trans. de M.G. Driver).

De gran interés son los informes de militares y analistas americanos escritos en los primeros años del presente siglo, sobre el estado de la isla de Guam desde que fuera capturada por los EEUU; entre ellos, señalar los de Francis M. PRICE: "The island of Guam and its people", Missionary Review of the World, n° 1, January, 1902; E.J. DORN: Report of Guam, Agaña, 1910; L.M. COX: The Island of Guam, 1904, Edición revisada en 1910, 1911 y

1916, Washington Government Printing Office, 1917; William Edwin SAFFORD: "The Island of Guam", Addresses Delivered and Papers Read before the District of Columbia Society, Washington, March, 1912; o Earl H. ELLIS: Report of a military reconnaissance of the island of Guam, 1914-1915, Agaña, 1915;

La bibliografía del presente siglo sobre las islas Marianas, de imposible localización en España, abarca también diferentes aspectos sobre la historia del archipiélago.

Por un lado, pueden mencionarse los trabajos de investigación inéditos presentados en diferentes universidades americanas, tales como los de Rowland HILL HARVEY: The history of the Mariana Islands, University of Southern California, 1920; de Paul Fleming DUGAN: The early history of Guam, 1521-1698; a thesis, San Diego State College, 1956; de la antropóloga española Teresa del Valle, actualmente profesora en la Universidad de San Sebastián: The importance of the Mariana Islands at the beginning of the XIXth century; a thesis, Saint Louis University, 1969; un resumen revisado de este último está publicado con el título de The Mariana Islands in the early nineteenth century, MARC, Working Papers n° 20, 1980; o de Maritza R. DEL PRIORE: Education on Guam during the Spanish Administration from 1668 to 1899, University of Southern California, 1986.

Habría que señalar también las historias generales sobre el archipiélago, aunque no son excesivamente exhaustivas, como las de Paul CARANO y Pedro C. SANCHEZ: A Complete History of Guam, Rutland, Vermont and Tokyo, Charles E. Tuttle, 1960; y Charles BEARDSLEY: Guam, past and present, Tokyo, 1960; o las más recientes de Don A. FARRELL: History of the Northern Mariana Islands, Saipan, Public School System, Commonwealth of the Northern Mariana Islands, 1991; Pedro C. SANCHEZ: Guaham Guam. The History of our Island, Agaña, Guam, Sánchez Publishing House, 1991; y Robert F. ROGERS: Destinity's Landfall. A History of Guam, University of Hawai'i Press, 1995.

Para completar esta rápida visión sobre las materias existentes en el MARC, simplemente destacar las revistas Guam Recorder, publicada entre 1924 y 1979, tras el paréntesis de la Segunda Guerra Mundial, y Pacific Profile, que contienen trabajos

relacionados con la presencia española en las islas Marianas, bien como traducciones de contemporáneos a los acontecimientos históricos, bien como artículos de investigación. Sobre los primeros, baste citar el de Luis DE MORALES, escrito en el siglo XVII y publicado con el título: "The great Spanish-Chamorro war", in Pacific Profile, n°s 2-6, March-June 1964; y sobre los segundos, el de Jesús S. GUERRERO: "Economic History of Guam", in Guam Recorder, n°s. 2-4, 1972.

Sin lugar a dudas, mi tarea en el mencionado centro ha sido muy positiva, tanto por la localización de unas fuentes fundamentales para mi trabajo de investigación, como por haber entrado conocido a un grupo de investigadores que se preocupan por una historia que, en definitiva, forma parte de la de nuestro país, a pesar de que el desconocimiento aquí sobre aquel lejano territorio es francamente manifiesto.

Esta bibliografía, de imposible localización en España, se complementa con la procedente de la Biblioteca Nacional de Madrid, de la Bibliothèque Nationale de París, y con la Biblioteca de la School of African and Asian Studies (SOAS) de Londres.

En la Biblioteca Nacional se encuentran los fondos procedentes de la antigua Biblioteca de Ultramar localizados en diferentes Secciones tales como la Sala General, Hispanoamérica o Investigadores.

Se trata de un conjunto de obras que, tanto por su número como por su contenido, ponen de manifiesto el interés que suscitó entre un determinado círculo de autores el estudio de temas referentes al Pacífico español en concreto, y al Oriente en general, en un ambiente de clara conciencia de crisis colonial.

A modo de referencia, habría que destacar primeramente los estudios de tipo geográfico tales como el de Francisco COELLO: Atlas de España y sus posesiones de Ultramar: islas Marianas, Carolinas y Palaos, Madrid, 1863, o el de Francisco BARANERA: Compendio de geografía de las islas Filipinas, Marianas y Joló, Manila, 1880.

Una buena parte de las obras se refiere a las posesiones españolas globales en esa zona del Pacífico; en conjunto, puede

decirse que su contenido pone de relieve la evolución histórica colonial desde la época del descubrimiento a comienzos del siglo XVI, avanzando hasta la pasada centuria. Así, cabe señalar obras de autores como José MONTERO Y VIDAL: El archipiélago filipino y las islas Marianas, Carolinas y Palaos, Madrid, 1868; Manuel SCHEIDNAGEL: El archipiélago de Legazpi: estudios acerca de nuestro imperio oceánico, Madrid, 1890, o R. BELTRAN Y ROZPIDE: Descubrimiento de la Oceanía por los españoles, Madrid, 1892.

Tampoco falta bibliografía que se dedica en concreto a la Micronesia española, es decir, a Marianas, Carolinas y Palaos; por ejemplo, las obras de Juan Guadalberto GÓMEZ: Las islas Carolinas y las Marianas, Madrid, 1885, trabajo concebido con carácter de divulgación y en el que se critica la carencia en España de una política colonial clara, flexible y definida a la altura de esas fechas; la de Vicente MUÑOZ BARREDA: La Micronesia española. Los archipiélagos de Marianas, Palaos y Carolinas, Manila, 1894, en una misma línea y con el objeto de que empezaran a conocerse en España y en Europa lo que realmente representaban tantos centenares de islas que allí conformaban sus dominios; o las de Luis IBAÑEZ Y GARCÍA: Historia de las islas Marianas, con su derrotero, y de las Carolinas y Palaos desde el descubrimiento de Magallanes en 1521 hasta nuestros días, Granada, 1886, y Francisco CHACÓN Y LARA: Memoria de la colonización de las islas españolas: Marianas, Carolinas y Palaos, Madrid, 1888.

Otro bloque de obras se refieren a descripciones de viajes por aquellas tierras; así, citar la de Juan ALVAREZ GUERRA: Un viaje por Oriente. De Manila a Marianas, Madrid, 1872, o la de Eugenio SANCHEZ ZAYAS: Islas Marianas. Viaje de la corbeta de guerra <Narváez> desde Manila a dichas islas, Manila, 1865.

Fuente de primera mano para el conocimiento del archipiélago mariano son la memorias de los que fueron Gobernadores a lo largo del siglo XIX; es de destacar, en este sentido, el brillante trabajo de Francisco de la CORTE Y RUANO, nombrado comisionado para el estudio de las islas en 1853 y elevado a la categoría de Gobernador Político-Militar en 1855, cargo que desempeñaría durante once años, cuyo manuscrito, conservado en el Ministerio de Ultramar, fue finalmente publicado con el título de Memoria

descriptiva e histórica de las islas Marianas y otras que las rodean, en relación con ellas, y de su organización actual, con un estudio analítico de todos sus elementos físicos, naturales y políticos y propuesta de su reforma en todos los ramos para elevarlas al grado de prosperidad que les corresponde, Madrid, Imprenta Nacional, 1875. Huelga decir que el mencionado título haya sido la base de otros trabajos sobre el tema.

En las bibliotecas de París y Londres se localizan algunas obras de autores españoles (por ejemplo en la primera, el libro de TAVIEL DE ANDRADE sobre la Exposición de Filipinas), aunque preferentemente se refieren a autores de sus respectivos países, con bibliografía tanto del siglo XIX como del XX de carácter general, relativa al marco amplio del Pacífico.

Entre los archivos españoles que contienen documentación sobre las islas Marianas, destacar los ya citados Archivo Histórico Nacional y Museo Naval, así como el Servicio Histórico Militar, los tres en Madrid.

El primero de ellos cuenta con ocho legajos en la Sección de Ultramar catalogados como "Islas Marianas" aunque algunos como "Carolinas", en los que se entremezclan documentos de muy diferentes años y temas, refiriéndose también a Filipinas y a la Micronesia en general, destacando los informes de principios del siglo XIX. Algunos expedientes del legajo 5222 se refieren a la deportación, mientras que otros del legajo 5853 abarcan desde el siglo XVIII hasta 1822; en cualquier caso, es una documentación bastante parcial que hay que completar con otras fuentes.

Lo mismo sucede con los otros dos archivos citados; en el Museo Naval es de muy difícil localización la documentación relativa a Marianas, encontrándose algunos manuscritos sueltos de muy diferentes épocas, pero especialmente del siglo XVIII (referente en especial al paso de la expedición Malaspina por el archipiélago mariano), y algunos más sobre el siglo XIX, por ejemplo, el Ms 2280, doc. 4, folios 127-132 sobre el resultado de la Comisión Villalobos, así como los informes de este capitán de Artillería en el que hace un análisis de su estancia en las

islas MARIANAS, comentando las costumbres chamorras y haciendo una breve descripción del estado general de las islas: cultivos, modo de vida, embarcaciones, etc. Algunos otros, pocos, se refieren al desmantelamiento colonial de Guam y a la Comisión Liquidadora de las islas Filipinas (Ms 1532, doc. 14, y Ms 1532, doc. 7).

El Servicio Histórico Militar, fundado en 1939 y dependiente del Estado Mayor Central del Ejército, contiene documentación sobre el tema que se localizan en su sección de Africa y Ultramar, interesando la colección de legajos que corresponde a Filipinas.

El acceso a esta documentación plantea un inconveniente puesto que la misma no está catalogada; hay un índice de legajos que realizó hace algunos años el director del Archivo General Militar de Segovia, aunque sirve únicamente a modo de orientación puesto que los papeles contenidos en cada legajo están desordenados la mayoría y en caso de estar clasificados en carpetas, la relación de documentos señalada en la contraportada de cada una no recoge fielmente la información que en realidad alberga.

Hay un total de ciento sesenta y cinco legajos, muy voluminosos las más de las veces, treinta de los cuales se encuentran microfilmados y sobre éstos no hay ningún tipo de referencia de su contenido.

En conjunto, abarcan muy variados asuntos, prácticamente todos del siglo XIX, bajo el epígrafe de "Filipinas" y, por extensión, tratan también de Marianas, Carolinas y Palaos.

Respecto a Marianas en concreto, la documentación, aunque de carácter militar, arroja información sobre otros aspectos:

cuerpos en general; recompensas; informes, proyectos y memorias de Gobernadores; orden público; sección de justicia; Gobierno y comandancias militares; parque y defensas; relaciones con Alemania y cesión; y tráfico comercial, con la relación de manifiestos de cargamentos de barcos japoneses, americanos, alemanes y británicos llegados de diferentes puntos y fechados entre 1892 y 1896, que nos ponen en contacto con las relaciones comerciales que tuvieron lugar en esta zona del Pacífico, siendo Yokohama el puerto más importante desde donde partieron barcos en dirección a Marianas.

Finalmente, de este Servicio Histórico hay que dejar constancia de la Sección <Mapas y Planos>, entre los cuales se encuentran varios relacionados con el tema, algunos de los cuales han sido reproducidos y publicados por el MARC, cuya referencia es Marjorie G. DRIVER y Omayra BRUNAL-PERRY: Architectural Sketches of the Spanish Era Forts of Guam from the holdings of the Servicio Histórico Militar, Madrid, MARC, University of Guam, 1994, trabajo en el que se incluyen planos de las fortificaciones de San Rafael, Nuestra Señora de los Dolores, Santa Agueda, Santa Cruz, Santa Bárbara y Santiago de Orote.

En el Archivo-Museo D. Alvaro de Bazán, en el Viso del Marqués (Ciudad Real) se encuentran algunos legajos relativos a las islas Marianas, gran parte de ellos procedentes del Archivo de la Armada en la zona marítima del Mediterráneo, en Cartagena, desde donde fueron trasladados hace algunos años, siendo su localización bastante laboriosa. No obstante, me fue facilitada la consulta de tres Secciones: Archivo Histórico, Comisión Liquidadora de Filipinas y Fondo documental de Cartagena, en las cuales

se entremezclan expedientes relativos principalmente a los deportados políticos a Ultramar y a la evacuación de Marianas y sus incidencias.

Según me informó el Dr. D. Leandro Tormo, en el Archivo de Cartagena estaban las listas de todos los deportados políticos cantonales que fueron enviados a las islas Marianas, aunque me fue imposible consultarlas en el Archivo de Ciudad Real; no obstante, estas mismas listas se encuentran en el Archivo Histórico Nacional, y sus copias en el propio MARC.

Sobre la postura de España en el área del Pacífico han sido de gran utilidad los libros de Josefa M. SANIEL: Japan and the Philippines, 1868-1899, University of the Philippine Press, Quezon City, 1969, de R. H. MYERS y Mark R. PEATTIE: The Japanese colonial empire, 1895-1945, Princenton University Press, 1984, y de Mark R. PEATTIE: The Rise and Fall of the Japanese in Micronesia, 1885-1945, Honolulu, University of Hawaii Press, Monograph Series, 1988.

El estudio de la presencia española desde el punto de vista internacional queda perfectamente reflejado en la documentación de dos archivos, el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Madrid, y el Public Record Office, de Kew, Londres, principalmente sobre la percepción española del expansionismo japonés que se acercaba peligrosamente a las islas que conforman Hispanoasia, término éste no solo geográfico sino político, histórico y

cultural que recientemente ha analizado el profesor Dr. D. Leoncio Cabrero en el estudio introductorio a la publicación en castellano del libro del estadounidense William Lytle SCHURZ: El Galeón de Manila, Madrid, ICI, 1992, editado por primera vez en inglés en 1939.

De interés son los legajos de la Sección <Archivo Histórico> del primero de los archivos citados, en concreto la documentación de "Correspondencia con Embajadas y Legaciones" (Hong Kong, Yokohama y Japón), y la de "Tratados y Negociaciones" del siglo XIX.

En el Public Record Office hay una importante Sección dedicada a Japón que incluye correspondencia cruzada entre autoridades británicas y japonesas sobre la suerte del Imperio español uan vez consumada la derrota en la guerra hispano-norteamericana.

Destacar también de este archivo la información sobre la postura de otras dos grandes potencias occidentales, Alemania y Gran Bretaña, conformes con la presencia española en las islas Marianas pero no en el archipiélago carolino, que depende en teoría y desde el punto de vista administrativo del primero hasta 1885, actitud que desembocará en esta última fecha en lo que historiográficamente se ha denominado "crisis de las Carolinas", un conflicto con la Alemania bismarckiana que pudo haber acabado en guerra pero que concluirá tras la mediación del Papa León XIII.

Por último, y sobre los centros de documentación, citar la Hemeroteca Municipal de Madrid, donde ha sido posible la consulta de diferentes publicaciones periódicas como el Almanaque filipino

y la Guía de Forasteros de las islas Filipinas de varios años, así como prensa madrileña, especialmente la de 1899.

El presente trabajo de investigación se ha dividido en trece capítulos, dedicándose el primero de ellos a una descripción geográfica de las islas Marianas en el que se analizan la situación geográfica del archipiélago en el marco de la Micronesia, las poblaciones, distancias terrestres y marítimas, edificios públicos y fortificaciones militares, y los proyectos de traslación de la capital del archipiélago, Agaña, a lo largo del siglo XIX.

En el segundo capítulo se hace breve una introducción histórica de las islas Marianas desde su descubrimiento en 1521 hasta 1828, momento en que el archipiélago pasa a depender en todos sus ramos administrativos de las islas Filipinas tras la independencia de la América española, haciendo especial hincapié en las reformas de ese último año que supusieron el cambio en la orientación política del archipiélago.

Los capítulos tercero hasta el duodécimo forman el grueso de la tesis doctoral ya que se centran exclusivamente en las islas Marianas a lo largo del siglo XIX. Así, se estudia el sistema político-administrativo, incluyendo la parte gubernativa, el orden económico, la parte eclesiástica, el ramo de justicia, la administración municipal y la evolución de las fuerzas militares.

Dada la importancia del sistema municipal característico del siglo pasado, se ha tratado la cuestión en un capítulo aparte,

concretamente en el octavo.

Dada la condición de insularidad de Marianas, ha sido conveniente la inclusión de un capítulo referido al movimiento marítimo en las islas, destacando el papel que los barcos en sentido amplio, desde balleneros hasta buques-correo, han tenido en la evolución histórica del archipiélago.

Los capítulos cuarto y quinto estudian la población en Marianas, señalando los diferentes grupos raciales del archipiélago entre los que destacaron los carolinos establecidos en las islas del Norte, y los rasgos característicos de las llamadas "sociedad ancestral" y "sociedad tradicional".

Cierto es que al hablar de Marianas prácticamente estamos refiriéndonos a la isla mayor del grupo, Guam, ya que, como se ha señalado líneas arriba, era la más importante de todas; por ello hemos creído conveniente destacar el resto de las islas tanto en el ya citado capítulo quinto como en el sexto, referido este último al arrendamiento de las islas del Norte, concretamente Agrigan, Pagan y Tinian.

A pesar de que el sistema impositivo era excesivamente imperfecto, especialmente debido a la pobreza de los habitantes y a la falta de dinamismo económico (tema este último objeto del capítulo décimo), el capítulo noveno trata la cuestión haciendo especial hincapié en la prestación personal a la que estaba sujetos todos los varones de Marianas con edades comprendidas entre los dieciocho y sesenta años.

Uno de los aspectos más interesantes de la historia de las islas Marianas es el establecimiento de un sistema educativo que tuvo por objeto el fomento de la instrucción primaria, principal-

mente a través de la acción del Colegio de San Juan de Letrán, como queda señalado en el capítulo undécimo.

Dado el carácter de presidio del archipiélago mariano, especialmente a lo largo del siglo XIX se proyectó el hacer del mismo una colonia penitenciaria, con iniciativas tanto desde la Península como de Ultramar, que aunque fracasaron, se concretaron en el envío de presos políticos y deportados, según se analiza en el decimosegundo capítulo.

La situación internacional en el Pacífico y la posición española ante el expansionismo japonés ha sido una cuestión que se ha tratado dado que, a través de documentación consultada, el único temor que tenía nuestro país es que Japón pudiera apoderarse de la Micronesia, especialmente de las islas Marianas, sobre las que los japoneses formularon repetidas peticiones de compra.

Este capítulo decimotercero se ha incluido para enmarcar el desmantelamiento colonial ya que éste, en definitiva, no deja de ser una consecuencia directa de esa situación internacional a la que hemos hecho referencia.

ABREVIATURAS

- AHN: Archivo Histórico Nacional, Madrid
- AMAB: Archivo Museo D. Alvaro de Bazán, El Viso del Marqués, Ciudad Real
- AMAE: Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid
- AMN: Archivo del Museo Naval, Madrid
- LCW: Library of Congress, Washington
- MARC: Micronesian Area Research Center, Mangilao, Guam
- PNA: Philippine National Archives, Manila
- PRO: Public Record Office, Kew, Londres
- SHM: Servicio Histórico Militar, Madrid

CAPÍTULO I

DESCRIPCION GEOGRAFICA DE LAS ISLAS MARIANAS

Situación geográfica

La Micronesia, situada al norte del Ecuador entre Melanesia y Polinesia, está integrada, desde el punto de vista geográfico, por los archipiélagos de Marianas, Carolinas y Palaos, Marshall, Gilbert y la isla de Nauru; su nombre proviene del diminuto tamaño de las islas, más de dos mil, cuya extensión total no supera los 2.500 km², repartiéndose en una superficie marítima de más de tres millones de millas cuadradas¹.

Sobre esta región se estableció el régimen de Fideicomiso aplicado a los territorios que la ONU encomendó a EEUU al término de la Segunda Guerra Mundial y que comprendía los archipiélagos de Marianas, salvo Guam, Carolinas (los distritos de Yap, Truck y Phonpei, además del archipiélago de Kosrae), Palaos (Belau) y Marshall^{*}.

Refiriéndonos en concreto al archipiélago de las islas Marianas, éste comprende dieciséis islas principales dispuestas a lo largo de una cadena que se prolonga de norte a sur, línea ligeramente arqueada hacia el este y en una dirección de N.N.E. a S.S.O, estando situadas de nordeste a suroeste en el Pacífico entre los 148° y 150° longitud este del meridiano de Madrid y entre los 13° y 21° paralelos de latitud norte y distando de

^{*}. Hoy día, los nuevos nombres de los estados de este fideicomiso son, respectivamente, Commonwealth de Marianas del Norte, Estados federados de la Micronesia, República de Belau y República de las Marshall.

Filipinas ciento cincuenta millas aproximadamente.

Estas dieciséis islas, consideradas de sur a norte, son Guam, Rota, Aguiguan, Tinian, Saipan, Anatajan, Farallón de Medinilla, Sariguam, Farallón de Torres, Guguam, Alamagan, Pagan, Agrigan, Asunción, Urracas y Farallón de Pájaros.

De todas ellas, solamente seis estuvieron habitadas a lo largo del siglo XIX, esto es, Guam, la principal por su superficie (quinientos cuarenta y nueve kilómetros cuadrados) y población y por estar en ella situada la ciudad de Agaña, cabecera o capital de la provincia de Marianas, Rota, Tinian, Saipan, Pagan y Agrigan, con una superficie real y habitable en la época en total de unas cuatrocientas millas cuadradas², equivalentes a unos mil quinientos veintitrés kilómetros cuadrados³, si bien las dos últimas no estaban habitadas de modo permanente pues solo en ocasiones vivieron en ellas escaso número de carolinos que desde la de Saipan pasaban a recoger y secar cocos⁴.

Las islas restantes, más que islas habitables son islotes de suelo rocoso y escarpadas costas, lo cual las imposibilitaba para albergar cualquier tipo de asentamiento humano.

Situado el archipiélago de Marianas en el Pacífico norte, como se ha señalado, tiene al norte las islas Volcanes y las Bonines, ambas primeramente "tierra de nadie" pero reclamadas por España, y desde la década de los setenta ya propiedad japonesa; al sur, las españolas islas Carolinas; al sureste las del grupo Marshall, alemanas desde los años ochenta en el marco del reparto del Pacífico, y al oeste las también españolas islas Filipinas.

El origen volcánico y las formaciones coralinas del archipiélago condicionaron claramente las posibilidades de comunica-

ción con el exterior, dadas las dificultades de acceso a sus costas.

Durante la presencia española, los puertos principales fueron el de San Luis de Apra en la isla de Guam, el más importante por su extensión y proximidad a la cabecera pero totalmente desprovisto de obras que asegurasen la estancia de buques en él y que facilitasen la carga y descarga que a finales del siglo XIX, aún se hacía en malísimas condiciones por fondear los barcos a dos millas y media del pantalán obligados a ello por los bancos de coral que ocupaban una parte considerable del puerto⁵.

Este puerto, sin duda el mejor de la isla, se hallaba a unas cinco millas al S.O. de la rada de Agaña, estando casi cerrado a todos los vientos; estaba completamente cerrado desde el N.E. y S. hasta el O. por la isla de Cabras, tierras altas de Guam y Península de Orote, cerrando el cuadrante que quedaba un arrecife donde rompía el mar, llamado de Luminan, el cual formaba un verdadero rompeolas hasta el N.O., teniendo aproximadamente una milla y media de extensión. Desde ahí aumentaba el fondo dejando un canal que permitía la entrada del puerto, aunque no con mucha agua, unas seis brazas (diez metros), ya que el fondo era un banco llamado Calalan, cuyo cabezo venía a levantarse, sin formar rompiente, a la distancia dicha, formando así el límite S. de éste; este cabezo se denominaba Piedras de la Fragata Española o, más comúnmente, Bajo Titado, con veintitrés pies (seis con cuarenta y un metros) de agua⁶.

En la misma isla de Guam, y casi al sur de ella, estaba la ensenada de Umata -o Umatac- en la que solía hacerse aguada con mucha comodidad por desembocar en ella un arroyo de aguas siempre

claras, con una barra de fácil acceso.

En la isla de Saipan se hallaba el puerto de Tanapag, con un fondo de treinta y seis brazas, y la rada de Garapan, poco abrigada de los vientos y con un fondo variable de quince a treinta brazas.

En estas islas y en las demás había atracaderos para embarcaciones pequeñas, pero la estructura de sus costas, inabordables la mayor parte, no ofrecían otros puertos dignos de mención que los ya citados, si bien los únicos accesibles a la navegación podrían considerarse el de San Luis de Apra y el de Umata.

El clima de Marianas, a pesar de ser intertropical, no tiene unas temperaturas excesivamente extremas, llegando la máxima rara vez a los 32° c y siendo la mínima de 23° c, aunque la más constante es de 28° c, con una humedad excesivamente alta dada la condición insular.

Aunque no hay cambios bruscos de temperatura, se distinguen perfectamente dos estaciones, la seca, que comprende los meses de enero a junio, y la de lluvia, durante los de julio a diciembre, caracterizada por aguaceros más o menos fuertes y duraderos pero nunca continuados.

De esta forma, la climatología de la isla de Guam hace que sean constantes en ella las lluvias, teniendo por ello su atmósfera saturada de humedad; durante todo el año se experimentan lluvias, que constantemente remplazan la humedad perdida por la evaporación y filtración, manteniendo la frescura suficiente para tener una vegetación lozana.

De enero a diciembre, se dejan sentir los efectos de dos monzones, el del noreste y el del suroeste; las tormentas son

poco frecuentes y no se manifiestan de la manera tan imponente como acostumbran en los trópicos; en cambio, no son raros los ciclones o baguíos, sobre todo en las islas del norte y en especial en Saipan, Agrigan y Pagan, las más castigadas especialmente de agosto a diciembre, haciendo impracticable la navegación. Estos tifones han tenido una influencia clara en las sociedades micronesias, provocando movimientos poblacionales como las migraciones, y arrasando en ocasiones cuanto encontraban a su paso, como en 1872, cuando en la isla de Tinian se experimentaron dos huracanes casi seguidos entre septiembre y octubre⁷.

Por otro lado, los movimientos sísmicos en la isla de Guam, aunque no muy frecuentes, son poco intensos y de escasa duración, si bien algo más virulentos en las islas del norte, tal vez por el origen volcánico de alguna de ellas.

Estos temblores de tierra afectaron de forma clara en el siglo XIX en unas fechas concretas, el 14 de abril de 1825 y el 10 de abril y el 4 de mayo de 1834; tras ellos se puso en marcha la función votiva que en acción de gracias a la Purísima Concepción comenzó a celebrarse todos los años, y el 25 de enero de 1849, cuando un nuevo terremoto sacudió la isla de Guam destruyendo, entre otros edificios, las iglesias de Agat, Pago, Umata y parte de la de Agaña, así como la techumbre del Colegio de San Juan de Letrán⁸.

La incidencia de todos estos fenómenos naturales en el siglo XIX fue especialmente significativa ya que no sólo se perdían vidas humanas en los baguíos y en los terremotos (por citar un ejemplo, de enero a marzo de 1849 se produjeron un total de ciento veinticinco temblores⁹), sino que los daños materiales

eran tan altos que imposibilitaban la recuperación y reactivación de todas las actividades económicas, sobre todo de la agricultura ya que los terrenos quedaban totalmente arrasados. Todo ello daba paso a épocas de tal escasez, que se hacía necesario remitir desde Manila víveres para la alimentación urgente de los habitantes de las islas Marianas.

Es necesario insistir en que las condiciones climatológicas, la carencia de tierra dado el reducido tamaño de las islas, las distancias entre las mismas, la dependencia del agua de lluvia para subsistir y los tifones y terremotos, han influído claramente en el desarrollo de las islas Marianas¹⁰.

Así, la situación geográfica del archipiélago es clave para entender su evolución histórica y las razones por las cuales diferentes potencias habrían de superponerse, cronológicamente, a lo largo del tiempo.

Por lo que se refiere a la geografía, los terrenos son en general accidentados, abundando mucho el pedregoso y arcilloso que no puede dedicarse a cultivo; las zonas de pasto, que las había de buena calidad en el siglo XIX, no podían ser bien utilizadas por la falta de agua donde el ganado pudiera abreviar.

La mitad septentrional de la isla de Guam la constituye una meseta llamada de Santa Rosa, cuya altura media sobre el nivel del mar es de unos sesenta y seis metros, con costas casi acantiladas sobre las puntas y entre éstas, pequeñas playas de arena sobre los lechos madreporicos que constituyen la base de formación de toda la isla. Esta meseta va gradualmente elevándose de sur a norte, formando en el centro una cañada que divide en dos la meseta de Santa Rosa¹¹. En el tercio norte se levanta una

prominencia puntiaguda llamada prominencia de Santa Rosa, a unos trescientos metros sobre el nivel del mar; entre el tercio medio y el del sur hay otra prominencia que afecta la forma de un casquete esférico, conocido con el nombre de monte de Tillan. En la meseta hay otras prominencias menos notables y algunas barrancadas de muy difícil acceso.

El suelo de casi toda la meseta está formado por una capa de arcilla roja mezclada con arena de uno a cuatro pies de profundidad, siendo ésta algo mayor en las cañadas y hoyas, más o menos cargada de humus vegetal, habiendo debajo de esta capa otra de cascajo; en el monte de Santa Rosa el suelo se presentaba blanquecino, arcilloso o gredoso. Por último, en la meseta de Santa Rosa había también terrenos pedregosos que casi en absoluto carecían de tierra.

En esta mitad de la isla de Guam, aunque despoblada en el sentido de no existir ninguna población, es donde en los años ochenta del pasado siglo existían las mejores sementeras de los vecinos de Agaña, ya que había más de doscientos ranchos y además era de donde se proveían de las mejores maderas para construir sus casas y demás usos, existiendo también numerosos cicales.

La península o mitad meridional de la isla de Guam es muy montuosa y accidentada, cubierta de picos sueltos y eminencias con rápidas pendientes que se unían en valles, cañadas y profundas barrancadas, algunas intransitables, de tal modo que para pasar de unos picos a otros se necesitaban a veces largos rodeos por estrechas y tortuosas sendas elevadas sobre abismos.

El conjunto de estos montes constituye una cordillera principal que corre desde Pago a Agaña por la garganta que separa

las dos penínsulas que forman la isla, cuya cordillera continúa desde Agaña, paralela a la costa occidental e inmediata a ella y corriéndose por el sur hasta Jajayan, entre Merizo e Inarajan. Al este hay otras eminencias que presentan terrenos extendidos o sabanas, pudiendo en conjunto considerarse como una alta planicie o meseta accidentada que se acerca por el este al mar, y por el sur y oeste, separada de la cordillera por escarpados y cañadas profundas formadas por las estribaciones de ella.

Los terrenos de la parte meridional de Agaña que por sus condiciones podían dedicarse al cultivo, eran los comprendidos en la estrecha faja que rodeaba dicha mitad meridional de la isla, desde la ciudad de Agaña al occidente hasta Pago al oriente; la Península de Orote desde el istmo de Apra hasta Sumay; en el istmo que se extendía de Agaña a Pago, y en algunos vallecitos y cañadas del interior.

Esta faja era, en general, estrecha, pues de Agaña a punta Piti por término medio tendría unos doscientos metros de ancha, en su mayor parte cubierta de cicales, siendo más ancha en Agat, Merizo y en toda la costa hasta el pueblo de Inarajan. En estos terrenos el suelo era arcilloso, arenisco, más o menos cargado de humus, habiendo algunos terrenos abandonados ya que nada producían sobre todo debido a los malos métodos de cultivo.

La naturaleza del suelo en las cumbres y en la mayor parte de la alta planicie o meseta era gredosa, con parajes desnudos de vegetación y solo cubiertos de unas plantas parecidas al esparto si bien otras zonas estaban cubiertas por una planta gramínea llamada nete.

En la península de Orote el suelo es muy parecido en com-

posición al de la meseta de Santa Rosa; la isla de Cabras, que cierra por el noroeste el puerto de Apra, es de roca destituída de tierra y en gran parte calcárea, como las madreporas sobre las que descansa, estando sin embargo cubierta de lozana vegetación.

En la punta sur de Guam hay otra pequeña isla llamada de Cocos, aun cuando no había en ella ninguno, que formaba el puerto de Merizo, siendo solamente un banco de arenas aglomeradas sobre el arrecife aunque estaba cubierta de lozana vegetación.

A treinta millas al N.O. de Guam se halla la isla de Rota, que tiene una extensión superficial de treinta y cinco millas.

Está formada por dos promontorios, el mayor al nordeste, llamado Ugulan, de unos cien metros de altura sobre el nivel del mar; al sudoeste está situado el otro promontorio mucho más pequeño, llamado Taipingot, que tiene una altura de unos treinta metros sobre el nivel del mar. Ambos promontorios están unidos por un istmo o lengua de tierra muy baja, de unos dos kilómetros de longitud y poco más de medio kilómetro de ancho.

Por ambos lados del istmo está bordeada la costa de arrecifes y peñascos que dejaban un estrecho canal de cuatro millas en el oeste, estando los arrecifes inmediatos a la costa este del istmo, siendo el resto de la costa de la isla escarpadas e inabordables rocas; ello hacía que la isla no tuviera puerto alguno pero podía fondearse a cubierto de ella en ambos lados del istmo.

La isla de Tinian, a cincuenta millas al N.E. de la de Rota, presenta una figura bastante regular, de casi igual anchura en toda su longitud, pronunciándose más en sus puntas N.O., llamada Tagon-churu, y S.O., denominada Lalo.

La isla presenta dos mesetas de unos cuarenta metros de altura sobre el nivel del mar, una central y otra al norte; las costa que rodea la isla es escarpada en casi todo su perímetro aunque hay algunas pequeñas playas, siendo la más importante en el siglo XIX la que estaba situada en el único pueblo en la rada de Sunharon, que formaba un seno al S.O. donde había abrigo para buques, aunque no había ningún puerto como tal.

La isla de Saipan dista solo tres millas de la de Tinian; desde el fondeadero de Sunharon al de Garapan en Saipan hay treinta y cinco millas, siendo igualmente de costas escarpadas. Era la segunda en importancia de las islas Marianas, con terrenos areniscos cargados de humus de bastante espesor.

La isla de Pagan, a unas ciento sesenta millas de Saipan, está formada por dos promontorios volcánicos unidos por una garganta estrecha y baja que forma dos radas o ensenadas, siendo su costa de piedra inabordable excepto en la bahía del N.E.

A unas cuarenta millas de Pagan se encuentra la isla de Agrigan, cuya figura es un promontorio con dos picos de una elevación de unos setecientos metros sobre el nivel del mar, con costas escarpadas e inabordables excepto hacia el S.E.

Contaban las islas Marianas con una buena riqueza forestal, de mucho interés en el siglo XIX, con más de setenta clases de madera entre las que destacaban el ifil y el palo maría, de gran utilidad para las construcciones; para muebles y otros usos se usaban otras maderas como el dugdug, rima, ponao, puting, balibago, etc¹².

El agua fue un problema relativo a lo largo de los siglos pasados, habiendo solamente tres ríos propiamente dichos en Guam

como eran el de Tarofofo, Ilic (o Ilig) y Pago; en cambio, había bastantes arroyos, siendo uno de ellos el de Matanjanom, que tenía su origen en La Ciénaga, lugar próximo a Agaña y que recorría a lo largo de la población por un canal artificial hasta desembocar en el mar.

En las otras islas, y a medida que se fueron poblando, especialmente Saipan y Tinian por medio de la inmigración carolina, la escasez de aguas potables fue un inconveniente a la hora de promover los asentamientos de población.

Poblaciones

El número de poblaciones situadas en cada una de las islas Marianas fue variando a lo largo de la presencia española, fundándose algunas que, con el tiempo, o bien desaparecieron o bien pasaron a ser dependencias de otros pueblos más importantes a modo de barrios en el caso de la isla de Guam, y creándose en el transcurso del siglo XIX nuevos núcleos poblacionales en las islas del norte a partir de la inmigración de carolinos; también sucedió que algunas de las poblaciones de nuevo cuño desaparecieron al cabo de unos pocos años, como fue el caso del pueblo de San Luis de Medina, en la isla de Tinian, creado en 1884 y desaparecido en 1889, siendo sus habitantes trasladados al barrio de Tanapag, en la isla de Saipan.

Lógicamente, y dada su mayor importancia, hubo más poblaciones en la isla de Guam que en el resto del archipiélago, entre otras cosas porque en ella estaba situada la ciudad de Agaña, capital de la provincia y que albergó el mayor número de habitantes durante todos estos siglos, contando con los mejores

medios de subsistencia y un mayor desarrollo moral y material que el resto, residiendo en ella el personal del Gobierno y demás oficinas del Estado. Contaba, prácticamente a lo largo de todo el siglo XIX, con barrios anexos como Sinajaña al norte, y Anigua, Asan, Tepungan, y M^a Cristina, éste de carolinos y anteriormente denominado barrio de Tamuni -o Tamuning-. Los tres primeros estaban situados en el camino de Agaña a Punta Piti, no teniendo nada de particular, reduciéndose solo a doce o catorce casas de madera cada uno; el barrio de Tamuni, situado al norte de Agaña a dos millas y media de distancia, se fue poblando a lo largo del siglo XIX con carolinos, dando lugar a la creación del nuevo barrio de M^a Cristina en 1884 por el Gobernador Angel Pazos, reagrupándose allí a toda la población carolina de la isla de Guam.

Otras poblaciones de importancia que existieron durante toda la etapa española fueron, en Guam, Agat, Merizo e Inarajan, añadiéndoseles sendos barrios posteriormente a las dos primeras, esto es, Sumay y Umata respectivamente; y Rota, en la isla del mismo nombre. Después, en la segunda mitad del siglo XIX, nacieron nuevos pueblos en la isla de Saipan, como fue el caso de San Isidro de Garapan con su barrio de Tanapag, y en la isla de Tinian, como el ya citado San Luis de Medina.

Centrándonos en la isla de Guam, Agat era un pueblecito de pequeña importancia, situado al sur de la Península de Orote; no tenía nada notable pero ofrecía bastante abrigo para fondear con vientos al N.E., a los cuales se hallaba totalmente cerrado, aunque el desembarco era difícil por los muchos arrecifes que rodeaban la playa¹³.

En este punto residía un cura párroco en la única casa que había de piedra, además de la Iglesia; a dos millas de esta localidad, y por su parte norte, estaba el pueblecito de Sumay, que quedaba dentro del puerto de San Luis de Apra, estando unido a Agat por un camino bastante regular. En 1873, entre Agat y su barrio de Sumay había seiscientos sesenta y tres habitantes.

Más al sur, Umata poseía un buen puerto de recalada de balleneros para hacer aguada, que se hacía con gran facilidad en un arroyo llamado río de Umata, al fondo de la bahía. El puerto era sumamente pequeño pero seguro en el monzón del N.E., y a causa de su pequeñez muchos buques fondeaban en la rada. Era un pueblo muy pequeño, bastante ruinoso, sirviéndose para los socorros espirituales del cura párroco de Merizo; contaba en la citada fecha con ciento cincuenta y siete habitantes.

Merizo también era un pueblecito pequeño situado, como el anterior, al S.O. de la isla, formado por unas cincuenta casas en las que vivían doscientos treinta y dos habitantes, siendo todas ellas, más que casas chozas de madera, exceptuando la Iglesia que era de piedra.

La ensenada que formaba Merizo era bastante mala por los muchos arrecifes que la rodeaban, enlazándola con las pequeñas islas de Balí y Cocos; era peligrosa la navegación por esos puntos, debiendo tener cuidado los buques pequeños por el canal que formaban con Guam ya que había poco fondo.

Existía en este punto un cura párroco que cuidaba de este pueblo y del vecino Umata.

En la parte este de la isla estaba situado el pueblo de Inarajan, bastante grande pero con un puerto apenas frecuentado,

primero por los muchos arrecifes que dificultaban la entrada, y segundo y principal, por estar abierto completamente al N.E., donde el viento era constante durante casi todo el año; ello hacía que entrara mucha agua y, por lo tanto, era muy molesto, ofreciendo poca o ninguna seguridad. La población era toda de chozas, teniendo su Iglesia y su cura párroco.

Además de todos estos pueblos, había esparcidas por la isla alguna que otra ranhería sin importancia y aisladas casi por completo; respecto a los puertos, había fondeaderos regulares en la parte oeste de la isla pero al estar deshabitados, prácticamente no se visitaban.

En las islas de Pagan y Agrigan existían solamente trabajadores dedicados a hacer copra, procedentes de Guam y Saipan.

Distancias terrestres y marítimas

Las distancias terrestres que separaban los pueblos de la isla de Guam eran bastante grandes en relación a los medios de transporte de la época, estando Agat, el pueblo más cercano a Agaña, a catorce kilómetros y medio, Merizo a treinta y uno y medio, e Inarajan a veintidós kilómetros¹⁴.

En la isla de Guam existía un solo camino vecinal que, recorriendo en contorno la mitad sur de la isla, comunicaba la cabecera con los demás pueblos, y además había infinitas trochas que conducían a los ranchos.

Desde Agaña hasta el embarcadero de Punta Piti en el Puerto de San Luis de Apra, el camino correcto de siete kilómetros y medio se encontraba en perfecto estado de conservación, aunque tenía que entretener con frecuencia el paso conocido de El

Chorrito, próximo a la punta Nagas, por la facilidad con que en los tiempos duros el mar destruía el terraplen sin ser posible dar otra dirección al camino ni hacer más obras que las de volver a formar aquél por medio del trabajo de comunidad mientras no se emplearan grandes bloques u otras defensas cuyo coste no compensaría la utilidad e importancia que reportara, fuera de los casos de llegada de los vapores-correo o de la época de buques balleneros.

En lo restante del trayecto general a los pueblos que comprendía algunas leguas ya no era así a causa de lo accidentado del terreno que recorría y el escaso personal de polistas con que contaban los pueblos de Agat, Merizo e Inarajan. En este camino, que cruzaba la mayor parte de los ríos y arroyos de la isla había muy pocos puentes de mampostería de fecha antigua, varios de mampostería y madera.

Los pueblos de las otras islas estaban separados por mayores distancias y completamente incomunicados con la capital, no existiendo en el último tercio del siglo XIX más que dos embarcaciones que pudieran prestar servicio, aunque irregular y tardío, de comunicación entre ellas y la cabecera; una de ellas era la goleta inglesa Beatrice, del capitán inglés Williams, posterior propietario de la goleta Esmeralda, contratada también por el ramo de lazarinos para la conducción de carnes y productos que rendían las islas de Tinian, Rota y Saipan, en las cuales tocaba en los meses de febrero, abril, junio y noviembre procedente de Yokohama, para donde regresaba a los pocos días con cargamento de copra de estas islas y en particular de Pagan y Agrigan; fallecido el inglés, se ocupó de esta tarea su viuda,

una chamorra del país. Otra de las opciones para este servicio de comunicación fue el pailebot Yap, adquirido a finales de los años ochenta por un comerciante de la cabecera para el servicio de cabotaje en las islas.

Respecto a los pueblos de Agat, Merizo e Inarajan en lo que afectaba a la gestión oficial, se comunicaban con Agaña con el sistema llamado en el país "de cordillera", servicio que corría a cuenta de la prestación personal, no existiendo así correos regulares y públicos en las islas, que hubieran sido convenientes para el desarrollo comercial y material de las islas.

Por lo que se refiere a las distancias marítimas en el archipiélago de las Marianas, tomando como punto de referencia el puerto de San Luis de Apra en la isla de Guam, destacar no sólo la lejanía del archipiélago con respecto a las islas Carolinas y sobre todo a las Filipinas, sino también el hecho de que, dada la escasez de embarcaciones de cualquier tipo, aquéllas parecían incluso mayores, según se señala a continuación¹⁵:

	Con el exterior (en millas)	En la isla de Guam (en millas)
- Del Puerto de San Luis de Apra a Yap	480	
- De Yap al Estrecho de San Bernardino	840	
- Del Estrecho de San Bernardino a Manila	306	

Total desde Apra a Manila con escala en Yap	1.626	
- Del puerto de San Luis de Apra a Manila directamente por el Estrecho de San Bernardino	1.565	
- Del puerto de S.L. de Apra a las islas Boninas, haciendo escala en las islas del norte	922	
- De las japonesas islas Boninas a Yokohama (Japón)	680	

Total desde Apra a Yokohama con escala en las islas	1.602	
- Del puerto de S.L. de Apra a Yokohama por las islas Boninas, sin escala en las Marianas (870 millas a Boninas)	1.550	
- Del puerto de S.L. de Apra a la isla de la Ascensión o Ponapé (Carolinas Orientales), rumbo directo	955	
- Del puerto de S.L. de Apra al fondeadero de Agaña		10
- Del fondeadero de Agaña a la altura de Punta Ritidan, rumbo a Rota		14
- Del puerto de S.L. de Apra a la altura de Punta Ritidan, directamente (30 millas más a Rota)		20
- Del puerto de S.L. de Apra al pantalán de Punta Piti		2 1/2

- De Punta Piti a Punta de Orote	4
- Del puerto de S.L. de Apra al de Umatac	11 1/2
- De Punta de Orote a Agat	4
- De Punta de Orote a Umatac	9 1/2
- De Agat a Umatac	7 1/2
- De Punta de Orote a Merizo	11
- De Umatac a Merizo	2
- De Punta de Orote a Inarajan	19
- De Merizo a Inarajan	8
- Del fondeadero de San Luis de Apra al de la isla de Rota	50
- Del fondeadero de Rota al este de la isla de Aguiguan	56
- De la isla de Aguiguan al fondeadero de San Luis de Medina, isla de Tinian, o sea, ancho del canal	6
- Del fondeadero de San Luis de Medina al de San Isidro de Garapan, cabecera de la isla de Saipan	20
- Del fondeadero de Rota al de San Isidro de Garapan	77 1/2
- Del fondeadero de San Isidro de Garapan a Farallón de Medinilla	47
- De Farallón de Medinilla a la isla de Anatajan	30
- Del fondeadero de San Isidro de Garapan a la punta oeste de la isla de Anatajan	64
- De la punta oeste de la isla de Anatajan al oeste de la de Sariguan	22 1/2
- De la isla de Sariguan a Farallón de Torres	12
- Del oeste de Farallón de Torres al oeste de la isla de Guguan	25
- Del oeste de la isla de Sariguan al oeste de Guguan, rumbo directo ..	36
- Del oeste de Guguan al oeste de la isla de Alamagan	19
- Del oeste de Alamagan al fondeadero de Pagan	35
- Del fondeadero de Pagan al de Agrigan	42
- Del fondeadero de Agrigan al oeste de la isla de la Asunción	58
- Del oeste de la Asunción al oeste de la isla de las Urracas	23 1/2
- Del oeste de Urracas al Farallón de Pájaros	39 1/2

Hay que señalar que la isla de Farallón de Pájaros es la más extrema de las del norte de las islas Marianas, estando distante del fondeadero de San Luis de Apra cuatrocientas veintiséis millas.

Edificios públicos

Entre los establecimientos de la capital destaca primeramente el Colegio de San Juan de Letrán, propiedad de la Obra Pía del mismo nombre; en él se hallaba establecida la escuela de niños, muy antigua y construída de mampostería. Había también una escuela de niñas, construída del mismo material en 1879, siendo propiedad del municipio; anteriormente, dicha escuela se albergaba en el antiguo Hospital Militar de Agaña. Mencionar,

además, un conjunto de escuelas públicas repartidas por todas las poblaciones.

En la ciudad de Agaña había un Palacio, que era donde habitaba el Gobernador; contiguo al Palacio había un Cuartel, cómodo para albergar ciento cincuenta hombres con sus cuartos para arrestados, que contaba con una capilla¹⁶.

Inmediato al Cuartel y con una calle por medio, había una Casa de Real Hacienda donde habitaba el Administrador, en cuyo piso bajo estaba colocada la tienda de los efectos que se remitían como parte del situado, y otra casa con el nombre de Almacén de la Real Hacienda que servía también de Sala de Armas

Entre otros edificios públicos, citar el Tribunal de Agaña, de mampostería, que albergaba en sus bajos la cárcel pública; la Iglesia y Casa parroquial de mampostería con techos de zinc y tejas; el Parque de Artillería, estando en una de sus salas establecido el Botiquín militar; un Hospital de enfermas lazarinas situado a dos millas de la ciudad, y por último, la Casa Gobierno de reciente construcción a finales del siglo XIX.

En los demás pueblos de la provincia sólo existían Iglesias, Tribunales y escuelas, la mayoría de materiales ligeros¹⁷; así, en el antiguo pueblo de Pago había Casa Real, Iglesia y Casa Parroquial; en Inarajan, Iglesia y Casa Real; en Merizo una Iglesia en muy mal estado; en Umata, Palacio; y en Agat una Casa Real.

Entre los establecimientos de las islas del Norte, lo más destacable era el hospital para enfermos lazarinos establecido en 1835 en Saipan.

Fortificaciones militares¹⁸

Desde el establecimiento de las primeras misiones jesuíticas se planteó la necesidad de dotar a las islas Marianas de un sistema defensivo, en primer lugar, contra los propios habitantes de las islas e, inmediatamente después, contra las posibles amenazas exteriores.

Así se construyeron sucesivamente, y antes de finalizar el siglo XVII, dos pequeños fuertes en los centros estratégicos de la isla de Guam, esto es, en Agaña y en Umata¹⁹. El primero de ellos, el fuerte de piedra de Santa María de Guadalupe en 1683 durante el mandato del primer Gobernador de nombramiento real, Antonio de Saravia (1681-1683), fue destruido diez años después; habrían de transcurrir sesenta y ocho años para que en su lugar se construyera el fuerte de San Fernando, durante el segundo mandato de Enrique de Olavide y Michelena (1768-1771), también de breve vida ya que fue demolido en 1799, levantándose en el mismo sitio, y años más tarde, el fuerte o castillo de San Rafael.

La segunda fortificación de estos primeros años, una batería a orillas del río Salupat, en el fondeadero del Galeón de Acapulco en la bahía de Umata, sería conocida hasta el siglo XIX con el nombre de Nuestra Señora del Carmen (posteriormente denominada Santa Bárbara).

La siguiente construcción de importancia se realizó en 1737 en la península de Orote, concretamente en el puerto de Apra, denominándose fuerte de San Luis, que data de la administración del Gobernador Francisco Cárdenas Pacheco (1734-1740); por esas fechas, se completó la defensa del puerto con el fuerte de

Santiago de Orote.

Unos años más tarde, en 1756, en el primer mandato de Olavide (1749-1756), se construyó en Umata un fuerte, el de Santo Angel, y un almacén para la pólvora.

Del siglo XVIII data también una batería en Merizo, aunque la fecha de construcción y localización exacta se desconocen, sabiendo de la misma por los relatos de viajeros como Freycinet o Crozet²⁰.

Durante el gobierno de Manuel Muro (1794-1802) se realizaron una serie de obras de fortificación y otras, dando cuenta de ellas en 1801, para reforzar en Marianas el carácter de presidio que tenía el archipiélago y aumentar así sus defensas²¹.

Primeramente, se reconstruyó la Casa Real de Agaña ya que tenía toda la madera podrida, añadiéndose a espaldas de la misma una atalaya o mirador de cal y una cerca.

Al castillo de Orote, o fuerte de Santiago de Orote, se le incorporó una casamata de cal y canto para depósito de la pólvora, así como un fortín para embarazar el ataque de tierra a dicho castillo ya que se hallaba enteramente indefenso por esta parte, quedando reducida la fortificación a la ofensa y defensa de la Marina.

Se reconstruyó de nuevo la Casa Real de Umata y se fabricaron unos Reales Almacenes en Agaña.

Igualmente, en 1799 se construyó el castillo de San Rafael, en el sitio que antaño ocupó el fuerte de San Fernando, utilizando sus propios materiales; podía albergar unos diecisiete cañones de cualquier calibre, siendo de hechura cuadrilongo. El objeto de este fuerte sería proteger el puerto de Agaña contra

las incursiones de pequeñas embarcaciones enemigas; fue demolido en 1872 por el Gobernador Luis de Ibáñez y García (1871-1873).

También se construyó en 1800 el castillo de Santa Agueda²², que se situó en una montañuela a espaldas de Agaña dominando San Rafael; dicho castillo era de cal y canto, bastante sólido, cuadrado y con una capacidad para nueve cañones; sus restos aún se conservan. Muy cerca se levantó el polvorín de Santa Bárbara, almacén de pólvora situado detrás del Palacio del Gobernador, construido de cal y canto, con una estructura laberíntica para distribuir la pólvora y no perderla toda en caso de accidente²³.

El último de los castillos construidos en 1801 fue el de Nuestra Señora de los Dolores y la Santa Cruz, o fuerte Santa Cruz, en la isleta de este nombre situada a la entrada del puerto de San Luis de Apra; obra sólida, con gola cerrada capaz para once cañones, se circundaba con agua cuando crecía la marea; su objetivo era defender el citado puerto, el mejor existente en Guam. Fue demolido durante la Segunda Guerra Mundial por los americanos, quedando de él actualmente solo una placa que recuerda su ubicación.

En los inicios del siglo XIX, Umata tenía cuatro fortificaciones: los ya citados Batería de Santa Bárbara, construida en 1687 y también conocida como Nuestra Señora del Carmen, protegía el monte del río Salupat, y el fuerte de Santo Angel, a la entrada del puerto, construido entre 1755-1776 por el Gobernador Enrique de Olavide y Michelena.

A éstos se añadieron el fuerte de San José, en la montaña cerca del Santo Angel, construido por Vicente Blanco en 1802; tenía seis cañones montados, una garita y un almacén de pólvora,

pero estaba muy mal construido y era de escasa utilidad; sus restos hoy día son prácticamente irreconocibles. Y el fuerte de Nuestra Señora de los Dolores, o de la Soledad, el último construido, hacia 1810, durante el gobierno de Alejandro Parreño²⁴ (1806-1812); todavía puede contemplarse lo que queda de él.

No obstante, y a medida que fueron pasando los años, el estado de conservación de todas las obras de ingeniería y artillería de Marianas fue deteriorándose poco a poco hasta el punto de hacer de la isla de Guam un punto totalmente indefendible.

Casi inmediatamente se planteó la necesidad de defender de forma eficaz las islas Marianas; en 1829, durante el mando de Medinilla (1812-1822), no había más almacén de pólvora que el pequeño y mal construido depósito de Santa Bárbara en Agaña, que databa también de la época de Manuel Muro; los peligros a los que exponía la pólvora hicieron que parte de ésta se albergara en la Casa Almacén de la Real Hacienda.

Las cantidades con que anualmente se socorría por el Superior Gobierno a estas islas tenían por objeto determinado la Compañía de Dotación compuesta de cincuenta y cuatro plazas, la cual no podía cubrir más que unos pocos puntos y solo para su custodia y de ningún modo para defenderlos competentemente, de tal forma que, sin dinero disponible, sin recursos equivalentes y sin tropa, la seguridad de la isla se fundaba en lo ordinario sobre el establecimiento de unos cuantos puntos fortificados cada uno con un simple guardia que, en caso de emergencia, se podían cubrir con tropas de Milicias. Por ello, también era necesario que se artillaran lo mejor posible el castillo de Agaña, el de Santa Cruz en el Puerto de Apra y la batería más a propósito del

puerto de Umata²⁵.

Ante esta situación, reunidos en Junta el 15 de octubre de 1829 el Gobernador de Marianas José de Medinilla (1826-1831) como Presidente, y como vocales el teniente coronel segundo Jefe de ellas Francisco Villalobos, miembro del Real Cuerpo de Artillería de Manila asignado a Marianas para estudiar el estado de las fortificaciones, y el Administrador de la Real Hacienda José Romero, además de Joaquín de León Guerrero como Secretario sin voto, acordaron que se defendieran mejor los castillos citados y que se arreglara el almacén de pólvora, acometiendo las obras necesarias con cargo a 1.000 pesos designados por la Superioridad para esa clase de gastos extraordinarios. Igualmente, se decidió que el castillo de Santa Cruz de Apra se custodiara por una guardia compuesta por seis hombres de la Compañía de Dotación, y el almacén de Santa Bárbara de Agaña por cinco hombres de la misma tropa, y que para los centinelas del Palacio y seguridad pública se reforzara esta guardia de noche con catorce hombres milicianos²⁶.

Poco después, Villalobos sucedió en el cargo de Gobernador a Medinilla, teniendo entre sus objetivos prioritarios el estudio de la defensa de las islas. Como capitán de Artillería, desempeñaría el cargo de Gobernador entre el 26 de septiembre de 1831 y el 1 de octubre de 1837.

Villalobos elevó al Capitán General de Filipinas un informe sobre Guam el 1 de septiembre de 1832, en el que señalaba la necesidad que había en la isla de un punto fuerte para el respeto del Real Pabellón, especialmente en época de haber buques balleneros cuyas tripulaciones propendían excesivamente a la

embriaguez y a la altanería, y para precaver de una sorpresa a la pequeña fuerza de servicio en caso de un motín popular o de la arribada de un pirata o corsario o de cualquier otra clase de enemigos. Su extenso informe, Descripción local, militar y política de la isla de Guam incluía, a su vez, un mapa detallado de la isla, el llamado "Croquis de la isla de Guajan", y una serie de bocetos de las nueve fortificaciones existentes en las mismas²⁷.

Habían pasado ya más de dos años y medio desde entonces cuando, reunidos en junta el Gobernador Villalobos y el Administrador José Romero, aún no se había dado contestación por parte de la Superioridad²⁸. No obstante, y entre las realizaciones concretas de la época de Villalobos, destacar la construcción de los llamados "semirreductos", fortificación semicircular que protegía el Palacio de Agaña, realizada en mampostería con una puerta de madera en el centro²⁹; en el interior de la misma, siete plataformas se destinaron a la ubicación de la artillería.

A mediados del siglo XIX el material de guerra consistía en fusiles antiguos de chispa para toda la fuerza y correaes inútiles, con un total de quince cañones muy viejos³⁰; había también pólvora y balas y algunos otros objetos armamentísticos, pero todo tan destrozado que no servía para nada ya que eran restos de lo desechado por Manila en 1830.

Las fortificaciones, por entonces, no eran más que las escabrosidades del terreno y aunque había obras, como se ha visto, para esas fechas ya no servían para nada; los nueve fuertes o castillos de Guam (dos en Agaña, tres en Apra y cuatro en Umata) carecían ya de valor militar.

En resumen, y durante los últimos años de la presencia española, aun cuando Agaña era plaza fuerte por la situación de las Marianas, en los tiempos de su mayor esplendor como tal solo tuvo pues el fuerte o castillo de San Rafael, al norte e inmediato a la ciudad, al que servía de foso el canal o acequia que rodeaba a ésta; a finales del siglo XIX no quedaban más que restos³¹.

A la espalda de Agaña, sobre el monte de áspera pendiente que limitaba la ciudad por el sur, estaba el ruinoso castillo o fuerte de Santa Agueda que, según la lápida que había sobre su puerta de entrada, fue construido en veintiocho días; sus cañoneras o embrasuras miraban al norte.

Por último, en el terreno que ocupaba la plaza de Magallanes, pabellones del Presidio, Tribunal y varias casas, frente a la Casa-Gobierno y al Parque, hubo un reducto de seguridad semicircular con unos traveses al este, cubriendo el cuartel de la Compañía de Dotación, del Presidio en 1887.

En el puerto de San Luis de Apra estuvo la batería de San Luis sobre la punta del mismo nombre, al oeste de Sumay.

En la punta de Orote, sobre un acantilado, estaba el fuerte de Santiago, que era una batería semicircular a barbeta cuyo muro de mampostería tenía escasamente un metro de espesor y 0,75 centímetros de altura, y a su espalda se conservaban los muros del que fue cuartel para el destacamento, sobre los que en la fecha había una pequeña caseta de caña, o rancho, piso de tabla y cubiertas de hojas de coco para el vigía que hacía las señales de aproximarse barco, de vela o de vapor, en el asta colocada al este del fuerte; el piso de la batería era de losas de piedra.

Al este del puerto, a dos millas del pantalán, cerca de Sumay y sobre un arrecife, estaba emplazado el fuerte de Santa Cruz, destinado para batería de salvas y teniendo montados dos cañones de bronce y uno de hierro; sobre la explanada había dos cañones de bronce y dos de hierro.

El estado del fuerte de Santa Cruz era deplorable, mucho más teniendo en cuenta que era el único habilitado para servicio en Marianas. En mayo de 1864, y a instancias del entonces Gobernador de Marianas, Felipe de la Corte (1855-1866), se inició un expediente en el que se justificaba la necesidad de obras de reparación en los pequeños edificios y baterías del fuerte que, por entonces, servía solamente para salvas y saludos pero era inútil bajo el punto de vista defensivo; al no existir en Marianas dependencia alguna del Cuerpo de Ingenieros, el Gobernador encargó la formación del presupuesto a un maestro albañil y a otro carpintero. Las obras se iniciaron en los primeros meses de 1869 ya que el crédito no fue bien tramitado, reconstruyéndose someramente los muros y cubiertas del edificio donde habitaba la tropa³².

El 12 de julio de 1885 se remitió un presupuesto para su total recomposición que ascendía a 3.358 pesos, y el 10 de diciembre del mismo año otro más de 971 pesos para la recomposición parcial de la batería a barbata, que era la de salva, pues al hacer éstas el día de la Purísima Concepción se desquiciaron los sillares del muro y se abrió una gran grieta en el plano de fuegos de la barbata, por lo que se pidió y se obtuvo autorización para hacer las salvas en la playa frente a Agaña, a más de diez kilómetros del fuerte.

En éste había un destacamento de cuatro soldados y un cabo, que se relevaba todos los sábados, para custodiar el material e izar la bandera nacional; los cuarteles que tenía adosados a los muros del sur y del este estaban en mal estado y en épocas de grandes lluvias el destacamento se refugiaba en la pequeña bóveda almacén para municiones, de las que no había, y también empezaba a tener goteras.

En la antigua villa de Umata, que había sido el relativo "emporio" de las islas Marianas y a finales del siglo pasado miserable barrio del pueblo de Merizo, había para su resguardo y defensa tres castillos y una batería, cuyos restos existían como mudos testigos de lo que fue.

Al norte de la villa estaba el fuerte de San José; en la entrada de la bahía sobre un peñasco, el pequeño fuerte del Santo Angel; al sur, el de la Soledad, y en el fondo de la bahía, delante de la Iglesia, en la playa, la batería de Nuestra Señora del Carmen o de Santa Bárbara.

Todos los fuertes siempre fueron de poca importancia material, estando muy bien dados de baja excepto el único habilitado para salvos, el de Santa Cruz en Apra, aunque estaba en peor estado que los de la Soledad, Santo Angel y batería de Santa Bárbara en Umata, y que el de Santiago en punta de Orote.

La capitalidad del archipiélago: proyectos de traslación

Durante el siglo XIX, varios Gobernadores de Marianas, partiendo del supuesto de que la capital, Agaña, no estaba bien situada geográficamente en la isla de Guam, propusieron trasladar la cabecera a otro punto más estratégico³³.

Agaña estaba situada a ocho kilómetros del desembarcadero de Punta Piti, en el Puerto de Apra, que era el de mejores condiciones, pero el desembarcadero, a dos millas del fondeadero de los buques y con un canal que bordeaba la isla de Cabras, era tan pequeño que no podían pasar los botes cargados más que a medias marea o con marea alta. Ello implicaba todo un cúmulo de dificultades para la carga y descarga, sobre todo del vapor correo que estaba solamente tres días, y cuando llegaba el médico de Agaña a darle entrada a veces se había perdido una marea. Si la carga fuera de importancia, que no lo era, sería casi imposible practicar esta operación a no ser que fuera con un número extraordinario de embarcaciones menores y con más de un pantalán.

Uno de los objetivos de Villalobos (1831-1837) en 1835, y precisamente para una mejor defensa del archipiélago, fue trasladar la capital a Agat, punto más céntrico que el de Agaña para acudir al socorro de esta ciudad desde Umata y Península de Orote, que habían de estar fortificadas así como Agat, que tendría un fuerte en Punta Apuga, centro de la defensa, resguardo de los intereses del Estado y refugio de los funcionarios, construyendo un canal navegable de un kilómetro de largo para embarcaciones menores que uniera el puerto de Agat con el de Apra; además, el término de Agat era más extenso, estando a su favor una facilísima traída de aguas desde el monte Lompó y distar del fondo meridional del puerto, llamado también de Apra, solo unos mil setecientos metros con camino suavemente accidentado a lo largo del que se hubiera ido extendiendo la población en su crecimiento.

Felipe de la Corte (1855-1866) propuso unir con el fuerte de Santa Cruz las dos costas, desde Punta San Luis hasta el arroyo de la aguada por medio de un muelle, a cuya espalda se fundaría una población, es decir, a la parte sur del puerto de San Luis de Apra, otra al norte sobre los arrecifes que arrancaban de la isla de Cabras, unidas por una línea transversal de norte a sur que daba frente a los fondeaderos, donde se situarían los edificios del Estado, proyecto que resultaría ser una ilusión, como preveía de la Corte al redactarlo, pero practicable habiéndolo llevado a cabo oportunamente y conveniente mucho más si se consideraba la isla de Guam como la cabecera de la Micronesia, como conveniente y practicable era la propuesta de Villalobos, que habría dado por resultado situar la capital en las islas en las inmediaciones de los puertos de Apra, Agat y Umata, utilizados por los buques de vela según los monzones, así como el proyecto de de la Corte, que situaba la capital sobre el mismo puerto de Apra.

En 1885, Olive (1884-1887) consideraba que si bien ambos proyectos, y en concreto el de Felipe de la Corte, originarían gastos tales como construir el muelle desde la aguada a San Luis, terraplenar los terrenos que habrían de ocupar los edificios del Estado y construir éstos, tampoco sería tan costoso teniendo en cuenta que todos los edificios estaban por entonces en malísimo estado dada la antigua fecha de su construcción; además, esas poblaciones habrían de formarse con emigrantes en su mayoría.

En cualquier caso, el traslado de la capital a Agat, como propuso Villalobos, podía haber tenido más sentido en su época que en 1885, con arreglo a las condiciones y circunstancias del

momento, especialmente en lo que se refiere a la gran afluencia de balleneros, mostrándose partidario Olive, en todo caso, del traslado de la capital al istmo de Apra ya que también había pasado la oportunidad del plan de Felipe de la Corte. No obstante, dejaba abierta la posibilidad del traslado de la capital para cuando fuese necesario, bien en algún punto de Guam, bien incluso en la isla de Saipan³⁴.

NOTAS

1. Teresa DEL VALLE: "Culturas Oceánicas. Micronesia", en Cuadernos de Antropología, Barcelona, Editorial Anthropos, diciembre 1987, p. 5.

La autora señala que el término Micronesia no es correcto ni cultural ni geográficamente ya que hay islas de cultura por ejemplo polinesia que se incluyen en este grupo; tal es el caso de la isla de Kapingamarangui, situada al sur de Truck.

El mejor atlas actual sobre la Micronesia es el del profesor Bruce G. KAROLLE, de la Universidad de Guam: Atlas of Micronesia, MARC, University of Guam, 1988.

2. LIBRARY OF CONGRESS OF WASHINGTON (LCW), MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 1: Informe escrito por Francisco Olive y García en el que hace resaltar las diferencias entre este informe y el presentado por Pedro Saura y Corona, Agaña, 19 diciembre 1885, p. 80. Aunque en este informe habla de kilómetros cuadrados, creemos que se trata de una confusión ya que son, en realidad, millas cuadradas.

Sobre la situación geográfica de la Micronesia, son de obligada cita los estudios de Francisco COELLO: Atlas de España y de sus posesiones de Ultramar: islas Marianas, Carolinas y Palaos, Madrid, 1863, y el de Francisco BARANERA: Compendio de geografía de las islas Filipinas, Marianas y Joló, Manila, 1880.

3. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 9: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Joaquín Vara del Rey, 31 diciembre 1890, p. 5.

4. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 6: Primera Sección. Datos referentes a dicha sección que se remiten a la Comisión Central de Manila para la Exposición Hispano-Filipina, Agaña, 31 diciembre 1886, 9 pp.

5. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 9: Copia de la Memoria ..., p. 2.

6. Guillermo CAMARGO: "Ligeros apuntes sobre las islas Marianas y adelantos que han tenido desde 1863", en Anuario del Depósito Hidrográfico, Año XII, Madrid, 1874, p. 314.

7. Guillermo CAMARGO: op. cit., pp. 309-335.

8. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 6: Primera Sección. Datos referentes a dicha sección ..., pp. 6-7.

9. José MONTERO Y VIDAL: El archipiélago filipino y las Islas Marianas, Carolinas y Palaos, Madrid, 1886, p. 430.

10. Teresa DEL VALLE, op. cit., p. 10. La autora hace extensible estos condicionantes a todas las sociedades micronesias.

11. Francisco OLIVE Y GARCIA: Islas Marianas. Ligeros apuntes acerca de las mismas, porvenir a que pueden y deben aspirar y ayuda que ha de prestar la Administración para conseguirlo, Madrid, Imprenta y Litografía de M. Pérez (Hijo), 1887, pp. 26-29.

12. Un buen estudio sobre la geografía, clima, flora, plantas cultivables, tierras y habitantes realizado a principios de este siglo cuando las islas Marianas, salvo Guam, ya pertenecían a Alemania, puede consultarse en Herman H.L.W. COSTENOBLE: The Marianas, University of Guam, MARC Working Papers n° 33, 1981.

Se trata de una traducción del original impreso en 1905 en el volumen 88 de Globus con el título de Die Marianen.

13. Guillermo CAMARGO, op. cit., pp. 326-328.

14. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 9: Copia de la Memoria ..., pp. 2-3 y 7.

15. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 3ª, n° 4: Cuadro de las distancias marítimas en el archipiélago de Marianas, Agaña, 31 diciembre 1891.

16. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 3ª, n° 11: Descripción de estas islas Marianas para que puedan los redactores de la Guía de Forasteros estampar en ellas las que crean convenientes, San Ignacio de Agaña, 15 agosto 1844, p. 4.

17. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 3ª, n° 3: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Luis Santos, Agaña, 31 diciembre 1891, p. 8.

18. Sobre el estado actual de algunos de estos edificios, incluidos los religiosos, consultar Paul CARANO: Guam Scenic Route, MARC, University of Guam, MARC Working Papers n° 9, 1979.

19. Marjorie G. DRIVER y Omaira BRUNAL-PERRY: Architectural Sketches of the Spanish Era Forts of Guam from the holdings of the Servicio Histórico Militar, Madrid, MARC, University of Guam, 1994, p. 11 y ss.

Esta publicación complementa la anterior de Yolanda DEGADILLO, Thomas B. McGRATH y Felicia PLAZA: Spanish Forts of Guam, MARC, University of Guam/Universidad Autónoma de Guadalajara, México, 1979.

20. Y. DEGADILLO, T. McGRATH y F. PLAZA, op. cit., p. 53.

21. LCW, Vol. 11, Item 34: Diligencias que contienen un informe de todos los oficiales del Presidio sobre las obras de fortificación y otras que se han fabricado por cuenta del Rey durante el tiempo que gobernó estas islas Marianas el Sr. D. Manuel Muro, Teniente Coronel Graduado de los Reales Ejércitos (typescript), San Ignacio de Agaña, 11 agosto 1801.

22. Marjorie G. DRIVER y Omayra BRUNAL-PERRY, op. cit., p. 14, señalan que el fuerte recibió tal nombre en honor a la esposa de Muro, Doña Agueda del Camino.
23. M. DRIVER y O. BRUNAL-PERRY, op.cit., p. 15.
24. Marjorie G. DRIVER (trans.): Description of the Mariana Islands. Manuel Sanz, Manila, 1827, MARC, University of Guam, MARC Educational Series n° 10, 1991, nota de la autora n° 21, p. 50.
25. LCW, Vol. 13, Item 41: Teniente Coronel Francisco Villalobos, segundo jefe de las islas Marianas, al Gobernador de las mismas, José de Medinilla y Pineda, San Ignacio de Agaña, 12 octubre 1829.
26. LCW, Vol. 13, Item 41: Informe de la Junta de Agaña sobre el ramo de Ingenieros y Artillería, Agaña, 15 octubre 1829.
27. M. DRIVER y O. BRUNAL-PERRY, op. cit., pp. 17-53. En estas últimas páginas, Brunal-Perry analiza los bocetos que el Gobernador Villalobos hizo sobre las fortificaciones de la isla, con planos y mapas procedentes del Servicio Histórico Militar de Madrid.
28. LCW, Vol. 13, Item 45: Acta de la Junta sobre obras militares, San Ignacio de Agaña, 13 septiembre 1835.
29. Y. DEGADILLO, T. McGRATH y F. PLAZA, op. cit., p. 24.
30. Felipe de la CORTE Y RUANO: Memoria descriptiva e histórica de las islas Marianas, Madrid, Imprenta Nacional, 1875, pp. 119-120.
31. Francico OLIVE Y GARCIA: op. cit., pp. 101-102.
32. SERVICIO HISTÓRICO MILITAR (SHM), Sección de Africa y Ultramar: Filipinas, legajo 58: Expediente sobre la reconstrucción del fuerte de Santa Cruz, años 1864-1871.
33. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1, n° 1: Informe escrito por Francisco Olive y García ..., pp. 41 y ss.
34. Francisco OLIVE Y GARCIA: op. cit., pp. 73-75.

CAPÍTULO II

LAS ISLAS MARIANAS HASTA 1828: REFORMAS Y CAMBIO EN LA ORIENTACIÓN POLÍTICA DEL ARCHIPIÉLAGO (1521-1828)

Entre 1668 y 1899, con unos antecedentes que arrancan de la época de las grandes expediciones oceánicas del siglo XVI, se extiende el período español en las islas Marianas que se prolonga a lo largo de varias fases:

Antecedentes: Descubrimiento de las islas de los Ladrones

El 6 de marzo de 1521 llegan a las islas Marianas las tres naves del portugués Fernando de Magallanes -Concepción, Victoria y la capitana Trinidad- desembarcando, según la opinión más generalizada aunque aún sujeta a revisión¹, en la bahía de Umata, al sur de la isla de Guam, permaneciendo allí solamente tres días, hasta el 9 de marzo.

El archipiélago será denominado, primero, de las Velas Latinas por la forma de las velas de las canoas de los indígenas, y Ladrones poco después, cuando los españoles, parece ser, comprobaron las inclinaciones de los indígenas a apropiarse de todos los objetos de hierro que encontraban en los barcos recién llegados².

Como señala Marjorie G. Driver³, entre 1521 y 1602, fecha esta última de la llegada de uno de los primeros misioneros españoles, Fray Juan Pobre de Zamora, habían arribado a las islas Marianas, entre Guam y Rota, más de setenta barcos, la mayoría españoles en su ruta del Galeón de Manila, si bien llegaron también alemanes e ingleses.

En una de estas travesías el gallego Gonzalo de Vigo, procedente de la expedición Magallanes, había desertado junto a dos marineros del Trinidad, capitaneado por Gonzalo de Espinosa (quien, en su intento de viajar a Panamá desde las Molucas, se vio forzado a recalar en Marianas del norte en 1522), viviendo en las islas cuatro años, entre 1522-1526; fue recogido en esa última fecha por Toribio Alonso de Salazar, de la expedición de Juan García Jofre de Loaysa que había alcanzado las islas Marianas el 4 de noviembre de 1526. Desde entonces, los navegantes españoles tocarán repetidamente en el archipiélago.

En diciembre de 1528 Alvaro de Saavedra llega hasta Marianas pero no entra en puerto, regresando por el suroeste; de nuevo viajará al año siguiente, en sus infructuosos intentos por alcanzar las costas de Nueva España.

Unos años más tarde, en 1543, la expedición de Ruy López de Villalobos pasa por el sur de las islas, aunque no es seguro que las explorara.

El 22 enero 1565 llega a Umata Miguel López de Legazpi en su ruta por el Pacífico desde que saliera el 21 de noviembre de 1564 del Puerto Navidad, Nueva España, a la cabeza de una expedición de tres barcos Florida, Santiago y Espíritu Santo, organizada por Luis de Velasco, tercer virrey de Nueva España, tomando posesión del archipiélago; con él llega el agustino Fray Andrés de Urdaneta⁴, enviado expresamente por el rey Felipe II al descubrimiento de las islas Filipinas con encargo de la derrota como náutico experimentado y él fue quien dijo, no obstante el parecer de los otros pilotos de la expedición, que la tierra descubierta el 22 de enero de 1565 eran las islas de los Ladrones, como así resultó

cuando se acercaron los naturales con sus canoas⁵.

Estos eran corpulentos y gruesos, y las armas que utilizaban eran arrojadizas tales como lanzas con puntas de hueso, dardos de caña tostada, hondas, piedras y bolas de barro cocido.

Los primeros trueques que se hicieron con los españoles consistieron en cocos, plátanos, caña dulce, aceite, arroz y algunas raíces comestibles, a cambio de hierro, utensilios y algunas baratijas como espejos, tijeras, etc.

Tenían sus caseríos entre cocales, de los que había muchos; eran ágiles y admirables nadadores, y tenían un idioma propio, llamado vulgarmente chamorro, de donde a los marianos les viene la denominación común de chamorros, en opinión de Saavedra⁶.

Legazpi plantó una cruz en Umata, reclamando el archipiélago como posesión española; Urdaneta celebró la primera misa allí; poco después, Legazpi recibirá el título de "Adelantado de las islas".

Tres años más tarde, en 1568, uno de los barcos de Legazpi, el San Pablo, en su ruta hacia Acapulco, naufraga en Guam durante un tifón; ciento treinta y dos naufragos logran construir una barcaza y retornar a Manila tras vivir tres meses en la isla⁷.

En 1577, el primer grupo de misioneros franciscanos navega desde Filipinas a Marianas si bien no se quedará ninguno.

Entre las expediciones extranjeras, y posteriormente, visitaron las islas Francisco Galli en 1582 y Tomás Cavendish en 1588.

Dos barcos realizaron la travesía Acapulco-Manila en 1590, llevando a bordo el Santiago al nuevo Gobernador Gómez Pérez Dasmariñas y a su hijo Luis; de este viaje, que pasó por Marianas

a hacer aguada, han quedado unas breves páginas en las que se describe el recibimiento dado por los indios a los recién llegados a las islas de los Ladrones⁸.

En la década de los años 90, desde Filipinas se producen los primeros intentos para cristianizar y colonizar definitivamente las islas de los Ladrones, infructuosos todos ellos hasta la acción del jesuíta Sanvitores en 1668; así, en 1591, el Gobernador General de Filipinas Pérez Dasmariñas, sugiere al Rey la posibilidad de hacer de las Ladrones un Presidio.

En 1596 el Rey da permiso al nuevo Gobernador General, Francisco Tello de Guzmán, para enviar misioneros y soldados. Ese mismo año, el franciscano Fray Antonio de los Angeles, asignado a Filipinas, decide ir a las islas, junto a dos soldados, a cristianizar a los indígenas. Capturados por los chamorros, abandonarán las islas al año siguiente en un galeón.

Una nueva expedición, la de Alvaro de Mendaña, fallecido durante la misma, había partido de Perú en 1594 avistando, sin desembarcar, Guam y Saipan el 3 de enero de 1596.

El 4 de febrero de 1602, parten desde Acapulco en varios barcos, el Gobernador de Filipinas, don Pedro Bravo de Acuña, y algunos misioneros jesuitas, agustinos y franciscanos; poco después llegan a las Ladrones. Entre ellos viaja el franciscano Juan Pobre, activo misionero empeñado en la evangelización del archipiélago y que había estado unos años antes en Japón; habrían de permanecer en las islas durante siete meses más, partiendo el mes de octubre para llegar el 18 de noviembre de 1602 a Cavite. Fray Juan Pobre realizó una descripción de las costumbres chamorras, aunque la primera la realizó Pigafetta⁹.

Desde entonces los galeones españoles, en sus viajes desde Acapulco a Manila, recalarán repetidas veces en Guam para abastecerse de agua y tomar alimentos frescos.

Igualmente, destacar las expediciones de Oliverio Van Noort en 1600, y de varios holandeses en 1616 y 1635; otras expediciones extranjeras posteriores fueron las de Dampier en 1686, Woodes Rogers en 1710¹⁰, Gentil de Barbinais en 1716 y Cliperton en 1721.

Conquista y evangelización (1668-1681)

En cualquier caso, y a pesar de estas sucesivas visitas, las islas quedaron abandonadas hasta la llegada del jesuita burgalés Diego Luis de Sanvitores (1627-1672)¹¹, quien se interesa por la cristianización del archipiélago cuando en 1662, en su viaje a las islas Filipinas en la ruta de Acapulco a Manila a bordo del San Damián, recala en Guam en el mes de junio¹², permaneciendo allí escaso tiempo. Empeñado en su tarea buscó apoyo tanto en Filipinas como en la Corte, atrayéndose al confesor de la reina Mariana de Austria, Nithard, y a ella misma; poco después regresó a México, donde contará con el apoyo del virrey marqués de Mancera.

Como señala el profesor Antonio Egea¹³, don Diego Salcedo, Gobernador de Filipinas, había recibido orden del Rey en carta de 24 de junio de 1665 para que se interesara y apoyara la misión de Sanvitores.

El 15 de julio 1668, en el patache San Diego, llegan a Marianas junto a Sanvitores cinco jesuitas, los padres Cardeñoso, Medina, Cantova, Morales y Bustillos, un grupo de laicos y una compañía de soldados, siendo fundada la primera misión en Agaña,

que será llamada San Ignacio.

Quipúha, el jefe principal de aquellos insulares, acogió favorablemente a Sanvitores; fue bautizado y se le dio el nombre de Juan. La primera Iglesia fue dedicada al Dulce Nombre de María, inaugurándose el 2 de febrero de 1669; igualmente, se cristianizaron los nombres chamorros de las islas¹⁴:

Nombre Chamorro

Guan, Guajan, Guahan
Zarpana, Rota
Aguiguan, Aguejan
Tinian
Seypan, Saypan
Anasagan, Anatajan, Anatacan
Sarigan, Sariguan
Guguan
Tlamagan, Alamaguan, Amalaguan
Payon
Arigan, Grijan
Assonson, Songsong
Maug, Mang, Funas

Nombre Cristiano

San Juan
Santa Ana
San Angel
Buena Vista Mariana
San José
San Joaquín
San Carlos
San Felipe
La Concepción
San Ignacio
San Francisco Javier
Ascensión, Volcán Grande
San Lorenzo

Aunque en teoría estos cambios debían regir desde la fecha, continuaron utilizándose los nombres chamorros.

No obstante, y a pesar del éxito de los jesuitas en sus primeros intentos por cristianizar el archipiélago, comenzaron a surgir conatos de rebelión contra la presencia española, principalmente dirigidos por Choco, un chino radicado en las islas que poseía un gran ascendiente sobre los chamorros¹⁵, y que veía cómo la nueva religión iba calando poco a poco entre los indígenas.

En esta primera revuelta Choco argumentaba que el agua bautismal estaba envenenada y que, por tanto, todos los niños que fueran bautizados morirían irremisiblemente.

El primer problema serio que se les planteó a los jesuitas sucedió seis meses después de su llegada, cuando en octubre de 1668 en la isla de Tinian un grupo de rebeldes seguidores de Choco atacó la misión allí establecida hiriendo al Padre Morales¹⁶ y asesinando a sus dos compañeros¹⁷; poco después, el propio Sanvitores se dirigió a la isla, que rápidamente fue pacificada.

En estos primeros momentos, y como superior de la Misión, Sanvitores tenía autoridad en asuntos espirituales, políticos, civiles y eclesiásticos, si bien el ramo militar quedaría en manos de los comandantes militares nombrados por el Gobernador General de Filipinas¹⁸.

El capitán Juan de Santa Cruz había tomado posesión del cargo de Comandante de las Marianas el 16 de junio de 1669, siendo el primer gobernante militar del archipiélago.

Las islas de los Ladrones pasaron a denominarse islas Marianas, en honor a Mariana de Austria, quien fundó la Obra Pía de San Juan de Letrán, dotada con 3.000 pesos al año; dicha concesión la había dado la Reina en 1663 siendo un dinero procedente de las Cajas de México. Con esta dotación económica se puso en marcha un sistema educativo que perdurará durante toda la presencia española, siendo fundado en 1669 el colegio masculino de San Juan de Letrán, donde se impartirían religión, trabajos manuales y música. En la escuela de niñas, radicada primero en Fina y poco después en Agaña, comenzó enseñándose religión y tareas domésticas.

A finales del siglo XVII había unos veinte jesuitas, la mayoría de ellos españoles y el resto del norte de Europa, encontrándose distribuidos por las distintas misiones estableci-

das en Guam, Rota y Saipan¹⁹. La de Agaña era la más importante, contando con seis jesuítas; dos de ellos estaban encargados, respectivamente, de la población chamorra y de la hispanoparlante; otro era el Rector de las dos escuelas, y dos más, los administradores para asuntos jesuíticos. En la isla de Saipan la misión será cerrada en 1730 -hasta el siglo XIX-.

Las guerras chamorras y el establecimiento de la autoridad militar

Como resultado del impacto de la llegada de los nuevos colonizadores, estallaron en 1671 las denominadas por la historiografía "guerras chamorras" que avanzan en Guam hasta la ofensiva española de 1684²⁰, mientras que en el resto de las islas del Norte se prolongarán hasta 1695; la razón se debe al menor interés en las islas del Norte por parte de las autoridades españolas, centradas prácticamente en la principal isla del archipiélago. La situación no era de guerra continua sino de levantamientos puntuales de oposición a una progresiva dominación española que acabaría imponiéndose²¹.

Rápidamente se suceden los hechos: en 1671 es asesinado en Saipan el padre Luis de Medina, retirándose los españoles de las islas del Norte hasta las nuevas ofensivas de 1680, cuando José Quiroga fue enviado a Marianas como comandante de la guarnición²².

El 2 de abril de 1672 es asesinado Sanvitores por un noble indígena, Matapang, señalándose como causa inmediata el haber bautizado a su hija en contra de su voluntad²³, si bien habría que enmarcarlo en el descontento generalizado en contra de los españoles; en mayo tomaba posesión el nuevo comandante del archipiélago, el capitán Juan de Santiago, quien desempeñará el cargo

durante dos años, siendo sucedido el 16 de junio de 1674 por el último de los comandantes militares, Damián de Esplana, nombrado por el Gobernador General de Filipinas, Manuel de León. Al frente de un pequeño ejército, estableció en las islas un gobierno militar.

Llegado a bordo del Galeón de Acapulco, el nombramiento del capitán Francisco de Irisarri, quien tomó posesión de su cargo el 10 de junio de 1676 para detentarlo durante dos años²⁴, inaugura la época de los Gobernadores militares como máximas autoridades de las islas Marianas.

Sin embargo, será el teniente Maestre de campo, Antonio de Saravia, el primer Gobernador nombrado directamente por la Corona por Real título de 6 de agosto de 1679.

En esa misma fecha, el Consejo de Indias estableció la jurisdicción administrativa de las islas Marianas bajo el virreinato de Nueva España y la Audiencia de Filipinas²⁵.

Antonio de Saravia partió de Cádiz y vía México, llegó a Marianas en junio de 1681, estableciendo un gobierno político militar en las islas. Desde entonces, quedó establecido el situado que el virrey de Nueva España debía remitir anualmente a Marianas para pagar a soldados y gobernadores y, en definitiva, para mantener las islas²⁶.

Fallecido Saravia en 1683 por enfermedad en las islas del Norte en su visita para pacificarlas, será sucedido por Damián de Esplana el 3 de noviembre de ese año; éste pondría fin a las guerras chamorras, inaugurando una nueva etapa en las islas Marianas.

La administración del archipiélago (1681-1817)

Después de 1681, las islas fueron administradas por un Gobernador militar -Saravia- que en principio solía ir nombrado por el Rey por el tiempo de seis años pero, por lo general, este Gobernador era nombrado por el Capitán General de Filipinas de entre los oficiales de la guarnición de Manila, siendo su nombramiento por tres años y debiendo ser por lo menos de la clase de capitán²⁷.

En estos primeros momentos se pretendía que el gobierno de las Marianas no tuviera ninguna sujeción con respecto a las islas Filipinas, abarcando territorialmente las islas conocidas y por descubrir²⁸. En cualquier caso, hasta las independencias americanas dependieron, al menos económicamente, del virreinato de México; desde esta fecha, y con la reorganización administrativa del siglo XIX, pasarán a depender del Gobierno Superior de Filipinas.

Con el establecimiento de la administración española, la isla de Guam fue dividida en nueve pueblos, siendo Agaña la capital. Desde 1668, la primera tarea de los colonizadores españoles se centró en la reducción de las islas de Guam, Rota, Saipan, Tinian e islas del Norte (Anatahan, Agrigan). A finales del siglo XVII sólo estaban habitadas, tras los movimientos forzosos de población, Guam, Rota y Saipán, quedando al frente de estas dos últimas un jesuíta.

Los indígenas serán llamados chamorros, acaso porque los "chamurri" eran los miembros de la clase dominante prehispánica, acaso porque decían esa palabra a los españoles recién llegados queriendo significar con ella "amigos"²⁹ o, simplemente porque

era el nombre de su idioma, aplicándoles luego los españoles a los indígenas esta denominación.

Todavía es objeto de discusión por parte de los historiadores uno de los hechos más significativos de este período, esto es, el enorme descenso de la población indígena desde el momento en que se produce la llegada de los españoles, y sobre todo si nos atenemos a las cifras de bautizados dadas por el propio Sanvitores, entre quince mil y treinta mil en tres años.

Quienes, especialmente desde el siglo XIX, han escrito sobre la historia del archipiélago, han dado un número de habitantes a la llegada de los españoles excesivamente alto. Por poner algunos ejemplos ilustrativos, podemos citar a Juan Alvarez Guerra³⁰, que habla de cien mil chamorros; Felipe de la Corte³¹ es más moderado, refiriéndose a algo más de cuarenta mil habitantes. Por su parte, Safford³² no da una cifra concreta, aunque comenta que de la gran población existente antes de la "reducción", apenas un puñado de ellos quedó tras la misma, citando al navegante ruso Kotzebue, quien cuando visitó las islas a principios del siglo XIX tan sólo encontró una pareja de nativos, "una pintura", dijo, "de cómo los españoles pacificaron a los nativos". Volveremos sobre ello.

Para un mejor control de la población, y al igual que en América y en Filipinas, se procedió a la organización de la misma³³: Guam fue dividida en cinco partidos o distritos diseminados por la mitad sur de la isla, habiendo en cada uno de ellos un pequeño asentamiento formando una villa o un pueblo. Así, desde los primeros momentos de la colonización española, se destacan los siguientes, localizados en la mitad suroccidental

de la isla: Agaña, centro de la primera colonia española; Pago; Agat; Umata y Fina (creado en 1689, desaparecerá pocos años después).

En 1698 dos nuevos establecimientos, Merizo e Inarajan, fueron formalmente reconocidos como pueblos, siendo realojados los habitantes de las islas del Norte en esta zona sur de Guam; así, los Gani fueron asentados en Inarajan y los tinianos en Pago y en las proximidades de Agaña.

En sus orígenes, estos pueblos constaban de poco más que una Iglesia y casa del párroco rodeados de unas cuantas casas, la gran mayoría construídas de nipa, con una población inicial que oscilaba entre doscientas y trescientas personas, que posteriormente se verá incrementada como resultado de la afluencia de población no guamaniana durante y después de la reducción.

Agaña, con una población no mucho mayor que el resto de los pueblos a la altura de 1690 -en torno a trescientos habitantes- había sido elegida como cabecera (capital o población principal de un territorio o distrito) o ciudad tres años antes, permaneciendo desde el principio como centro nominal del Gobierno si bien Esplana y algún otro Gobernador trasladaron su residencia a Umata, al sur de la isla de Guam³⁴.

En 1710 la población se había incrementado a novecientos habitantes, que se distribuirán en Agaña dependiendo de su origen; así, en el núcleo urbano propiamente dicho vivían españoles y filipinos (clero, guarnición y soldados retirados, con sus familias³⁵), mientras que los chamorros se repartían entre las poblaciones adyacentes a la ciudad: Sinajaña, Tamuning y Anigua.

Por lo que se refiere al sistema educativo, se abrieron nuevas

escuelas en otras localidades de la isla, algunas de corta y precaria existencia, con el objetivo principal de difundir la doctrina católica, al tiempo que se iniciaba a niños y niñas en las ocupaciones propias de su sexo, esto es, trabajos manuales y técnicas de cultivo, y tareas domésticas, respectivamente. Sin lugar a dudas, el colegio más importante era San Juan de Letrán en Agaña, del que dependían el resto de escuelas, dirigido por una Junta al frente de la cual se encontrará el Gobernador de las islas como Presidente y el párroco de Agaña, que tenía el rango de Rector³⁶.

Los planes educativos se ampliaron a partir de la Real Cédula de 10 de mayo de 1770³⁷ por la que se recomendaba el establecimiento de escuelas en las que se impartiera el castellano.

Para la seguridad de la isla, residió siempre en Guam una fuerza militar más o menos importante. Al principio, la pequeña guarnición estaba compuesta por cuarenta o cincuenta hombres, soldados europeos o filipinos, bajo el mando de un subalterno que estaba a las órdenes del superior religioso para prestarle auxilio y seguridad; después se aumentó la fuerza con motivo de las guerras con los indios, precisándose un jefe político-militar que dirigiera las campañas, levantase fortalezas y combinase las operaciones y subsistencia de un pequeño ejército³⁸: para este fin, fue nombrado el Maestre de Campo D. Antonio Saravia y Villar (1681-1683) naciendo lo que algunos autores han denominado la "colonia militar"³⁹.

Afirmado el asentamiento español en el archipiélago mariano, a lo largo del siglo XVIII se inicia un lento declive tan solo alterado por la llegada del Galeón de Manila, también llamado de

Acapulco o Nao de la China.

El Galeón de Acapulco

El primer Galeón había cruzado el Pacífico en 1565 pero no será hasta 1668 cuando una Real orden del mes de junio estableció que los galeones de Acapulco tocaran en Guam⁴⁰; dicho cordón umbilical aportará a las islas Marianas el situado de 20.000 pesos procedentes de las Cajas de México suministrando, al tiempo, los 3.000 pesos para el mantenimiento del Colegio San Juan de Letrán. El Gobernador era el único que podía comerciar con los efectos exteriores, recogiendo indirectamente el situado destinado al pago de sueldos e incidiendo negativamente en el desarrollo económico del archipiélago al ahogar todo impulso productivo, en opinión de uno de sus más destacados gobernadores del siglo XIX, Felipe de la Corte (1855-1866)⁴¹.

Las naos de Filipinas tocaban generalmente en Marianas a su regreso, procedentes de Acapulco o de San Blas en la América septentrional, de la que importaron en dichas islas ganado vacuno, mulas y borricos⁴².

En 1771 se consideraba conveniente para el fomento y alivio del Presidio de Marianas que los Generales del Galeón de Acapulco, al regreso de Nueva España, llevaran a bordo los efectos que el Gobernador de Marianas precisaba para la subsistencia del mismo⁴³.

De esta forma, el Gobernador solicitaba que se ordenara por escrito que el General del Galeón que iba a Acapulco le suministrara todo lo que necesitase con respecto a armas, pertrechos y hombres facultativos, tanto en medicina como en cirugía cuanto en los mecánicos de herrería y carpintería y otros⁴⁴.

Estas limitadas comunicaciones de Marianas con el exterior permitieron el desarrollo del monopolio establecido por los Gobernadores, especialmente en el caso de Mariano Tobías (1771-1774).

El situado anual de 20.000 pesos era remitido por Real Orden del Tesoro de México y lo recibían los Gobernadores mitad en productos, mitad en plata. Los productos se depositaban en la tienda del Gobernador, a la que acudían los naturales y españoles a comprar lo que necesitaran; del situado igualmente se pagaban todos los sueldos a los funcionarios pero éste dinero no generaba ninguna riqueza puesto que era el que se empleaba para comprar en la tienda revirtiendo, por tanto, nuevamente al Gobernador⁴⁵.

En 1791, un oficio del Superior Gobierno de Filipinas, en vista de la representación que se le hizo de los perjuicios que resultaban a las islas Marianas el que las naos de la carrera de Acapulco se pasaran sin dejar el situado, dio las más estrechas órdenes a los comandantes de que hicieran escala y lo dejaran allí, con los demás auxilios que conducía⁴⁶.

Durante los últimos años del siglo XVIII el Galeón seguía llegando a Guam de forma más o menos regular, al igual que los pataches procedentes de Cavite que habían comenzado a arribar a Marianas desde los años setenta aproximadamente. Del mismo modo, se apreciaba un aumento de la circulación de barcos extranjeros por el Pacífico.

Nuevos cambios. Expulsión de los jesuitas

Uno de los acontecimientos más importantes del siglo XVIII se produjo tras la publicación del Real Decreto dado en Madrid

el 31 de marzo de 1767 por el cual se ordenaba la expulsión de los jesuitas; este dictamen afectó a las islas Marianas, siendo conocido en Manila el 17 de mayo de 1767 y en Guam desde el 25 de agosto de 1768⁴⁷, durante el mando de Enrique Olavide y Michelena (1749-1756). Éste embarcó hacia Filipinas en el mes de noviembre, llevándose consigo lo que había confiscado a los jesuitas y que se reducía a dos cajas de libros, 547 pesos y 2,5 reales.

Al año siguiente, en 1769, los agustinos recoletos sustituyeron a los jesuitas en la tarea de evangelización de las islas Marianas; al tiempo, se hicieron cargo de la enseñanza.

En opinión de Carano y Sánchez⁴⁸, el período de reconstrucción se iniciará con la llegada del nuevo Gobernador Mariano Tobías el 15 de septiembre de 1771 (hasta junio de 1774), hombre interesado en la revitalización económica del archipiélago, con la puesta en marcha de cultivos tales como el del algodón y el fomento de la ganadería.

Para esas fechas ya se habían iniciado los primeros contactos con los carolinos en un doble plano: por un lado, a partir de los intentos por colonizar desde Marianas la islas Carolinas (tal será el caso de la fracasada misión del Padre Cantova en 1731 animada por el Gobernador Sánchez de Tagle), y por otro, dada la relativa afluencia de carolinos a Marianas, tanto a las islas del Norte como a Guam.

Antes de la llegada de los españoles a las islas Marianas, diferentes grupos de carolinos habían establecido primeros contactos con estas islas, si bien no será hasta el siglo XVIII cuando se produzcan diferentes arribadas, intensificándose a lo

largo del siglo XIX. Después de un tifón que devastó muchas de las islas Carolinas en 1815, grupos de carolinos se vieron obligados a establecerse en las Marianas del norte: se dirigieron a Saipan, deshabitada desde el final de 1740, estableciendo un nuevo pueblo denominado Arabwal, luego conocido como San Isidro de Garapan. Desde estas fechas se produjo una lenta inmigración carolina, estableciendo un comercio regular con Guam siendo, a lo largo de este período, los únicos habitantes permanentes de las islas situadas al norte de Rota⁴⁹.

Por su parte, la llegada de barcos extranjeros corsarios, entre otros, los ingleses Rogers o Clipperton en los dos primeros decenios, o expediciones como la realizada en 1740-1742 por el también inglés George Anson⁵⁰, las francesas de Crozet en 1772 y la de La Perouse⁵¹ o la más importante, la expedición científica capitaneada por Alejandro Malaspina que visitará Guam en febrero de 1792 con sus barcos Descubierta y Atrevida, entre cuyos tripulantes se encontraba el naturalista Antonio de Pineda⁵², contribuirán a animar la vida del archipiélago.

Antonio Pineda y Ramírez había nacido en Guatemala en 1753; hijo de un oficial español, a los seis años se trasladó a España, pasando a residir en Granada y luego en Madrid, donde cursaría primeramente estudios en la Academia Militar.

Como científico, participó en numerosas expediciones organizadas por el Jardín Botánico, siendo seleccionado en 1788 para participar en la expedición científica organizada bajo los auspicios de Carlos III tras ser recomendado por Alejandro Malaspina; la expedición, integrada por ambas corbetas, partió de Cádiz en julio de 1789; tras su paso por América, se dirigió

a Marianas y posteriormente a Filipinas. Allí moriría Pineda unos años más tarde.

La incidencia de las independencias americanas

El proceso independentista americano afectó de forma clara a las islas Marianas en lo que se refiere a comunicaciones, economía y sistema administrativo.

En primer lugar, se redujo considerablemente el tráfico entre Nueva España y Filipinas, dificultando la ruta del Galeón, lo que conllevó el retraso en la recepción del situado; entre 1810 y 1816 no llegó ninguno a Guam.

En 1811 el último galeón partió de Cavite, regresando a Filipinas en 1815. El 25 de octubre de 1813 Fernando VII, por recomendación de las Cortes de Cádiz, decretó la supresión de la línea Acapulco-Manila. EL último galeón cruzó el océano en 1815, llegando a Apra el Magallanes⁵³.

En segundo lugar, como resultado de los cambios políticos acaecidos en América, el gobierno de Marianas fue transferido desde el Virreinato de México a la Capitanía General de Filipinas en 1817, durante las administraciones del Gobernador Mariano Fernández de Folgueras de Filipinas, y José de Medinilla y Pineda de las islas Marianas.

Por último, el situado de las islas, reducido a la cantidad fija de 8.000 pesos por Real Orden de 29 de septiembre de 1817, habría de ser enviado desde la fecha desde Manila en vez de México, formándose un plan económico para la inversión de esta suma el 9 de junio de 1820 que, aprobado en Junta Superior de Real Hacienda, se puso en práctica en agosto de 1822.

De igual modo en 1826, resultado de la nueva situación nacida

del proceso independentista hispanoamericano, se organizó una especie de milicia con todos los hombres útiles de la isla de Guam; el 27 de abril de 1829 esta Milicia tomó el carácter de Urbana⁵⁴, constituyéndola solo los vecinos de Agaña.

Las reformas de 1828

Como consecuencia de las independencias americanas, y tras la drástica reducción del Imperio Ultramarino español, las autoridades peninsulares y filipinas se vieron en la necesidad de reorganizar el sistema administrativo de las islas Marianas que, hasta la fecha, había dependido directa o indirectamente de Nueva España.

El lazo económico, traducido en el envío constante de situados al pequeño archipiélago de la Micronesia, se había roto por completo y era necesario encontrar nuevas vías de financiación que pudiesen impulsar el desarrollo de las islas Marianas.

a) iniciativas desde la Península: la Memoria sobre las islas Marianas

Como señala Teresa del Valle⁵⁵, durante estos años de dificultades para España, Fernando VII se interesó realmente por las islas Marianas ya que serían un buen punto para defender las islas Filipinas de amenazas exteriores.

De esta forma, en las primeras décadas del siglo XIX se pidieron nuevos informes a las autoridades de las islas, formándose en Madrid un Comité de Investigación en 1828 al frente del cual se encontraba Luis López Ballesteros, ministro de Hacienda de Indias; por orden de 14 de diciembre de 1828 habría de formarse en la Secretaría de Estado del despacho de Hacienda de

Indias un negociado especial de las islas Marianas.

Se trataba de recopilar toda la información posible referente a las islas Marianas emitida por instituciones oficiales, personalidades y órdenes religiosas que hubiesen tenido algún contacto con las islas.

Se remitieron documentos desde el Archivo General de Indias de Sevilla fechados entre 1492 y 1760 procedentes de la Secretaría de Nueva España y de la Real Audiencia de Filipinas; igualmente, desde el Departamento Hidrográfico del Ministerio de Marina, del Archivo de Secretaría de Guerra, de la Secretaría del despacho de Estado, de Gracia y Justicia y de algunas personas conocedoras de la cuestión tales como el ex-Gobernador de Marianas Alejandro Parreño (1806-1812), Ciriaco Carvajal, que había sido magistrado en las islas Filipinas y en esas fechas se encontraba jubilado en Sevilla, el también oidor jubilado de Filipinas Manuel Bernáldez y Pizarro, y el geógrafo Tomás López.

En su informe Alejandro Parreño⁵⁶, después de hacer una detallada descripción de las islas Marianas propuso, por lo que se refiere a cuestiones eclesiásticas, que se incrementara el número de religiosos en las islas Marianas ya que ellos eran, en su opinión, el pilar fundamental para el afianzamiento de la presencia española en las islas. Así, sugería que subsistiera el religioso de Pago con funciones de párroco para que ayudara al que ya existía en la ciudad de Agaña; igualmente, que se nombrara otro que residiera en la isla de Rota que también ejerciera funciones de párroco, y otro más que se nombrara para los nuevos establecimientos, caso que se repoblaran, de Tinian y Saipan.

Sobre este aspecto, consideraba que era de gran interés el

que se poblaran ambas islas, nombrando al frente de la empresa con la categoría de Alcalde al sargento mayor actual de Marianas, Luis de Torres, con la misma dotación de treinta duros y cuyo cargo durara al menos seis años; en lo sucesivo, y transcurrido este tiempo, los alcaldes habrían de ir nombrados por el Gobernador al menos por tres años, rebajándose su sueldo a veintidós duros y medio.

Como medidas para impulsar el aumento de población proponía, por un lado, conceder alicientes para llevar a Agaña y a Rota a algunos españoles, y por otro, estimular a los indígenas de Filipinas para que pasaran a Marianas.

En el plano educativo, se mostraba partidario de que se suprimiera el Colegio de Agaña, destinado en la fecha exclusivamente para varones ya que de hecho se había suprimido la educación de las niñas. La razón era clara: ya que no había ningún progreso en aquella enseñanza, debían destinarse sus fondos a costear la de los pocos muchachos que pudiesen pasar a Manila a recibir la educación más adecuada para cada uno.

Por lo que se refiere a la economía, consideraba que era necesario impulsar el cultivo del algodón, y que de cuenta de la Real Hacienda se surtieran desde Manila las islas Marianas de los artículos más indispensables.

Entre estos esfuerzos para obtener información, igualmente el Comité se dirigió, a través de la Secretaría de Estado, a los Directores de la Compañía de Filipinas para ver si era posible que sus barcos navegaran desde España a Marianas para transportar tropas, prisioneros, familias, efectos de consumo y demás⁵⁷.

Finalmente, el Comité recabó información a los jesuitas y a

los recoletos. Así, el Padre Provincial de los jesuitas, Mariano Puyal, envió dieciocho documentos de sus archivos fechados entre 1668 y 1769, momento en que fueron expulsados, escritos por misioneros a las autoridades eclesiásticas y civiles. Por su parte, el Superior de los agustinos en Filipinas, Francisco Vidal San José, hizo lo propio con documentos datados entre 1769 y 1822⁵⁸.

Después de estudiada toda la información recibida, el Comité, encabezado por Luis de Ballesteros, elaboró un extenso informe titulado Memoria sobre las islas Marianas en el que, a lo largo de trece extensos puntos, se analizaba la historia de las islas desde su descubrimiento en 1521 hasta los primeros años del siglo XIX⁵⁹, recogiendo datos sobre el descubrimiento, posesión, establecimiento, estado primitivo de las islas, gobierno de los jesuitas, sistema de Gobernadores, nombres primitivos de las islas y los nuevos dados por los jesuitas, situación, clima, habitantes, producciones, topografía y pie militar.

Como conclusiones, se señalaba que Ciriaco González de Carvajal, Manuel Bernáldez y Alejandro Parreño consideraban que el estado de las islas Marianas era susceptible de mejora y que su posesión era muy conveniente para los intereses de España en Extremo Oriente.

El Padre Comisario de los Agustinos Recoletos de Filipinas, en informe que presentó al Comité el 2 de diciembre de 1828, pretendía probar que a las Marianas no podía considerárselas sino como una parte de las islas Filipinas, y que del fomento y prosperidad de éstas dependía el de las otras; proponía capturar a todos los piratas malayo-mahometanos y llevarlos a Marianas con

el doble objetivo de repoblar las islas y civilizar a estos infieles.

Los Directores de la Compañía de Filipinas y el Brigadier de la Real Armada Tomás Barreda, Juez de Alzadas de Cádiz, se inclinaban a creer que los medios que se pusieran en ejecución para la prosperidad de las islas Marianas estarían mejor empleados en otras provincias de las islas Filipinas.

Y el Director General de la Armada y los marinos Miguel Moreno y Alfonso de la Riva, en informe que les pidió el Secretario del Despacho de aquel ramo, venían a decir, sustancialmente, que las islas Marianas eran estériles, sujetas a tifones, que sus habitantes eran leprosos y estaban enfermos desde los treinta años, que no había ningún puerto que mereciera tal nombre y que nada en podían servir a Europa; interesaría, en todo caso, Guam, pero sería conveniente fortificarla para defender desde allí las islas Filipinas.

El citado Padre Comisario de Agustinos Recoletos no hallaba inconveniente en que se retirara dicho religioso, ya que era muy mayor y le ayudaba un clérigo seglar, en el momento en que se ordenara que se hiciesen cargo de las islas Marianas otros religiosos de distinta orden, que podrían ser nuevamente jesuítas o, en su defecto, franciscanos.

Al final de este informe, y oídas todas las partes a favor y en contra de la conservación del archipiélago micronesio, el Comité incluía una propuesta de reforma que se basaba en los siguientes puntos:

1. Que se remitiera todos los años desde Manila a Marianas el situado anual de estas islas por cuenta de la Real

Hacienda, la mitad en metálico, y la otra mitad en ropas, herramientas y otros efectos de los más necesarios, comprándolos en Manila y presentando tarifa de su valor con un ligero recargo por gastos de transporte.

2. Que por un tiempo determinado se declarara libre el comercio de importación y exportación en la isla de Guam.

3. Que se prohibiera al Gobernador de Marianas el comercio con los habitantes del archipiélago y el hacer regalos a los buques con provisiones del Presidio, dejando plena libertad a los particulares para que pudiesen traficar con las tripulaciones.

4. Que se extinguiese la fundación del Colegio de Agaña y se aumentara con sus rentas la dotación del Presidio, estableciendo solo un maestro de primeras letras y otro de matemáticas, aprovechando ese local.

5. Que los Gobernadores se nombraran por seis años a propuesta del Capitán General y del Arzobispo de Manila, a fin de que la elección recayera solo en una persona de confianza.

6. Que fuese un ingeniero hidráulico para reparar los puertos de Apra, fortificar Guam y alzar planos de todas las islas.

7. Que se enviaran, además del que había, dos o tres agustinos recoletos.

8. Igualmente, que se enviaran dos o tres facultativos con conocimientos teórico-prácticos y de botica, cuyo Director procuraría que tuviesen bastantes nociones de mineralogía.

9. Que se distribuyesen las tierras entre los habitantes por juros de heredad, dando premios a los que cosecharan más. Si trabajaban para el Presidio, habría que pagarles.

10. Que se llevaran semillas y animales.
11. Que fuesen algunos maestros de oficios con herramientas e instrumentos, y si se podía, con algunas máquinas.
12. Que se incentivase a las familias filipinas para ir a Marianas, y
13. Que el Capitán General se encargara del cumplimiento de los citados puntos.

En el resumen de esta Memoria, se acusaba a los Gobernadores de Marianas de quedarse con el situado de medio millón de reales, que habrían de destinarse al Presidio, y de explotar a los naturales.

En todos estos documentos se hacen referencias continuas a la falta de iniciativa de la población autóctona, tal vez resultado del hecho de que tuviesen que trabajar en las haciendas reales sin una remuneración justa y sin aliciente para el trabajo teniendo, además, que pagar una serie de impuestos. Como resultado, los chamorros se contentaban con obtener lo necesario para vivir, basándose en una economía de subsistencia, careciendo de cualquier estímulo que les hiciese prosperar. La opinión más generalizada en la Memoria es que la pobreza de las islas se debía más bien a la mala administración que a la carencia de fondos⁶⁰.

b) iniciativas desde Ultramar: el Reglamento Ricafort

Ya hemos señalado que, por Real Orden de 29 de septiembre de 1817 se redujo el situado de las islas Marianas a la cantidad fija de 8.000 pesos anuales, formándose tres años más tarde, el 9 de junio de 1820, un plan económico para la inversión de esa

cantidad⁶¹ que, aprobado en Junta Superior de Real Hacienda, se puso en práctica en agosto de 1822 aunque resultó un fracaso.

Este plan del Ministro Contador Bernabé Escalada proponía, en líneas generales, cambios administrativos encaminados a reducir el coste de mantenimiento de las islas minorando los salarios de los soldados y empleados y distribuyendo las tierras y ganados de la Corona a los naturales.

Una de las mayores lacras de las islas era el monopolio que los Gobernadores ejercían sobre el situado y el comercio en general; por orden de 17 de marzo de 1822 se pretendió poner fin a este abuso aunque siguió continuando y fue la causa de la destitución del Gobernador José Ganga Herrero (1823-1826).

No obstante, a este Gobernador se le debe un proyecto de reforma de las islas Marianas presentado el 7 de octubre de 1828 y aprobado el 21 de octubre por la Junta Superior de Real Hacienda de Manila, aunque con algunas modificaciones, entre otras, que los futuros repartos de tierras realengas habían de hacerse solo en la isla de Guam. Este plan se basaba en tres puntos: libre comercio, distribución de tierras y defensa de las islas por una milicia local⁶²; propuso, por lo que se refiere al primer punto, que dos puertos de Guam, Apra y Umata, fueran abiertos al tráfico de todos los buques que recalaran allí sin pagar ningún derecho. El reparto de las haciendas habría de hacerse por medio de un comité integrado por el párroco y por los ciudadanos. La última parte del plan consistía en la organización de una milicia exclusiva para la isla de Guam, en la que el mando quedaría en manos del Gobernador de las islas.

Por las mismas fechas, el Gobernador de Filipinas Mariano

Ricafort (1824-1830), animado a reactivar las islas Marianas, envió allí a hacer un estudio al ex-Gobernador de las mismas José de Medinilla (1812-1822) y al Capitán de Infantería Manuel Sanz, nombrado Juez de Residencia del Gobernador José Ganga Herrero, para que estudiaran las condiciones locales e hicieran un plan de reforma del archipiélago.

Medinilla y Sanz presentaron un nuevo plan en 1826 proponiendo, entre otras cosas, la reducción de las tropas y de sus salarios⁵³.

Durante su estancia en Guam, Manuel Sanz, además de su informe judicial, redactó una descripción de las islas⁵⁴. Reconoció la isla de Guam, la principal y más poblada, confrontando su circunvalación con el plano que levantó el jefe de las corbetas de S.M. Descubierta y Atrevida en el año 1792, rectificando las variaciones que observó en las costas causadas por el tiempo transcurrido u otros incidentes; después demarcó las situaciones de los pueblos, ríos, montes, caminos, campos, árboles, etc., dejándonos un completo fresco de la geografía del archipiélago.

De esta forma, el Gobierno Superior de Filipinas había pedido nuevos informes a las autoridades de Marianas, y después de rectificados por los Ministros generales de la Real Hacienda, por el Contador-Administrador y por el Ministerio Fiscal, se presentaron a la citada Junta Superior de Hacienda para que dictara la resolución definitiva que, de una vez por todas, impulsara el desarrollo de las islas.

Tras deliberar la Junta, y por acuerdo unánime de 21 de octubre de 1828, se elaboró un reglamento promulgado el 17 de diciembre del citado año, más conocido por Reglamento Ricafort⁵⁵.

El citado reglamento, compuesto por doce artículos, regulaba diferentes aspectos de la vida político-administrativa, económica y social de las islas Marianas, siendo de obligado cumplimiento por parte de los sucesivos Gobernadores Políticos Militares.

Es de destacar la similitud de algunos de los artículos con otros puntos que ya se habían señalado en planes de reforma anteriores, especialmente en lo que se refiere al cese de los abusos de los Gobernadores, a la reforma de la plantilla militar y al intento de reactivación económica a partir de la distribución de las haciendas del Rey entre los naturales.

En primer lugar, quedaba estructurada la composición de la Administración Pública estableciendo un Gobierno Político Militar al mando de un Gobernador asistido por una serie de miembros del Ejército (art. 1º), delegando su poder en las islas de Tinian y Rota en un Alcalde Administrador.

Determinado número de miembros del Ejército pasarían a la reserva o al retiro (art. 2º), mientras que se completaba la defensa de las islas con el establecimiento de un batallón o algunas compañías sueltas de Milicias Urbanas de lanceros o de flecheros (art. 3º).

Se restablecía el empleo de Administrador de Real Hacienda, también llamado Veedor pagador de las islas Marianas (art. 10º), pero se le prohibía, al igual que al Gobernador Político Militar, la facultad de comerciar de la que este último había disfrutado hasta entonces, bajo pena de privación de empleo señalada en Real orden de 4 de agosto de 1794, ya que para el buen desempeño de sus funciones se les había señalado un sueldo por el artículo 1º.

En la isla de Tinian, desierta por entonces de hombres pero

poblada de ganados, se conservaba una administración encargada de la obtención de carnes saladas y frescas que al venderse en pública almoneda, su producto sería aplicado en favor del Hospital de San Lázaro (art. 7°); para que la dotación de este hospital fuera mayor, se le aplicaba igualmente la pensión que se cobraba por el juego de gallos (art. 12°) y se autorizaba al Gobernador para que de acuerdo con el Administrador de Real Hacienda y el Padre cura de la ciudad, situara a dichos lazarinos en el lugar más conveniente.

Se suprimía la administración de la isla de Rota aunque, como se ha señalado, al frente quedaba un Alcalde Administrador nombrado por el Gobernador de entre los vecinos más apropiados (art. 8°).

Las haciendas del Rey quedaban suprimidas (art. 4°) procediéndose al reparto de las tierras de labor entre los naturales, siempre y cuando estuviesen casados y carecieran de ellas por sí o por sus mujeres, por una Junta compuesta por el Gobernador, el Padre cura o ministros de la ciudad de Agaña, el Administrador de la Real Hacienda y dos vecinos honrados que habría de elegir la misma Junta; quedaba prohibida la enajenación de las tierras ya que el objeto era que las heredaran hijos y descendientes.

Igualmente había de procederse al reparto del ganado que hubiese correspondiente a S.M., distribuído por la propia Junta previo un justiprecio (art. 5°) y habilitando por una sola vez a los naturales que carecieran de herramientas e instrumentos de labranza, que habrían de ser distribuídas por la Junta al precio de su coste y costa (art. 6°).

Por último, aprobada la nueva planta de gobierno de las islas

Marianas, se declaraba que no siendo posible entregar a nadie en Manila el situado de las mismas por no haber comunicación alguna con ellas, el gasto que irrogara la embarcación de S.M., o tomada por su Real cuenta para la conducción de situados cada dos o tres años, no podía estar comprendido en la suma designada por la Real orden a que se había ceñido la Junta Superior, habiéndose que tomar para ello las medidas convenientes al bien y al servicio de la Real Hacienda.

En cualquier caso, la aplicación de algunos de estos artículos conllevó un largo proceso, como se estudia en los capítulos posteriores; además, es necesario señalar que a largo plazo tampoco contribuyó el Reglamento, que fue ampliado desde la época de Villalobos en los años treinta, a la reactivación de la vida de las islas Marianas en todos sus órdenes, si bien el siglo XIX había empezado con buenos augurios para el pequeño archipiélago de la Micronesia.

Así, cuando se pongan en marcha las reformas de 1828, como veremos, éstas no contribuyeron de forma clara a sus objetivos planteados y muchos años más tarde la situación sería tan crítica como entonces. Nuevos estudios, especialmente de la mano del Gobernador Felipe de la Corte y Ruano (1855-1866), desvelaron que las islas seguían en el mismo estado de pobreza y abandono, proponiendo reformas que ya habían sido planteadas en épocas anteriores como el fomento de la población, el incremento de los recursos naturales, la elección cuidadosa de párrocos y gobernantes y aumento del número de tropas que reforzaran el carácter de presidio del archipiélago.

NOTAS

1. Las nuevas investigaciones de los profesores Dirk A. BALLENDORF y Robert F. ROGERS, de la Universidad de Guam, consideran que fue a Tumon, en el oeste de la isla, tal y como analizan en su artículo "La llegada de Magallanes a las islas Marianas", Revista Española del Pacífico, n° 2, Madrid, AEEP/ICD, 1992, pp. 37-56.
2. J.C. BEAGLEHOLE: The Exploration of the Pacific, London, Adam and Charles Black, 1966, p. 31.
3. Marjorie G. DRIVER: Fray Juan Pobre in the Marianas. 1602, MARC, University of Guam, 1989, p. 1.
4. Sobre Andrés de Urdaneta, hay una biografía del profesor Leoncio CABRERO FERNANDEZ: Andrés de Urdaneta, Protagonistas de América, Madrid, Historia 16/Quorum, 1987.
5. PHILIPPINE NATIONAL ARCHIVES, UNPROCESSED BUNDLES (PNA/UB), n° 23: Noticias interesantes sobre las islas Marianas, por Nicolás de Saavedra. Año 1852. Este documento ha sido transcrito y publicado por Marjorie G. DRIVER y Omayra BRUNAL-PERRY en Reports Concerning the Mariana Islands. The Memorias of 1844-1852, MARC, University of Guam, 1996.
6. PNA/UB, n° 23: Noticias interesantes ..., p. 4.
7. Marjorie G. DRIVER: "La evolución de las actividades marítimas en las Islas Marianas de 1521 a 1821", en Estudios sobre Filipinas y las islas del Pacífico, Madrid, AEEP, 1989, pp. 87-89.
8. Marjorie G. DRIVER (Ed.): "An Account of the Islands of the Ladrões", The Journal of Pacific History, Camberra, 1991, n° 26, pp. 103-106.

Como señala M. Driver en la introducción a esta traducción, el profesor Charles R. Boxer, notable historiador y orientalista, investigó el hallazgo fortuito en Londres de un manuscrito, hoy conocido como Código Boxer; son más de trescientas páginas con setenta y cinco dibujos de los habitantes de las islas Filipinas, Molucas, Nueva Guinea, Formosa, Camboya, Brunei, Siam, China, Japón y otras tierras.

Los primeros folios del manuscrito contienen una breve descripción de los acontecimientos de la llegada de un galeón a las islas Ladrões o Marianas, en su viaje entre Acapulco y Manila. En el barco principal, el Santiago, viajaba el nuevo Gobernador de Filipinas, Dasmariñas, acompañado de su hijo Luis y, en opinión de Boxer, a uno de ellos se debe este relato.

9. Marjorie G. DRIVER: Fray Juan Pobre in the Marianas, 1602, MARC, University of Guam, 1989, pp. 14 y ss., con traducciones del manuscrito del fraile "Relación de la pérdida del Galeón San Felipe".

Igualmente, consultar A. PIGAFETTA: Primer viaje alrededor del mundo, Edición de Leoncio Cabrero, Madrid, Crónicas de América, 12, Historia 16, 1985.

Y en general, una buena síntesis de la evolución del Pacífico español desde el descubrimiento hasta finales del pasado siglo puede consultarse en Leoncio CABRERO FERNANDEZ: "España en el Pacífico", Madrid, Cuadernos de Historia 16 n° 122, 1985.

10. De su viaje a los mares del sur, partiendo desde California, nos ha quedado un breve relato de su estancia en la isla de Guam en el que describe someramente la situación geográfica, las tierras y montes, agricultura, vientos y modo de gobierno en Woodes ROGERS: A Cruising Voyage round the World, London, 1712, pp. 267-269.

11. Sobre la interesante figura de Sanvitores, una buena recopilación bibliográfica puede consultarse en Felicia PLAZA: Sanvitores. Bibliografía de las materias existentes en el Micronesian Area Research Center, MARC, University of Guam, 1975.

12. Luis de IBÁÑEZ Y GARCIA: Historia de las islas Marianas, con su derrotero, y de Carolinas y Palaos, desde el Descubrimiento por Magallanes en 1521, hasta nuestros días, Granada, 1886, capítulo 6, pp. 36 y ss.

Hay una traducción al inglés de este libro realizada por Marjorie G. DRIVER: History of the Marianas, Caroline and Palau Islands. Luis de Ibáñez y García, University of Guam, MARC Educational Series n° 12, 1992.

13. EGEA, A.: "Las islas Marianas, provincia española", en España y el Pacífico, Madrid, AEEP/AECI, 1989, pp. 158.

14. Teresa DEL VALLE: The importance of the Mariana Islands to Spain at the beginning of the nineteenth century, University of Guam, MARC Educational Series n° 11, 1991, p. 5.

El original de esta relación se encuentra en la Memoria sobre las islas Marianas de 1828, en el ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL (AHN), leg. 5.854.

15. La figura de Choco ha sido destacada por numerosos autores, coincidiendo en que fue el primero en oponerse al poder de los jesuitas; ver Pedro C. SANCHEZ: Guajian-Guam. The history of our island, Agaña, Sánchez Publishing House, 1991, p. 38.

16. Como queda señalado, el Padre Luis de Morales era miembro de la expedición capitaneada por Sanvitores que llegó a Guam el 16 de junio de 1668; dos meses más tarde Morales fue herido por chamorros hostiles en la isla de Tinian, regresando a Manila en 1671 y poco después a Madrid como procurador de la provincia jesuita de Filipinas. Posteriormente, y tras una breve estancia en México, fue provincial en Filipinas en 1699, muriendo en Manila el 14 de junio de 1716.

17. Omayra BRUNAL-PERRY: A Question of Sovereignty. What legitimate right does Spain have to its territorial expansion?, MARC, University of Guam, MARC Educational Series n° 15, 1993, p. 29.

18. Sobre estos primeros años, consultar Ward BARRETT (Ed.): Mission in the Marianas. An Account of Father Diego Luis de Sanvitores and His Companions, 1669-1670, University of Minnesota, 1975.

19. Francis X. HEZEL: From conquest to Colonization: Spain in the Mariana Islands, 1690 to 1740, Saipan, Division of Historic Preservation, 1989, p. 10.

20. Sobre este episodio de las guerras chamorras acaecido en 1684, y sobre su extensión al resto de las islas, nos ha quedado el relato de uno de los misioneros jesuitas llegado a las islas junto a Sanvitores, Luis de Morales.

Este manuscrito de treinta y cinco páginas relatado desde la ofensiva de 1684, rescatado por el profesor filipino Domingo Abellá, se publicó hace ya años en cuatro artículos en una revista de Guam con la siguiente referencia: Luis de MORALES: "The Great Spanish-Chamorro War", Pacific Profile, Guam, marzo, 1964, pp. 20-21, 24-25, 35; abril, 1964, pp. 22-23, 34, 37-38; mayo, 1964, pp. 12-14; junio, 1964, pp. 20-21, 35-38.

Algunos documentos sobre esta época han sido transcritos y publicados en Domingo ABELLA y Paul CARANO: Vignettes of Philippines-Marianas colonial history, Manila, President and Board of Governors of the IAHA, march 1962, Pamphlet n° 1.

21. Teresa DEL VALLE: "Culturas oceánicas. Micronesia", en Cuadernos de Antropología, Barcelona, Editorial Anthropos, diciembre 1987, p. 13.

22. Quiroga jugaría un papel importante en los siguientes cuarenta años, siendo en tres ocasiones Gobernador interino, alternando dicho cargo con el de comandante militar el resto del tiempo.

23. Donna O. VILLAGOMEZ (Ed.): Marianas Art and Culture under the Spanish Administration, 1668-1899, Saipan, Commonwealth Arts Council, Saipan Museum, February 20-March 27, 1981, p. 3.

24. Le sucederán el capitán Juan Antonio de Salas el 21 de junio de 1678, y José Quiroga, como interino el 5 de junio de 1680 hasta la toma de posesión de Saravia en 1680.

25. Omayra BRUNAL-PERRY: Administrative development of the Mariana Islands in the nineteenth century, p. 1, citando del ARCHIVO GENERAL DE INDIAS (AGI), Filipinas, 3, Doc. 115, fotocopiado en la Colección de documentos españoles del MARC.

También en Teresa DEL VALLE: "Culturas oceánicas ...", p. 14: señala la autora que las islas Marianas estuvieron desde 1679

bajo la autoridad del virrey de México y que, tras las independencias americanas, pasaron a depender de la Capitanía de Filipinas en 1817.

26. Omayra BRUNAL-PERRY, op. cit., pp. 35-37.

27. AHN, leg. 5854: Expediente formado a raíz de la R.O. de 14 de diciembre de 1828. Cartas y correspondencia de D. Alexandro Parreño.

Este documento ha sido transcrito, traducido al inglés y publicado por Marjorie G. DRIVER (trans.): A report on the Mariana Islands. Alexandro Parreño. Madrid, 1828, University of Guam, MARC Working Papers n° 55, 1991.

28. ARCHIVO GENERAL DE INDIAS (AGI), Filipinas, 351: Noticia de la Secretaría sobre el Gobierno (sic) de las islas Marianas, en Antonio EGEA, op. cit., p. 160; el autor sugiere que el documento es posterior a 1720.

29. Juan ALVAREZ GUERRA: Un viaje por Oriente. De Manila a Marianas, Madrid, 1887 (1ª edición, 1873), p. 180.

30. Juan ALVAREZ GUERRA, op. cit., p. 274.

31. Felipe de la CORTE Y RUANO: Memoria descriptiva e histórica de las islas Marianas, Madrid, Imprenta Nacional, 1875, p. 32.

32. W.E. SAFFORD: The Mariana Islands. Notes compiled by ... from documents in the Archives at Agaña, the capital of Guam, and from early voyages found in the libraries of San Francisco, California, Chillicothe O., 1901, p. 45 (mecanografiado).

33. Francis X. HEZEL, op. cit., pp. 10-14.

34. Francis X. HEZEL, op. cit., p. 15

35. Había en torno a cien familias hispano chamorras hacia 1727, según un censo de ese año citado por Louis de FREYCINET: Voyage autour du monde ... execute sur les corvettes de S.M. l'Uranie et la Physicienne, pendant les annes 1817, 1818, 1819, et 1820, París, 1839; ver HEZEL, op. cit. p. 16.

36. Meritza R. DEL PRIORE: Education on Guam during the Spanish administration from 1668 to 1899, Tesis, Faculty of the School of Education, University of Southern California, 1986, p. 34.

37. Antonio EGEA, op. cit., p. 163.

38. AHN, Legajo 5.854: Orden para que se forme en la Secretaría de Estado del despacho de Hacienda de Indias un negociado especial de las islas Marianas, 14 diciembre 1828.

39. Teresa DEL VALLE: The importance of the Mariana Islands to Spain at the beginning of the nineteenth century, MARC, University of Guam, Educational Series n° 11, 1991, p. 6.

40. Para la historia del Galeón, recientemente se ha vuelto a editar el libro de William Lytle SCHURZ: El galeón de Manila, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1992.

41. Felipe de la CORTE Y RUANO, op. cit., p. 38

42. Hasta las dos primeras décadas del siglo XVIII, todos los barcos que recalaban en Guam lo hacían en Umata, pero desde la fecha, y ante la incertidumbre de la llegada del Galeón, se hizo necesario el habilitar algún otro punto de ancla más seguro; tras el ataque de Clipperton al patache San Andrés en el puerto de Merizo en 1721, la posibilidad de hacer de Apra el puerto principal de la isla comenzó a plantearse, anclando allí el primer patache proveedor en 1734.

Desde entonces, Apra comenzó a ser puerto de refugio, para acabar convirtiéndose en el principal, además de continuar Umata como puerto de aguada. En 1775 el primer barco procedente de España llegó a Cavite vía Cabo de Buena Esperanza, incrementando así las comunicaciones de la Península con Ultramar y rompiendo, en cierto sentido, el monopolio que representaba el Galeón; barcos más pequeños como pataches proveedores, fragatas mercantes y pailebotes sustituyeron en muchas ocasiones a los galeones.

Ver sobre ello el artículo de Marjorie G. DRIVER: "La evolución de las actividades marítimas en las islas Marianas ...", p. 89.

43. PHILIPPINE NATIONAL ARCHIVES (PNA), PNA 1, Exp. 3, Fol. 1-4: Expediente en que se hace presente será conveniente para el fomento y alivio de aquel Presidio que los Generales del Galeón de Acapulco, al regreso de Nueva España, conduzcan a su bordo los efectos que el Gobernador de este Presidio les sirve para transportar a estas islas, Agaña, 4 julio 1771.

44. PNA, PNA 1, Exp. 4, Fol. 5-11b: Expediente en que el Gobernador pide se le ordene por escrito para que el General del Galeón que va a Acapulco le suministre todo lo que necesite con respecto a armas, pertrechos y hombres facultativos, tanto en medicina como en cirugía cuanto en mecánicos de herrería y carpintería y otros, Agaña, 3 julio 1771.

45. Teresa DEL VALLE: The importance of the Mariana Islands ..., p. 8.

46. LIBRARY OF CONGRESS OF WASHINGTON (LCW), Vol. 2 (typescript): Indice general de las Reales Cédulas comunicadas por la Real Audiencia y Superior Gobierno de las islas Filipinas: Oficio del Superior Gobierno, Manila, 20 junio 1791.

47. Según señala Henri BERNARD, S.J. Tientsin: Les Iles Marianes, Carolines et Palau. Essai d'Inventaire chronologique des sources historiques avant le XIX siècle, p. 201, el 1 de julio de 1769 se promulga en Manila la orden de expulsión de los jesuitas por el Gobernador General, y el 25 de agosto del mismo año se notificó a los jesuitas de Guam; el 4 de septiembre fueron embarcados hacia Manila.

48. Paul CARANO y Pedro C. SANCHEZ: A complete history of Guam, Tokio, Ch. Tuttle Co., 1964, p. 106.

49. Don A. FARRELL: History of the Northern Mariana Islands. Commonwealth of the Northern Mariana Islands, Public School System, 1991, p. 209.

50. El Comodoro Anson, a bordo del Centurion, visitó Tinian en 1742; el relato de su viaje, A Voyage Round the World in the years 1740, 1741, 1742, 1743 y 1744 se publicó en Londres en 1748.

John Byron, que viajó con la expedición de Anson, visitó Tinian nuevamente en 1765 al mando del Dolphin.

Sobre el viaje de Anson desde su llegada a Tinian en 1742, también puede consultarse el libro de Richard WALTER: Anson's voyage around the World, London, M. Hopkinson, 1928, pp. 286-325.

51. John Francis Galaup DE LA PEROUSE: The voyage of La Perouse round the world in the years 1785, 1786, 1787 and 1788, with the nautical tables, London, Pr. John Stockdale, 1798, 2 vol.

La Perouse visitó las islas Marianas, determinando la latitud y longitud de las mismas en 1786.

52. La documentación existente en el Museo Naval de Madrid sobre la expedición Malaspina, así como la bibliografía, es abundante. Baste citar, entre los más recientes trabajos realizados por investigadores expertos en el tema, los de A. GALERA GOMEZ: "Antonio Pineda y el proyecto científico de la expedición Malaspina"; M. GONZALEZ MONTERO DE ESPINOSA: "Expedición Malaspina: la antropología"; y J. PIMENTEL EGEA: "Imperio e ideología colonial en Alejandro Malaspina", los tres publicados en La ciencia española en Ultramar, Madrid, CSIC, 1991.

El propio diario de Antonio Pineda, transcrito y traducido al inglés por Víctor F. MALLADA, ha sido editado por Marjorie G. DRIVER: The Guam diary of naturalist Antonio de Pineda y Ramírez, MARC, University of Guam, 1990.

53. Sobre el paso del Galeón de Manila por Guam, ver el artículo de Marjorie G. DRIVER: "La evolución de las actividades marítimas ...", pp. 87-89. En el mismo volumen, y también sobre el Galeón, puede consultarse el trabajo de José Luis PORRAS CAMUÑEZ: "El Galeón de Manila", en Estudios sobre Filipinas ..., pp. 31-39.

54. Francisco OLIVE Y GARCIA: Islas Marianas. Ligeros apuntes acerca de las mismas, porvenir a que pueden y deben aspirar y ayuda que ha de prestar la Administración para conseguirlo, Manila, Imprenta y Litografía de M. Pérez (Hijo), 1887.

55. Teresa DEL VALLE: The importance of the Mariana Islands ..., pp. 15 y ss. Se trata, sin lugar a dudas, del mejor estudio sobre este breve período cronológico.

La documentación que maneja la autora, localizada en AHN, Ultramar, Filipinas, legajo 5.854, la hemos consultado igualmente en el Archivo Histórico Nacional de Madrid y coincidimos con su exposición.

Un adelanto de su trabajo puede consultarse en Teresa DEL VALLE: The Mariana Islands in the early nineteenth century, University of Guam, MARC Working Papers n° 20, 1980.

56. Se trata de un manuscrito localizado en el ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL (AHN), Ultramar, Legajo 5854: Expediente formado a raíz de la Real orden de 14 de diciembre de 1828: cartas y correspondencia de Don Alexandro Parreño, Madrid, 29 noviembre 1828.

Este documento ha sido transcrito y traducido al inglés por Marjorie G. DRIVER: A report on the Mariana Islands. Alexandro Parreño, Madrid, 1828, University of Guam, MARC Working Papers n° 56, 1991.

57. Teresa DEL VALLE: The importance of the Mariana Islands, p. 16, nota 19: AHN, Ultramar, Filipinas 5854: Real Orden a los Directores de la Compañía de Filipinas, Madrid 14 diciembre 1828.

58. Teresa DEL VALLE: The importance of the Mariana Islands, p. 16, notas n° 20: AHN, Ultramar, Filipinas 5854: Indice de los documentos relativos a las Misiones de las islas Marianas que se remiten al Gobierno por orden de S.M., Madrid, 6 marzo 1829; y n° 21: Ibídem: Carta del Padre Comisario General de Agustinos Recoletos, Madrid, 7 enero 1829.

59. AHN, Ultramar, Filipinas 5854: Memoria sobre las islas Marianas, Madrid, 14 diciembre 1828.

60. Teresa DEL VALLE: "Culturas oceánicas ...", p. 14.

61. Ver apéndice n° 2: Reglamento para Marianas de 17 de diciembre de 1817

62. Teresa DEL VALLE: "Culturas oceánicas ...", p. 23.

63. Teresa DEL VALLE: "Culturas oceánicas ...", p. 22.

64. Este documento manuscrito fechado en 1827 se encuentra en el SERVICIO GEOGRAFICO DEL EJERCITO, en Madrid, y ha sido transcrito, traducido al inglés y publicado por Marjorie G. DRIVER en: Description of the Mariana Islands. Manuel Sanz, Manila, 1827, University of Guam, MARC Educational Series n° 10, 1991.

65. Ver nota 61: Reglamento para Marianas de 17 de diciembre de 1828

CAPÍTULO III

EL SISTEMA POLITICO-ADMINISTRATIVO. LAS FUERZAS MILITARES

Las islas Marianas, como provincia de Ultramar, dependían administrativamente de las islas Filipinas, siendo una de las treinta y dos provincias en que se encontraba dividido el archipiélago, de cuyo Gobierno Superior partían todas las ordenanzas aunque, y como ya se ha ido viendo en las páginas precedentes, lo cierto es que ante la carencia de comunicaciones entre ambas cabeceras, la vida en las Marianas transcurría con una patente autonomía, por no decir independencia, con respecto a las islas Filipinas. No obstante, constituían las Marianas un gobierno político-militar que dependía en todos sus ramos administrativos del archipiélago filipino¹.

La administración insular: parte gubernativa

La organización político-administrativa de la Provincia de las islas Marianas constaba, en lo gubernativo, de un Gobernador Político Militar que ejercía inspección en la administración de todos los pueblos a que se extendía su mando.

Era subdelegado de los Fondos Locales; Presidente de las Juntas de Reales Almonedas de Adjudicación de Terrenos, o Composición en su caso, de Sanidad, Agricultura, Industria y Comercio, Instrucción Pública y de Cárceles, Director del Colegio de San Juan de Letrán y del Ramo de Lazarinos, Administrador Principal de Correos, Comandante de Artillería y Primer Jefe del Batallón de Milicias Urbanas.

El Gobernador tenía un Secretario de la clase de Primer Teniente con quien despachaba los asuntos puramente gubernativos, auxiliado de muy poco personal subalterno. Este Secretario de Gobierno y Guerra, que también lo era de las Juntas de Almonedas, Terrenos y Ramo de Lazarinos, tenía a su vez a su cargo la factoría de Subsistencias y Utensilios, en funciones de Comisario de Guerra².

Para el gobierno del archipiélago en todos los ramos administrativos el Gobernador, cuyo poder era pleno, se encontraba asistido por una serie de Juntas provinciales que a veces delegaban los asuntos en otras de carácter local. Entre todas ellas, citar las Juntas de Agricultura, Instrucción Primaria, Consultiva de Hacienda, Reales Almonedas, de Autoridades, de Sanidad y del Ramo de Lazarinos, así como la Caja General de Arbitrios y la Comisión de Estadística.

A la cabeza de estas Juntas se encontraba, pues, el Gobernador, asistido prácticamente siempre en cada una de ellas por las mismas personalidades de las islas tales como el cura párroco, el Administrador de Hacienda o algún otro.

Estas Juntas, cuando faltaba el Gobernador, representaban el poder político-administrativo, económico y social del archipiélago, siendo válidas sus decisiones si bien éstas debían de estar posteriormente refrendadas por Manila; así, por ejemplo, el 4 de abril de 1848 falleció en Agaña el Gobernador Gregorio Santa María (1843-1848), siendo nombrado como interino por la Junta de Autoridades, convocada al efecto por el cura párroco Vicente Acosta, el Administrador de Hacienda Pública Félix Calvo³. Su sucesor, designado ya por Manila, sería desde septiembre Pablo

Pérez (1848-1855).

Por lo que se refiere a la Junta de Sanidad de Marianas, ésta estaba presidida por el Gobernador de turno, como queda señalado, actuando como Vicepresidente el cura párroco de Agaña y siendo vocales el médico primera de Sanidad Militar, el comandante del Presidio, el mayor de plaza, alférez instructor, administrador de Hacienda Pública, de Propiedad, Industria, y Comercio⁴.

En 1893 siendo Maura Ministro de Ultramar, se plantea la necesidad de introducir reformas en Filipinas y provincias de carácter autonomista, saliendo adelante la denominada Ley Maura por R.D. de 19 de mayo de 1893. Dicha ley, fue una contribución española para el desarrollo del gobierno local autónomo en Filipinas, y se hizo efectiva en las islas Marianas en 1894⁵, especialmente el artículo II, que creaba la Junta Provincial.

En 1894, la Junta Provincial de Marianas estaba compuesta por un Presidente, cargo que recaía en el Gobernador Político Militar; un Vicepresidente, que lo era el párroco de Agaña, y seis vocales, entre ellos, el oficial médico, el Tesorero de Hacienda, el Primer Teniente de Infantería y tres vecinos representantes de los propietarios, comerciales e industriales de las islas⁶.

Orden económico

En lo económico, dependían las islas Marianas de un Administrador de Hacienda Pública, Interventor de Ramos locales, vocal de las Juntas de Cárceles, Almonedas, Sanidad y Terrenos, y como Administrador General del ramo de Lazarinos, era igualmente vocal de esta Junta.

En las islas de Rota y en Tinian y Saipan había sendos Alcaldes-Administradores, establecidos por el Reglamento Ricafort, que tenían el mando de la suya respectiva y cuyo nombramiento era del Gobernador de la provincia con aprobación superior.

Parte eclesiástica

En lo eclesiástico, las islas Marianas dependían del obispado de Cebú', estando la administración espiritual a cargo, desde la expulsión de los jesuitas, de los Padres Recoletos o Agustinos Descalzos.

El número de religiosos era tan escaso que en 1814 los Padres Recoletos se hallaban imposibilitados para administrar las Marianas, llegando a hacer sesión al Ilustrísimo Diocesano, pero a instancia del Gobierno de las islas Filipinas reasumieron dicha administración en 1819 y así, en 1822, para la administración espiritual en las islas habían sido designados tres religiosos agustinos descalzos⁸, y luego dos más, que eran el resto de la misión llegada en 1835.

En la provincia de Marianas, y dada la escasez de población, el número de curatos desde la fecha era muy reducido y además variaba en función de los años, no habiendo, por tanto, una cifra fija de los mismos.

Así, en 1844 había un total de cuatro curatos, estando tres de ellos servidos por regulares y el otro por un secular: para Agaña y sus cinco anexos, esto es, Anigua, Asan, Tepungan, Sinajaña y Mugmug, Fr. Bernardo del Rosario; para Umata y Merizo, Fr. Manuel de la Encarnación; para Agat, Fr. José de la Concep-

ción, y para Inarajan y Rota, D. Ciricaco del Espíritu Santo, no contabilizándose en estas fechas aún ningún curato para las islas del Norte, a excepción de Rota⁹.

Como se ha señalado, el número de curatos no era fijo, como así tampoco las poblaciones en las que desempeñaban su ministerio y así, en 1852 sólo había tres religiosos: para Agaña, sus cinco anexos y Pago -pueblo que desaparecerá poco después-, fray Vicente Acosta, vicario foráneo de todas; para Umata y Agat, fray Manuel de la Encarnación; para Merizo e Inarajan, vacantes; para Rota, Saipan y Tinian, fray Manuel de la Cruz¹⁰; tres años después, el número se eleva a cinco curatos: Aniceto Ibáñez para Agaña y Pago (6.452 y 352 habitantes, respectivamente); Pedro León del Carmen para Inarajan (365 hab.); Fr. Juan Fernández de San Antonio para Merizo y Umata (404 y 239 hab. respectivamente); Fr. Vicente Acosta para Agat (341 hab.), y Fray Modesto Sesma para Rota (325 hab.); Fr. Vicente Acosta era el Vicario foráneo¹¹.

Con fecha 29 de septiembre de 1856, se sirvió el Superior Gobierno señalar la asignación de 60 pesos al año para gastos del culto a cada una de las iglesias de Pago, Agat, Umata, Merizo, Inarajan, Rota, Saipan y Tinian, si bien muchas veces los pagos se demoraban en exceso dejando sin dotación a las mencionadas iglesias, lo que motivaba reclamaciones por parte de los respectivos curas como el de Inarajan, que en 1862 solicitó que se le abonara la asignación concedida desde 1856, como así se verificó¹².

Por Superior Decreto de 29 de noviembre de 1856 se suprimió la parroquia de Pago.

En 1858, y dada la escasez de curas en las islas Marianas,

con la conformidad del Obispo de Cebú, el Gobernador General, como Vice Patrono Real, ordenó la reunión de la feligresía de Umata a la de Merizo bajo la dirección espiritual de un solo ministro, declarando al propio tiempo que si la unión de ambas iglesias no se verificaba por no contar con recursos bastantes para que en las mismas se celebrara el culto por completa igualdad, como quiera que la de Umata habría de seguir percibiendo la asignación señalada en Superior Decreto de noviembre de 1857, lo mismo que la de Merizo, debería aquélla permanecer y estar asistida de vasos sagrados y ornamentos a prudente discreción del párroco, quien cuidaría de administrar en dicha Iglesia de Umata los sacramentos con la mayor frecuencia que le fuera posible y celebrar misa al menos doce veces al año, coincidiendo en las demás ocasiones los feligreses de Umata a la Iglesia de Merizo para cumplir con los deberes religiosos¹³.

En 1865 había parroquias en Agaña, Agat, Merizo e Inarajan por lo que se refiere a la isla de Guam, otra en la isla de Rota, y una misión más en Saipan, creada en 1855 a instancias del Gobernador Felipe de la Corte¹⁴. En 1858 el delegado general del Obispado de Cebú expidió al religioso recoleto Fr. Isidro Liberal el título de misionero en Saipan y Tinian¹⁵.

Había, pues, en la provincia seis curatos, de los cuales Merizo tenía dos parroquias anejas, la del mismo pueblo y la de Umata, y otro era misionero en Saipan.

Todos dependían de un Vicario eclesiástico y provincial nombrado por el Obispo de la Diócesis, que era el de Cebú, y por el Prelado Provincial de Agustinos Recoletos o Descalzos, que era la Orden a la que pertenecían todos los curas, teniendo el de

Agaña un coadjuntor clérigo natural del país.

Como a excepción de Agaña todos los pueblos eran de escasísimo y pobre vecindario, el producto de los derechos parroquiales no podía soportar los gastos de edificaciones o reparaciones de las iglesias y casas parroquiales y por ello, a propuesta de Felipe de la Corte (1855-1866), se concedió a todas las iglesias, excepto a la de Agaña, una asignación de 60 pesos anuales para gastos de culto por cuenta del Erario; esta suma, en algunas ocasiones, no aparecía en los presupuestos, dándose casos como el de Saipan cuya misión, al no estar dotada, desapareció durante algún tiempo.

La situación de las islas del Norte y de los pueblos de la isla de Guam, única en la que en 1887 había más de un cura, unido a la escasa población, hacía que fueran necesarios relativamente muchos curas párrocos, planteándose la posibilidad de su aumento para el barrio de Sumay ya que era el único pueblo del puerto de Apra que tenía tanto vecindario como Inarajan y más que Tinian, dotados ambos de párroco.

Dado que en Marianas hablaba mejor el castellano la gente mayor que la joven, el Gobernador Olive (1884-1887) proponía que los curatos deberían encargarse en lo sucesivo a clérigos seculares europeos, con un sueldo anual de 600 pesos aunque fueran de entrada, en los casos de Sumay, Inarajan, Merizo, Rota y Tinian; de ascenso, en Agat y Saipan, y de término, en Agaña¹⁶. El único clérigo chamorro que había en la fecha, D. José Palomo¹⁷, era un hombre bastante ilustrado y muy celoso en el desempeño interino del curato de Saipan y Tinian desde 1883, prestando buen servicio por saber hablar carolino, de cuya raza eran las dos

terceras partes de la población de Saipan y todos los de Tinian, considerando Olive que debía nombrarse en propiedad cura de Saipan al presbítero citado.

A la altura de 1890, había siete Iglesias en la provincia de Marianas: Agaña, Agat, Merizo y Umata, Inarajan, Tinian, Rota y Saipan; estaban servidas las siete parroquias por cinco sacerdotes agustinos recoletos y un presbítero, hallándose vacante la de Saipan, cuyo curato lo desempeñaba interinamente en 1890 el de Tinian.

El párroco de Agaña, auxiliado de un coadjutor, era a la vez Vicario Foráneo y Subdelegado Castrense de las islas, Vicepresidente de la Junta Provincial de Cárceles y vocal de la de Sanidad, de Instrucción Pública, de la de Terrenos, Reales Almonedas y Ramo de Lazarinos.

Ramo de justicia

La administración de justicia en Filipinas estaba a cargo de un Tribunal Superior que, con la denominación y facultades de Audiencia y Chancillería Real, residía en Manila, conociendo en todo lo civil y criminal del territorio de las islas y siendo a la vez una corporación consultiva en las cosas y casos que se ofreciesen de gobierno que fuesen de importancia¹⁸.

Había también establecida una Junta Superior Contenciosa que entendía en apelación de las providencias del Juzgado privativo de Hacienda, y otra de Competencias, formada con arreglo a la Real Orden de 8 de diciembre de 1837 para decidir las que tenían lugar entre Juzgados que carecían de un Tribunal Superior común que pudiera determinarlas.

En las provincias filipinas, la administración de Justicia en primera instancia la desempeñaban, hasta 1844, los Alcaldes Mayores y los Gobernadores Político-Militares de las mismas.

Las islas Marianas dependían judicialmente de la Audiencia de Manila pero la justicia, desde tiempo antiguo y al igual que en las islas Filipinas, la administraba el Gobernador de las islas, generalmente lego en materia de derecho, lo que provocaba ciertos abusos.

Para intentar poner fin a esta situación, el Real decreto de 23 de septiembre de 1844 ordenaba que la justicia debía administrarse en todo el territorio de la Audiencia de Manila por Jueces letrados, que lo serían los Alcaldes donde hubiese esta clase, y los Tenientes Gobernadores, también letrados, donde hubiese Gobernadores¹⁹.

Dado que había de existir uno de las dos clases en todas las provincias de Filipinas, a las islas Marianas le correspondía un Teniente Gobernador de la clase de ascenso ya que, por la lejanía de las mismas, convenía que no fuera un juez novicio.

Así, fue destinado al archipiélago un Teniente Gobernador, Juan Ruiz Roda, que desempeñó el cargo por espacio de dos años y dos meses, con un sueldo de 1.800 pesos; por primera vez la justicia había pasado a un letrado que tenía el título de Teniente de Gobernador²⁰, pero éste acabó regresando a Manila aquejado de una enfermedad.

Dadas las dificultades, en Manila se consideró innecesaria esta Tenencia de Gobierno, que fue suprimida por Real decreto de 27 de enero de 1854 quedando las islas Marianas sin Juzgado de Primera Instancia reglamentario, ejerciendo desde entonces el

Gobernador, lego en la materia, todas las jurisdicciones.

Destinado a las islas Marianas Felipe de la Corte como Gobernador Político Militar en 1855, en calidad de abogado ofreció sus servicios a la Real Audiencia para desempeñar el Juzgado de Marianas como Teniente Gobernador pero su ofrecimiento no fue aceptado, exigiéndole por otro lado, la misma responsabilidad de Juez letrado que a cualquier otro; aunque estaba suprimida la Tenencia de Gobierno, la Audiencia de Manila seguía contando entre sus juzgados al de Marianas. Propuso, sin éxito, la creación de un sistema judicial en Marianas separado de la jurisdicción del Gobernador.

En 1856, por resolución del Superior Gobierno, se había creado en las provincias y distritos de las islas Filipinas una plantilla de subalternos del ramo de justicia integrada por cincuenta y seis funcionarios, de los cuales correspondieron a Marianas un Alcaide para la cárcel, con un sueldo anual de 96 pesos fuertes, un Intérprete, con 48 pesos, y un Escribiente, con 72 pesos, según Real orden de 23 de septiembre de 1860²¹.

Así se mantuvo esta situación anómala en las islas Marianas ya que desde entonces el Gobernador Político Militar, como en fechas anteriores, era también Juez de Primera Instancia y cabeza, por tanto, de un Juzgado muy particular ya que muchas veces aquéllos ni siquiera conocían bien las leyes.

Desde entonces, solo llegaría algún Juez de Primera Instancia desde Manila para investigar determinados hechos como, por ejemplo, en 1884 el asesinato del Gobernador Angel Pazos, cuando fue destinado en el mes de octubre el Juez Joaquín M^a Hacer²².

Ello es importante porque uno de los principales cambios

introducidos tras el asesinato de Pazos fue la reforma del sistema judicial.

Así, el R.D. de 29 de mayo de 1885 establecía Jueces de Paz e indicaba que los Jueces de Primera Instancia debían ser nativos de las islas designados por el Gobernador Político Militar para administrar justicia.

Durante este tiempo, el Código Penal fue extendido a las provincias y así, el Código Penal de Filipinas, que se aplicó a Marianas, fue efectivo por la R.O. de 17 de diciembre de 1886²³.

En cualquier caso, el Juzgado de Primera Instancia tramitaba sin grandes dilaciones las causas por delitos cometidos en Guam, siendo la mayor parte de los reos presidiarios. En las demás islas era muy rara la causa que se incoaba por no haber motivo para ello, aunque las que se seguían se demoraban en exceso, lo que no sucedería si se hubiesen establecido comunicaciones periódicas entre las islas, pudiéndose también, en opinión de Olive²⁴, extender el territorio del Juzgado de Marianas a las islas Carolinas una vez que hubiese correo fijo entre los tres gobiernos de la Micronesia, siempre que pudiera contarse con jueces municipales, por lo menos en las cabeceras de las islas, que debían ser españoles peninsulares, filipinos o chamorros, y retribuidos con sueldo fijo; estos jueces no deberían tener atribuciones gubernativas, corruptela que había desaparecido hacía muy poco tiempo, y el cargo debería concederse a los tamores o caciques de las tribus que, sin embargo, podrían asesorarse de los jueces municipales.

En resumen, desde los años 90 dependía Marianas en lo judicial de un Juez de Primera Instancia de entrada, cuya jurisdicción se

extendía a toda la provincia, y era vocal de la Junta de Instrucción Pública, y de un Promotor Fiscal, registrador de la propiedad y vocal a la vez de la Junta de Cárceles y de adjudicación o composición de terrenos, teniendo cada pueblo un Juez de paz y sustituto.

La administración municipal

Para la administración municipal de los pueblos se elegía cada bienio el personal de Gobernadorcillo, Teniente mayor, Jueces de sementeras y ganados, Tenientes subalternos de justicia, Tenientes de barrio, Alguaciles y testigos acompañados que correspondían a cada localidad, según las disposiciones vigentes a finales del siglo XIX y con las formalidades establecidas.

Los Gobernadorcillos, en su calidad de agentes de la Administración y representantes de la Real jurisdicción ordinaria, ejercían en algunos casos competencia delegada de la misma y en auxilio de las demás autoridades gubernativas, militares, de Marina, de Hacienda y eclesiásticas cuando era necesario.

Dada su importancia, en otro capítulo analizaremos más detenidamente la evolución de este orden administrativo.

Evolución de las fuerzas militares

Por lo que se refiere a la organización militar del archipiélago, y antes de 1828, al frente del mismo se encontraba un Gobernador militar que, nombrado generalmente por el Capitán General de Filipinas, detentaba el cargo por un período de tres años, aunque al principio solía ir nombrado por el Rey por el

tiempo de seis años.

La guarnición de Marianas se componía de tres compañías, que siendo todas completas de los naturales del país, se distinguían la primera y la segunda con la nominación de Compañías españolas, y la tercera, con la de compañía Pampanga²⁵. Para la manutención de la misma y demás gastos, había un situado de 20.000 pesos pagados por las Cajas de México.

De estas tres compañías, contaban con plaza viva el Intendente de las Obras reales, el Secretario del Gobernador, un Capitán para el gobierno económico de la ciudad, los alcaldes de los seis partidos, el cirujano, el carpintero, herrero, almacenero, oficiales reformados y los inválidos.

La fuerza o guarnición de Marianas en 1814 era, según el expediente seguido en Manila en 1816 (Archivo del Consejo de Indias), como se detalla²⁶, además del Gobernador, Sargento Mayor y dos ayudantes:

<u>Compañías</u>	<u>1ª Española</u>	<u>2ª Española</u>	<u>Pampanga</u>	<u>TOTALES</u>
- Capitanes	1	1	1	3
- Alféreces	1	1	1	3
- Oficiales reformados	-	3	3	6
- Capitán de Artillería	1	-	-	1
- Intendente Obras Reales	1	-	-	1
- Secretario del Gobierno	-	-	-	-
- Capitanes de lo económico	-	-	-	-
- Alcaldes de Partido	2	3	1	6
- Cirujano	-	-	-	-
- Almacenero	-	1	-	1

- Carpintero	-	-	1	1
- Herrero	-	1	-	1
- Sargentos	6	4	3	13
- Tambores	1	1	1	1
- Cabos	4	4	3	11
- Cadetes	2	2	2	6
- Soldados	23	23	26	72
- TOTAL	42	44	42	128
- Inválidos	6	8	6	20

Como se ha señalado²⁷, el situado de las islas Marianas fue reducido a la cantidad fija de 8.000 pesos por R.O. de 29 septiembre de 1817, formándose un plan económico para la inversión de esta suma el 9 de junio de 1820 que, aprobado en Junta Superior de Real Hacienda, se puso en práctica en agosto de 1822.

Este plan afectó a la organización militar quedando reducido el número de oficiales y tropa temporalmente por acuerdo de la Junta de Guerra; por Reglamento de 5 junio de 1822 se regularon igualmente los sueldos.

La guarnición, como se señala en el siguiente cuadro, queda reducida a los seis oficiales de Compañía, un capitán de artillería, cinco sargentos, ocho cabos, dos tambores y veintiséis soldados: tan escasa era la misma que el Gobernador Político-Militar, José Montilla, solicitó al Gobernador General de Filipinas que o bien se restableciese el antiguo plan, o bien se crease otro, dado que tan escaso número de fuerzas era in-

suficiente para rechazar un ataque extranjero en caso de realizarse²⁸ planteándose, al tiempo, el problema de los oficiales reformados que quedaban sin sueldo, algunos de los cuales llevaban entre cuarenta y cincuenta y seis años de servicio, quedando desde la fecha abocados a la miseria:

Clases N° que determinó la Junta N° plazas que quedan en el día Sueldos que señaló la Junta

- Sargento Mayor de la Plaza	1	1	25 pesos
- Ayudantes	2	2	9
- Capitanes	3	3	12
- Alféreces	3	3	8
- Capitán de Artillería	1	1	8
- Sargentos	6	5	6'4
- Cabos	8	8	5
- Tambores	2	2	5
- 1ª y 2ª Cía 	36	26	5

Fuerza que queda hoy = 51

- 3ª Cía (Pampanga)	19	0	4'4
- Capitán del Campo	1	1	8
- Sobrestante, antes Intendente... 1	1	1	8
- Escribiente o Secret Gobierno. 1	1	1	8
- Carpintero	1	1	6

Oficiales reformados que quedan sin sueldo

- 4 Capitanes	4	
- 1 Teniente	1	
- 6 subtenientes	6	
- 9 inválidos	9	

TOTALES	11	85	64	118 pesos
---------	----	----	----	-----------

No habiendo resultado dicho plan, como hemos visto que

comentaba el propio Montilla en la parte referente a lo militar, se pidieron nuevos informes a las autoridades de las islas, a los ministros generales de Real Hacienda, al Contador-Administrador y al Ministerio fiscal, pasándose la información a la Junta de Guerra para que dictase resolución definitiva.

La citada Junta llegó a un acuerdo el 21 de octubre 1828 y en función del mismo, se publicó el 17 de diciembre de esa fecha el Reglamento para el buen gobierno de las islas Marianas, también denominado Reglamento Ricafort, por el Gobernador y Capitán General de Filipinas D. Mariano Ricafort Palacín y Abarca²⁹.

Por el artículo 1º del Reglamento se regulaban los sueldos y número de empleados del Ejército y Administración Pública de las islas Marianas, al frente de las cuales se mantenía un Gobernador Político Militar de competente graduación, con un sueldo de 1.800 pesos anuales más 500 pesos para gastos de embarcación que le sirvieran en sus viajes a las islas de Rota, Tinian y Saipan.

El sueldo que cobraba el Gobernador de Marianas era un de los más altos, ya que el de los demás Gobernadores de otras provincias filipinas oscilaba entre 300 y 600 pesos, y 1.000 pesos; los más altos ascendían a unos 2.000 pesos, por ejemplo, los que cobraban los Gobernadores de Zamboanga o Cavite.

El resto de los sueldos de los empleos en las islas Marianas se desglosan así:

- 1 sargento mayor	300 pesos
- 1 ayudante segundo	120 "
- 1 capitán	168 "
- 1 teniente	120 "

- 1 subteniente	108	"
- 1 sargento 1º	84	"
- 3 sargentos 2º	216	"
- 2 cabos 1º	120	"
- 2 cabos 2º	120	"
- 2 tambores	96	"
- 44 soldados	2112	"
- 1 capitán de puerto	96	pesos

Además, entre los cargos de la administración se citan un Secretario de Gobierno con 108 pesos; un Administrador-Veedor y Pagador de la Real Hacienda con 600 pesos anuales; un Tenedor de Almacenes, con 108 pesos; un mozo faginante con 30; un Maestro armero con 84; un Alcalde como administrador de la isla de Tinian, con 12 pesos al mes y el auxilio de doce mozos a peso cada uno y dos más de a 12 reales, sumando el total de las tres partidas 318 pesos al año; un Alcalde de la isla de Rota con 12 pesos y dos mozos de a 10 reales cada uno, que irrogarían el gasto de 174 pesos anuales; 200 pesos para inválidos o retiros; y 200 pesos más para gastos ordinarios y extraordinarios, todo lo cual ascendía a 8.016 pesos.

Por el artículo 3º se instaba al Gobernador Político-Militar a organizar, además de la fuerza militar expresada, un batallón o algunas compañías sueltas de Milicias Urbanas, ya de lanceros y flecheros, ya de fusileros, que habrían de armarse con los fusiles sobrantes de la dotación.

En 1826, como consecuencia de la nueva situación nacida del proceso independentista hispanoamericano, se organizó pues una

especie de milicia con todos los hombres útiles de la isla de Guam. El 27 de abril de 1829, esta Milicia tomó el carácter de Urbana³⁰, constituyéndola sólo los vecinos de la ciudad de Agaña.

Aplicado el citado Reglamento, la organización militar de las islas Marianas queda de la siguiente manera³¹:

- Un Gobernador, que además es Comandante de Artillería, Ingenieros y Marina.
- Un Sargento Mayor.
- Cinco Oficiales de Dotación de Infantería.
- Una Compañía de Infantería con 54 plazas (es una Compañía de Dotación)
- Una Compañía de Artillería de milicias disciplinadas con 54 plazas también (es de Dotación, y fue creada por providencia de la Capitanía General de 28 junio 1829³²).
- Dos Comandantes de Batallón de Milicias Urbanas.
- Cuarenta y seis oficiales de Milicias Urbanas.
- Trescientas veinte plazas en ocho Compañías de Milicias Urbanas.
- Una Compañía de Milicias de Marina con dos oficiales y sesenta plazas.
- Un destacamento de dos sargentos, un cabo y un obrero veteranos de Artillería del Departamento de Filipinas.

En total, esta fuerza ascendía a cuatro Jefes, cincuenta y tres oficiales y cuatrocientos noventa y dos individuos de todas clases de tropa. Había dos compañías de dotación -una de Infantería y otra de Artillería-, dos Batallones de Milicias Urbanas y una compañía de Milicias de Marina.

Hay que hacer notar, no obstante, que a lo largo de los años variará, aunque no muy significativamente, el número de jefes, oficiales e individuos de tropa, no coincidiendo exactamente en algunas ocasiones los datos dados por uno u otro Gobernador.

En resumen, en la ciudad de Agaña residía el Gobernador y su Secretario de Gobierno, el Sargento Mayor, dos ayudantes y una Compañía de Dotación de Infantería compuesta por tres oficiales y cincuenta y cuatro plazas de tropa, todos por un regular residentes y nacidos en la ciudad³³.

Esta Compañía era la que prestaba el servicio diario, manteniendo una guardia de prevención a cargo de un sargento y una guardia para el almacén de pólvora integrada por un cabo y cuatro soldados³⁴. De los oficiales se nombraba uno cada día que hacía el servicio de jefe de día de plaza.

El objeto de esta tropa era la conservación de las casas reales, donde residían los Gobernadores; la seguridad de éstos y de los intereses del Erario que tenían a su cargo; la custodia de los presos en la cárceles y trabajos públicos; la guarnición de los presidios y fuertecillos; la conducción de presos y pliegos del Real Servicio. También podía ser empleada por los Jefes de las Provincia en todo lo que fuera conveniente para el Estado³⁵.

La compañía estaba acuartelada, durmiendo en el cuartel todas las plazas de tropa, no disfrutando de ración -cada uno comía por su cuenta en su casa- sino solo de sueldo.

En enero de 1848 se dieron una serie de reglas para la Compañía de Dotación³⁶ según las cuales, y por el artículo 3º, se estipulaba que quedaría dividida en dos mitades denominadas escuadras, debiendo haber en cada una de ellas un tambor, un cabo primero, un cabo segundo y dos sargentos.

El Ayudante segundo se haría cargo de que los sargentos y cabos además de diez o doce soldados, se formasen como escri-

bientes, ejercitándose en hacer varias clases de recibos, listas, estadillos, partes y cuentas (art. 2°).

El oficial de día cuidaría las obligaciones de soldado, cabo y sargento, leyendo cada día veinte artículos de las leyes penales en presencia de todos los individuos francos incluidos los de la guardia, en la que solo quedaría el sargento y la centinela, siendo esta lectura solo en días de trabajo y una hora antes del relevo (art. 6°).

Este oficial sería el encargado de dar parte al capitán de todas las faltas cometidas por cualquier individuo (art. 8°), pasando revista de las prendas visibles cada dos meses: si alguno las tuviese muy deterioradas, se le retendría la cuarta parte del sueldo suficiente para su remplazo, y si alguno fuese perjudicial por desaseado u otro mal ejemplo, se le separaría de la Compañía con algún otro castigo (art. 7°).

Por último, se concedía licencia para recolectar alguna cosecha o atender a algún enfermo de primera necesidad, todo ello sin descuento, teniendo prioridad los alumnos más aplicados de la academia de escritura (art. 10°) que, además, estaban exentos de servicio (art. 9°).

Cada soldado de esta Compañía de Dotación disfrutaba de 4 pesos sin más vestuario ni cosa alguna, siendo todos casados, cargados de familia y con los víveres todo un duplo de caro que en Filipinas.

En 1851 los sueldos del personal de la Compañía de Dotación se resumen así³⁷:

- 1 capitán	168 pesos
- 1 teniente	120 "
- 1 subteniente	108 "

- 1 sargento 1°	84	"
- 3 sargentos 2°, a 6 pesos c/u	216	"
- 2 cabos 1°, a 5 pesos c/u	120	"
- 2 cabos 2°, a 5 pesos c/u	120	"
- 2 tambores, a 4 pesos c/u	96	"
- 44 soldados, a 4 pesos c/u	2.112	"
- 1 maestro armero	84	"

TOTAL 3.228 pesos

También tenía alistada la ciudad dos Batallones de Milicias Urbanas creados en abril de 1829; cada uno de ellos, dividido en cuatro compañías de cuarenta plazas cada una con un sueldo de 4 pesos por soldado, estaba mandado por un Comandante designado por el Gobernador Político Militar, tal y como se expresa en el siguiente cuadro³⁸:

		Comandantes	Capitanes	Tenientes	Alfereces	Tropa	TOTAL
1er. Batallón	Plana Mayor	1	1	1	1		
	4 Compañías		4	8	8	160	180
	Suma	1	5	9	9	160	184
2° Batallón	Plana Mayor	1	1	1	1		
	4 Compañías		4	8	8	160	180
	<u>Total de los dos Batallones</u>	<u>2</u>	<u>10</u>	<u>18</u>	<u>18</u>	<u>320</u>	<u>368</u>

La Compañía de Milicias Disciplinadas de Artillería fue creada el 28 de junio de 1829, dos meses después de la creación de los dos Batallones de Milicias Urbanas.

Como señala Felipe de la Corte (1855-1866)³⁹, un teniente de las Brigadas o Regimiento de Manila, que hacía las funciones de comandante de su arma, mandaba además esta compañía de Milicias Disciplinadas de Artillería que constaba de cincuenta y cuatro plazas de naturales del país en situación de provincia, y que por

lo tanto no tenía ningún haber ni hacía otro servicio que los ejercicios necesarios a su instrucción.

Las plazas se distribuían entre un tambor, cuatro cabos primeros, cuatro cabos segundos y cuarenta y cinco soldados, todos ellos al mando e instrucción de un sargento segundo del propio cuerpo, relevado cada tres años, estando acompañado por un cabo por si aquél faltase. El sargento era guarda parque de toda la artillería, montajes, municiones y demás pertrechos de guerra que había para la defensa de las islas, con sus fuertes y ruinosos castillos (artillados en otro tiempo) inútiles y medio desmoronados por el tiempo y abandono que se había hecho de ellos menos del llamado de Santa Cruz en la entrada del puerto de San Luis de Apra, que formado encima de un islote en la misma bahía y entrada al puerto, podía hacer alguna oposición a cualquier barco que con mal fin pretendiese su entrada.

La Compañía de Milicias de Marina contaba, a la altura de 1842⁴⁰, con cincuenta y seis plazas mandadas por un capitán y un subteniente: un sargento primero, un sargento segundo, tres cabos primeros, seis cabos segundos y cuarenta y cinco soldados.

El Gobernador de las islas era el Subdelegado de Marina, siendo los oficiales de esta Compañía el Capitán del Puerto y un práctico e intérprete -por ser inglés- llamado Ayudante del Puerto, pero sin nombramiento ni sueldo; sólo gozaba de 10 pesos de gratificación cada año.

En esa misma fecha hay también una Sección de Urbanos de la isla de Rota al frente de la cual, y con el grado de capitán, se encontraba el alcalde de la misma, por entonces Cecilio Camacho, asistido por un subteniente al mando de un total de veinte

plazas: un sargento primero, un sargento segundo, un cabo primero, un cabo segundo y dieciséis soldados.

La disolución de la Compañía de Dotación

Como señala Andrés Mas Chao, dicha Compañía se disolvió por R.D. de 21 de octubre de 1884 "desapareciendo con ella la presencia militar española permanente en estas islas"⁴¹; dicho decreto fue comunicado al Gobernador de Marianas el 12 de noviembre de 1884, indicándose que los individuos que la componían perdieron definitivamente su carácter militar⁴².

La disolución de dicha Compañía fue una medida de castigo tomada por las autoridades españolas al atribuirse a aquélla, mandada directamente por un capitán sin necesidad de valerse de un sargento primero, la responsabilidad en el asesinato del Gobernador Político Militar Angel Pazos Vela-Hidalgo (14 marzo- 2 agosto 1884); influyó además, el estado de degradación en que se encontraba la misma, carente de disciplina y plagado de abusos, borracheras, juego y desorden⁴³.

El Gobernador Pazos fue asesinado el 2 de agosto de 1884 por José de Salas y algunos soldados de la Compañía de Dotación, cuando intentaron promover una rebelión. Sofocada ésta, los cabecillas fueron ejecutados pero se abrió una investigación a cargo del Alcalde Mayor y Juez de Primera Instancia de la Provincia de Marianas, D. Joaquín M^a Llacer⁴⁴. Mientras tanto, el cargo de Gobernador Político Militar de las islas Marianas fue desempeñado, interinamente, por el capitán Antonio Borreda⁴⁵.

Nada más realizarse el disparo que acabó con la vida del Gobernador, se presentaron en el lugar el citado Borreda y el

comandante graduado teniente de Infantería, Ayudante Mayor del Presidio de la plaza, Segundo Pardo y Pardo, disponiendo el primero el relevo de la guardia del principal que sostenía la centinela de la Casa de Gobierno y ordenando que se procediera a descargar las armas de la Compañía de Dotación acuartelada en aquel edificio, cuya operación ordenó y presenció el Alférez de Infantería Miguel Garrido, mandando detener acto seguido a varios individuos de ella hasta el esclarecimiento de los hechos⁴⁶.

Ninguna luz arrojaron aquella noche las diligencias practicadas por el Juzgado de Primera Instancia y Fiscal militar, llegando a convencerse Borreda de que el asesinato del Gobernador obedecía a miras particulares del asesino, considerándolo un hecho aislado y sin consecuencias. Pero sus presunciones se desvanecieron con la captura del asesino, quien al prestar su indagatoria ante el Juez de Primera Instancia, declaró una conspiración fraguada por unos soldados de la Compañía referida cuya sedición debía estallar tan pronto se consumara la muerte de la primera autoridad y asesinando después a las demás personas designadas por los sediciosos, declarándose entonces éstos independientes de la dominación de España.

El Juez de Primera Instancia, obedeciendo órdenes de Borreda, le comunicó a las ocho y media de la noche del día 3 la declaración hecha por el reo, y solicitó la aprehensión e incomunicación de treinta y siete individuos de la citada Compañía que aquél denunció nominalmente como sus cómplices.

Así pues, el abrirse una investigación estuvo motivado por el temor a que se hubiese preparado una conspiración contra la presencia española en las islas Marianas, como así parecía

desprenderse de las declaraciones de Francisco Segovia, filipino preso en las islas desde 1879, y el también recluso Gerónimo Mendiola.

El referido Segovia relató en el proceso que siendo las seis de la mañana del 3 de agosto, al día siguiente del asesinato del Gobernador Pazos, estando el declarante en la puerta de la cárcel dispuesto a barrer aquel Establecimiento por ser uno de los presos, entró hacia el portal José Pérez, vecino de esa población, y encontrando allí al Alcaide de la época, Antonio de la Concepción, le dijo en castellano y en voz baja pero lo bastante clara como para que lo oyera el declarante, "¿ya has visto que mataron al Gobernador?", a lo que contestó Antonio de la Concepción "no sé por qué no mataron a todos los empleados y no cogieron después todo el dinero para embarcarse cuando vinieran los buques balleneros", denotando ambas personas que estaban disgustados por los movimientos que hacían, marchándose José Pérez después de esta conversación bastante deprisa por la calle y subiendo el Alcaide hacia las habitaciones del Tribunal.

Pocas horas después, y cuando la gente salía de la misa mayor, en torno a las ocho de la mañana, estando el testigo en la primera ventana del calabozo de la cárcel, comentó que vio pasar por allí a Juan de Torres, de origen español, en unión de Juan de Castro, natural de Agaña, ambos también vecinos de la localidad, y en castellano le decía este último "que ahora no se puede matar a los españoles porque no hay barco para embarcar a los muchachos y poder pedir la protección de los ingleses", a lo que contestó Juan de Castro que "efectivamente era una lástima porque el Gobierno español era muy malo", y como vieron al

testigo y a Gerónimo Mendiola en la ventana, se callaron y continuaron su marcha. La declaración de este último fue igual.

Unos días más tarde, el 5 de agosto, Antonio Borredá, Capitán Gobernador interino, comentaba al Gobernador General que el asesinato de aquél obedecía a miras particulares del asesino, siendo un hecho aislado y sin consecuencias, desvaneciéndose sus pretensiones tras la captura del asesino que al prestar su indagatoria ante el Juez de Primera Instancia declaró conspiración fraguada por varios soldados de la Compañía referida de Dotación, cuya sedición debería estallar tan pronto se consumara la muerte de la primera autoridad y asesinando a las demás personas designadas por los sediciosos, declarándose entonces independientes de la dominación española⁴⁷.

El Gobernador interino había recibido ayuda de los españoles y de una parte de los confinados del Presidio en los que confiaba mucho; igualmente, el Gobernadorcillo de Agaña y los Principales le trasladaron a aquél su adhesión a España con la condena del asesinato y del intento de sublevación separatista.

En efecto, en la Casa Tribunal de Agaña se reunió el 4 de agosto en Junta voluntaria extraordinaria bajo la presidencia del Gobernadorcillo D. Justo de León Guerrero, los principales de la cabecera, los maestros de instrucción primaria del Colegio San Juan de Letrán y algunas personas pudientes y caracterizadas de la ciudad para manifestar sus leales sentimientos y la indignación que aquéllo les inspiraba⁴⁸.

El Gobernadorcillo habló también destacando su adhesión y la del pueblo, condenado todos tan cobarde acto y deseando que se expulsara al asesino y a sus cómplices "por el justo temor de

que las autoridades superiores y el Gobierno de S.M. pudieran en un momento dado dudar de su acrisolada lealtad y adicción nunca desmentida a la madre Patria", reunidos todos al objeto de condenar el asesinato, pedir pronto que fueran juzgados y castigados, y que estaban decididísimos a sostener el principio de autoridad y a apoyar en lo que de su parte fuera menester, suplicando al Gobernador interino que hiciera presente en su día esta manifestación de lealtad y adhesión al Gobierno de S.M., al Excmo. Sr. Gobernador General.

Para comunicar a Manila la noticia fue preciso ir desde Guam a Yap en un bote, fletando en esta última isla un pailebot, la nave carolina Doña Bartola⁴⁹ que llegó por fin a la capital⁵⁰.

La Comandancia General de Marina de las islas Filipinas comunicó al Gobernador General la designación del transporte aviso San Quintín como el mejor para desempeñar la comisión de Marianas, teneindo previsto que saliera el 22 de octubre a la mar; en esta última fecha, el Gobernador General informó al Gobernador interino de Marianas de que iría el San Quintín con una Compañía de Regimiento n° 2 que quedaría de guarnición permanente, y media compañía del Regimiento de Infantería de Marina. En el mismo buque se embarcaría el nuevo Gobernador de Marianas, Francisco Olive y García⁵¹.

Sobre todo este asunto el Gobernador General dio cuenta al Ministerio de Guerra y Ultramar, informando que él se había enterado por conducto de un comisionado llegado a bordo de la goleta Bartola procedente de Carolinas y fletada con este exclusivo objeto en Agaña, de cuyo puerto salió el 17 de septiembre, habiendo invertido veintidós días en la navegación⁵².

El Gobernador General opinaba que bajo dos puntos de vista podía ser considerado el suceso de que se trataba: el de un atentado militar y el de una conspiración política. Respecto del primero, atestiguaba su existencia el cadáver ensangrentado del Gobernador y la confesión misma del reo que cometió el crimen hallándose de centinela, circunstancia la más agravante con que se pudiera consumir.

En cuanto al segundo, o sea, la conspiración política, la prueba era segura y convincente porque aun cuando apareciera así de algunas declaraciones, rechazaba la sana razón que cuarenta soldados de una compañía sin jefes y sin apoyo de parte de la escasa población de Marianas intentaran un movimiento separatista el cual, aun supuesta la connivencia del resto de la fuerza y de todos sus habitantes, no hubiera podido en caso alguno conducir a resultado positivo dado el aislamiento y la completa falta de toda especie de recursos.

De esta forma, había que cortar los males y sus causas de raíz, siendo la principal la mala administración de la Compañía no pudiendo, por tanto, ser un crimen separatista sino militar.

El auto que se siguió en la Alcaldía Mayor de las islas Marianas en enero de 1885 abrió procedimiento criminal contra aquellos cuatro, negando absolutamente todos los cargos que se les imputaban ante el Comandante Fiscal de la causa, Antonio Borreda.

El proceso concluyó con la absolución de los inculcados ante las contradicciones de los declarantes y, entre otras cosas, porque estos últimos, al no conocer bien el castellano, difícilmente pudieron entender las palabras que aquéllos supuestamente

pronunciaron en este idioma.

Lo que hubiera de cierto en el asunto no llegó a demostrarse pero al menos, y como precaución, la única medida que se tomó fue, como queda señalado, la disolución de la citada Compañía de Dotación.

El volver a organizar una Compañía de este tipo planteaba un problema en vista de los recientes sucesos, que obligaban a cierta precaución al determinar la fuerza a la que debía quedar reducida la guarnición de las islas, siendo de necesidad, por otro lado, el que quedaran sujetos al servicio de las armas los naturales marianos, existiendo además una reserva suficiente que en un momento determinado pudiera rechazar una agresión imprevista.

Disuelta la Compañía de Dotación en 1884, había que proceder a la reorganización de las fuerzas militares existentes en el archipiélago mariano.

El Gobernador Olive proponía la constitución de un servicio activo en la misma forma que en las islas Filipinas, esto es, que cada individuo permaneciera cuatro años en el servicio de armas; terminado éste, pasarían otros cuatro años a la reserva activa, y luego a la reserva sedentaria por doce años, obteniendo después su licencia absoluta⁵³; "la guarnición de estas islas en general, y en particular de la de Guajan, debe componerse de una Compañía de uno de los regimientos indígenas de Filipinas, con ciento sesenta plazas de tropa, de las que ochenta serán provenientes de la quinta anual de la isla de Guajan. Al verificarse todos los años por el mismo procedimiento, el relevo de esta Compañía marchará a Filipinas con el completo de toda su

fuerza, regresando los naturales de Marianas conforme vayan cumpliendo sus cuatro años en activo, ingresando en la reserva activa; la compañía filipina destinada en las Marianas de guarnición tendrá oficiales europeos así como el sargento primero° y cuatro segundos, y setenta y cinco cabos, cornetas y soldados europeos e indígenas, añadiéndose el contingente de ochenta hombres que corresponden anualmente a la isla de Guam, filiados y dados de alta en el regimiento al que corresponda la compañía, con la que marcharán a Filipinas hasta que completen los cuatro años de servicio activo".

Por esas fechas, el número de mozos solteros para la quinta anual en las islas Marianas no era muy elevado; por lo que se refiere a Guam⁵⁴, sobre un total de ocho mil doscientos noventa habitantes, había cuatrocientos veintiún solteros chamorros con edades comprendidas entre los 18 y los 25 años, siendo ochenta y cuatro, por tanto, el número de quintos.

Redondeando números, los datos se desglosarían así:

Solteros en Guajan: 421 (chamorros de 18 a 25 años)
1/5: 84

Quinta anual: 80 : en cuatro años: 320
10% bajas en 4 años: 8

Quedan 72* para pasar a la reserva activa

Pasan cada año a la reserva activa 72

10% de bajas en 4 años 7,20

Quedan 64,80 para pasar
a la reserva sedentaria.

12 años

12960

648

TOTAL 777,60 hombres para
la reserva sedentaria.

De esta forma, habría setenta y dos hombres que pasarían a

la reserva activa cada año, lo que suponía un total de doscientos ochenta y ocho hombres en cuatro años.

En resumen:

- Reserva activa	288
- Reserva sedentaria	777

Total reservas	1.065 hombres

En relación a la isla de Saipan, había un total de cincuenta y cinco mozos solteros de entre 18 y 25 años, siendo quince de ellos se señalan los siguientes datos⁵⁵:

Solteros de 18 a 25 años 55

1/5 anual	11 (en 4 años: 44)
10% bajas en cuatro años	1,10

Quedan	9,90 para activa
	4 años

39,60 hombres para la

reserva activa.

Por cada año reserva activa	9,90
10% bajas en 4 años	0,99

Quedan	8,91 para reserva activa
	12 años

17,82

891

106,92 sedentarios

Así, teniendo en cuenta las posibles bajas a lo largo de los años, cifradas en un 10%, los quince anuales pasarían al cabo de los cuatro años a formar una reserva activa de unos treinta y nueve hombres que, pasados doce años, formarían una reserva de ciento seis sedentarios.

Los datos de Rota y Tinian⁵⁶ son muy inferiores, como arrojan las siguientes cifras:

Isla de Rota: Mozos de 18 a 25 años 30

1/5 anual	6 (en 4 años: 24)
10% bajas	0,6

5,40 hombres cada año de reserva activa, esto es, 21,60 hombres al cabo de los cuatro años.

Pasan cada año a la reserva activa 5,40 hombres
10% bajas en 10 años 0,54 "

Quedan 4,86 para pase a reserva sedentaria, que al cabo de doce años serían 58,32 hombres de reserva sedentaria.

Isla de Tinian:

sobre las armas 8
reserva activa 8
sedentaria 24

Total 40

Desde 1866, y según el Reglamento para el reemplazo del Ejército y Armada de las islas Filipinas comunicado el 27 de abril de 1866 por el ministro de Ultramar Cánovas al Gobernador Superior de Filipinas, solo se admitiría en el servicio a los españoles, bien fuesen indígenas, mestizos, europeos u oriundos, con exclusión de los extranjeros (art. 2º); los padrones o alistamientos para la quinta habrían de ser visados por los curas párrocos de los pueblos antes del mes de abril, en que se verificaría anualmente el sorteo, cuyo acto habría de tener lugar en las Casas-Tribunales respectivos el día y hora que el Alcalde mayor o Gobernador de la provincia, que era quien habría de presidir, designara, anunciándose con alguna participación. Concurrirían el Gobernadorcillo, dos cabezas de barangay, dos capitanes pasados y el cura párroco si las atenciones de su ministerio se lo permitiesen y quisiese asistir, así como los

demás principales interesados o cualquier persona que lo desease⁵⁷.

La reforma de las Milicias Urbanas

En 1886, y según refiere el Gobernador Olive (1884-1887)⁵⁸, pertenecían al ramo de Guerra un Teniente Coronel, Gobernador Militar, que era el comandante accidental de Artillería; un teniente, Secretario; un capitán, mayor de plaza; un alférez, tercer ayudante; un médico primero de Sanidad Militar; un oficial segundo de A.M. habilitado para todos los servicios; una Compañía de Infantería veterana del Ejército de Filipinas compuesta de un capitán, dos tenientes, dos alféreces y de ciento veinte a ciento veinticinco individuos de tropa, entre ellos cinco sargentos y cinco cabos europeos.

Señalar, además, la existencia del Batallón de Milicias Urbanas, reformado desde 1847, y la Compañía de Milicias de Artillería.

En efecto, por providencia de la Capitanía General de 18 de junio de 1847, tras el decreto de 20 febrero 1847⁵⁹, se reorganizaron los dos Batallones de Milicias Urbanas que había en las islas Marianas en uno solo compuesto de seis compañías con un capitán, teniente y subteniente cada una, y setenta plazas de tropa, habiendo también un cabo primero, uno segundo y un sargento brigada⁶⁰, mereciendo la soberana aprobación por Real O. de 30 septiembre 1847⁶¹, quedando de esta forma la tropa de dotación de las islas Marianas con la denominación de "Batallón de Milicias Urbanas de las islas Marianas".

El Gobernador era el primer jefe de dicho Batallón, y el

Sargento Mayor el segundo; así, la Plana Mayor de dichas Milicias Urbanas estaba integrada por:

- 1er. Comandante: el Gobernador Político Militar
- 2º Comandante: el Sargento Mayor de las islas.
- 2 Ayudantes segundos de la clase de Tenientes
- 1 abanderado de la clase de subteniente.

Esta fuerza no tenía haber ni goce alguno, ni hacían otro servicio que los ejercicios de instrucción.

Desde la reforma del 20 febrero 1847, al quedar refundidos en uno solo, el Batallón de Milicias Urbanas quedó organizado de la siguiente manera⁶²:

	Capitans	Tenientes	Alféreces	Tambor	Sargentos		Cabos		Cornetas	Tambores	Milicianos	TOTAL
					1os.	2os.	1os.	2os.				
Plana Mayor		1	2	1	1		1					
5												
6 Compañías	6	6	6		6	18	24	24	6	6	336	438
Suma	6	7	8	1	7	18	25	24	6	6	336	443

Según acuerdo de las Juntas de principales de 28 de diciembre de 1862, el Gobernador Felipe de la Corte (1855-1866)⁶³ dispuso que los oficiales de Milicias Urbanas que no desempeñasen otros cargos públicos que por ley los eximiera de los trabajos comunales, debían cumplir esta carga general desempeñando diferentes comisiones, siendo la principal y constante el ser celadores de caminos, puentes y edificios y obras públicas de toda la isla, que se dividiría al respecto en distintos distritos.

La citada Compañía de Milicias de Artillería constaba por entonces de un teniente que lo era del Batallón de Milicias y a la vez era guarda-parque; un sargento segundo, cuatro cabos

primeros, cuatro segundos, dos tambores y carenta y nueve artilleros, componiendo un total de sesenta individuos de tropa⁶⁴. Prestaban el servicio de su instituto en el parque y servían las piezas los días de salvas, recibiendo estos últimos, los días que aquellas tenían lugar, 0`25 de peso con cargo a los fondos del parque como gratificación.

Las bajas que ocurrían se cubrían con individuos del Batallón costeándose, como éstos, el vestuario y rigiéndose para licenciamientos por las mismas disposiciones que existían para aquél, contándose a unos y a otros como de prestación personal los días que estuviesen de servicio. Para el caso de movilización, esta fuerza tenía consignados en presupuesto sus haberes.

De esta forma, de los nacidos en el país, o sea chamorros, había organizado en Agaña un Batallón de Infantería y una sección de Artillería de Milicias Urbanas, con un total de cuatrocientas noventa y tres plazas entre oficiales y tropa, siendo el primer Jefe el propio Gobernador Político-Militar⁶⁵, bien uniformados aunque de su pecunio particular y regularmente instruídos con relación al servicio que prestaban y que consistía en la guardia del Tribunal y en patrullar por la población los de Infantería; y los de Artillería el peculiar de su arma, contándoseles como de prestación personal los días que estaban de servicio aunque sin permitírseles que por este motivo desatendiesen sus tareas agrícolas.

En 1890, en el orden militar⁶⁶ había de plantilla un capitán, sargento mayor de la plaza de Agaña, que es a la vez segundo jefe del Batallón de Milicias Urbanas (el primer jefe es el Gobernador) y encargado de efectos del parque; un primer teniente, que

era segundo ayudante de plaza; y como guarnición fija, a falta de fuerza del Ejército, la Sección Miliciana de Artillería o Compañía de Milicias Disciplinadas de Artillería, cuya composición variará en función de los años y que en estas fechas estaba integrada por un teniente que a la vez era guarda-parque; un sargento, ocho cabos, dos tambores y cuarenta y cuatro artilleros que cubrían el servicio de guardia en el Parque, Polvorín, Cuartel y Presidio.

La Subdelegación de Marina estaba desempeñada por un alférez graduado de fragata, capitán del puerto de San Luis de Apra, con dos ayudantes de Marina en el puerto de Umatac e isla de Saipan.

Un Médico primero de Sanidad militar era el Director de la Enfermería militar y ejercía además las funciones de Médico titular, forense de naves y de vacunador general de la provincia, teniendo a sus órdenes en dicho establecimiento a un cabo practicante y a un sanitario. Formaba parte como vocal en la Junta de Sanidad, en la Provincial, en la de Cárceles y en la del Ramo de Lazarinos.

El Presidio, con unos cincuenta y dos penados, tenía su Comandante de la clase de capitán, y el Ayudante y Mayor de la de primer Teniente, y un capataz. Los asuntos relativos al Establecimiento penal en los que debía intervenir el Gobierno de Marianas, se cursaban a la Secretaría del Gobierno General de Filipinas.

Para las obras públicas, y a falta de arquitecto o maestro mayor de obras, había un auxiliar de Fomento.

NOTAS

1. Manuel SCHEIDNAGEL: Las colonias españolas de Asia. Islas Filipinas, Madrid, Imprenta de los Sres. Pacheco y Pinto, 1880, p. 45.

Igualmente, Leoncio CABRERO FERNANDEZ: "Las islas Filipinas y el Pacífico español", en Historia de España, dirigida por José M^a Jover, Tomo XXXIV, Madrid, Espasa-Calpe, 1981, pp. 976-1003.

2. LIBRARY OF CONGRESS OF WASHINGTON (LCW), MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2^a, n^o 9: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Joaquín Vara del Rey, Agaña, 30 diciembre 1890, pp. 20 y ss.

3. LCW, Vol. 29, Item 138: Acta de la Junta de autoridades, Agaña, 7 abril 1848.

4. LCW, Vol. 23, Item 96: Composición de la Junta de Sanidad de Marianas, Agaña, 17 octubre 1884.

5. Omayra BRUNAL-PERRY: "Administrative development of the Mariana Islands in the nineteenth century", en Perspectives: History of Guam, RFT MARC, 1997, (en curso de publicación; ejemplar mecanografiado, p. 10).

6. Los nombres de quienes desempeñaron tales cargos en esa fecha son:

- | | |
|-------------------|--|
| - Presidente: | - Emilio Galisteo, Gobernador PM |
| - Vicepresidente: | - Párroco Francisco Resano |
| - Vocales | - Francisco García Fijoó, oficial médico |
| | - José Sixto, Tesorero de Hacienda |
| | - Juan Godoy del Castillo, Primer teniente de Infantería y Secretario de Interior |
| | - Manuel Aflagüe, Luis Herrero y - Juan Castro, representantes de los propietarios, comerciales e industriales de las islas. |

7. En las islas Filipinas, y por lo que se refiere a la Iglesia, había un Arzobispado de Manila y tres Obispados, de Nueva Segovia, Nueva Cáceres y de Cebú. De este último dependían las provincias de Cebú, Iloilo, Capi, Antique, Negros, Caraga, Misannis, Zamboanga, Samar, Leyte y Marianas. Ver Leoncio CABRERO FERNANDEZ: op. cit., p. 998.

8. PHILIPPINE NATIONAL ARCHIVES (PNA), PNA 9, Exp. 19, Fol. 6: Expediente acusando recibo del oficio de 24 de julio de 1821, Agaña, 31 agosto 1822.

9. Guía de Forasteros de las islas Filipinas para el año 1845, Manila, Imprenta de D. Miguel Sánchez, 1844: Capítulo VI: Parte eclesiástica.

10. PHILIPPINE NATIONAL ARCHIVES, UNPROCESSED BUNDLES (PNA/UB): Noticias interesantes sobre las islas Marianas, por Nicolás de Saavedra, Año 1852, transcrito por Marjorie G. DRIVER, MARC, 1991 (mecanografiado), p. 10. Este documento se ha publicado en castellano e inglés, por Marjorie G. DRIVER y Omayra BRUNAL-PERRY: Reports Concerning the Mariana Islands. The Memorias of 1844-1852, MARC, University of Guam, 1996, documento n° 3.
11. Guía de Forasteros para 1856, Manila, 1855; Capítulo V: Parte Eclesiástica.
12. LCW, Vol. 4, Item 4, Parte II: Respuesta al expediente promovido por el párroco de Inarajan, Manila, 7 octubre 1862.
13. LCW, Vol. 4, Item 4: Gobernador General de las islas Filipinas, Fernando Norzagaray, a Gobernador Político-Militar de las islas Marianas, Manila, 17 julio 1858.
14. Felipe de la CORTE Y RUANO: Memoria descriptiva e histórica de las islas Marianas, Madrid, Imprenta Nacional, 1875, p. 125.
15. LCW, Vol 4, Item 4: Gobernador General, Fernando Norzagaray, a Gobernador Político-Militar de las islas Marianas, Manila, 27 mayo 1858.
16. Francisco OLIVE Y GARCIA: Islas Marianas. Ligeros apuntes acerca de las mismas, porvenir a que pueden y deben aspirar y ayuda que ha de prestar la Administración para conseguirlo, Manila, Imprenta y Litografía de M. Pérez (Hijo), 1887, p. 89.
17. Como señala Paul SEARLES: A school history of Guam, Department of Education, Naval Government of Guam, 1937, pp. 39-40, el Padre José Palomo, hombre de gran carisma entre todos los habitantes fuese cual fuese su nacionalidad, fue el primer chamorro ordenado sacerdote.
Nacido el 19 de octubre de 1836, era descendiente de Luis de Torres, uno de los más influyentes chamos de los primeros años del siglo XIX. De gran cultura, conocedor de idiomas como español, francés, inglés y carolino, además del chamorro, su más especial reconocimiento fue la Real Cruz de Beneficencia concedida por Alfonso XIII. En 1909 fue nombrado monseñor por el Papa. Murió el 5 de julio de 1919.
18. Guía de Forasteros de las islas Filipinas para el año 1849, Manila, 1848, Capítulo III: "Ramo de Justicia con sus dependencias".
19. Felipe de la CORTE Y RUANO: op. cit., p. 124.
20. PNA/UB: Noticias interesantes sobre las islas Marianas, por Nicolás de Saavedra. Año 1852 (transcripción de Marjorie G. DRIVER, MARC, 1991), p. 9.
21. LCW, Vol. 26, Item 115: Plantilla de los subalternos del ramo de justicia que por resolución del Superior Gobierno se han creado en las provincias y distritos, año 1856.

22. Omayra BRUNAL-PERRY: op. cit., pp. 8 y ss.
23. Omayra BRUNAL-PERRY: op. cit., p. 9. Señala igualmente (p. 11) que en las primeras décadas de la etapa americana, en Guam siguieron aplicándose leyes españolas y así el Código Penal y la Ley de Procedimiento Civil españolas se mantuvieron hasta 1930.
24. Francisco OLIVE Y GARCIA: op. cit., pp. 89-90.
25. A report on the Mariana Islands. Alexandro Parreño. Madrid, 1828, University of Guam, MARC Working Papers n° 55, 1991. Transcrito y traducido por Marjorie G. DRIVER del AHN, Leg. 5.854: Expediente formado a raíz de la R.O. de 14 de diciembre de 1828. Cartas y correspondencia. Cartas y correspondencia de D. Alexandro Parreño.
26. Ver nota 1.
27. Ver en el capítulo II las reformas de 1828.
28. LCW, Vol. 23, Item 97: Gobernador P.M. de Marianas, José Montilla, a Gobernador y Capitán General de Filipinas, San Ignacio de Agaña, 7 septiembre 1822.
29. El citado Reglamento puede localizarse en diferentes archivos, entre otros:
- LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 3ª, n° 16: Reglamento para el buen gobierno de las islas Marianas, Manila, 17 diciembre 1828. Es copia. Eduardo Rivadulla.
- PNA, Exp. 2, Fol. 1-8b, PNA-C-11: Expediente relativo a Reglamentos para Marianas, con el estado de la fuerza militar y empleados políticos y de Real Hacienda a que deben quedar reducidos en las islas Marianas, Manila, 17 diciembre 1828.
- Este documento también apareció publicado, aunque con errores de transcripción, en el apéndice documental del libro ya citado de Felipe DE LA CORTE Y RUANO.
30. Francisco OLIVE Y GARCIA: op. cit., p. 78.
31. ARCHIVO DEL MUSEO NAVAL (AMN), Ms. 459, Doc. 16: Descripción local, militar y política de la isla de Guam, por Francisco Ramón de Villalobos, San Ignacio de Agaña, Guam, 16 marzo 1833.
- Hay copia mecanografiada con el mismo título, transcrita por Felicia PLAZA y publicada por la Universidad de Guam, MARC Working Papers n° 7, 1979. También hay una edición en inglés.
32. Guía de Forasteros para el año 1845, Manila, 1844, capítulo VII: Parte Militar.
33. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 3, no. 11: Descripción de estas islas Marianas para que puedan los redactores de la Guía

de Forasteros estampar en ellas las que crean convenientes, San Ignacio de Agaña, 15 agosto 1844.

34. PNA, PNA 9, Exp. 34, Fol. 1-7: Gobernador de Marianas elevando al Excmo. Sr. Superintendente del Ejército y Hacienda de Filipinas un estado general de la población y riqueza, Agaña, 31 diciembre 1842.

35. Guía de Forasteros para el año 1845, Manila, 1844: Gobiernos Militares y Políticos.

36. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 3ª, n° 12: Reglas que deberán observarse en la Compañía de Dotación, Agaña, 25 enero 1848.

37. SERVICIO HISTÓRICO MILITAR (SHM), Sección Africa y Ultramar: Filipinas, leg. 10: Presupuestos de Filipinas en 1851: art. 6°: Personal de la Compañía de Dotación de las islas Marianas.

Estos datos no coinciden totalmente con los que da Andrés MAS CHAO en su trabajo Evolución de la Infantería en el reinado de Alfonso XII, Madrid, Servicio de Publicaciones E.M.E., Colección Adalid, 1989, p. 277. Señala que la guarnición estaba compuesta de una sola Compañía, llamada de las Marianas, integrada por los siguientes individuos:

- Europeos: 1 capitán
 1 teniente
 1 alférez
 1 maestro armero
 2 ayudantes
 1 sargento primero
 3 músicos
 2 cabos primeros
 2 cabos segundos
 1 cabo de banda de música
- Indígenas: 44 soldados
 2 cornetas

38. Francisco OLIVE Y GARCÍA, op. cit., p. 98.

39. Felipe DE LA CORTE Y RUANNO: op. cit., pp. 128 y ss.

40. PNA, PNA 9, Exp. 34, Fol. 1-7: Gobernador de Marianas elevando al Excmo. Sr. Superintendente del Ejército y Hacienda de Filipinas un estado general de la población y riqueza, Agaña, 31 diciembre 1842.

41. Andrés MAS CHAO, op. cit., p. 183.

42. LCW, Item 127, Vol. 29: Capitanía General a Gobierno Político de las islas Marianas, Manila, 12 noviembre 1884.

43. PNA, PNA 31, Exp. 51, Fol. 44-51: Expediente sobre el estado de la Compañía de Dotación responsable del asesinato de Angel Pazos, Manila, 30 noviembre 1884 (al Mtro de Guerra).
44. LCW, Vol. 18, Item 82: Investigación criminal sobre el asesinato del Gobernador Angel Pazos, años 1885-1889.
45. SHM, Sección Africa y Ultramar: Filipinas, leg. 9: Gobernador interino, Antonio Borreda, a Capitán General de Filipinas, Agaña, 2 agosto 1884.
46. SHM, Sección de Africa y Ultramar: Filipinas, leg. 9: Expediente sobre el asesinato del Gobernador Angel Pazos, año 1884.
47. PNA, 1880-1898, Exp. 9, Fol. 1-46b: Expediente sobre el asesinato del Gobernador Angel Pazos: Antonio Borredá, Capitán Gobernador Interino, al Gobernador General, Agaña, 5 agosto 1884.
48. PNA, 1880-1898, Exp. 9, Fol. 1-46b: Expediente sobre el asesinato del Gobernador Angel Pazos: Acta de la Junta voluntaria extraordinaria, Agaña, 4 agosto 1884.
49. ARCHIVO DEL MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES (AMAE), Negociación n° 368 (ss. XIX): Informe de Juan Alvarez Guerra remitido al Ministerio de Ultramar, Madrid, 13 octubre 1885. Es copia.
50. Vicente MUÑOZ BARREDA: La Micronesia o los archipiélagos de Marianas, Palaos y Carolinas, 2ª edic., Manila, Tipografía Amigos del País, 1894 (1ª edición, 1892), pp. 68-70. Desde entonces, se pensó en la conveniencia de establecer con Marianas comunicaciones más frecuentes y, en efecto, se ordenaron cuatro viajes por año que hacían buenos vapores desde Filipinas; en la fecha ya se hacían seis viajes al año (pp. 70-72).
51. PNA, 1880-1898, Exp. 9, Fol. 1-46b: Expediente sobre el asesinato del Gobernador Angel Pazos: Gobernador General de Filipinas a Gobernador interino de Marianas, Manila, 22 octubre 1884.
52. PNA, 1880-1898, Exp. 9, Fol. 1-46b: Expediente sobre el asesinato del Gobernador Angel Pazos: Gobernador General de las islas Filipinas al Ministerio de Guerra y Ultramar, Manila, 28 octubre 1884.
53. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte III, n° 5: Memoria sobre la reorganización del Batallón de Milicias Urbanas de estas islas, bajo el punto de vista de la defensa de las mismas, Agaña, 27 febrero 1885-Olive y García.
54. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte III, n° 6: Isla de Guajan. Estado demostrativo de los mozos solteros para la quinta anual: n° de hombres para la reserva activa y sedentaria: distribución de éstas y resumen del total de la fuerza disponible, Agaña, 27 febrero 1885.

55. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte III, n° 7: Isla de Saipan. Estado demostrativo de los mozos de 18 a 25 años para la quinta anual, Agaña, 27 febrero 1885.
56. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte III, n° 8: Isla de Rota. Estado demostrativo de mozos de 18 a 25 años para la quinta anual. Isla de Tinian, Agaña, 27 febrero 1885.
57. AHM, Sección Africa y Ultramar, Filipinas, leg. 15: Reglamento para el reemplazo del Ejército y Armada de las islas Filipinas, Madrid, 1866.
58. Francisco OLIVE Y GARCÍA, op. cit., pp. 90-91.
59. PNA, Exp. 13, Fol. 1-3, PNA 4: Decreto de la Capitanía General reorganizando la tropa de dotación de las islas Marianas con la denominación de "Batallón de Milicias Urbanas de las islas Marianas", Manila, 20 febrero 1847.
60. Felipe DE LA CORTE Y RUANO, op. cit., p. 118.
61. Guía de Forasteros en las islas Filipinas para el año 1849, Manila, 1849, capítulo VII, pp. 276.
62. Francisco OLIVE Y GARCÍA, op. cit., pp. 92 y ss.
63. LCW, Item 94, Parte II, Vol. 21: Gobernador Político Militar, Felipe de la Corte, a los Gobernadorcillos de las islas Marianas, Agaña, 19 enero 1863.
64. Francisco OLIVE Y GARCÍA, op. cit., p. 95.
65. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 4: Guía Oficial. Antecedentes para la del año 1887, Agaña, octubre 1886, pp. 3 y ss.
66. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte II, n° 9: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Joaquín Vara del Rey, Agaña, 31 diciembre 1890.

CAPÍTULO IV

EL MOVIMIENTO MARITIMO EN LAS ISLAS MARIANAS

Expediciones y viajes científicos

Por su situación de punto de escala entre América y Asia, las islas Marianas fueron visitadas, especialmente hasta mediado el siglo XIX, por diferentes barcos, no solo españoles, los menos, sino extranjeros, que se dirigían a las islas o bien para hacer aguada en ellas, como era el caso de los buques balleneros, o bien en viajes de carácter científico. Entre éstos, habría que destacar en 1801-1802 las expediciones de William Haswell¹, primer oficial del buque norteamericano Lydia en su viaje de Boston a Filipinas y Marianas, siendo el primer barco americano que recaló en Guam²; del ruso Kotzebue en 1817; de los buques rusos Kamchatka y Kutuzoff en 1818 y 1819, así como las expediciones en 1828 de Freycinet, comandante de la corbeta francesa Urania, y de Dumont D'Urville, comandante del Astrolabio, en el mismo año.

Casi todos dejaron escritas las impresiones de sus respectivos viajes, sirviendo algunas de ellas de base para posteriores escritos sobre las islas Marianas.

El 21 de noviembre de 1817 el barco ruso Rurik, al mando de Otto Von Kotzebue, arribó a Guam en viaje científico y de exploración financiado por el conde Romanzoff, canciller del Imperio ruso; con él viajaban el naturalista Johann Friedrich Eschscholtz, el botánico Adelbert von Chamisso y el artista Ludwig Choris.

Kotzebue recorrió la isla de Guam, dejando un relato sobre las costumbres de los chamorros (pobres, oprimidos, medio salvajes, consumidores de tabaco y de betel) y, en general, sobre el funcionamiento de las islas en todos los niveles (casas, milicias, fuertes, etc.)³.

Sobre Kotzebue, escribía W.E. Safford⁴ que solamente vio escasos indígenas puros chamorros, siendo la mayoría mestizos lo que, en definitiva suponía "un cuadro de cómo los españoles pacificaron las islas". En 1825 Kotzebue visitó nuevamente la isla de Guam⁵.

El artista francés Jacques Arago acompañó al capitán Louis de Freycinet en la expedición científica al Pacífico entre 1817 y 1820; el relato de su viaje fue publicado en París en 1822⁶.

Dumont D'Urville, en su narrativa sobre su viaje alrededor del mundo⁷, realizó una interesante descripción de las islas Marianas, incluso con ilustraciones de edificios existentes en la fecha y reconstrucciones sobre el papel de algunos otros, como es el caso de la reconstrucción ideal de la Iglesia de Umata.

Entre estos visitantes extranjeros, destaca también la llegada del barco americano Gipsy a las islas Marianas en 1840 en el marco de su viaje por las islas del Pacífico entre 1839 y 1843, llegándonos el relato del mismo a través de la pluma del cirujano de la expedición, John Wilson⁸.

Este barco arribó primero a las islas de Anatajan, Saragan, Saipan y Tinian a finales de agosto de 1840, visitando algo después Agrigan, Rota, Guam y el grupo de las Carolinas (isla de la Ascensión), regresando a Saipan en marzo de 1841, Tinian, Rota y nuevamente Guam en el mes de abril, permaneciendo allí hasta

1842 tras recorrer todas las islas del archipiélago mariano.

Unos años más tarde, el 26 de junio de 1848, llegaba al puerto de San Luis de Apra la expedición al mando de Jean Pierre Edmond Jurien de la Gravière, capitán, comandante de la corbeta La Bayonnaise, mandada por el Gobierno francés en viaje de reconocimiento por China y mares y archipiélagos de la zona⁹. En el relato de su largo viaje dejó escritas unas breves notas sobre las islas Marianas y el modo de vida en las mismas, haciendo referencia especial a los carolinos que habitaban en las islas del Norte.

El establecimiento de la Capitanía de Puerto

Ya que el puerto de San Luis de Apra era el mejor habilitado como fondeadero en la isla de Guam, en 1825 se creó la plaza de capitán de Puerto, recayendo interinamente dicho cargo en el sargento de la guarnición Nicolás de León Guerrero, con el sueldo de 8 pesos al mes¹⁰; cinco años más tarde aún seguía desempeñando tal cargo, proponiendo Francisco Villalobos en su Comisión a Marianas el nombramiento de un intérprete y ayudante de aquél, como así se verificaría en breve¹¹.

No obstante, y durante estos primeros años del siglo XIX, además Guam contaba con otros puntos de recalada de buques tales como el puerto de Umata y la rada de Agaña.

Villalobos llegó a las islas Marianas el 29 de agosto de 1829, encargándose a los pocos días de la Comandancia de Marina¹². Como Comandante de tal ramo, y de acuerdo con el Gobernador de las islas, dio las primeras instrucciones provisionales sobre el funcionamiento de la Capitanía de Puerto en octubre del citado

año¹³ ordenando, entre otras cosas, que el Capitán de Puerto de las islas Marianas debía ejercer las funciones de práctico en el de Apra estableciéndose en las inmediaciones de su costa, quedando encargado del reconocimiento y cobro de los derechos de anclaje de los buques que allí fondeasen, así como de la defensa del pabellón español haciendo uso, en caso necesario, del fuego del cañón del fuerte de Santa Cruz.

Se insistía en el rechazo expreso hacia los desertores, considerados delincuentes, tomando medidas para que esta práctica tan común entre la gente del mar no se llevase a cabo.

El movimiento marítimo propio de las islas Marianas era escasísimo, reduciéndose a unos cuantos barotos o pequeñas canoas con las que pescaban en las inmediaciones de la playa, no habiendo más que media docena de botes particulares, casi todos inútiles, comprados a los barcos balleneros; además, cuatro bancas carolinas de la Real Hacienda destinadas a llevar los efectos pertenecientes a la misma de las islas de Tinian y Saipan¹⁴.

Cada año podía contarse con la presencia de veinte fragatas balleneras de EEUU, Gran Bretaña y Japón, que solían llegar desde finales de febrero hasta mediados de abril procedentes del sur. Se dirigían al norte y regresaban desde últimos de agosto hasta mediados de octubre aunque, dada la escasez de ballenas, aquellos barcos comenzaban a desplazarse a los mares de Nueva Guinea, Nueva Holanda y archipiélagos inmediatos.

En abril de cada año también solían llegar de seis a diez bancas de carolinos con algunos caracoles, cuerdas formadas de la estopa del fruto del coco y algunos tejidos ordinarios de las

fibras del tronco del plátano y de la corteza de balibago.

Las instrucciones que se dieron entre 1834 y 1838 al capitán de Puerto de San Luis de Apra, el más visitado, así como a los encargados de los otros, obligaban a los capitanes de los buques que llegaran a estos puertos, y por lo que se refiere a la tripulación, que solicitaran del Gobierno las contraseñas necesarias para ésta, las cuales habría que devolver al zarpar el buque bajo multa de cuatro reales por cada una que faltara. Además, los marineros que se hallasen en tierra sin la debida contraseña ingresarían inmediatamente en prisión y, reputados como desertores, se les impondría una multa de 6 pesos; igualmente irían a la cárcel si no guardasen el debido silencio a partir de las nueve de la noche, aunque tuviesen contraseña, la cual era necesaria para pernoctar en cualquier casa chamorra o simplemente, para comer o beber, siendo responsables de los desórdenes los dueños de las casas de hospedería o de donde se sirvieran comidas, estando obligados a dar parte al teniente de justicia a las ocho de cada noche del número de huéspedes¹⁵.

Todo marinero desertor que no pudiese ser entregado al buque al que perteneciera, sería destinado con grillete y cadena a los trabajos públicos a cargo de un cabo de vara y con el alimento necesario para su subsistencia durante el tiempo que tardara algún otro buque en admitirlo a bordo.

El capitán del buque estaba obligado a dar parte de la falta de cualquier hombre de su tripulación, y en caso de no hacerlo, se le tendría como cómplice en ella para los cargos a que hubiese lugar.

Por lo que se refiere a los buques en sí, el capitán que se

valiera de práctico para entrar o salir del puerto habría de pagar 6 pesos si el buque calara más de dieciséis pies, 5 pesos si no bajara de doce, y 4 pesos cuando no llegara a esta medida.

El Capitán de Puerto cobraría a cada buque los derechos de Capitanía de Puerto y limpia del mismo, según el siguiente arancel: si eran buques nacionales de menos de diez toneladas, tendrían que pagar, por limpia del puerto y capitanía del puerto, 4 pesos, cantidad variable en función de las toneladas del barco y si eran más de setecientas cincuenta toneladas, pagarían por limpia del puerto 4,4 pesos, y 3 pesos más a la capitanía del puerto, haciendo un total de 5,4 pesos.

Si acaso se presentara un buque enemigo o pirata, el capitán del Puerto podría valerse de la artillería del castillo de Santa Cruz, siempre y cuando lo considerara oportuno.

Todas estas instrucciones serían traducidas al inglés y francés para el conocimiento de los diferentes buques que arribaran a Marianas.

En relación a las instrucciones para el encargado del Puerto de Umata¹⁶, ampliadas en 1850 y 1855, se le hacía responsable del cuidado de la Casa Real, muebles respectivos de ella, baterías, bote, pertrechos y banderas de guerra de aquel puerto, debiendo visitar a los buques que allí fondearan para informarse de todo cuanto fuera necesario para la seguridad de Marianas, dando parte al Gobierno de las circunstancias, situación y rumbo de los buques.

Los capitanes, cirujanos y pilotos podrían pernoctar en tierra con conocimiento del ayudante del puerto y del gobernadorcillo, pero no la marinería, salvo que fuera un buque de confianza y

solicitar su capitán permiso expreso para hacer aguada de noche.

Por cada desertor que se localizara en la zona, pagaría 6 pesos el capitán a los aprehensores, y solo un peso si no fuera desertor pero se hubiese excedido en el tiempo concedido para permanecer fuera de su buque. Si acaso no se encontrara al desertor, el capitán habría de satisfacer por día, como auxilio a viandantes, los derechos de arancel.

En 1838 se ampliaron las instrucciones al Capitán de Puerto de Apra, prohibiéndose que ninguna persona vendiera a bordo de los buques fondeados bebidas espirituosas por los excesos que solían ocurrir en las tripulaciones de ellos, y solo a petición de los capitanes de aquéllos podría permitir el citado Capitán llevarlas a bordo, castigando a prisión a quien hiciese caso omiso de esta disposición, con pérdida del vino o aguardiente que llevase¹⁷.

Asimismo, se prohibía que mujer alguna pasara sola a bordo de los buques fondeados y caso de ir acompañando a algún hombre fuese pariente o no, sería obligatorio permiso del Gobierno, que habría de presentarse ante el Capitán de Puerto.

Éste haría entender a los capitanes y tripulación de los buques que todas las autoridades y naturales de las islas deberían esmerarse en la hospitalidad de aquéllos, así como el desagrado con que mirarían a cualquier marinero desertor y cualquier otra falta contra la tranquilidad pública, orden y buena armonía que debía reinar entre los moradores de las islas y cuantos llegaran a ellas, procesando a los infractores ante la ley.

De entre los barcos españoles que llegaron a las islas Maria-

nas en las primeras décadas del siglo XIX¹⁸, destaca en 1833 la del bergantín Legazpi en su viaje por el Pacífico, que al mando del capitán y piloto Francisco de Aldecoa, partió de Manila el 15 de mayo con destino a las islas Marianas, Sandwich y costa noroeste de América con pliegos y comisión del Real Tribunal del Consulado para el cobro de los caudales que el comercio de Manila tenía con el reino de México¹⁹. El 6 de junio se avistaron las islas de Tinian, Roca y Guajan, y al día siguiente entró el barco en el Puerto de San Luis de Apra, en donde permanecería hasta el 2 de julio.

Ramo de marina

El ramo de marina estaba aún sin desarrollar; en 1852 no había más buques oficiales que una pequeña lancha de la Real Hacienda, cinco botes balleneros y unas cuantas pangas o barotos que se reducían a troncos de uno o dos pies de grueso y hasta veinticuatro de largo²⁰.

En 1887 había en Marianas un capitán del Puerto, alférez de navío graduado, para los de Agaña y Apra, que disfrutaba el sueldo de alférez de Ejército y dos ayudantes, uno en Umata y otro en Saipan, con 60 pesos anuales cada uno, estando los 120 pesos asignados en presupuesto para este último²¹.

La retribución no podía ser más exigua, como no fuera la del Alcalde de Rota y Teniente de Tinian, que de hecho desempeñaban las mismas funciones sin retribución alguna.

El único material flotante que había en las islas era el bote del Capitán del Puerto. El Ayudante de Umata se servía en el desempeño de sus funciones de un bote ballenero de su propiedad

particular; el de Saipan utilizaba un bote, también ballenero de la propiedad del cura Párroco interino, y el Alcalde de Rota y el Teniente de Tinian hacían la visita a los buques en un baroto de algún vecino.

Para el bote del Capitán del Puerto había en Agaña un patrón y seis marineros e igual número en Tepungan, para el puerto de Apra, todos uniformados, sin disfrutar el más insignificante haber. Como el bote del Puerto estaba en Apra, si la visita a algún barco se hacía en Agaña, se practicaba en algún bote particular prestado.

En Umata había también para el bote del Ayudante un patrón y seis marineros sin sueldo.

En las islas de Tinian, Saipan y Rota, tripulaban el bote o los barotos, los de la fuerza de policía, que por consiguiente prestaban servicio de mar y tierra, sin haber alguno y uniformados por su cuenta.

Consideraba Olive que además del bote del puerto de Apra, la Marina debía facilitar cinco más para Umata, Agaña, Rota, Tinian y Saipan, y que se aumentara el sueldo o gratificación a los Ayudantes hasta 120 pesos anuales, creando plazas para Apra, Rota y Tinian, y que a un patrón y seis marineros por cada bote se les señalaran 48 pesos anuales a los primeros y 36 a los segundos.

Buques balleneros

En 1845, los barcos balleneros que llegaban a los puertos de las islas Marianas eran muchos y todos llevaban géneros para vestir, herramientas, calzado y numerosas chucherías²²; estos buques recorrían todas las islas y por lo general llevaban poca

o ninguna plata²³.

Cuando anclaban, los naturales enseguida iban a ofrecerles refrescos, generalmente hechos de raíces que se sembraban en el país, cambiando sus escasos productos, sobre todo agrícolas, por aquéllos que les ofertaban los balleneros.

En las posadas en las que se alojaban las tripulaciones, los capitanes de los barcos solían tratar con los dueños, señalando efectos y precios regulares, que vendían mitad en efectos mitad en plata, o bajando el precio de las comidas. Había muchísimas casas donde recibían de buena gana a los capitanes bajo la condición de pagar éste seis reales diarios por cada marinero en tierra para sufragar las tres comidas diarias, y cuando se iban a embarcar, al capitán se le cobraba en la forma que habían acordado previamente.

Los capitanes y pilotos solían acudir a casas ya conocidas o recomendadas por otros si eran nuevos, siendo poco delicados para la comida y poco aficionados a la bebida, especialmente si eran angloamericanos, que en realidad eran prácticamente todos, aunque los ingleses iban disminuyendo poco a poco.

Se proveían de aves, puercos y alguna carne fresca, ajustando precios al igual que hacían en las posadas.

En algunos casos dejaban en las islas sus productos para que fueran vendidos, cobrando en posteriores viajes la comisión correspondiente.

Los marineros, cuando saltaban a tierra, solían gastar lo poco que llevaban en borracheras y diversiones.

Sobre todos estos negocios no había ningún tipo de control, opinando el Gobernador Santa María (1843-1848) que en caso de

haberlos serían insignificantes y además tendría que haber una vigilancia que costaría, a la larga, más de lo que se obtuviese por ello.

De esta forma, aunque los diferentes Gobernadores también participaban en este negocio, consideraba aquél que no había que recelar de ello, a no ser que éstos hicieran grandes siembras que perjudicaran a los naturales y que de esta forma no pudiesen vender sus productos.

Una de las preocupaciones de las autoridades, y sobre todo dada la escasez de población, venía motivada por el hecho de que muchos naturales, animados por encontrar una nueva forma de vida, acababan embarcándose en los buques extranjeros abandonando las islas Marianas.

De esta forma, los balleneros producían un mal en Marianas en perjuicio de su población que reclamaba un medio eficaz de corregirlo, por el hecho de sacar a sus naturales para la pesca, lo cual se hacía consintiéndolo aquéllos y con el beneplácito de sus padres, tutores o esposas, pero como lo verificaban bajo el contrato de ser partícipes en una parte de la pesca, con este aliciente que generalmente no se cumplía, los sacaban de su país y difícilmente regresaban ya que los capitanes los abandonaban cuando ya tenían hecho el cargamento del buque, de lo que resultaba que perdía el país aquellos brazos y no veía logrado el resultado del capital que por aquel concepto debía esperar²⁴.

Para poner fin a esta situación, o al menos regularla de la manera más conveniente, en 1853 un decreto de la Capitanía General de Filipinas, con fecha 8 de junio, fijaba las condiciones según las cuales se permitiría a los buques extranjeros

contratar naturales de las islas para formar parte de sus tripulaciones²⁵.

Según éstas, quedaba prohibida la salida en buques extranjeros o balleneros a todo individuo que no hubiese cumplido la edad de diecisiete años (art. 1º) y a los que teniendo dicha edad estuviesen ligados en obligaciones que cumplir, o cuya falta de brazos pudiera hacerse sentir para el sostén de sus familias o deudas (art. 2º).

El Jefe de las islas debería consentir, a juicio prudente, que los jóvenes no exceptuados en las reglas anteriores pudieran alistarse a servir en dichos buques por un tiempo determinado, precediendo el consentimiento de sus padres o tutores, que sería otorgado en presencia de éstos a la autoridad local y al capitán del buque, extendiéndose un acta formal en que todo constara, al igual que el tiempo de su contrata, servicio al que se le destinaba y época aproximada en que vencida aquélla debería el mismo capitán o su segundo desembarcar al individuo en el mismo puerto que embarcó, previniéndole a éste que sería obligado a redimir el servicio personal que durante su ausencia prestara otro en su lugar (art. 3º).

Al formalizar el convenio, y con el fin de que éste no fuera ilusorio, se exigiría al banquero la garantía de una cantidad arreglada al tiempo y clase de servicio en que habría de ocuparse el contratado a juicio prudente del Gobernador, cuya cantidad conservaría éste en depósito hasta que cumplidas las condiciones de satisfacción del sirviente se devolvería aquélla a su dueño (art. 4º). Además, sería cláusula expresa del Acta que a estas condiciones no se les obligara bajo concepto alguno a seguir o

adherirse a ningún sistema ni principio de religión que no fuera la Católica, Apostólica y Romana, debiendo consentir y tolerar las demostraciones propias de ellos (art. 5°).

El Capitán de Puerto donde embarcaran aquellos sirvientes habría de llevar alta y baja exacta de su salida y regreso, tomando al efecto las noticias necesarias del Gobierno, quedando encargado aquél de informar de estas condiciones a los capitanes de los buques que llegasen a las islas a fin de que supiesen que todo contrato que hicieren sin estos requisitos sería nulo (art. 6°).

Durante los años 50, la afluencia de balleneros y buques en general era aún relativamente considerable; así, y por citar algunos ejemplos, desde las islas Sandwich partió un barco en julio 1854, la goleta americana Edward H. Frost, llegando a Guam en noviembre, vía China y Manila.

En marzo de 1855 zarpó un buque ballenero de Guam con destino a Hakodai, Japón, adonde llegó el 8 abril 1855; nuevamente, la corbeta americana Edward H. Frost partió el 3 de noviembre de 1855 de Honolulu para llegar a Guam el 23 noviembre 1855.

En el citado mes, varios barcos anclados en Guam solicitaron permiso al Capitán del Puerto de Apra para salir, entre ellos el Gentleman, barca americana capitaneada por William Week, la barca inglesa Ellen Simpson, al mando del capitán Peele Hubbell, y la fragata americana ballenera Electra²⁶.

Comenzada la estación de la pesca de la ballena, a principios de enero, llegó a Guam en 1856 una gran flota ballenera. El 9 de enero de 1856 recaló en Marianas la fragata francesa La Mancha, al mando de Beltran Lalamme; a finales de abril de 1856 arribó

la barca americana B.R. Milan con destino a Manila.

Igualmente, citar las llegadas del barco Monsoon a finales de mayo de 1856 con destino a Hong Kong, y de la barca francesa Washington con destino a Singapur a finales de octubre de 1856, y en 1857 el ballenero americano E.L.B. Young, del capitán William Marshs, o la fragata Gideon Horrland, del capitán James William.

El 3 de enero de 1860, la fragata americana Black H. Warren, de escala en Guam, saldría en breve para Hongkong, al igual que la también americana Montreal.

En resumen, llegaban cada año en las estaciones de primavera y otoño a los puertos de Apra y Umata para refrescarse y hacer aguada, de ocho a diez buques aproximadamente, siendo casi todos ellos fragatas balleneras inglesas o americanas cuyas tripulaciones dejaban en el país 2.000 pesos aproximadamente, casi todos en efectos y algún dinero en compras o trueque por algunos víveres del país.

En abril de cada año se presentaban también de diez a doce bancas de las islas Carolinas llamadas Elato, Satagual y Lamucer, cada una de las cuales estaban tripuladas por ocho o doce de aquellos isleños, desnudos, excelentes prácticos en travesías tan largas y arriesgadas sin más provisiones que algunos cocos y el pescado que hallaban en el viaje y que comían crudo.

Llevaban a Marianas caracoles, algunas vasijas de madera y algún tejido de fibra de plátano, todo lo cual trocaban por herramientas de hierro, tinajas, abalorios, botellas y otros artículos semejantes.

En 1881 el Gobernador Francisco Brochero afirmaba que el

puerto de San Luis de Apra carecía de seguro fondeadero y fácil aguada, a no ser que se ejecutaran en él algunas obras públicas²⁷.

Por entonces, pocos eran los que arribaban a esas desiertas playas, reduciéndose por lo general a hacerlo en todo un año cuatro o cinco balleneros más el servicio de correos.

No obstante, y dada la relativa afluencia de estos barcos extranjeros, el problema se planteaba cuando se cometía, por ejemplo, algún acto de piratería ya que en las islas Marianas se carecía de buques de guerra que pudiesen defender los intereses españoles.

Así, en 1861 dos súbditos americanos que estaban de paso en Guam robaron un pailebot español y se hicieron a la mar desde el fondeadero de Tepungan, a cuatro millas de Agaña y por entonces ya despoblado, para huir de las islas Marianas, donde habían llevado una vida irregular y llena de deudas²⁸.

Las autoridades españolas tuvieron que solicitar ayuda de un buque norteamericano para intentar dar captura, sin éxito, a los fugados. Ello motivó la apertura de un expediente del que se informó incluso al Ministro Plenipotenciario español en Washington, para solicitar indemnización por el acto pero, al final, y tras desconocer el paradero de aquéllos, el asunto quedó en letra muerta.

En definitiva, incidentes de este tipo son buena prueba del total aislamiento e indefensión en que se hallaban las autoridades de Marianas ante cualquier suceso y, en este caso, ante los que estuviesen relacionados con la navegación por aquellos mares; dada su condición de insularidad, lo lógico hubiese sido disponer de barcos españoles que pudiesen defender allí los intereses de

nuestro país. Además, y como botón de muestra, señalar que hasta 1898 el Capitán de Puerto de Apra no recibió un bote oficial, concedido por dos superiores decretos de 29 de septiembre de 1897 y 12 de enero de 1898²⁹, y que constaba de seis remos con 5,572 metros de eslora, 1,718 metros de manga y 0,685 de puntal, con su timón y caña.

Buques nacionales: el servicio de correos

Debido a la escasez de comunicaciones con las islas Filipinas, el servicio de correos, tanto oficial como particular, era bastante deficiente, lo que provocaba un aislamiento prácticamente total de las islas Marianas con respecto al mundo exterior, del cual se tenían noticias la mayoría de las veces por esos escasos buques extranjeros que arribaban a sus costas de tarde en tarde³⁰.

Para que funcionara al menos el sistema político-administrativo del archipiélago era necesario, por lo pronto, que se regularan las comunicaciones marítimas con las islas Filipinas en vista de la dependencia de Marianas con respecto a aquéllas.

Desde la época de Villalobos (1831-1837), los sucesivos Gobernadores de Marianas no cesaron en su empeño para conseguir un buque del tamaño que fuese, tanto para las comunicaciones entre las diferentes islas que componían el archipiélago mariano como para la comunicación con Manila; en este sentido se expresaba la Junta de Personalidades de Agaña en su reunión del 16 de diciembre de 1843³¹.

En ocasiones, pero sin regularidad, se contrataban mercantes para que en sus viajes por aquellas aguas llevaran la correspon-

dencia a las islas Marianas, a los pasajeros, tanto civiles como militares o eclesiásticos, y también los efectos que necesitara conducir la Administración en general al archipiélago. Era un servicio que, como mucho, tenía lugar una vez al año.

Resultado del expediente promovido por el Gobernador de Marianas en solicitud de que se le autorizara para la adquisición de un buque mercante que reuniendo las condiciones necesarias facilitara comunicaciones directas entre aquellas islas y Manila³², y debiéndose sufragar sus gastos por cuenta de los fondos de las Haciendas del Norte o de los Lazarinos, el Gobernador General de Filipinas dispuso en 1858 que la cantidad de 6.000 pesos al efecto librados era insuficiente para proceder a la compra del citado buque, ascendente a 19.380,75 pesos según presupuesto que había redactado la Comandancia General de Marina.

El Gobernador General insistía en que, considerando que si bien reportaría ventajas el establecimiento de un medio tan seguro de comunicaciones, después de adquirir el buque difícilmente podría sostenerse con solo el producto de sus viajes, en cuyo caso lejos de obtenerse el beneficio que se deseaba se originarían nuevas exacciones al Gobierno, además del gasto de compra.

Reconocida como de urgente necesidad la presencia de un buque del Estado en aguas de aquel archipiélago, tanto para proteger los intereses nacionales como para practicar diversos conocimientos en las Carolinas y Palaos; conviniendo, por tanto, impetuar la soberana aprobación para construir un buque de guerra invirtiendo en su habilitación y equipo la cantidad presupuestada para el mercante de que se trataba, dispuso el citado Gobernador

General que por D. Gregorio Calvo, apoderado en Manila de D. Vicente Calvo, comisionado por aquella autoridad para la adquisición del referido buque, se devolvieran las libranzas giradas al efecto puesto que no tenían inversión inmediata los caudales librados, de los que el precitado Gobernador de Marianas debía efectuar el correspondiente reintegro a los prestamistas y fondos de lazarinos a quienes se verificó el anticipo, abonando a dicho comisionado las dietas correspondientes y oficiándose al mismo tiempo a la Comandancia General de Marina del Apostadero de Filipinas para que manifestara a cuánto ascendería el coste de una goleta de guerra proporcionada para recorrer las aguas de Marianas, sosteniendo comunicaciones periódicas con las islas, a fin de solicitar la soberana aprobación.

De esta forma, y dado que la compra de un buque era una medida inviable, se imponía el sistema de contratas; así, en 1860, desde la Dirección de la Administración Local de las islas Filipinas, se realizó un informe en el que se recogía un decreto del Gobernador General. En el mismo se aprobaba la contrata de dos expediciones de correos anuales en buques mercantes desde la capital, Manila, a las islas Marianas, adjudicada por la Junta de Reales Almonedas de esa capital, celebrada el 16 de julio de ese mismo año, a favor del comerciante José M^a Soler en la suma de 2.946 pesos por cada viaje redondo por el tiempo de cinco años, debiendo realizarse la salida de los buques desde Manila del primero al 5 de febrero y en agosto de cada año, siendo necesario que el primer viaje se realizara el 5 de agosto de 1860³⁹.

La contrata, no obstante, se demoró, y en 1861 se redactó un

nuevo pliego de condiciones para la subasta en la que habría de contratarse el servicio de las dos expediciones anuales; el citado pliego constaba de un articulado de dieciocho puntos, como se expone a continuación³⁴:

"1°. Se contratará en pública subasta ante la Junta de Almonedas el servicio de dos expediciones al año en buques mercantes desde el puerto de Manila al de Agaña, en las islas Marianas, y desde éste a Manila.

2°. Los buques que han de hacer este servicio deberán ser de doscientas toneladas de carga lo menos.

3°. Dichos buques deberán estar en buen estado para la navegación y tener las comodidades necesarias para el transporte de pasajeros de popa y proa, sujetándose a un reconocimiento que se practicará a costa de su dueño antes de su salida del puerto de Manila.

4°. El contratista se obligará a conducir en los buques que destine a este servicio a las islas Marianas y viceversa, además de la correspondencia oficial y pública, todos los efectos que la autoridad competente disponga, y tenga lugar en ellos hasta diez pasajeros de popa y treinta de proa en cada viaje, y cinco de popa y diez de proa más por cada cien toneladas que el buque tenga de carga sobre las doscientas que se exigen, siendo de su obligación suministrar a todos ellos agua, luz, sal y leña o carbón.

5°. En los casos en que convenga a la administración que el contratista suministre víveres para la manutención de los pasajeros, se pagará ésta por separado con arreglo a un contrato que deberá celebrarse previamente con la autoridad a quien corresponda en esta capital -Manila- o con el Gobernador en Marianas.

6°. Se señala el plazo de tres meses para la duración de cada viaje de ida y vuelta; cuando éste durase más tiempo, el contratista deberá justificar las causas de la tardanza con arreglo a las disposiciones vigentes en la jurisdicción de la Marina.

7°. Las salidas de los buques de esta capital para Marianas deberán ser precisamente en los días 1 al 5 de los meses de febrero y agosto de cada año.

8°. Los buques que hagan este servicio no permanecerán en Marianas más de veinte días, a menos que ocurra algún incidente imprevisto que deberá justificarse o que el Gobernador de dichas islas lo detenga.

9°. La expresada autoridad podrá disponer que dichos buques, durante los veinte días prefijados o prorrogado este plazo por el tiempo que sea indispensable, vayan a cargar los productos de las haciendas del Norte o se empleen en cualquier otro objeto del servicio público dentro del distrito de su mando. Si el Gobernador o el capitán no se conviniesen en el precio de estos servicios o en la detención extraordinaria, y en consecuencia no tuviesen lugar en perjuicio de la Administración, ésta tendrá derecho a reclamar la indemnización conveniente, en cuyo caso se dictarán por la autoridad superior las providencias que correspondan en justicia, bien contra el contratista o bien contra el Gobernador por si éste hubiese sido la causa de la falta cometida.

10°. Las pérdidas o averías que ocurran en los efectos pertenecientes a la Administración o a los pasajeros de dichos buques serán de cuenta de quien corresponda, con arreglo a las disposiciones respectivas a esta materia en el Código de Comercio.

11°. Con el fin de evitar en cuanto sea posible arribadas en el transcurso de los viajes y remediar las averías que por mucho tiempo puedan ocurrir en los buques, el contratista se obligará a mantener constantemente en ellos el repuesto de velamen, jarcias y piezas de arboladura necesarias.

12°. El Gobierno pagará a cada contratista una subvención por cada viaje redondo, fijándose como tipo para la subasta la cantidad de 3.400 pesos.

13°. El tiempo de duración del contrato se prefija en cinco años.

14°. Cuando el Gobernador de las citadas islas, según está prevenido en la condición 8ª, detenga la salida de alguno de los buques empleados en este servicio siendo causa dicha detención de que éste permanezca en el puerto más de los veinte días establecidos en la misma, se abonarán al contratista las estancias en proporción al precio estipulado por cada viaje.

15°. Cuando el mismo Gobernador, haciendo uso de la facultad que expresa la condición 9ª, disponga que alguno de dichos buques se emplee en objeto del servicio público dentro del distrito de su mando, el contratista tendrá derecho al pago de este servicio extraordinario conforme a las condiciones que deberán estipularse entre el mismo Gobernador y el capitán o sobrecargo del buque. La estipulación deberá formularse en escritura pública de la que remitirá el Gobernador copia en el pliego de oficio, dando otra al interesado. Dicho pago y el de que trata la condición precedente tendrá lugar en esta capital mediante la presentación de la referida escritura en un caso y de los justificantes necesarios en el otro, a la llegada del buque a este puerto.

16°. Los que quieran interesarse en este servicio se presentarán por escrito al señor Presidente de la Junta de Almonedas acompañando un documento que acredite el depósito de 3.000 pesos,

o estar en aptitud de hipotecar una finca del valor de 5.000 pesos, o prestar la fianza mancomunada bien de la Sociedad Filipina de Finanzas o de una casa acreditada de Comercio.

17°. No se considerará perfecto el contrato ínterim no recaiga en él la aprobación superior y esté otorgada la escritura de fianza, cuyo requisito deberá llenarse bajo la responsabilidad del licitador dentro de ocho días improrrogables después que se haga saber dicha aprobación, constando haber quedado enterado de ella.

18°. Si después de perfeccionado el contrato no cumplierse el contratista con las condiciones en él establecidas, la administración tendrá derecho a rescindirle y sacar de nuevo el servicio a licitación pública, exigiéndose a dicho contratista la multa de 500 pesos y el pago de todos los perjuicios que se hubiesen seguido de su falta de cumplimiento".

A estas condiciones, el Gobernador de Marianas realizó algunas observaciones que, en su parecer, contribuirían a hacer más útil el expresado servicio de buques; así, por ejemplo, y por lo que se refiere al puerto de Marianas, señalaba la preferencia de San Luis de Apra sobre el de Agaña, válido éste solo para pequeños buques de cabotaje.

Consideraba igualmente el Gobernador que la expresión de doscientas toneladas de carga era muy ambigua, siendo preferible emplear tn de registro, ya que la primera expedición la realizó el buque Fidelidad, de tan solo 103 Tn de registro; el 1 de febrero de 1861 arribó a Guam esta goleta española conduciendo la correspondencia pública.

Respecto al número de pasajeros de proa, en el pliego de condiciones el número era demasiado pequeño ya que lo más común era admitir dos pasajeros de proa por cada cinco toneladas. Además, y como observación general a todo el pliego, consideraba conveniente que el Gobierno se reservara en cada buque un sobrecargo para transportar lo que quisiera, siempre y cuando no

estuviese completo el buque con los pasajeros y la correspondencia estipulados. De esa forma, el Gobernador de Marianas pretendía que en todos los viajes se surtiera al archipiélago de todos los efectos necesarios y, al mismo tiempo, en el viaje de regreso a Manila, se diera salida a los productos de las islas, estimulando así la agricultura y el comercio.

En relación al punto sexto, el plazo de tres meses debía entenderse como el ordinario, y del mismo modo que podría abreviarse por circunstancias particulares de tiempo sin que por esto pareciera deber hacerse al contratista rebaja en el tanto estipulado, tampoco creía el Gobernador que el Gobierno debiera aumentar este tanto cuando el buque se detuviese más de los tres meses por causas fortuítas independientes de los actos del Gobierno, tales como demoras en puerto por causa del tiempo, arribadas u otros de la misma naturaleza.

Por lo que se refiere a la condición novena, en la misma se dejaba al Gobernador a merced del capitán del buque, que podría siempre que quisiera hacer viajes precios exorbitantes; era preferible que debiera entenderse fletado el buque por el Gobierno por término de tres meses, y que durante este plazo el Gobernador fuese libre de aprovechar dentro de su distrito y sin ningún otro pago todos los días sobrantes a los tres meses sobre el viaje de ida y vuelta, de modo que si un buque llegase de Manila en quince días y se calculasen veinte como necesarios para el regreso, pudiese dicho Gobernador aprovechar los cinco días sin más riesgo que el de pagar a prorrata los días que resultasen de exceso; del mismo modo, se pagarían a prorrata y sin necesidad de ningún otro trato especial los días que resultasen de exceso

a los tres meses cuando el Gobernador con la seguridad de que este exceso necesitase detener el buque.

Igualmente, y haciendo referencia a la condición decimoquinta, hacía falta que se expresara si el Gobernador tenía facultades para detener los buques por asuntos del servicio con cargo a los fondos generales de arbitrios, como parecía poder deducirse de esta condición, o si debía ser de su cargo o responsabilidad el cubrir este gasto con los fondos o atenciones a que se destinara el buque en el interior de las islas.

Prácticamente todos los buques que arribaban a las islas Marianas eran mercantes, la mayoría extranjeros, aunque también había algunos españoles que realizaban contratas, como queda señalado.

En muy pocas ocasiones arribaban buques oficiales y así, cuando al mando de Eugenio Sánchez Zayas llegó a Marianas en 1863 la corbeta Narváez, en su viaje de exploración y visita a aquellas islas, hacía treinta y ocho años que allí no se veía el pabellón de Castilla³⁵.

El servicio de correo lo llevaban casas particulares, costando al Erario sumas elevadas según el tipo de contrata; era un servicio bastante deficiente en el que no se cumplían los plazos estipulados de cinco años, contratándose según hubiese necesidad.

En este sentido, y dada la necesidad de dotar a las islas Marianas de un barco ya que una de sus principales necesidades eran las comunicaciones, Juan Alvarez Guerra consideraba que bajo la garantía de los fondos locales y a plazos más o menos largos, había muchas compañías norteamericanas que venderían a Marianas un modesto barco que podría ocuparse no solo del correo sino de

la comunicación con Rota, Saipan y Guajan¹⁶.

El destino permanente de un barco allí no solo era económico sino una necesidad ya que las islas estaban comunicadas solamente por los barcos-correo. Para adquirir un barco, Alvarez Guerra proponía borrar del presupuesto de gastos los sueldos de Administrador e Interventor de Hacienda y reformar el grado del Gobernador Político Militar de coronel a capitán ya que el primero necesitaba ayudante mayor, etc., al ser un gobierno de primera; igualmente, ya que Agaña estaba clasificada como plaza fuerte, lo que suponía una gran cantidad de gastos de personal y material, éstos podían reducirse aunque siguiese teniendo la misma categoría. Así, en atención a la verdadera fiebre que se había apoderado de todas las naciones por poseer colonias, escribía el autor que en vez de disminuir la importancia de aquellas islas habría que dársela; por último, proponía la reducción del presupuesto eclesiástico ya que en la fecha había contabilizados un total de cinco sacerdotes solo en la isla de Guam, lo cual era excesivo teniendo en cuenta el total de la población.

En 1885, los correos trimestrales estaban ya establecidos para Marianas, uniendo Guam con Manila, si bien aún se precisaba extender el sistema de correos a las otras islas habitadas del archipiélago mariano. El pailebot Beatrice era el que en esas fechas ponía en comunicación la isla de Guam con las del Norte¹⁷, estando reguladas en la época de Olive (1884-1887) gracias al interés particular de Mr. H. T. Williams, dueño y capitán de la citada embarcación, que llevaba la correspondencia a los pocos días de haberse recibido en Manila. No obstante, los fletes y

pasajes eran algo excesivos, no mucho, y los primeros muy variables según la carga que llevaran.

Antes tenían los carolinos de las islas bancas a su uso pero por entonces solo se atrevían a navegar los de Tinian hasta Saipan (treinta y cinco millas del fondeadero de Sunharon en la primera, al de Garapan en la segunda), y con muy buen tiempo de abril a julio por la probabilidad que tenían de poder ganar la costa a nado en caso de zozobra.

Las bancas de Tinian eran excesivamente viejas y las de Saipan se acabaron de deshacer en los baguños de 1884 y 1885; de las de Rota naufragó una el 17 de agosto de 1885, pereciendo seis carolinos y tres chamorros y la otra continuaba en su camarín. Los carolinos del barrio de M^a Cristina hicieron una banca en 1885 y salieron a pescar una o dos veces hasta Merizo, al sur de Guam, y luego la abandonaron. Estas frágiles embarcaciones solo navegaban de abril a julio, llevando una carga muy exigua y estando dispuestas a la contingencia de perderse.

Para estas fechas, y como se ha dicho, había comunicaciones marítimas con Manila cada tres meses, estando contratado un vapor de 600 toneladas, por lo que este servicio costaba 24.000 pesos, pues si el barco hubiese sido de mil toneladas la subvención habría sido de 40.000 pesos³⁸; hacía dos años y medio que se había establecido, en 1885. Por este hecho, los beneficios habían sido grandes ya que las islas habían estado más frecuentemente comunicadas con el exterior, aunque el comercio de importación y exportación no había prosperado en exceso ya que en los nueve viajes redondos que había hecho el vapor correo hasta 1887 no llegaba, entre todos, a completar un solo cargamento.

A la altura de 1886, por lo que se refiere a las comunicaciones³⁹, para el interior simplemente destacar el correo trimestral de Manila y eventualmente para otros puntos, la salida de algún buque que en el transcurso del año tocara en el puerto de Apra con objeto de reponer víveres o reparar alguna avería.

En 1891 había un vapor correo, el Uranus: para remitir la correspondencia oficial y pública a Manila, el Gobernador ordenaba a los Gobernadorcillos de todas las poblaciones de Guam que publicaran por bandillo la salida del buque, debiendo remitirse a la administración de correos de la capital, Agaña, la citada correspondencia⁴⁰.

Así, en torno a 1895-1896, el escaso número de buques que arribaban al Puerto de San Luis de Apra, único habilitado como fondeadero de la isla de Guam, se limitaban, por lo general, al vapor-correo bimensual o trimestral de Manila y a un escaso número de barcos de vela, ya balleneros, ya principalmente pequeñas goletas mercantes dedicadas al tráfico entre las islas del Pacífico y la capital del Japón. La "gran época" de los balleneros entre 1835 y 1850, que había contribuido de forma determinante a mejorar la precaria economía de las islas Marianas, hacía ya bastantes años que había dejado de existir. A modo de ejemplo, baste señalar que en 1885 solo habían tocado cinco balleneros en Saipan, de los cuales únicamente dos se dirigieron después a Guam⁴¹.

Con las islas del Norte, esto es, Tinian, Rota y Saipan, no había ninguna comunicación establecida y solo cuando hacían viajes a ellas la goleta inglesa Beatrice, que solía ser tres veces al año, se aprovechaba esta circunstancia para remitir la

correspondencia oficial y particular.

Comunicaciones terrestres

Para los pueblos del interior de la isla de Guam existía un camino de ocho kilómetros construido por polistas que partiendo de Agaña pasaba por los barrios de Anigua y Asan hasta Tepungan, donde se hallaba el pantalan de Punta Piti, desembarcadero del puerto de Apra, cuyo camino tenía nueve puentes.

De Tepungan a Agat, había otro camino de once kilómetros cuya tercera parte se hallaba construido sobre un pantano en el que para dar salida a las aguas por inundación y mareas había trece puentes de dos a cuatro metros la mayor parte, estando todo en mal estado de conservación por falta de medios.

Desde Agat a Umatac y Merizo, el camino era una senda escabrosa en una extensión de veinte a veintitrés kilómetros, y desde Merizo a Inarajan, a unos veinticinco kilómetros, había también un camino en mal estado del que se utilizaba algún trecho para el paso de carretas en tiempo de seca con mucha dificultad.

Durante el mando de Angel Pazos (1884), en la cabecera se hallaba establecido el alumbrado público; de ésta al extremo sur de la isla, una línea de semáforos de gran utilidad, sobre todo para la llegada de correos u otra clase de buques, atendiendo a las siete millas que distaba el fondeadero y permitía a su debido tiempo la salida del práctico y sanidad y se hallase dispuesto el carro de correos, de reciente construcción ya que no existía, reglamentándose ese ramo de tal manera que a las cuatro horas de recibida la correspondencia, se hallara repartido en todos los pueblos de la isla⁴².

En 1890, Joaquín Vara del Rey (1890-1891) señalaba que en las islas Marianas no había más vía comercial que la expedición trimestral que salía de Manila para estas islas por buque de vapor para conducir el correo en la primera quincena de los meses de enero, abril, julio y octubre⁴³, y la que llevaban a cabo entre estas islas y el Japón las goletas Esmeralda y Saipan, inglesa la primera y norteamericana la segunda⁴⁴.

NOTAS

1. William HASWELL: "Remarks on a voyage in 1801 to the island of Guam", en Historical Collections of the Essex Institute, vol. LIII, n° 8, julio 1917, pp. 193-214.

Haswell llegó a Guam el 5 de enero de 1802, permaneciendo en la isla hasta el 16 de febrero; de su viaje escribió este breve relato sobre Marianas en el que la administración española no sale muy bien parada. Así, critica abiertamente el poder omnímodo del Gobernador como representante del Rey, a quien pertenecían tierras y ganados de los que apenas disfrutaban los indios, hablando de la existencia en Marianas de un sistema esclavista.

La Iglesia, por su parte, también fue objeto de sus ataques, señalando que ésta practicaba métodos inquisitivos además de torturas.

2. Vickey COREY: Chronology of ships visiting Guam, 1521-1898, Agaña, 1968, p. 28

Completando este trabajo, puede consultarse William L. WUERCH (Comp.): American Whalers and Traders in the Philippine Islands, University of Guam, MARC Working Papers n° 52, 1987.

Como señala Marjorie G. DRIVER: "La evolución de las actividades marítimas en las Islas Marianas de 1521 a 1821", en Estudios sobre Filipinas y las islas del Pacífico, Madrid, AEEP, 1988, p. 89, este buque había sido contratado en 1801 en Manila para hacer el viaje que habría de llevar al nuevo Gobernador de Marianas, Vicente Blanco.

3. La edición en inglés más reciente, en Otto von KOTZEBUE: A voyage of discovery into the South Seas and Bering's Strait, New York, Da Capo Press, 1967.

El propio Chamisso también dejó sus impresiones escritas en un libro reeditado hace pocos años, cuya referencia es Adelbert von CHAMISSO: Voyage autour du monde, 1815-1818, París, S. Corti, 1991.

Sobre las expediciones rusas, en general, consultar Glynn BARRAT (Ed.): Russian Exploration in the Mariana Islands, 1817-1828, Saipan, Micronesian Archaeological Survey, Report number 17, Historic, Preservation Office, Commonwealth of the Northern Mariana Islands, 1984.

4. W.E. SAFFORD: The Mariana Islands. Notes compiled by from documents in the Archives of Agaña, the capital of Guam, and from early voyages found in the libraries of San Francisco, California, Chillicothe, O., 1901, p. 101.

5. Rowland H. HARVEY: The History of Mariana Islands: a thesis, University of Southern California, 1920, p. 47.

6. Jacques ARAGO: Promenade autour du monde, (2 vols. más atlas), París, 1822. Una edición inglesa, Narrative of a Voyage Round the World, se publicó en Londres al año siguiente. En castellano se publicó bastantes años después con el nombre de Santiago Arago

y el título Recuerdos de un ciego. Viaje alrededor del mundo, Madrid, 1851

El grupo francés visitó las islas Marianas en 1818; la corbeta Uranie quedó inservible en las islas Falkland en 1820, siendo remplazada por un barco americano renombrado Physicienne, en el cual el viaje continuó. Ver Honore FORSTER (Ed.): The Cruise of the "Gipsy". The Journal of John Wilson, Surgeon on a Whaling Voyage to the Pacific Ocean, 1839-1843, Ye Galleon Press, Fairfield, Washington, 1990, p. 86, nota 89.

7. Dumont D'URVILLE: Voyage pintoiresque autour du Monde, París, 1834.

8. Honore FORSTER (Ed.): op. cit., pp. 80 y ss.

9. Jean Pierre Edmond JURIEN DE LA GRAVIERE: Voyage en Chine et dans les mers et archipels de cet Empire pendant les années 1847-1848-1849-1850, vol. I, París, Charpentier, Libraire-Editeur, 1854.

10. LIBRARY OF CONGRESS OF WASHINGTON (LCW), Vol. 9, Item 18: Capitán General de Filipinas a Gobernador de Marianas, José de Medinilla, Manila, 9 agosto 1825.

11. ARCHIVO DEL MUSEO NAVAL DE MADRID (AMN), Ms. 2.280, doc. 4, fol. 127-129: El Director General de la Armada, conde de Salazar, traslada al Secretario de Estado y del Despacho de Marina un oficio del Capitán General de Filipinas sobre el resultado de la Comisión Villalobos, Madrid, 23 de diciembre de 1830.

Villalobos ocupó el cargo de Gobernador Político Militar de las islas Marianas entre 1831 y 1837.

12. AMN, Ms. 2.280, doc. 4, fol. 132: Informe de Francisco Villalobos, Agaña, 16 de febrero de 1830.

13. AMN, Ms. 2.280, doc. 4, fol. 130: Informe de Francisco Villalobos, Agaña, 12 octubre 1829. Para el texto del articulado, ver Apéndice n°

14. AMN; Ms. 2.208, doc. 4, fol. 132: Informe de Francisco Villalobos, Agaña, 16 febrero 1830.

15. LCW, Vol. 26, Item 23: Adición a las instrucciones del Capitán del Puerto, Agaña, 22 diciembre 1834.

16. LCW, Vol. 26, Item 123: Instrucciones para el encargado del puerto de Umata, por el Gobernador José Casillas Salazar, Agaña, 1 enero 1838.

17. LCW, Vol. 26, Item 123: Instrucciones para el Capitán de Puerto de Apra, por el Gobernador de Marianas, José Casillas Salazar, Agaña, 1 enero 1838.

18. Sobre este tema, consultar Belén POZUELO MASCARAQUE y Luis TOGORES SANCHEZ: "Viajes y viajeros españoles por el Pacífico en

el siglo XIX", en Revista Española de Estudios del Pacífico, vol. 2, Madrid, AECI/AEEP, 1992, pp. 183-195.

19. ARCHIVO DEL MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES (AMAE), Filipinas, Leg. H. 2956: Gobierno Superior de Filipinas al Primer Ministro de Estado y del Despacho, acompañando copia de la relación hecha por el Capitán del Bergantín <Legazpi>, Manila, 25 enero 1835.

20. PHILIPPINE NATIONAL ARCHIVES, UNPROCESSED BUNDLES (PNA/UB), n° 23: Noticias interesantes sobre las islas Marianas, por Nicolás de Saavedra. Año 1852, transcrito por Marjorie G. DRIVER, MARC, 1991, pp. 13-14.

21. Francisco OLIVE Y GARCÍA: Islas Marianas. Ligeros apuntes acerca de las mismas, porvenir a que pueden y deben aspirar y ayuda que ha de prestar la Administración para conseguirlo, Manila, Imprenta y Litografía de M. Pérez (Hijo), 108-109.

22. LCW, Vol. 13, Item 48: Gobernador Político Militar de las islas Marianas, Gregorio Santa María, a Gobernador General de Filipinas (typescript), San Ignacio de Agaña, 16 abril 1845.

23. Desde mediados del siglo XIX, la mayoría de los buques que recalaban en Marianas eran americanos, aunque el número global de balleneros disminuyó a lo largo del siglo; consultar Kennet R. MARTIN: "American Whaleships in the Mariana Islands", in Guam Recorder, volume 9, MARC, University of Guam, 1979, pp. 3-9.

24. PNA/UB, MEMORIAS n° 23, Parte I: Memorias de Juan Ruiz Roda y Fr. Vicente Acosta. Año 1852, p. 2.

25. LCW, Vol. 26, Item 123: Condiciones según las cuales se permitirá a los buques extranjeros contratar naturales de estas islas para formar parte de sus tripulaciones, Agaña, 21 septiembre 1853.

26. LCW, Vol. 20, Item 94: Permisos de salidas de barcos extranjeros del Puerto de San Luis de Apra, noviembre 1855.

27. PNA/UB, MEMORIAS n° 24: Memoria sobre las islas Marianas, por el Gobernador Francisco Brochero. Año 1881, p. 163.

28. AMAE, Filipinas H. 2959: Expediente sobre los sucesos ocurridos en el fondeadero de Tepungan el 9 de marzo de 1861, 1861-1862.

29. ARCHIVO MUSEO D. ALVARO DE BAZAN (AMAB), Sección Archivo Histórico, leg. RG IV e: Capitanía de Puerto de Apra a Almacén General del Arsenal de Cavite, Agaña, 5 mayo 1898.

30. Podemos pensar las dificultades por las que atravesaba este ramo en relación a las islas Marianas si tenemos en cuenta que en las islas Filipinas las comunicaciones con la Península tampoco estaban excesivamente desarrolladas.

Así, a la altura de los años 80, el correo que salía y se recibía aproximadamente cada quince días en las islas Filipinas, se hallaba a cargo de los vapores de la mala inglesa combinados con los de la compañía española de Reyes, que recorrían el trayecto Manila/Singapur.

Los vapores directos entre Manila y Barcelona, pertenecientes a la compañía de Olano y Larrinaga, tenían contratado con el gobierno el pasaje oficial, conduciendo generalmente la correspondencia. El correo para el sur del archipiélago se conducía también con vapores mercantes; para el norte salían una vez por semana, mientras que para el sur lo hacían una vez al mes.

El ramo de telégrafos no estaba tampoco muy desarrollado; hasta 1876 se habían construido diferentes líneas que enlazaban provincias filipinas, habiendo dos o tres líneas en Luzón. Había varias en proyecto, siendo la más importante la que pretendía echar un cable submarino entre Manila y China, pudiendo entonces establecerse comunicación telegráfica entre España y Filipinas; éste estaba a punto de inaugurarse, funcionando plenamente en la década siguiente el cable entre Manila y las posesiones inglesas para entenderse con la metrópoli, habiendo también algunas líneas telegráficas terrestres.

Para entonces, varios vapores nacionales prestaban el servicio de correo interior entre las diversas islas, y el perteneciente a la Península lo conducía la Compañía Trasatlántica, habiendo otra compañía de vapores del archipiélago que enlazaba correos intermedios con las malas inglesa o francesa.

Al respecto, ver Manuel SCHEIDNAGEL: Las colonias españolas de Asia. Islas Filipinas, Madrid, Imprenta de los Sres. Pacheco y Pinto, 1880, pp. 46 y ss. y del mismo autor Colonización española: estudios acerca de la misma en nuestras posesiones de Oceanía, Madrid, 1893, p. 86.

31. LCW, Vol. 29, Items 130 y 131: Acuerdo entre las personas más razonables sobre lo que pueda convenir para el fomento de las islas, Agaña, 16 diciembre 1843.

32. LCW, Vol. 4, Item 4, Parte I: Gobernador General de las islas Filipinas, Fernando Norzagaray, a Gobernador Político Militar de las islas Marianas, Manila, 18 agosto 1858.

33. LCW, Vol. 6, Item 5: Dirección de la Administración Local de las islas Filipinas a Gobernador Político Militar de las islas Marianas, Manila, 27 julio 1860.

34. LCW, Vol. 6, Item 5: Pliego de condiciones para la subasta que ha de celebrarse el día que por la Intendencia General de Ejército y Hacienda se fije para contratar el servicio de dos expediciones anuales desde esta capital a las islas Marianas, Manila, 11 junio 1861.

35. LCW, Vol. 5, Item 4, Parte II: Gobernador de Marianas a Gobernador General, anunciándole la llegada de la corbeta <Narváez>, Agaña, 3 noviembre 1863.

36. Juan ALVAREZ GUERRA: Un viaje por Oriente. De Manila a Marianas, Madrid, 1887 (1° edic. 1873), pp. 285 y ss.

37. LWC, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 1º: Informe escrito por Francisco Olive y García en el que hace resaltar las diferencias entre este informe y el presentado por Pedro Saura y Corona, Agaña, 19 diciembre 1885, pp. 27 y ss.

38. Francisco OLIVE Y GARCIA: op. cit., pp. 67 y ss.

39. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 4: Guía Oficial. Antecedentes para la de 1887, Agaña, octubre 1886, pp. 10 y ss.

40. LCW, Vol. 10, Item 20: Gobernador de Marianas, Luis Santos, a los Gobernadorcillos de Agaña, Agat, Merizo e Inarajan, Agaña, 25 enero 1891.

41. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 1: Informe escrito por Francisco Olive y García ..., p. 68.

42. SERVICIO HISTÓRICO MILITAR (SHM), Sección de Africa y Ultramar: Filipinas, leg. 9: Gobernador de Marianas, Angel Pazos, al Gobernador General de las islas Filipinas, Agaña, 23 marzo 1884.

43. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 9: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Joaquín Vara del Rey, Agaña, 31 diciembre 1890, p. 17.

44. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 3ª, n° 3: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Luis Santoa, Agaña, 31 diciembre 1891, p. 21.

CAPÍTULO V

POBLACIÓN Y ORGANIZACIÓN SOCIAL. SALUD PÚBLICA: LOS LAZARINOS

Primeros censos

Sobre el número de habitantes de las islas Marianas a la llegada de los jesuitas, la mayoría de los autores, basándose en datos de estos misioneros, han aceptado la cifra de cerca de cien mil habitantes en 1668, y consideran que descendió a unos cuatro mil en 1742; exceptuando doscientas o trescientas personas que vivían en Rota, los demás residían en Guam¹; solamente en esta isla, en 1668 había treinta mil habitantes².

Estas cifras se repiten casi invariablemente desde el siglo XVII y son las que manejan la gran mayoría de los autores actuales, especialmente norteamericanos y micronesios.

Algunos otros, ya desde el siglo XIX, pusieron en duda tales datos, como fue el caso del Gobernador Francisco Olive³ (1855-1866) quien afirmaba que si bien era cierto que los jesuitas que llegaron a bordo del San Damián en viaje para Filipinas y que tocaron en Marianas en 1662 calcularon el número de habitantes en más de cien mil, asegurando en relaciones publicadas en 1683 que solo en Guam había cincuenta mil y cuarenta mil en otras islas, también es cierto que los pasajeros de las naos Trinidad y Victoria manifestaron en 1522 y 1526, respectivamente, que aquellas eran tierras poco habitadas; con ello, y dado que los datos del primer censo arrojan un total de tres mil ciento noventa y siete habitantes veintisiete años después, esto es, en 1710, parece lógico pensar, como suponía Olive, que los jesuitas,

muy interesados en dar importancia al país, exageraron el número de almas para lograr establecerse en las islas.

Como escribe Felipe de la Corte⁴, según la historia de la ocupación de estas islas escrita por los jesuitas, se podían estimar los habitantes de todo el archipiélago en más de cien mil, y si puede dudarse de que fuesen tantos, es incuestionable que eran numerosos e innegable que aquel número podía servir muy desahogadamente en solo las tres islas de Guam, Tinian y Saipan.

Eugenio Sánchez Zayas señalaba en los años 60 que algunos autores cifraban el número de habitantes en cien mil, otros en setenta mil y, los más moderados, en cuarenta mil habitantes a la llegada de Sanvitores, quien mencionaba que había bautizado el primer año a más de cincuenta mil chamorros, existiendo por entonces ciento ochenta pueblos solo en la isla de Guam; Sánchez Zayas comenta la exageración del relato de los jesuitas⁵.

Es evidente que el impacto de la llegada de los españoles, por escaso que fuera su número, necesariamente hubo de notarse entre la población indígena, si bien hay que manejar las cifras con muchísimo cuidado puesto que desde la llegada de éstos la principal causa de mortalidad se produjo por las condiciones climatológicas, especialmente por los tifones que arrasaban en ciertos casos a mas de la mitad de la población, siendo ésta una de las causas que han existido siempre en el archipiélago y en la que la colonización no influyó para nada; entre otras causas de mortalidad, citar algunas epidemias importadas, como la de viruela, que azotaron con mayor intensidad en el siglo XIX.

Entre las causas que señalan los autores para explicar el rápido descenso de población desde la llegada de las primeras

misiones jesuíticas, destacar las guerras hispano-chamorras, el cambio introducido en las costumbres de las poblaciones autóctonas relacionado con la comida y vivienda, la implantación de trabajos forzosos, las inmigraciones, etc. En cualquier caso, es un tema aún sujeto a revisión⁶.

Aquella población, cualquiera que fuese su número, por consecuencia de la guerra, epidemias, cambios de hábitos u otras calamidades, sufrió empero una disminución considerable, aunque no consta en qué período fue; mas en los primeros censos que se conservan en 1710 ya solo aparecen en las islas tres mil ciento noventa y siete almas de naturales, como ya se ha dicho, que continuaron decreciendo sin cesar hasta 1800, cuando solo se numeran dos mil doscientos seis en las dos islas de Guam y Rota, únicas pobladas en la fecha.

En compensación de esto, los españoles y filipinos, con pocas mujeres llegadas, hacían un total de cuatrocientas diecisiete personas en 1710; enlazadas en su mayor parte a las del país y nacidas de ellas, fueron creando otra población cruzada que comienza a figurar en 1725 con noventa y cinco almas.

Unos años, más tarde, en 1793, había aumentado relativamente el número de habitantes de las islas Marianas, cuyo desglose por razas, sexos y poblaciones es como sigue⁷:

<u>POBLACIONES</u>	<u>Casas</u>	<u>Oficiales y soldados incluso inválidos</u>	<u>Habitantes españoles y mestizos</u>		<u>Filipinos y sus descendientes</u>		<u>Indios naturales</u>		<u>Total</u>
			<u>Hombres</u>	<u>Mujeres</u>	<u>Hombres</u>	<u>Mujeres</u>	<u>Hombres</u>	<u>mujeres</u>	
San Ignacio de Agaña y su barrio									
Sta. Cruz ...	305 147 476 485 315 395	1.818
Anigua	16	95	... 102	197

Asan	10	34	...	21	55
Tepungan	12	33	...	35	68
Apunguan	12	17	...	22	39
Mongmong	10	20	...	26	46
Sinajaña	31	83	...	82	165
Agat	45	98	...	95	193
Villa Umata .	41	91	...	96	187
Merizo	19	92	...	79	171
Inarajan	15	85	...	80	165
Pago	37	101	...	96	200
Poblaciones de Rota	70	142	...	138	280
TOTALES	716	147	476	485
			315	394	894
					872	..	3.584

De esta forma, sumando a los españoles y mestizos, filipinos y sus descendientes e indios naturales de ambos sexos, el número de habitantes ascendía a tres mil quinientos ochenta y cuatro en 1793, habiendo resultado una disminución de noventa y seis desde la numeración del año anterior.

En 1797, la raza cruzada o mestiza creció hasta las mil noventa y siete personas, alcanzando ya los mil novecientos cincuenta y dos habitantes en 1800, llegando de esta forma casi a igualar la indígena pura, que se cifraba en dos mil doscientos seis habiéndose producido, por tanto, un considerable descenso de ésta.

En 1802 se contabilizan, en conjunto, un total de cuatro mil doscientos cuarenta y nueve habitantes⁶, cifra que asciende a cinco mil ochocientos dos habitantes en 1821, según informe del

Gobernador de Marianas⁹.

Desde el inicio del siglo, y en otros veinticinco años, crecieron ambas razas aunque desigualmente, de modo que en aquel año de 1825 fueron dos mil seiscientos ochenta y tres los indígenas, habiéndose producido un escaso incremento, mientras que la raza cruzada llegaba a tres mil doscientos dieciocho habitantes, continuando este desigual progreso hasta 1830 en que había tres mil ochocientos sesenta y cinco mestizos, mientras que los naturales, incluyendo cincuenta y cinco carolinos, solo alcanzaron aquel año dos mil seiscientos ochenta y tres habitantes.

Por estas fechas, al organizarse la población en barangays, desde entonces ya se confundieron las dos razas y comenzaron a ser censadas en común, habiendo llegado en 1833 a seis mil ochocientos treinta y tres habitantes¹⁰.

La población en el siglo XIX

Para analizar más detalladamente la evolución de la población desde finales del siglo XVIII hasta las primeras décadas del siglo XIX, con el desglose de las poblaciones de las islas habitadas, esto es, de Guam y de Rota, se inserta el siguiente cuadro correspondiente a 1833:

<u>Pueblos</u>	<u>Habitantes</u>	<u>Diciembre 1832</u>	<u>Aumento</u>	<u>Disminución</u>
Guam				
Agaña	4.370	4.362	8	
Anigua	243	246		3
Asan	170	155	15	
Tepungan	57	57		
Sinajaña	191	177	14	
Mungmung	70	68	2	

Agat	228	218	10	
Umata	233	220	13	
Merizo	312	319		7
Inarajan	260	244	16	
Pago	251	244	7	
Rota	448	438	10	
	-----	-----	--	--
Total	6.833	6.748	95	10

Además, se habían verificado ciento setenta y seis matrimonios entre 1832 y 1833.

En los años años siguientes aumentó la población en algo más de trescientos habitantes, cifra en términos relativos muy elevada dado lo escaso de la población; los datos de entonces, a finales de cada año, son¹¹:

	<u>Habitantes</u>		
	<u>1834</u>	<u>1835</u>	<u>Aumento del año</u>
Guam	6.572	6.704	132
Rota	449	455	6
	-----	-----	---
Total	7.021	7.159	138

Desde estas fechas, en los estados sobre la población se contabilizan todos a la vez, sin hacer ya distinciones entre sus razas, a no ser que fueran algunos españoles de la oficialidad, o extranjeros europeos o de otras nacionalidades, como chinos.

Tras alcanzarse en 1855 los ocho mil setecientos setenta y cinco habitantes, al año siguiente sufrió la isla de Guam una primera epidemia de viruelas que arrastró los dos quintos de la población y por este motivo descendió a fines de aquel año a cinco mil doscientas cuarenta y una personas en todas las islas,

habiendo un retroceso nada menos que a su estado de principios del siglo, por lo que en su progreso ordinario no podía esperarse la recuperación de esta pérdida sino hasta los inicios de 1900. Para entonces, vaticinaba el Gobernador Felipe de la Corte (1855-1866), solo podría haber en Marianas los habitantes de 1855 a corta diferencia.

Así, los datos de la población de las islas Marianas en 1860, con expresión de sexos y edades y una vez superado el bache poblacional, se detalla a continuación¹²:

Pueblos	Varones	Hembras	Párvulos	Total	n° matrimonios	nacidos	mueritos	casamientos	forasteros recibidos	emigrados
Agaña ...	1303	1570	829	3702	190	151	80	14	1	2
Inarajan...	45	52	16	113	20	6	4			
Merizo	46	58	40	144	18	10	4			
Umata	38	49	22	109	15	6	2			
Agat	126	152	69	347	110	18	5	4		
Rota	124	170	60	354	59	10	25			
Saipan ...	164	125	87	376	88	5				
Tinian										
1860 ...	1846	2176	1123	5145	509	206	120	18	1	
1859 ...	2176	2127	1071	5374	736	200	67	38	13	2
Aumento		49	52			6	53			
Disminuc	330			229	227			20	12	2

En este estado aparece la considerable disminución de trescientos treinta varones, embarcados en buques balleneros desconociéndose su paradero, siendo por lo tanto estos habitantes supuestos y no verdaderos y ascendiendo su número a

trescientos ochenta y seis, de modo que siendo la disminución aparente de trescientos treinta, solo lo era de cincuenta y seis.

Dado que en Marianas cualquier ligera modificación en el número de habitantes afectaba enormemente a los datos globales de la población, continuamente los Gobernadores solicitaban la elaboración de censos.

Para realizar un censo y verificar así el empadronamiento, por ejemplo el que había de formarse en la noche del 24 de diciembre de 1861, el Gobernadorcillo, por orden del Gobernador, debía disponer que cada cabeza de barangay nombrase tres individuos de su misma cabecera si era posible, y si no de otra donde los hubiere de sobra, que supieran leer y escribir, para que atendieran las papeletas o cédulas. Una vez nombrados, tenían que personarse ante el Gobernador, reuniéndose a su vez la Comisión de Estadística para rellenar las cédulas¹³.

En 1884, la ciudad de Agaña contaba con una extensión superficial de 30.000 Hc que albergaban a seis mil ciento veintiséis indígenas y dieciocho europeos, siendo las razas predominantes de chamorros, carolinos y chinos, y los dialectos el chamorro y el carolino¹⁴.

En el pueblo de Agat, con 8.000 Hc., vivía solo un europeo y novecientos once chamorros, siendo la lengua de estos últimos el dialecto principal. En Merizo, en sus 12.000 Hc vivían quinientos noventa y dos chamorros y también solo un europeo.

Inarajan, con 12.000 Hc., albergaba a trescientos treinta dos habitantes chamorros y a un europeo.

Por lo que se refiere a las islas del Norte, en 1864 la población de la isla de Tinian, con una superficie de 6.904 Hc.,

se reducía a una veintena de cazadores empleados en la Hacienda destinada para con sus productos socorrer a los lazarinos, habitándola en 1884 doscientos treinta y cuatro carolinos desde hacía pocos años.

La isla de Rota tenía trescientos veintiocho habitantes en 1864, incrementándose en la última fecha citada a cuatrocientos setenta y seis, contando setenta y ocho carolinos que allí residían también desde hacía pocos años, lo que significaba un aumento exiguo en veinte años aunque de relativa importancia para el incremento total de la población de las islas Marianas.

Con una extensión superficial de 11.000 Hc., la gran mayoría de sus habitantes eran chamorros, aunque también había algún carolino, como queda dicho, contabilizándose tan solo un europeo.

Por último, la isla de Saipan, la más lejana de las islas habitadas de la cabecera, era la más grande de las tres últimas citadas en extensión superficial, contando con 60.000 Hc.

En esas fechas, el aumento de la población en esta isla había sido notable, no tan solo por la inmigración sino en mayor escala por el que experimentaron los carolinos que en 1818 fueron a poblarlas y los chamorros que allí se fueron radicando, de tal forma que asignándola Felipe de la Corte en 1864 doscientos sesenta y seis habitantes, en 1884 la población se había incrementado a setecientos noventa y dos habitantes, la mayoría de ellos ya nacidos en la isla. Casi todos eran carolinos aunque había también algún chamorro e incluso un europeo.

Examinando las cifras expuestas aproximadas a partir de 1710, que varían ligeramente de un autor a otro¹⁵, resulta que desde dicho año al de 1760 disminuyó la población en más de la mitad;

desde la fecha hasta 1790 nuevamente se habría casi duplicado, experimentando un aumento relativo hasta 1835; en caso de no haber habido epidemia de viruelas, suponía el Gobernador Olive (1884-1887) que en los años 80 el total de la población podría haber ascendido a quince o veinte mil habitantes.

Otro dato a tener en cuenta es que si bien la inmigración había contribuido de forma clara al aumento poblacional, especialmente en lo que se refiere a los carolinos, por otro lado, se había producido una relativa emigración chamorra a otros puntos tales como las islas Sandwich, en las que parece ser que por entonces había asentados del orden de ochocientos chamorros, y San Francisco de California ya que, por regla general, quien se embarcaba en buques extranjeros no solía regresar al archipiélago, lo que motivaba por parte de las autoridades españolas de las islas Marianas el control y a veces la total prohibición a los chamorros de abandonar las islas en caso de ser contratados por balleneros.

Resumiendo, sin tener en cuenta los datos anteriores a 1710, la población había mantenido un lento pero paulatino aumento, interrumpido por causas ajenas a la acción del hombre; ello hacía que el crecimiento vegetativo mantuviese unas cifras muy bajas dado que el número de defunciones era siempre algo inferior al de nacimientos¹⁶.

Por último, señalar que si uno de los objetos de la deportación, principalmente política y característica del siglo XIX, había sido el incremento de la población en las islas Marianas, con el tiempo se demostró que ésta no había sido eficaz desde este punto de vista dado que, por regla general, no se produjeron

matrimonios entre estos deportados varones y mujeres chamorras¹⁷.

La población de Marianas de hallaba distribuída, a finales de 1885, de la forma siguiente¹⁸: Saipan, con setecientos noventa y siete habitantes; Tinian, doscientos ochenta y cuatro; Rota, cuatrocientos cincuenta y seis, y Guam, ocho mil sesenta y nueve. En las tres primeras, la población se hallaba reunida en un solo pueblo, mientras que en Guam se repartía en diferentes poblaciones tales como Inarajan, con trescientos setenta y tres habitantes; Merizo, seiscientos veintisiete habitantes, incluyendo su barrio dependiente de Umata distante unos siete kilómetros y que contaba con una población de doscientos diecisiete habitantes; Agat, con mil noventa y cinco habitantes, incluyendo su barrio dependiente de Sumay, distante unos nueve kilómetros y que tenía un total de trescientas setenta almas. Y por último, Agaña, con cinco mil novecientos setenta y cuatro habitantes, incluída la población de sus barrios situados, a un kilómetro al suroeste, Anigua con ciento cincuenta y dos almas; Asan, con doscientas cuarenta almas y distante cuatro kilómetros; Tepungan, con doscientas cuarenta y seis y retirada algo más de ocho kilómetros; cuatro kilómetros al noreste, el barrio de Maria Cristina poblado con doscientos carolinos; y al este, Sinajaña, a dos kilómetros y con un total de ciento cuarenta y seis almas.

Las perspectivas de incrementar la población de todas estas localidades no era muy halagüeña, considerando Olive (1884-1887) que en Guam y en Rota el aumento debía esperarse del incremento de la natalidad, mientras que en Tinian sería más conveniente crear en la costa oriental un nuevo pueblo con inmigrantes que alcanzara las trescientas almas. En el caso de Saipan, además de

los carolinos residentes en el barrio de M^a Cristina que desearan pasar a Tanapag, al norte de dicha isla, debería crearse con doscientos o trescientos inmigrantes otro pueblo al sur, en punta Susupe.

Las islas de Pagan y Agrigan debían poblarse con inmigrantes en número de doscientos en cada una, nombrándose alcaldes retribuídos con 180 pesos anuales.

Así, en 1885 el número de habitantes de las islas de Guam, Rota, Tinian y Saipan era de nueve mil seiscientos treinta, contabilizándose entre ellos cinco españoles varones; cinco extranjeros también varones; treinta y ocho mestizos, de los cuales dieciocho eran varones; mil sesenta y siete carolinos, cuatrocientos noventa y siete varones y quinientas setenta mujeres; veintidós chinos, todos varones; y ocho mil cuatrocientos noventa y tres chamorros, siendo cuatro mil dos varones y cuatro mil cuatrocientos noventa y uno mujeres¹⁹.

En 1886, la noticia demostrativa de las islas, pueblos, barrios o visitas, y número de habitantes de las mismas a 31 de diciembre arroja los siguientes datos²⁰:

<u>Islas</u>	<u>Pueblos</u>	<u>Barrios o Visitas</u>	<u>Nº Habitantes</u>	<u>Totales</u>
Guam	Agaña		4.959	
		Anigua	169	
		Asan	252	
		Tepungan	234	
		Sinajaña	142	
		M ^a Cristina	193	5.959
	Agat		712	
		Sumay	429	1.141
	Merizo		439	
		Umata	225	664
	Inarajan		376	376

Rota	Rota	487	487
Tinian	San Luis de Medina	21	21
Saipan	San Isidro de Garapan	819	
	Tanapag	204	1.023
Espanoles europeos			16
Extranjeros			7
<u>Total General</u>			<u>9.708</u>

Los datos sobre la población del archipiélago en el quinquenio de 1892 a 1896, con el resumen del padrón general del vecindario de todos los pueblos de que constaba la provincia de Marianas por orden de importancia, con expresión del número de tributos y mozos sorteables de cada uno, es el siguiente²¹:

<u>Pueblos</u>	<u>N° almas</u>	<u>n° tributos</u>	<u>n° de mozos sorteables</u>
Agaña y barrios	6.153	1.292	446
Saipan	1.195	254	61
Agat y su visita de Sumay	1.155	236	71
Merizo y Umata	679	158	53
Rota	508	104	25
Inarajan	413	87	27
<u>TOTAL</u>	<u>10.099</u>	<u>2.131</u>	<u>683</u>

En 1896 habían nacido en las islas Marianas, la mayoría en la ciudad de Agaña, doscientos ochenta y nueve niños, entre ellos ciento setenta y un varones, contabilizándose en este total un mestizo de español, otro de sangley (chino) y otro de extranjero de raza blanca, naciendo además una niña española peninsular, Dolores García²².

Por contra, y durante ese mismo año, fallecieron doscientas seis personas, la mayoría naturales de Marianas y, en especial, de la ciudad de Agaña²³; ello significa, como es obvio, que el crecimiento vegetativo de la población durante esa fecha fue positivo, aunque escaso.

Las estadísticas poblacionales en diciembre del año siguiente de 1897, confeccionadas por los respectivos cabezas con el visto bueno del cura párroco y con el desglose de cabecerías por poblaciones²⁴, arrojan una serie de datos interesantes.

La ciudad de Agaña, contando sus barrios, estaba integrada a la altura de 1897, por veinte cabecerías, encontrándose al frente de cada una un cabeza de barangay.

A su vez, cada cabecera estaba integrada por un número variable de familias, entre treinta y cuarenta las más numerosas, compuestas la mayoría de las veces por el matrimonio y los hijos, tanto si eran párvulos como adultos, encontrándose en algunas ocasiones casos en los que convivían en la misma familia, y por tanto en la misma casa, otros miembros familiares no de primera línea sucesoria tales como los hermanos del cabeza de familia o alguno de sus padres así como cónyuges de alguno de los hijos y sus propias familias.

El número de hijos por familia también es variable aunque la

media se sitúa en cuatro, dándose casos de familias numerosas integradas por trece hijos, por ejemplo en el caso del barrio de Anigua.

De estas veinte cabecerías cinco correspondían, respectivamente, a los barrios de Anigua (cabecera n° 15), Asan (n° 16), Tepungan (n° 17), Sinajaña (n° 18) y María Cristina, pueblo carolino que formaba la cabecera n° 19.

Las edades de los matrimonios estaban comprendidas entre los treinta y los cincuenta años, habiendo muy pocas personas de más de setenta años. La esperanza de vida era más elevada para las mujeres que para los hombres, según se desprende del mayor número de viudas existentes en las distintas cabecerías, completando la idea el hecho de que había más nacimientos de niñas que de niños ya que era mayor el número de párvulas que de párvulos.

El nombre de pila de todos los miembros de las familias que componían las diferentes cabecerías es siempre español, salvo en el caso del pueblo carolino que formaba el barrio de María Cristina; entre sus apellidos encontramos también muchos de origen español, por ejemplo, Sánchez, Castro, Torres, Flores, León Guerrero, Herrero, Mesa, Baza, Garrido, Camacho, Fernández, Borja, Mendiola, Ojeda, Díaz, Dueñas, Guevara, Santos, Salas, San Nicolás, de la Rosa, Benavente, etc., y otros de origen filipino o micronesio, tales como Aguon, Gogüe, Chargulaf, Taitano, Pangelinan, Ung Pinco, Manalisay, Quichocho, Angoco, Gumataotao, Untalan, Sablan, Maañao, Afleje, Megofña, Fegurgor, Clubog, Te-Dingco, Aquiningoc, Limtiaco, Quiega, Quidachay, Terlaje, Afleje, Nedidog, etc.

El número de habitantes totales por cabecera era también

variable, desde las quinientas cuatro personas de la cabecera número uno hasta los ciento treinta y tres habitantes del barrio de Sinajaña, o los noventa y tres del barrio de María Cristina.

Igualmente hay que tener en cuenta que, sin contar nacimientos o defunciones que a lo largo de varios años no variarían en exceso el número de habitantes de una cabecera, el número de éstos sí podía verse alterado por el paso de un grupo de una cabecera a otra o a cualquier otro punto de la Micronesia española, como pudieran ser la isla de Saipan o de Yap; tal fue el caso de la cabecera número trece, desde la que pasaron a otra cabecera ciento cuarenta y ocho habitantes.

Como ejemplo, a continuación se detallan los datos de la cabecera número uno de la ciudad de Agaña.

- Ciudad de Agaña: cabecera n° 1 de Hipólito Lezama

	Suma
- Matrimonios: 146	146
- Viudos: 8; viudas: 25	33
- Solteros: 93; solteras: 118	211
- Párvulos: 60; párvulas: 54	
hasta 7 años inclusive	114

<u>Total (diciembre 1896)</u>	<u>490</u>

A estos cuatrocientos noventa habitantes habría que añadir, como altas, catorce niños nacidos en todo el año, tres personas procedentes de la cabecera número dos, cuatro de la número once, otra persona procedente de un ballenero y diecisiete más que hasta la fecha no se habían contabilizado en esta cabecera, arrojando, con estos nuevos datos, un total de quinientos veintinueve habitantes. En cualquier caso, habría que descontar

las bajas producidas tales como quince fallecidos en todo el año, cinco personas que pasaron a Merizo, y otras tantas a Saipan, quedando en diciembre de 1897 en esta primera cabecera quinientos cuatro habitantes.

Lógicamente, los datos del barrio de María Cristina, al frente del cabeza Don Arotiguen y donde nos encontramos nombres como Inalitin, Mareijam, Napeito, Ignisonumar, Utao, Inesongureñg, Lujesupi, Obomono, etc., son mucho más modestos:

- Pueblo carolino. Barrio de M^a Cristina: cabecera n° 19 de Don Arotiguen

	Suma
- Casados: 28	28
- Viudos: 2; viudas: 15	17
- Solteros: 13; solteras: 19	32
- Párvulos: 8; párvulas: 8	16
	--
<u>Total</u>	<u>93</u>

A estos noventa y tres habitantes se añaden cuatro más a finales de diciembre de 1896. Durante todo el año nacieron cuatro niños, y tres personas llegaron desde la isla de Rota, arrojando un total de ciento cuatro carolinos, de los que habría que descontar siete fallecidos y cuatro que pasaron a radicarse en la isla de Saipan quedando, a finales de 1897, el mismo número anterior, esto es, noventa y tres habitantes.

En la misma fecha, Agat contaba con tres cabeceras, la de Diego Salas, con doscientos sesenta y cuatro habitantes; la de Ignacio Palomo, con doscientos sesenta y uno, y la de Luis Taitangüe, con doscientos sesenta y cinco habitantes.

Merizo sumaba igualmente tres cabeceras, correspondiendo

la tercera a la visita de Umata; la primera de ellas, de Francisco Ti-Quiongco, con doscientos cuarenta y siete habitantes; la segunda, de Felipe de Santiago, con doscientos setenta y seis, y la tercera, de Vicente Sánchez, con doscientos sesenta y tres.

Inarajan solo tenía una cabecera, la de Gerónimo de San Nicolás, con doscientos sesenta y una personas a su cargo.

Por último, en la isla de Rota se organizaron tres cabeceras, la primera de Gregorio Quintanilla, con doscientos veintitrés habitantes; la de Félix Mendiola, con doscientos veinticuatro, y la de Francisco Pilae, con solo cincuenta habitantes, la mayoría de ellos de origen micronesio.

Los residentes extranjeros

El número de extranjeros residentes en las islas Marianas era muy pequeño, siendo principalmente comerciantes de copra, encontrándose entre ellos los que arrendaban las islas del Norte.

Según la legislación de finales del siglo XIX, los extranjeros podían residir en el punto de las islas Marianas que quisieran, aunque se objetaba que si causaban algún problema inmediatamente serían trasladados; por otro lado, era obligatorio solicitar la cédula personal²⁵.

En cualquier caso, esta situación de "puertas abiertas" de cara a la permanencia de extranjeros en las islas Marianas se había modificado a lo largo de la centuria pasada ya que en las primeras décadas de la misma no se permitía la permanencia de extranjeros en el archipiélago, trasladando a algunos de ellos a Manila aunque a los casados se les permitió quedarse en el

archipiélago²⁶.

En esas fechas, si se tomaron estas medidas contra los extranjeros fue por su supuesta participación en la sublevación ocurrida en Agaña en mayo de 1829 que tenía por objeto asesinar al Gobernador José de Medinilla (1812-1822) y a cuantos se hallaban con él en Palacio, y si bien no pudieron conseguir su objetivo, hubo muchas desgracias que pudieron acarrear otras más funestas²⁷.

Las causas que presentaban los acusados para su crimen, entre los cuales, y como se ha dicho, había algunos extranjeros, eran el que no se les pagaban los servicios comunales, que los cabos o cabezas cometían injusticias o vejaciones y por ello pedían su relevo; solicitaban que se permitiese a los extranjeros, fuera cual fuere su clase y condición, vender efectos sin restricción, pretendiendo igualmente la libertad de asistir o no a los trabajos públicos.

Más de una vez se habían dado órdenes por el Superior Gobierno y hasta se había mandado a Marianas un comisionado especial para expulsar de aquellas islas a todos los extranjeros que hubiera, si bien, como se ha señalado, a algunos se les consintió la residencia en Marianas.

No obstante, en 1843, en las instrucciones de gobierno que se dieron al Gobernador José Casillas Salazar(1837-1843), se le instaba a que con objeto de que las islas fueran útiles a la población que sustentaban y no gravosas al Estado, consentiría el Gobernador el establecimiento en ellas de los extranjeros que quisieran ejercer en el país artes mecánicas, para lo cual debería preceder seguridad de que poseían alguna de ellas, ya que

de este modo los naturales aprenderían oficios que antes no conocían, y con ello se procurarían elementos de prosperidad para sí y para sus descendientes²⁸.

Los individuos de esta clase que quisieran establecerse en el país con el oficio referido o el de la agricultura, invirtiendo en ello sus capitales, debían hacer sus solicitudes al Gobernador, quien las concedería interinamente o negaría según la conducta y circunstancias del solicitante, dando cuenta de los permisos que concediese, indicando si el establecimiento habría de ser como naturalización o temporalmente, teniendo entendido que los que llevaran radicados más de veinte años en las islas y tuviesen hijos naturales serían igualmente considerados naturalizados.

En este sentido, en 1864 el Consejo de Administración de las islas Filipinas examinó la consulta elevada por el Gobernador de Marianas sobre admisión y radicación de extranjeros en aquellas islas en virtud de una instancia que le había dirigido Mr. Balfour, capitán de un buque inglés, para que se le permitiera trabajar por su cuenta en las islas con algunos de sus hombres²⁹.

El Gobernador de Marianas apoyaba el deseo del inglés argumentando que la opinión sobre la no conveniencia de estas admisiones había variado, no obstante que la legislación de Indias generalmente las impedía, añadiendo que la mayor población de un país era siempre un beneficio y que además ésta predominaba sobre los extranjeros; no había inconveniente en admitir a cuantos fuesen llegando con tal de que renunciaran libremente a su nacionalidad y pasaran a ser españoles.

Añadía que privar a los pueblos de estas cooperaciones era

hacer casi imposible el tráfico, y admitirlas sin perder su nacionalidad era correr riesgos, habiendo en la fecha varios extranjeros residentes con aquel requisito que no habían dado ningún problema, mientras que otro que no los tenía acudió a su Gobierno pidiendo cuantiosas e injustas reclamaciones.

El citado Consejo recordaba al Gobernador General de Filipinas que se hallaba pendiente de la resolución del Gobierno de S.M. el expediente sobre extender a las islas la ley de extranjería de 17 de noviembre de 1852 vigente en la Península. No obstante, según las Reales Ordenes de 14 de agosto de 1841, la de 15 de septiembre de 1846 y la de 5 de octubre de 1853, el Capitán General, como Gobernador Superior, concedía o negaba permiso para entrar en ese territorio y también para domiciliarse y aún avecindarse si así se pedía.

Esas mismas reales órdenes determinaban que el que solicitaba su establecimiento en las islas habría de presentar una solicitud documentada de su origen, naturaleza, oficio, industria o capitales que tuviera, y al final de cada año habrían de remitirse a la Corte dos estados en el que se expresaran las licencias de vecindad concedidas a extranjeros con expresión de fechas y de la ocupación a que se dedicaran. Además, la R.O. de 15 de septiembre de 1846 llevaba su solicitud al extremo de hacer responsable al Capitán General del permiso que diera a los extranjeros para penetrar en el interior, ordenándole que adoptara las disposiciones oportunas para que no se abusara de la concesión en perjuicio de sus intereses. Y como el mismo Superior Gobierno era quien concedía o negaba pasaporte para el interior, el Consejo dictaminaba que sobre el particular no debían alterar-

se las citadas reales órdenes.

Así pues, el Consejo recomendaba que se favorecieran las naturalizaciones de extranjeros, haciendo caso omiso del principio que quería establecer el Gobernador de Marianas, esto es, que todos debían ser ciudadanos del país en el que vivían ya que esto equivalía, en el sentir del Consejo, a una prohibición poco menos que absoluta de la admisión de extranjeros en las islas de todo el archipiélago filipino.

En las islas Marianas se distinguían cuatro clases de extranjeros³⁰: radicados o naturalizados, esto es, aquéllos que se hallaban definitivamente establecidos en el país, con autorización competente del Gobierno como españoles; residentes, que eran los que habían obtenido permiso para permanecer accidentalmente por un tiempo más o menos largo pero conservando su carácter de extranjeros; transeúntes, o sea, los que sin desembarcarse de los buques en que llegaron residían accidentalmente para sus negocios u otros; y enfermos, considerando entre éstos a los transeúntes que no gozando de buena salud se desembarcasen accidentalmente con objeto de restablecerse.

Se prohibía a la población el alojar en sus casas a cualquier extranjero, a no ser que hubiese permiso por escrito por parte del Gobierno del archipiélago, siendo aquéllos responsables de los actos de éstos.

Los extranjeros radicados o naturalizados gozaban de los mismos derechos que los naturales del país, debiendo llevar un documento firmado por el Gobierno en el que se acreditase esta situación y una carta de residencia.

Para solicitar la naturalización española había que seguir

una serie de trámites, siendo el primer requisito el llevar residiendo en las islas Marianas determinado tiempo.

Luego, se elevaba petición de naturalización al Gobernador Superior de Filipinas, previos los informes favorables del Gobernador de turno de las islas Marianas, del Gobernadorcillo y Principalía, del cabeza del barangay al que estuviese adscrito el radicado, y del cura párroco de la localidad en la que residiera, teniendo que contar estos tres últimos informes con el visto bueno de dos testigos acompañados del Juzgado de Primera Instancia del archipiélago. Una vez estudiada en Manila esta documentación, se aprobaba o no la carta de naturaleza.

Como ejemplo, el norteamericano William Jones elevó con fecha 14 de mayo de 1873 al Gobernador Superior de Filipinas la solicitud de naturalización española³¹, tras haberle sido concedido el permiso de residencia en las islas Marianas en 1855 por el Gobernador Felipe de la Corte (1855-1866).

A este documento se añadió el informe favorable del Gobernador de Marianas Eduardo Beaumont (1873-1875), argumentando que el solicitante estaba casado en el país con una india natural, siendo su conducta ejemplar y, por tanto, acreedor de la gracia que solicitaba³².

Por otro lado, el informe del Gobernadorcillo y de la Principalía sobre la petición realizada por Jones en la que solicitaba se le librara certificado de su conducta y comportamiento durante los dieciocho años que llevaba residiendo en las islas, también fue favorable, previa la consulta del cabeza del barangay al que había sido adscrito Jones³³.

Por último, Aniceto Ibáñez del Carmen, Vicario Foráneo y

Provincial de las islas Marianas, igualmente avaló la petición de Jones, a quien conocía desde su radicación en Marianas y a quien había bautizado y casado el 3 de septiembre de 1870³⁴.

Las representaciones extranjeras

De entre los escasos extranjeros residentes en Guam, para hacernos una idea, siete a la altura de 1886³⁵, la mayoría eran norteamericanos cuyos intereses, a mediados de los años cincuenta, estaban defendidos por Samuel J. Masters.

Este último, reconocido por las autoridades españolas solamente como agente comercial americano, en realidad actuaba como un cónsul hasta el punto de insertar en los membretes de sus informes la expresión "Consulado de los Estados Unidos de América en las islas Marianas"³⁶.

Los intentos por establecer un primer consulado en las islas Marianas, aunque en esta ocasión británico, datan de 1834 cuando el Teniente de la Real Armada británica, P. Perri, en expedición por el Pacífico y a su llegada a Guam, informó al Gobernador Villalobos (1831-1837) que expondría a su Gobierno en 1835, al finalizar su viaje, la necesidad de que se pusiera en Marianas un cónsul británico para que atendiera a la seguridad de los muchos buques balleneros surcaban aquellos mares³⁷.

La idea de Perri era proponer a su Gobierno el establecimiento de un cónsul en Guam o la vigilancia de dos o más buques de guerra británicos que controlaran a las tripulaciones de los balleneros y defendieran el comercio de su país por esos mares.

Villalobos se apresuró a informar al Gobernador de Filipinas, Pascual Enrile, opinando que para el Real Pabellón español no

sería conveniente el establecimiento de un cónsul inglés ni en Marianas ni en las cercanas islas Bonin por ser ello algún día trascendental a la pérdida del territorio³⁸.

No obstante, se mostraba favorable a que se estableciera en Marianas algún almacén de auxilio a los marineros ya que ello supondría mayor concurrencia de buques que indudablemente habría en la hipótesis supuesta de libertad de comercio en las islas y total prohibición de él al jefe de las mismas.

El dictamen que al efecto de redactó por el Asesor General interino de Gobierno, elevado al Gobierno Superior con fecha 2 de enero de 1835, concluía que si en Manila de ningún modo convenía que se establecieran cónsules extranjeros aun cuando no tuvieran otra consideración que la de meros agentes mercantiles, en Marianas ofrecía inconvenientes infinitamente superiores porque prescindiendo de que su residencia pudiera muy bien con el tiempo producir el resultado que indicaba el Gobernador, sería indudablemente un motivo de choques y de reclamaciones desagradables que la distancia y falta de comunicaciones con la capital, Manila, harían más graves y más difíciles los compromisos.

La mayor parte de esas pretensiones en las colonias las movía y dirigía en un principio el interés particular, cuyo objeto era establecer casas de comercio para recibir todas las consignaciones de los buques extranjeros que frecuentaban aquellos puertos, pero los gobiernos sacaban también sus ventajas porque por medio de esos agentes podían saber exactamente el estado político del país, sus fuerzas militares y los recursos de que podía echar mano en caso de una invasión o rompimiento.

Más fuera cual fuese la pretensión de Perri, recomendaba al

Gobernador General que diera cuenta de ello al Gobierno de S.M. por medio de la Primera Secretaría de Estado, como así lo verificó Enrile, haciéndole presente los graves inconvenientes que ocasionaría al Real Servicio y aún al comercio nacional el establecimiento de cónsules extranjeros tanto en Marianas como en Manila.

Pasados los años, y a pesar de estas recomendaciones, lo cierto es que la libertad de comercio en Marianas obligaba a admitir la representación extranjera en las islas, como sucedería con Samuel Masters³⁹.

En mayo de 1854, residiendo Masters en Honolulu como policía de Justicia, había recibido el nombramiento de cónsul de los EEUU en las islas Marianas, teniendo que recoger las instrucciones del buque americano Vandalia; primeramente, Masters tenía idea de viajar a Manila para obtener permiso del Capitán General de Filipinas y así poder actuar en Guam como agente comercial hasta la llegada de su "exequator" desde Madrid.

Una vez en Manila, y acompañado del cónsul británico allí destacado, se entrevistaron ambos con el Capitán General, quien ante la presentación de las credenciales, permitió a Masters actuar como agente comercial de los EEUU en las islas Marianas hasta que llegara la confirmación desde Madrid, quedándole prohibido el uso de la bandera y escudo de armas consulares⁴⁰.

El interés americano por establecer un consulado en las islas Marianas era evidente dado que la gran mayoría de los buques balleneros que arribaban al archipiélago eran de esta nacionalidad.

Masters propuso al mismo tiempo al también americano J. Josiah

Sherman Van Ingen para que le acompañara a su destino en calidad de secretario⁴¹; partieron ambos desde Honolulu en julio de 1854, llegando a Guam en noviembre del mismo año, vía China-Manila.

Establecido el "consulado" americano en Marianas, todos los súbditos de aquella nacionalidad se ponían bajo su protección y así, por ejemplo, en 1855 H.H. Beale, natural del estado de Massachusetts, solicitó al Gobernador de Marianas permiso para radicarse en Agaña como médico del hospital de la ciudad para asistir a los enfermos de su país⁴², petición avalada por Masters en calidad de cónsul.

Sin embargo, los años de funcionamiento de este consulado fueron pocos, y no sin problemas, especialmente los derivados entre Masters y Van Ingen.

Este último era socio o agente comercial de la casa "Thomas Spencer y Cía", radicada en Honolulu, y estando en Agaña, en la estación de la pesca de la ballena (noviembre-febrero), se convenció de la posibilidad y ventajas de establecer allí una casa de comercio.

Partiendo nuevamente en marzo hacia Honolulu, comenzó a preparar sus proyectos mercantiles comprando y embarcando en un buque que iba a Guam un gran surtido de cordelería y otros pertrechos navales, repartiendo tarjetas, avisos e insertando publicidad en la prensa sobre la casa que se proponía crear.

Igualmente, habiendo puesto la mira en las empresas agrícolas, embarcó también a bordo del mismo buque colonos chinos, caballos e instrumentos de labranza.

Hechos ya en Honolulu estos preparativos, se embarcó Van Ingen el 3 de noviembre de 1855 en la corbeta americana Eduard H.

Frost, llegando a Guam el 23 de noviembre de 1855.

Apenas llegó, solicitó audiencia al Gobernador de Marianas, por entonces ya Felipe de la Corte (1855-1866), quien enterado de sus planes agrícolas y mercantiles, le ofreció protección y favor y ya que se necesitaba permiso especial de la superioridad de Filipinas para establecer allí permanentemente una casa de comercio, el Gobernador le prometió enviar él mismo la solicitud.

Bajo tan buenos auspicios, preparó Van Ingen una casa a propósito para establecer su comercio y al empezar la estación de la pesca de la ballena, esto es, a principios de enero, todo estaba ya dispuesto y arreglado para contratar.

Una gran flota ballenera tocó en Guam durante la estación, proporcionando la casa comercial numerosos pertrechos y haciendo buenos negocios.

Hacia fin de marzo de 1856, Samuel Masters, que según Van Ingen hacía ya algunos meses que estaba deshonorando su dignidad de cónsul y agente comercial de los EEUU con una vida de disipación y embriaguez, acabó por abandonar el consulado y en compañía del médico y de muchos enfermos del Hospital, se embarcó en la corbeta Eduard H. Frost, que iba para Honolulu, dejándose sin pagar considerables deudas, entre otras, las que debía a Van Ingen.

Pocos días antes de que la corbeta levantara velas, Van Ingen se entrevistó con el Gobernador solicitándoles que instara a Masters a pagar sus deudas, y también con el capitán de la corbeta para que no permitiese que partiera Masters.

Al final, éste se quedó en tierra así como todos los que habrían de acompañarle, instando al Gobernador a que Van Ingen

pagara daños y perjuicios por un valor de más de 3.000 pesos pagados por el Gobierno americano puesto que Masters era el cónsul de ese país, aunque para las autoridades españolas fuera el agente comercial.

El Gobernador acusó a Van Ingen de impedir la partida de Masters (tuvo que partir luego en abril de 1856 en el barco B.R.Milan con destino a Manila), requisándole sus bienes, y el asunto se complicó, llegando incluso a oídos del cónsul americano en Singapore.

Lo cierto es que Van Ingen fue obligado a abandonar las islas Marianas, como así se verificó en octubre de 1856 en la barca francesa Washington, acabando de esta forma la aventura tanto del consulado americano como de los intentos por crear en Marianas una próspera casa comercial que, en definitiva, hubiera podido revitalizar la economía de las islas.

En 1856, el súbdito americano Eduardo A. Edgerton había pedido licencia para radicarse en la isla de Guam en calidad de Secretario del Consulado de su nación en aquel punto pero, en virtud de lo manifestado por el Gobernador de Marianas, el Gobernador General de Filipinas, Manuel Crespo, denegó el permiso que se solicitaba puesto que en Guam no existía el Consulado que suponía el presentante y también porque el recurrente había tomado parte en las cuestiones que habían tenido lugar en Marianas entre su Gobernador y el agente comercial de los EEUU⁴³.

Proyectos de inmigración: chinos en Marianas

De todos los proyectos de inmigración a las islas Marianas que se plantearon a lo largo del siglo XIX, el único que prosperó

efectivamente fue el de los carolinios llevados a las islas del Norte, como se analiza en otro capítulo.

Sin embargo hubo algunos otros intentos, con japoneses por ejemplo, y sobre todo con chinos en la época de Felipe de la Corte (1855-1866), partidario de este tipo de inmigración como medida para repoblar las islas Marianas, a pesar de que desde 1833 un oficio del Gobernador prohibía la entrada de chino alguno en las islas Marianas⁴⁴.

En 1858, mandado Felipe de la Corte como comisionado especial por el Superior Gobierno de Filipinas para estudiar y proponer los medios de mejorar el estado de las islas Marianas, exponía en su informe⁴⁵ que mientras la población fuera tan escasa y sobre todo mientras fuera de la índole de la existente entonces, especialmente perezosa e indolente y poco deseosa de trabajar ante la facilidad de alimentarse con los frutos espontáneos, todos los esfuerzos para sacar adelante a las islas serían infructuosos, proponiendo la necesidad de importar nuevas razas que aunque tuvieran otros vicios poseyeran al menos el amor al trabajo.

Si se importase población industriosa, ésta, a más de proveer a sus propias necesidades, daría exceso de frutos que produciría dos bienes: el primero, establecer en Marianas una abundancia de que absolutamente se carecía tanto para el interior como para el extranjero, y el segundo, el que limitando algo por el mayor consumo, los muchos frutos espontáneos que había obligarían a los actuales pobladores a trabajar alguna cosa y a moderado precio incitándolos a ello la necesidad y el ejemplo. Al mismo tiempo, contribuirían los recién llegados a las cargas públicas y así se

harían éstas más llevaderas.

Una vez conocida la necesidad de promover la inmigración, de la Corte analizó las cuatro clases susceptibles de establecerse en Marianas: la primera, de hombres de raza europea, la segunda de naturales de Filipinas, la tercera de chinos y la cuarta de naturales de Carolinas.

La que menos oportunidades ofrecía era la inmigración europea ya que estaban muy distantes los países donde había exceso de población blanca; además, las islas Marianas presentaban en aquellos momentos pocos elementos para satisfacer las necesidades de esta clase, habiendo que añadir que los grandes gastos que serían precisos para tales importaciones no estaban al alcance del penoso estado económico del archipiélago. Consideraba que la raza blanca, al ser más inteligente y adelantada, era la que poseía más capitales, pero no era partidario de una colonización organizada y programada sino más bien espontánea.

La segunda de las razas importables era la de naturales de Filipinas, que parecía a primera vista la más fácil y la que produciría los mejores resultados ya que al ser un país próximo costaría poco el transporte y además eran islas muy parecidas a Marianas. Como inconvenientes, señalaba que el indio era tan caprichoso que deliberadamente jamás abandonaría su país, siendo imposible contratar ninguno con este objeto. Además, al ser las islas Filipinas posesión española, al igual que las Marianas, el traslado de unos habitantes de unas islas a otras no contribuía al aumento global de la población que, en definitiva, era el fin perseguido por la Administración española.

La tercera clase, los chinos, hombres dispuestos a ir a

cualquier parte con la esperanza de obtener alguna plata aun a costa de los más penosos trabajos, eran los que, en opinión de Felipe de la Corte, darían beneficios mayores y más rápidos ya que eran trabajadores asiduos, de clara inteligencia, sumisos a las leyes, sobrios y serviciales.

La cuarta clase, la de los carolinos, presentaba la ventaja de que estando tan cerca de Marianas podían ser conducidos a ellas en cualquier embarcación con costes insignificantes y si bien poseían los vicios de la raza primitiva por su falta de costumbre de trabajar, tenían la ventaja de poderse utilizar en la navegación y en la pesca.

Analizadas ya las cuatro clases, consideraba de la Corte que respecto a las dos primeras señaladas debería el Gobierno proteger su aumento pero sin obrar directamente, excepto en los hombres que debían llevarse a Marianas para el servicio de las armas y de los trabajos públicos.

En cuanto a los últimos, los carolinos, bastaría con que el Gobierno secundase únicamente las ideas del particular de Marianas para que con medios locales y sin gravar en nada al Estado, fuera auxiliando y protegiendo la inmigración de éstos desde aquellas islas.

Pero los chinos eran el objeto principal de esta comunicación, como igualmente lo fueron de otras anteriores de 5 de junio de 1855 y de 11 de septiembre de 1856.

En la primera de ellas propuso de la Corte al Gobernador General que se remitieran a las islas chinos que por insolventes se hallasen presos en las cárceles filipinas; a pesar de estar aprobada la medida por el Gobernador General con fecha 24 de

abril de 1856, cuando se redactó este informe aún no había sido enviado ningún chino de estas características, y en caso de que algún día llegara alguno, serían muy pocos ya por la circunstancia del plazo previo que habían de permanecer presos, ya principalmente por la dificultad que a menudo debía presentarse de no haber bastantes reunidos para aquel objeto.

Es por ello por lo que proponía que ya que en algunos puertos de China se encontraban hombres a millares a cualquier hora, que se organizaran expediciones para transportarlos a Marianas, siendo éstos mejores que los tomados de las cárceles filipinas.

Sí bien esta idea de inmigración china no se llevó a cabo, sí al menos se debatió abiertamente en la segunda mitad del siglo y algunos chinos, por cuenta propia, acabaron estableciéndose en las islas Marianas.

En 1857, y tras el informe de la comisión de Felipe de la Corte, partidario de la inmigración china, como se ha dicho, el Gobernador de Marianas pidió autorización al Gobernador General para importar chinos para que, fomentando con su trabajo la agricultura, mejoraran con su ejemplo la índole de los naturales⁴⁶.

El asunto pasó a la Intendencia General de Ejército y Hacienda en diciembre de 1857, y a la Administración General de tributos y rentas no estancadas de Filipinas el 1 de marzo de 1858.

El Fiscal de S.M. en lo Civil y de Real Hacienda consideraba que la petición del Gobernador de Marianas no era conveniente para el archipiélago, recordando que las importaciones de esta raza que habían hecho algunos hacendados no respondieron a las expectativas que prometían por ser de poca afición a la agricul-

tura debido a la idea de que en ella no podían obtener las grandes utilidades que por su excesiva ambición anhelaban, o por otras causas.

En cualquier caso, la citada autoridad consentía la importación aunque solo a modo de ensayo y sin que la Hacienda hubiese de desembolsar dinero.

Además, y dado el carácter de Presidio de las islas Marianas, otros tantos chinos fueron remitidos al archipiélago para cumplir sus condenas.

Así, en 1859, la Secretaría de la Intendencia del Ejército y Hacienda de Filipinas redactó un pliego de condiciones que con arreglo al artículo 3° de la instrucción aprobada por S.M. en Real Decreto de 25 de agosto de 1858 sobre celebración de contratos para servicios públicos, redactaba esa contaduría general para concertar la conducción a las islas Marianas de veintitrés chinos que, por disposición del Superior Gobierno, debían pasar a dicho punto comprendiéndose el personal y efectos que hubiera que remitirse a dichas islas, cuyo acto habría de tener lugar en la mencionada dependencia el 22 de noviembre del citado año⁴⁷.

Los mencionados chinos, insolventes, por disposición del Superior Gobierno debían pasar a las islas Marianas en calidad de presos hasta extinguir lo que adeudaban al fisco, según el decreto del Gobierno Superior Civil del 14 de noviembre de 1859.

El citado pliego de condiciones constaba de diez puntos que, en resumen, estipulaban que:

1°. El contratista debía comprometerse a conducir al puerto

de San Luis de Apra a los mencionados veintitrés chinos, al igual que a todo el personal y efectos que tuviese que remesar la Hacienda Pública por disposición de la autoridad superior.

2°. Sería obligación del contratista la manutención a bordo de los oficiales y demás individuos que debían marchar a aquel punto.

3°. Recibiría los efectos de los almacenes de Manila tal y como se hallasen y en la misma forma los entregaría en Marianas, sin falta ni deterioro alguno.

4°. El buque debería ser reconocido por la Marina antes de que recibiera carga a bordo en el caso de llevar efectos.

5°. El barco debería zarpar de ese puerto al cabo de los treinta días como máximo, pero si la salida se demorase a causa del contratista, quedaría éste responsable de los perjuicios que se irrogaran a la Hacienda.

6°. Sería obligación del contratista recibir a su bordo al personal y efectos que por disposiciones superiores tuviera que remitir la Hacienda a dichas islas.

7°. El buque debería hacer su navegación directamente a las islas Marianas sin permitirse otras arribadas que las absolutamente indispensables por las circunstancias de los tiempos o por otra causa inevitable.

8°. Para el uso del artículo anterior, quedaba afecta la cantidad que hubiese de cobrar el contratista por razón de pasajes y fletes, la cual sería satisfecha por la Tesorería General de Hacienda Pública en la capital luego que acreditara con certificado del Gobierno o Capitanía del Puerto de Marianas la llegada de los pasajeros y de los funcionarios a quien correspon-

diera la entrega de los efectos en los almacenes de aquella plaza, todo sin reclamación alguna fundada.

9°. La Hacienda debería pagar por razón de flete y pasaje lo que se estipulara.

10°. Sería obligación del contratista poner el papel en que hiciera extenderse la obligación de la contrata luego que fuese aprobado por la Intendencia General a la que se sometía y sin cuyo requisito no tendría valor ni efecto nada de lo que se ajustara.

En función de estas condiciones, la contrata fue concedida finalmente a D. Julián Pardo, consignatario de la Goleta Felicidad, obligándose a conducirlos en el expresado barco a razón de 20 pesos por cada uno.

En 1860, el Gobernador Político Militar de las islas Marianas propuso al Gobierno Superior Civil de las islas Filipinas, como un medio de impulsar la producción del archipiélago por carecer de brazos, la inmigración de chinos libres de contratos particulares, esto es, transportados por cuenta del Gobierno y a los cuales se les darían allí tierras para que las cultivaran y por las cuales sólo pagarían el diezmo, como los naturales⁴⁸.

El Gobernador de Filipinas, antes de aceptar o desechar esta idea, opinaba que era conveniente saber si era practicable y, al respecto, se dirigió al cónsul de España en China, Nicasio Cañete, a fin de que le comunicara si en alguno de los puertos adscritos a ese consulado encontraría un buque español pasajeros o colonos para Marianas con aquellas condiciones, que comprendían implícitamente la de que en uno o dos años reintegrarían al Estado el importe del pasaje.

En contestación del cónsul, éste informó que hasta la fecha no se habían ofrecido por ningún Gobierno, y menos aún por particulares, condiciones tan ventajosas al tratarse de conducir chinos a varias regiones del mundo, pues en el caso presente se les ofrecía y regalaba una propiedad en un país feracísimo sin más obligaciones o cargas que pagar el diezmo, como los naturales de aquellas islas⁴⁹.

Esta leve imposición, las ventajas de gozar de una entera libertad sin tener que sujetarse a las órdenes de ningún patrón o amo y la circunstancia de vivir bajo el amparo y la protección de las leyes de Indias, harían sin duda que las condiciones de los chinos que allí se trasladaran fueran inmejorables.

Pero era necesario, para promover y dar principio a esta inmigración, hacer conocer a los chinos las ventajas que les esperaban y decidirlos a abandonar su país, al cual se mostraban siempre tan apegados por más desamparados o miserables que en él vivieran. Ese sería el gran trabajo de los cónsules de S.M. en aquel Imperio, de inteligencia, si pudiese ser, con las autoridades locales; pero para conseguir el objeto deseado, no hasta que los cónsules se esforzaran en persuadir a los chinos, manifestándoles las ventajas que el Gobierno de S.M. les ofrecía, se necesitaba otro aliciente, esto es, el dinero.

Así, era preciso ofrecerles y darles algo para que se dedicieran a embarcar, pues de otro modo, dudaba mucho Nicasio Cañete que se pudiese conseguir la inmigración que se deseaba y de la que tanto necesitaban las islas Marianas.

Además, no creía que esta inmigración debiera consistir en hombres solos, como la que se hacía para la isla de Cuba (se

refiere a los coolíes) y otros puntos; para la colonización de Marianas convenían familias enteras, y no dudaba que pudiesen encontrarse sin dificultad luego que se les hiciera conocer la suerte que les esperaba y que se les ofreciera al propio tiempo una cantidad má o menos grande, según el número de individuos de que constara la familia.

Sabedor de que éste era un sacrificio que parecería innecesario, consideradas las condiciones tan extremadamente ventajosas que se ofrecían a los chinos, era su obligación opinar francamente en un negocio de tanta importancia, y si el Gobierno necesitaba colonos de ese país, era necesario que en un principio hiciera algunos sacrificios pecuniarios de los que luego se resarciría ampliamente con el aumento de riqueza y prosperidad que esos colonos llevarían a las Marianas.

Tampoco creía conveniente que a los chinos emigrantes se les obligara a devolver el coste del pasaje en un año o dos ya que serían los primeros de su instalación y, por tanto, valdría más la pena, en caso de cobrarles tan exigua cantidad, hacerlo al cabo de los años y mejor por algún medio indirecto, si bien sería más provechoso prescindir de un gasto que tan buenos resultados había de producir en aquéllas posesiones españolas.

En cuanto al punto de China de donde hubiesen de procurarse los colonos, el cónsul se inclinaba por la parte del norte ya que allí era la gente pacífica y sumisa, de costumbres más sencillas y la más dedicada a las labores agrícolas. Los de Cantón y Macao estaban en la mayor parte maleados y llenos de vicios, dedicados muchos a la piratería, otros pertenecientes a las filas de las facciones rebeldes o facciosas que desde hacía tiempo se estaban

sublevando contra el Gobierno, y claro es que esta gente acostumbrada a la sedición y el crimen, lejos de ser una ventaja, sería un peligro y un inconveniente para cualquier país donde fuera a establecerse, y en especial en las islas Marianas que contaban con tan pocas fuerzas para mantenerlos a raya.

De Emuy tal vez podrían obtenerse con facilidad, pero la continua emigración de chinos de dicho punto para Manila y otros varios de Filipinas había probado suficientemente que eran muy raros los que se dedicaban a la agricultura, pues la casi totalidad se empleaban en otros oficios o industrias, con grave perjuicio acaso de los indígenas y aún de los españoles establecidos en el país, del cual se retiraban después de conseguido su fin, que no era otro que reunir algún capital para volverse a China.

Esta clase de gente no podía convenir de modo alguno para la gran idea de colonización de las Marianas.

Otros inconvenientes podrían plantearse, pero podrían vencerse especialmente en las circunstancias en las que había colocado a España el nuevo convenio celebrado en Pekín entre los embajadores de Inglaterra y Francia y el Plenipotenciario chino, quedando ahí consignada la derogación de la ley que prohibía a los súbditos del Celeste Imperio emigrar para países extranjeros, y aún cuando esa ley era desde hacía algunos años poco más que letra muerta, se hacía revivir de cuando en cuando y más de una vez era invocada por los agentes de naciones que se llamaban amigas, con el torcido fin de suscitar obstáculos y entorpecer la emigración para las posesiones españolas, y en especial, para la isla de Cuba.

Antes de mandar buques para conducir emigrados, proseguía el cónsul, era necesario que éstos estuvieran reunidos ya en algún depósito o comprometidos al menos para embarcarse, pues de otro modo se correría el riesgo de que llegaran barcos más o menos inútilmente. Y en caso de que este negocio de inmigración hubiese de hacerse en gran escala, convendría que el Gobernador de Filipinas nombrase a un agente o apoderado al efecto dándole las órdenes que juzgase más oportunas, sin perjuicio de darle al cónsul las instrucciones que mejor le pareciesen en un asunto tan interesante para el servicio, quedando a su cuidado excitar el celo de los cónsules y vicecónsules dependientes de ese consulado general para que por cuantas medidas estuviesen a su alcance contribuyesen al mejor éxito de la empresa.

Como se ha señalado líneas arriba, el plan de colonización china, aunque se debatió, no llegó en ningún momento a ponerse en marcha. Solamente un reducidísimo número de chinos, y por cuenta propia, acabarían estableciéndose en Marianas desde mediados del siglo XIX.

Según el padrón general de chinos de 1889⁵⁰, había en la fecha establecidos en Marianas dieciséis chinos: los siete primeros llegaron en 1858, uno en 1859, dos en 1860 y seis en 1889. Nueve permanecían solteros, y entre todos, había tanto católicos como infieles.

Desde el 11 de abril de 1863 se prohibieron en todos los pueblos de la provincia de Marianas reuniones de chinos en una sola casa a puerta cerrada, debiendo los que alquilaran u ocuparan habitualmente alguna un vecino de la ciudad dar cuenta al Gobierno con expresión de las que formaban su familia y

siempre que hubiese en ella otros chinos que los contenidos en la certificación de inquilinos que habría de ser expedida por el Gobernador, habría de hallarse la puerta sin cerrar por dentro de modo que cualquier policía o persona de justicia pudiera visitarla, incurriendo los inquilinos en una multa de 25 pesos o cincuenta días de prisión por el solo hecho de hallarse encerrado en su casa bien por la puerta exterior u otra interior cada individuo chino que no fuese inquilino. Esta disposición debía ser comunicada personalmente a cada chino empadronado en la provincia por el encargado de la recaudación de sus impuestos⁵¹.

Sus lugares de residencia fueron Agaña, con once chinos, de los cuales dos eran industriales pagando 30 pesos anuales de contribución, y el resto agricultores; los cinco restantes residían, respectivamente, en Tepungan, Inarajan, Merizo, Agat y Asan, siendo todos agricultores. Del total de los dieciséis chinos, había dos en el presidio.

En 1891 se contabilizaron catorce chinos, ocho menos que en 1886, al igual que al año siguiente, siendo sólo uno industrial, que pagó 30 pesos de contribución más la cédula del número 6, que equivalía a 0,78 pesos, haciendo un total de 6,78 pesos.

Antropología: la sociedad ancestral

Excavaciones practicadas durante la segunda mitad del siglo XIX en cavernas de la isla de Rota y Saipan, entre las que destacaron las del propio Gobernador Francisco Olive (1884-1887) en los años ochenta, confirmaron la existencia de antiguos enterramientos, encontrándose cráneos bien conservados, huesos casi deshechos, armas, piedras para honda y algunas conchas

recortadas en forma circular con un agujero en el centro semejantes a las que en el citado siglo utilizaban los naturales de Carolinas y Palaos como adornos de inestimable valor⁵².

La disposición especial de dichas cavernas, singularmente la de Saipan, sus reducidas dimensiones, su proximidad a las ruinas de antiguos edificios, las circunstancias de aparecer confundidos los huesos de adultos y niños, el corto número de cráneos hallados en cada una, su variada antigüedad y las armas con ellos encontradas, dieron lugar a creer que tales sitios sirvieron de panteones a familias más o menos numerosas y notables cuyos cuerpos fueron inhumados en dos filas, próximos unos a otros, con la cabeza fuera de la tierra y en pie dentro de ésta o quizá sentados.

Francisco Olive, junto a otros especialistas, comparó los cráneos encontrados con otros de carolinos de pura raza, de chinos y de chamorros de raza mezclada, los únicos que existían ya en el siglo XIX, y llegó a la conclusión de que dada la afinidad entre estos últimos y los cráneos de las cavernas, éstos pertenecían sin lugar a dudas a los aborígenes de las islas cuyo origen etnológico se encontraba, suponía con acierto el Gobernador, en la raza malaya, en cualquier caso, la opinión más aceptable de la época⁵³.

Los aborígenes fueron descritos por los primeros navegantes y misioneros como personas de la estatura de los europeos⁵⁴, de tez más clara que los filipinos, siendo las mujeres y niños más blancos que los hombres. Durante la época del descubrimiento, los hombres llevaban el pelo recogido con una coleta en lo alto de la cabeza, pero descripciones posteriores afirmaban que

llevaban la cabeza afeitada y solo con una cresta de pelo a modo de corona.

De complexión robusta y bien formados, en algunos casos tendiendo a la obesidad, carecían de defectos físicos y tenían una alta esperanza de vida; los hombres iban desnudos y las mujeres solo llevaban una especie de delantal confeccionado con la corteza interior de los árboles.

En líneas generales, la lengua y las costumbres de la gente de Guam era similar a la de los tagalos y visayos de las islas Filipinas; el vocabulario era distinto pero contenía muchas palabras afines al malayo.

La distinción de castas estaba reconocida y la posición social en la sociedad chamorra venía dada desde el nacimiento, siguiendo el criterio de primogenitura.

La población se agrupaba en tres clases, los matua, los atchaot y los manachang⁵⁵; de entre los matua, los chamorris eran los de mayor rango, los jefes que poseían vastas plantaciones que transmitían de generación en generación, siendo el sucesor de un jefe su hermano o su sobrino; así, en esta sociedad ancestral, los matua tenían los derechos residuales sobre la tierra, esto es, los derechos económicos, además del ejercicio de la autoridad.

El orgullo del chamorri, antigua clase superior, era tal que suponía procedían todos los males de los otros pueblos, creyendo que la Humanidad tenía el origen en sus islas.

Las islas principales estaban divididas en distritos con un jefe a la cabeza, tal vez el más antiguo del linaje; aunque las guerras parece ser que fueron frecuentes, es probable que no

existiera ninguna autoridad superior que aunara a todas las poblaciones⁵⁶.

Antes del matrimonio, era costumbre entre los hombres jóvenes vivir en concubinato con las muchachas y frecuentemente grupos de jóvenes, hombres y mujeres, vivían todos juntos en una gran casa, existiendo una o dos en cada poblado, siendo conocidas como "casas de los hombres". Los urritaos (jóvenes), vivían con mujeres solteras, una vez que el padre de la joven hacía el trato con los urritaos sobre la dedicación de la hija a la casa de los hombres, en la que vivía durante un año; a cambio, el joven ofrecía su trabajo a los padres de aquélla como pago a los servicios de la hija⁵⁷.

Las bodas se celebraban con danzas y grandes festejos, y parece ser que no estaban permitidos los matrimonios entre miembros de diferentes castas.

Estos chamorros, después del matrimonio eran monógamos, si bien el divorcio era una práctica común; en este caso, los hijos y las propiedades siempre pasaban a la esposa.

La causa más frecuente de divorcio era el adulterio; si una mujer descubría a su marido con otra en una casa, inmediatamente llamaba a las mujeres del pueblo y entre todas destruían la casa del mismo y se apropiaban de todo lo que pudiesen; por contra, si era la mujer la adúltera, aunque el hombre tenían derecho a castigarla, ésta siempre estaba libre de castigo.

A pesar de ello, y dado el escaso conocimiento que se tiene de esta sociedad ancestral, no ha podido determinarse si en Marianas se seguía el principio matrilineal para trazar las relaciones, aunque es cierto que cuando se impuso la sociedad

tradicional, esto es, la que cristalizó durante el último siglo de presencia española⁵⁸, se siguió el principio bilateral, de clara influencia española.

Las creencias religiosas que observaban aquellos primitivos pueblos estaban resumidas al culto supersticioso de los cadáveres, teniendo cada familia un altar en el hogar y un ídolo en las calaveras de sus mayores⁵⁹.

El ritual de sus supersticiones y creencias estaba circunscrito a pesadas salmodias en que relataban las virtudes y hazañas del que adoraban, repartiéndose en sus rezos, cual en sus fiestas, tortas hechas de arroz, pescado y frutas que comían con el atole, bebida espirituosa confeccionada con los jugos de coco.

Creían en un dios, Puntan, que había existido antes de la creación del cielo y tierra. Según la tradición, tenía una hermana y ésta, al morir aquél, creó de sus espaldas la tierra, de su pecho el cielo, de sus ojos el sol y la luna, y de sus cejas el arco iris.

Reconocían la inmortalidad del alma, que había de sufrir en Zazarraquan o Casa de Caifí (infierno y demonio) o gozar en el mundo de los espíritus.

Sus sacerdotes, que se llamaban Macanas, invocaban a las calaveras, teniendo mucho temor a las almas de sus abuelos, que llamaban Anitis.

Los anitis, espíritus de los antepasados, vivían en los caminos, bosques y montañas, siendo sus intermediarios los macanas que entre sus funciones, tenían la de solicitar buenas cosechas.

Entre los monumentos precoloniales destacan los denominados

latte, especie de conos truncados y coronados por una semiesfera con una altura no superior a tres pies, localizados tanto en la isla de Guam como en la de Saipan, cerca de Garapan, y de Tinian⁶⁰, conocidos entre los nativos por el nombre de Casa de los Antiguos y que se suponía, según la tradición, que era donde iban a morir.

Muchos chamorros, ya en el siglo XIX, mostraban sus recelos a establecerse cerca de estas construcciones megalíticas, donde se suponía, y se supone, que residían los taotamonas⁶¹.

En 1887, el naturalista francés Alfred Marche⁶², acompañado por Olive, visitó algunas de estas ruinas de Saipan y Tinian, encontrando la más impresionante en esta última isla, cerca del pueblo de Sunharon; uno de estos monumentos era la estilizada Casa de Taga, que medía cuatro metros y medio de altura y uno y cuarto metros de diámetro en la base; la semiesfera superior medía dos metros y medio de diámetro.

Los monumentos de Tinian eran doce, colocados en dos líneas paralelas que dejaban una calle central de unos cuatro metros de ancho, al igual que en Saipan; entre latte y latte consecutivos había una distancia de metro y medio. En uno de ellos, en la parte superior, había una especie de cuenco en el cual, y según la tradición, reposaban los restos de la hija de Taga.

La sociedad tradicional

a) Rasgos físicos e indumentaria

La constitución física de los chamorros era, en general, robusta, de raza cruzada española y filipina (visaya) con la primitiva del país.

El tipo personal en la mayor parte de los de la ciudad de Agaña era el mestizo español, hallándose muchos de color moreno claro y no pocos blancos, con nariz aguileña, bocas regulares, pómulos poco pronunciados, ojos rasgados y pelo negro o castaño⁶³.

Estaban bien formados y más fornidos que los filipinos, caminando muy erguidos con andares resueltos y graciosos; era bastante común en los hombres tener barba.

Las mujeres presentaban quizá con mayor abundancia que los hombres los indicios de una raza cruzada, encontrándose muchas bastante blancas de agradable fisionomía y de aposturas y costumbres en nada parecidas a las indias.

Se apreciaban rasgos en los chamorros de numerosas nacionalidades, aunque predominaba la raza malaya, siendo todos, adultos y niños, bastante atractivos, de grandes ojos negros y tono dorado de piel⁶⁴.

El vestido común era, en los hombres, un calzón corto con camisa larga por encima, sombrero de paja y descalzos, y en las mujeres una saya de muchos colores, principalmente encarnado, camisa blanca corta y suelta que dejaba ver sus carnes en la cintura, un pañuelo en la cabeza generalmente del color de la saya, yendo descalzas o con chinelas según el sitio al que se dirigieran.

Gustaban los primeros en los campos y aun en sus casas estar desnudos de cintura para arriba, y las segundas, que trabajaban en las sementeras casi como hombres, fuera de Agaña, se recogían la saya hasta el muslo.

Para caminos y campos solían llevar unas suelas sujetas con correas a los pies, que se conocían con el nombre de dugas,

siendo una especie de sandalias. En sus viajes y ocupaciones rurales, los hombres siempre llevaban a la cintura el machete, del que hacían frecuente uso.

Como señala el reverendo americano M. Price en 1902⁶⁵, a la llegada de los americanos había dos clases de habitantes muy diferenciadas: los de sangre española, llamados chamorros y que formaban la clase alta, y la gente común. Los primeros eran los que desempeñaban cargos oficiales en el gobierno y, por regla general, eran los más sanos y de mayor inteligencia, mientras que los segundos, en muchísimo más número, formaban la clase de los pobres.

b) Costumbres sociales

El Gobernador Olive definía a los chamorros como despren-
didos, generosos hasta la prodigalidad, hospitalarios, religio-
sos, por lo menos prácticos, sobre todo las mujeres, con sus
ribetes fanáticos y supersticiosos, como todos los pueblos⁶⁶.

Estoicos, indiferentes y apáticos hasta el punto que muchas
veces resultaban sus caracteres de oposición pasiva, altivos,
soberbios, vanidosos en el fondo y en la forma humildes,
mojigatos, burlones, mordaces, chismosos, murmuradores. Ordina-
riamente desaseados en sus personas y casas excepto cuando en los
días festivos asistían a la Iglesia con sus mejores prendas,
limpias y decentes, sobre todo las mujeres.

Describe también a los marianos, aunque con excepciones, como
haraganes, holgazanes, inconscientes, imprevisibles hasta la
indiferencia sin preocuparse de su futuro más inmediato,
desagradecidos e ingratos hasta en las cosas más fútiles que las

conseguían con la apariencia más indiferente aunque fuera de importancia, considerando esta actitud la característica más destacable de este pueblo, a la que se añadía el hecho de que mostraran un mayor apego hacia las personas y cosas extranjeras, en general, que hacia las españolas. Atribuía Olive esta actitud al hecho de los beneficios que la población chamorra había obtenido de los barcos balleneros que arribaban a Marianas en época no muy lejana.

Esta era la idea generalizada sobre el carácter de los chamorros y así, Joaquín Vara del Rey (1890-1891) apuntaba que aunque pareciera sencillo, dócil y desnudo de engaño, lo constituía en general una extraña mezcla de envidia, pereza, vanidad y soberbia, exceptuando a algunos en que sólo destacaban dos o tres de estas características, olvidando muchas veces los favores que recibían y no reparando en promesas para hacer o dejar de hacer lo que a su objeto convenía, o en mostrar cierta tibieza o resistencia pasiva a las órdenes de la autoridad⁶⁷; eran susceptibles al cariño y al odio, pero en general eran pacíficos, de costumbres apreciables, hospitalarios y católicos sin supersticiones.

Algunas veces, el temor o el mismo respeto que les inspiraba la autoridad les hacía ser huraño con ella y, según quien les mandase, se mostraban más o menos sumisos y obedientes. La indolencia que les dominaba, continúa Vara del Rey, era debida a la facilidad con que encontraban satisfechas sus necesidades.

La explicación "científica" que daba Olive para justificar este peculiar carácter de los chamorros se basaba en que al no ser una raza pura, habían heredado de sus dos ramas ascendientes

los rasgos más nefastos⁶⁸. Así, señalaba que según los primeros españoles que llegaron al país, los naturales eran ladrones, tan presuntuosos como ignorantes, solapados, rencorosos, hipócritas y amigos de fiestas; si a estas cualidades que adornaban a los fundadores de la nueva raza se añadía la de soldados aventureros, balleneros, deportados y presidiarios, gente toda de no ejemplar conducta, amigos de jolgorios, fanáticos unos, ateos otros y a quienes la prosperidad del país les importaba bien poco, no era de extrañar, según Olive, que los chamorros de su época fueran, con raras excepciones, soberbios, desagradecidos, de clara inteligencia pero faltos de sentido moral.

En contraposición a estas opiniones, el Gobernador Pablo Pérez (1848-1855) consideraba a los chamorros humanos y hospitalarios, dotados de un carácter e índole dócil, afable y cariñoso⁶⁹; devotos y piadosos, ingenuos, obedientes y bien dispuestos hacia las autoridades españolas, siendo la única traba en sus costumbres la de vivir reunidas muchas personas de ambos sexos en habitaciones o departamentos pequeños ya que, además de rebajarse la moral, se suscitaban fácilmente desacuerdos y cuestiones que lastimaban la educación y buen ejemplo de la juventud.

Así pues, eran los chamorros muy amigos de novenas, fiestas y despilfarros, cuyo origen databa del mutuo auxilio que se prestaban en cuantos actos notables de la vida ocurrían, buscando más los goces que la economía y la riqueza. No se conocían otras diferencias sociales que la mayor o menor fortuna o el mejor empleo equivalente a ella⁷⁰, siendo la asociación familiar el medio de aparentar una riqueza y una abundancia que en realidad no existían.

En la sociedad tradicional, el cálculo de parientes reunidos se estima en unas cien personas⁷¹; Felipe de la Corte (1855-1866) menciona que unas treinta familias participaban en los acontecimientos principales, y teniendo en cuenta que la media de cada familia nuclear era de unos cinco miembros, se calcula que unos ciento cincuenta acudían a aquéllos; si se sustraen los afines, unas cien personas eran las que estaban emparentadas con quien celebrara la reunión.

De esta forma, el estado social de Marianas era un estado de fiesta continuo ya que todos los actos notables de la vida de una persona, relacionados con su ciclo vital, bautismo, boda y muerte, se conmemoraban con celebraciones.

Las parentelas y amigos contribuían con algunos pequeños regalos a los recién casados; así, la víspera de la boda el novio en su casa o en la del padrino, y la novia en la suya, celebraban dos fiestas separadas, llamadas fandangos, o fandanggos, a las que asistían los parientes respectivos y en las que se consumía la totalidad de los donativos hechos, llamados chinchuli⁷², que consistía en puercos, vacas, aves, arroz, frutos, aguayente⁷³ y otras bebidas.

Solían únicamente algunos regalar unos petates, unas escobas y unos tabos, utensilios de cocina hechos con la cáscaras de medio coco y con un mango de madera, pero en corto número e insignificante comparado con la superabundancia del obsequio comestible⁷⁴.

Durante toda la noche continuaba el fandango o baile y canto en ambas casas, sin tomar parte los de una en la de la otra y sin que los novios se reuniesen tampoco, pero con bastante consumo

y sin escasear el alcohol y el tabaco.

Por la mañana, se casaban en la Iglesia y después cada familia, aparte todavía, se reunían a almorzar en una comida en la que era costumbre consumir todo lo que se había regalado, aportando algo más de su cuenta los contrayentes o sus familias; si no se acababa todo, el sobrante se repartía entre los concurrentes.

Reunidos después los novios con sus padrinos, visitaban a los parientes de ambos y poniéndose de rodillas besaban la mano a todos los mayores, con lo cual se daba por terminada la fiesta yéndose los novios de luna de miel con una gran deuda en sus bolsillos, de al menos 50 pesos fuertes calculaba Felipe de la Corte, y una obligación a plazo indefinido de devolver en casos análogos los obsequios recibidos.

El fandango, en el que se comía y bebía consumiendo lo que no se tenía y que muy pronto habría que pagar, era el cielo para el chamorro, mientras que el trabajo, el orden y la economía, el infierno. Sus únicas aspiraciones, señala Olive, eran la tuba, los goces genéricos y la holgazanería, dándose la contradicción de no tener más por vivienda que una choza desmantelada y sin más muebles que un banco y un potro al que llamaban cama y vivir prácticamente en la miseria y no aceptar un jornal que se les ofreciera a cambio de un trabajo a no ser que debiera pagar el entierro de un familiar o el chinchuli a un pariente por igual motivo.

En este sentido, consideraba Olive que las costumbres de los fandangos y de los chinchulis, que debieron ser importados por los españoles peninsulares o americanos, pesaban sobre las islas

impidiéndolas salir del estado en que se encontraban.

Cuando nacía un niño, los parientes contribuían con alguna cosa y se reunían para la fiesta del Bautizo, que se celebraba con campanas aun por los más pobres y acudían todos los que se trataban por parientes a consumir lo contribuído, sin que nadie regalara nada que sirviera para después, ni para el niño ni para los padres; si el niño moría, era preciso hacerle un entierro con cánticos y música, exigiendo ello otra contribución de la parentela, que disfrutaba de cena y bebida.

En caso de morir algún individuo de la familia también se obligaban al auxilio pecuniario, que se distinguía con el nombre de ica, destinado a cubrir los gastos de botica, entierro, luto, honra o misas, etc.

Los nueve días siguientes, la nobena⁷⁵, había rezos por la noche en casa del difunto, sin faltar tabaco, buyo y aguardiente para los devotos y devotas, y el último día la cena correspondiente y la misa por la mañana.

Así, desde el momento en que se casaban y formaban familia independiente, hasta que se morían, quedaban en deuda permanente, razón por la que nunca estaban a flote en sus necesidades, pero no les apuraban las contingencias que les pudiesen sobrevenir fiándose con seguridad completa en que los amigos y parientes les sacarían adelante de todos sus apuros⁷⁶, por lo que no desplegaban gran interés en allegar recursos, base principal de su apatía por el trabajo.

Todos los artículos eran, en general, regalados por los parientes a la familia del que celebraba lo que fuese, lo cual a primera vista parecía un sistema recomendable, aunque si se

analiza, se llega a la conclusión de que según el grado de parentesco y no el de fortuna, cada cual estaba obligado a contribuir con un objeto de determinado valor, y el que recibía contraía una verdadera obligación moral de devolver otra cantidad igual en las circunstancias análogas de los otros; de manera en que, por ejemplo, en un fandango en el que se consumían 400 pesos, no era más que una deuda contraída por igual suma que en mayor o menor tiempo habría de satisfacerse. Preferible hubiese sido regalar objetos de utilidad o, en su defecto, no regalar nada.

Además, hay que tener en cuenta que cada fandango quitaba, por lo menos, tres días de trabajo: el de la víspera, para buscar y presentar el chinchulí; el del fandango, y el siguiente, en el que muchos de los asistentes, enfermos y todos con la comida en casa, ninguno trabajaba; y no bajando de treinta familias que tomaban parte en cada fiesta, no podía estimarse en menos de dos cada mes por familia, esto es, seis días, que representaban, aproximadamente, la cuarta parte del trabajo del año perdido por este motivo, además del valor de lo consumido.

Además de estas fiestas "principales", había otras menores, como la llamada fiesta de los techos.

Casi todos vivían en casas propias, cuyos piso, cerco y divisiones eran de tabla y estaban cubiertas con techos de hojas de coco. Las casas de Agaña se componían de ocho pilares que en chamorro se llamaban ariques, siendo de madera de ifil aunque también usaban el molave, a los cuales daban forma cilíndrica"; sobre estos pilares se colocaba el piso de tablas del mismo árbol. El hueco entre el terreno y este primer piso, si estaba

cercado, se denominaba bodega, y allí ponían animales domésticos, leña y demás bultos. Las habitaciones se reducían a una sala de dos varas de altura, estando el techo cubierto de hojas de coco.

Estas hojas duraban de uno a dos años, renovándose cada año más de la mitad de ellas. Para cortar esas hojas y acarrearlas a las inmediaciones de la casa bastaban los mismos que la habitaban, pero para formar con ellas una especie de tejido que las disponía para su aplicación se valían ya de algunos más, parientes y amigos, por lo general mujeres, que no acudirían si se los llamase por pago, pero que se prestan solo para hacer un favor, recibiendo tabaco y aguardiente en cada noche.

Terminada esta operación, y acopiadas otras hojas de palma con que se ataban las armaduras, un par de hombres era suficiente para quitar el techo viejo y poner el nuevo en un día con un gasto estimable de setenta y cinco céntimos de peso, pero se prefería invitar a los parientes y sus mujeres, que eran las que tejieron, y todos se reunían en torno a las seis de la mañana comenzando su trabajo, o mejor dicho, una gran algazara de gritos, excitados por copas de aguardiente distribuídas a una docena o más de hombres y a otras tantas mujeres, que se tiraban desde el suelo a la cubierta de las hojas y las amarraban al techo, dando por concluída su obra a las ocho o nueve de la misma mañana en que se desquitaban de su fatiga con un almuerzo, comúnmente de puerco y arroz bien acompañado de copas, que hacían perder el día a todos y costaban al dueño lo menos 10 pesos en lugar de los seis reales que pudo gastar, pero que se guardaba bien de hacerlo para no privarse de otra docena de ocasiones semejantes que debían darle sus convidados durante el año.

Estas pequeñas fiestas no bajaban de trescientas, que al mínimo de 10 pesos, movían un total de unos 3.000 pesos.

Por lo que se refiere a las costumbres sociales, en 1885 Olive escribía que ni oficial ni oficiosamente tenía noticia de que en esas fechas existiera el juego en las islas Marianas que, por otro lado, tan común había sido, sobre todo en lo referente al juego de galleras⁷⁸. Igualmente, en relación al concubinato, no había quedado muy bien parado el país en los escritos y memorias anteriores, pero la verdad es que no había en este asunto nada extraordinario que no sucediese en otras partes del mundo, habiendo concubinato entre solteros, viudos y casados pero, en definitiva, la tarea de desterrar esta práctica en realidad habría de corresponderles a los curas párrocos.

Propiamente llamada criminalidad podía decirse que casi no existía en la provincia, tan escaso era el número de los crímenes, pues no había propensión a ellos por ser estos habitantes de genio pacífico, respetuosos a su modo con las autoridades y temerosos a la ley, dándose el caso de que para dirimir las cuestiones graves que se suscitaban se desprendían los contendientes del machete. La mayoría de los delitos cometidos habían sido por naturales de otras provincias, generalmente licenciados del Penal y radicados en ésta, y si alguno fue por algún natural de Marianas había tenido por base, con seguridad, amores ilícitos, amancebamientos o adulterios⁷⁹.

La embriaguez era un vicio del que adolecían los naturales pero no daba lugar a escándalos ni a crímenes, con lo cual, no era un problema social de importancia que hubiese de preocupar a las autoridades, en opinión de Olive, ya que la criminalidad

en general era bastante rara en las islas Marianas. No obstante, al ser bastante aficionados a la bebida del aguardiente de coco, o tuba, y dados los estragos que ésta hacía, el Gobernador Vara del Rey se vio en la necesidad de limitar su extracción a lo estrictamente determinado, medida continuada por Luis Santos⁸⁰ (1891-1892).

Eran refractarios a contar con los servicios médicos y a tomar medicinas ya que tenían más confianza en los remedios caseros compuestos regularmente de hierba machacada llamada zacate.

Deducía Luis Santos que si el pueblo mariano tuviese mejor educación sería susceptible de progreso, y aunque pareciera atrasado en algunas cosas había que concederle, por lo menos a la población de Agaña, que formaba las dos terceras partes de la masa total de las islas, un grado de civilización superior a la de muchos pueblos y capitales de Filipinas. Había que advertir, no obstante, que a pesar de tener un tinte bastante español, era un pueblo que mostraba gran afición por los extranjeros, sobre todo ingleses y norteamericanos, cuyo idioma les era más fácil de aprender que el español, dándose el caso de entender aún por primera vez con las tripulaciones de barcos de estas naciones con facilidad y rapidez asombrosa, lo que no les ocurría con el castellano.

c) Alimentación

Describe físicamente Olive a los chamorros de buena presencia, bien conformados, robustos, en general ágiles, de rostro simpático y con más rasgos de la raza blanca que de la malaya, a pesar de que la mala alimentación que tenían contribuía de forma clara

a la propagación de las más variadas enfermedades, todo ello unido a la afición de los chamorros por ingerir bebidas alcohólicas⁶¹.

La comida de los naturales se componía principalmente de alimentos vegetales como el maíz, que hecho tortilla que asaban sobre una plancha de hierro y que después se maceraba en agua, constituía el pan, aunque escaseaba con frecuencia. Cuando esto sucedía, se sustituía por arroz, llamado en el país gaogao, tapioca, camote o boniato, sune o gave, nica cimarrona, federico, coco y rima, todos ellos abundantes en las islas.

Este arroz se comía con agua de coco o con coco rayado, se añadía almíbar de tuba y se amasaban unas bolitas que denominaban aio.

De la tapioca y federico hacían atole, añadiéndole agua de coco, o bien tortilla, que preparaban con la fécula y cocían como la del maíz.

El dago, sune y el camote lo comían asado o cocido.

La nica cimarrona cocida con coco y sal, que adquiriría un sabor dulzón, la comían cuando carecían de rima o maíz.

La rima, que abundaba extraordinariamente, daba fruto dos veces al año, empezando en abril sin cesar hasta septiembre u octubre. Esta fruta tenía un diámetro de ocho a nueve pulgadas, siendo de figura esferoide, como los melones; cuando estaban maduros eran de color amarillo, siendo su carne bastante blanca y de sabor insípido; la comían cortada en pedazos que asaban en troncos y así se conservaba durante mucho tiempo, aliñándola con sal y vinagre y, en algunas ocasiones, mezclándola con chocolate.

Del maíz hacían también atole, macerándolo en agua de cal y

añadiendo agua de coco a la pasta resultante. El arroz, que era escaso, solo se consumía en fandangos, al igual que la carne y aves.

En resumen, el alimento era, según las estaciones, el camote, suni, dogdog, rima y, en algunos casos, el federico, y en todo el tiempo la torta de maíz y el coco, usando del arroz los que con mejor posición podían recolectarlo o comprarlo.

Los carolinos se alimentaban con pescado y bulao, esto es, rima que enterraban hasta que se arrugaba, se pudría y se llenaba de gusanos, en cuyo momento la comían con delicia mezclada con coco rallado.

d) Fiestas religiosas

Había en las islas Marianas celebraciones continuas en honor a diferentes santos, de manera que no pasaba noche en que no se oyeran cánticos en muchos lugares de la población, y esta piedad, traducida a lo clásico y terreno, no era más que otro capítulo de gastos superfluos, señala Felipe de la Corte, en razón a que después del rezo de la novena, con villancicos cantados a música de violines, seguía un rato de broma con sus tabacos y copa, y el último día era de rigor la misa cantada y el consiguiente almuerzo o cena donde, como en todos, había hasta sobrar el puerco, el arroz, las gallinas y el aguardiente.

Las fiestas religiosas que se celebraban en Agaña eran dos, una con motivo del Santo Patrón San Ignacio de Loyola, el 31 de julio, en la que había misa cantada, sermón y procesión pública, y otra por un voto solemne y perpetuo de los habitantes de Agaña y sus barrios a la Purísima Concepción, protectora contra los

terremotos a consecuencia de los violentos que se sintieron en la isla de Guam en los años 1825 y 1835, que empezaba cada año después de la Pascua de Resurrección y se terminaba el segundo domingo después de Pascua; durante cada novena había misa cantada cada día, y en el último, misa solemne, sermón y procesión.

De la Virgen de la Concepción y de San Ignacio, solos, no bajaban de trescientas novenas, y otras doscientas de otros santos, sumando así quinientas novenas, como poco.

En el resto del año se practicaban y observaban cuantas fiestas de precepto tenía la Iglesia. Los barrios de Anigua, Asan, Tepungan y Sinajaña se consagraron al Dulce Nombre de María, celebrando también el de Asan la festividad del Niño Perdido con sus respectivas novenas.

El pueblo de Agat celebraba la fiesta a su patrona Santa Rosa y Nuestra Señora del Carmen como titular; el de Merizo, la de su patrón San Dimas y la titular Nuestra Señora del Rosario; el de Inarajan a San José y la titular la Virgen de la Consolación o Correa, el barrio de Sumay a Nuestra Señora de Guadalupe, y el de Umatac a San Dionisio Areopagita.

Los pueblos de Saipan y Rota celebraban fiestas religiosas a sus patronos, respectivamente San Isidro y San Francisco de Borja.

Los enfermos lazarinos: salud pública

Debido a la benignidad del clima de las islas Marianas, la salud pública, en general, era satisfactoria y sólo en las épocas del año que coincidían con el cambio de estación padecían los naturales algunas enfermedades esporádicas como fiebres,

catarros, asma y otras análogas, que revestían cierto carácter palúdico y producían algunos casos de mortalidad entre adultos, aunque era más funesta su influencia en los niños⁸².

En los recién nacidos afectaba en numerosas ocasiones la enfermedad allí denominada chomchom, o tétanos, por el descuido con que eran tratados por las comadronas ignorantes y por el clima cálido y húmedo tan propio en la provincia. En los niños de más edad la enfermedad más corriente eran las lombrices, debido a la ingestión del agua salobre del pozo del que bebían prácticamente todos los habitantes de los pueblos de la costa.

Así, para salvar ese grave inconveniente e intentar reducir en un cincuenta por ciento la mortalidad de los niños atacados por lombrices y mejorar las condiciones sanitarias e higiénicas, el Gobernador Vara del Rey (1890-1891) ordenó un estudio para la llevada de aguas desde el arroyo de Fonte hasta las poblaciones costeras, comenzando la obra durante su mandato y siendo continuada por su sucesor Luis Santos (1891-1892), tomándola cerca del nacimiento⁸³.

Rara vez los naturales de las islas reclamaban asistencia médica en sus enfermedades, teniendo para ello razones de alguna fuerza. La primera, que solo existía un Médico Militar que residía en la ciudad; la segunda, que la mayoría de los chamorros carecían de bienes de toda especie para satisfacer los honorarios médicos y las medicinas, añadiendo Vara del Rey la repugnancia que sentían los pueblos atrasados a sujetarse en sus dolencias a los tratamientos científicos, prefiriendo las plantas que consideraban medicinales. Aún expresándoles que la asistencia médica era gratuita y que las medicinas las pagaba el Gobernador,

la mayoría mostraban la misma oposición, por más que la experiencia en varios enfermos encontrados muy graves por el médico en la primera visita, y salvados con los recursos de la ciencia, debiera servirles de provechosa enseñanza en lo sucesivo.

La capital contaba con un cementerio emplazado en un terreno que reunía buenas condiciones y distante un kilómetro del casco de la ciudad.

En los demás pueblos estaban los pueblos en condiciones desventajosas, pero en la década de los noventa ya se había conseguido su instalación en lugares y a distancias convenientes, según prescribía la higiene pública.

Solo la ciudad de Agaña tenía matadero público, en paraje a propósito, construido con materiales ligeros, aunque su estado de conservación era bastante precario.

A pesar del aislamiento del archipiélago, y en parte debido a ello, cuando se declaraba una epidemia sus resultados eran catastróficos; desgraciadamente, éstas se sucedieron con relativa frecuencia.

El 2 de enero de 1849 se declaró en la ciudad de Agaña una epidemia propagada por una fragata ballenera; en los primeros días morían seis u ocho personas, pero paulatinamente se fue incrementando la enfermedad hasta tal punto que solo en la ciudad de Agaña había días en los que morían hasta veintiséis personas, todos ellos de mediana edad, si bien de los párvulos ninguno falleció⁶⁴. La epidemia duró hasta el día 25 del citado mes, incrementándose sus efectos devastadores con la llegada de un terremoto.

En 1856 una mortífera epidemia de viruelas negras, enfermedad

hasta entonces desconocida en las islas, se apoderó súbitamente de casi todos sus habitantes⁸⁵; la total ignorancia en que los mismos vivían respecto del riguroso método preservativo, la imperfecta construcción de sus casas-habitaciones excesivamente ventiladas en su interior, la húmeda temperatura de su clima y el apocamiento, confusión y abandono en que tan terrible azote les envolviera hizo que a la desaparición de tan angustiosa calamidad quedase reducido el número de habitantes a la pequeñísima suma de cinco mil almas.

Todos los vecinos de los pueblos y rancherías del interior de la isla de Guam y los de los situados a orillas del mar corrieron a refugiarse a Agaña, y hasta los que habitaban en las islas poco pobladas de Rota, Saipan, Tinian y Agrigan huyeron precipitadamente de éstas a la capital, dejándose abandonados en las mismas a cuantos animales domésticos poseían.

Sin embargo de las relativas buenas condiciones de salubridad de las islas Marianas, una de las enfermedades que azotaban a la población fue la lepra, mal endémico que obligó a los gobernantes a tomar las más variadas medidas para intentar atajarlo.

No había ningún hospital en las islas, excepto los destinados a los enfermos leprosos, llamados lazarinos, habiendo solo en Agaña una enfermería militar.

Dada la gran cantidad de enfermos lazarinos existentes en las islas Marianas, una vez asegurada la conquista de las mismas, se estableció un hospital, llamado de San Lázaro, cerca de la punta de Adilug⁸⁶, separado de Agaña dos millas poco más o menos por el oeste, en el que empezaron a ser atendidos cuantos enfermos eran

declarados leprosos.

Para ello se arrendó la isla de Tinian, para que con sus productos se obtuviesen ingresos con los que atender a los enfermos lazarinos, contando además con los auxilios de las Cajas Reales hasta que en 1817 quedó reducido el situado de las islas a 8.000 pesos anuales por Real Orden de 29 de septiembre.

Desde unos años antes, un oficio del Superior Gobierno de 17 de agosto de 1809 remitido al Gobernador Alejandro Parreño (1806-1812), aprobó que se estableciera y se llevara a efecto en las islas Marianas la contribución de la tuba de coco y del juego de gallos, destinando su fondo para la manutención de los enfermos lazarinos⁸⁷.

Poco después, el 17 de diciembre de 1828 el Reglamento dictado por el Gobernador General de Filipinas, Mariano Ricafort, estipulaba en su artículo 12 que siendo interesantísima la conservación del Hospital de San Lázaro en un país donde tanto abundaba la lepra, y no bastando para dotarle el valor del poquísimo ganado que debía repartirse, ni los productos de la isla de Tinian, se estipuló que se conservara para este solo objeto la pensión que se cobraba por el juego de gallos y se autorizaba al Gobernador para que de acuerdo con el Administrador de la Real Hacienda y el Padre Cura de la ciudad, situara dichos lazarinos donde mejor le pareciera, dispensándoles todo el favor y protección que necesitasen.

Desde entonces, ingresó en el ramo de lazarinos la renta del juego de gallos, siendo ésta y los productos de la isla citada de Tinian los únicos recursos con que se subvenía el sostenimiento del hospital.

En Agaña se encontraba el Hospital de San Lázaro, destinado exclusivamente para varones, mientras que el de mujeres estaba en Adilug⁸⁸. Desde 1835, los lazarinos varones comenzaron a ser trasladados a la isla de Saipan.

Las islas Marianas, por el ramo de Hacienda, contaban en 1844 con un Administrador y un guarda almacén con dos auxiliares para cuidar de todos los efectos de su cargo y del hospital de mujeres lazarinas.

También estaba a cargo del mismo Administrador el hospital de varones lazarinos establecido en la isla de Saipan, para quienes se les estaba construyendo un hospital (casa de tabla) bien situado para albergar a los dieciséis o veinte enfermos que pudiese haber; hasta entonces, cada uno vivía en casa separada y totalmente aislados. A dos leguas del hospital de Saipan residían desde 1838 doscientos cincuenta y tres carolinos.

Por lo que se refiere al número de enfermos existentes en aquellas fechas, señalar que entre los hombres había ochenta y cinco enfermos indios y dos españoles, y entre las mujeres, cuarenta y siete indias y cuatro españolas, arrojando un total de ciento treinta y seis enfermos.

Desde 1849 se ordena que el auxiliar de Alcalde de Saipan se encargara de organizar la matanza de reses en Saipan para los fondos de lazarinos, al igual que venía practicándose en Tinian desde 1828.

En 1856, y en constestación al oficio del Gobernador General de Filipinas, desde el Hospital de San Lázaro de Agaña se le remitió el estado del mismo, en el que había nueve sirvientes: dos pilanderas, dos aguadores que tenían la obligación de dar

palay, arroz, leña y agua a los enfermos, un comprador y un lavandero para los hombres, una compradora y una lavandera para las mujeres, y un portero⁸⁹.

En época de Felipe de la Corte (1855-1866), los gastos del hospital estaban reducidos a los cuatro sirvientes que tenía y a las ropas que se les daban a los enfermos, los cuales carecían de asistencia médica, dándose a veces el caso de que solo funcionaba el hospital de Saipan, donde se les daba de comer solo de lo que se cazaba. Cuando había mujeres o se ponía en observación algún hombre en el hospital de Agaña, producía un gasto de cinco o seis reales diarios por manutención, asistencia y medicinas, lo que suponía unos 20 pesos al mes.

El pago del médico no podría soportarse con estos productos y menos su asistencia por dietas y medicinas, si las hubiese, de manera que este establecimiento era, en opinión de Felipe de la Corte⁹⁰ un gravamen indebido para el Estado por los mozos que pagaba y un pretexto para mantener unas pocas personas y pequeños beneficios a otras sin verdadera utilidad de ninguna especie.

El incremento del número de enfermos de lepra se consideraba como algo natural, como una circunstancia legítima por la que habían pasado ellos y el país.

Estos azotes databan de tiempo inmemorial⁹¹, debiendo atribuirse a las condiciones físicas del clima, al modo de vivir, a la clase de alimentación insuficiente y poco sana atendida la pobreza de los naturales, y a otras causas desconocidas que influían en el desarrollo y propagación de la lepra, adquirida en unos por herencia de los padres y en los más por contagio.

Igualmente estaban arraigadas en muchos las afecciones

sifilíticas, hasta el punto de ir minando el organismo y hacerlo apto y con predisposición a cualquier otro padecimiento, pudiendo muy bien hacerse derivar el mal venéreo de la época en que solían tocar en Guam entre cuarenta y sesenta buques balleneros al año, antes de la apertura de los puertos del Japón; y aun en la fecha, que solo hacían escala cinco o seis, se imponía una gran vigilancia a las tripulaciones al objeto de que no se propagara en mayor escala en los pueblos inmediatos al puerto de San Luis de Apra, que eran los más frecuentados y expuestos, y en los que era considerable el número de atacados de dichas enfermedades, o de ambas a la vez.

Así, desde los años treinta, y especialmente desde los años 50, algunos leprosos varones se trasladaron a la isla de Saipan, al hospital establecido en el sitio que posteriormente se denominó Tanapag, y las mujeres ingresaban en el hospital de Adilug, en el trayecto de Agaña a Piti.

Como entonces no había médico ni medicinas, todo el cuidado y atenciones a los enfermos leprosos se reducía a alimentarlos y vestirlos, a celebrar una misa de cuando en cuando en la capillita que había en ambos hospitales, y a administrarles los Santos Sacramentos⁹².

Pero el baguío de 1855 dejó sin hogar ni cosechas a casi todo el vecindario, y al año siguiente una terrible epidemia de viruelas importada por una goleta procedente de Manila, completó el cuadro, segando la existencia de tres mil quinientos trece habitantes en la isla de Guam, de los ocho mil doscientos noventa y tres que tenía el 1 de enero; dicha enfermedad afectó a todos los que padecían lepra, úlceras, bubas, cánceres y otras

enfermedades cutáneas, quedando limpias las islas.

De esta forma desaparecieron muchos de los considerados lazarinos hasta el punto de que durante algunos años no se vio por las islas ninguno de ellos, pero el clima, la mala alimentación y el poco aseo de sus vestidos y viviendas, hizo que reapareciera la lepra, y como los naturales no tenían reparo en tratar con los que tuviesen la enfermedad, ésta volvió a extenderse por las islas.

Para los enfermos de ella se rehabilitó nuevamente el hospital de Adilug, donde eran llevados los más graves, pero en corto número ya que, por ser el edificio pequeño, era de muy escasa utilidad. Este hospital permaneció abierto hasta 1871.

De septiembre de 1862 a marzo de 1864 la Caja del Ramo tuvo que anticipar varias crecidas cantidades para manutención y medicinas suministradas a los enfermos presidiarios asistidos en el Hospital de Adilug, y si bien había sido reintegrada una parte, quedaba solamente un líquido saldo a favor de 1.196,687 pesos, de cuya suma aun se hallaba en descubierto la Caja.

Y unida esta baja, la que también se produjo en los años 1866 a 1869 a consecuencia del aumento hecho en el presupuesto de gastos del Ramo, resultó tan aminorado el numerario que fue preciso restablecer el plan económico y suprimir el ingreso de más enfermos en el Hospital.

En 1871, y como se ha señalado líneas arriba, se abandonó el hospital de Adilug dado su estado ruinoso, siendo los leprosos destinados a Tinian y reduciéndose su cuidado a darles algún socorro⁹³.

Poco a poco, quizá porque disminuyera el número de los

afectados, dejó de llamar la atención el problema de la lepra, dejando de molestarles y permitiendo que vivieran en sus casas. Desde entonces, los lazarinos hicieron vida en común con los sanos, recibiendo algún socorro cuando las existencias del fondo lo consentían.

Por mucho tiempo, solo habían figurado en relación veinte enfermos para socorro, y aunque el mal iba propagándose, ninguno de los nuevos atacados lo declaraba, ni aun para optar a la limosna o a la ración señalada para algunos⁹⁴.

Llegó otra época funesta para los chamorros, la de la de los deportados peninsulares desde septiembre de 1874, cuyo número llegó a pasar de setecientos, repartidos entre Guam y las islas de Tinian y Saipan, sin raciones muchas veces y sin que por la Hacienda se librara lo necesario al socorro de tanto relegado, teniendo que anticipar los fondos del Ramo de lazarinos, en varios pagos y hasta el 7 de abril de 1876, una suma de 1.242,057 pesos, que también seguían pendientes de reintegro en 1890, sin contar otro adelanto de 380 pesos a los maestros de escuela de los demás pueblos por la mitad de sus sueldos desde mayo de 1872 a febrero de 1873, ambos inclusive, componiendo las tres partidas de crédito un total de 2.818,737 pesos que se adeudaban a los lazarinos.

La cuenta de cargo y data del primer semestre de 1876 arrojaba un remanente para el siguiente de 1.031 pesos, notándose ya un descenso de los fondos desde esa fecha, y mayor aun en 1884, con motivo de haber resuelto el Administrador General de Rentas y Propiedades que el producto de galleras de esa Provincia ingresase en la Hacienda en vez de hacerlo en el ramo de

lazarinos, sin que diera resultado alguno la gestión practivada por el Gobernador de Marianas para que no se privara a los lazarinos de ese recurso.

En 1890, y como expresaba Vara del Rey⁹⁵, la situación por la que atravesaba Marianas en relación con el tema de la lepra era insostenible, con un número quintuplicado de lazarinos respecto del que figuraba hacía seis años en relación oficial para socorros, elevándose la cifra a ciento cincuenta leprosos, lo que significaba el uno y medio por ciento de la población total del archipiélago, sin hospital, viviendo en revuelta confusión, mal mantenidos, sumidos la mayoría de ellos en la miseria, y la caja con un crecido crédito irrealizable y sin otra existencia metálica que la exigua de 4,37 pesos existente en el anterior mes de junio.

En este sentido, le remitió el acta de los acuerdos y ruegos de la Junta administrativa sobre los trabajos realizados para separar a los leprosos de los demás con la posibilidad de trasladarlos a un lugar más apropiado, al sitio que antes había ocupado el pueblo de Pago, destruído por el huracán de 1855 y reducido a cerca de la mitad de su vecindario en la epidemia de viruela de 1856, como ocurrió en los demás pueblos, quedando despoblado en corto tiempo. Suplicaba de la autoridad de Filipinas la protección y auxilio oficial que necesitaba el ramo de lazarinos.

En efecto, el 20 de julio de 1890 se había reunido en la Casa Gobierno de Agaña, bajo la Presidencia del Gobernador Político Militar y Director del Ramo de Lazarinos, Joaquín Vara del Rey y Rubio, los señores Administrador de Hacienda Pública y del

mismo Ramo, Manuel de Arias, y el Reverendo Cura Párroco de la ciudad y vicario foráneo de las islas, Aniceto Ibáñez del Carmen, que componían la Junta Administrativa del citado Ramo, para tratar el asunto de los lazarinos y adoptar las mejores medidas posibles para su socorro⁹⁶.

El Presidente expuso a grandes rasgos la situación tristísima de los enfermos leprosos por el abandono en que se les tenía y por la penuria por la que atravesaba el fondo destinado al socorro de los mismos, cuya cifra iba en aumento mientras no se aplicaran remedios que tendieran a su aislamiento, estando ya infectados uno de cada cien habitantes.

En su visita a los pueblos de Guam y a las islas de Saipan y Rota, descubrió que en esta última había más de cuatrocientas reses vacunas en el monte, y en la de Saipan incalculable número de cerdos, por lo que dio órdenes a los alcaldes para que se organizaran servicios de mozos como el de Tinian para la caza de veintidós reses vacunas y cincuenta de cerda, cuyas carnes habrían de remitirse a la ciudad de Agaña por la goleta Esmeralda en cada uno de los viajes de ésta, en total cuatro al año.

De esta forma se duplicarían los productos de las islas en favor del ramo, y de acuerdo con el Administrador, se redactaron nuevas instrucciones que habrían de regir para las tres islas que contribuían a acrecentar los fondos y que en la fecha ya obraban en poder de los respectivos Alcaldes para su inmediato planteamiento y observancia y cuyos resultados habrían de manifestarse en la primera quincena de noviembre, fecha en la que realizarían la primera remesa en las condiciones manifestadas.

Además, se había consignado en las nuevas instrucciones que

en lo sucesivo los mozos de trabajo solo tendrían derecho al 30% del producto en almoneda en vez del 40% y reduciéndose los gastos de flete al 15% en lugar del 20%, con lo que resultaría aumentada la parte a beneficio de los lazarinos en un 15%.

La única existencia real con que en la fecha contaba el fondo era de 4,37 pesos, efecto de los mayores gastos que había originado el material y botes adquiridos al establecer el nuevo servicio de Rota y Saipan, pues mientras no se aclarara el crédito a favor de los lazarinos por anticipos que hizo entre 1863-64 para el auxilio de enfermos presidiarios del Hospital de Adilug, en 1872 a los maestros de escuela y en 1874-1875 para el socorro de los deportados peninsulares enfermos y cuya suma seguía sin reintegrar, nada se podía hacer con una cuenta de existencia ficticia.

El Gobernador abrigaba el propósito de someter a la Junta, con el visto bueno del médico de Sanidad Militar interino, la elección de un punto de la isla de Guam que cumpliera con condiciones de higiene para reunir en él a los lazarinos, ya que convenía separarlos lo menos dos horas de camino del pueblo más cercano.

Por ello, determinó pasar con el Administrador a reconocer el terreno donde en otro tiempo estuvo emplazado el pueblo de Pago, obteniendo del lugar una opinión muy favorable.

Por último, el Gobernador informó a la Junta del oficio-informe del médico de Sanidad Militar, Ramón Surriá, de fecha 15 de julio, participando el resultado de su comisión facultativa. Según éste, siendo considerable el número de leprosos que pululaban por las calles y no menor el de los que por lo grave

de sus lesiones permanecían en un rincón de sus casas solos, abandonados y sin asistencia de ningún género, se decidió, apoyado por el Gobernador, a hacer una lista de enfermos para conocer su número, antecedentes de familia, edad, sexo, estado, profesión, clase de la enfermedad, tiempo de duración y región que ocupara, con el fin de estudiar qué sería lo más conveniente en beneficio de éstos y de la población en general.

De los ciento diez reconocidos por el médico, setenta eran leprosos, veintiocho sifilíticos y con enfermedades comunes el resto, cifra bastante elevada de los primeros en relación con la escasa población general.

Realizó un estudio en el que analizó las dos grandes causas de la enfermedad, la herencia y el contagio, en los diferentes lugares de la isla de Guam: así, en el caso del barrio de Asan, casi todos los leprosos estaban unidos por lazos de parentesco más o menos afines con dos familias, los Balajadías y los Taitano.

Por lo que respecta a edades, su mayor frecuencia era de los veinte a los cuarenta años, aunque en el caso de Guam también había niños y viejos mayores de sesenta años, como se aprecia en el cuadro adjunto:

Edad	de a a 20 años	6
	de 20 a 40	42
	de 40 a 60	19
	mayores de 60	3

Total		70
Sexo	varones	39
	hembras	31

Estado	solteros	32
	casados	22
	viudos	16

Para el médico era necesario el aislamiento de los leprosos, no solo para procurarles auxilio y manutención sino también para evitar que la enfermedad se propagase, sugiriendo o bien la posibilidad de reconstruir el antiguo hospital de Adilug, o bien establecer a los leprosos en el abandonado pueblo de Pago, situado en una amplia playa en la que se podrían construir corrales de pesca; el paso del río Pago por la zona, con agua potable en cantidad, hacía más idóneo este lugar.

Esta nueva colonia de lazarinos debería estar dotada con una enfermería con dos departamentos, uno para hombres y otro para mujeres, a cargo de un practicante y bajo la dirección del médico militar. La construcción y sostenimiento de la enfermería y población sería de muy poco coste atendiendo a que en el mismo terreno se encontraban los materiales necesarios de construcción, contando además con los productos de las islas de Tinian, Saipan y Rota.

Unos días más tarde, un segundo oficio del médico, fechado 23 de julio, reconocía que ya que se habían empezado los trabajos para la construcción del nuevo pueblo de Pago, se ofrecía aquél al Gobernador, como Presidente de la Junta de Administración del Ramo de lazarinos, a servir gratuitamente, no solo durante los trabajos preparatorios y de instalación sino también para por lo menos una visita mensual después de establecido el citado pueblo.

Así, en vista de lo expuesto por el Presidente y de los dos escritos del médico militar, la Junta deliberó detenidamente

sobre el asunto para dar una solución definitiva y eficaz, proponiendo:

1°. Que haciendo uso de la facultad que concedía a la Junta el artículo 12 del Reglamento especial para Marianas de 17 de diciembre de 1828, aún vigente en 1890, situara la misma a los lazarinos en el sitio que antes había ocupado el pueblo de Pago por sus excelentes condiciones, a fin de separarlos completamente de todos los pueblos para evitar contagios y un mayor desarrollo de la lepra, haciendo que esta medida tuviera carácter obligatorio para todos los atacados y sus parientes más próximos que presentaran también señales o síntomas del mal.

2°. Que para no empeñar el fondo del Ramo con excesivos gastos que no podía soportar, se diera principio lo antes posible al desmonte de la maleza y arbolado del solar donde habría de emplazarse el barrio, y seguidamente el corte de trozos en número suficiente para construir unas treinta casas, capilla, casa parroquial, tribunal y escuela, utilizando el servicio de la prestación personal en todas las operaciones con el fin de obtener la mayor suma de economía en cuantas obras se llevaran a cabo, y no perdiendo de vista la conveniencia de que al formar el plano del barrio y diseño o modelo de las casas, se estableciera la capilla y casa parroquial en paraje más elevado y al este, a distancia lo menos de seiscientos metros de las últimas casas para que el cura y su servidumbre, los únicos no infectados, pudieran vivir con la relativa tranquilidad dada la separación de los enfermos.

3°. Que además debería construirse una enfermería capaz para veinte enfermos, diez de cada sexo, dotándola con un enfermero

y una enfermera a cargo de un practicante idóneo, los tres lazarinos, quienes disfrutarían de 3 pesos mensuales de asignación los primeros y cuatro el último, pago que habría de sufragar el citado ramo.

4°. Que se dieran las gracias en nombre de la Junta y de los lazarinos al médico militar, no solo por su concienzudo trabajo sobre la clasificación de los mismos y remedios que convendría aplicarles, sino también por su abnegación y desinterés al ofrecerse gratuitamente para cuantos servicios de su facultad exigiera la creación del pueblo de Pago y para dirigir y visitar una vez al mes por lo menos la enfermería y familias que necesitasen su auxilio facultativo.

5°. Se solicitaba autorización de la Superioridad para que considerando pobres de solemnidad a los enfermos lazarinos de Pago, que lo eran en su mayor parte, pudieran cargarse las cuentas de las medicinas de éstos a la cuenta de gastos de la Caja Provincial, pues de no ser así, los ingresos probables que se obtendrían no serían suficientes para cubrir esta atención.

6°. Que se emprendieran gestiones para que se reintegraran los más de 2.818 pesos que el ramo de lazarinos tenía anticipados para satisfacer servicios urgentes en las partidas y conceptos de las fechas que quedan indicadas líneas arriba.

7°. Que cuando se ingresaran las primeras cantidades por los productos de las islas citadas, se adquirieran dos barotos para los viajes por río y para la conducción del agua de la que habían de surtirse los lazarinos en vez de la salobre de los pozos, empleando para este servicio el personal menos útil para el trabajo por sus achaques y a cuenta del de la comunidad que les

correspondiera.

8°. Igualmente, se requería permiso a las familias de los lazarinos que habían de trasladarse a Pago para la cesión o traspaso de los terrenos o solares del Estado que tuvieran en usufructo y se les asignaran otros nuevos en su nueva residencia para atender a su manutención.

9°. Que solo a los reconocidamente impedidos para todo trabajo u ocupación se les socorrería por los fondos de lazarinos en metálico o especie, según los rendimientos de las islas y recursos disponibles.

10°. Que cuando las existencias del ramo estuviesen en una situación próspera o desahogada para no reparar en sacrificios, se mejorarían las condiciones de vida de los lazarinos y se asignaría al médico militar por gastos de viaje la gratificación que la Junta acordase.

11°. Que se le rogara al Gobernador General, en su calidad de Vicepatrono Real, la gracia de crear una parroquia en el nuevo pueblo de Pago y que fuera dotada con un cura que la sirviera para que así estuviesen atendidos espiritualmente los lazarinos.

12°. Que también se suplicara a la autoridad de Filipinas que el producto que el juego de gallos que desde 1827 a 1884 se ingresaba en el fondo de lazarinos y que después pasó a ser renta de la Hacienda y en 1890 de Ramos Locales, volviera a destinarse al anterior con objeto de aliviar la suerte de los lazarinos.

13°. Que ya que la acción popular nada podía ayudar por la pobreza de esos habitantes para la inmediata traslación de los lazarinos a Pago en las condiciones más favorables, se suplicaba a la misma superior autoridad que fuera considerada como una

verdadera calamidad para Marianas la situación de los lazarinos y los remedios que imponía, siempre costosos en los primeros meses de instalación, y se señalasen solo por esa vez del Fondo de Calamidades 500 pesos a justificar, con lo cual se compensaría la disminución que sufrieron los fondos del ramo en los seis años que llevaba sin obtener los ingresos del producto de galleras y se atendería así a los lazarinos durante el tiempo necesario hasta que se recogieran las primeras cosechas.

14°. Por último, que se hiciera presente a la superior autoridad que existiendo por acuerdo de 7 de septiembre de 1886 la concesión de un crédito de 2.079 pesos anuales para manutención de los enfermos lazarinos, cuya partida se hizo figurar desde aquel año en el anteproyecto del presupuesto de la Provincia de Marianas sin que en ningún ejercicio se hubiese visto consignado, había llegado el momento de volver a reclamarlo; de conformidad con lo informado por la Sección de Gobierno del Consejo de Administración Civil, la Junta hacía un llamamiento al Gobernador General para que propusiera de nuevo el aumento de esta atención en el primer presupuesto que se redactara.

Todas estas medidas propuestas por la Junta eran necesarias, dada la inacción de épocas anteriores, para atender a un número de leprosos que ya ascendía a ciento cuatro para una población total de nueve mil setecientas ochenta almas que ocupaban las islas de Guam, Rota, Tinian, Saipan, Pagan y Agrigan, únicas colonizables y habitadas del archipiélago mariano.

El Negociado de Manila se hizo eco de las peticiones de la Junta⁹⁷, conviniendo que se aislara a los atacados en el solar del pueblo de Pago, que se edificaran treinta casas, capilla, casa

parroquial, tribunal y escuelas por medio de la prestación personal, y que se construyera una enfermería con diez camas para hombres y otras tantas para mujeres, con un practicante, un enfermero y una enfermera.

Por lo que se refiere al punto séptimo del acuerdo de la Junta Administrativa, se aprobó el que se incluyeran los 2.818 pesos en el Presupuesto General de Filipinas de 1892.

El mismo Negociado, en relación con el punto octavo referente a la asignación de terrenos a los lazarinos en su nueva residencia, consideraba que se podían conceder, basándose en el artículo 4° del Reglamento especial para Marianas de 1828 que consignaba que se suprimirían totalmente las Haciendas del Rey en la isla de Guam y se repartirían sus tierras de labor entre sus habitantes naturales en suertes proporcionales a los indios casados que carecieran de ellas por sí y sus mujeres con, prohibición de enajenarlos para que las heredaran sus descendientes.

Ya que era indispensable el aislamiento de los lazarinos, se les proporcionarían terrenos equivalentes en el nuevo pueblo de Pago. No existiendo en las fechas terrenos del Estado en la isla de Guam, pues esto es lo que significaba "supresión de las Haciendas del Rey", el Negociado estimaba que tampoco había inconveniente en acceder a lo solicitado por la Junta, siempre que los citados terrenos se repartieran con la estricta sujeción al citado artículo 4° del Reglamento.

En relación al punto duodécimo, consideraba el Negociado que no era tan sencillo el que volviera al fondo del Ramo el producto de la renta de gallos que según el artículo 12 del Reglamento se le asignó; con motivo de las reformas de las contribuciones

exigidas por el desestanco del tabaco en Filipinas, esta renta pasó a la Hacienda, y por los nuevos presupuestos, a los Fondos Locales.

Se podía pedir informe a la Dirección General de la Administración Civil por si acaso fuera posible que volviera la renta del juego de gallos al fondo del ramo de lazarinos, algo que el Negociado no encontraba difícil dada la exigua importancia de su renta, que figuraba en el presupuesto de fondos locales por un total de 78,83 pesos. En caso de que esto no fuese posible, podría aumentarse la consignación de 2.079 pesos en aquella partida para los próximos presupuestos.

Sobre el punto decimotercero, referente a la entrega de 500 pesos del Fondo de Calamidades, opinaba el Negociado que ese socorro, que se destinaba a proporcionar una chupa diaria de arroz a los leprosos del pueblo de Pago mientras no obtuvieran rendimientos de los nuevos terrenos, podía concederlo en funciones del Administrador Civil puesto que en el capítulo 2º, art. 5º del Presupuesto de gastos municipales se consignaban 4.000 pesos para esta atención.

Por último, consideraba que no tenía lugar la súplica expuesta en el punto decimocuarto puesto que en esa fecha ya se habían consignado en los Presupuestos Provinciales los 2.079 pesos que solicitaba la Junta.

Se deducía de lo expuesto que los ingresos probables para el ramo de lazarinos era el siguiente:

- Productos de las islas de Tinian, Rota y Saipan	500 pesos
--	-----------

- Consignación de los Fondos Provinciales	2.079	"
- Suponiendo que volviera la renta de gallos	78,83	"

TOTAL	2.657,83	pesos
	=====	

Esta cantidad sería el recurso anual del Ramo, si bien aún quedaban los gastos de instalación y por ello creía el Negociado que además de los 500 pesos que solicitaban necesitaban algún dinero más, pidiendo al respecto la Comisión un presupuesto detallado de ingresos y gastos.

En diciembre de 1890 ya se habían iniciado las obras de la enfermería del pueblo de Pago, empleándose materiales ligeros y piso de madera, de treinta y siete metros de frente por cinco de fondo, teniéndose previsto emprender la construcción de las viviendas para formar el barrio de Pago para lazarinos tan pronto se acabara la enfermería⁹⁸.

En contestación al oficio del Gobernador de Marianas del 6 de enero de 1891 relativo a los leprosos, anteproyecto del posterior bando sobre la situación y reorganización de éstos, el párroco de Agaña, Fray Aniceto Ibáñez del Carmen⁹⁹, se mostró favorable a la traslación de aquéllos a Pago pero instando al Gobernador a que se trasladara allí la dotación de culto y clero asignada a la isla de Tinian, que por esas fechas se hallaba en Saipan y cuyos feligreses podían ser atendidos por el misionero que había en la isla; con ello, nada se gravaría al Erario y se atendería a una verdadera necesidad actual.

El 15 de enero de 1891 el Gobernador Vara del Rey remitió un

informe dando cuenta de los trabajos realizados para la creación del barrio de leprosos en Pago, a dos horas de camino de Agaña, y la inmediata instalación de la enfermería, cuyo material se había adquirido en subasta por 698 pesos¹⁰⁰; comentaba, al tiempo, que en las islas Marianas había en agosto de 1890 ciento cuatro atacados de lepra mientras que en 1891 la cifra se había elevado a ciento setenta y cuatro, siendo razones de tipo económico y la prolongada estación de lluvias las causas que habían retrasado la construcción del citado pueblo.

Ese mismo año, un bando del Gobernador de Marianas, conocido y aprobado por los curas párrocos de todas las poblaciones de las islas, tras indicar que los leprosos ya alcanzaban el 2% de la población, dictaba las bases generales en que había de realizarse la instalación de lazarinos en Pago¹⁰¹, remitiendo a los gobernadorcillos de los pueblos la relación de los lazarinos que había en los suyos respectivos y dictaminando que podían ir a Pago también los miembros de su familia, aunque en este caso, lo tendría que estudiar la Junta.

Por el artículo 3° del citado bando, los que debían pasar a Pago, bien como lazarinos o como parientes de éstos, podrían continuar en el uso y usufructo de los terrenos del Estado que en su concepto poseyeran, o cederlos o traspasarlos a otros vecinos del mismo pueblo, siendo preferidos los de la familia previo permiso del Gobierno.

Según el artículo 4°, se distribuirían en Pago los terrenos de cultivo, los de pastaje y los edificios que necesitaran los lazarinos en la forma más adecuada al número de éstos y situación de aquéllos. Y para que en este punto se observara la debida

equidad, la Junta habría de señalar el terreno que correspondiera al equipo de lazarinos de cada pueblo; hecho este primer reparto propocional, se efectuaría el de cada familia dentro del grupo por el orden de preferencia de las fechas de llegada a Pago, y en igualdad de ellas, a los menos impedidos.

Esta clase de edificios y de terrenos no pasarían nunca al dominio privado ni tampoco sería permitida la cesión en ningún tiempo por pertenecer al ramo de lazarinos, el cual cuidaría de repartirlos convenientemetne por familias dentro del grupo del pueblo respectivo del que procedían, según queda dicho. Los productos de Rota, Tinian y Saipan estaban destinados a los lazarinos.

Se crearía también en la isla de Guam, según versaba el artículo décimo, y por vía de ensayo, un servicio de mozos destinados a la caza a lazo y salazón de reses que por carecer de marca y por lo tanto de dueños, pertenecían a la riqueza natural de la isla y se destinaría a aumentar la riqueza de los lazarinos; los mozos tendrían derecho al 40% del producto, a la cabeza y a las entrañas.

Además, se abría un donativo voluntario en materia o especies (artículo 11°), iniciándose también expediente para eximir del impuesto provincial a los lazarinos residentes en Pago, Rota o Saipan (artículo 14°), abriéndose el plazo para ir incorporándose a Pago el 25 de febrero (artículo 15°).

Según el artículo decimoséptimo, los enfermos carolinos del barrio de María Cristina se instalarían también en Pago, formando grupo aparte sus viviendas, un poco más al norte, en la misma costa, si no prefirieran trasladarse a Rota, donde así como en

Saipan se separarían los que fueran lazarinos a media hora de camino o más de sus respectivas cabezas para alejar el foco de tan terrible mal y aislarlo en cuanto fuera posible, fijándose los alcaldes para la elección de un punto en que no se careciera allí o en sus inmediaciones de agua dulce, cocos y terreno susceptible de cultivo, caso que no se dedicaran a la pesca; ninguno iría a Guam salvo para residir en Pago.

Se podrían comunicar con los vecinos de otros pueblos solo los sanos por el Teniente de barrio, pudiendo también recibir visitas, que se recomendaba fueran pocas y en los lugares destinados al efecto.

Por el artículo vigésimo sexto cada grupo de lazarinos, constituído según el pueblo de donde procedieran, debería nombrar un cabeza de barangay siempre y cuando reuniera diez o más familias, a excepción de los de Agaña, que tendrían dos.

Estos cabezas contraerían el ineludible deber de girar diariamente una visita a las siete de la tarde a las casas de su barangay para cerciorarse de que todos estaban ya recogidos en el pueblo y de las novedades o faltas que ocurrieran, dando inmediato parte al Teniente; éste habría de hacer las oportunas averiguaciones o pesquisas hasta descubrir el paradero de los ausentes, a quienes impondría la multa de 5 pesos o diez días de arresto durante la noche en el Tribunal por la primera vez; si reincidiera, se le sujetaría a pernoctar en dicho local por tiempo ilimitado, que nunca bajaría de seis meses, y por tercera vez, se le llevaría a su recinto de barrio de donde nunca podría ya salir, y el terreno lo labraría y beneficiaría otro lazarino.

Si Vara del Rey concibió y consiguió el formar una enfermería

de lazarinos en la contracosta en el sitio que fue el pueblo de Pago, donde quería formar un barrio que se compusiera de todos los leprosos de las islas, que podían ascender a más de trescientos, lo cierto es que al poco tiempo un baguío acaecido en el mes de octubre de 1891 echó por tierra todas las edificaciones que de materiales ligeros había ya construídas¹⁰².

Por este motivo quedó aparcado el proyecto momentáneamente, teniendo que retirar la enfermería y llevarla a la ciudad mientras poco a poco se intentaba reconstruir el hospital que para los mismos trató el nuevo Gobernador Luis Santos (1891-1892) de llevar a cabo donde estuvo el antiguo de Adilug, sin abandonar por ello, si acaso éste se llegara a terminar, la conclusión del expresado barrio en Pago pero construído en este caso con materiales fuertes por ser de necesidad el aislar el mal que tan alarmantemente se presentaba y que era un peligro para la salud pública.

Para entonces, la mayoría de estos enfermos se hallaban abandonados en sus casas, sin asistencia, sin recursos, consuelos ni más esperanza que el ser atendidos por la caridad pública, mostrando resistencia a ser recogidos y llevados a la enfermería los que por su gravedad y turno les correspondía a pesar del buen trato y alivio que muchos llegaban a experimentar, por cuyas circunstancias y por la de no haber bastante capacidad para más plazas en la enfermería, se daban raciones de palay o arroz y medicinas a un corto número de los más necesitados de la población.

El número de atacados descubiertos por el Médico titular era mayor que el que apareció en el año anterior, merced a la

escrupulosa investigación que con gran perseverancia llevó a cabo.

Este mal necesitaba urgentes y enérgicas medidas que lo contuviera, continúa Luis Santos, ya que de no ser así el porvenir sería funesto para naturales y europeos. Además, la desidia e ignorancia de los naturales hizo que muy pocos fuesen los que reclamaran asistencia facultativa, en unos casos por la carencia de bienes y no comprender o no quererse convencer de que la asistencia médica era gratuita, así como también las medicinas para algunos, y los otros por la repugnancia que sentían a someterse en sus dolencias a tratamientos científicos, prefiriendo las plantas que les eran conocidas como medicinales y a los curanderos que a mansalva, protegidos por la mayor reserva, ejercían su "embaucadora y criminal industria con los glóbulos homeopáticos, decantadas diluciones infinitísimas y con exorcismos de rigor".

Propuso, sin éxito, el que se creara urgentemente el pueblo de Pago para aislar a los leprosos del resto de la población, habiendo de contar para ello con un cura párroco que podría ser el llamado de Tinian, que en la fecha ya no existía pero que estaba al frente del barrio de Tanapag, a una hora del pueblo de Garapan de la isla de Saipan.

La falta de recursos para poder terminar pronto el hospital en construcción y después el barrio de Pago a fin de que quedaran por completo aislados todos los atacados, habría de contribuir en que el mal siguiese en aumento por no tener los naturales reparo alguno en tratar a los contagiados, curarlos, unirse a ellos e incluso casarse, como si nada tuviesen que temer.

NOTAS

1. Richard WALTER: Anson's Voyage Round the World, Londres, 1928, p. 319.
2. Ward BARRETT (Ed.): Mission in the Marianas. An Account of Father Diego Luis de Sanvitores and his companions, 1669-1670, University of Minnesota, 1975, pp. 55.
3. LIBRARY OF CONGRESS OF WASHINGTON (LCW), MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 7: 2ª Sección. Datos referentes a dicha Sección que se remiten a la Comisión Central de Manila para la Exposición Hispano-Filipina, por el Gobernador Francisco Olive, Agaña, 31 diciembre 1886.
4. Felipe DE LA CORTE Y RUANO CALDERON: Memoria descriptiva e histórica de las islas Marianas, Madrid, Imprenta Nacional, 1875, p. 150.
5. Eugenio SANCHEZ ZAYAS: "The Mariana Islands: discovery and population" in Nautical Magazine and Naval Chronicle, vol. 34, Nueva York, septiembre 1865, p. 452.
6. Teresa DEL VALLE: "Culturas oceánicas. Micronesia", en Cuadernos de Antropología, Barcelona, Editorial Anthropos, diciembre 1987, p. 14.
7. PHILIPPINE NATIONAL ARCHIVES (PNA), PNA 1, Exp. 21, Fol. 1-4: Oficio del Gobernador de Marianas acompañando el estado y el número de habitantes de aquellas islas con el aumento o disminución que ha habido; e informa de las necesidades y miserias que se han experimentado por las secas y repetidos huracanes, Agaña, 16 marzo 1793.
8. PNA, PNA 1, Exp. 21, Fol. 1-4: Expediente-oficio del Gobernador de Marianas remitiendo el estado del número de habitantes de aquellas islas, Agaña, 8 enero 1803.
9. PNA, PNA 9, Exp. 17, Fol. 5: Expediente remitido al M.Y.S. Gobernador y Capitán General y Juez Político Superior de las islas Filipinas, informando que se ha aumentado la población en número de cuatrocientas cincuenta y siete almas de diferencia y cuyo total hasta fines de diciembre del año 1821 llega a cinco mil ochocientas dos personas, Agaña, 30 agosto 1822.
10. PNA, PNA 2, Exp. 57, Fol. 14-25: Informe del Gobernador de Marianas, Villalobos, al Gobernador General, Agaña, 3 febrero 1833.
11. PNA, PNA 2, Exp. 65, Fol. 1-7b: Oficio del Gobernador de Marianas, Francisco Villalobos, remitiendo el estado demostrativo sobre los aumentos de los habitantes, ganaderías, agri-

cultura, mejoras y funcionarios de los pueblos, Agaña, 7 junio 1836.

12. PNA, PNA 31, Exp. 4, Fol. 1-2: Estado general de población y riqueza de las islas Marianas, elevado por el Gobernador Político Militar de las mismas, Felipe de la Corte, al Gobernador General de Filipinas, Agaña, 23 enero 1861.

13. LCW, Vol. 21, Item 94, Parte II: Orden del Gobernador Político Militar de Marianas a los Gobernadorcillos para la realización de los censos, Agaña, 24 diciembre 1861.

14. PHILIPPINE NATIONAL ARCHIVES, UNPROCESSED BUNDLES (PNA/UB), n° 38: Estado por pueblos que determina la extensión superficial que comprende el distrito judicial actual de Marianas, distancia de la cabecera a la capital de la provincia y a la del Archipiélago filipino, medios de comunicación con uno y otro, tiempo que ordinariamente se emplea en recorrerla, número de habitantes clasificados en europeos e indígenas, razas de éstos y dialectos que hablan, por el Gobernador Francisco Olive, Agaña, 20 diciembre 1884.

15. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 1: Informe escrito por Francisco Olive y García en que hace resaltar las diferencias entre este informe y el presentado por Pedro Saura y Corona, Agaña, 19 diciembre 1885, pp. 21 y ss.

Emilio HEDIGER cifra la población total de las islas Marianas para el año 1886 en 8.665 habitantes distribuidos en una extensión superficial de 1.140 km²; ver su estudio: "Estadística colonial" en Revista General de Marina, Tomo XIX, Madrid, 1886.

16. Por ejemplo, con datos de 1848, hubo un total de ciento sesenta bautismos entre todas las poblaciones de las islas Marianas, cifra que equivale a la de nacimientos; por contra, las defunciones se elevaron a ciento cuarenta individuos. Ver la Guía de Forasteros de las islas Filipinas para el año 1849, Manila, 1848: Capítulo Suplementario.

17. Sobre el tema de la deportación, ver el capítulo XII.

18. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 1: Informe escrito por Francisco Olive y García ..., pp. 83 y ss.

19. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 4: Guía Oficial. Antecedentes para la del año 1887, Agaña, octubre 1886, 14 pp.

20. LCW, Vol. 23, Item 96: Gobernador de Marianas, Joaquín Vara del Rey, a Gobernador General de Filipinas, incluyendo la noticia demostrativa de las islas, pueblos, barrios o visitas y número de habitantes que tenían las mismas en 31 de diciembre de 1886, Agaña, 1 agosto 1890.

21. LCW, Vol. 23, Item 96: Resumen del padrón general del vecindario de todos los pueblos de que consta la provincia en el quinquenio 1891-1896, por el Gobernador Luis Santos, Agaña, 27 octubre 1891

22. LCW, Vol. 24, Item 98: Estado nominal del número de nacimientos, defunciones y matrimonios durante 1896.
23. LCW, Vol. 24, Item 98: Ibídem
24. LCW, Vol. 24, Item 99: Estadísticas vitales de varias poblaciones de las islas Marianas, año 1897.
25. PNA, PNA 20, Exp. 166, Fol. 1-21b: El Excmo. Sr. Gobernador General remitiendo al Gobernador Político-Militar los adjuntos decretos para extranjeros que concurren en los archipiélagos de Carolinas, Palaos, Marianas, Joló, Mindanao, Parregna y Balabac, Manila, 18 enero 1898 (36965-E1).
26. PNA, PNA 3, Exp. 34, Fol. 1-32: Expediente promovido en 1829 a consecuencia del Superior Decreto de junio sobre que no permita bajo ningún pretexto la permanencia de extranjeros en las islas Marianas, Agaña, 22 octubre 1829.
27. PNA/UB, MEMORIAS n° 25: Memoria sobre las islas Marianas, por Pablo Pérez. Años 1849-1852, p. 9.
28. LCW, Vol. 26, Item 122: Instrucciones al Gobernador José Casillas Salazar, Palacio de Manila, 1 agosto 1843.
29. LCW, Vol. 4, Item 4, Parte II: Gobierno Superior Civil de las islas Filipinas a Gobernador Político Militar de las islas Marianas respondiendo a la consulta de éste sobre admisión y radicación de extranjeros en aquellas islas, Manila, 6 octubre 1864.
30. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 3ª, n° 14: Orden y policía dada por el Gobernador D. Felipe de la Corte y Ruano Calderón acerca de los extranjeros que desembarcan en estas islas, Agaña, 14 diciembre 1856, p. 2.
31. LCW, Vol. 15, Item 63: Testimonio del expediente promovido por el extranjero William Jones sobre naturalización española, año 1873: William Jones al Gobernador Superior de Filipinas, Agaña, 14 mayo 1873.
32. Ibídem: Gobernador Político-Militar de las islas Marianas a Gobernador Superior de Filipinas, Agaña, 14 mayo 1873.
33. Ibídem: Informe del Gobernadorcillo y de la Principalía, Agaña, 14 mayo 1873.
34. Ibídem: Informe de Aniceto Ibáñez del Carmen, Agaña, 14 mayo 1873.
35. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 1: 2ª Sección. Datos referentes a dicha Sección que se remiten a la Comisión Central de Manila para la Exposición Hispanoo-Filipina, por el Gobernador Francisco Olive, Agaña, 31 diciembre 1886, cuadro n° 1.

36. Una breve referencia a este consulado puede consultarse en Rhoda E.A. Hackler: Our men in the Pacific. A chronicle of United States Consular officers at seven ports in the Pacific Islands and Australasia during the 19th century, University of Hawai, diciembre 1978, p. 15, pero especialmente en Dirk Anthony BALLENDORF y William WUERCH: "Captain Samuel J. Masters, US Consul to Guam, 1854-56: Harbinger of American Pacific Expansion", in Diplomacy & Statecraft, N. York, 1990, pp. 306-326.
37. AMAE, Filipinas, Leg. H 2965: Testimonio del expediente creado a consecuencia de la consulta del Gobernador de Marianas dando cuenta de haber llegado a dichas islas un Teniente de la Marina Real británica: Gobierno Superior de Filipinas al Primer Secretario de Estado y del Despacho, Manila, 16 enero 1835.
38. AMAE, Ibidem: Villalobos a Gobernador Superior de Filipinas, Agaña, 1 noviembre 1834.
39. En 1844, Samuel Master recibió el nombramiento de cónsul en la Guayana Británica, iniciando desde ese momento su periplo por alta mar; ver el relato autobiográfico de su viaje en Samuel J. MASTERS: Sketches of Travel, Auburn, New York, S.J. Masters, Esq., 1872.
40. S.J. MASTERS, op. cit., pp. 55 y ss.
41. AMAE, Filipinas, H. 2958: Expediente sobre el asunto Van Ingen: Informe de Van Ingen sobre sus relaciones con Masters, Consulado americano de Singapore, 6 diciembre 1856.
42. LCW, Vol. 14, Item 57: Solicitud de H.H. Beale, doctor en Medicina, para quedar en esta isla según certificación del agente comercial de los Estados Unidos de América, Agaña, 20 mayo 1855
43. LCW, Vol. 3 Item 3: Gobierno Superior de Filipinas a Gobernador de Marianas, Manila, 25 enero 1856.
44. PNA, PNA 3, Exp. 65, Fol. 1-2: Oficio del Gobernador de Marianas sobre que no entrara en aquellas islas chino alguno, Agaña, 5 octubre 1833.
45. PNA, PNA 18, Exp. 5, Fol. 1-28b: Informe de la Comisión de Felipe de la Corte en el que se pide autorización para importar chinos por contratas hechas por el Administrador de Hacienda de las islas, Manila, 1 agosto 1858 (23904-E1).
46. PNA, PNA 18, Vol. 21, Exp. 5, Fol. 1-28b: Gobernador Político-Militar de las islas Marianas a Gobernador General, Agaña, 1 agosto 1857.
47. LCW, Vol. 4, Item 4, Parte I: Secretaría del Gobierno Superior Civil de las islas Filipinas: pliego de condiciones para la conducción a las islas Marianas de veintitrés chinos, Manila, 21 noviembre 1859.

48. AMAE, Filipinas H. 2959: El cónsul de S.M. en China, Nicasio Cañete, al Primer Secretario de Estado y del Despacho, Macao, 23 noviembre 1860: Gobernador General de las islas Filipinas a Nicasio Cañete, remitiendo copia de la carta del Gobernador de Marianas, Manila, 5 noviembre 1860.
49. Ibídem: Copia de la respuesta del cónsul de España en China al Gobernador de Filipinas, Macao, 20 noviembre 1860.
50. PNA/UB, n° 2: Padrón General de chinos existentes en dicha Provincia, años 1889, 1891 y 1892.
51. LCW, Vol 21, Item 94, Parte II: Felipe de la Corte a los Gobernadorcillos de Agat, Umata, Merizo e Inarajan, Agaña, 11 abril 1863.
52. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 7: 2ª Sección. Datos referentes a dicha Sección que se remiten a la Comisión Central de Manila para la Exposición Hispano-Filipina, por Francisco Olive y García, Agaña, 31 diciembre 1886, 31 pp.
53. Sobre el origen malayo, J. MACMILLAN BROWN: Peoples and problems of the Pacific, London, T. Fisher, 1927, vol. I, p. 93.
54. William Edwin SAFFORD: "The Island of Guam", Adresses Delivered and Papers Read before the District of Columbia Society, District of Columbia Society, Sons of American Revolution, Washington, marzo 1912, pp. 35-36.
55. Teresa DEL VALLE: op. cit., p. 43.
56. Teresa DEL VALLE, op. cit., p. 72.
57. Teresa DEL VALLE, op. cit., p. 48; cita de Pedro MURILLO Y VELARDE, 1749.
58. Teresa DEL VALLE, op. cit., p. 43, nota 21., señala que el término sociedad tradicional se refiere a la época en que ciertos elementos, producto de una aculturación intensa, se han institucionalizado o, al menos, parece que permanecen, y sería, por tanto, la sociedad chamorra permanente del siglo XIX. Por el contrario, el término ancestral parece referirse a lo que podemos denominar época precolonial, esto es, a la cultura que existió antes del impacto de las culturas colonizadoras.
59. Juan ALVAREZ GUERRA: Un viaje por Oriente. De Manila a Marianas, Madrid, 1887, pp. 186 y ss.
60. F.W. CHRISTIAN: The Caroline Islands. Travel in the sea of the little land, Londres, Methuen, 1899, pp. 53-57. El autor, en su viaje de exploración a las islas Carolinas, realizó en diciembre de 1895 una breve visita a las islas Marianas, entrevistándose con el Gobernador Juan Marina y recogiendo una serie de datos científicos sobre las mismas.

61. Como señala Teresa DEL VALLE, op. cit., p. 81, actualmente, los chamorros siguen creyendo en la existencia de espíritus, a los que llaman taotamona, que salen preferentemente de noche, moviendo árboles y plantas; los suruhano, o curanderos, se comunican con ellos para que les recomienden los nombres de las plantas necesarias para curar una enfermedad, pero antes hay que solicitar el permiso de los espíritus si no se quiere que se enfaden y ataquen. Hay incluso testimonios de personas que han sido atacadas por taotamonas.
62. Sylvia E. CHENG (trans.): The Mariana Islands, by Antoine-Alfred Marche, MARC, University of Guam, 1982. Es la traducción del francés de la obra de A. MARCHE: Mon voyage aux îles Mariannes, Bulletin de la Société de Géographie de Marseille, 1890.
63. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 9: Copia de la Memoria ..., pp. 9 y ss.
64. Francis M. PRICE: "The Island of Guam and its people", en The Missionary Review of the World, New York and London, Funk & Wagnalls Company, 1902, Enero, n° 1, p. 12.
65. Francis M. PRICE, op. cit., p. 11.
66. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 1: Informe escrito por Francisco Olive y García en que hace resaltar las diferencias entre este informe y el presentado por Pedro Saura y Corona, Agaña, 19 diciembre 1885, pp. 75 y ss.
67. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 9: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Joaquín Vara del Rey, Agaña, 31 diciembre 1890.
68. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 7: 2ª Sección. Datos referentes a dicha Sección que se remiten a la Comisión Central de Manila para la Exposición Hispano-Filipina, por el Gobernador Francisco Olive, Agaña, 31 diciembre 1886, pp. 8-9.
69. PNA/UB, MEMORIAS n° 25: Memoria sobre las islas Marianas, por Pablo Pérez. Años 1849-1852, p. 3.
Esta Memoria ha sido transcrita, traducida al inglés y publicada, con otras cuatro más de otros autores, por Marjorie G. DRIVER y Omayra BRUNAL-PERRY (Compils): Reports Concerning the Mariana Islands. The Memorias of 1844-1852, MARC, University of Guam, 1996. Documento n° 2.
70. Felipe de la CORTE Y RUANO: op. cit., p. 151.
71. Teresa DEL VALLE, op. cit., p. 43.
72. En la actualidad, el chinculi o chenchule' se refiere únicamente a la contribución monetaria.
73. Licor que se obtenía de frutos fermentados, siendo una palabra de claro origen castellano.

74. Felipe de la CORTE Y RUANO, op. cit., pp. 152 y ss.

75. Teresa DEL VALLE: op. cit., p. 44, nota 25: las nobenas son prácticas de origen cristiano y tenían lugar cuando, con objeto de pedir un favor o dar las gracias por el recibido, se recitaban oraciones a Dios, la Virgen María o a algún santo durante nueve días seguidos en la casa de quien organizaba la nobena, esperándose que los parientes acudieran.

Hoy día se sigue manteniendo la costumbre, habiendo mujeres que tienen la función ritual de decir nobenas, prestando sus servicios a los diferentes grupos familiares a cambio de comida. El último día, al igual que antaño, es el más importante, preparándose una comida para todos los asistentes; las nobenas se heredan, generalmente, de madre a hija.

La autora ha seguido de cerca todas las costumbres chamorras ya que vivió durante un tiempo en Umatac, al sur de la isla de Guam; fruto de esta experiencia es el libro Social and Cultural Change in the Community of Umatac, Southern Guam, MARC, University of Guam, 1979, en el que a través del análisis del parentesco, economía y sistema de uso y tenencia de la tierra, ha constatado la existencia de elementos de la cultura tradicional adaptadas a una nueva sociedad en cambio.

76. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 3ª, n° 3: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Luis Santos, Agaña, 31 diciembre 1891, p. 11.

77. Marjorie G. DRIVER (Ed.) y Víctor F. MALLADA (tr.): The Guam diary of naturalist Antonio de Pineda y Ramírez, february 1792, MARC, University of Guam, 1990, pp. 39-40.

78. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 8: Ampliación al informe dado al Gobierno General de Filipinas en 21 de mayo de 1885 para cumplimentar la circular de dicho Superior Centro, fecha 6 de abril del mismo año, recibida el 19 de junio siguiente, por Francisco Olive y García, Agaña, 21 agosto 1885, pp. 29 y ss.

79. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 3ª, n° 3: Copia de la Memoria, p. 13.

80. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 3ª, n° 3: Copia de la Memoria, p. 10.

81. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 7: 2ª Sección. Datos referentes a dicha Sección, pp. 13-15.

82. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 9: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Joaquín Vara del Rey, Agaña, 31 diciembre 1890, pp. 11 y ss.

83. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 3ª, n° 3: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Luis Santos, Agaña, 31 diciembre 1891, p. 13.

84. Aniceto IBÁÑEZ DEL CARMEN: Crónica de las islas Marianas, pp. 2-3 (copia parcial del manuscrito tomada por el Padre Juan Pons en Guam, enero 1937). Esta copia ha sido transcrita y traducida al inglés por Marjorie G. DRIVER: Chronicle of the Mariana Islands, University of Guam, 1976.

85. Francisco CHACON LARA: Memoria, Proyecto y Estatutos de colonización de las islas españolas de Marianas, Carolinas y Palaos, Sevilla, 1885, pp. 12-13.

El autor, que se equivoca, señala que esta epidemia tuvo lugar en 1855.

86. PNA, PNA 25: Exp. 17, Fol. 1-88b: Expediente sobre la lepra en Marianas y los buenos servicios prestados por el médico primero de Sanidad Militar en las mismas, D. Ramón Surriá, pp. 1-14: Informe del Gobernador Político-Militar de Marianas, Joaquín Vara del Rey, al Gobernador General de Filipinas, Agaña, 1 agosto 1890 (24179-E1).

87. LCW, Vol. 2, Item 2 (typescript): Indice general de las Reales Cédulas comunicadas por la Real Audiencia y Superior Gobierno de Filipinas: Oficio del Superior Gobierno a Alejandro Parreño, Manila, 17 agosto 1809.

88. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 3ª, n° 11: Descripción de estas islas Marianas para que puedan los redactores de la Guía de Forasteros estampar en ellas las que crean convenientes, San Ignacio de Agaña, 15 agosto 1844, p. 2.

89. LCW, Vol. 3, Item 3: Hospital de San Lázaro a Gobernador General, Agaña, 20 septiembre 1856.

90. Felipe de la CORTE Y RUANO: op. cit., p. 130.

91. PNA, PNA 25: Exp. 17, Fol. 1-88b: Expediente sobre la lepra en Marianas y los buenos servicios prestados por el médico primero de Sanidad Militar en las mismas, D. Ramón Surriá, pp. 1-14: Informe del Gobernador Político-Militar de Marianas, Joaquín Vara del Rey, al Gobernador General de Filipinas, Agaña, 1 agosto 1890 (24179-E1).

92. PNA, PNA 25, Exp. 17: Expediente sobre la lepra en Marianas ..., pp. 74-75: Párroco de Agaña, Fray Aniceto Ibáñez del Carmen, al Gobernador Político Militar de las islas Marianas, Agaña, 12 enero 1891.

93. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 3ª, n° 3: Copia de la Memoria de las islas Marianas, Agaña, 31 diciembre 1891, p. 15.

94. PNA, PNA 25: Exp. 17, Fol. 1-88b: Expediente sobre la lepra en Marianas y los buenos servicios prestados por el médico primero de Sanidad Militar en las mismas, D. Ramón Surriá, pp. 1-14: Informe del Gobernador Político-Militar de Marianas, Joaquín Vara del Rey, al Gobernador General de Filipinas, Agaña, 1 agosto 1890 (24179-E1).

95. PNA, PNA 25, Exp. 17, Fol. 1-88b: Ibídem (Vara del Rey a Gobernador General), pp. 9-10.
96. PNA, PNA 25, Exp. 17, Fol. 1-88b: Expediente sobre la lepra en Marianas, pp. 44-53: Acta de la Junta Administradora del Ramo de Lazarinos, Agaña, 20 julio 1890.
97. PNA, PNA 25, Exp. 17, Fol. 1-88b: Expediente sobre la lepra en Marianas ...: Informe del Negociado de Manila remitido al Gobernador General, Manila, 17 octubre 1890.
98. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 9. Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Joaquín Vara del Rey, Agaña, 30 diciembre 1890, p. 21.
99. PNA, PNA 25, Exp. 17: Expediente sobre la lepra en Marianas, pp. 74-75: Párroco de Agaña, Fray Aniceto Ibáñez del Carmen, al Gobernador Político Militar de las islas Marianas, Agaña, 12 enero 1891.
100. PNA, PNA 25, Exp. 17: Expediente sobre la lepra en Marianas, pp. 53-59: Informe del Gobernador Político-Militar de las islas Marianas, Joaquín Vara del Rey, al Gobernador General de las islas Filipinas, Agaña, 15 enero 1891.
101. PNA, PNA 25, Exp. 17: Expediente sobre la lepra en Marianas, pp. 64-71: Bando del Gobernador Político-Militar de las islas Marianas, Joaquín Vara del Rey, Agaña, 5 enero 1891.
102. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 3ª, n° 3: Copia de la Memoria de las isls Marianas, por Luis Santos, Agaña, 31 diciembre 1891, pp. 14-15.

CAPÍTULO VI

LA POBLACIÓN CAROLINA EN MARIANAS

Los primeros contactos con carolinos (s. XVIII)

Las islas del norte de Marianas, deshabitadas desde la época de la conquista, comenzaron paulatinamente a ser repobladas desde finales del siglo XVIII con carolinos, quienes volvieron a abrir las rutas comerciales que desde antiguo conectaba las islas Carolinas y Waghal (Guam).

Desde principios del siglo XVIII, y en el marco de la cristianización del Pacífico español, se produjeron los primeros intentos, infructuosos por otro lado, para evangelizar las islas Carolinas a partir de la acción del padre Cantova¹. Dada la lejanía de las mismas, el interés de España por crear en ellas una infraestructura colonial fue nulo, queriendo ejercer solamente el denominado derecho de conquista sobre el archipiélago carolino, al que se añadía el de Palaos.

En efecto, en 1680 el piloto Francisco Lascano descubrió una isla a la que llamó Carolina en memoria de Carlos II, pero posteriormente no pudo redescubrirse por D. Alonso Soon, comisionado al efecto por el Sargento Mayor José Quiroga (1680-1681), Gobernador de las islas Marianas, cuyos Gobernadores no omitieron diligencia alguna para explorarlas desde que tuvieron conocimiento de las Carolinas, aunque todas fueron inútiles².

El 19 de junio de 1721 fondeó en la bahía de Tarofoto, al este de la isla de Guam, una banca con once hombres, siete mujeres y seis niños, todos ellos carolinos; el día 21 del mismo

mes se presentó otra barca en la punta de Orote, al oeste de Guam, cuya embarcación conducía cuatro hombres, una mujer y un niño, siendo llevados a Umata ante el Gobernador de Marianas Luis Antonio Sánchez de Tagle (1720-1725) y reuniéndose con los otros isleños arribados anteriormente. Es entonces cuando se supo que estas dos embarcaciones, en compañía de otras cuatro, habían salido de la isla carolina de Tarroilep para la de Ulee pero habiéndoles sorprendido un fuerte poniente en la travesía, se vieron obligados a arribar a diferentes partes.

Vestían una especie de pequeños taparrabos, distinguiéndose la vestimenta de los jefes, que llevaban ropa abierta por los lados y que cubriendo espalda y pecho les llegaba hasta las rodillas; las mujeres, además de la misma pieza que llevaban los hombres, usaban una saya hasta media pierna. Tenían agujereadas las orejas, de las que pendían flores, hierbas aromáticas, pepitas de coco, granos de vidrios y argollas de varias clases. Todos ellos eran de buen talle, bien formados, altos y de corpulencia proporcionada, cabellos crespos, nariz gruesa, ojos grandes y vivos y con barba bien poblada; en su color había diferencia pues unos se parecían a los indígenas de Marianas y otros eran de color más claro.

Gracias a la llegada de estos carolinos en Marianas pudieron informarse de la posición geográfica de las islas Carolinas, situadas, según aquéllos, entre los 6° y 11° de latitud Norte y divididas en cinco provincias, cada una con su lengua particular.

La primera, situada al Este, era la isla de Torres o Hogoleer, la principal del grupo, siendo sus moradores negros, blancos y mulatos, gobernada por un rey que extendía sus dominios sobre

otras más.

La segunda provincia, dijeron, estaba integrada por unas veintiséis islas, de las que catorce estaban muy pobladas, siendo sus nombres, entre otras, Ulee, Eurupuc y Farreilep. Esta última, de la que eran los arribados, fue descubierta en 1696 por el piloto Juan Rodríguez.

La tercera provincia la formaban un conjunto de islas descubiertas en 1712 por el capitán D. Bernardo de Guía.

La cuarta, situada al oeste de la anterior, tenía como isla principal la de Yap, mientras que la última, a cuarenta y cinco leguas de ésta, contaba con un buen número de islas denominadas Palaos o Panleu por los indios, siendo siete las principales que se hallaban en dirección del Norte al Mediodía.

El señor de ella tenía su corte en Yalap, formada por un gran pueblo, inhumano y bárbaro y parece ser que antropófago. A veinticinco leguas de distancia, hacia el suroeste, se encontraban las islas de San Andrés, llamadas por los naturales Sonrol y Cadocopui.

Después de permanecer en Guam cuatro meses, los carolinos arribados en las dos embarcaciones solicitaron permiso al Gobernador para regresar a sus islas, aunque éste pretendía retener a los principales en su poder para así poder establecer un comercio frecuente entre Marianas y Carolinas.

El Padre Juan Antonio Cantova opinaba lo mismo, e incluso pretendió acompañar a los que regresaran a sus islas a fin de conocerlas directamente. El Gobernador accedió diciendo que prestaría una embarcación y concedería licencia a los españoles y filipinos que voluntariamente quisieran hacer aquella ex-

pedición.

Organizada aquélla, partieron de Guam el 11 de mayo de 1722; tras el fracaso de la misma dado que no lograron localizar las islas, regresaron a Manila, donde se reorganizaron los preparativos para reaunudar el viaje.

El 1730 logró embarcarse el Padre Cantova en un patache desde Cavite a Guam, de donde partiría de Agaña el 11 de febrero de 1731 acompañado del Padre Víctor Uvaltec, en un barquito con ocho grumetes y doce soldados.

El 4 de marzo de 1731 descubrieron la isla de Mogmog, pasando luego a Talalep, isla en la que comenzaron ya a bautizar a los niños y a catequizar a los adultos.

El Padre Víctor partió para Marianas para conseguir refuerzos pero se perdió en la travesía, arribando a Manila el 13 de julio con varios indios carolinos.

Tras otros intentos infructuosos del misionero para zarpar de nuevo a Carolinas, una vez llegado a Guam, finalmente partió de esta isla, junto con el Hermano Levino Sebrevel, a finales de mayo de 1733, con cuarenta hombres, soldados y marinos.

El 9 de junio del mismo año arribaron a la isla de Talalep, donde habían quedado anteriormente sus primeros compañeros de viaje, encontrando el pueblo arrasado; sus habitantes, que se habían trasladado a otro lugar, les informaron de que el Padre Cantova y los demás habían partido para Yap, la isla más importante del grupo.

Después de cuatro días de búsqueda de esta isla y no lograr encontrarla, regresaron a Manila, llegando a la capital el 14 de julio de 1733.

De un indio que habían capturado supieron que el 9 de junio de 1731, diez días después de haberse marchado el Padre Víctor, llamaron al Padre Cantova para que fuese a bautizar a un adulto en Mogmog; éste partió junto a dos soldados pero al llegar al lugar fueron asesinados, rebelados los indios contra la imposición de leyes y normas de convivencia nuevas y ajenas a sus islas. Poco después, hicieron lo mismo con los que habían quedado en Telalep, excepto a Domingo Lizardo, tagalo y sacristán de Cantova, por haberlo tomado el jefe de la isla por hijo suyo.

Tras este capítulo, los españoles desistieron de sus intentos por colonizar plenamente las Carolinas.

La repoblación de Marianas: carolinos en las islas del Norte

Con estos datos, y a partir del siglo XIX, para España el archipiélago de las islas Carolinas estaba integrado por tres grupos de islas: Carolinas Occidentales, conocidas comunmente bajo la denominación de Palaos e integradas por tres grupos, Palaos o Pelen, Sap o Tap, y Uleay; Carolinas Centrales y Carolinas Orientales, incluyéndose en estas últimas las islas Marshall³.

De las Carolinas Centrales, o Islas del Sur, como se denominaban en Marianas las islas Carolinas, de las que procedían, como veremos, los habitantes de Saipan, anualmente llegaban canoas en la estación de marzo a mayo, para traficar en Saipan y regresar en junio.

Estas islas estaban al sur de Marianas, destacando Satanal, Elato, Lamurrek, Soo, Puolot, Olimarao, Aureipik y Uleay, que componían cuarenta y ocho pequeños archipiélagos o grupos en que

se encontraban unas quinientas islas; eran tierras muy pequeñas y muy bajas, cubiertas de cocos, palmas y rimas, con suelo arenisco y próximo al agua salada, lo cual prácticamente no permitía ningún tipo de cultivo, viviendo los naturales del pescado, coco y rima siendo, por tanto, bastante pobres⁴.

Volviendo al caso de Marianas, y como se ha señalado, en 1721 arribaron a la isla de Guajan, al puerto de Tarofoto, que está al este, un grupo de carolinos que, según refiere la Historia general de Filipinas, manifestaron que había en sus islas mestizos españoles procedentes de la expedición de Lope Martín; llegado en 1576, se conjuró con otros veinte hombres y fueron abandonados en una isla al este de Marianas, siendo de suponer que fuese una de las Carolinas⁵.

En 1791 de nuevo arribaron a las islas varios carolinos de ambos sexos, ofreciéndose para establecerse en ellas⁶.

Como escriben Carano y Sánchez⁷, desde 1804 los carolinos realizaban viajes anuales a las islas Marianas. Entre 1815 y 1869 tuvieron lugar numerosas oleadas migratorias procedentes de Elato, Lamotrek, Satawal y Woleai, islas que distan aproximadamente 300 millas (480 km.) del sur de Guam.

Entre 1810 y 1815 tuvo lugar un primer asentamiento permanente de carolinos en las islas Marianas, arribando en dos grupos separados⁸: uno procedente de Elato, al mando del jefe Nguschull, y otro más numeroso de Satawal, capitaneados por el jefe Agurub⁹, quien solicitó al Gobernador de Marianas permiso para establecerse en Saipan, deshabitada desde hacía más de cien años.

El motivo de estos movimientos migratorios fue principalmente de subsistencia ya que la gran fertilidad de las tierras de las

islas del norte atraieron a los carolinos, que entre 1815 y 1820 vieron cómo diferentes tifones habían asolado sus islas, no habiendo suficientes alimentos para mantener a toda la población.

Desde los primeros momentos, y dada la escasez de habitantes en las islas Marianas, las autoridades españolas acogieron con interés a los carolinos, quienes inmediatamente obtuvieron permiso para instalarse en la isla de Saipan; al principio se establecieron unos doscientos carolinos en la citada isla a los que las autoridades españolas, a cambio, encomendaron una serie de tareas tales como informar anualmente de su estado y viajar a Guam para que, tras hacer escala en Tinian y Rota, ayudaran a producir y transportar carne seca. De esta forma, y paulatinamente, dada su pericia en el arte de la navegación, los carolinos se convertirán en el elemento básico de transporte y comunicación de las autoridades españolas con las islas del Norte.

La política de favorecer la inmigración carolina a las islas Marianas respondió a varios objetivos:

1°. Repoblar las islas deshabitadas del Norte

2°. Afianzar la presencia española

3°. Rentabilizar las islas del Norte con la explotación forestal, animal y pesca, todo ello beneficioso para el ramo de Lazarinos pero también para vender en pública almoneda aquellos productos que escasearan en Guam.

4°. Tener en ellos -los carolinos-, un elemento de comunicación entre la cabecera y el resto de las islas ya que los carolinos eran expertos marinos a bordo de sus bancas.

También se constata la existencia de balleneros ingleses, americanos y hawaianos en las islas del norte en los primeros

años del siglo XIX, lo que motivó el recelo de las autoridades de Marianas.

En 1810 el americano Brown, capitán del Derby, con objeto de comerciar entre la costa noroeste de EEUU y Cantón y disponer de un puerto en ruta, llevó a algunos hawaianos a Saipan y a Agrigan paraa cultivar la tierra y criar ganado, y poco después, a unos doscientos colonos de Truck¹⁰; les acompañaba el inglés Johnson quien, tras ser suprimido este establecimiento por el Gobernador de Marianas, Alejandro Parreño (1806-1812), se estableció en Agaña.

Hacia 1814 había cincuenta ingleses, otros tantos indios y unas setenta indias de las islas Sandwich como pobladores en la isla de Agrigan, penúltima de la cordillera mariana, lo que suponía un peligro para las vecinas islas de Saipan, Tinian y Guam¹¹; a finales de abril del citado año, el Gobernador de Marianas, Medinilla (1812-1822), ordenó la evacuación de la isla de Agrigan, enviando sesenta hombres al cargo del primer piloto y alférez de fragata de la Real Armada José Tirado al objeto de trasladar a los pobladores a la isla de Guam, lo que se realizó a la vuelta del piloto, que retornó con los cuarenta y ocho habitantes que quedaban en Agrigan; éstos acabaron estableciéndose en Guam, siendo catequizados los indígenas.

Referente a los carolinos del sur, comentaba Medinilla que desde el primer año de su ingreso como Gobernador, una vez que llegaron los citados carolinos y convencido aquél de su docilidad y fácil reducción, se animó en 1815 a mandar una expedición a sus islas, llevando varios obsequios para el rey y otros principales.

Al año siguiente, y como respuesta a esta expedición, regresó

a Marianas un grupo de carolinos, acompañando a los enviados, en dieciocho bancas, ciento veintiocho indios. Estos comunicaron al Gobernador el interés del rey carolino Iequitip por trasladarse con los suyos a las islas Marianas, siempre y cuando se les enviara un barco para trasladar a sus mujeres e hijos.

Medinilla consultó al efecto a la Superioridad, pero el asunto quedó en el aire dado que no había dinero para tal empresa.

En 1817 el Gobernador mandó a sus expensas otra expedición a las islas Carolinas, que retornó con el embajador y segundo del rey, Cautao, y seis capitanes o tamores y noventa y ocho de sus súbditos, en solicitud de que se les señalasen tierras para establecerse en ellas después de que se les mandara un buque para trasladar a las más de seis mil personas que habitaban sus islas.

Iequitip había encomendado a Cautao a una hija suya con su esposo, cinco hijos y cuatro indios más, suplicándole los mandase ir a establecerse en la isla de Saipan, por ser a la que todos se inclinaban; allí se dirigieron y tras tomar posesión quedaron establecidos. Como prueba de su amistad, el rey carolino hizo dejar en casa del Gobernador a un sobrino de Cautao ya cristiano y a un muchacho como criado.

Escribe Cunningham¹², que los carolinos que comenzaron a establecerse en las islas Marianas desde 1815, continuaron enseñando navegación y construcción de canoas de la manera tradicional, teniendo los carolinos de Saipan una escuela de pilotos para jóvenes marineros. Los pilotos más expertos eran los que examinaban, y los estudiantes tenían que hacer un examen oral antes de iniciar un viaje largo.

Los navegantes carolinos se guiaban por el sol, las estrellas,

los vientos y las mareas, usando la reflexión de las estrellas en el cénit para encontrar su posición.

El 24 de marzo de 1819 dieron fondo en la caldera de la ciudad de Agaña siete bancas de las islas Carolinas del sur, con cincuenta y cinco indios de Lamursa, más una familia compuesta del matrimonio y dos hijos, un varón y una hembra¹³; fueron enviados a Agaña por el rey Iequitip, quien ya había acordado con el Gobernador José de Medinilla y Pineda, el envío de familias carolinas para ser trasladadas a la vecina isla de Saipan, como ya se ha señalado, pues tenían noticia del buen acogimiento y de las facilidades de vida que tenían los que residían en ella. No había enviado mayor número por la falta de espacio en las bancas carolinas.

Y es que el Gobernador de Marianas se había ofrecido a enviar a Carolinas en el mes de febrero de 1819 un buque para irlos trasladando a Saipan, ofrecimiento finalmente no cumplido por la falta de un bergantín apropiado y de tripulación y víveres suficientes para el traslado. No obstante, Medinilla construyó en Agaña una casa y camarín para hospedar a la gente que llegara y que, mientras esperaban el traslado, fueran bautizados e instruidos en el modo de vida establecido por los españoles en las islas Marianas. Tal fue el caso de cuarenta y cinco naturales de ambos sexos de las islas Sandwich y veintitrés párvulos; y de las nombradas Carolinas del sur, cinco varones, dos hembras y una parvulita, además de diez anglo-americanos o ingleses.

Medinilla encomendó al alcalde de Tinian la educación de los indios carolinos del sur que se establecieron en Saipan,

procurando que se mostraran conformes con su bautismo, para lo que sería necesario el ir trasladándolos a Agaña a recibir las aguas bautismales y así poder regresar en paz a la isla del norte¹⁴. En cualquier caso, el problema era el de siempre, ya que la falta de medios de comunicación imposibilitaba tal tarea.

El 19 de marzo de 1821 llegaron también a Guam desde las Carolinas del Sur cinco bancas con treinta y cuatro indios naturales con objeto de solicitar un barco que trasladara a sus mujeres e hijos a Saipan.

Los carolinos del sur se establecieron en la villa de Arabwal (posterior San Isidro de Garapan y actual Garapan), en la orilla oeste de Saipan, aunque algunos se quedaron en la playa de Dungca, en Guam, en la orilla norte de la Bahía de Agaña.

En los años 30, el Gobernador de Marianas Francisco Ramón Villalobos, proyectó repoblar la isla de Saipan con carolinos en vista de las sucesivas oleadas de llegada de los mismos; estos indígenas eran los más apropiados para tal tarea ya que procedían de islas también consideradas españolas¹⁵.

Así, y animados por la autoridad gubernativa, se establecieron en la isla de Saipan en abril de 1838 catorce carolinos y cinco carolinas de las islas del sur; en febrero del siguiente año nueve hombres y nueve mujeres; y a mediados de abril de 1839, aproximadamente cien individuos de ambos sexos, sin consultar con el encargado de las Haciendas destinadas al sostén y manutención de los lazarinos.

En 1843, y en relación al expediente sobre establecimiento de carolinos en la isla de Saipan, se recomendó al Gobernador José Casillas Salazar¹⁶ (1837-1843) que admitiera libremente a los que

desearan establecerse en ella y merecieran este beneficio por su buena conducta y laboriosidad, dándoles tierras para que las cultivaran, siempre y cuando acataran las leyes españolas.

Las admisiones de infieles carolinos, que se asentarían en zonas separadas a las de los cristianos, se terminarían cuando el Gobernador considerara que su aumento pudiera comprometer la seguridad del país o la de la población cristiana. Por otro lado, no se opondría a la permanencia de los que voluntariamente quisieran recibir el bautismo, aunque a los ya residentes no se les obligaría a ello ya que se esperaba que, con el tiempo, ellos mismos solicitarían su ingreso en la Iglesia católica.

En 1844, y a unas dos leguas del Hospital de Lazarinos de la isla de Saipan, había asentados doscientos cincuenta y tres carolinos que residían en la isla desde 1838, siendo de gran utilidad para las islas Marianas ya que, gracias a sus conocimientos marítimos, eran los encargados de transportar los víveres desde Tinian a Agaña en sus bancas, por cuyo servicio se les pagaba a su satisfacción.

En Tinian, el Alcalde encendía hogueras que sirvieran de punto de referencia para que los carolinos de Saipan llegaran a dicha isla a recibir la carga que a su vez habían de transportar a Guam. Esta práctica a veces se complicaba dada la desidia de los carolinos, que no tenían en la isla quien los controlase; el Alcalde de Tinian carecía de embarcación propia para ir a cerciorarse de los retrasos, y tampoco podía confiar en los dos mozos que de los doce de que disponía, enviaba a Saipan a hacer sal ya que éstos se encontraban separados de los carolinos a unas dos leguas pues no convenía que vivieran entre ellos.

Estos carolinos estaban mandados por ancianos de entre ellos mismos a quienes daban el título de tamor, o tamol, y guardaban sumisión únicamente a éstos y a los más prácticos pilotos de entre ellos, a quienes también respetaban¹⁷.

El 10 de febrero de 1848 se reunieron en Junta en la Casa Real el Gobernador de Marianas, Gregorio Santa María, el Reverendo Cura Párroco Vicente Acosta, el Administrador de Hacienda, Félix Calvo, y el Secretario de Gobierno y Guerra, José de la Cruz para debatir sobre el mal estado en que habían quedado los carolinos de Saipan tras el baguío del 31 de mayo de 1847, cuando habían perdido casi todas sus bancas y a bastantes hombres¹⁸.

Reconocían los miembros de la Junta la necesidad de nombrar a alguna persona de confianza de la ciudad para que residiera con los carolinos de Saipan y así ejercer un mayor control sobre ellos, alguien que les enseñara las primeras letras y la doctrina cristiana; parece ser que en 1845 se nombró a un individuo para tal fin, pero fue destituido inmediatamente por los abusos que cometía. En 1847, un respetable hombre casado y con familia, Francisco Gogui, se había decidido a ir a Saipan para realizar dicha tarea, pero cuando se iba a embarcar rehusó a dicha idea.

La Junta era favorable al nombramiento de José Camacho, casado y también con familia muy devota, que había sido Sargento de la Dotación de Marianas y Alcalde de Rota y Tinian a la llegada de Gregorio Santa María (1843-1848). El objeto era que instruyera a los carolinos en la enseñanza y doctrina, así como en tareas beneficiosas para la Hacienda tales como hacer los aceites y la sal requerida en Tinian para preparar la carne seca que había de

venderse posteriormente en la Junta de Almonedas de Agaña; se recomendaba también que instara a los carolinos a que pescaran en cantidad suficiente para destinar dicha pesca también a la venta en almoneda.

Otra de las tareas del representante enviado a Saipan consistiría en enseñar a los carolinos a hacer siembras e irles civilizando para que fuese una población que prosperara rápidamente, ya que la mortalidad entre ellos era elevada; a fin de 1846 habían fallecido entre veinte y treinta de ellos por una enfermedad desconocida, al igual que durante el baguío citado de 1848.

Se añadía la circunstancia de que la mujer de Camacho era cirujana, lo cual era muy conveniente ya que esta familia pasaría a residir en Saipan muy cerca de la ubicación del Hospital de Lazarinos; una vez al mes, Camacho debía visitar el citado Hospital y verificar si el Cabo cumplía con su obligación con los tres enfermos más que tenía para su auxilio. Sería también el segundo del Alcalde de Tinian y Saipan, para ayudarle y remplazarle si fuera necesario; a cambio de sus servicios, y especialmente por su tarea como nuevo maestro de Saipan, Camacho cobraría 4 pesos al mes del fondo de Lazarinos.

Las instrucciones que se le dieron como maestro de niños carolinos y auxiliar del Alcalde de Tinian fueron muy concretas¹⁹.

Su objeto principal era instruir en la doctrina cristiana y enseñar a leer a la juventud carolina, más a los adultos y ancianos que lo desearan; y a escribir a los hijos más pequeños y a algún otro "despejado". Las niñas aprenderían con separación y a la vista de su mujer, enseñándolas a ser recatadas y

vergonzosas a la vista de niños y mayores, debiendo rezarse las oraciones acostumbradas en la escuela.

Su trato debía ser cariñoso y amable con criaturas y mayores, instruyéndoles en el Santo temor de Dios; debía colocar una cruz frente a la escuela para que rezaran delante de ella las oraciones acostumbradas.

El maestro enseñaría a los mayores a hacer toda clase de siembras que fuesen de más uso y utilidad que las de Guam, aunque no con tanta abundancia y más en tabaco, y hacer sal, aceite de coco y pescar cuando el Alcalde lo necesitara.

Al respecto, debía hacer alguna pequeña siembra, más para enseñar que para su consumo, pues los carolinos serían los encargados de proveerle de tantas raíces, carne, grano, etc. como necesitara para subsistir; no se le pagaría ninguna otra gratificación.

En el momento más oportuno, y situado en el centro del pueblo, formaría un camarín que sería usado como Iglesia, colocando alguna imagen y una cruz donde rezarían el rosario y otras oraciones en días festivos, en los que no se trabajaría.

Cuando fuesen aprendiendo la doctrina, en el artículo de muerte si alguno quisiera cristianizarse, lo haría otro varón o mujer si fuese cristiana y con uso de razón, bajo la regla y palabras que el cura debía entregarle en Agaña por escrito, y a falta de mujer cristiana, también un carolino entregado a la religión.

Habría de marcar un terreno cerca del pueblo y en parte opuesta al viento reinante para formar un Campo Santo redondo y cercado de arbolitos.

Organizaría la buena distribución de las casas de los carolinos y el mantenimiento de la limpieza en personas, casas y calles. Igualmente, sería obligación suya llevar medicinas y semillas necesarias para la salud de los habitantes, y que su familia le auxiliase en todo lo que no pudiera asistir.

Los carolinos quedaban encargados de construir casas que les proporcionaran habitación a sí y a sus familias, colaborando en la construcción de la escuela.

Procuraría que los carolinos tuviesen al menos siete bancas, y que en sus desplazamientos a Tinian no desoyeran la llamada o señal del Alcalde.

Cuidará que no tuviesen roce carolinos y lazarinos, visitando a éstos y procurando su mejor asistencia dando parte al Alcalde; si algún sirviente o mozo debía ir a Garapan, sería solamente para entrevistarse con el maestro, no permitiéndole que se quedara a dormir ni a tener amistad con los carolinos, y mucho menos con sus mujeres.

Este representante auxiliaría al Alcalde sin desatender la enseñanza ni separarse de Saipan, y solo en caso de muerte o enfermedad, pasaría a Tinian a remplazarle.

Desde estas fechas, y como venía practicándose en años anteriores, todos los carolinos que llegaron a Marianas fueron bien acogidos. Además, la Superioridad de Filipinas había dado orden el 31 de julio de 1843 para que los carolinos que quisieran se establecieran en Saipan, legalizando la situación de aquéllos que ya habían llegado en el año 1839.

El 14 de abril de 1849 llegó a Guam una banca con ocho carolinos de la isla de Saragual²⁰; al día siguiente, arribaron

de la isla de Lamung dos bancas más, una de ellas con diez hombres y quince mujeres, y otra con diez hombres y seis mujeres, todos en un estado deplorable²¹.

Esta emigración fue causada por un gran terremoto seguido de una inundación que hizo que prácticamente desaparecieran dichas islas por algunas horas, destruyendo todos sus sembrados y la mayor parte del arbolado, librándose éstos y algunos más que por falta de embarcaciones quedaron allí. Su intención era abandonar para siempre su país nativo, estableciéndose en la isla de Saipan junto a sus paisanos que residían en ella desde el año 1839, procurando luego que se restablecieran de su debilidad ir a su país a recoger a los que allí quedaron.

El 24 de mayo de 1849 nuevamente se reunió la Junta de autoridades presidida por el nuevo Gobernador, Pablo Pérez (1848-1855), con los mismos anteriores vocales (cura, Administrador y Secretario de Gobierno), una vez que aquél había realizado, en compañía del Administrador, una visita a las islas de Tinian y Saipan²².

Entendía el Gobernador la necesidad de extender a Saipan la matanza de toros y reses por ir escaseando en la primera isla, donde se había hecho de continuo desde 1834. Por ello, se acordó que se pusiera ésta al cuidado del encargado de los carolinos de Saipan, que tenía el carácter de suplente del Alcalde de ambas islas, poniendo a sus órdenes el número de mozos que conviniera, tarea a la que también ayudarían los carolinos cuando aquél lo creyera necesario, imponiendo a éstos el hacer aceite de coco los lunes de cada semana y dedicando los viernes a la pesca para salar luego el pescado o secarlo, con lo que la Hacienda o Fondo

de Lazarinos encontraría un gran aumento al tiempo que sustituiría la escasez de esos artículos que había en Guam, en la que se expendían en pública almoneda.

Igualmente, se acordó dar instrucciones para la observancia del Alcalde de ambas islas y del suplente en la de Saipan que comprendieran las obligaciones de los dos para que el primero conociera la parte que incumbía al segundo y éste estuviese enterado de las del primero por si hubiera necesidad de sustituirle.

Al no tener el suplente sueldo alguno por no estar comprendido en la plantilla del situado, se le señalaba el 10% de todo lo que se recaudara para la Real Hacienda de la matanza, pesca o de cuanto se produjera en la isla, en lugar de los 4 pesos que se le venían pagando como gratificación por acuerdo de 10 de febrero de 1848, quedando así el cargo remunerado y haciéndolo más atractivo para quien en un futuro pudiese acceder a él, dada la necesidad de contar con alguien que desempeñara estas tareas en la isla de Saipan.

Por estas instrucciones, en veinte artículos, se acordaba que el Alcalde de Tinian lo era también de Saipan, residiendo en ésta su segundo o auxiliar, quien debía observar estas Instrucciones y cuantas recibiera del Alcalde.

Entre sus obligaciones inmediatas estaban el extender las siembras lo más posible en uno y otro punto, haciendo la matanza de toros y cerdos, siendo asignados al efecto dieciocho mozos y otros que serían destinados por vía de corrección, cuidando el Alcalde de su oportuna distribución en ambas islas; para la caza, se valdrían de fusiles, lanzas, lazos, perros y otros arbitrios

necesarios.

También harían acopio de gaogas, aceite de coco, manteca, tocino, pescado salado y seco, para lo cual estarían provistos de barotes, chinchorros, sal y todos los utensilios necesarios, cuidando mucho de ellos y reemplazando los que se inutilizasen; harían los pedidos con anticipación a fin de que el señor Administrador los remitiese lo antes posible. Estos artículos debían remitirse mensualmente, si el tiempo lo permitía, en remesas a la capital, cargando de ellos todas las bancas de los carolinos disponibles, teniendo siempre diez en disposición de navegar.

A ningún buque ni persona alguna podría cederse carnes ni ninguno de los artículos referidos, a excepción de frutas y legumbres, y sólo en el caso crítico de presentarse algún buque destituído de socorro podría facilitársele los precisos auxilios para seguir su marcha a las islas de Rota o este de Guam a proveerse de lo demás que necesitase. En este caso, debía el Alcalde exigir el importe prudencial, firmando dos mozos por vía de testigos, remitiéndolo al Administrador.

Si en estos casos tuviese oportunidad, compraría el Alcalde o su auxiliar un bote con remos y vela para el servicio de aquellas islas, pagándolo en truke de los efectos que necesitara el buque. También remitiría por dicho buque la carga que tuviese si era de los que llegaran a puerto de Guam, gratificándose juiciosamente con carne viva, raíces y aves.

Tendría en chiqueras veinticinco o treinta puercos en cada una de dichas islas, bien mantenidas para surtir de manteca a los Reales Almacenes o remitirlos vivos. Cuando se aproximara la monzón de la llegaga de los buques balleneros al puerto de San

Luis de Apra, tendría también amarradas veinte o veinticinco terneras con algunos toretes para remitir a éste vivos; si algún capitán se aprestara a llevarlas junto con los cerdos, se le gratificaría lo mismo que se previene en el párrafo anterior.

Ambas autoridades cuidarían de que los cabos y mozos se dedicaran a las faenas a que estaban destinados, haciéndoles observar buenas costumbres; lo mismo harían con los desterrados por el Gobierno. Todos diariamente debían rezar el rosario a la Virgen Santísima y añadir los días de fiesta alguna otra devoción por suplemento a la misa. A los desterrados los mirarían con caridad y justicia, ocupándoles y tratándoles lo mismo que a los mozos.

Las novedades en ambas islas relativas a la Administración de la Real Hacienda serían participadas al Administrador y al Gobierno.

No tendrían ni permitirían que nadie tuviese en Tinian ni Saipan propiedad alguna de ganado vacuno, pues todo debía pertenecer a la Real Hacienda.

Respecto a que la isla de Saipan estaba nuevamente poblada por carolinos emigrados de su país, se les permitía hacer siembras de artículos de su mayor uso, criar gallinas y otras aves y cuidar puercos en chiqueras o en parajes donde no hiciesen daño a las siembras; se les prohibía vender a los buques extranjeros todo lo que les sobrara de sus cosechas, a excepción de frutas, ya que se les compraría por cuenta de la Hacienda, tasando sus efectos entre el Alcalde o su segundo y el interesado u otro que éste nombrara, pagándoselo con herramientas o telas, para lo cual se les daría el surtido necesario por el Administra-

dor, incorporando los artículos comprados al cargamento que se remitiesen por cuenta de la Hacienda.

El Alcalde y su segundo debían estimular con su ejemplo a los carolinos para que hiciesen toda clase de siembras, y para que fuesen siendo útiles al Estado, se les emplearía los lunes en vallar cocos para hacer aceite y los viernes se dedicarían a pescar, si el tiempo lo permite, para salarlo o secarlo, cuyos artículos se unirían también a los demás efectos que pertenecían a la Hacienda.

Las casas de los carolinos se harían nuevas, un poco más grandes y con piso de bonga, pues con eso se evitaba la humedad y la suciedad que tenían en las que habitaban, enseñándoles a tenerlas limpias; debían distar quince varas unas de otras para evitar incendios, poniendo cercos y siembras de plátanos u otros árboles frutales, frijoles, calabazas, sandías, etc., conservando siempre limpias las calles.

Por lo que se refiere al trato y convivencia del segundo del Alcalde con los carolinos de Saipan, se repiten las instrucciones de 1848 relativas a su tarea como maestro de letras y de doctrina cristiana, además de las obligaciones que debía observar su mujer con respecto a la enseñanza de las niñas.

Esta última, en atención a que tiene algún conocimiento en medicina, debía ejercer este oficio de caridad curándoles en sus enfermedades; al efecto, se le darían los títulos de maestra y cirujana. Los demás que componían la familia, varones y mujeres, ayudarían al matrimonio en lo que no pudieran asistir; los carolinos les construirían una casa arreglada a su familia y contando para que también pudiera tener en ella algún enfermo que

necesitase de su asistencia.

Su sueldo sería, al igual que en las instrucciones anteriores, del 10% sobre lo producido y recaudado, de lo que tendría que hacer dos relaciones, una vez todo pesado y medido, remitidas al Alcalde quien, a su vez, dirigiría una al Gobernador y otra al Administrador para que puesto en Almoneda y según lo obtenido, se le pagase ese 10%.

En definitiva, tenía el deber de un misionero con sus exhortaciones, y de un cabeza de barangay en el orden de familia, conciliándoles en toda desavenencia, llevando el alta y baja de muertos y nacidos, estimulándoles a que le imitaran y siguieran su ejemplo, guardando también mucha armonía con los jefes carolinos, haciéndoles entender que debían vivir en paz y obedientes a las órdenes del Gobierno por la hospitalidad que recibían, y si alguno se negara a colaborar, habría de comunicarlo al Gobierno para que tomara las medidas oportunas.

Quedaban sin ningún valor las disposiciones anteriores añadiendo, como nota aclaratoria, que para las salidas mensuales de las bancas de carolinos en dirección a la capital tendrían días señalados, y si el tiempo no lo permitiera, se verificarían en el día que mejorara.

Para las comunicaciones de las islas de Tinian y Saipan se valdrían de hogueras puestas en el paraje que tuviese buena vista de una a otra que durasen quince minutos, y cuando el aviso demandase urgencia, se repetirían dos veces en el intervalo de quince minutos. Luego que fuesen vistas dichas hogueras, saldría de Saipan para Tinian una banca a recibir las órdenes del Alcalde.

Con estas disposiciones quedaba regulada la organización de las islas habitadas del Norte, si bien unos años más tarde serían completadas desde el punto de vista político, con la celebración de elecciones municipales, entrando el elemento indígena carolino en la vida pública, y social, con la reunificación de la población en barangays.

En 1849 la población de la isla de Saipan, localizada en Garapan, ascendía a doscientos sesenta y siete habitantes, mientras que en 1864 ya había aumentado hasta los cuatrocientos treinta y tres; en las mismas fechas, y en relación a Tinian, con una población asentada en Sunharon, el número de habitantes es de cuarenta para 1849, y solamente dieciocho en la segunda fecha. Para entonces, entre Agrigan y Pagan, las otras dos islas del Norte susceptibles de albergar población y que serán las que se arrienden años más tarde, tan solo se contabilizaban en esos años quince pobladores, llevados a las islas y nuevamente embarcados de regreso por el Narváez²³.

En 1856, el Gobierno Superior de Filipinas dispuso que, siendo los productos que se obtenían de las islas de Tinian y Saipan rentas del Estado destinadas a la manutención y asistencia de los lazarinos de las islas Marianas, quedaba prohibido sacar de las islas el 10% impuesto sobre los arbitrios, debiendo el Gobernador de las islas procurar promover el aumento de los ingresos en otros ramos ya que en la fecha había disminuído el producto de las citadas islas; igualmente, se ordenaba la supresión de la gratificación de los 60 pesos que se daba al párroco de Rota por sus visitas a Tinian, ya que en esta isla y en la de Saipan se

establecía, por decreto, cura separado de la otra con dotación igual a los demás; además, se reducían los sirvientes de los lazarinos, contrayendo a 3 pesos el pago mensual por sus servicios²⁴.

El 21 de mayo de 1858, el Delegado General del Obispado de Cebú en Manila expidió al religioso recoleto Fr. Isidro Liberal el título de Misionero de Saipan y Tinian, quien informó al Gobernador Superior para que diera cuenta al de Marianas²⁵.

Por entonces, había cerca de trescientos carolinos en Saipan pero ya se contemplaba la posibilidad, a primeros de los años 50, de trasladarlos a la ciudad o bien que formasen parte de uno de los pueblos de Guam, o uno ellos solos, con objeto de sacarse algún partido o utilidad²⁶. Así, en 1851, y para impulsar el desarrollo de Saipan, Juan Ruiz Roda informaba de que los aproximadamente trescientos carolinos que llevaban allí viviendo desde hacía más de catorce años estaban ampliamente amparados por el Gobierno para que se radicaran allí definitivamente, teniéndoles además puesto un maestro para que les instruyese en los principios de la religión, pero recomendaba que se les trasladara al sitio de Apuguan, en la isla de Guam y distante de la cabecera media hora, con objeto de que el cura de ésta pudiera visitarlos con frecuencia y así, poco a poco, ir cristianizándoles; una vez bautizados, se mezclarían en enlaces con los chamorros, asegurándose de esta forma una conquista plena de las islas Marianas²⁷.

Gradualmente, algunos chamorros comenzaron a reasentarse en Garapan, Saipan, fundando establecimientos justo al norte de los carolinos.

Durante el mando de Felipe de la Corte (1856-1866), el mismo

Gobernador promovió dos expediciones a las dos islas de donde procedían los carolinos de Marianas, obteniendo en la primera más de setenta inmigrantes que acabaron estableciéndose en Saipan, y solo seis o siete en la segunda, pretextando tener miedo a navegar en el buque²⁸.

Este Gobernador se mostraba abiertamente partidario de la inmigración carolina ya que eran indios de constitución robusta, apacibles y acostumbrados a vivir tan solo de algunas frutas de árboles, careciendo de terrenos cultivables por ser sus islas meros bancos de arena infiltrados del agua del mar. Además, la experiencia de los carolinos establecidos en Saipan desde hacía más de cuarenta años demostraba lo fácil de su aclimatación.

Opinaba que no eran tribus idólatras siendo, por tanto, masa dispuesta a recibir los principios de la religión católica y las leyes de la civilización sin repugnancia ni oposición.

El único inconveniente de fundar la prosperidad de Marianas en esta inmigración era que, a pesar de lo pobre del estado de estos isleños, como así vivían y no conocían otras aspiraciones, dependía de un mero capricho el aceptar o no el cambio de situación y tal vez por lo mismo, si se les solicitara se negarían a aceptar los beneficios que se les ofreciera.

No obstante, proseguía el Gobernador, podría contarse como seguro obtener pobladores de Carolinas si tomando la empresa con cierta calma se facilitarán transportes por medio de buques que visitaran aquellas islas con pretexto de tráfico u otros, y que aprovecharan las oportunidades.

El plan de Felipe de la Corte consistía en contratar el pasaje de los carolinos con los buques nacionales o extranjeros que

viajaran a aquellas islas, pagando una media de 15 pesos por cada hombre o mujer y la mitad por cada menor de doce años, aumentándose así lo menos en quinientos individuos al año, no pareciéndole gravoso imponer entre 5.000 pesos y 6.000 pesos anuales para obtener esta inmigración. En cualquier caso, para repoblar las islas Marianas los carolinos no eran tan indispensables como otras razas, por ejemplo la china, dado que vivían en estado casi salvaje sin más aspiraciones que satisfacer sus propias necesidades.

Como escribe Guillermo Camargo²⁹, los carolinos de Tinian procedían de la isla de Suoc; el 17 de agosto llegaron a Guam y el día 25 de mismo mes fueron conducidos a Pagan para poblarla. En 1869 pasaron a Tinian, donde quedaron definitivamente establecidos.

Otro grupo que pasó de Pagan a Saipan, entre los cuales hubo grandes mortandades, fue trasladado a Guam, concretamente a Tamuning, en 1873.

Los carolinos de Guam: el barrio de M^a Cristina

De esta forma, los carolinos de Guam fueron importados primero a Saipan, adonde fueron llevados mediante una contrata de cinco años para dedicarlos a faenas agrícolas, pero habiendo visto que aquel clima les sentaba malísimamente puesto que en dos años murieron ciento noventa y nueve, los trasladaron a Guam, haciéndose cargo de ellos una sociedad agrícola que existía en la isla por entonces, la Sociedad Agrícola La Concepción.

Pero habiendo tenido ésta grandes pérdidas, abandonó a los carolinos y fueron recogidos por el Gobernador, dándoles un

pedazo de terreno para que labrasen sus chozas y pudiesen vivir; ellos se unieron y formaron el barrio de Tamuning, cerca de Agaña³⁰.

Cuando Camargo visitó en 1873 dicho barrio, la impresión no pudo ser más desfavorable; presentaba dos hileras de chozas bastante sucias, formando calles por entre las cuales aparecían los carolinos completamente desnudos, llevando sólo un taparrabos de pequeñas dimensiones, con los cabellos largos y sueltos, y completando el cuadro, alguna que otra mujer en el mismo estado de desnudez aunque con la piel de distinto color ya que se friccionaban con azafrán o pimienta molida.

Eran de aspecto esbelto y bien formados, altos, fornidos, de color cobrizo, cabello largo y algo rizado, teniendo muchos de ellos barba o bigote; las mujeres presentaban los mismos caracteres.

Las habitaciones de las viviendas estaban formadas de caña y nipa, forrándolas con hojas de palma, no teniendo ninguna abertura excepto una pequeña entrada por la que había que pasar a gatas; en medio del barrio había otra choza más grande en la que se reunían por las noches a cantar.

Al frente de su organización se hallaba un rey, cuya autoridad era bastante respetada por esta población carolina, diferenciándose de sus súbditos en el vestido ya que llevaba una especie de casulla de color azul, aunque algunas veces incluso se ponía ropa europea.

La costumbre que más destacaba entre los carolinos era la de taladrarse la oreja, introduciéndose por el agujero unas sartas formadas con numerosas ruedecitas de cáscara de coco; el peso del

adorno era tal que en muchas ocasiones tenían las orejas deformadas, con orificios mayores que el de una moneda.

No se dedicaban a más ocupación que a la pesca, cuyo sobrante vendían tras cubrir sus necesidades, y a la recolección de frutos silvestres.

Para entonces, y gracias a las gestiones del Padre Aniceto Ibáñez del Carmen, había establecido una escuela de párvulos carolinos, teniendo de maestro a un chamorro que entendía aquel idioma, aprendiendo a rezar primero en carolino y poco a poco en chamorro; dicha escuela era una modesta choza, como todas las demás, con unos bancos de caña alrededor.

Sin embargo, las condiciones de vida en Guam no eran muy halagüeñas, lo que motivó que en 1883 un grupo de carolinos se quejara ante el Gobernador General por los abusos a los que les sometía el Gobernador de Marianas Francisco Brochero (1880-1884), dado que les obligaba a trabajar más de los 40 días al año estipulados, reclutando para las tareas incluso a niños menores de edad³¹, de doce o catorce años, apaleándolos en caso de que faltaran a los trabajos.

Los carolinos informaron al Gobernador General de que no sólo trabajaban más tiempo del necesario, sino que encima no eran obras para la comunidad sino para el propio beneficio del citado Brochero; los que trabajaban en la ciudad debían ausentarse durante meses de sus casas, con el evidente perjuicio para sus economías familiares, agravado por el hecho de que no cobraban ni siquiera un jornal. Por todo ello, elevaban sus quejas, añadiendo que si se les permitiera, abandonarían Guam en dirección a las islas del Norte, donde pensaban que serían mejor

tratados.

Y es que en Guam, de los aproximadamente doscientos dieciséis carolinos, había cincuenta y tres de entre 16 y 60 años que estaban en edad de trabajar, según informaba el Gobernador de Marianas³² al Gobernador General en 1884.

Consideraba aquél que podían trabajar comunalmente o bien pagar a la Comunidad, puesto que no contribuían de ninguna manera a las citadas cargas comunales y llevaban ya unos diez años asentados en la isla sin prestar servicio alguno.

Como ya había pasado el citado período, y dado que carecían de recursos pecuniarios, dispuso Brochero que seis de los citados carolinos trabajaran en obras públicas y otros tantos en el coco seco, que en el espacio de cuatro o cinco meses serían del orden de ciento cincuenta quintales de dicho producto, con un valor de 140 pesos.

A otros los colocó a cultivar maíz, tabaco y camote, de manera que en un año, con sólo cincuenta y tres carolinos, se habían obtenido doscientos 259,12 $\frac{4}{8}$ pesos, repartiendo entre los carolinos la mitad del sitio limpiado y la simiente necesaria.

La queja de los carolinos siguió su curso y durante el mandato de Francisco Olive y García (1884-1887), se abrió una investigación para comprobar la veracidad de los hechos, ratificándose aquéllos en su denuncia y en su deseo de ir a las islas del Norte.

Por entonces, todos los carolinos residentes en Guam fueron reagrupados en cabecerías, al modo chamorro, y así, el 24 de julio de 1884 se inauguró por el entonces Gobernador Angel Pazos (1884), un barrio de carolinos con el nombre de María Cristina³³,

situado a 1,5 km. a la parte este, teniendo a su frente la playa.

Por el momento, lo constituía un perímetro de 10.000 m2, veinte casas, una escuela y Tribunal, comprometiéndose Pazos a agrandarlo con el tiempo y a sustituir las costumbres "salvajes" de sus habitantes por otras más civilizadas, así como empadronarlos y hacerles contribuir a la comunidad como lo venían haciendo los naturales chamorros; había sido construido con el trabajo comunitario carolino, a quienes se les cedió terrenos para que se dedicaran a las labores del campo³⁴.

Como tenían que dedicarse a la construcción del barrio, Pazos había dispensado a los carolinos del impuesto de la prestación personal correspondiente al primer semestre del año económico corriente 1884, habiendo sido ingresada la correspondiente al segundo trimestre en la Caja de Comunidad, según habían informado verbalmente al Gobernador el Teniente de Barrio y el maestro de Escuela, no presentando dificultad el cobro sucesivo del impuesto ya que adquirirían los carolinos bastante numerario con la venta de los efectos expresados.

El 14 de noviembre de 1884, el Gobernador Olive había solicitado del Gobernadorcillo y sus Principales de Agaña un informe sobre el modo de vida de los carolinos de la ciudad, llegados aproximadamente en 1867, para saber si sería conveniente que pagaran impuestos; en noviembre de ese mismo año la respuesta de aquéllos concluía que era necesario que pagaran a la comunidad igual que los demás puesto que ya habían transcurrido los diez años de exención fiscal³⁵.

Se recuerda en el informe que, en vista de las especiales condiciones de los carolinos y con el fin de que fueran inspirán-

dose poco a poco en la necesidad del cultivo de tierras, el ex-Gobernador Brochero les había obligado a que satisficieran el servicio de prestación personal y el impuesto comunal -que en 1884 ya se denominaba impuesto provincial-, a cuyo fin les señaló terrenos para su cultivo imponiéndoles la condición de que parte del producto de su trabajo se les adjudicaría como beneficio, y otra parte se vendería, siendo su importe ingresado en la Caja de Comunidad, como así se verificó.

Los carolinos, que se contentaban con poco y que desde un principio mostraron su resistencia a admitir los hábitos y costumbres de los naturales, según la Principalía, tenían un modo de vivir consistente, casi exclusivamente, en ciertas industrias extractivas, como la pesca y la extracción de frutos silvestres.

Dado que disfrutaban de bienes pro-comunales, solicitaban que pagaran igual que los naturales, si bien había que tener en cuenta que no tenían los mismos recursos en cuanto a numerario y por ello sería conveniente que temporalmente se les concediera el privilegio de satisfacer sus obligaciones en trabajos personales, únicamente mientras su situación no cambiase.

Estos carolinos, que residían ya en Guam desde hacía diecisiete años, habían estado diseminados por los diferentes barrios de la ciudad hasta su reagrupamiento en el citado barrio, estando dividido en dos cabecerías, con su cabeza y suplente carolino al frente, teniendo además el barrio un teniente y un maestro indígenas, bajo cuya dirección había hecho su sementera de camote para las futuras siembras de maíz³⁶. Vendían leña, gallinas y los productos de la pesca a que se dedicaban con nasas, aunque estaban construyendo un baroto y un chinchorro para aumentar las

capturas.

Las casas del barrio, aunque de materiales ligeros y bastante malas, eran relativamente espaciaosas, con el piso a un metro de altura sobre el terreno natural³⁷.

Los carolinos de Agaña se encontraban exceptuados del servicio militar, no ocupándose de ningún trabajo, y alimentándose de rima, pescados y mariscos. Vestidos con una ligerísima indumentaria, eran de clara intuición, robustos, amables y sumisos, practicando un modo de vida similar al que mantenían en sus islas de origen, de las cuales fueron llevadas a Marianas con objeto de ocuparles en el cultivo de las sementeras de algodón que una sociedad de naturales de las mismas se propuso llevar a cabo; dicha sociedad se vio en la necesidad de desistir del expresado propósito, al año de su existencia, por causa de la inconveniente dirección y mala administración que se dio a sus intereses³⁸.

En la visita que Olive realizó al barrio en noviembre de 1884, ordenó que las veintiocho casas existentes se recubrieran con zagual ya que el tejido de coco que cubría las paredes estaba totalmente podrido, al igual que la Casa Tribunal-escuela, que amenazaba ruina.

Hacían sus plantaciones de maíz y camote en unas tierras de propiedad particular, perjudicando con ello a los dueños, pero cuando se analizaba la posibilidad de darles tierras en propiedad, el problema es que estaban demasiado lejos del barrio, lo que hubiera supuesto el que los frutos los hubiesen aprovechado los vecinos, práctica común en Marianas, y más teniendo en cuenta que no se respetaría para nada su propiedad al ser carolinos.

A pesar del éxito de su creación, un año más tarde el

Gobernador de Marianas consideró la posibilidad de trasladar a estos carolinos residentes en el barrio de María Cristina, así como a los habitantes de la isla de Rota, a la isla de Saipan, abundante en terrenos fértiles aunque prácticamente deshabitada³⁹.

El plan del Gobernador consistía en que fueran trasladados en la goleta inglesa Beatrice, capitaneada por Williams, quien había puesto como condición el que se le abonaran 2 pesos por pasaje de cada persona mayor, reintegrándose de la cantidad a que ascendiera el importe total, bien concediéndole el usufructo de Pagan y Agrigan, o bien aprovechándose de las primeras cosechas que los nuevos colonos recogiesen si no pudiesen abonárselo en metálico.

Una vez establecidos en la isla, y para promocionar el nuevo pueblo, consideraba el Gobernador que habría de eximirseles durante ocho años del pago del impuesto provincial, que en todo ese período representaría la exigua cantidad de 301,50 pesos.

Ante esta situación, el Gobernador General, Terrero, consultó al Director General de la Administración de Filipinas si era posible o no la exención a los carolinos de tal impuesto, teniendo en cuenta que él consideraba conveniente el traslado de los carolinos⁴⁰.

La respuesta del Director General de la Administración en 1886 fue clara; si los carolinos a los que se refería el Gobernador Político-Militar de Marianas debieran considerarse como infieles nuevamente reducidos o como nuevos cristianos, podrían disfrutar por espacio de ocho años de la exención que se pretendía a su favor, con arreglo a lo dispuesto en el artículo

8° del Decreto del Gobierno General del 14 de enero de 1884, pero como vivían constituyendo uno de los barrios de la capital, Agaña, reconociendo, por tanto, los poderes que los gobernaban, era evidente que no podían considerarse ni como infieles ni como igorotes para los efectos de la expresada ley, y en su consecuencia, el Centro Directivo a su mando carecía de medios hábiles para conceder por su parte la exención de que se trata.

Sin embargo, consideraba que parecía justo y equitativo que al arrancar a los carolinos del modo de vivir conocido, ofreciéndoles otro habitual y extraño, se les indemnizara, cuando menos, de todos los gastos que su movimiento les habría de proporcionar, facilitándoles, además, los principales medios de subsistencia en el terreno nuevamente poblado hasta hacerlo productivo, dispensándoles, por último, de toda clase de impuestos personales por un período determinado⁴¹.

En cualquier caso, la cuestión quedó pendiente y así, a la altura de 1891, otro Gobernador de Marianas, en este caso Luis Santos (1891-1892), solicitó al Gobernador General autorización para suprimir el barrio carolino de María Cristina⁴², al considerar que a pesar de estar el barrio a cuarenta minutos de la cabecera pero en una zona de difícil camino, el grado de civilización se sus habitantes era similar al que tenían cuando se establecieron, esto es, bajísimo.

Las islas del Norte entre 1885 y 1899

La inmigración carolina a las islas Marianas contribuyó, en cierta medida, a incrementar la población global del archipiélago.

En 31 de diciembre de 1884, 1885 y 1886, había mil cincuenta y ocho, mil sesenta y ocho y mil sesenta y nueve carolinos, respectivamente, distribuídos en las tres islas del Norte habitadas, además de los del barrio de M^a Cristina, según se expresa en los cuadros adjuntos⁴³:

AÑO 1884

PUEBLOS	Varones	Hembras	Párvulos	Total
M ^a Cristina	82	106	24	212
Rota	22	42	14	78
Tinian	86	105	44	235
Saipan	<u>213</u>	<u>225</u>	<u>95</u>	<u>533</u>
Totales	403	478	177	1.058

AÑO 1885

PUEBLOS	Varones	Hembras	Párvulos	Total
M ^a Cristina	77	102	21	200
Rota	16	43	15	74
Tinian	87	103	45	235
Saipan	<u>219</u>	<u>233</u>	<u>106</u>	<u>559</u>
Totales	399	481	187	1.068

AÑO 1886

PUEBLOS	Varones	Hembras	Párvulos	Total
M ^a Cristina	74	94	25	193

Rota	16	44	15	75
Tinian	84	102	47	233
Saipan	<u>220</u>	<u>231</u>	<u>117</u>	<u>568</u>
	394	471	204	1.069

En cifras globales, el número de carolinos había descendido, después de veinte años, en ciento sesenta y seis, lo que era atribuido por Olive a su escasa tasa de fertilidad y de natalidad ya que las defunciones, por ejemplo en Saipan, cuya población total pasaba de ochocientas personas, solo habían fallecido ocho a lo largo de 1886. En Tinian, la ligera disminución que se aprecia se debe al hecho de haber pasado una familia a radicarse en Saipan.

En Rota, el número de mujeres era superior al de hombres, pereciendo seis de éstos que tripulaban una banca que naufragó durante el baguío del 17 de agosto de 1886.

El barrio de María Cristina de Agaña estaba bien situado y con casas desahogadas de materiales ligeros, y sin embargo, fallecieron trece personas en 1885 habiendo nacido solamente un niño, mientras que en 1886 había siete habitantes menos.

Los carolinos residentes en Saipan y Tinian en su inmensa mayoría estaban bautizados, mientras que en Rota y Guam solamente algunas mujeres, menos de media docena, que fueron criadas de algún empleado o de algún chamorro.

En Saipan cultivaban sus campos y disfrutaban de cierto bienestar, en parte gracias a su dedicación a la provisión de víveres a los barcos balleneros que allí recalaban, siempre en mayor número que en la isla de Guam, en donde apenas llegaban a

la media docena.

Los de Tinian también tenían una situación más o menos estable dado que, además de trabajar la tierra, trabajaban como mozos del ramo de lazarinos.

Por su parte, los carolinos de Guam sustituían a muchos chamorros en los trabajos públicos, vendían leña y pescado y trabajaban en común unas pequeñas sementeras. Para entonces ya se había conseguido que fueran vestidos por las calles, y no semidesnudos como era la costumbre de este pueblo.

La isla de Rota⁴⁴

La isla de Rota, la más inmediata a Guam, de la que distaba unas treinta millas, se hallaba separada de Saipan a noventa millas; estaba constituida por dos peñascos unidos por un istmo, localizándose en este último la población.

Estuvo habitada desde el comienzo de la colonización española, siendo su población prácticamente chamorra en su totalidad; por estas circunstancias, lógicamente sobre ella no pesó ningún contrato de arrendamiento ni se fomentó la inmigración de otros isleños, como los carolinos llegados a otras de las islas del Norte, si bien en un momento dado podía haberse contemplado esta posibilidad dado lo escaso de la misma; en cualquier caso, a lo largo del siglo XIX se establecieron en ella algunos grupos de carolinos.

Disponía, al igual que Guam, de infraestructura colonial, estando al frente de la misma un Alcalde como representante del Gobernador Político-Militar de las islas, dotándose de un sistema indígena municipal, aún imperfecto dado que no había procesos

electorales, correspondiéndole al Gobernador Político Militar el nombramiento directo de las autoridades.

En 1823, durante el período constitucional en Marianas, fue relevado de su cargo el anterior Alcalde Administrador de la isla de Rota, siendo nombrado José Flores, cabo de segunda clase de la Segunda Compañía, encargado de la buena policía, tranquilidad, régimen de vida, habitantes, etc. de la citada isla, asignándosele un sueldo de 8 pesos mensuales⁴⁵.

En las instrucciones provisionales que le fueron dadas en la fecha, siendo Gobernador Político Militar José Ganga Herrero (1823-1826), se ordenaba que todos los individuos que tenía a su cargo observaran la Constitución castigando a los que no observaran las leyes de policía y de buen gobierno.

Entre sus cometidos principales estaba el velar por que las casas se mantuvieran aseadas, que se aumentaran las haciendas y ganados, que los habitantes hicieran la matanza de puercos y otros animales de la Real Hacienda, induciendo a los naturales a que sembraran, criaran ganado e hicieran las tareas que les correspondieran.

Todos los años debía enviar una relación de los casados, nacidos y muertos, con expresión de varones y hembras, bautizos, bautizados y raza de los habitantes.

Además de contar Rota con un Alcalde Administrador, había también un Gobernadorcillo, Felipe de la Cruz, siendo igualmente relevado en 1823 siendo sustituido, por nombramiento directo del Gobernador, por Angel Tayguimini, quien como tal estaba obligado a cuidar de la quietud y buen gobierno de sus naturales, del buen orden de las casas, de la limpieza y composición de calles,

calzadas y caminos de las sementeras y tierras de labor, fomentar el cultivo del maíz, arroz y otros granos, de los árboles útiles de los cocos y otros frutales, de la cría de puercos, gallinas, cuadrúpedos y aves domésticas, etc.⁴⁶.

Contaba a principios del siglo XIX con un solo pueblo, con unos cuatrocientos habitantes, mandando en ella un Alcalde nombrado directamente por el Gobernador de Marianas, con el sueldo de 12 pesos fuertes al mes; tuvo también su cura párroco pero dada la escasez de religiosos recoletos, no existía ni tenía cura dicha isla, teniendo que ir de Marianas cada dos o tres años el cura del pueblo de Pago para ayudar en todas las funciones a los habitantes de la ciudad, no habiendo en la fecha ninguno que realizara tal servicio⁴⁷.

A partir del Reglamento Ricafort de 1828, se suprimió la Administración de la isla, conservando en ella un Alcalde nombrado por el Gobernador de entre los vecinos de mejores circunstancias que cobraría 12 pesos mensuales, teniendo el auxilio de dos mozos o alguaciles con diez reales cada uno al mes, para cuidar de aquellos naturales, que quedaban libres de cultivar la tierra (art. 8º), pero con la obligación de cuidar de los ganados⁴⁸.

La organización social con la agrupación de sus habitantes en cabecerías será característica, como en Guam, desde los años 30.

La población total de la isla de Rota en el año 1849 ascendía a trescientos ochenta y dos habitantes, mientras que en 1864, producido un considerable descenso en términos relativos, se contabilizan trescientos treinta y cinco habitantes⁴⁹.

Cuando se ordenó en 1853 a Felipe de la Corte que fuera

comisionado a las islas Marianas por decreto de 8 de junio, entre las instrucciones que se le dieron se señalaba que en esa fecha había de nuevo un Administrador en la isla de Rota (vimos que se suprimió este cargo por el Reglamento Ricafort) que nombraba el jefe de las islas, con el sueldo de 12 pesos al mes, cuyo objeto principal era recolectar carnes que luego se vendían en pública almoneda, aplicándose su producto al Hospital de San Lázaro; se señala igualmente que también había un Alcalde con igual sueldo, nombrado también por el Gobernador, elegido de entre los vecinos de más recomendables circunstancias, teniendo por objeto el cuidar de aquellos pobres habitantes para que se dedicaran al cultivo de la tierra, a la cría de ganados o a alguna industria⁵⁰.

La difícil geografía de la isla y la dificultad de comunicación con la cabecera, fueron causas de la escasez de población en la misma a lo largo de todo el período español, reunida toda en un solo pueblo de dos calles, llamadas "Sosolang" la del norte y "Sosoljaya" la del sur, habiendo una Iglesia con su casa parroquial, una escuela y la casa del Alcalde, que era quien gobernaba la isla⁵¹.

En 1873, el Alcalde y la Principalía del pueblo de Rota solicitó la traslación del mismo a la villa de Umata y la exención por dos años de polos y servicios personales⁵², alegando como causa de la pretensión la aridez de la tierra, peñasco en su mayor parte, y el que las continuas collas que se venían experimentando desde hacía casi doce años maltrataban y malparaban los frutos de su trabajo, cuya lamentable situación había empeorado desde el huracán experimentado en aquel punto a finales

de 1870.

El Vicario foráneo y provincial de las islas Marianas informó favorablemente, fundado en la insalubridad del lugar y en las desventajas que el mismo ofrecía.

El Gobernador de aquellas islas, al elevar el expediente al Gobierno Superior de Filipinas, manifestaba que la isla de Rota contaba solo con tres pozos, dos de ellos de agua mala y el tercer algo mejor, y que la isla estaba totalmente rodeada de arrecife.

En 1850 constaba una población de 396 habitantes, teniendo en 1873 solamente 327 habitantes; se veían precisados a ocuparse en la pesca, que verificaban en embarcaciones muy pequeñas y con una arriesgada exposición, estando la mayor parte del año incommunicados de la isla de Guam.

El Gobernador informó favorablemente sobre Umata ya que allí existían magníficos terrenos que podrían darse a los de Rota. De llegar a verificarse su traslación, ésta podría hacerse por el mismo buque correo en los 20 días en que debía permanecer en aquélla, y en caso de concederse por el Superior Gobierno la citada traslación, creía justo lo propuesto por el Alcalde, Principalía y Cura Párroco de que durante dos años se les eximiese de polos y servicios personales para poder dedicarse a levantar sus casas y abrir sus sementeras, siendo evidente que el Tesoro a la vuelta de dos años podría reintegrarse con una usura puesto que abandonada la isla de Rota podría ésta ser arrendada a cualquier particular por 200 ó 300 pesos al año en los mismos términos en que por entonces lo estaba Tinian.

El Director General de la Administración Local informó

favorablemente sobre lo relativo a la exención, al igual que el Gobernador Político-Militar, pero se opuso a ello la Contaduría del Ramo Local ya que los habitantes no iban a formar un nuevo pueblo.

No quedaba claro en la solicitud de traslado si el Alcalde, Principales y vecindario de Rota iban a formar parte de la villa de Umata, y en consecuencia se suprimiría el pueblo y parroquia que antes formaban, o si su traslación era sin dejar de formar por sí mismos pueblo, circunstancia indispensable para poder resolver en relación con la exención de polos y servicios.

Lo cierto es que dada la dificultad de la traslación por toda la problemática legal que suponía, al final no tuvo lugar, quedando los habitantes de Rota en su isla en las mismas condiciones de abandono que antaño.

En la década de los años 80, y a la hora de recaudar el impuesto provincial entre sus habitantes, el Gobernador de Marianas elevó al Gobernador General de Filipinas un informe en el que se señalaba que dada la imposibilidad de llevar a cabo la recaudación del impuesto provincial correspondiente al segundo semestre de 1884-1885 por la escasez de numerario y de comunicaciones entre ambas islas, se dispuso que todos los individuos que no pudieran pagar en moneda lo hicieran en especies para que, vendiéndolas en pública subasta, pudieran satisfacer con sus productos las deudas que resultaran⁵³.

Por entonces, la isla contaba con cuatrocientos setenta y seis habitantes⁵⁴, lo que suponía un aumento de ciento cuarenta y ocho personas desde 1864 (ciento sesenta y cuatro varones adultos; cincuenta y seis párvulos; doscientas siete mujeres, y

sesenta párvulas), contándose setenta y ocho carolinos que allí residían desde hacía muy pocos años.

Según datos de Olive, el número de carolinos que habitaban la isla de Rota entre 1884 y 1886 es el siguiente⁵⁵:

ROTA	1884	1885	1886
Varones	22	16	16
Hembras	42	43	44
Párvulos	14	15	15
Total	78	74	75

La inmensa mayoría de los habitantes de Rota, pues, eran chamorros y su Principalía sabía leer y escribir, pero eran gentes sencillas, tímidas, incapaces, a juicio de Olive, de ninguna iniciativa, por lo que el Alcalde de la isla les tenía que resolver todos los asuntos; éste era el Presidente de la Junta de composición de terrenos, desempeñando otros cargos algunos individuos de la Principalía.

Los carolinos de Rota, excepto el cabeza de barangay, iban desnudos, viviendo, al igual que los chamorros allí radicados, muy pobremente; no obstante, se negaban a pasar a la isla de Saipan, como pretendía el Gobernador, dado que en Rota llevaban una vida similar a la que tenían en sus islas de origen.

Las casas eran muy desiguales, habiendo algunas demasiado pequeñas para albergar a una familia; algunas, muy contadas, eran de mampostería, y las demás de materiales demasiado ligeros pues las paredes eran de coco tejido que enseguida se pudría.

La Casa Real era de mampostería cubierta con hojas de coco,

así como la Iglesia y casa parroquial, pero todos los edificios estaban en muy mal estado, al igual que la escuela, de materiales ligerísimos pero con espacio suficiente para los niños que asistían a ella. Había un maestro y una maestra, y los niños poseían algunos conocimientos en relación con los escasos medios con que contaban; algunos sabían leer y escribir, utilizando como papel hojas de plátano.

Las sementeras o ranchos estaban en el peñasco o monte del noreste, donde sembraban arroz, maíz y una raíz llamada piga que, con los frutos espontáneos del monte, constituían su alimentación, además de algunos pescados que a veces comían crudos.

Como industria, se dedicaban a hacer algunos tejidos de palma, que vendían a precios elevadísimos pero que tenían salida porque no tenían competencia porque en las demás islas era muy raro el que se ocupara alguien de esas manufacturas y que adquirirían obligados por la necesidad. Y de ahí el escaso numerario que había en la isla, aumentado con lo poco que pudiera gastar el cura párroco. De esta forma, y dada la escasez de numerario, el Alcalde no podía recaudar en metálico el impuesto de la prestación personal, por lo que el Gobernador dio orden de que se cobrara en efectos valorados, lo que vendidos en pública Almoneda, tuvieran un aumento de precio de los dos tercios de su valoración, quedándoles ésta en beneficio para el pago del siguiente semestre.

Ello era una nueva prueba de la necesidad de establecer comunicaciones periódicas y regulares con las islas, para fomentar el trabajo de los habitantes con la seguridad de que se daría salida oportuna a los productos. El problema, pues,

radicaba en la carencia de comunicaciones con las islas del Norte y entre ellas mismas, para lo cual Olive consultó oficiosamente a Williams sobre cuáles serían las condiciones en que haría el servicio del correo del Norte, remitiéndole éste posteriormente un pliego con las citadas condiciones y una tarifa de precios para pasaje y flete. Williams pedía 125 pesos por expedición, o el usufructo de las islas de Pagan y Agrigan, que de hecho explotaba ya pero con el temor a que otro con el mismo derecho le hiciera la competencia, considerando Olive que esta última proposición era la más aceptable durante tres o cuatro años como prueba, y en el entretanto, ver si podrían llevarse carolinos para que las habitaran, nombrándose un Alcalde y eximiendo a los carolinos del pago de tributos durante diez o más años. Por el momento, el asunto quedaría en suspenso y jamás llegaría una resolución a favor.

Tinian

En 1864 la población de la isla de Tinian se reducía a una veintena de cazadores empleados en la Hacienda y destinados para con sus productos socorrer a los lazarinos; entre 1869 y 1877 estuvo arrendada al inglés George H. Johnston, quien comenzó la introducción de carolinos en la misma⁵⁶.

Desde 1869, y coincidiendo con el arrendamiento, se suprimió el cargo de Alcalde, nombrando en su lugar a un Ayudante, que sería Teniente Alcalde poco después, pasando a depender de la isla de Saipan, de mayor población e importancia.

En 1885 Tinian estaba habitada por doscientos treinta y cuatro carolinos, pero desde hacía muy pocos años, lo que hacía suponer

que el aumento de población vendría determinado con el tiempo.

La población se componía de dos amplias calles con un total de cincuenta casas de materiales ligeros, con techumbres de hojas de coco; estas casas fueron ordenadas construir por el Gobernador Angel Pazos (1884) ya que las viviendas anteriores eran pequeñas covachas bajas en las que había que entrar arrastrándose. La Casa Real y la Capilla eran de mampostería, estando techadas con hojas de coco. Los edificios del pueblo se completaban con camarines para guardar las carnes y tinglados para secarlas al sol.

Así, en Tinian, habitada entonces por cincuenta familias de carolinos que componían doscientas treinta y una personas, se habían emprendido los trabajos de caseríos, dejando de vivir los habitantes en covachos tras construir un pequeño pueblo, en el antiguo sitio de Sunharon, a cuyo efecto se les habían adjudicado terrenos para la agricultura⁵⁷. Por acuerdo de sus habitantes, se propuso que se le diera a la nueva agrupación el nombre de "Jovellar"; al no ser aceptado por el Gobernador General, la denominación fue cambiada finalmente por la de "San Luis de Medina", como pasó a llamarse el nuevo pueblo carolino de Tinian.

El 21 de octubre de 1884 la población de Tinian solicitó al Gobernador de Marianas la dotación de un cura párroco separado del de Saipan (establecido en 1868), dada la dificultad de comunicación entre ambas islas, solicitando igualmente una plaza de maestro de escuela para la enseñanza de los niños; el Gobernador Olive se mostró favorable, informando al respecto al Gobernador General⁵⁸.

Así, por decreto de 6 de noviembre de 1885, y vistos los informes favorables al respecto del Gobernador de Marianas, del

Reverendo Padre Provincial de los Recoletos, del Ilustrísimo Sr. Obispo de Cebú, del Vicario Foráneo y Párroco de Agaña en las islas, y del Fiscal Eclesiástico, oído el parecer del Consejo de Administración, partidario de la dotación en vista de lo codiciadas que en ese momento eran las islas del Pacífico por todas las Potencias, creyendo oportuno el consolidar la posesión española por medio de misioneros y de tenientes de justicia para que ostentaran el pabellón español, el Gobernador General, Vicepatrono Real, concedía la creación de la citada parroquia con el carácter provisional, tras haber dado cuenta al Gobierno de S.M. con fecha 11 de octubre de 1885 en informe al Ministerio de Ultramar para su aprobación⁵⁹.

El 3 de julio de 1885, una vez despachado el correo llegado de Manila el 19 de junio, Francisco Olive embarcó a bordo de la goleta inglesa Beatrice, que había izado la bandera española al llegar a su costado el bote que conducía al Gobernador, con destino a las islas del Norte⁶⁰. La goleta, en realidad pequeño pailebot de unas sesenta y seis toneladas, a pesar de su pequeñez prestaba un buen servicio ya que en esas fechas no había otro medio de comunicación posible.

El propietario y capitán de la Beatrice era el inglés Williams, casado con una mujer del país al que llegó en 1877, desde cuya fecha había estado dedicándose a sus negocios por todos los grupos de las islas inmediatas y en las Carolinas, haciendo algunos viajes a Manila, Hong Kong y Yokohama, de donde consiguió llevar a Marianas la vacuna en 1878 y por cuyo servicio le fue concedida la Cruz de Beneficencia por R.O. de 4 de noviembre de 1884. Como las islas de Agrigan y Pagan estaban

deshabitadas, Williams las explotaba yendo periódicamente a recoger coco seco que, de otra forma, se perdería.

Al amanecer del día 5, la goleta inglesa fondeó en la isla de Tinian; por entonces, había doscientos treinta y un habitantes divididos en tres cabecerías, hallándose a su frente un Teniente-Alcalde y su familia, todos chamorros, ocupando el único pueblo de San Luis de Medina, emplazado en el antiguo Sunharon⁶¹.

De esta población, cuarenta hombres eran los mozos del ramo de lazarinos, al que pertenecía la isla. Estos mozos se dedicaban a la caza de reses vacunas y puercos, cuyas carnes salaban, y hacían algunas siembras a beneficio de la misma institución, percibiendo por su trabajo el 40% del importe de los productos; como los demás habitantes, también se dedicaban a sus siembras particulares que, en general, tenían en la cañada.

El pueblo contaba por entonces con unas treinta casas de caña cubiertas de hojas de coco, situadas en una sola calle, al principio de la cual estaba la Casa Real, de mampostería cubierta también con hojas de coco, y a su frente y a su costado estaban la escuela, de caña y paja, los camarines para preparar las carnes, y a espaldas de dicha Casa Real estaba la pequeña Iglesia, construída con los restos de uno de los monumentos llamados de los Antiguos, que había en aquel sitio.

Para navegar, entonces solamente posible hasta la vecina isla de Saipan, contaban con tres bancas carolinas, la mayor propiedad del cura párroco interino de Saipan, que lo era al propio tiempo de Tinian, y las otras dos en muy mal estado, dejando de este modo prácticamente incomunicados a sus habitantes.

En la citada isla eran abundantes los pastos, estando dedicada

a la cría de ganado vacuno y de cerda, el primero de buena calidad y el segundo muy inferior. De estos últimos no era posible saber el número de cabezas que existía, y de los primeros, según el recuento practicado por el Teniente-Alcalde por orden del Gobernador, había entre quinientas y seiscientas cabezas. Varias veces trató de aclimatarse este ganado, sin conseguirse, a la isla de Guam, habiéndose llevado a ésta tres reses grandes y tres becerros ya criados, muriendo todos al poco tiempo.

Como se ha señalado, los productos de la isla de Tinian se aplicaban al ramo de lazarinos, por lo que cierto número de los habitantes se dedicaban a la caza de reses, cuya carne salaban y secaban, remitiendo a Agaña, cuando había oportunidad, zurrone de tapa y carne de cerdo, astas, manteca, pieles, tabaco, gaogao, etc., cuya venta se hacía en pública almoneda, aplicándose su producto al pago del flete, tanto por ciento correspondiente al Teniente-Alcalde, cazadores y Administrador de Hacienda Pública, y el resto para socorrer a los lazarinos previo informe facultativo y superior aprobación.

Los habitantes de Tinian tenían también sus sementeras particulares donde cosechaban camote, sune, maíz y otros frutos para su alimentación.

La isla era poco accidentada y poco poblada de bosque, escaseando por consiguiente las maderas de construcción; también escaseaban los cocos pero había muchos y buenos plátanos. A propósito para la cría de ganados había buenos pastos, aunque las sequías perjudicaban en exceso la reproducción de aquéllos.

El agua potable también escaseaba, sobre todo cerca del

pueblo, aunque por regla general siempre había suficiente en los pozos; para abreviar los ganados había dos lagunas, una mayor de agua salobre y gruesa, y otra de agua dulce, aunque ambas estaban muy distantes del pueblo. Había también unas pozas en el monte para el ganado cabrío.

El reverendo cura párroco de Saipan era el encargado de la administración espiritual de Tinian, pero por las dificultades y peligros del viaje, realizados en bancas carolinas que solían zozobrar al atravesar el canal de tres o cuatro millas que separaba ambas islas, a veces se pasaba el año entero sin visitarla.

Originado por una instancia de los habitantes de Tinian, había en la fecha tramitación de expediente para dotar a dicha isla de párroco y maestro de escuela. Mientras tanto, hacían sus oraciones y rezaban el rosario en la capilla, estando encargado de la enseñanza del silabario un hijo del Teniente-Alcalde, niño de unos doce años; el material (cartillas, catecismos, plumas, etc.) era trasladado a la isla por el Gobernador.

El aspecto de los habitantes, continúa Olive, era el de disfrutar de un relativo bienestar, siendo la mayor parte cristianos y presentándose vestidos absolutamente todos.

En la isla de Tinian eran todos carolinos, excepto el Teniente Alcalde, y ninguno sabía leer ni escribir, comprendiendo algo del chamorro; así, y para constituir la Junta de composición de terrenos, y a la espera de la llegada del Cura Párroco, el Gobernador nombró Presidente honorario al cura de Saipan, Presidente efectivo al Teniente Alcalde, vocales a algunos miembros de la Principalía, y secretario al maestro de escuela

de Saipan, ya que no había sido aprobado el nombramiento de maestro que propuso Olive para Tinian⁶².

El 4 de mayo de 1887 de nuevo Olive visitó las islas habitadas del Norte⁶³; tras hacer un alto en la de Rota, de población principalmente chamorra, se dirigió a Tinian, arribando el día 9. Sus impresiones sobre la misma fueron favorables ya que había aumentado la población, carolina en su mayoría, del único pueblo de la isla, San Luis de Medina, dotado de maestro y en el que ya se había comenzado la construcción de la nueva escuela.

En efecto, por acuerdo de 27 de julio de 1886, y de conformidad con lo informado por la Comisión Superior de Instrucción Primaria, el Gobernador General decretó la creación de una escuela de niños en el pueblo de San Luis de Medina⁶⁴; el 21 de abril de 1887 fue dotada la plaza de maestro de la citada isla⁶⁵.

Recientemente había sido nombrado como Teniente Alcalde D. Mariano Fueslo, antiguo maestro del barrio carolino de Guam, denominado de María Cristina, durante más de quince años, gozando de gran popularidad entre todos los carolinos de Marianas⁶⁶.

El 1 de noviembre de 1888, el Teniente absoluto de la isla de Tinian, Felipe Fanama, y el cabeza de barangay Alfonso Aluput, enviaron en nombre del pueblo de San Luis de Medina una instancia al Gobernador General de Filipinas solicitando permiso para trasladarse a la vecina e inmediata isla de Saipan, al sitio denominado Tanapag⁶⁷.

A pesar de reconocer el apego a la isla de Tinian, en la que llevaban viviendo diecinueve años, considerando que eran unos cuatrocientos individuos cuando fueron sacados de sus islas de

origen y que en la fecha no eran más de la mitad, y viendo que cuando llegaba la estación seca apenas podían vivir, y además, las aves y los animales que pertenecían al ramo de los lazarinos, especialmente los puercos, no teniendo que comer en los bosques se lanzaban sobre sus siembras, destruyéndolas, se convencieron unánimemente de que lo mejor sería su traslación a la isla de Saipan, al sitio llamado Tanapag, más propicio al tener el agua corriente de la que carecían en Tinian. Solicitaban se les adjudicaran gratuitamente, como pobres carolinos que eran, terrenos realengos allí, en lugar de los que debían dejar en Tinian.

Enrique Solano (1887-1890), Gobernador de Marianas por entonces, informó al Gobernador General de Filipinas sobre la cuestión, manifestando la necesidad y conveniencia de dicha traslación⁶⁸. Recuerda que la isla de Tinian estuvo poblada en los primeros tiempos de la dominación española, despoblándose después por la disminución de habitantes que azotó a las islas Marianas, pero sobre todo, por las difíciles condiciones de vida de la isla, pasando entonces el resto de sus pobladores a la vecina de Saipan, separada tan solo por un canal de tres millas de anchura.

Quedó Tinian desierta y procrearon en ella abundantemente los cerdos monteses, perros salvajes y ganado vacuno, extendiéndose por toda la isla, hasta la ribera. Tanta abundancia de caza hizo concebir la idea de aprovecharla para con su producto atender al sostenimiento de los enfermos lazarinos, y con este fin se estableció en la isla una pequeña colonia compuesta de veinte individuos atacados de la expresada enfermedad, y que bajo las órdenes de un Teniente Alcalde se dedicaban a la caza de reses

vacunas y de cerdos, cuyas carnes salaban y remitían a la cabecera, Agaña.

Posteriormente, y en época reciente, se llevaron cuatrocientos carolinos con objeto de repoblarla, empresa sin éxito dadas las dificultades del terreno a habitar. Hacía cerca de veinte años que se establecieron los carolinos en Tinian, y al cabo de ese tiempo, la población se encontraba reducida a la mitad, habiendo llevado en ese plazo una vida miserable y lánguida sin adelanto alguno, luchando contra la escasez de agua y la pérdida de sus cosechas, debido a las prolongadas sequías.

Uno de los inconvenientes más graves que ofrecía la isla para su repoblación era la falta de agua potable ya que no existía ningún arroyo, solamente algún pozo de agua gruesa y salobre en las que abrevaban los ganados.

El escaso arbolado de la isla, estando cubiertos sus montes solo por arbustos, contribuía a que no existieran manantiales y que se conservara difícilmente el agua de los pozos, si bien enlodada por la concurrencia de los ganados.

Esta escasez de agua y de arbolado perjudicaban la agricultura, no obstante de haber en la isla terrenos que parecían susceptibles de cultivo, si bien la capa de tierra vegetal era de muy escasa profundidad, quedando pronto esquilma de sus principios vivificantes para las plantas.

De todo lo expuesto, se deducía que la isla de Tinian ofrecía pocas ventajas para una colonización, que si quisiera establecerse en debida forma acarrearía gastos de consideración al Estado. Podría ser conveniente la repoblación de la isla si su suelo ofreciera abundancia y variedad de productos, que además

de alimentar a sus colonos diera excedentes para el comercio, algo inviable, entre otras cosas, por estar prácticamente incomunicadas las islas Marianas.

Podría también utilizarse la isla si el exceso de población del resto de las Marianas obligara a tomar esta medida, pero ello era imposible ya que la población general había disminuído de un modo harto sensible hasta el punto de que en 1855 ascendía a once mil habitantes, mientras que en la fecha, a finales de los años 80, había en torno a ocho mil habitantes.

Es más, la isla de Guam, la más poblada de todas, aún poseía grandes terrenos para mantener a una población mayor de la existente, y en el mismo caso se encontraban las de Saipan y Rota.

Todas estas consideraciones aconsejaban, en opinión del Gobernador, a que se accediera a lo que solicitaban los carolinos de Tinian, quedando aquella isla en las mismas condiciones en que se encontraba antes de la llegada de aquéllos, es decir, con un Teniente Alcalde que representara a España y mantuviera la bandera, y algunos individuos bajo sus órdenes y dedicados a la caza de reses para el sostenimiento de los enfermos lazarinos.

Opinaba igualmente, y ello era una de las piedras de toque para el desarrollo de la Micronesia, que si se destinara un buque al archipiélago que pusiera en comunicación sus diferentes islas, debería establecerse en Tinian un pequeño destacamento militar, cuyo jefe fuera a la vez la autoridad representante de España en aquella isla para cualquier barco extranjero que recalara en ella.

Otros argumentos animaban al Gobernador a apoyar la propuesta

de los habitantes de Tinian; considerando que todos eran carolinos, excepto el Teniente Alcalde, que era chamorro, ninguna vigilancia se podía ejercer sobre aquel territorio ya que el Gobierno no contaba con medios para ello, y si se negara el traslado de los carolinos a Saipan, podrían éstos abandonar libremente la isla en sus piraguas y marchar a cualquier otro punto fuera de la esfera española sin que nada se lo impidiera.

Aunque el pueblo carolino era sumiso y jamás había dado lugar en Marianas para sospechar de sus propósitos, no debía olvidarse que ese pueblo se encontraba aún en los principios de su civilización, y por ello era conveniente su traslado a Saipan, habitada por pueblos chamorros, con cuyos contactos suavizarían sus costumbres, estando así más inmediatos a la vigilancia del Gobierno.

La propuesta de los carolinos, así como el informe del Gobernador de Marianas, pasaron al Consejo de Administración de Filipinas para ser estudiada, estando la Sección de Gobierno del citado Consejo conforme con los argumentos dados.

Poco después, la Sección de Gobierno del Consejo de Administración, en informe al Gobernador General, consideraba procedente la pretensión de los habitantes de Tinian referente a su traslación, dejando an última instancia a éste para que resolviera⁶⁹.

Mientras el asunto se seguía debatiendo, el 28 de noviembre de 1891, el Alcalde de la isla de Saipan trasladó al Gobernador-cillo del pueblo una comunicación del Gobernador de Marianas referente a los carolinos que poblaban la isla de Tinian⁷⁰.

Consideraba el Gobernador la escasa utilidad que reportaba a

las islas la estancia de los naturales carolinos que nada crecían y consumían en exceso, la mala enseñanza que daban con su habitual pereza y apatía, y a fin de que reportaran beneficios y fueran acostumbrándose a la necesidad de trabajar, conminaba al Alcalde a que los que estuviesen comprendidos en la edad para el servicio de polistas, loes empleara cuanto tiempo fuese necesario del año en épocas oportunas en la recolección de frutos de los terrenos que no estuvieran usufructuados por particulares con título legal, y otros como carnes y balate, dándoles la parte correspondiente que necesitasen para su alimentación.

Tanto éstos como los mozos de los lazarinos disfrutarían de un jornal que habría de señalarse más adelante, una vez que fuese conocida la importancia de los productos y los gastos ocasionados. La totalidad de los productos se remesaría a Agaña con el fin de poder remitir los fondos de la Comunidad y lazarinos; se ordenó así que se destinaran treinta polistas cada día hasta cumplir los ocho días que debía trabajar cada polista en ese semestre, en la recolección de coco seco en el cocal del Estado.

Aunque se demoró el traslado, a partir de entonces, poco a poco los carolinos de Tinian fueron asentándose en Saipan, fundando el pueblo o villa de Tanapag.

Saipan

A treinta millas del fondeadero de Tinian se encontraba el de Saipan, isla poblada principalmente por carolinos; como se ha visto, los primeros llegaron en 1815, habiendo un total de quinientas treinta y tres almas en 1885, estando repartidos en las cabecerías primera, segunda, tercera y quinta, siendo, por

tanto, las dos terceras partes de la población de la isla. Los chamorros radicados, procedentes de Guam, formaban la cuarta cabecera. Al frente de la isla, con una población global de setecientas noventa y dos habitantes⁷¹, se encontraba un Alcalde chamorro, por entonces Juan de León Guerrero.

Establecidos en el único pueblo de San Isidro de Garapan, éste estaba dividido en tres barrios, uno de chamorros, al norte, y dos de carolinos, al sur. Tenía tres calles anchas y largas paralelas a la playa con las casas de cañizo tejido y techadas de hojas de coco, siendo todas iguales y equidistantes de reciente construcción al haber quedado el pueblo destruido por completo, incluso la Casa Real, en enero de 1884 por un fuerte baguío.

En 1886 la población ascendía a ochocientos cuarenta y nueve personas, entre carolinos y chamorros, que ocupaban ciento cuarenta y cinco casas, tres de ellas de tabla y las demás de caña techadas con hojas de coco; estaban ubicadas sobre postes y elevadas entre medio y un metro sobre el suelo. Por temor a los incendios, estaban separadas unas de otras en torno a diez metros.

Como no había más que un solo pueblo, no había más camino que las sendas hechas por el paso de los naturales para ir a sus sementeras y al monte.

En el centro de la población, entre el barrio de radicados y los de los carolinos, había una plaza donde se levantaba una endeble Casa Real construida sobre tabiques de troncos de cocos, por no tener herramientas para labrar maderas fuertes, piso y escalera de tablas, dindines o tabiques de tejido de carrizo, y

techada con gigay: en la planta baja, a la derecha de la misma, y provisionalmente, hubo una escuela de niñas, estando a la izquierda la de niños, a cargo ambas, respectivamente, de una maestra y maestro sustitutos.

A su frente se extendía un incipiente paseo hasta la playa, con una glorieta en su centro, y a ambos lados estaba el Tribunal en construcción, las escuelas y la casa parroquial o convento, que era de tabla y cuya principal habitación la constituía la cocina de un buque que naufragó en aquellas costas⁷².

La iglesia parroquial estaba situada al noroeste del pueblo; era un edificio destartado, de mampostería y con hojas de coco como techumbre.

El pueblo estaba localizado en la parte más insalubre de la isla por temor a las tormentas en las zonas interiores, en una pequeña playa, lejos del agua fresca y potable. Para obtener ésta, muy escasa, habían de ir a una pequeña fuente situada detrás del pueblo, en la montaña, denominada "Tchorrito", que cada veinticuatro horas proporcionaba agua para dos o tres personas⁷³.

Hacia el norte había algunos pequeños arroyos de agua limpia y fresca, a una hora de camino de la población; ante esta lejanía, los habitantes prefeían beber agua salubre.

En la costa oeste donde se hallaba el pueblo, había un pequeño puerto lleno de arrecifes, que era donde recalaban los barcos ya que allí, además, había agua fresca.

La bahía de Magician se localizaba al sur de esta costa, teniendo espacio suficiente para que atracaran allí tres o cuatro botes. Pero en caso de viento, no había en la isla ningún lugar

seguro, al igual que en el resto de las islas Marianas, salvo en el puerto de San Luis de Apra.

Entre los productos de la isla de Saipan destacaban el maíz, camote, sune y tabaco, habiendo unas cuarenta cabezas de ganado vacuno. Había también cerdos salvajes, aunque de mala calidad; la pesca estaba más desarrollada que en Guam y además se capturaban tortugas, plato favorito de los carolinos.

El principal comercio consistía en las ventas o cambios con los buques balleneros, cuyo número paulatinamente fue descendiendo desde hacía unos treinta años. Con la falta de balleneros, únicos consumidores por venta o cambio de los productos sobrantes del país en general y de la isla en particular, era probable, opinaba Olive, que el trabajo de las sementeras decayera, pues para sus pocas necesidades tenían suficiente los habitantes con la pesca y con los frutos espontáneos del monte.

Por su posición geográfica, los escasos balleneros que visistaban las islas Marianas lo hacían principalmente en Saipan, contabilizándose cinco de ellos en 1885, proveyéndose se maíz, camote y otros productos, aunque si necesitaban vacas o hacer aguada, habían de recalar en Guam, así como para vender harina, patatas y otros efectos.

Tres bancas viejas que tenían los carolinos quedaron destrozadas en el baguío de 1884, contando entonces solamente en esa época con catorce barotos, y para el servicio del puerto, del que era Ayudante el Alcalde, se utilizaba un viejísimo bote ballenero en muy mal estado, propiedad del cura párroco interino.

Para hacer la visita a los barcos y darles entrada, hacía uso el Ayudante de Marina de Saipan de este bote ballenero que, de

no existir, habría de haber ido en un baroto.

Los tripulantes del bote eran cuadrilleros que no recibían retribución alguna por este servicio, siendo de necesidad, como señalaba Olive, el envío de un bote al ayudante de Marina y consignar haberes para un patrón y seis ayudantes.

Tan exigua era la población de Saipan, a pesar de tener terrenos para albergar a un mayor número de habitantes, que Olive apuntó la posibilidad de repoblarla con los carolinos del barrio de M^a Cristina de Agaña y con los de la isla de Rota.

Los primeros hacían una vida prácticamente nómada, y por consiguiente fue un adelanto que Pazos los estableciera en el barrio de M^a Cristina, instalación hecha con alguna precipitación, tal vez obligado por las circunstancias.

Como se ha señalado líneas arriba⁷⁴, Olive consultó a los carolinos de M^a Cristina, y de los doscientos cinco residentes, ciento treinta y tres estaban dispuestos a ir a Saipan y setenta y dos al antiguo pueblo de Pago, desaparecido con la viruela de 1855, siendo interesante que estuviese poblado porque medía casi la larguísima distancia que separaba a Agaña de Inarajan, treinta o treinta y cinco kilómetros. Además, los que deseaban ir a Saipan confiaban en que les siguieran los setenta y ocho carolinos que había en la isla de Rota puesto que eran de la misma familia o tribu.

Consultó igualmente al capitán de la goleta Beatrice para saber cuánto costaría el traslado de los mismos, contestándole éste que cobraría 2 pesos por pasaje de cada persona mayor de doce años, transportando gratis a los menores, pudiendo pagarle en dinero o en frutos cuando recogieran sus cosechas en Saipan.

Solo faltaría, pues, eximir a los carolinos trasladados del pago del impuesto de la prestación personal durante los tres primeros años de su residencia en Saipan.

El importe anual del impuesto de la prestación personal de los carolinos del barrio de M^a Cristina era de 78 pesos, y de los de Rota, algo más de 22 pesos, lo que supondría a lo largo de tres años de 301,50 pesos con cincuenta céntimos, cantidad siempre exigua y mucho más si se tenía en cuenta que el beneficio sería grande puesto que serían destinados a la repoblación de la isla de Saipan. El nivel de vida de éstos podría mejorar, ya que sus condiciones en Agaña y Rota eran bastante miserables a pesar de los adelantos que se habían conseguido, sobre todo desde el asentamiento de aquéllos en el barrio, dirigidos por dos chamorros, esto es, el teniente de barrio y el maestro de escuela.

El Gobernadorcillo de Saipan era carolino, así como el Teniente de barrio, teniendo los chamorros uno de entre ellos para el suyo⁷⁵.

Los carolinos adultos no sabían leer ni escribir, ni en chamorro, solamente si quiera para entenderse, ni en castellano, acaso alguna palabra, y entre ellos elegían a sus munícipes. Este desconocimiento de ambos idiomas habría de prolongarse durante mucho tiempo dado que los carolinos que asistían a la escuela eran niños menores de 12 años. Por ello, y dada la escasez de personas adecuadas, el Gobernador nombró como presidente efectivo de la Junta de composición de terrenos al Alcalde de la isla, figurando entre los vocales un teniente pasado de los chamorros.

Entre 1887 y 1889, las islas Marianas fueron visitadas por

el explorador francés Antoine-Alfred Marche, quien en la memoria del viaje, nos ha dejado sus impresiones sobre las islas del Norte⁷⁶.

Había muchas cuevas en la isla, en las que Marche encontró numerosos restos humanos y algunas piezas de cerámica con marcas de fuego lo que, en su opinión, refutaba la idea de algunos escritores que consideraban que los indígenas saipaneses no conocieron el fuego hasta la colonización española.

Señala Marche que los chamorros de Saipan no eran diferentes a los de Guam, pero sí los carolinos, especialmente las mujeres, que eran más sucias que las chamorras pero menos perezosas; las faltas o culpas de uno las asumían entre todos, mientras que los chamorros les consideraban inferiores. Esta manifiesta superioridad de los chamorros podía deberse a varias causas, como el hecho de que ellos sabían hablar español y, en algunos casos, inglés; además, tenían nombres católicos y conocían los principios del Cristianismo. En cualquier caso, los carolinos eran más y mejores trabajadores, muy buenos pescadores en alta mar gracias a sus conocimientos de navegación, y sus mujeres no se casaban con gentes de otras razas.

Aunque los chamorros habían asimilado mejor la cultura occidental, su modo de vida seguía siendo el común entre los indígenas, si bien había excepciones como el caso del Padre Palomo, un chamorro mestizo acompañante de Marche, que era un hombre educado y hablaba español, francés, inglés y algo de carolino.

En 1892, el Gobernador de Marianas solicitó del Gobernador General permiso para suprimir las plazas de Alcaldes de las islas

de Saipan y Rota, que contaban en la fecha con un Alcalde-Administrador cada una, cuyos sueldos ascendían a 300 y 240 pesos respectivamente; su única obligación era la recaudación de las contribuciones industriales de sus correspondientes pueblos siendo ésta de escasísima importancia, toda vez que la población de cada una ascendía en la primera, a mil doscientos treinta y nueve habitantes y en la segunda, a cuatrocientos noventa y seis habitantes, lo que suponía un ingreso muy exiguo para el Tesoro⁷⁷.

Un año más tarde, y ante la falta de respuesta por parte de Manila, el nuevo Gobernador, Emilio Galisteo Brunenque (1893-1895), solicitó igualmente la supresión de las citadas plazas⁷⁸. Además, estos habitantes tenían ya su Gobernadorcillo y Principía como cualquier otro pueblo, con iguales labores y atribuciones que los demás funcionarios de esta clase y, por lo tanto, quedaba limitada la misión del Alcalde a la parte de cobranza del impuesto industrial puesto que la recaudación municipal e industrial corría a cargo de los Gobernadorcillos.

Por ello, solicitaba se suprimieran dichas plazas ya que se ahorraría al Erario 540 pesos anuales en sueldos, siendo conveniente la permanencia del Alcalde de Tinian por ser beneficioso para el ramo de lazarinos. No hay constancia de que se llevara a cabo tal supresión.

Al final de la presencia española, los carolinos representaban alrededor del 10% de la población de las islas Marianas; solo en Saipan representaban el 50% del total de los habitantes.

NOTAS

1. M^a Dolores ELIZALDE PÉREZ-GRUESO: Las islas Carolinas, colonia española, 1885-1899, Tesis Doctoral, Universidad Complutense, Madrid, 1987.

2. Luis IBAÑEZ Y GARCÍA: Historia de las islas Marianas, Carolinas y Palaos, Granada, 1886, Apéndice n^o 8: Las Carolinas, pp. 195-201.

3. Felipe DE LA CORTE Y RUANO: Memoria descriptiva e histórica de las islas Marianas, Madrid, Imprenta Nacional, 1875, pp. 107 y ss.

Sobre los carolinos en Marianas a lo largo del siglo XIX, hay un libro de reciente publicación, de las estudiosas Marjorie G. DRIVER y Omayra BRUNAL-PERRY: Carolínians in the Mariana Islands in the 1800s, MARC, University of Guam, 1996, que recopila numerosos documentos procedentes del MARC. En las páginas de la presente tesis doctoral cito los originales consultados en ese mismo centro de investigación.

4. Felipe DE LA CORTE, op. cit., p. 110.

5. Felipe DE LA CORTE Y RUANO: op. cit., p. 107.

6. LIBRARY OF CONGRESS OF WASHINGTON (LCW), Vol. 2, Item 2 (Typescript): Índice General de las Reales Cédulas comunicadas por la Real Audiencia y Superior Gobierno de Filipinas: Real Cédula de 20 de junio de 1791.

7. Paul CARANO y Pedro SANCHEZ: A complete history of Guam, Tokio, Ch. Tuttle Co., 1964, p. 115.

8. Felipe DE LA CORTE Y RUANO: op. cit., p. 110.

9. Donna O. VILLAGOMEZ (ed.): Marianas Arts and Culture under the Spanish Administration, 1668-1899, Saipan, Commonwealth Arts Council, Saipan Museum, February 20-March 27, 1981, p. 8.

10. W.E. SAFFORD: The Mariana Islands. Notes compiled by ... from documents in the Archives at Agaña, the capital of Guam, and from early voyages found in the libraries of San Francisco, California, Chillicothe, O., 1901, p. 50 y ss.

También en J.L. TAYLOR: History of the Marianas, Camp. Susupe, Education Office, Military Government, Saipan, 1945, p. 18.

11. LCW, Vol. 23, Item 97, pp. 10b-13b: Gobernador Político-Militar de Marianas, José de Medinilla, a Gobernador General de las islas Filipinas, Agaña, 18 diciembre 1818.

12. Lawrence J. CUNNINGHAM: Etnography of the Mariana Islands: Spanish Period. Education, MARC, University of Guam, 1996 (trabajo inédito cortesía del autor) pp. 6 y ss.

13. LCW, Vol. 23, Item 97, pp. 97-43b/44a: Gobernador Político-Militar de las islas Marianas, José de Medinilla y Pineda, al Gobernador y Capitán General de las islas Filipinas, Agaña, 28 febrero 1820.
14. Ibídem, pp. 43b-44a.
15. PHILIPPINE NATIONAL ARCHIVES (PNA), PNA 5, Exp. 3, Fol. 1-5b: Expediente sobre lo que presentado al Ministerio de Hacienda por el Administrador de aquellas islas en vista del proyecto de aquel Gobernador de poblar la isla de Saipan con carolinos, Agaña, 1 julio 1839.
16. LCW, Vol. 26, Item 122: Instrucciones al Gobernador José Casillas Salazar, Palacio de Manila, 1 agosto 1843.
17. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 3ª, n° 11: Descripción de estas islas Marianas para que puedan los redactores de la Guía de Forasteros estampar en ellas las que crean convenientes, San Igancio de Agaña, 15 agosto 1844, p. 3.
18. LCW, Vol. 29, Item 140: Acuerdo sobre los carolinos que se hallaban en la isla de Saipan, 1848-1849: Acta de la Junta de Autoridades, Agaña, 10 febrero 1848.
19. LCW, Vol. 29, Item 140: Acuerdo sobre los carolinos que se hallaban en la isla de Saipan: Instrucción para el maestro de niños carolinos y auxiliar del Alcalde de Tinian que lo es por mí D. José Camacho, Agaña, 24 enero 1848.
20. PHILIPPINE NATIONAL ARCHIVES/UNPROCESSED BUNDLES (PNA/UB), MEMORIAS Y DOCUMENTOS, n° 25: Gobernador de Marianas, Pablo Pérez, a Gobernador General de Filipinas, Agaña, 20 abril 1849.
21. PNA/UB, MEMORIAS n° 25: Memoria sobre las islas Marianas, por Pablo Pérez. Años 1849-1852, p. 18.
22. LCW, Vol. 29, Item 140: Acuerdo sobre los carolinos...: Acta de la Junta de Autoridades, Agaña, 24 mayo 1849.
23. Eugenio SANCHEZ ZAYAS: "The Mariana Islands: discovery and population", pp. 454, en Nautical Magazine and Naval Chronicle, Vol. XXXIV, n° 9, Nueva York, 1865, pp. 449-460.
24. LCW, Vol. 3, Item 3: Gobernador General de Filipinas, Crespo, a Gobernador de Marianas, Manila, 20 noviembre 1856.
25. LCW, Vol. 4, Item 4: Gobernador General de Filipinas, Norzagaray, a Gobernador de Marianas, Manila, 27 mayo 1858.
26. Felipe DE LA CORTE Y RUANO: op. cit., pp. 244-246, Documentos: Instrucciones s que deberá atenderse el Jefe comisionado que se manda a las islas Marianas.

27. PNA, PNA/UB, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, n° 23, Parte I: Memoria de Juan Ruiz Roda, Manila, 27 mayo 1851, pp. 6.

Esta Memoria ha sido transcrita, traducida al inglés y publicada por Marjorie G. DRIVER y Omayra BRUNAL-PERRY (compils.): Reports Concerning the Mariana Islands. The Memorias of 1844-1852, MARC, University of Guam, 1996, documento n° 4.

28. Felipe DE LA CORTE Y RUANO: op. cit., p. 161.

29. Guillermo CAMARGO: "Ligeros apuntes sobre las islas Marianas y adelantos que han tenido desde 1863, Puerto de San Luis de Apra, 9 abril 1873", en Anuario del Depósito Hidrográfico, Año XII, Madrid, 1874, pp. 328-329.

30. Guillermo CAMARGO, op. cit., pp. 323-325.

31. PNA, PNA 19, Exp. 7, Fol. 1-42b: Expediente relativo a la queja de varios carolinos en Marianas contra el que fue Gobernador Político-Militar Francisco Brochero, Manila, 15 marzo 1883 (21006-E1).

Más completo, puede consultarse en LCW, Vol. 16, Item 78: Testimonio del expediente instruido por orden del Excmo. Sr Gobernador General del archipiélago filipino en averiguación de los abusos denunciados, y quejas dadas por varios carolinos contra el Teniente Coronel D. Francisco Brochero, Gobernador que fue de Marianas, año 1884.

32. PNA, PNA 25, Exp. 3, Fol. 1-26b: Expediente sobre la consulta del Gobernador Político-Militar referente a los carolinos que residen en las islas Marianas, Agaña, 15 febrero 1884 (24165-E1).

Este mismo expediente se encuentra en LCW, Vol. 23, Item 96.

33. PNA, PNA 14: Exp. 213, Fol. 1-8: Expediente promovido por el Gobernador Político-Militar sobre la inauguración en aquellas islas de un barrio de carolinos, Agaña, 26 julio 1884 (28375-E1).

34. LCW, Vol. 23, Item 96: Gobernador Político-Militar de Marianas a Gobernador General, dando cuenta de haber inaugurado el barrio de María Cristina, Agaña, 26 julio 1884.

35. LCW, Vol. 23, Item 96: Informe del Gobernadorcillo y Principales de Agaña sobre los carolinos llegados aproximadamente en 1867, Agaña, 25 noviembre 1884.

36. LCW, Vol. 23, Item 96: Informe del Gobernador de Marianas, Olive, al Gobernador Superior, sobre los carolinos de Guam, Agaña, 11 enero 1885.

37. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 1: Informe escrito por Francisco Olive y García ..., p. 70.

38. Francisco CHACON LARA: Memoria, proyecto y estatutos de colonización de las islas españolas Marianas, Carolinas y Palaos, Sevilla, 1885, pp. 34-35.

39. PNA, PNA 20, Exp. 95, Fol. 1-15b: El Gobernador General de Filipinas significando al Excmo. Sr. Director General de la Administración la conveniencia de que sean trasladados los habitantes carolinos que constituyen el barrio de María Cristina a la isla de Saipan, Manila, 23 noviembre 1885 (36894-E1).

40. Ibídem.

41. PNA, PNA 20, Exp. 95, Fol. 1-15b: Excmo. Sr. Director General de la Administración a Gobernador General de Filipinas, Manila, 2 enero 1886.

42. PNA, PNA 33, Exp. 76, Fol. 1-4: Expediente dirigido al Excmo. Sr. Gobernador General de Filipinas pidiendo autorización para suprimir el barrio de María Cristina, Agaña, 1 octubre 1891 (45665-E1).

43. Francisco OLIVE Y GARCIA: Islas Marianas. Ligeros apuntes acerca de las mismas. porvenir a que pueden y deben aspirar, y ayuda que ha de prestar la Administración para conseguirlo, Manila, Imprenta y Litografía de M. Pérez, 1887, anexo n° 2.

44. Otros nombres con que se conocía esta isla fueron: Luta, Lota, Sarpanta, Sarpan, Zarpan o Zarpana.

45. LCW, Vol. 9, Item 17: Instrucción que deberá observar el Alcalde Administrador de la isla de Rota al tiempo de tomar posesión y en lo sucesivo, ínterim se le envían otras instrucciones, agaña, 2 agosto 1823.

46. LCW, Vol. 9, Item 17: Nombramiento de Gobernadorcillo de la isla de Rota a favor de Angel Tayquimini, agaña, 2 agosto 1823.

47. ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL (AHN), Leg. 5854: Expediente formado a raíz de la Real Orden de 14 de diciembre de 1828. Cartas y Correspondencia de D. Alexandro Parreño, Madrid, 29 noviembre 1828.

Este documento ha sido transcrito y traducido al inglés por Marjorie G. DRIVER (trs.): A report on the Mariana Islands. Alexandro Parreño. Madrid, 1828, University of Guam, MARC Working Papers n° 55, 1991.

48. LCW, Vol. 8, Item 14: Reglamento Ricafort, Manila, 28 diciembre 1828.

49. Eugenio SANCHEZ ZAYAS, op. cit., p. 454.

50. Felipe DE LA CORTE Y RUANO: op. cit., Documentos: Instrucción a que deberá atenerse el Jefe comisionado que se manda a las islas Marianas, p. 244.

51. Juan Guadalberto GÓMEZ: Las islas Carolinas y las Marianas, Madrid, 1885, p. 24.

52. PNA/UB, n° 38: Expediente sobre la traslación de la visita y pueblo de Rota a la villa de Umata, isla de Guam, año 1877.

53. PNA/UB, n° 34: Expediente sobre la recaudación del impuesto provincial en la isla de Rota en el segundo semestre del bienio 1884-1885, Manila, 20 noviembre 1885.
54. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 1: Informe escrito por Francisco Olive y García en que hace resaltar las diferencias entre este informe y el presentado por Pedro Saura y Corona, Agaña, 15 diciembre 1885, pp. 23.
55. Francisco OLIVE Y GARCIA: op. cit., Anexo n° 2.
56. Sobre el arrendamiento de Tinian, ver el capítulo VII.
57. PNA, PNA/UB, n° 38: Expediente sobre la erección de un nuevo barrio en la isla de Tinian de Marianas: Informe del Gobernador de Marianas al Gobernador General de Filipinas, Agaña, 2 julio 1884, años 1884-1885.
58. PNA, PNA 8, Exp. 15: Expediente promovido por colonos carolinos, principales de la isla de Tinian, sobre que se les dote de cura párroco y maestro de escuela, años 1884-1885: Gobernador de Marianas a Gobernador General, Agaña, 10 enero 1885.
59. PNA, PNA 8, Exp. 15: Expediente promovido por colonos carolinos: Decreto del Gobierno Superior de Filipinas, Manila, 6 noviembre 1885.
60. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 8: Ampliación del informe dado al Gobierno Geenral de Filipinas en 21 de mayo de 1885, para cumplimentar la circular de dicho Superior Centro, fecha 6 de abril del mismo año, recibida el 19 de junio siguiente, por Francisco Olive y García, Agaña, 21 agosto 1885, 32 pp.
61. Francisco OLIVE Y GARCÍA, op. cit., p. 52.
62. LCW, Vol. 23, Item 96: Gobernador Político-Militar de Marianas, Francisco Olive y García, al Gobernador Superior de Filipinas, Agaña, 21 de junio de 1886.
63. PNA, PNA 31, Exp. 58, Fol. 1-4: Expediente elevado al Gobernador General de Filipinas por el Gobernador de Marianas, Francisco Olive, sobre la visita realizada a las islas habitadas del norte de las Marianas, Agaña, 30 mayo 1887 (45521-E1).
64. LCW, Vol. 23, Item 96: Gobernador General de las islas Filipinas a Gobernador Político-Militar de las islas Marianas, Manila, 11 noviembre 1886.
65. LCW, Vol. 23, Item 96: Gobernador de Marianas a Gobernador General de Filipinas, Agaña, 21 abril 1887.
66. PNA, PNA 31, Exp. 58, Fol. 1-4: Expediente elevado al Gobernador General de Filipinas por el Gobernador de Marianas, Francisco Olive, sobre la visita realizada a las islas habitadas del norte de Marianas, Agaña, 30 mayo 1887 (45521-E1).

67. PNA, PNA/UB, n° 38: Expediente sobre la traslación de los habitantes de San Luis de Medina, Tinian, a la isla de Saipan, años 1888-1890: Instancia dirigida al Gobernador General de Filipinas, San Luis de Medina, 1 noviembre 1888.
68. PNA, PNA/UB, n° 38: Expediente sobre la traslación...: Gobernador de Marianas, Enrique Solano, a Gobernador General, Agaña, 17 diciembre 1888.
69. PNA, PNA/UB, n° 38: Expediente sobre la traslación: Informe de la Sección de Gobierno del Consejo de Administración elevado al Gobernador General, Manila, 1890.
70. PNA/UB, n° 34: Gobernadorcillo de Saipan, Juan León Guerrero, al Director General de la Administración Civil de Filipinas, Saipan, 29 diciembre 1891.
71. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 1: Informe escrito por Francisco Olive y García, en que hace resaltar las diferencias entre este informe y el presentado por Pedro Saura y Corona, Agaña, 19 diciembre 1885, pp. 23-24.
72. Francisco OLIVE Y GARCIA: op. cit., pp. 57-58.
73. Sylvia E. CHENG (trans.): The Mariana Islands, by Alfred Marche, MARC, University of Guam, 1982, pp. 11-14. Este libro es la transcripción y traducción al inglés del informe original del autor: Rapport général sur une mission aux Iles Mariannes, publicado en Nouvelles Archives des Missions Scientifiques et Littéraires, volume 1 (Nouvelle Série, 1889), pp. 241-280.
74. Ver el apartado referente a la creación del barrio de Mª Cristina.
75. LCW, Vol. 23, Item 96: Gobernador Político-Militar de Marianas, Francisco Olive y García, al Gobernador Superior de Filipinas, Agaña, 21 de junio de 1886.
76. Sylvia E. CHENG (trans.), op. cit., pp. 11-14.
77. PNA, PNA 18: Exp. 31, Fol. 1-4: Expediente promovido por el Gobernador Político-Militar referente a la supresión de las plazas de Alcaldes de las islas de Saipan y Rota, Agaña, 31 octubre 1892 (21629-E).
78. PNA, PNA 33, Exp. 33, Fol. 1-3: Gobernador Político-Militar de Marianas al Gobernador General, Agaña, 22 noviembre 1893.

CAPÍTULO VII

EL ARRENDAMIENTO DE LAS ISLAS DEL NORTE

Para rentabilizar las islas del Norte, además de su explotación directa por medio de la repoblación con indígenas carolinos siendo el objetivo último la colonización, en varias ocasiones se arrendaron a las mismas a particulares, generalmente extranjeros.

Este aprovechamiento, iniciado en los años 60, respondía a cuatro objetivos:

- obtención de beneficios para las arcas del Estado por medio de las contratas a particulares
- contar con alguna embarcación como elemento de comunicación entre todas las islas Marianas
- afianzar la presencia española en las islas, especialmente en Tinian, Pagan y Agrigan y
- promover la navegación en los mares proporcionando a los buques que allí tocaran productos necesarios (raíces, leña, fruta, agua, etc.) y aumentar al mismo tiempo la entrada de estos productos en la isla de Guam, acopiando y conduciendo allí los sobrantes que no se pudiesen realizar en aquellas islas.

En esos años, y como señala Felipe de la Corte¹ (1855-1866), quien el 2 de enero de 1864 se había embarcado en el Narváez en viaje de reconocimiento de las islas del Norte², de todo el grupo de las islas Marianas tan solo estaban pobladas Guam, que contaba entonces con unos cinco mil habitantes; Rota, situada al norte

de la anterior, con unos trescientos habitantes, siendo una tierra alta y pedregosa; y Saipan, con unos cuatrocientos habitantes, principalmente carolinos, siendo una isla con buenos fondeadores, de la que se podría hacer un foco de interés.

El resto de las islas susceptibles de tener población eran Tinian, cercana a Saipan, que contaba con una rada mediana para buques mayores y que solo estaba poblada en determinadas temporadas por los encargados de recolectar productos para el mantenimiento de los lazarinos; Pagan, con buenas costas aunque con una tierra escasamente fértil por la existencia de dos volcanes; y Agrigan, que carecía de puerto pero que podría poblarse en auxilio de Pagan. Serían precisamente estas dos últimas las que más interés tuvieron para los posibles arrendadores.

Las demás islas del grupo de las Marianas, Agriguam (peñasco inabordable), Anatajan, Farallón de Medinilla, Sariguam, Farallón de Torres, Guguan y Alamagan, no tenían posibilidad de aprovechamiento, en opinión de Felipe de la Corte, si bien, como veremos, algunas de ellas fueron objeto de puja.

Instrucciones de gobierno

Las primeras instrucciones provisionales que se conocen para el gobierno y administración de las islas de Pagan y Agrigan datan de 1857, precisamente durante el mando de Felipe de la Corte³.

El objeto principal en la isla de Agrigan era el promover la navegación por aquellos mares, proporcionando a los buques que allí tocaran agua y víveres necesarios (raíces, frutas y comesti-

bles en general)), con la idea de remitir a Guam todos los excedentes. Para ello, se destinaría a la isla por el momento una porción de hombres a cargo de alguno que por contrata o de otra manera dirigiera sus trabajos del modo más conveniente para los fines indicados.

Los trabajadores estarían a las órdenes del contratista, procurando cada cual por su parte hacer lo más posible para el común beneficio.

Para el mando gubernativo de la isla y de todos los hombres establecidos y que llegasen a ella, habría un cabo que mandaría y gobernaría en nombre del Gobernador de Marianas y auxiliaría al contratista en lo que fuera necesario para cumplir su contrata.

Sería obligación del cabo cuidar de la buena conducta y costumbres de todos los hombres del establecimiento, aconsejando, corrigiendo y castigando a los que no obraran como era menester.

Siempre que se aproximara algún buque a la isla habría de izarse la bandera, situada en algún sitio visible, y si contestase con la suya el buque pasaría a bordo el cabo e informaría al capitán de que en esa isla regían las mismas instrucciones que en los puertos de Guam, excepto el descanso de la gente en tierra, que no se permitiría en esa isla sino únicamente el llegar con los botes a la playa a sacar las cargas.

Consiguiente a esto, se pasaría al buque la visita antes de admitirlo al tráfico, pidiendo al capitán que presentara su patente u otros documentos que justificaran su legítima procedencia y manifestando asimismo si tenía a bordo alguna enfermedad contagiosa; si no fuese satisfactoria la entrevista, no se

le admitiría a tráfico. Tras la visita, se permitiría al capitán y oficiales bajar a tierra a hacer sus tratos, proporcionándoles todos los efectos que hubiese, siempre de acuerdo con el contratista, aceptándose como pago no sólo dinero sino también aquellos efectos que necesitase la Hacienda para su servicio u otros que, al por menor, pudieran realizarse en Agaña.

Sería obligatoria la relación de un inventario de los productos, consignándose los precios y medidas, pudiendo quedar en la isla aquéllos que necesitara la Hacienda, por ejemplo comestibles, remitiéndose a Agaña los restantes en la primera ocasión a fin de poder realizarlos.

Si alguien del establecimiento necesitara de alguno de estos productos para su uso particular, se le daría a cuenta de lo que hubiera de percibir por su trabajo, siempre y cuando el precio no excediera del sueldo a pagar, responsabilizándose de ello el mencionado cabo.

Cuando llegara un buque desde Agaña, se procuraría hacer su carga en el mínimo tiempo posible, remitiendo igualmente los productos y el dinero recaudado hasta la fecha así como el parte de novedades de la isla. Harían también al Gobierno y a la Administración de Hacienda los pedidos de herramientas, víveres y cualquier otro efecto que necesitaran en la isla a fin de que se les pudieran remitir.

Cuando por cualquier causa el cabo no pudiera ejercer su tarea, nombraría a uno que le sustituyera, y si esto no fuese posible, se verificaría el nombramiento por pluralidad de votos entre todos los residentes de la isla con conocimiento del Gobernador; en ambos casos, el nombramiento habría de recaer en

un español.

Cuando algún extranjero se quedara en la isla, se le pediría el juramento de obediencia a las leyes mientras permaneciera en ella, sin cuyo requisito se le mantendría arrestado hasta que cualquier buque lo quisiera admitir o fuese conducido a Agaña en el viaje que hiciera hacia aquel punto.

Al que prestase juramento se le admitiría al trabajo al igual que a los demás, y si no quisiese, se le permitiría que buscara su subsistencia sin perjuicio del Establecimiento y con los frutos del país, pero no se le permitiría hacer trato alguno con el exterior ni tampoco extraer cosa alguna cuando se marchara.

La citada contrata para la explotación de los productos de las islas de Pagan y Agrigan le fue concedida al inglés Tim Thomson en 1857, destinándose por el momento una partida de diez hombres a su cargo, conforme a la contrata que aquél tenía celebrada con el Administrador de Hacienda de Marianas en representación de los fondos de lazarinos de dichas islas.

Un año después, en 1858, se dieron unas instrucciones más completas para el régimen y gobierno de los establecimientos de Pagan y Agrigan, también durante el gobierno de Felipe de la Corte⁴.

Estructuradas en cuatro partes más unas disposiciones generales, las mencionadas instrucciones son muy similares a las anteriores. Se organizaban sendos establecimientos en las islas de Pagan y Agrigan, estando destinados a ellas las mismas tres clases de individuos, esto es, un cabo o Alcalde jefe gubernativo de cada una de las islas, un contratista jefe director de los trabajos, y el número de mozos necesarios para la realización de

estas tareas, estando todos destinados o contratados por un período de un año aproximadamente.

El cabo era la máxima autoridad de la isla, con el mismo carácter que los Alcaldes de Rota o Saipan; no estaba obligado a trabajar corporalmente con los mozos, pero sí a vigilar sus trabajos, dando parte al Gobierno de todo cuanto aconteciese en la isla, así como al Administrador de Hacienda sobre lo que afectase a este ramo.

Por su parte, el contratista sería el jefe de los trabajos y operaciones estando a sus órdenes todos los mozos, a los que podía castigar moderadamente si no cumplían con su deber; determinaría los precios y la forma de los contratos y pagos que se hicieren en los buques. Cumplido el término de su contrato, podría regresar a Agaña entregando a quien el Gobierno le ordenase todos los efectos propios de las haciendas que allí hubiere destinados para la venta, que le serían abonados en cuenta.

Por último, el interés que cada individuo habría de llevar en las ganancias o líquidos procedentes del Establecimiento sería el que se contratase con el Administrador de Hacienda y de acuerdo con el Gobierno en el concepto de que los fondos de lazarinos habrían de beneficiarse, por lo menos, de un tercio de las ganancias.

El arrendamiento de las islas

a) Agrigan

Dado que podía ser un negocio próspero, las autoridades españolas pusieron en marcha un nuevo sistema de rentabilización

de las islas deshabitadas del Norte por el cual se procedía a su arrendamiento, a cambio de una determinada suma de dinero y por un plazo determinado de tiempo, a un particular.

Así, para proceder al arrendamiento de Agrigan, tras el decreto confirmatorio de la Intendencia General de Hacienda de Manila de 24 de julio de 1860 y de acuerdo con la Junta Consultiva, la Administración de la capital redactó el pliego de condiciones para sacar a pública subasta ante la Junta Subalterna de Reales Almonedas de Agaña el usufructo de la isla⁵.

El citado pliego de condiciones se estructuraba en cuatro partes: Obligaciones de la Hacienda; Obligaciones del contratista; Prevenciones Generales; y Parte Legislativa.

Por lo que se refiere a la primera de ellas, en cuatro condiciones se estipulaba que la Hacienda cedía en arrendamiento por dos años el usufructo de la isla de Agrigan bajo el tipo de 200 pesos anuales, adjudicándose al mejor licitador el aprovechamiento de la caza de puercos u otros animales silvestres, la cría y pastos de otros de la misma especie, o ganado vacuno, caballar, lanar o aves, el aprovechamiento de los frutos naturales e industriales, el de las plantaciones existentes, así como la pesca en sus costas y bahías.

Se adjudicaban igualmente los edificios y construcciones de arte que con arreglo a la contrata dejara a la conclusión de ésta el actual arrendador.

Las obligaciones del contratista (condiciones 4ª-13ª) consistían en recibir en usufructo la isla de Agrigan según las condiciones anteriores, debiendo alojar y retribuir por su cuenta a un representante español cuya elección debería ser aprobada por

el Gobierno de las islas; dicho representante tendría el carácter de Alcalde Jefe de la isla, gobernando de acuerdo a las instrucciones que se le remitirían desde el Gobierno Político Militar, manteniendo el pabellón español y auxiliando al contratista.

Todos los individuos que pasaran a poblar la isla debían ser españoles naturales o naturalizados, debiendo llegar el número de éstos lo más a un tercio del total de ellos.

La renta anual por la contrata debería satisfacerse, por anticipado, cada tres o seis meses.

A la conclusión del arriendo, el contratista debería entregar la isla en las mismas condiciones en las que la hubiera recibido mediante inventario, dejando a favor de la Hacienda todos los frutos naturales e industriales que se hallasen pendientes, los inmuebles o edificios que construyera durante su contrata, así como los bienes muebles o semovientes que no hubiese exportado al término de la contrata, saliendo el contratista de la isla a los treinta días de terminado el arrendamiento en caso de no ser súbdito español, regresando a la ciudad de Agaña para finiquitar la contrata y cancelar la fianza.

Las Prevenciones Generales disponían, en nueve puntos (14ª-22ª) que los licitadores presentarían sus pliegos de proposición acompañados de los documentos que acreditaran el pago de una fianza de 50 pesos en la Administración de Agaña, que serían devueltos inmediatamente a los no agraciado una vez fallado el contrato; al que se le declarara contratista se le devolverían después de elevarse a escritura pública el contrato, aprobado el remate por la Junta de Almoneda. No obstante, le correspondería al Gobernador adjudicar el arriendo a la persona que mereciese

su confianza, contemplándose la posibilidad de que éste rescindiese el contrato de forma unilateral siempre y cuando hubiese resarcimiento con las formalidades establecidas por las leyes.

Se señalaba el día 1 de febrero de 1861 como fecha para la celebración de la subasta, debiendo el rematador tomar posesión de la isla por sí o por apoderado el 1 de mayo siguiente si fuese posible, momento en que debería entrar a regir la nueva contrata.

Si hubiese incumplimiento por parte del contratista, se volvería a sacar a remate el servicio, siendo de su cuenta todos los gastos derivados de la operación.

En caso de que terminada la contrata no pudiese el contratista abandonar la isla, continuaría en su arrendamiento pagando a prorrata el tiempo que permaneciera en él hasta que se presentara un nuevo contratista, siendo en última instancia el Gobernador la máxima autoridad para decidir al respecto.

Por último, la Parte Legislativa, que corresponde a los ocho últimos puntos (23ª-30ª), establecía la forma del pliego cerrado en la subasta en vez de la puja a voz de pregón, aboliendo las mejoras del diezmo, medio diezmo y cuartas.

Los licitadores podían ser españoles, indígenas, mestizos, chinos o extranjeros, presentando al Presidente sus proposiciones escritas en papel oficial; una vez recibidos los pliegos, no podrían ser retirados bajo ningún pretexto.

El día del escrutinio serían leídas las proposiciones por orden de su numeración, adjudicándose la contrata al mejor postor; en caso de empate, se abriría licitación verbal en breve plazo, resolviéndose a favor del que mejorara la oferta. Si ésta no fuese mejorada, se adjudicaría a quien cuyo pliego tuviera el

número ordinal menor.

Durante varios años, y renovando el contrato, la isla de Agrigan fue arrendada por 200 pesos al súbdito irlandés Thomson; no obstante, el 5 de febrero de 1861 el Gobernador de Marianas, Felipe de la Corte, propuso unas nuevas condiciones transitorias de obligado cumplimiento para el arrendamiento de la isla de Agrigan⁶.

Según éstas, y en un articulado de once puntos, se cedía el arrendamiento de la isla de Agrigan a un contratista para el aprovechamiento de la misma en las mismas condiciones anteriores, pero por término de un año o por los meses que transcurrieran desde que se hiciera la contrata hasta el día 1 de junio de 1862 (art. 1º), siendo el arrendamiento por una cantidad alzada correspondiente al término de un año y que no bajaría de 200 pesos, pagándose el exceso de meses a prorrata y siendo los pagos por plazos vencidos en los días 30 de mayo y 31 de diciembre (art. 2º).

El Gobierno tendría la facultad de nombrar persona que mereciera su confianza, siendo propuesta por el contratista, para que ejerciera en la isla el gobierno de ella con la denominación de Alcalde y con la misma autoridad y carácter que tenía el de Rota (art. 3º). Este Alcalde habría de ser español natural de alguno de los Reinos de España y haber gozado o gozar en las islas un carácter a lo menos igual al de cabeza de barangay y ser de probidad y regular capacidad, siendo sus deberes hacer que se guardaran y cumplieran por todos los residentes en la isla las leyes vigentes en Marianas, pudiendo apremiar a todos a su cumplimiento y hasta reducir a prisión al que se negase.

Igualmente, sería tarea suya izar la bandera nacional a la aproximación de un buque y practicar su reconocimiento en los mismo términos practicados hasta el momento, a cuyo efecto el contratista habría de facilitarle embarcación tripulada y demás que fuera necesario.

Sería del cargo de dicho Alcalde el determinar en cada caso si se habría de permitir o no a capitanes y tripulaciones el desembarcar, pernoctar y permanecer en tierra, y caso de que algún extranjero por deserción o en otro caso de necesidad quedare en tierra habría de recibirle juramento de obediencia a las leyes y autoridad del país, y en caso de no hacerlo, lo reduciría a prisión y remitiría a Agaña en la primera oportunidad.

El contratista, con todos los de su cargo, tendría la obligación de auxiliar al Alcalde, y si de no hacerlo resultaren algunos desórdenes, serían responsables de ellos.

En todas las ocasiones que el Alcalde debiera escribir a Agaña, daría precisamente parte al Gobierno de cualquier novedad que hubiera y de los buques que tocaren allí, y al finalizar cada año remitiría en la primera ocasión el estado general de los buques que tocaran allí arreglado al modelo que habría de remitírsele. Al igual que en los casos anteriores, llevaría libros copiadores con la correspondencia que dirigiera al Gobierno.

En el momento de su llegada a la isla sería su obligación, junto con el contratista, el hacer un inventario de todas las casas, camarines, embarcaciones y cualesquiera otros bienes muebles e inmuebles que se hallaran en la isla, para hacer

entrega de ellos al contratista, remitiendo al Gobierno copia del inventario firmado por ambos.

Recibiría el Alcalde los goces que ajustara con el contratista, debiendo éste satisfacerlos por su cuenta, prohibiéndosele hacer toda clase de negocios o aprovechamientos que no estuvieran expresos en el contrato de empleo a firmar con el Gobierno, en el que se incluía la cláusula precisa de ser conducido de ida y de vuelta por el contratista a su cuenta de Agaña a Agrigan y viceversa y mantenerle en la isla alojamiento apropiado a su clase.

El Alcalde no tendría ninguna interrupción como tal en la dirección y vigilancia de los trabajos, y solo en el caso de que los trabajadores o el contratista se le quejaran, podría oírlos en justicia y decidir lo que a su juicio conviniera.

No permitiría que ninguna de las personas de la isla salieran de ella sin consentimiento del Gobierno para otro destino que para Agaña, estando obligados todos los residentes de la isla a obedecerle.

Por el artículo 4° se le reconocía al contratista el llevar a la isla el número de individuos de ambos sexos que tuviera por conveniente, siempre y cuando fueran todos naturales o radicados, y al menos los dos tercios naturales de Marianas.

Podría usar de la isla cuanto apeteciera para el aprovechamiento de la misma, pero no podría destruir los árboles útiles ni tampoco perseguir la caza cuando se corriera el peligro de que ésta disminuyera en lugar de crecer (art. 5°); lo mismo se aplicaba en lo referente a edificios y bienes inmuebles, siendo su obligación el mantenerlos y repararlos cuando fuera necesario

(art. 6°), y a los animales, no pudiendo, una vez finalizada la contrata, sacarlos o venderlos al exterior (art. 7°).

También sería de obligación y cuenta del contratista el proporcionarse los medios de transporte para ir a su destino y regresar de él, en el concepto de que la obligación de pago comenzaría desde la fecha que se fijara en el contrato, no cesando hasta el día en el que él y su gente abandonaran la isla, pagando a prorrata de lo contratado el tiempo de exceso (art. 8°).

Para la seguridad de esta contrata, el contratista presentaría un fiador a satisfacción del Gobierno, quien respondería de los pagamentos en los plazos estipulados y del cumplimiento de la contrata en todas sus partes (art. 9°).

Los productos de la contrata serían aplicables a los fondos generales de Arbitrios de la Provincia, consultándose la aprobación al Superior Gobierno de Filipinas (art. 10°). Tan pronto como se presentara persona que se ofreciera a tomar esta contrata, se publicarían edictos por si hubiese quien hiciese mejora en el término de ocho días, en cuyo caso se abriría subasta, adjudicándose al mejor postor; de no haberlo, se adjudicaría al presentante (art. 11°).

Tras este pliego transitorio, en 1862 la Junta Consultiva de Hacienda de Filipinas acordó el 30 de julio de ese año un nuevo pliego de condiciones para el aprovechamiento de Agrigan, que variaba algunos aspectos anteriores⁷.

Por lo que se refiere a las Obligaciones de la Hacienda, se sustituían los anteriores dos años de arrendamiento por uno, elevándose la cantidad de 200 pesos anuales a 420 pesos anuales,

siendo el resto de las condiciones prácticamente iguales.

Un último cambio se incluía en las Obligaciones del Contratista en la condición 13ª: "saldrá de la isla de Agrigan no siendo súbdito español a los treinta días de terminado su arrendamiento y mediante entrega por inventario según la condición 8ª, regresando directamente a la ciudad de Agaña donde deberá finiquitar su arrendamiento y procurar la cancelación de su fianza" (...) "y siendo extranjero, deberá renunciar a todo fuero de extranjería en lo relativo a los efectos de este contrato, y el Gobierno se reservará el derecho de rescindirle si así lo creyera conveniente, mediante indemnización de perjuicios, sometiéndose en el caso de no conformidad a la decisión que el Gobernador determine, y en casos extremos, a la decisión de los Tribunales de la isla de Filipinas, ante los cuales podría en este caso deducir sus derechos".

b) Pagan

El 7 de julio de 1864, F. Danelsberg, capitán de la goleta americana Abbey Forest, sabiendo que la isla de Agrigan estaba arrendada, propuso al Gobernador Felipe de la Corte tomar en arrendamiento la isla de Pagan, deshabitada, sin plantaciones y prácticamente sin animales⁸.

Sus argumentos eran claros; ya que la isla estaba deshabitada y nada producía, lo mejor era rentabilizarla tanto para su propio beneficio como para el del Gobierno dado que así se repoblaría la misma y con el tiempo, cuando finalizara su contrato, las autoridades españolas dispondrían de una nueva avanzadilla en las islas del Norte.

Su oferta consistía en tomar la isla de Pagan para utilizarla bajo las mismas condiciones en que estaba arrendada la de Agrigan, con las siguientes excepciones:

1°. El tiempo de arrendamiento sería por cinco años a contar desde la fecha de la toma de posesión, siendo ésta a más tardar en diez meses, pero sin ninguna renta o pago.

2°. El contratista se comprometía a trasladar a la isla de Pagan, a lo largo de todo ese tiempo, a cien naturales de varias islas, incluso un tercio de mujeres, yendo voluntarios a trabajar allí y a vivir conforme a las leyes españolas, al igual que hacían los carolinos de Saipan.

Quedaría obligado a sacarlos de la isla si concluído un término no quisieran ser naturalizados en el archipiélago mariano; contrataría también a unos cuantos hombres blancos para dirigir el trabajo, siempre y cuando fueran en menor número que los españoles allí establecidos.

Como compensación del beneficio que obtuviera de la isla, el contratista se obligaba a mantener en Pagan una pequeña embarcación para navegar a Guam haciendo, por lo menos, dos viajes al año, y tocando en Agrigan, Saipan, Tinian y Rota a la ida, y a la vuelta conduciendo pasajeros y flete del Gobierno, a precio ordinario, y fletes particulares conforme a contratas.

No obstante, precisaba Dannelsberg que, en caso de no hallar un lugar abrigado para el buque contra los peligros del mar en la isla de Pagan, se comprometía a hacer un viaje anual con su buque tocando en todas las islas a la ida y a la vuelta en los términos expresados líneas arriba.

Concluía la solicitud instando al Gobernador a resolver en

menos de veinte días, tiempo máximo en el que permanecería en la isla de Guam.

Ese mismo día, pareciéndole interesante al Gobernador la propuesta del americano, ordenó que se publicara un edicto por la Secretaría de Gobierno de las islas Marianas para que si hubiera alguien interesado en tomar en arriendo la isla de Pagan, pudiera enterarse en la misma Secretaría de la oferta realizada y así poder presentar sus condiciones en pliego cerrado en el término de ocho días pasados los cuales, y una vez examinadas todas las propuestas, se resolvería a favor del más ventajoso⁹.

Días más tarde, otro informe del Gobernador consideraba que no habiéndose presentado proposición alguna de mejora de las condiciones propuestas por Danelsberg, se aceptaba interinamente por el Gobierno la proposición de éste, si bien entendiéndose las cláusulas aclaratorias siguientes¹⁰:

1°. Los habitantes de las islas que habrían de repoblar Pagan tendrían que ser de los grupos o archipiélagos conocidos por Carolinas Occidentales, Centrales u Orientales (Marshall) y no otro grupo hasta un año después.

2°. Antes de la ocupación, o directamente después de ella, sería necesario recoger en Guam al Alcalde y demás súbditos españoles que tendrían que residir en la isla para trasladarlos allí; para los hombres que no fueran carolinos era obligatorio prestar previamente en Agaña el juramento requerido de vivir conforme a las leyes del país.

3°. El viaje anual que tenía que hacer el contratista con su buque, si no mantuviese otro en Pagan, había de entenderse con el suyo o con otro, y caso de no hacerlo, el Gobierno

contrataría uno para este fin a costa del contratista.

4°. Antes de sacar ningún aprovechamiento de la isla, sería necesario prestar fianza a satisfacción del Gobierno de Marianas o de quien determinara el Superior Gobierno de Filipinas.

5° Esta contrata se entendería como interina hasta la aprobación del Superior Gobierno de Filipinas, que si no se obtuviese quedaría sin efecto y sin derecho a reclamar perjuicios.

6° Por último, se reconocía al contratista el derecho a rescindir esta obligación dando aviso al Superior Gobierno en Manila antes del 1 de febrero de 1865, y al Gobierno de Marianas antes de la llegada del correo que habría de salir de Manila en aquella fecha.

Consideraba de la Corte que este tipo de contrato era más ventajoso que el arrendar la isla por 215 pesos, como venía haciéndose en otros casos.

Sin embargo, y dado que el súbdito inglés G.H. Johnston, capitán de la goleta Asia, había propuesto mejores condiciones que aquél, finalmente sería él quien se hiciera con la contrata.

Las autoridades españolas concedieron en 1865 el arrendamiento de Pagan al irlandés J.H.G. Johnston, casado con la hija de un administrador español de Marianas; para realizar los trabajos de explotación de la isla, el capitán de la goleta Ana contrató doscientos sesenta y cinco carolinos de Pulusuk, cerca de Puluwat, trasladándolos a Pagan.

En 1869 reclutó doscientos cincuenta carolinos para trabajar en Tinian, siendo empleados en preparar carne seca y pescar

balate.

El caso de Tinian

En 1865, nuevamente George H. Johnston solicitó permiso para arrendar las islas de Tinian y Agrigan bajo las mismas condiciones en que tenía la de Pagan desde esa misma fecha¹¹, aunque la situación de cada una de las islas citadas a la altura de esos años era muy diferente.

Por lo que se refiere a Tinian, y como se ha visto en el capítulo correspondiente, allí estaba establecido el Hospital de Lazarinos, sirviendo la isla para cubrir los gastos de estos enfermos con el producto de las carnes de vaca y puerco que se mataban, estando al frente un Teniente Alcalde que percibía el 10% del importe de lo que se recolectaba y se vendía posteriormente en pública almoneda en Agaña. Residían, además, dos cabos y doce mozos pagados por el Tesoro.

Dada la utilidad de Tinian, consideraba de la Corte que sólo sería ventajoso arrendar la isla siempre y cuando el contratista ofreciera una compensación para cubrir los gastos de los hospitales.

En el último quinquenio Tinian había producido un líquido de 1.788,99 5/1 pesos, lo que daba un beneficio anual de 357,70 pesos; a esto habría de añadirse que como el Tesoro cubría el gasto anual de 174 pesos, quedaba de hecho a beneficio de los hospitales un ingreso medio de 531,70 pesos, que perderían dichos hospitales si se cediese la isla sin pago alguno. Habría que tener en cuenta que en Tinian había también ganado vacuno, en número de setecientas a mil cabezas, al cual habría que proteger

si se arrendara la isla.

Consideraba igualmente de la Corte que sólo sería rentable el arrendamiento si en vez de poblar la isla con cien habitantes, como había propuesto el inglés, se hiciera con no menos de doscientos, no sólo en Tinian sino también en Agrigan.

Como arrendador que era de la isla de Pagan, había ido importando carolinos tanto a esta isla como a la de Saipan. En febrero de 1869, y ante la difícil situación en la que se encontraba Pagan a consecuencia de los baguíos sufridos durante los dos años anteriores que la hacían incapaz de sostener a la población, a menos que se la auxiliara desde fuera, el Gobernador Francisco Moscoso y Lara (1866-1871) le autorizó, interinamente y hasta la aprobación del Gobernador Superior de Filipinas, a trasladar a todos los carolinos allí radicados a la vecina isla de Saipan¹².

Un mes después, nuevamente Jonhston solicitó permiso para trasladar a los más de cuatrocientos carolinos de Saipan, llevados allí por aquél en agosto de 1867, a la isla de Guam, resolviendo el Gobernador a su favor¹³.

El 7 de abril de 1869, ante el Gobernador Moscoso, por entonces también Juez de Primera Instancia, y sus testigos acompañados, D. Ignacio Agnon y D. Vicente Dueñas, escribiente e intérprete de Juzgado de la Provincia, compareció George H. Johnston, casado y establecido en las islas Marianas; éste había solicitado del Gobierno el 23 de diciembre de 1865 tomar en arriendo las islas desiertas de Agrigan y Tinian bajo la obligación de colonizarlas con las mismas condiciones que la de Pagan.

Como había recibido aprobación Superior para que ello pudiera

llevarse a efecto, según comunicación de la Intendencia General de Filipinas de 26 de marzo del año anterior, y deseando tomar posesión de la de Tinian, contando como sus fiadores a D. José de Torres y a D. Juan de León Guerrero, se haría cargo de ella bajo una serie de condiciones¹⁴, tras haber tenido en cuenta las propuestas del anterior Gobernador de Marianas, Felipe de la Corte.

Por las mismas, el Gobierno cedía en arriendo a Mr. Johnston por término de ocho años, contados desde el día en que se posesionara de ella, el usufructo de la isla de Tinian, adjudicándole al mismo tiempo el aprovechamiento de la ganadería y toda clase de animales existentes en dicha isla, permitiendo la cría y pastos de otros de las propias especies o diferentes que importase, el de los puertos naturales e industriales, el de las plantaciones existentes, así como también la pesca en sus costas, radas y bahías.

Igualmente, se le adjudicarían los edificios que hubiese en la isla el día de la toma de posesión bajo el correspondiente inventario.

Por su parte, Johnston se comprometía a trasladar a la citada isla de Tinian lo menos doscientos carolinos llevados del exterior.

El arrendador debía poner al frente de la población carolina que importase una persona del país que mereciera la aprobación del Gobierno, la cual estaría en todo lo gubernativo dependiente de la Alcaldía de Saipan, haciendo las veces de delegado de la autoridad española. Buscaría también a un maestro o maestra que enseñara a leer, escribir, doctrina y las más precisas labores,

cuidando de que a cada individuo se le facilitasen dos trajes por año para sus necesidades, a fin de que se fuesen acostumbrando al vestido.

Así, si entre 1828 y 1869 hubo un Alcalde en la isla de Tinian, desde la fecha éste pasa a residir en Saipan, quedando al frente de aquélla un Ayudante, luego Teniente Alcalde.

Igualmente, al arrendador se le obligaba a satisfacer anualmente, pagada por semestres anticipados y con destino a los fondos de lazarinos, la cantidad de 300 pesos.

Como se ha señalado en otra parte, según el Reglamento Ricafort los productos de la isla de Tinian estaban sujetos al ramo de lazarinos; sin embargo, el Gobernador dispuso que desde el arrendamiento cesasen de pertenecer los productos al hospital de estos enfermos, suprimiéndose además los sueldos de los mozos que se pagaban como gasto de personal por el citado ramo.

Por otro lado, el arrendador debía hacer con un buque de su propiedad u otro un viaje por lo menos en cada año, desde Tinian a Saipan y viceversa.

No podría disponer ni permitir que se matasen vacas de las existentes en la isla, a menos que fuesen de las llamadas machorras o de las que por viejas fueran improductivas, debiéndose satisfacer una multa de 25 pesos por cada una si se averiguase que se habían matado de las de cría.

Pasado el plazo de la condición primera, el Gobierno se encargaría otra vez de la isla y de la población que tuviese en ella, no pudiendo Johnston durante el transcurso de otro tiempo disminuir por sí el número de la importada. Al terminar el expresado plazo, debía devolver igualmente por inventario los

edificios que hubiese recibido al tomar posesión.

Podría tomar posesión de la isla de Tinian una vez que importara a los doscientos carolinos, entendiéndose que habría de ser provisionalmente hasta la Superior aprobación del Excmo. Sr. Gobernador Civil de Filipinas, sin la cual no tendría validez este contrato.

El arrendador otorgaba esta escritura, obligándose con sus bienes habidos y por haber, reconociendo sus dos fiadores como suyas las obligaciones de Mr. Jonhnston.

Entre 1869 y 1877, la isla de Tinian había sido arrendada a George H. Johnston en los anteriores términos, concluyendo el arriendo el 30 de junio del citado año¹⁵, no sin problemas, ya que el 20 de noviembre de 1876 Félix Calvo, Teniente Alcalde de la isla de Tinian, comunicó al Gobernador de Marianas que el día 13 de octubre por la mañana había salido de la isla el contratista Jonhnston con ocho o nueve carolinos como tripulación y un deportado español, Joaquín Ayala Rey, con destino a Saipan, a donde llevaban carne salada de puerco y otros comestibles, cuando les sorprendió un temporal y se perdieron en el mar¹⁶.

El día 21 dispuso Calvo que fuera a Saipan un carolino en un bote para intentar localizar al contratista, pero regresó por la noche sin noticias¹⁷.

Ante esta circunstancia, se hizo cargo del aprovechamiento de la isla su viuda, Ana Calvo de Johnston¹⁸, quien en marzo de 1877 renunció a los tres meses y medio que le quedaban de arrendamiento, ya pagado, en beneficio del Hospital de Lazarinos, porque ella partía para Manila.

El 15 de junio de 1877, el Ministerio de Ultramar, a la hora de hacer balance, consideraba que los arrendamientos de las islas de Agrigan, Tinian y Pagan eran más bien contratos de explotación de aquellos territorios en vez de ser un sistema o medio de colonización de las islas, que era, en realidad, a lo que se debía aspirar¹⁹.

El Gobernador de Marianas había expresado la conveniencia de que cuando terminara el contrato de arrendamiento de Tinian se trasladaran a ella los carolinos residentes en la ciudad, en el barrio de Tamuning, mediante un buque correo, considerando conveniente el que se estableciera su Alcalde y su Gobernadorcillo en los mismos términos que residían en las islas de Saipan y Rota, y que los productos entraran en los fondos de Arbitrios y no en el de Lazarinos, puesto que ya no existía el antiguo hospital.

Proponía la necesidad de destinar unos 1.700 pesos para que se aplicaran a la construcción de una Casa Real Tribunal del pueblo, iglesia, escuelas y demás necesidades correspondientes a un pueblo de nueva creación.

Esta consulta elevada por el Gobernador de Marianas se recibió en la Dirección Civil de Filipinas el 12 de mayo de 1876, y de ahí se trasladó a la Dirección de Hacienda, organismo responsable de expedir las órdenes oportunas para dar por terminado el arrendamiento.

El propio párroco de Agaña, padre Aniceto Ibáñez del Carmen, emitió informe al respecto²⁰, refiriéndose a la desaparición de Jonhston, y destacando su buen proceder con respecto a los "salvajes" carolinos de Tinian, a los que había civilizado.

Proponía además que se nombrara un misionero para la isla, que también fuera el encargado de proponer al Gobernador los individuos elegibles para el cargo de alcalde de Tinian; otro cargo importante sería el de maestro, siendo necesario el nombramiento de una persona capacitada para tal tarea.

Respecto a la explotación de los productos de la isla, sugería el párroco que se suspendiera la matanza de reses vacunas, al menos durante cuatro o cinco años, lo que haría que se multiplicara el número de cabezas, pudiendo luego los carolinos dedicarse a la caza, dejándoles a ellos los despojos y menudencias.

Referente al trabajo carolino, consideraba que había de ser obligatorio y forzoso dado que eran holgazanes, dejándoles sólo unas cuantas horas al día para la pesca y para atender sus sementeras; de todo lo que produjeran, se les podría dejar a ellos lo suficiente para vivir durante ocho meses.

Ante los rumores sobre el posible arrendamiento de Tinian a una Compañía alemana, "Adolph Capelle y Cía", Ibáñez del Carmen no se mostraba partidario ya que suponía que aquélla sólo buscaba explotar las islas Marianas; ahora bien, en caso de ser arrendada, lo más conveniente sería llevar a los carolinos de Tinian a la vecina isla de Saipan para que los alemanes no los explotaran como si fueran esclavos.

Y es que en ese mismo año de 1877 otro extranjero, Alex Milnue, residente en Marianas, solicitó al Gobernador Político-Militar tomar en arrendamiento la isla de Tinian en las mismas condiciones que la había tenido el inglés George H. Jonhston²¹; se interesó también por Agrigan y Pagan.

Milnue, capitán de un pequeño buque, era agente comercial de

la casa "Adolph Capelle y Cía" de la isla Bonham, grupo Marshall, cuya sociedad comerciaba con coco seco entre dichas islas.

El Gobernador de Marianas, partidario del arrendamiento al considerar que era más efectiva la colonización particular que la oficial, elevó consulta a la Dirección General de Hacienda de Filipinas quien, a su vez, tras mostrarse favorable, dio cuenta al Gobernador General para que resolviera²².

En informe emitido ese mismo año de 1877, el Gobierno Superior de Filipinas consideraba inadmisibile la proposición de arriendo de la isla de Tinian en los términos solicitados por Alex Milnue²³, así como cualquier otra que pudiese presentarse basada en las condiciones de la contrata que se otorgó a George H. Jonhston, acordando que cesara de pertenecer al ramo de Hacienda todo lo relativo a la colonización de Tinian (art. 3º) y señalando que habría de gestionarse por Real Decreto el asignar a la isla un sacerdote de la Orden de los Recoletos para que se hiciera cargo de la administración espiritual de los carolinos allí establecidos, de los que se trasladasen a la misma desde Agaña y de las familias de la misma raza que en un futuro fueran allí a radicarse (art. 5º).

Ordenaba igualmente la urgente necesidad de reforma del Reglamento de 1828, o plan económico para el régimen y gobierno de las islas Marianas, a fin de ponerlo en armonía con las necesidades del momento, con los adelantos y mejoras que se habían ido introduciendo en todos los ramos de la Administración Pública, instando a que se dirigieran comunicaciones a la Capitanía General, Comandancia General de Marina, Arzobispado, Regencia de la Audiencia Territorial, Dirección de la Administra-

ción Civil y de la Hacienda, para que cada cual, en su ramo respectivo, propusiera lo que considerara más conveniente al objeto indicado, y después de recibirse en la Secretaría General todas las Memorias producidas por las Autoridades y Centros predichos, se redactaría por la misma la Memoria General.

En agosto de 1877, la Secretaría General emitió su informe al respecto²⁴; después de recordar el abandono en que por parte de la Administración habían estado las islas Marianas, que eran merecedoras de incesante solicitud por honra nacional, por cuanto fueron las primeras de que se posesionó Magallanes en nombre de España; por alta cuestión política puesto que no sólo tenía el archipiélago filipino un punto avanzado de gran valía hacia aquella parte sino que con el abandono en que se tenía a Marianas podía tentarse la codicia, en ese momento más que nunca, de otras naciones interesadas en facilitar y extender su navegación nacional hacia los Imperios de China y Japón; y por su conveniencia propia, ya que era capaz de producir con exceso a los gastos; además, -continúa el informe-, el archipiélago carolino, que de derecho correspondía a la nación española, debía de pertenecer de hecho con la ocupación efectiva, tanto para evitar complicaciones internacionales futuras como por el hecho de que el exceso de población de muchas de las islas de la Micronesia, más estériles, podría más fácilmente nutrir de emigrantes a las casi despobladas islas Marianas.

Comentando otra vez el caso del arrendamiento de Tinian, solicitado nuevamente por Milnue, se señala que el anterior arriendo se había hecho sin el consentimiento del Gobierno Supremo, siendo necesario desestimar la nueva proposición.

Proponía también la Secretaría, aunque la última palabra siempre la tenía el Gobernador General, que se nombrara un cura párroco para Tinian que llevara también los asuntos temporales, ya que hasta la fecha todo estaba en manos de un Teniente Alcalde chamorro; el cura podía ir o bien como misionero, o bien como coadjutor del cura de Saipan, caso este último que parecía más lógico, con la condición de que le acompañara un hermano lego europeo.

Hecho esto, se procedería a dar orden de que los carolinos de Agaña se trasladasen a Tinian para reforzar la feligresía. También sería importante nombrar un maestro de Escuela de la Normal de Manila, y la elección del pedáneo y ministros inferiores de justicia de entre los mismos carolinos, pero siempre con la intervención del misionero; la reforma se completaría si fuese posible disponer de un buque para comunicar Filipinas y Marianas, y un buque correo vía Hong Kong, importante también como elemento de comercio.

Si desde la fecha no hay más proposiciones de arriendo de la isla de Tinian, ya que el objeto de las autoridades era colonizarlas e incluirlas en la dinámica del resto de las islas Marianas habitadas, lo cierto es que sí se solicitaron varios permisos por parte de particulares para arrendar algunas de las otras islas deshabitadas, como es el caso de Agrigan y Pagan.

Acuerdos sobre Agrigan

El 29 de abril de 1880 tenía que terminar el arriendo de la isla de Agrigan, debiéndose proceder a una nueva subasta

sirviendo de base el pliego de condiciones de 1862 remitido desde Manila, con el aumento de 100 pesos al actual arriendo, es decir, 420 pesos tipo que marcaba la condición primera, en progresión ascendente; de este dinero, 300 pesos serían para la Hacienda y 120 para el sostenimiento del Alcalde, a razón de 10 pesos mensuales²⁵.

Por este motivo, unos días antes, el 1 de abril, el Gobernador de Marianas dio orden a los Gobernadorcillos de Agaña, Agat, Merizo e Inarajan para que se publicara por bandillo en sus respectivas jurisdicciones un edicto referente al arrendamiento de Agrigan, isla que habría de sacarse a subasta el 28 de abril de 1880 y a la que podría concurrir cualquier persona, siempre y cuando acatara las disposiciones de 1862²⁶.

Reunida ese mismo día en Agaña la Junta de Almonedas, presidida por el Gobernador Francisco Bravo y Barrera (1875-1880) con la asistencia como vocales del Administrador de Hacienda Pública, Luis Herrera, el Reverendo Cura Párroco de la ciudad, Francisco Resano, y el Secretario de Gobierno y Guerra, José Brabo y Portillo, solo se había presentado un pliego cerrado suscrito por el americano J.J. Foster, residente en Agaña, en representación de Mr. A. Capelle y Cía, compañía de la que era agente comercial²⁷.

En dicho pliego se ofrecían los 420 pesos por un año de arrendamiento de la citada isla de Agrigan, siendo el pago por semestres anticipados; ante la ausencia de otros licitadores, la Junta resolvió a favor de Foster quien, al menos durante un año, disfrutó de los beneficios de Agrigan.

Este contratista, que comerciaba con coco seco o copra entre

las islas Marianas y Carolinas, además de las Marshall, (alemanas por el acuerdo de 1885 entre Gran Bretaña y Alemania) a su vez había realizado una contrata de fletamiento con H.T. Williams, capitán de la goleta Beatrice, de sesenta y seis toneladas de registro y matriculada en Shanghai, para transportar los productos de las islas.

En abril de 1881 tuvo lugar un incidente entre el citado Williams y los agentes o representantes de A. Capelle y Cía al haber roto el primero el contrato de fletamiento, lo que motivó que estos últimos recurrieran al Gobernador de Marianas para que intercediera²⁶; en cualquier caso, el asunto no fue a más y se solucionó con la reanudación del contrato.

Dicho contrato de fletamiento, firmado en Ponape el 2 de diciembre de 1880 y que habría de entrar en vigor el 1 enero de 1881, contemplaba el que A. Capelle y Cía convenía en fletar la goleta "Beatrice" desde la citada fecha a razón de 450 pesos al mes pagaderos a la conclusión del contrato bajo las condiciones siguientes:

"1°. Todos los gastos de dicho buque serán pagados por el capitán y dueño mientras dure el fletamiento.

2°. Dicho buque, y según el capitán, está en perfectas condiciones y capaz para ir a la mar y será conservado en el mismo estado por el capitán durante el fletamiento.

3°. Dicho buque saldrá para cualquier isla o islas del Océano Pacífico a que dichos A. Capelle y Cía necesiten enviarlo, lo que recibirá a bordo y llevará y descargará cargamento y pasajeros, con los lugares y tiempos y en la manera como ha dicho A. Capelle y Cía cuando a cualquier tiempo al capitán.

4°. Ningún tráfico se hará por el capitán o tripulación de dicho buque en su propia cuanta, excepto por expreso permiso de los dichos señores A. Capelle y Cía.

5°. El capitán y tripulación de dicho buque deberá procurar de todas maneras obrar por los mejores intereses de A. Capelle y Cía.

6°. No divulgará asuntos de nuestro comercio con sus conocimientos. No llevarán cartas, ni pasajeros ni cargamento para cualquiera otra persona o personas, excepto con expreso conocimiento de la dicha primera parte. El tiempo estipulado por este fletamiento será por un año desde y después del primer día de enero de 1881, al esperar los dichos A. Capelle y Cía tendrán opción a continuar empleando dicho buque por un período más largo que no exceda de un año más en los mismos términos antes estipulados, siempre en la inteligencia de que dicho capitán y dueño pueda en cualquier tiempo después de esperar el tiempo estipulado de un año concluir este fletamiento, dando a A. Capelle y Cía noticia de ello con cuatro meses de anticipación. Este fletamiento terminará conforme a las condiciones antes mencionadas, bien sea en Ponape bien en Guajan; A. Capelle y Cía pagará al capitán y dueño de la Beatrice 50 céntimos al día por cada pasajero de cámara que lleve, y 25 céntimos por cada pasajero de proa por alimentación²⁹".

Para entonces, Tinian ya contaba con un cierto número de población, en torno a doscientos treinta habitantes divididos en tres cabecerías, siéndole concedida la creación de su parroquia

por decreto del 6 de noviembre de 1885.

Ultimas propuestas de arrendamiento

Las islas de Pagan y Agrigan estaban deshabitadas pese a los esfuerzos de algunos Gobernadores; en ambas había cocales que producían unas 100 Tn de copra o coco seco; como se ha señalado, desde tiempo atrás venían arrendándose, así como la de Tinian, por públicos licitadores y por pequeñísimas cantidades, cuyos arrendamientos fueron generalmente rescindidos por incumplimiento de los contratistas en las condiciones de llevar colonos pobladores, que era el objetivo último del Gobierno, o de no verificar sus plazos con puntualidad, quedando a la conclusión del contrato tan despobladas como lo estaban antes.

En 1884, la isla de Pagan producía 130 Tn al año, la de Agrigan 160 Tn y la de Anatajan 120 Tn; siendo el precio por tonelada de 20 pesos, la producción total de las tres islas ascendía a 8.200 pesos al año³⁰.

Durante algunos años, fueron explotadas por F. Williams, capitán de la goleta Beatrice que, a cambio de la explotación, llevaba el correo entre las islas y los efectos de carga oficial, dada la necesidad del archipiélago por contar con elementos de comunicación entre las islas³¹.

En efecto, en mayo de 1888 fue cursada por el Gobernador de Marianas al Gobierno Superior de Filipinas la instancia de H.J. Williams en solicitud de conducir el correo a las islas del Norte del archipiélago bajo el tipo de 500 pesos anuales o, en su defecto, por el aprovechamiento gratuito de los productos de las islas deshabitadas de Agrigan y Pagan³², aunque ya disfrutaba de

esta primera y de Anatajan desde 1884, que es como finalmente se verificó, con las condiciones, en uno u otro caso, de hacer cuatro viajes al año y de llevar colonos pobladores a dichas islas.

En 1892, aún no había resuelto el Gobernador General sobre este asunto pero, no obstante, desde aquella fecha de 1888 había venido usufructuándose por el peticionario lo que solicitaba.

Williams no había cumplido con sus condiciones de contrato ya que no solo no había llevado a las islas colonos, sino jornaleros que contrataba y despedía retornándolos a sus lugares de origen, sino que realizaba el número de viajes anuales que le convenían, y no los cuatro estipulados, según constaba en la Capitanía del Puerto de Apra.

Tras su muerte, los cicales de las islas los explotaban su viuda, y su familia, casada aquélla a comienzos de los 90 con el inglés George Harrison, no revirtiendo ningún beneficio a las islas Marianas, salvo el hecho de conducir el correo, ya que todos los productos pasaban al extranjero. Ante esta situación, el Gobernador de Marianas, descontento con la actitud del contratista, anuló el permiso concedido años antes enviando a un comisionado representante del Gobierno para hacerse cargo de las islas.

Desde este momento, se planteó la posibilidad de volverlas a arrendar de forma más ventajosa, a pesar de que el Gobernador de Marianas, Luis Santos (1891-1892), no era partidario de ello al considerar que sería más conveniente el que las islas deshabitadas fueran ocupadas por el Estado y que tomara posesión de ellas sosteniendo a un representante y a una fuerza de cuadrilleros,

milicias y cualquier otro tipo, que al tiempo que mantuvieran la formal ocupación, explotaran sus productos satisfaciendo con su importe el haber que se les señalara; pero para ello era necesario el envío de una embarcación a disposición del Gobierno de Marianas, como repetidamente a lo largo del siglo pasado se solicitó, sin éxito.

Luis Santos consideraba que la posesión efectiva de dichas islas era conveniente precisamente en un momento en que el ambiente internacional -no hay que olvidar la crisis de las Carolinas de 1885- se tornaba desfavorable para España, haciendo referencia a la continua presencia de buques japoneses fondeando en las costas de las islas deshabitadas. Pero las autoridades españolas de Manila estaban dispuestas a oír las ofertas para la explotación de las islas teniendo en cuenta que, en igualdad de condiciones, era preferible contratar con un español.

En 1892, había tres personas interesadas en la concesión; el holandés Galo Kamminga, naturalizado español y residente en las islas Marianas³³; el hermano de la viuda de Williams, el español Joaquín Portusach, antiguo Juez de Paz y nieto de un cabo de artillería que fue a Marianas hacia 1830 con el Gobernador Francisco Villalobos³⁴; y Félix de Torres, vecino de Agaña, español insular, que solicitó autorización para sacar copra de Agrigan y Pagan, comprometiéndose a que cinco veces al año un buque de su propiedad haría viajes a aquellas islas, admitiendo pasaje y flete a módico precio³⁵.

A principios del citado año se concedió, por acuerdo de la Superioridad, el usufructo gratuito de las islas al inglés G. Harrison durante seis meses, habiendo de concluir en octubre de

1892, acordándose por esa misma Superioridad posteriormente, y antes de la terminación de este plazo, que Harrison continuaría con el aprovechamiento gratuito de aquellas islas hasta que fuesen adjudicadas de forma definitiva³⁶; la representación española y los trabajadores llevados desde Guam eran pagados por el Gobierno y no por el arrendador, ampliándose por otro seis meses el contrato en julio de 1892³⁷.

Mientras, y dado que el proceso de resolución de arrendamientos era extremadamente lento, el 27 de junio de 1892 se celebró ante la Junta de Reales Almonedas de Agaña, integrada por el Presidente Luis Santos, Gobernador Político-Militar de Marianas, y como vocales Fray Aniceto Ibáñez, Cura Párroco de la cabecera, Manuel Arias, Administrador De Hacienda Pública, y como Secretario el Teniente de Infantería Juan Godoy, a la sazón Secretario del Gobierno, el concurso de proposiciones para ceder en arrendamiento las islas de Pagan y Agrigan³⁸.

El bando para concurrir al citado concurso, dado por el Gobernador de Marianas y remitido a los Gobernadorcillos de Agat, Merizo e Inarajan para que fuese publicado por bandillo durante tres días, informaba de que quien quisiera participar habría de presentar el lunes 27 de junio por la mañana el pliego cerrado con las condiciones ante la Junta de Almonedas, siendo condición indispensable el que el aspirante se comprometiera a mantener e su costa a un representante del Gobierno en cada una de las islas, sometiéndose al fallo de los Tribunales españoles y de abanderar con bandera española la embarcación destinada al efecto.

A Galo Kaminga, que presentó su pliego cerrado, se le dio el

número uno por haber sido el primero en presentarlo, el número dos a Joaquín Portusach, y a Félix Torres el tres³⁹.

Se procedió a la apertura del número uno, proposición de Galo Kaminga, que ofrecía tomar a su cargo el arrendamiento o servicio de las islas citadas por el tiempo de ocho años bajo las condiciones siguientes:

"1ª. Un pailebot bajo bandera española haciendo cuatro viajes al año en combinación más cerca con el correo de Manila para las islas del Norte, Rota, Tinian y Saipan.

2ª. Todas las cargas y pasajeros del Gobierno, incluso los Padres Curas, serán transportados gratis, además el 10% de los productos que se obtengan de las islas de Pagan y Agrigan, comprometiéndose poner los representantes de las islas conforme la condición del bando del Gobierno".

Retirado el primer proponente, fue llamado el segundo, José Portusach, que expuso estas condiciones:

"1ª. Obtener el derecho del usufructo de las mencionadas islas de Pagan y Agrigan por espacio de cuatro años, para lo cual llevará el proponente el personal necesario que sustentará todo el tiempo en que lo tenga, comprometiéndose a devolverlos al punto de donde los tomó al terminar la contrata.

2ª. El proponente se obliga a presentar un barco precisamente español que hará cuatro viajes anuales o cinco si las circunstancias de navegación lo permitieran para dar comunicación a las precitadas islas, y además las de Saipan, Tinian y Rota con esta cabecera, cuyo barco será bien acondicionado y de cien toneladas.

3ª. Con el citado barco transportará gratis de dichas islas a la citada cabecera y viceversa la correspondencia oficial y particulares, los empleados y demás personas y efectos cuyo coste de pasaje sea por cuenta del Estado así como lo correspondiente al Hospital de Lazarinos de esta Provincia en ocasión de viajes del expresado barco, siempre que el tiempo permita un fondo en las expresadas islas.

4ª. Se compromete también a conducir gratuitamente al Gobernador Político Militar de la Provincia una vez al año en cualquiera de los viajes obligatorios del citado barco.

5ª. El proponente para el caso que el Gobierno quiera tener su representante en las susodichas islas de Agrigan y Pagan, se compromete a sufragar los gastos de los funcionarios que al expresado objeto pusiese, dando a cada uno el sueldo de 25 pesos mensuales, teniendo la bandera española izada en ellas.

6ª. Se obliga el proponente a que todas las competencias y demás asuntos que se promovieran en dichas islas se sujeten a las leyes españolas.

7ª. El proponente ofrece además 500 pesos anuales ya sea para mejorar el servicio de representación del Gobierno en las expresadas islas ya sea para el establecimiento de beneficencia de lazarinos de esta Provincia.

Joaquín Portusach y Martínez, español, natural y vecino de Agaña, solicitó las islas que hasta la fecha estaban a favor de su hermana María Portusach, viuda de Williams y casada en segundas nupcias con Harrison, a quien se le había prolongado el contrato dos meses más, como se ha visto.

En esencia, proponía el usufructo por cuatro años ofreciendo un barco para la comunicación, haciendo cuatro o cinco viajes al año, transportando gratis la correspondencia oficial, a los particulares y al Gobernador cuando quisiera ir⁴⁰.

Félix Torres también tomó parte en el concurso, siendo autor de la proposición más ventajosa para el Estado puesto que ofrecía pagar anualmente la suma de más de 3.000 pesos, aparte de otras ventajas para la Provincia.

Su propuesta de arrendamiento de las islas de Pagan y Agrigan durante diez años se basaba en las siguientes condiciones:

"1ª. El proponente recibirá en arrendamiento las referidas islas por el tiempo indicado pagando como precio de su arriendo la cantidad anual de 3.205 pesos en la forma o plazos que en definitiva se determine o sea por meses, trimestres, semestres o por año.

2ª. En virtud de la anterior condición, el Gobierno o la Hacienda cederá al proponente el aprovechamiento de todos los productos naturales e industriales que existan en ambas islas al tiempo de la adjudicación de las mismas y que puedan existir mientras dure el arrendamiento, lo mismo que cualesquiera edificios y construcciones y pesca en las costas y bahías.

3ª. Con el fin de establecer con alguna regularidad comunicaciones entre las islas del archipiélago, el proponente, por vía de mejora de condiciones en beneficio del Estado y de la Provincia se compromete a prestar su servicio postal ante esta

cabecera y las demás islas habitadas en términos que el Gobierno tenga por conveniente fijar con acuerdo del que propone, cuyo servicio lo verificará cuatro veces al año valiéndose para ello de la goleta "Saipan", que se abanderará en bandera española.

4ª. Sin perjuicio del servicio postal periódico que se refiere en la anterior condición, el proponente dentro del segundo año de este adjudicadas las antedichas islas se compromete también con una goleta capaz pero de menor porte que la "Saipan" a sostener entre las islas habitadas de este archipiélago unas frecuentes comunicaciones tantas como los monzones del año lo permitan, pero siendo siempre diferentes días de las que se declaren de acuerdo periódico, destinándose exclusivamente esta pequeña embarcación, también abanderada en bandera española a la navegación de cabotaje dentro del archipiélago de Marianas.

5ª. El proponente adjudicadas que sean las referidas islas se compromete a conducir e instalar por su cuenta en ellas al representante o representantes que tuviera a bien nombrar el Gobierno".

Igualmente, había solicitado el usufructo de las islas de Alamagan y Anatajan, obligándose durante el tiempo en que hiciera uso de su beneficio a tener izado el pabellón nacional en los días festivos y a la arribada de cualquier buque nacional o extranjero, indicando así la posesión territorial efectiva⁴¹.

El Gobernador de Marianas consideraba conveniente la donación para usufructo al recurrente, teniendo en cuenta que ambas islas se encontraban deshabitadas y nada producían, siempre y cuando aquél se obligara a llevar pobladores nacionales y sostener la bandera española con arreglo al acuerdo de Berlín⁴².

La Sección de Hacienda de Filipinas entendía que antes de proceder a la concesión convendría saber cuánto iban a producir las mencionadas islas y que luego, si acaso, se le concedieran bajo previo contrato con las siguientes condiciones:

1º. Comprometerse a pagar anualmente un determinado porcentaje del importe total de los beneficios a la Caja de Fondos Locales, y para cumplimiento de ello habría de depositar una cantidad de fianza en metálico.

2º. Transportar y mantener a los individuos que dedicara a trabajar la tierra y, tras acabar la faena diaria, llevarlos

a su lugar de residencia.

3°. Tener izado siempre, con un representante, el pabellón nacional, sobre todo en los días festivos y cuando surcaran en las costas barcos nacionales o extranjeros.

4°. Concesión del usufructo por determinados años, pasados los cuales debería solicitar la renovación del permiso.

No obstante, no hay constancia de que Alamagan y Anatajan fueran finalmente usufructuadas a ningún contratista.

Del informe emitido por la autoridad gubernativa de las islas Marianas⁴³ resultó que la proposición de Galo Kamminga no se aceptaba por no tener cantidad fija.

Joaquín Portusach, hijo de español peninsular, que tenía un comercio local atendiendo sus negocios en Japón y Manila, era el mejor candidato ya que no sólo había depositado la fianza en las Cajas de Administración de Hacienda Pública, cantidad que ascendía a 2.000 pesos, la mitad total del arriendo por los cuatro años que solicitaba, sino que era un conocido comerciante fuera de Marianas.

No obstante, la Sección de Hacienda recomendaba que en caso de concedérsele el arriendo, tendría que sostener a tres funcionarios subalternos que, como representantes del Gobierno español habrían de residir en ellas, teniendo siempre izada en punto visible la bandera española, percibiendo éstos 25 pesos al mes; el contratista estaría sometido a las leyes españolas.

Por lo que se refiere a Félix Torres, siendo su proposición la más ventajosa, la Sección no era partidaria de la concesión dado que no era persona conocida.

Dada la dificultad de comunicaciones con Manila, el proceso de adjudicación se demoró en exceso hasta el punto de que estas proposiciones finalmente no fueron resueltas y, por tanto, las

islas siguieron estando explotadas por Harrison en las condiciones anteriores.

Poco a poco, y al igual que el resto del archipiélago mariano, fueron languideciendo en su abandono.

NOTAS

1. Felipe DE LA CORTE Y RUANO CALDERON: Memoria descriptiva e histórica de las islas Marianas, Madrid, Imprenta Nacional, 1875, pp. 158 y ss.
2. LIBRARY OF CONGRESS OF WASHINGTON (LCW), Vol. 21, Item 94, Parte II: Instrucciones del Gobernador Felipe de la Corte al interino del Gobierno, Francisco Vázquez, por la partida del primero a las islas del Norte, Agaña, 2 enero 1864.
3. LCW, Vol. 30, Item 146: Instrucciones para el Gobierno y Administración de las islas de Pagan y Agrigan, isla de Agrigan, 22 de mayo de 1857.
4. LCW, Vol. 30, Item 147: Instrucciones para el régimen y gobierno de los establecimientos de las islas de Pagan y Agrigan, Agaña, 21 octubre 1858. Ver apéndice n°
5. LCW, Vol. 14, Item 57: Pliego de condiciones que forma esta Administración en virtud de lo dispuesto por la Junta Consultiva de Hacienda de 24 del actual, y decreto confirmatorio de la Intendencia General de la misma para sacar a pública subasta ante la Junta Subalterna de Reales Almonedas de la Capital de las islas Marianas el usufructo de la isla de Agrigan, una de las del Norte de aquel grupo, Manila, 30 julio 1860.
6. LCW, Vol. 30, Item 148: Pliego de condiciones para la contrata del aprovechamiento de los productos de la isla de Agrigan, Agaña, 5 febrero 1861.
7. LCW, Vol. 16, Item 76: Testimonio del expediente original del arrendamiento de los aprovechamientos de la isla y costas de Agrigan por un año a favor de Mr. A. Capelle y Cía, 1880: Administración pagadera de Hacienda de Marianas al Gobernador Político Militar de las islas, dando cuenta del pliego de condiciones de 1862, Agaña, 1 abril 1880.
8. PHILIPPINE NATIONAL ARCHIVES (PNA), PNA 17, Exp. 58, Fol. 1-20: Expediente promovido por F. Danelsberg, capitán de la goleta americana "Abbey Forest", sobre arrendamiento de la isla de Pagan, una de las desiertas de este archipiélago: Carta de Danelsberg al Gobernador de Marianas, Felipe de la Corte, Agaña, 7 julio 1864.
9. PNA, PNA 17, Exp. 58, Fol. 1-20: Expediente promovido por F. Danelsberg: Orden del Gobernador Político-Militar de Marianas, Agaña, 7 julio 1864.
10. PNA, PNA 17, Exp. 58, Fol. 1-20: Expediente promovido por F. Danlesberg: Informe del Gobernador de Marianas, Agaña, 20 julio 1864.

11. PHILIPPINE NATIONAL ARCHIVES, MANILA (PNA), PNA 32, Exp. 33, Fol. 1-15b: Expediente sobre copias de varios documentos de contrato de la isla de Tinian entre este Gobierno y Mr. Johnston, 1865-1869.
12. LCW, Vol. 22, Item 95: Autorización del Gobernador Moscoso al inglés Johnston para trasladar a los carolinos de Pagan, Agaña, 22 febrero 1869.
13. LCW, Vol. 22, Item 95: Gobernador de Marianas, Moscoso, a Johnston, Agaña, 11 marzo 1869.
14. PNA, PNA 32, Exp. 33, Fol. 1-15b: Expediente sobre copias de varios documentos de contrato de la isla de Tinian entre este Gobierno y Mr. George H. Johnston, 1865-1869.
15. PNA, PNA 31, Exp. 42, Fol. 1-45: Expediente relativo a varios incidentes originados a consecuencia de la terminación del arrendamiento de la isla de Tinian, Agaña, 6 julio 1877 (45505-E1).
Ibidem, Exp. 43, Fol. 1-48: Incidentes con motivo de la finalización del arriendo de Tinian, Agaña, 6 octubre 1877 (45506-E1).
16. PNA, PNA 17, Exp. 77, Fol. 1-21: Teniente Alcalde de Tinian a Gobernador de Marianas, 20 noviembre 1876.
17. LCW, Vol. 15, Item 71: Diferencia instruída en averiguación de la desaparición del arrendador Johnston y compañeros en su ida de la isla de Tinian a Saipan, año 1876.
18. PNA, PNA 17, Exp. 77, Fol. 1-21: Ana Calvo de Johnson a Gobernador de Marianas, Tinian, 27 marzo 1877.
19. PNA, PNA 33: Exp. 72, Fol. 1-39: Expediente referente al estado y condición de las islas de Agrigan, Tinian y Pagan (45661-E1): Ministerio de Ultramar al Gobernador General de Filipinas, Madrid, 15 junio 1877.
20. PNA, PNA 33, Exp. 72: Informe del Padre Aniceto Ibáñez, 1877.
21. PNA, PNA 17, Exp. 77, Fol. 1-21: Expediente relativo a la proposición de arrendamiento de la isla de Tinian hecho al Excmo. Sr. Gobernador General por Alejandro Milnue, año 1877: Petición de arriendo de la isla de Tinian por Alejandro Milnue al Gobernador de Marianas, Agaña, 9 abril 1877
22. PNA, PNA 14, Exp. 17, Fol. 1-2: La Dirección General de Hacienda de Filipinas, rogando a V.E. (Gobernador General) a ver si hay inconvenientes en que al súbdito extranjero, Alex Milnue, residente en Marianas, se le acceda a la pretensión de tomar en arrendamiento la isla de Tinian en aquel territorio, Manila, 3 julio 1877 (28179-E).
23. PNA, PNA 33, Exp. 72, Fol. 1-39: Expediente referente: Informe del Gobierno Superior de Filipinas, Manila, 1877.

24. PNA, PNA 33, Exp. 773, Fol. 1-9: Informe de la Secretaría General sobre la necesidad de reforma de las islas Marianas, remitido al Gobernador General, Manila, 13 agosto 1877.

25. LCW, Vol. 16, Item 76: Testimonio del expediente original del arrendamiento de los aprovechamientos de la isla y costa de Agrigan por un año a favor de Mr. Capelle y Cía, 1880: Informe del Gobernador de Marianas, 1 abril 1880.

26. LCW, Vol. 16, Exp. 76: Testimonio del expediente original del arrendamiento de los aprovechamientos de las islas y costas de Agrigan por un año a favor de Mr. A Capelle y Cía, 1880: Gobernador de Marianas a los Gobernadorcillos de Agaña, Agat, Merizo e Inarajan, Agaña, 1 abril 1880

Ibidem: Respuestas de los Gobernadorcillos, Agaña, Agat, Umata y Merizo, 5 abril 1880.

Estos expedientes también pueden consultarse en PNA, PNA 8: Exp. 8, Fol. 1-48: Expediente original del arriendo de los aprovechamientos de la isla y costas de Agrigan por un año a favor de Mr. A Capelle y Cía, año 1880.

27. LCW, Vol 76, Item 16: Testimonio del expediente original del arrendamiento de los aprovechamientos de la isla y costas ...: Informe del Secretario de la Junta de Almonedas, Agaña, 28 abril 1880.

28. LCW, Vol. 16, Item 77: Incidente entre los señores A. Capelle y Cía y Mr. H.T. Williams, capitán y dueño del pailebote inglés "Beatrice", 1881: Carta de Capelle y Cía al Gobernador de Marianas, Ponape, 30 abril 1881.

29. LCW, Vol. 16, Item 77: Incidente entre los señores A. Capelle y Cía ...: Memorándum del contrato hecho y firmado en Ponape en 2 de diciembre de 1880 entre Capelle y Williams.

30. LCW, Vol. 23, Item 96: Informe sobre la productividad anual de la copra en Pagan, Agrigan y Anatajan, 29 octubre 1884.

31. PNA, PNA 6, Exp. 15, Fol. 1-5b: Expediente sobre la necesidad de proveer de embarcaciones menores a la de Rota, Tinian y Saipan en las islas Marianas, Agaña, 15 mayo 1888.

32. PNA, PNA 20, Exp. 137, Fol. 1-8: Expediente del Gobernador Político-Militar de las Marianas comunicando al Gobernador General para que ponga una solución que tienda a asegurar el dominio, utilización de productos y comunicación entre sí de las islas de Agrigan y Pagan, que están en manos de Mr. H.J. Williams, Agaña, 8 enero 1892.

33. PNA, PNA 32, Exp. 244, Fol. 1-4: Expediente promovido por Galo Kamminga, natural de Holanda, Manila, 15 junio 1889.

34. PNA, PNA 33, Exp. 83, Fol. 9-14: Carta de Francisco Olive a Luis de la Torre, coronel de la Guardia Civil, Agaña, 25 enero 1892.

35. PNA, PNA 33: Exp. 83, Fol. 9-14: D. Félix de Torres, vecino de Agaña, pide autorización para sacar copra de Agrigan y Pagan, Manila, 25 enero 1892.
36. PNA, PNA 19, Exp. 21: Expediente promovido por D. Luis de Torres y Díaz, años 1892-1896: Informe del Gobernador de Marianas al Gobernador General, Agaña, 25 agosto 1894.
37. LCW, Vol. 29, Item 127: Contrato sobre el servicio de arriendo y matanza de reses en Marianas, 1892.
38. PNA, PNA 31, Exp. 80, Fol. 1-4: La Intendencia General de Hacienda dirigiendo al Sr. Gobernador General de estas islas con motivo del expediente incoado sobre la usurpación del usufructo total de algunas islas de Marianas por particulares, Manila, 13 septiembre 1893.
39. LCW, Vol. 29, Item 141: Libro de Actas esencial de este Gobierno. Da principio en junio de 1892, años 1892-1895: Reunión de la Junta de Reales Almonedas de Agaña, Agaña, 27 junio 1892.
40. PNA, PNA 20, Exp. 142, Fol. 5-22b: Expediente promovido por D. Joaquín Portusach y Martínez, español, natural y vecino de Agaña, comunicando al Excmo. Sr. Gobernador General de Filipinas con el fin de adquirir en usufructo las islas deshabitadas de Agrigan, Pagan y Alamagan, en la provincia de Marianas, Manila, 19 noviembre 1892.
41. PNA, PNA 19, Exp. 21: Expediente promovido por D. Luis de Torres y Díaz en solicitud del arrendamiento de los beneficios de las islas Alamagan y Anatajan, del archipiélago de las Marianas, Manila, 17 noviembre 1892.
42. Se refiere a la Conferencia de Berlín, 1884-1885, en la que se establece el precepto de ocupación efectiva de un territorio para ser considerado posesión de un país colonialista.
43. PNA, PNA 20, Exp. 142, Fol. 5-22b: Expediente promovido por D. Joaquín Portusach y Martínez...: Informe de la Sección de Hacienda sobre el resultado de la adjudicación, Manila, 19 noviembre 1892.

CAPÍTULO VIII

EL SISTEMA MUNICIPAL Y LAS ELECCIONES LOCALES

Desde las primeras décadas del siglo XIX se implanta en las islas Marianas, y tras varias tentativas anteriores, el sistema municipal indígena de las islas Filipinas basado en las estructuras sociopolíticas existentes en las islas a la llegada de los primeros conquistadores españoles y que no encontraban un paralelismo en la Micronesia.

Hasta la culminación del citado proceso en el siglo XIX, el sistema municipal atravesó varias fases, si bien la escasa atención que tanto desde Madrid como desde Manila se prestaba a esta pequeña muralla defensiva oceánica, hizo que los Gobernadores aplicaran las leyes según su criterio, adaptándolas tanto a su propia conveniencia como a la peculiar situación de las islas Marianas.

Antecedentes: el sistema municipal hasta 1822

Entre finales del siglo XVII y principios del siglo XVIII había en Marianas, concretamente en la isla de Guam, seis poblaciones localizadas en la mitad suroccidental de la isla: Agaña, la capital o cabecera; Pago, Agat, Umata, Merizo e Inarajan. Unicamente había otra isla habitada, Rota, que contaba con una escasísima población agrupada en dos barrios.

Como se ha visto en el capítulo introductorio, eran pueblos muy pequeños que contaban con unas cuantas casas, además de la Iglesia y casa del párroco, con una población inicial que

oscilaba entre las doscientas y trescientas personas y que, especialmente en Agaña, con el tiempo se incrementaría.

No obstante, hay que tener en cuenta que mucha gente seguía manteniendo sus granjas y tierras a una considerable distancia del núcleo poblacional, si bien construían en el mismo sus propias casas; ello será importante ya que en el caso de la cabecera estas zonas marginales se convertirán primero en pueblos con autoridades dependientes de Agaña, y luego en barrios de ésta, con autoridades municipales ya plenamente dependientes de la cabecera en un intento de conectar entre sí todos los asentamientos existentes en la isla.

Por lo que se refiere a la organización municipal concretamente en la isla de Guam, con el tiempo se intentó aplicar el modelo que se seguía en las islas Filipinas donde, desde los comienzos de la colonización, los pueblos, que integraban no solamente la cabecera o matriz sino también otros núcleos de población más o menos lejanos, poseían una doble administración propia al frente de la cual se encontraban dos autoridades inmediatas: la civil (indígena) y la religiosa (española, y en algunos casos, también indígena)¹.

La organización civil indígena en Filipinas respondía a la existencia de una particular organización social antes de la llegada de los españoles a las citadas islas, donde la población se organizaba en unos núcleos denominados barangays o balangays que agrupaban a unos doscientos o trescientos habitantes -salvo en zonas islamizadas-, aunque por regla general no superaban la cifra de cien habitantes.

Partiendo de estos núcleos, y reunificándolos, los españoles

crearán los pueblos de indios² en los que los antiguos datos o caciques, denominados también cabezas de barangay, serán los encargados de la recaudación del tributo y el control general del orden público en sus cabecerías; al no existir una autoridad indígena local superior, se crea la figura del gobernador de indios, así denominado hasta 1696, al menos, y que era elegido por todos los varones adultos del pueblo³, auxiliado por otros ministros de justicia. Desde principios del siglo XVIII pasará a denominarse gobernadorcillo, variando el modo de elección del mismo en Manila y zonas adyacentes.

Por lo que se refiere a las islas Marianas, hay que tener en cuenta que el trasplantar a las mismas un sistema de organización indígena local ideado por los españoles a partir de la existencia de un sistema de organización social característico de las islas Filipinas, realmente llegó a ser una tarea difícil que no se conseguiría de una forma más o menos eficaz hasta bien entrado el siglo XIX.

En cualquier caso, en estos primeros años de presencia española en las islas Marianas el poder real le correspondía aún a la Iglesia, siendo ésta la institución dominante y el centro de la vida municipal. Además, desde el nombramiento del primer Gobernador de Marianas y el nacimiento de lo que algunos autores llaman la colonia militar las autoridades, en sentido amplio, son siempre españolas -o filipinas-, no entrando el elemento indígena a ocupar ninguna posición destacada.

Sin embargo, en una carta escrita en 1706 por el jesuita Bowens, viceprovincial de la Misión Mariana y de su proveimiento, se hace referencia a un decreto del Superior Gobierno de

Manila que parece ser que instaba a que se nombrasen en Marianas Gobernadorcillos y Jueces de Sementeras en vez de los españoles que desempeñaban estas funciones en cada partido o distrito⁴.

Reunida la Junta de Hacienda, se acordó que si bien no había problema en nombrar para estos cargos a los naturales, a juicio del común no era una medida viable el que se estableciera una administración local indígena, recordando lo que hacía unos años comenzó a practicarse en cierto partido -no se dice cuál pero es de suponer que se refiere a la ciudad de Agaña- con dos chamorros que tenían una gran autoridad, puesto que eran de los principales; éstos, poco después, suplicaron al Gobernador que nombrara de entre los españoles a quienes quisiera, porque mandar sobre los suyos les era una tarea excesivamente ingrata. El propio Bowens explica las razones que llevaron a los chamorros a desistir:

"les falta la eficacia a los que hubieren de mandar y a los que hubieren de obedecer la sujeción debida. Efecto que lo es sin duda de su altivez y natural soberbia sin que hasta ahora se pudo conseguir que ellos se entendiesen entre sí para encaminar los unos a los otros; consiguiéndolo Vseñoría será para estimárselo con agradecimiento, porque, y no sin sobrado fundamento, se presume que por intervención de los españoles que los mandanse les acrecientan notable y excesivamente sus continuos trabajos. Por tanto, caso de no ser practicable en las Marianas lo que en Manila por no conocerse el genio de los naturales se tiene por fácil de conseguir, sea Vseñoría servido de dar providencia para que se atajen los excesos, que en mandarlos trabajar más de lo justificadamente ordenado hubiesen cometido los dichos españoles que encaminan a la gente, en adelante pudieren exceder con agravio y daño manifiesto de los así mandados"⁵.

En definitiva, en este informe de Bowens presentado al Sargento Mayor D. Antonio de Villamor y Valdillo, Gobernador y Teniente de Capitán General por S.M. en interim de las islas Marianas (Agaña, 21 abril 1706), se recomienda no aplicar en Marianas la ejecución de la orden del Superior Gobierno de

Filipinas por los graves inconvenientes que de darle cumplimiento se pudieran seguir. En cualquier caso, y prescindiendo de la veracidad o no del relato del jesuíta, la importancia de este informe radica en que por primera vez, en 1706, se plantea la posibilidad de trasplantar a Marianas ese sistema de organización local indígena.

De esta forma, en Marianas desde esa fecha, y tras una breve experiencia con naturales, la administración local estaba en manos de españoles; para entonces, en Filipinas los gobernadores de indios, llamados desde el inicio del siglo XVIII gobernador-cillos, como queda señalado, eran elegidos, según las ordenanzas de Cruzat (1696) aplicadas a Manila y zonas adyacentes, por el gobernador de indios saliente y doce cabezas electores supervisados por el alcalde mayor y el cura párroco (cada elector proponía tres nombres, y los más votados serían remitidos al gobierno superior para la designación de la persona adecuada)⁶.

En fecha algo posterior, probablemente hacia la mitad del siglo XVIII, el Gobernador de Marianas además nombraba a otros oficiales de justicia para cada pueblo, también denominados oficiales de los pueblos de naturales, esto es, los maestros de campo, capitanes y bilangos.

Estos oficiales eran el equivalente a los ministros de justicia que por entonces había en Filipinas, cuyo cuerpo en Marianas estaba generalmente integrado por soldados retirados que habían decidido permanecer en la isla después del término de su servicio.

En resumen, antes del siglo XIX la única organización municipal existente se reducía a la existencia de un alcalde, o

capitán de campo, en cada uno de los pueblos de la isla de Guam, además de la de Rota, únicas habitadas hasta el citado siglo, y que era español o filipino; este alcalde era el equivalente al filipino gobernador o alcalde de indios, así llamados en Filipinas hasta principios del siglo XVIII y desde la fecha, otra vez gobernadorcillos (nuevamente serán llamados alcaldes de indios entre 1782-1787).

En Marianas, el alcalde estaba auxiliado desde mediados del siglo XVIII por otros oficiales de justicia, filipinos o indígenas que eran, o habían sido, miembros del ejército. Todos estos cargos eran nombrados directamente por el Gobernador y solían ser vitalicios.

Sus responsabilidades como alcaldes eran limitadas dado que los habitantes de las islas Marianas estaban exentos, por real decreto, de pagar tributos; de esta forma, ya que no había impuestos que recolectar, su papel quedaba en un segundo plano. Su mayor responsabilidad, además de ayudar en la organización de proyectos de trabajos públicos, los llamados trabajos comunales, era supervisar las tierras de la Hacienda Real. Con el tiempo, y a medida que se perfeccione el sistema, el papel de los gobernadorcillos y de la administración local indígena será la base en la organización y gobierno de las islas Marianas, pasando por ellos, de manos del Gobernador Político Militar de turno, que repetidas veces se quejaba de la ineficacia de aquéllos, todos los asuntos referentes a la vida local.

Y es que para el caso de las islas Marianas hay que tener en cuenta no sólo la diferencia de población con respecto a otras provincias del archipiélago filipino sino también los diferentes

objetivos que se trazaron los españoles a la hora de la conquista, con el reforzamiento del poder de la Iglesia (o de los religiosos jesuitas) desde los primeros momentos y, sobre todo, la existencia de una organización sociopolítica local muy diferente a la que había en las Filipinas antes de la llegada de los españoles; influye también el hecho de que Marianas era únicamente concebida como lugar de recalada de la nao de Acapulco, con lo que con un mínimo de administración podría subsistir sin problemas.

El intento de revitalizar las Marianas per se, y no por ser escala de galeones en el marco amplio de la colonización de América, va a ser un fenómeno característico de la segunda década del siglo XIX; a partir de ahí, será cuando empiece a tener importancia el sistema de administración local.

Hay que señalar también que la división territorial establecida por los españoles no era coincidente con la división política tradicional del archipiélago; además, los movimientos forzosos de población entre las islas, realizados por los españoles en la fase de la "reducción", causaron una alteración en el antiguo sistema.

Volviendo al caso de Filipinas, si entre principios del siglo XVIII y 1782 los cabezas de la administración local son denominados gobernadorcillos, desde la fecha, 22 de febrero, se ordena que los gobernadorcillos pasen a denominarse alcaldes de indios⁷. Cinco años después, la Real Cédula de 20 agosto 1787 ordena que los alcaldes de indios vuelvan a denominarse gobernadorcillos. Para esas fechas, y desde 1758, el sistema de doce electores está establecido en todas las provincias de las islas Filipinas.

El 31 enero 1791, el Teniente Coronel D. José Arlegui y Leoz, Gobernador en propiedad de las islas Marianas, da testimonio de las diligencias hechas en cumplimiento de la R.C. de 20 agosto de 1787 citada sobre que los oficiales de los pueblos de naturales se titulen Gobernadorcillos⁸.

La cuestión era que, según comentaba Arlegui y Leoz, al distrito de su mando, las islas Marianas, no llegó la providencia de 1782, y en consecuencia, no tuvo variación el que los oficiales de los pueblos se llamasen alcaldes, añadiendo que desde el establecimiento de la administración española y de la reducción de los naturales, se nombraron otros oficiales de justicia con los títulos de maestros de campo, sargentos mayores, capitanes y ayudantes o bilangos que, en definitiva, serían los oficiales de los pueblos de naturales.

Comentaba el Gobernador que nunca se había seguido en las islas Marianas el mismo método y práctica de las demás provincias de las islas Filipinas de hacer las elecciones anuales en los pueblos para que sobre ellas recayera la aprobación en los presupuestos, ni existía providencia alguna en el archivo sobre el asunto; por el contrario, era el Gobernador quien elegía y nombraba a la persona que consideraba más adecuada para desempeñar el empleo al que se le destinaba, bien fuese por vacante, inaptitud o por cualquier motivo válido para retirar a alguna persona de un determinado cargo; de todas formas, estos empleos solían ser vitalicios. Recomendaba, además, que se siguiera con este sistema, dada la escasez de personal disponible para ocupar estos cargos, cuyo número no era siempre fijo.

Por entonces, los naturales que había en cada pueblo eran

vigilados, en los seis inmediatos a la ciudad (esto es, en Sinajaña, Mungmong, Apunguan, Anigua, Asan y Tepungan), por el Capitán de Agaña, que a la altura de estas fechas era secretario de Gobernación y Guerra de las islas Marianas, Capitán Manuel Garrido, y sus Milicias Urbanas, con goce de plaza efectiva del Presidio.

En los partidos de Agat, de la villa de Umata y pueblo de Merizo, del de Inarajan y del de Pago, la administración local estaba encabezada por los Alcaldes Administradores de ellos, que igualmente gozaban de plaza y asignación en el Real Haber.

Dada la disparidad entre los títulos existentes en las islas Filipinas y Marianas, el propio Arlegui intentó uniformarlos, y publicado por bando el 22 de enero de 1791, se expidieron gratis los nombramientos de Gobernadorcillos, Tenientes de Gobernadorcillos y Alguaciles (o aguaciles).

La relación de éstos que fueron nombrados en cumplimiento de la R.C. de 1787, extinguiéndose los nombres de maestros de campo, sargentos mayores, etc. con que antes de la fecha se conocían, es la siguiente:

- Pueblos inmediatos a la ciudad: (en estas fechas son pueblos y no barrios; no se habla del caso de Agaña ya que aquí se mantenía el antiguo Capitán de campo que desde la fecha se denominaría Gobernadorcillo o primer Alcalde. En estos pueblos inmediatos el gobernadorcillo lo era el de Agaña⁹):

- Sinajaña: el Maestre de Campo Marcelino Achuga, pasa a ser Teniente de Gobernadorcillo del gremio de naturales.

El Bilango (¿carcelero?) Francisco Achuga, Alguacil de naturales.

- Mungmong: Capitán Tomás Montesuma pasa a ser Teniente de Gobernadorcillo del Gremio de Naturales.

- Apunguan: Capitán Balthazar Afaisin, Teniente de Gobernadorcillo del Gremio de Naturales (este pueblo desa-

parecerá pocos años después: en 1827, Manuel Sanz no lo cita¹⁰).

- Anigua: Sargento Mayor Francisco Tinafna, Teniente de Gobernadorcillo del Gremio de Naturales.

El Bilango Mariano Matedna, Aguacil.

- Asan: Antonio Chibug, que suplía de oficial por muerte del Capitán Volfango Chibug, Teniente de Gobernadorcillo del Gremio de Naturales (no se incluyen los datos de Tepungan)

- Partido de Agat:

El Capitán Quintín Namnam pasa a ser Gobernadorcillo del Gremio de Naturales.

El Ayudante Julián Quitaofi, Aguacil de los Naturales.

- Villa de Umata:

El Maestre de Campo Pedro Nae, pasa a ser Gobernadorcillo del Gremio de Naturales.

El Capitán Gaspar Copagna, Teniente de Gobernadorcillo del Gremio de Naturales.

El Ayudante y Celador Francisco Chaguina, Aguacil de Naturales.

- Merizo:

El Sargento Mayor Dionisio Afan pasa a ser Gobernadorcillo.

El Ayudante Antonio Quimni, Aguacil.

- Inarajan:

El Maestre de Campo Francisco Tocogna pasa a ser Gobernadorcillo.

El Bilango Pedro Mantanona, Aguacil.

- Pago:

El Maestre de Campo Felipe Quifana pasa a ser Gobernadorcillo.

El Bilango Sisenio Atoygui, Aguacil.

- Isla de Rota:

El Maestre de Campo Francisco Borja Taymanaos pasa a ser Gobernadorcillo.

El Capitán Mariano Quicanay, Teniente de Gobernadorcillo.

El Ayudante José Charpagon, Aguacil de Naturales.

Se establecieron prioridades a la hora de nombrar nuevos cargos, pasando todos los antiguos maestros de campo a desempeñar las tareas de gobernadorcillo, excepto en los pueblos inmediatos a la ciudad puesto que dependían del gobernadorcillo de ésta; por tanto, sus maestros de campo pasaron a ser solamente tenientes de gobernadorcillo.

Allí donde no hubiesen maestros de campo serían elegidos gobernadorcillos los del rango inmediatamente inferior, esto es, los sargentos mayores, siendo los antiguos capitanes los nuevos tenientes de gobernadorcillo. Por último, ayudantes y bilangos pasaron a ser alguaciles.

Así, hasta la época de Arlegui y Leoz, a finales del siglo XVIII, en cada uno de los pueblos la administración local estaba encabezada por un alcalde con goce de plaza (Agaña y sus anejos; Agat; Umata; Merizo; Inarajan; y Pago), habiéndose además en cada uno de estos pueblos (incluidos los anejos a Agaña, pero no así la propia ciudad) una serie de oficiales de los pueblos de naturales (maestros, capitanes, ayudantes, etc.). Desde la fecha cambia el nombre de los oficiales de los pueblos de naturales pasando a denominarse gobernadorcillos, tenientes y alguaciles.

De esta forma, desde 1791 encontramos en los pueblos de las islas Marianas, más concretamente en los de Guam y en el caso de Rota (donde además había un Alcalde representante del Gobernador en la isla además de un gobernadorcillo), unos cargos locales similares a los existentes en las islas Filipinas, si bien el

procedimiento electoral aún no estaba definido ya que siguieron siendo nombrados por el Gobernador de las islas; además, hay que hacer constar que incluso siguieron manteniéndose las denominaciones de algunos cargos antiguos indistintamente (por ejemplo, como veremos, Villalobos (1831-1837) sigue hablando de bilangos, y al gobernadorcillo de Agaña le llama Alcalde o Capitán de Campo).

En cualquier caso, la administración local pasó a organizarse de forma similar, como queda dicho, a la de Filipinas, con una importantísima diferencia ya que aún no tenía lugar la verificación del proceso electoral, lo que implicaba a su vez que no había barangays, unidad básica en la escala de organización. Tanto la agrupación de la población chamorra en barangays, que data según el Gobernador Felipe de la Corte (1855-1866) de 1830 ó 1831, como la celebración de elecciones locales, no tendrán lugar hasta la década de los años 30, durante el mando de Villalobos; señalar, por otro lado, que tanto en Saipan como en Tinian el proceso electoral será muy posterior, en la década de los años 60 en la primera, y solo en 1887 en la segunda.

Desde 1811, según decreto de 5 diciembre de 1810, los Gobernadorcillos que lo fueran desde aquel año inclusive, percibirían el salario de 24 pesos pagaderos de los fondos de comunidad de cada pueblo¹¹. No obstante, todo el sistema de administración local cambiará a partir de la instauración de los ayuntamientos constitucionales.

Los Ayuntamientos en el Trienio Constitucional (1822-1825)

Durante los años del Trienio Constitucional (1820-1823), que

no coinciden con los de la misma etapa histórica en las islas Marianas dado que la lejanía de la Península y de las propias islas Filipinas hacía que se enteraran muy tarde de los diferentes acontecimientos y por ello la etapa constitucional tuvo lugar entre 1822¹² y el 8 de marzo de 1825¹³, se aplicaron la Constitución de 1812¹⁴ y demás normativa (decreto de 23 de mayo de 1812, que explica el modo de hacer alcaldes, regidores y síndicos constitucionales; ley de 9 de octubre de 1812, que declara las facultades y atribuciones de los alcaldes y jueces de letras; instrucciones de 23 de junio de 1813, que contiene las obligaciones de los ayuntamientos, y la orden de 15 de marzo de 1820, que proviene no se haga novedad, por ahora, en el sistema de rentas de Ultramar) en lo que se refiere al procedimiento de elecciones y creación de Ayuntamientos en todos los pueblos que no lo tuvieran y que fuera conveniente que existiesen, en cumplimiento de lo prescrito en el Capítulo 1, Título 6, de la Constitución, siempre de acuerdo con la Excelentísima Junta Provincial de las islas Filipinas, encargada de comunicar al Gobernador de Marianas el modo de hacer las Juntas Parroquiales¹⁵.

El 1 de septiembre del citado año de 1822, para proceder a la elección parroquial en la ciudad de Agaña, y bajo la presidencia del Gobernador José Montilla (1822-1823)¹⁶, con la asistencia del Cura Rector Fray Mariano de San Miguel, Vicario y cura párroco de la ciudad, los ciudadanos de ésta y los de los cinco pueblos inmediatos, se nombraron dos escrutadores (Silvestre Inocencio Palomo y Joaquín de León Guerrero) y los diez electores de Parroquia (Manuel Sánchez, Luis Garrido, Luis de Torres,

Felipe de Guzmán, Agustín Pangelinan, Antonio de Torres, Mariano Pereda, José de Cárdenas, José Ramírez e Ignacio de Cárdenas) con arreglo a la Constitución y a la ley de 23 de mayo de 1812.

Acto seguido, se reunieron en la Sala del Palacio Nacional el Gobernador, los diez electores nombrados por la ciudad, y debiendo proceder a la creación del Ayuntamiento y Alcalde de la jurisdicción¹⁷ nombraron, por pluralidad de votos para Agaña y pueblos anejos, un Alcalde Primero; un Alcalde segundo; seis regidores; un síndico procurador, y un secretario del Ayuntamiento.

Por lo que se refiere a los pueblos de las demás parroquias, fueron nombrados Alcaldes de los partidos territoriales de la referida ciudad en Pago; Inarajan; Umata y Merizo, y Agat.

Igualmente en la isla de Rota y, como novedad, en la de Tinian y Saipan, a pesar de que prácticamente no tenían población, especialmente la primera.

Ello significa que había sólo un Ayuntamiento, el de Agaña, del que dependían los partidos territoriales (distrito o territorio de una administración que tiene por cabeza un pueblo principal).

Hay que señalar que en los pueblos anexos a la ciudad de Agaña, se nombraron gobernadorcillos para Anigua, Asan, Tepungan, Sinajaña y Mungmong¹⁸.

De esta forma, en 1822 nos encontramos con un Alcalde primero en Agaña, que vigilaba los pueblos anexos, en cada uno de los cuales había un gobernadorcillo; y un alcalde en cada una de las demás poblaciones "mayores", esto es los cinco pueblos de Pago, Inarajan, Umata y Merizo, estas dos que comparten alcalde, y

Agat, así como uno en Rota, y otro más que lo era de Tinian y Saipan a la vez.

Estos cargos eran anuales, y al haberse celebrado por primera vez en septiembre de 1822, sólo tendrían validez hasta diciembre de 1823.

En efecto, en esta última fecha tuvo lugar nuevamente el proceso electoral, procediéndose de la misma forma, es decir, nombrando primero a los electores, siendo éstos posteriormente los encargados de la elección de Alcaldes y demás cargos.

En la Sala del Palacio Nacional de Agaña, el 14 de diciembre de 1823, se reunieron el Gobernador José Ganga Herrero (1823-1826), el cura párroco y los vecinos de la referida ciudad para nombrar el número de electores que habían de hacer la elección de Alcaldes, Regidores y Síndico personero¹⁹ para ejercer estos oficios en 1824 en el Ayuntamiento de ella, y los Gobernadorcillos para los demás pueblos de jurisdicción, tal y como lo prevenía el artículo 313 del Título 4º, Capítulo 1º de la Constitución, nombrándose dieciocho electores²⁰.

La reunión para la elección de alcalde y demás no tuvo lugar hasta el domingo siguiente, eligiéndose un Alcalde primero; un Alcalde segundo; un síndico personero y seis regidores, habiendo además un secretario²¹.

Acto seguido, se procedió a la elección de alcaldes de los Partidos comprendidos en la isla de Guam, de Rota, y de Saipan y Tinian²².

Finalmente, se eligieron gobernadorcillos para los cinco pueblos inmediatos y para el pueblo de Pago²³ (por haberse extinguido totalmente la administración del Partido, se quitó el

alcalde y se nombró un Gobernadorcillo).

El 1 de enero de 1824, el propio Gobernador tomó juramento a los Alcaldes, regidores y síndico personero nombrados en la Junta electoral del 21 de diciembre, según prevenía el Superior Decreto de 18 de marzo de 1812²⁴.

En el archipiélago, y por las circunstancias propias del país²⁵, los Alcaldes y regidores solamente se ocupaban en nombrar a las personas que habían de limpiar las calles y caminos, y a los individuos que tenían que hacer las rondas por las noches, vigilando para que se observara la tranquilidad pública ya que tanto los juicios de conciliación como cualquier otro asunto era resuelto directamente por el Gobernador de las islas.

Nuevamente, en diciembre de 1824 se procedió por el mismo sistema a las elecciones²⁶, nombrándose el día 19 a los diecisiete electores que al domingo siguiente habrían de elegir a los Alcaldes primero y segundo, al síndico personero y a los regidores correspondientes.

En cualquier caso, las elecciones constitucionales para 1825 poco habrían de durar ya que, a la llegada de la expedición naval española al mando del comandante Roque Guruceta, se comunicó al Gobernador de Marianas la supresión del sistema constitucional²⁷.

Reunidas en el Palacio las autoridades militares, civiles y eclesiásticas, el 8 marzo de 1825, juraron ante el Gobernador por el Rey reconocerle y observar sus leyes con arreglo al sistema de gobierno antiguo.

Tres años más tarde, en 1827, Manuel Sanz, nombrado Juez de Residencia del Gobernador de Marianas, elevó el resultado de su

comisión al Gobernador General de Filipinas, D. Mariano Ricafort, haciendo referencia, entre otras cosas, a la organización local²⁸; en función de ésta, dividía las once poblaciones en varias categorías, que no coinciden totalmente con la reorganización hecha a finales del siglo XVIII en época de Arlegui y Leoz. Ello confirma que la totalidad de estos cargos no siempre se elegían, utilizándose en algunos casos, y como se ha señalado, las denominaciones antiguas:

A) por lo que se refiere al caso de Agaña, destaca un encargado de la policía, el Capitán del Cuerpo (que es el Alcalde o Capitán de Campo), y algunos empleados.

B) Tres pueblos anejos a la capital, de los que no se hace referencia a la administración local, citando solamente Anigua (doscientos veinticuatro habitantes), Asan (ciento veintitrés habitantes) y Tepungan (cincuenta y cinco habitantes). Probablemente, si carecían de dicha organización es porque dependían directamente de la cabecera.

C) Tres pueblos con Alcaldes administradores: Agat, Umata e Inarajan; podemos suponer que son gobernadorcillos con funciones de tipo administrativo tales como vigilar las haciendas del Rey.

D) Por último, los cuatro pueblos con gobernadorcillo son: Merizo; Pago; Sinajaña y Munmung. Pago desaparecerá años después, en 1855 tras una epidemia de viruelas, mientras que Sinajaña y Munmung se constituirán en barrios de Agaña, pasando a carecer de gobernadorcillo pero nombrándose para su cuidado a los denominados tenientes de barrio.

Otro informe que data de 1828, firmado por el que fuera

Gobernador de Marianas años atrás, Alejandro Parreño²⁹, de nuevo se refiere confusamente a los cargos existentes en la administración local; señala la existencia de Alcaldes en los pueblos de Umata, Agat, Inarajan y Pago pagados por el Situado con plaza agregada en las compañías, siendo administradores de las sementeras y ganado que poseía el Rey en cada uno de estos pueblos, con el sueldo de 12 pesos fuertes al mes cada uno, y con seis, ocho o más mozos de vaqueros, porqueros y demás oficios que también se pagaban del mismo fondo. La razón que explica el nombramiento de estos Alcaldes era clara ya que en cada uno de los citados pueblos había Hacienda del Presidio, ganado vacuno y de cerda, grandes gallineros, siembras etc. Se refiere también a la existencia de un Alcalde administrador en el monte de Santa Rosa por las mismas razones (ganado, gallineros y cicales).

En relación a Rota, menciona igualmente a un Alcalde nombrado por el Gobernador de Marianas, con el mismo sueldo de 12 pesos al mes, refiriéndose, al mismo tiempo, al gobernadorcillo de la isla.

Reformas de Francisco Ramón Villalobos

En 1831, el teniente Francisco Ramón Villalobos (1831-1837), Gobernador interino que había sido ya nombrado comisionado de las islas Marianas³⁰, recomendaba que se hiciesen elecciones de Gobernadorcillos, Tenientes, Cabezas de Barangay y Jueces de Sementeras, siguiéndose el mismo sistema electoral que en las demás provincias de las islas Filipinas³¹. Señalaba que hasta la fecha, había en cada pueblo un gobernadorcillo, un alguacil y un bilango, nombrados y sustituidos directamente por el Gobernador

salvo en el caso de la capital, Agaña, donde no existía ninguno de esta clase.

Villalobos elevó consulta al respecto al Gobernador General de las islas Filipinas, Pascual Enrile, por ser interesante la medida para la tranquilidad pública y disminución de las atenciones militares de aquel Gobierno, y economía de gastos; la propuesta quedó aprobada el 14 de abril de 1831 por disposición de Enrile³². Ello significará el inicio de la organización de la población en barangays, con el consiguiente nombramiento de los respectivos cabezas al objeto de componer las juntas electorales destinadas a verificar las elecciones a gobernadorcillos y demás ministros de justicia.

Enterado Villalobos al respecto unos meses después dispuso, por el momento, que los ocho capitanes de la Compañía de Milicias Urbanas de la Plaza -Agaña- fueran los cabezas de barangay de ellas; que otros oficiales de los mismos cuerpos (milicias urbanas) tuvieran igual comisión respecto a las familias restantes en cada barrio; que el Comandante del primer Batallón siguiese como se hallaba, esto es, desempeñando la comisión de Primer Alcalde de la ciudad (llamado, según costumbre inmemorial, Capitán de Campo y desde los inicios del siglo XVIII también gobernadorcillo), y que su segundo -alcalde- lo fuera el Comandante del segundo Batallón. Nombró además Juez de Ganados, Sementeras y Plantíos, y al que le pareció de mayor disposición le dio el encargo de la policía de calles, casas, caminos, limpiezas de ríos, etc., reservando para el mes de diciembre de cada año el hacer las elecciones de individuos para todas estas comisiones en el sucesivo, con arreglo a lo que prevenían las

ordenanzas de Filipinas³³, esto es, por el sistema de doce electores.

En 1833, Villalobos elevó un nuevo informe al Gobernador General³⁴ en el que, respecto al orden público, comentaba que tanto los vecindarios de la ciudad de Agaña como los de los demás pueblos (de los que destaca los mismos once³⁵), se hallaban divididos en secciones llamadas barangays, cuyos cabezas eran personas escogidas por su honradez, juicio y actitud (así, no era un cargo hereditario en estos primeros momentos, como sí lo fue en Filipinas hasta 1789³⁶); en cada población había en la fecha un gobernadorcillo o alcalde, un teniente para auxiliar o sustituir a aquél, y un juez de palmas, sementeras y ganados para el mejor fomento de estos ramos.

Las primeras instrucciones que se conocen dadas a los representantes de la administración local indígena (Gobernadorcillos, Jueces de Policía y Cabezas de Barangay) datan de 1834-1835, durante el gobierno de Villalobos³⁷. Desde el establecimiento de este nuevo sistema municipal y electoral, desaparecen los antiguos alcaldes de la isla de Guam, pasando el gobernadorcillo a desempeñar plenamente las funciones de alcalde.

El articulado de las instrucciones a los Gobernadorcillos consta de cincuenta y un puntos que regulan las actividades de los mismos y, en general, las buenas costumbres que habrían de observar los habitantes de las islas Marianas en todos los aspectos.

En líneas generales, las tareas del Gobernadorcillo se centraban en los siguientes aspectos: velar por la quietud pública organizando las rondas nocturnas que creyera convenien-

tes; controlar e incentivar las siembras de algodón y cicales, tanto los de uso público como privado supervisando, igualmente, la buena marcha de los trabajos comunales derivados de la prestación personal a la que estaban sujetos todos los habitantes; vigilar que cada vecino tuviese su sementera, excepto los que tuviesen un trabajo fijo durante todo el año, los enfermos o impedidos y los sirvientes de otros, obligando a que cada uno sembrase anualmente cinco plantas, preferiblemente cocos, naranjas y limones; informar anualmente al Gobierno del número de almas del pueblo, ganados, sementeras, cicales, algodones, pangos, barotos y adelantos que hubiera en la riqueza territorial y caza comunales; estimular la producción de víveres susceptibles de ser adquiridos por los barcos que recalaran en Marianas (aves, puercos, raíces, aguardiente); procurar que los caminos de las dos islas de Rota y Guam se hallasen siempre en buen estado, así como las barcas para navegar de una a otra, especialmente para que los dos Padres curas de las islas pudiesen desplazarse con comodidad a otros puntos; cuidar de que todas las personas fuesen vestidas a partir de los cinco años de edad; y vigilar la asistencia a la escuela de niños y niñas hasta que por lo menos supieran la doctrina cristiana y leer la letra de imprenta, obligando además a los padres de familia a que les proporcionaran vestido, cartilla y los libros necesarios.

Los Jueces de Policía eran los segundos de los Gobernadorcillos, sustituyendo a éstos en caso de ausencia o enfermedad, siendo sus funciones el vigilar a los cabezas de barangay en el cumplimiento de sus obligaciones, y a los dueños de las casas de comida o bebida para que cerraran a la hora acostumbrada, reci-

biendo cada noche, a las 20 horas, los partes respectivos; y el control de caminos y puentes, así como la limpieza de ríos y calles.

El Gobierno nombraría a sendos Jueces de Residencia que juzgaran la tarea tanto de gobernadorcillos como de jueces de policía.

Por último, los Alguaciles, además de las obligaciones que les conferían sus títulos, eran los encargados de sustituir al teniente y ayudar a éste y al gobernadorcillo en lo que fuese necesario.

La unidad básica en este sistema de organización local eran los cabezas de barangay, encargados de la buena marcha de sus respectivos barangays en todos los aspectos, desde el control del número de vecinos -padrón de habitantes- y sus buenas costumbres (asistencia a actos religiosos, rezo diario del rosario, aplicación al trabajo, buena educación de las familias, paz individual y pública, buen cuidado de sus casas en las que habría siembras y corrales para animales, etc.) a la organización del trabajo comunal, en cuyas tareas participaban todos los varones de entre dieciocho y sesenta años por un máximo de cuarenta días al año.

En sucesivas elecciones, el cargo de juez de policía de alternará con el de juez de palmas, sementeras y animales, variando los nombramientos en función del año, y hasta que no se perfeccione el sistema no se elegirán siempre las mismas clases.

En principio, y como se ha señalado, estas tres clases serían renovables cada año, aunque no siempre se repetían las mismas ya que, por ejemplo en las elecciones de 1839³⁸ se eligieron las dos

primeras, gobernadorcillo y teniente, sustituyendo el cargo de juez de palmas por el de alguacil.

De esta forma, la base de la estructura estaba formada por los cabezas de barangay; en una escala superior, los alguaciles y tenientes de justicia; después, los jueces de policía, y por encima de todos ellos, el gobernadorcillo. Así, el alguacil sustituía al teniente, y el juez de policía, al gobernadorcillo; ninguno de estos cargos era retribuido.

Tanto en Rota como en Tinian había en la fecha un Alcalde Administrador, establecido este último a partir del Reglamento Ricafort, si bien ya desde la época del Trienio se había nombrado uno que lo era de ésta y de Saipan; ambos cargos eran retribuidos, consignando sus sueldos en los presupuestos anuales.

A partir de las disposiciones de Villalobos, los pueblos anejos a la capital pasaron a tener una organización local encabezada por un gobernadorcillo (hasta la fecha, habían tenido oficiales de justicia -1791-, gobernadorcillos -Trienio-, y solamente tres de ellos gobernadorcillo en la época de Manuel Sanz -1827-). Aún no estaban plenamente definidos los cargos de la administración local, pero lo que se aprecia es que se va consolidando la división de funciones entre varias personas (en el Trienio los alcaldes tenían las obligaciones de gobernadorcillos y de jueces de policía, ganados y sementeras, es decir, estaban condensadas todas estas funciones en una sola persona).

En el caso de las elecciones de 1842³⁹, en las que al cabo de tres años siguen repitiéndose en muchos casos los elegidos como gobernadorcillos (salvo en Sinajaña, Pago, Merizo, Agat y Rota), aparece ya una variación significativa dado que en las clases que

se relacionan para los pueblos de Umata e isla de Rota se añade, además, el cargo de Juez de Palmas, Sementeras y Animales (que luego se denominará Juez de Sementeras, Policía y Ganado).

En 1843, en las instrucciones de Gobierno que se dan al Gobernador José Casillas Salazar (1837-1843)⁴⁰, se le ordena, por el art. 13, que según estaba mandado por las Ordenanzas de Buen Gobierno, debía cuidar que anualmente se nombraran de la forma acostumbrada los justicias pedáneas de los pueblos y sus subalternos correspondientes para la administración civil de cada uno, no perdiendo de vista que estos cargos honoríficos no debían ser patrimonio de ciertas familias sino que habrían de rotar entre los más honrados y beneméritos, especialmente por su aplicación al trabajo y sus adelantos en el cultivo de plantas útiles, habiendo de remitir relación anual de los aprobados para dichos destinos a fin de que por el Gobierno Superior se le remitiesen los correspondientes títulos.

Sobre el estado político de las islas Marianas en el año 1844, siendo Gobernador Gregorio Santa María⁴¹ (1843-1848), señalar que Guam tenía aún las mismas once poblaciones, cada una de ellas con un gobernadorcillo, teniente y alguacil, más un juez de palmas o sementeras que también se nombraba a principios de cada año, siendo casi todos oficiales de Milicias Urbanas; en los pueblos solo había un gremio (el llamado gremio de naturales) habiendo, además, cabezas de barangay con el mismo cargo que prevenían las Ordenanzas de Buen Gobierno pero libres de la cobranza del tributo por la exención que gozaban de él esos isleños, además de estar de exentos de derechos de Iglesia todos los habitantes que componían los pueblos subalternos, pagándolos solo y

arreglado a arancel los de la ciudad, y del pago por los títulos de gobernadorcillos y demás ministros de justicia, que de derecho se pagaban en las islas Filipinas, y que en Marianas llegaban, aunque gratis, con dos o tres años de retraso. Para entonces, estos cargos solían desempeñarlos durante tres años, pasados los cuales, y por regla general, solicitaban ser relevados; otros continuaban, pero eran los menos.

Atendían los cabezas a la armonía y buen orden entre las familias de su barangay, llevando el nombramiento de los servicios de comunidad. Eran procuradores natos de todos los individuos de su cabecera, y hasta el número de doce, donde había muchos, con el gobernadorcillo saliente, eran los electores de gobernadorcillo, oficiales de justicia y juez de palmas.

Como se ha señalado, los cabezas de Agaña eran casi todos oficiales de Milicias Urbanas ya que, por regla general, estos nombramientos recaían en sujetos de las mejores familias y que reunían alguna instrucción, aunque era difícil encontrar a alguien que reuniese los requisitos necesarios para desempeñar tales funciones.

En la propia ciudad no era raro que una misma persona desempeñara hasta tres o cuatro veces el cargo de gobernadorcillo, o incluso que fuera el propio Gobernador quien asumiera tales funciones; y ello no por falta de voluntad, pues respetaban a las autoridades, sino por la falta de instrucción e indolencia que, en opinión de Santa María, les dominaba.

Para intentar arreglar esta situación, el Gobernador dispuso, en circular de 27 de abril de 1844, que en los pueblos los maestros de niños fuera directorcillos del gobernadorcillo para

que su práctica hiciese más fácil la percepción de algunas órdenes para cumplimentarlas.

A pesar de estas medidas se dieron casos en los que resultaba muy difícil elegir estos cargos, como sucedió en Tepungan, pueblo de sesenta y cuatro habitantes en el que sólo seis personas sabían escribir su nombre y en el que, además, no había maestro.

Al ser las elecciones tan prontas como inútiles por tener que variar de mal en peor, -continúa el Gobernador-, sucedía que en ocasiones una misma persona detentaba dos cargos y así, siendo cabeza y reteniendo ésta, se veían en la obligación de admitir el nombramiento de justicia, juez de palmas u otro.

Estas elecciones las hacía el Gobernador, poniéndoles en posesión y ejercicio de sus funciones desde la fecha en que eran elegidos y reconocidos por bando, sin perjuicio de consultar antes con el Superior Gobierno de Manila en solicitud de sus nombramientos, que todos recibían gratis aunque, como queda dicho, con dos o tres años de retraso.

Los cabezas de barangay que vacaban por muerte u otra causa se nombraban a propuesta del gobernadorcillo, y los otros cabezas por el mismo jefe de las islas; lo mismo se hacía cuando se creaba alguna nueva cabecera, necesitando de algún estímulo para alentarles a aceptar tal cargo.

Cada pueblo tenía una especie de cabaña de piedra o cañas que servía para escuela de niñas y que era donde a veces se celebraban las elecciones anuales que tenían lugar por entonces, recordemos, solo en Guam y en Rota, aunque cuando tenga lugar el proceso electoral en Tinian y Saipan también se realizaría en ocasiones en estas escuelas.

Consolidación del sistema desde el decreto Clavería (1847)

El decreto del Gobernador General Narciso Clavería, de 5 de octubre de 1847 (R.O. de 15 de mayo de 1848) supuso una importante reforma dentro del procedimiento electoral en las islas Filipinas, y por extensión en las islas Marianas, aunque aquí no afectó en lo que se refiere al grado de corrupción o no que pudiera existir, dado que los cargos de ministros de justicia se implantaron siguiendo un modelo filipino que no tenía raíces en el archipiélago de la Micronesia.

Por ejemplo, el cargo de cabeza de barangay no fue hereditario en los primeros momentos, como sí lo fue en Filipinas⁴², ni obedecía a la existencia de un grupo de principales o caciques indígenas a los cuales era necesario seguir manteniendo en el poder. Por el contrario, ya vimos cómo el propio Villalobos intentó solucionar el problema nombrando para estos cargos a miembros de las Milicias Urbanas, práctica que se seguirá haciendo en 1844 ya que precisamente los miembros de las Milicias eran los más instruidos. En cualquier caso, sí es necesario señalar que en las islas Marianas se aplicó el citado decreto en la medida de lo posible, aunque con algunas modificaciones dada la peculiaridad del gobierno y organización de las islas Marianas.

Por este decreto, y según el artículo 1º, la época de elecciones quedaría fijada entre los meses de noviembre y diciembre de cada año -excepto en los pueblos cosecheros de tabaco-, celebrándose las mismas en los respectivos tribunales, nunca en la casa parroquial ni en particulares, y no obligándose a los votantes a trasladarse a los otros pueblos o a las cabeceras.

Antes de esta disposición, el período de un año de duración se contaba desde la fecha de toma de posesión del cargo⁴³, que variaba a voluntad del superior gobierno de la provincia de turno.

Las elecciones serían presididas por el jefe provincial, o el sustituto que aquél enviara, con la asistencia -voluntaria- del cura párroco de cada pueblo; siempre lo hará en el caso de las Marianas, teniendo el informe posterior del mismo sobre el resultado de las elecciones una gran importancia a la hora de decidir sobre la composición de las nuevas autoridades locales.

El cuerpo electoral, continúa la citada normativa, lo componían el gobernadorcillo saliente y doce principales; estos últimos se sorteaban "la mitad de entre los capitanes pasados (denominación dada a los que habían sido gobernadorcillos) y de los que habiendo sido cabezas de barangay por espacio de diez años consecutivos hubieran dejado de serlo sin mala nota", y la otra mitad, de entre los cabezas de barangay en ejercicio (art. 3°). No podrían ser electores los incapacitados, los deudores de hacienda, procesados, etc., ni los criados de gobernadores, de alcaldes mayores, de tenientes de gobernadores, de curas, ni los sirvientes de las Iglesias (art. 4°).

Los electores escribirían sólo dos nombres en sus papeletas, y los más votados habrían de ocupar el primero y el segundo lugar de la terna, reservándose el tercero para el gobernadorcillo saliente.

Podía ser elegido gobernadorcillo quien cumpliera ciertos requisitos: "se requiere ser natural o mestizo de sangley, vecino del pueblo, mayor de veinticinco años, saber leer y

escribir, haber sido Teniente Mayor o Cabeza de Barangay sin mala nota, o serlo a la sazón, teniendo sus cuentas corrientes; no ser arrendatario de los Propios y Arbitrios del pueblo, ni estancuillero de rentas, a no ser que teniendo sus cuentas corrientes quiera renunciar al estanco ... (art. 7°).

Los que pretendieran el cargo de teniente mayor deberían "haber desempeñado antes con buena nota algún empleo municipal y tener las mismas circunstancias que señala el art. 7° (art. 8°). Lo mismo se aplica a los cargos de jueces mayores (de sementeras, policía y ganados), con el requisito añadido de haber sido gobernadorcillos o tenientes mayores. El resto de los empleados locales (alguaciles, tenientes primeros, segundos, de barrio, etc.) eran propuestos por el gobernadorcillo saliente y todos los principales, relación que después sería presentada al presidente, quien junto con el párroco y los de la terna elegirían a los más indicados. Se advierte sobre esta cuestión que habría de procurarse limitar el número de subalternos, pues al estar exentos de la prestación personal, su excesiva proliferación dificultaba el desarrollo de sus respectivas localidades.

La aplicación del artículo 1° del citado decreto (elecciones en noviembre y diciembre de cada año) en las islas Marianas no planteó ningún problema, celebrándose las elecciones en los meses de diciembre de cada año y estando presididas por el Gobernador de la Provincia salvo en los casos, primero, de la isla de Rota donde dada su lejanía de la cabecera eran presididas por el Alcalde, y posteriormente, de las de Saipán (también por el Alcalde) y Tinian (por el Teniente Alcalde, dada la menor importancia de la isla), una vez que se verifique en ellas el

proceso electoral; el cura párroco de cada pueblo, o el más cercano, siempre asistirá a las elecciones, teniendo el informe posterior del mismo sobre el resultado de las elecciones una gran importancia a la hora de decidir sobre la composición de las nuevas autoridades locales.

En enero de 1848 el Gobernador Gregorio Santa María, cinco meses antes de ser relevado de su cargo, ampliaría las instrucciones sobre gobierno local indígena referentes a tenientes de justicia, alguaciles y hospederos⁴⁴.

Por lo que se refiere a los tenientes de justicia, este empleo debía recaer en el individuo que hubiese sido cabeza de barangay y desempeñado bien su cargo, sin perjuicio de otras buenas cualidades que eran de ley.

Según el art. 8° del decreto Clavería, podría ser teniente mayor quien hubiese desempeñado cualquier empleo municipal; en Marianas, desde la fecha, únicamente podía serlo un antiguo cabeza de barangay o, en su defecto, un cabeza actual. Igualmente, sólo podía ser designado juez de ganados aquél que hubiese desempeñado antes los cargos de gobernadorcillo o teniente mayor.

El teniente de justicia sustituiría al gobernadorcillo en ausencia o enfermedad de éste, siendo en cualquier caso su auxiliar (en las ordenanzas de Villalobos, el encargado de sustituir al gobernadorcillo era el juez de policía).

Entre sus tareas figuraban que los cabezas cumplieran con sus respectivas obligaciones, informando al gobernadorcillo de las infracciones; además, acompañar al gobernadorcillo a la reunión de autoridades para organizar los trabajos de comunidad; asistir a estos trabajos a controlar su buen orden, y vigilar, junto al

gobernadorcillo, que las patrullas nocturnas hiciesen el servicio con la exactitud requerida.

Quedaba eximido de la policía de extranjeros, tarea de la que se encargaría el alguacil y para la cual era necesario tener algún conocimiento del idioma inglés y haber tenido algún trato con navegantes.

Por último, el teniente debía ser considerado como un fiscal encargado del bien de la población y de la policía interior, dando parte de todo lo que aconteciera al gobernadorcillo.

Cuando el Gobierno creyera conveniente, habría de nombrar a un juez que le residenciara, constando el resultado, junto con el título, en el archivo del Gobierno.

Por su parte, el alguacil sustituiría al teniente cuando faltara éste, al igual que en la época de Villalobos.

Debía enterarse de las obligaciones de un cabeza de barangay, a quienes habría de hacerlas cumplir en ocupación o enfermedad del teniente.

Como juez de policía de extranjeros, sería su obligación tener nómina de los transeúntes quedados, con expresión de su procedencia y las razones de su estancia; también anotarían el día y el buque en el que reembarcasen y si alguno lo hiciese sin licencia.

Otra de sus tareas sería el vigilar a lo enfermos, cuidando cuando se agravasen e informando de si tenían curación o si deseaban el agua del Santísimo; en este caso, debían avisar al cura párroco. Al mismo tiempo, y sin distinción de clases, religión o patria a que perteneciesen estos enfermos, se informaría el alguacil de si tenían padres, hijos o parientes, si querían escribirles privadamente, o si hacían testamento, de

todo lo cual daría parte al Gobernador.

Entre sus obligaciones como oficial de policía, debía vigilar a los extranjeros e investigar su lugar de hospedaje, siendo responsabilidad del hospedero el velar por la buena conducta de los que se alojaran en sus casas, debiendo pagar un peso por cada marinero y dos por cada piloto si de ello resultara el menor desorden y hubiese justificado completamente su inocencia e imposibilidad de haber dado aviso.

Los hospederos no admitirían a deshora a ninguno de otra casa, ni consentirían ninguna clase de exceso, como la embriaguez, ni ruido, estando obligado al respecto a dar aviso al teniente de justicia. Tanto el alguacil como el hospedero debían saber inglés.

Por otro lado, siempre que recibiese órdenes del Gobierno para perseguir desertores, haría uso de ellas por personas diligentes y prácticas para que los capitanes de los buques no se privasen de ellos y también aprovecharan el uso de su trabajo.

La recompensa no se alteraría, recibiendo los aprehensores y denunciante las tres cuartas partes de la misma, yendo la restante al fondo de escuelas.

En consideración a la mucha recarga y algunas necesidades de este oficial, fuera de misión se le molestaría lo menos posible, aunque si hubiese buques debía estar en alerta continua, concediéndole algunos días para que pudiese ocuparlos para sí dejando en su lugar y bien enterado a su saliente.

En ausencia y enfermedad del gobernadorcillo y teniente, el alguacil desempeñaría las funciones de aquéllos, contando en un caso tan remoto con el Gobernador para todo cuanto dudase sobre

la resolución que debiera antes de providenciar.

También pasados los monzones, en algún caso preciso auxiliaría al teniente, sin perder de vista que durante la estación de buques estaría entregado al desempeño de su cargo, para que en el resto del año se le tuviese la consideración que merecía. Por último, el Gobernador le asignaría un Juez de Residencia.

Para elegir a los gobernadorcillos y demás ministros de justicia se aplicaron los artículos 3° y 4° del decreto Clavería referentes a la composición del cuerpo electoral, si bien la escasez de vecindario de los pueblos de las islas Marianas hacía que a veces el número de electores hubiese de cubrirse con vecinos honrados.

Este problema no afectaba a la cabecera, Agaña, donde se seguía el modelo establecido por el decreto, reuniéndose en la Casa Tribunal en el mes de diciembre, antes de que finalizara el mandato de los elegidos el año anterior, el Gobernador Político Militar, que hacía de Presidente, y sus dos testigos acompañados, junto con los principales del pueblo (esto es, los gobernadorcillos pasados, llamados también capitanes pasados, y los que hubiesen desempeñado el cargo de cabeza durante más de diez años según el decreto; no obstante, esta exigencia de tiempo varía según los casos y años de elecciones) y los cabezas de barangay que estuvieran en ese momento desempeñando tal cargo, para proceder al sorteo de los doce electores (art. 3°), nombramiento que recaía, la mitad de entre los capitanes y cabezas pasados, y la otra mitad, en los cabezas actuales. A este cuerpo electoral se añadía el gobernadorcillo saliente.

Acto seguido, despejada la sala de los demás concurrentes y

colocados los trece votantes en sus respectivos bancos, hallándose presente el cura párroco y previa una alocución del Gobernador instándoles a que prescindieran de todo interés personal, de toda afección particular y de espíritu de partido en la propuesta de gobernadorcillo y demás ministros de justicia, encaminándose únicamente al mejor bienestar de sus compoblanos y a su mejor administración proponiendo para la vara de gobernadorcillo y de sus subalternos a las personas más beneméritas, más capaces y más celosas del buen servicio de "Ambas Majestades", se procedía a la votación en virtud del artículo 4°, escribiendo cada elector en un papel sus dos candidatos a gobernadorcillo. De los tres más votados, se formaba una terna en el que se ponía primero el que más votos hubiera obtenido; el tercero era siempre el lugar ocupado por el gobernadorcillo saliente.

En teoría, debería ocupar el cargo de gobernadorcillo el que más votos hubiese sacado, pero ello no siempre ocurría dado que tanto el Gobernador como el cura párroco acababan eligiendo al que ellos consideraban más apto. El resto de los subalternos, y como señalaba el artículo 8° del citado decreto, los proponía también esta Junta electoral, nombrando en este caso para cada cargo a un solo candidato.

A medida que se incrementen tanto los cargos de ministros de justicia como el número de barrios dependientes de determinados pueblos y se creen otros nuevos, variará algo, como se verá más adelante, este procedimiento electoral, aunque siempre siguiendo la normativa del artículo 8°.

Todo el posterior procedimiento electoral en el archipiélago

filipino va a regirse por la normativa de 1847, si bien quedará ligeramente modificado con la publicación de otros decretos al respecto, entre otros, y como ha recopilado Luis Angel Sánchez⁴⁵:

1. Traslado de la época de elecciones al mes de abril (decretos de 22 de febrero de 1853 y 7 de junio de 1856).

2. Ampliación de la duración del cargo de gobernadorcillo a dos años, según R.O. de 19 agosto 1862.

3. Expedición de los títulos firmados por el Capitán General sólo a gobernadorcillos, tenientes y jueces mayores. El resto serían expedidos por los jefes de Provincia (Superior Decreto de 12 marzo de 1889).

4. Para realizar con más detenimiento el examen de las actas de elecciones, Weyler decretó el 4 de octubre de 1889, que a partir de 1890 hicieran las elecciones unas provincias en los años pares y otras en los impares.

5. A éstos, puede añadirse la circular de 27 de febrero de 1893, que exigía al Gobernador de la Provincia un informe sobre el proceso electoral.

No obstante el decreto de 7 de junio de 1856 que trasladaba la época de elecciones al mes de abril de cada año, el Gobernador General de Filipinas, Manuel Crespo, mandaba un decreto al Gobernador de Marianas con fecha 14 de mayo de 1856 según el cual, por el punto 3º, se estipulaba que "la duración del ejercicio del cargo para ministros de justicia en las islas Marianas será de un año a contar desde el 1 de enero al 31 de diciembre. En noviembre y diciembre se verificarán las elecciones para que la toma de posesión tenga lugar en dicho día 1º de enero"⁴⁶.

Al tiempo, y según la normativa vigente, el propio Gobernador General expidió siete títulos de gobernadorcillos, trece de tenientes, ocho de alguaciles y ocho de jueces para los ministros de justicia para el año 1856, e igual número con destino a 1857; si hay siete títulos de gobernadorcillo, significa que a la

altura de 1857 sólo esos tienen la categoría de pueblo, esto es, Agaña, Agat, Sumay, Inarajan, Merizo y Umata, además de Rota; es de suponer que los considerados anejos a la capital, Agaña, ya habían pasado a constituirse en barrios de la misma, al igual que Sumay pasó poco después a ser barrio de Agat.

El barrio o visita de Sumay, en la península de Orote, se formó con vecinos de Agaña en la época de los balleneros⁴⁷, a los que proveían de leña, carbón y otros artículos; los habitantes de este barrio dependiente de Agat tenían fama de trabajadores y estaba integrado por unas cincuenta o sesenta casas de tabla y algunas de mampostería, habiendo al fondo de la calle principal una Iglesia de mampostería construída por los vecinos.

De esta forma, el decreto de 7 junio 1856 sobre celebración de elecciones en el mes de abril no se aplicó a las islas Marianas, y sí el de 14 mayo, dado que las elecciones de 1858, 1859 y 1860 también se verificaron en el mes de diciembre⁴⁸, siendo elegidos los cargos de gobernadorcillos, tenientes, jueces de sementera, policía y ganados, y alguaciles para Agaña, Agat, Merizo e Inarajan; para esas fechas, y desde 1858, el antiguo pueblo de Umata había pasado a ser visita de Merizo.

En efecto, en ese mismo decreto de 14 de mayo de 1856, en el punto 4º, se dice: "Tómese de la consulta del Gobernador la parte referente a la incorporación del pueblo de Umata al de Merizo para que en expediente separado y con toda la instrucción necesaria recaiga en su día la conveniente resolución"; ello explica que en las elecciones de diciembre de 1858 ya no aparezca el pueblo de Umata.

Queda señalado que la Real Orden de 19 de agosto de 1862

ampliaba la duración del cargo de gobernadorcillo a dos años, con lo que desde este momento las elecciones son bienales. Cuando el Gobernador Felipe de la Corte (1855-1866) escribe su Memoria sobre las islas Marianas, finalizada en 1865 y publicada diez años después, hace referencia a la organización provincial y municipal señalando que la justicia, elegida por dos años, "se compone de un Gobernadorcillo, que viene a ser un Alcalde; un Teniente, un Alguacil, que podrá llamarse mayor, y es el encargado de la policía, dos jueces que vigilan el cumplimiento de las disposiciones legales en materias de campos y ganados de que se reputan peritos, y dos testigos acompañados, que actúan en los judicial con el Gobernadorcillo en lugar de Escribano"⁹; hay que señalar, no obstante, que las clases que se eligen varían desde los años 30, perfeccionándose las mismas a medida que pase el tiempo y estando plenamente organizadas a la altura de 1887. Como es lógico, cuanta más importancia tenga la población, mayor será el número de subalternos, a pesar de que el decreto Clavería recomendaba moderación a la hora de nombrar estas clases.

Destaca el citado Gobernador de la Corte dos particularidades del sistema de las islas Marianas; por un lado, el hecho de que a pesar de estar estipulado para las islas Filipinas el que fuera el Gobernador General del archipiélago quien refrendara los nombramientos, en las islas Marianas era el propio Gobernador Político Militar, dada la falta de comunicaciones con el archipiélago principal (hasta el nuevo decreto de 12 marzo 1889, todos los nombramientos debían ir firmados por el Gobernador General; desde la fecha, habrían de ir sólo los expedidos a

Gobernadorcillos, Tenientes y Jueces Mayores). En cualquier caso, a la altura de los años 90 el Gobernador de Marianas remitía a Manila toda la documentación sobre el proceso para su aprobación.

Por otro lado, el hecho de que el cargo de cabeza de barangay fuera ya vitalicio, mientras que en Filipinas duraba tres años; la razón es obvia dada la escasez de personal para desempeñar estas comisiones.

Un dato interesante que se consigna en esta Memoria es la inclusión de Saipan en el procedimiento electoral (recordemos que la Memoria está acabada en enero de 1865, lo que significa que desde 1864, al menos, Saipan ya se ha incorporado). Además, en la relación de los pueblos de la isla de Guam ya no se incluye Pago puesto que este pueblo desapareció en 1855 tras la epidemia de viruelas.

Para esas fechas, y por lo que se refiere a las dos islas del Norte, Tinian y Saipan, recordemos que en la primera había un Alcalde Administrador establecido a partir del Reglamento Ricafort de 1828.

Poco después, y dada la afluencia de carolinos a la isla de Saipan desde principios del siglo XIX, y especialmente desde 1838, se crea el cargo de auxiliar de Alcalde para la isla de Saipan en 1848; desde entonces, habrá un alcalde en Tinian, que lo era también de Saipan, residiendo en esta última su auxiliar, encargado de la población carolina y vigilando, además, que no entraran en contacto con los lazarinos allí establecidos desde 1835. Desde 1849 se ordena que este auxiliar se encargue de organizar la matanza de reses en Saipan para los fondos de lazarinos, al igual que venía practicándose en Tinian desde 1828.

A partir de 1869, coincidiendo con el arrendamiento de Tinian, momento en que comenzará a repoblarse la isla también con carolinos (antes solo la habitaban temporalmente los mozos encargados de la caza), en esta isla pasa a residir un Teniente Alcalde, quedando el Alcalde de ésta en Saipan.

En las elecciones para el bienio de 1874-1875 aparecen modificaciones importantes⁵⁰:

- en primer lugar, destacar que las elecciones siguen celebrándose en el mes de diciembre, según se estipuló en 1856, tomando posesión del cargo en el mes de enero siguiente (elecciones, por ejemplo, en diciembre de 1873, siendo el bienio desde enero de 1874 a diciembre de 1875);

- en segundo lugar, la incorporación al sistema de administración local y procedimiento electoral de la isla de Saipan, donde se van a elegir dos tipos de cargos: para los carolinos residentes y para los denominados radicados, esto es, los chamorros procedentes de Guam. Hay que hacer notar, no obstante, que la mayor parte de los cargos que se eligen recaen en chamorros, si bien con el tiempo los carolinos se incorporarán progresivamente. Apellidos como León Guerrero (al que se le añade la preposición "de" para las islas del Norte), Sablan, etc., que se repiten constantemente en los cargos electos de la isla, proceden indudablemente de Guam;

- en tercer lugar, la ampliación de las clases y número de agentes de la administración;

- en cuarto lugar, la incorporación de barrios o visitas con administración, tenientes de barrio en los casos de Sumay (Agat) y Umata (Merizo);

- y en quinto lugar, la desaparición de Pago, presente, al menos, hasta las elecciones de 1855.

Así, en ese bienio de 1874-1875, se incluyen cuatro de los cinco pueblos citados anteriormente para Guam (salvo Pago), más los casos de Rota y Saipan, eligiéndose los siguientes cargos:

- Agaña: gobernadorcillo; teniente; juez de sementeras; juez de policía y ganados; dos alguaciles para el Juzgado de Primera Instancia; un alguacil para la Casa Tribunal. Total: siete personas. En esta relación no se citan los tenientes de los cuatro barrios de Agaña, establecidos desde 1857.

- Agat: gobernadorcillo; teniente de Agat; teniente de la visita de Sumay; juez de sementeras, policía y ganados; alguacil de Agat; alguacil de la visita de Sumay. Total: seis personas, cuatro de Agat y dos de Sumay.

- Merizo: gobernadorcillo; teniente de Merizo; teniente de la visita de Umata; juez de sementeras, policía y ganados; alguacil de Merizo; alguacil de Umata. Total: seis personas, cuatro de Merizo y dos de Umata.

- Inarajan: gobernadorcillo; teniente; juez de sementeras, policía y ganados; alguacil. Total: cuatro personas.

- Rota: gobernadorcillo; teniente; juez de sementeras, policía y ganados; alguacil. Total: cuatro personas.

- Saipan: gobernadorcillo; teniente; juez de sementeras, policía y ganados; alguacil; teniente de los radicados; juez de radicados; alguacil de radicados. Total: siete personas, cuatro de Saipán y tres para los radicados.

En el nuevo proceso electoral verificado en diciembre de 1879 para el bienio de 1880-1881 de nuevo aparece un cambio significativo en lo que se refiere a la cabecera, incrementándose de forma amplia el número de ministros de justicia⁵¹:

- Agaña: gobernadorcillo
teniente 1°
teniente 2°
teniente 3°
juez de sementeras
juez de policía y ganados
dos alguaciles delegados de Primera Instancia

dos alguaciles para la Casa Tribunal
dos testigos acompañados del Tribunal.
un teniente de barrio de Anigua
un teniente de barrio de Asan
un teniente de barrio de Tepungan
un teniente de barrio de Sinajaña

El resto de las poblaciones, Agat (Sumay), Merizo (Umata), Inarajan, Rota y Saipan, mantiene la misma tónica que en el acta citada anteriormente.

En 1885, el Gobernador Francisco Olive y García, refiriéndose a la cuestión de los gobernadorcillos y sistema de organización local⁵², señalaba que en la isla de Guam existía aún bastante ineficacia por parte de los que mandaban, faltando igualmente a los que habían de obedecer la sujeción debida, efecto que lo era sin duda de su altivez y natural soberbia, añadiendo que todos rehuían ejercer las cargas concejiles y que se encontraban muy pocos que quisieran desempeñar las retribuidas; no proponía Olive, a pesar de la insuficiencia del sistema, el restablecimiento de las alcaldías en la isla de Guam ya que además de ser un notable retroceso, en rigor no había necesidad estando los pueblos relativamente cerca y en comunicación, aunque penosa, con la capital.

Respecto a las islas del Norte, Rota, Tinian y Saipan, consideraba que la utilidad de los alcaldes en las citadas islas era grandísima e indispensable debido a la ignorancia de sus habitantes y, por consiguiente, de los que fueran elegidos gobernadorcillos. El problema estaba en que los alcaldes podían actuar como tiranos ante sus gobernados, por lo que proponía que se nombraran directorcillos que bajo la responsabilidad de los

diferentes gobernadorcillos de las islas del Norte, pudieran cortar los abusos del alcalde.

En 1885 en los presupuestos había consignados 140 pesos para el alcalde de Rota e igual cantidad para el de Tinian; este último residía en Saipan y para Tinian se nombraba un teniente-alcalde.

La reforma del sistema de alcaldías que proponía Olive consistía, primeramente, en nombrar a un alcalde que lo fuera exclusivamente de Saipan, aunque de hecho ya existía; a éste debería asignársele un sueldo anual de 300 pesos, mientras que a los de Rota y Tinian 240 pesos y 216 pesos respectivamente. Con ello, podrían encontrarse personas de mayor respetabilidad y más escrupulosas en cuestiones de moralidad, y no los que presentaban su solicitud para esas plazas en esa fecha, cobrando tan solo 140 pesos al año, cantidad insuficiente incluso para atender las primeras necesidades de una familia. Además, la fiscalización de los actos de los alcaldes podía hacerse durante la visita de los Gobernadores a las islas, a las que podía irse con poco peligro, aunque fuera en un pailebot, durante los meses de mayo, junio y primera quincena de julio.

Sobre una posible reforma provincial y municipal, en 1888 el Gobernador General de Filipinas preguntó al de Marianas respecto a la conveniencia de aumentar o disminuir el número de pueblos con Ayuntamiento propio.

La respuesta al respecto fue clara⁵³: por lo que se refiere a la isla de Guam, dada la escasez de población y los pocos recursos que se obtenían del pago del impuesto de la prestación personal por parte de españoles, naturales, extranjeros y chinos,

podiera parecer conveniente la reducción de pueblos con ayuntamiento; sin embargo, se oponía a ello la topografía del terreno y la falta de caminos que aislaba a las poblaciones, especialmente en la época de lluvias, aspecto que se tuvo en cuenta a la hora de establecer la demarcación de pueblos y barrios dependientes de ellos. Por lo tanto, consideraba el Gobernador Político Militar no viable la reestructuración municipal. Por lo que se refiere a las islas de Rota, Saipan y Tinian, incomunicadas entre sí y con la cabecera por no existir barco de ninguna especie que pudiera establecer comunicaciones entre ellas, era lógico que siguieran con un Ayuntamiento cada una.

El Alcalde Mayor de la Provincia, en Marianas el Gobernador Político Militar, era funcionario del poder judicial, representante de la ley y ejecutor de ella en la esfera judicial.

En un plano inmediatamente inferior, el gobernadorcillo era también representante de la ley, ya como funcionario civil ya como delegado de la autoridad del Alcalde Mayor, y vigilante del orden público, como se señala ya desde las instrucciones de Villalobos. En esta fecha de 1886, y como consecuencia del asesinato del Gobernador Angel Pazos dos años antes, el Alcalde Mayor amplió las instrucciones a los gobernadorcillos en la parte referente a su tarea como representantes de la ley y vigilantes de la justicia⁵⁴; entre sus obligaciones inmediatas, debían vigilar en su demarcación que no se alterara el orden público, siendo el gobernadorcillo criminalmente responsable de cualquier acontecimiento siempre y cuando no hubiese dado noticia del mismo a la Alcaldía Mayor dentro de las dos horas siguientes de haber tenido conocimiento de cualquier situación o suceso susceptible

de ser castigado.

Si hasta la década de los años 80, y desde 1862, las elecciones eran bianuales, celebrándose en el mes de diciembre para tomar posesión de los cargos a partir de enero del año entrante, un nuevo cambio se va a producir en las elecciones para el bienio 1881-1883⁵⁵, momento en que se va a aplicar el decreto de 7 de junio de 1856 referente a la celebración de las elecciones en el mes de abril.

Como ejemplo, en el caso de Agaña⁵⁶ en el bienio 1887-1889 las elecciones tuvieron lugar en la Casa Tribunal el 9 de abril de 1887, siendo presididas igualmente por el Gobernador Político-Militar, Francisco Olive y García (1884-1887), junto a sus testigos acompañados, además de diez capitanes pasados, cuatro cabezas pasados y veinte cabezas actuales, para proceder al sorteo de los doce electores, momento en que el Presidente les leía en voz alta, y en el idioma de la Provincia, la R.O. de 28 de agosto de 1862, inserta en la Gaceta de Manila de 5 de diciembre de dicho año, y otras Reales Ordenes vigentes. Elegidos seis electores de las dos primeras categorías, y otros seis de la segunda (cabezas actuales), despejada la Sala del resto del personal, y tras recomendar a los electores que nombraran a quien creyesen más apto, se procedía a la elección de gobernadorcillo por el sistema de dos nombres por papeleta, de la que salía una terna con los candidatos más votados (en este caso, el más votado fue el gobernadorcillo interino, con lo cual, el primer nombre de la terna y el último -siempre reservado para el gobernadorci-

llo saliente- es el mismo); acto seguido, y con arreglo a lo dispuesto en el artículo 8° de la disposición de 1847 (decreto Clavería), los mismos trece electores proponían solamente un nombre para los cargos de teniente primero y jueces mayores (tres candidatos en total en este caso: un teniente primero, un juez de sementeras y un juez de policía y ganados).

Realizada esta elección, y conforme a las previsiones del citado artículo 8°, el gobernadorcillo saliente y un grupo del común de los principales (todos los que hubiesen ejercido el cargo de gobernadorcillo o de cabeza de barangay por un período superior a veinticinco años; en este caso, catorce personas, además del gobernadorcillo, de los que nueve de ellos no habían sido electores en el anterior procedimiento) presentaban al Gobernador una propuesta para el nombramiento de ministros de justicia y demás subalternos de la cabecera y sus barrios, esto es, teniente segundo de la ciudad, teniente tercero, teniente de los barrios anejos, alguaciles del pueblo, de juzgado, y dos testigos acompañados.

En resumen, en las islas Marianas se elegían de modo diferente los tres grupos de ministros de justicia: por un lado, la Junta electoral proponía, por el procedimiento de dos nombres por papeleta, al gobernadorcillo; en segundo lugar, esta misma Junta electoral, en función del art. 8° del decreto de 1847, proponía solamente un nombre para cada uno de los cargos de jueces y tenientes mayores; y en tercer lugar, el gobernadorcillo saliente y el común de los principales firmantes eran los encargados de proponer al Gobernador los nombres para el resto de los cargos de los subalternos municipales.

Hay que hacer notar, sin embargo, que la mayor parte de los candidatos elegidos de cada una de las tres clases no necesariamente habían de pertenecer a la Junta electoral, salvo el gobernadorcillo saliente; hay veces en que esto ocurre, principalmente en el caso de Agaña, dado que allí había un mayor número de candidatos disponibles. Por el contrario, en el resto de las poblaciones, sobre todo en las más pequeñas, se observa cómo el nombre de los candidatos muchas veces se repite de unas elecciones a otras, variando únicamente el cargo a desempeñar en el bienio correspondiente; también se da el caso de proponer para dos cargos a una misma persona, solucionándose nombrando a un sustituto.

Como novedades en este bienio electoral 1887-1889, además de las señaladas, destacar en Agaña la incorporación de un nuevo teniente para el barrio de M^a Cristina, formado por carolinos y creado en 1884 por el Gobernador Angel Pazos (1884).

En el resto de los pueblos de la isla de Guam las elecciones también serían presididas por el Gobernador, planteándose en todos ellos, por lo escaso del vecindario, el problema de la composición de las Juntas electorales con miembros de las principales, que se suplía con la citación y nombramiento como electores de personas que hubiesen desempeñado cargos menores (por ejemplo, alguaciles) y de vecinos honrados, también llamados vecinos principales.

En el caso del pueblo de Inarajan⁵⁷ el procedimiento, en principio, era el mismo, aunque a la hora de elegir la Junta electoral, por no haber suficientes capitanes y cabezas pasados, así como cabezas actuales, había que variar el sistema de elección

de ésta; así, se reunieron en la Casa Tribunal del pueblo el 11 abril de 1887 dos capitanes pasados, un juez actual, un juez pasado, el teniente actual, un teniente pasado, un alguacil actual, otro alguacil pasado y un grupo de vecinos principales.

Para componer la Junta fueron nombrados dos capitanes pasados, dos jueces pasados, los tenientes actual y pasado, los alguaciles pasado y actual, y cuatro vecinos principales.

Esta escasez de vecindario justifica el hecho de que la gran mayoría de los cargos que se eligen, tanto en Inarajan como en el resto de los pueblos, proceden de los mismos miembros de la Junta electoral (todos los candidatos a gobernadorcillo pertenecen a ésta), circunstancia que no se da siempre en el caso de la cabecera, como queda señalado.

Por lo demás, la jornada electoral transcurría en la misma tónica: elección de gobernadorcillo por papeleta, y de teniente y juez a propuesta de la Junta electoral; y elección del resto de cargos de subalternos por acuerdo del gobernadorcillo saliente y el común de los principales.

Una característica que concurre también en los pueblos, a diferencia de Agaña, es el hecho de que solamente se nombra un juez, que lo es de sementeras, policía y ganado, mientras que en la citada ciudad se desglosa el cargo en dos: juez de sementeras, por un lado, y juez de policía y ganado, por otro.

Lo mismo puede señalarse de Merizo, también presididas por el Gobernador, al que pertenece la visita de Umata⁵⁸, siendo elegidas en total ocho personas.

En todos los casos, cuando fallecía durante el ejercicio de sus funciones uno de los subalternos, volvían a realizarse

diligencias en la Casa Tribunal del pueblo bajo presidencia del gobernadorcillo, que nuevamente reunía al común de los principales y a sus testigos acompañados para proceder una vez más a la elección del candidato. La propuesta, igualmente, era remitida al Gobernador de la provincia, que dictaminaba según creyera conveniente⁵⁹.

Por lo que respecta a Agat, la tónica es la misma, con la presidencia del Gobernador, teniendo lugar el proceso electoral en la Casa Tribunal del pueblo, siendo Sumay su visita, y eligiéndose igualmente ocho cargos⁶⁰.

En resumen, la relación de pueblos y clases que aparecen para 1887-1889 son:

- Agaña:
 - a) Elegidos mediante procedimiento electoral en la Casa Tribunal, con la asistencia del Gobernador y cura párroco, además de dos testigos acompañados:
 - Gobernadorcillo
 - 4 - Teniente 1º de la ciudad
 - Juez de Sementeras
 - Juez de Policía y Ganados
 - b) Propuestos por el gobernadorcillo y común de los principales firmantes:
 - Teniente 2ª de la ciudad
 - Teniente 3ª de la ciudad
 - Teniente de Anigua
 - 7 - Teniente de Asan
 - Teniente de Tepungan
 - Teniente de Sinajaña
 - Teniente de Mª Cristina
 - 4 - 2 Alguaciles del pueblo o del Tribunal
 - 2 Alguaciles del Juzgado
 - 2 - 2 Testigos acompañados del Gobernador
- Inarajan:
 - a) Por procedimiento electoral:
 - Gobernadorcillo
 - 3 - 1 Teniente 1ª

- 1 Juez de Sementeras, Policía y Ganado
- b) A propuesta de gobernadorcillo y común de los principales:
 - 1 Alguacil
 - 3 - 2 Testigos acompañados
- Merizo:
 - a) Por procedimiento electoral:
 - 1 Gobernadorcillo
 - 3 - 1 Teniente del Pueblo
 - 1 Juez de Sementeras, Policía y Ganado
 - b) A propuesta de gobernadorcillo y común de los principales:
 - 1 Teniente de la visita de Umata
 - 1 Alguacil para el pueblo de Merizo
 - 5 - 1 Alguacil para la visita de Umata
 - 2 testigos acompañados
- Agat:
 - a) Por procedimiento electoral:
 - Gobernadorcillo
 - 3 - 1 Teniente del pueblo
 - 1 Juez de Sementeras, Policía y Ganado
 - b) A propuesta del gobernadorcillo y común de los principales:
 - 1 Teniente de la visita de Sumay
 - 5 - 1 Alguacil para el pueblo de Agat
 - 1 Alguacil para la visita de Sumay
 - 2 Testigos acompañados

Verificado el proceso electoral en las poblaciones de la isla de Guam, se procedía a hacer lo propio en las demás islas habitadas del archipiélago mariano.

En este caso hay que destacar otra novedad, la regulación del proceso electoral en la isla de Tinian; además, se verificarán, al igual que en otros bienios, en Rota y Saipan.

En la isla de Rota las elecciones no estaban presididas por el Gobernador Político-Militar sino por el Alcalde de la isla,

que procedía por comisión del Jefe de la Provincia a las elecciones en la casa Tribunal del pueblo, siendo elegidas únicamente cuatro personas por el mismo sistema⁶¹:

- Rota:
 - a) por procedimiento electoral:
 - Gobernadorcillo
 - 3 - 1 Teniente 1°
 - 1 Juez de Sementeras, Policía y Ganado
 - b) por propuesta del gobernadorcillo y común de principales:
 - 1 - 1 Alguacil (se le denomina subalterno d e l pueblo)

Como se ha señalado líneas arriba, otra de las novedades en este bienio 1887-1889 es la inclusión de la isla de Tinian; este proceso electoral tendrá lugar una vez que se cree el pueblo de San Luis de Medina, en el antiguo sitio de Suharon.

En esta isla se siguió un procedimiento muy limitado⁶² ya que solo se elegiría a un teniente de justicia, estando presidida la elección, realizada en el mes de junio, por un Teniente Militar o Teniente Alcalde de la isla. Hay que recordar que, aunque en teoría había en Tinian un Alcalde, éste residía en Saipan desde 1869, nombrándose para la primera a un Teniente Alcalde como máxima autoridad y representante del Gobernador de Marianas.

Al ser la primera vez que se procedía a una elección de este tipo, y la última, se reunieron en la Casa Real de San Luis de Medina el citado Teniente Militar, los tres cabezas actuales, un cabeza pasado y los ancianos principales del pueblo, entre los que, en función del artículo 3° de la circular de 5 de octubre de 1847, se eligieron trece miembros para la composición del la

junta electoral ya que no había gobernadorcillo saliente.

En la isla de Saipan también presidía las diligencias electorales el Alcalde de la isla, realizándose en el mes de abril y siendo elegidos un gobernadorcillo por el mismo sistema, dos tenientes (uno para carolinos y otro para radicados), dos jueces mayores de sementeras, policía y ganados (carolinos y radicados), además de alguacil y dos testigos acompañados. Las elecciones se realizaban en San Isidro de Garapan, población a la que se le añadió en 1891, al incrementarse la población de la isla, el barrio de Tanapag (este dato se consigna en un acta de elecciones para el bienio de 1891-1893 celebradas en San Isidro de Garapan el 28 de abril de 1891, en la que se incluye un oficio del Gobernador en el cual se estipula que este barrio fuera anejo a la capital).

De esta forma, a la altura de los años 80 están perfectamente definidas las poblaciones de las islas Marianas: por lo que se refiere a Guam, Agaña y sus barrios, Agat y su barrio de Sumay, Merizo y el suyo de Umata, e Inarajan. Luego, las islas de Rota, Saipan (San Isidro de Garapan, que carece todavía de su barrio de Tanapag hasta 1891) y Tinian (San Luis de Medina).

En 1879, el número de cabecerías en Agaña era de dieciocho, correspondiendo catorce a la cabecera y el resto a cada uno de los cuatro barrios anejos de la misma⁶³; en Agat se contabilizaban tres cabecerías, en Merizo dos, y en Inarajan solamente una cabecera.

Los datos referentes al número de cabecerías por pueblos en 1888 varían ligeramente, como se expresa en el siguiente cuadro, teniendo en cuenta que cada uno de los barrios posee solamente

una cabecera, correspondiendo el resto a la ciudad o pueblos⁶⁴:

<u>Pueblos</u>	<u>n° cabecerías</u>
- Agaña y sus barrios	20
- Agat	3
- Merizo	2
- Inarajan	1
- Rota	3
- Tinian	3
- Saipan	5

A estas treinta y siete cabecerías, que agrupan a chamorros o naturales, mestizos y carolinos y que con el tiempo variarían en número, habría que añadir otras tres: una, de españoles europeos; otra, de extranjeros; y una tercera, de chinos.

La nueva legislación de 1889

Según la legislación filipina hasta 1889, la expedición de todos los títulos de gobernadorcillos y demás ministros de justicia debería ser realizada por el Gobernador General. Desde la fecha, y en función del Superior Decreto de 12 de marzo de 1889, solamente irían firmados por el Capitán General los títulos de gobernadorcillos, tenientes y jueces mayores; el resto serían expedidos directamente por los Jefes de Provincia.

Ese mismo año, y para realizar con más detenimiento el examen de las actas de elecciones, el decreto de 4 octubre de 1889 estipulaba que en unas provincias aquéllas se realizaran en años pares y en otras en años impares. Al suprimirse el Gobierno Político Militar de Visayas, el mismo Gobernador General, Valeriano Weyler, decretó el 19 de febrero de 1890 que cesasen los Jefes de Provincia de "hacer uso de las facultades que para

resolver actas de elecciones municipales y nombrar gobernadorcillos a los propuestos en primer lugar de la terna les confiere el art. 15 del Superior Decreto de 5 de octubre de 1847" y que en lo sucesivo remitiesen directamente las actas a la Secretaría del Gobierno General, como se hacía en Luzón⁶⁵.

La práctica de hacer el nombramiento por parte de los Jefes de Provincia la hemos visto ya aplicada en 1844, y puede señalarse que fue una constante en la historia municipal del pequeño archipiélago de la Micronesia.

En las islas Marianas ambos decretos se cumplieron exactamente: así, las elecciones siguieron celebrándose en los años impares, si bien se varió la fecha de los meses según los casos, remitiéndose al Gobernador General el acta resultado de las mismas en lo que se refiere a la elección de gobernadorcillo, con los informes del cura párroco, que no solía proponer en firme a ninguno de ellos sino que se limitaba a dar cuenta de la conducta de cada uno, y del Gobernador Político-Militar, informe que en definitiva era el de mayor importancia y en el que de forma abierta a veces, encubierta otras, se decantaba claramente por uno de los tres candidatos.

Como ejemplo, en las elecciones celebradas en la Casa Tribunal del pueblo de Rota el 29 de marzo de 1891 y válidas para el bienio 1891-1893, presididas por el Alcalde del mismo, se sigue el mismo procedimiento que en años anteriores⁶⁶. En la misma fecha, el cura párroco, en este caso Fr. Crisógeno Ortiz, emitía informe sobre los tres candidatos que, a su vez, remitía al Comisionado, esto es, al Alcalde, el mismo día.

Toda esta documentación se trasladaba a Agaña, y a ella se

unía el informe de los testigos acompañados del Juzgado de Primera Instancia de Marianas (que señala que ninguno había sido procesado, careciendo de antecedentes penales y judiciales) y del Administrador de Hacienda Pública (quien constataba que ninguno era deudor del Estado), ambos con fecha de 20 de mayo de 1891.

Finalmente, el Gobernador emitía también informe al respecto, decantándose por uno de los tres candidatos (en este caso, por el último y menos votado) y alegando razones en contra de los otros dos, y con fecha 27 mayo 1891 trasladaba toda la documentación a Manila. Allí pasaba al Negociado, que se encargaba de hacer un informe general que, a su vez, se remitía al Gobernador General con fecha 9 septiembre, para que éste resolviera lo que creyera oportuno, aunque generalmente solía sumarse a la propuesta del Gobernador de Provincia. Había pasado medio año desde la celebración de las elecciones en Rota en el mes de marzo hasta la resolución del Gobernador General el 10 de septiembre, remitiendo los títulos correspondientes de gobernadorcillo, teniente y juez.

Hay que añadir, además, el tiempo que tardaban en llegar a su destino los nombramientos, teniendo en cuenta las dificultades de comunicación, primero, entre ambos archipiélagos, y segundo, entre Guam y Rota. Se destaca así la lentitud del proceso, que se acentúa en este caso al ser elecciones en una isla que no era la cabecera del grupo; además, había que esperar a que se celebraran las elecciones en Saipan (28 abril 1891) y reunir toda la documentación al respecto (informe del cura párroco, de los testigos del Juzgado de Primera Instancia, etc.) para ser remitida a Manila en la misma fecha⁶⁷.

En el caso de las elecciones celebradas en la ciudad y pueblos de la isla de Guam, las resoluciones eran más rápidas, teniendo que reunirse toda la documentación de los cuatro pueblos para ser remitida a Manila, donde se resolvía conjuntamente, al igual que hemos visto para las islas del Norte.

Por ejemplo, en las elecciones para el bienio de 1895-1897, celebradas en Agaña en 30 de marzo, y en Agat, Merizo, e Inarajan el 3 de abril⁶⁸, se envió la documentación a Manila, y el 20 de agosto ya había resuelto el Gobernador General, remitiendo en esas fechas los títulos correspondientes que, en teoría, habría de pagar cada uno de los interesados, a razón de 2 pesos por el de gobernadorcillo, y 1 peso por el resto de todas y cada una de las clases, pero que en el caso de las islas Marianas, el propio Gobernador mandaba a la Administración de Hacienda Pública de la Provincia la cantidad correspondiente, y éste, a su vez, realizaba una carta de pago de la que entregaba copia al Gobernador, que la remitía a Manila para que desde allí se expidieran los referidos títulos.

De todas formas, y a pesar de la legislación vigente, los candidatos propuestos en las islas Marianas seguían tomando posesión de su cargo una vez verificadas las elecciones, llegándoles al cabo del tiempo los nombramientos formalizados desde Manila.

En el bienio 1891-1893 aparecen novedades significativas en lo que se refiere a Saipan, ya que al único pueblo de la isla, San Isidro de Garapan, se le añade un barrio, Tanapag, y con ello, la elección de dos nuevos cargos, el de teniente primero de barrio, y como subalterno, un alguacil, viniendo ambos a su-

marse a los cargos ya existentes.

El origen de este barrio está en relación con sucesos acaecidos en la isla de Tinian; en efecto, hemos hecho referencia a que el bienio 1887-1889 fue el primero, y también el último, en la citada isla; y ello porque que en 1889 los carolinos de Tinian solicitaron al Gobernador su traslado a la isla de Saipan, estableciéndose en la citada fecha en el sitio de Tanapag⁶⁹, que desde 1891 pasa a ser considerado barrio del pueblo de San Isidro de Garapan.

A la altura de los años 90, la provincia de Marianas estaba compuesta, en lo que se refiere a Guam, por los pueblos de Agaña, con los barrios de Anigua, Asan, Tepungan, Sinajaña y el carolino de M^a Cristina; Agat, con su barrio de Sumay; Merizo, con el suyo de Umatac; e Inarajan. En las otras islas, citar el pueblo de Rota en la isla del mismo nombre; en Saipan, Garapan (o San Isidro de Garapan) con su barrio de Tanapag; y por último, los restos del antiguo pueblo de San Luis de Medina en la isla de Tinian, donde en esas fechas solamente residían los veinte mozos del servicio de caza y de acopio de otros productos para el ramo de lazarineros, a cuyo frente se hallaba el Alcalde administrador de la isla⁷⁰. También había en las islas de Pagan y Agrigan cuarenta y dos y veintiún pobladores, respectivamente, procedentes de Saipan y Guam, dedicados a hacer coco seco (copra).

Por entonces, y dado que en Rota y Saipan ya funcionaba perfectamente el sistema de organización local encabezado por los respectivos gobernadorcillos, los sucesivos Gobernadores solicitaron la supresión de las dos plazas de Alcalde puesto que ya no eran necesarios⁷¹, aunque sí en el caso de Tinian.

En cualquier caso, no hubo respuesta de la autoridad superior y se siguieron manteniendo estos cargos hasta el final de la presencia española.

Tres nuevas elecciones se verificaron en las islas Marianas hasta el desmantelamiento colonial: las correspondientes al bienio 1893-1895, celebradas en el mes de abril durante el mandato del Gobernador Vicente Gómez Hernández (1892-1893); la del bienio 1895-1897, también en abril, siendo el Gobernador Emilio Galisteo (1893-1895), y la última, que habría de cubrir el bienio 1897-1899.

NOTAS

1. Luis Angel SANCHEZ: "El enfoque etnohistórico en el estudio de la sociedad colonial filipina", en El Extremo Oriente Ibérico. Investigaciones Históricas: Metodología y Estado de la Cuestión, Madrid, AECI/Centro de Estudios Históricos, 1989, pp. 631-647.

Un análisis exhaustivo de toda esta cuestión puede consultarse en la Tesis doctoral del autor: Las Principaías indígenas y la administración española en Filipinas, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1989. Tesis doctoral reprografiada.

2. Luis Angel SANCHEZ: "Estructura de los pueblos de indios durante la etapa española", en España y el Pacífico, Madrid, AECI/AEEP, 1989, p. 83.

3. Luis Angel SANCHEZ: "Elecciones locales indígenas en Filipinas durante la etapa hispánica", en Estudios sobre Filipinas y las islas del Pacífico, Madrid, AEEP, 1989, p. 53.

4. "Testimonio del informe dado por el M.R. Padre Jesuíta Gerardo Bowens, Vice-Provincial de la Misión de Marianas, para el buen régimen y Gobierno de dichas islas", en Luis de IBÁÑEZ Y GARCÍA: Historia de las islas Marianas, Carolinas y Palaos, Granada, Paulino V. Sabatel, 1886, Apéndice número 7, pp. 188-195.

Ha sido comentado también por Francis X. HEZEL: From Conquest to Colonization: Spain in the Mariana Islands, 1690 to 1740, Division of Historic Preservation, Saipan, M.P., 1989, pp. 16-17, aunque confunde la terminología empleada por entonces en la administración municipal ya que él habla de "alcalde de indios" cuando, en realidad, el término exacto era, entre principios del siglo XVIII y 1782, "gobernadorcillo".

5. Luis de IBÁÑEZ Y GARCIA, op. cit., pp. 188-195, Apéndice n° 7: "Testimonio del informe dado por el M.R. Padre jesuíta Gerardo Bowens, Vice-Provincial de la Misión de Marianas, para el buen régimen y gobierno de las islas, p. 189.

6. El 12 de enero de 1758 una circular de Irandía extendía este sistema de elecciones al resto de las provincias de Filipinas, haciendo hincapié en la necesidad de preferir electores que supieran hablar, leer y escribir el castellano, algo que será prácticamente un imposible. Ver Luis Angel SANCHEZ: "Elecciones locales indígenas ...", p. 54.

7. "Alcaldes de indios" es como los denomina Francis X. HEZEL continuamente, siendo solo una denominación aplicable únicamente entre 1782 y 1787.

8. PHILIPPINE NATIONAL ARCHIVES (PNA), PNA 11, Exp. 1, fol. 1-7: Testimonio de las Diligencias fhas. en cumplimiento de la Rl. Cédula de 20 de Agto. de 1787 sobre que los oficiales de los Pueblos de Naturales se titulen Gobernadorcillos, por el Sor. Tente. Coronl. D. José Arlequi y Leoz, Govor. en propiedad por

S.M. de estas Islas Marianas, San Ignacio de Agaña, 31 de enero de 1791.

9. Los pueblos inmediatos a la ciudad, constituídos a lo largo del siglo XVIII, comenzaron dependiendo del alcalde o gobernadorcillo de Agaña; como veremos, durante la fase del Trienio constitucional tendrán sus propias autoridades municipales, siendo reconocidos como pueblos independientes. Más tarde, cuando se transformen en barrios, simplemente tendrá cada uno de ellos un teniente de barrio dependiente nuevamente del gobernadorcillo de Agaña.

10. Manuel Sanz, capitán retirado de Infantería, había sido designado por el Gobernador General de Filipinas Mariano Ricafort, Juez de Residencia del Gobernador de Marianas, José Ganga Herrero, quien había sido relevado de su cargo en 1825.

El resultado de su Residencia es un informe cuyo original se encuentra en el Servicio Geográfico del Ejército, en Madrid, y que ha sido traducido al inglés y publicado por Marjorie G. DRIVER: Description of the Mariana Islands. Manuel Sanz, 1827, University of Guam, MARC Educational Series, n° 10, 1991.

11. LIBRARY OF CONGRESS OF WASHINGTON (LCW), Item 2, Vol. 2: Oficio del Superior Gobierno de Filipinas, a José de Medilla, Gobernador de las Islas Marianas, Manila, 2 mayo 1811.

12. LCW, Item 97, Vol. 23: Gobernador Político Militar, José Montilla, a Gobernador General, Agaña, 27 agosto 1822: en la capital de Marianas y demás pueblos de su jurisdicción se juró la Constitución Política de la Monarquía los días 24, 25 y 26 de agosto de 1822, leyéndose la misma en voz alta. La Plaza Mayor de Agaña, frente al Palacio Nacional, recibió el nombre de Plaza de la Constitución.

Ver también:

PNA, PNA 9, Exp. 22, Fol. 10: Expediente acusando recibo del Superior Decreto de 20 de septiembre de 1820, Agaña, 31 agosto 1822.

PNA, PNA 9, Exp. 23, Fol. 11: Expediente acusando recibo del oficio del 10 de junio del año próximo sobre un ejemplar de la proclama o manifiesto que el Rey dirige a todos los habitantes de las provincias ultramarinas por el cual se manifiesta anhelar S.M. que se difunda con profusión en todos sus dominios, Agaña, 31 agosto 1822.

13. PNA, PNA 3, Exp. 19, Fol. 1-9b: Gobernador de Marianas a Gobernador General de Filipinas, Agaña, 8 marzo 1825.

14. PNA, PNA 9, Exp. 27, Fol. 3-3b: Expediente constestando al oficio del Gobernador General que se dignó remitirme con fecha 28 de marzo de 1822 en el que me incluye 8 ejemplares de los soberanos decretos de S.M., el primero de 25 de mayo de 1812; el segundo, de la ley de 9 de octubre; el tercero, de las instrucciones de 23 de junio de 1813; y el cuarto, de la orden de 15 de marzo de 1820, Agaña, 2 septiembre 1822.

15. "que en cada Parroquia se haga una Junta, aunque comprenda dos o más pueblos o visitas separadas e independientes; no deberá celebrarse más que una Junta electoral, reuniéndose los vecinos de dichos pueblos o visitas, bajo la presidencia del gobernadorcillo de naturales del pueblo, en la cabecera en la que se deben congregarse, con asistencia del cura párroco para dar mayor solemnidad al acto".

16. PNA, PNA 1, Exp. 112, Fol. 4-6: Expediente dirigido al Sr. Gobernador, Capitán General y Juez Político Superior de estas islas Filipinas sobre dos testimonios en los cuales se manifiesta haberse creado el nuevo ayuntamiento de esta ciudad y hecho las elecciones de parroquias, Agaña, 1 septiembre 1822. Testimonio 1.

17. Ibídem, Testimonio nº 2.

Los cargos se distribuyeron así:

AGAÑA:

- Alcalde Primero: Capitán Justo de la Cruz.
- Alcalde segundo: Juan de Rivera.
- Seis regidores: Vidal Valenzuela
Faustino de Borja
José de Rivera y Palomo
José de Borja y García
Felipe de Guzmán
Manuel Sánchez
- Síndico procurador: José de León Guerrero.
- Secretario del Ayuntamiento: Nicolás de Borja.

PARTIDOS TERRITORIALES:

- Pago: José Torres.
- Inarajan: José Joaquín de la Cruz.
- Umata y Merizo: Luis Arceo.
- Agat: Cornelio Eustaquio.
- Rota: Manuel de Torres.
- Tinian y Saipan: Ramos Matantaotau.

18. PNA, Exp. 113, Fol. 7-9, PNA 1: Expediente elevado al Gobernador Capitán General por el Gob. P.M. sobre el estado que comprende el ayuntamiento de esta ciudad, alcaldes de esta isla, de la de Rota, Tinian y Saipan, y gobernadorcillos de pueblos anexos, Agaña, 2 septiembre 1822.

Los cargos recayeron en:

- Anigua: Claudio Matedna.
- Asan: Francisco Namaulig.
- Tepungan: Manuel Megoffña.
- Sinajaña: Nicolás Achaga.
- Mungmung: Pedro Naputi.

19. PNA, PNA 2, Exp. 9, Fol. 1-7: Testimonio del acta celebrada sobre el nombramiento de electores para la elección de alcaldes y demás individuos de justicia de estas islas que han de ejercer su jurisdicción en el presente año, Agaña, 8 enero 1824.

20. Entre estos dieciocho electores fueron elegidos Atanasio Sablan, Martín del Rosario, Manuel Camacho, Basilio Pangelinan, Justo de León Guerrero, Antonio Palomo y Benavente, José Palomo y Ramírez, Bernardino Lizama y Pangelinan, Domingo Camacho, Claudio Garrido, Máximo Baza, Mariano Pereda, Miguel de León Guerrero, Emeterio Pangelinan, José Crisóstomo y Pangelinan, Rosario Flores, Francisco Arceo y José Chargualaf.

21. Los cargos recayeron así:

- Alcalde primero: Luis de Torres
- Alcalde segundo: Mariano Pereda
- Síndico Personero: Sargento 2º retirado Ignacio Sablan

- Primer Regidor: Francisco Pérez
- Segundo " : Ricardo Manalizag
- Tercero " : Manuel Camacho
- Cuarto " : Domingo Camacho
- Quinto " : Justo de la Cruz
- Sexto " : Francisco Arceo

Actuó como Secretario Justo de la Cruz, anterior Primer Alcalde.

22. Resultaron elegidos:

- Para Guam:
 - Agat: Ignacio Taitano;
 - villa de Umata y Merizo: Mariano Benito de Limo;
 - Inarajan: Onofre Pangelinan.

- Para Rota: José Flores.

- Para Tinian y Saipan: Rafael Iglesias.

23. Los Gobernadorcillos elegidos resultaron ser:

- Anigua: Claudio Matedgnga
- Asan: Francisco Namanlig
- Tepungan: Andrés Chargualaf
- Sinajaña: José Quichachay
- Mungmung: Florentino Fiñona
- Pago: Severo Atoyguí (renunció y fue nombrado para dicho empleo José Migay)

24. Ibídem: Testimonio del Acta del Juramento y toma de posesión de los alcaldes, regidores y demás que han de ejercer su jurisdicción en estas islas, Agaña, 1 enero 1824. La fórmula es la sabida: "¿Juráis por Dios y por los Santos Evangelios guardar y hacer guardar la Constitución Política de la Monarquía española, sancionada por las Cortes Generales y Extraordinarias de la Nación, ser fieles al Rey y a la Patria?".

25. Ibídem: Gobernador Político Militar de Marianas a Gobernador General, Agaña, 8 enero 1824.

26. Los diecisiete electores fueron Mariano Luxan, José Ramírez, Bernardino Lizama, Diego Ulloa, Martín del Rosario, Nicolás de Castro, Mariano Dueñas, Juan de Rivera, Nicolás Cepeda, Pedro Pangelinan, Baltazar de Benavente, Francisco Díaz, Mario Pereda, Francisco Garrido, José Palomo y Ramírez, y José de Borja.

Además, resultaron elegidos el alcalde primero Juan de Rivera, y segundo Mariano Luxan; el síndico personero Nicolás de Castro, y los regidores Francisco Díaz, Francisco Garrido, Bernardino Blanco, Nicolás Cepeda y Martín del Rosario.

27. Ver nota 14.

28. Marjorie DRIVER: Description of the Mariana Islands...., pp. 8 y ss.

29. ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL (AHN), Ultramar, Leg. 5854: Expediente formado a raíz de la Real Orden de 14 de diciembre de 1828. Cartas y correspondencia de D. Alexandro Parreño, Madrid, 1828.

Este importante documento ha sido transcrito, publicado y traducido al inglés por Marjorie G. DRIVER (trans.): A report on the Mariana Islands. Alexandro Parreño, Madrid, 1828, University of Guam, MARC Working Papers N° 55, 1991.

30. Villalobos fue nombrado comisionado para el estudio del fomento de las islas Marianas durante el mandato de José de Medinilla y Pineda.

31. PNA, PNA 2, Exp. 46, Fol. 1-3b: Comisionado Villalobos a Gobernador General. Pascual Enrile, Manila, 21 marzo 1831.

Forma parte del Expediente promovido sobre crear en la capital de las islas Marianas Gobernadorcillos, Tenientes y demás ministros de justicia como se hace en los demás pueblos de las islas Filipinas.

32. PNA, PNA 2, Exp. 46, fol. 1-3b: Expediente promovido sobre crear en la capital de las islas Marianas Gobernadorcillos, Tenientes y demás ministros de justicia como se hace en los demás pueblos de las islas Filipinas, Manila, 14 de abril de 1831.

33. PNA, PNA 11, Exp. 7: El Gobernador interino de las islas Marianas, Villalobos, al Gobernador y Capitán General de las islas Filipinas, Agaña, 20 octubre 1831.

34. El original de este manuscrito, fechado en Agaña el 16 de marzo de 1833 y elevado a Pascual Enrile, se encuentra en el Museo Naval, Madrid (Ms. 459, Doc. 16), siendo transcrito y publicado hace ya varios años en PLAZA, Felicia: Descripción local, militar y política de la isla de Guam, University of Guam, MARC Working Papers n° 7, 1979. También hay traducción al inglés en el n° 8 de la citada serie.

35. Esto es, Agaña, Asan, Tepungan, Anigua, Sinajaña, Mungmung, Pago, Agat, Merizo, Umata e Inarajan.

36. Luis Angel SANCHEZ: "Elecciones locales indígenas ...", p. 54. El autor señala que a partir del Superior decreto de 29 de marzo de 1789, el nombramiento de los cabezas lo realizaban los jefes de provincia, a propuesta de las principalías de los pueblos; en cualquier caso, no se extinguió por completo el sistema hereditario.

37. LCW, Item 121, Vol. 26: Instrucciones dadas a los Gobernadorcillos de estas islas por el Gobernador Villalobos, Agaña, 1834-1835.

Al respecto, Villalobos indicará:

"Encargo estrechamente a los gobernadorcillos de los pueblos den el más exacto cumplimiento a las órdenes que les están dadas para el buen gobierno de ellos, y se abstendrán de mandar ni emprender, ni permitir se emprendan por el común del pueblo trabajo ni obra alguna hasta haberme dado parte y recibido mi aprobación; excepto los solo trabajos comunales de costumbre que son el algodón; los cocales; puentes; balsas, caminos; techos de paja de casas reales, de los conventos, de las iglesias y de las escuelas; y asistencia a los padres ministros para la administración de sacramentos; y cuidado con las más pequeñas infracciones pues cuando yo tenga conveniente se haga alguna otra extraordinaria a que tengan obligación de concurrir los pueblos, daré la orden competente según lo he ejecutado hasta ahora.

Los gobernadorcillos copiarán esta orden a continuación de las obligaciones del alguacil, y las pasarán por cordillera hasta el pueblo de Mungmung, cuyo gobernadorcillo la hará de volver a mis manos para unirla a la copia de las mismas que existe en este Archivo".

38. PHILIPPINE NATIONAL ARCHIVES/UNPROCESED BUNDLES (PNA/UB), n° 3: Relación de los individuos de justicia que han sido elegidos en las visitas de los Pueblos de estas Islas en el presente año 1839, por el Gobernador José Casillas Salazar, Agaña, 25 enero 1839.

En estas elecciones, siendo José Casillas Salazar Gobernador (1837-1843), se contabilizan nuevamente un total de once pueblos (así denominados), todos ellos de la isla de Guam, además de la isla de Rota: Agaña, Anigua, Asan, Tepungan, Sinajaña, Mungmung, Pago, Inarajan, Merizo, Umata y Agat.

En el citado documento, únicamente se eligen tres clases, Gobernadorcillo, Teniente de Gobernadorcillo y Alguacil, al igual que dictaminaba la normativa de 1791 aunque variando el número de clases por pueblo (por ejemplo, los anejos a la cabecera carecen de gobernadorcillo en 1791 porque son pueblos vigilados por el Primer Alcalde de Guam, o Capitán de Campo, pero no en 1839) y no aparece el cargo de Juez de Policía que, como queda destacado, era un cargo que sí existía en la reglamentación de Villalobos.

39. Ibídem: Relación de los individuos de justicia que han sido elegidos en las visitas de los Pueblos de estas islas en el presente año de 1842, por el Gobernador José Casillas Salazar, Agaña, 28 de enero de 1842.

40. LCW, Vol. 26, Item 122: Instrucciones al Gobernador José Casillas Salazar, Palacio de Manila, 1 agosto 1843.

41. LCW: Memorias y Documentos, Parte III, n° 11: Descripción de estas islas Marianas para que puedan los redactores de las Guías de Forasteros estampar en ellas las que crean convenientes, San Ignacio de Agaña, 15 agosto 1844.

42. Luis Angel SANCHEZ GOMEZ: "Elecciones locales indígenas ...", pp. 54-55, señala que desde 1789 el cargo de cabeza de barangay deja de ser hereditario las más de las veces, lo que supuso el darle un cierto carácter más "funcionarial": cada cabeza habría de permanecer en el cargo un mínimo de tres años, gozando él y su primogénito (o quien el cabeza nombrara al respecto) de exención del tributo (al igual que su mujer), servicios personales y servicio militar (el primogénito); tras diez años de servicio sin tacha, aquellos privilegios pasaban a ser vitalicios.

43. PNA/UB, n° 4: Impreso de nombramiento de Gobernadorcillo, Manila, años 1847-1848. En el citado impreso, firmado por Narciso Clavería, se incluyen las obligaciones y exenciones de los Gobernadorcillos nombrados para todas y cada una de las poblaciones de las islas Filipinas.

Sobre la misma cuestión, ver el citado informe de Gregorio Santa María, ya que también expresa esta idea.

44. LCW: MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte III, n° 12, docs. 3-5: Obligaciones del Teniente de Justicia; obligaciones que debe desempeñar el Alguacil; y adiciones para los tenientes de justicia y hospederos, por el Gobernador Gregorio Santa María, Agaña, 24 enero 1848.

45. Luis Angel SANCHEZ: "Elecciones locales indígenas ...", p. 56.

46. LCW, Item 3, Vol. 3: Gobierno Superior de Filipinas a Gobernador de las islas Marianas, Malacañang, 14 mayo 1856.

47. LCW: Memorias y Documentos, Parte 1ª, n° 5: Islas Marianas. Informe sobre la visita girada a los pueblos de la isla de Guajan, por Francisco Olive y García, Agaña, 21 mayo 1885.

48. LCW, Item 94, Parte II, Vol. 21: Actas de las elecciones de Gobernadorcillos y demás ministros de justicia para el año entrante de 1859, Agaña, 21-22-23-24 diciembre 1858.

Ibídem, Agaña, 1-5-6-9 diciembre 1859.

49. Felipe de la CORTE Y RUANO: Memoria descriptiva e histórica de las islas Marianas, Madrid, Imprenta Nacional, 1875, pp. 127 y ss.

50. PNA/UB, n° 4: Relación de los Gobernadorcillos que han salido elegidos en primer lugar en las elecciones verificadas en los pueblos de estas islas y demás ministros de Justicia para el bienio de 1874-1875, por el Gobernador Eduardo Beaumont, Agaña, 2 de enero de 1874.

51. PNA, PNA 14, Exp. 206, Fol. 1-2: Expediente sobre la relación de los Gobernadorcillos que han sido elegidos en las elecciones verificadas en los pueblos de estas islas, y demás ministros de justicia, Agaña, 30 diciembre 1879.

52. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 1: Informe escrito por Francisco Olive y García en el que hacer resaltar la diferencia entre este informe y el presentado por Pedro Saura y Corona, Agaña, 19 diciembre 1885, pp. 58 y ss.

53. LCW, Item 96, Vol. 23: Gobernador P-M de Marianas a Gobernador General de Filipinas, Agaña, 10 febrero 1888.

54. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 3: Circular para los Gobernadorcillos, presentada por la Alcaldía Mayor de esta Provincia, Agaña, 2 diciembre 1886. Ver Apéndice n°

55. PNA/UB, n° 4: Actas de las elecciones a gobernadorcillos y demás ministros de justicia de estas islas para el bienio de 1881-1883, Agaña, 1881.

56. LCW, Vol. 27, Item 124: Acta de elecciones de Gobernadorcillo y demás ministros de justicia para el bienio de 1887 a 1889, por el Gobernador Francisco Olive, Agaña, 9 abril 1887.

57. Ibídem: Acta de las elecciones de Gobernadorcillo y demás ministros de justicia para el bienio 1887-1889, Inarajan, 11 abril 1887.

58. Ibídem: Acta de las elecciones de Gobernadorcillo y demás ministros de justicia para el bienio 1887-1889, Merizo, 12 abril 1887.

59. Ver, por ejemplo, el caso de Merizo cuando hubo de procederse a la renovación del cargo de alguacil por fallecimiento del anterior en LCW, Vol. 27, Item 124: Acta de la diligencia para la elección de un nuevo alguacil, Merizo, 22 septiembre 1889.

60. Ibídem: Acta de las elecciones para Gobernadorcillo y demás Ministros de justicia para el bienio de 1887-1889, Agat, 13 abril 1887.

61. Ibídem: Acta de las elecciones de Gobernadorcillo y demás ministros de Justicia para el bienio de 1887-1889, Rota, 15 abril 1887.

62. Ibídem: Acta de la elección de un teniente de justicia, Tinian, 15 junio 1887.

63. LCW, Vol. 16, Item 75: El Gobernadorcillo de Agaña, Juan León Guerrero, remite un estado demostrativo del número de plantas de café de las dieciocho cabecerías comprendidas en la propia ciudad y sus barrios, Agaña, 31 diciembre 1879

El número de cabecerías correspondientes a la isla de Guam en 1879 es la siguiente:

AGAÑA:	Gobernadorcillo:	Juan León Guerreo
18 cabecerías:	1ª cabecera:	Juan Pangelinan
	2ª "	Morguia de Borja
	3ª "	Luis Agnon
	4ª "	Antonio Pérez
	5ª "	Juan de San Nicolás
	6ª "	Vicente Dueñas
	7ª "	Justo Dungea
	8ª "	Lázaro de la Cruz
	9ª "	Joaquín Flores
	10ª "	Antonio León Guerrero
	11ª "	Catalino de Borja
	12ª "	Juan de Borja
	13ª "	José Camacho
	14ª "	Luis de Torres
	Barrio de Anigua	Juan de los Reyes
	Barrio de Asan	Agustín Sánchez
	Barrio de Tepungan	Juan Taijito
	Barrio de Sinajaña	Julián Guidachay

AGAT: Gobernadorcillo, Joaquín de San Nicolás

3 cabecerías (no se citan)

MERIZO: Gobernadorcillo, Arcadio de los Santos

2 cabecerías

(no se citan)

INARAJAN: Gobernadorcillo, Mariano Paulino Chiguiña

Una cabecera: Antonio Montañona

64. LCW, Vol. 23, Item 96: Relación del número de cabecerías que tienen los pueblos de estas islas, por el Gobernador P-M Enrique Solano, Agaña, 3 agosto 1888.

65. Luis Angel SANCHEZ: "Elecciones locales indígenas ...", p. 56.

66. PNA/UB, n° 3: Acta de las elecciones de Gobernadorcillo y demás ministros de justicia de la isla de Rota, Rota, 29 de marzo de 1891.

67. Ibídem: Acta de las elecciones de Gobernadorcillos y demás ministros de justicia para el bienio 1891-1893, San Isidro de Garapan, 28 abril 1891.

68. Ibídem, en los informes correspondientes para estos cuatro pueblos.

69. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 9: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Joaquín Vara del Rey, Agaña, 31 diciembre 1890.

70. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 9: Copia de la Memmoria de las islas Marianas, por Joaquín Vara del Rey, Agaña, 31 diciembre 1990, p. 2.

71. PNA, PNA 18, Exp. 31, Fol. 1-4: Expediente promovido por el Gobernador P.M. referente a la supresión de las plazas de Alcaldes de las islas de Saipan y Rota, Agaña, 31 octubre 1892 (21629-E1).

Igualmente, PNA, PNA 33, Exp. 33, Fol. 1-3: El Gobierno Político Militar de Marianas al Excmo. Sr. Gobernador General de Filipinas, recordando la comunicación pasada en 31 de octubre próximo pasado referentes a la supresión de los alcaldes de Saipán y Rota, Agaña, 22 noviembre 1893 (21631-E1).

CAPÍTULO IX

IMPUESTOS, RENTAS Y CONTRIBUCIONES. LA PRESTACIÓN PERSONAL

El sistema impositivo

Durante los primeros años del gobierno de Felipe de la Corte (1855-1866) y sobre una población integrada por el momento únicamente por españoles y descendientes y por los indios naturales, no existía en las islas Marianas ningún sistema tributario general, ni contribución personal o tributo, ni industrial, ni impuestos indirectos comunes, salvo los diezmos prediales, las bulas y el papel sellado, recayendo el primero exclusivamente sobre los españoles y sus descendientes¹ y estando exentos los indios naturales (lo que motivó el que para evadirse del pago, todos se consideraran de esta clase), según rezaba la R.C. de 20 enero de 1786 que mandaba que el diezmo de las tierras de españoles y regulares sujetas a diezmar no se cobrara a los naturales sino a los dueños de ellas²; la recaudación del diezmo era insignificante ya que se cobraba únicamente en función de lo que cada cual obtenía para su consumo

Además, y desde 1809, se había establecido en las islas la contribución de la tuba de coco y juego de gallos, destinando sus fondos a la manutención de los enfermos lazarinos, según oficio del Superior Gobierno al Gobernador de Marianas, Alejandro Parreño (1806-1812)³.

A ello habría que añadir la denominada prestación personal así como lo recaudado por la exención de la misma, que formarían el capítulo de un defectuoso sistema tributario municipal que

sufriría alguna modificación a lo largo del siglo XIX. Así, el sistema impositivo se verá ampliado al incorporarse a la población de las islas emigrantes carolinos y chinos, principalmente por medio de la prestación personal de los primeros, y la contribución industrial, irrelevante, y capitación personal de los segundos.

Igualmente, procuró aplicarse en Marianas la legislación filipina referente a impuestos, consiguiéndose únicamente en algunos casos.

Uno de los impuestos directos de carácter religioso que existía desde 1697 en las islas Filipinas era el sanctorum, que consistía en el pago de 3 reales por familia de indígenas o mestizos (marido y mujer, mientras que los solteros mayores de edad pagaban la mitad) a las Iglesias para sufragar los gastos correspondientes a las tres celebraciones principales, esto es, Corpus Christi, patrón del pueblo y Semana Santa⁴. Los jóvenes que vivían bajo patria potestad tributaban, por todos los conceptos, a partir de los 20 años los varones y de 25 años las mujeres (posteriormente, desde los 18 y 20 años, respectivamente), mientras que los emancipados pagaban desde los 16 años.

Por el decreto de la Presidencia de la Junta de Autoridades, de fecha 19 de julio de 1851, se regulaba desde qué edad habría de pagarse tributo, por sexo, clases y porcentaje para los trabajadores, mientras que la R.O. de 31 de diciembre de 1852, que regía en las diócesis de las islas y que aprobaba el decreto del Gobierno Superior de Filipinas y Vice-Real Patronato de 13 enero 1836, se refería a las normas para la recaudación, administración e inversión del sanctorum.

Por la misma, dicho impuesto debía ser recaudado en todas las provincias del Arzobispado metropolitano por los respectivos Alcaldes mayores o Corregidores, encargando éstos a los cabezas de barangay el cobro a los tributantes por tercios (art. 1), quienes habrían de entregar cada cuatrimestre a los párrocos respectivos el importe del dinero cobrado (art. 3); por el artículo 4, y siempre que constase el certificado del párroco, quedaban eximidos del pago de este impuesto aquéllos que por su pobreza no pudieran abonarlo.

El producto de la recaudación sería invertido por los párrocos en la celebración de las tres festividades citadas, con la licencia del Diocesano en los gustos de ornamentos, vasos sagrados, reparos de sus iglesias y demás exigencias, llevando cuenta y razón de todo en el libro de cargo y data para presentar en la visita diocesana con los documentos comprobantes, quedando el sobrante guardado en la caja de la Iglesia (art. 7); se prohibía hipotecar o comprometer a la responsabilidad de ninguna obligación ni crédito los fondos del sanctorum, aunque fuese en beneficio de las mismas iglesias (art. 8). Por último, el arzobispo, después de concluída la visita diocesana, habría de dar cuenta al Superior Gobierno de los ingresos anuales de las respectivas parroquias, de la inversión de los fondos y de las existencias o sobrantes que hubiera en cada una de las Iglesias (art. 9).

En 1856, instruído expediente acerca de la conveniencia de hacer extensivo a las islas Marianas el mencionado sanctorum, y en vista de lo informado sobre el particular por el reverendo obispo de Cebú, Provincial de Agustinos Recoletos y Gobernador

de aquellas islas, el Superior Gobierno elaboró un decreto con fecha 13 junio 1856 en sentido afirmativo; remitido al Ministerio de la Guerra, fue aprobado en enero de 1859⁵, mandando que dicho impuesto fuera satisfecho en el primer tercio o cuatrimestre después del recibo de la presente comunicación, con arreglo a la citada R.O. de 31 de diciembre de 1852.

Desde esa fecha, y hasta 1883, son los años en que en Filipinas se está debatiendo sobre la necesidad de reformar el sistema impositivo, siendo el objetivo primordial el sustituir el tributo por un impuesto directo personal y equitativo que tuviera en cuenta las diferencias de riqueza entre toda la población; se pretendía, al tiempo, consolidar las contribuciones, tanto sobre propiedad urbana como industrial y de comercio, y reformar la llamada prestación personal, aspecto este último que prosperará antes.

En 1869, en informe de la Administración Central de Impuestos de Filipinas, la propia Contaduría General indicaba la conveniencia de ensayar en las islas Marianas tanto el impuesto personal como el de contribución de subsidio industrial y de comercio⁶, a pesar de las trabas y de la improductividad del archipiélago.

Según se consigna en los Presupuestos Generales de ingresos y gastos correspondientes al año económico de junio 1868-junio 1869, en las islas Marianas las contribuciones, impuestos y rentas que se pagaban eran⁷:

- Sección 1ª. Contribuciones e impuestos: 691 pesos

Capítulo 1º: Tributos e impuestos sobre la propiedad

- capitación personal de chinos
- diezmos prediales

Capítulo 2º: Contribución industrial y de comercio

- patente para la industria de aguardiente de ron

- Sección 3ª. Rentas estancadas: 710 pesos

Capítulo 5º: Efectos timbrados (impts. indirectos)

- papel sellado
- documentos de giros
- sellos de correos
- papel de multas
- papel de reintegros
- bulas

Ante la escasez de lo recaudado, la propia Contaduría de Filipinas se preguntaba si sería factible reformar el prácticamente inexistente sistema impositivo de las islas Marianas, dudando mucho de la posibilidad de establecer un impuesto personal así como la contribución de subsidio industrial y de comercio, dada la irrelevancia de estos últimos⁸.

Propuestas de reforma desde 1881

En 1881, una comisión creada a instancias del Consejo de Filipinas abordó las cuestiones del establecimiento de un impuesto personal de carácter provincial en las islas Filipinas, de la denominada cédula personal y de la reforma de la prestación personal, así como de la contribución urbana, industrial y de comercio.

Finalmente, entre 1883-1884 se procederá a la reforma tanto de la prestación personal como del sistema tributario a partir de la publicación de tres Reales Decretos: los dos primeros, con fecha de 12 de julio 1883 se referían, respectivamente, a la reforma de la prestación personal y al establecimiento de un nuevo impuesto de carácter provincial, mientras que por el

último, con fecha 6 marzo 1884, se creaba otro nuevo impuesto, el de la cédula personal; los tres tendrán una aplicación diferente en las islas Marianas.

Con la publicación del nuevo Real Decreto sobre la cédula personal ocho días después en la Gaceta de Madrid (el Reglamento para su ejecución se aprueba el 22 de julio de 1885, modificándose someramente el 12 diciembre 1890), se pretendía aumentar los ingresos tras el desestanco del tabaco y suprimir tanto el tributo que pagaban los naturales y mestizos como los impuestos del sanctorum y de las Cajas de Comunidad⁹.

Como escribe el Gobernador de Marianas Francisco Brochero (1880-1884)¹⁰ en 1881, hasta hacía muy poco tiempo no se había establecido en las islas ningún impuesto o contribución, y sus habitantes gozaban de una prerrogativa que no tenía ningún ejemplo en ningún otro punto.

No se pagaba, incluso ni en la fecha, contribución personal o tributo, como sucedía en Filipinas, y únicamente lo hacían de los diezmos prediales y papel sellado, pero como esto solo lo podían pagar los españoles y mestizos, y de los primeros había muy pocos y de los segundos nadie quería llamarse para no pagar, manifestando que eran indios y, por lo tanto, exentos de pago, resultaba que solo se cobraba por este concepto la cantidad de 12 a 15 pesos al año lo cual, para una población de nueve mil habitantes, demostraba palpablemente la ocultación que se hacía, efecto de lo reacios que eran aquellos naturales a contribuir con la más mínima cantidad en beneficio del Estado.

Según se ha señalado, hasta hacía poco tiempo no había ningún impuesto en las islas Marianas, pero cuando en Filipinas se establecieron las contribuciones territorial e industrial, se ordenó se implantaran en Marianas como se había hecho en aquel archipiélago, medida justa, en opinión de Brochero, por la razón de que no debía haber privilegios ni exenciones para nadie.

El problema estaba en que las cuotas que en Filipinas se habían impuesto a los industriales, en Marianas no podían pagarlas ninguno ya que, en realidad, no había nadie a quien pudiera denominársele de tal forma.

Comprendido esto por las autoridades superiores, el Intendente General de Hacienda ordenó a Brochero que formara un expediente en el cual indicara las reformas, en vista de los informes que adquiriera y dadas las circunstancias especiales de las islas, convendría hacer para llevar a cabo los enunciados impuestos.

Formado expediente, lo remitió en septiembre de 1880 al Intendente, indicando la necesidad de variar las cuotas rebajando algunas de ellas con objeto de hacerlas posible, dadas las condiciones de los que las tenían que pagar y las que su industria representaba.

La recaudación que estas contribuciones producía, aunque era muy poca, dio lugar a que muchos se retiraran del tráfico del oficio que tenían y dedicarse solo a lo que llamaban agricultura, de modo que en lugar de estimularles a trabajar para tener necesidad de algún dinero con que pagar su cuota, resultó lo contrario.

Consideraba Brochero que sería conveniente y provechoso al mismo tiempo que justo, el implantar en las islas la contribución

personal, de la misma manera y bajo las mismas condiciones que ya existía en las islas Filipinas, autorizando al Gobernador a que recibiera en especie este tributo a quienes lo prefiriesen, pudiendo ser precisamente en coco seco al tipo de un céntimo la libra.

Otra de las medidas que convendría tomar era la prohibición de la siembra del tabaco, que poco o mucho todos sembraban; si se remitiera la batida desde Manila, el que quisiera fumar se vería en la necesidad de comprarlo en la Administración y, de esta manera, produciría bastante rendimiento. Se trataba, en definitiva, de monopolizar la fabricación y venta del tabaco por parte del Estado para así obtener beneficios, calculando de 3.000 a 4.000 pesos anuales.

Cuando Brochero llegó a la isla en 1880, la generalidad dedicaba el cocotero a la extracción de su savia, la cual hacían cortando el tallo y poniendo una caña hueca para recogerla, fabricando con ella miel y vinagre y sobre todo una especie de aguardiente al cual eran muy aficionados, la tuba.

Con objeto de amortiguar este vicio, por un lado, y de que no estropearan la planta, por otro, para así hacerla más productiva, ordenó el Gobernador que solo se permitía dedicar a la fabricación de tuba el 10% de los cocoteros que cada uno poseyera, pagando un real de contribución anual por cada tronco que dedicaran a la fabricación del citado aguardiente, y cuya contribución entregarían los mismos interesados en la Administración de Hacienda Pública sacando la correspondiente patente.

Esta medida había acortado algo el vicio indicado y pública y notoria eran los buenos resultados obtenidos en beneficio de

la planta, pero como el rendimiento para el Estado de esta contribución era muy pequeño y considerando que todos los terrenos de la isla no eran propiedad de los que los cultivaban por la razón de que ninguno los compraba sino que era el Estado, quien concedía a quien lo solicitaba el usufructo de la parte que pidieran con la única condición de que el que dejara de cultivarlo en dos años seguidos perdería ese derecho pudiendo solicitarlo otro cualquiera, y teniendo en cuenta también que los que los disfrutaban no pagaban contribución alguna, consideraba el Gobernador una medida muy razonable y que no afectaría en lo más mínimo a los intereses de aquéllos, el exigirles entregaran el fruto del diez por ciento de los árboles que tuvieran como contribución, o mejor, diez arrobas de coco seco por cada cien árboles que poseyera. Esta contribución, bien pequeña para el particular, produciría dado el número tan considerable de cocos que había solo en la isla de Guam, un rendimiento bastante regular para el Estado.

En las islas del Norte, esto es, en Saipan, Rota, Agrigan, Pagan, Alamagan y Anatajan la principal producción era el coco, pero en las cuatro últimas no se cultivaba nada ya que estaban despobladas. Las de Agrigan y Pagan habían estado hasta la fecha arrendadas a una casa extranjera, la cual no beneficiaba otra cosa más que el coco que se caía maduro de los árboles cuya carne ponían a secar al sol.

Era tan grande la cantidad que de estos árboles había en dichas islas que solo veinte hombres, número que había en cada una de ellas, los cuales apenas trabajaban en razón de que no había quien los vigilase y en lugar de hacerlo para la casa lo

hacían para ellos mismos criando gallinas, construyendo ruedas de carretas para venderlas en Guam por su cuenta y formando sementeras de maíz y camote con el mismo objeto. Estos veinte hombres trabajaban en malísimas condiciones y aún así, habían sacado en diez meses, solo de la isla de Pagan, setenta toneladas de coco seco que vendidas a 30 ó 35 pesos por tonelada, precio corriente en Guam, importaba lo producidos por la isla de Pagan a la casa arrendataria 2.100 ó 2.400 pesos.

Agrigan, Alamagan y Anatajan eran lo mismo, poco menos, que Pagan, y personas conocedoras de las islas habían calculado que cien hombres en cada isla trabajando a conciencia no podrían obtener cada año todo el coco que se desprendía por sí mismo de los árboles, que era el que se cogía para secar.

Calculando por lo bajo, solo estas cuatro islas deshabitadas podrían producir entre 8.000 y 10.000 pesos libres al Estado al año; si a ello se agregaba lo que se podrían recoger de la misma manera de las islas de Guam, Rota y Saipan, se obtendrían del orden de 13.000 pesos anuales de beneficio.

Resumiendo, implantando a Marianas el tributo como sucedía en las islas Filipinas, el Estado cobraría de 3.000 a 3.500 pesos al año; de la venta del tabaco, contribuciones industrial, urbana y territorial y venta de papel sellado, de 2.500 a 3.000 pesos. Y de la explotación de coco seco de 12.000 a 13.000 pesos, dando un total de unos 18.000 pesos anuales para el Estado.

Todo ello no supondría ningún gasto; únicamente, y para explotar el coco de Guam, Rota y Saipan, se necesitaría un auxiliar de Fomento, que no había ninguno, para investigar y hacer que todos entregaran el coco seco que les correspondiera,

y en las islas deshabitadas, se podría nombrar un alcalde o gobernadorcillo con cincuenta o sesenta hombres, la mayor parte carolinos de los que había en las islas, haciendo el convenio de darles de cada quince toneladas de coco seco que presentaran, el valor de una para el alcalde, 30 ó 35 pesos, y el de dos para los mozos, quedando para el Estado de cada quince toneladas, un total de doce.

Según escribe Luis Angel Sánchez¹¹, parece ser que en el decreto de 6 de marzo de 1884 se eximía del pago de la cédula personal a las islas Marianas; sin embargo, en informe del Gobernador de este archipiélago, Francisco Olive y García (1884-1887), se señala que este impuesto lo satisfacían únicamente los funcionarios del Estado, estando exentos todos los demás habitantes, habida consideración justa a sus condiciones especiales¹².

En esas fechas, los naturales pagaban, una gran parte con sacrificio y mucho esfuerzo, el sanctorum, impuesto provincial, marca y transferencia de ganados y contribución industrial y urbana¹³.

En resumen, los habitantes de Marianas pagaban sanctorum, impuestos de la prestación personal, industrial y de consumos, por urbana Agaña, y por diezmos prediales los españoles, los mestizos y los extranjeros. Como se ha señalado, sólo los naturales de Marianas estaban exentos del de la cédula personal¹⁴, exención considerada justa por Olive si se tenía en cuenta el carácter del archipiélago, tan aislado que había de tener Milicias numerosas, en relación al total de habitantes, de

Infantería y Artillería en previsión de cualquier percance; dicho impuesto sí lo tenían que pagar los empleados y el clero.

El problema se planteaba por la escasez de metálico circulante, que se debía a los gastos que se originaban de los funcionarios teniendo en cuenta que todos se proveían de Manila del mayor número de artículos; la guarnición también contribuía, así como los particulares, que pagaban en metálico algunos servicios, aunque por lo general lo hacían en telas y efectos.

La isla de Saipan también hacía sus pagos oportunamente, es decir, cuando había correo, y casi siempre en metálico ya que vendían algunos efectos a los balleneros, señalando Olive que el día que les faltara este recurso terminarían por hacerlo en especie pues el único metálico que podría circular sería una parte exigua de los sueldos del cura párroco y del alcalde.

La isla de Tinian también contribuía en metálico porque contaban con el 40% del importe de la subasta de la carne y efectos para los lazarinos.

La isla de Rota no tenía medios seguros de hacerse con numerario, únicamente lo que pudieran poner en circulación el cura párroco y el Alcalde, lo que motivó que en 1885 pagaran el impuesto en efectos.

De esta forma, quedaba manifiesta la escasez de recursos con que contaban los naturales para pagar los tributos, y las dificultades para procurarse metálico, proponiendo Olive que en Guam se pagara en metálico pero no así en el resto, esto es, en Saipan, Rota y Tinian.

A la altura de 1890, las rentas, impuestos y arbitrios que

la provincia de Marianas satisfacía al Estado y para fondos locales se obtenían de las siguientes partidas¹⁵:

- venta de efectos timbrados
- capitación de chinos
- impuestos sobre la propiedad urbana
- patentes de la nueva contribución industrial
- patentes de fabricación y venta de alcoholes
- consumos sobre bebidas, sustancias alimenticias y tabaco
- producto de efectos rifados
- beneficio en los giros de libranzas
- impuesto provincial por estar exentos de cédula
- cuota que satisfacían los chinos para redimirse del servir de comunidad
- credenciales de propiedad y transferencia del ganado mayor
- renta del juego de gallos
- 90% de multas por faltas a la prestación personal
- matanza de reses
- 90% de multas municipales

Para constatar lo escaso de los ingresos en las arcas de las islas Marianas, señalar que las sumas recaudadas por diferentes conceptos en los años 1887 y 1890 fueron, respectivamente, 6.450 pesos, y 5.771 pesos, procedentes de impuestos directos como la capitación de chinos; impuestos sobre la propiedad urbana; impuesto sobre la industrial; consumos; efectos timbrados; ingresos eventuales traducidos en giros de libranzas; propios y arbitrios; fondos especiales; resultas de ejercicios cerrados; juego de gallos, incorporado desde 1890 a las rentas provinciales; rentas provinciales y rentas municipales.

La prestación personal y el impuesto provincial

Hasta el siglo XIX no vamos a encontrar una legislación específica y globalizadora para el conjunto de las islas Filipinas y sus dependencias en lo que se refiere a la prestación

personal, esto es, el tributo pagado por los naturales y mestizos a modo de trabajo obligatorio durante un número determinado de días al año, encaminado a la ejecución de tareas de interés para la comunidad; según el reglamento de 30 octubre 1827, se establecieron cuarenta días de trabajo al año, y 3 pesos por la redención en metálico¹⁶.

Al no existir una reglamentación específica, cada Gobernador provincial aplicaba la medida de la forma que creyera más conveniente dando lugar, a veces, a abusos que en algunos casos concluían con la demanda de justicia al Gobernador General de las islas por parte de los naturales afectados; también se cometían abusos en lo que se refiere a la exención de dicho trabajo, por un lado, a los que pudieran pagar un determinado canon en metálico, y por otro tanto a indigentes que solicitaban ser declarados pobres de solemnidad, como a enfermos.

Por lo que se refiere a las islas Marianas, y dado que no existía una reglamentación común, cada Gobernador aplicaba la normativa que considerara más oportuna,; por ejemplo, entre 1837-1840, los acuerdos sobre los trabajos de comunidad (reparación de caminos, de techumbres de edificios públicos como casas reales, iglesias, etc.) los tomaban el Gobernador, en este caso José Casillas Salazar (1837-1843) junto al gobernadorcillo de la ciudad, y el secretario de Gobierno y Guerra¹⁷.

Durante el mando de Felipe de la Corte (1855-1866), el bando de 15 de julio de 1855, corregido y aumentado por el articulado de 12 noviembre del citado año, daba instrucciones sobre la organización de los trabajos comunales que habrían de entrar en vigor a partir de 1856¹⁸.

Para una mayor racionalización en la distribución de los trabajos, y por el artículo octavo, se hizo una división de los individuos de cada cabecera en las clases siguientes: exceptuados; comisionados y cabecillas de trabajo; oficiales de gobierno; peones; achacosos; impedidos, y ausentes por largo tiempo.

Estaban exentos de los mismos los cabezas de barangay, al igual que el primogénito o fiador del cabeza, esto es, la persona que cada cabeza, con aprobación del gobernadorcillo, nombraba para sustituirle en caso de ausencia, enfermedad o cualquier otra causa que le impidiera desempeñar sus funciones. Cada cabeza estaba autorizado a cambiar en cada año a esta persona si consideraba que no desempeñaba su encargo a satisfacción, bien entendido que para relevarla se necesitaba alegar escrito y probar justa causa ante el Gobernador (art. 1).

Gozaban igualmente de exención los recién casados durante los dos primeros años, contando los mismos siempre desde enero a diciembre (art. 2), así como los empleados de la Iglesia o del Gobierno, quedando libres de la obligación de prestar trabajo comunal desde el día en que entraran en posesión de su cargo, no teniendo, en ninguno de estos casos, derecho a devolución por los días que hubiere prestado o pagado en el tiempo en que no estaba exento (art. 3).

De la misma forma, los que de la clase de exento pasasen a la de ser obligados harían el servicio desde el momento en que cesaran de gozar exención; se les arreglaría el número de los días que debieran prestar en función de los que les faltasen entonces a los individuos de su clase en su cabecera, para prorrata entre todos y no con relación al tiempo que faltara

(art. 4).

Para la realización de los trabajos comunales, se organizaban gremios dirigidos por un maestro encargado de formar una lista particular de los individuos del suyo, cuidándose del nombramiento de ellos para los trabajos comunales (art. 8), y debiendo avisar a los cabezas respectivos en cada semana los que nombrasen para las tareas.

Eran comisionados y cabecillas de trabajo los cabezas y justicias pasados; los maestros de gremios; los que hubiesen servido destinos de sueldo en el Gobierno; los oficiales, sargentos y cabos actuales de Milicia Urbana; y algunos hombres que por su riqueza, laboriosidad o inteligencia, fueran considerados por los cabezas actuales a propósito para estos cargos. De igual modo, si los cabezas consideraban que algunos de los arriba expresados no merecía tal distinción, debería apuntarlos en la lista que habría de remitirse al Gobernador para que inmediatamente fueran rebajados a la clase que les correspondiera (art. 7).

Entre los comisionados habría de nombrarse uno encargado de cuidar el nombramiento y ocupación de los de su clase, llevando listas de altas y bajas (art. 9); esta medida se aplicó también para los achacosos, eligiéndose de entre ellos uno capaz que llevara su alta y baja para los trabajos especiales a que fueran destinados (art. 10).

En 1858, el Gobernador dispuso que pasara a cada pueblo un sargento del Batallón de Milicias Urbanas comisionado por el Gobierno, entre otras cosas, para la dirección y vigilancia de todos los trabajos públicos¹⁹ (organización, exenciones, cumplimi-

ento de horario), siendo la máxima autoridad al respecto entre los empleados en aquéllos, a los que incluso podía castigar corporalmente por incumplimiento, así como del estado de los edificios públicos y de la evolución de la agricultura en su jurisdicción.

Según el artículo 54 de las órdenes de Filipinas, estaba mandado que "los indios que trabajan en obras reales de cualesquiera calidad que sean se ocuparán solamente desde que sale el sol hasta que se pone, dándoles hora y media o dos horas de descanso al medio día y cuidando que lo restante trabajen con aplicación"; este artículo, aplicado a las islas Marianas, se tradujo en una ampliación de las horas de trabajo. Así, desde 1856 los trabajos reales y comunales durarían desde las 6 de la mañana hasta la 6 de la tarde, permitiéndose a las 8 media hora para almorzar, más otras dos horas, de 12 a 2, de descanso; en las referidas horas de las 6, las 8 y las 12 de la mañana, y las 2 y las 6 de la tarde, debían repicar las campanas del cuartel y de los pueblos, añadiéndose un pequeño repique en todas las de empezar y levantarse el trabajo²⁰.

Por decreto del Superior Gobierno de 11 de febrero de 1860, se confirió comisión al jefe de la Dirección General de Administración Civil de Filipinas para visitar las provincias con objeto de adquirir personalmente en ellas los datos necesarios para proponer un arreglo general de la prestación personal, o sea, de los polos y servicios²¹.

El citado jefe, Agustín Santayana, visitó algunas provincias y envió a todos los jefes provinciales un cuestionario sobre el estado de los territorios de su mando con objeto de recabar mayor

información acerca de la extensión de las mismas, baguíos, o huracanes, monzones, montes, llanos, población, producciones, puertos, industria, caminos, edificios públicos, fuerzas armadas, gobernadorcillos, tenientes, alguaciles y demás oficiales de justicia, así como número de polistas.

Se trataba, en definitiva, de conocer mejor las provincias para así fundamentar en tal conocimiento una reforma general de la prestación personal.

Dos meses después, la R.O. de 29 de abril de 1860 instaba al Gobierno de Filipinas a reglamentar la prestación, encargo que fue trasladado a la Dirección de la Administración Civil; Santayana redactó un proyecto a tal efecto²², que fue enviado a Madrid en agosto para a ser sometido a estudio, desde donde se remitió modificado a Filipinas como proyecto y reglamento (con fecha 11 noviembre 1863), aunque no llegó a aprobarse. Ningún proyecto prosperará hasta 1883.

El período de reformas que se inicia en las islas Filipinas en estos años 60 coincide en las islas Marianas, y como se ha señalado ya líneas arriba, con el gobierno de Felipe de la Corte, uno de los gobernadores más celosos en desarrollar el pequeño archipiélago micronesio en el marco amplio de las islas Filipinas.

El 30 de diciembre de 1865, un bando del Gobernador de la Corte recordaba el decreto de 7 agosto de 1864 para su aplicación en las islas Marianas²³; según éste, todos los habitantes del archipiélago con edades comprendidas entre los 16 años si estuviesen dentro de la patria potestad, o desde los 18 años fuera de ella, y hasta los 60 años, se hallaban obligados a la

prestación de polos y víveres personales o a su redención en metálico.

Además, se estipulaba que los servicios personales sólo podían aplicarse a obras de utilidad común de cada pueblo, ya fueran ordinarias o de naturaleza permanente o periódica, ya extraordinaria o periódica; todo contribuyente del servicio personal estaba obligado a concurrir cuarenta días al año a las obras que fuesen señaladas, o a redimir su trabajo en metálico por la cantidad de 3 pesos anuales (doce cuartos por cada día), ingresando el importe de las faltas, como hasta la fecha, en el Fondo General de Arbitrios de las islas.

Uno de los problemas más acuciantes en las islas Marianas, la escasez de población, influía también negativamente en la buena marcha de los trabajos comunales dada la escasez de brazos, lo que hacía que reiteradamente los Gobernadores tuvieran que recurrir a medidas especiales para solventar tal carencia, por ejemplo, en 1861-1862 rescindir la exención de los trabajos comunales de que gozaban los cien cuadrilleros existentes en las islas y cuyo trabajo se había reducido hasta la fecha a realizar el servicio contínuo de paradas y rondas, y el accidental por dos o tres meses de vigilancia del orden durante el monzón de los balleneros²⁴; dicha tarea pasaron a desempeñarla individuos del Batallón de Milicias Urbanas.

De igual modo, y tras acuerdo de las Juntas de Principales de 28 diciembre 1862, el 19 de enero de 1863 dispuso el Gobernador Político Militar²⁵ que los oficiales de Milicia Urbana que no desempeñaran cargo público que los eximiera por ley de los trabajos comunales, deberían cumplir esta carga general desempe-

ñando las comisiones que el Gobierno les señalara, siendo la principal y constante ser celadores de caminos, puentes, edificios y obras públicas de todo Guam; la isla quedaba dividida a tal efecto en once distritos, cada uno de ellos especialmente encomendado a un oficial celador con obligación de hacer visitas ordinarias y extraordinarias a su distrito, así como la vigilancia del buen cumplimiento de los trabajos comunales, debiendo entregar los partes ordinarios el primer domingo de cada mes a las tres de la tarde. Los oficiales sobrantes quedaban como suplentes de los que por enfermedad prolongada u otra causa no pudiesen desempeñar su cometido.

En 1869 volvió a plantearse en Filipinas la cuestión de la reforma de la prestación personal, elaborandola Comisión de reformas administrativas de Manila un nuevo proyecto según el cual se reducían los días de trabajo de cuarenta días al año a diez días al año, estando cada polista obligado al pago de un duro al año como consecuencia de la reducción de días de trabajo; quedaba prohibida la redención del trabajo, permitiéndose, en su lugar, la sustición del trabajo hombre por hombre²⁶.

Pero el Consejo de Filipinas tampoco aprobó este proyecto, introduciendo en su lugar alguna otra reforma, como por ejemplo, la fijación del número de días en veinticuatro al año, o el ampliar a todos los habitantes, incluídos españoles y extranjeros, la prestación personal.

El 20 de diciembre de 1876 se elaboró otro proyecto de real decreto sobre prestación personal²⁷, aunque esta vez tampoco prosperará.

En este ambiente reformista, se procedió en todas las provin-

cias a un recuento general de polistas; por lo que se refiere a las islas Marianas, en 1877 el resumen general por pueblos es como sigue²⁸:

PUEBLOS	n° cabecerías	clasificación por condiciones			n° individuos exceptuados	n° individuos útiles para el servicio
		naturales	mestizos	chinos		
Agaña	19	1168		27	339	858 .-
Agat	3	159			28	131 .-
Merizo	2	93			39	54 .-
Inarajan	1	66			20	46 .-
Rota	2	111			22	89 .-
Saipan	5	183			32	151 .-
Tinian	1	40			3	37 .-
	33	1820		27	483	1364 .-

La prestación personal se complicó en las islas Marianas, en concreto en Guam ya que en las islas del Norte parece ser que en principio había más equidad, con la incorporación al sistema del grupo social integrado por los naturales de las islas Carolinas, quienes elevaron sus quejas al Presidente de la Real Audiencia de Filipinas en 1883 contra el que fue Gobernador de Marianas Francisco Brochero (1880-1884), desde donde se ordenó abrir diligencias²⁹. Los carolinos se quejaban porque Brochero les obligaba a trabajar más de los cuarenta días estipulados (aún no había entrado en vigor la normativa de junio de 1883), incluso a sus hijos menores de edad.

Como se ha señalado en otro capítulo, hacia 1867 había llegado a Guam un grupo de carolinos dispersándose por diferentes barrios de la ciudad; trabajaban por cuenta del Estado en la

sementera de "Tutiu" por disposición del Gobernador Brochero, quien les entregaba parte de los productos y vendía el resto, ingresando el importe en la Caja de Fondos Provinciales en compensación del impuesto y del servicio de prestación personal³⁰.

Reagrupados en la ciudad de Agaña, formaron una cabecera, habiendo en ella cincuenta y tres carolinos entre los 16 y los 60 años que podían trabajar comunalmente o pagar a la comunidad.

Cuando Brochero toma posesión de su cargo, y dado que aquéllos no contribuían de ninguna forma, estimó dejarles el tiempo estricto marcado de diez años de absoluta libertad desde su arribo a la isla sin prestar servicio de ningún género, para que pasado éste contribuyeran como los naturales marianos y como los carolinos residentes en Saipan a las ya citadas cargas comunales³¹.

Pasado este plazo, y ya que carecían por completo de recursos pecuniarios, dispuso Brochero que seis de los citados carolinos trabajasen en las obras públicas que se habían emprendido, y que otros tantos trabajaran en beneficio de la comunidad en el coco seco; de esta forma, en el espacio de cuatro o cinco meses, podrían obtenerse ciento cincuenta quintales de dicho producto con un valor de unos 140 pesos que habrían de introducirse en las mermadas Cajas de Comunidad para atender a los diferentes gastos de las mismas. Más tarde, los colocó a sembrar maíz y tabaco, recolectándose de este último escasísima cantidad por un valor de 20 pesos, también destinados a los fondos, así como el producto del camote y del maíz, que ascendía a 89 pesos, 12 céntimos y 4 octavos. De esta manera, en un año, con solo cincuenta y tres hombres carolinos trabajando de 6 a 8 cada día

en la agricultura, se obtuvieron 259 pesos, 12 céntimos y 4 octavos.

En definitiva, y para equipararlos con el resto de los habitantes de las islas Marianas, Brochero les señaló terrenos para su cultivo imponiéndoles la condición de que parte del producto de su trabajo se les adjudicaría como beneficio, y parte se vendería para que su importe fuera ingresado en la Caja.

Dada la dispersión por diferentes zonas de los carolinos residentes en los alrededores de Guam, el 24 de julio de 1884, el nuevo Gobernador Angel Pazos, los reagrupó en el recién inaugurado barrio de M^a Cristina, situado a 1,5 km. dirección este de la cabecera, teniendo a su frente la playa³².

El citado barrio, con un perímetro de 10.000 m², contaba con veinte casas, tribunal y una escuela, levantado por los carolinos trabajando en comunidad tras haberles cedido una serie de terrenos para labores de cultivo que les proporcionaran el sustento necesario.

El barrio quedó dividido en dos cabecerías cada uno, con su cabeza y suplente carolino, habiendo además un teniente y maestro indígenas, bajo cuya dirección se encargaron de hacer su sementera de camote para sembrar maíz cuando llegara la época³³.

El Gobernador Pazos, en atención a tener que dedicarse a la construcción del barrio de M^a Cristina, dispensó a los carolinos del impuesto provincial correspondiente al primer semestre del año económico de 1884, habiéndose ingresado la parte correspondiente al segundo semestre en la Caja, según el informe del Teniente de Barrio y del maestro, sin problemas.

En noviembre de 1884, el nuevo Gobernador, Francisco Olive

(1884-1887), instó al gobernadorcillo de Agaña y a los Principales a que informaran de la situación de los carolinos en Marianas; la respuesta de los mismos fue clara, solicitando que ya que disfrutaban los carolinos de los bienes pro-comunales, que pagaran al igual que el natural (recordar que para estas fechas ya se ha reformado la prestación personal y se ha establecido el nuevo impuesto provincial), aunque teniendo en cuenta que no disponían de los mismos recursos en cuanto a numerario, sería más conveniente que temporalmente se les concediera el privilegio de satisfacer sus obligaciones en trabajos personales, únicamente hasta tanto su situación no cambiase³⁴.

No obstante, el gobernador Olive no era partidario del privilegio que indicaron el común de los Principales en su informe respecto a que durante algún tiempo los carolinos estuvieran obligados solamente a la prestación personal y no al impuesto provincial, dado que para este último disponían de recursos. Por el momento, los carolinos de Guam quedaban equiparados con los demás habitantes de las islas Marianas³⁵.

Siguiendo con el proceso reformista, finalmente, y tras largos debates, el Ministerio de Ultramar presentó al Consejo de Filipinas un nuevo proyecto; tras ligeras modificaciones, por dos reales decretos de 12 junio de 1883, se reformó la prestación personal, creándose además el nuevo impuesto provincial, siendo ministro de Ultramar Gaspar Núñez de Arce.

Por el primero de los decretos, el número de días de trabajo al año quedaba drásticamente reducido, pasando de los cuarenta estipulados hasta la fecha, a los quince días que se fijaban desde el momento.

Estaban obligados a dicha carga todos los hombres con edades comprendidas entre los 18 y los 60 años, desapareciendo el sistema de redención en metálico y las fallas y admitiéndose exclusivamente la sustitución de hombre por hombre. Solo quedaban exentos de la prestación, y en virtud del artículo 3°, eclesiásticos, militares y empleados públicos en servicio activo; gobernadorcillos y demás ministros de justicia durante el ejercicio de su cargo (estando exentos, además, al año siguiente), sus testigos acompañados e intérpretes, así como los de los juzgados de primera instancia; cabezas de barangay y sus auxiliares, esto es, los denominados primogénitos; maestros de escuela; vacunadorcillos de nombramiento; fieles y estanqueros de la Hacienda Pública durante el ejercicio de su cargo; sacristanes, cantores y porteros de iglesias, catedrales, parroquias y conventos; cuadrilleros y, por último, los que pagaran 3 ó más pesos por el impuesto de la denominada cédula personal.

También se contemplaba la posibilidad de eximir de la prestación personal a enfermos o impedidos, siempre que mediara un informe médico, y del pago del impuesto provincial a los indigentes, norma que ya se practicaba antes de la publicación del decreto, aunque con escasas posibilidades de éxito por parte del demandante al ser considerado el trabajo comunal una carga general para el mantenimiento de vías y edificios comunes.

El procedimiento que se seguía consistía en la solicitud por parte del demandante, realizándose un juicio al respecto ante la Principalía y el gobernadorcillo; seguidamente, se procedía a la resolución del Gobernador Político-Militar tras leer el informe médico, pasando finalmente este expediente original al Director

General de la Administración Civil de Filipinas, donde se aprobaba o no; igualmente se hacía en caso de que fuera un expediente de pobreza³⁶.

El segundo de los decretos de igual fecha, julio 1883, establecía el nuevo impuesto provincial tasado en el pago de un peso y medio anual como compensación pecuniaria de los veinticinco días al año en que se había reducido la prestación personal.

Los encargados del cobro de dicho impuesto, cabezas de barangay controlados por los gobernadorcillos, recibirían en compensación un 2% de lo recaudado, al igual que los subdelegados de Hacienda; por último, el 10% del total de la recaudación debería ser entregado al Estado, mientras que el resto pasaba directamente a administración de la Provincia.

El Reglamento para el cobro del impuesto provincial de 13 de enero de 1888, de conformidad con la R.O. de 3 de febrero de 1885, disponía que todos los individuos varones de 18 a 60 años de edad, sin distinción de raza, jerarquía o nacionalidad, se hallaban obligados al pago de dicho impuesto³⁷.

En las islas Marianas la aplicación de esta normativa generó una serie de problemas dada la pobreza del archipiélago, hasta el punto de ser imposible llevar a cabo la recaudación del impuesto provincial correspondiente al segundo semestre de 1884-1885 en Rota por la escasez de numerario y de comunicaciones entre esta isla y la de Guam, según informe realizado por el Alcalde, gobernadorcillo, párroco y principales; ante esta eventualidad, el Gobernador de Marianas sugirió la posibilidad de realizar el pago en especies.

El citado informe se envió a Manila para que fuese estudiado

por diferentes organismos; el Negociado de la Administración se opuso al sistema inaugurado por el Gobernador, aunque lo admitiría si la recaudación se hiciera en granos que pudieran tener fácil salida si se destinaran al racionamiento del Presidio de aquella plaza, o al de las fuerzas de guarnición.

La Contaduría se adhirió a la opinión del Negociado; la Sección de Cobro, examinando el asunto con detenimiento para realizar el informe final³⁸, no encontraba solución aceptable en la esfera de la estricta legalidad ya que el cobro de los impuestos en especie estaba terminantemente prohibido por perjudicial para el Tesoro y para el contribuyente; era evidente que los habitantes de Rota no se resistían al pago del impuesto, pero carecían de numerario que era la única forma legal de verificarlo; podría decirse que un caso de fuerza mayor se oponía al cumplimiento formal de la ley, y en tal situación había que estudiarse la posibilidad de un medio supletorio.

Se plantearon numerosos problemas, por ejemplo, dilucidar quién regulaba y a qué precio el producto de la exención, o si pagaban todos lo mismo o no, o a qué precios de mercado se valorarían si en Rota no había mercado.

En el supuesto de que por un medio cualquiera se recaudaran las especies, no estaba claro dónde deberían venderse; en Rota era imposible porque no había dinero, y en otro lado tampoco puesto que se carecían de comunicaciones y habría que tenerlos en depósito hasta que llegara un barco, siendo lo más probable que se estropeasen los productos; además, habría que pagar el flete del barco.

Había setenta y seis contribuyentes en las tres cabecerías

en que se dividía la isla de Rota que, a razón de 1,5 pesos cada uno, habrían de aportar 144 pesos anuales; las pérdidas y gastos enumerados podían calcularse sin exageración, en un 50%, de manera que el ingreso en el Tesoro de 57 pesos costaría el trabajo, la injusticia y las vejaciones que se han indicado. Concluía la Sección de cobro sugiriendo la suspensión de la recaudación en la isla de Rota.

El Reglamento para la ejecución del Real Decreto de 12 de julio de 1883 sobre prestación personal, redactado por la Dirección General de la Administración Civil de Filipinas, se publicó en la Gaceta de Manila el 21 de febrero de 1884; dada su provisionalidad, por el artículo 82 del mismo, se prevenía que a los dos años de la publicación de este real decreto se remitieran informes, tanto por los funcionarios públicos como por los particulares, proponiendo las reformas que consideraran más convenientes³⁹.

Haciéndose eco de esta propuesta, Francisco Olive instó el 2 de octubre de 1885 a los curas párrocos y demás funcionarios del Estado, a los gobernadorcillos e individuos de las Principalías de los pueblos, así como a todos los particulares, para que en el término de tres meses emitiesen informe proponiendo la forma más conveniente de la prestación personal en las islas Marianas en particular, y en general en Filipinas⁴⁰.

Para el Vicario eclesiástico del distrito, Fr. Isidoro Liberal⁴¹, el Reglamento sobre prestación personal no necesitaba modificaciones, aunque al estar en relación la prestación

personal y el impuesto provincial, puesto que este último se estableció con objeto de compensar por la reducción de días, en el caso de las islas Marianas ello planteaba dificultades ya que había determinadas zonas donde el impuesto no podía recaudarse en metálico; al ser dificultosa la recaudación en especies, el vicario proponía allí se compensase con más días de trabajo que los asignados.

La opinión del párroco de Agat, Fr. Francisco Resano, era similar en lo que se refería a la bondad del Reglamento, muy conforme a la condición de los chamorros, aunque consideraba que debería aquél ser más benigno con los enfermos ya que solo quedaban exceptuados los que tenían imposibilidad física absoluta⁴².

El párroco de Merizo y Umata, Fr. Mariano Martínez, tras oír la opinión de la Principalía y particulares del pueblo, señalaba la posibilidad de incluir un nuevo artículo o cláusula en el Reglamento según la cual se diese libertad para que los particulares pudiesen redimirse de los trabajos no solo por sustitutos sino también pagando, ya que de esta manera el pobre alguna vez podría encontrar dinero pero difícilmente encontraría sustituto, a no ser que fuera de su propia familia⁴³; de la misma opinión era el párroco de Inarajan⁴⁴ en lo que se refiere a la sustitución de hombre por hombre, siendo partidario de un sistema mixto.

En vista de los citados informes, el Gobernador de Marianas redactó un nuevo informe al respecto elevado al Gobernador General⁴⁵, en el que consideraba la justicia y equidad de la reforma así como los motivos que impedían que no fuera más

radical, como por ejemplo, la dificultad de encontrar jornaleros en la mayor parte de las provincias que en algunas resultaría insuperable "pues, a más de la indolencia de los naturales, les resultaría perjuicio a éstos en abandonar por completo sus siembras".

Opinaba que era equitativo el que se redujesen las jornadas de trabajo de cuarenta a quince días al año para todos los habitantes del archipiélago no comprendidos en la excepción, obligación válida siempre y fuesen provincias muy pobladas, pero en las de relativamente escasa población sobre su territorio, continúa Olive, habían de resultar estériles los esfuerzos y buenos deseos de los gobernantes.

Concretándose a las islas Marianas, y en especial a la isla de Guam al ser la única que poseía en esas fechas más de un pueblo, resulta que Agaña tenía una población de cinco mil novecientas setenta y cuatro almas distribuídas entre la ciudad y sus barrios⁶; los contribuyentes al trabajo de la prestación personal eran mil ciento cuarenta y cuatro, de los que descontados los milicianos que prestaban servicio de guardia de la cárcel y tribunal (que era un solo edificio) y de vigilancia y policía, y los paradas para correos y demás servicios que ocupaban dos diarios en cada barrio por término medio, quedaban unos cuatrocientos polistas para una serie de atenciones previas tales como el mantener en perfecto estado el camino que iba de Agaña al puerto de Apra y que era el que ponía en comunicación con el resto del mundo al pequeño archipiélago mariano. Ésta era la situación de la cabecera, que al ser la capital concentraba a más de la mitad de la población de todas las islas, y casi las dos

terceras partes de la de Guam.

Por lo que se refiere al resto de las poblaciones, Inarajan tenía escasamente cincuenta y tres contribuyentes para nombrar dos paradas diarios para el servicio del tribunal y correos; tenía unos 15 kms. de camino hasta su término con Agaña y unos 10 kms. hasta su divisoria con Merizo. Este último disponía de setenta y cuatro polistas; descontando cuarenta y ocho para servicio del tribunal (dos diarios), quedaban solo veinticinco. Su término se extiende unos 10 kms. hacia Inarajan, y 2,5 kms. aproximadamente hacia Umata.

Desde 1855-56, y a consecuencia de los estragos que causó la epidemia de viruelas, los vecinos de Merizo e Inarajan se comprometieron, por su propia voluntad, a elevar el número de días dedicados a la prestación personal de los cuarenta que estaban estipulados por entonces, a tres días de trabajo por semana, esto es, a un total de unos ciento veinticinco días al año; este compromiso no cayó en desuso, siendo únicamente derogado a partir de la nueva legislación de 1883.

La antigua villa de Umata, que había tenido gran importancia por ser el punto de recalada de la Nao de Acapulco, contaba entonces con treinta polistas, poco más de uno diario para el servicio del correo que tenían que llevar a Merizo, a unos 5 kms., y a Agat, en torno a 12 kms.

El pueblo de Agat era el que se encontraba en mejores condiciones al tener ciento catorce contribuyentes para el servicio de la prestación personal, y después de cubrir el servicio de paradas del tribunal, quedaban más de sesenta polistas para las demás atenciones, entre ellas, unos 12 kms. de camino hacia

Umatac, 4 kms. hacia Agaña (barrio de Tepungan) y 2 kms. hacia el desembarcadero de Apra.

Su barrio Sumay, distante unos 5 kms., disponía de setenta y un polistas, que además del servicio del tribunal y de mantener sus comunicaciones con Agat, tenía que llevar leña y agua al destacamento del fuerte de Santa Cruz y mantener un vigía en Punta de Orote que avisase por medio de señales la llegada de buques al puerto de Apra.

Por lo que se refiere al pago del impuesto provincial en las islas Marianas, los ingresos en el año 1886 ascendieron a 2.440'50 pesos, cantidad exigua comparada con la recaudada en cualquier otra provincia, y aún más en el cómputo global de las islas Filipinas.

En vista de la anterior exposición, la propuesta de Francisco Olive en lo que se refiere a la aplicación de la normativa vigente en el archipiélago micronesio sobre prestación personal e impuesto provincial, era clara: siendo indispensable el servicio de prestación personal así como el pago del impuesto, parecía que se imponían excepciones para el caso de las Marianas ya que dada la escasez del número de polistas, así como lo reducido de la recaudación, sería más lógico aumentar el número de días de trabajo a cambio de reducir el pago del impuesto de peso y medio a un peso, cobrándose por semestres anticipados. No obstante, los Jefes y oficiales del Ejército, funcionarios del Estado, eclesiásticos y los que pagasen cédula hasta de sexta clase, contribuirían con peso y medio por impuesto provincial, haciéndose la recaudación en la primera quincena de agosto de la totalidad del impuesto.

Por su parte, quedarían exentos de la prestación personal en las islas Marianas los que pagasen cédula de hasta sexta clase y las que correspondieran a sus familias, así como a sus hijos varones mayores de 18 años solteros y que viviesen bajo la patria potestad, al igual que todos los comprendidos en el ya citado artículo 3 del decreto de julio de 1883.

En compensación del medio peso que se rebajaba como pago del impuesto provincial, los beneficiarios de esta medida habrían de trabajar veinticuatro días al año en vez de los quince establecidos, resultando los nueve días de aumento útiles para aplicarlos a obras comunales.

Con esta propuesta de aplicación especial de los decretos de 1883 en las islas Marianas se pretendía hacer más efectiva la aportación personal en trabajo y dinero de los habitantes de la provincia micronesia, pero no salió adelante.

La aplicación de la nueva normativa sobre prestación personal también generó problemas con la población chamorra, principalmente en forma de abusos por parte de los gobernadores político-militares; así, en enero de 1892 un chamorro remitió un expediente al Gobernador General de Filipinas en el que, en nombre de su pueblo, se quejaba de los abusos cometidos por el gobernador Luis Santos⁴⁷ (1891-1892), ya que éste recaudaba ilegalmente cada mes por redención de polistas, de 250 a 300 pesos; así, al no haber polistas que trabajaran, no se hacía limpieza pública, ni servicios en general.

Por lo que se refiere al impuesto provincial, el número de contribuyentes de cada población en la isla de Guam en el año económico de 1887-1888, así como el importe del mismo, arroja las

siguientes cifras⁴⁸:

<u>Pueblos</u>	<u>contribuyentes</u>	<u>importe del impuesto</u>
Agaña (naturales)	1.183	1774'50
Idem /españoles	2	3
" /extranjeros	2	3
" /Chinos	14	42
Agat	184	276
Merizo	109	163'50
Inarajan	57	85'50
	-----	-----
TOTAL	1.551	2.347'50

Los datos arriba consignados manifiestan que, a pesar del informe del anterior Gobernador sobre la reducción del impuesto de peso y medio a un peso, a la altura de 1888 tanto los naturales de Agaña como del resto de las poblaciones de la isla de Guam (los datos de las islas de Rota y Saipan no se incluyen en el cuadro, dado que no fueron remitidos a tiempo a la cabecera por la escasez de comunicaciones), al igual que españoles y extranjeros, pagaban 1,5 pesos en concepto de impuesto, mientras que los chinos pagaban el doble, esto es, 3 pesos por cabeza.

Para 1889, comparando los con el total de los habitantes de las islas Marianas⁴⁹, y teniendo en cuenta las ligeras modificaciones en el número de los contribuyentes, los datos son:

<u>Pueblos</u>	<u>n° cabeceras</u>	<u>n° habitantes</u>	<u>n° contribuyentes</u>	<u>n° ejemplares para pago del impuesto</u>
Agaña y barrios	20	3.549	1.168	2.336
Agat	3	552	189	378
Merizo	2	327	109	218
Inarajan	1	159	57	114
Rota	3	237	78	156
Tinian	3	114	29	58

Saipan	5	435	135	270
Españoles	1	6	3	6
Extranjeros	1	12	3	6
Chinos	1	45	12	24
	-----	-----	-----	-----
TOTAL	40	5.436	1.783	3.566

En 1890, la contribución e impuestos directos que se pagaban en las islas Marianas⁵⁰ se repartían entre capitación personal de chinos (174 pesos con 11 6/1 céntimos), diezmos prediales (6 pesos 12 4/1 cts.), contribución urbana con sus recargos (183 pesos 72 cts.), contribución industrial con sus recargos (1227 pesos 46 5/1 cts.) e impuestos de consumos (66 pesos 85 cts.), no habiendo pagos en los capítulos correspondientes a cédulas personales, al reconocimiento de vasallaje de moros e infieles, a las patentes industriales de chinos, y a los recargos de los suprimidos tributos y ramos anexos, como sí se consignaban en el resto de las provincias de las islas Filipinas.

Queda ya señalado que la recaudación del impuesto provincial la realizaban cabezas de barangay y gobernadorcillos cada semestre, debiendose remitir a la Subdelegación de Arbitrios de la provincia.

A la altura de 1891, las rentas, impuestos y arbitrios que la provincia satisfacía al Estado y para fondos locales, son⁵¹:

- venta de efectos timbrados
- capitación de chinos
- impuestos sobre la propiedad urbana
- patentes de la nueva contribución industrial

- patentes de la fabricación y venta de alcoholes, si bien en 1891 dejó de fabricarse alcohol -tuba-
- consumos sobre bebidas, sustancias alimenticias y tabaco
- productos de efectos rifados
- beneficio en los giros de libranzas
- impuesto provincial, por estar exentos de la cédula
- por lo que satisfacían los chinos para redimirse de la prestación personal
- credenciales de propiedad y transferencia del ganado mayor
- por el 25% de recargo sobre cédulas personales
- 90% de multas por faltas a la prestación personal
- matanza de reses
- 90% de multas municipales
- renta del juego de gallos
- recargo del 10% en la contribución urbana.

Por lo que se refiere a la contribución industrial, que se pagaba cada año en los cuatro trimestres, en esa misma fecha el número de contribuyentes de cada una de las siete tarifas en que se dividían las patentes de la citada contribución era muy escaso, reduciéndose casi exclusivamente a la capital, Agaña⁵²: de la primera tarifa había diez contribuyentes, siendo el importe de las patentes de 201 pesos 85 cts.; las tarifas dos, cuatro y cinco carecían de contribuyentes; de la tarifa tercera, había doce contribuyentes en Agaña y tres en Saipan, pagando respectivamente, 56 pesos 50 cts., y 10 pesos; de la sexta, había ocho contribuyentes, con 31 pesos; y de la séptima, treinta y un contribuyentes, con 99 pesos 16 6/1 cts.

El total de contribuyentes en las islas Marianas era de sesenta y cuatro, correspondiendo sesenta y uno a Agaña y el resto a la isla de Saipan, que pagaban 408 pesos 51 6/1 cts., a los que había que añadir un recargo del 5% (esto es, 20 p. 42 cts.) para gastos generales, arrojando un total de 428 pesos 94 3/1 cts.

Las recaudaciones mensuales de impuestos directos e indi-

rectos, rentas y contribuciones, eran realmente insignificantes: por ejemplo, en el mes de mayo de 1895, y por lo que se refiere a las contribuciones directas⁵³, exclusivamente hubo ingresos en los artículos correspondientes a contribución industrial y de comercio (15 pesos 86 cts.); cédulas personales (5 p. 25 cts.), e impuesto del 10% sobre sueldos y asignaciones o gratificaciones que se abonan por fondos locales, obras del puerto, faros y otros especiales (16 p. 33 2/ cts.), haciendo un total de 35 pesos 44 2/ cts. Hay que señalar que los artículos por los que se pagaba eran movibles, esto es, un año se pagaba, por ejemplo, por la capitación de chinos o por contribución sobre la propiedad urbana, y otros no.

Dada la pobreza de la mayoría de los habitantes, muchos de los cuales no podían satisfacer el impuesto provincial o lo hacían teniendo que malvender animales o útiles a la agricultura o empeñar las cosechas a cuenta del préstamo, y en algunos casos hasta el terreno que gubernativamente se les adjudicó para su cultivo, proponía Vara del Rey en 1890⁵⁴ eximirseles de dicha tributación, pero restableciéndose en cambio el antiguo sistema de los cuarenta días de trabajo comunal en lugar de los quince días a los que estaban sujetos en la fecha, con lo cual ganarían los caminos y las obras de la provincia ya que por entonces, con el escaso número de polistas, no podían estar bien entretenidos los primeros ni emprenderse las segundas en condiciones económicas y sin el cúmulo de trámites y esperas que había que vencer hasta que se aprobara el presupuesto y se autorizara el gasto.

El 4 abril 1892, la Dirección General de la Administración Civil de Filipinas comunicó al Gobernador de Marianas el acuerdo

de 7 marzo del Gobernador General por el que disponía la supresión del impuesto provincial por el apartado 4° del Real Decreto de 25 de octubre de 1889 sobre aprobación de los presupuestos generales del Estado para 1890; dado que en el mismo no se hacía mención sobre su posible aplicación igualmente a las islas Marianas, ni se dictaba disposición especial que así lo determinase, y teniendo en cuenta, continúa la Dirección General, que era el único impuesto personal que en esas fechas pagaban aquellos habitantes, se declarase subsistente en esa región y se cobrase hasta que se implantara definitivamente el de las cédulas personales para toda la población⁵⁵.

El escaso dinero circulante, con rarísimas excepciones, procedía del haber mensual que percibían del Estado los empleados civiles y militares y la fuerza de Infantería allí destacada, con lo cual se podía asegurar que se avenía el pueblo para adquirir aquellos artículos que le eran absolutamente necesarios y que no podía obtener a cambio del producto de sus trabajos agrícolas, de manera que por parte de esa pequeña cantidad, tratándose de un pueblo, estaba presupuestada, por decirlo así, para cubrir una de las primeras necesidades, cual era el abrigo personal o vestido, otra parte para atender a las reclamaciones de la comunidad, y el resto para satisfacer el impuesto del sanctorum y demás⁵⁶.

Esta situación lamentable por la que atravesaban las islas Marianas, especialmente en el último tercio del siglo, se debía principalemnete a una causa: hacía años, tocaban en la isla de cuarenta a sesenta buques extranjeros destinados a la pesca de ballenas, y por proveerse de algunos refrescos, tenían precisión

de dejar en ella algunos millares de pesos con que desahogadamente se sostenía la población en todos los sentidos y casi podía asegurarse que la riqueza se hacía extensiva a todas las capas de la población.

Pero desde los años 70 desaparecieron casi por completo los buques que hacían escala en esos puertos, sin duda a causa de la apertura de los de Japón, y por consiguiente, fue desapareciendo el dinero que anualmente estaba en poder de los naturales hasta tal punto que hacia 1890 la indigencia, en cuanto a recursos monetarios, venía siendo general. El problema se agravaba por el hecho de que los escasos buques que arribaban a Marianas, en vez de dejar en ellas algún dinero se llevaban el poco que había al vender a los naturales los productos indispensables para sus subsistencia, como efectos de abrigo, comestibles y otros alimentos de los que se carecía en las islas.

Tales situaciones de pobreza habían atravesado, que S.M. declaró a Marianas en su R.O. de 11 de abril de 1865 exenta del impuesto sobre alcoholes, aunque, en realidad, no llegaron a gozar de dicha excepción nunca.

De esta forma, y ante la falta de numerario, había una imposibilidad prácticamente absoluta de llevar a efecto cuanto tendiera a gravar con contribuciones impuestos sobre el comercio, industrias, artes, profesiones y propiedad urbana. Las islas solo contaban con los recursos indispensables para su sostenimiento.

NOTAS

1. Felipe de la CORTE Y RUANO: Memoria descriptiva e histórica de las islas Marianas, Madrid, Imprenta Nacional, 1875, pp. 125 y ss.
2. LIBRARY OF CONGRESS OF WASHINGTON (LCW), Vol. 2, Item 2: Copias de oficios de los ministros de Real Hacienda: R.C. de 20 de enero de 1786.
3. LCW, Vol. 2, Item 2: Ibídem: Superior Gobierno de Filipinas a gobernador de Marianas, Manila, 17 agosto 1809.
4. Luis Angel SANCHEZ GOMEZ: Las Principalias indígenas y la administración española en Filipinas, Madrid, Universidad Complutense, 1989. Tesis doctoral reprografiada, p. 212.
5. LCW, Vol. 4, Item 4, Parte I: Gobernador Superior de Filipinas, Norzagaray, a Gobernador Político-Militar de Marianas, Manila, 2 abril 1859.
6. PHILIPPINE NATIONAL ARCHIVES, UNPROCESED BUNDLES (PNA/UB), n° 20: Administración Central de Impuestos a Gobierno General, Manila, 27 enero 1870.
7. PNA/UB, n° 20: Islas Marianas. Presupuestos generales de ingresos y gastos correspondientes al año económico que principia en 18 de junio de 1868 y que concluye en fin de junio de 1869, Manila, 5 noviembre 1869.
8. Ibídem: Informe de la Contaduría que acompaña a los presupuestos generales de 1868-1869, Manila, 6 noviembre 1869.
9. Luis Angel SANCHEZ GOMEZ, op. cit., pp. 319-320.
10. PNA, PNA 15, Exp. 15, Fol. 1-26: El Gobernador de Marianas, Francisco Brochero, elevando a V.E. el adjunto estudio de estas islas con referencia al estado del país, causas que motivan el mal que adolece y remedios que deben aplicarse para corregirlo y ponerlo en condiciones de ser una isla fértil y rica, Agaña, 22 marzo 1881.
11. Luis Angel SANCHEZ GÓMEZ: op. cit., p. 319.
12. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte III, n° 1: Informe emitido en cumplimiento del artículo 82 del Reglamento de 7 de febrero de 1884 para la ejecución del R.D. de 12 de julio de 1883 sobre la prestación personal e impuesto provincial, por el gobernador de Marianas, Francisco Olive y García, Agaña, 17 abril 1886.
13. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 1: Informe escrito por Francisco Olive y García en que hace resaltar las diferencias

entre este informe y el presentado por Pedro Saura y Corona, médico de Sanidad Militar, Agaña, 19 diciembre 1885, pp. 17 y ss.

14. Ibíd., p. 87.

15. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 9: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Joaquín Vara del Rey, Agaña, 30 diciembre 1890, pp. 17 y ss.

16. Luis Angel SANCHEZ GOMEZ, op. cit., p. 326.

17. LCW, Vol. 13, Item 46: Acuerdo sobre los trabajos de comunidad, Agaña, 1 agosto 1840.

18. LCW, Vol. 20, Item 94, Parte I: Circular para todos los Gobernadorcillos, dada por el Gobernador Felipe de la Corte, Agaña, 12 noviembre 1855.

19. LCW, Vol. 21, Item 94, Parte II: Instrucciones que deberán observar los sargentos instructores y comisionados de los trabajos públicos que se destinan a los pueblos, en lo que hace relación a dichos trabajos, Agaña, 31 julio 1858.

20. LCW, Vol. 20, Item 94, Parte I: Circular a los gobernadorcillos sobre los trabajos comunales, por el Gobernador Felipe de la Corte, Agaña, 21 noviembre 1855.

21. LCW, Vol. 6, Item 5: Agustín Santaviana, jefe de la Dirección General de Administración Civil, al Gobernador de Marianas, Manila, 1 marzo 1860.

22. Luis Angel SANCHEZ GÓMEZ, op. cit., pp. 326-327.

23. PNA/UB, no. 34: Circular a todos los Gobernadorcillos, por Felipe de la Corte, Agaña, 30 diciembre 1865.

24. LCW, Vol. 21, Item 94, Parte II: Circular a los gobernadorcillos sobre nuevas obligaciones en los trabajos comunales, por Felipe de la Corte, Agaña, 20 diciembre 1861.

25. LCW, Vol. 21, Item 94, Parte II: Circular a los Gobernadorcillos, por Felipe de la Corte, Agaña, 16 enero 1863.

26. Luis Angel SANCHEZ GOMEZ, op. cit., p. 327.

27. PNA/UB, no. 34: Proyecto de decreto sobre prestación personal, Manila, 20 diciembre 1873.

28. Ibidem: Provincia de Marianas. Padrón de polistas. Resumen general por pueblos, año de 1877.

29. PNA, Exp. 7, Fol. 1-42b, PNA 19: Expediente relativo a la queja presentada por varios carolinos en Marianas contra el que fue Gobernador P.M., Francisco Brochero, por ciertos hechos abusivos, Manila, 15 marzo 1883.

30. LCW, Vol. 23, Item 96: Informe del gobernador Francisco Olive sobre los carolinos de Marianas, elevado al Gobernador General de Filipinas, Agaña, 11 enero 1885.

31. LCW, Vol. 23, Item 96: Gobernador de Marianas, Brochero, a Gobernador General, sobre los carolinos de las islas Marianas, Agaña, 15 febrero 1884.

También puede consultarse este mismo informe en: PNA, PNA 25, Exp. 3, Fol. 1-26b: Expediente sobre la consulta del Gobernador P.M. referente a los carolinos que residen en las islas Marianas, Agaña, 15 febrero 1884 (24165-E1).

32. LCW, Vol. 23, Item 96: El gobernador de Marianas, Angel Pazos, al Gobernador General, dando cuenta de la inauguración del barrio carolino de M^a Cristina, Agaña, 26 julio 1884.

33. Los carolinos de M^a Cristina, para su sustento vendían leña, gallinas y los productos de la pesca a la que se dedicaban por el procedimiento de nasas primero, y más tarde con un baroto y un chinchorro.

34. LCW, Vol. 23, Item 96: Informe del Gobernadorcillo y principales de Agaña sobre los carolinos llegados en torno a 1867, Agaña, 25 noviembre 1884.

35. LCW, Vol. 23, Item 96: El gobernador de Marianas, Olive, al gobernador general, Agaña, 11 enero 1885.

36. PNA/UB, n° 32: Normas para la exención del pago del impuesto provincial y de la prestación personal, año de 1883.

Este procedimiento sigue manteniéndose durante todo el período español; así, por ejemplo, en función del Superior Decreto de 16 de febrero de 1894, que regula nuevamente los citados expedientes exponiendo por bandillos publicados en los pueblos para que los que se creyesen con derecho a ser declarados pobres de solemnidad lo solicitaran, Vicente Aguingui, vecino de Agat, de 18 años de edad, ciego desde los 7 meses, eleva su petición de exención de cualquier tipo de trabajo y se le declare pobre de solemnidad para todos los efectos legales. Al efecto, se reunían el gobernadorcillo, cabeza de barangay, principales y el mediquillo, quienes emitían informe al respecto (favorable en este caso), expediente que se unía al informe del cura párroco de Agat, Fray Ildefonso Cabanillas, quien certifica la imposibilidad para el trabajo y la falta de medios de subsistencia del interesado. Finalmente, resolvía el gobernador P-M- (ver LCW, Vol. 25, Item 111: Informe sobre Vicente Aguingui, que solicita ser declarado pobre de solemnidad, Agat, 31 diciembre 1894.

37. LCW, Vol. 22, Item 95: Gobernador Políco Militar de Marianas a Gobernadorcillo de Agaña, Agaña, 31 diciembre 1889.

38. PNA/UB, n° 34: Sección de cobro a Gobernador General, Manila, 20 noviembre 1885.

39. PNA/UB, n° 33: Circular del Gobernador Olive a todos los gobernadorcillos, Agaña, 2 octubre 1885.

40. Ibídem.

41. PNA/UB, n° 33: Vicario Foráneo y Provincial de las islas Marianas a Gobernador Político-Militar, Agaña, 9 octubre 1885. Este mismo informe, así como los que se citan en las notas siguientes, puede localizarse igualmente en LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte III, no. 2.

42. Ibídem: Ministerio Parroquial de Agat a Gobernador Político-Militar, Agat, 5 agosto 1885. Aunque en este informe, así como en el localizado en LCW: MEMORIAS Y DOCUMENTOS, el mes que señala es agosto, indudablemente está confundido al ser ambos copias del original, queriendo significar el mes de octubre.

43. Ibídem: Ministerio Parroquial de Merizo y Umata a Gobernador Político-Militar, Merizo, 14 octubre 1885.

44. Ibídem: Ministerio Parroquial de Inarajan a Gobernador Político-Militar, Inarajan, 12 octubre 1885.

45. PNA/UB, n° 33: Gobernador de Marianas a Gobernador General, Agaña, 17 abril 1886.

También puede verse en LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte III, n° 1: Informe emitido en cumplimiento del artículo 82 del Reglamento de 7 de febrero de 1884 para la ejecución del R.D. cde 12 de julio de 1883 sobre la prestación personal e impuesto provincial, Agaña, 17 abril 1886.

46. Los barrios de la cabecera, así como las distancias entre los mismos y Agaña son:

- al S.O. Anigua, 1 km.
 Asan, 4 kms.
 Tepungan, algo más de 8 kms.
- al N.E. María Cristina, 4 kms.
- al E. Sinajaña, a 2 kms.

47. PNA, PNA 33, Exp. 82, Fol. 6-8: Expediente dirigido al Gobernador Gneeral de Filipinas por un chamorro en nombre de su pueblo, elevando quejas por los abusos cometidos por el Gobernador de Marianas, D. Luis Santos, Agaña, 10 enero 1892.

48. PNA/UB, n° 34: Año de 1887 a 1888: resumen de contribuyentes al trabajo e impuesto personal, por el gobernador Enrique Solano, Agaña, 1 abril 1888.

49. LCW, Vol. 23, Item 96: Gobernador de Marianas, Enrique Solano, a Gobierno Superior de Filipinas: remite la relación del número de recibos del impuesto provincial que se consideran

necesarios para los pueblos de estas islas durante el año 1889, Agaña, 25 octubre 1888.

50. PNA/UB, n° 21: Administración de Hacienda Pública de la Provincia de Marianas: estado de la recaudación obtenida en el presente mes por los conceptos expresados en el epígrafe, comparados en el cargo de esta Administración según el presupuesto vigente, Agaña, noviembre 1890

51. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte III, n° 3: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por el gobernador Luis Santos, Agaña, 31 diciembre 1891.

52. PNA/UB, n° 21: Administración de Hacienda Pública de Marianas. Contribución industrial. Estado general del número de contribuyentes habidos durante el presente año en los pueblos de estas provincias, Agaña, 14 agosto 1891.

53. Ibídem: Administración de Hacienda Pública de Marianas. Presupuesto de 1894-1895. Estado de los ingresos obtenidos por los ramos que se expresan a continuación durante el mes de mayo, por el Administrador José Sisto, Agaña, 31 mayo 1895.

54. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 9: Copia de la Memorias de las islas Marianas, por Joaquín Vara del Rey, Agaña, 31 diciembre 1890, pp. 23-24.

55. LCW, Vol. 10, Item 20: Circular del gobernador Luis Santos a los gobernadorcillos de Agaña, Agat, Merizo e Inarajan informándoles de la permanencia del impuesto provincial en las islas Marianas, Agaña, 20 junio 1892.

56. LCW, Vol. 23, Item 96: Gobernador Político Militar de Marianas a Gobernador General, Agaña, 2 agosto 1890.

**PRESENCIA Y ACCIÓN ESPAÑOLAS EN
LAS ISLAS MARIANAS (1828-1899)**

TOMO II



TESIS DOCTORAL PRESENTADA POR
BELÉN POZUELO MASCARAQUE

DIRIGIDA POR
PROF. DR. JOSÉ U. MARTÍNEZ CARRERAS

MADRID, 1997

22390

II

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
DEPARTAMENTO DE HISTORIA CONTEMPORANEA

CAPÍTULO X

VIDA ECONÓMICA: AGRICULTURA, GANADERÍA, INDUSTRIA Y COMERCIO

Especialmente a lo largo del siglo XIX, el aislamiento en que se hallaban las islas Marianas con relación a los países extranjeros respecto a importación y exportación, hacía que careciera el archipiélago del elemento principal en toda actividad económica, la exigua cantidad de dinero que circulaba, insuficiente para cubrir cargas nuevas y que bastaba a duras penas para satisfacer los impuestos que databan de fecha inmemorial, como el comunal, sanctorum, derechos parroquiales y demás análogos¹.

El problema de la moneda borrosa e ilegal en las islas Marianas fue una constante a lo largo del siglo XIX, si bien las autoridades competentes tomaron las medidas necesarias para poner fin a esta situación.

El 20 de mayo de 1857 un Bando del Gobernador General ordenaba la reducción de la moneda al sistema decimal², debiendo regir desde el 1 de julio las siguientes equivalencias monetarias, teniendo como unidad monetaria el peso fuerte³:

- Un peso fuerte de a ocho reales	100	céntimos
- Medio peso (cuatro reales)	50	cts.
- Peseta columnaria (dos reales)	25	cts.
- Real fuerte (dos y medio reales de vellón) ...	12	cts.
- Medio real fuerte	6	cts.

Las nuevas monedas de cuño español, considerando el peso fuerte por su valor de veinte reales vellón, se dividió en

céntimos como se expresa a continuación:

- Un peso	100	céntimos
- Medio peso (diez reales vellón)	50	cts.
- Peseta de a cuatro reales	20	cts.
- Media peseta	10	cts.
- Real de vellón	5	cts.

Los pesos de las repúblicas americanas admitidos en la circulación y sus fracciones también quedaban reducidos al sistema decimal en los valores siguientes:

- Un peso	100	céntimos
- Medio peso	50	cts.
- Cuarto de peso o peseta fuerte	25	cts.
- Octavo de peso o real fuerte	12	cts.
- Medio real fuerte	6	cts.

Desde el 1 de julio de 1858 se ordenó que se estableciera en las islas Marianas la contabilidad por el sistema de pesos y céntimos de peso, suponiendo un entorpecimiento grande la circulación de los cuartos de diecisiete en real y los de a veinte cuartos que corrían ordinariamente, por no estar en armonía esta moneda con los bandos publicados para las centésimas⁴.

En las islas Marianas no había verdaderos comerciantes ni artesanos ni industriales que merecieran tal nombre, pues el chamorro, para atender a sus obligaciones familiares, había de dedicarse a varias ocupaciones y no a una sola.

La escasez de dinero, el retraso en el comercio, en la industria y en la agricultura y ganadería, fueron notas características de la vida económica mariana, sumida en un profundo retraso del que jamás, a pesar de una serie de disposiciones

desde Manila para procurar el fomento del archipiélago, llegó a salir.

Agricultura

La agricultura nunca tuvo un desarrollo considerable por lo escaso de la población y por los malos métodos de cultivo, y en parte por las reducidas dimensiones de las islas, algunas de ellas peñascos deshabitados inabordables a pesar de que el clima tropical favorecía el cultivo de productos como legumbres, frutas, café, cacao, coco (del que se extraía la copra, cuya demanda por las potencias extranjeras aumentó desde los años 80), etc.

Solo de un modo aproximado puede señalarse la extensión superficial de los terrenos dedicados a cada clase de cultivo, ya que dado el atraso en que se encontraba este ramo no existían mediciones exactas ni personal idóneo que las hiciera.

El Gobernador Vara del Rey en 1890 calculaba en 72 kilómetros cuadrados el terreno de secano que cultivaba el pueblo de Agaña, y en 31 kilómetros cuadrados el de regadío⁵. El pueblo de Agat cultivaba 31 kilómetros cuadrados de los primeros y 11 kilómetros cuadrados de los segundos; el pueblo de Merizo, 21 y 6 respectivamente, y el de Inarajan 11 y 9 de unos y otros. En la isla de Rota estaban dedicados a secano 11 kilómetros cuadrados y a regadío 3; en la de Saipan solo se cultivaban terrenos de secano, con una extensión de 21 kilómetros cuadrados, y lo mismo ocurría en la de Tinian, que tenía únicamente 3 de ellos dedicados al secano.

Es de observar que los terrenos de cultivo, muy dispersos por

las islas, no se labraban de una manera constante a causa de la pobreza del suelo en varios de los elementos constitutivos de la tierra vegetal y de las condiciones del subsuelo, lo que obligaba a que mientras se cultivaba una parte, otra se dejaba en descanso durante largo tiempo para que no se agotase.

El sistema de propiedad de la tierra había sido reformado, con vistas al incremento de la producción, por el Reglamento de 1828. Hasta entonces, la gran mayoría de las haciendas pertenecían a la Corona, que las había reclamado como derecho de conquista del archipiélago, ignorando la estructura de posesión de la tierra de los indígenas marianos.

Por lo tanto, hay que partir de un hecho, y es que todas las tierras pertenecían a la Corona, quien disfrutará a lo largo del período español del denominado dominio directo de la misma, mientras que el dominio útil variará a lo largo de los años.

Por lo que se refiere a los terrenos dedicados a monte, en 1890 se calculaban unos 250 kilómetros cuadrados que pertenecían al Estado en su totalidad pues no se habían demarcado aún las leguas comunales; ni las corporaciones ni los particulares tenían posesiones en él⁶.

En las demás islas, excepción hecha de los terrenos que cultivaban los habitantes de Rota, Tinian y Saipan, todos los demás se hallaban destinados a monte y pertenecían exclusivamente al Estado. Podrían calificarse como terrenos incultos en estas islas los mismos que se hallaban destinados a montes, segregando aquella parte que por las condiciones geológicas del suelo no permitían los cultivos y cuya proporción era difícil de calcular por no existir antecedente alguno.

De la extensión superficial de la isla de Guam, había destinados a pastos 171 kilómetros cuadrados, según cálculo aproximado, cuyos terrenos eran concedidos en usufructo temporal por particulares a título de adjudicación otorgada por el Gobierno; si parece excesiva la extensión de terreno destinado a pastos con relación a la poca importancia que representaba la industria pecuaria en dicha isla, debe tenerse presente que los pastos que producía el suelo eran escasísimos aun para el poco ganado que por entonces alimentaba. En las demás islas se hallaban destinados a pastos todos los terrenos que los producían.

a) Evolución del dominio útil

Si los españoles confiscaron todas las tierras de las islas, con el tiempo fueron restituyendo a sus habitantes algunos derechos sobre las mismas. Así, en 1680, y según las instrucciones que el Gobernador y Capitán General de Filipinas había dado al Gobernador de Marianas, José Quiroga' (1680-1681), se ordenaba que en esa época de pacificación del archipiélago, se "donasen tierras" ... "mejorándoles en la propiedad de la que laborearen y necesitaren para sustento", a aquellos naturales que estuvieran al lado de los españoles en armas (art. 7) y a aquéllos que hicieren algún servicio particular de interés, como algún aviso importante, matar o prender a cualquiera de los indios "facinerosos o tumultuarios", premiándoseles con la tierra que necesitaran (art. 8); anualmente debían incrementarse las sementeras, haciendo que los indios que las trabajaban tomaran un poco más de tierra cada uno para que no se padeciera necesidad alguna

(art. 32).

Durante el proceso de reasentamiento de poblaciones (los ganis de las islas del Norte al sur de Guam, especialmente a Inarajan, y los tinianos a Pago), y con objeto de ir formando pueblos, a cada familia realojada se le daba un pedazo de tierra, ranchos o fincas⁸.

En 1682 el Gobernador Saravia distribuyó tierras entre los chamorros, obligándoles a trabajarlas y a hacerlas productivas⁹, aunque quien realmente inició el camino hacia la posesión "privada" de la tierra fue el Gobernador Mariano Tobías, entre 1771-1774, distribuyendo tierras entre la población para que fueran cultivadas¹⁰.

Las tierras de españoles y regulares eran las únicas que estaban sujetas a diezmar; solían arrendarlas a los naturales, cometiendo el abuso de que fueran éstos los que pagaran el diezmo correspondiente. Esta práctica fue suprimida por la Real Cédula de 20 de enero de 1786, que ordenaba que dicho diezmo fuera cobrado únicamente a los propietarios¹¹.

En el reparto de tierras de las islas Marianas, de su dominio útil dependiendo siempre de diferentes objetivos, encontramos varias categorías:

1. Haciendas reales propiamente dichas, esto es, las tierras dedicadas para el uso y disfrute de la Administración, siendo sus productos destinados a los Almacenes reales.

2. Tierras de "abastecimiento", que serían los casos de la isla de Tinian y también, desde las primeras décadas del siglo XIX, la isla de Saipan.

3. Haciendas de la Iglesia, primero de los misioneros jesuitas

y luego de los recoletos, siendo su objeto el autoabastecer a la comunidad religiosa en la que se englobaba el Colegio de San Juan de Letrán.

4. Grandes terrenos, incluso islas enteras (Pagan, Agrigan, etc.), arrendadas a hombres de negocios, generalmente extranjeros¹², siendo una práctica típica del siglo XIX.

5. Pequeñas haciendas, fincas o ranchos usufructuadas a los naturales para su autoabastecimiento. Dentro de esta categoría, a su vez, podríamos distinguir también entre repartos de tierras, siempre en usufructo, entre los carolinos residentes en las islas Marianas y algunos deportados llegados en el siglo XIX.

En 1828, las Haciendas reales estaban localizadas en el sur de la isla de Guam, y los habitantes de Agat, Umata e Inarajan trabajaban las tierras del Gobierno a cambio de un salario, estando las mismas administradas por el alcalde. Por contra, había rancherías en la costa norte de Guam y en otras zonas de la isla¹³.

Como señala Teresa del Valle¹⁴, había tres tipos de tierras comunales de la Corona, esto es, los ejidos, las dehesas y los montes.

El ejido era la tierra en la que se encontraba un pueblo y lo rodeaba, siendo las autoridades municipales las que regulaban los derechos para cultivar estas tierras comunales, granjas en definitiva.

Las dehesas eran las tierras de pasto para el ganado, mientras que los montes eran las áreas forestales; en estos últimos, al ser de dominio público, todos los habitantes tenían derecho a recoger los frutos que quisieran e incluso a cazar el ganado que

por allí hubiera.

El 11 de agosto de 1820 el Gobernador General de Filipinas, Mariano Fernández de Folgueras, dio instrucciones a Bernardino del Hierro para su comisión a las islas Marianas, exponiéndole que por Real Orden de 29 de septiembre de 1817 y según lo acordado por la Junta de Hacienda Pública en 30 de junio de 1820, se pretendía arreglar el sostenimiento y orden público de las islas Marianas a consecuencia de la consulta de los Ministros de la Real Hacienda, por la cual formaron el nuevo plan y se ciñó el situado a los 8.000 pesos que aprobó S.M. en la Real Orden de 29 de septiembre de 1819¹⁵.

Según estas instrucciones, el Gobernador nombrado en comisión distribuiría las haciendas llamadas del Rey, que se sostenían a costa de la Real Hacienda, en suertes entre los habitantes en función de su disposición al trabajo para que fueran cultivadas con fruto propio, advirtiéndoles, como condición previa, que este establecimiento sería puramente interino y que dado el caso que se presentase algún legítimo propietario debería devolver la parte que fuese a éste aún después de levantadas las cosechas por el colono, al tiempo que éste sería atendido por el Gobierno para que adquiriera la propiedad cuando no hubiera propietario. La aplicación de los colonos debía mantener las tierras en continuidad y útil cultivo, agregándose que si se mantuviesen incultas y descuidadas perdería la acción de retenerlas aquel individuo a que se hubiese establecido y se pasarían a otras manos más aplicadas y laboriosas para que la cultura no cesase;

como en las mismas Haciendas había cabezas de ganado y aves, también se repartirían entre las familias.

Ya que los colonos difícilmente podrían dedicarse al cultivo al estar privados de los instrumentos más precisos para verificarlo, los Ministros de Real Hacienda habían propuesto que se socorriera a aquellos habitantes, y solo una vez, con un bolo y una pieza de manta, advirtiéndole que la Superioridad se esforzaría en proporcionarles nuevos auxilios en razón del aplicado uso que hiciesen de los que se les hubieran remitido y que no tenían más objeto que el propio bien de los mismos habitantes.

El repartimiento de bolos y piezas de manta, como don gratuito, sería verificado por el Gobernador de aquellas islas, pudiendo acordarlo, si lo hallasen oportuno, con los Padres Ministros de los pueblos para que este reparto o donación se hiciese a aquellos individuos que manifestasen aplicación al trabajo. El coste que los referidos objetos tuviese debía obtenerse, según los Ministros de Real Hacienda, de la Obra Pía, o bien si quedaren sobrantes del veinticinco por ciento con que debían cargarse los efectos que remitidos por la Real Hacienda se vendiesen por ésta; y en último caso, se pagaría el coste de este donativo, por esta sola vez, del fondo formado por los donativos voluntarios de los cabecillas de chinos y cuya suma tenía destinada el Gobierno para beneficencia y utilidad pública.

Como una medida temporal, y para procurar que los productos realizados tuviesen salida, era conveniente que por el comisionado de los Ministros de Real Hacienda se comprase el algodón despepitado que presentara cualquiera de aquellos naturales que se dedicase a aquel cultivo, pagando la libra al precio de nueve

granos; dicha disposición se publicaría por bando en aquel territorio.

Por último, los Ministros de Real Hacienda apuntaron la necesidad de que sobre el valor de los efectos comprados en Manila que se remitiesen para la venta al Almacén de Marianas, se cargasen con un veinticinco por ciento, ya que sería preciso remitir los efectos de venta en embarcaciones que saliesen de Manila, cuyos viajes y riesgos habían de tenerse presentes.

Por oficio del Gobernador de Filipinas al de Marianas de 26 de agosto de 1820, se incluía testimonio referente a la distribución de tierras realengas proporcionadas a cada uno a nombre del Rey sin más condición que cultivarlas, y lo mismo de las Haciendas del Estado y ganados, aves y demás efectos, con condición de devolverlos pasados seis años contando desde la fecha de la entrega. Igualmente se estipulaba que se diera un paño de bojol a cada persona desde la edad de 10 años para arriba, y que se entregaran seis arados en cada pueblo para labrar tierras, quedando al cuidado de los gobernadorcillos trescientos pares de puntas de lipias para repartirlas gratuitamente entre los habitantes de las islas, acordándose también que se repartieran seis telares en los pueblos que servirían como premio a los que en tiempo del aprendizaje se hubiesen distinguido por su aplicación y talento; lo mismo habría de hacerse con los doce tornos de la isla de Guam.

Estas disposiciones fueron comunicadas al Gobernador de Marianas para su puesta en marcha, como así lo reconoció el mismo en septiembre de 1822, quedando encargado de dar cumplimiento; lo mandó publicar por bando para que llegara la noticia a todos,

fijándolo en los Tribunales de los pueblos de su jurisdicción¹⁶, lo cual no se había verificado al estar enfermo el Administrador de Hacienda Pública y no haberse podido nombrar una Junta.

El uso comunal de la tierra no había dado la prosperidad esperada para las islas Marianas por lo que, desde el Reglamento Ricafort se introducen novedades en el sistema de tenencia de la tierra.

Por el artículo 4° del citado Reglamento se suprimían totalmente las Haciendas del Rey en la isla de Guam, la única que por su población y circunstancias podía cultivar con aprovechamiento el terreno que habría de distribuirse entre sus moradores, siendo asignadas a los mismos por una Junta compuesta por el Gobernador Político-Militar, el Padre Cura o ministro de Agaña, el Administrador de la Real Hacienda, y dos vecinos honrados que eligiera la misma Junta.

Ello habría de hacerse sin perjuicio de los que poseyeran ya tierras que estuviesen en cultivo, como eran los casos del Gobernador y el Padre Cura en lo respectivo a las huertas o terrenos que de tiempo antiguo disfrutaban en las proximidades de sus respectivas viviendas, ni de las comunes o ejidos que correspondían a los pueblos; todas las restantes se repartirían en suertes proporcionadas a los indios casados que carecieran de ellas para sí y para sus mujeres.

El nuevo sistema prohibía la enajenación de las tierras ya que el objeto era que las heredaran sus hijos y descendientes, estableciendo que el dominio directo pertenecía a la Corona y el útil a los naturales que las trabajaran. En caso de no sacar provecho de esta tierra otorgada y de no ponerla en cultivo, las

autoridades tendrían facultades para quitársela y dársela a quien creyera más capaz para realizar esta tarea.

Se contemplaba también el reparto de útiles de labranza y herramientas por una sola vez (art. 6°) entre aquellos naturales que carecieran de ellas, remitiéndose un buen surtido en la primera ocasión que se presentara, para que se distribuyera por la misma Junta al precio de su costo y costas

Por el art. 5° se estipulaba igualmente el reparto del ganado que correspondiera a S.M., haciéndose la distribución por la misma Junta, previo justiprecio que ella calcularía, para obligar a sus compradores a pagar en cierto número de años, aplicándose este corto producto a beneficio del Hospital de San Lázaro ya que carecía de dotación y era necesario proporcionársela. Correspondería al Gobernador Francisco Villalobos (1831-1837) la puesta en marcha de esta nueva política agraria.

Como ejemplos de la nueva legislación, en 1829 el Administrador de la Real Hacienda de las islas Marianas certificaba que en virtud de lo dispuesto en el artículo 4° del nuevo Reglamento y reparto hecho de las tierras de las Reales Haciendas de S.M. en la isla de Guam, se había cedido por la Junta de que hablaba dicho artículo a D. Pedro Meno un pedazo en el pueblo de Inarajan de 25 brazas de largo y 16 de ancho para que lo disfrutase con arreglo a lo prevenido en el mismo artículo, esperándose que de los frutos o utilidades que recogiese en el referido terreno, satisfaría buenamente, y por vía de gratitud, el diezmo de ellas para las urgencias del Real Servicio, según se había brindado a hacerlo. Dicho documento fue firmado por el Gobernador Villalobos, como Presidente de la Junta, y por el

Padre Ignacio del Rosario como vocal¹⁷.

En las mismas condiciones se habían cedido terrenos a Juan Alilaje (50 brazas de largo por 25 de ancho) y a Francisco Nalifo (35 por 28, respectivamente), también en el pueblo de Inarajan, entre otros nuevos propietarios.

Por otro lado, un número considerable de haciendas eran propiedad del Gobernador y de la Iglesia, que las disfrutaban desde antiguo, y las restantes formaban los terrenos comunes pertenecientes a los pueblos; en cualquier caso, aunque se apreciaba una tendencia a la "privatización" de la tierra en manos de los naturales, lo cierto es que un gran número de ellas siguieron permaneciendo como tierras de la Corona.

Durante el período de 1850 a 1898 la mayoría de los ejidos estaban en manos de diferentes familias que habían obtenido permiso del Gobierno para dedicar parte del terreno a la construcción de una casa, para la agricultura, pastoreo y fabricación de tuba. De esta forma, las tierras se daban en un área del pueblo o villa donde había de construirse la vivienda familiar, siendo bienes conjuntos, aunque muchas familias también poseían granjas fuera del pueblo.

Después de 1850, una serie de disposiciones regularon el arrendamiento de las tierras del Gobierno para ser destinadas a la construcción de viviendas, agricultura y pastoreo¹⁸, otorgando derechos a los arrendadores tales como la facultad de poseer alguna tierra para el cultivo; si el arrendador abandonaba la propiedad, solamente podría recoger la cosecha de los cultivos plantados ese año.

Igualmente, podían poseer un rancho para cerdos y vacas, esto

es, un terreno dedicado al ganado, cuya concesión se hacía principalmente para rentabilizar las tierras incultas; se localizaban, generalmente, en zonas lejanas a los núcleos de población.

Cada propietario tenía derecho a poseer un lote de 12 varas por 12 varas para la ubicación de la vivienda, cocina y corrales para animales domésticos, pudiendo ocupar las tierras próximas a la casa individual, quedando obligado a cuidar y a mantener limpia la calle que rodease a esta parcela.

La tierra se podía cultivar durante el tiempo en que el Gobierno no la fuera a utilizar, aunque cuando éste la reclamara, el arrendador perdería todos los derechos que había adquirido sobre la misma.

Podría construirse una casa en la tierra arrendada a otra persona, siempre y cuando hubiese un acuerdo al respecto entre ambos, siendo también de cultivo común la tierra cercana al puerto de Umata.

Por último, cada arrendador tendría derecho a explotar entre catorce y veinticinco cocoteros para la fabricación de tuba, a vigilar las arboledas comunales de cocos y a utilizar un corral de pesca en una determinada parte de un río o de un arrecife.

En cuanto al sistema de propiedad y uso de la tierra, desde esas fechas -años 50-, se mantenía pues la práctica de darla en usufructo a los naturales, siendo libre la recolección de frutos de toda especie en los terrenos realengos. En cualquier caso, lo cierto es que aunque se repartieron usufructuados algunos terrenos, la gran mayoría no fueron destinados a la agricultura, aunque ésta era, en definitiva, el objeto último del Reglamento

Ricafort), planteándose la posibilidad de que estos terrenos revirtieran al Estado siempre y cuando se mantuvieran incultos.

Para intentar reformar el sistema, proponía el Gobernador Felipe de la Corte (1855-1866) el que se fijara un precio a los terrenos y adjudicarlos en propiedad a los que los tuvieran por entonces en cultivo y quisieran conservarlos, debiendo adjudicarse igualmente a suertes a los que los pidieran, fueran moradores o futuros colonos, de forma gratuita si no hubiera oposición, pero estando sujetos todos al pago de un impuesto sobre propiedad o riqueza¹⁹.

De esta manera se pondría fin al abuso que cometían muchos de llamarse grandes propietarios, que acaparaban todas las tierras vecinas a sus casas para mantenerse más aislados, pero las seguían manteniendo baldías; si se gravara la propiedad con un impuesto, no reclamarían aquello que no pudieran utilizar.

El plan del Gobernador consistía en sacar los terrenos a pública subasta adjudicándose al mejor postor, que pagaría su importe a beneficio del Estado. Para ello, sería necesario el establecer una serie de guardas por cuenta del Estado que impidieran coger toda clase de frutos en lo no adjudicado para forzar a todos a cultivar terreno propio, siendo indispensable que este servicio se hiciera por naturales de otra parte ya que los de Marianas tenían la costumbre de no respetar disposición ninguna que estuviera fuera de sus usos.

El uso de las dehesas para pastos se realizaba de la misma forma que la tierra para los cultivos, esto es, solicitaban los naturales determinadas leguas cuadradas para mantener a sus no más de veinte puercos, permitiéndose el aprovechamiento exclusi-

vo, algo que desaparecería si se les adjudicara en propiedad.

Por otro lado, también había pastos públicos o comunales cuya reforma habría de pasar, según este plan, por el pago de un tanto por cabeza y sin demarcación ninguna.

Estas reformas supondrían un desembolso previo por parte del Estado, pero a la larga se sentirían sus beneficios.

Lo cierto es que en la provincia de Marianas, y por muy diferentes motivos, se habían dejado de cumplir muchas de las disposiciones superiores, algunas de trascendental importancia, por ejemplo, la referente a composición de terrenos; otro asunto de gran interés fue el aprovechamiento de los montes del Estado, que yacía en el mayor abandono, como se quejaba el Gobernador Olive en 1886²⁰, hasta el punto de que buscando antecedentes en el archivo, tan solo se encontraba de 1872 un papel fechado el 2 de enero con un solo artículo por el que se prohibía todo aprovechamiento sin autorización del Gobierno, cuyo bando había caído en el más completo olvido.

De este modo, el citado Gobernador se propuso regular la aplicación del citado Reglamento de Montes vigente referente al aprovechamiento y corte de leña y madera ya que resultado del abandono en que se tenía el ramo de Montes, muchos por ignorancia y otros por olvido, habían estado cortando leña y madera durante mucho tiempo sin autorización; desde la fecha, y a pesar de que según el artículo 20 del Reglamento los frutos de los mismos eran libres y gratuitos, solamente podrían aprovechar gratuitamente las maderas de los montes aquellos que impedidos por la necesidad y siendo vecinos no pudientes la necesitaran para la construcción o reparación de sus casas, y solamente hasta el primero de julio

de 1887.

Todos los terrenos pertenecientes al Estado que no estaban adjudicados, fueran pastos, montes o tierras de labranza, precisaban de la aprobación superior para su aprovechamiento, aunque muchas veces los chamorros ignoraban la normativa vigente.

Por ejemplo, para el aprovechamiento de la isla de Cabras, situada en el puerto de San Luis de Apra, Joaquín Portusach, gobernadorcillo de la ciudad de Agaña en 1870, solicitó por escrito el 22 de julio permiso del Gobierno para usar como pasto el islote citado²¹.

Para acceder a tal súplica, el Gobernador Moscoso (1866-1871) pidió informes al teniente de gobernadorcillo de la ciudad, Vicente Pangelinan, acerca de la pretensión que antecede, quien en su respuesta afirmaba que ya que desde hacía algunos años no había tenido poseedores legítimos el islote que solicitaba Portusach, consideraba no haber inconveniente alguno en concederle lo que pedía. Ante ello, al día siguiente, el Gobernador dispuso que se le librara el certificado de adjudicación en propiedad con el solo objeto de soltar cabras.

El nuevo Gobernador de Marianas, Luis de Ibáñez y García (1871-1873), no estaba conforme con el procedimiento seguido para tal concesión puesto que solo se habían pedido informes a Pangelinan, primo y compadre de Portusach, sin haber oído al común de los Principales y al devoto cura párroco, como era costumbre inmemorial siempre que algún individuo solicitaba algún terreno ya para levantar su casa ya para formar una sementera; se añadía el hecho de que Portusach negaba el acceso al islote a los pescadores que allí tenían sus corrales de pesca. Por estas

razones solicitaba a la Superioridad en Manila que se desalojara la isla de Cabras de los animales que allí tenía Portusach, quitándole el derecho de propiedad para que libremente pudiera el público en general cortar leña y hacer sus covachos para dedicarse a la pesca con toda libertad.

Todo ello supuso la apertura de un expediente, bastante ilustrativo de cómo se concedía una propiedad y cuáles eran los recursos y argumentos de las autoridades, tanto de Marianas como de Filipinas, para desposeer al que había sido, en teoría, legítimo propietario.

El asunto pasó a manos de la Intendencia General de Hacienda de Manila, con el visto bueno de Ibáñez, quien consideraba que el derecho de Portusach a tener allí sus pastos no le autorizaba a prohibir a los naturales a construir sus covachos y demás usos que las leyes les concedían.

La Administración Central de Estancados comunicó a Ibáñez que para proceder en este asunto oyerá al gobernadorcillo, común de los Principales y al cura párroco acerca de la concesión otorgada por su antecesor sin las formalidades debidas.

El gobernadorcillo de la ciudad, José Pérez, y el común de los Principales²², reunidos en sesión pública en la Casa Tribunal, elaboraron informe sobre el usufructo, que en Marianas podía considerarse sinónimo de propiedad, de la isla de Cabras, concluyendo que si bien la concesión hecha a Portusach para el aprovechamiento de los pastos de la isla de Cabras carecía, según el expediente indicado por Ibáñez, de las formalidades legales, no por eso podía oponerse a ella el común de los Principales puesto que además de ser una isla inhabitable, por ser una roca acan-

tilada aunque con vegetación, tampoco Portusach había privado en ningún momento a los naturales del corte de leña y frutos que la isla ofrecía, o formar covachos en ella, como hizo ya presente la Principalía el 20 de junio de 1874 a petición del interesado en este expediente. Añadían que Portusach era una persona a quien se le debía la importación de algunos frutos a esas islas y que siendo, por lo tanto, muy querido en ellas, la Principalía no encontraba inconveniente en que siguiera poseyendo el derecho de propiedad sobre los citados pastos, mucho más en las circunstancias del momento en que había una gran escasez de carne y la ganadería de Portusach representaba una gran ventaja al surtir al público de un artículo sumamente necesario y a precio muy módico. Este informe solicitaba que fuera suscrito por el cura párroco, Aniceto Ibáñez del Carmen, como así lo hizo.

En resumen, tras la investigación que se siguió y en la que Portusach presentó ante el Gobernador de Marianas una serie de testigos, al Gobernador Luis de Ibáñez no le quedó más remedio que seguir aceptando tal usufructo. Con ello quedaba demostrado que aunque la autoridad de los Gobernadores Político-Militares del archipiélago era prácticamente ilimitada, en algunas ocasiones tanto la opinión del cura párroco preferentemente, como la de la Principalía, tenían algún peso en las decisiones gubernativas, especialmente en el caso del primero.

Uno de los problemas que se les plantearon a las autoridades españolas en las islas Marianas fue la falta de control sobre los ranchos que, perteneciendo a un determinado término municipal, escapaban del control del mismo, dándose casos en que ni se cultivaban las tierras ni se criaban ganados, fines primordiales

para la concesión de estos terrenos; la falta de conocimiento que había sobre estas personas hacía que se librarán incluso del servicio de la prestación personal, recurso necesario para la buena marcha de las islas.

Los Gobernadores se quejaban de que no podían contar con la ayuda de los gobernadorcillos, encargados de hacer los padrones, ni de los jueces de sementera, quienes en muchas ocasiones eludían sus responsabilidades de vigilar a toda esta población rural.

Para intentar solventar este problema, el Gobernador Joaquín Vara del Rey (1890-1891) dispuso en 1891 una serie de medidas para regular la estancia en los ranchos de los que se dedicaban al cultivo de las tierras o al cuidado de los ganados²³:

1°. Los ranchos se considerarán dependientes del pueblo en cuya jurisdicción estén enclavados, aunque el dueño o rancheros figuren domiciliados en pueblos diferentes.

2°. Ni los dueños, ni los rancheros ni ningún vecino en general, podrán figurar en el padrón de un pueblo y residir en otro, pues cuando los interesados necesiten trasladar su residencia han de solicitarlo a este Gobierno por conducto del pedáneo respectivo, quien al cursar la solicitud informará si hay o no inconveniente que se oponga a la petición, en el concepto de que no podrá conceder ninguna traslación sino con la cláusula de dejar satisfechas sus obligaciones hasta fin de año, en cuya fecha se producirá el alta y baja en los padrones respectivas y nombrada persona que le sustituya en los trabajos de comunidad. Los que en la actualidad se hallen en este caso, legalizarán su situación, solicitando sin pérdida de tiempo se les de de alta en el pueblo en que residen y de baja en el que venían figurando mediante los requisitos que quedan apartados.

3°. Sin acreditar que posee casa en pueblo o barrio, nadie podrá establecer vivienda rural a más distancia de un cuarto de hora de aquel o éste, dándoles un plazo de seis meses para cumplir este requisito a los que carecen de casa en población.

4°. Cada Juez de sementeras abrirá y llevará un cuaderno en que se anote la situación de cada rancho según se denomine el terreno en que se halla emplazado, nombre del dueño y de los rancheros que lo ocupen, aunque figuren en el padrón de otro pueblo, lo cual se expresará (entendiéndose la ocupación

permanente aunque se ausenten los días festivos), siembras y ganados de todas clases que tengan en la época en que se verifique la primera inspección, y estado en que se halla el rancho.

5°. En fines de diciembre y junio girarán su visita semestral a los ranchos los respectivos cabezas de barangay, pero la primera de este año se practicará por gobernadorcillo y juez de sementeras precisamente con dichos cabezas, dando principio el 15 de junio a fin de abrir el registro de viviendas rurales a que se contrae la base anterior. Del resultado de la visita semestral, darán parte escrito los cabezas al Gobernadorcillo y éste facilitará al Juez de Sementeras los datos necesarios para llevar por separado las alteraciones de cada semestre.

6°. Todos los sospechosos de vagancia, de rateros u otros vicios notoriamente perjudiciales en la población rural, se les obligará a vivir bajo campana y sujetos a la vigilancia de la autoridad para que con arreglo a la ley 19, título 1°, libro 6° y la ley 1ª, título 3° del mismo libro de la Recopilación de Indias dejen libremente a los demás naturales que vivan en los ranchos en el concierto policía y buena fe que necesitan para hacer prosperar sus haciendas sin las trabas de la gente viciosa que solo consumen y nada producen.

7°. Se investigará cuáles son los ranchos en los que la codicia de la batida hace que algunos de los rancheros la obtengan a cambio de artículos de producción o próximos a cosechar, persiguiendo en una palabra a cuantos emplean la mala fe en su trabajo o especulación con daño a la moral o de los intereses que les estén confiados por sus dueños.

8°. Del resultado de la primera visita en los términos que expresa la base 5ª, formarán relación los gobernadorcillos de todos los individuos mandados retirar de los ranchos por vagos, viciosos o pendencieros, otra de los que no teniendo casa en población han sido conminados a abandonar sus ranchos si en el plazo de seis meses no cumplen con lo mandado, otra de los que tienen terrenos abandonados y carecen además de cerdos y gallinas, y otra de los que figurando en el padrón del pueblo tienen su residencia en otro distinto, aunque vivan la mayor parte del tiempo en ranchos.

Estas cuatro relaciones y una sucinta noticia de las novedades que hayan advertido en los ranchos y puedan merecer su atención, me serán entregadas personalmente por dichos gobernadorcillos para el día 15 de julio de este año, fecha que han de quedar terminadas todas las operaciones preliminares para este servicio y hechos los asientos correspondientes en el nuevo registro de la población rural de cada jurisdicción municipal".

Durante los últimos años de la presencia española en el archipiélago, desde el punto de vista del Gobierno, si bien estas

normas no se pusieron en práctica, seguían prevaleciendo las características establecidas para la posesión de la tierra desde 1828; no obstante, y a pesar de los títulos de "propiedad" o disfrute de la tierra concedidos a los chamorros, muchos de ellos habían enajenado sus tierras, vendiéndolas incluso a naturalizados extranjeros. Por contra, otros explotaban terrenos sin tener el correspondiente título para ello.

Además, y como se venía quejando Felipe de la Corte, lo cierto es que la gran mayoría de las tierras no se dedicaron al uso para el que fueron adquiridas, habiendo muchos terrenos, en teoría de cultivo o destinados a pastos, sin explotar.

b) Debate sobre la composición de terrenos realengos

Al establecer en las islas Filipinas la composición con el Estado de terrenos realengos, por un lado se pretendía el interés de la Hacienda Pública, que debía hacer valer los derechos sobre los terrenos, y por otro, el consolidar una propiedad territorial que desde antiguo se poseía.

En primer lugar, y en lo que se refiere en concreto a las islas Filipinas, la circular de la Administración Civil de 24 de agosto de 1881 declaraba que todas las diligencias que se practicaran sobre composición de terrenos realengos eran gubernativas y, por consiguiente, no se exigía derecho alguno a los interesados, concediendo la prórroga de un año y como gracia especial, a los poseedores de terrenos que los tuvieran roturados puestos en cultivo para que pudieran solicitar la composición de los mismos²⁴.

Muchas eran las causas generadoras de ese estado de cosas,

exponiéndose someramente en este informe.

Al exiguo personal de Montes, por grande que hubiese sido en laboriosidad, no le había sido posible despachar en la parte técnica las seiscientas mil instancias de los que tenían solicitada la composición con el Estado; para suplir esta deficiencia, en virtud del Real Decreto de 26 de diciembre de 1884 se habían creado las Juntas Provinciales de composición de terrenos realengos y en su consecuencia, habían pasado para su resolución a estas Juntas aquellas instancias.

Además del corto número de expedientes terminados había muchos concesionarios que aún no habían ingresado en el Tesoro lo que les correspondía satisfacer por derechos legales, siendo en este caso los Administradores provinciales los encargados del cobro.

El problema radicaba en que en muchos casos, después de decretada la concesión por la Administración Central y venir usufructuando los terrenos durante mucho tiempo, y aun años, sus poseedores renunciaban a ellos, mientras que otros no pagaban so pretexto de malas cosechas, plagas de langosta, desastres provocados por baguíos, etc., solicitando prórrogas y nuevas tasaciones, y por regla general, oponiendo siempre sistemáticamente y de continuo a la Administración una resistencia pasiva, tan característica de aquellos naturales, a todas las medidas, informes y disposiciones; además, algunos de los que no tenían satisfechos todos los derechos y por lo tanto nada tenían que pagar, no se presentaban a recoger sus títulos de propiedad.

Si eso sucedía en las provincias más ricas y prósperas del Archipiélago en las que por su proximidad, periódica y fácil comunicación con la capital, Manila, y donde de hecho ya se había

establecido la composición de terrenos con el Estado, ¿qué pasaría en las islas Marianas, dada su lejanía y donde aún no se había hecho la composición de terrenos, donde los medios de subsistencia eran tan escasos, tan atrasada la cultura de sus habitantes y su modo de ser y de vivir tan primitivos?.

El Gobernador de Marianas, en el informe que había dado lugar a este expediente²⁵, apuntaba la conveniencia de no establecer por el momento la composición de terrenos realengos en las islas, cuya síntesis se reducía a manifestar que siendo de absoluta necesidad para la subsistencia de aquellos naturales un pedazo de terreno que poder labrar para que no emigraran como lo harían si se les exigiese en la fecha algunos derechos por ellos, y a fin de poder ir creando la riqueza agrícola del país, obligarles a cultivar los terrenos que se les concedieran y que los poblaran con árboles útiles, levantando sus casas que reunidas formasen poblaciones rurales, haciéndoles adquirir de este modo el amor al hogar y al terruño, y una vez conseguidos estos propósitos, establecer sobre firmes bases la composición de terrenos.

El Negociado de Hacienda opinaba que si el Administrador Central estaba conforme, podría proponerse al Intendente General de Hacienda la suspensión por el momento del establecimiento de la composición de terrenos realengos en las islas Marianas, sin perjuicio de que aquellas Juntas Provinciales fueran formando un registro de la propiedad con objeto de hacer una especie de catastro²⁶.

En 1886, el Gobernador de Marianas, Francisco Olive, en virtud de lo dispuesto por el Real Decreto de 26 de diciembre de 1884 inserto en la Gaceta de Manila el 20 de marzo de 1885, comenzó

su investigación sobre la composición de terrenos realengos en las islas Marianas²⁷.

Comentaba el Gobernador que había interrogado al gobernadorcillo de Agaña, el cual le manifestó que nada se había dispuesto en las islas respecto a la composición de terrenos realengos y que la mayor parte de los predios rústicos de la jurisdicción de Agaña los poseían particulares, generalmente a título gratuito concedido por el Gobierno de la Provincia.

En su consecuencia, se formó un legajo de todas las instancias de concesión de terrenos por ese Gobierno, que databan desde 1837 hasta el año en curso -1886- y examinados, resultaba que para unas concesiones se había expedido título y para otras no; además, sólo algunas unas instancias estaban en papel sellado y, en algunos casos, los terrenos habían pasado a otros dueños.

Como no se habían recibido aún por correo de junio de 1886 las pautas que trataban al respecto, entre otras, la de 20 de marzo, en la que se insertaba el Real Decreto de 26 de diciembre de 1884, el Gobernador, por su cuenta, comenzó a formar los registros parciales de los pueblos, expidiéndose los títulos por el Gobierno en el papel correspondiente según el aviso de la Dirección General de la Administración Civil inserto en la Gaceta de Manila del 11 de febrero de 1885, pues había títulos, la gran mayoría, en papel que no era el adecuado.

Toda la tramitación se había hecho en la forma y práctica tradicional de la Provincia, esto es, mandando instancia a los municipios, en los cuales los gobernadorcillos habrían de medir los terrenos, e informando luego a las cabecerías para que pudiesen reclamar en un plazo de ocho días, adjudicándose luego

y expidiéndose los títulos, tramitación aumentada con la inserción en el registro general y parcial, haciéndose esto por la práctica tradicional y por deducciones.

Se intentó de esta forma cubrir el vacío legal que existía en cuanto a composición de terrenos en una provincia en la que todos sus habitantes precisaban tener una sementera para poder atender sus necesidades según la posición de cada cual; concretándose solo a los naturales, la inmensa mayoría necesitaba sementeras para cosechar maíz, camote, palay o tabaco, entre otros, para poder así satisfacer los préstamos de dinero y alguna necesidad apremiante.

Estas sementeras, en general, estaban comprendidas en el primer grupo por su extensión superficial y demás circunstancias, muchas de ellos sin cultivar. En los plazos que habrían de marcarse habrían de pasar al segundo grupo, o lo que es lo mismo, serían abandonados los terrenos por sus dueños por no tener ni la más ínfima cantidad de dinero que hubieran de abonar por la composición y, desgraciadamente, por no trabajar y tal vez presentándose algunos como víctimas despojadas.

El mayor número de los comprendidos en este caso habían roturado sus terrenos y los tenían en cultivo, obligados por el celo de los Gobernadores en interés de hacer desaparecer la vagancia y el proporcionar a los naturales los únicos medios de atender a sus necesidades y de sus familias, obligándose también en interés de la moralidad y de la higiene a tener una casa cada uno.

Se habían repasado todas las Gacetas desde septiembre de 1880 para ver lo que había sobre composición de terrenos con idea de

hacer un estudio previo para su aplicación por las Juntas Provincial y Locales y así analizar qué títulos quedaban aún por otorgar entre esas personas que no tenían los 0,25 de pesos para comprar el papel correspondiente.

A excepción de alguna que otra familia, que poseían terrenos más grandes e incluso algún criado y pastores para las solturas de ganados, como se ha señalado, la inmensa mayoría había de dedicarse forzosamente a la agricultura para atender todas, o gran parte, de sus necesidades; es por ello por lo que muchos también habían de recolectar frutos silvestres y espontáneos para poder comer.

Según Olive, muchos Gobernadores, él entre ellos, tuvieron que obligar a los naturales a roturar y cultivar sus tierras dado que eran unos holgazanes, siendo manifiesta su desidia al respecto para que así, al menos, pudiesen atender a sus necesidades. Por ejemplo, el 15 de septiembre de 1879 recomendó la siembra de café remitiéndose semillas al efecto; las siembras habían progresado algo en número de ponos aunque el fruto que se cosechaba era escaso, lo que motivó que los agricultores viejos y trabajadores no estuviesen contentos con el resultado.

Respecto a los cicales, sí que había relativamente buenas plantaciones, entre otras cosas, porque se había obligado a las familias a plantar un cierto número de estos árboles.

Sobre los predios destinados a soltura de ganados, los más extensos, consideraba el Gobernador la necesidad de adjudicarlos de forma gratuita, siempre y cuando se cedieran a personas que los aprovecharan realmente.

El número de cabezas de ganado en las islas eran por esas

fechas de unas 2.500, entre ganado vacuno y caballar (1.700 y 500 respectivamente).

En Rota, y en relación al debate sobre los terrenos realengos, no se había cumplimentado el bando del 29 de julio de 1885 necesario para formar el registro general al haber tenido que ser relevado su Alcalde por enfermedad; habitada la isla principalmente por chamorros, aunque contaba también con escasos carolinos, se dedicaban a pescar y a cultivar algunos terrenos laborables.

La isla de Tinian la habitaban unos doscientos treinta carolinos y cada familia cultivaba un pedazo de terreno a fin de proporcionarse frutos para su alimentación; de esta isla se habían recibido los datos para la formación del registro de los terrenos familiares, pero siendo muy cortos los frutos espontáneos del monte en esta isla, en caso de ser desprovistos de los terrenos que cultivan sus habitantes muchos tendrían que emigrar o volver a la vida miserable anterior a la emigración a Marianas.

De la isla de Saipan también se habían recibido los datos, siendo la isla que seguía en importancia a la de Guam. Habitada por unas ochocientas personas, un tercio eran chamorros procedentes de la de Guam, y dos tercios carolinos, algunos de los cuales eran descendientes de los que arribaron antes. La inmensa mayoría de ellos eran cristianos, habiendo olvidado en gran parte sus anteriores usos y costumbres, dedicándose igualmente a cultivar la tierra, si bien muchas veces las cosechas se malograban por los baguíos.

Exponía Olive al Gobernador General para ilustrar la cuestión de la composición de terrenos que, dada la situación actual del

país, la inmensa mayoría de sus naturales necesitaban para complemento de su existencia de un pedazo de terreno, pero casi nadie tenía dinero para adquirirlo por poco importante que fuera la cantidad necesaria para ello.

Si se llevara a cabo la composición de terrenos de la manera indicada, podrían irogarse perjuicios a gran parte de los naturales, privándoles de uno de sus escasos medios de subsistencia.

Resumía su informe el Gobernador Olive en los siguientes puntos:

1°. Nada se había dispuesto en Marianas respecto a la composición de terrenos ordenada, ignorándose si sería por estar pendiente alguna consulta hecha a la Superioridad.

2°. Para complicar más la situación, no se recibió ni se había recibido en la fecha, a pesar de las reclamaciones hechas, la Gaceta de Manila correspondiente al 20 de marzo de 1885, en la que se insertó el Real Decreto de 26 de diciembre de 1884, ni la de 27 de agosto de 1881 que contenía la circular de la Dirección General de la Administración Civil de 26 del mismo.

3°. En vista del Decreto del Gobierno General de 25 de marzo de 1885 publicado en la Gaceta del 29 de julio de 1885, y en espera de las reclamaciones, se dio el bando de 29 de julio de 1885, formándose el registro general para el Gobierno de la Provincia y los registros parciales para los pueblos, de los terrenos en usufructo, bien para siembras o bien para pastos, en cuyos registros, por medio de la cifra correspondiente, señalarían las juntas de una manera provisional los terrenos que pertenecieran al primero, segundo y tercer grupo, para la oportuna y definitiva adjudicación en debida forma.

4°. Recibidas en el Gobierno provincial el día 20 de abril de 1885 la circular de la Dirección General de la Administración Civil del 11 de enero anterior, la del 19 del citado mes y la del 24 de marzo siguiente, en cumplimiento a lo en ellas ordenado, se nombraron las Juntas Provincial y Locales de la isla de Guam, y cuando hubiera comunicación, se ordenarían las de Rota, Saipan y Tinian.

5°. La inmensa mayoría de los naturales necesitaban un trozo de terreno para subsistir y comprendiéndolo así los Gobernadores, sobre todo los que dejaron fama de más celosos, habían recomendado, aconsejado, exigido y hasta ordenado siembras a fin de evitar la miseria y sus consecuencias, concediendo terrenos al efecto.

6°. Por la necesidad anteriormente indicada y la imposibilidad de que gran número de los que poseían terrenos no hacía diez años pagasen su importe siempre que la debida unidad no impidiese que se hiciera alguna excepción en favor de determinadas comarcas, por su manera de ser y salvo siempre el más ilustrado parecer de la Superioridad, en las islas Marianas debían concederse por composición gratuita los terrenos comprendidos en el primer grupo, aunque no llevasen detentando la posesión durante diez años, art. 4°, y veinte años, art. 5°, del Reglamento de 25 de junio de 1880, quedando subsistente la de treinta años para que no resultase protegida ni favorecida la holgazanería y la desidia.

8°. Hallándose muy necesitada la protección y estímulo de la ganadería de la provincia, debería ampliarse hasta veinticinco hectáreas la extensión superficial de los terrenos de concesión

gratuíta, siempre que no pudiesen dedicarse al cultivo.

El bando del Gobernador Olive de 29 de julio de 1885 al que se ha hecho referencia ordenaba que para evitar los perjuicios que pudieran irogarse a los tributantes poseedores de terrenos por no tener el oportuno título de propiedad en debida fórmula, así como por haber sufrido extravío el expediente original radicante en las oficinas de este Gobierno, en el plazo de tres meses desde la publicación de este bando los propietarios rurales deberían inscribirse en el registro que se abriría en ese Gobierno, quedando claro que se entendería por propiedad rural todos los terrenos que poseyeran los mismos, tanto para cultivo como para pastaje de ganado mayor y menor, así como los montes concedidos en usufructo para el corte de maderas.

Para inscribir las propiedades debían presentar, quien los tuviese, los títulos expedidos por el Gobierno; los que careciesen de ellos presentarían una nota expresiva del nombre y apellidos del poseedor, pueblos donde radicase la finca, denominación de ésta, su extensión en metros cuadrados y fecha en que la solicitó y en la que le fue adjudicada, expresando en este último hasta con toda exactitud, por lo menos el año para facilitar el trabajo en las oficinas en beneficio de los interesados. Los que no tuviesen título de propiedad y además no se encontrasen los expedientes originales en el Gobierno, bien por extravío o por no haber solicitado los terrenos, elevarían sus instancias al mismo para la resolución procedente.

La inscripción en el registro sería gratuíta, así como la tramitación de los expedientes, excepto el papel correspondiente que podría adquirirse en la Administración de Hacienda Pública.

Se ordenaba a los Alcaldes de Rota y de Saipan y al Teniente Alcalde de Tinian el abrir un registro de acuerdo con el formulario que les sería remitido junto a este bando, para registrar las inscripciones correspondientes, debiendo devolver al Gobierno los expedientes originales para su aprobación definitiva y unión del papel sellado de reintegro que correspondiese por cuenta de los interesados, cuyos expedientes habrían de quedar archivados en las oficinas facilitando a los interesados el correspondiente testimonio como título de propiedad.

De esta forma, las fincas otorgadas anteriormente por concesión gubernativa fueron legalizadas mediante información posesoria aprobada y registrada en el Registro de la Propiedad en la época marcada por el Real Decreto y Decreto de composición de terrenos, entregándose los correspondientes títulos de dueño. Pero estos terrenos, a pesar de que de hecho eran cedidos en propiedad, no lo eran de derecho puesto que estaban sujetos a la normativa vigente y en ningún caso podían ser vendidos; en definitiva, se concretó la práctica que se seguía desde antaño, esto es, ceder el dominio útil de la tierra a los propietarios si bien esas tierras, en sentido estricto, seguían perteneciendo a la Corona, quien detentaba el dominio directo.

Un nuevo informe, en este caso de la Sección de Hacienda, considerando que las islas Marianas se encontraban en una situación topográfica sin igual que con el tiempo habría de ser la primera estación para el comercio no solo con China y Japón sino también con América y, por consiguiente, sus productos agrícolas habrían de obtener irremisiblemente mejor salida que los del archipiélago filipino, era de todo punto innecesario que

la Hacienda perdiera los derechos legales que por la composición de terrenos habría de corresponderle, toda vez que en la fecha sus arcas se encontraban exhaustas, siendo además ésta otras de las razones en la que se fundaba la Sección para oponerse, pues aun dado el caso de acceder a lo solicitado, pasaría que solo se conseguiría proteger a determinadas personas que con el tiempo se encontrarían con inmensos capitales sin desembolsos ni trabajo alguno, saliendo con esta medida lesionada la Hacienda. Por eso, la Sección consideraba conveniente que el Intendente pusiera en vigor todas las disposiciones existentes en el archipiélago filipino sobre la materia en las mencionadas islas Marianas.

Desde la Intendencia General de Hacienda de Filipinas se redactó otro nuevo informe²⁸ recordando el anterior del Gobernador de Marianas sobre la pobreza de sus habitantes, razones no válidas para este organismo, que se ratificaba en que debía establecerse la composición porque ese era el único medio de crear la propiedad privada.

Si a pesar de ser éste un beneficio que a poco costo se obtendría con arreglo a las disposiciones vigentes en Filipinas era una rémora ese pequeño dispendio que podría entorpecer en Marianas la realización de los fines que el Gobierno de S.M. se había propuesto al establecer la composición, fácilmente podría evitarse modificando las condiciones de ésta, para lo cual encontraba muy aceptables la Consultoría de Hacienda las reformas que proponía la Inspección General de Montes en su informe que, en definitiva, suponían esperar a la composición hasta una vez que se hubiese incrementado la riqueza agrícola del país.

Por fin, la Real Cédula de 1893 supuso la renovación de los

títulos de propiedad de la tierra, siempre y cuando se demostrara que ésta se detentaba desde hacía más de treinta años y que además, se había utilizado para los fines establecidos por la autoridad.

Ya en 1888, el Gobernador Enrique Solano (1887-1890) informaba de que se habían recibido en su Gobierno los reglamentos vigentes para la composición de terrenos realengos en el archipiélago²⁹, pero se quejaba de que las circunstancias especiales de la provincia, en la que muy contados propietarios tenían legalizada su propiedad habiéndose hecho las concesiones de terrenos con arreglo a usos y costumbres antiquísimos, hacían que la nueva ley se planteara con alguna lentitud, primeramente porque había que enseñar a los habitantes el objeto de ella y el modo de cumplirla, y segundo, porque se tropezaba con la ignorancia de los componentes de las Juntas Locales, que a excepción hecha de los curas párrocos, todos los demás carecían de conocimiento de la ley. Todo esto, unido al creciente número de expedientes que había que tramitar, retrasaban el pronto cumplimiento de las órdenes de Manila.

En 1891 el Gobernador Luis Santos (1891-1892), recién asumido el mando del archipiélago, daba cuenta de que en Marianas no regía el Reglamento de composición de terrenos de 23 de junio de 1880, con sus modificaciones posteriores, ni el de ventas de terrenos del Estado de 26 de enero de 1882, siguiéndose la práctica de un sistema mixto, por un lado, con la aplicación del Reglamento Ricafort, y por otro, con la resolución de la Superioridad de las consultas elevadas según se creyera más conveniente en armonía y justicia con el modo de ser de las

islas³⁰.

Como se ha visto, por el Reglamento Ricafort se concedían terrenos en usufructo a los naturales de las islas Marianas con la condición de no poderlos ceder ni enajenar a fin de que los hijos los pudieran heredar.

La mayoría de los terrenos cedidos a particulares lo habían sido de esta forma y bajo esta condición y sin embargo a la altura de 1891 se habían vendido muchos terrenos, faltando así a aquella disposición y cláusula única por la que habían sido cedidos y, por lo tanto, fuera del usufructo de la familia a quien fueron donados.

Había también otros apropiados y detentados sin título, derecho ni autorización alguna para ello, unos que continuaban en poder de los detentadores y otros que habían sido vendidos a particulares injustificadamente y de una manera escandalosa.

Unos y otros, todos en general, era indudable que tenían conocimiento de las leyes de composición y venta, y sin embargo, dejaban transcurrir los años sin tratar de legalizar su propiedad con el solo objetivo de ponerse en mejores condiciones, llegando a contar los diez, veinte o treinta años, o de que pudiera presentarse alguno, con preferencia extranjero que, naturalizándose, le compraba lo que consideraba suyo por atribuírselo a sí mismo y la pública opinión, merced al tiempo que lo estaban ocupando aunque no lo cultivasen ni atendiesen.

Esto ocasionaba al Estado pérdidas de consideración, sin que le reportara ventaja alguna, pasando por esta forma la propiedad y por cortísima cantidad que el Erario no percibía a manos extrañas, que era lo mismo que si se empleara la ley de donacio-

nes de los indígenas a los extranjeros, con el beneficio de acreditarles en un día los treinta años de posesión, o de que los mismos naturales extraños a los terrenos lograran en un día lo que a otros se les dispensaba por haberlos tenido los mismos treinta años.

Tal estado de cosas, continúa el Gobernador, no era justo ni conveniente, opinando que debían juzgarse los casos según las disposiciones que rigiesen en la época de cada uno, retrotraer los hechos a su verdadera y equitativa situación y una vez conseguido en cada uno, obligar a la composición o compra según correspondiera, dando con esto la igualdad de las demás provincias, sintolerar ni más reconocimientos de hechos que las ventas efectuadas por el Estado o la conservación de los terrenos que éste les entregaría en usufructo para llevarlos a la composición, pero nunca las ventas fraudulentas a las que había hecho referencia.

Puesto en conocimiento de la autoridad en Manila, el Gobernador se abstendría desde la fecha a toda concesión hasta que aquélla resolviera, rogándole se sirviera ordenar el pronto estudio de este asunto a quien correspondiera.

Al propio tiempo, solicitaba que le manifestara los precios de terrenos de ventas según tarifas para el público conocimiento, puesto que en Marianas se ignoraban por no haber más que las fraudulentas y éstas no era posible que pudiesen regir como precio legal por ser muy bajos.

Además, preguntaba si los solares para construcción de casas se encontraban en igualdad con los demás terrenos de cultivo del Estado para su composición o venta; si los que adquirirían terrenos

por composición podían enajenarlos seguidamente y solicitar otros nuevos; si los que poseían terrenos que lindaran con los del Estado carecían de alguna de las condiciones para poder evitar su composición y no los querían comprar habían de continuar familiarmente en su posesión, y finalmente, si compusieran o compraran y no tuvieran licitaciones en las subastas, habrían de continuar en su posesión o se les expulsaba, y en este último caso, qué penalidad se habría de aplicar al contraventor, pues no teniendo fuerzas de policía que inspeccionaran los campos y no causándole extorsión alguna, el arresto en cárcel sería una solución difícil.

En otro orden de cosas, el Gobernador se quejaba también del gran abuso que se había hecho del corte de maderas gratuitas, además de fraudulento, habiendo disminuído notablemente las especies arbóreas de construcción, en especial, la clase llamada en el país ifil, la más apreciada, de tal forma que se hacía muy difícil y había que ir a muy largas distancias en busca de ella por estar ya agotada en las inmediaciones, lo que suponía que en breve tiempo sería necesario invadir las jurisdicciones de los otros pueblos de la isla, con perjuicio suyo, si no se ponía pronto remedio³¹.

Puesto que las islas estaban rodeadas de arrecifes y bajos madreporicos, de donde con facilidad se sacaba abundante piedra muy buena para construcciones y para cal, como lo probaban las muchas casas de mampostería que existían, siendo más breve, más económica y de mayor duración esta edificación que la de materiales ligeros, pero por rutina y apatía era preferida la última, a pesar de su fragilidad y escasa resistencia a los

baguños que continuamente azotaban a las islas.

Atendiendo a lo expuesto, y no contando con facultades para ello (recordemos que según el art. 20 del Reglamento de Montes los frutos de éstos, en sentido amplio, eran libres y gratuitos), rogaba al Gobernador General se sirviera autorizarle por un lado, para limitar la tala de maderas a lo más indispensable, tales como armaduras y pisos, y por otro para prohibir las construcciones que no fueran de piedra, pero tolerando solo las de caña para fuera de poblados; con objeto de poder corregir el fraude de madera imponiendo multas y cobrando su importe, rogaba le fuera remitida la tarifa de precios.

Siguiendo con el debate sobre los terrenos realengos, fue al Gobernador Emilio Galisteo y Brunenque (1893-1895) a quien le correspondió aplicar la citada Real Cédula.

En la Gaceta de Manila del 17 de abril de 1894 se había publicado un Real Decreto sobre terrenos, habiendo en el mismo una serie de puntos que podían afectar a los intereses de los habitantes de la provincia de Marianas³².

En el mismo, se estipulaba que desde el 17 de abril de 1894 no se admitiría instancia alguna sobre composición de terrenos realengos que no se hubiese solicitado anteriormente, entendiéndose revertido al Estado el pleno dominio de todos los terrenos que hubiesen sido capaces de composición según el Real Decreto 25 junio 1880 y que no se hubiesen solicitado a la fecha indicada del 17 de abril.

Los que solicitasen composición antes del 17 de abril y no la hubiesen obtenido, deberían reiterar sus instancias en el plazo improrrogable de seis meses desde la citada fecha.

Los terrenos realengos enajenables podrían pasar al dominio privado en virtud de venta hecha por el Estado a particulares o donación o empresas colonizadoras en las condiciones especiales que se estableciesen.

Los poseedores de terrenos realengos enajenables sujetos a cultivos y los que poseyesen en la legua comunal, podrían obtener título gratuito de propiedad mediante información posesoria siempre que acreditaran algunas de las condiciones siguientes:

Primera: Tenerlos o haberlos tenido sin interrupción en cultivo durante los seis años anteriores.

Segunda: Haberlos poseído durante doce años no interrumpidos, teniéndolos en cultivo a la fecha de la información y durante los tres años anteriores de ella, o haberlos poseído ostensiblemente y sin interrupción durante treinta o más años aunque el terreno no estuviera reducido a cultivo.

Por último, se concedía un plazo improrrogable de cinco años para verificar las informaciones referidas, transcurrido el cual caducaría el derecho de los cultivadores y poseedores a la obtención del título gratuito; quedaría reintegrado el Estado, o en su caso al común de los vecinos, la plena propiedad del terreno y solamente tendrían los dichos poseedores y cultivadores o sus causahabientes el derecho de tanteo si el terreno fuese vendido dentro de los cinco años subsiguientes a la caducidad. Los poseedores no comprendidos en las disposiciones indicadas solo podrían adquirir por un tiempo la propiedad de realengos enajenables, con arreglo al derecho común.

Así, el uso productivo de la tierra durante treinta años aseguraba el pleno título, siendo más difícil de obtener si el

espacio de tiempo había sido inferior; por último, todas las tierras situadas fuera del ejido y no legalmente re-registradas, deberían revertir a la Corona. Como se ha dicho, se dieron cinco años para poner en marcha esta normativa pero, en el entretanto, Guam fue capturada por los americanos.

c) Condiciones geográficas y cultivos

Para la práctica de la agricultura, contaban las islas Marianas, y más concretamente la isla de Guam, con extensos terrenos de relativa calidad, además de un clima a propósito para la puesta en marcha de determinados cultivos tropicales.

No obstante, el estado de atraso en que se encontraba esta actividad económica, aún a finales del siglo XIX se debía, en gran parte, a la incertidumbre de sus resultados, la falta de capitales, la falta de concurrencia de buques en los puertos del archipiélago que llegaran en demanda de frutos, y el estar muy distantes los mercados en donde pudieran venderlos, pues no podía ser Filipinas la que importara ya que allí se daban los mismos productos y en mayor cantidad que en Marianas.

Con el tiempo, muchos consideraron que la prosperidad del archipiélago no habría de ser por el camino de la agricultura ya que, aun saliendo del deplorable estado en que se encontraba, solo sería un recurso secundario por las condiciones del terreno³³.

El objeto último de la política agraria de los diferentes Gobernadores fue, no solo el lograr productos para abastecer a la propia población, sino producir excedentes agrícolas que pudiesen exportarse para así encontrar una fuente propia de

recursos con los que impulsar la prosperidad del archipiélago.

Sin embargo, dos problemas principales, entre otros muchos, impidieron el desarrollo pleno de este ramo y fueron, por un lado, la falta de braceros, y por otro, la escasa cualificación de los pocos que había.

El propio Felipe de la Corte (1855-1866) así lo reconocía al señalar como causa principal la fertilidad y excesiva extensión del suelo comparada con la corta población que mantenía³⁴, siendo los medios empleados de nula efectividad.

Como elementos técnicos para dicha práctica, contaban los habitantes con una pequeña herramienta denominada fociño, especie de paleta cortante que más que arar arañaba la tierra, formada de una cuchilla de cinco a seis pulgadas de ancho en su corte por tres de alta, unida por un ángulo de su lomo al mango de hierro de la misma pieza, y pie y medio de largo, terminando por detrás en un cubo donde se ponía un asta de madera de tres o cuatro varas de larga y media pulgada de diámetro. A este útil habría que añadir el machete para cortar árboles y raíces más gruesas siendo, evidentemente, ambas herramientas muy escasas para la agricultura. Contaban también como animales de carga con algunos carabaos, una especie de bueyes, que no siempre eran destinados a estas tareas.

Todos los Gobernadores se preocuparon por incrementar la producción agraria ya que en ésta recaían la mejora de la situación económica del archipiélago, tomando medidas muy variadas e incluso eximiendo del trabajo comunal a quienes demostraran haber sembrado determinados productos; por ejemplo, en 1856 Felipe de la Corte dispuso que en ese mismo año los

naturales podían redimir sus días de trabajo comunal con siembras propias de camote en el concepto de que se bajaría un día de trabajo comunal por cada cien pujas de camote que acreditara el individuo tener sembradas para sí o para otros antes del mes de noviembre del citado año, debiendo presentar para ello a su cabeza antes de aquella fecha papeleta firmada por el Juez en la que habría de constar el número de pujas y el lugar donde estuviesen³⁵.

En las primeras décadas del siglo XIX en Guam no se cosechaba más que maíz y arroz, y no en mucha cantidad, ya que los naturales, y como escribe Alejandro Parreño³⁶ (1806-1812), se contentaban con sembrar lo preciso para sus casas, y algún poco más cuando tenían que comprar ropa, casar a una hija, gastos de parto o cosa equivalente, ya que les costaba mucho controlar de plagas y de inclemencias climáticas cualquier sementera, principalmente de maíz.

El algodón que se recogía era silvestre y escasísimo, al igual que el añil; para potenciar este último producto, el Gobernador Manuel Muro, entre 1796-1797, llevó maestros a la isla para cosechar y elaborar este artículo, aunque sin éxito. Un nuevo intento para cultivar dicha planta lo realizó entre 1804 y 1806 el Gobernador Parreño, pretendiendo llevar a Marianas semilla superior, maestro y máquinas, pero fracasó igualmente al no encontrar al final a nadie dispuesto a acompañarle al archipiélago para tal empresa.

En cada uno de los pueblos de Pago, Inarajan, Umata y Agat, si había alcalde administrador era por haber hacienda del Presidio, ganado vacuno manso y de cerda, gallineros y siembras

de toda especie para surtir los almacenes, hospital, casa del Gobernador, y obsequiar a las embarcaciones que tocaban en Marianas, ya nacionales como extranjeras, en cuya única ocasión era cuando aquellos vecinos hacían algún comercio con las tripulaciones, vendiéndoles cocos, que se cultivaban en abundancia, algunas gallinas y puercos, y todo generalmente a cambio de ropa, aunque fuera usada, y muy poco dinero.

En el monte de Santa Rosa, en la misma isla de Guam, había una estancia con su alcalde administrador con el mismo sueldo de doce pesos fuertes al mes, ayudado por algunos mozos, habiendo mucha cría de ganado de cerda, alimentado con los abundantes cocos, y un gallinero.

A mediados del siglo, los cultivos principales, y prácticamente los únicos, eran el maíz, raíces alimenticias y un poco de azúcar para el consumo propio.

Los terrenos de cultivo de buena calidad eran escasos, abundando los medianos, cuya capa vegetal tenía poco espesor, siendo de cascajo el lecho sobre el que descansaba.

Estos terrenos se extendían en la faja estrecha que rodeaba la isla por su mitad meridional, desde Tamuning, al nordeste de Agaña, hasta Pago, al este; en el istmo de Apra de la Península de Orote, y en el que se extendía desde Agaña a Pago, además de algunas pequeñas zonas del interior³⁷.

La mitad septentrional de la isla de Guam la constituía la meseta de Santa Rosa, que tenía buenos terrenos de cultivo, sobre todo en la cañada central. En estos terrenos se cultivaba, a la altura de los años 80, cacao, café y caña dulce en mayor escala que en el resto de la isla pero no había agua, hasta el punto que

los rancheros la llevaban en bombonas para su consumo.

En esta meseta septentrional, aunque despoblada, los vecinos de Agaña tenían más y mejores sementeras, existiendo unos doscientos ranchos y siendo la zona de donde principalmente se proveían de las mejores maderas para construir sus casas y demás usos, existiendo también numerosos cicales³⁸.

Las laderas y mesetas de la parte interior de la mitad meridional de Guam, muy accidentada, estaba dedicada a solturas de ganado vacuno y caballar que, en general, era buena; estos terrenos se dedicaban al pasto y se quemaban cuando ya estaban secos.

En los otros terrenos de cultivo de la parte meridional de la isla sembraban los naturales palay, maíz, camote, sune y diferentes frutas para su manutención y para cambiarlas por telas para vestirse e incluso para pagar sus impuestos, no quedándoles de su trabajo prácticamente nada para vivir teniendo que alimentarse, en definitiva, de los frutos espontáneos de la tierra, especialmente de frutales.

De estos últimos, se conocían en las islas los plátanos de varias clases, la rima o árbol del pan; dugdug, variedad del anterior, limoneros y naranjos, cajeles, naranjos agrios, naranjones, limas, limoncito de China, mangas, ates, anonas, tamarindos, bilimbines, guayabas, camanchiles, talisay, café, cacao, algunas parras y otros frutales menos apreciados³⁹.

Las medidas de capacidad que se usaban en la provincia eran el barril y caban con sus divisiones, la ganta (veinticinco de éstas un caban) y la chupa (ocho de éstas una ganta) para áridos; la tinaja para áridos y líquidos, y la botella para líquidos

solamente⁴⁰.

El barril equivalía a ciento veinte litros, el caban a setenta y cinco litros, la ganta a tres litros y la botella a setecientos cincuenta mililitros.

También equivalía el barril a cinco fanegas, el caban aproximadamente a tres fanegas, la braza a dos varas y la medida a ciento noventa y dos pies cúbicos.

Las medidas de peso eran el quintal y sus especies inferiores. Las de volumen, la medida para leña; las lineales, la braza y la vara, y las superficiales, la hectárea. La braza equivalía a 1,672 metros y la vara a 0,836 metros, mientras que la medida equivalía a 4,200 metros cúbicos.

Siguiendo con los cultivos, y por lo que se refiere a las palmeras, destacaba entre todas el coco, habiendo en la isla más de 300.000 ponos de coco; sus utilidades eran amplias, consumiendo los naturales la mayor parte del fruto para su alimentación y la de los animales domésticos, extrayendo también el aceite para su consumo, alumbrado y otros usos y dedicando relativamente un corto número para copra o coco seco. Una parte de los ponos la dedicaban para extraer la tuba, que la bebían fresca, hacían almíbar (evaporando la tuba, o sea, el jugo destilado por los tallos de la flor del coco) o la vendían a los industriales dedicados a los alcoholes para hacer aguardiente y vinagre.

Además del coco, había bonga, federico -cuyo fruto era venenoso pero macerado, que era como lo consumían, les servía de alimento-, aggag, pahung -sus hojas servían para tejidos-, y cafu. Estas dos últimas palmeras daban unas piñas grandes de hasta medio metro de diámetro, y tenían en su interior granos o

piñones grandes que podían utilizarse como alimento en las islas del sur, aunque en Marianas se destinaban solo a alimentar a los animales.

Dentro de los cereales, al palay había dedicadas sementeras con una extensión de 28.900 brazas cuadradas; en 1885 dieron escasísimo rendimiento, ya que si lo normal eran de cuatrocientos a seiscientos cabanes, en la fecha sólo se recogieron ochenta, atribuyendo esta escasa fertilidad al cansancio del terreno¹. Las cifras que arrojaban los datos de los años 1885-1887 eran desconsoladoras e invitaban a los cosecheros a abandonar esta siembra.

Los pocos cosecheros que había en gran escala pagaban a sus braceros o peones con algunos cabanes que, a su vez, los vendían para pagar sus deudas; lo mismo les sucedía a los pequeños cosecheros, quedando así el palay en manos de los más poderosos.

Con el maíz se seguía la misma tónica, si bien una parte se la quedaban los naturales para su alimentación aunque siguieran manteniendo deudas.

De este producto se recogían tres o cuatro cosechas al año siempre y cuando se hiciera la siembra en diferentes terrenos y según la estación, puesto que si se hacía en el mismo terreno solo se conseguían como máximo dos cosechas; el precio medio de la tinaja de maíz era de medio peso¹.

¹. Por Real Orden del Ministerio de Ultramar de 3 de julio de 1863 se establecía en el archipiélago filipino, y por extensión en las islas Marianas, el sistema métrico decimal de pesas y medidas, que habría de regir a partir del 1 de enero de 1864. Según las nuevas tablas de equivalencia, y por lo que se refiere a medidas de capacidad para áridos, las nuevas pesas y medidas eran las siguientes:

1 caban (o cavan) = 25 gantas = 200 chupas = 75 litros
Las medidas de capacidad para líquidos eran:

La "siembra de primera" de hacía de abril a julio, la clasificada de "segunda" de septiembre a diciembre, y el "aventurero" de enero a febrero; su nombre indicaba la eventualidad de recoger fruto en esta siembra.

Había que contar también con las inclemencias climáticas, que en muchas ocasiones hacían fracasar las cosechas, siendo el año de 1885 de sequía, lo que hizo que ni en enero ni en abril pudiera sembrarse por falta de lluvia, siendo escasas las cosechas de junio y septiembre al ser destruidas por los baguños, lo que hizo que se encareciera el precio de la tinaja hasta 2 pesos, aunque ello no era demasiado frecuente; en cualquier caso, la forma de cultivo era bastante primitiva, lo que hacía disminuir una producción que, en condiciones normales, sería muy abundante.

Según los datos oficiales, se cosecharon en la isla de Guam en 1886, 55.000 tinajas de a dieciséis gantas, esto es, unos 27.000 hectolitros.

El camote, sune y otras raíces se cultivaban exclusivamente para la propia alimentación, así como el escaso tabaco cuya producción se destinaba al autoconsumo.

Estos productos, así como leña, cerdos y algunas vacas, se

1 ganta = 8 chupas = 3 litros

La tinaja era una capacidad arbitraria que siempre se refería a un número de gantas que se determinaba en cada contrato o se sobrentendía por el uso; así, si se trataba por ejemplo de tinajas de aceite de la Laguna, se entendía que cada una constaba de dieciséis gantas, que equivalían a 48 litros exactos.

A pesar de que esta Real Orden fue comunicada al Gobernador de Marianas con fecha 15 de septiembre de 1863 (LCW, Vol. 4, Item 4, Parte II), como puede observarse, en este archipiélago no se llegó a aplicar, persistiendo el anterior sistema de pesas y medidas.

vendían antes a los balleneros que arribaban a las costas marianas, pero en la fecha prácticamente ya no llegaba ninguno y si lo hacía era para llevarse dinero al vender ellos harina, patatas y herramientas, contribuyendo así a arruinar aún más la precaria situación económica de las islas.

Como queda indicado, en la meseta de Santa Rosa, esto es, en la mitad septentrional de la isla de Guam, se cosechaba más cacao, café y caña dulce, sembrándose los mismos frutos que en la parte meridional excepto palay.

El cacao era de buena calidad, especialmente el de la zona norte pero, en general, la cosecha era escasa, en primer lugar, por falta de buen cultivo, y en segundo, porque le perjudicaban los ciclones y vientos del norte, que destruían las plantas.

El número total de ponos de cacao que había en las islas Marianas era de unos 19.000, de los cuales daban fruto unos 8.900. De esos 19.000 ponos, había en la mitad norte unos 16.000, y de ellos, 7.300 con fruto.

En 1887, el número de ponos de cacao se elevaba a 30.000, de los cuales solo una tercera parte tenían fruto, cosechándose por regla general un caban por cada 200 ponos, resultado exiguo pero de buena calidad⁴².

Las plantaciones de los diferentes cosecheros oscilaban entre los 1.500 ponos de los grandes cosecheros, a los 3 ponos de los pequeños cosecheros.

Al igual que el palay y el maíz, el cacao servía a estos pequeños cosecheros para pagar sus más o menos apremiantes necesidades, siempre y cuando su cosecha fuera suficiente.

Una parte de este cacao se consumía en el país y el resto se

remitía para su venta en Manila, produciendo unos centenares, tal vez un millar de pesos de beneficio, repartiéndose éste entre media docena de cosecheros y logreros; a su vez, habían sido los acaparadores los que habían adquirido el producto de los pequeños cosecheros a cambio de telas y efectos.

De café había en 1885 unos 9.000 ponos, cuyo fruto en parte se consumía en el país y el resto se guardaba en cuevas, aunque en pequeñas cantidades, esperando venderlo sin descascarillar a 4 ó 5 pesos el caban.

En 1887, el propio Olive eleva la cifra de ponos de café a cerca de 30.000, aunque solamente daban fruto la mitad de los ponos, de buena calidad pero escaso y difícil de cultivar, lo que motivaba el desánimo de los cosecheros⁴³.

Otro de los grandes problemas para el estímulo de la producción agraria fue la escasa competitividad de los precios agrarios en relación por ejemplo con los de Manila, lo que hacía prácticamente imposible la exportación de productos, quedando éstos, en el mejor de los casos, para el autoconsumo de las islas, aunque muchas veces la escasez de los mismos hizo que se recurriera a la importación de algunos de ellos, como repetidamente se quejaron los Gobernadores del archipiélago.

En relación a ello, los precios corrientes de los principales productos agrarios en la ciudad de Agaña a la altura de 1888 son los siguientes⁴⁴:

<u>arroz</u>	<u>palay</u>	<u>azúcar</u>	<u>maíz</u>	<u>camote</u>	<u>aceite</u>
<u>caban</u>	<u>caban</u>	<u>quintal</u>	<u>tinaja</u>	<u>quintal</u>	<u>tinaja</u>
6 pesos	5 p.	6 p.	0,50 p.	0,50 p.	0,50 p.

Por lo que se refiere a la caña dulce, había sembradas unas 100.000 brazas cuadradas; una cuarta parte de ella, o incluso una tercera parte, era destruída continuamente por las ratas. Con el resto, sacaban un azúcar negra y sucia, aunque en algún caso era de mejor calidad.

Había de dos clases, la caña de azúcar amarilla de nudos cortos que se elevaba hasta siete u ocho pies, y la morada, que alcanzaba hasta quince. El jugo se extraía de una forma primitiva, y el azúcar, que podría ser muy bueno, presentaba un mal aspecto a la vista.

El producto que se consumía en el país era escaso, tanto por la calidad de la caña, en general mediana, como por lo primitivo de la maquinaria para producir el azúcar.

Todas las explotaciones agrícolas se hacían en pequeña escala, casi a modo familiar. No se encontraba un bracero o peón propiamente dicho que trabajara para ganar un jornal, pues los que como peones trabajaban lo hacían en pago de compromisos adquiridos por préstamos de ropas o efectos en general, y algunos, muy pocos, en dinero. En 1890, y según datos del Gobernador Joaquín Vara del Rey⁴⁵, el jornal de un bracero era de real y medio a dos reales.

Hacia el año 1867 se organizó en Guam la Sociedad Agrícola La Concepción bajo los mejores auspicios, empezando porque estaba patrocinada por el Gobernador, interesado por el progreso material de Marianas.

Además, Mr. Johnston, marino inglés casado en el país, llevó a la isla unos mil carolinos contratados, y también a unos cuantos japoneses que luego regresaron, tras el fracaso, a su país.

La Sociedad tuvo que disolverse no sin haber proporcionado al país algunos beneficios tales como la roturación de terrenos que en 1885 se utilizaban para la siembra.

Entre las muchas causas que pudieron influir en el fracaso de la Sociedad podrían citarse el escaso consumo del país, la imposibilidad de exportar el sobrante de los productos, el que estos productos no podían competir en precio y tal vez en calidad, con sus similares en Manila, y el mal resultado que dieron las plantaciones de algodón, que resultó de inferior calidad.

De haber obtenido buen resultado la Sociedad, sobre todo en la exportación, se hubiera reflejado en el país con la mayor circulación de numerario en pago de jornales, y estos naturales contarían con los medios de adquirir metálico para pagar sus productos, contribuyendo a levantar las cargas del Estado.

Por lo que se refiere a los arbustos, en 1887 de algodonero existían unos 400 ponos, restos de esas grandes siembras realizadas hacía más de veinte años y que no dieron resultado. Otros arbustos eran el sibucaao, que no se explotaba, al igual que el añil, la escobilla-dadangse (con hilos superiores en calidad al cáñamo), la palma cristi o tagatangan, de cuyas semillas se hacía el aceite de castor que tampoco se utilizaba, la tubatuba y el marungay.

Había tres clases de cañas, espino, picaopalauan y el carrizo, utilizándose todas en diferentes usos y la última para tejer saguales y esteras para dindines y quizames de las casas.

Entre las enredaderas, las más destacadas eran el gogo, empleado para lavar a falta de lejía o jabón, y el fianistis,

nupe y lodosong, que se usaban para ataduras en las armaduras de las casas.

De legumbres se producían toda clase de habichuelas y mongos, mientras entre las raíces alimenticias se destacaban el camote que era de buena calidad, el dago, yame, ube o ñame, sune o gabe, piga y papao; se conocían también dos enredaderas, la nica cultivada y la silvestre, esta última denominada cimarrona. Se producían espontáneamente el arrorut o gaugao, que servía como alimento y para almidonar la ropa, al igual que la yuca o mandioca.

El cacahuete o maní se daba bien en los terrenos sueltos y principalmente areniscos.

En relación a las especias, sin cultivo se producían gengibre y azafrán; sí se cultivaba la mostaza ya que sus hojas se consumían como verdura.

Entre otros productos de huerta, los melones y sandías eran de muy buena calidad, dándose también calabazas de varias especies, berenjenas, remolachas, nabos, pimientos, tomates, pepinos, lechugas, escarolas, coles, rábanos, perejil, hierba-buena, ajonjolí y otras. Había bastantes piñas sin cultivo, consiguiéndose igualmente algunas esparragueras.

Dado que la gran mayoría de los chamorros poseían sementeras, podían ser considerados labradores aunque se dedicaran también a otros oficios como relojeros, plateros, carpinteros, ebanistas, zapateros, etc. Estos eran trabajos eventuales ya que lo principal era la sementera.

No había peones o braceros en sentido estricto; el jornal ordinario de un peón era de 0,25 céntimos, y según cálculo

realizado por Olive⁴⁶, una familia con dos hijos necesitaría unos 15 ó 20 pesos mensuales para subsistir. Por ello, gran número de familias se alimentaban parte del año de frutos silvestres, que no podrían ir a recoger los hombres estando ocupados como braceros, y lo poco que cosechaban pasaba a manos de mercaderes y prestamistas, quienes les anticipaban telas para vestirse u otros efectos y dinero para el pago de tributos, entierros, bautizos, bodas, fandangos, etc. Así, el que no cosechaba tenía que trabajar a cuenta de la deuda y tantos días que el jornal no salía ni a 0,125 céntimos.

Por esta razón, el Gobernador se mostraba partidario de conceder terreno proporcionado para siembras, mientras no variaran las condiciones de las islas.

La situación era tan grave hasta el punto de que en julio de 1887 era un problema el encontrar alimentos, y los pocos que había se pagaban a altísimos precios, a pesar de haber en las islas más de mil ranchos que podrían producir más a poco que los habitantes se empeñaran en ello.

Proponía Olive la reforma del artículo 20 del Reglamento de Montes, una vez que hubiera policía auténtica para hacerlo cumplir, adicionándole: "quedan exceptuados de esta franquicia por lo que respecta a los frutos, los habitantes de las islas Marianas, sin una autorización expresa del Gobernador, que sólo podrá concederse en casos muy especiales, tales como en época de escasez o malas cosechas, para alimentar animales, probada su existencia y que pertenecen al solicitante, y otros análogos". Esta excepción en perjuicio de los habitantes de Marianas no habría de extrañar puesto que en su beneficio estaban exentos de

cédulas personales.

El objeto era estimular el trabajo agrícola de los chamorros y la producción de las sementeras ya que, al no poder procurarse alimentos silvestres de los montes por estar prohibido, aquéllos prestarían más atención a su trabajo, con lo que, en definitiva, se impulsaría la delicada situación económica del archipiélago.

No sería aventurado el decir que era ésta economía de subsistencia basada en el trueque, como en los sistemas económicos de tiempos muy anteriores, pero el problema estaba en que no se encontraba ningún indicio de cambio que en un futuro hiciera evolucionar este modelo que estaba anclado en el pasado. La colonización española no consiguió suplantarse los métodos tradicionales de explotación de la tierra, basado en economías familiares de subsistencia que ni quería ni podía producir excedentes para los mercados.

Animados por diferentes Gobernadores de Marianas, así como por algunos Gobernadores Generales, se intentaron poner en marcha nuevos cultivos que fueran favorables para su desarrollo en el archipiélago.

En 1879, el Gobernador General de Filipinas, Domingo Moriones, convencido de que la prosperidad del archipiélago filipino en general, y del mariano en particular, habría de basarse en la riqueza y explotación de su suelo, proponía la introducción del cultivo del café en todos los dominios por ser un producto de fácil cultivo y de gran futuro dados los altos precios a los que estaba cotizado.

Se trataba de proporcionar un aumento rápido y seguro de riqueza, haciendo del café un producto de exportación, para lo

cual solicitó al Gobernador de Marianas, entre otros Gobernadores de Provincia, que en un plazo de cuatro meses informara sobre los adelantos que a propósito de la siembra de café pudieran realizarse en estas islas⁴⁷.

El párroco de Agat, Fray Isidro Liberal, informaba negativamente sobre el desarrollo de la agricultura en Marianas⁴⁸; basándose en su experiencia, tras más de veinticuatro años de residencia en el archipiélago, opinaba que en las islas no se podía dar importancia alguna a la agricultura, desvaneciendo la experiencia las esperanzas que hacían concebir la exuberante vegetación espontánea de los campos. El terreno era engañoso, se cansaba rápidamente y plantas como el cacao y el café, que exigían años de vida, se marchitaban pronto; el país, que no era otra cosa que unas cuantas islas pequeñas, estaba sujeto a frecuentes y continuos cambios atmosféricos que influían mucho en las plantas, las cuales o morían pronto o producían muy poco.

Todas las tentativas agrícolas en las islas Marianas habían fracasado -recordando los tiempos de Felipe de la Corte y después la Sociedad del Sr. Moscoso- arruinándose quienes las pusieron en marcha; por ello Fray Isidro Liberal comentaba que aconsejaría a cualquiera que no empleara su capital en Marianas en la agricultura; además, si era cierto que de café se podía cultivar algo en Marianas, nunca para los fines que la Superioridad de Filipinas.

No obstante, recomendaba que ya que en Agaña se vendía café del país, sería conveniente que se averiguara dónde se producía dicha planta y que se estimulara su siembra, ofreciendo alguna distinción honorífica al que sobresaliera, o bien alguna

exención; también sería posible facilitar semilla a quien ofreciera dedicarse al cultivo del café y que no se hiciera obligación forzosa de todos.

A todo lo dicho habría que agregar lo escaso y caros que eran los jornales en Marianas, resultando que los productos que se exportaban no podían competir en el precio con los de otras partes, y de aquí la ruina del cosechero. El azúcar que la Sociedad mandó a Manila se vendió a catorce reales quintal, cuando en Marianas se vendía a 3 ó 4 pesos, no ganando nada el cosechero. En tiempos de Felipe de la Corte salió de Marianas una goleta cargada de tabaco que se vendió en China a 4 pesos el quintal, cuando en Marianas, para que fuera rentable, se vendía a 16 ó 20 pesos. Con ello se pretendía demostrar que, aun en el supuesto de que se produjera café, a la hora de exportarlo habría inconvenientes porque la venta del producto no sería suficiente para cubrir los gastos de su cultivo y dejar además algún beneficio que lo hiciera rentable.

Para poner en marcha los propósitos de Moriones, Manuel Bravo y Barrera (1875-1880) informó del asunto a los curas párrocos de Agat, Merizo e Inarajan⁹ en una carta en la que, a pesar de reconocer las dificultades que se presentaban en esas islas al tratarse de la agricultura y de la "indolencia natural" en sus habitantes, era necesario cumplir lo que se mandaba y en ese concepto informaba de la circular que habría de mandar a los pueblos para que se procediera a la siembra de café, comunicándoles que a los individuos que tuvieran quinientas plantas y las conservaran en buen estado, los exceptuaría de trabajos comunales hasta ver los resultados. Consideraba que así sería posible

que los demás habitantes siguieran el ejemplo, en cuyo caso cada año aumentaría el número asignado; concluía suplicando a los párrocos a que animaran a sus feligreses a llevar a cabo tal cometido, interviniendo activamente en ello.

El 31 de diciembre de 1879 el Gobernadorcillo de Agaña, Juan León Guerrero, remitió un estado demostrativo del número de plantas de café de las dieciocho cabecerías comprendidas en la propia ciudad y sus barrios⁵⁰:

1 ^a cabecera:	1.800 plantas;	10 ^a cabecera:	3.335 plantas
2 ^a "	: 3.050 " ;	11 ^a "	: 823 "
3 ^a "	: 2.150 " ;	12 ^a "	: 3.210 "
4 ^a "	: 1.754 " ;	13 ^a "	: 2.200 "
5 ^a "	: 528 " ;	14 ^a "	: 1.750 "
6 ^a "	: 1.700 " ;	15 ^a "	: 550 "
7 ^a "	: 1.270 " ;	16 ^a "	: 650 "
8 ^a "	: 1.200 " ;	17 ^a "	: 500 "
9 ^a "	: 2.850 " ;	18 ^a "	: 600 "

La cabecera número uno correspondía a la ciudad de Agaña, donde el número de matas de café por individuo era de unas cincuenta, habiendo solamente un propietario que tenía más de cien.

En el resto de las cabecerías era más o menos igual, con algunas excepciones como un propietario de la número seis, que poseía trescientas matas, otro de la número siete con setecientas cincuenta matas, y otro de la número diez con mil doscientas matas.

En la cabecera número once casi todos poseían cien matas, al igual que en los barrios de Anigua, Asan, Tepungan y Sinaña, correspondientes a las cabecerías quince a dieciocho.

Los cabezas de barangay eran los que más número de matas

poseían, no habiendo ninguno que poseyera menos de las cincuenta matas de media, y alcanzándose en algunos casos más de seiscientas.

El pueblo de Agat tenía tres cabecerías, poseyendo sus habitantes unas cincuenta matas cada uno, con alguna excepción en la que se encontraban propietarios con un número oscilante de matas entre cien y mil.

En el pueblo de Merizo, con dos cabecerías, los propietarios poseían unas cincuenta matas, mientras que en Inarajan la gran mayoría contaba con un número inferior a cincuenta.

El gobernadorcillo del pueblo de Merizo, Arcadio de los Santos, el 12 de mayo de 1880 informaban de que muchas plantas se habían secado por el calor y la escasez de agua, solicitando el envío de más matas. El gobernadorcillo de Inarajan se expresaba en el mismo sentido diciendo que, por lo demás, los naturales del pueblo habían cumplido con la orden dada por el Gobernador.

En definitiva, al menos sí se intentó fomentar el cultivo de las plantas de café pero, bien por falta de experiencia o por las condiciones ambientales de la isla de Guam, lo cierto es que la gran parte de las plantaciones fracasaron, al igual que otras tantas tentativas de agricultura "dirigida".

El interés por incrementar la producción agraria fue una constante a lo largo del siglo XIX y aunque no se realizaron grandes progresos, al menos en alguna ocasión sí se puso en marcha algún proyecto, como ocurrió en 1886 cuando el Comandante del Penal de Marianas emprendió grandes plantaciones de abacá, estimulado por lo bien que se cultivaba esta planta, proponiendo

también plantar cocos y nipas, además de fomentar la pesca del balate, tarea a la que dedicaría algunos presos, con objeto de proporcionar recursos al Fondo de Entretenimiento del Penal⁵¹.

Ganadería

Ya se ha hecho alguna referencia a la ganadería en la parte correspondiente al sistema agrario y, al igual que en el caso de la agricultura, puede decirse que se trataba de una actividad prácticamente de subsistencia, habiendo muy pocas cabezas de ganado repartidas entre los naturales de las islas.

Los ganados que constituían esta industria pecuaria eran el vacuno, el bufalino y el cabrío, siendo el primero el de mayor importancia; se criaba también ganado de cerda, pero en tan pequeña proporción que no merecía la consideración de industria.

Por, un lado habría que señalar el caso de la isla de Guam, donde las cifras referentes a la ganadería son muy pequeñas; así por ejemplo, en 1886, y según datos que formó el gobernadorcillo de la ciudad sobre ganado vacuno y caballar que poseían los ganaderos en diferentes sitios de la isla⁵², la relación se reducía, por lo que se refiere al ganado vacuno, a doscientas setenta y ocho vacas parideras, sesenta y cinco toros, ciento cincuenta y seis vaquillas, noventa y tres toretes, setenta y siete terneros, y setenta y tres terneras, arrojando un total de doscientos treinta y cinco machos y quinientas siete hembras, con un producto anual probable de ciento ochenta y cuatro cabezas.

A la altura de 1890, el ganado vacuno existente se podía fijar, aproximadamente, en dos mil setecientas cabezas, en seiscientas el bufalino y en trescientas quince el cabrío⁵³.

El ganado caballar estaba compuesto por un total de ciento trece machos y ciento setenta y una hembras, con un producto anual probable de cincuenta y tres cabezas.

En general, el ganado de las islas Marianas era de buena calidad, lo mismo el vacuno que el caraballar, pero el problema radicaba en que no podía aumentarse mucho ya que, aunque había tierras, no tenían agua próxima y no era posible hacer balsas por lo permeable del terreno.

En las demás islas el ganado se hallaba en estado salvaje; en Rota y Tinian se cazaban y el producto de la venta en almoneda de sus carnes se aplicaba al sostenimiento de los enfermos lazarinos.

El número de reses no alcanzaba a cubrir las necesidades del escaso consumo de carne, que se cifraba en torno a cuatro reses por semana en los años ochenta.

Según cálculos más o menos aproximados del Gobernador Olive⁵⁴, en 1885 había en todas las islas Marianas unas dos mil quinientas reses vacunas y setecientos carabaos, de los cuales mil ochocientos de las primeras y la totalidad de los segundos en Guam, siendo Saipan la que menos tenía, unas cuarenta reses.

El ganado vacuno y caraballar, no obstante, se había incrementado sustancialmente desde 1835 ya que en esa fecha se contabilizaron, respectivamente mil diecinueve vacas y veintitrés carabaos⁵⁵.

El ganadero que mayor número de reses vacunas tenía en 1886 era León Justo Dungca, que poseía treinta y un machos, treinta y seis hembras y veintidós crías, mientras que el que poseía mayor número de caraballar era Manuel Pangilinan, que tenía nueve

machos, treinta y tres hembras y dieciséis crías⁵⁶.

El ganado vacuno fue importado en el siglo XVII de Pondichery, mientras que el caraballar se importó de Filipinas en el primer tercio del siglo XIX, escribe Olive⁵⁷, como podía deducirse del hecho de no existir más que ciento veintitrés cabezas en 1835, según los datos estadísticos; los burros fueron introducidos en las islas Marianas a finales del siglo XVIII, durante el gobierno de José Arlegui y Leoz⁵⁸ (1786-1794).

Respecto a los caballos, las cifras eran mucho más desalentadoras ya que si en 1835 había cuarenta y uno, más seis burros, cincuenta años más tarde se contabilizaban un total de quince cabezas de los primeros y ninguna de los segundos, entre las que se incluían un tordo recién llegado del Japón y cuatro de Filipinas, siendo éstos los más jóvenes; entre los diez restantes sólo había dos yeguas jóvenes.

De ganado cabrío doméstico había en 1886 unas doscientas cabezas, y en estado salvaje mucho más en Tinian, habitada, y en las islas deshabitadas de Pagan, Agrigan y Anatajan; unos tres mil cerdos domésticos, así como otros tantos salvajes en las citadas islas, completaban el cuadro de la ganadería en las islas Marianas, a lo que habría que sumar las veinte mil aves de corral, animales bastante prolíficos en el archipiélago⁵⁹.

Toda la normativa vigente en Filipinas referente a la ganadería se intentó aplicar en Marianas en la medida de lo posible, dadas las particularidades de las islas.

En 1844 se remitía desde Manila la instrucción que había de observarse para la matanza y venta de carnes de carabao, vaca y cerdo⁶⁰, según el cual el Subdelegado de Hacienda de la Provincia

sería el encargado de disponer que la matanza de reses se subastara por el término de tres años o, en su defecto, por el que juzgase prudente.

En el acto del remate se establecerían las condiciones bajo las que se hubiesen de entregar su importe en la subdelegación, si por tercios vencidos, o anticipados, siendo preferible este último en iguales circunstancias.

Quedaba prohibida la matanza de hembras de todas las edades con el fin de fomentar las castas, no permitiéndose matar res ninguna, cuya propiedad o legítima procedencia no fuese acreditada por el interesado, mediante guía o certificación del Alcalde mayor o gobernadorcillo de la provincia, pueblo o hacienda de donde procediese, con expresión de marcas; y la res que se presentase sin este requisito sería detenida y entregada al gobernadorcillo del pueblo, para que la remitiera al Alcalde mayor, quien practicaría las diligencias convenientes en averiguación del dueño, y en caso de no comparecer nadie, caería en comiso.

El asentista debería tener en todos los pueblos sus camarines en donde se matara, provistos de todo lo necesario para dejar limpia la res, no pudiendo matarse res alguna sino precisamente en los sitios destinados al efecto en los pueblos por el asentista.

Los abastecedores de carne serían admitidos a la matanza de sus reses por orden de solicitud, asistiendo diariamente a la matanza el juez o teniente del pueblo.

El asentista cobraría por cada cabeza de carabao que matara cualquiera particular cuatro reales, más el cuero; por cada res

vacuna tres reales y el cuero; y por cada cerdo dos reales; no podrían impedir, bajo multa de 25 pesos, que se matasen reses en todos los pueblos de su comprensión, con tal de que se sujetasen los matanceros a las condiciones establecidas y a los derechos del asiento.

El asentista de la Provincia podría subarrendar los pueblos que quisiera, dando cuenta al Gobernador, con los nombres de las personas a favor de quienes lo hiciere, haciéndoles entender que quedaban en su lugar obligados a su cumplimiento.

Todo ganado que se matara en las carnicerías previamente habría de ser reconocido por el teniente o juez de policía de cada pueblo, quien excluiría de la matanza las reses que padeciesen flaqueza extrema, sofocación, hinchazón, llagas u otros accidentes que denotasen no hallarse en perfecto estado de sanidad.

Igualmente, los gobernadorcillos reconocerían la carne que se vendiese al público, decomisando la que estuviese en mal estado, que habría de enterrarse en los lugares apartados de la población, imponiendo al que la vendiere 2 pesos de multa por cada vez que se le prendiese.

Al igual que para el fomento de la agricultura, en el caso de la ganadería uno de los elementos indispensables era el aumento de la población⁶¹; de aumentarse ésta, sería necesario también pensar en proporcionarla animales, que podrían ser de tres clases para el trabajo tales como bueyes, carabaos y caballos.

Los primeros podrían tener muy buena aplicación en la parte alta de la isla de Guam, la más extensa, y los segundos para las zonas más húmedas; en cuanto al caballo, sería conveniente aumen-

tar su número para montar y tiro, aunque para el campo eran preferibles el buey y la vaca porque no habiendo largos viajes y arando y cargando un buey lo mismo que un caballo, producía más utilidad por ser menos delicado y aprovecharse su carne.

El ganado que había en las islas no era suficiente para una población de diez mil almas, y era necesario importar más, sobre todo de las islas Sandwich, donde había mucho y bueno, al igual que la introducción de más carabaos desde China.

Unos años más tarde, el Reglamento sobre la transmisión de la propiedad del ganado mayor, su marcación y matanza para el consumo, aprobado por Real Orden de 19 de agosto de 1862, se remitía a Marianas para su cumplimiento⁶².

Estructurado en tres amplios capítulos, el primero de ellos, "De la transmisión de la propiedad del ganado", estipulaba que desde el 1° de enero de 1863 la transmisión de la propiedad en la riqueza pecuaria, consistente en reses mayores, ya sean búfalos o carabaos, ganado vacuno y el caballar, solo podría hacerse por uno de estos dos modos:

1°. Por escitura pública ante escribano si lo hubiere en la provincia, o ante Juez y testigos acompañados donde no existiere aquel funcionario.

2°. Ante el gobernadorcillo y munícipe juez de ganado de cada pueblo, mediante registro y expedición de documentos impresos que se facilitarán con la oportuna cuenta y razón. Los contratos serían libres de adoptar cualquiera de estos dos medios, prescindiendo del valor de la res o reses objeto del contrato.

Los gobernadorcillos y juez de ganados serían responsables de que la res vendida fuese del vendedor; para cubrir su respon-

sabilidad, podrían exigir al vendedor, cuando tuvieren duda, un fiador abonado.

El registro y expedición de los documentos debían estar en cada pueblo a cargo del juez de ganados como interventor del gobernadorcillo en este asunto, siendo cargo del primero la custodia y la responsabilidad de los documentos, y del segundo la del sello del Tribunal con que debería autorizarse.

Por lo que se refiere al registro y marcación de ganados, y según el capítulo segundo, cada provincia tendría una marca o cifra para contraseñar las reses mayores de sus vecinos y en cada uno de los Tribunales habría un ejemplar de esta marca, aunque los ganaderos podría tener una marca particular para su uso.

Por el capítulo tercero, "De la matanza de ganados", quedaba prohibida la matanza de carabaos machos o hembras que fuesen útiles a la agricultura. Cuando alguno se inutilizase por algún accidente o por vejez, el dueño debería presentarlo en el Tribunal del pueblo para que el Juez de ganados y gobernadorcillo con testigos acompañados, autorizasen la matanza y venta de la carne de la res, siempre y cuando no hubiese peligro para la salud pública. Cuando el dueño del carabao inútil no lo pudiese conducir frente al Tribunal del pueblo, debería dar parte al juez de ganados quien, de acuerdo con el gobernadorcillo, dispondría el reconocimiento como mejor pudiese hacerse y siempre con publicidad. En todo caso, y recogiendo el documento de propiedad, darían el dueño del carabao una papeleta que acreditase la autorización para matarlo.

Los carabaos cimarrones o monteses que fueren cazados serían con preferencia amansados para el trabajo, mas en el caso de

destinarlos al consumo los que los cogieren, debían dar precisamente conocimiento al gobernadorcillo y juez de ganados, quienes autorizarían la matanza.

Quedaba prohibida, hasta nueva disposición, la matanza de reses vacunas hembras ni aun bajo los conocidos pretextos de que eran estériles, machorras o viejas, a no ser en provecho exclusivo de sus dueños, en cuyo caso pedirían éstos la competente autorización al gobernadorcillo y juez de ganados.

La matanza y limpieza de reses de las islas Marianas, así como la venta de sus carnes, se realizaba por medio de subasta sacada a licitación pública ante la Junta de Almonedas.

En 1890, el pliego de condiciones para la contratación de dicho arriendo, en un articulado de diecisiete puntos con un contenido similar al anterior, obligaba al contratista a prestar sus servicios durante un año⁶³, entregando al Gobierno y Subdelegación de Arbitrios el importe por semestres anticipados, no admitiéndose como licitador a quien no hubiese consignado en la Caja de la Administración de Hacienda Pública de la Provincia la cantidad de 16,05 pesos, equivalente al 5% del importe total del arriendo.

Quedaba prohibida la matanza de vacas menores de doce meses de edad, así como de carabaos o toros y novillos, a no ser que estuviesen inútiles, con el fin de preservar las castas.

No se permitía la matanza de res alguna cuya propiedad o legítima procedencia no se acreditara por el interesado, mediante certificación del Gobernadorcillo del pueblo respectivo o rancho de donde procediera; en este caso, la res sería retenida en el Gobierno abriendo diligencias hasta que se encontrara a su

propietario.

El asentista debía tener en todos los pueblos sus locales para degollar las reses, quedando la observación de este artículo a la vigilancia del Juez de Ganados u oficial de Justicia que al efecto se nombrase.

Tanto el asentista como el los particualres eran libres de matar en cada día las reses el número y clases de las reses permitidas, vendiéndolas en la misma forma y a los precios que quisieran.

Los que para su consumo o el de sus familias quisieran matar reses mayores, habrían de verificarlo en el matadero, retirando a sus casas las carnes, pero los que quisieran matar reses menores, podrían hacerlo en sus propias casas o ranchos, obteniendo antes papeleta del asentista con intervención del juez de ganados o gobernadorcillo, en la que debía constar el número de res que habría de matarse; en caso de ser un macho no marcado, aún por falta de edad, se daría al Juez o al Gobernadorcillo el suficiente justificativo de ello.

Todo ganado que hubiese de matarse para su consumo o venta, habría de ser reconocido su estado de perfecta salud por el Juez o quien él delegara; en caso de hallarse la res en mal estado, inmediatamente sería enterrada y su propietario multado con 2 pesos.

Lógicamente, y por su contrato de arriendo, el asentista cobraba por cada cabeza que se matara, ya lo verificara él con su gente en el matadero, ya lo hicieran los particulares allí o en sus propias casas, cobrando un peso por cada carabao, vaca o toro, dos reales por cada carnero, y otros dos reales por cada

res menor. Era responsable, igualmente, de que no se sacrificaran reses de las prohibidas; si se hiciera esto con su conocimiento, habría de pagar el triple de la multa impuesta al dueño.

Quedaba prohibida la exportación de animales de los que estaba prohibida su matanza, y los que se vendieran con este objeto, serían extraídos de los buques, obligando a quienes los dieron a reintegrar su importe, cayendo en comiso el animal o animales; en caso de no existir ya éstos, se pagaría por vía de multas el duplo de su valor.

El asentista, bajo multa de 25 pesos, no podía impedir que se mataran reses en todos los pueblos de su comprensión con tal que se sujetaran los mataderos a las condiciones establecidas o a los derechos del asentista.

Podía subarrendar los pueblos que quisiera, dando cuenta de ello al Gobierno y siendo el último responsable de este nuevo contrato.

Por cada res que se matara clandestinamente o fuera de los sitios designados para la matanza, pagaría el infractor dobles derechos a beneficio del asentista en la forma siguiente: dos reales fuertes por cada res vacuna o carabao y cuatro reales por cada res menor.

Con esta reglamentación se pretendió controlar el número de cabezas existentes en el archipiélago al objeto de procurar su fomento dada la escasez del mismo.

Industria

Si la agricultura se hallaba en una verdadera infancia en las islas Marianas, la industria y el comercio se encontraban aún más

atrasados, pudiendo afirmarse que no existía ninguna industria que mereciera el nombre de tal.

Los naturales no se dedicaban a un solo arte u oficio, contribuyendo a ello el hecho de que el que así lo hiciera, como señala Olive⁶⁴, no ganaría lo suficiente para subvenir a sus necesidades por falta de ocupación la mayor parte del año, y por lo tanto, se veían en la necesidad de tener sementera para proporcionarse los artículos de primera necesidad.

Por lo que se refiere a las industrias derivadas de la agricultura, cierto es que algunas operaciones para beneficiar los productos de la tierra se realizaban particularmente por cada recolector y por medios muy primitivos.

No existían tampoco fábricas de azúcar aunque así se denominaban los muy contados locales que se destinaban para el beneficio de la caña dulce, empleándose diecisiete trapiches de madera movidos por fuerza animal, siendo de advertir que los que se dedicaban al cultivo de la caña y fabricación de azúcar lo hacían generalmente para su propio consumo y solo vendían el excedente, siempre y cuando hubiese⁶⁵.

La extracción de aceite de coco era general en los pueblos, efectuándose por casi todas las familias, pero en tan pequeña escala que solo satisfacía las necesidades domésticas.

Entre las industrias derivadas de la agricultura, además del aceite de coco, figuraba el coco seco o copra que se solía hacer en todas las islas pobladas, exportándose unas noventa toneladas al año para el Japón. Con respecto a los alcoholes, se fabricaba ron pero en pequeñísima escala, y tuba, que era un aguardiente de coco; no se fabricaba añil ni ninguna otra materia tintórea.

No existía ninguna industria fabril manufacturada habiendo existido anteriormente, pero sin importancia, la fabricación de algunos tejidos por medio del telar primitivo; la importación de géneros de Filipinas, procedentes de manufacturas europeas, la hizo desaparecer por completo.

Entre las pequeñas industrias pueden citarse la de tejido de palma para sombreros, petates, bayones, etc., redes para hamacas y la pesca, y la fabricación de cuerdas de balibago, a las cuales se dedicaban algunos vecinos.

El resto de las actividades industriales en las islas Marianas eran prácticamente inexistentes, limitándose a reducidos casos de fabricación de tabacos y a la salazón de carnes.

En este último caso, y como se desprende del estado anual de la industria Tabacalera⁶⁶ del año 1888, la producción era escasísima, encontrándonos con solo dieciocho contribuyentes en la ciudad de Agaña que pagaron un total de 18,66 pesos de impuestos; dos contribuyentes en Agat, cuyo importe ascendió a 0,96 2/1 pesos, y cuatro contribuyentes en Inarajan, cuyos impuestos ascendieron a 4,81 2/1 pesos.

Con arreglo al Reglamento de Industrias, cuando algún individuo quería montar su propio negocio, debía presentar declaración firmada al Administrador de Hacienda de la Provincia para así obtener la patente que le correspondía; por ejemplo, en enero de 1897 Antonio Cabrera, vecino de la isla de Saipan, presentó su correspondiente declaración para obtener la patente de expedición al por menor de tuba, actividad a la que iba a dedicarse desde la fecha. Por obtener dicha patente, que le facultaba para la fabricación y venta de este alcohol había de pagar una cuota

anual de 8 pesos. Igual fue el caso de Nicolasa Nededog, vecina de Agat, para dedicarse a vender alcoholes al por menor⁶⁷.

Y como señala Olive⁶⁸, puede decirse que era la única industria en Marianas, aunque sobraban materias primas para otras. Los tejidos de palma, consistentes en petates, sombreros, bayones; esportillas, petacas y otros efectos, eran para el consumo en el país, y hasta los fabricaban los mismos que los necesitaban, así como redes, cuerdas y cuanto usaran, por cuya razón no había ninguno que tuviera oficio bien definido, y cuando trabajaban en lo que parecía ser su especialidad, lo hacían mal y tardaban lo imposible en cualquier obra, que ejecutaban como favor y sin perder de vista sus ranchos y el ir a la recolección de la rima, federico, nica y demás frutos silvestres y a pescar, incluso los que figuraban como artesanos.

En relación a la industria pesquera, hay que señalar que en Marianas apenas revestía el carácter de industria, si se exceptúa la de balate, que era la más importante pero se reducía a cubrir las necesidades domésticas, aunque se vendía el escaso sobrante de pescado. Había, por término medio, unos treinta y cinco caladeros y ciento cuarenta y nueve embarcaciones ligeras, además de las que se empleaban en la pesca.

Como comercio, existían algunas tiendas donde vendían al menudeo los efectos que recibían de Manila y los que compraban a los balleneros.

Comercio

Terminada la reducción de las islas, la sociedad mariana se dividió en dos clases del todo distintas⁶⁹:

1. La una era la de todos los dependientes del Estado, que formaban una colonia independiente y mantenida toda a sueldo.

2. La otra, la de los indios, pocos en número y sin elementos para más que continuar su vida alimentados con raíces y otros frutos fáciles y pobremente vestidos a cambio de corto trabajo o miserables frutos.

Durante el siglo XVIII, el único acontecimiento notable cada año consistía en la llegada de la nao que daba fondo en la bahía de Umata; en este período se construyó en la ciudad de Agaña una Casa Palacio para el Gobernador, dos cuarteles para tropas, un hospital, una Casa-almacén de efectos de Hacienda, otro para material de guerra, otro para los navales y otro para fraguas, y un repuesto o almacén de pólvora, todo propiedad del Estado, edificándose también un colegio con otros edificios anejos, y se ensanchó la Iglesia y casa del párroco, siendo todos los edificios de mampostería ordinaria con cubiertas de madera.

Construyóse también otra Real Casa en Umata y un almacén para las estancias de la nao, y se completaron también Iglesias y casas reales de mampostería en todos los pueblos, que eran Agat, Umata, Merizo, Inarajan y Pago, con cubiertas en los edificios casi siempre de coco.

La costumbre y el paso periódico de las naos, más que un meditado cálculo, sostuvo así el establecimiento de Marianas por más de cien años, consumiendo un presupuesto anual de 20.000 pesos que pesando sobre las Cajas de México, no llamaba mucho la atención del Gobierno, que también daba otros 3.000 pesos para el sostenimiento del Colegio de San Juan de Letrán. Nadie se preocupaba y corriendo el tiempo, Marianas continuaba en la

nulidad.

Con el monopolio de la Compañía de Filipinas, y bajo el pretexto de fomentar y desarrollar el comercio de aquel rico país, no hacía otra cosa que explotar el contrabando del tráfico de efectos de China, que le estaba prohibido pero del cual se componían casi exclusivamente los cargamentos que llevaba a México y que se esparcían por toda América y hasta España, llevando en retorno solo moneda de plata, que pasaba toda a China, enriqueciendo a un corto número y proporcionando la subsistencia a todos los empleados de las colonias, que no podían progresar por tales medios ni servir de nada a la nación que concedía dichos beneficios.

Marianas era solo un pequeño eslabón de esta cadena, y sin producto de estima ni población, mal podía tener vida propia. La Compañía de Filipinas monopolizaba el comercio de tránsito dando a los no pertenecientes a ella una corta participación en sus beneficios; esto hacía en pequeña escala el Gobernador de Marianas, siendo el único comerciante de efectos exteriores, recogiendo indirectamente el situado, que se repartía en sueldos y sin que se crease la menor riqueza en el país. Todos vivían así una dulce tranquilidad de espíritu y de cuerpo, y solo se turbaba de vez en cuando por algún pequeño incidente de rivalidades y rencillas, que formaban el único aliciente de los pequeños y aislados pueblos.

Se procuró aumentar los medios de subsistencia y en los mejores lugares se establecieron haciendas de cultivo y ganadería bajo la dirección de españoles o naturales, se labraron terrenos y se criaron animales, de los que el Gobernador disponía

libremente a modo de patriarca.

Primero los jesuítas y luego los recoletos, administraban el Colegio de San Juan de Letrán y por cuenta de él tenían, aunque en menor escala, sus haciendas.

Habíase conseguido también que por cuenta del situado, pues aquí todo lo pagaba el Estado, se mantuviese ordinariamente alguna embarcación capaz de ir a Manila y otras islas del Norte, y hacia mediados del siglo XVIII llegaban unos pataches desde Manila a llevar parte del situado de hombres y efectos, haciendo invernada en el pequeño puerto de Merizo, inmediato a Umata, y al entrar la buena estación regresaban a Filipinas; pero eran tantas las dificultades de los viajes que subsistió en ellos la costumbre de proveerse por la Nao, por lo que tras la expulsión de los jesuítas no había memoria de que llegaran desde Manila tales pataches u otras embarcaciones, y tan solo se poseían en estas islas galeras, tartanas o goletas, con las que se hacían anualmente expediciones a Saipan y Tinian, en que había mucho ganado vacuno y de cerda, y mataban y hacían tasajos, carne seca, de que se cargaban los buques y volvían a Agaña, sirviendo esta carne seca para racionar la guarnición cuando escaseaba la fresca.

Las islas comenzaron entonces solo a vegetar y los Gobernadores a hacerse llevar por las naos y por cuenta de situados y propia, los artículos de consumo en la Provincia, los que entregados a altos precios a la gente de sueldo hacían refluir estos sueldos a las cajas del Gobernador, que venía por este medio a hacer suya la mayor parte de los situados que a su salida embarcaba.

Así se mantuvieron las islas Marianas hasta que con la independencia de América fue necesario cambiar todo el sistema ya que, en definitiva, habían dependido del Nuevo Continente.

A principios del siglo XIX no había en las islas comercio ni industria, y se mantenía la población, que ascendía a cinco mil novecientas veinte almas de las que más de tres mil eran de la ciudad de Agaña, de los frutos casi espontáneos de la tierra en cuanto al alimento, y del situado en lo relativo al vestido, proveyéndose en una tienda por cuenta de la Real Hacienda que remitía géneros de uso común y los vendía a precio de tarifa, en los que se incluían los costos y costas y alguna ganacia sobre ellos, pero que nunca podía compensar los gastos ni aun del transporte de los efectos.

Este sistema así subsistió hasta que se planteó en 1829 la aplicación del Reglamento Ricafort, por el que se prohibió a los Gobernadores el comercio y se estableció por cuenta de la Hacienda, que se comprometió en compensación a mantener las comunicaciones, enviando un buque desde Manila, unas veces cada año, otras cada dos, y alguna cada tres.

El Reglamento redujo un poco el situado y la administración del mismo por el Gobernador dio lugar a reclamaciones, por lo que se determinó nombrar un Administrador de Hacienda a quien se le encomendó el hacer los pagamentos, que habían de ser solo en dinero; y como era preciso fletar buques en Manila para llevar a Marianas estos situados, se discurrió cargar en ellos por cuenta del situado géneros de ordinario consumo, que se vendían por el Administrador, convertido así en un factor de comercio por cuenta del Estado.

Felipe de la Corte claramente estaba en contra del situado porque desde su punto de vista, implicaba anular el impulso a producir y a crear riqueza por sí misma en las islas Marianas.

El interés de los Gobernadores de Marianas sufrió un golpe con este sistema, pero desarrollado ya el comercio con Filipinas, no faltaron a algunos medios de probar fortuna, en competencia con el tráfico de la Hacienda; y como éste estaba sujeto a tarifas y manejado con trabas incompatibles a esa clase de negocios, no faltó ocasión en que la llamada tienda de la Hacienda era solo un depósito irrealizable, produciendo el conflicto de no tener con qué pagar mensualmente las atenciones, dando esto por resultado la supresión de la tienda, y quedando únicamente la remisión en dinero de los situados en expediciones, unas veces anuales, otras bienales, y lo más común, trienales.

Abierto también un poco el tráfico en Filipinas, hubo quien pensó en competir en el de Marianas con el del Gobierno, y al cabo de algún tiempo vino a comprenderse que el sistema de la tienda por cuenta del Estado era más ruinoso que útil, y se suprimió para siempre.

Por las expediciones, el Gobierno enviaba productos aunque casi siempre los buques llegaban vacíos, y se aprovechaban de ello los particulares, comúnmente empleados, para embarcar los objetos de comercio que se consumían en Marianas, enviando de retorno en especie el dinero producido por la realización de la expedición precedente.

La gran novedad en la vida económica de Marianas fue la explotación de la pesca de la ballena en el Pacífico norte, aproximadamente desde 1823, realizada casi siempre por buques

ingleses: llegaban desde su país doblando el Cabo de Buena Esperanza y comenzaban a pesacar en los estrechos de Sonda, corriéndose por entre Australia y Filipinas hasta recalar en Marianas, único punto entonces en el Pacífico norte que ofrecía garantías para descansar y prepararse para una nueva campaña de las dos en que se dividía cada año, esto es, de abril a septiembre u octubre en los Mares del Norte, y de noviembre a marzo en los Mares del Sur.

Estos buques, hasta después de 1840, hacían pescas abundantes, descansando aproximadamente un mes en Apra (Guam); necesitados de provisiones para un viaje de seis meses, las compraban en Guam.

Una recalada de esta especie por treinta o más buques anuales y por un período de treinta años, debió crear nueva vida en Marianas, mas compuestos los residentes en ellas de empleados ignorantes de lo que era el verdadero comercio, y de pobres naturales, satisfechos con disfrutar fáciles goces cada día sin pensar en el futuro, contentáronse los primeros con aumentar la cantidad y el precio de los efectos que traían de Manila para el consumo de los naturales, y éstos con trasladar su dinero, recogido a bien poca costa, a manos de aquellos especuladores rutinarios y mezquinos, excepto una parte, y no pequeña, que iba a los curas, en particular al de la ciudad, que hacía una buena colecta de misas cantadas y rezadas, casamientos y entierros solemnes que era, por decirlo así, el único artículo de lujo conocido en las islas.

Había durado esto con bastante utilidad de los beneficiados civiles y eclesiásticos hasta el año 1850 más o menos, iniciándo-

se desde entonces una decadencia tan rápida que había conducido a la casi nulidad de las islas Marianas por diferentes causas: el haber tomado una parte muy activa en esta pesca, a poco de conocida, la Marina de EEUU que teniendo más baratos sus buques y provisiones compitieron con otros países en este ejercicio hasta hacer descender el precio de los aceites a un límite en que los europeos corrían el riesgo de perder en vez de ganar yendo a buscar ballenas a tan lejanos mares.

Siguióse a esto la mayor frecuencia de visitar estos buques las islas de Sandwich, donde se había establecido un reino bajo la protección inglesa por lo que comenzó mucha parte de estos buques a retirarse de Marianas, sobre todo en otoño, cuyos vientos favorecían la recalada a las referidas islas Sandwich, libres del influjo de los monzones y huracanes de las costas y mares de China. Había aumentado, no obstante, la flota del Pacífico, hasta contar con trescientos buques; y como solo eran de los puntos de recalada, disfrutaban aun las Marianas el beneficio de estas recaladas porque saliendo los barcos de las Sandwich de septiembre a diciembre, tenían que mantenerse pescando al sur de la línea equinocial hasta febrero o marzo del año siguiente, en que subiendo para el norte llegaban a Guam con sus frescos consumidos y sin esperanza de otros hasta su regreso a las Sandwich por otoño. Así, forzoso les era descansar y provisionarse; calculaba de la Corte, en este sentido, que en caso de haberse desarrollado bien este comercio con los balleneros, Marianas podía haberse enriquecido ya que si esos barcos, en torno a sesenta que pudiesen recalar anualmente, gastaran una media de 700 pesos, la ganancia podría ser de unos 40.000 pesos

anuales.

Sobre esta base de necesidad debió extenderse este tráfico a lo de mera conveniencia si personas entendidas hubiesen puesto en Marianas establecimientos para proveer a estos buques de dinero, efectos navales y provisiones de conserva, elevando a cientos de miles de pesos estos negocios; pero en el archipiélago no había quien comprendiese esto y cuando se pensó en ello por una casa de Manila entre 1850-1851 era demasiado tarde, y aun aquella casa hubiese hecho buenas utilidades y creado quizá un cambio en las islas si por accidentes particulares de sus individuos no hubiese completamente abortado aquel pensamiento.

El problema se agravó con la apertura de puertos como el de San Francisco, los de Nueva Zelanda y los del Japón, de manera que Marianas, antes puerto único de recalada para los balleneros, pasó a encontrarse rodeado de establecimientos florecientes donde se surtían con ventaja aquellos buques que, desde la fecha, solo pasaban muy esporádicamente por el pequeño archipiélago de la Micronesia.

Quedaron así los particulares en el derecho de traficar, pero a pesar de esta prohibición era muy fácil a los Gobernadores hacer este tráfico por segundas manos, y si no lo hicieron fue por no querer; mas lo hicieran unos u otros, este tráfico estaba reducido, incluso en la década de los años 50, a llevar desde Manila géneros para ropas, que se vendían en dinero que se remitía en efectivo a Manila.

Este sistema duró hasta 1855 cuando hecho cargo Felipe de la Corte de este doble envío de numerario del Gobierno para Marianas y de los particulares para Manila, propuso hacerlo cesar

estableciendo el giro contra la Tesorería general; y desde la fecha, en el período de diez años no había sido necesario llevar un solo peso, ni tampoco los particulares habían tenido que remitirlo, lo que probaba que el tráfico estaba solo limitado al porte de los situados, puesto que ni el Gobierno tenía que tener fondos, ni los particulares los remitían ni exportaban otros frutos, una de cuyas cosas sería precisa si el valor de lo importado excediese la situado, o si éste excediese a aquellos valores.

Este sistema era incorregible mientras la población de Marianas no variara en relación con el importe de los situados, porque ascendiendo éstos a más de 20.000 pesos, y habiendo en Marianas menos de cinco mil almas, contaba cada habitante con 5 pesos del Gobierno para sus necesidades exteriores, lo que era más que suficiente; y de aquí que no pensarán en dedicarse a algo productivo.

Era una causa muy poderosa que se oponía al desarrollo de la riqueza de las islas Marianas, esto es, la gran desproporción en que estaba el número de sus habitantes con el importe del presupuesto de gastos del Estado, puesto que por cada habitante pagaba el Gobierno 5 pesos, como ya se ha dicho, procedentes del exterior, sin sacar nada del país, de modo que gran número de familias vivían del presupuesto y disminuían el de productores, que participaban todos de aquel presupuesto, en la facilidad y altos precios a que vendían los artículos ordinarios de consumo, puesto que se pagaban dos reales por una gallina, 6 pesos por un puerco de sesenta a cien libras y hasta veinticinco por algunos grandes; un peso una tinaja o dieciséis gantas de maíz, 3 pesos

un caban de palay, 12 pesos un quintal de azúcar mala, un real cada botella de aguardiente de coco, y casi todo en una proporción semejante, añadía Felipe de la Corte⁷⁰.

Esto daba lugar a que los pocos asiduos al trabajo encontraran en estos artículos comunes una venta que no podía ser compensada con ningún otro efecto vendido para exportación, y de aquí que ésta no pudiera verificarse ni en grande ni en pequeña escala mientras estos artículos más comunes no bajaran a precios más moderados.

En la fecha -años 50 y 60-, cualquiera que llegara a establecerse en Marianas vería claramente que sembrando maíz, criando gallinas o puercos u otro objeto cualquiera de consumo, obtendría más rendimiento y resultado que dedicándose a artículos de exportación, y por ello era necesario y lógico que se dedicara a aquéllos con preferencia de éstos, siendo el resultado final la falta de exportación.

El único medio que podría conducir a un cambio radical de Marianas, continúa de la Corte, sería disminuir esta proporción entre consumidores y productores, ya que a medida que hubiese más que produjesen, en compensación de los meramente consumidores, o sea, en proporción al presupuesto del Estado, los artículos de consumo no podrían obtener los precios dichos, y bajarían hasta que ellos mismos fuesen exportables o fuera preferible dedicarse a otros que dieran impulso al comercio y a la riqueza.

El Gobierno podía modificar esta proporción, disminuyendo los gastos públicos, imponiendo impuestos o aumentando la población, pero lo primero era del todo punto imposible puesto que los empleados que tenían y sus dotaciones eran todavía menores que

los necesarios, atendida la situación aislada del archipiélago y su continuo roce con extranjeros; los gastos, además, se hacían no por las exigencias locales interiores sino por lo independiente y particular de la situación de las islas.

Lo segundo sin variar estas condiciones, parecería duro y daría escaso resultado, porque si no se imponían más y las contribuciones directas de Filipinas no crecieran, ingresarían muy poco en el Tesoro, y si se establecieran indirectas costarían más que su importe. Además, eran muchos los dependientes del Estado que quedarían exentos y la capacidad de todos podía mirarse como inmensurable porque su riqueza estaba en frutos espontáneos y nada guardaban, de modo que prestaban el carácter de pobres de solemnidad que solo podría gravárselos en sus personas en muy insignificante cantidad, por lo que este recurso no llegaría hasta impulsar la producción en términos de dar exportación u otros bienes sensibles, debiéndose mirar medio como meramente pasivo y auxiliar de otros activos que solo podían basarse en el aumento directo de productores que no vivieran a costa del Gobierno y que tampoco se hallaran muy dispuestos a gastarse su dinero y su trabajo en fiestas, sino que propendieran a la economía y a la acumulación, únicas fuentes capaces de enriquecer a los países. Era de necesidad, por consiguiente, una alteración radical del sistema.

Las islas Marianas eran un punto geográfico esencialmente mercantil, siendo condición indispensable de estos centros la gran libertad de cambio, y así era necesario que toda mejora que se emprendiera en Marianas habría de estar exenta de toda traba, sin lo cual jamás se conseguiría atraer a Marianas la prosperidad

de que eran capaces y que era necesaria para dejar de ser gravosa.

El comercio pues, y la industria consiguiente a él, llegarían a Marianas por sí mismos, opinaba La Corte, tan luego como se crearan en ella los otros elementos de que se alimentaba, que eran navegaciones y frutos de exportación y que no podían crearse sin el primero y vital de todo país, la población.

A la altura de 1886, el comercio de exportación se reducía a una regular cantidad de balate que se estaba beneficiando desde el año anterior y que tenía bastante aceptación en el mercado de Manila, unos cuantos cabanes de cacao y muy poco café, este último por la circunstancia de no dejar utilidad que compensara el trabajo invertido en su cultivo en atención al bajo precio que obtenía en el mercado y los fletes algo subidos⁷¹. De abacá se exportaba algo también pero muy poco; de palay y maíz no había exportación alguna porque el que se cosechaba se necesitaba, aun siendo la cosecha buena, para el consumo de la población, y aun dado el caso de sobrar, tampoco podía exportarse porque no podía competir con los precios a que el de Saigón y provincias del archipiélago filipino tenían en la plaza de Manila.

El comercio de importación se concretaba a telas, sombreros, azúcar, loza, petróleo y otros artículos que no se producían en el país, y en años de mala cosecha también se importaba palay.

De esta forma y a medida que avanzó el siglo, el comercio de la Provincia, que por falta de capitales y escasa población se encontraba en estado embrionario, tenía su núcleo en la capital y consistía principalmente en la exportación de géneros manufacturados europeos.

Los usos comerciales se reducían a que los poquísimos y modestos comerciales residentes en Agaña nombraban comisionados en Manila, a quienes encargaban la adquisición y remesa de telas que después se vendían en Marianas al menudeo, y con dificultad por la penuria de sus habitantes que en muchas ocasiones compraban los géneros a cambio de frutos o a cuenta de ellos cuando se cosecharan⁷².

La importación de dichas telas y de otros efectos de uso, y algunos comestibles de Filipinas y Europa, procedía directamente de Manila y representaba poco valor.

En concepto de cambio, solían hacerse algunas remesas a Manila por un valor aproximado de 4.480 pesos en los años 80-90, que representaban los cien cabanes de cacao y sesenta y cinco de café, cincuenta quintales de balate y unas cien pieles de vaca que al año se exportaban para dicho punto, calculándose en torno a 3.628 pesos el valor de las noventa toneladas que de copra iban para Japón, en igual período, a todo lo cual se reducía la exportación de la provincia de Marianas, por lo que había muy poco dinero circulante.

En los años 90 escasos buques fondeaban en el puerto de Apra, destacando la goleta Esmeralda, de 130 Tn con ocho tripulantes, y el pailebot Saipan, inglés como el anterior, que se dedicaban constantemente a cargar copra de coco de Marianas con destino a China y Japón; esta última nación iba poco a poco entablando negocios con las islas, especialmente con las Carolinas Orientales, destinando cuatro pailebotes al tráfico de productos propios de dichas islas, hallandose en la fecha ya radicados algunos de ellos en Ponapé y Truck⁷³.

También visitaban las islas con frecuencia y con igual negocio pailebotes japoneses como el Tenyu-Marú, de 91 Tn. de registro, el Kuvayen-Marú o el Chomei-Marú, además de las barcas balleneras que tocaban en Agaña en los meses de noviembre a abril, cambiando efectos traídos de San Francisco por comestibles y copra que se llevaban como lastre para venderlo en América.

Los pailebotes japoneses y de otras nacionalidades, antes de partir hacia la Micronesia española, tenían que obtener el certificado del cónsul español en Yokohama, quien autorizaba o no la partida de los barcos hacia las posesiones españolas.

Por ejemplo, el 21 de agosto de 1894, y tras la autorización del cónsul español en Yokohama, partió hacia Guam el pailebot Schooner Tenyu, adonde llegaría el 7 de octubre, con un cargamento de ciento cincuenta piezas de tela de algodón, treinta y cuatro pares de zapatos, una caja de betún, quinientas mantas de lana, cuarenta sacos de arroz, cinco sacos de harina, doscientas cincuenta piezas de loza, cuatro docenas de sombreros de paja, cinco cajas de petróleo, dos latas de salmón, quince cajas de cerveza, cuatro de coñac, cuatro de vermut y cuatro de sidra, dos latas de carne de vaca, trescientas cajas de cerillas, doscientas candelas, trescientas cincuenta libras de pastas (tal vez dulces), doscientas libras de galletas, cuatro docenas de paraguas, ocho lamparillas, cinco tazas de cristal, veinte piezas de pintura al óleo, cuarenta fotografías, cinco relojes grandes, cuarenta libras de té, cinco docenas de pañuelos, tres cuchillos, cinco cajas de varios artículos, cuatro docenas de calcetines y una caja de tazas grandes de cristal, no habiendo armas de fuego ni pólvora⁷⁴.

Todos los cargamentos de los diferentes barcos llegados a Marianas eran más o menos similares, constatándose así el incipiente comercio entre Japón y la Micronesia española

Dadas las condiciones económicas del archipiélago mariano, las dificultades por las que atravesaba el mismo para poder desarrollarse si quiera someramente eran escasas. Por ello, y a finales del siglo XIX, como se ha ido viendo en las páginas anteriores, algunos Gobernadores pretendieron impulsar la economía a través de distintas medidas que facilitaran dicha tarea. Tal fue el caso de Joaquín Vara del Rey (1890-1891), quien en su Memoria elevada a las autoridades filipinas en 1890 proponía, entre otras cosas, utilizar las Marianas como punto de escala y depósito comercial dotándolas para ello de un puerto en buenas condiciones, que pudiera ser el de San Luis de Apra si en él se ejecutaran las obras necesarias para limpiar su fondo y establecer muelles, grúas, etc. de los que carecía en la fecha⁷⁵.

Proponía también el llevar el adelanto a la agricultura hasta donde se pudiese, en vista de las condiciones poco favorables de su suelo, y siempre teniendo en cuenta que este ramo, aunque algunos lo consideraban como medio secundario para el fomento de la provincia, era susceptible de prosperar y constituir una buena base para su futuro bienestar; era del todo necesario establecer colonias agrícolas para favorecer ese adelanto.

Igualmente, señalar premios pecuniarios para adjudicarlos a quienes con su constancia obtuviesen mejores productos en cantidad y calidad, y destinar otros premios o exenciones a los

que se distinguiesen en la industria pecuaria, mejorando las especies y aumentándolas.

Un año más tarde su sucesor, Luis Santos (1891-1892), recogía parte de estas medidas ampliándolas al proponer el llevar mucha gente a Marianas, hombres y mujeres de buena índole y conocidos por trabajadores para que, poblando las islas, roturaran los campos ansiosos de producir, estableciendo en las islas colonias modelo agrícolas, siendo necesario, entre otras cosas, el dotar al Gobierno de una goleta de vela que también podría tener maquinaria auxiliar para comunicar, visitar e inspeccionar las demás islas del archipiélago. El objeto último era hermanar esta provincia en todo y por todo a las islas Filipinas⁷⁶.

A pesar de estas recomendaciones, lo cierto es que nada se hizo para impulsar la economía en estos últimos años de presencia española.

En opinión de muchos se decía, y escrito en memorias anteriores, que esta Provincia era pobre en demasía; al respecto, Luis Santos opinaba que si esta afirmación se tomaba en sentido general⁷⁷, estaba de acuerdo con ella, pero si se miraba con relación al número de sus habitantes comparándolas con sus análogas de Filipinas en igualdad de condiciones y número de algunas, se vería que la ventaja estaba para Marianas ya que tenía, en total, el mismo número de habitantes aproximadamente que Batanes, Davao y otros muchos puntos, menos que Bataan, Benguet, Calamanes, Lepanto, Nueva Ecija, Nueva Vizcaya, Zambales o Zamboanga y, sin embargo, tenía el mismo ganado caraballar y vacuno.

Así pues, si de los productos agrícolas se tenía en cuenta

lo que se producía con tan escasa población, se vería que estaba en igual que Filipinas pues era innegable que a mayor número de habitantes correspondía mayor de braceros que cultivaran las tierras y produjeran frutos; si a esto se agregaba la facilidad que había en Marianas de adquirir terrenos sin coste alguno, de aprovechar los frutos y maderas de los montes del Estado gratuitamente, así como los del mar, no podía negarse que, relativamente, era rico el país. Ahora bien, no comparándolo con nada, viéndolo en conjunto y si se tenía en cuenta el poco hábito al trabajo de sus habitantes, era muy pobre.

Debía también tenerse en cuenta que de diez años atrás se estaba llevando copra al Japón por valor de 30.000 a 35.000 pesos anuales, esto es, el importe de unas quinientas toneladas, cuyos productos del país e importe en metálico no tenían entrada en Marianas, quedándose en aquella nación que era donde residían los exportadores, por lo que podía calcularse que las islas había dejado de tener una entrada en ese tiempo de unos 200.000 a 250.000 pesos, que distribuidos entre dos o tres naturales o radicados que hubieran hecho esa exportación y beneficio, necesariamente habría de haber dejado huella en la localidad, ya en mejora de edificios, extensión de terrenos cultivados, número de braceros empleados o en comercio más extenso.

Por todo ello, juzgaba a las islas Marianas en igualdad de condiciones que las Filipinas, sin ser más rica ni más pobre.

NOTAS

1. LIBRARY OF CONGRESS OF WASHINGTON (LCW), Vol. 23, Item 96: Gobernador Político Militar de Marianas a Gobernador General, Agaña, 2 agosto 1890.
2. LCW, Vol. 3, Item 3: Capitán General de Filipinas, Fernando Norzagaray, a Gobernador Político-Militar de las islas Marianas, Manila, 20 mayo 1857.
3. LCW, Vol. 3, Item 3: Decreto del Gobernador y Capitán General de las islas Filipinas, Fernando Norzagaray, sobre nuevas equivalencias monetarias, Manila, 10 mayo 1857.
4. PHILIPPINE NATIONAL ARCHIVES (PNA), PNA 19, Exp. 5, Fol. 1-1b: El Administrador de Hacienda de Marianas, Félix Calvo, al Gobernador General de las islas Filipinas, Agaña, 19 junio 1858.
5. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 9: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Joaquín Vara del Rey, Agaña, 31 diciembre 1890.
6. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 9: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Joaquín Vara del Rey, Agaña, 31 diciembre 1890, pp. 5-6.
7. Luis IBAÑEZ Y GARCÍA: Historia de las islas Marianas, Carolinas y Palaos, Granada, 1886, Apéndice n° 5: Instrucción expedida por el Sr. D. Juan de Vargas y Hurtado, Gobernador y Capitán General de las islas Filipinas, a D. José Quiroga, Gobernador de las islas Marianas, pp. 182 y 185
8. Francis X. HEZEL: From Conquest to Colonization: Spain in the Mariana Islands, 1690 to 1740, Division of Historic Preservation, Saipan, M.P., 1989, p. 13.
9. Omayra BRUNAL-PERRY: A Question of Sovereignty. What Legitimate Right Did Spain Have to Its Territorial Expansion?, University of Guam, MARC Educational Series n° 15, 1993, p. 36.
10. Paul CARANO y Pedro SANCHEZ: A complete history of Guam, Tokio, Ch. Tuttle Co., 1964, pp. 106-107.
11. LCW, Vol. 2: Indice General de las Reales Cédulas comunicadas por la Real Audiencia y Superior Gobierno de Filipinas, n° 5.
12. Ver el capítulo VII referente al arrendamiento de las islas del Norte.
13. Marjorie G. DRIVER (trans.): Description of the Mariana Islands. Manuel Sanz, 1827, MARC Educational Series n° 10, University of Guam, 1991, pp. 16-18.

14. Teresa DEL VALLE: Social and cultural change in the community of Umatac, Southern Guam, MARC, University of Guam, 1979, p. 86.
15. PNA, PNA 3, Exp. 2: Instrucciones al Gobernador Comisionado de las islas Marianas sobre reparto de tierras realengas, ganados y aves, entre los naturales de aquellas islas, Manila, 11 agosto 1820.
16. PNA, PNA 1, Exp. 114, Fol. 10-10b: Expediente dirigido al Sr. Gobernador General -en contestación al oficio de éste- sobre la distribución de las tierras realengas proporcionadas de las facultades de cada uno a nombre del Rey, sin más condición que cultivarlas, y lo mismo de las Haciendas del Estado y Ganados, aves y demás efectos, con condición de devolverlas dentro de seis años, Agaña, 5 septiembre 1822.
17. LCW, Vol. 13, Item 40: Cesiones en virtud del artículo 4º del nuevo Reglamento de tierras de la Real Hacienda, Agaña, noviembre 1829.
18. Teresa DEL VALLE, op. cit., pp. 90-91.
19. Felipe DE LA CORTE Y RUANO CALDERON: Memoria descriptiva e histórica de las islas Marianas, Madrid, Imprenta Nacional, 1875, p. 148.
20. LCW, Vol. 23, Item 96: Gobernador Político-Militar de Marianas a Gobernador General, informando sobre los montes del Estado, Agaña, 10 octubre 1886.
21. LCW, Vol. 15, Item 67: Testimonio del expediente sobre la prohibición que hizo Joaquín Portusach a los naturales de estas islas en el aprovechamiento de la isla de Cabras, años 1870-1874.
22. Luis Herrero, José Sablan, Pedro de Castro, Antonio de San Nicolás, Gregorio Pérez, Ramón Ada, y Manuel Flores.
23. LCW, Vol. 10, Item 24: Bando del Gobernador Político-Militar sobre terrenos, Agaña, 15 mayo 1891.
24. PHILIPPINE NATIONAL ARCHIVES/UNPROCESSED BUNDLES (PNA/UB), n° 38: Debate sobre composición de terrenos realengos: informe de la Administración Central de Hacienda, Manila, 22 diciembre 1886.
25. PNA/UB, n° 38: Debate sobre composición de terrenos realengos: informe de la Administración Central de Hacienda, Manila, 22 diciembre 1886.
26. PNA/UB, n° 38: Debate sobre la composición: Informe del Negociado de Hacienda, Manila, 29 diciembre 1886.
27. PNA, PNA 18, Exp. 24, Fol. 1-22: El Gobierno Político Militar de Marianas remite al Gobernador General copia del informe realizado sobre asuntos relacionados con la composición de

terrenos realengos, Agaña, 15 mayo 1886 (copia del informe reservado remitido a la Dirección General de la Administración Civil en 15 de mayo de 1886).

28. PNA/UB, n° 38: Debate sobre la composición de terrenos: Informe de la Intendencia General de Hacienda de Filipinas, Manila, 28 octubre 1887.

29. LCW, Vol. 23, Item 96: Gobernador Político-Militar de Marianas a Gobernador General de Filipinas, informando sobre la composición de terrenos realengos, Agaña, 2 abril 1888.

30. LCW, Vol. 23, Item 96: Gobernador Político-Militar de Marianas, Luis Santos, a Gobernador General de Filipinas, Agaña, 21 octubre 1891.

31. LCW, Vol. 23, Item 96: Gobernador Político-Militar de Marianas a Gobernador General de Filipinas, Agaña, 28 octubre 1891.

32. LCW, Vol. 10, Item 24: Bando del Gobernador Político-Militar, D. Emilio Galisteo y Brunenque, sobre terrenos, Agaña, 24 septiembre 1894.

33. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 9: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Joaquín Vara del Rey, Agaña, 31 diciembre 1890, p. 14.

34. Felipe DE LA CORTE Y RUANO: op. cit., pp. 146-148.

35. LCW, Vol. 20, Item 94, Parte I: Gobernador Político Militar de las islas Marianas a lso Gobernadorcillos de todos los pueblos, Agaña, 15 octubre 1856.

36. Marjorie G. DRIVER: A report on the Mariana Islands, Alexandro Parreño, Agaña, MARC Working Papers n° 55, 1991, p. 29.

37. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 1: Informe escrito por Francisco Olive y García en que hace resaltar las diferencias entre este informe y el presentado por Pedro Saura y Corona, Agaña, 19 diciembre 1885, pp. 6-8.

38. Francisco OLIVE Y GARCÍA: Islas Marianas. Ligeros apuntes acerca de las mismas, porvenir a que pueden y deben aspirar y ayuda que ha de prestar la administración para conseguirlo, Manila, 1887, pp. 26-27.

39. Francisco OLIVE Y GARCIA, op. cit., pp. 31-33.

40. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 9: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Joaquín Vara del Rey, Agaña, 30 diciembre 1890, p. 22.

41. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 1: Informe escrito por Francisco Olive y García en el que hace resaltar las diferencias....

42. Francisco OLIVE Y GARCÍA, op. cit., p. 32.
43. Ibídem, p. 32.
44. PNA, PNA 31, Exp. 69, Fol. 6-8: El Gobernador Político Militar de Marianas elevando al Excmo. Sr. Gobernador General de las islas Filipinas la parte de novedades de esta Provincia correspondiente al mes de la fecha, Agaña, 31 octubre 1888.
45. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 9: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Joaquín Vara del Rey, Agaña, 31 diciembre 1890, p. 5.
46. Francisco OLIVE Y GARCÍA, op. cit., pp. 38-39.
47. LCW, VOL. 16, Item 75: Carta particular del Gobernador General de Filipinas, Domingo Moriónés, al Gobernador de Marianas, Manuel Brabo y Barrera, Manila, 30 junio 1879.
48. LCW, Vol. 16, Item 75: Carta de Fray Isidro Liberal al Gobernador de Marianas, Agat, 14 septiembre 1879.
49. LCW, Vol. 16, Item 75: Carta del Gobernador de Marianas, Manuel Brabo, a los R.P. Curas Párrocos de los pueblos de Agat, Merizo e Inarajan, Agaña, 18 septiembre 1879.
50. LCW, VOL. 16, Item 75: El Gobernadorcillo de Agaña remite un estado demostrativo del número de plantas de café, Agaña, 31 diciembre 1879.
51. PNA, PNA 28, Exp. 14: Proyecto del comandante del Penal de hacer grandes plantaciones de abacá, cocos y nipas, y dedicar algunos presos a la pesca, con objeto de proporcionar recursos al fondo de entretenimiento, Manila, 4 diciembre 1886 (21612-E1).
52. PNA, PNA 18, Exp. 12: Resumen general que forma el Gobernadorcillo de esta ciudad, Antonio Martínez, del ganado vacuno y caballar que hoy poseen los ganaderos en diferentes sitios de la isla, Agaña, 14 junio 1886.
53. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 9: Copia de la Memoria de las islas Marianas ..., p. 6.
54. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 1: Informe escrito por Francisco Olive y García ..., pp. 79 y ss.
55. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 3: Estado comparativo de los habitantes, casas, ganados, siembras, etc. que había en los años 1835, 1863, 1875 y 1885, Agaña, 19 diciembre 1885.
56. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 8: 6ª Sección. Datos referentes a dicha Sección que se remiten a la Comisión Central de Manila para la Exposición Hispano-Filipina, por el Gobernador Francisco Olive, Agaña, 31 diciembre 1886, p. 1.

57. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 8: 6ª Sección. Datos referentes a dicha Sección, pp. 1 y ss.
58. Marjorie G. DRIVER (Ed.) y Víctor F. MALLADA (tr.): The Guam diary of naturalist Antonio Pineda y Ramírez, february 1792, MARC, University of Guam, 1990, p. 52.
59. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 1ª, n° 8: 6ª Sección. Datos referentes a dicha Sección, pp. 3-4.
60. LCW, Vol. 30, Item 153: Instrucción que ha de observarse para la matanza y venta de carnes de carabao, vaca y cerdo, en todas las provincias y pueblos de estas islas, aprobada en Junta Superior directiva de Hacienda de 30 de abril de 1844, y mandada cumplir en decreto de 7 de junio siguiente, Contaduría General de Ejército y Real Hacienda de Manila, 14 junio 1844.
61. Felipe de la CORTE, op. cit., pp. 147 y ss.
62. LCW, Vol. 30, Item 53: Reglamento sobre la transmisión del Ganado mayor, su marcación y matanza para el consumo, aprobado en Real Orden de 19 de Agosto de 1862, Manila, 20 noviembre 1862.
63. LCW, Vol 18, Item 87: Testimonio del expediente de la subasta de la matanza y limpieza de reses de estas islas para el año 1890, siendo Francisco Solano el Gobernador Político Militar: Pliego de condiciones para la contratación del arriendo de la matanza y ventas de carne de carabao, vaca y cerdo en todos los pueblos de estas islas cuya subasta se sacará a licitación pública ante la Junta de Almonedas, 20 diciembre 1889.
64. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2º, n° 4: Guía Oficial. Antecedentes para la de 1887, Agaña, octubre 1886, pp. 4 y ss.
65. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 9: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Joaquín Vara del Rey, Agaña, 31 diciembre 1890, pp. 14 y ss.
66. PNA, PNA 31, Exp. 73, Fol. 1-2: La Administración de Hacienda Pública de las islas Marianas remitiendo al Sr. Administrador Central de Impuestos directos de Filipinas el estado anual del número de contribuyentes e importe de las cuotas de la industria Tabacalera correspondiente al presupuesto pasado de 1888, Agaña, 1 febrero 1889.
67. PNA, PNA 29, Exp. 26, Fol. 1-2b: Expediente dando declaraciones presentadas al Administrador de Hacienda sobre la industria de la tuba, 1 enero 1897.
68. Francisco OLIVE Y GARCÍA, op. cit., p. 48.
69. Felipe DE LA CORTE, op. cit., pp. 148 y ss.
70. Ibidem, p. 155.

71. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 4: Guía Oficial. Antecedentes para la de 1887, Agaña, octubre 1886, pp. 9 y ss.
72. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 2: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Joaquín Vara del Rey, Agaña, 30 diciembre 1890, pp. 15 y ss.
73. SERVICIO HISTÓRICO MILITAR (SHM), Sección Africa y Ultramar: Filipinas, legajo 86: Proyecto de reformas de Gobierno General de las islas Marianas y Carolinas, por el Capitán de fragata D. Luis Cadarso y Rey, Agaña, 7 de julio de 1894, p. 12.
74. SHM, Sección de Ultramar: Filipinas, leg. 85: Manifiestos de cargamentos de barcos con destino a Micronesia, años 1892-1896.
75. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 9: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Joaquín Vara del Rey, Agaña, 30 diciembre 1890, pp. 23 y ss.
76. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 3ª, n° 3: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Luis Santos, Agaña, 31 diciembre 1891, p. 26.
77. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 3ª, n° 3: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Luis Santos, Agaña, 31 diciembre 1891, pp. 21-22.

CAPÍTULO XI

EL SISTEMA EDUCATIVO

El punto de partida del establecimiento de un sistema educativo en las islas Marianas hay que situarlo en el contexto de la evangelización del archipiélago a cargo del jesuita Sanvitores, quien había aprendido la lengua chamorra ayudado por algunos filipinos y españoles que habían permanecido en las islas después del naufragio de la nave "Concepción" en 1638¹. Establecido en Agaña, y con la ayuda de otros jesuitas, se dedicó a enseñar el Catolicismo, fundando al tiempo varias escuelas para la cristianización y educación de los chamorros, en su propia lengua, y ayudándose de danzas y canciones autóctonas para la mejor comprensión de la doctrina por parte de aquéllos; una de estas escuelas era el Colegio San Juan de Letrán², fundado el 6 de enero de 1669, año en que se inició la construcción de este seminario, que no entraría en funcionamiento hasta 1673, destinado a la educación de jóvenes chamorros de las clases más altas para formarlos como intérpretes y catequistas que ayudaran a los sacerdotes³.

Como señala R. Rogers⁴, el Padre Alonso López, que había sido enviado por Sanvitores a Aguijan, Tinian y Saipan, fundó otra escuela en Sungharon, Tinian, en 1671; poco a poco fueron fundándose otras.

Sanvitores, además, escribió una gramática y un Catecismo en chamorro⁵, lengua que era utilizada durante las misas aunque poco a poco se fue imponiendo también el español; a finales de la

década de los 60, los niños eran capaces de rezar en ambas lenguas⁶.

La fundación del Real Colegio de San Juan de Letrán

La fundación del Colegio San Juan de Letrán fue posible gracias a la dotación de Mariana de Austria; en una carta escrita al Padre José Vidal fechada el 25 de mayo de 1671, Sanvitores le pidió ayuda para interceder ante la Reina para proveer dos seminarios para niños y niñas en Agaña, solicitando una dotación de 3.000 y 2.000 pesos respectivamente⁷, además de diverso tipo de material para ambos, entre otras cosas, obleas para consagrar, instrumentos musicales como arpas, guitarras o liras, libros de música, manuales, catecismos, papel y lápices. Así, el Colegio fue fundado a sus expensas por Doña Mariana de Austria en 1673, imponiendo al efecto del producto de sus alhajas, esto es, 21.000 pesos, sobre las Cajas Reales de México⁸. Sanvitores obtuvo igualmente permiso para establecer un segundo colegio de igual importancia para la educación de las niñas, ordenando Mariana de Austria al virrey de México el proveer a Marianas de 3.000 pesos anuales para el mantenimiento de ambos colegios o seminarios.

Se construyó un edificio de mampostería y tejas, con una azotea o batalán, y una cocina, siendo espacioso y proporcionado: cuarenta y cinco varas de largo, ocho de ancho y seis de alto. Fue llamado Colegio Real y dedicado a San Juan de Letrán; en el mismo edificio se construyó igualmente una capilla dedicada a la Virgen de Guadalupe de México⁹.

El Colegio, que en un principio estaba edificado en el interior del fuerte de Agaña, fue trasladado al exterior; la escuela

de niñas se estableció en Fina¹⁰, aunque poco después se trasladó a Agaña.

Existían por entonces en San Juan alrededor de treinta niños, mientras que en la escuela de niñas había veinticuatro alumnas, todos ellos con edades comprendidas entre los siete u ocho años y los catorce.

Los niños, uniformados con pantalones de lino blancos y blusones de color azul, servían regularmente en la Iglesia, ayudando en misa y en el rosario de cada día, cantando y desfilando en procesiones los días festivos. Los mejores estudiantes acompañaban a los sacerdotes en sus misiones, asistiéndoles como intérpretes y catequistas; dedicaban su tiempo a estudiar religión y otras materias, todas ellas impartidas en castellano, e igualmente se les instruía en trabajos manuales y música.

Por el contrario, las niñas aprendían diferentes tareas domésticas como tejer esteras, coser y cocinar, al mismo tiempo que estudiaban el catecismo y aprendían sus oraciones.

Además de estas dos escuelas, había alrededor de treinta estudiantes trabajando en el rancho de Pago, donde aprendían diferentes oficios¹¹.

El carácter religioso de la educación, especialmente en estos primeros años aunque también característico de todo el modelo educativo español en las islas Marianas, era muy acentuado; los niños asistían a misa por la mañana, al rosario por la tarde y tres veces a lo largo del día al "Angelus". Si fallecía alguien en la comunidad, igualmente participaban en los actos religiosos.

San Juan de Letrán tenía sus propias normas y reglas inter-

nas siendo la más importante de las islas Marianas puesto que el resto de las escuelas que se fundaron en esta época se creaban o desaparecían en función de la capacidad del sacerdote de turno; más que escuelas, en sentido estricto de la palabra, podían ser considerados seminarios de enseñanza de doctrina cristiana.

San Juan de Letrán, dependiente de la Obra Pía de igual nombre radicada en Manila, estaba gobernada desde sus comienzos por una Junta rectora compuesta por el Gobernador de las islas como Presidente, y el párroco de Agaña y el primer juez como oficiales; el personal docente estaba compuesto por dos maestros y cinco ayudantes¹².

Como se ha señalado, la manutención del Colegio corría a cargo del subsidio real y de los beneficios obtenidos de los productos agrícolas y ganaderos propiedad del mismo.

Según Lawcock¹³, en 1727 el Colegio contaba con plazas para cincuenta internos, de los cuales cuarenta y siete eran hijos de chamorros, mientras que los tres restantes eran mestizos, dos de ellos huérfanos; sus edades estaban comprendidas entre los ocho y los veintisiete años. Los hijos de españoles, los mestizos y prácticamente todos los chamorros de Agaña, asistían al Colegio como alumnos externos.

Por entonces, San Juan de Letrán aceptaba entre seis y ocho nuevos estudiantes internos cada año procedentes, más de la mitad, de las localidades cercanas a Agaña, mientras que el resto procedía del sur de Guam y de las otras dos islas habitadas, Saipan y Rota. Lógicamente, dada la proximidad de los chamorros de Agaña al Colegio, en estas fechas tan sólo de la ciudad se contabilizan tres estudiantes.

Ya que la pobreza no debía ser impedimento para que los padres enviaran a sus hijos a las escuelas, todo el material de enseñanza (papel, lecturas, plumas, etc.) era gratuito, tanto para alumnos externos como internos; además, a estos últimos se les proporcionaba vestido y alimentación durante los años que asistieran al Colegio.

Su uniforme consistía en una camisola azul con pantalones de lino, blancos o azules; cinturón, zapatos y sombrero completaban la indumentaria.

Los chicos iban a misa desfilando de dos en dos llevando una bandera y recitando oraciones, algunas en español y otras en chamorro, teniendo además la obligación de ayudar en las celebraciones especiales que tuvieran lugar en Agaña.

Asistían al rosario que rezaban todos los sábados los soldados, atendiendo igualmente las ceremonias de bautizos, bodas y entierros de todas las personas de la comunidad, tanto si eran españoles o criollos, como mestizos, filipinos o chamorros.

El número de estudiantes en San Juan de Letrán en esa fecha de 1727 era de cuarenta y nueve alumnos, tal y como se expresa en el cuadro adjunto:

<u>Nombre (sic)</u>	<u>Fecha nacimiento</u>	<u>año de ingreso</u>
AGADNA		
Phelipe Ramírez	26 mayo 1717	1724
Thomas de la Conception	26 diciembre 1716	1725
Mathias de Benavente	2 marzo 1716	1726
ANIGUAG		
Joseph Muna	27 marzo 1706	1714
Matheo Lauchi	20 febrero 1706	1716
Francisco Taisequi	10 abril 1706	1717

Francisco Quico	10 julio 1711	1718
Clemente Taingatastas	25 noviembre 1711	1719
Francisco Taitano	20 noviembre 1712	1723
Phelipe Jusguma	10 enero 1716	1724
Juan Chatgadi	28 septiembre 1717	1726
Juan Estevan Tetmachuga	1 febrero 1716	1726
Francisco Ignacio Fatacaon	1 mayo 1719	1727
Pascual Antonio Seli	19 abril 1716	1727
Martin Estanislao Tetmachuga	13 noviembre 1719	1727

AGAT

Estevan Anao		1725
--------------	--	------

ASAN

Juan Quizacha	4 septiembre 1706	1713
Ignacio Afchiho	13 enero 1710	1720
Manuel Chatpangon	28 diciembre 1712	1725
Pedro Taidiris	29 junio 1713	1725

INARAJAN

Joachin Maldonado	24 mayo 1711	1720
-------------------	--------------	------

MERIZO

Estanislao Erita	7 mayo 1714	1719
Casimiro Agiguang	10 marzo 1714	1725

MONGMONG

Miguel Matanani	10 diciembre 1700	1712
Nicolás Taisiyu	20 febrero 1708	1716
Miguel Ninaysin	1 febrero 1710	1718
Juan Anga	10 mayo 1715	1722
Rafael Taifaihan	26 diciembre 1712	1722
Ignacio Tumero	17 julio 1713	1722
Miguel Charfauros	30 septiembre 1714	1723
Juan Fassi	4 febrero 1711	1723
Francisco Taisongsong	13 mayo 1713	1723
Juan Taitig	septiembre 1714	1724
Juan Enam	abril 1714	1727

PAGO

Ignacio Migar	14 febrero 1710	1718
Ignacio Taitiguang	6 julio 1705	1718
Juan Taisipic	13 junio 1712	1722
Ignacio Madamang	19 agosto 1714	1723
Francisco Eguazaf	10 septiembre 1718	1726
Manuel Mamloggas	9 enero 1719	1726

ROTA

Pedro Namna	24 agosto 1711	1718
-------------	----------------	------

SAIPAN

Miguel Natainam	2 octubre 1714	1725
Phelipe Apio	26 diciembre 1716	1725
Juan Teypagjo	13 febrero 1713	1726
Pedro Hium	22 mayo 1715	1726
Ignacio Acneima		1727

SINAJAÑA

Salvador Fegutgut	1 abril 1714	1725
-------------------	--------------	------

TEPUNGAN

Pedro Magugui	18 mayo 1706	1716
---------------	--------------	------

UMATAG

Joseph Albay	13 noviembre 1709	1722
--------------	-------------------	------

El más mayor había nacido en 1700 y el más joven, en 1719. La fecha de entrada más temprana fue 1712 (nacido en 1700), y las más tardías, 1725 (nacido en 1714) y 1726 (nacido en 1719).

Los lugares de procedencia, por orden del número de alumnos, son: Anigua (doce estudiantes), Mumgmong (once), Pago (seis), Saipan (cinco), Asan (cuatro), Agaña (tres), Merizo (dos), y Agat, Umata, Inarajan, Sinajaña, Tepungan y Rota, cada una con solo un estudiante.

La jornada diaria era muy completa; se levantaban a las cinco de la mañana; rezaban, se lavaban y se vestían. Después asistían a misa y luego se dedicaban a sus tareas diarias (limpieza de las estancias colegiales y cuidado del ganado).

Más tarde tomaban el desayuno, la primera de las cuatro

comidas diarias, que consistía en una taza de alaguan, una antigua bebida chamorra a base de leche de coco, y sopa de arroz con harina, endulzada con miel o azúcar; cuando no había alaguan tomaban atuli, que era sopa de maíz con leche de coco. Un desayuno más sabroso, el champulado, arroz aromatizado con chocolate, se reservaba a los alumnos cantores.

De siete de la mañana, cuando sonaba la campanilla, a nueve, comenzaba el horario escolar, momento en que estudiaban sus lecciones y practicaban escritura, siendo supervisados por un maestro laico, si bien en alguna ocasión el Rector o su asistente hacían acto de presencia en el aula para ver la evolución de los alumnos y enseñarles todo lo relacionado con la preparación y celebración de misa.

De nueve a once, algunos estudiantes aprendían determinados oficios (bordado, sastrería, etc), mientras que otros, los que formaban la élite del alumnado, cantaban o ensayaban con sus instrumentos, siendo los más populares el violín y el arpa; otros tantos se dedicaban al cuidado de los jardines o a cualquier otra tarea.

A las once iban todos al comedor, siendo el horario de la comida hasta las doce de la mañana; se formaban dos grupos, y mientras unos comían, los otros les servían y les leían oraciones. Después, se cambiaban. La comida típica consistía en caldo, carne, y el equivalente local del pan, esto es, arroz, tamales, camote o nica.

Algunos días especiales, o incluso cuando la carne escaseaba, también tomaban mongos o frijoles, y pescado; la leche y los vegetales completaban la dieta.

Después de comer, y tras recoger y limpiar, tenían un período de descanso, la siesta, entre las doce y media y las dos de la tarde, retirándose los muchachos a sus dormitorios para que hiciesen lo que quisieran.

Tras la siesta, rezaban el rosario y a las dos y media de la tarde se reanudaban las clases, siendo de contenido similar a las de la mañana; de cuatro a cinco y media aprendían artes y oficios. Después, tenían un período de reposo en el que tomaban una merienda de alaguan, recitaban oraciones y cantaban.

A las siete de la tarde cenaban pan y carne o pescado, y luego rezaban, bailaban y jugaban un rato en el patio hasta la hora de acostarse.

Esta rutina cambiaba los miércoles y los jueves; el primero de los días, por la mañana los alumnos iban a la Iglesia y ayudaban a explicar la doctrina cristiana a los niños de la ciudad.

Los jueves, en vez de estudiar, se dedicaban a realizar algunas tareas para el Colegio tales como trabajar en los jardines o desgranar maíz. Tenían una hora libre por la mañana y otra por la tarde, ocupando su tiempo en practicar algún juego de pelota o de mesa, como las damas¹⁴.

De esta manera, los alumnos contribuían al autoabastecimiento del Colegio, cultivando maíz, nica, etc, y cuidando a los animales de la granja, especialmente cerdos, que eran alimentados y lavados a diario por los chicos. Los excedentes de los productos los vendían para así obtener fondos para el mantenimiento del Colegio ya que la dotación para el mismo era, las más de las veces, insuficiente puesto que había años que ni

siquiera llegaba.

En resumen, en esta primera fase de fundación de escuelas que cubre todo el período jesuítico, hasta 1768 (algo más tarde en Marianas por la lejanía de la Península; siendo Gobernador Enrique Olavide y Michelena, el 25 de agosto de 1769 llegó la orden de expulsión en el barco Nuestra Señora de Guadalupe, siendo confiscados sus bienes), se asiste al nacimiento de lo que podemos denominar "escuelas religiosas" en las que primaba la enseñanza de la doctrina cristiana, aunque en algunos casos se enseñaban también algunos oficios, estando exclusivamente gobernadas por la Iglesia, si bien ya se producen las primeras interferencias estatales.

Podían considerarse escuelas elitistas, al menos en el caso de San Juan de Letrán puesto que era la única que realmente funcionaba, ya que los alumnos pertenecían a las clases más altas (principales, mestizos, filipinos, criollos y peninsulares). El objeto del Colegio era educar a los líderes del futuro, que habrían de tener puestos de responsabilidad como secretarios de gobierno, gobernadorcillos, maestros, ayudantes de Iglesia, etc., dentro de las pautas de conducta españolas y occidentales, esto es, a través de la "hispanización" de la sociedad. Pero ello, con el tiempo, habría de ser una difícil tarea ya que además de todos los problemas que presentó el sistema educativo por sí mismo (escasez de medios económicos, carencia de maestros, etc.) hay que añadir el hecho de que los padres de los niños no querían que sus hijos asistieran a las escuelas porque, en realidad, lo que aprendían en ellas no les era válido para su modo de vida, basado especialmente en las economías de subsistencia. Contra ello

habrían de luchar las autoridades españolas, como se verá más adelante, cuando se imponga a los padres la obligatoriedad de la escolarización de sus hijos bajo multa.

A la llegada de los primeros misioneros agustinos recoletos en 1774, tanto San Juan de Letrán como la Escuela de Niñas, ambas en Agaña, estaban en funcionamiento, siendo su primera misión la restauración de los edificios que las albergaban tras ser nombrado nuevo Rector de San Juan el entonces párroco de Agaña, Padre Andrés Blázquez de San José el 30 de abril de 1776 (hasta 1789, sustituido por el Padre Domingo de Santo Tomás de Aquino)¹⁵. Fue el primer Rector agustino de San Juan, aunque no fue de nombramiento oficial hasta cinco años después, en 1774¹⁶.

Desde la fecha, y puesto que los agustinos eran partidarios de un mayor control de los fondos, el Rector de Agaña pasó a administrar directamente tanto la escuela como los bienes de la misma, realizando informes anuales supervisados por el Gobernador y por el Sargento Mayor.

La instrucción primaria

El informe del Gobernador Manuel Muro (1794-1802) elevado a las autoridades españolas en Manila en 1797 daba cuenta del estado de las escuelas en las islas Marianas¹⁷; según el mismo, había escuelas en Agaña, Agat, Umata, Merizo, Inarajan, Pago y en la vecina isla de Rota. Los maestros de estas escuelas, algunos de ellos filipinos, tenían un salario de 10 reales al mes, excepto el de la capital, que cobraba 11 reales. Al ser Guam la isla de mayor importancia durante los años de presencia española, ahí se concentraban las escuelas, lo que hacía que cierto

número de estudiantes procedentes de otros puntos de las islas asistieran a las escuelas radicadas en ésta.

La Real Audiencia de Manila había administrado durante algún tiempo el Colegio hasta que por acuerdo de 10 de junio de 1789, a consecuencia de la Real Cédula de 12 de junio de 1772, se determinó que aquél se pusiese a disposición del Gobernador Capitán General de Filipinas, en su calidad de Vice-patrono regio de ellas.

La relación de los pueblos en los que se establecieron escuelas en cumplimiento de la R.C. de 9 de noviembre de 1774, dirigida con orden del Superior Gobierno a las islas Marianas con fecha 15 de septiembre de 1775, se detalla a continuación¹⁸:

<u>Población</u>	<u>Nº muchachos</u>	<u>Pago a maestros</u>
-Anigua, Asan y Tepungan	38 15 pesos
-Munmun, Sinajaña	15 "
-Agat	19 "
-Umata	20 "
-Merizo	26 "
-Inarajan	21 "
-Pago	16 "
-Rota	28 "
<u>Total de las 8 escuelas</u>	183 120 pesos
-Escuela de la ciudad	297 84 pesos
-Colegio de San Juan de Letrán ..	31 52 pesos
 Totales	 511	 256 pesos
=====		

La idea de fomentar el castellano en las escuelas fue una de las preocupaciones de los gobernantes españoles, y ya la Real Cédula de 9 de noviembre de 1774 ordenaba el establecimiento en

los pueblos de las islas Marianas de escuelas de lengua castellana¹⁹.

Igualmente, la Real Cédula de 21 de julio de 1787 instaba al Gobernador de Marianas a que se establecieran en las islas maestros de escuela en idioma castellano para que esta lengua se propagara rápidamente, orden ampliada con el oficio del Gobernador Superior de 6 de marzo de 1793, que insertaba un decreto del mismo día dictando las providencias convenientes para que se radicara entre los naturales la lengua castellana²⁰.

Así, desde 1793 se impuso el idioma español en la enseñanza, favoreciendo el acceso a puestos de mayor relevancia a aquéllos que dominaran la lengua.

Las lenguas empleadas en las escuelas eran, en teoría, el castellano y el chamorro, si bien algunos profesores filipinos empleaban el tagalo; una orden de 13 de mayo de 1817 impuso la enseñanza única del castellano en la educación de los niños, orden corroborada y ampliada con la R.O. de 18 de marzo de 1820 según la cual se imponía la obligatoriedad de enseñar el idioma a los chamorros, quedando prohibido el emplear su propia lengua aunque ésta, enriquecida con palabras españolas y tagalas, siguió siendo la que usaban los nativos hasta el punto de que a la altura de 1860 una nueva orden del Gobierno Superior de Filipinas insistía en la provisión de plazas preferentemente a los que supieran castellano²¹.

En cualquier caso, el estado de las escuelas era bastante precario, especialmente el de San Juan de Letrán, hasta el punto de que en 1829 un documento fechado en Manila y firmado por Nepomuceno Miciano, Administrador en Manila del Colegio,

recomendaba el cierre del mismo dado el estado ruinoso del edificio y la carencia tanto de sacerdotes en Marianas que lo atendieran, como de medios materiales para subsistir.

Según un informe de José Medinilla y Pineda (1812-1822), lo cierto es que el único centro que realmente funcionaba era San Juan de Letrán, aunque desde los años 20 el deterioro de las escuelas era evidente y ya el propio Alejandro Parreño (1806-1812) había propuesto la supresión del sistema.

Al respecto, éste comentaba que desde tiempo atrás había habido en cada una de las poblaciones de Umata, Agat, Inarajan y Pago un religioso, que era cura párroco, cuya dotación era por separado, pero dado que comenzaba a escasear el dinero, se fueron dejando de proveer estos curatos y así, a la altura de 1828, sólo había un vicario que residía en la ciudad con el encargo de Rector del Colegio.

La escasez de sacerdotes hizo necesario nombrar a un soldado como administrador de San Juan de Letrán, designándose así a D. Justo de la Cruz²², chamorro puro descendiente de Mata'pang, el que asesinó a Sanvitores en 1672.

Tan deplorable era el estado de la educación en Marianas que a esas alturas la enseñanza de niñas prácticamente estaba olvidada; por contra, el Colegio solo daba plazas de colegiales a hijos de naturales a quienes se les enseñaban malamente a leer y a escribir, además de la doctrina.

Consideraba Parreño que habiendo en Marianas una buena escuela pagada por el Presidio, pudiera reformarse dicho Colegio en ahorro del gasto, y que los hijos de aquellos naturales, luego que aprendiesen allí la doctrina, a leer y escribir, con una

pequeña asignación, fuesen a Manila a aprender el oficio o arte a que cada uno quisiese inclinarse, destinándolos al efecto a una de las maestranzas o casas de oficios, o a los Colegios de Santo Tomás o de San Juan de Letrán, al cuidado y dirección de los Padres Dominicanos, que eran quienes dirigían dichos establecimientos²³.

Dentro de las propuestas de reforma de 1828, Parreño sugería que ya que no había religioso en las poblaciones arriba citadas, subsistiera al menos el de Pago para que continuara ayudando al vicario que residía en la ciudad, y otro, por lo menos, en Umata para que cuidara y asistiera al pueblo de Inarajan también. Proponía nombrar otro más que residiera en la isla de Rota, y otro más para Tinian y Saipan, siempre y cuando se considerara conveniente el poblar estas islas.

En relación a la enseñanza, en primer lugar instaba a que el Administrador General de la dotación del Colegio de Agaña, residente en Manila y nombrado por el Capitán General, redujera solamente su premio al 5% del principal, en la misma forma que se cobraban y ejecutaban las demás obras pías y particulares. Igualmente, que se suprimiera el Colegio de Agaña, destinado sólo en el día para varones puesto que se había suprimido la enseñanza de niñas y ya que no se hacían progresos en aquella enseñanza, lo mejor sería destinar sus fondos a costear la de los pocos muchachos que pudiesen marchar a Manila a recibir educación más adecuada para cada uno, y así evitar que el Mayordomo Administrador y el Rector se estuvieran beneficiando a costa de un Colegio que no ofrecía adelanto alguno.

Aunque el 24 de julio de 1829 una orden de la Superioridad

firmada por Juan Nepomuceno Miciano determinaba que a los precios de los efectos llegados desde Manila para el Establecimiento de San Juan de Letrán se les añadiese un 20% sobre sus respectivos valores principales, lo cierto es que al menos hasta 1831 los precios a que se habían expendido los efectos unos años atrás, según relato del anterior administrador de San Juan D. Manuel Tiburcio Garrido, que estaba de acuerdo con el entonces Gobernador D. José de Medinilla, habían tenido un recargo unos del 25%, otros del 45%, otros de 314%, otros de menos del 20%, etc. En 1831 y según datos de la Junta integrada por el Gobernador de las islas D. Francisco Villalobos, el Rector y Cura Párroco de Agaña Fray Bernardo del Rosario, el Sargento Mayor de la Plaza D. Luis de Torres, el Reverendo Capellán Castrense de las tropas de la ciudad Fray Ignacio del Rosario, el cura párroco Ciriaco del Espíritu Santo, y el Secretario de Gobierno de las islas D. Joaquín de León Guerrero, se reconocían las dificultades de San Juan de Letrán al no disfrutar de libertad para realizar sus productos según estipulaba la citada ley de 1829, máxime cuando en esas fechas contaba con escasos fondos, necesarios tanto para arreglar el deteriorado edificio como para mantener a alumnos y maestros²⁴.

Para solventar la situación la citada Junta, y a partir de una disposición de 1832 que permitía a los particulares que vendían comestibles o que trabajaban a favor del Establecimiento contratar libremente sus efectos y trabajos, autorizó al Rector de San Juan a vender o trocar al precio que más le conviniera los productos recibidos por la escuela desde Manila, así como los propios que se obtuvieran.

Durante el gobierno de Villalobos, en 1833, el mismo Gobernador, a pesar de haberse declarado un par de años antes favorable a la libertad de comercio para el Colegio, reconocía las dificultades por las que pasaban los estudiantes de San Juan de Letrán a la hora de subsistir (como fundación, permanecían allí internos durante los años que les correspondieran); comentaba igualmente las carencias de este tipo de enseñanza ya que, en su opinión, los niños que entraban en él se olvidaban muy pronto de las miserias de sus casas y se habituaban, durante los años que permanecían en el Colegio, a buena comida, vestido y casa, no aprendiendo oficio con que subsistir después ya que no estaban habituados a trabajar; en definitiva, el objetivo era adecuar las enseñanzas impartidas en las escuelas al modo de vida de los chamorros, es decir, el enseñar oficios que tuvieran alguna utilidad en las islas. Además, el hecho de que el Rector no tuviera un segundo que le asistiera y sustituyera en su ausencia hacía que la indisciplina reinara en el centro sugiriendo, al tiempo, la posibilidad de que San Juan perdiera su carácter de internado y pasara a constituirse en escuela externa, según se hacía en otras provincias de las islas Filipinas ya que, de este modo, los objetivos piadosos de la escuela se conseguirían exactamente igual²⁵.

Por contra, para el Administrador en Manila, Juan Nepomuceno Miciano, quitando autoridad a la Junta de Marianas que resolvió a favor de la libertad de comercio, el problema de la Escuela radicaba en la mala gestión de ese Rector en concreto, considerando que el gravamen del 20% era más que suficiente para realizar los productos, ya que este porcentaje cubría los gastos

de envío de los mismos desde Manila a Marianas²⁶.

Desde la R.O. de 9 de diciembre de 1829 se prevenía que el Superior Gobierno de Filipinas, de acuerdo con el Intendente, informase sobre las medidas que podrían adoptarse para el fomento de las islas Marianas²⁷. Abierto expediente, que habría de durar algunos años, el primero de los resultados fue la aprobación en 1836 de nuevas instrucciones, en un articulado de veintinueve puntos, para el buen orden de la casa de niños de San Juan de Letrán²⁸.

Según éstas, los individuos que debían componer la escuela eran el Rector, que aunque podía ser eclesiástico no debía ser el cura párroco de Agaña, con un salario anual de 100 pesos; un primer maestro de música y primeras letras, con 72 pesos; un segundo maestro de lo mismo, con 24 pesos; un mayordomo o administrador con 85 pesos; doce niños educandos; un cocinero, con 30 pesos, y un portero y un ayudante de cocina, que sería también barrendero, con un salario anual de 24 pesos cada uno (art. 1º).

Todos ellos, además, disfrutarían de una ración diaria cuyo valor se calculaba, aproximadamente, la del Rector en 4 reales diarios, la de los maestros y mayordomos en 2 reales, y la de los niños y criados en 1,5 reales, debiendo procurarse la economía de los gastos en tiempos caros para compensar los excesos en los más abundantes; en los días del Santo Patrón, Pascuas y principales festividades religiosas, podía aumentarse el gasto de la ración, siempre a juicio del Rector (art. 2º).

Referente a la administración económica y gubernativa de la escuela, esta tarea le correspondía al Rector, quien además tendría la obligación de explicar la doctrina cristiana durante

media hora los lunes, martes, miércoles y viernes, no siendo festivos (art. 3°).

Por su parte, el primer maestro era el encargado de enseñar tres horas por las mañanas a los niños la doctrina cristiana, leer, escribir y contar, mientras que por las tardes dedicaría dos horas a la enseñanza de música. El primer maestro podía ser un hombre casado y vivir fuera del internado, excepto los días que le correspondiera ser celador (art. 4°), tarea que para el orden interno de la escuela, alternarían por días los dos maestros y el mayordomo, supervisando a los niños en todas las actividades diarias (art. 8°).

El segundo maestro ayudaría al primero, sustituyéndole cuando éste faltara; igualmente, ayudaría al mayordomo y al Rector en la administración de los libros de cuentas; residiría en la escuela (art. 5°).

Por último, el mayordomo o administrador sería el encargado del inventario escolar, incluyendo las compras y ventas; para ello, guardaría un libro de administración que habría de enseñar todos los días al Rector para comprobar las cuentas en clave de cargo y data. Anualmente, éstas serían presentadas al Gobernador de las islas (art. 6°).

La política de admisión de alumnos contemplaba el ingreso en el Establecimiento de solo un niño de cada uno de los doce pueblos comprendidos en el archipiélago, de ocho a diez años de edad y escogidos de entre las mejores familias, a propuesta que harían de tres niños por cada vacante el gobernadorcillo y el cura párroco de cada pueblo al Rector de la escuela, quien presentaría a los propuestos al Gobernador; formada una Junta de

Instrucción Primaria integrada por aquellos dos y por el Sargento Mayor, se elegiría al más apropiado para cubrir la plaza.

Acto seguido, se presentaba al nuevo alumno ante sus compañeros quien, vestido con manto, beca y bonete, en solemne acto era reconocido como colegial; luego era presentado oficialmente ante el Gobernador (art. 9°).

Una vez admitido en la escuela, permanecía hasta los catorce años, momento en que, con una ayuda que se le daba tras su graduación consistente en instrumentos de labranza y algunos animales como dos cerdos o una vaca, así como todos sus libros y material escolar, se le destinaba como cantor y músico de su respectiva parroquia así como ayudante del maestro de la escuela del lugar, permaneciendo en este destino durante ocho años antes de ser recolocado en otros pueblos. Cuando se producía una vacante de plaza de maestro titular en la localidad, el nuevo graduado podía cubrirla (art. 10°).

Había algunos casos en que los alumnos de San Juan no concluían allí sus estudios, bien por problemas disciplinarios, siendo expulsados tras recibir castigos corporales por parte de sus compañeros (golpes en la espalda con una vara de cuatro palmos de largo y media pulgada de grueso), o por enfermedad; en este caso se le mantenía durante dos meses, alimentándole con una ración tasada en 2 reales diarios si vivía en Agaña o en alguno de los pueblos inmediatos como Sinajaña, Anigua o Mungmung, o dándole una paga de 2 reales al día si vivía en alguna de las otras ocho poblaciones.

De forma semejante se procedía en caso de caer enfermo el Rector, maestros, mayordomo o criados (art. 11°), aunque si

podían curarse estas enfermedades en caso de padecerlas el Rector, algún niño o el segundo maestro del Establecimiento, se le cuidaría allí mismo corriendo por cuenta de la administración el pago del tratamiento y del médico (art. 12°).

En relación a la indumentaria, el portero y demás criados podían vestir al estilo del país (art. 13°), mientras que a los niños se les entregaba su ropa consistente en seis camisas blancas e igual número de pantalones azules oscuros, medias y pañuelos, tres pares de zapatos, un bonete, un balandrán con mangas para los brazos y otras sueltas largas al estilo de los seminarios, un manto con mangas de color azul, y una beca encarnada (art. 14°).

Igualmente, se contemplaba la regulación de la vida diaria de los escolares; se tenían que levantar a las cuatro de la mañana, lavarse y vestirse en quince minutos y pasar revista de policía ante el celador, quien los conduciría a la capilla para leerles despacio uno o dos capítulos del Kempis u otra obra que designara el Rector y luego, rezar y cantar; acto seguido, oirían misa en la capilla o en la Iglesia, dicha por el Rector. Tras ésta, volvían a Establecimiento a desayunar y estudiar particularmente sus lecciones hasta las ocho de la mañana. De ocho a once tenían lectura con sus maestros; a las once en punto se servía la comida y luego tenían un descanso hasta las dos de la tarde. De dos a tres estudiaban individualmente sus lecciones de música, y de tres a cinco las exponían ante sus maestros. De cinco a seis y media tenían un recreo si bien a las seis rezaban el rosario. De siete a siete y media, el Rector les explicaba la doctrina cristiana y les daba clases de urbanidad y buen

comportamiento para con sus mayores o superiores. A las siete y media cenaban y luego se les leían uno o dos capítulos de la obra seleccionada por el Rector; tras ello, se iban a dormir (art. 16°).

Los domingos y festivos, después de almorzar y hasta las once, repasarían las lecciones de música aprendidas durante la semana; desde las dos de la tarde hasta las cuatro tendrían un recreo tras el cual pasarían a la Iglesia a rezar el rosario. Seguidamente, saldrían todos juntos de paseo acompañados de sus maestros, hasta la hora de las oraciones. Luego, ya en el Establecimiento, disfrutarían de otro recreo hasta la hora de la cena (art. 17°). Tendrían nuevamente paseo los jueves por la tarde, después de la lección de música, hasta las oraciones (art. 19°).

Los sábados por la tarde acompañarían, junto a sus maestros, al rosario que desfilaba por las calles, tras lo cual tendrían recreo hasta la hora de la cena (art. 18°).

Sería obligación del Establecimiento dar a la Iglesia Parroquial de Agaña los alumnos o colegiales que fueran necesarios para ayudar a misa, acompañar el Santísimo y Santos Oleos y demás que el Cura Párroco estimara conveniente, pero quedarían exentos de realizar oficios mecánicos como barrer, siendo éstos las tareas encomendadas a los criados (art. 25°).

También sería obligación de los colegiales y de sus maestros asistir a las funciones que se celebraran en obsequio de los Reyes, o alguna extraordinaria del Estado (art. 26°).

El Rector podía permitir a los alumnos que visitaran a sus familias si éstas vivían en la ciudad o en los tres pueblos

inmediatos, pero no podían pernoctar fuera del Establecimiento sino en caso muy grave; los que vivieran lejos de estos lugares podían ir de vacaciones, también en caso extremo, bajo el cuidado de un pariente, maestro o persona de toda confianza (art. 24°).

Como máxima autoridad, el Rector estaba capacitado para aplicar a los alumnos las "correcciones prudentes" según las circunstancias, así como despedir a los criados cuando lo considerara oportuno, aunque no así a los maestros y mayordomo sin acuerdo con el Gobernador (art. 21°). Este último visitaría todos los ramos del Establecimiento a finales de cada año o principios del siguiente (art. 27°), y habría de tomar las medidas que considerara oportunas para el cumplimiento de estas instrucciones de acuerdo con el Cura Párroco y el Sargento Mayor.

Otra de las atribuciones del Rector contemplaba la posibilidad de adquirir, para la subsistencia del Establecimiento, algunos ranchos de aves, puerco y otros animales, con la anuencia del Gobernador, y en sitio que no perjudicara a otros vecinos; le correspondería al Establecimiento pagar a los sirvientes que allí trabajaran, con la salvedad de que ello no implicara el adquirir jamás títulos de propiedad sobre tales sitios (art. 7°).

Estas nuevas normas fueron válidas para la buena marcha disciplinaria del colegio, si bien los problemas económicos seguían y por ello en 1837 se planteó nuevamente el cierre del mismo. En una carta escrita por Marcos Martínez, probablemente el Administrador de la Obra Pía en Manila, y fechada en Laoag, Filipinas, el 8 de julio²⁹, se sugería la posibilidad de que San Juan de Letrán se cerrara como internado y pasara a constituirse

en escuela externa puesto que los problemas económicos eran graves (carestía de los materiales de estudio y del personal ya que, por ejemplo, los criadores del ganado cobraban más que lo que en realidad costaban las reses) y además, estaba concebida exclusivamente como centro para los hijos de las clases más altas. Si el objeto era que el formas a estos niños para que pudiesen desempeñar los cargos de más importancia en el futuro, el problema radicaba en que se hacían acreedores de una cultura que les era ajena a todos los habitantes de las islas Marianas.

En las instrucciones de gobierno dadas al Gobernador José Casillas Salazar³⁰ (1837-1843), y por los artículos 15° y 16°, se le instaba a que se informara del estado de las escuelas de las islas Marianas, de los maestros y del número de niños de ambos sexos que a ellas acudían, precisamente en unos años en los que se estaba debatiendo la posibilidad de cerrar el Colegio de San Juan de Letrán. Tendría que ponerse en contacto con el Rector del mismo para ver las posibilidades de cierre, si bien la autoridad superior se mostraba partidaria de su continuación respetando la voluntad de la que había sido su fundadora, la reina Mariana de Austria.

Mientras no se resolviera este expediente, cuidaría el Gobernador, de acuerdo con el Rector de dicho Colegio, que en él se admitieran en clase de externos a los niños de la ciudad de Agaña en las horas de clase, por la mañana y pr la tarde, para que aprendieran la doctrina cristiana, a leer, escribir y contar, advirtiéndole que si los maestros no fuesen bastantes, de entre los colegiales internos que el establecimiento mantenía, se sacaran dos o cuatro de los más aventajados para que actuaran como

auxiliares en la forma más conveniente, y a cuyo fin se facilitarían papel, pluma, tinta, cartillas y libros por parte del Colegio, siempre y cuando hubiese fondos para ello.

Así, los alumnos externos que con el tiempo fueran aventajados, podrían servir como maestros de otros pueblos, siendo necesario para ello el que se obligara a los padres a llevar a sus hijos a la escuela.

Dada la escasez de fondos procedentes de San Juan de Letrán para costear el pago de los maestros de escuela, desde esa misma fecha de 1837 el Gobernador de Marianas ordenó que se alquilaran para cazar los fusiles propiedad del Colegio a particulares, siendo destinado el producto del alquiler, variable según los años, al pago de los maestros de la ciudad de Agaña. El importe anual de la partida en 1850 era de 64 pesos, cantidad insuficiente dado que para entonces los sueldos ascendían a 132 pesos (4 pesos al mes al maestro de niños y 7 pesos al mes a las tres maestras de niñas); el número de niños de ambos sexos que entraban en las escuelas era en torno a trescientos, excluyendo cada semestre a todo el que cumpliera once años y que no tuviera voluntad de seguir, e incluyendo a los que habían cumplido cinco años. Estos niños pagaban unos 112 pesos al año, lo que unido a lo recaudado por el alquiler de fusiles daba suficiente para pagar a los maestros, aunque siempre según el año. Así, con objeto de contribuir a este pago, a mediados de siglo dispuso el Gobernador Pablo Pérez (1848-1855) que los padres que tuvieran hijos en la escuela de la ciudad de Agaña contribuyeran con 3 reales anuales³¹.

El número de alumnos que asistían al resto de las escuelas

de la capital era relativamente alto, como se constata en un informe de Gregorio Santa María (1843-1848) de 18 de octubre de 1842³², aunque lo cierto es que había problemas tanto económicos, dado el estado ruinoso de las escuelas, como académicos, debido a la poca preparación de los maestros, a la escasa calidad de la enseñanza y a la carencia de vocaciones, argumentos suficientes como para entender el descenso del número de alumnos. A ello habría que añadir el hecho de que la educación, en realidad, sólo servía a los principales de los pueblos. Por estas fechas, la enseñanza primaria de los niños se reducía a enseñarles a rezar, a aprender la doctrina cristiana, y a leer y escribir muy deficientemente; por contra, la enseñanza de las niñas ni siquiera llegaba a este bajísimo nivel.

La plantilla de maestros, mal pagada y peor preparada, estaba integrada por siete personas de ambos sexos que impartían clases en la capital a ciento ochenta y cinco niños y a ciento treinta y tres niñas, según el cuadro adjunto:

<u>Maestro</u>	<u>niños</u>	<u>niñas</u>	<u>total</u>
Florentino Arceo	36		36
Juan de la Cruz	26	5	31
Antonio Manibusan	22	28	50
Nazario Pérez	23	7	30
María Rivera	50	65	115
Francisca Paula	16	21	37
Juana Mata	12	7	19
Total	185	133	318
=====			

Había separación por sexos entre los alumnos, si bien los maestros, hombres o mujeres, impartían clases tanto a niños como a niñas, siendo similar el número de alumnos, enseñándose la

doctrina cristiana, a leer y a escribir medianamente³³; el mismo sistema se seguía en el resto de las escuelas de Marianas.

El nuevo impulso educativo (1843-1861)

En 1843 se contabilizaron un total de veintiséis internos en San Juan de Letrán con el nombre y beca de colegiales, asistiendo algunas veces alrededor de cuarenta externos de la propia ciudad o de alguna vecindad inmediata³⁴.

Gregorio Santa María, en sus informes a Filipinas, se mostraba realmente preocupado por el estado de las escuelas y por la falta de preparación de los maestros, especialmente los que vivían en otros pueblos lejanos a la capital. Para remediar esta situación, ordenó que al menos dos alumnos de estos pueblos fueran a estudiar a la capital, medida impopular entre los padres de éstos, quienes la mayoría de las veces hacían caso omiso³⁵.

La precaria economía de San Juan se reducía a los pesos anuales del situado, en este caso en teoría porque no era muy frecuente su envío desde Manila, y a lo poco que producían las dos haciendas de Tuto y Agofam; en ellas se sembraban maíz y raíces y se criaban aves, vacas y cerdos, aunque no en cantidad suficiente como para garantizar el consumo del Colegio; así, la autonomía económica de San Juan de Letrán era relativa ya que, por ejemplo, las raíces que cultivaban (camote, nica, dago y suni) y que vendían a los balleneros o barcos ingleses y americanos que arribaban a Guam o a sus inmediatas en ambos monzones, entraban en competencia con las que vendían los naturales de las islas, que también se dedicaban a estas siembras ya que podían venderlas. Además, desde que se concedió a San Juan liber-

tad para comerciar libremente, el estipendio anual de 3.000 pesos se redujo a 1.000, lo que contribuyó a ahogar aún más la economía del centro ya que este dinero constituía prácticamente la única fuente de ingresos, a pesar de que las autoridades de Manila consideraran que con la venta de productos el Establecimiento obtenía más beneficios. Igualmente, el problema se agravaba puesto que muchas veces se demoraba la llegada del dinero, como queda dicho, correspondiéndole al administrador de la Obra Pía en Manila insistir ante el Gobernador General de Filipinas para el envío de la asignación al Rector³⁶.

Otro de los problemas radicaba en el mal estado del edificio del Colegio, especialmente la planta baja, prácticamente un lodazal, considerando el Gobernador la posibilidad de arreglarlo para así poder albergar a más escolares, hasta trescientos cincuenta o cuatrocientos, desde los cinco o seis años hasta los doce, lo que haría que los padres fueran menos reacios a enviar allí a sus hijos.

Sobre el número de internos, para el Gobernador la cifra ideal sería de veinte colegiales, diez o doce de los cinco pueblos pequeños, incluso el de Pago e isla de Rota, y los restantes de la ciudad de Agaña. Al ser menos, sería más fácil insistir en su educación para que en el futuro ellos mismos desempeñaran tanto las tareas de maestros como de gobernadorcillos y principales.

Del mismo modo, consideraba que si se pusiera en marcha la reforma de la enseñanza sería conveniente buscar un primer maestro y también un segundo que le asistiera, y que el Rector desempeñara exclusivamente este cargo para así poder atender mejor sus responsabilidades.

En ese mismo año de 1843, en un informe elevado por el Rector Padre Bernardo del Rosario al Gobernador de Filipinas³⁷, le instaba, al igual que Santa María, a que no se cerrara San Juan ya que era el único centro de esta categoría en Marianas y en esas fechas aún seguía manteniendo los mismos objetivos que cuando lo dotó la reina Mariana de Austria; convertirlo en escuela pública no era conveniente puesto que una parte de la culpa de que los niños de estas escuelas no supieran leer y escribir se debía a sus propios padres, ya que éstos preferían que trabajaran la tierra y cuidaran sus animales a que asistieran a aquéllas.

Comparando las enseñanzas impartidas en el Colegio y en las escuelas públicas, concluía el Rector que en estas últimas, y especialmente en el caso de las de niñas, era difícil encontrar a alguien que realmente supiera leer o escribir si quiera medianamente, algo improbable, en su opinión, si el alumno era procedente de San Juan de Letrán.

No obstante, el Rector era partidario de que asistieran también niños externos, como venían haciéndolo hasta la fecha; concluía señalando los notables perjuicios que, a su criterio, causaría a las islas la extinción del citado Colegio.

El mismo punto de vista expresaba Fray Manuel de la Encarnación en un informe fechado el 10 de octubre de 1843, cuando señalaba que ignoraba las causas que podían haber motivado el expediente sobre la extinción del Colegio, ya que desde su fundación allí se habían educado alumnos que habían aprendido a leer, escribir, contar, los principios de la religión católica, y la música vocal o instrumental, entre otras enseñanzas, y que

estaban lo suficientemente preparados como para desempeñar cargos de importancia para la comunidad, algo que no podría darse si estudiaran en escuelas públicas.

Comentaba que habían existido, y aún existían, otras escuelas particulares, costeadas unas por los Padres Curas, otras por el Gobernador Villalobos y otras por personas piadosas, pero se preguntaba Fray Manuel cuántas niñas formadas en ellas sabían realmente leer y escribir ya que en esas escuelas el absentismo del alumnado era alto y no así en San Juan de Letrán al estar controlados por el Rector.

Sobre las haciendas pertenecientes al Colegio y sobre la posibilidad de ser usufructuadas para producir beneficios que engrosaran las mermadas arcas de San Juan, hablaba de dos, al igual que el Rector en su anterior informe, esto es, las situadas una de ellas en el término de Tuto y la otra en el de Agotang.

La primera era un cocal de alrededor de quinientos troncos, con una extensión de terreno bastante grande pero de tierra cansada no a propósito para cultivar en todas las estaciones; esta hacienda, en la que había una casa de piedra, se cultivaba por cuenta del Colegio, produciendo el pan necesario para el consumo del Establecimiento. Dado su escaso valor, era más que improbable la posibilidad de poner un canon sobre ella puesto que en la isla existían tierras mejores y, probablemente, más baratas.

La estancia o hacienda de Agotang consistía en una casita de paja donde residía un encargado principal y tres mozos ayudantes que cuidaban tanto la hacienda como las cuatro cabezas de ganado vacuno y las cuarenta y ocho de ganado porcino; de esta hacienda se surtía el Colegio de carne, y si acaso faltaba, se compraba

carne seca en almoneda.

Fray Manuel se mostró partidario de la continuación de San Juan de Letrán, pero además con su tradicional carácter de internado¹⁸.

El Rector Padre Bernardo del Rosario murió en 1844, sustituyéndole en las tareas de administración del colegio el Sargento Mayor Francisco Tudela, y luego el Padre Manuel de la Encarnación.

El Colegio se había remodelado a finales de 1843, estando en orden para impartir enseñanza; asistían desde hacía un año más de trescientos cincuenta niños, incluyendo los colegiales¹⁹.

Además, se habían rehabilitado dos viejos edificios, la antigua escuela pública, a la que ahora concurrían ciento cincuenta niños, y el Hospital, al que asistían todas las niñas en número de doscientas cincuenta a trescientas, enseñadas por tres maestras; además, la enseñanza de niños de ambos sexos se había generalizado en las dos islas pobladas.

Así, entre 1843 y 1844, el sistema educativo se amplió a la gran mayoría de los niños chamorros siendo, como siempre, San Juan de Letrán la institución más importante, con un Rector interino, el Sargento Mayor, albergando entre trescientos y cuatrocientos estudiantes de entre cuatro y once años, además de treinta internos procedentes de otros pueblos de Guam y de Rota. De esta forma, su antiguo significado de seminario internado desapareció. El Gobernador impuso, además, que todos los padres que tuvieran hijos en edad escolar deberían trabajar tres días al año para la escuela y profesores para de esta forma costear la educación de sus hijos.

Si San Juan de Letrán tenía una Junta Rectora para su gobierno, a nivel local los párrocos ejercían como inspectores de escuelas.

Otra de las medidas nuevas fue el enseñar a los alumnos determinados oficios con los que poder ganarse la vida una vez concluido el período escolar, tales como carpintero o herrero; igualmente, en 1845 se cerró la granja que abastecía a San Juan⁴⁰ ya que sus productos no tenían salida en el mercado mariano puesto que eran más baratos los ofertados por los barcos que recalaban en las costas de las islas.

En 1846 fue designado como nuevo Rector para San Juan el Padre Vicente Acosta⁴¹, uno de los tres sacerdotes que llegaron a Marianas en la fecha. Con su llegada, se introdujeron nuevos cambios en la marcha de la educación, ante sus desavenencias con Santa María; se trataba, en definitiva, de que se potenciara la enseñanza de la doctrina cristiana haciendo de San Juan un nuevo centro elitista, para lo que se necesitaba nuevamente hacer una reforma de conversión en internado, cuyo valor era estimado por el Rector en 3.000 pesos, tras los desastres provocados por los tifones y terremotos.

Las instrucciones al nuevo Rector del Colegio de Agaña se dieron el 24 de septiembre de 1846⁴².

En 1852, y según datos de Saavedra⁴³, el Colegio contaba con más del duplo del capital con el que empezó, contando entonces con 30.000 pesos y parte de sus intereses que le adeudaba la Real Hacienda. Antiguamente consumía 3.000 pesos al año pero en la fecha se enviaban cada tres años entre 3.500 y 3.600 pesos anuales para su sostenimiento a cargo de un Rector, que por entonces

era siempre el párroco de Agaña, vicario foráneo general del archipiélago. Tenía tres maestros para la enseñanza de primeras letras, contando con veinte colegiales internos o de beca, y de trescientos a cuatrocientos externos; a estos últimos el Colegio no les daba más que la enseñanza, aunque se repartían algunos libros entre los alumnos más pobres. En el resto de los pueblos había también escuelas de primeras letras.

Reformas durante el mando de Felipe de la Corte (1855-1866)

Las reales órdenes de 11 de marzo de 1852 y 1 de marzo de 1855 disponían que se formara un plan de enseñanza para sustituir al que existía hasta entonces en las islas Marianas.

Unos años más tarde, el Gobernador de Marianas, por entonces Felipe de la Corte y Ruano (1855-1866) elevó al Gobierno Superior de Filipinas el 27 de abril de 1861 las Reglas provisionales para el régimen del Colegio San Juan de Letrán⁴⁴, acordadas con el entonces Rector del Colegio, Aniceto Ibáñez, que había sustituido en el cargo al Padre Acosta, con fecha 4 de febrero de 1861.

Estas Reglas, comunicadas a Manila para su posible aprobación, constaban de once artículos, más uno transitorio, divididos en cuatro secciones.

En la primera de ellas, "De los fondos del Establecimiento", se estipulaba que se entendería por fondos del Establecimiento el dinero existente y los efectos de cualquier especie que hubiere propios del Colegio en la fecha, o que fuesen remitidos desde Manila por cuenta del situado, debiendo formarse inventario de los mismos (art. 1º).

La disposición y administración superior de estos fondos correspondería al Rector del Colegio con acuerdo previo y necesario del Gobernador, sin cuyo acuerdo no sería acreditado ningún acto de administración, siendo de cuenta del Rector el reintegro al Colegio de cualquier gasto hecho sin aquel acuerdo, aun cuando se hallase justificado y fuese útil al Colegio (art. 2°).

Para obtener este acuerdo, se abriría un libro de actas en que constasen los acuerdos firmados por el Gobernador y el Rector, debiendo recaer, según el art. 3°:

- 1°. Sobre los pedidos de efectos que se hiciesen a Manila por cuenta de situados.
- 2°. Sobre el destino y medios de realizar estos efectos y a qué precios.
- 3°. Sobre los presupuestos de gastos del establecimiento.
- 4°. Sobre cualquier gasto reproductivo que se hiciese en Haciendas, Estancias, etc., y
- 5°. Sobre aprobaciones de cuentas.

Para el manejo de los fondos, ventas y compras de efectos de vigilancia en las Haciendas y toda clase de pagos, habría un Mayordomo nombrado por el Rector con aprobación del Gobernador (art. 4°), aunque los fondos estarían bajo la vigilancia del Rector (art. 5°).

Por lo que se refiere a la enseñanza, ésta quedaba a cargo de maestros nombrados por el Rector, con aprobación del Gobernador, siendo en número y clases que no excedieran a los habidos anteriormente (art. 6°); el Rector sería el encargado de que se cumpliera toda la normativa referente a aquélla (art. 7°).

Por su parte, el Colegio debería proveer del material necesario a sus escuelas y tener de venta libros, papel y plumas y demás para su consumo, proveyéndose también gratis por vía de limosna a los niños que se declarasen ser pobres, previa la

información que fuere necesaria (art. 8°).

Por el momento, solamente cobrarían sueldo el Rector, que gozaría de 20 pesos mensuales más otros 5 pesos de bandeja; el conserje, encargado de la limpieza del Colegio y de la vigilancia de los niños cuando estuviesen en el Establecimiento, y el portero, que sería el responsable del alumbrado por la noche (art. 9°).

Los gastos extraordinarios necesarios para reparaciones, muebles, material y otros, se harían conforme a presupuesto previamente aprobado (art. 10°).

Por último, y en relación a las haciendas y estancias, se suprimirían aquéllas gravosas, continuando solo las que tuviesen alguna utilidad (art. 11°).

Por oficio comunicado al Gobernador de Marianas el 22 de julio de 1861⁴⁵, el Gobernador General aprobó las citadas Reglas provisionales, disponiendo además la creación de una comisión que habría de revisar dicho proyecto teniendo en cuenta varios puntos: primero, la aplicación de las reales órdenes de 1852 y 1855; segundo, que los productos anuales de la Obra Pía de San Juan de Letrán se aplicaran a la enseñanza; tercero, que el presupuesto anual no excediera de la cantidad de dichos productos; cuarto, que el plan estuviera fundado en la necesidad de instrucción religiosa y elemental primaria para la población indígena de las islas; quinto, que por cuenta de la Obra Pía adquirieran la idoneidad necesaria en la escuela normal próxima a establecerse en esa capital dos jóvenes naturales de Marianas a quienes habrían de nombrar de acuerdo el Gobernador de las islas y el Rector y a los cuáles, en su día, se les señalarían

dotaciones decorosas, siendo hasta entonces interinos en Marianas los maestros y los sueldos; sexto, que en caso de oír los deseos del Rector para que siguiesen existiendo alumnos internos, éstos fueran elegidos preferentemente entre los huérfanos e hijos de servidores del Estado a los cuáles, al mismo tiempo que recibieran educación, se les enseñaran algunos oficios y agricultura; y séptimo, que los actos de administración de fondos y nombramientos de maestros y dependientes, siempre que no existiese orden superior, fueran resultado de acuerdo entre el Gobernador y el Rector, correspondiendo a éste la dirección y la inspección en la enseñanza moral como a aquél la vigilancia y demás deberes que en este ramo tenían todos los jefes de Provincia.

Para la citada comisión se elegía como Presidente a José Luis de Baura, Secretario del Gobierno Superior Civil de Filipinas, y como vocales a Antonio de Carro, Secretario de la Superintendencia, a Fray Aniceto Ibáñez del Carmen, Rector del Colegio de Agaña y que por esas fechas estaba en Manila negociando la reforma de la enseñanza con el Gobierno Civil, a José Felipe del Pan, Oficial Primero de la Secretaría del Gobierno Superior y Administrador que había sido de la Obra Pía, y a Manuel de Coca, capitán de Infantería recién llegado de Marianas, donde había residido tres años.

Una vez realizado el trabajo la Comisión, éste habría de remitirse al Gobernador General para el cumplimiento de la R.O. de 11 de marzo de 1852.

Sobre el estado de la educación, Felipe de la Corte comentaba que el sistema contaba con elementos superiores a los de las islas Filipinas, centrándose en el caso del Colegio de San Juan

de Letrán, dotado con 3.000 pesos fuertes anuales con cuyos sobrantes, girados o prestados, se acumuló un capital en Manila que, a pesar de las vicisitudes que sufrió con la pérdida de la Américas, todavía dejó una existencia bastante para que, habiendo cesado la consignación, sólo con los réditos de aquel capital se obtuviese una asignación anual de 1.000 pesos fuertes⁴⁶.

Además de esta suma, y como se ha señalado en páginas anteriores, contaba la instrucción pública de Marianas con el producido de dos impuestos o arbitrios, el uno directo consistente en tres reales al año que pagaban los padres de familia por cada niño o niña que asistiera a la escuela, y otro indirecto, procedente de licencias de caza que se expedían pagando un real al mes por cada fusil o escopeta.

Estos impuestos, en pesos, produjeron en 1863:

- Contribución de escuelas	231
- Licencias de fusiles	120
- Del colegio	1.000

Total para la Instrucción Pública	1.351
=====	

Con esta cantidad debía darse instrucción gratuita a mil cuatrocientos cincuenta y dos párvulos de ambos sexos, según figuraban en los padrones, y aunque fuera solamente la enseñanza primaria y el idioma castellano, necesitarían para desarrollar su labor unos treinta maestros y maestras, que deberían estar dotados, por término medio, de 60 pesos al año necesitándose, por lo tanto, 1.800 pesos fuertes, suma a la que se acercaban los ingresos lo suficiente para que bastasen si todos fuesen dedicados a este fin; pero la realidad era que el citado Colegio

sólo invertía de sus 1.000 pesos, doscientos en maestros, gastándose lo demás en mantener a un Rector y sirvientes del mismo bajo la denominación de porteros y otros, que no prestaban realmente ningún servicio a la enseñanza ya que dejaban solamente disponible para ella la suma de 550 pesos fuertes con los que había que pagar a los maestros, produciéndose así un déficit insalvable ya que no podían tenerse menos maestros.

El desglose de los datos aportados por Felipe de la Corte es el siguiente:

INGRESOS PARA LA INSTRUCCION PUBLICA

- Situados del colegio	1.000 pesos
- Impuesto de escuelas	231 "
- Licencias de fusiles	120 "

	1.351 pesos

GASTOS

- Rector y dependientes	800 pesos
- Dos maestros del colegio	200 "
- Ocho maestros primeros, a 36 pesos c/u	288 "
- Un maestro segundo	24 "
- Una maestra primera	84 "
- Una maestra segunda	36 "
- Dos maestras terceras, a 24 pesos c/u	48 "
- Siete auxiliares, a 12 pesos c/u	84 "

	1.522 pesos

RESUMEN

- Ingresos	1.351 pesos
- Gastos	1.522 "

Déficit	171 pesos

El presupuesto de San Juan de Letrán para el año 1863, siendo

Rector el Padre Aniceto Ibáñez del Carmen, ascendía a 1.003,01 2/8 pesos (mil tres pesos y un céntimo con dos octavos), desglosado así⁴⁷:

Resumen:

- Gastos del Establecimiento	634,25	pesos
- Gastos de Enseñanza	192	"
- Gastos reproductivos	132	"
- Gastos pequeñas reparaciones	47,76 2/8	"

	1.003,01 2/8	"

En la partida de Gastos del Establecimiento se incluye el sueldo del Rector, que cobraba 20 pesos al mes, haciendo un total de 240 pesos al año.

Por contra, el presupuesto de gastos ordinarios y reproductivos del citado Colegio y para el mismo año de 1863 es el siguiente:

- Gastos ordinarios	1.627,88	pesos
- Gastos reproductivos	1.160,75	"

	2.788,63	pesos

Este presupuesto incluía la enseñanza en todos los pueblos, siendo el desglose de la misma, que se incluía en Gastos ordinarios, así:

- Primer maestro en Agaña	con	8 pesos	96 pesos
- segundo		5 "	60 "
- tercer		4 "	48 "
- cuarto		3 "	36 "
- quinto	" " "	2 "	24 "
- Dos auxiliares		1 "	24 "

				288 pesos

- Primera maestra en Agaña con	4 pesos	48 pesos
- segunda " " "	2 pesos	24 "
- cuatro auxiliares " "	1 peso	48 "

			120 pesos

- Un maestro auxiliar para Anigua	4 pesos	12 pesos
- " " " " Asan	1 peso	12 "
- " " " " Tepungan	1 peso	12 pesos

			36 pesos

- Un maestro para Agat	3 pesos	36 pesos
- " " Sumay	3 "	36 "
- " " Umata	3 "	36 "
- " " Merizo	3 "	36 "
- " " Inarajan	3 "	36 "
- " " Rota	3 "	36 "
- Una maestra primera en Rota	2 pesos	24 "
- Un primer maestro en Saipán	3 "	36 "
- Una maestra en Saipán	2 "	24 "

Por lo que se refiere a la enseñanza de las niñas, en 1857 se dictaron instrucciones particulares para la enseñanza de éstas en las escuelas de las islas⁴⁸.

En un articulado de catorce puntos, se señalaba que la enseñanza de las niñas debía abarcar dos partes, la primera, de instrucción primaria, y la segunda, de "labores propias de su sexo" (art. 1°).

Era obligatoria la enseñanza de las niñas desde los cuatro años hasta los once, siendo responsabilidad de los padres el que fueran a la escuela; el control de la asistencia estaría a cargo del gobernadorcillo del lugar, quien a su vez informaría al Gobernador de las faltas para ponerles remedio castigando a los padres (art. 2°).

La primera parte de la enseñanza, esto es, la instrucción primaria, tenía como objetivos el hablar y rezar en español y en

chamorro, leer y conocer la doctrina cristiana, y escribir y adquirir nociones de aritmética. Para ello, la adquisición de estos conocimientos se haría a lo largo de seis cursos en los que se aprenderían las siguientes materias (art. 3°):

- Primer curso: las niñas de cuatro a seis años aprenderían sólo a rezar en español y en chamorro y a conocer el significado respectivo de cada palabra en los dos idiomas.
- Segundo curso: de seis a siete años aprenderían las letras y el silabeo correcto, así como el texto de la Doctrina.
- Tercer curso: de siete a ocho años tendrían que saber leer y conocer el Catecismo de la Doctrina cristiana.
- Cuarto curso: de ocho a nueve años se les enseñarían los principios de la escritura.
- Quinto curso: de nueve a diez años ya tendrían que saber escribir correctamente así como las reglas ortográficas.

Las labores propias de su sexo serían las que normalmente desempeñaran las mujeres del país, así como el bordado, aprendiéndose desde el segundo curso (art. 4°).

Las niñas estarían separadas en la escuela por clases y en lugares fijos (art. 5°) y cada niña de segunda clase en adelante debía llevar a la escuela, facilitado por sus padres, diverso material como agujas, dedal, tijeras, hilo y tela para trabajar, y un canastillo para guardar la costura, que llevarían todas las mañanas a la escuela y se volverían a llevar a sus casas al medio día (art. 6°).

El horario escolar comenzaría a las ocho en punto de la mañana; tras una breve oración, la maestra habría de pasar lista,

anotando las faltas, tras lo cual comenzaría el trabajo de costura que las maestras ordenaran a cada una, corrigiéndolas y enseñándolas. A las niñas de primera clase, mientras tanto, se les leería una oración, primero en español, repitiéndola hasta que la aprendieran de memoria, y luego en chamorro, aprendiendo las palabras y sus significados en español y sus equivalentes en chamorro hasta que las supiesen de corrido.

Sobre los trabajo de costura, el objeto era que ellas mismas se confeccionaran sus ropas en la escuela, siempre y cuando tuviesen medios para procurarse sus telas; si no disponían de telas propias, se les facilitaban, por ejemplo de hospitales, cosiendo para éstos todo tipo de ropas cuya confección era abonada a las niñas que las hacían (art. 12°).

Estas tareas finalizarían a las once de la mañana, momento en que las niñas habrían de regresar a sus casas (art. 7°) hasta las dos en punto, cuando comenzaría de nuevo la escuela de tarde. Entonces, las niñas cambiarían sus útiles de costura por sus papeles y libros.

Las maestras debían dividirse las clases y las horas, dedicándose cada hora a una clase, repasando en ella a cada niña, y cuando acabara con todas las de un año, las dejaría al cuidado de la alumna más aventajada. Para repasar la Doctrina cristiana se reservaría el sábado por la tarde, y cada niña estudiaría la misma según al grado al que perteneciera (art. 8°).

Se cuidaría en especial el aseo, indumentaria (art. 11°) y buenos modos de las niñas tanto fuera de la escuela (art. 7°) como dentro, no permitiéndoseles durante las horas de clase el comer, mascar o fumar (art. 9°). Cuando los días festivos

asistieran a la Iglesia, irían todas en fila, agrupadas por clase y primero las más pequeñas, siendo vigiladas por las alumnas aventajadas de cada curso, rasgo de distinción y aplicación este último (art. 10°).

Aunque se contemplaban los castigos, se recomendaba aplicarlos sólo en situaciones extremas y siempre muy moderados, ya que se pretendía que las maestras trataran a las niñas con el mayor cariño posible (art. 13°).

Por último, se disponía que si las maestras no se encontraban, por los motivos que fuere, en disposición de enseñar a leer y escribir correctamente, debían prepararse para ello al comenzar el curso o, en caso contrario, pagar por su cuenta al sustituto, maestro o maestra, que enseñara en condiciones (art. 14°).

En 1862, reconociéndose la necesidad de regular del mejor modo posible la instrucción primaria de la Provincia poniendo los gastos en armonía con los fondos de los que se disponía, se impuso un nuevo régimen en todas las escuelas⁴⁹.

Según éste, en la ciudad de Agaña debía haber escuelas separadas para ambos sexos y en cada una número suficiente de maestros, maestras y auxiliares para que los niños o niñas de cada año o dos a lo más, siguieran su curso respectivo bajo la inmediata enseñanza de un maestro, maestra o auxiliar determinado, supliéndose únicamente unos a otros cuando por enfermedad u otra causa no pudiera asistir alguno a su escuela correspondiente.

En los barrios de Anigua, Asan y Tepungan debía haber en cada uno un solo maestro auxiliar que daría enseñanza a los niños de

ambos sexos, debiendo por su mujer u otra de su familia enseñar a las niñas por la mañana las labores de su sexo.

En los pueblos de Agat y su barrio de Sumay, Umata, Merizo e Inarajan, habría igualmente un solo maestro en cada punto para ambos sexos con obligación de dar por mujer de su familia enseñanza a las niñas en las labores de su sexo.

La enseñanza en todas las escuelas se dividiría en siete cursos, separándose para ella los niños según sus edades sin mezclarlos nunca y enseñándoles en el primer curso, entre los cuatro y cinco años, a rezar de memoria en español y chamorro; en el segundo curso, de cinco a seis años, se les enseñaría a conocer las letras y el silabeo en ambos idiomas, sin olvidar los rezos.

De seis a siete años, en el tercer curso, los niños habrían de aprender a leer en ambos idiomas y a comenzar a escribir, mientras que en el cuarto curso, de siete a ocho años, aprenderían ya a escribir y el catecismo de la doctrina cristiana, soltándose a leer. Entre los ocho y los nueve años, ya en quinto curso, se insistiría en la escritura y la lectura, aprendiendo igualmente doctrina, aritmética y principios de gramática. En sexto curso, de nueve a diez años, se dedicarían a escribir, a leer, doctrina, caligrafía y ortografía, y continuación del idioma español. Por último, en séptimo, hasta los once años, a perfeccionarían escritura, lectura y doctrina, completando el idioma español.

Las niñas, por la mañana, se emplearían en labores propias de su sexo.

Los educadores, esto es, maestros, maestras y auxiliares de

la isla de Guam, cobrarían un sueldo pagado por el Colegio, pero a fin de que hubiese garantía de que cumplieran con sus obligaciones, se retendría mensualmente la cuarta parte de sus respectivos sueldos manteniéndose en depósito hasta que se verificara en el mes de diciembre la visita de las escuelas y examen de todos los niños y se aprobara el estado de su madurez; en este caso, se entregarían a los maestros las cantidades retenidas, siempre y cuando los resultados de sus alumnos fueran favorables ya que si así no sucediese, no se les devolvería esta retención, que pasaría inmediatamente a favor del Fondo de escuelas.

Para que los maestros no pudiesen presentar como excusa la falta de libros, papel u otros objetos, las escuelas serían dotadas de todo el material necesario para el número de niños que asistiesen, dividiéndose este material en fijo y de consumo.

El material fijo consistía en mesas, bancos, tinteros, etc., costeados por el momento de los fondos del Colegio y del importe de la contribución de Escuelas, multas que por falta de asistencia de los niños se impusieran a los padres o tutores y descuentos a los maestros.

El material de consumo, esto es, papel, tinta, pluma, libros y demás que usase cada niño, sería costado por los padres o tutores que a juicio de las principales pudieran pagar, satisfaciéndose lo de los huérfanos pobres de limosnas del Colegio u otros.

Para que esto se verificara con la debida formalidad, se entregarían por el mayordomo del Colegio a cada maestro los libros, papel y demás objetos de consumo que parecieran nece-

sarios en su escuela, con expresión de sus precios formándoles un cargo, y a medida que los fuesen necesitando los iría surtiendo de ellos, reclamando su importe a los padres o tutores obligados a satisfacerlos cada fin de mes, momento en que se entregarían al niño que para que pudiera justificarse esta entrega escribiría el maestro en cada libro o papel el nombre del niño a quien lo entregase. Si no pagaran los padres, el gobernadorcillo, por vía legal, le instaría a ello, imponiéndoles una multa a beneficio del fondo de Escuelas.

No se permitirían en las escuelas el uso de otros libros o papel de otra calidad de la de los facilitados a las mismas por el Colegio, pero el que se proveyera de otros iguales por cuenta particular, no se le obligaría a tomar otros. Tampoco se permitiría que dos o más niños usaran un libro a la vez, pero sí podían cederse de un curso a otro, debiendo el maestro tachar el nombre del niño anteriormente propietario y poniendo el del nuevo. Se les inculcaría a los niños la obligación de cuidar sus libros durante el curso para que se pudiesen utilizar por otros niños, evitando así gastos superfluos.

En carpetas y demás utensilios, procurarían los maestros que hubiese la mayor uniformidad posible, adoptando los modelos más a propósito para cada objeto; cada primero de mes, el maestro debía abrir un estado o relación de todos los niños que debían concurrir a su escuela, con casillas de todo el mes donde anotar las faltas de asistencia tras pasar lista a diario, expresando si las faltas eran por enfermedad o voluntarias. Esta relación la debía remitir el maestro al Secretario de Gobierno antes del día cinco del mes siguiente, y por cada falta voluntaria que

cometiera un niño, excediendo de seis en cada mes, pagarían sus padres o tutores la multa de cuatro céntimos con aplicación al fondo de Escuelas.

Los cursos se considerarían de diez meses a contar desde el 1 de febrero a 30 de noviembre.

En Agaña habría cinco maestros con 8, 5, 4, 3 y 2 pesos de sueldo respectivamente, y dos auxiliares, con un peso cada uno, mientras que por lo que se refiere a maestras habría dos con 4 y 2 pesos respectivamente, y cuatro auxiliares, también con un peso de sueldo cada una.

En Anigua, Asan y Tepungan habría un maestro auxiliar, con un peso mensual de sueldo; en Agat y Sumay, respectivamente, un maestro con 3 pesos. Por su parte, Umata, Merizo e Inarajan contarían con un maestro, igualmente con 3 pesos de sueldo al mes cada uno.

A todas estas escuelas se remitieron un total de trescientas veintitrés cartillas, setenta y tres catecismos, seiscientos pliegos de papel, cien pliegos de papel de dos rayas, cien de una raya, y veintiún mazos de plumas⁵⁰.

En razón de la escasez de libros que había en la fecha en las islas, unos pocos meses después se estipuló que tan solo se usarían como texto en las escuelas las cartillas silabarias para los que no supiesen leer, y los catecismos para los más adelantados. Los maestros recogerían del mayordomo del Colegio el papel, plumas y catecismos asignados a su escuela, distribuyéndolos a los niños y niñas de su cargo; harían pedidos de papel directamente al mayordomo según se fuese terminando.

Por lo que se refiere al sistema métrico decimal, por Real

Orden del Ministerio de Ultramar de 3 de julio de 1863, se ordenó el planteamiento del citado sistema en todo el archipiélago filipino, y mariano por extensión, estableciendo en su punto cuarto que se hiciera obligatoria la enseñanza del referido sistema métrico en todos los establecimientos públicos de educación primaria⁵¹.

En ese mismo año, cuando el Gobernador de Marianas remitió al Gobernador General el presupuesto anual para el sostenimiento de la Instrucción Primaria con cargo a los fondos del Colegio de San Juan de Letrán, firmado por el Mayordomo Juan Taytano en Agaña el 2 de enero de 1863 y discutido y aprobado en Junta ese mismo día por el Rector y el Gobernador de Marianas, las reglas aún tenían carácter provisional puesto que todavía no se había aprobado por el Gobierno ningún plan general de Instrucción Primaria ni resuelto un expediente de la Obra Pía, de donde procedían aquellos fondos⁵².

De los presupuestos consultados al Gobierno Superior Civil de las islas Filipinas⁵³, se aprobó para regir en el bienio 1863-1864 el más económico, ajustado a las reglas sexta y novena de las aprobadas en 22 de julio de 1861, y cuya cifra total ascendía a 1.003 pesos anuales, contemplándose la posibilidad de autorizar aquellos gastos extraordinarios que se estimaran indispensables.

El citado presupuesto se detalla a continuación:

- Gastos del Establecimiento -

Por la asignación del Rector con arreglo a las instrucciones del Administrador de los fondos de Agaña y costumbre, a 20 pesos al mes	240 pesos
Por la bandeja para el mismo, arreglado a las mismas instrucciones, a cinco pesos	60
Por un celador con la obligación de hacer la limpieza del Establecimiento, a tres pesos	36
Por un portero, con dos pesos	24
Por manutención del Celador y el portero, a dos pesos cada uno	48
Por el alumbrado del Establecimiento, a dos reales diarios	91,25

Por la asignación del médico, a 10 pesos al mes	120
Por gratificación al mayordomo, además del 10% sobre ventas	12

Total gastos del Establecimiento	631,25 ps
----------------------------------	-----------

- Gastos de Enseñanza -

Por un primer maestro, con 8 pesos al mes	96 pesos
Por un maestro segundo, con 4 pesos	48
Por sucesivos gastos en niños	48

Total gastos de enseñanza	192 pesos
---------------------------	-----------

- Gastos reproductivos -

Por sueldo de un cabo de rancho de vacas, con cinco pesos	60 pesos
Por dos mozos de id., a 3 pesos	72

Total gastos reproductivos	132 pesos
----------------------------	-----------

Imprevistos pequeños reparos	47,46 2/8
------------------------------------	-----------

TOTAL GASTOS	1.003,01 2/8
--------------------	--------------

- RESUMEN -

- Gastos del Establecimiento	631,25 pesos
- " de Enseñanza	192
- " reproductivos	132
- " por pequeños reparos	47,76 2/8

TOTAL GASTOS PARA 1863	1.003,01 2/8
------------------------------	--------------

Aquel Gobierno Superior ordenaba que en lo sucesivo, los presupuestos de la instrucción primaria de Marianas se dividieran en dos partes, una de gastos, que comprendería los sueldos del personal, gastos del Colegio, gastos por material para la enseñanza y gastos reproductivos; y otra de ingresos, que

incluiría, según cálculo aproximado, las existencias en metálico y efectos valorados, remesas del Administrador de la Obra Pía en dinero, remesas en efectos, utilidad en la venta de éstos, y productos de las Haciendas, valorados si eran en granos.

Los productos por licencia de armas y multas tendrían en lo sucesivo el destino que por regla general establecían las disposiciones vigentes en favor del Tesoro Público, y no en cubrir el déficit por atenciones locales. Se ordenaba igualmente hacer un inventario de las Haciendas del Colegio y valorarlas en capital y productos ordinarios, instando al Gobernador de Marianas a que informara del estado de aquéllas y de si convendría arrendarlas.

Según el artículo 3° del Real Decreto de 20 de diciembre de 1863, cada uno de los pueblos de las islas Marianas debía tener, al menos, una escuela de instrucción primaria de niños y otra de niñas⁵⁴.

Mediado el siglo, los alumnos eran vigilados por compañeros suyos que, a modo de delegados de clase, informaban al profesor de la marcha del curso.

A pesar de cuantos esfuerzos se hacían para que los niños de ambos sexos comenzaran a asistir con asiduidad a las escuelas, había siempre familias tan abandonadas que no enviaban a sus hijos a ellas y se contentaban después con suponerlos enfermos, sin que ello pudiese comprobarse; por tal motivo, en 1858 el Gobernador ordenó que los niños y niñas se dividieran en decurias, escogiendo un decurión o jefe de entre ellos y cuidando de que cada decurión se compusiera de niños que habitaran casas inmediatas entre sí. Hecho esto, serían advertidos todos los

niños de que a las horas de escuela habría de ir cada cual a buscar a su decurión a la puerta de su casa, desde donde los diez reunidos debían salir para la escuela, regresando a sus casas en la misma forma⁵⁵.

Cuando faltaran algunos niños a las horas citadas, pasaría el decurión a su casa a informarse de la causa, y la familia debería enterarlos para que lo participaran al ministro y con arreglo a esta noticia y a las aptrticulares que adquiriera éste, clarificara la falta para dar cuenta al Gobierno en su parte semanall. El gobernadorcillo haría saber esta determinación a todos los cabezas para que se enteraran en sus cabecerías a fin de que esta determinación tuviera efecto desde el mes de julio de 1858.

A su vez, y a nivel municipal, los gobernadorcillos velaban por que se cumplieran las normas prescritas por el Gobernador. Así, en 1857, siendo Gobernador Felipe de la Corte, y por orden suya, el gobernadorcillo quedaba encargado de imponer a los padres o tutores de cada escolar un día de trabajo, ocupándolos en el camino desde Agaña a Piti, dando cuenta por los niños que carecieran de padre o tutor⁵⁶.

Los padres eran también responsables de la educación de sus hijos, encargándose de comprarles el material necesario para la escuela. Desde 1851, y a instancias del Gobernador Político-Militar, los padres con niños en las escuelas habrían de pagar tres reales anuales con objeto de contribuir al pago del maestro⁵⁷, como ya se ha señalado; en caso de ser pobres y de no disponer de fondos, recibían una ayuda determinada por una comisión encargada al efecto. Además, si sus hijos no asistían

a la escuela, o no avanzaban correctamente, eran llamados al orden por el gobernadorcillo, quien a través de los cabezas respectivos, habría de informarse de las causas de la falta de asistencia de los escolares, castigando a los padres con las medidas oportunas, tales como imponer a los hombres de la casa un día de trabajo por cada seis faltas con destino a la limpieza de la casa pública de Palacio, y si fueran madres u otras mujeres las encargadas, sufrirían un día de arresto en la misma escuela con destino a la limpieza de ella, entrando cada día desde las seis de la mañana hasta la oración⁵⁸.

El Gobernador Felipe de la Corte, en la misma línea de reforma del sistema educativo, estableció una escuela para los carolinos en Garapan bajo las órdenes de un maestro chamorro⁵⁹.

Favoreció la enseñanza en las lenguas locales, mostrándose partidario de la impresión de libros en chamorro y en carolino; así, propuso que los estudiantes aprendieran latín y español una vez que hubiesen aprendido lo más básico en su propia lengua⁶⁰.

Consideraba igualmente el Gobernador que la enseñanza durara entre los cinco y los once años, y no entre los seis y los catorce años, como estaba establecido, ya que creía conveniente que tuviesen unos años entre tanto para desempeñar sus profesiones antes de entrar en la edad legal de matrimonio; los jóvenes generalmente se casaban entre los quince y los dieciocho años, mientras que las mujeres lo hacían entre los doce y los quince años.

Siguiendo con sus propuestas de reforma, de la Corte recomendó que hubiese cinco maestros y cinco maestras en la ciudad de Agaña; la cifra ideal para el resto de las poblaciones sería de

un maestro por cada cincuenta niños en edad escolar, aunque aceptaba que la relación fuese de ochenta niños por cada maestro siempre y cuando aquéllos fueran de la misma edad y asistieran al mismo curso, y que los maestros no enseñaran más que en una localidad; la relación se desglosa así:

<u>Localidad</u>	<u>Maestros</u>	<u>Maestras</u>
-Agaña	5	5
-Anigua	1	1
-Asan	1	1
-Tepungan	1	1
-Agat	1	1
-Sumay	1	1
-Umatac	1	1
-Merizo	1	1
-Inarajan	1	1
-Rota	1	1
-Saipan	1	1
	-----	-----
Total	15	15
	=====	=====

No obstante, una vez que Felipe de la Corte cesó como Gobernador del archipiélago en 1866, prácticamente no se concretó ninguna de sus sugerencias de reforma del sistema educativo.

La enseñanza en los últimos años de la presencia española

Como se ha ido viendo en las páginas precedentes, el Colegio de San Juan de Letrán, institución de la que dependían todas las escuelas de las islas Marianas, fue el centro educativo de mayor importancia durante la etapa española, a pesar de las diferentes propuestas que hubo de cierre del mismo a finales de los años 30.

Es evidente que a lo largo del tiempo fue perdiendo su carácter elitista, pasando a ser la principal escuela pública del archipiélago.

A la altura de 1870, sus actividades estaban perfectamente definidas, teniendo un programa de materias sobre las que debía de versar el examen de los alumnos de este Real Colegio de San Juan de Letrán, siendo Rector Aniceto Ibáñez del Carmen⁶¹:

- Materias comunes a ambas clases -

- Catecismo-

- Nombre y señal del Cristiano; obligaciones del Cristiano; el Credo y los artículos de la fe; el Padre Nuestro, Ave María y Salve; Mandamientos de la Ley de Dios; - De la Iglesia; - Sacramentos. Ejercicios de lectura. Escritura.

- Segunda clase -

- Aritmética -

- Definición; operaciones de la Aritmética; signos de que se sirven para simplificar los razonamientos. Adición: modo de practicar la adición. Nombres de los números que entran en esta operación. Sustracción: nombres de los números y modo de averiguar la diferencia. Multiplicación: operaciones por uno y por muchos guarismos. Modo de multiplicar por la unidad seguida de ceros. División: números que entran en ella y modo de ejecutarla. Quebrados: nociones preliminares. Números que entran en los quebrados. Propios e impropios. Resultado y operaciones de su valor cuando se multiplican o dividen sus denominadores. Reducción de quebrados a un común denominador. Simplificación de los números. Sumar, restar, multiplicar, dividir y valuar los quebrados. Las mismas operaciones con los quebrados decimales. Conversión de los quebrados comunes en decimales y al revés. Números complejos. Nociones preliminares. Reducción de las especies superiores a las inferiores y viceversa. Adición, sustracción, multiplicación y división de los mismos.

- Sistema métrico decimal -

- Su origen. Unidades de las diferentes medidas de este sistema. Metro, litro, gramo, área y metro cúbico. Formación de los múltiplos y divisores de las diferentes unidades. Equivalencia de las medidas de Filipinas a decimales y al revés.

- Gramática castellana -

- Qué es Gramática. Sus partes. Qué son palabras. Cuántas clases hay. Qué es el nombre; de cuántas maneras es el nombre. Qué es el nombre sustantivo. Qué es el adjetivo. Qué regla hay para distinguir el nombre sustantivo del adjetivo. Qué otras divisiones se hacen del nombre. Qué es nombre común, colectivo, propio, primitivo, derivado, aumentativo, diminutivo, simple y compuesto. Cuáles son los accidentes gramaticales del nombre. De cuántas maneras es el número. Cómo del singular se forma el plural.

- Geografía -

- Definición de la geografía física, política y astronómica. Esferas. Mapas y sus diferentes clases. Sus puntos principales en relación con el que los ve. Líneas de N. a S. Ecuador. Geografía física y política. La principal división natural de nuestro globo. En qué situación están las tierras y aguas de que se compone. División de las aguas. Diferencia que hay entre el océano y los mares. Cuáles son los principales mares interiores. Estrechos. Golfos y Bahías. Tierra: mundos antiguo, nuevo y marítimo: sus partes principales. Continentes, Islas y archipiélagos. Istmo, monte y volcanes. Europa: su extensión y límites. Superficie y número de habitantes. Naciones en que está dividida.

- Caligrafía -

- Qué es caligrafía. Cuántas partes tiene. Cuáles son los principales géneros. Cuál es el primero, el segundo y el tercero. Cuáles son las letras radicales. Cuántas letras se derivan de la primera radical, cuántas de la segunda radical y cuántas de la tercera radical.

- Historia Sagrada -

- Creación del mundo hasta la vocación de Abraham.

La relación del número de niños asistentes a San Juan de Letrán durante los diferentes meses del año variaba en función de una serie de circunstancias; por ejemplo, el último día del mes de enero de 1871 la relación de asistencia se resume en el siguiente cuadro⁶², teniendo en cuenta que entre paréntesis se consignan los datos referentes al mes de febrero⁶³:

	<u>Enero</u>	<u>Febrero</u>
- Niños asistentes el último día del mes	313	(114)
- De pago	0	(0)
- Que entraron	60	(22)
- Que salieron	46	(25)
- Que por término medio asistieron	248	(82)

De los trescientos trece niños contabilizados en el mes de enero, cincuenta y tres sabían leer y de éstos, además treinta y dos escribían y sabían la doctrina cristiana. Los restantes aprendían las primeras letras y el silabario.

De los cuarenta y seis que salieron, dos lo hicieron por cumplir los catorce años, otro que murió, veintidós pasaron a la segunda clase y los restantes abandonaron la escuela por padecer enfermedades contagiosas.

En el mes de febrero, de los veinticinco niños que salieron, veintiuno lo hicieron por cumplir catorce años y tres por ausentes, siendo uno despedido por padecer enfermedad contagiosa.

La asistencia de niños y niñas en ese mismo año de 1871, con datos referentes al mes de agosto, se detalla a continuación⁶⁴:

- NIÑOS -

<u>PUEBLOS</u>	<u>MEDIA DE ASISTENCIA</u>	<u>Nº DE NIÑOS ULTIMO DIA DEL MES</u>
Agaña y barrios	363	476 (salieron 36)
Agat	43	48
Umata	7	7
Merizo	17	17
Inarajan	13	13
Rota	18	17 (salió 1)

De los alumnos de Agaña y sus barrios, ciento sesenta y uno sabían leer y escribir; treinta y siete daban clases de Aritmética, dieciséis de Gramática, Geografía e Historia Sagrada; ciento noventa y tres leían, y los restantes deletreaban y silabeaban.

En el caso de Agat, leían y escribían veinte niños, once aprendían a leer, y los diecisiete restantes deletreaban. En Umata escribían y aprendían Doctrina seis niños y deletreaba solo uno; en Merizo, dieciséis y uno, respectivamente. En Inarajan sabían leer y escribir seis niños y los demás aprendían a deletrear; por último, y puesto que no se recibieron a tiempo los datos de Saipan, en el caso de Rota leían y escribían cuatro niños, silabeaban ocho y deletreaban los siete restantes.

- NIÑAS -

<u>PUEBLOS</u>	<u>MEDIA DE ASISTENCIA</u>	<u>N° DE NIÑAS ULTIMO DIA DEL MES</u>
Agaña y barrios	332	410 (salieron 16)
Agat	30	36
Umata	8	8
Merizo	18	18
Inarajan	15	15
Rota	16	17 (salieron 2)

En las escuelas de Agaña y sus barrios leían y escribían doscientas veintiséis niñas, de las cuales ciento setenta y seis sabían además coser, mientras que las restantes deletreaban y silabeaban.

En Agat, leían y escribían diez niñas, aprendían a leer otras

diez y deletreaban dieciséis. En Umata, leían, escribían y aprendían Doctrina cristiana seis niñas, y la otra deletreaba; en Merizo, los datos, respectivamente, son dieciséis niñas y dos niñas. En Inarajan leían y escribían cinco y las demás deletreaban, mientras que en Rota, leían, escribían y cosían tres niñas, aprendían las sílabas ocho niñas y comenzaban a deletrear las seis niñas restantes. Al igual que en el caso de los niños, los datos de Saipan no están reflejados.

Todos los niños y niñas que salieron fueron despedidos provisionalmente por padecer enfermedades.

Los maestros recibían un salario mensual acorde a sus capacidades educadoras reteniéndose, como ya se ha dicho, un porcentaje del mismo como garantía de la calidad de enseñanza, siendo visitadas las escuelas en el mes de diciembre por delegados del Gobierno para examinar a los alumnos y determinar si podían pasar de grado; para ello, se formaba un Tribunal compuesto por el Rector, Gobernador y algún otro miembro, preferentemente el párroco de la ciudad de Agaña. En caso de ser satisfactorio el resultado, se le retornaba el porcentaje retenido al maestro; en caso contrario, aquél era ingresado a los fondos de la escuela.

El control de todo el sistema educativo le correspondía, en última instancia, al Gobernador General de Filipinas ante quien, en su calidad de Vice-Patrono Real de todas las fundaciones, Director y Protector de todas las Obras Pías, rendían cuentas anuales todos los Gobernadores Político-Militares de las islas Marianas durante el período en que ejercieron como tales, a través de la administración de la Obra Pía de Agaña⁶⁵, siendo los

mencionados Gobernadores inspectores provinciales de Instrucción Primaria. La lejanía del archipiélago con respecto a Manila y la dificultad de las comunicaciones hacía que muchas de estas cuentas tardaran muchos años en ser aprobadas⁶⁶.

Con fecha 24 de abril de 1879, el Gobernador General de Filipinas modificó la plantilla de maestros existentes en la ciudad de Agaña⁶⁷, quedando suprimido el segundo maestro del Colegio de San Juan de Letrán que se hallaba dotado con 20 pesos y creándose en su lugar una plaza de ayudante con 5 pesos al mes, el cual tendría a su cargo la clase de párvulos; igualmente, se creaba una plaza de maestra con título para la enseñanza de niñas con el haber de 20 pesos al mes, y una de ayudante en los mismos términos que para los niños y con igual sueldo.

Desde 1886, y según tres artículos del bando de policía dado por el Gobernador Olive⁶⁸ (1884-1887), los padres debían llevar a los niños a la escuela, obligatoria por el Estado, hasta los doce años, y a las niñas desde los seis años hasta los once, bajo multa de 0,5 pesos o un día de cárcel en caso de no asistir sus hijos (art. 1º). Las niñas podían dejar de asistir a la escuela antes de los once años, siempre y cuando para su desarrollo no conviniera su asistencia (art. 2º); además, se permitía que no asistieran aquellos niños a niñas que fueran necesarios para la ayuda de sus padres, pero solamente se autorizaría esta situación después de oídos los cabezas de barangay y gobernadorcillos.

El sistema educativo se extendió no solamente a la isla de Guam, sino también a las vecinas Rota, como ya se ha visto, y Saipan; en esta última, el 21 de enero de 1865 fueron nombrados el matrimonio Celis como primeros maestros. Mariano Sablan haría

lo propio en la isla de Pagan, nombrado directamente por el Gobernador de Marianas. Veinte años más tarde, en 1885, los colonos carolinos de la isla de Tinian solicitaron que se les dotara de cura párroco y maestro de escuela⁶⁹, dado que el pueblo de Tinian dependía en lo civil y en lo eclesiástico del de Saipan, donde existía una escuela a la que no podían ir los tinianos ya que ambas islas distaban veintidós millas⁷⁰; dos años después, en 1887, sería creada la escuela de niños de San Luis de Medina en la isla de Tinian⁷¹, tras la aprobación por parte del Gobernador General de Filipinas el 27 de julio de 1886 del informe elaborado por la Comisión Superior de Instrucción Primaria de Marianas⁷²; el 21 de abril de 1887 era dotada la plaza de maestro de la escuela de niños de esta isla.

Siendo Gobernador del archipiélago Luis de Ibáñez y García (1871-1873), el Colegio Real en Agaña llamado San Juan de Letrán proporcionaba educación a los niños; de construcción sólida, contaba con dos espaciosas aulas, llamadas también escuelas, en las que se impartían clases a uno quinientos estudiantes.

Estas dos escuelas eran administradas por dos profesores procedentes de la Escuela Normal de Manila, siendo pagados con los fondos de la Obra Pía del Establecimiento. A la cabeza de la Obra Pía estaba el cura párroco de Agaña, responsable de la administración de los fondos procedentes de Manila.

Se enseñaban las siguientes materias: doctrina cristiana; lectura y escritura; aritmética, con los cuatro principales preceptos y fracciones, decimales, común denominador y sistema métrico decimal; conocimientos de pronunciación; gramática española; geografía; historia sagrada y conocimientos de buena

conducta o urbanidad.

Por su parte, en la escuela de niñas aprendían doctrina cristiana, lectura y escritura, los cuatro principales preceptos de aritmética, costura y bordado. Todo el sistema educativo en la capital estaba costeadado por los fondos de la Obra Pía del Colegio de San Juan de Letrán.

Igualmente, había una escuela de niñas en la ciudad construída de mampostería y madera pero en deplorable estado, que albergaba aproximadamente a ciento cincuenta niñas. Había una maestra y una asistente, pagadas también con los fondos de la citada Obra. Dado su estado ruinoso, se pusieron en marcha proyectos para su rehabilitación o nueva construcción⁷³.

En los cuatro barrios o visitas de la capital había otras tantas escuelas construídas de frágiles materiales, cuyos maestros eran pagados, temporalmente, de los fondos procedentes de los lazarinos. También había otra escuela construída en el barrio de los carolinos; el maestro hablaba su lengua y por orden del Gobierno Superior de Filipinas, era pagado de los fondos de la Obra Pía.

El 15 de diciembre de 1880, una orden desde Manila mandaba que el sistema escolar de las islas Marianas se regulara para que los niños de ambos sexos recibieran la misma educación.

Por lo que se refiere a la enseñanza de las niñas, la primera medida era habilitar algún edificio, del que se carecía hacía ya muchos años, que albergara su escuela, como se hizo en 1878, cuando dispuso el Gobernador que la Sala Principal del Colegio de San Juan de Letrán se destinara a tal fin⁷⁴.

En 1879, el gobernadorcillo de Agaña y sus Principales

enviaron al Gobernador Manuel Bravo y Barrera (1875-1880) una solicitud para que se vendiera en pública almoneda el colegio de niñas, dado su estado ruinoso, y que el importe de la misma se empleara en la construcción de otro nuevo⁷⁵; de esta forma, en la década de los años 80 comenzó la construcción de una nueva escuela para niñas, vendiéndose el deteriorado edificio anterior;

El 19 de julio de 1884 el Gobernador General de Filipinas aprobó las cuentas para la reparación del Colegio San Juan de Letrán y de la Escuela de Niñas.

Si hasta las primeras décadas del siglo XIX la enseñanza de las niñas se centraba en las tareas "propias de su sexo", desde la fecha se equipara la educación entre niños y niñas, especialmente a partir del plan de educación para éstas instaurado por Felipe de la Corte; lo mismo puede decirse en cuanto a la retribución de las maestras, peor pagadas hasta mediado el siglo, y en plan de igualdad con respecto a los maestros cuando se introduce la educación laica, pero solamente a nivel local y no en el caso de la ciudad.

El 15 de diciembre de 1884, desde el Gobierno Superior de Filipinas, se remitió al Gobernador Olive una circular sobre el modo de regular la enseñanza.

En la contestación del Gobernador de Marianas, y refiriéndose al estado de la educación en el archipiélago, señalaba las dos principales carencias del sistema⁷⁶: por un lado, la dificultad tanto para pagar a los maestros como para encontrarlos, llegando al punto de tener que contratar a dos ayudantes sin título para asistir a los dos maestros de San Juan de Letrán, que contaba con una media de cuatrocientos escolares; y por otro, la

mala conservación del edificio de la sede del colegio de Agaña, construido en 1777 con materiales sólidos, piedra y teja, al contrario que las deterioradas escuelas de los pueblos, construidas de materiales ligeros, nipa y caña.

El Colegio de San Juan de Letrán era de mampostería cubierto de teja, formando un frente y dos alas avanzadas, teniendo en el centro del frente la entrada principal por una escalinata que conducía al piso alto, donde había dos salones, uno que ocupaba todo el frente y el otro el ala del Norte; un salón estaba destinado para los más adelantados, el otro para los más atrasados, y las galerías para los párvulos. La planta baja eran sótanos. En el ala sur estaban establecidas la enfermería y la botica militar, asistiendo al Colegio del orden de trescientos niños.

Añadía además el Gobernador la carencia de utensilios y material de enseñanza, salvo en Agaña aunque estaban muy deteriorados, teniendo los niños que comprarlos; al ser pobres, aprendían a escribir en hojas de plátano. Para entonces, el edificio de la escuela de niñas de la capital estaba construyéndose.

En 1885 Olive propuso que se nombrase a un maestro de término para el Colegio de San Juan de Letrán de Agaña; a un maestro de ascenso para la escuela de niños cuya creación se proponía en el informe del Gobernador, y a un maestro de entrada para la escuela del pueblo de Agat⁷⁷. Como consecuencia de su visita a las islas del Norte y en concreto a Saipan, a su juicio debía dotarse la escuela de niños de la citada isla con un maestro normal de entrada, en vista de la importancia que con el tiempo habría de

adquirir dicha isla, a pesar de que no había ni local para su propósito ni fondos para su construcción.

En cualquier caso, para este aumento de un maestro normal con la oportuna brevedad que el asunto reclamaba, sería preciso, en opinión de Olive, que fuesen dos en vez de uno los alumnos pensionados en la Escuela Normal de Manila.

La escuela de niñas de Saipan podría ser puesta en marcha por las hermanas de la Caridad, siempre y cuando la Obra Pía sufragara los gastos, con todos los problemas que ello acarrearía.

Cuando en 1885 Francisco Chacón Lara propuso a la reina M^a Cristina su proyecto y estatutos de colonización de la Micronesia española⁷⁸, señalaba que la instrucción pública se encontraba en estado lamentable a consecuencia del poco o ningún interés que por la misma se tomaban las personas encargadas en su dirección y a consecuencia también de la escasísima retribución que se daba a los maestros de escuela.

Consideraba que las escuelas no tenían utilidad pública y que los maestros de las que se encontraban establecidas en los arrabales de la capital y pueblos de las tres islas habitadas, gozaban un haber mensual de 3 pesos fuertes, y que los niños y niñas que aprendían a escribir usaban palitos o punteros en lugar de plumas, con lo que marcaban huellas trituradas sobre las hojas de plátano que les servían de papel.

Respecto a los profesores de primera y segunda enseñanza del único colegio que se encontraba en la citada capital de Agaña, había que señalar que el de primera instrucción gozaba de un haber mensual de 10 pesos fuertes y que el segundo cobraba 25

pesos fuertes mensuales, sin embargo de holgar dicha plaza ya que si pocos alumnos habían completado la primera enseñanza, prácticamente ninguno estudiaba la segunda.

En esas fechas -años 80-, había en las islas Marianas siete pueblos con seis maestras y veinte maestros y tan sólo dos de estos últimos tenían título; los demás cobraban 3 pesos, excepto las dos ayudantas de la escuela de niñas de Agaña, que cobraban 5 pesos, y 10 pesos los ayudantes del Colegio de San Juan de Letrán⁹⁹.

La instrucción primaria, única que se daba en Marianas, estaba sostenida por la Obra Pía de San Juan de Letrán en Agaña; además del colegio de niños de la ciudad, se sostenían cuatro escuelas de niños, cinco de niñas y nueve para ambos sexos, que se regían por las leyes, reglamentos y demás disposiciones vigentes en Filipinas.

En 1885, el propio Olive propuso, sin resultado hasta julio de 1887, construir una escuela para niños y niñas en la ciudad de Agaña, por ser excesivo el número de los niños que asistían a las dos que había; el plano para la construcción del mismo se hizo por el maestro de obras militares Victoriano Berrio, que se lo llevó a Manila para redactar la memoria y presupuesto (recibido por el correo de julio, se remitió el expediente al Gobierno General).

Propuso igualmente aumentar el sueldo de las dos ayudantas de la escuela de niñas de Agaña a 6 pesos, y a esta misma cantidad los de todos los maestros y maestras que cobraban 3 pesos. Pero hasta que no fuera provista con maestra normal la plaza de la escuela de niñas de Agaña, sería conveniente crear

una de primera ayudanta con 10 pesos de sueldo, y también crear plazas de maestras sustitutas en los pueblos de Inarajan, Sumay y Tinian ya que sólo tenían maestro para una escuela de ambos sexos.

Otras propuestas para mejorar el sistema educativo fueron: consignar una cantidad para gastos de material al objeto de proveer a las escuelas de algunos efectos; restablecer la plaza pensionada en la Escuela Normal de Manila para que un natural de Marianas siguiera los cursos y obtuviera el título de maestro, para proveer la escuela de Agat. El chamorro que le remplazara en la Normal, tras obtener también su título, pasaría a ocuparse de la escuela de Saipán, pudiendo continuarse proveyendo los de Rota, Merizo, Inarajan, Tinian y Sumay, según sus necesidades e importancia.

Además, debía crearse una plaza pensionada para Marianas en la Escuela Normal de Manila para maestras, al objeto de ir proveyendo las escuelas de Agaña y después las de los pueblos, por el orden que queda indicado para la provisión de maestros.

En esas fechas el edificio del Colegio de San Juan de Letrán era antiguo, contando con más de siglo y medio, necesitando, por tanto, una gran reparación, sobre todo en las maderas de los pisos y en el tejado.

La escuela de niñas en Agaña era un edificio nuevo, de 1879, pero como se emplearon tan malas maderas era necesario rehacer todo el armazón del tejado, como propuso Olive en 1885 sin obtener resultado. Era de planta alta, elevándose más de un metro, ingresándose por una suave escalinata; se componía de dos salones cuadrados, uno al norte y otro al sur del ingreso

principal, muy ventilados por nueve anchas y rasgadas ventanas con persianas, tres en cada frente, pues el cuarto frente es el muro de separación de ambos salones.

Para el número de niños de ambos sexos que acudían al Colegio y escuela, no eran suficientes ambos edificios, por lo que Olive propuso la construcción de otro en la parte occidental de la ciudad, para niños y niñas, al que podrían asistir los del barrio de Santa Cruz e inmediato de Anigua, poniéndose al frente uno de los dos maestros normales que había en el Colegio, en el que quedaría el otro.

Los edificios de las demás escuelas de los pueblos y barrios eran de caña y paja, excepto la de Anigua, que era un pequeño edificio de mampostería, como parece ser que eran todos antiguamente, y la de Sumay, que era de tabla; se les había ido proveyendo de algunos bancos y mesas, ya que antes se sentaban y escribían en el suelo, además de tinteros, papel y plumas, pues escribían con un palito en hojas de plátano. Propuso Olive que se les facilitara todo con cargo a la Obra Pía, pero no se obtuvieron resultados por falta de fondos, teniendo que recurrir a la Dirección General de la Administración Civil.

Los datos a 31 de diciembre de 1886 del nivel de alfabetización de la población chamorra eran los siguientes⁸⁰:

Población total	9.680		
Sabían leer y escribir	1.020	10,53%	
Sabían leer	2.000	20,65%	
Sabían leer y firmar con su nombre..	360	3,71%	
No sabían escribir, firmar ni leer..	6.300		
	-----		-----
TOTAL	9.680	%Total	34,99%
=====			

Según estos datos, más del 14,5% de la población asistía a las escuelas, teniendo alguna instrucción elemental cerca del 35%; se constata un hecho, y es que la educación anteriormente debió de ser más completa ya que los mayores de cuarenta años tenían mejor disposición para algunos oficios así como para desempeñar empleos subalternos; entre treinta y cuarenta años tenían menos aptitudes, y de los menores de treinta años solamente se encontraban algunos para oficios y para medianos escribientes.

En las mujeres sucedía lo mismo, siendo más dispuestas las ancianas y de edad madura que las jóvenes para las ocupaciones de su sexo.

Respecto a hablar en castellano, lo hacían con bastante corrección las personas mayores, los jóvenes con menos y los niños peor, si bien había menos dificultades de comunicación en el idioma en el caso de las islas Marianas, incluida la isla de Rota, que en otras zonas de Filipinas e, incluso, de la propia España peninsular. Para Olive ello era motivo de preocupación ya que lo cierto era que el idioma se estaba perdiendo, y ello por negligencia de los encargados de conservarlo.

Un dato es obvio: si la población tendía al mestizaje, lo normal hubiese sido que nuestro idioma se hubiera propagado con mayor intensidad, pero el problema radicaba en que, dado que los chamorros estaban exentos de pagar impuestos, al organizarse la población en barangays desde la década de los años 30, se confundió toda la población, que se fue "achamorrando", entre otras razones, y según la tradición, como también señala Felipe de la Corte, para evadirse del pago de tributos.

Sobre el número de alumnos asistentes a las escuelas en esa misma fecha de 31 de diciembre de 1886, el propio Olive proporciona la siguiente información⁸¹:

<u>Pueblo</u>	<u>Niños asistentes a fin de mes</u>	<u>Ibid. Niñas</u>
Agaña (a escuelas públicas)	501	356
Agat	113	116
Merizo	45	44
Inarajan	33	22
Rota	33	39
Saipan	62	55
	TOTALES	787
	=====	632
		=====

En un escrito del Gobernador Enrique Solano (1887-1890), fechado el 11 de febrero de 1888⁸², se señalaba que los maestros hacían una labor extraordinaria, a pesar de cobrar tan sólo 25 pesos, y 10 pesos los ayudantes, siempre y cuando enseñaran en la capital, puesto que los de los otros pueblos cobraban tan solo 3 pesos, retribución insuficiente para la subsistencia de los maestros, mostrándose partidario, pues, del incremento de sueldos.

Cinco meses más tarde, nuevamente el Gobernador informaba del deplorable estado de los edificios escolares, de los cuales tan solo eran propiedad de la Obra Pía dos, el de niños y el de niñas sitos en la capital; el resto de las escuelas estaban tan deterioradas que nuevamente solicitaba ayuda económica para repararlas⁸³.

En 1888 había un total de dieciocho escuelas elementales en las siete diferentes poblaciones del archipiélago, de las cuales, nueve escuelas eran de ambos sexos, cuatro exclusivamente de

niños, y cinco solo de niñas, contando con un total de veinte maestros y seis maestras, impartién dose, además, clases para niños y niñas en San Juan de Letrán. En cada uno de los pueblos, el párroco actuaba como inspector de escuelas; a la altura de 1890, había siete Iglesias en la provincia de Marianas: Agaña, Agat, Merizo y Umatac, Inarajan, Tinian, Rota y Saipán.

El abuso de los castigos corporales a los niños que asistían a las escuelas públicas, además de ser contrarios a la civilización, eran contraproducentes, infundiendo temor a los niños hacia los centros de instrucción primaria y hacia sus maestros.

Por ello, decidido el Gobernador a que en la Provincia no se diera el lamentable caso de que se castigara diariamente a un niño que asistiera a la escuela pública, ordenó a Luis de Torres, maestro primero de niños de la ciudad⁸⁴, cumplir las prevenciones según las cuales quedaba absolutamente prohibido castigar a los niños con el azote o cuarta, desapareciendo de las escuelas ese efecto impropio de semejantes establecimientos.

Así, el 17 de octubre de 1889 los castigos corporales fueron suprimidos, y desde entonces, únicamente los castigos que los maestros podían imponer, según los casos, eran: un espacio de tiempo de plantón, recargo en las lecciones, reclusión en la escuela durante las horas de asueto, privación de la comida del medio día, aviso a los padres de la mala conducta del niño para que le vigilaran y aconsejaran; y en caso de una falta extraordinaria que requiriera un castigo mayor, entonces el maestro lo pondría en conocimiento de la Junta de Instrucción Pública, la cual acordaría lo más conveniente.

Si después de hechas estas previsiones algún maestro o

ayudante castigara con azote, sería inmediatamente suspendido de su empleo y sueldo y puesto a disposición del juzgado competente para que por éste se le exigiera la responsabilidad a que hubiese dado lugar.

Por lo que se refiere a los asuntos económicos, los recursos disponibles de la Obra Pía de San Juan de Letrán a finales de la década de los años 80, se resumían en un capital impuesto en la Caja de Depósitos que ascendía a 39.350,31 pesos, que al 6% anual producía 2.361,02 pesos, siendo esta cantidad el único fijo disponible. Con este dinero había que pagar absolutamente todo el sistema educativo de las islas Marianas, tanto en lo que se refiere a edificios como a material diverso, manutención o pago a los maestros, además de la gratificación al Administrador y algún que otro desembolso extra.

Esta penuria económica hacía que las escuelas de pueblos y barrios de Agat, Merizo, Inarajan, Anigua, Asan, Tepungan, Sumay y Umata, y las islas de Rota, Saipan y Tinian, tuvieran solamente el nombre de tales y carecieran del material preciso para la enseñanza; a excepción de tres o cuatro maestros de la cabecera, los demás tan solo percibían escasas asignaciones de cinco y tres pesos, lo que evidentemente no era ningún tipo de estímulo para nadie⁸⁵.

En 1890, y ante el alarmante estado económico de la educación, se ordenó mantener el menor número posible de escuelas y, como resultado, se redujo el número de maestros ayudantes de San Juan de Letrán de diez a dos; se cerraron la escuela de Anigua, cuyos treinta y tres niños tuvieron que ser trasladados a las escuelas de Agaña, a 1 1/2 km; la de Tepungan, siendo los

niños de ésta trasladados a la vecina Agat, y la escuela del barrio carolino de M^a Cristina, en este caso, con la oposición del Gobernador; igualmente, y a consecuencia de haberse rebajado a 88 pesos mensuales el presupuesto de Gastos del Colegio San Juan de Letrán, de donde se sufragaban los sueldos de los maestros de las escuelas públicas de los pueblos a razón de 3 pesos mensuales cada uno⁸⁶, al menos desde 1893, se suprimió la maestría de niñas de Merizo, quedando privadas de instrucción alrededor de cuarenta niñas; desde 1895 no había en Merizo ya ni escuela de niños ni de niñas⁸⁷.

En julio de 1891 había decrecido el número de escuelas, habiendo un total de doce repartidas entre Guam, Rota, Tinian y Saipan, que contaban con una escuela cada una de estas últimas.

La relación del número de niños a lo largo de 1890-1891 y tomando como modelos los datos de enero de 1890 y de abril de 1891, estos últimos entre paréntesis, es como sigue; hay que señalar que ya no está Umata en la relación⁸⁸:

<u>PUEBLOS</u>	<u>Niños asistentes fin mes</u>		<u>Ib. niñas</u>	<u>media niños</u>	<u>media niñas</u>
Agaña y barrios	457	(415)	276 (277)	217 (253)	176 (210)
Agat	76	(114)	68 (99)	65 (99)	60 (78)
Merizo	20	(58)	30 (58)	20 (46)	30 (56)
Inarajan	21	(21)	17 (23)	21 (21)	17 (23)
Rota		(55)	(39)	(49)	(36)
Saipan		(62)	(42)	(54)	(32)

Como particulares se contabilizan veinticinco niños y veintiocho niñas en el mes de enero de 1890, y treinta niños y veintiocho niñas para el mes de abril de 1891.

No se consignan los datos de Rota y Saipan para el mes de enero dado que no se habían recibido aún cuando el Gobernador

confeccionó la relación; es de suponer, aunque no queda constancia de ello, que lo mismo sucedió en el caso de Tinian, que para esas fechas hemos visto cómo ya hay dotada una plaza de maestro.

A lo largo de este curso, el número de alumnos por meses que se constata en los diferentes expedientes es más o menos igual⁸⁹. El sueldo de los maestros era variable en función del año y de los recursos disponibles; los maestros de Agat, barrio de Sumay, Merizo, Inarajan, Rota y Saipán, cobraban entonces 10 pesos al mes, si bien el maestro del barrio de Umata cobraba 6 pesos al mes, mientras que el sueldo de las maestras en las mismas poblaciones era inferior, ya que cobraban 6 pesos al mes, excepto la del barrio de Umata, que cobraba 5 pesos⁹⁰, haciendo un total de 107 pesos al mes. Desde 1893, como se ha visto, se redujo el sueldo a los maestros a 88 pesos, como ya se consigna en el presupuesto del Colegio de San Juan del citado año⁹¹.

En 1890 Joaquín Vara del Rey (1890-1891) proponía fomentar la instrucción pública dotándola del suficiente personal idóneo, armonizando las asignaciones del mismo con el servicio importantísimo que les estaba encomendando, y mejorando los locales de las escuelas⁹².

Con estas miras, fueron propuestas a la Superioridad en octubre del citado año de 1890 unas bases encaminadas a mejorar con el estímulo las condiciones de aptitud del magisterio, y por ende, el resultado de la enseñanza en los pueblos.

Las asignaciones que por entonces satisfacían los fondos de la Obra Pía y la Caja Municipal ascendía a la cantidad de ochenta y ocho pesos al mes la primera y veintiocho la segunda, hallándo-

se distribuías de la siguiente forma:

<u>Pueblos</u>	<u>Personal</u>	<u>Obra Pía</u> Sueldo Pesos cents.	<u>Caja Municipal</u> Aumento Pesos cents.	<u>Total</u> Pesos cts.
Agaña	- Un primer maestro	20		20
	- un 2º maestro de la Normal	15		15
	- dos ayudantes a 8 pesos	16		16
	- dos maestras a 5 pesos	10	2	12
	- un maestro en el barrio de M' Cristina	3	50	2 50
	- un maestro en barrio de Asan	3	1	4
Agat	- un maestro y maestra a 3 p.	6	2 50	8 50
Merizo	- un maestro	3	1 50	4 50
Inarajan	- un maestro	3	1 50	4 50
Rota	- un maestro	3	1 50	4 50
Saipan	- un maestro y una maestra	6	2 50	8 50
<u>Escuelas aumentadas</u>				
Umatac	- un maestro		3 50	3 50
Merizo	- una maestra		4	4
Inarajan	- una maestra		3 50	3 50
Rota	- una maestra		4	4
TOTALES		88	28	116

Había un proyecto de aumentar la del barrio de Sumay, dotándola con un maestro en las condiciones de Umatac.

Las modificaciones propuestas consideraban la conveniencia de aplicar los 88 pesos de la Obra Pía únicamente al personal de maestros de Agaña, como se hacía antiguamente, cumpliendo así los fines que inspiraron a Mariana de Austria a la fundación del Colegio de San Juan de Letrán, en cuyo caso restablecerían sus

escuelas, en la fecha suprimidas, los barrios de Anigua, Sinajaña y Tepungan y se aumentaría una maestra en el de Asan, cada uno a 3 pesos; a los dos ayudantes de Agaña se les subiría el sueldo a 10 pesos cada uno en vez de 8, y a las dos maestras a 6 pesos en vez de 5 pesos.

La escuelas de los demás pueblos estarían sostenidas por el Presupuesto de Gastos Municipales, para cuya atención se habían consignado en el año de 1890 un total de 1.584 pesos, de cuya suma se invertirían 107 al mes, y aún quedaría un sobrante a favor de los fondos locales de 300 pesos en el año, tal y como se expresa a continuación:

- Para los maestros todos sustitutos de Agat, Sumay, Merizo, Inarajan, Rota y Saipan, a diez pesos cada uno y el de Umatac seis pesos	66 pesos
- Para las maestras de los mismos pueblos, a 6 pesos cada una y 5 la de Umata	41 pesos
	Al mes 107 pesos
	Al año 1.284 pesos
	=====

Los fondos del Colegio, o sea, de la Obra Pía, continuarían no obstante sufragando los gastos de mobiliario, material y entretenimiento de los edificios destinados para escuelas públicas en todos los pueblos de las islas, puesto que según el presupuesto de ingresos y gastos que por todos los conceptos tenía el Colegio desde el 1 de enero de 1890 existía un crédito de 1.005,02 pesos para las atenciones citadas en cada año:

Ingresos

- Por los intereses de 39.350,31 que constituían la fundación de la Obra Pía al respecto, que devengaban del 6% 2.361,02

Gastos

- Por la nómina de sueldos a los maestros, a 88 pesos al mes 1.056
 - Por la cualificación del Administrador de la Obra Pía en Manila, que lo era el Presbítero Tomás González Feijoo 300 1.356
- RESTAN 1.005,02
=====

El magisterio en el Colegio de San Juan de Letrán lo desempeñaban dos maestros procedentes de la Escuela Normal de Manila, mientras que los restantes de este Colegio y los de las demás escuelas de la Provincia eran maestros y maestras sustitutas⁹¹. La Junta de enseñanza, y en particular la dirección del Colegio, estaba a cargo del Gobernador Político Militar como Director, del cura párroco de Agaña y del Juez de Primera Instancia, cuando lo hubiese.

En julio de 1894, y según informe de Luis Cadarso y Rey⁹⁴, en Agaña existían matriculadas ciento diez niñas que aprendían a leer, escribir, contar, multiplicar números enteros, coser y bordar.

Asistían a clase de ocho a diez de la mañana y de tres a cinco de la tarde; la maestra y su ayudante percibían 5 pesos cada una al mes.

Por su parte, los niños, por entonces doscientos noventa

asistentes, eran admitidos desde los cuatro a los doce años, y aprendían las cuatro reglas y lectura y escritura, percibiendo por ello el maestro, así como sus dos ayudantes, 17 pesos el primero y 8 pesos cada uno de los auxiliares.

En San Juan de Letrán también se vendían al público los efectos de instrucción, esto es, los libros necesarios para que los alumnos pudieran estudiar; en 1894, los títulos que encontramos, pagados en pesos, son⁹³:

<u>N°s</u>	<u>Medidas</u>	<u>Títulos</u>	<u>Ps</u>	<u>Ct</u>
7	Libros	Aritmética aplicada, a 0.50 pesos	3	50
2	"	Cartillas de agricultura, 0.19 4/8		39
163	"	Cartilla del Santo Niño, 0.02 4/8	4	7 4/
10	"	Vocabularios castellano y chamorro a 0.31 2/8	3	12 4/
1		Gramática chamorra, 0.18 6/8		18 6/
4		Geografías, por Pahizie, 0.27 7/8	1	11 4/
20		El Monitor de los Niños, primera parte, 0.20	4	
17		Ibíd. tercera parte	3	74 4/
5		Instrucción Primaria, Rueda, 0.50	2	50
18		Catecismos por Artete, 0.04 6/8		85 4/
1		El Amigo de los Niños, 0.20		20
6		Catón de San Caciano, 0.20	1	20
TOTAL			27	52 2/8
			=====	

En 1898 intentó extenderse el sistema educativo que regía en las islas Marianas a las vecinas islas Carolinas, cuya in-

fraestructura en lo que se refiere a la presencia española era muchísimo menor que la del archipiélago mariano. España pretendía afianzarse en estas otras posesiones micronesias aunque bien poco duraría ya el intento. En cualquier caso, es interesante constatar aquí el intento promovido por la Dirección General de la Administración Civil de las islas Filipinas quien, en informe fechado en 3 de enero del citado año, remite al Gobernador Político-Militar de Carolinas Occidentales una serie de decretos para el régimen de Instrucción Primaria en las escuelas de las islas⁹⁶:

- art. 3°: los nombramientos para desempeñar las escuelas se presentarán primeramente al Jefe de la Provincia y sucesivamente después al Cura Párroco y al Capitán Municipal o Gobernadorcillo del pueblo a que corresponde la escuela.
- art. 4°: la posesión de los maestros se dará por los Capitanes municipales o Gobernadorcillos, quienes certificarán por duplicado del auto remitiendo un ejemplar al Gobernador de la Provincia y otro a este Director para que se una al expediente personal del interesado.
- art. 10°: en las escuelas deberán celebrarse exámenes que serán presididos por los vocales que las Juntas Provinciales o Locales designen, pudiendo asistir siempre el que por ministerio de la ley ejerza el cargo de Presidente de las Juntas a la terminación de cada semestre, debiéndose dar cuenta a la Dirección General del resultado de los mismos por relación nominal de los alumnos que más se hubiesen distinguido en el curso y de los que hablen el castellano para los premios a que se hubiesen hecho acreedores.

Retomando este último punto, y sobre la lengua empleada en la enseñanza de los niños marianos, el castellano era, en principio, la oficial, aunque el chamorro no fue suprimido, siendo bilingües los estudiantes.

Sólo en 1820 se ordenó que la enseñanza fuera exclusivamente en español, y ello porque la mayoría de los maestros filipinos empleaban el tagalo. En este sentido, y para hacer más fácil la enseñanza, el que fuera Rector de San Juan de Letrán, Aniceto Ibáñez del Carmen, escribió su Gramática chamorra que traducida literalmente de la que escribió Luis de Mata Araujo, dedica a las escuelas de Marianas con el fin de que los niños aprendan el castellano, publicada en Manila en 1865, cuatro años después de cesar en su cargo como Rector, siendo sustituido para tal tarea por José Herrera, Secretario de Gobierno, según orden del Gobernador de Marianas⁹⁷.

En 1861 el propio Ibáñez del Carmen había solicitado al Gobernador General, por conducto del Gobernador de Marianas, la impresión de una cartilla silabario en idioma chamorro escrita para las escuelas, solicitud denegada manifestándole que la impresión de la cartilla silabario de que se trataba con cargo a los fondos de la Obra Pía no podía tener lugar hasta que en el expediente de reforma general de la instrucción primaria apareciera este medio de eficacia con otros ya propuestos para extender el uso del idioma castellano entre los naturales⁹⁸. No obstante, y de mejor resultado para el mismo fin, consideraba el Gobierno Superior la Gramática elemental y el vocabulario del idioma chamorro, a cuya redacción podía dedicarse el Rector, siendo muy conveniente el facilitar a los naturales el estudio del castellano y el del chamorro a los españoles que quisieran conocerlo, evitando en las escuelas, cuanto fuera posible, nociones y ejercicios prácticos en idioma local que convenía que se verificaran desde la primera edad en castellano.

No obstante, más tarde escribió también un diccionario y un catecismo, El Verdadero Cristiano, ambos en chamorro, como la gramática, impresos en Manila (quinientos, mil, y mil ejemplares de tirada, respectivamente, con un coste de 200, 110, y 80 pesos) pagados con los fondos de la Obra Pía por el Administrador de los Fondos, tras el visto bueno del Gobernador General de Filipinas⁹⁹.

A los niños se les enseñaba a leer en español y en chamorro, si bien es lógico que aprendieran antes esta última lengua ya que era la materna, lo que hacía que desde la superioridad se dictaran normas para la extensión del castellano, que puede ser considerado co-oficial a mediados del siglo XIX en lo que se refiere al sistema educativo, pero siempre en un segundo plano por parte de maestros y profesores.

En 1864, Felipe de la Corte informaba a los gobernadorcillos de Agaña, Agat, Umata, Merizo e Inarajan del envío a las escuelas de cartillas de El Verdadero Cristiano, escrita en español y chamorro, recordando el Gobernador a los maestros la obligación de que todos los niños estuvieran provistos de libros de texto, debiendo servir para la lectura en ambos idiomas el referido español y chamorro¹⁰⁰.

Por Superior Decreto de 12 de septiembre de 1883, publicado en la Gaceta de Manila dos días más tarde y comunicado al Gobernador de Marianas el día 17 del citado mes, se ordenaba nuevamente la difusión del castellano, ya que se consideraba que era el único idioma que debería existir en el archipiélago filipino¹⁰¹.

Por lo que se refiere a quiénes eran los maestros, es evidente

que en los primeros años eran sacerdotes españoles y no será hasta más tarde cuando sean o bien ex-alumnos de San Juan de Letrán, o bien españoles o filipinos llegados a las islas Marianas.

Al menos en la década de los años 70, los maestros accedían a sus plazas unos por nombramiento del Gobernador General de Filipinas, en el caso de los maestros de Agaña, esto es, los dos de San Juan de Letrán, mientras que los demás, de los barrios de Agaña así como los de Agat, Merizo, Umata, Inarajan, Rota y Saipán, eran designados por la Junta de Agaña.

Los dos maestros de San Juan habían cursado sus estudios en la Escuela Normal de Manila; en el caso del más antiguo, Luis Torres, éste era natural de Agaña y fue alumno de la citada Escuela Normal, sostenido con los fondos del Colegio, de donde fue alumno; se le concedió el título de maestro de la categoría de ascenso el 14 de enero de 1868, siendo nombrado el 31 de enero del mismo año para regentar la escuela de Agaña, de la que tomó posesión el 1 de mayo de 1868, llevando en el cargo veintisiete años en el momento en que pidió el retiro en 1895 a causa de una artritis crónica¹⁰².

Por lo que se refiere a las maestras, incluídas las de Agaña en San Juan de Letrán, eran nombradas por la citada Junta de Instrucción Primaria¹⁰³.

Al menos desde 1870, había un sistema de concurso público con examen ante la Junta Provincial de Instrucción Pública para ganar plaza de maestro o maestra, si bien con un sueldo inferior en cinco puntos el de estas últimas¹⁰⁴.

Si bien es cierto que el gran problema del sistema educativo

en las islas Marianas fue la carencia de medios económicos para desarrollarlo plenamente, lo que está claro es que, al menos, se puso en marcha un modelo que evolucionó, desde los comienzos lejanos de la época de Sanvitores, cuando la educación no era más que la cristianización de los alumnos, hasta los últimos años de la presencia española, cuando el sistema se tornó más oficial y público y, por supuesto, mucho más completo en cuanto a enseñanza. Esta evolución se aprecia especialmente en San Juan de Letrán, primero seminario encargado de la formación de jóvenes de élite como doctrinos ayudantes de los sacerdotes, y luego, colegio mejor organizado como tal, hecho que ocurre sobre todo ya en el siglo XIX, cuando el control del Gobierno sobre la educación comenzó de forma clara, poniendo en marcha una serie de planes de estudios primarios obligatorios entre los cuatro años y los once (desde mediados del siglo o incluso más), estandarizados y secularizados en función de la edad de los alumnos, divididos en siete grados y separados por sexos, como siempre a lo largo de la historia del sistema educativo, e incluso dictando los libros de texto que habían de ser utilizados por los alumnos, como ocurrió cuando en 1871 el Gobierno Superior de Filipinas ordenó a la Administración de la Obra Pía que se remitieran cuatrocientos ejemplares para las escuelas de Marianas del Páginas de la Virtud, por ser declarado texto por Superior Decreto de 20 de octubre de 1871¹⁰⁵.

En cualquier caso, los objetivos últimos del sistema educativo español en las islas Marianas no llegaron a cumplirse, principalmente en lo que se refiere a la enseñanza del idioma, pero al menos es necesario destacar el esfuerzo que los Gobernadores del

archipiélago pusieron en el empeño, a pesar de las carencias económicas y del total aislamiento en que se encontraba el archipiélago a lo largo de toda la etapa.

Hubiese permanecido el idioma si se hubiese fomentado tanto en las escuelas como en la vida pública como sucedió, por ejemplo, con el inglés, lengua que la mayoría de la población conocía dados sus tratos con los buques balleneros ingleses, y luego americanos, que recalaban en las costas marianas y con los que comerciaban los isleños. El conocimiento de esta lengua fue, en definitiva, una necesidad.

Sin embargo, un resultado claro ha sido la incorporación de muchísimas palabras españolas al idioma chamorro, como han estudiado Paloma Albalá y Rafael Rodríguez Ponga, tema al que ha dedicado este último su tesis doctoral¹⁰⁶; además, tampoco hay que olvidar que los primeros diccionarios y gramáticas sobre esta lengua fueron redactados por españoles.

Por lo que se refiere a los fondos de la Obra Pía de San Juan de Letrán radicada en Manila, cuando los alemanes compraron las islas Marianas, salvo Guam, reclamaron al Gobierno español los fondos de la misma, que ascendían a 40.000 pesos mexicanos¹⁰⁷.

Lo cierto es que a pesar de la correspondencia cruzada entre el ministerio de Guerra, el de Estado y la Comisión Liquidadora de las Capitanías Generales y Subinspección de Ultramar a lo largo de los meses de julio a septiembre de 1902, al final no llegó a entregarse este dinero a los alemanes, cuya embajada en Madrid, a través del Ministerio de Estado, solicitó la entrega del mismo, llegado a España por la Comisión Liquidadora del Ejército constituída en Manila al capitular la plaza, dado que

San Juan de Letrán tenía por objeto el provecho de los indígenas chamorros.

NOTAS

1. Ward BARRET (Ed.): Mission in the Marianas. An Account of the Father Diego Luis de Sanvitores and His Companions, 1669-1670, University of Minnesota, 1975, p. 5.
2. Maritza R. DEL PRIORE: Education on Guam during the Spanish Administration from 1668 to 1899, Tesis Doctoral, Faculty of the School of Education, University of Southern California, mayo 1986, pp. 12 y ss.
3. Robert F. ROGERS: Destinity's Landfall. A History of Guam, University of Hawai'i Press, Honolulu, 1995, pp. 50.
4. Robert F. ROGERS, op. cit., p. 53.
5. Ward BARRETT (Ed.), op. cit., p. 6.
6. R. ROGERS, op. cit., p. 27.
7. Maritza R. DEL PRIORE, op.cit., p. 29.
8. PHILIPPINE NATIONAL ARCHIVES/UNPROCESED BUNDLES (PNA/UB), n° 23-24-25: Nicolás de SAAVEDRA: Noticias interesantes sobre las islas Marianas, PNA, Manila, Sección de Gobierno, Marianas, Carpeta 4, n° 8. Este documento ha sido transcrito y publicado por Marjorie G. DRIVERS: Noticias interesantes sobre las islas Marianas. Nicolás de Saavedra, MARC, University of Guam, 1991, p. 11.
9. Luis de IBÁÑEZ Y GARCÍA: Historia de las islas Marianas, Carolinas y Palaos, Granada, Paulino V. Sabatel, 1886, p. 33.
10. Francis X. HEZEL. S.J.: From Conquest to Colonization: Spain in the Mariana Islands, 1690 to 1740, Division of Historic Preservation, Saipan, M.P., 1989, pp. 20.
11. Francis X. HEZEL, op. cit., pp. 20-21.
12. Citado por M. DEL PRIORE, op. cit., p. 34, del ARCHIVO HISTÓRICO DE LA PROVINCIA DE ARAGÓN (AHPA), 1898, p. 32.
13. Larry A. LAWCOCK: "Luckier than Ben Franklin. Guam's Schoolboys in 1727", en Guam Recorder, n° 7, 1977, pp. 12-18.
14. LAWCOCK, op. cit., p. 13.
15. M.R. DEL PRIORE, op. cit., p. 39.
16. R. ROGERS, op. cit., p. 58.
17. M.R. DEL PRIORE, op. cit., p. 41.

18. LIBRARY OF CONGRESS OF WASHINGTON (LCW), Vol. 23, Item 97: Relación de los pueblos de indios en los que se establecieron escuelas, Agaña, 31 agosto 1822.

19. LCW, Vol. 2, Item 2 (typescript): Indice General de las Reales Cédulas comunicadas por la Real Audiencia y Superior Gobierno de Filipinas, n° 1.

20. LCW, Vol. 2, Item 2 (Typescript): Indice General de las R.C. comunicadas por la Real Audiencia y Superior Gobierno de Filipinas, n° 2 y 6.

21. LCW, Vol. 5, Item 4, Parte I: Gobierno Superior de Filipinas a Gobernador de Marianas, Manila, 25 agosto 1860.

22. Louis de FREYCINET: Voyage autour du monde ... executé sur les corvettes de S.M. L'Uranie et La Physicienne, pendant les annes 1817, 1818, 1819 y 1820, París, 1839, vol. II, p. 512.

23. ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL (AHN), Ultramar, Leg. 5854: Expediente formado a raíz de la R.O. de 14 de diciembre de 1828. Cartas y correspondencia de D. Alexandro Parreño, Madrid, 29 noviembre 1828.

Este documento ha sido transcrito y traducido al inglés por Marjorie G. DRIVER: A Report on the Mariana Islands. Alexandro Parreño, Madrid, 1828, University of Guam, MARC, MARC Working Papers n° 55, 1991, pp. 28-29.

24. ARCHIVO HISTÓRICO DE LA PROVINCIA DE ARAGON (AHPA), MARC, Vol. 5, pp. 149-152: Informe de D. Francisco de León Guerrero, Secretario de Gobierno de las islas Marianas, sobre el acuerdo de la Junta a propósito de la realización de los productos de San Juan de Letrán, Agaña, 15 febrero 1832.

25. AHPA, MARC, Vol. 5, pp. 153-154: Gobernador de Marianas, Francisco Villalobos, a Gobernador y Capitán General de las islas Filipinas, Agaña, 9 febrero 1833.

26. AHPA, MARC, Vol. 5, pp. 156-160: Carta de D. Juan Nepono al Gobernador y Capitán General de las islas Filipinas, Manila, 8 junio 1833.

27. AHPA, MARC, Vol. 5, pp. 160: Carta del Intendente al Gobernador y Capitán General de las islas Filipinas, Manila, 11 junio 1833.

28. LCW, Vol. 25, Item 105: Instrucciones para el buen orden de la Casa de Niños doctrinos llamados de San Juan de Letrán, en la ciudad de Agaña, capital de las islas Marianas, Agaña, 2 marzo 1836.

29. M.R. DEL PRIORE, op. cit., p. 57.

30. LCW, Vol. 26, Item 122: Instrucciones de gobierno al Gobernador José Casillas Salazar, Palacio de Manila, 1 agosto 1843.

31. PHILIPPINE NATIONAL ARCHIVES/UNPROCESED BUNDLES (PNA/UB), n° 5: Gobernador Político-Militar de Marianas, Pablo Pérez, a Gobernador General de Filipinas, Agaña, 5 noviembre 1850.

Ibidem: Expediente sobre el pago de maestros promovido por el Gobernador de Marianas y remitido a la Junta Superior Directiva de Filipinas, quedando aprobado en la fecha, Manila, 31 julio 1851.

32. AHPA, MARC, Vol. 5, pp. 163-164: Gobernador Político-Militar de Marianas, Gregorio Santa María, a Gobernador General de Filipinas, Agaña, 18 octubre 1842.

33. M.R. DEL PRIORE, op. cit., p. 60.

34. AHPA, MARC, Vol. 5, pp. 165-168: Gobernador Político-Militar de las islas Marianas a Gobernador y Capitán General de las islas Filipinas, Agaña, 10 octubre 1843.

35. AHPA, Ibidem, p. 166.

36. PNA, PNA 14, Expediente 8, Folios 1-13 (28170-E1): El Administrador de la Obra Pía de San Juan de Letrán hace presente a V.E. (el Gobernador General), la necesidad de remitir al Rector de Agaña la consignación asignada a aquel establecimiento, Manila, 31 agosto 1867.

37. AHPA, MARC, Vol. 5, pp. 169-173: Informe de Fr. Bernardo del Rosario, Rector de San Juan de Letrán, al Gobernador de Marianas, Agaña, 14 octubre 1843.

También en M. R. DEL PRIORE, op. cit., p. 64.

38. PNA, PNA 5, Exp. 21: Informe de Fray Manuel de la Encarnación sobre el expediente seguido para la extinción del Colegio de San Juan de Letrán, Agaña, 10 octubre 1843.

Hay un expediente de cartas de Fray Manuel de la Encarnación al Gobernador de las islas Marianas suplicando se resuelva la extinción del Colegio de Niños de Agaña en PNA: PNA 5: Exp. 21, Fol. 1-9, 2 octubre 1843.

De la misma fecha, 2 octubre 1843, hay una carta dirigida a Fray Manuel de la Encarnación para que informara sobre el estado de las escuelas, siendo el cura contrario al expediente seguido para la extinción del Colegio San Juan de Letrán; ver al respecto PNA, PNA 5, Exp. 21: Carta a Fray Manuel de la Encarnación, Agaña, 2 octubre 1843. La respuesta se halla en el mismo expediente, con fecha 10 octubre 1843.

Todos estos informes son prácticamente iguales, en contenido, al del Padre Bernardo del Rosario (ver nota anterior).

39. LCW, Vol. 13, Item 48: Gobernador Político-Militar de las islas Marianas, Gregorio Santa María a Gobernador General, San Ignacio de Agaña, 21 abril 1845.

40. M.R. DEL PRIORE, op. cit., p. 74: Gobernador de Marianas a Gobernador de Filipinas, 18 abril 1845 (PNA 5-1, Exp. 20, Fol. 1-23)

41. PNA, PNA 30, Exp. 2, Fol. 1-55b: Instrucciones al nuevo Rector del Colegio de Agaña, 24 septiembre 1846.

342. PNA, PNA 30, Exp. 2, Fol. 1-55b: Instrucciones al nuevo Rector del Colegio de Agaña, Manila, 24 septiembre 1846.

43. PNA/UB, n° 23: Nicolás de SAAVEDRA, op. cit., p. 11.

44. La copia del citado reglamento provisional puede consultarse en LCW, Vol. 5, Item 4, Parte II: Reglas provisionales para el régimen del Colegio de San Juan de Letrán de Agaña, a cuya observancia se sujetarán el Gobernador de las islas y el Rector del Colegio interim no se reciba resolución definitiva u otras órdenes del Excmo. Sr. Gobernador General de Filipinas, Vice-Patrono del Colegio.

45. LCW, Vol. 5, Item 4, Parte II: Gobierno Superior Civil de las islas Filipinas a Gobernador Político-Militar de las islas Marianas, Manila, 22 julio 1861.

46. Felipe DE LA CORTE Y RUANO: Memoria descriptiva e histórica de las islas Marianas, Madrid, Imprenta Nacional, 1875, pp. 130.

47. PNA, PNA 20, Exp. 10, Fol. 1-27 (36809-E1): Expediente sobre el presupuesto de gastos ordinarios y reproductivos del Colegio San Juan de Letrán en las Marianas, para el año que empieza de 1863, Agaña, 2 enero 1863.

48. LCW, Vol. 25, Item 106: Instrucciones particulares para la enseñanza de las Niñas en las Escuelas de estas islas, Agaña, 30 diciembre 1857.

49. LCW, Vol. 21, Item 94, Parte II: Circular del Gobernador Político Militar a los Gobernadorcillos de Agaña, Agat, Umata, Merizo e Inarajan, Agaña, 11 enero 1862.

50. LCW, Vol. 21, Item 94, Parte II: Gobernador Político Militar de las islas Marianas, Felipe de la Corte, a todos los Gobernadorcillos, Agaña, 13 marzo 1862.

Las escuelas a las que se ha hecho referencia son: escuela de niños de Santa Cruz a cargo de Ignacio Agnon; escuela de niñas de Agaña a cargo de Dolores de la Cruz; Escuela de Anigua a cargo de Mariano Materne; escuela de Asan de Nicolás Ternafe; de Tepungan, a cargo de Paulino Manibusan; de Agat, a cargo de Mariano Taitano; de Sumay, a cargo de Ignacio de la Cruz; de Umata, a cargo de Lorenzo Sánchez; de Merizo, a cargo de Pedro de la Cruz, y de Inarajan, a cargo de José Meno.

51. LCW, Vol. 4, Item 4, Parte II: Gobierno Superior Civil de las islas Filipinas. Circular General dada por el Gobernador General Rafael Echaquë, Manila, 15 septiembre 1863.

52. LCW, Vol. 4, Item 4, Parte II: Presupuesto de los gastos ordinarios del Colegio San Juan de Letrán para el año que empieza de 1863, Agaña, 2 enero 1863.

53. LCW, Vol. 4, Item 4, Parte II: Gobierno Superior Civil de Filipinas a Gobernador Político-Militar de Marianas, Manila, 23 julio 1863.
54. PNA/UB, n° 5: Gobernador Político-Militar de Marianas a Gobernador General de Filipinas, Agaña, 22 de agosto 1895.
55. LCW, Vol. 94, Parte II: Gobernador Político-Militar de las islas Marianas al Gobernadorcillo de la ciudad, Agaña, 28 junio 1858.
56. LCW, Vol. 20, Item 94, Parte I: Gobernador Político-Militar a Gobernadorcillo de la ciudad, Agaña, 19 octubre 1857.
57. PNA/UB, n° 5: Expediente promovido por el Gobernador de Marianas sobre la contribución de los padres al pago del maestro, Agaña, 1851.
58. LCW, Vol. 20, Item 94, Parte I: Gobernador Político-Militar a Gobernadorcillo de la ciudad, Agaña, 3 noviembre 1857.
59. Rowland Hill HARVEY: The history of the Mariana Islands: a thesis, Tesis Doctoral inédita, University of Southern California, 1920, p. 54.
60. Felipe DE LA CORTE Y RUANO, op. cit., p. 475.
61. PNA, PNA 20, Exp. 32, Fol. 5-8b (36831-E1): Expediente sobre el programa de materias sobre las que debe versar el examen de los alumnos de la escuela del Real Colegio de San Juan de Letrán, Agaña, 15 diciembre 1870.
62. PNA, PNA 20, Exp. 33, Fol. 1 (36832-E1): Expediente sobre la relación del número de niños que han asistido a la escuela del Real Colegio de San Juan de Letrán, Agaña, 31 enero 1871.
63. PNA, PNA 20, Exp. 34, Fol. 1 (36833-E1): Expediente sobre la relación del número de niños que han asistido a la escuela del Real Colegio de San Juan de Letrán, Agaña, 5 febrero 1871.
64. PNA/UB, n° 6: Relación detallada del n° de niños y niñas que han asistido a las escuelas de estas islas en el presente mes, formada en vista de los datos que han remitido a este Gobierno, inspección provincial de Instrucción Primaria, los respectivos maestros, Agaña, agosto 1871.
65. PNA, PNA 20, Exp. 71, Fol. 1-10b (36870-E1): Administración de la Obra Pía de Agaña al Gobernador General, Manila, 28 febrero 1883.
66. Por ejemplo, hasta 1883 el Gobernador General no aprobó las cuentas remitidas por los Gobernadores de Marianas D. Eduardo Beaumont, rendidas entre 1873-1874, D. Manuel Bravo, entre 1875-1880, y D. Federico Brochero, hasta 1881. Ver, al respecto, PNA, PNA 20, Exp. 72, Fol. 1-2 (36871-E1): El Gobernador General

aprobando las cuentas presentadas por la Administración de la Obra Pía de Agaña, Manila, 20 abril 1883.

67. LCW, Vol. 22, Item 95: Gobernador Político-Militar de las islas Marianas a Luis de Torres, primer maestro del Colegio San Juan de Letrán, Agaña, 25 agosto 1879.

68. PNA, PNA 25, Exp. 8, Fol. 1-54 (23960-E1): Expediente relativo al bando general de policía urbana y rural dictado para las islas Marianas por el Gobernador de aquellas islas, Olive, Agaña, 1 septiembre 1886.

69. PNA, PNA 8, Exp. 15, Fol. 1-44, febrero 1885.

70. PNA/UB, n° 6: Dirección General de la Administración civil en Filipinas: expediente sobre la creación de una escuela de niños en el pueblo de Tinian, Manila, 5 octubre 1887.

71. PNA/UB, n° 6: Expediente sobre la creación de una Escuela de niños en el pueblo de Tinian, 5 octubre 1887.

72. LCW, Vol. 23, Item 96: Gobernador Político-Militar a Dirección General de la Administración Civil de Filipinas, Agaña, 11 noviembre 1886.

73. Luis de IBÁÑEZ Y GARCÍA, op. cit., pp. 99-101.

74. LCW, Vol. 20, Item 94, Parte I: Gobernador Político-Militar a Gobernadorcillo de la ciudad, Agaña, 10 octubre 1878.

75. LCW, Vol. 16, Item 74: Gobernadorcillo de Agaña y sus Principales a Gobernador Político-Militar, Agaña, 2 abril 1879.

76. LCW, Vol. 23, Item 96: Gobernador Político-Militar de Marianas a Gobernador General de Filipinas, Agaña, 11 enero 1885.

77. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 8: Ampliación del informe dado al Gobernador General de Filipinas en 21 de mayo de 1885 para cumplimentar la circular de dicho Superior Centro, fecha 6 de abril del mismo año, recibida el 19 de junio siguiente, por Francisco Olive y García, Agaña, 21 agosto 1885, pp. 27 y ss.

78. Francisco CHACÓN LARA: Memoria, proyecto y estatutos de colonización de las islas españolas Marianas, Carolinas y Palaos, Sevilla, 1885, pp. 3.

79. Francisco OLIVE Y GARCÍA: Islas Marianas. Ligeros apuntes acerca de las mismas, porvenir a que pueden y deben aspirar, y ayuda que ha de prestar la administración para conseguirlo, Manila, 1887, pp. 79-83.

Este libro ha sido comentado y traducido al inglés por Marjorie G. DRIVER (trad.): The Mariana Islands, 1884-1887. Random Notes of Governor Francisco Olive y García, University of Guam, MARC, Publication n° 10, 1987.

80. Francisco OLIVE Y GARCÍA, op. cit., apéndice n° 9.
81. Ibídem, apéndice n° 8.
82. LCW, Vol. 23, Item 96: Oficio del Gobernador de Marianas dirigido a la Administración Civil de Filipinas, 11 febrero 1888
83. LCW, Vol. 23, Item 96: Gobernador Político-Militar de Marianas a Gobernador General de Filipinas, Agaña, 20 julio 1888.
84. LCW, Vol. 22, Item 95: Gobernador Político-Militar de las islas Marianas, Enrique Solano, a Luis de Torres, maestro primero de la ciudad, Agaña, 17 octubre 1889.
85. PNA, PNA 8, Exp. 51: Gobernador Político-Militar de Marianas, Enrique Solano, a Gobernador General, Agaña, 14 agosto 1889.
86. PNA/UB, n° 5: Gobernador Político-Militar de Marianas a Gobernador General de Filipinas, Agaña, 22 agosto 1895.
87. LCW, Vol. 25, Item 111: Carta de Crisógeno Ortiz, Inspector de la escuela de Merizo, a Gobernador Político-Militar, Merizo, 3 agosto 1895.
88. PNA, PNA 32, Exp. 246, Fol. 1 (52466-E1): Relación del n° de niños que han asistido a la escuela en enero, por el Gobernador Enrique Solano, Agaña, 31 enero 1890, e Ibídem, Exp. 260 (52480-E1): Relación del número de niños que han asistido a la escuela en abril, por el Gobernador Vara del Rey, Agaña, 6 mayo 1891.
89. Estos expedientes forman parte del PNA 32, con los siguientes números: Exp. 248, 28 febrero 1890; Exp. 249, 31 marzo 1890; Exp. 250, 30 abril 1890; Exp. 251, 31 mayo 1890; Exp. 252, 30 junio 1890; Exp. 254, 1 noviembre 1890; Exp. 256, 1 febrero 1891; Exp. 257, 5 marzo 1891; Exp. 262 15 junio 1891; y Exp. 264, 31 julio 1891.
90. PNA, PNA 20, Exp. 151: El Gobernador Político-Militar de Marianas encareciendo al Excmo. Sr. Director General de la Administración Civil de Filipinas la aprobación del adjunto presupuesto para maestros y maestras de los pueblos de las islas Marianas, Agaña, 21 diciembre 1892.
Estas mismas cantidades son las que se presupuestan en 1891; ver LCW, Vol. 23, Item 96: Cantidades que se presupuestan para 1891, salvo Agaña, para el pago de maestros y maestras, Agaña, 22 octubre 1890.
91. PNA/UB, n° 6: Demostración que forma el Director Emilio Galisteo de la existencia en metálico que quedó en 30 de junio de 1893 y de los ingresos y pagos habidos en los meses sucesivos hasta el 31 de octubre del citado año, Agaña, 1 noviembre 1893.
92. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 9: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Joaquín Vara del Rey, Agaña, 30 diciembre 1890, pp. 24 y ss.

93. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 3ª, n° 3: Copia de la Memoria de las islas Marianas, por Luis Santos, Agaña, 31 diciembre 1891, p. 9.

94. SHM, Sección Africa y Ultramar: Filipinas, leg. 86: Proyecto de reformas de Gobierno General de las islas Marianas y Carolinas, por el capitán de Fragata Luis CADARSO Y REY, Agaña, 7 julio 1894 (31 pp.)

95. PNA/UB, n° 6: Relación de los efectos de instrucción vendido al público durante el segundo semestre de 1894, según datos del Gobernador Emilio Galisteo, Agaña, 31 diciembre 1894.

96. PNA, PNA 14, Exp. 255, Fol. 1-11 (28417-E1): La Dirección General de la Administración Civil de las islas Filipinas remitiendo al Gobernador Político Militar de Carolinas Occidentales doce decretos para el régimen de la Instrucción Primaria en las escuelas de las islas, Manila, 3 enero 1898.

97. PNA, PNA 20, Exp. 4, Fol. 1-3b (36803-E1): El Gobierno Político-Militar de las islas Marianas disponiendo que José Herrera, Secretario de este Gobierno, sustituya al Padre Aniceto Ibáñez del Carmen, Manila, 1 julio 1861.

98. LCW, Vol. 4, Item 4, Parte I: Gobierno Superior Civil de las islas Filipinas a Gobernador Político Militar de las islas Marianas, Manila, 4 febrero 1861.

99. LCW, Vol. 5, Item 4, Parte II: Gobierno Superior de las islas Filipinas a Gobernador Político-Militar de las islas Marianas autorizando la impresión de la obra "El Verdadero Cristiano" en español y en chamorro, Manila, 27 julio 1863.

También puede consultarse sobre el mismo asunto PNA, PNA 21, Exp. 17, Fol. 1-10: Expediente sobre la impresión de un diccionario, un catecismo y una gramática en idioma chamorro, escritos por Aniceto Ibáñez, Manila, enero-febrero 1865.

100. LCW, Vol. 20, Item 94, Parte I: Circular a los Gobernadorcillos dada por el Gobernador Felipe de la Corte, Agaña, 18 marzo 1864.

101. LCW, Vol. 23, Item 96: Gobernador de Marianas a la Dirección General de la Administración Civil de Filipinas, 4 agosto 1884. En el mismo, el Gobernador informa de que hará todo lo posible para que se difunda el castellano.

102. PNA/UB, n° 9: Expediente sobre el maestro Luis Torres y Díaz, agosto 1895.

103. PNA/UB, n° 6: Estado demostrativo por pueblos del número de escuelas que tienen las islas Marianas, por el Gobernador Manuel Bravo, 12 abril 1876.

104. PNA/UB: Informe del Gobernador de Marianas, Francisco Moscoso, Agaña, 10 diciembre 1870.

105. PNA, PNA 20, Exp. 60, Fol. 7-12b (36859-E1): Gobierno Superior de Filipinas a la Administración de la Obra Pía de Agaña, Manila, 15 julio 1876.

106. Paloma ALBALA y Rafael RODRIGUEZ PONGA: Relaciones de España con las islas Marianas: la lengua chamorra, Madrid, Fundación Juan March, 1986.

107. SHM, Sección de Ultramar, Filipinas, leg 1: Ministro de Guerra a Ministro de Estado, Madrid, 17 septiembre 1902.

CAPÍTULO XII

EL SISTEMA PENITENCIARIO: PRESOS Y DEPORTADOS EN MARIANAS

A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX se adoptaron en España, tanto por autoridades oficiales como por algunas instituciones, iniciativas tendentes a hacer de las islas Marianas una colonia penitenciaria española. Estas iniciativas fueron de dos tipos:

- las tomadas por las autoridades de las islas haciendo llegar presidiarios procedentes de Filipinas;
- y las tomadas por instituciones y autoridades peninsulares para enviar al archipiélago oceánico condenados procedentes de la Península.

En ambos casos, se llegó al establecimiento y trabajo de presidiarios y deportados en las islas Marianas durante un cierto tiempo, pero carente de continuidad y de planificación, lo que supuso que el proyecto de colonia penitenciaria de las Marianas no llegara a prosperar.

Proyectos de desarrollo del archipiélago: iniciativas desde Ultramar

Algunos de los proyectos de desarrollo de las islas Marianas, con el aumento de la población y de la riqueza de la tierra, se orientaron en la segunda mitad del siglo XIX:

- o bien a fomentar la llegada de presidiarios, que desde hacía tiempo se destinaban al archipiélago en número de sesenta a ochenta procedentes de Filipinas (el presidio de Marianas se fundó a finales del siglo XVIII);

- o bien hacer de las Marianas una colonia penitenciaria, al igual que hicieron los ingleses en Botany-Bay (Australia), enviando allí a un número considerable de deportados.

Ambos casos partían de premisas diferentes aunque el objetivo era el mismo, esto es, estimular el desarrollo, en sentido amplio, del archipiélago, objeto de todas las medidas políticas, económicas y sociales del siglo XIX tomadas en relación con las islas Marianas. Pero el debate sobre el empleo de trabajo convicto o de deportación será amplio, no poniéndose de acuerdo, en la mayoría de los casos, las autoridades peninsulares, filipinas y marianas.

El empleo del trabajo convicto implicaba destinar el pequeño número de presidiarios, siempre filipinos o micronesios, al trabajo de la tierra o a la construcción; la colonización penitenciaria pretendía fomentar la llegada de deportados, en este caso europeos, que serían libres en las islas, siendo la repoblación la finalidad inmediata.

Este último caso no prosperó aunque hubo intentos tales como la promulgación de la Real Orden de 3 de septiembre de 1857 que con motivo de haber destinado a las islas Marianas varios deportados políticos, recomendaba promover la creación de un establecimiento penal para confinados de aquellas clases, que no debiendo pasar a los de la Península ni a los de Africa¹, podían ser perjudiciales en las Antillas y en Filipinas; el objeto último sería avanzar la colonización de aquellas islas².

Haciéndose eco de esta disposición, el Capitán General de Filipinas se mostró favorable al envío de los deportados, pasando el expediente al Superior Gobierno de Filipinas para la creación

de un establecimiento permanente.

Desde aquí se pidió un informe a la Intendencia, y ésta a la Contaduría General, quien propuso que se oyese al Gobernador de Marianas sobre si convendría llevar a cabo aquel pensamiento y si con él se conseguiría el adelanto de su colonización.

La Intendencia se adhirió a este dictamen, así como el Superior Gobierno, y por decreto de 17 de abril de 1858 mandó que el Gobernador de Marianas informase según proponía el Intendente.

Se cumplimentó este decreto por el Gobierno de Marianas en 23 de junio de 1858, durante el mando de Felipe de la Corte (1855-1866), manifestando que la idea de fundar en Marianas un establecimiento penal para deportados políticos, lejos de contribuir a los fines que el Gobierno se proponía, sería perjudicial por lo fácil de la evasión de las islas de tales deportados, y porque procediendo éstos por lo común de gente inquieta y poco afecta al trabajo en su propio país, debía esperarse muy poco que se dedicasen a él en un lugar donde el clima hacía que el europeo más robusto no pudiera soportarlo.

Despachado así el expediente, pasó al Asesor del Gobernador General y al Fiscal, quien dio su dictamen en 28 de enero de 1859, fundado en consideraciones sobre la ventajosa situación de las Marianas y la conveniencia del pensamiento del Gobierno de S.M. en colonizarlas a la manera que hicieron los ingleses en Nueva Holanda, haciendo del establecimiento penal un mero accidente de aquella colonización; el establecimiento estaba mandado y debía llevarse a efecto y proponerse los medios y costo de ello.

Sin embargo, hasta el 5 de septiembre de 1860 no pasó este expediente al voto consultivo del Real Acuerdo, siguiendo otro dictamen de su Fiscal de 28 de septiembre de 1861 muy similar al anterior, añadiendo por su parte causarle extrañeza que el Gobernador de Marianas, que repetidamente había expuesto faltar solo brazos a la prosperidad de las islas, rechazase éstos que ahora se le ofrecían.

Antes de emitirse este segundo dictamen de 1861, los deportados políticos a que se refería la Real Orden de 3 de septiembre de 1857 estaban ya indultados; además, se había expedido otro Real Decreto de 20 de junio de 1861 en el que ya no se trataba de la creación de un establecimiento para confinados, sino de la creación de un Presidio en las islas Marianas.

Por este decreto, el Superior Gobierno hizo de ambos asuntos, esto es, la creación de un establecimiento o bien para confinados o bien para presidiarios, uno solo, y al efecto creó el 23 de octubre de 1861 una Comisión compuesta por el Sargento Mayor y Jefe de la Galera de Manila, y por el Abogado Fiscal de Marina, para que propusiesen un proyecto de reglamento sobre esta cuestión.

Tras largos debates, en los que participaron las Subdelegaciones de Medicina y Farmacia de las islas Filipinas, y el Arquitecto del Superior Gobierno, lo único que se aprobó fue el decreto de 13 de abril de 1863 según el cual, y en la parte referente al presidio, se fijaba en doscientos el número de penados que debían destinarse al establecimiento.

Dada la dificultad de poner en marcha al menos lo referente al establecimiento de una colonia de deportación por diferentes

motivos tales como la falta de recursos monetarios, la dificultad de control de los deportados, la supuesta escasa afección al trabajo por parte de éstos, la situación climática y geográfica muy diferente a la de Australia, etc., por el momento la idea quedó en suspenso.

El propio Felipe de la Corte se mostraba opuesto a este tipo de establecimiento de deportación en general, y más particularmente política, porque lejos de contribuir al desarrollo de la agricultura y del comercio, crearía trabas perjudiciales a los mismos. No obstante, opinaba que el Gobierno podría, como ya había hecho en otras ocasiones, confinar a las islas a los reos que quisiera, dejando a la prudencia del Gobernador el concederles mayor o menor libertad y unos u otros medios o lugares de subsistencia, según el grado de confianza que le inspirasen y la calidad de los confinados.

Estos reos, si ofrecían confianza por sus principios de honor y de moralidad y fuesen víctimas solo de algún pasajero extravío, podrían vivir tranquilamente en la isla de Guam según sus recursos pecuniarios o personales, y producir buenos resultados, como así lo habían verificado algunos que habían residido en la isla con condenas de presidio y en completa libertad sin que de ello hubiesen abusado. Si por el contrario no inspiraran confianza, podrían ser destinados a otras islas como Rota y Tinian, donde era más fácil vigilarlos con completa seguridad y sin restricciones.

Estos confinados no podrían dar utilidad siendo europeos por ser incuestionable que en esos climas no soportarían las fatigas ni se hallarían satisfechos, y siendo muchos, habría riesgos de

disgustos y medidas serias y costosas, pues para custodiarlos sin vejación sería necesario fuerza europea. En caso de ser pocos los europeos y mayor número los filipinos, sería fácil que éstos trabajasen bajo la dirección de aquéllos.

Por todo ello, el Gobierno no debía hacer nada especial en Marianas para esta clase de confinados o penados, bastando simplemente que los remitiera eventualmente cuando lo estimara oportuno, como se había hecho hasta la fecha.

Respecto al establecimiento de un presidio, era muy conveniente su creación, o mejor dicho, la definitiva constitución del que ya había en Marianas desde tiempo atrás, elevando su número a los doscientos que se fijaban en el decreto de 13 de abril de 1863, o más si fuese posible, ya que ello no devengaría gastos elevados; lo que se intentaba, en realidad, ya estaba hecho y solo había que sancionarlo con carácter permanente.

Desde tiempo atrás, algunos Gobernadores habían solicitado la llegada de presidiarios filipinos, los cuales se habían destinado a las Marianas en más o menos número, hasta sesenta y ochenta, aplicándose el trabajo convicto con diferente suerte.

En los años 50, las únicas granjas que funcionaban en las islas eran las trabajadas por ex-convictos que permanecían en las islas tras cumplir su sentencia. Esto indujo al Gobernador Pablo Pérez (1848-1855) a solicitar de Manila el empleo de convictos en las tareas agrícolas³; en agosto de 1851 llegó a Guam un bergantín, el Clavelino, con sesenta y cinco filipinos a bordo, cuya pena de muerte había sido conmutada por estos trabajos, siendo asignados a diferentes granjeros, dieciocho de ellos, por ejemplo, al párroco de Agat.

Los convictos llegados eran personas de escasa fuerza física ya que la mayoría estaban enfermos y lo cierto es que poco podrían servir para los planes del Gobernador; dos de ellos habían fallecido durante la travesía.

A pesar de las precauciones que se tomaron para evitar incidentes tales como separar al conjunto, un grupo de convictos pretendió escapar, provocando un enfrentamiento con las fuerzas militares, lo cual convenció al Gobernador de la imposibilidad de aprovechar esta mano de obra, ordenando que todos los prisioneros regresaran a Filipinas.

Poco después, el Gobernador Felipe de la Corte, a pesar del fracaso de su antecesor, solicitó en 1856 nuevamente el envío de presidiarios filipinos a las islas Marianas para emplear el trabajo convicto en obras de interés público. Su idea era que se enviaran a Marianas dos compañías de ochenta presidiarios cada una, de clase desertores del Ejército, para que además del servicio militar se dedicaran a las obras públicas.

No habiéndose conseguido esto, se insistió de nuevo en la demanda de presidiarios hasta que por decreto de 6 de febrero de 1862 se le concedieron cien presidiarios, los cuales pasaron a encargarse de la construcción de vías y edificios del común de los pueblos en la parte en que ellos no lo hacían personalmente, abonándoles de los fondos municipal, además de ración, una pequeña gratificación por jornal de seis cuartos de peso a los peones y de diez cuartos a los de oficio, de los que la mitad eran para atender al mejoramiento de su vestuario y la otra parte para adquirir herramientas, máquinas y demás aplicable al mismo trabajo, haciéndolo así más productivo.

Por este medio, al cabo de algún tiempo el Presidio podría contar con un material para servicio de obras que podría adelantarlas bastante⁴, aunque para ello haría falta una dirección facultativa.

Los fondos municipales con que se contaba para ello estaban reducidos a la exención pecuniaria del trabajo comunal, que consistía en veinte reales los obligados en la ciudad, esto es, los hombres de entre dieciséis y sesenta años, con pocas excepciones marcadas por ley. En el resto de los pueblos, habiéndose obligado voluntariamente por lo corto de su vecindario a trabajar para el común tres días a la semana en lugar de los cuarenta días al año a que estaban sujetos los de Agaña, según la ley general redimían sus doce días de cada mes por cuatro reales diarios; por contra, los de la ciudad reducían sus días a medio real, dando veinte reales por cuarenta días.

Dado el corto número de presidiarios enviados, no había sido preciso adoptar medida ninguna extraordinaria, proponiéndose tan solo alojarlos en un edificio del Estado que servía para escuela de niñas en Agaña, cuya reforma se presupuestó tan solo en 200 pesos.

Sin esta obra, habrían habitado los presidiarios en una parte del cuartel de la Compañía de Dotación que comunmente servía de alojamiento para presidiarios y cárcel pública, de modo que siendo el otro local destinado al Presidio mucho mayor y mejor ocupado que el anterior, no se ofrecería dificultad en alojar a doscientos presidiarios en los dos locales reunidos, si bien no podía decirse que estuviesen con la comodidad y seguridad que correspondería a un establecimiento permanente; pero éste debería

correr la suerte de la resolución que el Gobierno adoptara sobre Marianas, de modo que si se decidiese la colonización, estos mismos presidiarios habrían de construir los edificios públicos y entre ellos su alojamiento definitivo o nuevo presidio en el lugar que fuera mejor, o si se condenaba a Marianas a perpetua nulidad, podría ensancharse el actual presidio, pasándose entre tanto con el que había en la fecha, donde, como queda dicho, podrían guardarse las doscientas plazas.

Si desde 1856, cuando Felipe de la Corte comenzó a pedir estos presidiarios, se le hubiesen facilitado, quizá sin gasto alguno al Erario, tendría en la fecha trasladada la capital al puerto de Apra, y contándose con doscientos hombres, podía hacerse mucho teniendo a alguien que los dirigiera.

Debía, por lo tanto, acordarse la constitución definitiva de un presidio en Marianas con doscientas plazas de Filipinas, y dotarlo de los pequeños elementos que le faltaban y que habían sido propuestos por el Gobernador el 2 de septiembre de 1862 al llegar los primeros de los cien presidiarios.

En cuanto al reglamento, no se necesitaba más que el que regía en Filipinas, y recomendar al Gobernador que los dedicara a la realización del plan que se adoptara para las islas Marianas, y que de todos modos debía contener como base de todos los supuestos la traslación al puerto de Apra de la capital, de manera que si se remtiesen desde luego hasta el completo de doscientos presidiarios, deberían dedicarse como en esos momentos a las obras públicas de la Provincia, abonándoles de sus fondos una pequeña gratificación por jornal.

Con el número que había de presidiarios, se atendía a entre-

tenimiento de vías y edificios del común de los pueblos, como se ha dicho, y desde que estaban allí se habían mejorado radicalmente algunos y podría hacerse mucho a medida que hubiese más operarios de oficio y tuviesen mejores herramientas, pudiendo contarse una mitad de los doscientos constantemente libres para obras nuevas que deberían emprenderse, comenzando por un malecón o calzada desde la orilla izquierda del río de la Aguada al castillo de Santa Cruz por la Caldera Chica, y otra a través hacia la isla de Cabras, trazando detrás de ésta una plaza donde poder edificar una nueva Casa de Gobierno, y antes reformar el fuerte de Santa Cruz para cuartel y presidio, con lo que en tres o cuatro años, sin más que estos recursos y la asignación de 200 pesos anuales para entretenimiento de edificios, se trasladaría el Gobierno, la tropa y el presidio al puerto de Apra y seguiría después la Hacienda, arrastrando seguramente a la mayoría de vecinos.

No obstante, consideraba que una de las cosas que debía suprimirse era el sistema de racionar con arroz el Presidio, porque siendo ese artículo escaso en Marianas y costoso su transporte, resultaba un gravamen inútil puesto que el maíz abundaba y costaba la mitad y era un alimento mejor que el arroz.

El racionado de un hombre con arroz no podía costar menos de 2 pesos al mes en Marianas, mientras que con el maíz o raíces no llegaría comunmente a la mitad, estando también sujeto por el primer sistema a las eventualidades de la navegación.

Todo lo que convenía sobre este establecimiento penal era, en resumen:

1°. Constituir definitivamente en Marianas un Presidio de

filipinos de doscientas plazas permanentes.

2°. Remitir desde luego los que faltasen para aquel número y que se alojaran en el local y parte del cuartel que ocupaban antes.

3°. Que se rigiesen por el mismo reglamento de Filipinas.

4°. Que consiguiente a esto se hiciesen las asignaciones siguientes en el presupuesto de las islas:

- Por la gratificación del Comandante para gastos de escritorio, 8 pesos al mes	96 pesos
- Por sueldo del primer caporal que a la vez debía ser Alcaide de la cárcel, sin sueldo por gozarlo como Alcaide de los fondos de la Provincia	96 pesos
- Por sueldo del segundo caporal con obligación de conducir los presidiarios y dirigirlos en los trabajos fuera del establecimiento, 8 pesos al mes	96 pesos
- Por gratificación de un portero, 2 pesos al mes	24 pesos
- Por gratificación de un Escribiente, 3 pesos al mes	36 pesos
- Por el haber de 200 confinados, a 1/2 real diario	4.562,50 "
- Por sus raciones a 1 peso al mes uno	2.400 pesos
- Por su vestuario, 5 pesos plaza	1.000 pesos
- Por utensilios	200 pesos
- Por prisiones e imprevistos	85,50 "
<u>TOTAL</u>	<u>8.500 pesos</u>

5°. Que estos presidiarios se aplicasen a los trabajos públicos de la Provincia, acreditándoseles diez cuartos a los cabos y operarios de oficio, y seis a los peones por jornal laborario, aplicable la mitad a un beneficio personal de ropa,

rancho, etc., como lo dispusiera el Gobernador, y la otra mitad a la adquisición de herramientas y demás material del servicio para las mismas obras.

6°. Que el resto que no pudiese emplearse en dichas obras públicas provinciales, que sería más de la mitad de la fuerza, se destinase a las obras del Estado, en la reparación de los edificios existentes y nuevas edificaciones, que habrían de comenzar por la reforma del fuerte de Santa Cruz para que se convirties en un reducto sobre bóvedas destinadas a alojamiento del Presidio, y un cuartel a su espalda para dos compañías, cerrando la gola de la batería baja, que habría de rodear al castillo.

7°. Que entre las obras provinciales se contara una vía o calzada de comunicación desde la orilla izquierda del río de la Aguada al castillo de Santa Cruz, con un puente sobre el canal al este de dicho castillo. Asimismo, habría de construirse por cuenta de los mismos fondos provinciales otra calzada transversal al este de la orilla del fondeadero de la Caldera Chica en dirección a la isla de Cabras, y terraplenarse a la espalda de esta calzada una plaza para situar en ella en su frente del este la casa de Gobierno, aprovechando para ello las cubiertas de la de Agaña, habitando entre tanto el Gobernador los almacenes de artillería, cuyos efectos pasarían interinamente al edificio que desocupase el presidio al ir a Santa Cruz.

Todo ello supondría el establecimiento de la capital de la provincia en el puerto de Apra, reorganizándose el archipiélago a partir de la inmigración carolina y china; bajo este punto de vista, el Presidio sería un establecimiento penal de gran

importancia para las islas Marianas, expresando el Gobernador su deseo de que realmente se llegara a su creación ya que tampoco costaría tanto dinero.

Se trataba, en definitiva, de incrementar la llegada de prisioneros, rehabilitar el presidio y hacer de ellos mano de obra disponible, aunque el plan del Gobernador solamente se llevó a cabo en parte.

A lo largo del tiempo, y en cualquier caso, el Presidio de Marianas parecía que fuera destinado a Obras Públicas⁵ ya que en los años 80 se dedicaba a todas las que se presentaban, fueran del Estado o de particulares, proporcionando confinados a jornal, incluso para labores del campo, y al mismo tiempo explotaba algunos terrenos concedidos al Penal, entre ello el conocido por "La Ciénaga", al este e inmediato a Agaña, donde hizo el Presidio obras de bastante importancia.

En realidad, no podía decirse que no había prestado servicio el Presidio de Marianas, donde la holgazanería era proverbial, escribe Olive⁶, pero también era cierto que había dado el mayor contingente a la criminalidad, como era de esperar de presidarios que tenían un corral de pesca en Pago, siembras de maíz en "La Ciénaga", salinas en San Antonio, el ganado de Tamuni, etc., en cuyos puntos distantes hasta dos leguas, Pago, tenía que haber gente que trabajara y vigilara a cargo de "bastoneros", que a veces eran los primeros en dar mal ejemplo. La mayoría tenían mujeres más o menos propias e hijos, por lo que al cumplir se casaban y se radicaban en el país, dedicándose los más trabajadores y más inteligentes a las labores del campo, y otros a diferentes oficios.

En estos años, y con arreglo al nuevo Código Penal vigente, al Presidio de Marianas eran confinados los de cadena perpetua, que habían de trabajar en obras del Estado sin salir del recinto del Establecimiento.

Olive proponía que los terrenos que usufructuaba el Presidio debían volver al Estado, excepto "La Ciénaga" ya que era como la legua comunal de Agaña pues en ella sembraban los vecinos sune y maíz en época de seca y echaban a pastar sus ganados y, por consiguiente, debía volver a utilizarse como antes de su cesión al Presidio. Sería de gran conveniencia que el Comandante y Ayudante, aunque militares, tuvieran algunos conocimientos en la especialidad de los trabajos a los que se dedicara el Presidio.

Realizaciones concretas: presos políticos

Desde Filipinas, pues, y como queda señalado, fueron enviados en sucesivas ocasiones presos a las islas Marianas, casi siempre reos de delitos comunes aunque en otros casos también se emplearon las islas como lugar de confinamiento de prisioneros políticos que habían participado en alguna de las agitaciones filipinas.

Tras la sedición del 21 de enero de 1843 en Manila, fueron enviados a las islas Marianas, para cumplir condenas de diez años, el sargento segundo José Santiago, el cabo primero Agatón Celis, y los soldados Bernanrdino Carrión y Pedro Alcántara; el sargento segundo, Juan Pragedes, fue condenado a dos meses⁷.

Años más tarde, y después de la sublevación indígena e independentista de Cavite de 20 de enero de 1872, siendo Rafael Izquierdo el Capitán General, los individuos que componían la

Junta que pretendía instaurar un Gobierno provisional, los curas Burgos (Presidente), Gómez, Zamora y Guevara, y los abogados Regidor, Pardo, Serra y Sánchez, fueron hechos prisioneros y juzgados, siendo condenados los tres primeros a la pena capital y los restantes trasladados a las islas Marianas para cumplir condenas que oscilaban entre seis y ocho años⁸.

La lista de los individuos sentenciados a presidio por el Consejo de Guerra celebrado en la Plaza de Manila el día 8 de marzo de 1872 y cuyo destino fue las islas Marianas, es la siguiente⁹:

Clases	Nombre	Condenas
Abogado	José Basa	Diez años
Id.	Antonio M ^a Regidor	ocho años
Comerciante	Balvino Mauricio	id.
Id.	Ramón Murente	id.
Id.	Máximo Paterno	id.
Id.	José M ^a Baza	id.
Presbítero	José M ^a Guevara	id.
Id.	Agustín Mendoza	id.
Id.	Feliciano Gómez	id.
Id.	Pedro Dandan	id.
Id.	Anacleto Desiderio	id.
Id.	Miguel Lasa	id.
Id.	Toribio del Pilar	seis años
Id.	Justo Guason	id.
Id.	Vicente del Rosario	dos años
Id.	Mariano Sevilla	id.
Abogado	Pedro Carrillo	seis años
Id.	Bartolomé Serra	id.
Id.	Gervasio Sánchez	id.
Id.	José Mauricio de León	id.
Id.	Joaquín Pardo	id.
Comerciante	José M ^a Baza	id.

La orden de indulto para dichos penados fue expedida por el Ministerio de Guerra en 26 de diciembre de 1873, con la condición de que los interesados no pudiesen volver a las islas Filipinas, tras las insistentes gestiones de Rafael M^a de Labra y de Manuel

Regidor, abogado y representante, respectivamente, de Antonio Regidor; en marzo de 1874, dicha orden aún no se había comunicado al Gobernador de Marianas, dada la carencia de comunicaciones ya que el único buque disponible que tenía la Marina para estas comisiones se hallaba activamente empleado en las apremiantes atenciones de Joló¹⁰.

Antonio Regidor y Balvino Mauricio, que habían participado pues en los sucesos de 1872, estando reclusos en las islas Marianas presos en el Tribunal, lograron fugarse la noche del 30 de marzo de 1874¹¹ a bordo del barco americano Scotland¹².

Además, el hecho de tener en Marianas un establecimiento de presidiarios, con la escasa fuerza militar de la que disponía el Gobernador, hacía que en ocasiones hubiese problemas con el comportamiento de los presos.

El 18 diciembre de 1896 fondeó en el puerto de San Luis de Apra el vapor correo Saturnus, desembarcaron ciento noventa y ocho confinados procedentes del Batallón Disciplinario, esto es, presidiarios disciplinarios de los sublevados en Mindanao. Fueron alojados en un local de la capital provisionalmente, estando vigilados con el fin de evitar cualquier intentona pues confidencialmente se sabía que a bordo del Saturnus se les había oído decir que si bien estaban sufriendo entonces, al desembarcar en Marianas cambiaría su suerte porque los chamorros tenían gran temor a los presidiarios tagalos y ellos escapándose podrían, merced a ese temor, hacerse dueños de la isla¹³.

Entre los confinados, llegaron tres que ya habían estado antes en el penal de Marianas, los cuales inducían a los demás diciéndoles lo que antes se consigna y les explicaban las

circunstancias de la isla, haciéndoles ver la facilidad de conseguir hacerse dueños de ella una vez desarmasen y matasen a los pocos artilleros movilizados de la guarnición chamorra, que era exigua y cobarde, con sus armas matarían a los españoles peninsulares que constituían la colonia.

Estas proposiciones fueron comunicadas por el capitán del barco a las autoridades españolas, siendo oídas también en la misma tarde del 19 por dos artilleros chamorros que hablaban tagalo. De esta forma, no quedaba duda de las intenciones que albergaban los presidiarios; éstos estaban encerrados en la enfermería, camarín sin condición alguna de seguridad, frágiles puertas, una porción de ventanas con ligeras rejas de madera y techo de teja vana con unos orificios a modo de claraboyas para la ventilación.

Poco después, la segunda noche de prisión, el día 19 a las 8 p.m. tuvo lugar el primer acto de rebelión, levantándose en grupo los confinados increpando a los centinelas y éstos hicieron fuego, dirigidos por el Gobernador, matando a uno e hiriendo a tres.

Finalizado este primer conato de rebelión, éste ordenó que se procediese por el Sargento Mayor interino de la Plaza a la formación de un procedimiento sumarísimo para aclaración de los hechos y pronto castigo de los culpables.

En la instrucción de dicho procedimiento transcurrió el día 20, y pasadas las once de la noche estalló el segundo movimiento de los confinados, que realmente llegó a poner en peligro la seguridad de la Provincia.

La circunstancia de estar el camarín enfermería en una especie

de patio o corral de la Casa Gobierno, rodeada de otras dependencias próximas, entre las cuales y el camarín solo existían estrechos callejones, haría más imponente el drama que en un espacio tan corto e irregular se desarrolló.

La gran masa de presidiarios hacía temblar las paredes del camarín; los artilleros chamorros hacían fuego en todos los sentidos y por las claraboyas del tejado empezaron a salir saltando a los tejados próximos; se habían desnudado para que las ropas claras no los delatasen en la oscuridad de la noche.

A las tres de la mañana los presidiarios no se movían, ningún lamento ni quejido pero sí muchas maldiciones en tagalo, al tiempo que los rebeldes, sin éxito, animaban a los chamorros a que se unieron a su causa para acabar con los peninsulares y hacerse dueños de la isla, pero éstos reaccionaron con gran lealtad hacia las autoridades españolas.

Contra los confinados se lanzó el resto de la Sección de Artillería, un total de cuarenta y dos hombres con las clases, pudiendo finalmente sofocar la rebelión. A la mañana siguiente, habían muerto ochenta de ellos, resultando heridos otros cuarenta y seis, de los cuales fallecieron al poco rato seis. El balance final arrojó un total de noventa y seis muertos y veintiocho heridos.

Continuó el juicio sumarísimo, formándose un Consejo de Guerra compuesto por el Gobernador como presidente y como únicos vocales un médico militar y el capitán de Puerto de Apra; por unanimidad condenaron a la pena de muerte a cuatro de los rebeldes, ejecutándose la sentencia a las seis de la mañana del día 22.

Explicaba después el Gobernador que los deportados que habían

llegado en el vapor Churruca no habían tomado parte alguna, ni directa ni indirecta, en los sucesos, estando completamente separados de los confinados y ocupándose de los trabajos públicos los que no estaban inútiles para ello.

Por último, los noventa y cinco confinados fueron embarcados en el correo Saturnus con destino a Manila¹⁴, adonde llegaron el 15 de marzo de 1897, hallándose sujetos al procedimiento que con tal motivo se seguía en Agaña, siendo el Juez Instructor el Primer Teniente de Infantería y Secretario del Gobierno Político-Militar D. Pedro Duarte Andújar.

A su llegada a Manila, de los noventa y cinco presos, dieciocho quedaron a bordo del Saturnus por encontrarse heridos, quedando dispuesto que los setenta y siete restantes pasasen al Penal de Cavite¹⁵.

Iniciativas desde la Península

En segundo lugar, fueron las iniciativas desde la Península para crear una colonia penitenciaria en las islas Marianas.

La idea se retoma en 1875, cuando la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas convocó un concurso ordinario cuyo tema era si convendría establecer en las islas del Golfo de Guinea o en las Marianas unas colonias penitenciarias como las inglesas en Botany Bay.

Se presentaron cinco memorias que reflejaron las opiniones encontradas al respecto como son, por un lado, la de Pedro Armengol y Cornet¹⁶, cuya respuesta fue negativa, preguntándose si "¿tiene la sociedad el derecho a condenar a muerte por el clima a quien creyó no podía ajusticiar?", y por otro, la de

Francisco Lastres y Ruiz¹⁷ quien, mostrándose partidario de tal propuesta, planteaba este tipo de colonización ya que "para dar vida a la agricultura, a la industria y al comercio, no hay otro medio que llevar a la isla penados de diferentes oficios, especialmente labradores, pues la emigración libre no propicia nunca hasta que conocidas las condiciones del nuevo país, se piensa que será fácil adquirir pingües ganancias¹⁸".

Dicha colonización no consistiría en enviar allí a los deportados dejándoles en libertad, sino que habría que someterlos a un régimen cuyo último término fuera la colonización: "lo primero que debe hacerse con el delincuente es encerrarlo en una penitenciaría celular por espacio de seis u ocho meses, según las condiciones físicas y morales del detenido; durante los primeros días, el reo debe estar absolutamente incomunicado... Cumplido el tiempo de aislamiento, los presos deben pasar a un segundo período en el que se dediquen a trabajo agrícolas o fabriles, conservando el aislamiento por la noche ... podría cumplirse en Saipan y Tinian. Los que por haber cumplido el segundo período de la pena sean acreedores de la libertad, pasarán antes por un aprendizaje ... o prisión intermedia ... Después de la prisión intermedia, el delincuente recibirá una licencia para que pueda colocarse como obrero libre, al servicio del particular que lo solicite; pero como este permiso será revocable, se le recogerá la licencia a la pequeña falta, y si su conducta es buena, entonces obtendrá la licencia definitiva, siendo oportuno cederle terrenos para que ayudado por sus compañeros y familia, cultivara lo que creyera de venta más segura¹⁹".

En su memoria, Francisco Lastres y Ruiz, tras una introducción y un plan general de la misma, aborda en el capítulo primero la colonización penitenciaria en general, haciendo un recorrido histórico de esta práctica realizada por países europeos modernos como Portugal, que enviaba presidiarios a Mozambique y a las Indias, Dinamarca, que creó una colonia penitenciaria en Groenlandia, y Rusia, que hizo lo propio en Siberia.

Los ensayos más formales de deportación penitenciaria fueron los realizados por Gran Bretaña, primero en América del Norte y luego en Australia, y por Francia en Guayana y Nueva Caledonia.

En 1872 se reunió en Londres un Congreso penitenciario para tratar este tema, sobre el que se tomaron diferentes acuerdos.

En España, a pesar de las prescripciones legislativas, no se había organizado nunca de un modo serio la colonización penitenciaria, y sólo en momentos dados, y por medidas gubernativas, se habían enviado a Fernando Póo y a las Marianas a los conspiradores vencidos y algunas veces a los vagos y maleantes; pero siempre se había procedido, continúa Lastres, sin método, sin preparación ninguna, y no era de extrañar, por tanto, que los resultados hubiesen sido negativos.

Proponía la urgencia de establecer de un modo formal la deportación a las colonias, instando lo bueno que existía en otros países, pues no había duda de que la relegación sería una de las penas más utilizadas en el porvenir ya que el espíritu del nuevo Derecho Penal llevaba a sustituir las grandes penas aflictivas del momento, sobre todo la de muerte y la de cadena perpetua, por el alejamiento también perpetuo o temporal de los

culpables de la Madre Patria y su traslación a lejanas colonias penitenciarias.

En el capítulo segundo, Lastres trata sobre las islas del Golfo de Guinea, mientras que el tercero lo dedica a las islas Marianas, de las que consideraba que se encontraban en total estado de abandono del que solo podrían salir por una empresa seria de colonización, para lo cual proponía varias medidas. Lo primero que debía hacerse era emanciparlas de la dependencia en que se encontraban respecto del gobierno de Manila y darle al archipiélago un gobierno propio. Escogido el personal para dar vida a la agricultura, a la industria y al comercio, no había otro medio que llevar a las islas penados de diferentes oficios, especialmente labradores.

Algunas veces se había apuntado la posibilidad de crear una colonia penitenciaria en el archipiélago micronesio. Así, el 3 de septiembre de 1867 se expidió la Real Orden en la que se mandaba al Gobernador de Manila que indicara lo necesario para la creación de un establecimiento penal en las islas Marianas con el fin de adelantar su colonización, desarrollando su agricultura y su comercio.

Aunque no pasó de simple proyecto, en más de una ocasión se enviaron a aquellas islas delincuentes políticos sin preparación, sin recursos de ninguna especie, obrándose de esta forma con crueldad pues proceder así era condenar a los deportados a una muerte segura, so pena de gravar al Tesoro con gastos crecidísimos a fin de mantener a unos hombres cuyo sostenimiento hubiera sido más económico recluyéndolos en los presidios peninsulares o africanos. Proponía el autor que acabaran de una vez esas

locuras y despilfarros administrativos y se pensara en organizar seriamente una colonia penitenciaria en las islas Marianas.

En el capítulo cuarto aborda el tema de la colonia de Botany Bay, mientras que en el quinto se refiere al régimen de las colonias penitenciarias españolas, destacando que la ley de 21 de octubre de 1869 disponía que fueran conducidos a las colonias ultramarinas todos los condenados a penas perpetuas y a los incorregibles, debiendo ser enviados también todos los que fueran condenados a más de ocho años.

Teniendo presente el interés nacional, el desarrollo de la industria, el aumento de la riqueza y hasta el bien de los mismos penados, consideraba que era conveniente establecer uasn colonias penitenciarias en las islas del Golfo de Guinea y en las islas Marianas.

Realizaciones concretas: deportados a Ultramar

En la segunda mitad del siglo XIX sí fueron enviados algunos deportados, por ejemplo cantonales²⁰, aunque nunca se alcanzaron aquellos objetivos, sobre todo en la parte referente a la repoblación. Fueron deportaciones totalmente desorganizadas, en función de los acontecimientos que las motivaran y sin antes haber puesto en marcha una infraestructura necesaria para poder llevarla a cabo.

Los problemas para la recepción de estos deportados, tanto en lo que se refiere a alojamiento y manutención como a medidas de orden público, se sucedieron tanto en Manila como en Marianas, resolviendo sobre la marcha, y precipitadamente, los mejores destinos para aquéllos.

El envío del mayor número de deportados a Filipinas en general, y a Marianas en particular, se sitúa en los primeros años de la década de los años 70, coincidiendo con el fin del levantamiento cantonal de Cartagena, siendo éstos los principales sujetos de la deportación; también había carlistas, agitadores, delincuentes comunes, rateros, etc.

Puede hacerse una distinción entre estos deportados enviados a Ultramar: por un lado, los denominados políticos, entre los que destacaron, de los remitidos desde la Península, los cantonales aunque también hubo carlistas e internacionalistas.

Dentro de este grupo pueden incluirse los deportados que procedían de Ultramar, como fue el caso de numerosos deportados políticos que desde Filipinas, y sobre todo por su participación en los sucesos de Cavite de 1872, fueron enviados a las islas Marianas; tal fue el caso, por ejemplo, de Antonio M^a Regidor.

Por otro lado, hubo también numerosos deportados por delitos comunes, incluídas algunas mujeres, destacando entre ellos los que tenían malos antecedentes y conducta, agitadores, rateros, secuestradores y sus cómplices y encubridores, indocumentados, timadores, jugadores, ladrones de caballerías, tomadores reincidentes, ladrones de oficio, espadistas, asesinos, vagos y mecheras.

Sus lugares de procedencia fueron igualmente variados en lo que se refiere a los peninsulares, destacando ciudades como Alicante, Barcelona, Cádiz, Granada, Madrid, Murcia y Sevilla.

El 16 de agosto de 1874 el vapor León condujo inesperadamente a Filipinas a doscientos setenta y cuatro deportados, cuyo destino serían las islas Marianas; la llegada de éstos planteaba

una serie de problemas en Manila, tanto por el número de individuos y sus condiciones como por el estado general del país y por las dificultades y gastos que su alojamiento en la capital hubiera ocasionado en caso que aquéllos desembarcaran del León, por lo que el Gobernador General, José Malcampo, en espera de su traslado, ordenó a la Comandancia General de Marina, con el fin de que cuanto antes marcharan a su destino, que pusiera a su disposición un barco del Estado que estuviera en condiciones de hacer el viaje referido²¹.

Ello no fue posible porque no contando entonces el Apostadero con más barco que pudiera hacer dicho viaje que el vapor transporte Marqués de la Victoria, y encontrándose éste proveyéndose de carbón y víveres para las fuerzas que sostenían el bloqueo de Joló, las cuales no contaban más que con las necesarias hasta la llegada del buque no pudiendo, por lo tanto, ser desatendidas durante el tiempo que empleara el vapor en el viaje a Marianas, se vio obligado el Gobernador General a que dicho servicio se hiciera por los particulares.

A ese fin previno a la Intendencia General de Hacienda Pública que sin pérdida de tiempo, por ser de suma urgencia la marcha de los deportados, contratase en la forma más ventajosa para los intereses del Estado un buque que los condujera a su destino, esto es, las islas Marianas. Pero como hiciera muy poco tiempo que se hubiese contratado la conducción del correo en buque de vela a Marianas y todavía no se había verificado la primera expedición, la Intendencia juzgó más conveniente proponerle al contratista Sr. Lago que hiciera ésta en buque de vapor, abonándosele por tal cambio el mayor gasto que ocasionara un

buque de esta clase.

Aceptado por el contratista y presentadas sus condiciones, se llegó a un acuerdo con la Comandancia General de Marina, previo informe de las oficinas de Hacienda, redactándose el contrato y quedando admitido para hacer el viaje el vapor Panay de "Reyes y Cía".

Se dio traslado de esta carta al Ministerio de la Gobernación pidiéndole los antecedentes que sobre el asunto existiera en aquel departamento. Mas como a su llegada a Marianas, tanto por la escasez de recursos con que contaban aquellas islas cuanto por lo crecido del número de individuos que iban a recibir inesperadamente pudiera ocurrir un conflicto que alterara el orden público por no encontrarse en aquella capital víveres bastantes para el momento, dispuso el Gobernador General también, con el fin de evitarlo, que la Intendencia contratase por administración y bajo su responsabilidad por la urgencia del caso, los víveres necesarios que componían la ración de Armada que en ese país se daba al europeo, la cual se facilitaría a los deportados por espacio de dos meses, tiempo en el que se calculaba podrían encontrar medios de ganarse la subsistencia en Marianas sin acudir al Estado.

Entre tanto se hacían las compras, y sabiendo que llegaban entre los deportados algunos menores de edad, los cuales de poco o nada hubieran servido en Marianas, creyó más conveniente el Gobernador General dejarlos en Manila y remitirlos al Hospicio, donde se les enseñarían los primeros conocimientos de la instrucción primaria, pasando después al Arsenal de Cavite o a la Maestranza de Artillería o Ingenieros, en donde aprenderían

un oficio, haciéndoles de esa manera hombres útiles a la Patria y apartándolos de la senda en que empezaron a vivir por efecto de la falta de ocupación y del abandono en que sus padres les tenían.

No obstante esta idea, los jesuitas de Manila solicitaron la custodia de estos menores, prometiendo darles la misma educación, que siempre sería más ventajosa; de esta forma, fueron remitidos a la Casa Central de la Misión.

Igualmente accedió el Gobernador General a la petición verbal de veinticuatro deportados de ingresar en el Regimiento de Artillería Peninsular por espacio de cuatro años.

Al Gobernador de Marianas encargó que facilitara terrenos y herramientas a los deportados a fin de que se dedicaran a la agricultura dejando a su buen tacto, como mejor conocedor de la localidad, la manera de albergarlos y su distribución en una o varias islas, si bien procurando por cuantos medios estuviesen a su alcance que antes del primer mes los deportados contaran con recursos propios para vivir sin necesidad de que se les tuviera que facilitar ningún socorro por cuenta del Estado.

Por último, el 25 de julio de 1874 salieron para su destino los doscientos treinta y nueve deportados restantes, llevando una escolta de cuarenta hombres de Infantería que habrían de quedarse de guarnición en Marianas. Cinco de los deportables, que se encontraban enfermos, se tuvieron que quedar a bordo del León, bajo estrecha vigilancia hasta poder ser repatriados a la Península.

De esta forma, Malcampo había intentado sacar el mayor partido posible de la situación de los deportados con ventajas para ellos

y para el Estado, intentando resolver las dificultades y conflictos que tanto en Manila como en Marianas pudiera ocasionar un número tan excesivo de hombres con unos antecedentes políticos considerados todavía muy peligrosos por las autoridades.

Unos meses más tarde, en diciembre de 1874, en el vapor Iruracbat, de la casa "Olano Larrinaga y Cía", llegaron a las islas Filipinas otros cuatrocientos sesenta y tres deportados que fueron inmediatamente conducidos a las islas Marianas en el Patiño.

Al respecto, el Gobernador General se quejaba ante el Ministerio de Ultramar de los apuros por los que pasaba el Gobierno del archipiélago dado el numeroso envío de hombres, en su mayor parte reos de delitos comunes²², haciendo presente la inconveniencia de enviar a aquellas islas estos deportados, cuyo ejemplo sería nefasto para los indios ya que formarían idea harto desfavorable de los españoles, viéndose con ello muy quebrantada la influencia moral que, en definitiva, era el pilar fundamental en el que se basaba la dominación española. Señalaba también la falta de recursos para su manutención y entretenimiento; de esta carta, igualmente se dio traslado al Ministerio de Gobernación²³.

Los primeros deportados habían sido enviados con víveres para dos meses a Marianas, dando las oportunas órdenes al Gobernador para que los distribuyese en la forma más conveniente. Hecho esto, y vencidas las naturales dificultades, hubieran podido vivir sin grandes apuros, pero la inesperada llegada de los otros cuatrocientos sesenta y tres individuos hacía sumamente difícil la situación de todos.

Si con el número de deportados hubiesen llegado mujeres en

proporción bastante, continúa Malcampo, si hubiera sido fácil y conveniente su colocación, pues enviados a las islas Palaos, Carolinas, Paragua o Balaban, se les hubieran facilitado víveres para un año, herramientas y semillas y se habrían podido constituir pequeños pueblos que debidamente gobernados, fueran tal vez no sólo nuevos focos de riqueza para el país sino medio digno para que con el trabajo y la buena conducta se hicieran honrados ciudadanos y fueran relativamente felices. Mas en las condiciones en que habían llegado nada de esto había sido posible, teniendo que ser conducidos a Marianas, en donde se carecía de toda clase de recursos.

La situación era extraordinariamente difícil y grandes los apuros del Gobierno General. Había que racionar a setecientos europeos que residían en islas de poco frecuente comunicación con el resto del archipiélago; había que recargar el ya gravadísimo presupuesto de las islas, aumentando los conflictos y dificultades, siendo punto menos que imposible el vencerlas a aumentarlas si, como se anunciaba, llegaban más deportados.

En el próximo correo, Malcampo se comprometía a enviar al Ministro de Ultramar copia del expediente de las medidas tomadas y de los gastos ocasionados que, naturalmente, debían afectar al presupuesto de la Península.

En vista de lo expuesto, rogaba al Gobierno de la Nación que suspendiera el envío de nuevos deportados ya que ello podría producir en las islas un gravísimo conflicto, y que procurara cuanto antes librar al país de gentes que además de los consiguientes perjuicios económicos, podría traerlos políticos de fatales consecuencias.

Con posterioridad a esta carta, en enero de 1875 llegó nuevamente al puerto de Manila el vapor León, de la casa "Olano Larrinaga y Cía", conduciendo a su bordo trescientos treinta y ocho deportados más y con igual destino que los anteriores, por manera que el Gobierno Gneeral se veía obligado a vigilar y mantener a más de mil europeos, reos unos de delitos comunes y avezados todos a toda clase de raterías e indignidades²⁴.

A pesar de conocer la situación geográfica de las islas Marianas, así como su topografía y pobreza del suelo, a ellas se habían enviado los setecientos deportados llegados anteriormente y allí irían también los que todavía se encontraran en el vapor León, y según Malcampo era impolítico el dejar entre los naturales a personas que habían de desprestigiar notablemente el buen nombre español.

Los recursos con que contaba el Gobierno para atender esa neuva carga eran escasísimos; las islas Marianas se comunicaban con la capital una vez cada seis meses y allí no existía una fuerza militar que sostuviera el orden público. La población indígena era poca, su carácter humilde y su estado miserable y extremo. A sus puertos no arribaban del exterior más que algún otro buque ballenero que en épocas dadas pasaban a aquella altura en sus expediciones a los mares polares, de manera que si por cualquier motivo, bien fuera un siniestro de mar o bien por falta de embarcación que los condujera no recibiesen a tiempo los precisos alimentos, el hambre sería inminente y no sería aventurado asegurar que todos los deportados se sublevarían, dando así el triste espectáculo de que súbditos españoles vejasen y saqueasen a aquellos naturales, recogidos al amparo de nuestro

pabellón.

Tales condiciones esperaba el Gobernador General que llamaran la atención del ministro de Ultramar lo bastante para que poniéndolo todo en conocimiento del Gobierno de España dejara de deportar a ese país más individuos, imposibles de colocar en las condiciones en que sea clase de penados debían estar.

Nuevamente en enero de 1875 el vapor Patiño salió desde Manila con destino a Marianas conduciendo cuatrocientos sesenta y tres deportados, regresando al puerto filipino de arribada por haber desarbolado a consecuencia de un baguío que sufrió al sur de la isla de Luzón²⁵.

Una vez reparadas las averías, volvió a hacerse a la mar el 22 de enero con mismo destino, llevando a su bordo la mayor parte de los individuos destinados a aquellas islas.

En comunicaciones anteriores, como se ha visto, Malcampo había expuesto al ministro de Ultramar las mil razones que existían para calificar de perjudicial e impolítico el frecuente envío de deportados a esas islas; un triste acontecimiento ocurrido en la isla del Corregidor, punto de depósito de aquella gente, le movía de nuevo a suplicar al Ministro que no solo dejaran de remitirse más reos políticos al archipiélago, sino que se le librara de los que en un buen período había enviado ya allí el Gobierno de España.

El día 9 de enero, los citados deportados depositados en el Corregidor, concibiendo la absurda idea de fugarse, envenenaron el café que se les servía en el desayuno a la tropa que los custodiaba. El inmediato conocimiento que el médico tuvo de semejante crimen y los activos medicamentos suministrados con la

mayor celeridad, salvaron de una muerte segura a dicha fuerza, en su totalidad europea.

Tal acontecimiento confirmaba al Gobernador General en los temores de que una vez desembarcados en Marianas las levas allí enviadas, cometerían todo género de felonías en desprestigio y desdoro del buen nombre español, sin que la autoridad contara por su parte con medios bastantes para regimentar y hacer observar buena conducta a personas dominadas por todo género de malos instintos.

Por fin, y para alivio del citado Gobernador General, el Real Decreto de 13 de febrero de 1875 concedía el indulto a todos los deportados políticos, abriéndose un complicado período de tramitaciones y concesiones.

Según la exposición a S.M. del Ministerio de la Gobernación, no creía el Gobierno que debiera extenderse este indulto a los que pudieran resultar reos de delitos comunes pero sí a aquéllos que solo hubiesen tenido participación en sucesos políticos. Así, el Ministro de Gobernación, Francisco Romero y Robledo, de acuerdo con el Consejo de Ministros, propuso un proyecto de decreto según el cual, y por el artículo primero, se ordenaba que los Gobernadores de las Provincias donde hubiera detenidos por sucesos políticos en cárceles, arsenales y presidios sin carácter de prisioneros de guerra debían practicar una información para hacer constar el número y condiciones de aquéllos, entregando inmediatamente a disposición de los Tribunales competentes los que resultasen sujetos a responsabilidad criminal para que se siguiese respecto de ellos el correspondiente, y de los demás debían dar cuenta al Gobierno para que éste acordase su libertad.

Esta información se extendería tanto a deportados como a autoridades, a fin de que el Gobierno acordase su regreso a la Península (art. 2º). Por último, se comunicaría al Ministerio de la Gobernación y al de Ultramar las disposiciones necesarias para la ejecución y cumplimiento de este decreto.

El 19 de marzo de 1875, y en orden reservada, se dijo que el Consejo de Ministros había acordado procurar que en lo sucesivo no se repitiera el envío de deportados a Filipinas, y para disminuir el número de éstos ya existentes se procedería, de acuerdo con Gobernación, a dar cumplimiento al Real Decreto de indulto de 13 de febrero anterior.

Con motivo del citado decreto, el Gobernador General se apresuraba, en el mes de agosto, a llamar la atención del ministro de Ultramar sobre la conveniencia y urgente necesidad de que en breve plazo salieran los deportados de las islas²⁶.

Repitiendo argumentos anteriormente expuestos, Malcampo consideraba que la estancia de deportados en las islas estaba causando al Tesoro cuantiosos dispendios, pues no pudiendo estar en los pocos centros de población que existían porque comprometerían en mucho la dominación española del archipiélago toda vez que la base principal de ella era la fuerza moral que se ejercía sobre el indio y ésta sería rebajada o perdida con los vicios, delitos, abusos o ideas que sembrarían, fue preciso aislarles lo más que fue posible, siendo necesario atender continuamente a su alimentación, curación de enfermedades y, en definitiva, cubrir sus primeras necesidades.

Ni en Marianas, Balabac o isla del Corregidor podrían los que fueran de oficio labradores, a no ser en fuerza de tiempo,

obtener de la tierra productos que bastaran a su subsistencia y que hiciera innecesario que ésta corriera a cargo del Estado. Los que poseían oficios distintos tardarían mucho más todavía porque sería necesario adquirir antes conocimientos agrícolas, toda vez que los suyos respectivos no eran aún utilizables en aquellas islas donde la industria apenas se conocía y donde había un número limitadísimo de europeos que serían únicamente los que podrían utilizar a un corto número de aquéllos.

Estas consideraciones impulsaron de nuevo al Gobernador General a rogar al Gobierno de S.M la necesidad urgente de que acordara la salida de las islas de los deportados, aplicando a los políticos la gracia de indulto que S.M. se había dignado concederles, y a los que estaban sujetos a procesos criminales, que fueran entregados a los respectivos tribunales que entendían de sus causas.

El 15 de octubre de 1875, el Gobernador General dio cuenta de las medidas que había tomado con los deportados, aislándolos para evitar en lo posible su roce con los indígenas y repartiéndolos entre las diferentes islas.

Y es que, en resumen, en tres expediciones, desde junio de 1874 hasta enero de 1875 habían sido transportados a esas islas mil noventa y nueve individuos por haber tomado parte en los sucesos cantonales de Cartagena, unos y otros por sus ideas políticas y malos antecedentes.

Tan crecido número y con tales antecedentes, no era posible permitirles su residencia ni en la capital, Manila, ni en las provincias sin exponerse a resultados funestos, pues con el mal ejemplo que al indígena hubieran dado y con las ideas que

propagaban, la fuerza moral, base principal en que hasta la fecha se apoyaba la dominación española en Filipinas, se hubiera quebrantado en mucho.

Para evitarlo, el Gobernador General dispuso aislarlos y a ese fin envió setecientos diez a las islas Marianas, cuarenta a la de Balabac, doscientos cuarenta a la Paragua y el resto se repartió entre Manila y la isla del Corregidor, escogiendo para estos últimos puntos a personas que tenían carrera o habían pertenecido a la Administración pública y a otras por garantizar su conducta personas que merecían su confianza y querían utilizar en sus industrias y negocios los conocimientos de los deportados que escogían²⁷.

Creyó también conveniente, teniendo en cuenta su edad, separar de los demás deportados todos los que tenían menos de quince años, remitiéndolos al Hospicio a fin de que les enseñaran un oficio, pero su mala conducta le había obligado después a sacarlos de ese establecimiento y entregarlos a la Marina para que en el Arsenal de Cavite se les utilizara en los talleres y se sacase de ellos el partido que no se consiguió con su estancia en el Hospicio.

Como en las islas a las que se destinó a los deportados no se contaba con recursos pues no existía en ellas industria alguna y no era posible, aunque los deportados se dedicaran a los trabajos del campo, que se obtuvieran resultados tan rápidos para proporcionar a aquéllos medios de atención a su subsistencia, dispuso se les racionara, facultando a cada uno la armada que en esas islas se daba a los europeos y encargando ese servicio a la Marina a causa de que contando ella con un contratista, presenta-

ba rapidez la adquisición de víveres y se cumplieran las condiciones de la ley de verificarse ese servicio por contrato; y autorizó a los Gobernadores de aquellas islas para que en el caso de faltar víveres por no existir repetidas comunicaciones entre aquéllas y la capital, adquirieran lo necesario echando mano de cuantos recursos hubiere en ellas para que los deportados no careciesen de rancho, evitando el conflicto que tal causa pudiese ocasionar.

A todos ellos se les habían repartido herramientas y a los de Marianas, un total de setecientas ocho personas, se les había distribuído entre las islas de Rota, Saipan y Guam, en esta última en la capital, Agaña, dándoseles semillas y terrenos para que los pusieran en cultivo toda vez que no existiendo en ellas industria y no contándose sin hacer grandes gastos con elementos para crear talleres, no podían emplearse en sus profesiones.

De esta manera, se pretendía en Marianas reducir los muchos gastos que ocasionaban, a la vez que en aquellas apartadas islas el cultivo adquiriera desarrollo; pero los resultados habían sido completamente nulos, pues apenas trabajaban a pesar de las excitaciones de las autoridades de aquellas islas, no solo porque no tenían conocimientos agrícolas, pues la mayor parte de ellos no eran labradores, sino también porque las condiciones del clima no permitían a los europeos dedicarse, en un corto tiempo, a esa clase de faena, viéndose por ello las autoridades obligadas a emplear gran energía y vigor, y a entregar a los tribunales a varios deportados autores de un conato de sedición que oportunamente llegó a impedirse. Siendo estéril su trabajo, el resultado fue que el Tesoro tuvo que continuar sufragando los

misimos o mayores gastos que el primer día, llegando en esos momentos (febrero 1876) hasta tener que atender a su vestido, pues no contando con recursos ni pudiendo adquirirlos en esas islas, habían llegado al extremo de no contar ya con ropa alguna con que cubrirse.

Idéntica causa decidió al Gobernador General a devolver a la isla del Corregidor a los que estaban en Paragua, pues de haber continuado en ella más tiempo, las familias indígenas que aquella colonizaban y la mayor parte de sus habitantes se hubieran retirado a los bosques, como ya empezaban a verificarlo, a consecuencia del temor que les inspiraban los deportados con sus continuos desmanes y atropellos.

Tal situación era insostenible, pues aparte de los cuantiosos desembolsos que estaba causando al Tesoro Público su alimentación y suministro de medicamento en las muchas enfermedades que les afligían, se veía que para nada servían a la agricultura, único ramo a que podía dedicárseles y antes al contrario, que entorpecían con su presencia los trabajos de colonización en las islas referidas de Balabac y la Paragua.

Por ello, rogaba encarecidamente al ministro de Ultramar, con el fin de calmar las excitaciones que por la concesión de indultos parciales iba notándose en los deportados y que pudiera ser causa de que el orden público se trabase momentáneamente, aunque para restablecerlo se contaba con medios suficientes, como también para aliviar la situación del Tesoro Público de la pesada carga que sobre él gravitaba y devolver la calma a los pueblos en que la necesidad y el deseo de evitar males mayores obligaba a soportar en su localidad a los deportados, que se dignara el

citado ministro a interceder ante el Gobierno de S.M. para que se le concediera autorización para aplicar el indulto de febrero último a todos los deportados y disponer su inmediato regreso a la Península. Con ello podría obtenerse también algún ahorro que no podría conseguirse en la contrata de pasajes en corto número, como en esos momentos se estaba verificando. Así, era conveniente desde todos los puntos de vista la pronta salida del archipiélago de los deportados peninsulares que solo producían al país gastos crecidos, sembrando con su ejemplo una funesta semilla para el porvenir²⁸.

Se dio conocimiento de esta carta oficial al Ministerio de la Gobernación, recordándole lo que se tenía dicho sobre el caso.

El 13 de febrero de 1876 reprodujo el Gobernador General cuanto había dicho, añadiendo que los gastos eran mayores ya que tenía necesidad de facilitar ropa a los deportados, y pidió el pronto regreso de todos ellos.

Así, el Ministerio de Ultramar, en órdenes de 7 de mayo de 1875 y 15 de abril de 1876, aprobó las medidas adoptadas por el Gobernador General respecto a los deportados, autorizando un crédito abierto para la compra de herramientas y útiles de labor, advirtiéndole al Gobernador General que no les exigiese el trabajo obligatorio porque tal obligación entrañaba una pena, sino que les estimulase a él como medio de acudir a su subsistencia.

En telegrama de 25 de octubre de 1875 el Gobernador General pidió autorización para ofrecer indulto a los deportados que se alistaran voluntarios en la campaña de Joló, para que terminada ésta, los enviasen a la Península. En telegrama de 6 de noviembre siguiente se le autorizó para hacerles dicha proposición, dejando

al criterio de aquella autoridad la exclusión de los que pudieran ser un peligro para la expedición o para la Península a su regreso.

La deportación en las islas Marianas

Ya se ha ido haciendo referencia al elevado número de deportados peninsulares que fueron enviados a las islas Marianas, en comparación con la población total de habitantes.

La llegada de éstos planteaba un problema de distribución de los mismos en el archipiélago, con lo que, siguiendo instrucciones de las autoridades de Manila, fueron repartidos entre las islas de Guam, y más concretamente en su capital, Agaña, Rota y especialmente Saipan.

El 5 de agosto de 1874, y a bordo del vapor Panay, marcharon a Marianas los siguientes deportados:

Total de la lista	239	deportados
Bajas por enfermedad	5	"
Diferencia	234	"
Aumento	3	"
Total	237	deportados
=====		

Estos doscientos treinta y siete deportados políticos, incluídas cuatro mujeres, arribaron el 5 de septiembre, planteándose un serio inconveniente para las autoridades de Marianas puesto que había una gran escasez en las islas, hablándose incluso de que desde la apertura de los puertos del Japón había desaparecido el único recurso que tenían aquellos naturales con la llegada de la estación propia de los buques balleneros que

dejaban al país alguna utilidad.

Reunida la Junta de Autoridades de Marianas²⁹ presidida por el Gobernador Político Militar Eduardo Beaumont (1873-1875), y como vocales el Reverendo Cura Párroco Aniceto Ibáñez del Carmen y el Administrador de Hacienda Pública, Antonio Fernandez, actuando como Secretario el Interventor de la misma, Luciano Vecin Cardero, se exponía que la situación era angustiosa, no solo por el peor estado del país sino por el excesivo número de deportados, de los cuales muy pocos podrían hallar colocación no solo por falta de recursos de todo género sino por la de población para utilizar tantos brazos, como lo demostraba los que del Presidio se empleaban desde que se estableció, y eso que éstos solo costaban dos reales diarios sin alimentación, vestuario ni ropa limpia a que atendía el establecimiento con tan exiguo jornal. No se podía hacer más que las disposiciones tomadas desde el principio por el Gobernador y que fueron aprobadas por la Junta.

Se trataba de concienciar a la población chamorra de que el problema de la deportación afectaba absolutamente a todos y por lo tanto, era necesaria la colaboración ciudadana.

En su virtud, la Junta acordó que se instara a los vecinos mejor acomodados a que atendieran a los inútiles y semi-inútiles en todo lo que pudieran, desde la alimentación hasta la provisión de medicamentos; también se recomendaba que los que tuvieran deportados en sus casas los atendieran siquiera en la alimentación, tratándolos como si fueran individuos de su familia, y que les ofrecieran sus ropas más usadas; igualmente, que a todos los deportados se les distribuyera, mientras duraran, una ración de

las provisiones que aún existían cada domingo así intentar reparar un tanto sus decaídas fuerzas y les fuera más fácil el cambio de alimentación.

Las instrucciones provisionales ordenaban que se proveyera a los relegados de herramientas para el corte de maderas y fabricación de sus casas o albergues, y que se autorizara la edificación o alquiler de un local a propósito para hospital gratuito, habilitándose de todo lo indispensable para unos veinticuatro enfermos.

Como tercera medida, que en reemplazos y con ventajosas diferencias de las pensiones asignadas el 13 de agosto de 1870 a los once deportados en aquella época, se suministrara diariamente ración de armada en especie y medio real fuerte en metálico a los inútiles para el trabajo de la relegación actual mientras ésta durara; a los semi inútiles por el tiempo en que les fuera imposible aplicar sus facultades, y a los restantes por el tiempo racionalmente necesario para que cada uno, según su oficio o ejercicio, tuviese asegurada su subsistencia.

En cuarto lugar, que al efecto de la que la proposición anterior pareciera aceptable, se llevaran desde Manila galletas, palay y demás provisiones acondicionadas y por partidas solamente para tres meses, más una pequeña reserva ya que en Marianas todos los artículos de comer y beber se alteraban en poco tiempo a pesar del mayor cuidado y precauciones, especialmente las harinas y el arroz sin cáscara, y no había local a propósito para almacenar mayores existencias.

En quinto lugar, que se remitieran materiales para el planteamiento de sus respectivos oficios a los relegados artesanos,

y de aperos, granos o semillas y animales para el desmante, cultivo y explotación de terrenos a los jornaleros y labradores.

En sexto lugar, que también se habilitara de ropas y calzado por algún tiempo a todos los deportados con calidad de reintegro oportunamente, teniendo en cuenta la imposibilidad de esta condición en los inútiles.

En séptimo y último lugar, que una vez aceptadas las anteriores proposiciones, se dotara a las islas Marianas de comunicaciones periódicas, siquiera trimestrales, con la capital del archipiélago filipino a fin de que los relegados no hicieran estéril su trabajo por falta de salida a sus productos; pudiendo expendir o cambiar éstos, por su interés privado fomentarían todas las fuentes de riqueza pública, mejorando la agricultura, y contribuyendo al Tesoro Público.

En 1875 esta situación problemática, con numerosos deportados en las islas Marianas, fue comunicada al nuevo Gobernador del archipiélago Manuel Brabo y Barrera (1875-1880), quien igualmente se reunió con la Junta de Autoridades³⁰.

Los deportados eran políticos y también comunes, agravándose la situación porque pronto iban a llegar otros cuatrocientos sesenta y tres deportados más que debían ser transportados por el vapor Patiño. Éstos fueron conducidos a la isla de Saipan, sobre la que el párroco Aniceto Ibáñez del Carmen había emitido un informe favorable para la colonización por deportados ya que allí podrían dedicarse a la agricultura, aunque en principio tuviesen que ser racionados desde Manila puesto que las condiciones de los tifones arruinaban las cosechas, y podrían congeniar muy bien con los carolinos por la simpatía de éstos.

Al respecto, el interventor añadió además, la necesidad de comunicar ambas islas, sobre todo tras la llegada de los deportados.

Éstos serían transportados en el mismo buque a Saipan, junto con los deportados anteriores establecidos en Guam, añadiendo que para conservar el orden se destinaran cuarenta y cinco individuos pertenecientes al Regiminetto Visaya n° 5 del Ejército de Filipinas al mando del Capitán y Teniente del mismo Cuerpo, habiendo que crear primero una Comandancia Militar provisional para que ayudara a aquéllos, siendo de necesidad el que no faltaran víveres, herramientas, ropas, medicinas, etc., que serían pedidas con urgencia al Gobierno General de Filipinas.

En 1875, y como reconocía el Gobernador Político Militar de las islas Marianas³¹, el Gobernador General de Filipinas, deseando mejorar en lo posible la situación de los deportados peninsulares existentes en el archipiélago, había facilitado al Gobierno de Marianas herramientas con instrucciones especiales con arreglo a ellas, de tal modo que el Gobernador ordenó que en la isla de Saipan se formara una Comisión o Junta compuesta por el Comandante Militar de la isla como Presidente, y como vocales el reverendo cura, el Alcalde y el gobernadorcillo con un principal de Secretario.

Esta Junta debía hacerse cargo de las herramientas atendiendo a su reparto según las necesidades y conducta de los maestros a quienes se les dieran, tomando todas las medidas que condujeran a que no se extraviaran ni fuesen enajenadas, exigiéndoles los respectivos resguardos correspondientes.

La mitad de las citadas herramientas serían transportadas a

Saipan por el vapor Patiño, cuyo Comandante habría de entregarlas al Comandante Militar de la isla³².

Como la primera necesidad a la que debían atender era a la construcción de sus viviendas ayudados por los naturales, las herramientas que primero debían repartirse eran aquellas útiles para el caso. Hecho esto y repartido tierras para labranza, se podía proceder a la entrega de los aperos de otro oficio, pero todos tenían que tener bien entendido que tendrían que abonar su importe con arreglo a unos precios fijos, debiendo contribuir, cuando menos, con el 20% del producto líquido que con su trabajo obtuvieran.

Igualmente, quedaba autorizada la Junta para dar el maíz y el palay que para semilla necesitaran los individuos con arreglo al terreno que labraran con la vigilancia consiguiente para evitar otro empleo, reintegrando en la época de cosecha con el 20% ya mencionado.

La compra de dichas semillas con sus comprobantes serían remitidos al Gobierno para proceder a su pago. Si alguno solicitara la compra de vacas o carabaos para su aplicación en las labores del campo con medios de comprarlo, y su conducta fuera buena, habría de proponérselo al Gobernador para su concesión, quedando también sujeto al reintegro de la cantidad que se le hubiese adelantado.

En caso de que alguno de los deportados pudiese ser indultados, cuidaría la Junta de recoger los efectos que se le hubiesen dado, si estuviesen aún por pagar, expresando el valor que tuviesen al ser devueltos y, por consiguiente, la pérdida que hubiesen podido sufrir.

Si entre los deportados de la isla de Saipan hubiese alguno incorregible, se autorizaba su deportación a la isla de Rota, no sin antes dar cuenta de ello al Gobernador.

En 1875, de los cuatrocientos cincuenta y un deportados peninsulares existentes en la isla de Saipan, solo habían de quedar trescientos, por cuya razón recibiría el Comandante Militar de la isla por el vapor Marqués de la Victoria treinta mil trescientas raciones de armada para ciento tres días, remitiendo el acta y el estado con el remanente anterior para su distribución³³. En la ciudad de Agaña se había hecho el reparto a todos los deportados de una vez, a excepción de las carnes y el vino, que se hacía por semanas; con ello se pretendía evitar el almacenaje y que cada cual cuidara sus raciones no echándose a perder más de lo que estaban y al mismo tiempo se aprovechaban por igual los sacos vacíos y demás envases que deberían quedar a beneficio de la deportación.

Le correspondía a Mr. Johnston, por su contrato con la Junta de Autoridades de Agaña, el llevar y traer las raciones a las islas en las que había deportados.

A consecuencia de las sequías que azotaron a las islas en ese mismo año, y que provocaron una total escasez de alimentos en la isla de Saipan, la Junta de Autoridades de Guam dispuso que por la lancha San José y por el Juez Mayor de la ciudad de Agaña, recibiría la Junta de Saipan cuatrocientos cabanes de palay³⁴. Doscientos veinticinco de ellos iban destinados a la deportación y ciento setenta y cinco para los naturales, suministrándose a los primeros el equivalente a chupa y media de arroz y a los segundos el equivalente a una chupa diaria, entendiéndose que

este auxilio habría de darse a ambas clases siempre y cuando estuviesen siniestrados y bajo ningún concepto a aquéllos que tuvieran medios para ganarse la vida, bajo la responsabilidad de la Junta si se descubriese cualquier infracción a esta disposición.

De la isla de Tinian recibirían el tocino salado con destino a los deportados, siendo la ración señalada por individuo de media libra diaria; la entrega debía hacerse cada diez días con el objeto de evitar remanentes o sobrantes.

En las cartas anteriores del Gobernador General de Filipinas al Ministerio de Ultramar, de fecha 15 de octubre de 1875 y 3 de febrero de 1876, había dado cuenta de que a pesar de haber repartido semillas y terrenos a los deportados peninsulares residentes en las islas Marianas con el fin de dedicarse a la agricultura, ya que en dichas islas no podían utilizar sus oficios para proporcionarse los recursos suficientes para atender a su subsistencia, nada se había conseguido, pues unos por pereza y otros por no haberse dedicado a las labores del campo, no habían beneficiado los terrenos que se les cedieron, encontrándose sin recurso alguno para atender a su manutención³⁵.

Teniendo en cuenta que esto podría ocurrir, no había dejado un solo correo de los que semestralmente salían para las islas Marianas, de enviarles raciones de la Armada que, como en dichas cartas manifestó al Ministro, facilitaba el contratista que tenía la Marina para el servicio de sus buques.

Así era que esos deportados habían estado constantemente socorridos por el Estado, pues cuando habían faltado víveres, el Gobernador de Marianas se había visto obligado a adquirir los

artículos necesarios que en dichas islas existían para proporcionarles rancho, lo cual era natural por otra parte que sucediera pues no teniendo comunicación con dichas islas más que cada seis meses, los víveres que se facilitaban eran solo para tres meses, en atención a que el mismo Gobernador de Marianas había significado que por más tiempo no era conveniente enviarlas pues se echarían a perder y el gasto ocasionado sería infructuoso.

Ahora bien, para transportarlas a su destino era necesario contratar el flete en los buques que hacían el servicio de correo, únicos con quienes tenían comunicación dichas islas, instruyéndose para ahorrar tal servicio un expediente de crédito.

Los deportados vivían en la ciudad o en las diferentes poblaciones de la isla de Guam, prácticamente como cualquier ciudadano de la misma, si bien estaban, en teoría, bajo estrecha vigilancia de los gobernadorcillos quienes debían dar cuenta al Gobernador Político Militar del comportamiento de los mismos.

A las islas Marianas se habían enviado unos setecientos ocho deportados, de los cuales embarcaron el 28 de junio de 1877 quinientos once en el vapor Victoria por indulto³⁶. Anteriormente se había concedido el indulto a otros deportados, mientras que otros más o bien se habían fugado o bien habían sido encausados criminalmente; por último, de todos estos deportados habían fallecido cuarenta y dos.

Los indultos a los deportados

Desde que se promulgara la ley de indulto de febrero de 1875, y a lo largo de 1876, se concedieron varios indultos individuales por parte del Gobernador General quien, curiosamente, en ningún caso, al menos en los primeros momentos, recibió el visto bueno por parte del Gobierno de la Nación. Solamente pretendía aquél que se diera una ley general para todos los deportados e ir fletándolos poco a poco en diferentes vapores con destino a la Península, ya que indultarles progresivamente no solucionaba el problema que se había presentado en el Pacífico español ante tal avalancha de deportados.

Algunos deportados peninsulares habían sido utilizados en la expedición contra los rebeldes de Joló, abriéndose alistamientos voluntarios en las islas de Balabac y Corregidor, ofreciendo a los que desearan tomar parte en ella el levantarles la deportación que sufrían una vez que terminara la campaña y siempre que su conducta fuera buena y no diera lugar a hechos que hiciesen imposible que se les otorgara tal gracia³⁷.

Terminada la expedición, el Gobernador General había concedido, haciendo uso de la autorización de Ultramar, el indulto y la vuelta a España a un grupo de ciento siete deportados de los citados anteriormente, tratando el pasaje de regreso al precio de 140 pesos cada uno para los individuos que estaban en condiciones de marchar inmediatamente en el vapor Victoria, de la empresa "Olano Larrinaga y Cía", no verificándolo todos los comprendidos en el indulto por no permitirlo su estado de salud, pero todo estaba dispuesto para que salieran en el primer vapor que lo hiciera de la misma empresa.

Dichos individuos amnistiados habían llegado al archipiélago filipino en 1874 por disposición gubernativa a consecuencia de los sucesos cantonales de Cartagena la mayor parte, y otros por sus malísimos antecedentes y conducta. Su buen comportamiento durante la campaña contra los moros de Joló a la que habían asistido como voluntarios les abría de nuevo las puertas de la metrópoli³⁸.

Todos los indultos individuales que se concedieron a lo largo de 1876 fueron comunicados por el Gobernador General de Filipinas al ministro de Ultramar; entre el 7 de agosto y el 3 de diciembre de 1876 fueron indultados más de cuarenta deportados cantonales; en noviembre habían fallecido seis cantonales en Marianas. Ese mismo mes zarpó el vapor Aurrerá para la Península con veintisiete deportados indultados; otros tantos fallecieron o fueron heridos en la campaña de Joló.

Finalmente, dispuesto por la ley de 10 de enero de 1877 en su artículo 6º el regreso a la Península de los deportados por medida gubernativa a las islas Marianas y Filipinas, disposición igualmente aplicable a los que habían sido deportados a Fernando Póo, y abierto por Real Decreto de 2 de febrero de ese mismo año el crédito de 749.563 pesetas para el regreso de los deportados, el Gobierno se habría de ocupar de la clasificación de éstos para determinar los que desde luego debían quedar definitivamente en libertad, en razón de haberlo sido por motivos meramente políticos, y los que habrían de ser entregados a los tribunales competentes como presuntos autores de delitos comunes, cuya clasificación no se hallaba todavía terminada.

Pero deseando S.M. el Rey acelerar el momento y a propuesta

de la Presidencia del Consejo de Ministros, a cargo entonces de Cánovas del Castillo, se ordenó, entre otras cosas, que dictara el ministro de Ultramar las disposiciones oportunas para que por el Gobernador General de Filipinas y el Gobernador de Fernando Póo se pusieran inmediatamente en libertad a todos aquellos deportados por medios gubernativos existentes aún en los territorios de su respectivo mando que según los datos oficiales obrantes en aquellos Gobiernos lo hubiesen sido solo por motivos políticos³⁹.

En resumen, el número de deportados a Filipinas y Marianas, según datos elaborados en 1877, se resume en el siguiente cuadro⁴⁰:

- En el vapor <u>León</u> el 16 agosto 1874 llegaron	275
- " <u>Irurac bat</u> , 25 diciembre 1874	463
- " <u>León</u> , 8 enero 1875	338
	TOTAL 1.076
	=====

- Total que constaba en el Ministerio	1.073
- Indultados por Gobernación y Guerra	167
- Fallecidos en Filipinas y Marianas	55
- Fugados, dos de ellos indultados ya	4
- Embarcados para la Península, siete de ellos indultados por el Gobernador General	163

Resumen:

=====

- Fueron deportados	1.076
regresaron	163
fallecieron	55
fugados	4
 222
- Continúan en Filipinas y Marianas	854

(de ellos, dos fueron inutilizados en la campaña de Joló y dos

más entregados a los tratos).

Por contra, a Fernando Póo, centro también de recepción de deportados pero de menor importancia, se remitieron entre 1874 y 1876 un total de setenta y un individuos; regresaron veintitrés, fallecieron cuatro y se fugó uno, quedando en la fecha, enero de 1877, solamente cuarenta y tres deportados.

A lo largo de 1877 se confeccionaron las listas de los deportados a Ultramar que habían recibido el indulto, elaborándose entre los Ministerios de Gobernación, Guerra y Ultramar, siendo remitidas al Gobernador General de Filipinas⁴¹.

Según la citada R.O. de febrero último, el Gobernador General de Filipinas dispuso que fueran embarcados el 25 de mayo de 1877 en el vapor mercante Gloria, con destino a la Península, concretamente a Cádiz, ciento cincuenta individuos deportados indultados procedentes de los depósitos de Cavite, del Corregidor y de Manila⁴².

En junio de ese mismo año, el cónsul de España en Singapore comunicaba al Minsiterio de Estado que los pasajeros del vapor Gloria habían llegado a ese puerto el día 22, todos en buen estado de salud, y que según órdenes comunicadas por la empresa Olano Larrinaga a sus consignatarios allí, dichos pasajeros debían esperar la llegada del vapor Victoria para continuar su viaje⁴³, pero el problema estaba en que este vapor no podía estar en Singapore hasta el próximo 4 de julio o más tarde, si como se creía, había ido a Marianas a buscar a los deportados. Además, en Singapore había trescientos sesenta pasajeros, de los cuales ciento cincuenta eran deportados y de éstos habían quedado para

el Victoria unos trescientos, sin contar el pasaje, por cuya razón llegaría este vapor tan lleno que no habría sitio para todos los de allí y los que además se esperaban. En vista de ello y de hallarse casi todos sin recursos para esperar quince o más días en las fondas, los deportados estaban provisionalmente en un buque que se había fletado al efecto.

El correo que había llegado a Singapore desde Manila el día 4 de julio llevó la noticia de haber salido el 19 de junio último el vapor Victoria para Marianas a fin de recoger los deportados políticos que allí quedaban y conducirlos a la Península, siendo el expresado vapor el que la citada empresa había destinado para los pasajeros naufragos del vapor Gloria que esperaban allí desde el 22 de junio último⁴⁴.

Unos días más tarde, el mismo cónsul informaba nuevamente al Ministerio de Estado de que en la mañana del 15 de julio había llegado a Singapore el vapor Victoria con seiscientos noventa y dos pasajeros, de los cuales quinientos noventa eran deportados indultados. Los pasajeros naufragos del Gloria que debía recoger allí eran unos trescientos, de los cuales unos ciento cincuenta eran deportados, resultando así que dicho vapor debía conducir setecientos cincuenta deportados y unos doscientos sesenta y dos pasajeros, además del transporte de la tropa y la marinería, cin contar noventa y siete hombres de tripulación, formando un total de mil ochenta y nueve individuos, número muy elevado para un buque de esas características⁴⁵.

Siguiendo la ruta de este buque, el vice-cónsul honorario de España en Puerto-Said (Egipto), informaba al cónsul general de España en Egipto que el vapor español Victoria había arribado a

ese puerto a las siete de la mañana del día 7 de agosto de 1877 conduciendo ochocientos cincuenta y tres pasajeros y ciento cuarenta y tres de tripulación, y que el pasaje de dicho buque se componía de naufragos del vapor Gloria y de unos seiscientos deportados políticos (cantonales de Alcoy y de Cartagena principalmente, procedentes de las islas Marianas)⁴⁶; al embarcarlos se les concedió la libertad, viajando como simples viajeros. Los deportados provocaban incidentes en los puertos que tocaban, tales como robos y engaños, dándose también el caso de que algunos de ellos desertaban. Poco a poco, la gran mayoría de ellos fueron regresando a la Península.

Después de concederse el indulto a los deportados en las islas Marianas no volvieron a aparecer personas de esta clase hasta finales de siglo cuando, tras los sucesos de Filipinas de 1896, fueron nuevamente remitidos al archipiélago de la Micronesia el 11 de septiembre del citado año cincuenta y siete presos de la sublevación de Manila, entre los cuales llegaron dos mujeres, todos ellos tagalos⁴⁷, a bordo del vapor Churruca.

El 17 de diciembre por la noche llegó a Apra el vapor Saturnus, correo que llevaba doscientos siete disciplinarios sublevados en Filipinas entre los que llegaban cinco deportados por motivos separatistas.

Entre los presos disciplinarios llegaban tres mujeres, y otras tres que habían estado presas en el antiguo penal de Marianas.

NOTAS

1. En especial, a los llamados presidios menores norteafricanos; ver, al respecto, Belén POZUELO MASCARAQUE: "España y los presidios menores norteafricanos", Actas del II Congreso Internacional <El Estrecho de Gibraltar>, Ceuta, UNED, 1995, pp. 253-269.

2. Felipe DE LA CORTE Y RUANO: Memoria descriptiva e histórica de las islas Marianas, Madrid, Imprenta Nacional, 1875, pp. 188 y ss.

3. Charles BEARDSLEY: Guam: past and present, Tokyo, 1964, pp. 180-183.

4. Felipe DE LA CORTE, op. cit., pp. 128-129.

5. Francisco OLIVE Y GARCÍA: Islas Marianas. Ligeros apuntes acerca de las mismas, porvenir a que pueden y deben aspirar y ayuda que ha de prestar la Administración para conseguirlo, Manila, Imprenta y Litografía de M. Pérez (Hijo), 1887, pp. 70-71.

6. Ibídem, pp. 70-71.

7. SERVICIO HISTÓRICO MILITAR (SHM), Sección Africa y Ultramar: Filipinas, leg. 9: Relación de confinados a Marianas tras la sedición del 21 de enero de 1843, Manila, 25 noviembre 1844.

8. Leoncio CABRERO FERNANDEZ: "Las islas Filipinas y el Pacífico español", en Historia de España, Madrid, Espasa Calpe, Tomo, pp. 980 y ss.

9. SHM, Sección Africa y Ultramar: Filipinas, leg. 9: Relación nominal de los individuos sentenciados a Presidio por el Consejo de Guerra celebrado en esta plaza el día 8 del presente mes, Manila, 14 marzo 1872.

10. SHM, Ibídem, leg. 9: Capitán General de Filipinas a ministro de Guerra, Manila, 17 marzo 1874.

11. LIBRARY OF CONGRESS OF WASHINGTON (LCW), Vol. 15, Item 65: Compulsa de las diligencias y testimonio sobre la fuga de los confinados políticos Antonio Regidor y Balvino Mauricio, Agaña, 31 marzo 1874.

12. LCW, Vol. 15, Item 66: Informe sobre la destitución de Vicente Calvo, capitán del Puerto de Apra, 1874.

A la hora de aclarar responsabilidades sobre la fuga de los dos citados prisioneros, las autoridades inculparon al Capitán del Puerto de Apra porque había desobedecido las órdenes del Gobernador Político-Militar relativas a que ningún barco se

acercara a tierra desde las oraciones hasta entrado el día, ni saliera nadie de tierra para los buques fondeados.

Según un informe del ARCHIVO DEL MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES (AMAE), Hong Kong, Leg. H. 1925: El Cónsul interino de España al Ministro de Estado, remitiendo noticias acerca de la goleta alemana <Coeran>, Hong Kong, 28 agosto 1874 Antonio M^a Regidor y Balvino Mauricio se fugaron en 1874 a bordo de la goleta alemana Coeran, considerada contrabandista por la autoridades españolas y que comerciaba directamente con las islas Palaos, a pesar de no estar éstas abiertas al comercio directo y, por tanto, era necesario que todos los buques que partiesen para allí pasasen antes por puertos con aduanas para pagar el correspondiente adeudo de las mercancías de lícito comercio, esto es, el pago de los derechos de las comprendidas en los aranceles vigentes (por esas fechas, Hong Kong, Manila, Zamboanga, Iloilo, Cebú, Sual, Legazpi en Albany -isla de Luzón-, y Tacloban en la isla de Leyte).

13. PHILIPPINE NATIONAL ARCHIVES (PNA), PNA 20, Exp. 156, Fol. 1-8b: El Gobernador Político-Militar de Marianas, Jacobo Marina, dando cuenta detallada de los sucesos ocurridos en las noches del 19 y 20 de diciembre con motivo de la rebelión de los confinados, Agaña, 23 diciembre 1896.

Este mismo suceso lo relata el Capitán de Puerto de San Luis de Apra señalando que en el barco llegaron doscientos presidiarios, y no ciento noventa y ocho, además de cinco indios deportados por complicaciones en la insurrección de Filipinas; ver ARCHIVO MUSEO D. ALVARO DE BAZAN (AMAB), Sección Fondo Documental de Cartagena, leg. n° R II b L-2: Capitán de Puerto de San Luis de Apra, Francisco García Gutiérrez, al Comandante General del Apostadero, San Luis de Apra, 31 diciembre 1896.

14. PNA, PNA 19, Exp. 29: Sobre la llegada de noventa y cinco confinados a Manila procedentes de Marianas, Manila, 15 marzo 1897.

15. AMAB, COMISION LIQUIDADORA, R.I. a, 1: Expediente de los noventa y cinco deportados procedentes de Marianas, Manila, 30 marzo 1897.

16. Pedro ARMENGOL Y CORNET: ¿A las islas Marianas o al Golfo de Guinea?, Madrid, 1878.

17. Francisco LASTRES Y RUIZ: La colonización penitenciaria de las Marianas y Fernando Póo, Madrid, Imprenta y Librería de Eduardo Martínez, 1878.

18. Ibídem, p. 47.

19. Ibídem, pp. 64-67.

20. Leoncio CABRERO, op. cit., pp. 998 y ss.

21. ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL (AHN), Leg. 5222, Exp. 74, Doc. 1 (b): Informe del Gobernador General de Filipinas al Ministerio de Ultramar sobre doscientos setenta y cuatro deportados a Marianas, Manila, 16 agosto 1874.
22. AHN, Leg. 5222, Exp. 74, Doc. 3: Informe del Gobernador General de Filipinas al Ministerio de Ultramar, Manila, 25 diciembre 1874.
23. Esta carta ha sido reproducida por Leandro TORMO SANZ en: "El obispo Volonteri, <<combarcano>> de Rizal", en Missionalia Hispanica, 100-102, 1977, apéndice n° 28, pp. 275-276.
24. AHN, Leg. 5222, Exp. 74, doc. 4: Malcampo a M° Ultramar, Manila, 8 enero 1875.
25. AHN, Ibidem, doc. 10: Malcampo a Ministro de Ultramar, Manila, 23 enero 1875.
26. AHN, Ibidem, doc. 30: Malcampo a Ministro de Ultramar, Manila, 16 agosto 1875.
27. AHN, Ibidem, doc. 35: Malcampo a ministro de Ultramar, Manila, 15 octubre 1875.
28. AHN, Ibidem, doc. 63: Malcampo a ministro de Ultramar, Manila, 3 febrero 1876.
29. PNA, PNA 31, Exp. 10: Informe de la Junta de Autoridades de las islas Marianas sobre la llegada de numerosos deportados, Agaña, 4 septiembre 1874.
30. PNA, PNA 31, Exp. 11, Fol. 1-19: Informe de la Junta de Autoridades de las islas Marianas, Agaña, 22 febrero 1875.
31. LCW, Vol. 22., Item 95: Gobernador Político Militar de las islas Marianas, Manuel Bravo, a Comandante Militar de la isla de Saipan, Agaña, 1 marzo 1875.
32. LCW, Vol. 22, Item 95: Gobernador Político Militar de Marianas a Comandante del vapor <Patiño>, Agaña, 1 marzo 1875.
33. LCW, Vol. 22, Item 95: Gobernador Político Militar de las islas Marianas a Comandante Militar de la isla de Saipan, Agaña, 8 mayo 1875.
34. LCW, Vol. 22, Item 95: Gobernador Político Militar de las islas Marianas a Comandante Militar de la isla de Saipan, Agaña, 30 junio 1875.
35. AHN, Leg. 5222, Exp. 74, doc. 247 b: Gobernador General de las islas Filipinas, José Malcampo, a Ministro de Ultramar, Manila, 21 agosto 1876.

36. LCW, Vol. 15, Item 68: Relación general de los deportados que han venido a estas islas, fechas de sus llegadas, movimientos que hay entre los mismos, con expresión de los motivos que la han causado y relaciones de los fallecidos y embarcados para Manila en el vapor <Victoria>, Agaña, 28 junio 1877.

37. AHN, Leg. 5222, Exp. 74, doc. 102: Gobernador General a ministro de Ultramar, Manila, 1 mayo 1876.

38. AHN, Ibídem, doc. 102 c: Gobernador General de Filipinas a ministro de Ultramar, Manila, 24 abril 1876.

39. AHN, Ibídem: Presidencia del Consejo de Ministros, Antonio Cánovas del Castillo, a Ministro de Ultramar, Madrid, 20 febrero 1877.

40. AHN, Ibídem, doc. 250 a: Informe del Presidente del Consejo de Ministros al Ministro de Ultramar, sobre deportados a Filipinas y Marianas, Madrid, 30 enero 1877.

41. AHN, Ibídem, docs. 197, 208 a.b, 212 a.b y 215.

42. AHN, Ibídem, doc. 216 a: Gobernador General a Ministro de Ultramar, Manila, 25 mayo 1877.

43. AHN, Ibídem, doc. 218 a: Ministerio de Estado a Ministro de Ultramar, Palacio, 27 agosto 1877,

44. AHN, Ibídem, doc. 220 a: Ministerio de Estado a Ministro de Ultramar, Palacio, 28 agosto 1877.

45. AHN, Ibídem, doc. 219 a: Ministerio de Estado a Ministro de Ultramar, Palacio, 28 agosto 1877

46. AHN, Ibídem, doc. 221 a: Minsiterio de Estado a ministro de Ultramar, Palacio, 31 agosto 1877.

47. Aniceto IBAÑEZ DEL CARMEN: Crónica de las islas Marianas, p. 111, copia parcial mecanografiada por el Padre Pons del original de Ibañez del Carmen, crónica continuada por el Padre Resano, Guam, 1937. Transcrita y traducida al inglés por Marjorie G. DRIVER (trans): Chronicle of the Mariana Islands, MARC, University of Guam, 1976.

CAPÍTULO XIII

LA SITUACIÓN INTERNACIONAL: ESPAÑA ANTE EL EXPANSIONISMO JAPONÉS

Antecedentes: notas sobre los intereses británicos y alemanes en la Micronesia

La presencia británica en la Micronesia fue de escasa importancia, comenzando a interesarse por esta zona, al igual que los norteamericanos, a finales del siglo XVIII.

Los británicos visitaron las islas Marshall y Gilbert, que tomaron sus nombres de estos dos ingleses, asentándose solamente en las segundas donde acabaron estableciendo un protectorado en 1892 siendo anexionadas como colonia británica en 1915. No obstante, sus intereses se dirigieron preferentemente hacia la Melanesia, participando en el reparto del Pacífico Sur con Alemania.

Por su parte, Alemania también penetró colonialmente en la zona de Melanesia, si bien sus intereses económicos y comerciales, especialmente por la copra, les llevaron a extender su influencia por la Micronesia, donde chocarían con los españoles en las islas Carolinas.

Desde los años 70 comenzó a debilitarse, desde el punto de vista internacional, la posición española en la zona, debido a la conjunción de varios sucesos.

En 1875, cuando el comercio alemán se estaba extendiendo por aquella región y sus buques frecuentaban las islas Carolinas y las Palaos, el cónsul de España en Hong Kong, sin previas instrucciones del Gobierno y sin su conocimiento, hizo presente al de Alemania que siendo españolas aquellas posesiones, debían

advertir a los capitanes de los buques mercantes que cuando hubieran de pasar a ellas hicieran visar sus papeles en el Consulado español¹. El cónsul de Alemania alegó que tales islas no eran españolas ya que ni así aparecían en los mapas, ni él mismo tenía conocimiento de tal situación.

Poco después el Ministerio de Estado recibió una nota del representante de Alemania, fechada el 4 de marzo de 1875, en que refiriéndose a las pretensiones del cónsul español en Hong Kong, manifestaba que su Gobierno no podía reconocer el ejercicio de la soberanía de España en las islas citadas mientras no apareciera sancionada por los tratados o, al menos, ejercida de hecho; desde finales de 1874, la postura británica al respecto era similar².

El Ministro Plenipotenciario alemán señalaba que hacía esa declaración con el único objeto de proteger el comercio alemán, no pudiendo consentir que se le impusieran trabas ni derechos injustificados, añadiendo que su Gobierno no tenía intención de adquirir posesiones ultramarinas, prefiriendo que fueran otros estados los que lo hiciesen para así civilizar esos nuevos territorios.

Así, los ministros Plenipotenciarios de Alemania y Gran Bretaña en Madrid, conde de Hatzfeldt y Mr. Layard respectivamente, enviaron dos notas diplomáticas oficiales al ministro de Estado en 1875 en las cuales declaraban que sus Gobiernos no reconocían la soberanía de España sobre las islas Carolinas y Palaos.

Esta declaración surgió en un momento delicado para la situación interna de la propia España, apenas restaurada la

Monarquía, pero se contaba con la seguridad que daba el Gobierno alemán de que no tenía intención ninguna de formar establecimientos coloniales, alejando todo temor de que la falta de respuesta pudiera servir más adelante de pretexto para invadir las posesiones de España, pareciendo que bastaba con prevenir a los cónsules que no diesen lugar en lo sucesivo a reclamaciones semejantes con ocasión de las Carolinas, suspendiendo contestar a lo demás hasta que se hubiese resuelto una reclamación análoga que al mismo tiempo habían promovido los Gobiernos de Alemania y Gran Bretaña referente a la libertad de comercio y navegación en los mares de Joló, cuyo arreglo esperaba poder aplicarse luego a las islas, Carolinas.

La cuestión de Joló, en la que las dos potencias citadas también pusieron objeciones al reconocimiento de la soberanía española, dio lugar a dos protocolos diferentes; en el primero, firmado el 11 de marzo de 1877, se admitió el derecho de España a ocupar cuantos puntos quisiera del archipiélago y se fijaran las reglas de navegación y comercio en aquellas islas³.

Este tratado, y como se recoge en un informe de junio de 1877⁴, fue impuesto a España por las reclamaciones del Gobierno alemán y su parte atenuante debía atribuirse a los buenos oficios del Gobierno inglés, interesado en considerar el asunto bajo el punto de vista más favorable a las pretensiones de una nación amiga.

Por el mismo, el Gobierno español renunciaba a sus antiguas pretensiones de ejercer una soberanía en el archipiélago de Joló sin ocupación efectiva de ningún punto del mismo y hasta sin tener un representante reconocido; la nueva situación creada en

aquella extensa superficie de mar e islas era difícil de sostener, siendo oscura y preñada de conflictos que, era necesario, resolver en el futuro de forma amistosa.

Como en este primer tratado no se tocó expresamente la cuestión de la soberanía, fue preciso otro nuevo firmado el 7 de marzo de 1885 en el cual la soberanía española fue reconocida por las dos potencias antes citadas, siendo las principales cláusulas de este segundo protocolo el reconocer no solo la soberanía española sobre los puntos ocupados efectivamente en el archipiélago de Joló y sobre los que no lo estuviesen aún, sino también el derecho de pesca, la libertad de comercio y el tráfico directo de los buques y súbditos de Gran Bretaña, de Alemania y de las demás potencias. En los puntos no ocupados efectivamente por España, las autoridades españolas no impedirían de manera alguna ni bajo ningún pretexto, la libre importación y exportación de toda clase de mercancías, no imponiendo derecho alguno, impuesto o pago, mientras que en los puntos ocupados el Gobierno español podría imponer derechos de aduanas y otros al comercio. En definitiva, aunque se reconocía la soberanía española en los puntos ocupados y por ocupar, la libertad de comercio al pabellón extranjero sería total, pudiendo solamente España imponer algunas condiciones en los puntos ocupados.

Mientras se negociaba este segundo protocolo, el Gobierno alemán estaba promoviendo el proyecto de reunir en Berlín una Conferencia diplomática para, en teoría, regular las relaciones comerciales en diferentes regiones del Africa Occidental, si bien el resultado sería el establecimiento de las normas en función de las cuales los europeos acabarían repartiéndose el continente

africano.

Para España, la piedra de toque en la Conferencia de Berlín estaba en el punto del programa que se proponía definir el derecho y las condiciones para la ocupación de nuevos territorios. El representante español, conde de Benomar, antes de aceptar la invitación, necesitaba saber de una manera positiva que en la Conferencia no habían de discutirse los derechos de soberanía en ninguna parte del mundo; se pedía pues que los principios adoptados solo serían aplicables a la costa de Africa y a las ocupaciones sucesivas, no pudiendo dárseles en ningún caso efecto retroactivo ni extenderse a otras regiones distintas de la costa africana, ni aun siquiera al interior de aquel mismo continente.

Esta cuestión fue examinada muy detenidamente por la Conferencia y así se adoptaron las reglas que se concretarían en los artículos 34 y 35 del Acta final, según las cuales los acuerdos de la Conferencia solo serían aplicables a las costas occidentales de Africa, que no tendrían ningún efecto retroactivo, que la Potencia que hiciese una nueva ocupación, o que tomara bajo su protección un territorio, se obligaba a notificarlo al mismo tiempo a las demás Potencias signatarias del acta de la Conferencia para que se pudiesen presentar reclamaciones en el caso que procediesen, y que las Potencias que en lo sucesivo ocupasen algún territorio se obligasen a mantener en él la autoridad necesaria para hacer respetar los derechos adquiridos, la libertad de comercio, etc.

Esta declaración eximía a España de la necesidad de establecer una ocupación efectiva en todas sus posesiones de Oceanía, sin

que por otra parte la restricción misma de que estos acuerdos solo habrían de ser aplicables a Africa, pudiera hacerle temer que otra nación intentaría aprovecharla para obrar de distinta manera en otros puntos en perjuicio de las mismas partes contratantes. La situación legal, los principios de derecho consuetudinario en cuya virtud podían las naciones poseer en cualquier parte del mundo territorios no ocupados no desaparecía para los situados en Oceanía por el hecho de que se adoptaban principios más precisos para las nuevas adquisiciones en la costa de Africa. Así lo hicieron constar todos los signatarios del Acta final de la Conferencia de Berlín.

Antes de que la Conferencia de Berlín terminase sus trabajos, el conde de Benomar, en despachos de 28 de enero y 17 de febrero de 1885 dirigidos al ministro de Estado, llamó la atención sobre la necesidad de tomar posesión de las islas Carolinas y de abrirlas al comercio libre si España quería mantener su dominación en ellas⁵.

Cuando escribió aquellos despachos, la nación que amenazaba ocuparlas porque tenía muchos intereses creados era Estados Unidos, y si éste no se establecía allí, lo harían Alemania o Gran Bretaña o cualquier otra potencia colonial.

Desde tiempo atrás, el conde Benomar veía cómo Europa había extremado su acción en los mares de Oriente: Francia, hecha en Tonkín, acumulaba allí grandes fuerzas; Gran Bretaña apoyaba las tendencias anexionistas de los estados de Oceanía; Nueva Guinea se veía amenazada por Australia mientras que una Compañía ocupaba el norte de Borneo⁶. Las islas Filipinas, en su opinión, se verían pronto encerradas dentro del arco de círculo que formaban

la Cochinchina y el Tonkín, en poder de Francia, y Borneo y la Nueva Guinea, en manos de Inglaterra, situación tanto más peligrosa por el hecho de que las fuerzas navales españolas eran insuficientes para defender el rico archipiélago filipino.

En tales circunstancias, y en vista de la proximidad de la firma del segundo protocolo de Joló, el reconocimiento solemne de la soberanía de España sobre Joló por las dos potencias más poderosas de Europa revestía verdadera importancia, continúa Benomar, dada la posición estratégica que el archipiélago joloano tenía sobre los mares de Filipinas. Tal reconocimiento sería, además, buen precedente para que España afirmase más tarde su derecho indudable sobre el archipiélago de las islas Carolinas, estableciendo guarniciones en una o dos de dichas islas.

Además, Gran Bretaña, al par que negaba en 1874 la soberanía de España sobre Joló, la negó también sobre las Carolinas y Palaos; cuando cediera ante lo de Joló, cedería también en lo de los archipiélagos de la Micronesia.

Quince meses después de estas consideraciones, Benomar señalaba que Alemania ya había ocupado la parte norte de Nueva Guinea, Gran Bretaña la parte sur de la misma isla, y Francia, ya dueña de Tonkín y en guerra con China, amenazaba las islas de Formosa y de Hainan. El círculo de posesiones extranjeras sobre las colonias españolas se había estrechado y Alemania se había unido en él a Gran Bretaña, Francia y Holanda.

Concertado y próximo a firmarse el protocolo sobre Joló, parecía llegado el momento de asegurarse la dominación de las islas Carolinas y Palaos, abandonadas en la fecha, y sobre las cuales Gran Bretaña había negado la soberanía española.

Ello parecía tanto más necesario cuanto que en la fiebre de nuevas ocupaciones territoriales que en el mundo se había desarrollado importaba adelantarse para evitar que otro estableciera su dominación en algunas de las islas españolas.

Recomendaba Benomar que si se procedía con secreto, decisión y firmeza, y si se satisfacían en aquellas islas la aspiración universal de comercio libre que en nada podía perjudicar a España en unos territorios que hasta la fecha no se sacaba provecho alguno, se podría alcanzar buen resultado, sobre todo si se empezaba la acción después de la firma del protocolo de Joló, que asegurará nuestros derechos por aquella parte.

En tal concepto, proponía el siguiente proyecto:

1°. Inmediatamente después de la firma del protocolo de Joló, convendría reforzar la estación naval de Filipinas con los buques cuya construcción se estaba terminando para el servicio de aquel archipiélago.

2°. Hecho esto, y mientras los buques de refuerzo estuviesen en camino, enviar secretamente uno de los cruceros de los que se hallaban en Manila a reconocer los archipiélagos de Carolinas y Palaos y elegir las islas que en el primero y en el segundo debían ser consideradas como capitales y donde habrían de establecerse Gobernadores españoles.

3°. Elegidos por el comandante del crucero explorador los puntos de las islas donde los Gobernadores habrían de establecerse, embarcar en Manila en dos buques diferentes las expediciones necesarias con algunos soldados de escolta y operarios para construir las habitaciones de dichos Gobernadores, que no debían tener alta categoría.

Estos buques debían dirigirse directamente a las dos islas escogidas como capitales de las Carolinas y Palaos y, si fuese posible, ir escoltado cada uno por un bajel de guerra para afirmar la acción española respecto de las extranjeras y las indígenas si fuese menester.

4°. Que como la misión del crucero español debía ser muy secreta, así la salida de los dos Gobernadores debía hacerse sin misterio, publicándose, el mismo día de dicha salida, en el periódico oficial de Manila y en la Gaceta de Madrid un decreto o real orden que comprendiese dos puntos:

1°. Se declaraba completamente libre el comercio en los archipiélagos españoles de las Carolinas y Palaos.

2°. Los españoles o extranjeros que desearan roturar tierras o hacer plantaciones en cualquiera de las islas de ambos archipiélagos debían dirigirse por escrito a los Gobernadores de ellas, establecidos en Ualán y Babelzuap, los cuales darían gratuitamente el correspondiente permiso.

Este decreto, que tenía por objeto poner del lado de España la opinión pública de Europa respecto de lo que era una nueva ocupación, convendría que fuese notificado oficialmente el mismo día de su publicación por la vía diplomática a todos los gobiernos de Europa y a los Estados Unidos de América.

Como se ha señalado, España se proponía aplicar al archipiélago de las islas Carolinas las bases establecidas por los protocolos para el comercio extranjero en el de Joló, considerando que, satisfechos estos intereses, no se volverían a plantear más cuestiones de soberanía.

Con este objeto, y antes de ajustadas las cláusulas del Protocolo, se envió a comienzos de 1885 a las islas Carolinas y Palaos el crucero de la Marina Real Velasco con el doble objeto de recordar a sus habitantes la antigua soberanía de España, recogiendo demostraciones solemnes y documentos que probasen que continuaban reconociéndola.

En cuanto a la creación en Yap de una administración especial, el Comandante del crucero, Emilio José Butrón, informó también que era conveniente tanto para favorecer el movimiento comercial como para amparar mejor la seguridad de algunos agentes europeos y americanos establecidos en la isla con el mismo objeto.

En esta situación, el Gobierno español, apenas concertadas las estipulaciones internacionales antes indicadas y sin esperar el regreso del Velasco, encargó al Gobernador General de las islas Filipinas, por despacho telegráfico de 3 de marzo de 1885, que organizase la plantilla de un Gobierno político militar que había de establecerse en isla de Yap, y que enviase a aquel punto a los empleados en un buque del Estado. Al mismo tiempo, incluyó en el presupuesto general de las islas Filipinas correspondiente al año económico de 1885-1886 la partida necesaria para cubrir esta atención.

El Acta general de la Conferencia de Berlín se firmó el 26 de febrero, el segundo protocolo de Joló el 7 de marzo y las instrucciones al Gobernador General de Filipinas se transmitieron el 3 del mismo mes; a pesar de todas estas garantías y buenas intenciones, acabaría saltando a un primer plano la crisis de las islas Carolinas entre España y Alemania.

Reconocida finalmente la soberanía española tras la mediación de León XIII en el conflicto⁷, Gran Bretaña y Alemania fijaron en 1886 las bases de su imperio colonial en el Pacífico a raíz de la Declaración firmada por ambas potencias, en la cual se delimitaban sus esferas de influencia en el Pacífico occidental, garantizando la recíproca libertad de comercio en las posesiones británicas y alemanas y en los protectorados de esas regiones⁸.

Los intereses japoneses: España ante el expansionismo japonés

De todas las potencias susceptibles de disputar a España la hegemonía en las islas del Pacífico, y una vez superada la crisis de las Carolinas, cierto es que, para los gobernantes y diplomáticos españoles la auténtica amenaza podría provenir de Japón.

Uno de los objetivos prioritarios de la política exterior japonesa una vez verificada la revolución Meiji, además de la revisión de los "tratados desiguales" impuestos por las potencias occidentales, fue el establecimiento de su propia seguridad geográfica con respecto a las grandes potencias⁹, lo que le llevará a poner en marcha un expansionismo hacia el sur que se acercaba peligrosamente a las posesiones españolas del Pacífico y concretamente, a las islas Marianas.

Desde fechas tempranas, el interés japonés por el archipiélago español de la Micronesia aparece claro, especialmente animado por Enomoto Takeaki, quien desempeñó varios cargos ministeriales en los años de los que se denomina "era del Imperialismo", y por la corriente nacionalista que se vive en Japón desde los años 80 del pasado siglo.

Las reiteradas peticiones de compra de las islas Marianas

realizadas ante las autoridades españolas hicieron que los recelos de nuestro país ante los movimientos japoneses por el Pacífico fuesen en aumento, alcanzando su punto culminante en los años 90.

Por su parte, España, entre 1885 y 1888 intentará practicar una nueva política exterior que supere la definición canovista de "recogimiento". Y en este sentido, hay que tener presente tanto la resolución de la crisis de las Carolinas¹⁰ como la nueva orientación exterior propugnada por Segismundo Moret¹¹; señalaba el ministro de Estado la necesidad de España de salvaguardar las posesiones ultramarinas, analizando de qué lado podría venir un ataque a los dominios, o cuál sería el resultado de complicaciones europeas cuyo desenlace tuviera lugar en aquellos territorios.

El papel de España en lo que conocemos como Extremo Oriente Ibérico es extremadamente débil a la altura de estas fechas, lo que contrasta con los rasgos de la era del Imperialismo. Así, estos años que median entre 1885 y 1898 representan el gran fracaso de la política colonial española, y este fracaso pasa por su acción en Extremo Oriente.

España no sólo no consiguió impulsar el desarrollo de sus colonias sino que, en relación con Japón, y a medida que avancen los años, iba a manifestarse como la pequeña potencia que era. Un país occidental, España, heredero de un imperio que había sido mundial, vió cómo un país asiático como Japón, con las connotaciones que ello tenía en la época, podía perfectamente disputarle la hegemonía en el Pacífico; con el tiempo se demostró que Japón podía ser tan peligroso como cualquier potencia occidental.

En este ambiente, y en el marco de las relaciones hispano-japonesas a lo largo del período, es en el que tenemos que analizar cómo se percibe en España y por las autoridades españolas destacadas en aquella zona geográfica este incipiente expansionismo¹², estando la política de nuestro país claramente condicionada por los dos objetivos trazados por el gobierno japonés.

En este sentido, pueden establecerse tres fases en el desarrollo de las relaciones hispano-japonesas a lo largo del período:

- a) 1885-1891: caracterizada por los intentos de poner en marcha una política de buenas relaciones con Japón, teniendo como punto de apoyo el inicio de unas provechosas relaciones comerciales.
- b) 1891-1895: durante esta fase, que se prolonga hasta la guerra chino-japonesa, España es espectadora singular del desarrollo de Japón, cuya política exterior comienza a ser vista como una seria amenaza para la posición española en la zona.

En 1889 había saltado a un primer plano la cuestión de la revisión de los tratados desiguales, planteada desde 1879, que afectaba directamente a España pero que, por el momento va a mantenerse en su negativa a dicha revisión en espera de lo que hicieran las otras potencias occidentales al respecto.

- c) 1895-1898: entre la guerra chino-japonesa (1894-1895) y la crisis de 1898, se asiste a la necesidad española de redefinir su política exterior en relación a Japón, que ya ha surgido como potencia "expansionista" y con la que ha firmado un nuevo tratado de Amistad, Comercio y Navegación en enero de 1897.

Son ya los últimos momentos de la presencia española en

Extremo Oriente, que no supo advertir que el peligro para la integridad de sus posesiones ultramarinas no habría de venir, en realidad, de Japón.

A) Primera fase, 1885-1891

A lo largo de esta primera fase comienzan a tener cierta importancia las relaciones entre España y Japón¹³, y ello habría de responder a dos objetivos; por un lado, estimular el desarrollo de las posesiones españolas en el Pacífico, y por otro, obtener un puesto definido en el juego de las relaciones internacionales que se operan en el Extremo Oriente en este período.

Es sabido que en 1868 se firmaba en Kanagawa un primer tratado de amistad, comercio y navegación con el Japón, representando a nuestro país el ministro en Anam y China, José Heriberto García de Quevedo¹⁴; por el artículo tercero del convenio, se abría al comercio y a los ciudadanos españoles todos los puertos y ciudades que ya lo estaban para otras naciones, reconociéndose igualdad de derechos. En 1869 se firmó con China un acuerdo en Tien-sin, siendo el Plenipotenciario español Sinibaldo de Mas: en él se acordó abrir a España nueve puertos entre Formosa y Cantón, dos en Hainan y tres en el Yan-Tsé-Kiang y Nankín. A su vez, los buques chinos sin limitación alguna podrían ir al puerto de Manila, donde recibirían el trato de "nación más favorecida".

Desde los primeros momentos, España pretendía aparecer ante Japón como potencia colonialista, en pie de igualdad con las grandes potencias presentes en el área; esta idea se repetirá constantemente en los informes diplomáticos y así, en 1887 se

señala que "la posición de España en este Imperio -Japón- no depende del valor que en Europa se la conceda sino de aquél que como fuerza colonial en relación con este Imperio representa"¹⁵.

España, como queda dicho, manifiesta una actitud colonialista, y ello es importante porque a medida que pasen escasos años cambiará radicalmente la actitud española ante Japón. A ello habría que añadir la influencia que para entonces ejercían las otras potencias occidentales en el país asiático desde los años 70, como son los casos de Gran Bretaña, EEUU (sobre todo desde la creación de la línea de vapores entre San Francisco y Yokohama en 1872), Rusia, Francia y especialmente Alemania, lo cual iba a suscitar los recelos españoles dado que comenzaba a constatarse que la posición de España en aquellas tierras era extremadamente débil¹⁶.

Antes de 1885 ya se habían producido los primeros atisbos de la posterior expansión japonesa, centrados entonces en la adquisición de Ryu-kyu, Bonín y en sus acciones en Formosa y Corea entre 1874 y 1875; incluso este Imperio le había propuesto a España en 1880 la compra de las islas Marianas que, lejos de toda vía comercial, en opinión de los japoneses, serían beneficiosas para el establecimiento de una colonia penitenciaria¹⁷.

Por lo pronto, y para la diplomacia española, ya hay una llamada de atención ante lo que sería la política japonesa, y desde ese momento, la preocupación por los asuntos de Extremo Oriente iba a acrecentarse ya que era de vital importancia para la conservación del viejo, o "pequeño", en expresión de Yaniz, "Imperio español".

Una de las posibilidades para desarrollar el Pacífico español

pasaba por la captación de colonos asiáticos, en principio preferiblemente japoneses, para impulsar la economía agrícola de aquella zona, pero ello podría convertirse en un arma de doble filo al considerar la diplomacia española que éstos podían ser simplemente avanzadillas de la política japonesa para hacerse, con el tiempo, con las islas españolas. Un primer intento, que fracasa, se produjo ya en los años 80 al ser enviados a Marianas, por iniciativa española, un grupo de trabajadores japoneses.

En efecto, entre 1868 y 1872 el entonces Gobernador de Marianas, Francisco Moscoso y Lara (1866-1871), quien había fundado en Guam la llamada Sociedad Agrícola de La Concepción¹⁸, promovió la contratación de cuarenta y dos trabajadores japoneses, que partieron de su país el 10 de abril de 1868 siendo transportados ilegalmente a Guam por dos compañías alemanas¹⁹.

Sin embargo, las duras condiciones de trabajo, así como los rigores del clima, hicieron que la aventura terminara, tras la fuga de unos cuantos japoneses en buques extranjeros, con el retorno del resto a su país, no sin antes mediar su Gobierno ante las autoridades españolas para solucionar la cuestión.

España iba a intentar explotar las ventajas que le otorgaban los tratados de 1868, procurando fomentar el intercambio comercial y animando, en un principio, el envío de corrientes migratorias de campesinos japoneses a la Micronesia española con el objeto de solventar la escasez de población, necesaria para impulsar la economía de las posesiones ultramarinas.

Con respecto a este último punto, aunque hubo diferentes proyectos para fomentar la emigración, nunca llegó a firmarse un tratado en este sentido entre ambos países.

Ya en 1888 el Encargado de Negocios recomendaba el fomento de la emigración japonesa a Filipinas²⁰, a pesar del fracaso del ensayo practicado en las islas Marianas entre 1868 y 1872; tres años más tarde se sentarán las bases de un tratado con Japón para fomentar la emigración de familias japonesas al archipiélago filipino que no llegó a prosperar pero que servirá como punto de partida para ulteriores estudios hasta que finalmente España abandone la idea.

En diciembre de 1891, el Gobernador de Marianas Luis Santos (1891-1892) recomendaba la inmigración japonesa al archipiélago por ser trabajadores ya conocidos en las islas y por sus buenas cualidades²¹, pero la respuesta de las autoridades españolas de manila fue negativva al considerar que "la inmigración japonesa resulta peligrosa en el momento en que se ve que esa nación tiene proyecto de ocupar territorios en esa parte del Pacífico (...) donde no tenemos bastantes elementos para imponernos²²".

El planteamiento de la cuestión comercial surge ya en los años 70²³, pero no tendrá cierta importancia hasta la década siguiente; así, en 1887 queda registrada en el Consulado de Tokio la primera casa comercial española, Gil y Remedios²⁴, y un año después se funda la casa Odón y Viñals²⁵, compañía de importación y exportación entre España, Japón (Tokio, Yokohama y Kobe) y China (Shanghai, Hong Kong, Amoy, Cantón), y que tenía como agente comercial en China precisamente a la primera casa citada.

Una cuestión clave en estos años fue la suscitada en torno al establecimiento de una línea de vapores entre Japón y Filipinas, siendo su objetivo el estrechar las relaciones comerciales entre ambos archipiélagos; lo cierto es que la

resolución a favor de Japón va a mostrar la incapacidad de España por poner en marcha un plan que hubiese sido favorable para fortalecer los intereses, en sentido amplio, y la posición española en la zona.

Las tentativas españolas fueron varias; en 1887, el representante español en Tokio propuso que la Compañía Trasatlántica prolongara la línea que moría en Manila hasta los puertos de Japón²⁶; en 1888, el ministro de Alemania en aquel Imperio, barón Holleben, propuso al embajador español en Berlín, conde de Benomar, la idea de establecer una línea de vapores españoles entre Filipinas y los puertos japoneses²⁷, añadiendo que España podría aprovecharse del fracaso de las relaciones entre México y Japón, encaminadas a establecer una línea entre ambos países, para poner en marcha una línea española que enlazara Manila con los puertos japoneses y mexicanos. El propio Viñals señalaba la conveniencia de que el Gobierno tomara algunas resoluciones para fomentar las relaciones comerciales con el vecino archipiélago, haciendo referencia a la Compañía Trasatlántica²⁸. Desde Filipinas, la Cámara de Comercio de Manila insistía en la necesidad de dicha línea²⁹.

En 1889, y por acuerdo del Gobernador General, desde la Dirección General de la Administración Civil de las islas Filipinas, se remitió al Comandante General del Apostadero un expediente relativo al establecimiento de líneas de vapores al Japón, islas de Sandwich y América³⁰.

Este último, tras un maduro estudio del proyecto de una línea de Manila a San Francisco de California tocando en puertos del Japón, y leídos los informes de la Sección de Filipinas en el

Consejo de Ultramar, Administración General de Comunicaciones de Filipinas y Cámara de Comercio de Manila, se mostraba conforme con los mismos.

Las distancias de la línea propuesta por la Cámara de Comercio eran, según aquél, las siguientes:

- De Manila a Hong Kong	640 millas
- Hong Kong a Emuy	280 "
- Emuy a Shanghai	570 "
- Shanghai a Nagasaki	450 "
- Nagasaki a Yokohama	680 "

Viaje de ida o regreso 2.620 millas

Total del recorrido 5.240 millas
=====

- De Manila a Yap	1.250 millas
- Yap a Guajan	430 "
- Guajan a Ponape	930 "
- Ponape a Hawai	2.660 "
- Hawai a San Francisco	2.060 "

Viaje de ida o regreso 7.330 millas

Total del recorrido 14.660 millas
=====

El tipo de subvención máxima por milla del recorrido de la línea propuesta por la Cámara de Comercio era la más económica, no debiendo pasar de peso y medio, además de reunir los vapores las condiciones de no ser menores de dos mil toneladas netas de arqueo, tener doble fondo celular, alojamiento en un volumen mínimo de doscientas ochenta toneladas de arqueo para veinte pasajeros de primera, sesenta de segunda y cien de tercera, andar máximo de 15 millas a 26° centígrados de temperatura y andar medio de 11 millas en las mismas condiciones.

Por esas fechas, los vapores a Hong Kong, Emuy y Shanghai

salían con mucha regularidad de Manila, efectuando el viaje redondo en diez días.

La subvención de 6.600 pesos que se pagaba entonces por cada viaje de la línea a Guajan vía Yap era elevadísima ya que no se transportaban mercancías, y más que una subvención era el importe del flete de cada viaje para llevar la correspondencia, debiendo agregarse que como el vapor correo era el único buque del archipiélago que tocaba en los citados puntos cada tres meses, tenía asegurada la pequeña carga y los pasajeros que había para ellos.

La subvención a Hawai por Marianas no bajaría de 3,70 pesos por milla del recorrido por las razones expuestas por la Cámara de Comercio y Administración General de Comunicaciones respecto a la escasez de recursos de los puntos de escala, ningún comercio y ninguna esperanza de atraer sobre ellas las derrotas de los buques que de Australia se dirigían a California, Japón y China.

Si la derrota de Manila a San Francisco por China y Japón tenía un recorrido total de 15.460 millas, es decir, mayor en 2.200 millas que la derrota por Guam y Hawai, en cambio la rapidez, los riesgos y las molestias de la navegación estaban a favor de la primera ruta.

El objeto, pues, era el establecimiento de una línea de vapores por el Pacífico que partiendo de la capital del archipiélago ligara el comercio en general de Filipinas con el de América, así como poner en comunicación las islas Marianas con los puertos del Japón y Australia, haciendo de las expresadas islas un centro de comercio y punto de escala el día que se diera acceso a la navegación por el Canal de Panamá para aquellos

buques que hiciesen derrotas por el sur el archipiélago de las Sandwich.

Estudiado el dictamen emitido por la Sección de Filipinas del Consejo de Ultramar y vistos además los informes dados por la Central de Comunicaciones y Cámara de Comercio de las islas Filipinas, resultaba que la Sección de Filipinas auguraba un porvenir próspero a varios productos del archipiélago tan pronto como el país adquiriese el desarrollo conveniente en agricultura e industria, y como consecuencia, el poder establecer relaciones comerciales con el Japón y facilitar las comunicaciones con aquel Imperio³¹.

Pretendía la Sección el establecimiento de una línea que partiendo de Manila, recorriera los principales puertos del Japón, haciendo así fácil el intercambio de productos de ambos países. Pedía la iniciativa del Gobierno, evitando grandes sacrificios para el Estado, de una línea por el Pacífico a las Sandwich con escalas en el Japón, como ensayo, y viendo si la derrota más conveniente a América era por el Japón, conviniendo de antemano no ser la más oportuna al progreso de las posesiones españolas en el Pacífico; la línea supuesta debía empalmar en Sandwich con las malas de San Francisco.

Haciéndose eco de un párrafo del diario El Comercio, señalaba que con poco más de la subvención de la línea a Marianas, podría establecerse la de Sandwich, que se suponía además aprovechable por la India por la vía de Singapur, línea que pasando por Marianas pondría a éstas en comunicación con el mundo, estimulando así a las malas de América, Australia, Japón y China a escalas en las expresadas islas, de cuyo modo, la casa que hiciese el

contrato no se perjudicaría con la subvención ya indicada, por suponer encontraría carga por el comercio de San Francisco.

Creía la Sección que debía ser la Compañía Trasatlántica la que debía establecer la línea por el Pacífico si al cumplir el plazo de cinco años el tercio del excedente de la contabilidad de la Compañía era suficiente para extender la línea desde Filipinas hasta América, debiendo adjudicarse la línea de Japón a los barcos del comercio filipino; proponía que el vapor Don Juan, cuando saliera en viaje para Marianas, fuese por China y Japón, desde seguiría su viaje a Marianas para regresar después a Manila, preguntando si de este modo el viaje se hacía mucho más largo. Creía que, de serlo un poco más, convendría así ya que de este modo pondría en comunicación los puertos de Japón y Marianas, cifrando en estas relaciones el porvenir de las últimas. Además, Australia, que por el momento para comunicarse con Japón lo hacía por Singapur o por las Sandwich, lo haría por Marianas.

Esta red de comunicación por el Pacífico favorecería los intereses españoles, con derrotas por Marianas a Sandwich que poniéndose en comunicación con la línea de San Francisco sería el medio de exportar azúcar, abaca y tabaco e importar harina, concibiendo además la esperanza de que los vapores que llegasen por el sur de las Sandwich pudiesen tocar en Marianas.

Concluía finalmente por el establecimiento de dos líneas, una que habría de partir de Manila con escala en Marianas vendiendo viaje en las Sandwich como natural prolongación de los correos peninsulares, y otra, la subvencionada en la fecha para Marianas que, tras la remodelación, podría hacer su viaje por el Japón.

La Administración General de Comunicaciones creía que sería de muy escaso éxito la línea Japón-Carolinas señalando que por Hong Kong, centro de comunicaciones fáciles semanales con nuestro archipiélago, iba la correspondencia con seguridad, frecuencia y rapidez, lo que no se conseguiría con la que se cita, por cuyo motivo, vía Hong Kong sería preferible siempre.

Bajo el punto de vista mercantil, pregunta si sería posible la línea a San Francisco, atendiendo al consumo que los Estados Unidos hacían de los productos del país, y en este caso, si sería más conveniente fuese por Japón en atención al comercio que sostenía con América.

Por no ser de la incumbencia de este centro, no discutía la carga que Marianas y Carolinas pudiesen ser para el Estado, conviniendo finalmente en que la línea Japón-Marianas-Carolinas no era procedente, y concluía diciendo que la línea de Japón debía extenderse, a lo sumo, a Marianas y Yap, y que la línea Carolinas-Marianas debía ser una especial, como se propuso al Gobierno; en todo caso, podría establecerse escala en Marianas si la línea del Pacífico tocase en otro punto y siguiese por el Japón.

La Cámara de Comercio, viendo los adelantos de Estados Unidos, comprendía la escasa importación en los citados estados de los efectos que se produjesen en el archipiélago filipino, excepción hecha de abaca, pero ante esta desventaja daba importancia a la situación del archipiélago filipino para sus relaciones con China y Japón, si bien comprendía que los productos de las islas oceánicas al sur del archipiélago harían gran competencia a los nuestros, que siempre tendrían la ventaja de ser de procedencia

más próxima, y por lo tanto susceptibles de mayor baratura y, como consecuencia, quería que fuese Filipinas para el Japón lo que Cuba para los Estados Unidos.

Bajo este punto de vista, creía necesaria la navegación al Japón y, con objeto de obtener el resultado apetecido, creía indispensable un tratado de comercio en condiciones de reciprocidad y de la mayor libertad posible al movimiento mercantil, así como inútil la línea del Japón por Marianas.

Sobre la línea del Pacífico a las Sandwich, observaba lo expuesta que estaba a atenciones de consideración en dichas islas, cuánto cargamento se transportaría a San Francisco desde las referidas Sandwich por las malas extranjeras, y la necesidad de una subvención crecida para sostenerse, amén de lo poco provechoso que sería para el progreso de Filipinas, deduciendo como consecuencia final que solo convenía el establecimiento de dos líneas: una de ellas por el archipiélago carolino, con inclusión de Marianas, y otra por China y Japón, tocando en aquellos puertos de mayor movimiento mercantil de cuyo modo quedaba ligado todo el archipiélago carolino y Marianas, vía Singapur, por medio de las líneas que en esas fechas existían con Australia, India inglesa, Africa y América oriental, y por la línea del Japón, con el archipiélago de Corea, Australia y América occidental, y todo entre sí por la vía de Manila, haciendo de este puerto un centro general de comercio.

En resumen, todos estos dictámenes dados por la Sección de Filipinas en Ultramar, el Centro de Comercio y la Cámara de Manila, dejaban ver que estaban todos de acuerdo en la importancia que tenía para el comercio español el establecer comu-

nicaciones con el Japón; esta idea era indudable que convenía no solo al archipiélago para sus relaciones mercantiles sino también para la política española con los imperios de China y Japón ya que se preveía que, en un futuro, España habría de mantener con ambos imperios relaciones de más consideración.

Otra idea que se desprende de los informes, aunque en desacuerdo, era el establecimiento de una línea principal que ligara el comercio con el de América y, en este caso, se trataba de estudiar qué beneficios reportaría dicha línea y cuál sería la derrota más conveniente.

Hemos visto que la Sección de Filipinas se mostraba conforme con el establecimiento de una línea a América pero que no pasase por las Sandwich y mucho menos que hiciese escala en Marianas ya que eran dos puertos en los que el comercio con el archipiélago filipino no tenía relaciones de ningún género y, por lo tanto, la línea tendría gastos que exigirían pingües subvenciones por el Estado.

Sobre la conveniencia o no de la escala en Marianas, solo lo sería para los intereses patrios si desde Manila saliesen los buques completamente abarrotados y así no sería necesaria una subvención muy grande, pero no siendo así, no era conveniente el paso por Marianas. El aumento de carga a lo que pudiese adquirirse en Filipinas solo podría tener lugar en Japón y en China, donde el comercio con América era grande y quizá podría conseguirse algún resto de carga tanto en el viaje de ida como en el de regreso. Este último siempre se haría en buenas condiciones a consecuencia de la harina de California que se importaba mucho en el archipiélago filipino por conducto de los buques extranje-

ros que hacían sus salidas para Hong Kong semanalmente. Además, en el archipiélago filipino había una gran importación de arroz de Saigón que tenía lugar por los buques franceses que hacían su travesía entre aquel puerto y el de Manila; mas dándose en el Japón arroz de tan buena calidad como el de Saigón, convenía tanto para los intereses del Estado como para los de la Compañía, así como para los de este mercado, se importara directamente el arroz del Japón, circunstancias todas ellas muy atendibles si llegara a establecerse la línea de San Francisco de California, pues pensar que el mercado de Australia mandase sus productos a Marianas era concebir ilusiones que no se podondrían nunca en práctica pues siempre preferirían la vía de Saigón, más larga pero más rápida. La Sección había querido aplicar a esos momentos los tiempos en que los puertos del Japón estaban cerrados al comercio, y por lo tanto Marianas era un punto necesario de escala, pero a la altura de esas fechas no era un derrota para ninguna línea, a no ser que quisieran perder tiempo. Así, suponer que las malas extranjeras irían a las islas Marianas era incurrir en un grave error ya que no había necesidad de que los buques fuesen a Marianas a buscar carga puesto que en China y Japón la había con creces.

La única posibilidad de que se hiciese una nueva línea en el Pacífico era que las posesiones españolas del Pacífico llegasen a ser nuevos centros de riqueza; entonces sí podría establecerse algún ramal que enlazase con las vías principales. Solo en este caso podía convenir que la línea española saliendo de Manila fuese a Marianas y después a San Francisco, y si la acumulación de productos fuese tal, podrían crearse líneas diversas para

Marianas.

Respecto a la línea de Carolinas, nunca sería conveniente ya que las relaciones de este archipiélago necesariamente estaban en relación con las islas Marianas; así, la línea que recorriese Carolinas debía ser independiente de los negocios con el Japón. En esas fechas, sólo existía una línea que comunicaba Manila con Marianas, siendo conveniente que se extendiera por lo menos a Yap y Ponape, no como comercio, que no lo había, sino para favorecer en algo a las fuerzas del Estado.

En vista de todos los informes, si se estableciera la línea de América del Sur, habría que ramificarla en dos: una que partiendo de Manila recorriese la Micronesia con escalas por lo menos en Marianas, Yap y Ponape, y otra que teniendo el mismo origen que la anterior, recorriera los puertos más importantes de China y Japón, sin remontar más allá de Yokohama, desde cuyo puerto se dirigiría a San Francisco.

Bajo el punto de vista de rapidez de comunicaciones, la línea de Japón solo sería conveniente para la correspondencia que hubiera de ir a China, puerto de Hong Kong, como centro general de comunicaciones.

Sobre la carga o que representaba para el Estado el mantener las islas de la Micronesia, en especial las Carolinas, opinión que se reservaba el Centro, en el informe final se señalaba que si hasta la fecha era gravosa no era ni más ni menos que por la apatía de nuestro comercio. Precisamente al lado de aquellas posesiones estaban las alemanas, con un comercio de los factores establecidos en el archipiélago Marshall consistente en marfil vegetal y copra; por cuenta de este comercio se sostenía

gobernador y policía. Y además, eran precisamente los alemanes, y ningún español, los que explotaban para sí el citado comercio existente en Carolinas, donde cargaban los productos y, vía Cabo, llegaban generalmente al puerto de Cádiz. Lo ilógico era que no hubiese comerciantes españoles y sí extranjeros en unas posesiones en las que el Estado español garantizaba la seguridad individual y en las que eran otros los que se beneficiaban; si lo hiciesen los nacionales, algún beneficio habrían de reportar y, por tanto, la carga de la Micronesia española no sería tanta.

En conclusión, caso de establecerse una línea con la Micronesia, ésta debería ser exclusiva de los archipiélagos mariano y carolino, sin tener nada que ver con otras que pudiesen establecerse, y mucho menos con la de San Francisco, cuya derrota sería muy distinta de la próxima a los archipiélagos del Pacífico.

La Cámara de Comercio entendía que la línea de Carolinas, con inclusión de Marianas, debía ser una, teniendo en consideración lo inconveniente de ir por Japón y China y los perjuicios que irrogaría al comercio de Filipinas la tardanza a que se expondría la carga que pudiese llegar de Japón.

Igualmente, al considerar que no era conveniente la línea a Sandwich, lo hacía por justas consideraciones, conviniendo en que la subvención del Estado tendría que ser excesiva y sin beneficios. Pero si en lugar de lo expuesto fuese desde Manila a San Francisco por el Japón, lógicamente podría dar mejor resultado, siempre y cuando que la compañía que se hiciese cargo de la misma no solicitara una subvención excesiva, en cuyo caso, más le convendría al Estado establecer la línea por su cuenta. Pero si la compañía pusiese algo de su parte, la línea sería

productiva, en principio más por la importación que por la exportación, siendo la compañía más apropiada la Trasatlántica.

En resumen, y atendiendo al dictamen del Centro de Comunicaciones y Cámara de Comercio, se proponían dos líneas, una de Manila a San Francisco con escalas en China y Japón, aunque también se contemplaba la posibilidad de que en principio fuese solo a Japón, y otra que, teniendo el mismo origen, recorriese las posesiones españolas en el Pacífico por Marianas y Carolinas sin mayores complicaciones en el itinerario; respecto a este último caso se trataría, en definitiva, de ampliar la subvención que en la fecha se le daba al correo de Marianas, esto es, 6.600 pesos, a 9.000 pesos para poner en marcha la citada línea, que haría su recorrido cada dos meses, lo cual ascendería al año a 54 pesos.

Con estas líneas así establecidas resultaría un beneficio para el Estado, principalmente en lo que respecta a Carolinas, evitando el tener que tener en aguas de Ponapé buques como el Velasco, San Quintín o Manila, destinados en la fecha a desempeñar el servicio de aquella isla.

La cuestión pareció decidida en diciembre de 1890, cuando el director de la sociedad naviera japonesa Nippon Yusen Kaisha, poseedora de una flota de cincuenta y ocho vapores, presentó un proyecto para el establecimiento de una línea directa y regular de navegación entre Filipinas y Japón, a cuyo efecto habría de salir desde Kobe para Manila, vía Amoy, en viaje de ensayo, el vapor "Isuruga Maru" a últimos de diciembre del citado año³².

El Plenipotenciario español, Luis del Castillo y Trigueros, informó al ministro de Estado de las tres posibilidades que se

barajaban para el establecimiento de la línea de vapores³³, siendo las dos primeras las más interesantes para España: la opción de la Trasatlántica; el proyecto de la compañía española que se proponía fundar Francisco Gil con un capital de 250.000 pesos; y el proyecto de la Nippon Iusen Kaisha, sociedad naviera que había nacido en 1885 como resultado de la fusión de varias empresas, entre ellas la Mitsubish", para pasar a transformarse en la principal compañía japonesa, fuertemente respaldada por el Gobierno³⁴.

El propósito de esta última no era bien visto por el representante español en Tokio ya que consideraba que "no podrá llenar nunca los fines que persiguen los comerciantes filipinos, la Cámara de Comercio de Manila y nuestros intereses mercantiles en aquel archipiélago y, por tanto, en ningún caso hubiera cooperado esta Legación de S.M. para la realización de tal proyecto por una compañía japonesa. Es importantísimo, es necesario, el establecimiento de la línea de navegación a que me refiero, pero es tan importante y tan necesario o más para nuestros intereses, que los barcos que hagan la travesía lleven bandera española, y esto es lo que pide el comercio de Filipinas y así lo entiende también la Cámara de Comercio de Manila³⁵.

A pesar de las recomendaciones del representante español, finalmente sería la compañía japonesa la que acabaría estableciendo la línea de vapores mensual en 1891.

Parece ser, como se desprende de la documentación consultada, que a las empresas españolas se les ofreció un subsidio para que sus proyectos, que no llegaron a prosperar, salieran adelante. De todas formas, el Gobierno español nunca abandonó la idea de

favorecer cualquier plan encaminado al establecimiento de una línea española que funcionara junto a la japonesa, aunque el fracaso de las negociaciones en este sentido parecían demostrar a Japón que España no contaba con los medios necesarios para establecerla.

El 13 de marzo de 1894, el Gobierno Superior de Filipinas nombraba una Comisión que debía redactar y pasar a proponer con la mayor urgencia un anteproyecto de pliego de condiciones para el servicio de una línea de vapores entre el archipiélago filipino y los puertos de China y Japón (Hong Kong, Macao, Emuy, Shangay, Nagasaki y Yokohama)³⁶.

El 5 de abril de 1894 se reunió en la Casa-Comandancia General del Apostadero la Comisión nombrada por el Gobernador General, bajo la Presidencia del Comandante General del Apostadero, Ignacio García de Tudela, y siendo vocales el Subintendente de Hacienda Carlos Peñaranda, el Subdirector de la Administración Civil Manuel Díaz Gómez, el Administrador General de Comunicaciones Castor Aguilera, el Consejero de Administración José G. de la Rocha, el Presidente de la Cámara de Comercio José de Echeita, y como Secretario, el Teniente de Navío de Primera José Iturralde. Sería la primera de las reuniones de la citada Comisión encargada de la redacción del pliego de condiciones para el servicio de la línea de vapores correo de Manila a Japón.

La Administración General de Comunicaciones de las islas Filipinas consideraba que era necesario que se incluyera Macao en las escalas que habrían de hacer los citados vapores al Japón, entre Manila, Hongkong, Macao, Emuy, Shanghai, Nagasaki y Yokohama; Macao, aunque era colonia portuguesa, podía ser punto

de escala puesto que también lo era Lisboa en la línea directa entre la Península y Filipinas.

Por acuerdo del Gobernador General de las islas Filipinas, se disponía que se consignara por la Intendencia General de Hacienda, en el proyecto de presupuestos del Estado para 1894-1895, un crédito permanente de 120.000 pesos para atender al sostenimiento de la citada línea. Y es que la Real Orden de 17 de enero de 1894 prevenía, entre otras cosas, que figurara en el anteproyecto del mencionado ejercicio esa cantidad que se desglosarían en 10.000 pesos al mes para cada una de las doce expediciones anuales. El objeto era que fuese la Compañía Trasatlántica la que se hiciera cargo de esta línea, como complemento y término de su línea de Filipinas³⁷.

El 19 de mayo se recibió en el Gobierno General el proyecto de pliego de condiciones, redactado cinco días antes, que constaba de setenta y seis artículos divididos en nueve capítulos, más unas disposiciones adicionales.

En cualquier caso, lo que quedaba patente desde 1890-1891 era que el país asiático comenzaba ya a controlar las rutas marítimas del Pacífico; al respecto, dicha sociedad naviera fue considerada por el representante español como un plan preconcebido para ir llevando elementos que aumentando la influencia japonesa en Filipinas, pudieran ser provechosos en un momento dado³⁸.

B) Segunda fase, 1891-1895

A lo largo de estos años las relaciones oficiales entre España y Japón transcurren por una línea de aparente entendimiento y de amistad, aunque aumentarán de forma considerable los recelos

españoles hacia el expansionismo japonés, si es que realmente éste fue resultado de una visión imperialista³⁹.

El punto de partida de esta fase arranca del proyecto japonés de anexión de tres pequeñas islas del Pacífico, Sulphur, San Alejandro y San Augusto (o San Agustín), conocidas genéricamente como Volcanes o Iwojima, en julio de 1891; la amenaza que dicha anexión representaba para la dominación española de las islas Marianas parecía evidente ya que aquéllas se encuentran al sur de las islas Bonin, controladas por la Armada japonesa desde 1873, y al norte de Marianas, y aunque fuera de las aguas jurisdiccionales del archipiélago español, el Plenipotenciario destacado en Tokio se apresuró a consultar al Gobernador General de Filipinas si España podría hacer valer algún derecho de soberanía sobre ellas⁴⁰.

La integridad de las islas Marianas parecía verse amenazada ante las distintas propuestas japonesas de compra de las mismas en 1880, como ya se ha señalado, 1887 y 1891, fecha esta última en que Enomoto Takeaki, ministro de Negocios Extranjeros al que se le atribuían ciertas miras sobre el archipiélago micronesio⁴¹, nuevamente preguntó al Plenipotenciario español sobre la posibilidad de que se establecieran gentes en las citadas "islas no habitadas"⁴²; es significativo que Takeaki empleara esta denominación para referirse a Marianas teniendo en cuenta que en enero de 1890 las islas habían sido visitadas por dos buques de guerra japoneses, el Hi-yei y el Kongo⁴³.

En efecto, los días 28 y 31 de enero de 1890 entraron en el puerto de San Luis de Apra los citados cruceros, con los comandantes Matsamura y Sameghima, respectivamente, procedentes

de Sara, en la isla Honolulu; ambos buques tenían cuarenta guardias marinas cada uno, y recorrieron las islas del sur saliendo para Yokohama el 6 de febrero⁴⁴.

El 11 de junio entró en el mismo puerto el pailebot japonés Tenyu-Marú, capitaneado por Hiyakuro Miyavea, con carga general de géneros y víveres a la venta, saliendo el 20 del mismo mes para las islas Palaos; este pailebot llevaba a bordo al correspondiente de prensa que ya había estado en Marianas en el crucero Hiyei.

El 14 de enero de 1891 entró en el puerto de Apra el pailebot japonés Kawaien-Marú, al mando de Patauka Kakusaburu, con carga general de víveres y efectos a vender, saliendo para las islas Carolinas el día 20 del mismo mes después de haber efectuado algunas ventas; a últimos de junio entró en Saipan otro pailebot de la misma nacionalidad.

Registrados los libros de entrada de buques, Japón no tuvo hasta esas fechas navegación con las islas del archipiélago mariano por medio de sus buques, y solo dos pailebotes ingleses hacían el comercio entre éste y Yokohama; esta información se la procuró el Capitán de Puerto de San Luis de Apra, José Prieto, al Comandante General del Apostadero de Filipinas en respuesta a la superior comunicación de este último de 31 de mayo de 1891, en la que, con carácter reservado, le trasladaba otra del Gobernador General que trataba sobre la formación de una sociedad para la navegación en los mares del Sur y comercio entre Japón en las islas Marianas y Carolinas, interviniendo en ella el Vicealmirante japonés vizconde Enomoto Takeaki, al que se le atribuían miras para que Japón tuviera algunas islas en los mares

donde estaban situadas las posesiones españolas, quedando encargado el Capitán del Puerto de vigilar los buques japoneses que recalaran en las islas³⁵.

Las intenciones de Takeaki, comunicadas al cónsul de España en Tokio, fueron transmitidas por éste al Plenipotenciario en Tokio; de éste, al ministro de Estado quien, a su vez, informó al de Ultramar, que habría de dar cuenta al Gobernador General de Filipinas; por último, el citado Gobernador informaría al Comandante General del Apostadero y Escuadra de Filipinas, siendo el objeto el vigilar los movimientos japoneses en Micronesia, a través tanto del Capitán de Puerto de San Luis de Apra, como de los Comandantes de las Divisiones navales de ambas Carolinas.

Para esas fechas, ya había partido el crucero Velasco para las Batanes y Babuyanes, con orden de vigilar e impedir la pesca en aguas españolas, como solicitaron los japoneses, siendo la petición denegada por el Gobierno de S.M. por R.O. de 17 de noviembre de 1890.

Por otro lado, y teniendo en cuenta que el grupo de las Sulphur está integrado, en realidad, por pequeños islotes deshabitados, era lógico pensar que la clave de la anexión estaba en el propósito expansionista japonés, máxime cuando la prensa no cesaba de dar noticias relativas a las pretensiones de su gobierno por extender su soberanía por las islas que pueblan el Pacífico.

Por ejemplo, el periódico de Tokio Nippon Yin ya desde 1890 se mostró favorable a la expansión japonesa hacia el sur, incluyendo en su trazado las islas Filipinas, cuando la amenaza de un posible conflicto de intereses entre Gran Bretaña y Rusia

podría repercutir en la consecución del imperialismo japonés en torno a Corea, Formosa, Sajalín y Filipinas⁴⁶; al tiempo, se dudaba de la posición de España en el área ante las ambiciones de Francia, Gran Bretaña, Rusia y Alemania, especialmente esta última, reafirmando la idea de que nuestro país era ya una potencia de segundo orden.

Un decreto imperial de 9 de septiembre de 1891 sancionaba la anexión de los islotes, refrendado por el Presidente del Gobierno japonés, conde Matsukata Masayoshi, y por el ministro del Interior, vizconde Shinagawa Tagiro, con los nuevos nombres de Iwoto, Minami y Kita⁴⁷.

Consumada la anexión, la postura de España fue vacilante puesto que si bien reconocía que dichas islas carecían de valor, ya que si lo tuvieran tanto ingleses como alemanes habrían optado por incorporárselas, por R.O. de 20 de septiembre de 1891 se pasó el decreto de la anexión a la Dirección Hidrográfica y Secretaría Militar del Ministerio de Ultramar para que estudiara las posibles reclamaciones que se podrían presentar ante Japón con respecto a la soberanía de las islas; lo poco fundado de las reclamaciones haría que quedaran en letra muerta.

A la altura de 1891, los intereses de Japón se centraban en varios puntos geográficos con un denominador común, fomentar la emigración japonesa a través de la creación de colonias agrícolas e impulsar su comercio exterior con las islas del Pacífico. Al respecto, proyectó una expedición a los mares del Sur capitaneada por el buque Hiyei-Kan, y que habría de pasar por Marianas, Carolinas, grupo de Nuevas Hébridas y Australia y, tras explorar la costa norte de Nueva Guinea, habría de regresar tocando las

islas Filipinas⁴⁸.

Las posibilidades que ofrecía el Pacífico español eran varias:

- a) adquirir directamente las islas Marianas.
- b) obtener diferentes terrenos, por medio de compra o arrendamiento, en las islas Filipinas⁴⁹.
- c) comprar terrenos y fomentar el comercio con las islas Carolinas⁵⁰.
- d) establecer alguna casa comercial en Palaos⁵¹.

La reticencia española a dichas pretensiones japonesas fue manifiesta en lo relativo a la compra de terrenos, si bien poco a poco comenzó a cobrar impulso, aunque tímido, el comercio entre las colonias españolas y Japón, si bien promovido por los japoneses⁵². En todo caso, podría admitirse la emigración japonesa siempre y cuando se firmara un tratado al respecto, se realizara aquélla por iniciativa de empresas particulares y en ningún caso promoviendo la compra directa de terrenos por parte de Japón ya que ello podría dar lugar a intromisiones y pretensiones del Gobierno japonés que había que desterrar de antemano⁵³.

Así, en 1891, desde el Gobierno de Filipinas se solicitaba información del Comandante General de Marina sobre las ventajas o inconvenientes que a su juicio ofrecería autorizar la inmigración de mil japoneses en Ponapé (Carolinas Orientales), al servicio de una Compañía japonesa que deseaba dedicarlos a la siembra del algodón⁵⁴.

El Ministro Plenipotenciario en Tokio, en despacho de 11 de noviembre de 1891 remitido al Ministerio de Estado señalaba que, comprendiendo la importancia que para España tenía todo aquello relativo a las posesiones en Oceanía, y teniendo en cuenta las

miras que se suponían al Gobierno japonés, era su deber informar que los japoneses, no se sabía si el Gobierno o alguna sociedad, habían adquirido de un alemán terrenos en las Carolinas orientales con el propósito de establecer colonias en ellos⁵⁵.

Lo positivo que veía el Plenipotenciario en Tokio era que con la colonización japonesa se impulsaría el desarrollo de las posesiones oceánicas; mientras, señalaba que los japoneses ya había establecido una cátedra de castellano en la Universidad de Tokio, con bastantes matriculados, y que habían encargado interinamente a un profesor belga. Igualmente, habían empleado en el Ministerio de Negocios Extranjeros a un japonés que hablaba perfectamente el castellano.

Ante estos hechos, recomendaba que el Gobierno español pusiera en marcha los medios necesarios para contrarrestar una influencia -la japonesa-, que podría ser de funestas consecuencias en el porvenir.

Las autoridades de Manila quedaron a la espera ante la trascendencia que pudiera tener para España el propósito que reiteradamente se atribuía por el representante español en Tokio al Gobierno japonés.

Años más tarde serán los propios japoneses los que organicen grupos de colonos, a impulsos de la Sociedad Nonaka Nayo Shokan, que se establecerán en diferentes puntos de la Micronesia española para cultivar coco y obtener así la tan preciada copra, impulsándose la visita de los buques japoneses a la zona.

Así lo harán en el caso de las Marianas, no sin conflictos e incidentes, cuando se establecieron en 1897 en la isla de Saipan, donde habían arrendado unos terrenos a un chamorro. Pero la

administración española, una vez comprobados los hechos, se apresuró a a derogar el contrato ya que no era posible ni conveniente la explotación directa de terrenos por parte japonesa en posesiones españolas.

En efecto, éste fue el caso de Joaquín León Guerrero, natural de Marianas y poseedor de un terreno de unas 174 Hc con plantación de coco en el sitio de Chalan Canso, en la isla de Saipan, terreno adquirido por concesión gubernativa y legalizado posteriormente⁵⁶.

Dicho terreno lo había arrendado a la Sociedad Japonesa de Tokio Nonaka-Nan-Yo Shokai en los términos siguientes:

"D. José Palomo y Frutos, apoderado de D. Joaquín León Guerrero y Palomo por una parte, y Kinnugana Sinnoseeke, representante de la Casa Nonaka-Nan-Yo Shokai en Tokio, en el Japón, por otra, convienen en celebrar el contrato siguiente=

1) La Casa Nonaka tendrá el exclusivo derecho de sacar coco para hacer copra en el pueblo de Chalan Canoa, en Saipan, perteneciente a D. Joaquín León Guerrero y Palomo, cuyos límites son al oeste la mar, al este el collado Faaela Sagua, al norte la laguna Male y al sur el terreno de Antonio Cabrera, y cuya área total se estima en ciento setenta y cuatro Hc.

2) La Casa Nonaka promete enviar suficiente número de mozos en abril o mayo del año actual a Chalan Canoa para emplearse en el objeto mencionado y comenzar desde luego el negocio.

3) La Casa Nonaka sufragará los sueldos de dichos mozos y los costos y gastos que se necesiten hacer para remover obstáculos y dar facilidades a la recolección de los cocos cortando, por ejemplo, arbustos y plantas, abriendo unos terrenos en Chalan.

D. José Palomo consiente, sin embargo, en pagar la mitad de todos los gastos, que se estiman en unos 700 pesos en plata desembolsados por la Casa Nonakka para el expreso fin del antedicho trabajo durante el primer año, solo después de firmar este contrato.

4) El copra que se recoja dentro del perímetro de Chalan se dividirá igualmente entre ambas partes, siendo dueño cada uno de su mitad.

5) La Casa Nonaka tendrá el privilegio de comprar todas las partes de D. José Palomo y Torres a razón de 2,50 pesos el quintal (equivalente a cien libras inglesas).

6) Si en el transcurso del tiempo sucede algún evento o accidente inesperado que cause daños al terreno dicho con considerable disminución de la producción del copra o una gran depreciación de su valor, este contrato se renovará por contrato de las dos partes concernientes.

7) Con respecto a la plantación de cocos, cafetos, siempre dentro de los límites de Chalan, la Casa Nonaka consiente en celebrar otro contrato luego de firmado éste.

8) Este contrato liga a ambas partes por diez años desde la fecha en que se firma.

Hecho por duplicado en Agaña, Guajan, Marianas, a 3 de enero del año 1896 =José Palomo; =Kinnugawa Senno. Testigos =Luis Torres; =Nagayo Kumae".

En estas fechas, León Guerrero era Subdelegado de Marina con funciones de Capitán de Puerto de la isla de Saipan, sin cédula personal por hallarse esta provincia exceptuada de dicho impuesto.

Meses más tarde, el Gobernadorcillo del pueblo de San Isidro de Garapan, con el común de los Principales, informaba al Gobernador de Marianas de cómo los japoneses existentes en esa isla al cuidado de una sementera de coco situada en Chalan, cuya sementera había sido utilizada hasta hacía dos años sin reclamación alguna por parte del individuo D. Joaquín León Guerrero, a quien se le otorgó provisionalmente para pastaje de puercos, según el único documento que existía en el archivo de ese tribunal⁵⁷.

Los mencionados japoneses parece ser que se habían extralimitado de tal modo que no habían tenido por inconveniente el ensanchar arbitrariamente, sin documento alguno que les acreditara, llevar a cabo tal procedimiento hasta el punto de creerse verdaderos dueños no solo de los extensos cicales de utilidad común sino aún de algunos poseedores particulares próximos colindantes con la mencionada finca.

Poco después, el Registrador interino de las islas Marianas, Vicente Pérez Quereda, certificaba que en el registro había un documento que demostraba la posesión del terreno por León Guerrero, pero el asunto pasó a las autoridades de Manila dado que no estaba contemplada en la ley la posibilidad de ceder un terreno a un extranjero.

En efecto, la interpretación dada por la Secretaría del Gobierno General de Filipinas, en comunicación de 23 de agosto de 1897 elevada al Director General de la Administración Civil sobre el contrato, es que celebrado éste entre un súbdito español y otro extranjero mediante el cual se traspasaban por el primero al segundo terrenos que le fueron concedidos a aquél por el

Estado, pasando en realidad los mismos de hecho a ser del dominio extranjero por falta de una intervención directa del Gobierno, ofrecía dificultades que se evitarían si en tales contratos hubiera intervenido aquél⁵⁸.

El Letrado Consultor del Consejo de la Administración de la Dirección General de la Administración Civil de Filipinas, José Roca de Togores, en informe acerca del medio de evitar que los concesionarios de terrenos del Estado celebraran sin intervención de las autoridades contratos por virtud de los cuales las propiedades a que afectan pasaran en realidad de hecho a ser del dominio extranjero, lo que ocasionaba reclamaciones y conflictos, consideraba que el Real Decreto de 13 de febrero de 1894, que era el que regulaba las concesiones de que se trata, en su artículo 18 prevenía que las adjudicaciones de terrenos no se podían realizar a quienes no tuviesen la condición de súbditos españoles; solo se podrían efectuar mediante las condiciones de que los adjudicatarios residieran en Filipinas y estuviesen matriculados en el Registro correspondiente, pero si trasladaban su residencia a otro país, estaban obligados a vender la finca a un residente en el archipiélago, y lo mismo en caso de herencia si residiesen en el extranjero los herederos, prohibiendo absolutamente dicho artículo la adquisición de fincas en el territorio de las islas Filipinas a las sociedades, compañías o empresas extranjeras, estuviesen o no domiciliadas en las islas⁵⁹.

La Consultoría, habiendo estudiado el contrato, concluía que el modo en que se realizaba el trabajo agrícola era igual que el de la colonización agrícola, o colonias agrícolas, muy diferente de las colonias de roturación y cultivo ordinario ya que éstas

se realizaban con braceros del país y aquéllas por medio de la inmigración.

Teniendo en cuenta la diferencia existente, se reservaba el legislador el derecho a resolver en cada caso, comentando por ejemplo el caso de la concesión realizada a Canga Argüelles de la isla de Paragua, si bien éste no estaba autorizado para efectuar ni total ni parcialmente el traspaso de la concesión si para ello no obtuviese autorización del Gobierno, dueño para darla o negarla.

Otro caso fue el de unos mil japoneses que pidieron autorización para establecerse en Carolinas; se informó al Gobernador General, dictaminando todos los centros militares, marítimos, administrativos y económicos y finalmente no se concedió.

Los Estados se reservaban el derecho de consentir o no la inmigración colectiva y la adquisición de derechos e intereses por parte de los extranjeros.

De todo ello resultaba que con arreglo a lo dispuesto en el art. 1255 del vigente Código Civil, los pactos que se establecían en los contratos eran del arbitrio de los contratantes siempre que no fueran contrarios a las leyes de la moral ni al orden público, y como en el de que se trata en su cláusula segunda se obligaba la casa Nonaka a enviar desde Japón un número suficiente de braceros para el cultivo y la recolección, y como la inmigración colectiva no se consentía sino mediante tratado internacional siendo siempre objeto en todos los países de concesiones especiales, así como el establecimiento de colonias agrícolas, resultaba ilegal tal cláusula, toda vez que infringía el citado artículo del Código Civil.

Lo mismo podía sostenerse respecto a la totalidad del contrato, continuaba el informe, teniendo en cuenta, además, que el artículo 18 del Real Decreto de 13 de febrero de 1894 prohibía en absoluto la adquisición de fincas en el territorio de las islas Filipinas a las sociedades, compañías o empresas extranjeras aunque estuvieran domiciliadas en las islas, y "adquisición", según su sentido gramatical y jurídico, se refiere lo mismo a cosas que a derechos y acciones, a posesión que a disfrute. Por todo ello, el contrato habría de ser considerado nulo.

La Sección de Negociado de la Dirección General de la Administración Civil de las islas Filipinas, en comunicación al Gobernador General fechada en Manila el 3 de diciembre de 1897 consideraba que el referido contrato privado celebrado en la isla de Saipan era nulo y sin ningún valor legal y contrario abiertamente a la ley, a pesar de reconocer que ésta era una práctica común tanto en las islas Marianas como en Carolinas lo que, a la larga, habría de provocar numerosos problemas en cuanto al sistema de propiedad de la tierra.

Respecto a los planes coloniales de los japoneses, y según un informe de 1891 elaborado por el Ministerio de Estado de acuerdo con los despachos remitidos por el Plenipotenciario español⁶⁰, para España la política expansionista japonesa era premeditada, valiéndose, además, de dos medios: por un lado, de la anexión de islas sin dueño (caso de las Sulphur) y, por otro, del envío de corrientes migratorias, como sucedió en Nueva Caledonia, penitenciaría francesa a la que Japón envió en 1892 seiscientos colonos.

La solución propuesta para contrarrestar esa política expansionista, aunque por el momento se señala que no había que mirar con desconfianza, pasaba por "incrementar el prestigio español en aquel Imperio", y ello a través de dos medidas de urgencia:

- a) potenciar las visitas a Japón de los buques de la escuadra de Oceanía puesto que hacía años que ningún barco español tocaba aquellos puertos.
- b) nombrar un agregado militar y otro naval que se sumaran a la representación diplomática en Japón ya que ello serviría para que España tuviera una idea clara del progreso y estado de las fuerzas armadas del Imperio y, al tiempo, para dar a conocer allí el Ejército y la Marina españolas con el objeto de obtener un puesto en la instrucción militar y naval de Japón, al igual que lo hacían los oficiales franceses, ingleses y alemanes, incluso italianos, que dirigían en Osaka la fabricación de cañones; los ingleses controlaban la instrucción naval mientras que franceses y rusos montaban los arsenales.

La ocasión para practicar dicha política de prestigio surgió tras la visita que dos buques de guerra japoneses realizaron a Manila el 1 de marzo de 1892⁶¹, y los preparativos de la misma, desde su salida el 2 de febrero desde Yokohama, sorprendieron al plenipotenciario español ya que vio en ello la prolongación de las miras imperialistas japonesas⁶². La respuesta española fue la organización de la expedición Pita da Veiga.

En opinión del Plenipotenciario, la expansión japonesa se dirigía hacia las islas del Pacífico porque en el continente

Rusia se había hecho extremadamente poderosa; era consciente de la debilidad de España en Oceanía, objetivo primordial de los japoneses, que se dedicaban a organizar expediciones navales y a proyectar la colocación de colonos.

La penetración japonesa en las posesiones españolas, continúa aquél, se servía de dos medios: el Consulado japonés en Manila, válido para informar a su gobierno de la situación en Filipinas, y la línea de vapores entre la capital del archipiélago y Yokohama, que representaba la supremacía comercial japonesa en la zona⁶³. La idea de la amenaza japonesa se justificaba, según el mismo, por el hecho de que Japón, humillado por las potencias occidentales, deseaba la revisión de los tratados; si se impusiera sobre una potencia de segundo orden, como era el caso de España, mejoraría su posición para impulsar sus objetivos.

- La expedición Pita da Veiga

El 1 de enero de 1892, una Real Disposición ordenaba al contralmirante Gabriel Pita da Veiga la visita a los puertos de Japón con los cruceros Reina Cristina y Don Antonio Ulloa.

La expedición se realizó en junio, con el objetivo de acrecentar el prestigio español, como rezaba el primer punto de la solución propuesta para contrarrestar a Japón⁶⁴. De esta forma, fue una visita de "urgente conveniencia política y con un fin eminentemente político"⁶⁵ que habría de servir tanto para mostrar en aquellos puertos la tan olvidada bandera española como para hacer un informe "in situ" sobre las aspiraciones del gobierno japonés con respecto a la Oceanía española.

En su informe⁶⁶ el contralmirante, después de trazar un cuadro

de la sorprendente evolución de Japón desde 1854 y de analizar la boyante situación económica del país, constataba el creciente poderío japonés pero no lo consideraba una amenaza, en contraposición a las impresiones del representante español.

Así, las conclusiones del informe eran claras: era necesario elevar el prestigio de España por vía diplomática, construyendo urgentemente una Casa Legación en Tokio, e incrementar las relaciones comerciales con Japón.

En este sentido, Pita da Veiga manifestaba que la pretendida amenaza japonesa no era más que el intento del país por estrechar los lazos comerciales manteniendo buenas relaciones con España. Ahora bien, hay una llamada de atención al hecho de que ese mismo expansionismo comercial podría devenir en el tiempo en un expansionismo de tipo político-imperialista. La solución estaría en prevenirse ya que el interés de Japón por las posesiones españolas se centraba en la posibilidad de hacer de Manila, Marianas y Carolinas puntos de escala en su gran vía comercial de Australia y América del sur y, además, un centro comercial en Manila para la redistribución de los productos de Europa, de los puertos de China y otros, tanto de Oriente como de Occidente.

Por lo que se refiere a la dirección de la expansión japonesa, el contralmirante consideraba que, tras apoderarse de las islas Loo-Choo, Japón se acercaba cada vez más a Formosa, punto estratégico para el control del Mar de China. Y ello es una llamada de atención porque en caso de un conflicto en la zona, la presencia española quedaría borrada por completo, ya que "la vigilancia de las costas, desatendida por falta de recursos en su conservación, reemplazos y hasta en sus municiones de guerra,

y la falta de comunicación entre las distintas islas pueden dar lugar al caso de que ocupada alguna de ellas por un enemigo audaz, no se tenga conocimiento en el centro de gobierno hasta pasados muchos días, cuando se encuentre sólidamente establecido"⁶⁷.

La Sección de Política del Ministerio de Estado, tras las noticias enviadas por Pita da Veiga, elaboró un informe en el que se insistía en que la amistad con Japón interesaba mucho por dos razones; primero, para lograr que aquel país se convirtiera en mercado para los productos filipinos y, segundo, para desterrar del ánimo de los hombres de Gobierno sus proyectos de expansión⁶⁸. Los medios con los que contaba España, continúa el informe, eran dos: el "temor", dando a conocer el "poderío" español en aquellas costas, y el "halago", que se traducía en el simple hecho de conceder medallas y diferentes condecoraciones a figuras destacadas del Imperio. Huelga decir que ambos "medios" eran extremadamente débiles.

Con respecto al primer punto, ya la R.O. de 20 de febrero de 1892 dispuso que tanto en aquel año como en los sucesivos, y en época en que se calmara el monzón del noreste, un crucero español del Apostadero de Filipinas visitara los puertos de China y Japón.

Tras la expedición de junio se sucedieron otras más: en 1893 se prepara el viaje del crucero Castilla a Hong Kong, Emuy, Nagasaki, Kobe y Yokohama⁶⁹, y en 1894 el del Don Juan de Austria, que incluso llegó a tocar en Vladivostók⁷⁰.

En cualquier caso, y a pesar de estas medidas para contrarrestar los posibles apetitos japoneses sobre la Micronesia,

se suscitarán nuevos recelos a propósito de este expansionismo con motivo del desarrollo y desenlace de la guerra chino-japonesa.

- España ante la guerra chino-japonesa (1894-1895)

Aunque la historiografía considera que hasta la guerra ruso-japonesa de 1904-1905 Japón no asciende al rango de potencia de primer orden a los ojos de los occidentales, lo cierto es que para España, este primer conflicto entre los dos grandes asiáticos ya ha confirmado a aquél en dicho puesto. Así, al menos, lo afirmaba el ministro de Estado, para quien "Japón tiene en Oriente, en esas fechas, una importancia análoga a la de una potencia de primer orden en Europa, y para España tanto como cualquiera de aquéllas por hallarse enclavado en el Pacífico y cercano a las vecinas posesiones españolas. El apogeo de Japón va a ser seguido de una política exterior tan reflexiva y tan resuelta como la han sido sus transformaciones, la de su expansión colonial⁷¹".

En cualquier caso, algunos historiadores ya han tenido en cuenta que desde 1895 una cosa es cierta: Japón ya había adquirido un considerable territorio colonial y había ascendido al rango de potencia colonial y civilizada, lo que le iba a permitir mostrarse como nación en igualdad de condiciones que el resto de las potencias occidentales⁷².

Desde que salta a un primer plano la reabierta cuestión de Corea, suscitada ahora por el envío de tropas japonesas, el representante español en Tokio se apresura a llamar la atención sobre el hecho puesto que eran conocidas las pretensiones

japonesas sobre Corea (no hay que olvidar el Tratado de Kan-ghwa), aunque hasta la fecha se había visto obstaculizado tanto por China como por Rusia⁷³.

España se mostró expectante en los inicios de la crisis, antes de su abierto estallido, pero la posición de Japón apareció clara cuando su gobierno propuso al de China la reorganización de la administración coreana, y ante la negativa de ésta, parecía demostrarse que "la actitud japonesa, tan marcadamente resuelta, es una prueba evidente de que Japón está decidido a no transigir⁷⁴. La guerra era inminente y así se confirmó con las mutuas declaraciones de China y Japón el 1 de agosto de 1894.

Para España, el problema principal radicaba en la posibilidad de que Japón se adueñara de Formosa, precisamente por el valor estratégico de ésta y porque su adquisición le aproximaría en exceso a las posesiones españolas. Las islas situadas al sur de aquéllas habían sido anexionadas por el Imperio y la toma de Formosa permitiría a los japoneses, en su expansión hacia el sur, ser dueños de una cadena de islas que se acercaban peligrosamente al Pacífico español.

Desde el punto de vista externo, la posición formal de España fue de neutralidad, en virtud de la R.O. de 19 de agosto de 1894, aunque se envió a Corea como observador al crucero Don Juan de Austria⁷⁵.

La posibilidad de que el conflicto se resolviera a favor de Japón, como parecía evidente a finales de 1894, llevó a un nuevo giro de la política exterior española con respecto a aquél, en el marco del replanteamiento de la cuestión de los tratados.

El 13 de octubre de 1894 el ministro de Estado envió un largo

informe a Sagasta, Presidente del Consejo de Ministros, exponiéndole las bases para el replanteamiento de las relaciones hispano-japonesas señalando, más que la conveniencia, la verdadera necesidad de atender dichas relaciones, especialmente para prevenir las posibles contingencias derivadas de la resolución del conflicto⁷⁶.

En líneas generales, el plan se basaba en la puesta en marcha de una serie de medidas tales como: creación de una Casa Legación en Tokio, con el nombramiento de agregados militar y naval; incremento de las visitas de los buques españoles; celebración de un nuevo tratado de comercio que sustituyera al de 1868; prolongación de la línea de vapores correo de la Compañía Trasatlántica española hasta Kobe y Yokohama, pasando por Hong Kong y Shanghai; empleo de los carbones de Nagasaki en la escuadra de Filipinas, más barato que el que suministraba Australia; celebración de un tratado especial para favorecer la emigración de familias japonesas a Filipinas; y creación en Manila de una escuela de chino y japonés que serviría de base para crear un plantel de intérpretes oficiales.

Por el momento (octubre de 1894), el plan quedaba trazado y sometido a la consideración del Presidente del Consejo de Ministros; por R.O. de 27 de noviembre, dicho plan fue trasladado para su estudio desde Presidencia a los Ministerios de Ultramar y de Marina, y el 8 de enero de 1895, el propio Sagasta remitía al Ministerio de Estado el informe que al respecto había elaborado el de Marina⁷⁷, y que se expresaba en los términos siguientes: propuesta como Agregado Naval al Teniente de Navío D. Mariano Rubio y Muñoz; posibilidad de establecer permanente-

mente una base naval en Japón, con un buque que podría estar a las órdenes del ministro en Tokio; prolongación del servicio de vapores de la Compañía Trasatlántica, si bien la decisión habría de corresponder al Ministerio de Ultramar; por último, adopción de carbones japoneses siempre y cuando se demostrara su superioridad sobre los australianos.

Mientras el proyecto quedaba de nuevo para su estudio, la rápida expansión japonesa pronto fue coreada por la prensa del país, como señalaba el representante español al referirse a las simpatías que despertaba en Filipinas la causa de los japoneses, según noticias del diario de Tokio Yomi-Uri⁷⁸:

"Casi todos los habitantes de las islas de Oceanía se interesan por el Japón, sobre todo en Manila, cuyos habitantes expresan sus sentimientos de simpatía por el Japón, defendiéndolo con ardor, y todos sus periódicos elogian sus victorias alcanzadas sobre China. Que cuando los periódicos de Hong Kong publican noticias de la guerra en favor de China, los manilos se enfurecen y que hasta que llegan las noticias verdaderas de origen japonés, no se calman y quedan satisfechos. Y por último, que los chinos residentes en Manila, para defender a su país en la opinión pública, hacen circular estampas representando al ejército francés ayudando al japonés contra el chino".

La guerra chino-japonesa continuaba pero la victoria se inclinaba claramente hacia Japón cuando éste, en febrero de 1895 se apoderó de Wei-Hai-Wei, en la Península de Shanthung; al mes siguiente, se produjo el desembarco en Formosa y la penetración en el continente hacia la región de Jehol, próxima a Pekín.

La derrota china y el consiguiente Tratado de Shimonoseki representaron el gran triunfo de Japón y la confirmación de los temores españoles ante los apetitos japoneses tanto por Corea (aunque por el tratado se reconoce su independencia) como por

Formosa, además de la Península de Liaotung, con Port Arthur y Dairen, y las islas Pescadores.

A partir de entonces, la vacilante política española, que al final no formó parte de ese "concierto europeo" cristalizado en las Tres Potencias (Alemania, Francia y Rusia) que "recomendaron amistosamente" a Japón la renuncia a la Península de Liaotung en ese mismo mes de abril, se encaminó a lograr arrancar un acuerdo para frenar el posible acercamiento japonés al Pacífico español y que culminará en la firma de la Declaración de Límites entre España y Japón el 7 de agosto de 1895⁷⁹.

En efecto, un mes antes, concretamente el 7 de junio de 1895, un memorándum español sobre la situación de Asia tras la guerra chino-japonesa, reconocía el interés español por conocer las pretensiones y formar parte de ese "concierto" de las que llama "Potencias amigas" precisamente para frenar los apetitos japoneses; para España estaba claro que los intereses de las tres potencias, si bien eran coincidentes en lo que se refiere a la negativa de un expansionismo japonés por el continente, divergía en lo que se refiere a las zonas insulares, puesto que si para Rusia era fundamental el frenar al Japón por el norte, sin interesarle para nada la cuestión de Formosa, precisamente la de mayor interés para España, para Francia lo era en el caso de la expansión hacia el sur.

Nuevamente en el memorándum se insiste en las proximidad japonesa a las posesiones españolas del Pacífico tras la toma de Formosa, citando expresamente los casos de las islas Marianas y Carolinas, recogándose las aspiraciones españolas en función de las cuales se solicitaría al Japón una declaración de límites en

previsión de futuras contingencias para el porvenir de nuestras posesiones en Extremo Oriente.

Finalmente, y como se ha señalado, el 8 de agosto de 1895 se procedió a la firma en Tokio de la Declaración de Límites entre España y Japón, rubricada por José de la Rica y Calvo, Enviado Extraordinario y ministro Plenipotenciario, y el marqués Saionzi, ministro de Instrucción Pública e interino de Negocios Extranjeros de Japón, según el cual, y en tres puntos, se estipulaba que:

"1. Para el objeto de esta Declaración, el paralelo que pasa por medio del canal navegable de Bashi se toma como línea de demarcación entre las posesiones españolas y japonesas en el oeste del Océano Pacífico.

2. El Gobierno japonés declara que no tiene ninguna reclamación o pretensión sobre las islas situadas al sur y sudeste de dicha línea de demarcación.

3. El Gobierno español declara que no tiene ninguna reclamación o pretensión sobre las islas situadas al norte y nordeste de dicha línea de demarcación⁸⁰".

Para España, la firma de la presente Declaración era prueba de las buenas relaciones que existían entonces con el Imperio y, sobre todo, la garantía suficiente para la preservación de las posesiones españolas en la zona.

C) Tercera fase, 1895-1898

Por lo que respecta a la postura española en relación a Japón, hay que tener como punto de partida el informe de 1894 encaminado a regular las relaciones hispano-japonesas, que tendrán su punto culminante en 1897 con motivo de la firma del tratado de enero.

Conviene señalar que, a pesar de dicho informe, que llegó a

concretarse en algunos puntos, y de la firma de la Declaración de Límites de 1895, para España aún se perfilaba Japón como una seria amenaza, momento que va a coincidir con la insurrección filipina de 1896.

Por lo que se refiere al primer aspecto, a la altura de 1896, y según informe del Ministerio de Ultramar⁸¹, ya se habían tomado diferentes medidas; así, fueron aumentados los gastos de representación del ministro en Tokio con cargo a los presupuestos generales de Filipinas, se concedieron los créditos necesarios para el establecimiento de los agregados militar y naval, y fue tramitado el expediente para la construcción de la Casa Legación en Tokio⁸².

El Ministerio de Ultramar también se mostró favorable a la prolongación de la línea de la Trasatlántica, con la que había negociaciones desde mayo de 1895, hasta Kobe y Yokohama, consignando en los presupuestos de Filipinas la cantidad de 120.000 pesos como subvención para un servicio que no llegó a realizarse. En cuanto al uso del carbón japonés, dicho Ministerio coincidió con la opinión del de Marina, y en lo referente a la inmigración de familias japoneas, aquél mostró su total rechazo.

Para el fomento de las relaciones hispano-japonesas, el logro más importante fue la firma del Tratado de 2 de enero de 1897, que vino a completar el firmado el 16 de abril del año anterior sobre comercio y residencia en Formosa.

La cuestión de la revisión de los tratados desiguales fue reabierta en 1889, con el nuevo planteamiento japonés del abandono de la revisión colectiva para pasar a hacerlo bilate-

ralmente con cada una de las potencias interesadas⁸³. Las bases de los convenios descansarían en los preliminares acordados por los delegados que habían trabajado en el proyecto de revisión colectiva.

Uno de aquellos preliminares, el artículo V de la Convención comercial que establecía un derecho de compensación sobre productos similares y la base sobre la que habrían de imponerse los derechos arancelarios, no había sido admitido por España puesto que imposibilitaba la importación a Japón de azúcares filipinos, tasados en la tarifa general con un 20% y amenazados en dicho plan con un recargo del 13,1/4% y más.

Este aspecto será precisamente uno de los más espinosos en las negociaciones hispano-japonesa y así, desde que se plantea la cuestión de la revisión de los tratados, el gobierno español va a mantenerse firme en su criterio de no reconocer la imposición sobre dicho producto de un derecho mayor del 20%, solicitando incluso que fuera reducido.

El 13 de junio de 1889 el conde Okuma, ministro de Negocios Extranjeros, presentó al representante español un proyecto de tratado con objeto de que fuera remitido al ministro de Estado⁸⁴; aunque dicho proyecto fue recibido con cierta frialdad, el hecho de que Japón hubiese presentado en los meses anteriores proyectos similares a otras potencias occidentales como EEUU, Alemania, Bélgica, Gran Bretaña o Portugal, animó a las autoridades españolas a ser más proclives a las pretensiones japonesas, si bien había recelo por el hecho de que nuestro país fuese considerado por el asiático como una potencia de segundo orden puesto que el proyecto fue posterior.

Japón ofrecía abrir todo el territorio del Imperio al comercio extranjero suprimiendo las barreras y dando todo tipo de facilidades a las transacciones comerciales y marítimas. Como contrapartida, solicitaba la revisión de los tratados de amistad, comercio y navegación, la elevación de las tarifas aduaneras y la supresión de la jurisdicción consular. En principio, la idea era sustituir dicha jurisdicción por tribunales mixtos integrados por magistrados japoneses y extranjeros.

La actitud de las potencias occidentales al respecto fue de abierta oposición a las pretensiones japonesas, especialmente en la parte referente a la elevación de las tarifas aduaneras y a la cuestión de la extraterritorialidad, alegando que los tratados no eran denunciables más que por mutuo consentimiento⁸⁵. Lógicamente, España se sumó a dicha postura y desde que se iniciaron las negociaciones sobre la revisión de los tratados en 1879 (revisión colectiva), el criterio del Ministerio de Estado fue el de obrar de mutuo acuerdo con las otras potencias siempre y cuando no salieran perjudicados los intereses españoles.

Desde 1889 (revisión bilateral), y a lo largo del año, la posición de España es clara: referente a las tarifas aduaneras, en la discusión del proyecto de tratado logró recabar de Japón la reducción de aquéllas de un 20% a un 19, 1/2%; y es que el conde Okuma había manifestado que siendo insignificante la importación del azúcar español en relación al de Formosa, la reducción no podía ser mayor porque ello implicaría el perjuicio de los intereses japoneses.

Respecto a la cuestión de la extraterritorialidad, España se mostró favorable siempre y cuando hicieran lo mismo el resto de

las potencias que, por otro lado, se oponían a la revisión. Por el momento, y hasta 1894, la cuestión quedará en suspenso; entre tanto, se asiste al viraje proteccionista de las economías occidentales, aplicado en España desde 1891. Al año siguiente, y por R.O. de 8 de julio de 1892, el nuevo sistema arancelario español, en vigor desde primeros de mes, suprimía la cláusula de "nación más favorecida"⁸⁶, cláusula que había sido aplicada a China y Japón, en principio sin reciprocidad, concedida finalmente por R.O. de 2 de febrero de 1878 en virtud de la disposición n° 12 de los Aranceles de Aduanas de 1877.

Los japoneses, desde el punto de vista oficial, hemos visto como insistían ante las potencias occidentales sobre el tema de la revisión de los tratados; a esta postura, habría que añadir la de la prensa que, especialmente en el año 1892, se sumó a esta campaña oficial. Así, el 7 de enero de 1892 apareció en Tokio una nueva publicación japonesa, la revista Kwai-ten, de carácter bimensual, que era el órgano de un pequeño pero creciente número de intelectuales y políticos que denunciaban la existencia de los tratados desiguales⁸⁷. Sus argumentos eran cinco: primero, cuando un tratado internacional perturbaba la tranquilidad y progreso de la otra de las altas partes contratantes, esta parte, en virtud de sus derechos naturales y de su ilimitada autonomía, podía denunciar el tratado. Segundo, cuando las obligaciones de tratado en el plano exterior eran incompatibles con la política de Estado con respecto a su administración interna, este tratado podría denunciarse. Tercero, este tratado podía denunciarse cuando las condiciones en que se firmaron hubiesen cambiado radicalmente. Cuarto, la especificación de una fecha en que la

revisión del tratado podía ser denunciado, evidentemente presuponía el derecho de denuncia. Y quinto, un tratado internacional cuya naturaleza no es permanente, podía siempre ser denunciado por una de las dos partes. De esta forma, se señalaba que la denuncia de un tratado era un proceso sancionado por la ley internacional.

Al tiempo, y en abril de 1892, el Emperador de Japón nombró un Comité integrado por siete personas, entre ministros y consejeros privados, para discutir nuevamente la cuestión de la revisión de los tratados, con la asistencia del Primer ministro y algunos de sus colegas; entre los miembros, se encontraban el conde Ito, Presidente del Consejo Privado, el vizconde Enomotto, ministro de Negocios Extranjeros, el conde Goto, ministro de Comunicaciones y, como consejeros, el conde Kuroda, el conde Terashima y Mr. Inouycki⁸⁸.

Desde 1894 hay un replanteamiento de la cuestión en España motivado sobre todo por la firma del nuevo tratado entre Japón y Gran Bretaña el 16 de julio, cuyos términos eran muy similares al proyecto propuesto por Japón a nuestro país en 1889. Dicho acuerdo fue resultado de las gestiones entre el ministro de Negocios Extranjeros, Aoki, y el Secretario del Exterior británico, Kimberley.

En virtud del tratado, la extraterritorialidad desaparecería cinco años después de la firma y la autonomía arancelaria lo haría, a su vez, en 1911, mientras que los nuevos derechos de exportación se aplicarían un mes más tarde de la publicación del tratado⁸⁹.

En España, el nuevo ministro de Ultramar, Manuel Becerra,

señalaba el 23 de octubre de 1894 la necesidad de favorecer y aceptar el tratado propuesto por los japoneses⁹⁰; para ello fueron nombrados por el marqués de Peña Plata, Ramón Blanco, a la sazón Gobernador General de Filipinas, dos delegados peritos en la administración filipina, Angel Avilés y Rafael Comenga, para que preparasen en Japón el nuevo tratado de comercio⁹¹.

Para entonces, Japón, que se había adaptado desde el punto de vista político (Constitución de 1889) y económico (nuevos códigos comerciales) a los modelos occidentales, se encontraba preparado para recabar de las potencias la revisión de los tratados: entre 1894 y 1896 firmó nuevos tratados, similares al anglo-japonés, con Francia, Italia, Alemania, Rusia, etc. Además, un nuevo paso para regular las relaciones comerciales y políticas con el exterior fue dado por el Gobierno japonés cuando tras la toma de Formosa, uno de los resultados de la guerra chino-japonesa, firmó el tratado de 1896 sobre residencia y comercio en Formosa, que vino a solucionar el contencioso que España tenía con el Imperio con motivo de la actividad en la isla de los dominicos españoles⁹².

El 15 de septiembre de 1894 Japón propuso decididamente la revisión del tratado de 1868⁹³; sin embargo, ese mismo año otra cuestión vino a complicar, al menos por parte española, las relaciones hispano-japonesas ya que al producirse la insurrección en Filipinas, las autoridades españolas creyeron ver la posibilidad de que Japón, o ciertos elementos japoneses, estuviesen fomentando el movimiento tagalo.

En este sentido se expresaba el Gobernador General de Filipinas cuando informó a Madrid de que en Yokohama se publi-

caba el periódico tagalo Kalayaan (La Libertad), dirigido por el filipino Marcelo H. del Pilar, íntimo amigo del español Morayta y que había trabajado en Madrid como director de La Solidaridad.

Destacaba el Gobernador General "la protección - a Marcelo H. del Pilar- más o menos encubierta del país en que habita (...) esa nación nueva llena de vanidad y de ilusiones y que no ha encontrado por lo pronto otro ideal que el de la expansión por el sur, ni más país conquistable o anexionables que Filipinas. Todo esto a pesar del Gobierno, cuyo proceder es correctísimo y prudente y no se deja llevar todavía de esas fantasías, pero que se hará el ignorante y el distraído si esos separatistas establecen allí su centro de acción (...) Mucha amistad y mucha corrección, pero campo libre a los filibusteros para organizarse y armarse en su territorio y proveer de recursos a los que aquí llegasen a levantarse en armas (...) Por eso, entre otras razones deseaba (...) un tratado de amistad y comercio para ver de cortar desde el primer momento esas ideas y atraerlos a nuestra amistad"⁹⁴.

El 27 de agosto, el ministro de Estado remitió al plenipotenciario en Tokio la R.O. n.º 29 por la que se le comunicaban las instrucciones acerca de la conducta que debía seguir para evitar que los "filibusteros" residentes en el Japón llevaran a cabo sus propósitos contra la soberanía española en el archipiélago oceánico, recordándole que con arreglo al tratado entre España y Japón de 12 de noviembre de 1868 (art. 4º, 5º, 6º y 7º), todos los súbditos españoles residentes en aquel Imperio estaban sujetos a la jurisdicción de las autoridades españolas allí constituídas. Por lo tanto, en caso de haber cometido Marcelo H.

del Pilar con ocasión de la publicación de su periódico algún delito o falta penado en las leyes españolas, el Plenipotenciario tenía capacidad para ordenar su procesamiento de conformidad con lo prescrito en el Reglamento para el ejercicio de la jurisdicción en China de 18 de noviembre de 1854, aplicado a Japón por R.O. de 11 de mayo de 1871, pudiendo, además, expulsar a todo súbdito español cuya permanencia pudiera considerarse perjudicial, u ordenar su traslado a Filipinas a disposición de las autoridades del archipiélago⁹⁵.

En septiembre había sido detenido en Filipinas uno de los cabecillas del movimiento independentista, Juan Castañeda, que prestó declaración ante la policía gubernativa para referirse a las relaciones entre los insurrectos filipinos y algunos japoneses⁹⁶. Dijo el detenido que estando en Japón, en Kobe y Yokohama, había varias familias de conspiradores filipinos⁹⁷ que habían contactado con ciertos japoneses como el profesor de Derecho S. Hirata y el comerciante Yosida. Suponía el mismo que el primero citado se entendía con un príncipe de la familia imperial residente en Tokio, y además que algunos filipinos trataban con el general Yamagata, aquel que fuera generalísimo en la guerra chino-japonesa.

Añadió Castañeda que existía un plan de auxilio de ciertos elementos japoneses a los insurrectos filipinos, comprometiéndose aquéllos a suministrarles cien mil rifles con municiones que pagarían en un número determinado de años a cambio de que los "filibusteros" favorecieran la emigración japonesa al archipiélago filipino.

Por el momento, y como señalaba el Gobernador General de

Filipinas⁹⁹, nada podía afirmarse "aún con respecto a las inteligencias entre los rebeldes y los japoneses, pero infunden sospechas las noticias que los mismos rebeldes propagan, y la llegada a esta capital de dos japoneses que están muy vigilados así como la reciente venida, pretextando asuntos comerciales, del señor Shimizu, cónsul de Japón en Hong Kong".

La actitud de la prensa japonesa con respecto a la insurrección fue muy desigual; así, mientras algunos periódicos como el Yim Simpo mostraron verdadera simpatía hacia España, otros, como el Kokunin Shimbun, extremaron sus ataques empleando para ello un lenguaje tan despectivo que el representante español en Tokio hubo de llamar la atención al gobierno japonés sobre el particular, obteniendo la promesa de que se tomarían las medidas necesarias a fin de que dicho periódico modificara su lenguaje al ocuparse de la cuestión⁹⁹.

Las reservas sobre la actitud del Japón con respecto a las posesiones españolas del Pacífico continuaban a la altura de estas fechas, y cualquier incidente que ocurriera, por nimio que fuese, despertaba nuevamente los recelos de las autoridades españolas.

Así, en ese mismo año de 1896, el Ministro Plenipotenciario de S.M. en Yokohama, José de la Rica y Calvo, daba cuenta del asesinato de un japonés en las islas Carolinas y de la actitud de ese Gobierno y de la prensa con tal motivo¹⁰⁰.

Breves sueltos en los periódicos de Tokio y de Yokohama de los dos primeros días del mes de abril de 1896 daban cuenta del asesinato, o pretendido asesinato, cometido por el hermano de un jefe indígena en las islas del grupo de Truck o Track, de las

Carolinan Centrales, en la persona de Akayama ShiroSaburo, empleado de Nonaka Mausuke, armador y negociante de mucha importancia en Tokio que se dedicaba al comercio con esas islas.

El asesinato se había cometido el 10 de febrero y traía noticias de él, así como de la agitación que en los residentes japoneses de la misma isla había producido uno de los empleados de la casa comercial.

Daban también cuenta esos sueltos de la conferencia que José de la Rica había celebrado con el Viceministro de Negocios Extranjeros, señor Hara; de la pretensión de los residentes japoneses y del comercio de Tokio en general de que se hiciera ante España la correspondiente reclamación y se enviara a aquellas aguas un buque de guerra para proteger las vidas e intereses de los súbditos japoneses.

Tras estos sueltos, siguieron los comentarios y excitaciones de casi toda la prensa japonesa, distinguiéndose en ella el Kokumin-Shimbum, que de un modo claro y hasta cínico señalaba este incidente como ocasión propicia para poner en práctica la política que tiene por lema la "expansión hacia el sur". Lo cierto es que este periódico no desaprovechaba la ocasión de excitar al pueblo japonés contra los derechos de España.

Aprovechando la conferencia que celebró el español en el Ministerio de Negocios Extranjeros acerca del Reglamento modificado de puertos, preguntó al señor Ibara qué era lo que había de verdad en lo que afirmaban los periódicos, contestando éste que, en efecto, la reclamación se había presentado y sería transmitida al Gobierno español por conducto del señor Soné, ministro Plenipotenciario en Francia y España, si bien era algo

incompleta y oscura y el Ministerio trataba de conocer más extensamente la verdad de lo ocurrido.

Lo que más temía el representante español era el envío de un buque de guerra japonés a las islas Carolinas, no por el hecho en sí ya que era algo normal entre naciones amigas el derecho de visita recíproco, sino porque el envío ya llevaba, gracias a las excitaciones de una parte de esa prensa una significación poco benévola para los derechos españoles, y además coincidiría con envíos análogos a los puertos de Corea donde realmente se estaban produciendo atentados y asesinatos contra súbditos japoneses; además, cualquier incidente tendría en esos momentos cierta gravedad, pudiendo producir comentarios de prensa peligrosos, excitar desconfianzas e imponer al Gobierno deberes mayores de los necesarios con daño de otros asuntos que en esos momentos reclamaban toda la atención y todos los elementos.

Así pues, aunque no se consideraba autorizado para nada, el Plenipotenciario creyó un deber recordar ante el Gobierno japonés la existencia de un estado soberano de las islas Carolinas, único administrador de justicia en ellas y más competente y en mejores condiciones que nadie para instruir averiguaciones y procesos; de un Estado que, además, estaba en relaciones de gran cordialidad con el Japón.

La circunstancia de envolver siempre en sus ataques al Kokumin-Shimbun al Gobierno del Marqués Ito con España le dio ocasión a de la Rica de refutar las afirmaciones ahí lanzadas, sin entrar en polémicas directas. Hizo ver cuán injusto era presentar a los ojos de Japón como expuestos a los peligros y mala voluntad el comercio y los comerciantes japoneses en

nuestros archipiélagos, como si España no tuviera interés en protegerlos; además España se había esforzado a mantener representación diplomática y consular con el Imperio para fomentar las relaciones de amistad.

El señor Haro replicó que los periódicos que así se expresaban eran enemigos del Gobierno y que por el momento nada podía hacer.

A los dos días, el Plenipotenciario se entrevistó con el Director de la Sección de comercio del Ministerio, de parte del conde Mutsu que había vuelto al ejercicio de sus funciones de Ministro después de una larga ausencia debido a una enfermedad, quien le habló de la excitación de la opinión pública y del gran interés del comercio de Tokio respecto a la solución del incidente.

En efecto, el señor Nonaka, uno de los principales comerciantes de la capital que poseía para el tráfico con los archipiélagos españoles más de treinta barcos de vela, había promovido reuniones y buscado el apoyo de profesionales de la prensa.

Tras su entrevista con el conde Mutsu, éste le comentó que el asunto no era tan importante como para quebrar la buena amistad entre los dos países, pero por eso mismo convenía a los dos Gobiernos no tenerle mucho tiempo pendiente. Al poco, el periódico ministerial Nichi-Shimbum comentó el asunto del asesinato, considerando exageradas las reclamaciones de otros periódicos e innecesario el envío de un buque de guerra; simplemente, el asunto debería quedar en una reclamación. Desde entonces, con excepción del Kokumin, la prensa había hablado con más calma del asunto, que finalmente, habría de quedar en manos

del Gobernador General de Filipinas.

La circunstancia de hallarse en crisis el Ministerio Ito había impedido al representante español, Luis de la Barrera, plantear la cuestión ante el Gobierno japonés durante cerca de dos meses. En octubre, con la subida del nuevo gabinete Matsukata y la designación del conde Okuma como ministro de Negocios Extranjeros, surgía, en opinión del español, un obstáculo casi insuperable para lograr que se permitiera a las autoridades consulares españolas arrestar o mandar a Manila a los "filibusteros", puesto que el conde "es el paladín de la completa soberanía de Japón con exclusión de toda jurisdicción extranjera"¹⁰¹.

El conde se oponía a que las autoridades españolas procedieran contra los que se consideraban delincuentes políticos según la legislación española, negando la cooperación necesaria de la política japonesa ya que era necesaria la presentación de pruebas que mostraran que esos españoles conspiraban desde Japón contra España; ello motivó el cambio de estrategia española: ya que no era posible suprimir los focos haciendo salir de Japón a los filipinos, se imponía la necesidad de estrechar la vigilancia allí mismo creando consulados de carrera en Kobe, Nagasaki y Takao (Formosa), con agentes de policía españoles¹⁰².

Es lógico que a la altura de esas fechas Japón vetara la petición española puesto que en los meses finales de 1896 la negociación sobre el nuevo tratado, en el que la cuestión de la extraterritorialidad era piedra de toque, estaba tomando un nuevo y definitivo impulso.

A finales de noviembre había llegado a Madrid el diplomático japonés Simichiro Kurino, nombrado ministro plenipotenciario por

el emperador Meiji para negociar y firmar el tratado hispano-japonés.

Las negociaciones comenzaron el 2 de diciembre, cuando tuvo lugar en el Ministerio de Estado la primera Conferencia de la Comisión integrada por el representante japonés y los delegados del gobierno español Guillermo J. de Osma, Luis Polo de Bernabé y Julio de Santiago. El Secretario de Embajada, Alfonso Merry del Val, desempeñó las funciones de Secretario de la Comisión, con auxilio del agregado diplomático Manuel Figuerola. El señor Adacti, Secretario de Legación, asistía al plenipotenciario japonés¹⁰³.

Después de varias conferencias, ambas partes llegaron a un acuerdo que cristalizó en el nuevo Tratado de Amistad y relaciones generales entre España y Japón, acompañado de un Protocolo, firmados en español e inglés en Madrid el 2 de enero de 1897¹⁰⁴, así como una nota concediendo ventajas arancelarias. Actuaron como ministros plenipotenciarios Sinichiro Kurino Shoshii por parte de Japón, y Carlos O'Donnell y Abreu, duque de Tetuán, por parte española. Las ratificaciones del Tratado, compuesto por veintiún artículos, fueron canjeadas en Tokio el 9 de septiembre de 1897, en virtud del artículo XXI, siendo publicado el 30 de octubre en la Gaceta de Madrid; habría de entrar en vigor antes del 17 de julio de 1899, idéntico año al consignado en el tratado anglo-japonés, rigiendo un año después de que el Gobierno de Emperador de Japón hubiese notificado al Gobierno de S.M. el Rey de España su intención de ponerlo en vigor (art. XX). Dicho tratado tendría una duración de doce años.

En líneas generales, parecían saldarse todas las cuestiones

pendientes entre ambos países; así, por el artículo 1° se establecía que "los súbditos de cada una de las dos Altas Partes contratantes tendrán completa libertad para penetrar, viajar o residir en cualquier lugar del territorio de la otra, y gozarán de plena y completa protección en sus propiedades y personas (...)".

En lo relativo a las inmunidades en materia judicial y administrativa, los japoneses no obtenían otros derechos que aquellos que gozaran los súbditos nacionales y, en cambio, se les concedían tan solo los que disfrutaban los súbditos de la nación más favorecida en lo tocante a la posesión y transmisión de bienes, teniendo en cuenta que la legislación vigente en el archipiélago filipino establecía determinadas limitaciones de los derechos de los extranjeros respecto de bienes realengos y fincas rústicas.

La cláusula del mismo artículo relativa a la libertad de conciencia y al ejercicio del culto se redactó de tal forma que cuanto se refiriera al particular quedaba subordinado a las leyes, ordenanzas y reglamentos interiores y, por lo tanto, a las limitaciones que establecía el artículo XI de la Constitución de 1876.

En el proyecto de tratado presentado por Japón, dicha cláusula quedaba redactada estableciendo que "los súbditos o ciudadanos de cada una de las dos Altas Partes contratantes gozarán, en el territorio de la otra, de completa libertad de conciencia y podrán, conforme a las leyes, ordenanzas y reglamentos, dedicarse al ejercicio privado o público de su culto; gozarán también del derecho de inhumar a sus respectivos nacionales según sus

costumbres religiosas, en puntos convenientes y apropiados que se establecerán y conservarán a este efecto".

Como la citada Constitución española no permitía más culto público que el de la religión católica, en el texto final del tratado dicha cuestión se resolvió suprimiendo el punto referente al ejercicio privado o público, para consignar únicamente el derecho a ejercer su culto, quedando de esta forma condicionado.

En el orden arancelario, durante las negociaciones España se preocupó por las consecuencias que para la producción y el comercio del archipiélago filipino pudiera entrañar la promulgación del arancel japonés, cuyas tarifas en 1896 aún se desconocían¹⁰⁵.

Desde el primer momento, se trató de obtener del negociador japonés el compromiso de una tarifa anexa que garantizara para los principales artículos de la exportación filipina beneficios análogos a los que por entonces disfrutaban en virtud del Arancel anexo al Tratado de 1868.

En las negociaciones, Japón vetó la concesión; partiendo del hecho de haber concedido el negociador japonés, contra su primitivo propósito, las tarifas anexas pactadas con Alemania, Francia y Gran Bretaña, y en el convenio con EEUU (aunque éste más tarde renunciara a ellas), argüía que el comercio de esos cuatro países representaba el 90% de la importación japonesa. A las demás potencias, incluso a Rusia e Italia, el gobierno japonés negó en los convenios las tarifas anexas que con insistencia solicitaban, pudiendo así aparecer el otorgamiento que a España se hiciera como una concesión contraria a la política del Imperio.

Por otra parte, el trato recíproco de nación más favorecida pactado por Japón en sus convenios comerciales y propuesto por el Kurino en la negociación con España, creaba dificultades, sobre todo porque en esos momentos las relaciones arancelarias de España con las principales potencias europeas se regían por acuerdos provisionales. De esta forma, ofrecería serios inconvenientes el consignar en un tratado, cuyos efectos habrían de subsistir hasta 1911, la concesión de todas las tarifas convencionales hasta la fecha pactadas por España, concesión que gratuita y espontáneamente se hizo en una R.O. de 20 de agosto de 1894, comunicada oficialmente al Gabinete de Tokio.

Ante estas consideraciones, y porque la dificultad para firmar un pacto comercial de tan larga duración nacía exclusivamente de la orientación distinta de la política arancelaria en ambas naciones, se optó de común acuerdo aplazar el pacto arancelario, que habría de ser objeto de un convenio especial cuya negociación se estipulaba en el art. 1º del Protocolo anexo¹⁰⁶.

En consecuencia, lo que se consignó finalmente en el tratado fue un modus vivendi que habiendo de durar, cuando menos, hasta el 17 de julio de 1899 o hasta la fecha ulterior en que empezara a regir aquél, garantizaba entre tanto a cambio de renunciar, como ya habían hecho las otras potencias, al arancel anexo de 1868, el trato de nación más favorecida en materia arancelaria a los productos y las procedencias de España y sus posesiones de Ultramar, que disfrutarían así, cuando se pusiera en vigor el nuevo arancel japonés, de todas las ventajas específicas que concedía el Imperio en sus tratados con Alemania, Francia y Gran Bretaña.

Al eliminarse del tratado las estipulaciones arancelarias, no correspondía el epígrafe de "Tratado de comercio" y así, finalmente, se sustituyó por el del "Tratado de Amistad y de relaciones generales".

De la concesión recíproca del trato general de nación más favorecida en materia comercial y de navegación, se excluyó cuanto hiciera referencia al régimen arancelario y a las especiales ventajas que España reservara a Portugal y a las Repúblicas Hispano-Americanas (art. XIV).

Al hacer extensiva a las provincias y posesiones ultramarinas de España las estipulaciones del tratado, se estableció por el artículo XVIII la limitación de que los efectos de dichas estipulaciones en Ultramar sólo regirían en cuanto lo permitieran las leyes de aquellas provincias y posesiones.

La cuestión de la jurisdicción consular se resolvió finalmente a favor de Japón, según se constata en el art. XIX: "El presente Tratado sustituirá, desde el día que empiece a regir, al de Amistad, Comercio y Navegación de 12 de noviembre de 1868, cuya fecha corresponde al 28° día del 9° mes del primer año de Meiji y al artículo adicional de la misma fecha, así como a cuantos Acuerdo y Convenios subsidiarios celebrados o existentes entre las dos Altas Partes contratantes, y desde el mismo día, dichos Tratado, Convenios, Arreglos y Acuerdos dejarán de ser obligatorios y, en su consecuencia, la jurisdicción que hasta ahora venía ejerciéndose por los Tribunales españoles en el Japón, y todos los privilegios, excepciones e inmunidades especiales de que venían gozando los súbditos españoles como parte de esta jurisdicción o como de ella derivados, cesarán y terminarán en

absoluto sin notificación, correspondiendo a y ejerciéndose desde este momento por Tribunales japoneses". Según el art. 5° del Protocolo, los asuntos que quedaran pendientes ante la jurisdicción consular española en el momento de la cesación de la misma, continuarían sujetos a ella hasta su final resolución.

En el art. 2° del mismo Protocolo se consignaban las cláusulas constitutivas del modus vivendi arancelario, conteniendo, además, otras estipulaciones encaminadas a facilitar la circulación de los españoles en el interior del Imperio mientras no entraran en vigor los nuevos tratados que abrían aquél por completo a los súbditos de las Potencias contratantes (art. 3°).

El séptimo y último artículo del Protocolo se refería a la naturalización de los respectivos súbditos españoles y japoneses, comprometiéndose las Partes contratantes a notificarse las naturalizaciones que a los súbditos de la otra concediera, sin cuyo requisito no surtirían efecto alguno en el país de origen y para sus Autoridades. Se expresaba igualmente que se entendía que renunciaban implícitamente a la nacionalidad adquirida los súbditos nacionalizados que regresaran al país de su origen sin intención de volver al de adopción, admitiéndose que el residir por espacio de un año en el país de origen constituiría una prueba de que el súbdito nacionalizado no se proponía regresar al país de su nueva nacionalidad.

Desde la firma del tratado, las relaciones hispano-japonesas parecían emprender un nuevo camino. Así, en principio, comenzaron a disiparse los temores españoles sobre las pretensiones japonesas en Filipinas, como señalaba el ministro plenipotenciario un mes después al comentar nuevamente el asunto de Juan

Castañeda: "se me ha manifestado la ocasión de manifestar la creencia que abrigo de que el gobierno japonés no apoya la insurrección tagala"¹⁰⁷. Aun en el caso de que Japón estuviera interesado en el archipiélago español, consideraba Barrera que las naciones europeas no iban a consentir en ese momento lo que no permitieron meses atrás, haciendo una clara alusión a las consecuencias de la guerra sino-japonesa y a la imposición de las tres potencias occidentales.

España aún creía en el "concierto" de las potencias interesadas en el statu quo del mundo asiático, y precisamente en ese "concierto" quiso basar su seguridad. Pero es evidente que entre 1897-1898 se asiste al total aislamiento de España en el área, justo cuando está variando el sistema de alianzas.

La firma en 1897 del Convenio ruso-japonés sobre Corea representaba, en opinión del representante español en Tokio, una derrota para la influencia japonesa en la península coreana, aunque se le reconociera el derecho a tener tropas allí estacionadas para vigilar el cable telegráfico entre Fusán y Seúl¹⁰⁸. Ante el avance ruso, Barrera señaló la posibilidad de una alianza anglo-japonesa en el futuro, cuando Japón estuviera plenamente desarrollado¹⁰⁹.

Además, se temía el hecho de que a cambio de obtener la renuncia de toda mira del Japón en Corea, Rusia se comprometía a no coartar su libertad de acción en las islas oceánicas, lo que parecía poner en peligro la soberanía española en los archipiélagos del Pacífico. Por otro lado, no hay que olvidar que Rusia y Francia son aliadas europeas.

¿Cuál fue la postura de Japón en 1898?; hay una serie de

elementos que permiten, al menos, especular sobre la postura del país asiático.

Es sabido que enviaron barcos como observadores en el momento del conflicto hispano-norteamericano en su escenario filipino, y en este sentido conviene recordar que las relaciones de Japón con esa "alianza anglosajona"¹¹⁰ eran relativamente buenas, especialmente con Gran Bretaña desde 1894.

El 6 de abril de 1898 el Japan Daily Mail insertaba en sus páginas un artículo sobre la opinión pública japonesa ante la cuestión de Extremo Oriente, señalando que, especialmente los progresistas japoneses, la idea general era que la retención de Wei-hai-wei era esencial para mantener la influencia de Japón en el concierto de las naciones¹¹¹. Además, en el artículo se señalaba que algunos periódicos, como el liberal Tokyo Shimbun, recelaban de la postura británica y criticaban la actitud rusa; otros, como el Mainichi Shimbun, órgano de los progresistas, atacaba al Gabinete con vehemencia, indicando que la política del Marqués Ito destruía el prestigio ganado por Japón en la guerra contra China, protestando enérgicamente cuando Alemania tomó Kiao-chou y Rusia Talien y Port Arthur, precisamente en unos momentos en los que el Gobierno japonés permaneció totalmente en silencio. Para este periódico la solución era clara: o Alemania y Rusia renunciaban a sus adquisiciones, o Japón debía obtener ventajas similares para que la situación de igualdad entre las Potencias no se alterase.

A lo largo del mes de abril, la prensa japonesa se interesó activamente por los asuntos de Extremo Oriente, insertando artículos sobre los rumores de una posible ocupación de Port

Arthur por la flota británica que, aunque simple conjeturas, afectaban vivamente a las relaciones de ambos países en lo que a la opinión pública se refiere, siendo otra de las cuestiones suscitadas en la prensa el rumor de las demandas de Gran Bretaña sobre Wei-hai-wei¹¹².

El 9 de abril de 1898, el periódico japonés Kokumin señalaba en un artículo sobre "Gran Bretaña y Japón en la balanza de poder en Extremo Oriente" que la reciente actitud de Gran Bretaña con respecto a la cuestión de Extremo Oriente debía ser retomada ya que parecía que había algunas negociaciones con Alemania¹¹³. La opinión del periódico era que siempre habían pensado que un acuerdo entre Inglaterra y Japón podría prestar un gran servicio en la preservación de la balanza de poder en la zona ya que los intereses de ambos países eran idénticos. En opinión de ambos, la ocupación de Port Arthur por Rusia había destruido la balanza de poder, siendo también interés de ambos que nadie pudiese tomar Wei-hai-wei. En cualquier caso, si alguno de los dos obtenía la citada plaza, el otro podría obtener una equivalente en cualquier otra parte, siendo el deseo de este periódico el que así se hiciese de cara a preservar la citada balanza.

Que a Japón le interesaba el futuro de las islas Filipinas en el marco de la guerra hispano-norteamericana, es una cuestión clara, siguiéndose en el país muy atentamente el desarrollo y probable desenlace de la misma. Así, en la Cámara Baja de la Dieta Imperial, el 25 de mayo de 1898 se le dirigió una pregunta al Gobierno en la que se señalaba que los periódicos americanos informaban de que era intención privada de EEUU controlar y mantener las islas Filipinas hasta el final de la guerra y

venderlas más tarde a cierta potencia europea muy poderosa en el caso de que España no pudiera pagar una indemnización; siendo imposible juzgar si era cierto o no, pero suponiendo que sí, era necesario que Japón, de antemano, se interesase por el asunto y decidiera cuál sería su postura al respecto; no obstante, el ministro de Negocios Extranjeros, en la pregunta que se le hizo el 1 de junio, declinó dar una respuesta a tan hipotética cuestión¹¹⁴.

En julio de 1898 el ministro japonés se entrevistó con el representante británico en Tokio para comentar las bases de la negociación de paz entre España y Estados Unidos y, especialmente, para interesarse por el futuro de las islas Filipinas¹¹⁵ y sobre cuál sería la posición británica al respecto, afirmando que Japón no tendría inconveniente en que el archipiélago, o bien pasara a manos americanas o bien siguiese perteneciendo a España; en cualquier caso, señalaba que si aquél fuese transferido a alguna potencia europea, especialmente continental, Japón lo consideraría como una medida no grata. De este modo, los japoneses no se opusieron a la acción americana en Filipinas y es más, cuando en enero de 1899 un grupo de filipinos se entrevistó, en visita privada, con el conde Aoki, por entonces ministro de Negocios Extranjeros, en demanda de ayuda y apoyo contra EEUU basándose en el interés japonés por frenar la expansión occidental en Extremo Oriente, el ministro declinó cualquier tipo de injerencia japonesa en unos asuntos que, en su opinión, correspondían exclusivamente a filipinos y a americanos¹¹⁶.

En septiembre de 1898, el Primer ministro japonés se entrevis-

tó con el representante británico en aquel Imperio, Ernest Satow, informándole de que el Gobierno japonés había solicitado repetidamente al de EEUU información sobre sus intenciones con respecto al futuro de las islas Filipinas¹⁷, aunque sin recibir respuesta inmediata.

El Primer ministro vino a decir que él entendía que en el Gabinete americano había división de opiniones con respecto a la retención del archipiélago, estando cinco de estos miembros en contra, entre los que destacaba al Secretario de Estado Mr. Day, y otros tres a favor, por ejemplo, el Secretario de Guerra. Igualmente, y en su opinión, en el Senado se apoyaba la anexión. De los cinco comisionados nombrados para negociar el tratado de paz, tres eran senadores y, por tanto, favorables a la anexión, mientras que Mr. Day, y como queda señalado, estaba en contra.

Por el momento, y aunque esta Comisión se había reunido con el Gobierno para tratar el asunto, aún no había ninguna respuesta, lo que había llevado al ministro japonés a proponer al Gobierno de Estados Unidos que, en el supuesto que no se produjera la anexión, Japón como potencia emergente y Estados Unidos y Gran Bretaña como potencias que tenían muchos intereses en Extremo Oriente, podrían actuar conjuntas para dilucidar el futuro de Filipinas y, en este sentido, había nombrado a Mr. Kato como representante ante el Gobierno británico para tratar sobre el asunto, no habiendo recibido, en la fecha, todavía ninguna respuesta.

De esta forma, y por lo que se refiere a EEUU, además de la inauguración en los años 70 de la línea de vapores americanos que enlazaba San Francisco con Yokohama, era además el principal

comprador de té y tejidos japoneses¹¹⁸, lo que significa que las relaciones entre ambos países eran buenas; por otro lado, en 1899 la Nippon Iusen Kaisha construyó, a su vez, la línea que enlazaría los mismos puertos.

No cabe duda de que Japón era uno de los países más interesados en el Pacífico español, como se demostró en 1918. Ahora bien, si en 1899 Marianas -salvo Guam-, Carolinas y Palaos fueron finalmente compradas por Alemania, cuando parecía que el principal candidato era Japón, pudo ser porque el país asiático no era considerado por las demás naciones como la gran potencia que sería poco después.

En enero de ese mismo año, el representante español en aquel Imperio, al comentar la visita a China y Japón del contralmirante lord Charles Beresford, comisionado por las Cámaras de Comercio inglesas para estudiar el estado del comercio extranjero y el medio de desarrollar el tráfico de Gran Bretaña con el Celeste Imperio, señalaba que el fin de aquél era "hacer propaganda en favor de la unión a que aspira Gran Bretaña con el Japón, con los Estados Unidos y también ahora parece que con Alemania, unión que bajo el nombre y pretextos mercantiles, no sería ni menos que una verdadera alianza política", en contraposición a los intereses franceses y rusos en China; "aunque la misión de lord Beresford no tiene carácter oficial, no es aventurado suponer que cuenta con el apoyo y las simpatías del Gabinete de Londres, quien convencido de la absoluta necesidad de cambiar la política de aislamiento hasta ahora seguida por la Gran Bretaña y ansioso de aliarse con Estados Unidos y con Japón, vería colmada esas aspiraciones si además de estas dos poderosas naciones pudiera

atraerse también a Alemania aprovechando la comunidad de intereses comerciales que los cuatro estados tienen en Extremo Oriente (...) ¿Llegará a constituirse la cuádruple alianza por que con tanta convicción y entusiasmo aboga ahora el marino inglés?"¹¹⁹.

Aunque se equivocaba el observador español, no así en la alianza anglo-japonesa, en cualquier caso es una buena muestra de cómo aún, cuando España estaba prácticamente fuera de la zona, se seguía viendo a Japón como un estado expansionista y extremadamente poderoso¹²⁰.

Los temores españoles hacia las supuestas petensiones japonesas a lo largo de la "era del Imperialismo" pueden ser fundados o no; ahora bien, una cosa es evidente: la expansión japonesa hacia el sur siguió dos líneas claras, hacia suroeste y sureste, y en cada una de ellas se encontraban las posesiones españolas, Filipinas y Marianas, respectivamente.

Durante la última década del siglo XIX la atención del Gobierno japonés se centró en las islas del sur del Pacífico. Así, durante un breve período, se consideró la posibilidad de comprar una porción de la isla de Santos, en Nuevas Hébridas, con la intención de establecer allí colonos agrícolas japoneses¹²¹, en una época en la que en la que algunos inmigrantes japoneses estaban trabajando no sólo en las minas francesas de Nueva Caledonia, sino también en empresas británicas y australianas que tenían intereses comerciales y agrícolas en el Pacífico Sur. Hacia 1900, y en un período que se extiende hasta

la Primera Guerra Mundial, los intereses japoneses comenzaron a ser más activos en el área de la Micronesia, especialmente en lo que se refiere a actividades comerciales (copra). En cualquier caso, entre 1890 y 1915, los esfuerzos del capital japonés y sus trabajadores se debió a iniciativa privada, siendo esa en última fecha cuando el Gobierno japonés comenzó a desarrollar sus propios intereses comerciales e industriales en las islas del Sur.

De todas formas, no fue Japón quien acabó apoderándose de aquéllas sino que los hicieron dos potencias occidentales cuando, paradójicamente, España creyó ver en el conjunto de potencias la seguridad del Pacífico español.

Es discutible la idea de un Japón expansionista a costa de las posesiones españolas, como así se creyó a finales del siglo pasado. Que Japón las ambicionara parece lógico, pero lo que está claro es que no iba a provocar ningún tipo de incidente para conseguirlas; además, había conciencia de la debilidad de España, que era una potencia de segundo orden, pero occidental en definitiva. Esperar a que la situación internacional fuera favorable para la adquisición es, de hecho, lo que finalmente ocurrió.

Conviene recordar que las relaciones hispano-japonesas tuvieron como telón de fondo la incidencia de otras políticas occidentales, en clara referencia a la posición británica. Y ello por tres razones: primero, porque la conservación del Imperio español en el Pacífico dependía de la anuencia británica; segundo, porque este país fue quien mejores relaciones mantuvo con Japón a lo largo de estos años, y tercero, porque Gran

Bretaña era la potencia más importante en la fecha por su posición en Extremo Oriente.

Estos tres elementos son los suficientemente importantes como para condicionar unas relaciones que no dependían única y exclusivamente de los dos países interesados, España y Japón.

NOTAS

1. ARCHIVO DEL MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES (AMAE), Negociación n° 368 (s. XIX): Memorandum relativo a los derechos de la soberanía de España en las islas Carolinas (sin autor), Madrid, 10 septiembre 1885.
2. Jean Ingran BROOKES: International Rivalry in the Pacific Islands, 1800-1875, University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1941, p. 316.
3. AMAE, Filipinas, leg. 2959: Protocolo sobre Joló, Madrid, 11 marzo 1877. Firmado por el Ministro de Estado Manuel Silvela, el Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de S.M. Británica A.H. Layard, y el conde Hatzfeldt, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de S.M. el Emperador de Alemania.
4. ARCHIVO MUSEO D. ALVARO DE BAZAN (AMAB), Sección Comisión Liquidadora en Filipinas, leg. n° R.I. a-1: Libertad de tráfico y comercio en los mares de Joló, Manila, 7 junio 1877.
5. AMAE, Negociación n° 368 (s. XIX): Al Excmo. Sr. Ministro de Estado, el Ministro Plenipotenciario de S.M., Berlín, 11 agosto 1885. En este despacho, Benomar se refiere a despachos anteriores sobre la cuestión de Carolinas y Palaos.
6. AMAE, Negociación n° 368 (s. XIX): Al Excmo. Sr. Ministro de Estado, el ministro Plenipotenciario de S.M., conde de Benomar, Berlín, 28 enero 1885. En la citada carta incluye referencias a otras anteriores remitidas a Madrid en 1883.
7. El 8 de enero de 1886 Gran Bretaña reconocía la soberanía española en las islas Carolinas y Palaos; ver AMAE, Tratado y Negociación n° 369 (s. XIX): Protocolo entre España y Gran Bretaña, Madrid, 8 enero 1886. Firmaron Segismundo Moret, ministro de Estado, y Francis Clare Ford, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de S.M. Británica. En realidad, se trataba de una subrogación al protocolo hispano-alemán firmado en Roma el 17 de diciembre de 1885 por el marqués de Molins y por Schloezer (AMAE, Negociación n° 368); en este último, y por un artículo especial (el 5°), se concedía a Alemania la facultad de establecer una estación naval y un depósito de carbón piedra en las islas Carolinas y Palaos, pero esta concesión no se hizo extensible a Gran Bretaña, habiendo declarado su representante en Madrid, con fecha 4 de enero, que su Gobierno no insistía en este punto. El Gobierno alemán también renunció posteriormente a establecer la estación naval y los depósitos indicados.
8. AMAE, Filipinas, leg. 2963: Declarations between the Governments of Great Britain and the German Empire relating to the demarcation of the British and German spheres of influence in the western Pacific, and to reciprocal freedom of trade and commerce

in the British and German possessions and protectorates in those regions, Berlín, 1886. El 6 de abril se firmó la primera parte de la Declaración y el día 10 la segunda parte relativa a la libertad de comercio, rubricadas ambas por Edward Baldwin Malet, Embajador Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de S.M. Británica, y el conde Herbert Bismarck, subsecretario de Estado para Asuntos Extranjeros de S.M. Imperial. La Declaración entraría en vigor una vez firmada.

9. John W. HALL: El Imperio japonés, Madrid, Siglo XXI, 1984, pp. 274-276.

Un adelanto sobre este tema puede consultarse en Belén POZUELO MASCARAQUE: "Las relaciones hispano-japonesas en la época del Nuevo Imperialismo (1885-1899)", en Revista Española del Pacífico, n° 5, Madrid, AEEP/AECI, 1995, pp. 79-107.

10. La crisis de las Carolinas ha sido estudiada, entre otros, por Vicente PALACIO ATARD: La cuestión de las islas Carolinas. Un conflicto entre España y la Alemania bismarckiana, Universidad Católica de Santiago de Chile, 1969; Cristóbal ROBLES MUÑOZ: "El protocolo hispano-alemán de 1885 sobre las Carolinas y Palaos. El arbitraje de León XIII", en Misionalia Hispanica, Madrid, 1989, vol. XLIII, pp. 101-141; Dolores ELIZALDE PÉREZ-GRUESO: España en el Pacífico. La colonia de las Carolinas, 1885-1899, Madrid, CSIC-AECI, 1992, Colección de Historia; y Carlos CORRAL y Franco DÍAZ DE CERIO: La mediación de León XIII en el conflicto de las Carolinas, Editorial Complutense/Universidad Pontificia de Comillas, Madrid, 1995.

11. ARCHIVO GENERAL DE PALACIO (AGP), Caja 12817/4: Memoria sobre política exterior, por Segismundo Moret, Madrid, 20 noviembre 1888.

12. Las fuentes que se han consultado proceden principalmente del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Madrid (AMAE); el grueso de estos documentos es de carácter diplomático, aunque se complementa con diferentes informes, de marinos por ejemplo, y con la prensa japonesa transmitida por esos diplomáticos.

Para una visión más completa de las relaciones hispano-japonesas desde 1868, consultar el artículo de Luis E. TOGORES SANCHES: "El inicio de las relaciones hispano-japonesas en la época contemporánea (1868-1885)", en Revista Española del Pacífico, n° 5, Madrid, AEEP/AECI, 1995, pp. 17-43. Del mismo autor, Extremo Oriente en la Política Exterior de España (1830-1885), Madrid, Biblioteca Universitaria, 1997, pp. 231-276.

De igual interés es el artículo de M^a Dolores ELIZALDE PÉREZ-GRUESO: "Japón y el sistema colonial de España en el Pacífico", en Revista Española del Pacífico, n° 5, Madrid, AEEP/AECI, 1995, pp. 43-79.

Hace ya bastantes años se publicó el libro de Josefa M. SANIEL: Japan and the Philippines, 1868-1898, University of the Philippines Press, Quezon City, 1969, que aborda en gran parte

esta misma temática, más amplia cronológicamente, utilizando sobre todo fuentes japonesas. La lectura del mismo viene a confirmar que no eran infundados los temores españoles ante el expansionismo japonés ya que, en efecto, las islas Filipinas aparecían como un área de posible expansión japonesa, si bien la dificultad radicaba en el hecho de que en la zona ejercían su hegemonía las potencias occidentales ante las cuales Japón buscaba su propio reconocimiento; es por ello por lo que la postura "oficial" del país asiático fue más cautelosa en sus relaciones con España, aunque no así el grueso de los grupos nacionalistas japoneses que reclamaban la expansión de su país hacia el sur.

13. SANIEL, op. cit., pp. 35-67, destaca los años 1868-1888 como las "décadas de prueba", cuando se producen los primeros esfuerzos por desarrollar relaciones entre Japón y Filipinas, siendo el objetivo el estimular las relaciones comerciales y la inmigración de braceros japoneses a Filipinas; el punto culminante se sitúa en 1888 con el establecimiento del primer consulado japonés en Manila, abierto en enero del año siguiente a cargo de Yatabe Umekichi. Dicho Consulado estuvo cerrado entre 1893-1896, entre otras razones, por lo escaso del comercio entre Japón y Filipinas, y se reabrió en octubre de 1896.

14. S. ORABE: Cuestión de Indochina, Manila, 1862.

15. AMAE, Sección Correspondencia con Embajadas y Legaciones, Japón, legajo H 1633: Encargado de Negocios a Ministro de Estado, Tokio, 3 de diciembre de 1887.

16. Así lo reconoce el Encargado de Negocios en Yokohama en sus despachos al ministro de Estado; ver AMAE, Sección Correspondencia, leg. H 1632.

17. AMAE, Ibídem, leg. H 1632: Ministro de Ultramar a Ministro de Estado, Madrid, 24 de octubre de 1880.

Según SANIEL, op. cit., p. 82, ya en 1876 Enomoto Takeaki, entonces ministro japonés en Rusia, instó a Ueno Kagenori, ministro en España y Portugal, a que extraoficialmente consultara al gobierno español la posibilidad de vender a Japón las islas Marianas.

18. D.A. FARREL: History of the Northern Mariana Islands, Commonwealth of the Northern Mariana Islands, Public School System, 1991, p. 222.

19. J. SANIEL, op. cit., pp. 60-61.

20. AMAE, Sección de Política Exterior, Japón leg. H 2537: Encargado de Negocios a ministro de Estado, Tokio, 14 de noviembre de 1888.

Citado también por SANIEL, op. cit., p. 64.

21. PHILIPPINE NATIONAL ARCHIVES (PNA), PNA 19, Exp. 28, Fol. 1-11: Expediente promovido por el Gobernador de Marianas sobre la

conveniencia en aquellas islas de la inmigración japonesa o carolina, Agaña, 15 diciembre 1891.

22. PNA, PNA 18, Exp. 28, Fol. 1-11: Gobierno General de Filipinas a Gobernador de Marianas, Manila, 3 febrero 1892.

23. En 1870 llegaron a Yokohama por primera vez dos buques mercantes españoles, el "Altagracia", procedente de Saigón, y el "Serafín", de Manila, ambos con cargamento de arroz. Dos años después llegó a Manila el primer barco con bandera japonesa, también con cargamento de arroz. Cuatro años más tarde, hay una serie de proyectos para establecer el comercio directo entre ambos archipiélagos, puesto que hasta entonces se realizaba vía Hong Kong. Al respecto, puede consultarse la documentación de AMAE, Sección Correspondencia, leg. H 1632.

Sobre las relaciones comerciales y los diferentes intentos para establecer una línea de vapores directa entre Japón y Filipinas, ver el capítulo V del libro de SANIEL.

24. AMAE, Sección Correspondencia, leg. H 1633: Encargado de Negocios a ministro de Estado, Tokio, 3 de diciembre de 1887.

25. AMAE, Negociación nº 506 (s. XIX): El señor Odón Viñals realizó un viaje a Japón con objeto de establecer una casa comercial en Tokio, como así hizo en 1888. A su regreso a España, se entrevistó con el entonces ministro de Gobernación, Segismundo Moret, recomendándole la conveniencia de que el Gobierno tomara algunas medidas para fomentar el comercio con Japón.

26. AMAE, Sección Correspondencia, leg. H 1633: Encargado de Negocios a ministro de Estado, Tokio, 3 diciembre 1887.

27. AMAE, Negociación nº 506 (s. XIX): Conde de Benomar a ministro de Estado, Berlín, 21 de junio de 1888.

28. Ibídem: Carta de Odón Viñals a ministro de Gobernación, Barcelona, 17 de julio de 1888.

29. Boletín de la Cámara de Comercio de Manila. 15 de noviembre de 1890.

30. AMAB, Sección Fondo documental de Cartagena, leg. M VI a: Expediente sobre formación extraña de una compañía de navegación japonesa entre el Japón y las colonias filipinas: Dirección General de la Administración Civil de las islas Filipinas a Comandante General del Apostadero, Manila, 3 de septiembre de 1889.

31. AMAB, Sección Fondo documental de Cartagena, leg. M VI a: Expediente sobre formación extraña de una Compañía de navegación japonesa: Informe-dictamen emitido por la sección de Filipinas del Consejo de Ultramar sobre el establecimiento de una línea de vapores al Japón, Manila, año 1889.

32. AMAE, Sección de Política Exterior, leg. H 2538: Encargado de Negocios a ministro de Estado, Yokohama, 7 de diciembre de 1890. También, en SANIEL, op. cit. p. 127.

33. AMAE, Sección Correspondencia, leg. H 1633: Ministro Plenipotenciario a ministro de Estado, Tokio, 10 de diciembre de 1890.

34. G. C. ALLEN: Breve historia económica del Japón moderno, Madrid, Tecnos, 1980. Para la economía de esta fase, ver los cinco primeros capítulos.

35. AMAE, Sección Correspondencia, leg. H 1633: Ministro Plenipotenciario a ministro de Estado, Tokio, 10 diciembre 1890.

36. AMAB, Sección Fondo Documental de Cartagena, leg. M. VII. a: Expediente sobre el proyecto de una línea de vapores entre este archipiélago y los puertos de China y Japón, año 1894: Oficio del Gobierno General de Filipinas, Manila, 13 marzo 1894.

37. AMAB, Sección Fondo documental de Cartagena, leg. M. VII-a: Expediente sobre proyecto ...: Copia del acuerdo relativo a que en los Presupuestos del Estado se consignen ciento veinte mil pesos para el sostenimiento de una línea de vapores-correo entre Manila y el Japón, año 1894.

38. AMAE, Filipinas, leg. H 2963: Luis del Castillo, ministro Plenipotenciario, a ministro de Estado, Tokio, 14 de abril de 1891. La concesión de la línea al grupo japonés queda reflejada en la documentación española, si bien J. Saniel señala que aún a la altura de 1895 no se había acordado nada al respecto, aunque durante los años 1889-1898 se incrementara sustancialmente el comercio entre Japón y Filipinas.

39. Es evidente que la penetración japonesa en Micronesia no arranca del final de la Primera Guerra Mundial con el establecimiento del sistema de Mandatos sino que sus raíces se gestaron al poco tiempo de la revolución Meiji.

Entre 1885 y 1914 el interés Meiji en los Mares del Sur estará alimentado por la general admiración de la expansión marítima occidental y por la introducción de las ideas malthusianas sobre el crecimiento de la población, idea ésta esgrimida por muchos historiadores del Japón para intentar comprender el origen de un expansionismo que tendrá en Enomoto Takeaki, que habría de desempeñar diferentes ministerios a lo largo de estos años, su principal protagonista: su visión del comercio, establecimientos y expansión marítima hacia el Pacífico tropical pronto calará en la población.

Ver sobre este aspecto el libro de Mark R. PEATTIE: Nan'yo. The Rise and Fall of the Japanese in Micronesia, 1885-1945, University of Hawaii Press, Pacific Islands Monograph Series n° 4, 1988, especialmente el capítulo I. Igualmente, J. Saniel, op. cit., p. 147, señala que los recelos españoles hacia Japón se derivaron de los movimientos de éste en Oceanía, la guerra chino-japonesa y, como resultado de ésta, el avance hacia el sur y la toma de Formosa.

40. AMAE, Filipinas, leg. H 2963: Ministro Plenipotenciario a Gobernador General de Filipinas, Tokio, 17 de julio de 1891.

41. AMAE, Sección de Política Exterior, leg. H 2537: Ministro Plenipotenciario a ministro de Estado, Tokio, 19 de junio de 1891.

42. En 1880, los japoneses propusieron la compra de las islas Marianas para hacer de ellas una colonia penitenciaria; poco antes, el Gobernador Político-Militar del archipiélago de la Micronesia había sugerido la posibilidad de establecer allí una colonia penitenciaria, pero para España. En 1887, cuando Terreros abandonó su cargo de Gobernador General de Filipinas, se dirigió al Japón, donde le propusieron una nueva oferta de compra de las islas.

43. AMAE, Sección Correspondencia, leg. H 1633: Ministro Plenipotenciario a ministro de Estado, Yokohama, 2 de marzo de 1890.

44. AMAB, Sección Fondo documental de Cartagena, leg. M. VI a: Expediente sobre formación extraña de una Compañía de navegación japonesa entre el Japón y las colonias filipinas, año 1891: Capitanía del Puerto de San Luis de Apra a Comandante General del Apostadero de Filipinas, Piti (Agaña), 18 agosto 1891.

45. AMAB, Sección Fondo documental de Cartagena, leg. M VI a: Expediente sobre formación extraña ...: Capitanía de Puerto de San Luis de Apra a Comandante General del Apostadero de Filipinas, Piti (Agaña), 17 agosto 1891.

46. AMAE, Filipinas, leg. H 2963: Ministro Plenipotenciario a ministro de Estado, Yokohama, 27 de mayo de 1890.

Sobre las bases ideológicas del expansionismo japonés, que se concretan en un exacerbado nacionalismo (a través de la prensa, sociedades geográficas y patrióticas, etc.) y sobre los motivos del mismo, ver los capítulos III y IV del libro de SANIEL, y, en concreto sobre las Sulphur, op. cit., p. 152 y ss.

47. AMAE, Filipinas, leg. H 2963: Ministro Plenipotenciario a ministro de Estado, Yokohama, 21 de septiembre de 1891.

48. AMAE, Ibídem, Tokio, 20 de septiembre de 1891.

49. AMAE, Ibídem, Tokio, 4 de septiembre de 1891.

50. AMAE, Ibídem, Tokio, 4 de noviembre de 1891.

51. Los intereses de unos cuantos japoneses en Palaos chocaron con la presencia de religiosos capuchinos españoles, teniendo lugar un incidente, sin importancia, en Gorcor en 1891. El 7 de mayo de 1892 fondearon de nuevo ciertos japoneses en la citada isla, creando una pequeña casa de comercio.

52. En 1892 arribaron unos cuantos barcos japoneses a Marianas y Carolinas, llevando cargamentos de diferentes productos; a cambio, compraban balate, copra, pescado seco, etc. Los manifies-

tos de dichos barcos pueden consultarse en el SERVICIO HISTÓRICO MILITAR (SHM), Madrid, Sección de Africa y Ultramar, Filipinas, leg. 8.

Para J. Saniel, *op. cit.*, pp. 147 y ss., cuando los japoneses comenzaron el citado comercio, los recelos españoles aumentaron ante la posibilidad de que el objetivo último de Japón fuera la adquisición de los archipiélagos españoles de la Micronesia.

53. AMAE, Filipinas, leg. H 2963: Informe del Ministerio de Estado, Madrid, 15 noviembre 1891.

54. AMAB, Sección Comisión Liquidadora de las islas Filipinas, leg. R.I. a-1: Colonización de Ponapé por una Compañía japonesa: Gobierno General de Filipinas a Comandante General de Marina, Manila, 10 octubre 1891.

55. AMAB, Sección Comisión Liquidadora de las islas Filipinas, leg. R.I. a-1: Ibídem: Gobierno General de Filipinas al Comandante General del Apostadero, Manila, 11 febrero 1892, remitiendo el informe del Ministro Plenipotenciario.

56. PNA, PNA 29, Exp. 28, Fol. 1-36b: Expediente presentando las preguntas a algunos japoneses, con sus respuestas, sobre su condición relativa a las autoridades españolas, Agaña, 24 junio 1897 (44814-E1).

57. PNA, PNA 29, Exp. 28: Gobernadorcillo de San Isidro de Garapan a Gobernador de Marianas, San Isidro de Garapan, Saipan, 24 mayo 1897.

58. PNA, PNA 29, Exp. 30, Fol. 9-18b: Expediente sobre el contrato celebrado en la isla de Saipan entre D. Joaquín de León Guerrero y la Casa japonesa <Nonaka Nanvo-Shokai>, Manila, 23 agosto 1897 (44816-E1).

59. PNA, PNA 29, Exp. 28: Expediente sobre el medio de evitar que los concesionarios de terrenos del Estado celebren contratos sin intervención de las autoridades, Manila, 23 septiembre 1897.

60. AMAE, Filipinas, leg. H 2963: Ministro Plenipotenciario a ministro de Estado, Tokio, 11 de noviembre de 1891.

61. Ibídem: Gobernador General de Filipinas a ministro de Ultramar, Manila, 7 de marzo de 1892.

62. Ibídem: Ministro Plenipotenciario a ministro de Estado, Tokio, 5 de febrero de 1892.

63. Ibídem, Tokio, 28 de febrero de 1892.

64. Ibídem, Tokio, 1 y 25 de abril de 1892. La medida de nombrar agregados militar y naval no será retomada hasta 1894.

65. AMAE, Sección Correspondencia, H 1633: Informe de la Sección de Política del Ministerio de Estado sobre el resultado de la expedición, Madrid, 20 de diciembre de 1892.

66. AMAE, Filipinas, legs. H 2963 y H 2964: Informe de Pita da Veiga al Gobernador General de Filipinas, Manila, 26 de junio de 1892. En cada uno de los legajos se encuentra una copia del original.

Este informe también puede consultarse en AMAB, Sección Comisión Liquidadora en Filipinas, leg. R.I. a-1: Memoria de un viaje a Japón, año 1892.

67. Curiosamente, es lo que ocurriría en Guam en 1898.

68. AMAE, Sección Correspondencia, leg. H 1633: Informe del ministro de Estado, Madrid, 20 de diciembre de 1892.

69. AMAE, Sección de Política Exterior, leg. H 2537: Ministro Plenipotenciario a ministro de Estado, Tokio, 14 de mayo de 1893.

70. Ibídem, Tokio, 2 de julio de 1894.

71. AMAE, Filipinas, leg. H 2963: Ministro de Estado a Presidente del Consejo de Ministros, Madrid, 13 de octubre de 1894.

72. Mark R. PEATTIE: "Japanese Attitudes Toward Colonialism, 1895-1945", pp. 82-83, en Ramon H. MAYERS y M.R. PEATTIE (Eds.): The Japanese Colonial Empire, 1895-1945. Princenton University Press, Princenton N.J., 1990.

73. AMAE, Sección de Política Exterior, leg. H 2538: Ministro Plenipotenciario a ministro de Estado, Tokio, 8 de junio de 1894.

74. Ibídem, Tokio, 4 de julio de 1894.

75. El crucero partió en agosto desde Filipinas, rumbo a Corea, para llegar finalmente a Nagasaki en octubre.

76. AMAE, Filipinas, leg. H 2963: Ministro Plenipotenciario a ministro de Estado, Tokio, 13 de octubre de 1894.

77. Ibídem: Presidente del Consejo de Ministros a ministro de Estado, Madrid, 8 de enero de 1895.

78. AMAE, Sección de Política Exterior, leg. H 2538: Ministro Plenipotenciario a ministro de Estado, Tokio, 11 de noviembre de 1894.

79. Al respecto, ver Agustín RODRÍGUEZ GONZALEZ: "España y Japón ante la crisis de Extremo Oriente de 1895", en Revista Española de Estudios del Pacífico, n° 5, Madrid, AECI/AEEP, 1995, pp. 107-127.

80. La documentación diplomática remitida desde Tokio sobre los preliminares y la firma de la citada Declaración, así como los telegramas cruzados entre España y sus embajadores en Berlín,

París y San Petersburgo a propósito de la posible adhesión al "concierto" europeo, pueden consultarse en AMAE: Negociación n° 482 (s. XIX).

81. AMAE, Filipinas, leg. H 2963: Presidencia del Consejo de Ministros a ministro de Estado, Madrid, 12 de febrero de 1896, remitiendo el mencionado informe.

82. Hasta 1899 no se adquirió en Tokio un edificio para la Casa-Legación, siendo alquilado en la fecha al gobierno japonés. Ver AMAE, Negociación 506 (s. XIX).

83. AMAE, Negociación 506 (s. XIX): Ministro Plenipotenciario a ministro de Estado, Yokohama, 1 de febrero de 1889. Da cuenta de una conferencia mantenida con el conde Okuma, ministro de Negocios Extranjeros japonés.

84. Ibídem, Yokohama, 14 de junio de 1889.

85. Llegado el proyecto al Ministerio de Estado, desde allí se remitió al de Ultramar el 8 de agosto de 1889, encargado de emitir un informe.

86. AMAE, Tratado y Negociación n° 416 (ss. XIX): Duque de Tetuán a ministro de Hacienda, Palacio, 29 febrero 1892.

Sobre la revisión de los tratados, AMAE, Negociación n° 506 (s. XIX): Ministro Plenipotenciario a ministro de Estado, Yokohama, 7 de octubre de 1889. En este despacho, comentaba Luis del Castillo la división interna de Japón con respecto a la revisión de los tratados. Tanto la prensa de la oposición, como una parte del Gabinete, encabezada por el conde Imyé y por el Presidente del Consejo Privado, conde Ito, iniciaron una campaña abierta contra Okuma, criticado por su incapacidad para arrancar a las potencias occidentales la cláusula de los tribunales mixtos.

87. PUBLIC RECORD OFFICE, FOREIGN OFFICE (PRO, F.O.) 46/417: Nota editorial en el Japan Daily Mail, 3 febrero 1892.

88. PRO, F.O. 46/417: Comunicación de Hugh Frazer al marqués de Salisbury, remitiendo un extracto de la Gaceta Oficial del 13 de abril de 1892, Tokio, 19 abril 1892.

89. AMAE, Negociación n° 506 (s. XIX): Ministro Plenipotenciario a ministro de Estado, Tokio, 23 de agosto de 1894.

90. Ibídem: Ministro de Ultramar a ministro de Estado, Madrid, 23 de octubre de 1894. Así lo comunica Manuel Becerra en el Informe.

91. Ibídem, 23 de octubre de 1894.

92. AMAE, Sección de Política Exterior, leg. H 2538: una serie de despachos tratan la situación de los dominicos en Formosa.

93. En 1894 se planteó la revisión del tratado.

94. AMAE, Negociación n° 506 (s. XIX): Gobernador General de Filipinas a ministro de Ultramar, Manila, 20 de julio de 1896.

Sobre las relaciones oficiales entre España y Japón en el momento de la insurrección filipina, ver J. Saniel, op. cit. pp. 194-221 (capítulo VII); las relaciones no ofiales entre filipinos y japoneses puede consultarse en el capítulo siguiente al citado.

95. Sin lugar a dudas, el ministro de Estado se refería concretamente al caso de Hong Kong; pero hay que señalar que las autoridades británicas de la colonia se habían apresurado a comunicar a las españolas que ni apoyarían ni encubrirían cualquier acción "subversiva" de los filipinos allí establecidos. Ver Rosario de la TORRE: Inglaterra y España en 1898, Madrid, EUDEMA, 1988, pp. 167-178.

96. AMAE, Filipinas, leg. H 2964: Gobernador General de Filipinas a ministro de Ultramar, Manila, 30 de septiembre de 1896. En el despacho, el Gobernador remitió una copia de la primera declaración de Juan Castañeda; a su vez, el ministro de Ultramar trasladó dicha declaración al Ministro de Estado por R.O. de 2 de noviembre de 1896.

97. Ibidem: entre los nombres que dio Castañeda, pueden citarse los de Baza, Marty, José A. Ramos, Isabelo Artacho, Viens, Pedro Casimiro, Bonifacio Arévalo y Luis Villareal.

98. AMAE, Filipinas, leg. H 2964: Gobernador General de Filipinas al ministro de Ultramar, Manila, 30 de septiembre de 1896.

99. AMAE, Filipinas, leg. H 2964: Ministro Plenipotenciario a ministro de Estado, Tokio, 10 de octubre de 1896.

100. PHILIPPINE NATIONAL ARCHIVES, UNPROCESSED BUNDLES (PNA/UB), n° 1: Al Excelentísimo Señor Ministro de Estado, el Ministro Plenipotenciario de S.M., José de la Rica, Yokohama, 12 abril 1896.

101. Ibidem, 30 de octubre de 1896.

102. Dicha medida se puso en práctica en 1897.

103. AMAE, Negociación n° 506 (s. XIX): Conferencias para la celebración de un Tratado entre España y Japón, Madrid, sesión del 2 de diciembre de 1896.

104. AMAE, Tratado n° 506 (s. XIX): en el mismo, se encuentran los originales del Tratado y del Protocolo, así como su publicación en la Gaceta de Madrid.

105. AMAE, Negociación n° 506 (s. XIX): Informe de los delegados de los Ministerios de Estado, Hacienda y Ultramar sobre los proyectos de Tratado y Protocolo, elevado al Ministro de Estado, Madrid, 30 de diciembre de 1896.

106. El citado artículo señalaba que "las Altas Partes contratantes concertarán un convenio especial que regule, sobre la base de reciprocidad, los derechos de importación que en el territorio de cada una de las dos Naciones hayan de aplicarse a los productos y procedencias de la otra".

Dicho Convenio se celebró en Tokio el 28 de marzo de 1900, siendo firmado por los Plenipotenciarios respectivos, conde Aoki, por parte de Japón, y Luis de la Barrera y Riera por parte española, quedando reguladas definitivamente las relaciones comerciales entre ambos países.

107. AMAE, Sección de Política Exterior, leg. H 2538: Ministro Plenipotenciario a ministro de Estado, Tokio, 21 de febrero de 1897.

108. Ibídem, Tokio, 14 de mayo de 1897.

109. Como es de sobra conocido, en enero de 1902 Gran Bretaña y Japón suscribieron un tratado de alianza que sería el primero firmado entre una potencia occidental y un país asiático. Pero lo que es evidente es que la amistad anglo-japonesa es anterior, y en ello no se equivocaba el representante español en Tokio. El mismo ya había señalado con motivo de la insurrección filipina al comentar que la defensa de los intereses españoles en Kobe y Nagasaki estaba confiada a agentes extranjeros, que éstos no podían tener el mismo empeño que funcionarios españoles y que, por otra parte, habían de cuidar que no se alteraran las buenas relaciones de Gran Bretaña con Japón.

110. Ver Rosario de la TORRE, op. cit., pp. 211-229.

111. PRO, F.O. 46/496: The Japan Daily Mail, Yokohama, 6 abril 1898, "Japanese Public Opinion"

112. Por ejemplo, los artículos de los periódicos Mainichi, Jiji y Kokumin del 3 de abril de 1898, sobre Port Arthur, y los de Kokumin, Asahi y Yomiuri del día anterior, cuyos extractos pueden consultarse en PRO, F.O. 46/496.

113. PRO, F.O. 46/496: Précis of and article in the "Kokumin" of April, 9 on Great Britain and Japan and the balance of power in the Far East, 9 abril 1898.

114. PRO, F.O. 46/497: Ernest Satow a lord Salisbury, Tokio, 6 junio 1898, comunicándole la cuestión de la Dieta Imperial.

115. PRO, F.O. 46/495: Representante británico en Tokio a E. Satow, Tokio, 27 julio 1898.

116. PRO, F.O. 46/512: Ernest Satow a Salisbury, Tokio, 11 enero 1899, informándole de la citada entrevista comunicada a través del representante americano en Tokio.

117. PRO, F.O. 46/498: Ernest Satow a Salisbury, Tokio, 6 septiembre 1898, pp. 222-226.

118. ALLEN, op. cit., pp. 80 y ss.

119. AMAE, Sección Correspondencia, leg. H 1633: Ministro Plenipotenciario a ministro de Estado, Tokio, 28 de enero de 1899.

120. Sobre el período abordado en este estudio, y en concreto sobre este último año, ver Agustín RODRIGUEZ GONZALEZ: "España y Japón ante la crisis de 1898. Antecedentes e hipótesis", en Mar Océano, Madrid, 1995, n° 1, pp. 181-193, cuya investigación se centra en el punto de vista naval y militar.

121. David Campbell PURCEL, Jr.: Japanese Expansion in the South Pacific, 1890-1935, University of Pennsylvania, Ph.D., 1967. Tesis doctoral reprografiada por University Microfilms, Inc., Ann Harbor, Michigan, 1974.

CAPÍTULO XIV

EL DESMANTELAMIENTO COLONIAL (1898-1899)¹

Cuando a la altura de 1894 el capitán de fragata Luis Cadarso y Rey redactaba su informe sobre las islas Marianas, las esperanzas para revitalizar dicho archipiélago aún parecían ser viables².

El conocimiento que había en la Península sobre Filipinas y especialmente sobre la Micronesia, era bastante precario, como se demostrará en el caso de esta última, a través de la prensa, cuando el desmantelamiento colonial; no obstante, algunos sucesos e incluso iniciativas contribuyeron de algún modo a concienciar, si quiera someramente, a la población española de la existencia de un Ultramar español más allá de América.

Por un lado, y como es sabido, la crisis de las Carolinas impulsó de una forma clara ese conocimiento³, como señalaba Juan Guadalberto Gómez al afirmar que "ha sido necesaria la brutalidad tudesca, que por un golpe de audacia, intentara poner las manos sobre aquella porción del terreno patrio, y que la opinión se levantara en España altiva y unánimemente herida, para que las gentes se pusieran a indagar dónde estaban las islas Carolinas, cuál era su historia ... Si el atentado de Alemania no trae otra consecuencia que la de despertar el interés por los asuntos coloniales, la de inspirar el deseo de conocer el modo de ser, la historia, el color, las costumbres, la naturaleza de sus posesiones transmarinas, España puede darse por satisfecha de que ese pensamiento incalificable haya encontrado cabida en el cerebro del Canciller alemán"⁴.

Por otro lado, la Exposición de Filipinas que tuvo lugar en el Retiro de Madrid y que se inauguró el 25 de junio de 1887 contribuyó, en cierta medida, a acercar aquellos lejanos territorios a España, estando representadas en la misma las razas carolina (un matrimonio y un joven de veinte años) y chamorra (un matrimonio de veintidós años procedente de Agaña), de fisonomía agradable, sin que se diferenciara de las tagalas o pobladoras de Luzón en ninguno de sus rasgos y que hablaban perfectamente castellano, además de chamorro⁵.

Parecía que las islas Marianas habían entrado en las vías de progreso ya que acababan de unirse más estrechamente a las islas Filipinas por medio de vapores correo entre Manila y Guam; las posesiones en Oceanía podían ser un tesoro inagotable, pero para ello había que ser avaro en su conservación⁶.

A pesar de las condiciones en las que se encontraba el archipiélago, varios españoles, en su mayoría jefes del Ejército o diplomáticos que habían servido en algún punto de ese Extremo Oriente Ibérico, estaban convencidos de que con una buena política colonial toda esta amplia zona aún podría revertir jugosos frutos a la Península⁷.

Sin embargo, España es ya por entonces una "dying nation", como se desprende del brillante discurso de Salisbury⁸, mientras que el ambiente internacional se torna cada vez más desfavorable en lo que a estas pequeñas potencias europeas moribundas se refiere.

Desde el punto de vista internacional, y en lo que concierne a ese mundo extremo-oriental, dos cuestiones fundamentales cobran gran intensidad por esas fechas: la crisis china y la cuestión

del Canal de Panamá, cuya puesta en escena demostrará cuáles son los intereses de estas grandes potencias⁹.

La posición geográfica de las islas Marianas hacía de ellas un punto estratégico en el dominio de los mares y tierras. El enorme mercado chino ofrecía perspectivas de lucro a los países occidentales industrializados, que a lo largo del siglo XIX intentaron, y lograron, abrir sus puertas. Pero el mundo asiático estaba ya completamente ocupado por dichas potencias y la búsqueda de nuevos territorios para repartir estaba, por entonces, bloqueada; la única salida posible será, pues, la redistribución colonial, siendo en este contexto en el que hay que inscribir todo el desmantelamiento colonial español en el Pacífico¹⁰.

Por otro lado, la cuestión del Canal de Panamá será clave. La gran mayoría de los "reformistas" españoles partidarios de reorganizar las posesiones españolas de Ultramar, coincidían en señalar que la apertura de dicho Canal revitalizaría el valor de los archipiélagos españoles:

"No hay que lanzar una ojeada sobre el mapa para comprender que tan pronto como el Canal de Panamá esté abierto al tráfico del mundo, buena parte del comercio del Extremo Oriente con Europa y con los puertos de América situados en el Atlántico, se hará por esa nueva vía" (...)

[Los puertos de Marianas] "están indicados para servir de depósito de carbón, de arsenal de reparaciones, de puerto de refugio en la época de los huracanes, y hasta si se prescinde de todas las trabas aduaneras, tan en uso en España, de depósito comercial y de almacén para las mercaderías que constituyen el tráfico de ambos continentes.

No puede, sin embargo, reducirse a meras ventajas comerciales las que la posesión de las Marianas y las Carolinas proporcionan o deben proporcionar a España (...) Las Filipinas son para este país un gran elemento de riqueza y poderío; ahora bien, se puede afirmar que, políticamente hablando, la toma de las Carolinas y Marianas por una potencia extranjera colocaría a Filipinas a merced de los dos archipiélagos mencionados. Bien lo comprenden

las naciones que han trabajado con tanto ahínco como fortuna, hasta establecer su protectorado sobre Borneo y Nueva Guinea.

Así se explica el paso que acaba de dar Alemania: Uyap, Baldezuap, valen poco de por sí; pero ¡qué excelente base de operaciones para las intrigas germánicas; qué magnífica garita para vigilar a Filipinas; qué incomparable guarida donde ocultar y recoger las fuerzas que a un momento dado, en un día de conflagración general, podrían caer sobre el archipiélago y arrebatarlo a la soberanía de España!.

Se ve, pues, que la importancia que esos países tienen no es solamente comercial, sino también política"¹¹.

Pero en este planteamiento había que contar con la presencia de un joven y poderoso país que contaba con amplias perspectivas de triunfo: Estados Unidos, animado a poner en marcha una política expansionista que le permitiera ocupar nuevos territorios fuera del continente¹²; así pues, esta nueva potencia comienza a interesarse vivamente por esta zona del mundo, el Pacífico, ya que representará su expansión por el oeste.

Por lo que se refiere a la situación de las islas Marianas en el marco del Pacífico, tal vez le perjudicaba su baja latitud ya que se alejaba relativamente de las rutas que desembocaban en China; sin embargo, esa misma baja latitud ponía en comunicación a este archipiélago con las colonias europeas del Pacífico Sur, especialmente las alemanas (no hay que olvidar que en 1885 ocuparon las islas Marshall), y principalmente con el también archipiélago español de las Carolinas¹³. En este sentido, hay que señalar que en algún proyecto de reforma colonial se alude a la posibilidad de reunificar ambos archipiélagos bajo un solo mando para formar las "Posesiones españolas de la Micronesia"¹⁴.

El interés de los americanos por la isla de Guam, como sabemos la más importante del grupo y en la que se concentraba el exiguo aparato colonial español, va a ser creciente a medida que se

acerque la fecha de 1898; la fragilidad de las posesiones españolas en el Pacífico facilitaría el camino a los Estados Unidos.

Y es que desde hacía tiempo, y dejando a un lado la época de los balleneros, allí recalaban algunos barcos americanos que navegaban en línea directa desde Hawai a Filipinas. Además, Guam podía adquirir valor como estación de carboneo; por otro lado, y como queda señalado, su posición geográfica permitía acceder a los puertos de Japón, Corea, Shanghai, Hong Kong y Filipinas¹⁵.

La toma de Guam por los americanos

Tras la declaración americana de guerra contra España el 25 de abril de 1898, el 1 de mayo el Comodoro Dewey destruyó la escuadra española de la bahía de Manila; diez días después, el Secretario de Marina John D. Long ordenaba a Henry Glass, capitán del buque Chasrleston, de 3.730 Tn, dirigirse a Manila a reforzar a Dewey¹⁶.

Veinticuatro horas después de su partida desde Honolulu en dirección a Filipinas, leyó las órdenes en las que se le mandaba que junto con su barco y con el Ciudad de Pekín, se dirigiera a Manila, haciendo antes un alto en la isla de Guam, que debía ser rendida y capturados el Gobernador y demás oficiales y cualquier barco español que pudiese haber.

El 20 de junio de 1898 se presentó frente a Agaña el barco de guerra norteamericano Charleston, al mando del capitán Henry Glass, escoltado por tres transportes (Ciudad de Pekín, Sidney y Australia) con tropas procedentes de las que acompañaron al almirante Dewey en Manila¹⁷.

Primeramente se dirigieron al puerto de Agaña, y ante la ausencia de barcos de cualquier tipo, la escuadra partió hacia el puerto de San Luis de Apra, donde esperaban encontrar algún tipo de resistencia¹⁸. El único barco que había en el puerto era un pequeño mercante japonés procedente de Yokohama.

Entró inmediatamente en puerto, fondeando al pie de punta Orote, un crucero de cuatro a cinco mil toneladas, ostentando en su cota militar de popa una bandera española¹⁹, y haciendo fuego con su artillería; le seguían el resto del convoy.

El Charleston abrió fuego contra el fuerte de Santa Cruz, sobre el cual los americanos sabían que era la principal defensa del puerto; la gran distancia desde la cual el buque hacía fuego, que no permitía casi oír los disparos, y la circunstancia de distinguirse izada la bandera española, llevaron al ánimo del oficial español la seguridad de que el buque extranjero saludaba al pabellón español, ignorando el objetivo real del mismo, esto es, rendir la isla a EEUU²⁰.

Los barcos fueron avistados por el capitán del Puerto, el oficial de la Marina española Francisco García Gutiérrez quien, junto con el Médico militar José Romero, que desempeñaba el oficio marítimo, el ayudante del Gobernador Pedro Duarte, y el intérprete Francisco Portusach, se dirigieron a Piti al objeto de realizar la usual visita a los buques que recalaban en el puerto de Apra.

Desde Piti embarcaron en un pequeño bote los dos primeros y al cabo de hora y media arribaron al Charleston, que ya estaba en puerto; cuando subieron a bordo, ondeando aún la bandera española, el oficial Gutiérrez ofreció al comandante extranjero

sus respetos y servicios personales, e invitado a seguirle a la cámara, el Comandante le dió la noticia de haberse declarado la guerra entre España y América del Norte en el mes abril, que había sido totalmente destruída la escuadra de Filipinas y que a la sazón, debía estarlo también otra escuadra que había salido de España al mando del Almirante Cervera; que la escuadra que él conducía iba a unirse a la del Almirante Dewey para tomar Manila y que obedeciendo órdenes del Gobierno de Washington llegaba a Marianas a tomar antes posesión del archipiélago.

El oficial expresó al Comandante su extrañeza por aquellos disparos que desde tierra parecieron enteramente un saludo al pabellón, contestando el extranjero que los disparos habían tenido por objeto el saber si la escuadra sería o no hostilizada.

García Gutiérrez solicitó información sobre los otros barcos que componían la escuadra, siéndole facilitada inmediatamente y poniendo en su conocimiento que los tres barcos conducían a su bordo una división del Ejército americano al mando del General Anderson.

Por último, el Comandante rogó al oficial que, en su nombre, pidiese al Gobernador de las islas una entrevista a la que le suplicaba acudiese como caballero y como militar; tendría que regresar a Agaña a comunicar al Gobernador Político Militar de las islas Marianas, Juan Marina, que debía rendir la isla al comandante H. Glass en veinticuatro horas.

El capitán Henry Glass ordenó al teniente W. Braunersreuther, del Charleston, que formara un comando de tierra integrado por la guardia marina del barco, los marines del Ciudad de Pekín y dos compañías del Regimiento de Voluntarios de Oregón del

Australia para que se dirigieran a la capital y capturaran al Gobernador, oficiales y cualquier fuerza armada que encontraran a su paso, debiendo destruir todas las defensas de la zona.

Los medios de defensa de la isla eran tan escasos que se reducían prácticamente al destacamento de cincuenta y cinco soldados peninsulares de Infantería de Marina que nada podían hacer ante la superioridad americana²¹.

A la mañana siguiente, y ante el desconcierto de las autoridades españolas, que nada sabían de tal situación, los americanos, tras solicitar y tener una entrevista en la orilla de la playa de Punta Piti, a nueve kilómetros de la capital, con el Gobernador y los españoles oficiales sin armas, hicieron preso a éste, quien previamente se había quejado por escrito ante Glass por tal acto de violencia, al Capitán del Puerto Francisco García Gutiérrez, al Médico Militar José Romero Aguilar, al Capitán Secretario de Gobierno Militar Pedro Duarte, y a los alféreces José Berruezo y Marcelino Ramos con los cincuenta y cinco soldados de Infantería de Marina. Todos ellos se rindieron y fueron llevados a bordo en uno de los transportes como prisioneros de guerra.

El capitán Glass también ordenó la rendición de las tropas de Guam, en torno a ciento diez soldados entre marinos españoles y la fuerza insular de artillería; así, el 21 de junio las tropas se rindieron en Piti a las fuerzas americanas y mientras los soldados españoles fueron hechos prisioneros de guerra, las fuerzas insulares integradas por chamorros simplemente fueron desarmadas.

Los americanos se limitaron a izar y saludar su bandera en el ruinoso y abandonado fuerte de Santa Cruz, situado en el mismo

puerto. Luego, recogieron todas las banderas españolas y colocaron la norteamericana en el Castillo de Santa Cruz del Puerto de Apra, saludándola con veintiún cañonazos, y la recogieron y se marcharon, quedando en Marianas el elemento civil y el Clero.

El Charleston y su convoy, con sus prisioneros, zarparon hacia Manila el día 22, sin que supieran en las islas el destino de los presos españoles²²; llegaron a la capital filipina el 30 del mismo mes, y trasladados como prisioneros de guerra a la fuerza, fue su destino San Felipe, en Cavite.

Esta situación era del todo anómala ya que hasta qué punto podía considerarse que los americanos habían tomado posesión de una isla en la que ni habían dejado izada ninguna bandera ni siquiera habían nombrado a ninguna autoridad responsable de la nueva situación, contraviniendo lo que en el tratado de Berlín se estipulaba sobre la posesión efectiva de un territorio.

En cualquier caso, Francisco Portusach, naturalizado ciudadano americano en Chicago en 1888 y residente en Guam, que había conocido a Henry Glass hacía unos años en California, declaró que el capitán le había pedido que se hiciese cargo de los asuntos de la isla, dado que no había en tierra ningún otro americano²³. Su comisión, sin embargo, al no estar escrita, no fue reconocida por los oficiales españoles de la isla que aún permanecían en ella, y por el tesorero.

Por ello, el Administrador de Hacienda Pública, José Sixto, se hizo cargo del Gobierno interinamente al considerar nulo lo ejecutado por los americanos, esgrimiendo un derecho de reconquista que él, como español y funcionario público, podía detentar

al haber abandonado aquéllos la isla; por tanto, y desde la lógica de los españoles que quedaron allí, Guam seguía siendo territorio español.

En agosto llegó una circular del Gobernador y Capitán General de las islas Filipinas, vía Japón, al Gobernador interino, José Sixto en la que se le comunicaba que, con arreglo al art. 31 del Código de Justicia Militar, ante el estado de incomunicación existente entre los archipiélagos españoles, aquél delegaba la jurisdicción de guerra en los Comandantes Generales y Gobernadores y Comandantes Político Militares que se encontraran incomunicados con autoridad superior a la suya respectiva²⁴.

Así continuaron hasta el mes de septiembre, en que el día 17 llegó a puerto el vapor americano Pennsylvania llevando al médico José Romero Aguilar, quien informó de que el 13 de agosto había capitulado Manila después de un sitio de tres meses y medio, quedando la ciudad en poder de los americanos y el país insurreccionado al mando de Aguinaldo. El vapor Pennsylvania marchó para América.

La situación de desconcierto en Marianas, y concretamente en Guam, se complicó con el desarrollo de una epidemia en la isla de tosferina, que duró hasta el mes de enero de 1899, habiendo muerto más de cien niños solo en Agaña.

El 22 de noviembre llegó a puerto el vapor correo Uranus, llevando al Capitán del Puerto Francisco García Gutiérrez, que llegaba a Marianas para recoger a su familia, marchándose luego juntamente con los familiares del Gobernador Marina; también se marcharon en el vapor los Padres Juan Latorre y José Lamban, cura de Inarajan, que por haber quedado sin sueldo no le era posible

vivir en dicho pueblo pues las cosas encarecieron tanto que llegaron a pagar 6 pesos por un costalito de harina.

El 7 de enero de 1899, después de la misa cantada, se presentaron en el convento o casa parroquial el Padre Palomo, Francisco Portusach y el gobernadorcillo Justo de León-Guerrero con todos los cabezas de barangay y tenientes de Agaña y de los barrios, reunidos todos ellos a invitación del Padre Resano²⁵.

Tomó la palabra el Padre Palomo en nombre de todos y dijo, entre otras cosas, que el señor Sixto no debía ser el Gobernador puesto que Guam era ya americana, y por consiguiente ningún español debía desempeñar tal función; en ese momento, llegó al convento Sixto y, enterado de lo que pretendían, dijo que quien no quisiera estar a su lado que se separara y que lo pusiera por escrito.

Marcháronse al Tribunal e hicieron el escrito, que firmaron cuatro en nombre de todos, en el que destituían a Sixto y nombraban en su lugar a Venancio Roberto, vecino de Agaña.

En el momento en que regresaban al convento los principales, sonó la campana anunciando barco de vapor, resultando ser el vapor americano de guerra Brutus, al mando del teniente comandante Vincendon L. Cottman, de la marina americana, cargado de carbón. Decidió el señor Sixto llevar la cuestión ante el Comandante americano, y al día siguiente se marchó con Romero al barco, en donde se encontró con el Padre Palomo y con Portusach; oídas las dos partes, decidió el Comandante que Sixto siguiera de Gobernador mientras no llegara otra decisión de España y de América.

El Brutus permaneció en puerto hasta la llegada, el 1 de

febrero de 1899, del crucero Bennington, cuyo jefe, el Comandante Edward D. Taussing, también de la Marina americana, tomó posesión formal de la isla en nombre de los EEUU.

Ese mismo día, a las diez de la mañana, elevaron en la casa de Gobierno la bandera americana al son de la música, y la saludaron con veintiún cañonazos.

Los curas y los señores Sixto y Romero fueron invitados al acto de elevar la bandera, pero dieron las gracias diciendo que no podían asistir ya que "no tenía nada de agradable el acto para los buenos hijos de España"; comentaba Resano que muchos de los chamorros sintieron un pesar y tristeza al ver pasar la isla a manos de otra nación, constándole que mientras duró el acto, muchos chamorros lloraron amargamente la despedida de la Madre Patria.

Los americanos fueron pocos en las demostraciones de alegría ya que omitieron los "vivas" de ordenanza que en tales casos había que darle a la bandera, asistiendo a este acto únicamente dos españoles, el Asesor Letrado Vicente Pérez y el deportado José Muñoz; luego, se retiraron todos en silencio al vapor que estaba en el puerto, quedando sólo dos de ellos en tierra.

El Tratado de París

En el intervalo de tiempo transcurrido entre la captura de Guam por el capitán Henry Glass y la ocupación formal por Taussing, de junio de 1898 a febrero de 1899, la guerra hispano-norteamericana había concluido, firmándose en Washington los preliminares de paz por el protocolo de 12 de agosto de 1898²⁶.

Cambon, Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de la

República Francesa en Washington, y W.R. Day, Secretario de Estado de los Estados Unidos, habiendo recibido respectivamente al efecto plenos poderes de los Gobiernos de España y de Estados Unidos, firmaron los artículos que precisaban los términos en que ambos Gobiernos se habían puesto de acuerdo y que tenían por objeto el establecimiento de la paz entre los dos países. Según el artículo 2º, España cedería a los Estados Unidos la isla de Puerto Rico y las demás islas que en la fecha se encontraran bajo soberanía española en las Indias Occidentales, así como una isla en las Ladrones (Marianas), que sería escogida por los Estados Unidos.

Para esas fechas, y antes de la firma del Tratado de París, la prensa madrileña insertaba en sus páginas noticias publicadas en diarios extranjeros que aludían a las negociaciones hispano-alemanas sobre la cuestión de la venta del resto del Imperio español en el Pacífico²⁷ ya que, consumada la pérdida de Filipinas, los destinos de Marianas, Carolinas y Palaos estaban íntimamente unidos. En este sentido, no se criticaba la posible venta de los archipiélagos a Alemania, considerando que era la mejor solución, aunque se rumoreaba incluso, y ello era más preocupante, el hecho de que Alemania pudiera adquirir Fernando Póo en el caso de que España quisiera desprenderse también de esta colonia africana.

El 10 de diciembre, y como se ha señalado, se firmó el Tratado de Paz en París entre España y los Estados Unidos²⁸.

Como es sabido, por el artículo primero España renunciaba a todo derecho de soberanía y propiedad sobre Cuba; según el artículo segundo del mismo, y al igual que rezaba el anterior

Protocolo, España cedía a los Estados Unidos la isla de Puerto Rico y las demás de su soberanía existentes en las Indias Occidentales, y la isla de Guam en el archipiélago de Marianas o Ladrones; finalmente, y por el artículo tercero también cedía a Estados Unidos el archipiélago filipino, pagando a España la suma de veinte millones de dólares dentro de los tres meses después del caje de ratificaciones del tratado. Sería ratificado el 25 de marzo de 1899.

Los americanos consideraron no solo el valor estratégico de la isla de Guam sino también su excelente puerto, y así, el 23 de diciembre de 1898, el Presidente de EEUU, por orden ejecutiva, puso la isla de Guam bajo el control del Departamento de Marina y directamente a las órdenes del Secretario de Marina, dada la situación estratégica de Guam como base naval²⁹.

La reorganización de la Administración española en las islas Marianas: el nuevo Gobierno en Saipan

En febrero de 1899, en plena negociación entre los gobiernos de España y Alemania para la venta de la Micronesia española, el ministro de Guerra instaba al Capitán General de Filipinas a afirmar allí la posesión y dominio español³⁰; para ello, el Gobierno había adoptado resoluciones que afectaban a los Ministerios de Ultramar, Marina y Guerra.

Este último Ministerio previno al Capitán General a que procediera a disponer lo conveniente para que se relevaran las guarniciones de los mencionados archipiélagos por fuerzas de las reconcentradas en Zamboanga, en doble número por lo menos del que constituyó de ordinario las aludidas guarniciones.

Dichas fuerzas habrían de ir mandadas por jefes bien elegidos

y de la categoría que el Capitán General considerara necesario, teniendo en cuenta que deberían desempeñar el cargo de Gobernadores Político-Militares ya que de las guarniciones relevadas habrían de retirarse también los que hasta la fecha hubiesen desempeñado tal cometido.

Igualmente, si quedaran todavía deportados filipinos en los archipiélagos, se ordenaría su libertad y regreso a sus hogares, verificando éste con tropas relevadas que garantizaran el orden a bordo en un buque encargado para tal operación.

En previsión de que pudiesen surgir necesidad de conservar los mencionados archipiélagos de Marianas, Carolinas y Palaos aun después de evacuadas las islas Filipinas, se instaba al Capitán General a que designara un puerto intermedio entre aquéllos y la Península para mantener relaciones lo más frecuentes que fuera posible y evitar así el aislamiento, preferiblemente un puerto japonés.

Unos días más tarde, el ministro de Guerra ordenaba que al abandonar Guam, ya en manos de los americanos, debía elegirse en las islas Marianas la cabecera que creyera más conveniente, nombrando a un Coronel para Carolinas y a un Teniente Coronel para las Marianas, así como oficiales y guarnición, debiendo quedar allí tres barcos de guerra³¹.

Enterado el Gobierno de la propuesta del Capitán General, fue aprobada la designación de Anapuan, en la isla de Saipan, como capital de las islas Marianas, autorizándole a que una expedición mensual efectuara el servicio de correos y abastecimiento entre dichos archipiélagos y el puerto de Japón que conviniera³².

Era necesario que el trasatlántico Puerto Rico tomara víveres

en Singapur y en Zamboanga y se reclutaran en Manila hasta ochocientos soldados voluntarios para relevar la guarnición de Carolinas y Marianas, dejando en este archipiélago víveres para seis meses; el barco debía regresar inmediatamente a Manila con el relevo y los deportados³³, pero previamente, y dada la inminente ratificación del tratado de paz hispano-norteamericano³⁴, el Capitán General debía gestionar ante Otis Rianzares Bautista, miembro de la corte suprema de Aguinaldo, la salida del Puerto Rico para llevar a Manila las tropas reconcentradas en Zamboanga³⁵. El trasatlántico, que estaba en Singapur, debía trasladarse urgentemente a Manila para ir a Zamboanga en el momento oportuno y prestar así el servicio ordenado en Carolinas y Marianas.

No obstante, y desde principios del año, el propio Capitán General insistía ante el ministro de Guerra que las tropas de Zamboanga no se encontraban en condiciones físicas ni morales para ir a los archipiélagos de la Micronesia, siendo finalmente repatriados. Por ello, en abril, el Capitán General sugería la posibilidad de organizar tres compañías de cien hombres cada una de macabebes para la guarnición de Carolinas y Marianas³⁶. La propuesta fue aprobada al día siguiente, quedando autorizado para organizar las citadas compañías, además del nombramiento del nuevo Gobernador de Ponapé en la persona del Coronel Brandais, del Coronel Heredia para Yap, y del Coronel Eugenio Blanco, al frente de sus Voluntarios, para Saipan, siendo mejor opción que el otro candidato, el Teniente Coronel Aguilar³⁷; hay que señalar que por esas fechas no había ningún jefe militar en las islas Marianas ya que el último Gobernador residente en Agaña había

sido capturado por los americanos y llevado a Manila.

Para la misión en la Micronesia se barajaron los nombres de distintos barcos, como el ya citado Puerto Rico, o el vapor Churruca, decantándose finalmente las autoridades por el vapor Elcano, que partió de Manila el 2 de mayo llevando a bordo al Coronel Blanco, nombrado Gobernador, cuatro capitanes, ocho subalternos, un médico y doscientos cincuenta soldados como tropa, todos macabebes, además de un oficial para la administración militar³⁸. Llevaban víveres para ocho meses, 48.000 pesos en metálico para las atenciones civiles y militares que surgieran a lo largo de seis meses, un millón de cartuchos, material de ingenieros, hospital y medicamentos. Se tenía previsto, además, enviar a las islas Carolinas un total de cincuenta mil raciones.

El 9 de mayo de 1899 por la tarde llegó al puerto de Apra el vapor Elcano, llevando a bordo al nuevo Gobernador de la isla de Saipan, el coronel Eugenio Blanco, acompañado de sus soldados pampangos voluntarios fieles a la causa de España, oficiales y algunos empleados y algunas familias de los empleados, que componían un total de unos setecientos individuos entre soldados, mujeres y niños³⁹.

Acompañaron a la expedición desde Apra a Saipan los Padres Curas de Agat, Fray Ildefonso Cavanillas, de Merizo, Fray Crisógono Ortiz, y de Agaña, Francisco Resano. Una vez instalada la expedición en Saipan, los curas regresaron a Guam a sus curatos. El 31 de mayo regresó el vapor de Marianas después de dejar al coronel Blanco y haber realizado la expedición a Saipan sin novedad⁴⁰.

El día 24 de mayo llegó a la isla de Saipan, sin tocar en

Guam, el vapor España, en el que viajaba el Administrador de Hacienda Pública, Francisco Santisteban; y en ese vapor se recibieron dos pliegos que se remitieron a Agaña para ser entregados a Francisco Resano, en los que llegaron los títulos de cura de Saipan para él y la orden de trasladar a dicha isla la Vicaría.

En el mismo vapor llegó la orden del Provincial para que los curas de Merizo y Agat, únicos Recoletos que quedaban en la isla, se embarcaran para Manila o para España directamente si se presentaba la oportunidad, orden que también comprendió al Padre Tomás Cuevas, párroco que había sido de San Isidro de Garapan en Saipan.

En tanto que se producía el desmantelamiento administrativo, Agaña y los demás pueblos de la isla de Guam continuaban regidos por el gobernadorcillo Joaquín Pérez y el Administrador Vicente Herrero, vecinos de la ciudad de Agaña, esperando a los miembros del Gobierno americano, que habían prometido que llegarían en breves días y que los mismos americanos estaban aún esperando desde el 1 de febrero, aunque el 10 de junio de 1899 todavía no había llegado nadie; faltarían aún dos meses.

Una epidemia catarral se había apoderado de la isla de Guam desde finales de mayo, afectando a un gran número de la población y dificultando enormemente las tareas de gobierno de una isla que había quedado, por el momento, abandonada a su suerte y en manos de cuatro vecinos de Agaña sin resolución ni energía.

El 13 de junio de 1899 llegaron los Padres de Agat y de Merizo para despedirse y recibir órdenes de embarque para Manila o para España directamente por la vía de Hong Kong, y una vez convenida

la marcha, se retiraron a sus pueblos ya que en ellos había muchos enfermos.

En junio llegó la goleta de Harrison, procedente de Japón, pasando por las islas de Saipan y Rota; en la misma llegaron el Capitán de la fuerza de Saipan, Antonio Gómez, y el sargento Juan Mendiola, comisionados para pedir al Gobernador americano de Agaña todo lo que según el Tratado de París pertenecía a España.

Así, en poco más de un año, Guam permaneció sin un gobierno regular organizado y varios oficiales de la Marina asumían el mando de la misma según llegaban a ella.

Finalmente, el capitán Richard P. Leary fue nombrado Gobernador de la isla, tomando posesión de su cargo el día 7 de agosto de 1899; William Edwin Safford, por entonces teniente de la U.S. Navy, sería el jefe ejecutivo⁴¹.

En su proclama a los habitantes de Guam el 10 de agosto Leary, aunque confirmaba todos los derechos privados garantizando la absoluta libertad de trabajo y aboliendo el poder de la Iglesia, puntualizaba que todas las tierras públicas y todos los derechos y privilegios que pertenecían a España en el momento de la rendición, desde la fecha pasaban a manos de EEUU⁴²; para los chamorros, esta declaración serviría después como piedra de toque para las reclamaciones de tierras en propiedad a los americanos.

Safford llegó en la mañana del 13 de agosto de 1899, encontrando el barco Yoshemite en el puerto de San Luis de Apra con el Gobernador a bordo siendo ordenado el hacer su residencia y relevar al Gobernador en funciones de Agaña, William Coe; éste era un mestizo samoano, hijo de un capitán que había conocido Safford hacía unos años en Samoa.

El Gobernador permaneció en el Yoshemite, a la espera de que fuera reparado el Palacio, quedando encargado por el momento de todos los asuntos de la isla el teniente Safford, nombrado juez de primera instancia con tareas como registrar la propiedad de la isla y auditar el tesoro de la misma, aplicando para ello los códigos Civil, Penal y Comercial españoles y solicitando ayuda del Padre Palomo - a quien llamaba "mi Richelieu"- cuando se le planteaba algún problema.

Safford tenía la ventaja de hablar español, y estando interesado en la etnografía y filología de los pueblos del Pacífico, realizó un completo estudio sobre la isla de Guam⁴³ así como una gramática sobre el idioma chamorro.

Richard Leary fue remplazado el 19 de julio de 1900⁴⁴.

La venta de Marianas del Norte a Alemania: el final de la presencia española

Antes de la firma del Tratado de París, que ponía fin al contencioso hispano-norteamericano, el Gobierno español ya se había planteado la posibilidad de vender la Micronesia española, o parte de ella, a Alemania.

Así, el 10 de septiembre de 1898 se firmaba un acuerdo secreto entre Radowitz, embajador alemán, y Almodóvar del Río, ministro de Estado, en el que se establecía un vago compromiso de que las islas Kusaie, Ponape y Yap serían cedidas a Alemania mediante una indemnización en metálico en el caso de que a España le interesara vender en función de cómo quedaran sus intereses en la Conferencia de París respecto a la soberanía española en las islas Filipinas⁴⁵. No era un compromiso formal y vinculante de venta; simplemente, España se comprometía con Alemania a que, en

caso de desprenderse de las citadas islas, éstas serían vendidas a Alemania. En este primer acuerdo no se hace ninguna referencia a las islas Marianas ya que la cabecera de las mismas, al haber sido tomada por los americanos, entraría a formar parte de la mesa de negociación de París.

Así, se constataba que el futuro de parte de la Micronesia estaba en manos de una de las dos potencias, pero para ello había que esperar a conocer los términos del tratado hispano-norteamericano. Una vez firmado, tuvo lugar el acuerdo secreto hispano-alemán de 10 de diciembre según el cual España vendería a Alemania, por una cantidad a determinar, las islas Carolinas (salvo Kusaie), Marianas (excepto Guam, en manos de los americanos) y Palaos; a cambio, Alemania se comprometía por un lado, a conceder al comercio y a las empresas agrícolas españolas en Carolinas el mismo tratamiento y facilidades que a las alemanas y a reconocer total libertad a sus misioneros, y por otro, a establecer en Carolinas y Marianas un depósito de carbón para la Marina mercante y de guerra.

Con la Declaración firmada entre Almodóvar y Radowitz el 12 de febrero de 1899, los anteriores acuerdos secretos se hacen oficiales pero aún no eran públicos. Firmada en Madrid y en francés, recogía cuatro artículos en los que luego habría de basarse el tratado de junio⁴⁶. Esta declaración se completó, ese mismo día, con sendas notas de los representantes español y alemán; el primero de ellos, duque de Almodóvar del Río, declaraba en nombre del Gobierno que éste prometía aplicar a las importaciones alemanas a su entrada en España, a cambio del trato de "nación más favorecida", la tarifa convencional del Arancel

español de Aduanas tan pronto como se ratificara el acuerdo mencionado. Por su parte, Radowitz, en nombre de su Gobierno, señalaba que éste se obligaba a pedir al Consejo Federal y al Parlamento alemán la autorización para conceder a la importación de España en Alemania, y a cambio de su tarifa convencional, los derechos de la "nación más favorecida", constatando que esta autorización debía preceder a la ratificación del arreglo de que se trataba. Mientras no se hiciera un nuevo acuerdo acerca de las relaciones comerciales de ambos países, esas concesiones mutuas debían seguir en vigor durante cinco años, y terminado ese plazo, se considerarían como prorrogados de año en año en tanto que a ello no se opusiera una de las partes contratantes¹⁷.

Conocidos los términos en que se expresaba el Protocolo con los preliminares de paz (12 de agosto), desde finales de 1898 la prensa madrileña insertaba noticias publicadas en la prensa extranjera que aludían a la negociación hispano-alemana sobre la venta del resto del Imperio colonial en el Pacífico. Ante la opinión pública española, la noticia no será oficial hasta el mes de junio de 1899, cuando con motivo de la apertura del Parlamento, el discurso de la Corona daba cuenta del tratado de febrero. Hasta entonces, entre los meses de enero a junio, la prensa española, que se informaba a través de los corresponsales en Berlín, Washington o Londres, no demostraba ningún tipo de sorpresa. Así, El Correo de Madrid prescindió de comentarios hasta que en sendos números del 3 y 8 de junio se limitaba a dar la noticia. Por su parte, El Imparcial aportaba datos sobre la posible venta de Carolinas, sin mencionar en ningún momento la suerte de Marianas y apuntando que los rumores sobre la venta

eran negados desde Berlín aunque confirmados desde Washington.

El periódico que más información contenía es La Época, refiriéndose el 12 de enero al conjunto de los dos archipiélagos:

"El Sr. Sagasta ha rectificado la noticia, recordando que para la enajenación de territorios se necesita autorización de las Cortes. Es indudable, en efecto, la necesidad de una ley; pero haya o no negociaciones, creemos que la conservación por España de las Carolinas y Marianas no ofrece utilidad para nosotros después de perdidas las Filipinas, siendo dudoso que los beneficios comerciales o de orden internacional compensaran el gasto de sostenimiento de las guarniciones en dichas islas, en región tan remota y que no tenemos ya el porvenir colonial que podía ofrecernos el archipiélago de Legazpi".

Como se ha señalado, a primeros de junio estos acuerdos se hicieron públicos en España con ocasión de la apertura del Parlamento, en el discurso de la Corona del 2 de junio de 1899⁴⁸.

Al hacerse públicos estos acuerdos, la prensa señalaba que no había parecido mal a la gente que se hablase de la cesión de las Marianas, Carolinas y Palaos a título oneroso ya que, "después de todo, el día menos pintado nos las habrían de llevar a título gratuito⁴⁹."

Sobre la cesión a Alemania, el periódico madrileño La Época comentaba en un editorial las "ironías de la suerte" ya que "en septiembre de 1885 la noticia de que un cañonero alemán había plantado la bandera del Imperio en una de las islas Carolinas suscitaba en Madrid formidable conmoción popular (...). El fruto ha caído por sí solo en las fauces abiertas para tragarlo en cuanto estuvo maduro. No ha necesitado Alemania para obtenerlo sin esfuerzo y sin peligro más que aguardar (...). No parece probable que se suscite con tal motivo en ninguna de las dos Cámaras empeñado debate. Trátase de una consecuencia ineludible

de la pérdida de las Filipinas (...). Decididamente, el Imperio chino y la Oceanía ofrecen amplio campo para satisfacer todas las ambiciones"⁵⁰.

En definitiva, observaciones sobre el reparto que se estaba llevando a cabo en el Pacífico, con el visto bueno de las potencias interesadas en la redistribución, tal y como se desprende de los juicios de la prensa extranjera ante la venta a Alemania, recogidos en los periódicos madrileños: The Times, Morning Post o La Gaceta de Colonia consideraron prudente y acertada la decisión de España ante la cuestión.

Unos días más tarde, se presentó en las Cortes el Real Decreto de 13 de junio en el que se proponía la venta de los archipiélagos de la Micronesia a Alemania⁵¹; aprobado el proyecto por la Corona, se dictó la ley de 24 de junio que autorizaba tal cesión, siendo publicada en la Gaceta de Madrid el jueves 29 de junio; el tratado definitivo sería firmado al día siguiente⁵².

En efecto, el 30 de junio de 1899 se firmaba en Madrid el Tratado hispano-alemán por el cual las islas Marianas, salvo Guam, Carolinas y Palaos eran vendidas a Alemania por veinticinco millones de pesetas; actuaron como plenipotenciarios el Presidente del Consejo de Ministros y ministro de Estado, Francisco Silvela, y José de Radowitz, embajador del Emperador de Alemania en España.

Desde la fecha, había de procederse a todo el desmantelamiento colonial de la Micronesia española; las fuerzas del Ejército y Marina que regresaran de Marianas habrían de embarcarse hacia la Península, entregándose el material procedente de dichas islas a la comisión correspondiente⁵³.

En agosto de 1899, el ministro de Marina telegrafiaba al Presidente de la Comisión de Selección y Transporte del material de Guerra comunicándole que el vapor Alava debía estar en Ponapé antes del 22 de septiembre ya que el día 26 llegaría a dicho punto de señor Bennigsen, comisionado alemán encargado de tomar posesión de Palaos, Carolinas y Marianas⁵⁴.

Señalaba el ministro que la ceremonia de entrega convenía que se verificara en las capitales de los tres grupos, saludándose a los pabellones español y alemán y firmándose acta duplicada por los respectivos Gobernadores en nombre de España y por el señor Bennigsen en nombre de Alemania; destacaba la cordialidad de relaciones existente entre ambos países, alejando la idea de dificultades que, en caso de surgir, se someterían a la decisión de los dos Gobiernos. Sería necesario señalar los puntos que mantendría España en las islas como estaciones de carboneo, según se estipulaba en el artículo tercero del tratado.

Igualmente, recomendaba que podían dejarse al servicio de Alemania las tropas indígenas que lo desearan, así como el armamento y las municiones mediante valoración equitativa, cuyo precio podría satisfacerse de Gobierno a Gobierno.

El Alava debía hacer la evacuación del personal español, yendo directamente a Ponapé y siendo conveniente que fuese después a Marianas y a Yap para dirigirse posteriormente a Manila; las fuerzas del Ejército y Marina que regresaran de Marianas debían embarcarse inmediatamente para la Península⁵⁵; el citado barco salió finalmente para Carolinas el 26 de agosto y dado que no iba a ir a Marianas, Jaramillo solicitaba instrucciones⁵⁶.

Debía fletar un vapor para la evacuación de Palaos y Marianas,

habiendo de preguntar a los macabebes si querían continuar de guarnición al servicio de Alemania, y si no, que se embarcaran hacia la Península⁵⁷.

Los macabebes insistían en saber en qué condiciones podrían viajar a España y en qué situación quedarían una vez llegados a la Península, como así demandaban a Jaramillo, pero el ministro de Guerra consideraba que era preferible que quedaran al servicio de Alemania; no obstante, los que quisieran ir a España podrían hacerlo, pero sin condiciones⁵⁸.

El 15 de septiembre de 1899 salió del puerto de Manila a bordo del vapor Uranus el Coronel de Estado Mayor Cristóbal de Aguilar, acompañado del primer Teniente de Artillería Luis Cuartero, en concepto de Secretario, llegando a Santiago de la Ascensión (Ponape) el 25 de dicho mes, a las cinco de la tarde⁵⁹; posteriormente se dirigiría a Saipan⁶⁰.

Presentándose acto seguido al Gobernador de la colonia, éste le hizo entrega de los efectos de la Administración militar y material de guerra que, pertenecientes al ramo de guerra, había en dicha plaza, para proceder a su venta en pública subasta, previos los anuncios consiguientes y distribución en lotes adecuados, con la salvedad relativa al del material de guerra, que su adjudicación no podía quedar firme hasta que llegado el representante del Gobierno alemán, a quien la colonia se entregaba, manifestase si dicho material lo adquiriría o no su Gobierno.

Verificada la subasta el día 5 de octubre, fue adjudicado el lote de material de guerra al comerciante de aquella localidad, Mauricio Zarza, por ser el mejor postor, quedando desierta en lo

relativo a los lotes de Administración militar por no haberse presentado proposición alguna a ellos, procediéndose en su consecuencia a nueva distribución y retasa de los mismos para una segunda subasta, que tuvo lugar el día 14 del expresado mes y siendo adjudicado a los postores Mauricio Zarza y E. Loussuer.

También a su llegada, Aguilar hizo presente al Comandante del transporte de Guerra General Alava que llevaba la misión de auxiliarle en la evacuación de los archipiélagos de Carolinas Orientales y Occidentales, conviniendo en que en el Uranus embarcarían los deportados indígenas de ambos archipiélagos y en el suyo, el General Alava, las tropas de Infantería de Marina, pues teniendo el Uranus que conducir a Manila la guarnición de Marianas compuesta de macabebes, habría homogeneidad en el pasaje de tercera, facilitándose así lo relativo a su alimentación. Mientras esperaba la llegada de la Comisión alemana, Aguilar procedió a reconocer la colonia y sus alrededores a fin de localizar algún punto en el que establecer la estación de carboneo que con arreglo a la base tercera del tratado de cesión, le correspondía a España, eligiendo la Estación Naval por haber allí los edificios adecuados.

El día 11 de octubre de 1899 llegó la Comisión alemana a la rada de Ponape, presidida por Roberto von Beningsen, Gobernador General de Nueva Guinea, a bordo del cañonero Jaguar y del transporte Kudat, con una fuerza integrada por veinticinco alemanes y treinta malayos de Nueva Guinea⁶¹; a bordo iban los nuevos Gobernadores alemanes de ambas Carolinas y Marianas⁶².

Al Gobernador se le ofreció el material de guerra, y como no lo aceptó, finalmente fue adjudicado al referido Zarza.

Al día siguiente, 12 de octubre de 1899, a las 9 de la mañana, tuvo lugar la ceremonia de entrega.

El 17 de octubre había salido el Uranus de Ponape con destino a Yap y Saipan, llevando consigo todo lo que quedaba de España en las islas, para ir a prevenir al Gobernador de Marianas que fuera preparándose para la entrega que del gobierno a su cargo debía hacer.

Tres días más tarde abandonó el fondeadero de Ponape el Alava, llegando a Yap el día 26 y encontrando en el puerto a los cañoneros Quirós y Villalobos. El 2 de noviembre entraron en el puerto el cañonero de guerra alemán y el transporte que estaban en Ponape. Yap sería entregada a los alemanes el 3 de noviembre.

Tras hacer escala en San Luis de Apra y en la bahía de Umata, el Uranus arribó a San Isidro de Garapan el día 15 de noviembre. Al día siguiente llegó la Comisión alemana⁶³ con el Gobernador General y el nuevo Gobernador alemán de Saipan, George Fritz, jefe de Distrito.

El día 17 de noviembre, a las tres de la tarde, se procedió a la ceremonia de entrega del archipiélago haciéndose los honores por las fuerzas de macabebes y la marinería de desembarco del cañonero alemán Jaguar, así como por la artillería de dicho buque y cuatro piezas españolas de bronce que había en la localidad, realizándose la evacuación sin novedad y según el tratado⁶⁴.

Al día siguiente, las Comisiones española y alemana procedieron a la elección del sitio donde había de instalarse la estación de carbón que España había de conservar en las islas Marianas, acordándose que fuera en Punta Muchot, a poco más de un kilómetro de la cabecera, y ocupando un espacio rectangular de cien metros

de frente por doscientos de fondo, cuyo sitio quedó marcado con piquetes pintados de rojo, procediéndose a levantar un plano que fijase su situación con respecto a San Isidro de Garapan, haciéndose dos ejemplares, uno para cada Gobierno, y entregados a cada Gobernador.

Estas operaciones, así como el embarque del material de Guerra vendido y el de la Administración militar que había quedado por vender, duraron hasta el día 20 en que la Comisión, a las ocho de la noche, partió hacia San Luis de Apra y Umata a hacer aguada, quedando en Saipan la guarnición española ya que el pasaje era excesivamente numeroso y además, porque las autoridades americanas podrían recelar al ver llegar un buque conduciendo tropas que, si bien eran españolas, la raza de ellas era india de Luzón, con quienes estaban en guerra.

El día 21 de noviembre se fondeó en San Luis de Apra, procediéndose a vender algunos víveres que tendrían buena salida en Agaña. De esta forma, mientras el buque hacía aguada en Umata, se aprovechaba el tiempo para vender esos artículos en Agaña.

Tras regresar el buque de Umata a San Luis de Apra, en lo que empleó cuatro días, el 27 por la noche partieron para San Isidro de Garapan, donde fondeó el 28 por la mañana, empezando esa misma tarde el embarque de los equipajes y los efectos de administración y sanidad militar que habían dejado de embarcarse antes por si eran necesarios para las fuerzas españolas. El día 30 por la mañana partieron rumbo a Cebú, fondeando el día 7 de diciembre, siendo autorizados por los americanos a desembarcar el pasaje y procederse a la reposición de víveres y a hacer aguada. Al día siguiente, por la tarde, salió el Uranus hacia Manila, llegando

el 13 de diciembre.

Desde aquella fecha quedó el señor Fritz y marcharon los demás alemanes, quedando con el Gobernador el Capitán del Puerto y un practicante; y el día 30 se marchó el vapor español con los macabebes. En este mismo vapor marchó el Padre Tomás Cuevas para Manila, quedando en su lugar el Padre Francisco Resano.

Nuevamente se planteaba el tema de la posible repatriación de macabebes a la Península, idea que no entusiasmaba al ministro de Guerra, insistiendo a Jaramillo en que evitara, en lo posible, la llegada de aquéllos a España por la situación aflictiva que allí habría para ellos y por la escasez de recursos que pudiera darles el Estado; no obstante, el batallón de macabebes debía licenciarse enseguida, así como todas las tropas irregulares de Ultramar⁶⁵.

A los macabebes se les debían las mensualidades de noviembre y diciembre, que ascendían a 13.000 pesos, siendo de justicia su abono, en opinión de Jaramillo, quien comentaba al ministro de Guerra el resentimiento del Coronel Blanco, en primer lugar, por haber sugerido desde Madrid a sus tropas que siguieran sirviendo a España, toda vez que no habían prestado sus servicios ni a los americanos ni a los filipinos, dada su fidelidad a España; en segundo lugar, porque no recibieron frase alguna de gratitud por su fidelidad al licenciarlos. Sugería Jaramillo que, dado el carácter caballeresco y exaltado de este militar filipino, más fácil de contentar con honores que con bienes materiales, se le otorgara alguna condecoración, tanto a él como a sus oficiales; respecto a las tropas, podría dárseles además las dos pagas devengadas y otra más como auxilio, ya que las tropas licenciadas

aún estaban pendientes de los pagos atrasados⁶⁶.

En vista de ello, dos días más tarde el ministro de Guerra instaba a Jaramillo a que comunicara al Coronel Blanco que el Gobierno español siempre había tenido un gran interés por los voluntarios macabebes y que respecto a la indicación de que si querían podían quedar al servicio de Alemania, no había en ello ofensa alguna, pues podía convenir a sus intereses el servir a una nación que había demostrado verdadero afecto a España y que, deseoso el Gobierno de premiar los servicios y la lealtad de los macabebes, se proponía conceder la Gran Cruz Roja al Mérito Militar al Coronel Blanco, y la Gran Cruz de M^a Cristina a los jefes y oficiales; además, una pensionada de veinticinco pesetas a los sargentos, y siete pesetas con cincuenta céntimos a los cabos y a algunos soldados destacados. Los jefes y oficiales que fueran a la Península tendrían medio sueldo de su empleo anterior. En nombre de la Reina y del Gobierno, les debía manifestar a todos la alta estima y singular aprecio con que se recordaría siempre la lealtad con que habían defendido la bandera española⁶⁷; a los soldados indígenas se les podía conceder una cruz y dos pesetas con cincuenta céntimos vitalicias⁶⁸.

El Coronel Blanco se mostró satisfecho por las gracias que se les iban a conceder a él y a sus voluntarios, pero rechazó la suya; tenía ya la Gran Cruz y quizá, como señalaba Jaramillo, le hubiese contentado más un título de Castilla⁶⁹.

Finalmente, y para compensar a los macabebes, se remitió un giro desde el Ministerio de Hacienda que ascendía a 75.429 pesos; toda vez que en la Península sería difícil hacer la liquidación definitiva por carecer de antecedentes y documentos justificati-

vos, debía ser el Coronel Blanco quien recibiera la cantidad total, recogiendo los documentos para rendir cuentas a la Comisión liquidadora situada en Barcelona⁷⁰.

De la R.O. comunicada por el ministro de Marina, el subsecretario del mismo, con fecha 10 de febrero de 1900, participaba al ministro de Estado haberse tomado posesión oficial de las Estaciones Navales establecidas en el artículo 3° del Tratado hispano-alemán⁷¹.

NOTAS

1. Un avance sobre esta cuestión puede verse en Belén POZUELO MASCARAQUE: "El final de la presencia española en las islas Marianas", en España y el Pacífico, Madrid, AECI/AEEP, 1989, pp. 171-180.
2. SERVICIO HISTÓRICO MILITAR (SHM), Sección de Africa y Ultramar: Filipinas, legajo 86: Proyecto de reformas de Gobierno General de las islas Marianas y Carolinas, año 1896.
3. El impacto que esta crisis colonial tuvo en la prensa española del momento, que actuó como catalizador de la opinión pública en contra de Alemania ha sido analizado por Ingrid SCHULZE SCHNEIDER: El sistema informativo de Bismarck: su proyección sobre la política y prensa españolas, Madrid, Publicaciones de la Universidad Complutense, Tesis Doctoral reprografiada, 1987.
Sobre este mismo tema, ver también de la misma autora "El papel de la prensa madrileña en el conflicto de las Islas Carolinas", en La Sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931, Actas de los 3os. Coloquios de Historia Madrileña, Madrid, 1989, Tomo II.
4. Juan Guadalberto GÓMEZ: Las islas Carolinas y las Marianas, Madrid, 1885, pp. 4-5.
5. Enrique TAVIEL DE ANDRADE: Historia de la Exposición de las islas Filipinas en Madrid el año 1887, y un compendio de la historia de las Marianas, Carolinas, Filipinas y Palaos, Madrid, 1887, volumen doble.
6. José MONTERO Y VIDAL: El archipiélago filipino y las Islas Marianas, Carolinas y Palaos, Madrid, 1886, p. 499.
7. Entre los mismos, baste citar a Felipe de la Corte, Manuel Scheidnagel o J. Altamirano y Salcedo.
8. Rosario de la TORRE: "La prensa madrileña y el discurso de Lord Salisbury sobre las <<naciones moribundas>>", en Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea, Editorial de la Universidad Complutense, 1985, vol. 6, pp. 163-180.
9. Pierre RENOUVIN: Historia de las Relaciones Internacionales (ss. XIX y XX), Madrid, Akal, 1982, pp. 185-186.
10. José M^a JOVER ZAMORA: Teoría y práctica de la redistribución colonial, Madrid, F.U.E., 1976. Obra harto conocida de obligada cita.
11. Juan Guadalberto GÓMEZ, op. cit., pp. 29-32.

12. La teoría del expansionismo americano, formulada por personajes de la categoría de Mahan o T. Roosevelt, ha sido tratada en multitud de obras. Una puesta al día, aunque brevísima, puede consultarse en Luis TOGORES SANCHEZ: "España y la expansión de Estados Unidos en el Pacífico. De la guerra hispano-americana de 1898 al pleito de Sibutu y Cagayán de Joló", en Estudios Históricos. Homenaje a los profesores Jover y Palacio, vol. XLIX, Madrid, Universidad Complutense, 1990.

13. Al respecto, Vicente MUÑOZ BARREDA: La Micronesia española o los archipiélagos de Marianas, Palaos y Carolinas, Manila, Tipografía Amigos del País, 1894, pp. 287 y ss., consideraba que siempre se había magnificado la posición geográfica de la isla de Guam, cuando en la Micronesia española el punto más importante era Ponapé ya que se hallaba en el mejor camino para los barcos que partiendo de Australia oriental, Nueva Zelanda y demás islas de la Polinesia, se dirigiesen a China y Japón, siendo pues la estación por excelencia que proporcionaría ventajas a la navegación, contando con los puertos de Palaos, Yap y Guam como auxiliares, de gran utilidad para favorecer el tráfico y para extender la civilización cristiana por toda la Micronesia.

Es necesario señalar que para este autor España no debía "abandonar a su triste suerte a la raza micronesia, dejándola sumida en la ignorancia y la barbarie, sino que por el contrario, debía cumplir su alta misión civilizadora procurando comunicar las luces del progreso y la religión a los desdichados micronesios que solo con la cultura intelectual y moral podrán hallar los medios de retardar la extinción de su raza, produciendo en cambio, para el porvenir un pueblo fuerte y trabajador capaz de seguir con seguro paso los derroteros propios de la civilización" (op. cit., p. 284).

14. SHM, Sección de Africa y Ultramar, Filipinas, leg. 86: Proyecto de reformas de Gobierno General ...

15. Paul CARANO y Pedro C. SANCHEZ: A complete history of Guam, Tokyo, Ch. Tuttle, 1964, p. 160.

16. Pedro C. SANCHEZ: Guajian-Guam. The history of our island, Agaña, Sánchez Publishing House, 1991, pp. 70 y ss.

17. L.M. COX: The Island of Guam, 1904. Edición revisada en 1910, 1911 y 1916, Washington, Government Printing Office, 1917, pp. 41-43.

18. L.M. COX, op. cit., Apéndice nº 2: Carta de Henry Glass al Secretario de Marina, Navy Department, 21 junio 1898.

19. ARCHIVO MUSEO D. ALVARO DE BAZAN, (AMAB) Sección Histórico, leg. nº 4837: Evacuación de las islas Marianas, año 1898: Oficio del Capitán de Puerto de San Luis de Apra (Marianas). Teniente de Navío D. Francisco García Gutiérrez, al Comandante General del Apostadero, Manila, 24 octubre 1898.

20. ARCHIVO DEL MUSEO NAVAL (AMN), Ms. 1.532, doc. 14, folios 67-62: Leopoldo Boada, de la Comandancia General del Apostadero y Escuadra de Filipinas, al Ministro de Marina, trasladando la carta del Capitán del Puerto de Apra, recibida el 24 de octubre de 1898, Manila, 1 diciembre 1898.

21. Vicente CASTAÑEDA: "Documentos referentes a las islas Marianas", en Boletín de la Real Academia de la Historia, Tomo CXXVII, Madrid, 1950, pp. 699-707. Es una transcripción de tres documentos originales adquiridos por la Real Academia en la fecha, referentes a los momentos de la toma de Guam por los americanos.

Este primer documento, firmado por testigos presenciales, data del 15 de octubre de 1898; hay que hacer notar que la transcripción de algunos cargos y nombres está equivocada, debiendo decir "Juez de Sementera", Joaquín Pérez; comerciante Francisco Portusach; y Párroco de Merizo Crisógono Ortíz.

22. Aniceto IBAÑEZ DEL CARMEN: Crónica de las islas Marianas, continuada por el Padre Francisco Resano, pp. 112-113; es una copia parcial del original realizada por el Padre Juan Pons, Guam, 1937. En este caso, es el padre Resano, párroco de Agaña en la fecha, quien relata los acontecimientos.

Este documento ha sido transcrito y traducido al inglés por Marjorie G. DRIVER: Chronicle of the Mariana Islands, Universidad de Guam, 1976.

23. Rowland H. HARWEY: The History of Mariana Islands: a thesis, University of Southern California, 1920, p. 68.

24. Vicente CASTAÑEDA, op. cit., documento n° 2, pp. 704-705, Agaña, 24 de agosto de 1898.

25. Aniceto IBAÑEZ DEL CARMEN, op. cit., pp. 114-115.

26. El texto oficial del Protocolo de 12 de agosto fue reproducido en la prensa madrileña; ver El Imparcial, domingo 14 de agosto de 1898.

27. Ver El Imparcial, 8, 9 y 10 de diciembre de 1898.

28. AMAE, Tratado n° 519 (ss.XIX): Tratado de París, 10 diciembre 1898.

29. J.L. TAYLOR: History of the Marianas, Camp. Susupe, Education Office, Military Government, Saipan, 1945, p. 20.

30. SHM, Sección Africa y Ultramar: Filipinas, leg. 99: Ministro de Guerra a Capitán General de Filipinas, Madrid, 17 febrero 1899.

31. SHM, Ibidem: Telegrama del ministro de Guerra al Capitán General, Madrid, 22 febrero 1899.

32. SHM, Ibidem: Telegrama del ministro de Guerra al Capitán General, Madrid, 27 febrero 1899.

33. SHM, Ibídem: Telegrama del ministro de Guerra a l Capitán General, Madrid, 8 marzo 1899.

34. El tratado fue ratificado el 17 de marzo de 1899.

35. SHM, Ibídem: Telegrama del ministro de Guerra al Capitán General, Madrid, 15 y 16 de marzo 1899.

36. SHM, Ibídem: Telegrama del Capitán General al ministro de Guerra, Manila 1 abril 1899.

37. SHM, Ibídem: Ministro de Guerra a General Ríos, Madrid, 2 abril 1899.

38. SHM, Ibídem: Telegrama del general Ríos a ministro de Guerra, Manila, 2 mayo 1899.

39. La biografía del Coronel es bastante significativa: en 1897 Eugenio Blanco, previa autorización del Capitán General de Filipinas, D. Ramón Blanco y Arenas, organizó una partida de Caballería compuesta de doce individuos que, en tres días, sometieron a los rebeldes de Magabun, provincia de Bulacan. Esta partida no percibía dinero del Gobierno por entonces, y solo prestaba servicio como militar para demostrar la lealtad a España del pueblo de Macabebe.

Tres meses después, Blanco organizó otra partida de cincuenta hombres; más tarde, siendo ya capitán, creó la Compañía de Voluntarios <Ríos y Cánovas>.

Participaron del lado español en la insurrección filipina y en la guerra hispano-norteamericana. Luego fue ascendido a comandante y finalmente a coronel tras haber organizado un regimiento que se denominó <Regimiento Blanco>.

Fueron capturados todos y encerrados en Cavite el coronel Blanco y sus oficiales; el general Aguinaldo convocó a sus generales, jefes y oficiales para ver qué hacía con estos presos.

Algunos se manifestaron a favor de la ejecución, pero Apolinario Mabini, secretario de Aguinaldo, consideró que no debía infringirse ninguna condena a los oficiales españoles y menos aún al coronel Blanco ya que éste era filipino; así, en caso de acceder Filipinas a la independencia, él sería una de las figuras más importantes.

Aguinaldo pidió al coronel que fuera a Manila y que solicitara de España la entrega a Filipinas, y no a Estados Unidos, de los insurrectos. Se dirigió a Manila pero ésta rápidamente cayó en poder de los americanos.

Poco después, recibió órdenes procedentes de España para dirigirse con sus voluntarios a las islas Marianas, como en efecto sucedió, permaneciendo en dicha isla cerca de diez meses, y después recibió otra orden mandando entregar la isla a las fuerzas alemanas y regresar todos a Manila. Tras llegar a la ciudad, se le ordenó que, junto a sus oficiales, se repatriasen a España por un período de seis meses. Cumplido ese tiempo, regresaron a Macabebe para reconstruir sus respectivas casas, destruidas y quemadas por los insurrectos.

Blanco falleció el 4 de diciembre de 1925; año y medio más tarde, el 5 de agosto de 1927, un grupo de seis macabebes que

habían tomado parte directa al mando del Coronel, Mariano García, Alberto Sawal, José Blanco, Januario Casio, Diego Magat, Hilario Sawal y Baltazar Sawal, solicitaron del Gobierno español, en carta dirigida al Rey, ayuda en forma de pensión o de otra índole ya que estaban al borde de la indigencia; no acudían en demanda de pago por sus servicios y confiaban en que el Gobierno español no abandonara en la indigencia a los que fielmente le habían servido.

El Rey desestimó dicha petición argumentando que carecían de derecho a lo que solicitaban. Al respecto, ver SHM, Sección de Africa y Ultramar: Filipinas, leg. 10: Expediente sobre un grupo de macabebes que formaron parte del "Regimiento Blanco", año 1927.

40. SHM, Sección Africa y Ultramar: Filipinas, leg. 99: Telegrama del general Ríos al ministro de Guerra, Manila, 31 mayo 1988.

41. William Edwin SAFFORD: "The Island of Guam", Adresses Delivered and Papers Read before the District of Columbia Society, District of Columbia Society, Sons of the American Revolution, Washington, marzo 1912, p. 42.

Hasta esta fecha, y desde la rendición de la isla de Guam a los americanos el 21 de junio de 1898, se habían sucedido una serie de autoridades que reclamaban para sí el derecho a erigirse en Gobernadores; ellos fueron, y como se ha ido viendo a lo largo del texto:

- Francisco Portusach: naturalizado americano, fue nombrado por el capitán Henry Glass del Charleston.
- José Sixto: administrador español que quedó en la isla de Guam; fue refrendado en su cargo, entre las disputas con el anterior, por el teniente Cottman, del Brutus.
- Edward D. Taussig: oficial del Bennington, asumió el mando de la isla el 1 de febrero de 1899.
- Joaquín Pérez: gobernadorcillo de Agaña, fue nombrado jefe de la isla por el anterior el 15 de febrero de 1899.
- William Coe: mestizo samoano que se hizo con el mando de Guam.
- Richard P. Leary: primer gobernador americano de Guam desde el 7 de agosto de 1899.

42. Joseph WHEELER: Report on the island of Guam. Washington Government print. off., 1900, pp. 38-39.

43. William Edwin SAFFORD: Useful Plants of the Island of Guam, Washington D.C., Government Publishing Office, 1905.

Del mismo autor, y sobre la historia de Guam, hay un ejemplar mecanografiado en el MARC titulado: The Mariana Islands. Notes compiled by W.E. Safford from documents in the Archives of Agaña, the capital of Guam and from early voyages, found in the libraries of San Francisco, California, copied at "Tanglewood", Chillicothe, O., 1901 (mecanografiado).

44. Los primeros informes de militares americanos a principios de siglo, pueden consultarse en E.J. DORN: Report of Guam, Agaña, 1910, y Earl H. ELLIS: Report of a military reconnaissance of the Island of Guam, 1914-1915, Agaña, 1915.

45. M^a Dolores ELIZALDE PÉREZ-GRUESO: España en el Pacífico. Las colonia de las islas Carolinas, 1885-1899, Madrid, CSIC/AECT, 1992. Biblioteca de Historia.

46. AMAE, Tratado n° 530 (ss. XIX): Negociación con Alemania para la venta de la Micronesia, año 1899.

47. AMAE, Tratado n° 530, Ibídem: El Ministro de Estado al Embajador de Alemania, Madrid, 12 febrero 1899, y El Embajador de Alemania al Excmo. Sr. Duque de Almodóvar del Río, Ministro de Estado, Madrid, 12 febrero 1899.

48. Ver apéndice n° 13.

49. El Imparcial, 3 junio 1899.

50. La Época, 8 junio 1899.

51. Sobre los intereses alemanes en las islas Carolinas y la adquisición este archipiélago y de la Micronesia en general, consultar Peter J. HEMPENSTALL: Pacific Islander under German Rule, Camberra, Australian Nat. University Press, 1978, y Richard G. BROWN: "The German Acquisition of the Caroline Islands, 1898-99", en John A. MOSES y Paul M. KENNEDY (Eds.): Germany in the Pacific and Far East, 1870-1914, University of Queensland Press, 1977, pp. 137-155.

52. Ver apéndice n° 14.

53. SHM, leg. 8: Telegrama del ministro de Guerra al general Jaramillo, jefe de la Comisión de Selección de Filipinas, Madrid, 29 julio 1899.

54. AHM, Sección de Africa y Ultramar: Filipinas, leg. 8: Cesión a Alemania por el Gobierno español de los archipiélagos de Carolinas, Marianas y Palaos: Cablegrama del ministro de Marina a Federico Reboul, Presidente de la Comisión de selección y transporte del material de guerra, Madrid, 12 agosto 1899.

55. AHM, Ibídem: Telegrama del ministro de Guerra a Nicolás Jaramillo, Madrid, 19 julio 1899.

56. SHM, leg. 99: Telegrama del general Jaramillo a ministro de Guerra, Manila, 30 agosto 1899.

57. SHM, Ibídem, legs. 8 y 99: Telegrama del ministro de Guerra a Nicolás Jaramillo, Madrid, 1 septiembre 1899.

58. SHM, leg. 99: Ministro de Guerra a Nicolás Jaramillo, Madrid, 11 septiembre 1899.

59. AMAE, Tratado n° 530: El Coronel de Estado Mayor, Cristóbal de Aquilar, al General Presidente de la Comisión de Selección y transporte de material de Guerra, Nicolás Jaramillo, Manila, 14 diciembre 1899.

60. SHM, leg. 99: General Jaramillo a ministro de Guerra, Manila, 16 septiembre 1899.

61. Ramón SANCHEZ DIANA: "España en el Pacífico. La isla de Ponapé", en Revista de Historia Militar, año XVIII, 1974, n° 37, pp. 134 y ss. Se trata de una transcripción de las cuartillas escritas por el Coronel Manuel Serrano Ruiz, referentes a la presencia de España en la isla de Ponapé (Santiago de la Ascensión), desde 1887 a 1899.

62. AMAE, Negociación 386 (ss. XIX): Subsecretario de Estado a Ministro de Estado, Madrid, 20 enero 1900.

63. La Comisión alemana estaba integrada por:

Empleos	Nombres
- Gobernador Imperial de Nueva Guinea Carolinass y Marshall	Von Bennigsen
- Vice Gobernador en Ponapé	Dr. Hahbl
- Jefe de Distrito en Yap	Senfft
- Jefe de Distrito en Saipan	Fritz
- Médico del Gobierno de Ponapé	Dr. Gierschner
- Miembro científico de la expedición	Dr. Volckens

Dotación del buque de guerra de S.M.I. "Jaguar"

- Capitán de Fragata y Comandante del buque	Kinderling
- Teniente Capitán, 2° Comandante	Wedding
- Teniente de Navío	Bach

- Teniente de Navío	Ritter von Vachter
- Oficial de Artillería	Franck
- Ingeniero Jefe	Boos
- Médico de Armada	Dr. Prembeer
- Contador de Navío	Kretschmar

64. SHM, leg. 99: Gobernador militar de Marianas, Eugenio Blanco, a ministro de Guerra, Manila, 3 diciembre 1899.

65. SHM, leg. 99: Ministro de Guerra a Nicolás Jaramillo, Madrid, 21 noviembre y 9 diciembre 1899.

66. SHM, leg. 99: Nicolás Jaramillo a ministro de Guerra, Manila, 12 diciembre 1899.

67. SHM, leg. 99: Telegrama del ministro de Guerra a Nicolás Jaramillo, Madrid, 14 diciembre 1899.

68. SHM, leg. 99: Ministro de Guerra a Jaramillo, Madrid, 29 diciembre 1899.

69. SHM, leg. 99: Jaramillo a ministro de Guerra, Manila, 7 enero 1900.

70. SHM, leg. 99: Ministro de Guerra a Nicolás Jaramillo, Madrid, 17 febrero 1900.

71. F. PASTOR Y SANTOS: Territorios de soberanía española en Oceanía, Madrid, C.S.I.C., Instituto de Estudios Africanos, 1950, p. 15.

En la lista de las islas cedidas a los alemanes, no figuraban, en opinión del autor, una serie de ellas que fueron descubiertas en 1537 por Hernando de Grijalva y que nunca se consideraron incluidas en el área de las Carolinas. Éstas eran, en la zona norte, el grupo de Uluthi o Mackenzie, integrado por los Reyes, Ego, los Garbanzos y Dolores; y en la zona sur, Os-Guedes, Coroa o Arrecife, Pescadores, O-Acea, Carteret e Indiana, Monteverde y Nuguor, y D'Urville y Philly.

En 1959 Pastor las reclamaba para España, haciendo de ellas dos Provincias oceánicas españolas, del norte y del sur, insistiendo también en la necesidad de reivindicar ante el gobierno americano las tres estaciones navales de carboneo que, en virtud del Tratado hispano-alemán de 1899, le correspondían a España.

CONCLUSIONS

CONCLUSIONES

Muchas veces se ha considerado que el archipiélago mariano simplemente era una dependencia española muy lejana, que carecía de interés para nuestro país y que la nota dominante de su pequeña historia era el olvido.

Ello es cierto ya que, no solamente hoy día sino que a lo largo de los siglos, el desinterés por esta zona del Pacífico ha sido manifiesto. Pero ello encubre una realidad ya que el archipiélago micronesio formó parte de nuestro país, como provincia española, durante mucho tiempo, y gracias al empeño de unos cuantos Gobernadores, llegó a ponerse en marcha, aunque fuese deficiente, una infraestructura totalmente de cuño español, o hispano más correctamente, que abarcó todos los campos, desde el político-administrativo, hasta el militar, educativo, económico o social.

Las dificultades para ello fueron excesivas, por la falta de comunicaciones tanto con Manila como con la Península que dejaron a los gobernantes totalmente aislados, por la escasez de población que ahogó claramente todos los impulsos productivos y por los medios económicos, que fueron insuficientes.

Marianas reclamaba ayuda y atención constante, pero bien es cierto que nunca llegó y que los gobernantes hubieron de conformarse con los escasos medios de los que dispusieron.

Qué representaba Marianas para España es una de las cuestiones claves para entender la evolución histórica del archipiélago; como se ha ido viendo en las páginas precedentes, mientras que América fue española las islas se mantuvieron

gracias al Galeón de Acapulco. Fue prácticamente siglo y medio en el que interesaba simplemente la evangelización de las mismas y el constatar la posesión española del archipiélago. Con las independencias americanas, el Imperio español se vio tan mermado que había que intentar, de cualquier modo, revitalizarlo, si bien el problema estuvo en que por lo que se refiere al Pacífico, lo único que interesó, y malamente, fueron las islas Filipinas.

La Micronesia, y en concreto Marianas, solamente contaría desde entonces como muralla defensiva de la "perla de Oriente", languideciendo poco a poco en su abandono, tan solo afirmándose su posesión cuando algún acontecimiento internacional lo pusiese en duda. Tal fue el caso, clarísimo, de las islas Carolinas y Palaos en 1885, o de las propias islas Marianas en la década de los años 90 con motivo del expansionismo japonés.

No obstante, y como se ha señalado, una cosa es la postura española ante las islas Marianas, y otra la actitud de los distintos gobernadores del archipiélago; a ellos se les debe el que tengamos una historia en común.

Es indudable que a lo largo de la historia, desde la época de los descubrimientos geográficos en el siglo XVI, las relaciones entre las islas Filipinas y las islas Marianas han sido muy estrechas.

Ambos grupos insulares fueron descubiertos el mismo año, 1521, y por la misma persona, Magallanes, y puede afirmarse que si Filipinas, durante los siglos modernos, era la dependencia oriental de las Indias Occidentales (lo que se ha venido a denominar "los anexos del Pacífico"), cierto es que Marianas era,

a su vez, una dependencia del archipiélago mayor¹.

Y ello en todos los sentidos; así, no hay que olvidar el papel de nexo de unión que tendrá el Galeón de Manila (o de Acapulco, o Nao de la China, como se prefiera) en el plano económico.

Igualmente, Marianas pertenecía a la diócesis de Cebú y a la provincia jesuítica de Filipinas.

Estas relaciones serán más patentes, como se ha señalado, desde las independencias americanas ya que, desde entonces, la dependencia político-administrativa, así como religiosa, de las islas Marianas, como provincia española, con respecto a las islas Filipinas será prácticamente total.

Con la pérdida de Filipinas se consume también la pérdida de Guam, la isla más importante del archipiélago mariano y en la que residía todo el aparato político-administrativo español.

En el plano de las instituciones, también existe una gran similitud, sobre todo en la figura del "barangay", típicamente filipina y existente en la época precolonial y que, con el tiempo, será implantada en las islas Marianas.

Lo filipino forma parte de Marianas ya que a lo largo de los siglos de presencia española vamos a encontrar a un cierto número de soldados filipinos en el pequeño archipiélago de la Micronesia que, junto a los españoles aunque éstos en una posición mejor, formaban la clase dominante; igualmente, y como resultado de la deportación de filipinos a las islas Marianas, tendrá lugar un mestizaje de la población chamorra que, unido al que se produjo

¹. Sobre las relaciones entre Filipinas y Marianas, es muy interesante la breve introducción del filipino Domingo ABELLA en Vignettes of Philippines-Marianas colonial history, Manila, President and Board of Governors of the IAHA, march, 1962, Pamphlet n° 1, pp. 1-7.

con españoles, hizo que la denominada "raza pura" desapareciera en los albores del siglo XIX.

Tanto filipinos como chamorros, y a pesar del tiempo de presencia española, no asumieron plenamente la cultura española, como sí ocurriera en Hispanoamérica, aunque hubo un tímido proceso de hispanización, y ello se observa principalmente en el idioma en los que, tanto en las lenguas filipinas como el tagalo así como en el chamorro¹, la huella española es patente.

Establecida de este modo la dependencia de las islas Marianas con respecto a las islas Filipinas hay que hacer notar que, históricamente, y dadas la dificultad de comunicaciones existentes entre ambos archipiélagos y la desidia de las autoridades españolas, la vida de Marianas a lo largo del siglo XIX se mantuvo en un estado de prácticamente plena autonomía.

Así, ha sido factible hacer una historia exclusiva de Marianas en tanto que, como provincia española a pesar de su dependencia, tuvo una evolución diferente.

La presencia española en las islas Marianas se prolongó entre 1668 y 1899, situándose sus antecedentes en la época de las grandes expediciones oceánicas del siglo XVI; este período español se extendió a lo largo de varias fases, con unos antecedentes que se sitúan en el descubrimiento de las islas de

¹. Sobre la influencia del español en la lengua chamorra, destacar dos estudios: Carmen-Paloma ALBALA y Rafael RODRIGUEZ-PONGA: Relaciones de España con las islas Marianas. La lengua chamorra, Madrid, Fundación Juan March, Serie Universitaria 236, 1986.

los Ladrones, desde la llegada de las tres naves del portugués Fernando de Magallanes -Concepción, Victoria y la capitana Trinidad- a las islas Marianas el 6 de marzo de 1521, siendo denominadas primero "Islas de las Velas Latinas", y "Ladrones" poco después.

De estos primeros años, destacar la llegada a las islas de numerosos barcos, la mayoría españoles en su ruta del Galeón de Manila.

El 22 enero de 1565 Miguel López de Legazpi, en su ruta hacia las islas del Poniente que se dirigía a Nueva España, llega a Marianas, tomando posesión del archipiélago. La llegada de algunos misioneros y soldados fue la única nota destacable de la historia del archipiélago hasta 1668.

1ª FASE: Conquista y evangelización.

En cualquier caso, las islas van a quedar abandonadas hasta la llegada del jesuita burgalés Diego Luis de Sanvitores (1627-1672), quien se interesa por la cristianización del archipiélago.

En junio de 1668, junto a Sanvitores llegan los primeros misioneros jesuitas; a finales del siglo XVII habrá unos veinte jesuitas, la mayoría de ellos españoles y el resto del norte de Europa, encontrándose distribuidos por las distintas misiones establecidas en Guam.

Desde estas fechas, las islas de los Ladrones pasan a denominarse islas Marianas, en honor a Mariana de Austria, quien funda la Obra Pía de San Juan de Letrán.

Como resultado del impacto de la llegada de los nuevos españoles, estallan las denominadas por la historiografía "Guerras chamorras" entre 1671-1684 en Guam, mientras que en el resto de las islas del Norte se prolongarán hasta 1695.

Tras el asesinato de Sanvitores el 2 de abril de 1672, en mayo tomaba posesión el nuevo comandante del archipiélago, el capitán Juan de Santiago.

Dos años después, desde Filipinas, el Gobernador General, Manuel de León, envía a Damián de Esplana a pacificar la isla, al frente de un pequeño ejército, estableciendo en Marianas un gobierno militar tras ese gobierno teocrático que había establecido Sanvitores a su llegada a las islas y como superior de la misión.

El teniente maestre de campo Antonio Saravia Villar será el primer gobernador nombrado por la Corona, tomando posesión el 26 de agosto de 1679.

2ª FASE: Las islas Marianas hasta principios del siglo XIX

Después de 1679, las islas fueron administradas por un Gobernador militar que en principio solía ir nombrado por el rey por el tiempo de seis años, aunque por lo general, este gobernador era nombrado por el Capitán General de Filipinas de entre los oficiales de la guarnición de Manila siendo su nombramiento por tres años, debiendo ser por lo menos de la clase de capitán. En estos primeros momentos se pretendía que el gobierno de las Marianas no tuviera ninguna sujeción con respecto a las islas Filipinas, abarcando territorialmente las islas conocidas y por

descubrir. En cualquier caso, hasta las independencias americanas dependieron, al menos económicamente, del virreinato de México; desde la fecha, y con la reorganización administrativa del siglo XIX, pasarán a depender del gobierno superior de Filipinas.

En esta segunda fase tiene lugar el establecimiento de la administración española; para un mejor control de la población, y al igual que en América y en Filipinas, se procedió a la organización de la misma: Guam fue dividida en cinco partidos o distritos, habiendo en cada uno de ellos un pequeño asentamiento denominado villa o pueblo. Así, desde los primeros momentos de la colonización española, se destacan los siguientes, localizados en la mitad suroccidental de la isla: Agaña, centro del primer asentamiento español; Pago; Agat; Umatac y Fina (creado en 1689, desaparecerá pocos años después), siendo añadidos en 1698 dos nuevos establecimientos, Merizo e Inarajan.

Todavía es objeto de discusión por parte de los historiadores uno de los hechos más significativos de este período, esto es, el enorme descenso de la población indígena desde el momento en que se produce la llegada de los españoles, y especialmente si nos atenemos a las cifras de bautizados dadas por el propio Sanvitores (unos quince mil en tres años).

Sin lugar a dudas, es un tema aún sujeto a revisión, y quienes lo han abordado en la presente centuria dan cifras que varían entre los treinta mil y los cien mil habitantes, lo que hace que nos movamos siempre entre conjeturas. Entre las causas, los autores proponen las guerras chamorras, los movimientos migratorios forzosos de población, que contribuyeron a despoblar las

islas del Norte, diferentes epidemias que asolaron a la población, así como los continuos y devastadores tifones (serán una de las causas principales del descenso poblacional en el siglo XIX).

Por lo que se refiere al sistema educativo, y tras la fundación del Colegio de San Juan de Letrán, se abrirán nuevas escuelas en otras localidades de la isla, algunas de corta y precaria existencia, con el objetivo principal de difundir la doctrina católica, al tiempo que se iniciaba a los niños en las tareas propias de su sexo (trabajos manuales y cultivar, y cocinar, respectivamente). Sin lugar a dudas, el colegio más importante era San Juan de Letrán en Agaña, del que dependían el resto de escuelas. La citada fundación se administraba desde Manila mientras que el Colegio era dirigido por una Junta, al frente de la cual se encontrará el Gobernador de las islas como presidente y el párroco de Agaña, que tendría el rango de Rector; dos maestros y cinco ayudantes completarían el cuerpo docente.

Para la seguridad de la isla, residió siempre en Guam una fuerza militar más o menos importante. Al principio, la pequeña guarnición estaba compuesta por cuarenta o cincuenta hombres, soldados europeos o filipinos, bajo el mando de un subalterno que estaba a las órdenes del superior religioso para prestarle auxilio y seguridad; después, se aumentó la fuerza con motivo de las guerras con los indios, precisándose un jefe político-militar que dirigiera las campañas, levantase fortalezas y combinase las operaciones y subsistencia de un pequeño ejército: para este fin, fue nombrado el Maestre de Campo D. Antonio Saravia y Villar, primer gobernador de Marianas por Real título

de 26 agosto 1679, naciendo lo que algunos autores han denominado la "colonia militar".

Desde principios del siglo XIX fue necesario conservar y aumentar dicha fuerza para poder defender las islas de algún ataque extranjero, haciéndose en muchas ocasiones los remplazos con los propios naturales.

Afirmado el asentamiento español en el archipiélago mariano, a lo largo del siglo XVIII se inicia un lento declive tan solo alterado por la llegada del Galeón de Manila.

El primer Galeón había cruzado el Pacífico en 1565. La R.O. de junio de 1668 concretó que el Galeón de Acapulco parara en Guam; dicho cordón umbilical aportará a las islas Marianas un situado de 20.000 pesos, procedentes de las Cajas de México, suministrando, al tiempo, los 3.000 pesos para el mantenimiento del Colegio San Juan de Letrán, y siendo el Gobernador el único que podía comerciar con los efectos exteriores, recogiendo indirectamente el situado destinado al pago de sueldos e incidiendo negativamente en el desarrollo económico del archipiélago al ahogar todo impulso productivo.

Uno de los acontecimientos más importantes de la citada centuria se producirá cuando el R.D. dado en Madrid el 31 de marzo de 1767 por el cual se ordena la expulsión de los jesuitas, dictamen que afecta a las islas Marianas, sea conocido en Manila el 17 de mayo de 1767 y en Guam desde el 25 de agosto de 1768. Al año siguiente, en 1769, los agustinos recoletos sustituyen a los jesuitas en la tarea de evangelización de las islas Marianas; al tiempo, se harán cargo de la enseñanza.

Para esas fechas ya se ha iniciado los primeros contactos con

los carolinos en un doble plano: por un lado, a partir de los intentos por colonizar desde Marianas la islas Carolinas (tal será el caso de la fracasada misión del Padre Cantova en 1731 animada por el Gobernador Sánchez de Tagle), y por otro, dada la relativa afluencia de carolinos a Marianas, tanto a las islas del norte como a Guam.

Por su parte, la llegada de barcos extranjeros corsarios contribuirán animar la vida del archipiélago.

3ª FASE: El período de reajuste, 1810-1828

Las guerras de las independencias americanas, y en lo que se refiere al archipiélago mariano, influirán, en primer lugar, dificultando la ruta del Galeón, lo que conlleva el retraso en la recepción del situado (entre 1810 y 1816 no llegó ninguno a Guam). El 25 de octubre de 1813, por recomendación de las Cortes de Cádiz, Fernando VII decretó la supresión de la línea Acapulco-Manila; el último Galeón cruzó el océano en 1815.

En segundo lugar, el situado de las islas Marianas, reducido a la cantidad fija de 8.000 pesos por R.O. de 29 septiembre de 1817, habría de ser enviado desde la fecha desde Manila en vez de México, formándose un plan económico para la inversión de esta suma el 9 de junio de 1820 que, aprobado en Junta Superior de Real Hacienda, se puso en práctica en agosto de 1822.

De igual modo, en 1826, como consecuencia de la nueva situación nacida del proceso independentista hispanoamericano, se organizó una especie de milicia con todos los hombres útiles de la isla de Guam. El 27 de abril de 1829, esta Milicia tomó el

carácter de Urbana, constituyéndola sólo los vecinos de la ciudad de Agaña.

4ª FASE: las islas Marianas entre 1828 y 1899

Desde estas fechas, las islas Marianas comenzaron a tener una relativa importancia para España ya que sería la muralla defensiva oceánica de las islas Filipinas; para ello, se procedió a la reorganización del archipiélago como resultado de la aplicación del "Reglamento para el Buen Gobierno de las islas Marianas", también denominado "Reglamento Ricafort", publicado el 17 de diciembre de 1828 y ampliado por el gobernador de Marianas, Francisco Ramón de Villalobos.

A lo largo de este siglo, y de esta fecha concreta de 1828, se consolida la infraestructura provincial de las islas Marianas, poniéndose en marcha proyectos nuevos para revitalizar el archipiélago.

Políticamente, las islas constituían pues un gobierno político-militar dependiente del Gobierno Superior de Filipinas, y en lo criminal de la Audiencia de Manila; no obstante, el problema de las comunicaciones hace que las Marianas vivan prácticamente independientes de las islas Filipinas. El Gobernador era asistido en el ejercicio de sus funciones por un sargento mayor y tres ayudantes; una compañía de milicias, otra de infantería y un Batallón de Milicia Urbana constituyen, con algunas modificaciones posteriores, el conjunto de las fuerzas militares.

Eclesiásticamente, las islas Marianas dependían del Arzo-

bispado de Cebú, que nombraba, junto con el Prelado Provincial de Agustinos Recoletos, un Vicario Eclesiástico y Provincial que controlaba las misiones de Agaña, Agat, Merizo (a la que estaba unida la de Umata) e Inarajan en la isla de Guam, y las de Rota, Saipan (establecida en 1855) y Tinian (desde 1887). Salvo Agaña, los pueblos estaban muy escasamente poblados, por lo que por cuenta del Erario se dotó a las Iglesias de una asignación anual.

El Gobernador era, al tiempo, Subdelegado de Marina en la provincia, hallándose establecida en San Luis de Apra desde 1825 la Capitanía de Puerto, aunque el movimiento marítimo en las islas Marianas fue muy escaso.

Hasta principios del siglo XIX se sucedieron diferentes expediciones científicas, principalmente extranjeras, que en sus viajes de reconocimiento surcaron aquellos mares. Posteriormente, y hasta mediados del citado siglo, comenzó a tener importancia la pesca de la ballena, siendo Marianas un punto de recalada de los buques balleneros.

El principal problema que se planteó a lo largo del siglo pasado fue la escasez de población, que ahogaba el desarrollo del archipiélago; así, a la altura de 1893, contaba solamente con diez mil doscientos ochenta y ocho habitantes, de los cuales ocho mil quinientos veintiocho se repartían en la isla de Guam, absorbiendo Agaña algo más de seis mil habitantes; Tinian contaba con doscientos treinta y ocho habitantes, Rota con quinientos siete, y Saipan con mil quince.

Por lo que se refiere a la organización municipal, desde 1791 encontramos en los pueblos de las islas Marianas, más concretamente en los de Guam y en el caso de Rota, donde también hay un

alcalde, unos cargos locales similares a los existentes en las islas Filipinas, si bien el procedimiento electoral aún no estaba definido ya que seguirán siendo nombrados por el Gobernador de las islas; aún no tiene lugar la verificación del proceso electoral, lo que implicaba a su vez que no había barangays, unidad básica en la escala de organización. Tanto la agrupación de la población chamorra en barangays, que data según Felipe de la Corte de 1830 o 1831, como la celebración de elecciones locales, no tendrán lugar hasta la década de los años 30, durante el mando de Villalobos, en las primeras once poblaciones de la isla de Guam, esto es, Agaña, Anigua, Asan, Tepungan, Sinajaña, Munmung, Pago, Agat, Umata, Inarajan y Merizo.

En cada población había un gobernadorcillo, un teniente para auxiliar o sustituir a aquél, y un juez de palmas, sementeras y ganados para el mejor fomento de estos ramos; en cualquier caso, los cargos que componían la justicia municipal variarán ligeramente a lo largo del siglo XIX, añadiéndose, por ejemplo, el de alguacil encargado de la policía.

Estas poblaciones se reestructurarán a lo largo del siglo XIX, pasando unas a convertirse en barrios dependientes de otra mayor (caso de Anigua, Asan, Tepungan, Sinajaña y Munmung con respecto a Agaña, añadiéndose en 1884 el barrio carolino de María Cristina, y de Umata con respecto a Merizo), y otras desapareciendo, como fue el caso de Pago en 1854 tras una epidemia de viruelas.

Señalar, por otro lado, que en 1835 se establece el primer alcalde en Tinian, pero en esta isla, así como en la de Saipan, que comparten ambas alcalde, el proceso electoral será muy poste-

rior, en torno a la década de los años 70. Las poblaciones se crearán en estas islas a partir del asentamiento de inmigrantes carolinos fundándose, respectivamente, San Luis de Medina y San Isidro de Garapan.

En el caso de la isla de Rota, y posteriormente Saipan, las elecciones serían presididas por el alcalde; por su parte, en Tinian, por el Teniente-Alcalde, máximas autoridades. Hasta 1870, los censos de población arrojan un total de veinte personas en Tinian, todos ellos chamorros que vivían en la isla durante un período no superior a dos años, siendo los encargados de la obtención de carne para su posterior venta en Guam en pública almoneda, con cuyo producto se costeaban los gastos del Hospital de Lazarinos radicado en Saipan desde 1835 (exclusivo de varones, hasta la fecha había estado en Guam, al igual que el de mujeres, radicado en el sitio de Adilug, en las proximidades de la cabecera).

En 1865, un grupo de carolinos procedentes de la isla de Sove, llegaron a Guam, siendo conducidos poco después a Pagan para poblarla. En 1869 se trasladaron a Saipan, y en 1870 a Tinian. Así, a la altura de 1885, todos los habitantes de Tinian son carolinos, agrupándose doscientas treinta y una personas en tres cabecerías, al frente de los cuales se encontraba un Teniente Alcalde.

La vida económica careció de dinamismo durante el siglo XIX, aunque muy a finales de la centuria comenzó a activarse ligeramente, sobre todo en la parte referente al comercio, y ello más bien por causas externas que por propio impulso. Hay que tener en cuenta, además, que los naturales de Marianas estaban exentos

de pagar tributos, lo que significaba que prácticamente no había ingresos locales en las arcas, abasteciéndose las islas del exterior. El único pago consistía en la prestación personal, esto es, el trabajo obligatorio al que estaban sujetos todos los varones con edades comprendidas entre los dieciocho y sesenta años.

La agricultura nunca tuvo un desarrollo considerable, por lo escaso de la población y por los malos métodos de cultivo, y en parte por las reducidas dimensiones de las islas, algunas de ellas peñascos deshabitados inabordables a pesar de que el clima tropical favorecía el cultivo de productos como legumbres, frutas, café, cacao, coco (del que se extraía la copra, cuya demanda por las potencias extranjeras aumentó desde los años 80), etc.

El sistema de propiedad de la tierra había sido reformado, con vistas al incremento de la producción, por el citado Reglamento de 1828. Hasta entonces, la gran mayoría de las haciendas pertenecían a la Corona, pero desde la fecha comenzaron a ser repartidas entre los naturales, siendo asignadas a los mismos por una Junta compuesta por el Gobernador Político-Militar, el Padre Cura o los ministros de Agaña, el Administrador de la Real Hacienda, y dos vecinos honrados. El nuevo sistema prohibía la enajenación de las tierras, estableciendo que el dominio directo pertenecía a la Corona, y el útil a los naturales que las trabajaran. Por otro lado, un número considerable de haciendas eran propiedad del Gobernador y de la Iglesia, que las disfrutaban desde antiguo, y las restantes formaban los terrenos comunes pertenecientes a los pueblos.

El ramo de industria prácticamente se limitaba a la destilación de aguardiente de tuba (alcohol de coco), confección y tejido de sombreros, esterillas, cestos, etc., cuyos filamentos se extraían de las hojas de un árbol llamado agdac.

El sistema educativo también adoleció de todas las carencias para su buen funcionamiento, si bien es cierto que a lo largo del siglo XIX se procuró fomentar este ramo en lo que se refiere a la instrucción primaria, siendo obligatoria la escolarización de niños y niñas al menos entre los cinco y once años. Las enseñanzas eran muy básicas, reduciéndose al conocimiento de la doctrina cristiana y a la lectura y escritura, siendo impartidas en teoría en castellano aunque en la práctica el idioma que predominó fue el chamorro, en parte, por el desconocimiento que de nuestra lengua tenían los propios maestros, mal pagados y peor preparados.

Uno de los proyectos que más eco tuvo, tanto en Ultramar como en la Península, y que pretendía impulsar el archipiélago mariano, fue el referente a la colonización penitenciaria.

Se trataba de hacer de Marianas o bien un presidio para confinados, o bien una colonia de deportación general, todo ello con la idea de impulsar el aumento de población.

Aunque el proyecto fracasó, hubo algunas realizaciones concretas, destacando en este sentido el envío de un cierto número de deportados peninsulares, principalmente políticos, como los cantonales, aunque también hubo deportados por delitos comunes.

Por su situación geográfica, la importancia de las Marianas venía dada por ser el eslabón para encadenar, a través del

Pacífico, las Indias Occidentales con el Oriente; en este sentido, la cuestión del Canal de Panamá será clave. Retomando estas consideraciones, el gobernador Felipe de la Corte (1855-1866) planteó la necesidad de activar el comercio, para lo que proponía o bien incrementar la escasa producción, o bien convertir el archipiélago en un centro de redistribución de los productos de Extremo Oriente.

El primer paso sería la liberalización del comercio, y así, el Reglamento de 1828 declaraba puertos habilitados los de Apra y Umata, en Guam, para que se comerciara libremente sin adeudar derecho alguno, por diez años, quedando abolido el derecho de anclaje para que se estimulara la llegada de barcos.

Hasta los años 60, y debido especialmente al auge de la pesca de la ballena en aguas del Pacífico, Marianas se convierte en el único punto de recalada de los buques, aunque el comercio con éstos prácticamente se limitaba al intercambio de víveres frescos por otros productos (principalmente ropas) que llevaban los buques extranjeros hacia sus costas.

Desde la fecha comienza un retroceso debido a los nuevos establecimientos florecientes, como San Francisco y Nueva Zelanda, pero sobre todo por la apertura de los mercados del Japón. El comercio, dada la escasa producción de las islas, la falta de comunicaciones y la carestía de las mismas, a pesar que desde 1887 hay una línea bimensual de vapores-correo con Marianas, aún se encontraba reducido.

Desde los años 80 surgen nuevos estímulos al desarrollo; por un lado, los sucesos de las Carolinas entre 1885-1887 y, por otro, y en el ámbito internacional, la crisis china y la cuestión

del Canal de Panamá.

La nueva situación internacional nacida de la <era del Imperialismo> hizo que España procurase mantener estas posesiones ultramarinas en el Pacífico, advirtiéndole de dónde podría llegar la amenaza que le disputara su permanencia en la zona.

Curiosamente, este "temor" español se refirió exclusivamente a una potencia, Japón, ya que en las potencias occidentales creyó ver su seguridad. Esta actitud de recelo se manifestó constantemente en los despachos españoles, especialmente desde los comienzos de la década de los años 90, sin advertir España que el peligro no habría de venir del país asiático.

Sin embargo, son ya los últimos momentos de la vida de este archipiélago como posesión española y, en este sentido, no es necesario insistir en el proceso de redistribución colonial analizado por el profesor José Ma. Jover. Queda señalar que el desmantelamiento del sistema colonial español en las islas Marianas se lleva a cabo en dos tiempos, siempre dentro de aquel proceso: el Tratado de París de 10 de diciembre de 1898, ratificado el 17 de marzo del siguiente año, confirmaba la cesión de la isla de Guam a EEUU (art. 3), mientras que las negociaciones con Alemania culminan en la Declaración del 12 de febrero de 1899 por la que se establece la cesión de Marianas (salvo Guam), Carolinas y Palaos a dicho país a cambio de una indemnización de 25 millones de pesetas; dicho acuerdo no será conocido por la opinión pública española hasta el mes de junio cuando, con motivo de la apertura de las Cortes, el Discurso de la Corona daba cuenta; el Tratado de 30 de junio corroboraba la venta a Alemania.

Hay que tener en cuenta que, consumada la pérdida de Filipinas y Guam, los destinos de Marianas, Carolinas y Palaos van íntimamente unidos. Respecto al primero de los archipiélagos, antes de su cesión a Alemania se trasladó la capitalidad a Anapuan (Saipan), incrementando sus efectivos militares con macabebes (soldados indígenas filipinos procedentes de la provincia de Pampanga, Luzón). Desde el mes de septiembre comienza la evacuación de las islas, al tiempo que las tropas indígenas son licenciadas (muchos de ellos, fieles a España, prefirieron ir a la Península antes que servir a Alemania).

El desmantelamiento total tuvo lugar el 17 de noviembre, fecha en que las islas Marianas fueron entregadas solemnemente a Alemania.

Para concluir, y sobre lo que queda de España en las islas Marianas, es indudable que hay una huella, aunque ya difuminada, tanto en el idioma como en la religión, por poner los dos ejemplos más significativos.

Como señala Teresa del Valle¹, "la influencia de la colonización española en las islas Marianas hay que verla, a su vez, en relación con otros pueblos que habían sido colonizado por los españoles (México, Filipinas), ya que muchas influencias llegaron directamente de la Península mientras que otras se filtraron a través de personas, costumbres y creencias de dichas culturas.

¹. Teresa DEL VALLE: "Culturas oceánicas. Micronesia", en Cuadernos de Antropología, Barcelona, Editorial Anthropos, diciembre 1987, p. 15.

Por ejemplo, genéticamente, la población chamorra actual es el resultado principalmente de cruces entre la población autóctona y gente oriunda de Filipinas y México y, en menor grado, de los peninsulares. También, el sistema de compadrazgo parece estar más influido por las formas de relación y obligaciones que cristalizaron en México, aunque su origen estuvieran en la Península. Objetos de cultura material con un valor diferenciador fuerte entre los chamorros como es el metate, tiene su origen en México, y lo mismo ocurre en la comida con la introducción de los picantes y de las tortillas de harina de trigo o maíz. En las costumbres religiosas se encuentran influencias del catolicismo del siglo XVII que tiene una fuerte resonancia en la organización social chamorra, así prácticas familiares como novenas, velatorios a los muertos, entre otras".

"En la lengua se pueden distinguir las influencias en la estructura y las que se han llevado a cabo en la formación y proceso de desarrollo del vocabulario. En la primera la influencia ha sido menor, aunque pueden darse ejemplos de la utilización selectiva del género masculino y femenino que no existe en la lengua vernácula, o la utilización del "para" en la construcción de la frase".

"Es en el vocabulario donde hay todo un proceso de introducción de palabras que hacen referencia a objetos de cultura material, términos religiosos y políticos, nombres de plantas y de animales domesticados, días de la semana y de los meses del año. Además, existe la utilización de palabras castellanas y, más tarde, inglesas".

Tanto en Guam como en el resto de las islas Marianas, y a

pesar de los sucesivos cambios de nación colonizadora (EEUU en Guam; Alemania y Japón en Marianas del Norte, además de esta última potencia en Guam en los años de la Segunda Guerra Mundial; y finalmente EEUU en toda la zona), las viejas costumbres chamorras, de clara influencia española, han prevalecido hasta nuestros días, siendo una sociedad católica en la que la Iglesia tiene un gran ascendiente sobre la población, poseyendo una lengua común, el chamorro, y en la que los fandangos y las fiestas siguen siendo norma común entre la población aborigen¹.

¹. Ver John Wesley COULTER: The Pacific dependencies of the United States, New York, MacMillan C°, 1957, pp. 179-186.

Sobre la hispanización del archipiélago, es interesante el libro de Angel CHAMORRO BUERBA: Cultura hispánica en las islas Marianas, Zaragoza, Talleres Editoriales <El Noticiero>, 1971. El autor se propone, como fin primordial, mostrar en los principales aspectos la analogía de la cultura chamorra con la cultura hispánica en su más amplio marco (lengua, costumbres, religión, economía y organización político-local).

Aunque es muy meritorio el esfuerzo de este profesor de Lengua y Literatura españolas, lo cierto es que hoy día esta "hispanización" es excesivamente tenue ya que, hasta en lo que más se aprecia, esto es, en la lengua, está desapareciendo y siendo suplantada por el inglés americano, a pesar de los esfuerzos de la Comisión Pro-derechos Chamorros.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

FUENTES:

- ARCHIVO DEL MUSEO NAVAL, Madrid (AMN):

- Ms 2.280, doc. 4, fols. 127-132
- Ms 1.532, doc. 14, fols. 57-62
- Ms 1.662, doc. 59, fol. 198
- Ms. 459, doc. 16

- ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL, Madrid (AHN), Sección de Ultramar, Carolinas y Marianas:

- leg. 5222
- leg. 5352
- leg. 5353
- leg. 5354
- leg. 5355
- leg. 5359
- leg. 5853
- leg. 5854

- SERVICIO HISTÓRICO MILITAR, Madrid (SHM), Sección de Ultramar, Filipinas:

- leg. 1
- leg. 8
- leg. 9
- leg. 10
- leg. 11
- leg. 58
- leg. 85
- leg. 86
- leg. 99

- ARCHIVO MUSEO D. ALVARO DE BAZAN, El Viso del Marqués, Ciudad Real (AMAB):

- Sección Archivo Histórico, leg. 4837
- Sección Comisión Liquidadora de Filipinas, leg. R.I.
a, 1
- Sección Fondo documental de Cartagena, leg. R.II.b
L.2, y leg. M.VI.a

- PUBLIC RECORD OFFICE, Kew, Londres (PRO):

- PRO F.O. 46/417
- PRO F.O. 46/495
- PRO F.O. 46/496
- PRO F.O. 46/497
- PRO F.O. 46/498
- PRO F.O. 46/512

- ARCHIVO DEL MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES, Madrid (AMAE)

1. Archivo Histórico:

1.1 Ultramar:

- Filipinas, H 2956
- Filipinas, H 2958
- Filipinas, H 2959
- Filipinas, H 2960
- Filipinas, H 2961
- Filipinas, H 2962
- Filipinas, H 2963
- Filipinas, H 2964

1.2 Correspondencia con Embajadas y Legaciones:

- Hong Kong, H 1925
- Yokohama, H 2094
- Japón, H 1446
- Japón, H 1632
- Japón, H 1633
- Japón, H 2536
- Japón, H 2537

- Japón, H 2538

2. Tratados y Negociaciones (ss. XIX):

- Tratado n° 530
- Negociación n° 368
- Negociación n° 482
- Tratado y Negociación n° 369
- Tratado y Negociación n° 416
- Tratado y Negociación n° 506

MICRONESIAN AREA RESEARCH CENTER: LIBRARY OF CONGRESS OF WAS-
HINGTON, (LCW)

Volumen 2, Item 2
Vol. 3, Item 3
Vol. 4, Item 4 Parte I
Vol. 5, Item 4 Parte II
Vol. 6, Item 5
Vol. 7, Item 8
Vol. 8, Items 13 y 14
Vol. 9, Items 17 y 18
Vol. 10, Items 20, 22 y 24
Vol. 11, Item 34
Vol. 13, Item 40, 41, 45, 46 y 48
Vol. 14, Item 57 y 58
Vol. 15, Items 61, 63, 65-68 y 71
Vol. 16, Items 74-78
Vol. 17, Item 79 y 81
Vol. 18, Item 82 y 87
Vol. 20, Item 94 Parte I
Vol. 21, Item 94 Parte II
Vol. 22, Item 95
Vol. 23, Items 96-97
Vol. 24, Items 98-99
Vol. 25, Items 105, 106, 109, 110 y 111
Vol. 26, Items 114, 115, 117, 118, 120-123
Vol. 27, Item 124
Vol. 28, Items 125-126
Vol. 29, Items 127-131, 133, 134 y 136
Vol. 30, Items 143-148, 152 y 153.

MEMORIAS Y DOCUMENTOS. ISLAS MARIANAS, 1885-1886. Partes 1ª-3ª

MICRONESIAN AREA RESEARCH CENTER (MARC): PHILIPPINE NATIONAL
ARCHIVES, Manila (PNA)

PNA 1

Exp. 3, Fol. 1-4
Exp. 4, Fol. 5-11b
Exp. 21, Fol. 1-4
Exp. 65, Fol. 1-4
Exp. 112, Fol. 4-6
Exp. 113, Fol. 7-9
Exp. 114, Fol. 10-10b

PNA 2

Exp. 9, Fol. 1-7
Exp. 14, Fol. 8-10
Exp. 40, Fol. 1-5
Exp. 44, Fol. 1-3
Exp. 46, Fol. 1-5b
Exp. 57, Fol. 14-25
Exp. 65, Fol. 1-7b

PNA 3

Exp. 5, Fol. 1-12
Exp. 19, Fol. 1-9b
Exp. 34, Fol. 1-32
Exp. 57, Fol. 1-21b
Exp. 59, Fol. 1-2b
Exp. 64, Fol. 1-3
Exp. 65, Fol. 1-2
Exp. 72, Fol. 1-5
PNA 4: 1826-1861
Exp. 1, Fol. 1-87
Exp. 3, Fol. 1-44b
Exp. 8, Fol. 1-59
Exp. 10, Fol. 1-24, 9 abril 1839
Exp. 13, Fol. 1-3
Exp. 17, Fol. 1-51

PNA 5

Exp. 3, Fol. 1-5b
Exp. 7, Fol. 1-5b
Exp. 21, Fol. 1-9
Exp. 55, Fol. 1-38

PNA 6: 1829-1897

Exp. 2, Fol. 1-46
Exp. 15, Fol. 1-5b
Exp. 18, Fol. 1-22b
Exp. 19, Fol. 1-3b

PNA 7: 1830-1879
Exp. 10, Fol. 1-65b

PNA 8: 1842-1895
Exp. 8, Fol. 1-48
Exp. 15, Fol. 1-44
Exp. 35, Fol. 1-13
Exp. 51
Exp. 54, Fol. 1-7

PNA 9: 1776-1895
Exp. 2, Fol. 1-2
Exp. 4, Fol. 1-2
Exp. 17, Fol. 5
Exp. 18, Fol. 6
Exp. 22, Fol. 10
Exp. 23, Fol. 11
Exp. 27, Fol. 3-3b
Exp. 30, Fol. 1-1b
Exp. 33, Fol. 1-5
Exp. 34, Fol. 1-7
Exp. 39, Fol. 1-4
Exp. 40, Fol. 1-3b
Exp. 41, Fol. 1-5
Exp. 42, Fol. 6-8b
Exp. 44, Fol. 1-3
Exp. 46, Fol. 1-2

PNA 10
Exp. 6, Fol. 2
PNA 11
Exp. 1, Fol. 1-7
Exp. 5, Fol. 1-14
Exp. 7, Fol. 1-3b

PNA 12
Exp. 3, Fol. 1-7b

PNA 14: 1822-1898
Exp. 8, Fol. 1-13
Exp. 14, Fol. 1-
Exp. 17, Fol. 1-2
Exp. 205, Fol. 1-1b
Exp. 206, Fol. 1-2
Exp. 213, Fol. 1-8
Exp. 220, Fol. 1-2
Exp. 255, Fol. 1-11

PNA 15
Exp. 15, Fol. 1-26

PNA 16

Exp. 1, Fol. 1-8

PNA 17: 1850-1880

Exp. 7, Fol. 13-26b

Exp. 8, Fol. 1-5b

Exp. 9, Fol. 6-19

Exp. 58, Fol. 1-20

Exp. 70, Fol. 1-51

Exp. 73

Exp. 77, Fol. 1-21b

PNA 18: 1850-1894

Exp. 5, Fol. 1-28b

Exp. 18, Fol. 1-19b

Exp. 24, Fol. 1-22

PNA 19: 1851-1897

Exp. 4, Fol. 1-15

Exp. 5, Fol. 1-1b

Exp. 7, Fol. 1-42b

Exp. 9

Exp. 16

Exp. 18

Exp. 19

Exp. 21

Exp. 22, Fol. 1-30

Exp. 23, Fol. 1-37

Exp. 29: 1851-1897

PNA 20: 1885-1898 (corresponde a 1855-1898)

Exp. 4, Fol. 1-3b

Exp. 10, Fol. 1-27

Exp. 32, Fol. 5-8b

Exp. 33, Fol. 1

Exp. 34, Fol. 1

Exp. 60, Fol. 7-12b

Exp. 71, Fol. 1-10b

Exp. 72, Fol. 1-2

Exp. 78, Fol. 1-1b

Exp. 80, Fol. 1-5

Exp. 82, Fol. 1-2

Exp. 83, Fol. 1-1b

Exp. 84, Fol. 1-4

Exp. 86, Fol. 3

Exp. 95, Fol. 1-15b

PNA 20: 1855-1898 (Bis)

Exp. 110, Fol. 1-14

Exp. 112, Fol. 1-2b

Exp. 137, Fol. 1-8

Exp. 142, Fol. 5-22b
Exp. 149
Exp. 151
Exp. 156, Fol. 1-8b
Exp. 165, Fol. 1-5
Exp. 166, Fol. 1-21b

PNA 21
Exp. 17, Fol. 1-10

PNA 25: 1880-1897
Exp. 3, Fol. 1-26b
Exp. 17, Fol. 1-88b
Exp. 19, Fol. 1-7
Exp. 27, Fol. 1-2b
PNA 28: 1850-1897
Exp. 1, Fol. 1-25
Exp. 9, Fol. 1-46b
Exp. 10, Fol. 1-17
Exp. 12, Fol. 1-23b
Exp. 14, Fol. 1-10b
Exp. 17, Fol. 1-19
Exp. 19, Fol. 1-5
Exp. 28, Fol. 1-11
Exp. 29, Fol. 12-23
Exp. 31, Fol. 1-4
Exp. 32, Fol. 1-3
Exp. 33, Fol. 1-3
Exp. 37, Fol. 1-12
Exp. 38, Fol. 13-31
Exp. 42, Fol. 8-9b
Exp. 48, Fol. 3-6

PNA 29: 1858-1898 (# 1)
Exp. 1, Fol. 1-4
Exp. 19, Fol. 1-3
Exp. 26, Fol. 1-2b
Exp. 27, Fol. 1-8
Exp. 28, Fol. 1-36b
Exp. 30, Fol. 9-18b
Exp. 31, Fol. 1-6
Exp. 32, Fol. 7-7b
Exp. 33, Fol. 8-11
Exp. 34, Fol. 12-21
Exp. 35, Fol. 1-2b
Exp. 36, Fol. 1-4

PNA 30
Exp. 2, Fol. 1-55b

PNA 31: 1858-1898 (# 2)

Exp. 2, Fol. 1-11b
Exp. 3, Fol. 12-36b
Exp. 4, Fol. 1-2
Exp. 10, Fol. 1-41
Exp. 11, Fol. 1-19
Exp. 37, Fol. 1-8
Exp. 42, Fol. 1-45
Exp. 43, Fol. 1-48
Exp. 51, Fol. 44-51
Exp. 58, Fol. 1-4
Exp. 69, Fol. 6-8
Exp. 70, Fol. 1-3b
Exp. 71
Exp. 72
Exp. 73, Fol. 1-2
Exp. 74
Exp. 75 y 76
Exp. 80, Fol. 1-4

PNA 32: 1856-1898 (1)

Exp. 33, Fol. 1-15b
Exp. 244, Fol. 1-4
Exp. 246, Fol. 1
Exp. 248, Fol. 2-3
Exp. 249, Fol. 1-3
Exp. 250, Fol. 1-3
Exp. 251, Fol. 1-3
Exp. 252, Fol. 1-3
Exp. 254, Fol. 1-2
Exp. 256, Fol. 1-2
Exp. 257, Fol. 1-2
Exp. 260, Fol. 1-2
Exp. 262, Fol. 1-2
Exp. 264, Fol. 1-2
Exp. 271, Fol. 1-5b

PNA 33: 1850-1892

Exp. 72, Fol. 1-39
Exp. 73, Fol. 1-9
Exp. 76, Fol. 1-4
Exp. 77, Fol. 5-6b
Exp. 82, Fol. 6-8
Exp. 83, Fol. 9-14

Expedientes relativos a las islas Carolinas

PNA-C-1: Exp. 21, Fol. 1-88b
PNA-C-1: Exp. 2, Fol. 1-4
PNA-C-1: Exp. 3, Fol. 5-7
PNA-C-11: Exp. 2, Fol. 1-8b
PNA-C-11: Exp. 3, Fol. 1-11b
PNA-C-11: Exp. 7, Fol. 1-1b
PNA-C-11: Exp. 8, Fol. 1-135b

MARC. PNA. UNPROCESED BUNDLES (PNA/UB)

PNA/UB, n° 1-6
PNA/UB, n° 9-10
PNA/UB, n° 20-25
PNA/UB, n° 32-36
PNA/UB, n° 38

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

- Almanaque filipino y Guía de Forasteros para el año 1834, Manila, Imprenta de D. José M^a Dayot, 1834.
- Ibid.: año 1841
- Anuario filipino para el año 1877, Manila, 1876.
- Guía de Forasteros de las islas Filipinas para el año 1845, Manila, Imprenta de D. Miguel Sánchez, 1844.
- Ibid.: años 1847, 1848, 1849, 1852, 1853, 1855, 1856, 1858, 1859, 1860, 1861, 1862, 1864.
- El Imparcial, 1898, 1899
- La Época, 1899
- El Imparcial, 1899
- El Correo de Madrid, 1899
- El Liberal, 1899

REVISTAS

- Pacific Profile, Guam, marzo-junio 1964.
- Guam Recorder, años 1971, 1972, 1977 y 1979.
- The Journal of the Pacific History, Camberra, 1991.
- Boletín de la Real Academia de la Historia, Tomo CXXVII, Madrid, 1950.
- Revista de Historia Militar, Madrid, 1974.

- Missionalia Hispánica, Madrid, 1977, 1985, 1989.
 - Revista General de Marina, febrero 1982, agosto-septiembre, 1985.
 - Cuadernos de Historia 16 n° 122, 1985.
 - Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea, Madrid, 1985.
 - Cuadernos de Historia Contemporánea, Madrid, año 1991.
 - Cuadernos de Antropología, Barcelona, diciembre 1987.
 - Revista Española del Pacífico, Madrid, años 1992 y 1995.
-

CENTROS DE DOCUMENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA Y PERIÓDICA

- Biblioteca Nacional, Madrid
- Hemeroteca Municipal, Madrid
- School of Oriental and African Studies (SOAS), Londres
- Biblioteque Nationale, París
- Library of MARC (Mangilao), Guam

BIBLIOGRAFÍA

1. Época moderna

- John Francis Galaup DE LA PEROUSE: The voyage of La Perouse round the world in the years 1785, 1786, 1787 and 1788, with the nautical tables, Londres, Pr. John Stockdale, 1798, 2 vol.
- A. PIGAFETTA: Primer viaje alrededor del mundo. Edición de Leoncio Cabrero. Madrid, Crónicas de América, 12, Historia 16, 1985.
- Woodes ROGERS: A Cruissing Voyage round the World. London, 1712.

2. Siglo XIX

- Juan ALVAREZ GUERRA: Un viaje por Oriente. De Manila a Marianas, Madrid, 1887 (1ª edición: 1873).

- George ANSON: A Voyage Round The World in the years 1740, 1741, 1742, 1743 y 1744, London, 1748.
- Jacques ARAGO: Promenade autour du monde (2 vols. más atlas), París, 1822.
- Narrative of a voyage Round The World, London, 1823 (traducción al inglés).
- Recuerdos de un ciego. Viaje alrededor del mundo, Madrid, 1851 (traducción al español).
- Pedro ARMENGOL Y CORNET: ¿A las islas Marianas o al Golfo de Guinea?, Madrid, 1878.
- Francisco BARANERA: Compendio de geografía de las islas Filipinas, Marianas y Joló, Manila, 1880.
- R. BELTRAN Y ROZPIDE: Descubrimiento de la Oceanía por los españoles, Madrid, 1892.
- Henri BERNARD, S.J., Tientsin: Les iles Mariannes, Carolines et Palau. Essa d'inventarire des sources historiques avant le XIX siècle, París, 1951.
- Guillermo CAMARGO: "Ligeros apuntes sobre las islas Marianas y adelantos que han tenido desde 1863", en Anuario del Depósito Hidrográfico, Año XII, Madrid, 1874, pp. 309-335.
- Francisco COELLO: Atlas de España y de sus posesiones de Ultramar: Islas Marianas, Carolinas y Palaos, Madrid, 1863.
- Felipe de la CORTE Y RUANO CALDERÓN: Memoria descriptiva e histórica de las islas Marianas y otras que las rodean en relación con ellas y de su organización actual, con un estudio analítico de todos sus elementos físicos, naturales y políticos, y propuesta de reforma en todos los ramos para elevarlas al grado de prosperidad que les corresponde, Madrid, Imprenta Nacional, 1875.
- Francisco CHACÓN Y LARA: Memoria, proyecto y estatutos de colonización de las islas españolas Marianas, Carolinas y Palaos, Sevilla, 1885.
- F.W. CHRISTIAN: The Caroline Islands. Travel in the sea of the little land, Londres, Methuen, 1899.
- Dumont D'URVILLE: Voyage pittoresque autour du Monde, París, 1834.
- Patricio de la ESCOSURA: Memoria sobre Filipinas y Joló redactada en 1863 y 1864, 3ª edic., Madrid, Librería de Simón y Compañía, 1883.
- Louis de FREYCINET: Voyage autour du monde ... executé sur les corvettes de S.M. L'Uranie et La Physicienne, pendant les annes

1817, 1818, 1819 et 1820, París, 1839, vol. II.

- Juan Guadalberto GÓMEZ: Las islas Carolinas y las Marianas, Madrid, 1885.

- Emilio HEDIGER: "Estadística colonial", en Revista General de Marina, Tomo XIX, Madrid, 1886.

- Aniceto IBAÑEZ DEL CARMEN: Gramática chamorra que traducida literalmente de la que escribió Luis de Mata y Araujo, dedica a las escuelas de Marianas con el fin de que los niños aprendan el castellano, Manila, 1865.

- Crónica de las islas Marianas, copia parcial del manuscrito tomada por el Padre Juan Pons en Guam, enero 1937. Esta copia ha sido transcrita y traducida al inglés por Marjorie G. DRIVER: Chronicle of the Mariana Islands, MARC, University of Guam, 1976.

- Luis de IBAÑEZ Y GARCÍA: Historia de las islas Marianas, con su derrotero, y de Carolinas y Palaos, desde el Descubrimiento por Magallanes en 1521, hasta nuestros días, Granada, Paulino V. Sabatel, 1886.

- Jean Pierre Edmon JURIEN DE LA GRAVIERE: Voyage en Chine et dans les mers et archipels de cet Empire pendant les années 1847-1848-1849-1850, Vol. I, París, Charpentier, Libraire-Editeur, 1854.

- Francisco LASTRES Y RUIZ: La colonización penitenciaria de las Marianas y Fernando Póo, Madrid, Imprenta y Librería de Eduardo Martínez, 1878.

- Samuel J. MASTERS: Sketches of Travel, Auburn, New York, S. J. Masters, Esq., 1872.

- José MONTERO Y VIDAL: El archipiélago filipino y las islas Marianas, Carolinas y Palaos, Madrid, 1886.

- Vicente MUÑOZ BARREDA: La Micronesia española o los archipiélagos de Marianas, Palaos y Carolinas, 2ª edic., Manila, Tipografía Amigos del País, 1894 (1ª edic., 1892).

- Francisco OLIVE Y GARCÍA: Islas Marianas. Ligeros apuntes acerca de las mismas, porvenir a que pueden y deben aspirar, y ayuda que ha de prestar la administración para conseguirlo, Manila, Imprenta y Litografía de M. Pérez (hijo), 1887.

- S. ORABE: Cuestión de Indochina, Manila, 1862.

- Eugenio SANCHEZ ZAYAS: "Viaje de la corbeta <Narváez>...", en Anuarios de la Dirección de Hidrografía, año III, Madrid, 1865. Hay una traducción de su trabajo en Annales Hydrographiques, 1866-1867. También hay otro en inglés: "The Mariana Islands: discovery and population", en Nautical Magazine and Naval Chronicle, vol. XXXIV, Nueva York, sept. 1865.

- Manuel SCHEIDNAGEL: Las colonias españolas de Asia. Islas Filipinas, Madrid, Imprenta de los Sres. Pacheco y Pinto, 1880.

- Colonización española: estudios acerca de la misma en nuestras posesiones de Oceanía, Madrid, 1893.

- Enrique TAVIEL DE ANDRADE: Historia de la Exposición de las islas Filipinas en Madrid el año 1887, y un compendio de la historia de las Marianas, Carolinas, Filipinas y Palaos, Madrid, 1887.

3. Reediciones de publicaciones decimonónicas:

- Herman H.L.W. COSTENOBLE: The Marianas, University of Guam, MARC Working Papers n° 33, 1981. Fue publicado en 1905 con el título "Die Mariannen" en el volumen 88 de Globus.

- Adelbert von CHAMISSO: Voyage autour du monde, 1815-1818, París, S. Corti, 1991.

- Sylvia E. CHENG (trans.): The Mariana Islands, by Antoine-Alfred Marche (traducción del francés: Mon voyage aux îles Mariannes, Bulletin de la Societé de Geographie de Marseille, 1890), MARC, University of Guam, 1982.

- Marjorie G. DRIVER (trans.): Chronicle of the Mariana Islands, MARC, University of Guam, 1976.

- The Mariana Islands, 1884-1885. Random Notes of Governor Francisco Olive y García, MARC, University of Guam, Publication n° 10, 1987.

- Navigational data for the Mariana Islands (1863), MARC, University of Guam, 1987.

- A report on the Mariana Islands. Alexandro Parreño. Madrid. 1828, University of Guam, MARC Working Papers n° 55, 1991.

- Description of the Mariana Islands. Manuel Sanz, 1827, MARC, University of Guam, MARC Educational Series n° 10, 1991.

- A report on the Mariana Islands. Alexandro Parreño. Madrid. 1828, University of Guam, MARC Working Papers n° 55, 1991.

- Noticias interesantes sobre las islas Marianas. Nicolás de Saavedra, MARC, University of Guam, 1991 (mecanografiado).

- History of the Marianas, Caroline, and Palau Islands, University of Guam, MARC Educational Series n° 12, 1992.

- Aniceto IBAÑEZ DEL CARMEN: "Relation of events in the years 1849-1894", Guam Recorder, n° 1 (1): 53-57, 1971.

- Otto von KOTZEBUE: A voyage of discovery into the South Seas and Bering's Strait, New York, Da Capo Press, 1967.

- Víctor F. MALLADA (Ed.): Population census of 1897, Agaña, Flores Memorial Library, 1984.

- y Marjorie G. DRIVER (Ed.): The Guam diary of naturalist Antonio Pineda y Ramírez, february, 1792, MARC, University of Guam, 1990.

- Luis de MORALES: "The Great Spanish-Chamorro War", traducción del manuscrito original al inglés en Pacific Profile, Guam, marzo-junio 1964.

- Felicia PLAZA (trans.): Descripción local, militar y política de la isla de Guam, por Francisco Ramón Villalobos, Agaña, 1833, (transcrito del original del Museo Naval, Ms. 459, doc. 16), MARC Working Papers n° 7, 1979. Hay traducción al inglés en Ibidem, n° 8, 1979.

4. Primeros años del siglo XX

- L. M. COX: The Island of Guam, 1904. Edición revisada en 1910, 1911 y 1916, Washington Government Printing Office, 1917.

- E.J. DORN: Report of Guam, Agaña, 1910, 26 pp.

- Earl H. ELLIS: Report of a military reconnaissance of the Island of Guam, 1914-1915, Agaña, 1915.

- William HASWELL: "Remarks on a voyage in 1801 to the Island of Guam", in Historical Collections of the Essex Institute, Vol. LIII, July 1917, n° 8, pp. 193-214.

- Francis M. PRICE: "The Island of Guam and its people", en The Missionary Review of the World, New York and London, Funk & Wagnalls Company, 1902, Enero, n° 1.

- William Edwin SAFFORD: The Mariana Islands. Notes compiled by ... from documentos in the Archives at Agaña, the capital of Guam, and from early voyages found in the libraries of San Francisco, California, Chillicothe, O., 1901 (mecanografiado).

- Useful Plants of the Island of Guam, Washington D.C., Government Publishing Office, 1905.

- "The Island of Guam", en Adresses Delivered and Papers Read before the District of Columbia Society, District of Columbia Society, Sons of America Revolution, Washington, marzo 1912.

- Joseph WHEELER: Report on the island of Guam, Washington Government Print. Off., 1900.

5. Siglo XX

- James Francis ABBOTT: Japanese expansion and American policies, New York, MacMillan Company, 1916.
- Domingo ABELLA y Paul CARANO: Vignettes of Philippines-Marianas Colonial history, Manila, President and Board of Governors of the IAHA, march 1962, Pamphlet nº1.
- Carmen Paloma ALBALA HERNANDEZ y Rafael RODRÍGUEZ-PONGA: Relaciones de España con las islas Marianas: la lengua chamorra, Madrid, Fundación Juan March, 1986.
- G.C. ALLEN: Breve historia económica del Japón moderno, Madrid, Tecnos, 1980.
- Russell A. APPLE: Guam: two invasions and three military occupations, MARC, University of Guam, 1980.
- Dirk A. BALLENDORF y Robert F. ROGERS: "La llegada de Magallanes a las islas Marianas", en Revista Española del Pacífico, nº 2, Madrid, AEEP/ICD, 1992, pp. 37-56.
- A. BALLENDORF y William L. WUERCH: "Captain Samuel J. Masters, US Consul to Guam, 1854-1856: Harbinger of American Pacific Expansion", in Diplomacy & Statecraft, N.Y., 1990, pp. 306-326.
- Glynn BARRAT (Ed.): Russian Exploration in the Mariana Islands, 1817-1828, Saipan, Micronesian Archaeological Survey, Report number 17, Historic Preservation Office, Commonwealth of the Northern Mariana Islands, 1984.
- Carolinean contacts with the islands of the Marianas: the European Record, Saipan, Micronesian Archeological Survey, Report number 25, 1988.
- Ward BARRETT (Ed.): Mission in the Marianas. An Account of Father Diego Luis de Sanvitores and his companions, 1669-1670, University of Minnesota, 1975.
- J.C. BEAGLEHOLE: The Exploration of the Pacific, London, Adam and Charles Black, 1966.
- Charles BEARDSLEY: Guam: past and present, Tokyo, 1964.
- W.G. BEASLEY: Japanese Imperialism, 1894-1945, Oxford, Clarendon Press, 1991.
- R. BLANCO NÚÑEZ: "Centenario de una crisis", en Revista General de Marina, nº 209, agosto-septiembre, 1985.
- Jean Ingram BROOKES: International Rivalry in the Pacific Island, 1800-1875, University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1941.
- Richard G. BROWN: "The German acquisition of the Caroline Islands, 1898-1899", en John A. MOSES y Paul KENNEDY (ed.):

Germany in the Pacific and Far East, 1870-1914, University of Queensland Press, 1977.

- Omayra BRUNAL-PERRY: "Administrative development of the Mariana Islands in the nineteenth century", in Perspectives: History of Guam, RFT MARC, 1997 (en curso de publicación).

- A Question of Sovereignty. What legitimate right did Spain have to its territorial expansion?, MARC, University of Guam, MARC Educational Series n° 15, 1993.

- Leoncio CABRERO FERNANDEZ: "Las islas Filipinas y el Pacífico español", en Historia de España de Menéndez Pidal/Jover, Tomo XXXIV: La Era Isabelina y el Sexenio democrático (1834-1874), Madrid, Espasa-Calpe, 1981, pp. 976-1003.

- "España en el Pacífico", Madrid, Cuadernos de Historia 16 n° 122, 1985.

- Andrés de Urdaneta, Protagonistas de América, Madrid, Historia 16/Quorum, 1987.

- Paul CARANO y Pedro C. SANCHEZ: A complete history of Guam, Tokio, Ch. Tuttle Co., 1964.

- Paul CARANO: Guam Scenic Route, MARC, University of Guam, MARC Working Papers n° 9, 1979.

- Vicente CASTAÑEDA: "Documentos referentes a las islas Marianas", en Boletín de la Real Academia de la Historia, Tomo CXXVII, Madrid, 1950, pp. 699-707.

- Vicky COREY: Chronology of ships visiting Guam, 1521-1898, Agaña, 1968.

- Carlos CORRAL y Franco DÍAZ DE CERIO: La mediación de León XIII en el conflicto de las Carolinas, Editorial Complutense/Universidad Pontificia de Comillas, Madrid, 1995.

- Lawrence J. CUNNINGHAM: Etnography of the Mariana Islands: Spanish Period. Education, MARC, University of Guam, 1996 (trabajo inédito, cortesía del autor).

- Angel CHAMORRO-BUERBA: Cultura hispánica en las islas Marianas, Alaska, College University of Alaska, 1971.

- Yolanda DEGADILLO, Thomas B. McGRATH y Felicia PLAZA: Spanish Forts of Guam, MARC, University of Guam/Universidad Autónoma de Guadalajara, 1979.

- Marjorie G. DRIVER y Albert L. WILLIAMS (Comp.): MARC staff publications, 1967-1978, Agaña, MARC Working Papers n° 2, 1979.

- Marjorie G. DRIVER: Guam: a nomenclatural chronology, MARC, University of Guam, 1985.

- Fray Juan Pobre in the Marianas, 1602, MARC, University of

Guam, 1989.

- y Carolyn S. McCLURKAN y Helen LEON GUERRERO CARRIVEAU: Carolinians in the Mariana Islands, 1828-1895, MARC, Spanish Doc. Collections of MARC, 1987 (mecanografiado).

- "La evolución de las actividades marítimas en las islas Marianas de 1521 a 1821", en Estudios sobre Filipinas y las islas del Pacífico, Madrid, AEEP, 1989, pp. 87-89.

- (Ed.): "An Account of the Islands of the Ladrões", The Journal of the Pacific History, Camberra, 1991, n° 26, pp. 103-106.

- y Omayra BRUNAL-PERRY: Architectural Sketches of the Spanish Era Forts of Guam from the holdings of the Servicio Histórico Militar, Madrid, MARC, University of Guam, 1994.

- y Omayra BRUNAL-PERRY (compils.): Reports Concerning the Mariana Islands. The Memorias of 1844-1852, MARC, University of Guam, 1996.

- y Omayra BRUNAL-PERRY (compils.): Carolinians in the Mariana Islands in the 1800s, MARC, University of Guam, 1996.

- Paul Fleming DUGAN: The early history of Guam, 1521-1698; a thesis, San Diego State College, 1956.

- Antonio EGEA: "Las islas Marianas, provincia española", en España y el Pacífico, Madrid, AEEP/AECI, 1989, pp. 153-160.

- M^a Dolores ELIZALDE PÉREZ-GRUESO: Las Islas Carolinas, colonia española, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 1988.

- "Las relaciones entre España y Japón en torno a las Carolinas", en España y el Pacífico, Madrid, AEEP, AECI, 1989, pp. 182-199.

- España y el Pacífico. La colonia de las Carolinas, 1885-1899, Madrid, CSIC-AECI, 1992. Colección de Historia.

- "Japón y el sistema colonial en el Pacífico", en Revista Española del Pacífico, n° 5, Madrid, AEEP/AECI, 1995, pp. 43-79.

- Don A. FARRELL: History of the Northern Mariana Islands, Commonwealth of the Northern Mariana Islands, Public School System, 1991.

- Honore FORSTERS (Ed.): The Cruise of the <Gipsi>. The Journal of John Wilson, Surgeon on a Whaling Voyage to the Pacific Ocean, 1839-1843, Washington, Ye Galleon Press, 1990.

- A. GALERA GÓMEZ: "Antonio Pineda y el proyecto científico de la expedición Malaspina", en La ciencia española en Ultramar, Madrid, CSIC, 1991.

- Ramón GONZALEZ ECHEGARAY: "Las islas Carolinas", en Revista General de Marina, n° 202, Madrid, febrero 1982.
- M. GONZALEZ MONTERO DE ESPINOSA: "Expedición Malaspina: la antropología", en La ciencia española en Ultramar, Madrid, CSIC, 1991.
- Jesús S. GUERRERO: "Economic history of Guam", Guam Recorder, n°s. 2 (4): 68-71, 1972.
- Rhoda E. A. HACKLER: Our men in the Pacific. A chronicle of the United States Consular Officers at seven ports in the Pacific Islands and Australasia during the 19th century, Tesis doctoral, University of Hawai, diciembre 1978.
- John W. HALL: El Imperio japonés, Madrid, Siglo XXI, 1984.
- Rowland H. HARWEY: The History of the Mariana Islands: a thesis, University of Southern California, 1920.
- Douglas E. HAYNES y William L. WUERCH: Historical survey of the Spanish Mission sites on Guam, MARC, University of Guam, 1990.
- Peter J. HEMPENSTALL: Pacific Islanders under German Rule, Canberra, Australian Nat. University Press, 1978.
- Francis X. HEZEL, S.J.: From Conquest to Colonization: Spain in the Mariana Islands, 1690 to 1740, Division of Historic Preservation, Saipan, M.P., 1989.
- Rowland HILL HARVEY: The History of the Mariana Islands: a thesis, University of Southern California, 1920.
- José M^a JOVER ZAMORA: Teoría y práctica de la redistribución colonial, Madrid, F.U.E., 1976.
- "La percepción española de los conflictos europeos: notas históricas para su entendimiento", en Revista de Occidente, febrero 1986, n° 57.
- Bruce G. KAROLLE: Atlas of Micronesia, MARC, University of Guam, 1988. Nueva edición en 1989.
- Larry A. LAWCOCK: "Luckier than Ben Franklin: Guam's Schoolboys in 1727", Guam Recorder n° 7, 1977, pp. 12-18.
- Angel LEDESMA: Mission on the Marianas. An Account of Father Diego Luis de Sanvitores and his companions, 1669-1670, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1975.
- J. MACMILLAN BROWN: Peoples and problems of the Pacific, Londres, T. Fisher, 1927, vol. I
- Kenneth R. MARTIN: "American Whaleships in the Mariana Islands", in Guam Recorder, volume 9, Agaña, Guam, MARC, University of Guam, 1979, pp. 3-9.

- Andrés MAS CHAO: Evolución de la Infantería en el reinado de Alfonso XII, Madrid, Servicio de Publicaciones, Estado Mayor del Ejército, Colección Adalid, 1989.
- Antonio MOLINA: Historia de Filipinas, Madrid, ICI, 1984
- Ramón H. MAYERS y Mark R. PEATTIE (eds.): The Japanese Colonial Empire, 1895-1945, Princenton University Press, 1984.
- Vicente PALACIO ATARD: La cuestión de las islas Carolinas. Un conflicto entre España y la Alemania bismarckiana, Universidad Católica de Santiago de Chile, 1969.
- E. PASTOR Y SANTOS: Territorios de soberanía española en Oceanía, Madrid, CSIC, Instituto de Estudios Africanos, 1950.
- Mark R. PEATTIE: Nan'yo. The Rise and Fall of the Japanese in Micronesia, 1885-1945, Honolulu, University of Hawaii Press, Pacific Island, Monograph Series n° 4, 1988.
- "Japanese Attitudes Toward Colonialism, 1895-1945", en Ramon H. MAYERS y Mark. R. PEATTIE (eds): The Japanese Colonial Empire, 1895-1945, Princenton University Press, Princenton N.J., 1990.
- Remedius L.G. PÉREZ: Guam, past and present, 1948. Edic. rev. en 1951.
- J. PIMENTEL EGEA: "Imperio e ideología colonial en Alejandro Malaspina", en La ciencia española en Ultramar, Madrid, CSIC, 1991.
- Felicia PLAZA: Sanvitores. Bibliografía de las materias existentes en el Micronesian Area Research Center, MARC, University of Guam, 1975.
- José Luis PORRAS CAMÚÑEZ: "El Galeón de Manila", en Estudios sobre Filipinas y las islas del Pacífico, Madrid, AEEP, 1989, pp. 31-39.
- Belén POZUELO MASCARAQUE: "El final de la presencia española en las islas Marianas, 1898-1899", España y el Pacífico, Madrid, AEI/AEEP, 1989, pp. 171-180.
- y Luis E. TOGORES SANCHEZ: "Viajes y viajeros españoles por el Pacífico en el siglo XIX", en Revista Española del Pacífico, vol. 2, Madrid, AEI/AEEP, 1992, pp. 183-195.
- "España y los presidios menores norteafricanos", Actas del II Congreso Internacional <El Estrecho de Gibraltar>, Ceuta, UNED, 1995, pp. 253-269.
- "Las relaciones hispano-japonesas en la era del Nuevo Imperialismo (1885-1899)", en Revista Española del Pacífico, n° 5, Madrid, AEI/AEEP, 1995, pp. 79-107.
- "El sistema municipal en las islas Marianas", en La Nación

Soñada, Cuba, Puerto Rico y Filipinas, Aranjuez, Editorial Doce Calles, 1996, pp. 429-442.

- "El sistema educativo en las islas Marianas en el siglo XIX", en Antonio GARCÍA ABASOLO (Ed.): España y el Pacífico, Córdoba, Ministerio de Asuntos Exteriores/Asociación Española de Estudios del Pacífico, 1997, pp. 325-342.

- Maritza R. del PRIORE: Education on Guam during the Spanish administration from 1668 to 1899, Tesis, Faculty of the School of Education, University of Southern California, mayo 1986.

- David Campbell PURCEL, Jr.: Japanese Expansion in the South Pacific, 1890-1935, University of Pennsylvania, Ph.D., 1967. Tesis doctoral reprografiada por University Microfilms, Inc., Ann Harbor, Michigan, 1974.

- Pierre RENOUVIN: Historia de las Relaciones Internacionales (ss. XIX y XX), Madrid, Akal, 1982.

- Cristóbal ROBLES MUÑOZ: "Los Metodistas Americanos en las islas Carolinas. Un litigio de soberanía con los Estados Unidos", en Misionalia Hispánica, Madrid, CSIC, n° 202, 1985.

- "El protocolo hispano-alemán de 1885 sobre las Carolinas y Palaos. El arbitraje de León XIII", en Misionalia Hispánica, Madrid, CSIC, XLIII, 1989.

- 1898. Diplomacia y opinión pública, Madrid, CSIC, 1991.

- Agustín RODRÍGUEZ GONZALEZ: "El peligro amarillo en el Pacífico español", en España y el Pacífico, Madrid, AEEP, AEI, 1989, pp. 200-225.

- "La crisis de las Carolinas", en Cuadernos de Historia Contemporánea, n° 13, Madrid, Publicaciones de la Universidad Complutense, 1991, pp. 27-47.

- "España y Japón ante la crisis de Extremo Oriente en 1895", en Revista Española del Pacífico, n° 5, Madrid, AEI/AEEP, 1995, pp. 107-127.

- Rafel RODRÍGUEZ-PONGA: "Antropónimos hispanos en las islas Marianas", en Revista Española del Pacífico, n° 4, Madrid, AEI/AEEP, 1994, pp. 75-85.

- Robert ROGERS: Destinity's Landfall. A history of Guam, University of Hawai'i Press, Honolulu, 1995.

- Pedro C. SANCHEZ: Guajian-Guam. The history of our island, Agaña, Sánchez Publishing House, 1991.

- Ramón SANCHEZ DIANA: "España en el Pacífico. La isla de Ponapé", en Revista de Historia Militar, n° 37, Madrid, 1974, año XVIII.

- Luis Angel SANCHEZ GÓMEZ: Las Principalias indígenas y la administración española, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1989 (tesis doctoral reprografiada).

- "El enfoque etnohistórico en el estudio de la sociedad colonial filipina", en El Extremo Oriente Ibérico. Investigaciones históricas: Metodología y Estado de la Cuestión, Madrid, AECI/Centro de Estudios Históricos, 1989, pp. 631-647.

- "Estructura de los pueblos de indios durante la etapa española", en España y el Pacífico, Madrid, AECI/AEEP, 1989, pp. 81-117.

- "Elecciones locales indígenas en Filipinas durante la etapa hispánica", en Florentino RODAO (coord.): Estudios sobre Filipinas y las islas del Pacífico, Madrid, AEEP, 1989, pp. 53-63.

- Josefa M. SANIEL: Japan and the Philippines, 1868-1899, University of the Philippine Press, Quezon City, 1969.

- Ingrid SCHULZE SCHNEIDER: El sistema informativo de Bismarck: su proyección sobre la política y prensa españolas, Madrid, Publicaciones de la Universidad Complutense, Tesis Doctoral reprografiada, 1987.

- "El papel de la prensa madrileña en el conflicto de las Islas Carolinas", en La Sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931, Actas de los 3os. Coloquios de Historia Madrileña, Madrid, 1989, Tomo II.

- William L. SCHURZ: El Galeón de Manila, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1992.

- Paul SEARLES: A school history of Guam, Department of Education, Naval Government of Guam, 1937.

- History of Guam, 1521-1925, D.E., NG.G., 1940.

- J.L. TAYLOR: History of the Marianas, Camp. Susupe, Education Office, Military Government, Saipan, 1945.

- Luis E. TOGORES SANCHEZ: "España y la expansión de Estados Unidos en el Pacífico. De la guerra hispanoamericana de 1898 al pleito de Sibutu y Cagayán de Joló", en Estudios Históricos. Homenaje a los profesores Jover y Palacio, vol. XLIX, Madrid, UCM, 1990.

- "El inicio de las relaciones hispano-japonesas en la época contemporánea (1868-1885)", en Revista Española del Pacífico, nº 5, Madrid, AEEP/AECI, 1995, pp. 17-43.

- Extremo Oriente en la Política Exterior de España (1830-1885), Madrid, Biblioteca Universitaria, 1997.

- Leandro TORMO SANZ: "El Obispo Volonteri, <combarcano> de

Rizal", en Missionalia Hispánica, 100-102, 1977, pp. 255.

- Rosario DE LA TORRE DEL RÍO: "La crisis de 1898 y el problema de la garantía exterior", en Hispania, Madrid, CSIC, XLVI, 1986.

- Rosario DE LA TORRE DEL RÍO: Inglaterra y España en 1898, Madrid, Eudema, 1988.

- Rosario DE LA TORRE DEL RÍO: "La prensa madrileña y el discurso de Lord Salisbury", en Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea, vol. 6, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1985, pp. 163-180.

- Teresa DEL VALLE: The importance of the Mariana Islands to Spain at the beginning of the nineteenth century, Digest presented to the Faculty of the Graduate School of Saint Louis University, 1969.

Una versión en español fue preparada más tarde, en la que se recogían algunas ampliaciones al trabajo doctoral; las mismas se han incluido en el estudio del mismo título: The importance of the Mariana Islands to Spain at the beginning of the nineteenth century, University of Guam, MARC Educational Series n° 11, 1991 (edición al cargo de Marjorie G. DRIVER).

- Social and cultural change in the community of Umatac, Southern Guam, MARC, University of Guam, 1979.

- The Mariana Islands in the nineteenth century, Agaña, MARC Working Papers n° 20, 1980.

- "Culturas oceánicas. Micronesia", en Cuadernos de Antropología, Barcelona, Editorial Anthropos, diciembre 1987.

- Donna O. VILLAGOMEZ (Ed.): Marianas Art and Culture under the Spanish Administration, 1668-1899, Saipan, Commonwealth Arts Council, Saipan Museum, February 20-March 27, 1981.

- Richard WALTER: Anson's Voyage Round the World, Londres, M. Hopkinson, 1928.

- John WESLEY COULTER: The Pacific Dependencies of the United States, N. York, MacMillan C°, 1957, pp. 179-186.

- William L. WUERCH (Comp.): American Whalers and Traders in the Philippine Islands, 1817-1899, MARC Working Papers n° 52, MARC, University of Guam, 1987.

- J.P. YANIZ: La crisis del pequeño imperio español, Barcelona, Dirisa, 1974.

G L O S A R I O

GLOSARIO

- **Abaca:** planta filamentosa de la que se fabricaban casi todas las cuerdas y cabos que usaban los marinos.
- **Agadna:** Agaña, capital o cabecera del archipiélago.
- **Aguayente:** aguardiente.
- **Ajo:** arroz mezclado con almíbar de tuba, amasado y con forma de bolita.
- **Alaguan:** bebida a base de leche de coco y sopa de arroz con harina, endulzada con miel o azúcar.
- **Aniguag:** Anigua; población cercana a Agaña, posterior barrio de la misma.
- **Arique:** pilar cilíndrico de una típica casa chamorra, realizado en madera de ifil o de molave.
- **Atole:** bebida espirituosa confeccionada con los jugos del coco. Tapioca o federico con agua de coco. Maíz macerado en agua de cal, añadiendo agua de coco a la pasta resultante.
- **Atuli:** sopa de maíz con leche de coco.
- **Baguío:** huracán o tifón.
- **Balate:** gusano marino de forma cilíndrica ovalada y del tamaño de un pie.
- **Balibago:** fibra del hibisco utilizada para la fabricación de cuerdas.
- **Bancas (Pancas):** embarcación sin popa, de dos proas, cuyo fondo era un tronco de árbol rima ahuecado; sus costado eran de tablas ingeniosamente adheridas sin ninguna clase de clavazón, amarradas solo con un delgado cordelillo que los carolinos hacían con el filamento del mogote del coco, esto es, de la corteza exterior. Las bancas llevaban atravesadas por las partes superiores de sus dos proas unos largos y fuerte varetones de palo-hierro a las puntas de las cuales, en forma de alas inclinadas al amr, ataban dos tablas de madera rima con el fin de que estas alas o luchas, como ellos las denominaban, les evitaran los peligros de los grandes balanceos. Sus velas tenían figura de abanico y el palo donde las plegaban y desplegaban lo llevaban puesto en la punta, sirviéndoles de proa.
- **Barangay (balangay):** Cada uno de los grupos de cuarenta a cincuenta familias de raza indígena o de mestizos en que se

dividía la vecindad de los pueblos, y que estaba bajo la dependencia o vigilancia de un jefe. Célula base de la organización mariana desde los años 30 del siglo XIX. \\cabeza de **barangay**: jefe administrativo de estas colectividades, que formaba parte de la principalía de Filipinas. Por encima se encontraba el gobernadorcillo.

- **Baroto**: pequeña canoa a vela.
- **Bolo**: cuchillo largo o machete.
- **Bulao**: plato típico carolino consistente en rima enterrada hasta que se arrugaba y pudría, llenándose de gusanos, momento en el cual se comía.
- **Buyo (bullo)**: compuesto estomacal y narcótico hecho con los cascos de la nuez del árbol Bonga; con la hoja del árbol denominado Populo y con una cantidad de cal, mayor o menor según lo habituado que se estuviese a mascararlo.
- **Cabecera**: Capital o población principal de un territorio o distrito.
- **Cabeza de barangay**: jefe del grupo social responsable del mismo.
- **Cageles**: naranjos de fruta de color verde.
- **Camachiles**: árbol de madera poco útil pero de aceptable corteza que se empleaba en el curtido de las pieles; su fruta es de buen gusto y estomacal.
- **Camote (camute, kamute, kamote, bata, batate)**: variedad de batata o patata dulce.
- **Capitanes pasados**: denominación dada a los que habían desempeñado con anterioridad el cargo de gobernadorcillo.
- **Carabao**: animal mayor que el toro, de color oscuro y de piel parecida a la del cerdo, de pescuezo largo y estrecho con una cabeza pequeña en relación a su cuerpo. Sus grandes astas son idénticas, de forma parecida a la de las cabras, con una fuerza mayor que la del toro. Ya domesticado, era dedicado a la carga, tiro o montura, aunque generalmente se le destinaba a arar las tierras en que se sembraba el arroz.
- **Cédula personal**: Documento oficial que expresa el nombre, profesión, domicilio y demás circunstancias de cada vecino; acreditaba el pago de un impuesto, y servía para identificar a una persona.
- **Champulado**: arroz aromatizado con chocolate.
- **Chinchuli (Chinchulí)**: donativo o regalo de bodas consistente, por regla general, en productos comestibles (aves, puercos, raíces, etc.).

- **Chomchom:** enfermedad del tétanos.
- **Dago:** raíz tuberculosa de gran tamaño de la que se hacían buñuelos tortas y otras clases de alimentos.
- **Dugas:** calzado típico chamorro similar a las sandalias
- **Dugdug (dogdog):** especie de árbol del pan con semillas comestibles.
- **Fandangos (fandangos):** fiestas que celebraban los novios, cada uno por separado, con sus respectivas familias, la víspera de la boda.
- **Federicos:** árbol de cinco o seis metros de altura, de tronco recto y de ramaje acopado como el pino, con una fruta del tamaño, color y forma de las patatas. Para usar ésta, se trituraba y se fermentaba en agua por espacio de ocho a diez días, por ser venenosa en alto grado. Verificada dicha fermentación, en el fondo de la vasija en la que ésta había tenido lugar, reposaba una especie de harina o polvo, denominado asiento, que se aplicaba como si fuera almidón de trigo: se empleaba para almidonar la ropa y para la confección de rosquillas, mantecados y otros dulces.
- **Fociño (fosiño, foçiño, fusiño):** especie de cuchillo, de gran tamaño, que se utilizaba en la agricultura; estaba formado de una cuchilla de cinco a seis pulgadas de ancho en su corte por tres de alta, unida por un ángulo de su lomo al mango de hierro de la misma pieza, y pie y medio de largo, terminando por detrás en un cubo donde se ponía un asta de madera de tres o cuatro varas de larga y media pulgada de diámetro.
- **Gaogao:** raíz tuberculosa de gran tamaño de la que se hacían buñuelos tortas y otras clases de alimentos. También se denominaba así al arroz.
- **Gigay:** tejido de hojas de coco con el que se techaban las casas carolinas de las islas Marianas.
- **Gobernadorcillo:** Juez pedáneo en las islas Filipinas, con jurisdicción correccional, de policía y civil en asuntos de menor cuantía.
- **Guajam:** Guam
- **Hiy:** pez de forma aplanada cuyas dimensiones son dos a tres pulgadas de largo por una o una y media de ancho.
- **Ica:** auxilio pecuniario que aportaban las familias en caso de fallecimiento de uno de sus miembros.
- **Ipi (ifil, ifit, ipil):** Madera de color oscuro como la caoba antigua, de gran dureza y solidez, conceptuada como una de las de primera clase.

- **Juez:** \\de ganados: uno de los tres mayores que formaban parte de las principalías de Filipinas, y que entendía especialmente en los asuntos relacionados con la ganadería. \\de policía: asuntos relacionados con el cumplimiento de las obligaciones sobre policía urbana. \\de sementeras: asuntos relacionados con los productos agrícolas. \\mayor: cada uno de los tres que formaban parte de las principalías de Filipinas.
- **Latte:** típica construcción megalítica chamorra con forma de cono truncado coronado por una especie de taza. Se cree que eran los pilares de las antiguas viviendas.
- **Lazarino:** leproso.
- **Mangas (mangos):** árbol del tamaño de un nogal cuya fruta, de forma ovalada, es exquisita.
- **Mecate:** fibra de hibisco.
- **Mongo:** planta leguminosa.
- **Nobena:** los nueve días siguientes al fallecimiento de un individuo, en los cuales se rezaba en la que había sido su casa.
- **Nete:** planta gramínea.
- **Nica:** raíz tuberculosa de gran tamaño de la que se hacían buñuelos, tortas y otras clases de alimentos.
- **Nipa:** planta de hoja muy parecida a la juncia que se aplicaba a la formación de tapamientos; especie de junco.
- **Pajón:** especie de palmera de mediana altura cuya fruta es una piña de forma redonda que contiene en cada uno de sus casilleros cinco o seis granos blancos del tamaño y forma de los dientes de ajo, los cuales empleaban a modo de almendras para la fabricación de horchatas y pastas para refrescos.
- **Palo-hierro:** madera excesivamente dura, de color oscuro y de larga existencia a la intemperie y humedad; de primera clase.
- **Palo-maría:** madera flexible, fibrosa y de solidez, útil para la construcción de pequeñas embarcaciones.
- **Polista:** Indígena o mestizo que prestaba servicio en los trabajos comunales; contribuyente de la prestación personal.
- **Prestación personal:** tributo pagado por los naturales y mestizos a modo de trabajo obligatorio durante un número determinado de días al año.
- **Principalía:** agrupación de los principales del pueblo, que englobaba al gobernadorcillo, que la presidía, a los tenientes, a los jueces de sementeras, de policía y ganados, a los

capitanes pasados y a los que hubiesen desempeñado el cargo de cabeza de barangay durante más de diez años; en algunas poblaciones de Marianas no se requería tanto tiempo.

- **Rima:** fruta del árbol rima, conocido generalmente como árbol del pan. Sus dimensiones son colosales, siendo su madera ligera y fibrosa; de sus troncos formaban los naturales las embarcaciones que denominaban barotos. Su fruta es muy alimenticia, del tamaño de los melones medianos; sus hojas, parecidas en la forma a la de las higueras aunque de cuádruple tamaño.
- **Sanctorum:** Cuota con que, como limosna para sostenimiento del culto parroquial, contribuía cada individuo de una familia de naturales o mestizos, desde que cumplía 16 años.
- **Sune:** tubérculo del tamaño y forma de la batata que se criaba en terrenos cenagosos.
- **Tabos:** utensilios de cocina hechos con la cáscara de medio coco y con un mango de madera; vasijas.
- **Tamor (tamol, jamor, thamor, zamol):** anciano jefe carolino.
- **Tamuni (Tamuning):** barrio de Agaña poblado por carolinos, denominado "María Cristina" desde 1884.
- **Taotamona:** espíritu ancestral con quien se comunicaban los suruhano o curanderos para que les recomendaran nombres de plantas medicinales que curaran ciertas enfermedades. Previamente, había que solicitar permiso para dirigirse a ellos ya que si no podían enfadarse y atacar a cualquier persona. Hoy día sigue siendo una creencia extendida.
- **Tuba:** aguardiente extraído de la savia del cocotero.
- **Umata:** Umatac, Umatag. Población del sur de la isla de Guam.
- **Urritaos:** jóvenes chamorros de la sociedad ancestral.
- **Zacate:** hierba medicinal que se administraba machacada.

A P É N D I C E

APÉNDICES

APÉNDICE n° 1

- Relación nominal de las autoridades que ha habido en estas islas en las épocas y hasta las fechas que abajo se expresan¹

<u>Clases</u>	<u>Nombres</u>
	<u>Comandantes Militares</u>
Capitán	Juan de Santa Cruz, 16 de junio de 1668
Capitán	Juan de Santiago, 2 de mayo de 1872
Capitán	Damián de Esplana, 16 de junio de 1674
	<u>Señores Gobernadores</u>
Capitán	Francisco de Irisarri, 10 de junio de 1676
Capitán	Juan Antonio de Salas, 21 de junio de 1678
Sargento Mayor	José Quiroga, 5 de junio de 1680
Capitán	Antonio Saravia en 1681

¹. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 3ª, n° 11: Descripción de estas islas Marianas para que puedan los redactores de la Guía de Forasteros estampar en ellas las que crean convenientes, por Gregorio Santa María, San Ignacio de Agaña, 15 agosto 1844, p. 16.

Se incluyen todos los Gobernadores hasta quien redacta este documento, Gregorio Santa María.

La misma lista se amplía con Pablo Pérez según datos de su memoria en PNA/UB, MEMORIAS n° 25: Memoria sobre las islas Marianas. Años 1848-1852.

Igualmente, y con datos hasta 1880, consultar Luis de IBAÑEZ Y GARCIA: Historia de las islas Marianas, Carolinas y Palaos, Granada 1886, capítulo 32.

La lista de Gobernadores de Marianas hasta la toma de los americanos puede consultarse en M.G. COX: The Island of Guam, 1904. Edición revisada y ampliada en 1910, 1911 y 1916. Washington, Government Printing Office, 1917, pp. 39-40.

Sargento Mayor	Damián Esplana por la muerte del anterior en 3 de noviembre de 1683
Sargento Mayor	José Quiroga, 1688
Teniente General	Damián Esplana, junio de 1690
Sargento Mayor	José Quiroga, por la muerte del anterior el 16 de agosto de 1694
General	José Madrazo, 1 agosto 1696
Sargento Mayor	Francisco Medrano y Asiaín, 15 de septiembre de 1700
Sargento Mayor	Antonio Villamor y Vadillo, 1 de septiembre de 1704
Teniente General	Juan Antonio Pimentel, 1 septiembre 1709
Capitán	Luis Antonio Sánchez de Tagle, 21 de noviembre de 1720
Capitán	Juan de Ojeda, 4 de abril de 1725
General	Manuel Argüelles Valdés, 28 de septiembre de 1825
Sargento Mayor	Pedro Laso de la Vega, 12 de febrero de 1730
Capitán	Diego Félix de Balboa, 1 de noviembre de 1730
General de Armada	Francisco Cárdenas Pacheco, 21 de agosto de 1734
Sargento Mayor	Miguel Fernández de Cárdenas, 2 de abril de 1740, por muerte del anterior
Capitán	Domingo Gómez de la Sierra, 21 de septiembre de 1746
Capitán	Enrique de Olavide y Michelena, 8 de septiembre de 1749
General	Andrés del Barrio y Rabago, 6 de noviembre de 1756
Teniente de Fragata	José de Soroa, 20 de noviembre de 1759
Teniente de Fragata	Enrique de Olavide y Michelena, 9 de junio de 1768
Sargento Mayor	Mariano Tobías, 15 de septiembre de 1771

Sargento Mayor	Antonio Apodaca, 15 de junio de 1774
Capitán	Felipe Cerain, 6 de junio de 1776
Teniente Coronel	José Arlegui y Leoz, 21 de agosto de 1786
Teniente Coronel	Manuel Muro, 2 de septiembre de 1794
Capitán	Vicente Blanco, 12 de enero de 1802
Capitán	Alejandro Parreño, 18 de octubre de 1806
Teniente	José de Medinilla y Pineda, 26 de julio de 1812
Capitán	José Montilla, 15 de agosto de 1822
Capitán	José Ganga Herrero, 15 de mayo de 1823
Teniente Coronel	José de Medinilla y Pineda, 1 de agosto de 1826
Capitán de Artillería	Francisco Ramón Villalobos, 26 de septiembre de 1831
Sgto. Mayor con grado de Teniente Coronel	José Casillas Salazar, 1 octubre 1837
Sargento Mayor	Gregorio Santa María, nombrado el 13 de julio de 1843 y tomó posesión el 30 de septiembre de 1843
2° Comandante	Pablo Pérez, nombrado el 26 de mayo de 1848 y tomó posesión el 8 de septiembre de 1848.
Teniente Coronel Graduado	Felipe de la Corte, 16 de mayo de 1855
Teniente Coronel Comandante	Francisco Moscoso y Lara, 28 de enero de 1866
Coronel efectivo de Infantería	Luis de Ibáñez y García, 17 de agosto de 1871
Ibid.	Eduardo Beaumont, 24 de marzo de 1873
Ibid. de Caballería	Manuel Bravo y Barrera, 16 de enero de 1875
Teniente Coronel de Infantería	Francisco Brochero y Parreño, 15 de agosto de 1880
Coronel de Infantería	Angel Pazos Vela-Hidalgo, 14 de marzo de 1884

Capitán Comandante del Presidio	Antonio Borreda, por muerte del anterior, 4 de agosto de 1884
Teniente Coronel de Infantería	Francisco Olive y García, 14 noviembre de 1884
Ibid.	Enrique Solano, 17 de julio de 1887
Ibid.	Joaquín Vara del Rey, 20 abril de 1890
Ibid. de Caballería	Luis Santos, 14 agosto de 1891
Ibid. de Infantería	Vicente Gómez Hernández, 23 de agosto de 1892
Teniente de Infantería	Juan Godoy, 1 de septiembre de 1893; interino por el fallecimiento del anterior
Teniente Coronel de Infantería	Emilio Galisteo Brunenque, 26 octubre de 1893
Ibid.	Jacobo Marina, 24 de diciembre de 1895
Teniente de Infantería	Angel Nieto, 15 febrero de 1897; interino
Teniente Coronel de Infantería	Juan Marina, 17 de abril de 1897

APÉNDICE n° 2

- Reglamento para Marianas de 17 de diciembre de 1828¹

D. Mariano Ricafort Palacín y Abarca, Gran Cruz de la Real Orden Americana de Isabel la Católica y la de Santa Ana de Rusia, Caballero de las Reales Ordenes militares de San Hermenegildo y de tercera clase de la de San Fernando, condecorado con otras cruces de distinción, Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos, Gobernador y Capitán General de las islas Filipinas, Presidente de la Real Audiencia, Superintendente Subdelegado general de la Real Hacienda, Correos, Postas y Estafetas, Vicepatrono Real, Regidor perpetuo del Ayuntamiento de la ciudad de la Paz en el Perú, y Director General de las tropas de S.M. en estos dominios, etc.

Reducido el situado de las islas Marianas a la cantidad fija de 8.000 pesos por Real Orden de 29 de septiembre de 1817, se formó un plan económico de la inversión de esta suma en 9 de junio de 1820, que aprobado en Junta Superior de Real Hacienda, se puso en práctica por agosto de 1822; pero no habiendo correspondido a las benéficas ideas de S.M. ni a los deseos de este Superior Gobierno, dirigidos constantemente al bien y prosperidad de dichas islas, se pidieron nuevos informes a las Autoridades de ellas, y después de rectificados por los Ministros Generales de Real Hacienda, por el Sr. Contador-Administrador y por el Ministerio fiscal, se presentaron a la misma Junta Superior para que dictara la resolución definitiva que cerrase las puertas a nuevos abusos y pusiera el cimiento de la futura prosperidad de una colonia tan singularmente favorecida por la piedad de nuestros Ausgustos Soberanos, como perseguida por el espíritu de monopolio que la ha despoblado y reducido a la situación más triste y miserable.

En consecuencia, y habiendo tomado dicha Junta la última deliberación sobre una materia tan interesante por acuerdo unánime de 21 de octubre último, acabo de prevenir su cumplimiento, y para que lo tenga en todas sus partes, ordeno y mando se observe con la mayor puntualidad lo contenido en los artículos siguientes:

1°. El Gobierno y Administración pública de las islas Marianas se compondrá de un Gobernador político y militar de competente graduación con 1.800 pesos anuales y 500 más para gastos de embarcación que le sirva en sus viajes a las islas de Rota,

¹. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 3ª, n° 17: Reglamento para el buen Gobierno de las islas Marianas, por Mariano Ricafort Palacín y Abarca, Manila, 17 diciembre 1828. Es copia, Eduardo Rivadulla.

Este Reglamento ya se publicó en el siglo XIX en Felipe de la CORTE Y RUANO: Memoria descriptiva e histórica de las islas Marianas, Madrid, Imprenta Nacional, 1875, pp. 251-255, apéndice n° 5.

Tinian y Saypan y costa de Guajan a efecto de que no moleste a los pobres naturales ni tenga disculpa de que se separe de sus deberes.

- 1 Sargento mayor con 144
- 1 Ayudante segundo con 120
- 1 Capitán con 168
- 1 Teniente con 120
- 1 Subteniente con 108
- 1 Sargento primero con 84
- 3 Sargentos segundos con 216
- 2 Cabos primeros con 120
- 2 Cabos segundos con 120
- 2 Tambores con 96 pesos
- 44 Soldados con el mismo haber que monta al año 2.112
- 1 Capitán de puerto con 96 pesos
- 1 Secretario de Gobierno con 108 pesos
- 1 Administrador-Veedor y pagador de la Real Hacienda con 600 pesos anuales
- 1 Tenedor de Almacenes con 108
- 1 Mozo faginante con 30
- 1 Maestro armero con 84
- 1 Alcalde como Administrador de la isla de Tinian con 12 pesos al mes y el auxilio de doce mozos de a peso cada uno y dos más de a doce reales, que las tres partidas montan a 318 pesos al año
- 1 Alcalde de la isla de Rota con 12 pesos y dos mozos de a diez reales cada uno, que irrogarán el gasto de 174 pesos anuales.
- 290 pesos para inválidos o retiros

Y 200 pesos para compras de hierro y gastos ordinarios y extraordinarios. Todo lo cual que asciende a 8.016 pesos del modo que manifiesta el estado numérico que se acompaña bajo el n° 1°.

2°. Como consecuencia de este nuevo arreglo deben resultar Oficiales que quedan sin destino, y como en adelante habrá otros acreedores a obtener su retiro, según el reglamento formado por el Sr. Capitán General D. José Basco para los oficiales y tropa de los presidios y fuertes de estas islas aprobado por Real orden de 12 de agosto de 1786.

El Gobernador de las islas Marianas instruirá un expediente de los que resulten merecedores de dicha gracia, según el citado reglamento, que se le mandará, o de alguna corta pensión alimenticia que contribuya a su subsistencia, y de acuerdo con el Administrador hará los señalamientos convenientes que deberán pagarse de los 290 pesos designados en el artículo 1°, y si no alcanzasen de los 200 destinados a gastos ordinarios, puesto que el objeto y fin de esta Superioridad es que a todos se haga justicia según sus méritos y servicios, para que ninguno resulte agraviado ni descontento. De este expediente, cuyos efectos deben ser interinos, se remitirá testimonio a la Capitanía General, para que examinándolo, apruebe, corrija o modifique las concesiones que se hubiesen hecho, y lo mismo se ejecutará en adelante con

los retiros que se concedan según el reglamento mencionado.

3°. Además de la fuerza militar expresada en el art. 1°, organizará el Gobernador un batallón o algunas compañías sueltas de Milicias Urbanas, ya de lanceros y flecheros, ya fusileros, que se armarán con los fusiles sobrantes de la dotación y con los que puedan adquirirse tomando por modelo el estado núm. 2°, a que no deberá sujetarse pues se acompaña solo con la mira de ilustrar la materia.

4°. Se suprimirán totalmente las Haciendas del Rey en la isla de Guajan, que es la principal de Marianas, y la única que promete por su población y circunstancias poder cultivar con aprovechamiento el terreno que se distribuya a sus moradores, y se repartirán sus tierras de labor entre sus naturales, por una Junta compuesta del Gobernador, el Padre cura o Ministros de la ciudad de Agaña, el Administrador de la Real Hacienda y dos vecinos honrados que elegirá la misma Junta; pero esto deberá entenderse sin perjuicio de los que con legítimos derechos poseen y están trabajando algunas tierras. Como el Gobernador y el Padre cura en lo respectivo a las huertas o terrenos que de tiempo antiguo disfruten en las proximidades de sus respectivas habitaciones ni de las comunes o ejidos que correspondan a los pueblos. Todas las restantes se distribuirán en suertes proporcionadas a los indios casados que carezcan de ellas por sí o por sus mujeres, con prohibición de enajenarlas para que las disfruten sus hijos y descendientes; pues la voluntad de S.M. es que todas las familias tengan bienes raíces; y que conservándose en la Corona el solo dominio directo, disfruten del útil con tal que cultiven por sí mismo, y en su propio beneficio, el terreno que se les adjudique, pues, no haciéndolo, se les quitará y dará a otros más aplicados como está prevenido en el art. 61 de la Ordenanza de Intendentes de N.E.

5°. Se repartirá igualmente el ganado que exista correspondiente a S.M., haciéndose la distribución por la misma Junta, previo un justiprecio, que ella calculará para obligar a los compradores a pagar su importe en cierto número de años y bajo las seguridades que ofrezcan las circunstancias del país, aplicándose este corto producto a beneficio del Hospital de San Lázaro, que carece de dotación y es necesario proporcionarla.

6°. Se habilitará de herramientas e instrumentos de labranza por una sola vez a los naturales que carezcan de ellas, remitiéndose un buen surtido en la primera ocasión que se presente para que se distribuyan por la Junta que antes queda expresada, al precio de su costo y costa, que deberá ser en una cuarta parte o 25 por 100, aumentado al principal de compra, obligándose los que perciban este auxilio a pagar su valor del modo equitativo que queda indicado en el artículo antecedente, a la Real Hacienda, que hace el suplemento sin otro interés que el de ampararlos y favorecerlos.

7°. Se conservará la Administración de la isla de Tinian, que está desierta de hombres y poblada de ganados, cuyo gasto de 318 pesos anuales aplicado en el art. 1° tendrá la recompensa de que

las carnes saladas y frescas que colecte dicha Administración en la forma acostumbrada, deberán venderse en almoneda pública por el Administrador de la Real Hacienda, intervenido por el Gobernador, aplicándose su producto en favor del Hospital de San Lázaro, que acaso resultará dotado competentemente sin apelar a contribuciones. En la dicha almoneda se preferirán por el tanto a los empleados y a los padres curas o ministros doctrinarios, siempre que no resulte perjuicio a los pobres lazarinos, en cuyo alivio se interesa la humanidad, debiendo todos contribuir a este objeto del modo que a cada uno le proporcione su respectiva situación, y pudiendo emplearse las embarcaciones del Gobierno en el transporte de dichas carnes, pues que con esta doble mira se han asignado a los Gobernadores los 500 pesos de gratificación o sobresueldos mencionados en el art. 1°.

8°. Aunque se suprima la Administración de la isla de Rota, se conservará en ella un Alcalde nombrado por el Gobernador entre los vecinos de más apreciables circunstancias, que gozará de 12 pesos mensuales y tendrá el auxilio de los mozos o alguaciles con 10 rs. cada uno al mes para que cuide de aquellos pobres naturales que quedan libres de cultivar la tierra, que quieran criar ganados y ser dueños de su propia industria, pero si acaso se les repartieren algunos ganados de S.M., por existir tal vez en la misma isla, deberá ser bajo las reglas contenidas en el art. 7° de este Reglamento.

9°. El Gobernador Político y Militar de las islas Marianas, lo mismo que el Administrador de Real Hacienda, quedan privados totalmente de la facultad de comerciar que el primero ha disfrutado anteriormente, bajo la pena de privación de empleo señalada en Real orden de 4 de agosto de 1794, puesto que con esta justa consideración se les ha señalado el sueldo referido en el art. 1°.

Todos los naturales de cualquiera clase y condición que sean, y todos los demás que se hallen radicados o establecidos en dichas islas, podrán libremente cultivar la tierra y emplearse en el oficio, industria, granjería, tráfico y comercio que les proporcione su habilidad, y las ocasiones que se les presenten, sin que el Gobernador ni otra autoridad se lo prive, reduzca o limite bajo ningún título o pretexto, pena de responsabilidad que podrá entenderse hasta la privación de empleo si se justificare que alguna vez se procura deprimir o coartar la libre profesión que S.M. concede a los moradores de dichas islas para que salgan del triste estado en que han permanecido por efecto necesario del sistema que se destruye y queda abolido para siempre.

10°. Se restablece el empleo de Administrador de Hacienda, o llámese Veedor pagador de las islas Marianas, con 50 pesos al mes, para que reciba los efectos que haya existentes de los que estuvieren a cargo del primer Administrador D. Juan García Sanz, y los que hubiere en el almacén de S.M., así como los que se remitan de esta capital en las épocas y del modo que determine la Superintendencia general subdelegada, debiendo dar el primer envío en plata y ropa por mitad, para que no carezcan de nada aquellos naturales, a quienes se les cargarán al precio señalado en las primeras instrucciones, mientras ellos no puedan adquirir-

los y para que haga y formalice los ajustes, revistas, pagos, distribuciones y demás relativo a la Real Hacienda y Hospital de San Lázaro, intervenido siempre por el Gobernador o por el Padre cura en los casos en que aquél se hallase impedido, remitiendo sus cómputos o cuentas y comunicando noticia de todo lo relativo a su acargo al Ministerio de la Real Hacienda de estas islas, cuyas órdenes e instrucciones debe obedecer.

11°. Se declaran puertos habilitados los de Apra y Umatac en la isla de Guajan para que entre y salgan los navegantes, y para que compren y vendan libremente lo que necesiten sin adeudar derecho alguno por el término de diez años, quedando abolido el derecho de anclaje, de cuyo producto dará cuenta el Gobernador, pues lo que conviene es el fomentar la concurrencia de embarcaciones que estimule la aplicación e industria de los naturales y moradores de las islas Marianas, cuya felicidad se desea, hasta que puedan sostenerse con sus propios productos.

12°. Siendo interesantísima la conservación del Hospital de San Lázaro en un país donde tanto abunda la lepra, y no bastando para dotarle el valor del poquísimos ganado que debe repartirse en los productos de la isla de Tinian, se conservarán para este solo objeto la pensión que se cobra por el juego de gallos y se autoriza al Gobernador para que, de acuerdo con el Administrador de Real Hacienda y el Padre cura de la ciudad, sitúe dichos lazarineros donde mejor le parezca, dispensándoles todo el favor y protección que necesitan en su triste situación para que no infesten a los demás y reciban el consuelo y socorro a que son acreedores.

Aprobada la nueva planta del Gobierno de Marianas, y formado el estado numérico de su importe arreglado a lo que prescribe la Real orden de 29 de septiembre de 1817, se declara que no siendo posible entregar a nadie en Manila el situado de dichas islas por no haber comunicación alguna con ellas, ni ser dable que la haya en muchos años a causa de su situación geográfica, que las coloca al Oriente de Filipinas a 400 leguas de distancia, sin que produzcan nada que pueda servir de aliciente al comercio, el gasto que irroque la embarcación de S.M., o tomada por su Real cuenta para la conducción de situados cada dos o tres años, no está ni puede estar comprendido en la suma designada por la Real orden a que se ha ceñido la Junta Superior en el arreglo de la planta económica de las mencionadas islas, como tampoco deberá estarlo el que ocasione algún destacamento de Artillería, visita militar o cualquiera otra providencia accidental extraordinaria e interina que tome para su seguridad y defensa el Superior Gobierno y Capitanía General de estos dominios por efecto de circunstancias particulares, en cuyo caso se tomarán las medidas convenientes al bien del servicio y la economía de la Real Hacienda.

Remítanse ejemplares de esta Reglamento con oficio a la Real Audiencia, Ilmo. Sr. Arzobispo, como Gobernador Apostólico del

Obispado de Cebú a cuya diócesis pertenecen las islas Marianas, al M.R.P. Provincial de Recoletos y Sr. Subinspector general de las tropas de estos dominios, archivándose alguno en los oficios fiscales de lo civil y criminal en la Contaduría mayor y Cajas reales para su observancia, y remitiéndose competente número al Gobernador, Administrador y Padre cura de la ciudad de Agañadonde deberá publicarse y distribuirse de manera que ninguno pueda alegar ignorancia que le disculpe en tiempo alguno de faltar a su debido puntual cumplimiento.

Dado en Real Palacio de Manila, firmado de mi mano y autorizado por el Sr. Coronel Secretario de este Superior Gobierno y Capitanía General, a 17 de diciembre de 1828.= MARIANO RICAFORT.
El Coronel Secretario, PEDRO ANTONIO SALAZAR.

NÚMERO 1º

Estado de la fuerza militar y empleados políticos y de Real Hacienda a que deben quedar reducidas las islas Marianas con arreglo al plan acordado en Junta Superior de 21 de octubre último.

<u>Clases</u>	<u>Al mes</u>	<u>Al año</u>
- 1 Gobernador	150	1.800
Para gastos de embarcación y visita		500
- 1 Sargento mayor	25	300
- 1 Ayudante mayor	12	144
- 1 Idem segundo	10	120
- 1 Capitán	14	188
- 1 Teniente	10	120
- 1 Subteniente	9	108
- 1 Sargento primero	7	84
- 3 Idem segundos	6	216
- 2 Cabos primeros	5	120
- 2 Idem segundos	5	120
- 2 Tambores	4	96
- 44 Soldados	4	2.112
- 1 Capitán de puerto	8	96
- 1 Secretario de Gobierno	9	108
- 1 Tenedor de Almacén	9	108
- 1 Mozo faginante	2,4	30
- 1 Maestro armero	7	84
- Inválidos		290
- Surtidos de hierro ordinarios y extraordinarios		200
- 1 Administrador de Real Hacienda o Veedor pagador Jefe de almacenes con	50	600

<u>Clases</u>	<u>Al mes</u>	<u>Al año</u>
- 1 Alcalde Administrador de la isla de Tinian	12 }	
- 12 Mozos a peso	12 }	318
- 2 idem a 10 rs.	2,4 }	
- 1 Alcalde de la isla de Rota	12 }	174
- 2 Mozos a 10 rs. cada uno	2,4 }	
Total pesos		8.016
=====		

APÉNDICE n° 3

- Estado que manifiesta las poblaciones, casas, habitantes, que se hallan existentes en estas islas Marianas, formado por el Sr. Gobernador Político-Militar de ellas, D. José de Medinilla y Pineda, en este año de diciembre de 1829, con expresión de la alta y baja que ha habido desde el año próximo pasado¹

	Casas	Oficiales y tropa	Españoles europeos ♂ ♀	Ingleses y descend. ♂ ♀	franceses y descend. ♂ ♀	nestizos ♂ ♀
ISLA DE GUAJAN						
CAPITAL: San Ignacio de Agaña						
BARRIOS DE ÉSTA						
Santa Cruz						
San Ignacio						
San Nicolás	554	75	4	30 13	4 2	484 472
San Ramón						
San Antonio						
PUEBLOS ANEXOS						
Anigua	44			1 1		1
Asan	33					4
Tepungan	15					
Mungmung	15					
Sinajaña	37			14		1
PARTIDOS						
Agat	42					3 5
Villa de Umata	41					9 7
Merizo	58					7 1
Inarajan	50		1			
Pago	41					3
ISLAS						
ROTA	95	1				
TINIAN	6	2		1		9
TOTALES	1031	78	5	32	4 2	512 494

¹. ARCHIVO DEL MUSEO NAVAL (AMN), Ms. 1662, doc. 59, folio 198.

APÉNDICE nº 4

- Estado que manifiesta las poblaciones, casas, habitantes, que se hallan existentes en estas islas Marianas, formado por el Sr. Gobernador Político-Militar de ellas, D. José de Medinilla y Pineda, en este año de diciembre de 1829, con expresión de la alta y baja que ha habido desde el año próximo pasado¹

Filipinos y descend.		indios naturales		mulatos		indios i. Atuay		indios islas del sur y dtes.		Total en 1829	1828	Aumento	Disminución
♂	♀	♂	♀	♂	♀	♂	♀	♂	♀				
1212	1254	210	214	4	13	14	16	15	7	4043	4015	28	
2	8	117	108			1				240	244		4
	2	85	62							153	144	9	
	2	29	28							59	58	1	
	1	39	40							80	87		7
5	7	103	79							196	201		5
11	4	82	116					1		222	226		4
3	2	98	99	2						220	211	9	
		147	145							301	304		3
	1	105	132							239	246		7
8	6	101	99	4	5					226	226		
3	5	209	219							437	463		26
21		31								64	23	41	
1256	1292	1356	1341	10	19	15	16	15	9	6480	6448	88	56

¹. ARCHIVO DEL MUSEO NAVAL (AMN), Ms. 1662, doc. 59, folio 198.

APÉNDICE n° 5

- Instrucciones provisionales para la Capitanía de Puerto de Apra, Agaña, 12 octubre 1829¹

1°. El Capitán de Puerto de ellas [islas Marianas], que en el día es D. Nicolás de León Guerrero, ejercerá las funciones de Práctico en el de Apra con el sueldo de ocho pesos mensuales que cobrará de la Real Caja y además exigirá al Capitán de cada buque seis pesos si aquél calare más de dieciséis pies, cinco si no bajase de doce, y cuatro cuando no llegare a esta medida.

2°. Para desempeñar bien sus funciones, deberá el Capitán de Puerto establecerse en las inmediaciones de su costa y vigilar continuamente si hay algún buque que pueda necesitarlo como práctico para entrar en el Puerto.

3°. El Capitán de Puerto reconocerá a cada buque luego que se verifique su fondo, e igual diligencia practicará antes de su salida: cobrará el Capitán de cada uno el derecho de anclaje designado por la tarifa remitida por la Superioridad, llevará la cuenta de este fondo bajo la intervención del comandante de Marina, y dará parte inmediatamente a éste y al señor Gobernador de cuantas novedades ocurran en el Puerto.

4°. Para sustituir actualmente al otro Capitán de Puerto, así como en todas sus enfermedades y ausencias, nombra a D. Juan Anderson ayudante de aquél, debiendo ejercer las propias funciones interinas siempre que hubiese necesidad por las causas expuestas y disfrutará entonces el sueldo tipo de cuatro pesos hasta donde el fondo de anclaje lo permita, a más de las gratificaciones citadas arriba por vía de prácticos.

5°. En caso de presentarse en el puerto algún enemigo pirata, y siempre que el decoro del pabellón español lo exija con urgencia, se valdrá el Capitán del puerto del auxilio del fuego de cañón que le prestará el fuerte de Santa Cruz, artillado al intento.

6°. Luego que el Capitán del Puerto haga la primera visita a cualquier buque hará entender a su capitán y tripulación el desagrado con que las autoridades de estas islas mirarán a cualquier desertor de él y que a cada individuo que incurra en este delito le exigirá, a beneficio de sus aprehensores, la multa de seis pesos, que satisfará el capitán del buque con cargo al desertor, si aquél hubiera dado parte de la fuga de éste a las autoridades del país, o bien de su cuenta si no lo hubiese dado, en cuyo punto, así como en todos los demás que tengan relación con la pública tranquilidad, orden y buena armonía que debe reinar entre todas las naciones, especialmente siendo amigos, esperan otras autoridades que los capitanes y oficiales de los buques contribuirán cuanto esté de su parte para que de ningún

¹. ARCHIVO DEL MUSEO NAVAL (AMN), Ms. 2.280, doc. 4., fol. 130: Informe de Francisco Villalobos, Agaña, 12 octubre 1829.

modo se altere bajo la responsabilidad de la ley a quien infrinja deberes tan sagrados, en el concepto de que por parte de aquellos se ampliará también a los buques cuanto permita la posibilidad del país.

7°. Si a pesar de otras medidas para impedir la deserción de gente de mar y evitar las consecuencias de tal delito sucediese, quedará en estas islas algún individuo ya como desertor o ya por exigirlo así (con grave fundamento), el capitán de Puerto tendrá entendido la persona que quedare no siendo por enfermedad que desde el momento que se le aprenda será destinado a los trabajos públicos con grilletes y cadena a cargo de un terrible cabo de varas y con solo el preciso alimento para subsistencia por el tiempo que tarde en presentarse otro buque que lo reciba a su bordo, o bien por el término de dos años si no hubiese encontrado ocasión de separarlo del país, pasados los cuales se le remitirá a la desgraciada suerte de una isla desierta hasta nuevas provisiones del Gobierno superior".

APÉNDICE n° 6

- Instrucciones dadas a los gobernadorcillos de estas islas, por el Gobernador Francisco Ramón Villalobos, Agaña, años 1834-1835¹

(...)

3. Hará que todas las noches salgan tres rondas compuestas cada una de [un hom]bre de justicia y un vecino, para vigilar la quietud pública.

4. Habrá en casa del gobernadorcillo diariamente un hombre para los recados [o recaudaciones] del Real Servicio que ocurran.

5. Cuidará que los nombramientos para trabajos de [...] del Real Servicio se hagan con toda justicia y equidad.

6. Será de su inspección el decidir las demandas que no pasen de cinco [...]rrentes las providencias o correcciones prudentes sobre palabras, [acc]iones livianas, dando parte de todo a este gobierno.

7. Los gobernadorcillos destinarán para la siembra del algodón los terrenos [que le pa]rezcan a propósito, sin molestar a los vecinos particulares que posean [...] con tal que los siembren por lo menos cada dos años: en cuya virtud [estén disponi]bles a la siembra del algodón todos los terrenos que cuentan más ... sin haber sembrado.

8. Los gobernadorcillos y demás autoridades locales procurarán hacer ... a sus respectivos súbditos y demás naturales, les importa su ... coger mucho algodón y conservarlo para venderlo en grandes ... término de que su producto les proporcione surtirse de ropa [u otros] artículos que gusten, y sea este ramo la principal riqueza ... como en efecto lo será con el favor divino.

9. Siendo las siembras del algodón el mismo objeto de los trabajos [¿comunales?] se dedicarán a la siembra de cicales y limpieza de los ya sem[brados] ... destinado a las sementeras siempre que por ... semilla de esta clase que sembrar y por estar limpias las anteriores, no será necesario dedicar el tiempo a ellas.

10. Todos los frutos que vayan colectándose de los cicales de común [se] destinarán para el aumento de las siembras; bajo las penas a quien contravenga a estas medidas.

11. Los Gobernadorcillos destinarán para el aumento de los cicales del común ... que les parezcan a propósito, sin molestar a los vecinos particulares [que] posean algunos con tal que los siembren por lo menos cada dos años, en cuya virtud son aplicables a las siembras de cicales de común todos los terrenos

¹. LCW, Vol. 26, Item 121.

que cuenten más de dos años sin haber sido sembrados.

12. Sin embargo de que cada vecino era obligado por las Reales Ordenanzas de Filipinas a tener 100 árboles de coco los del estado llano, y dosci[entos] las personas principales, ordena el Excmo Sr. Capitán General no sem[brar] ni unos ni otros ... cantidades de plantas

13.-26. (ilegible)

27. (...) de la asistencia a la escuela de niños de ambos sexos hasta que por lo menos sepan la doctrina cristiana y leer la letra de imprenta.

Cada año remitirá a este Gobierno un estado que manifieste el número de almas del pueblo, ganados, sementeras, cicales, algodinales, pangos, barotos y adelantos que haya habido en la riqueza territorial y cazas comunales.

Los individuos de justicia alternarán por días o semanas en la asistencia al pueblo para las urgencias que ocurran del Real Servicio.

Cuando no haya sacerdote alguno en el pueblo para decir misa y administrar los santos sacramentos, la persona encargada del Reverendo Cura párroco se esmerará en enseñar el modo de administrar el santo bautismo a los niños en caso de necesidad; excitará caritativamente a todos a que se conserven en gracia y con las mejores costumbres; los ejercitará especialmente en los días festivos en los actos de fe, esperanza, caridad y contrición, en la devoción del rosario y otros que su celo lo sugiera, ya para llevar a efecto las religiosas misas del Rey, Ilmo Señor, y ya para evitar la pérdida de las almas, que en la ausencia de padres ministros quedan bajo la protección del gobernadorcillo, teniente de éste, ancianos, cabezas de barangay, padres de familia, y de cuantos tengan alguna autoridad en los demás.

De estas instrucciones se dará copia al gobernadorcillo para su observancia y para que sean leídas al pueblo todos los meses.

Habrà también un hombre de piedad que enseñe la doctrina cristiana en los días festivos a los niños y hombres.

Nadie trabajará públicamente en días de fiesta, y cuando la necesidad lo exija, pedirán el permiso al cura párroco.

No se bañarán los hombres y mujeres juntos, o a la vista unos de otros.

Todos han de estar vestidos, aun hasta los niños de cinco años en adelante.

Nadie comprará ni recibirá cosa alguna de los hijos de familia, o criados de otros, sin preceder el consetimiento de los padres o encargados o amos de ellos bajo el concepto de que serán tenidos como ladrones los que contravengan a esta disposición.

Se encarga estrechamente a las mujeres solteras y a los padres, tutores o encargados de ellas no reciban ¿toc? ni servicios de los pretendientes a casarse con ellas, bajo las penas severas establecidas por la ley.

El primer objeto de los trabajos comunales de todos los pueblos ha de ser la siembra del algodón y limpia de los sembrados de esta clase; el segundo, cuando no haya ocupación en la

siembra de algodón, ha de ser la limpieza y el aumento de los cocales de comunidad, y el tercero, los caminos y obras públicas cuando lo permitan los dos objetos primeros.

Siendo los convictos hechos para trabajos por alguna autoridad

(...) satisfagan a dichos dueños el completo de la falta sin que les valga la disculpa que ordinariamente dan "de haberse remontado algunos animales, haberse muerto otros sin haberlos visto, o habérselos robado", pues semejantes disculpas son, según ... fundadamente, solemnes mentiras por lo general, y cuando en algunos casos [tales afirmaciones son ciertas], de culpas de los rancheros; así mismo declaro que si el rancho no se da por satisfecho de las disculpas del rancho, y este no le ... hace que al rancho se le imponga el castigo correspondiente como malversador de la hacienda de su amo, y encargo a todos los dueños de ranchos, vecinos honrados y jueces territoriales no tengan la más pequeña indulgencia con los rancheros que falten en esta materia, sino que por el contrario den parte inmediatamente para acto continuo imponérseles el castigo que demanden la justicia y la necesidad de fomentar la riqueza del territorio.

28. Los vecinos que se ocupen todo el año, o la mayor parte de él, en algún oficio que les proporcione cómoda subsistencia; los enfermos o impedidos y los sirvientes de otros, están exceptuados de tener las sementeras y ¿crías? que se obliga a los demás y sólo se les aconseja hagan en esta parte lo que puedan; en término de que por medio de las artes, industria, comercio y agricultura se verifique haber abundancia de todos los artículos en el país, y se llame la mayor concurrencia de buques y se ¿acabe? la vagancia, ociosidad y robo.

29. Queda prohibido cazar a la distancia de menos de media legua de los ranchos, así como el comprar municiones o armas de fuego sin licencia de este Gobierno.

30. Para que los recién casados tengan tiempo de formar sus casas, se les exime por dos años del trabajo comunal pero no de los del Real Servicio.

31. Los pueblos están obligados por carga comunal a tener siempre en el mejor estado las casas reales, Iglesia y la escuela de niños; y si no hubiere ésta, cuidarán del techo en que viven los maestros.

32. Será señal de alarma los toques de caracol o tambor junto con repiques de campana de la Iglesia; todos los hombres no impedidos de 18 a 50 años que la oigan, concurrirán a la puerta de su respectivo cabeza, y éste aguardará allí con su gente las ordenanzas del gobernadorcillo.

33. Será libre a todo vecino de dedicar para tuba los cocos de su propiedad que gusten.

34. Todo vecino, y especialmente los constituídos en mando, están obligados a dar parte a la autoridad de cualquier novedad que importe al buen gobierno de la población o de las islas, y

de no hacerlo, incurrirá en la pena que corresponda.

35. Los vecinos del pueblo son libres para dedicarse a cualquier género de ocupación o industria, y solo se procederá contra los vagos o criminales.

36. El libre todo vecino de coger en su distrito el fruto de algodón ...

37. (ilegible)

38. Así mismo, es también prohibido el llevar aguardiente a los barcos y el que pasen a éstos mujeres sin licencia del gobierno.

39. Se encarga estrechamente a todas las autoridades locales el mayor esmero a precaver los incendios, y que de antemano hagan que todos los individuos tengan en sus casas provisión de ganchos, escaleras, tagoas con que cortarlos, caso que por desgracia acontezca alguno.

40. Igualmente se previene obliguen a todos los vecinos el que estén siempre surtidos de los mecates necesarios o ya sean cañas o palos para afirmar las casas en épocas de temporales o bágüis, haciendo entender a todos que para precaver ambas desgracias en el modo posibles, son de la mayor utilidad las siembras de árboles y plantas en los corrales, especialmente los bosques de plátanos.

41. Estando bien demostrado por la experiencia que el palay se produce en tierras de riego, en cenegas y aun en secano con tal que se siembre a las primeras lluvias, se deduce no haber disculpa en quien no cumpla las siembras de esta clase que están ordenadas y por tanto se encarga a las autoridades locales atiendan con el mayor celo a que nadie deje de cumplir medida tan interesante al bien de la familia y público.

42. Siendo de mayor interés que a la llegada de los barcos en otoño y primavera haya abundancia de aves, puercos, raíces, aguardiente y toda clase de víveres para llamar sobradamente la concurrencia de mayor número, y que por este medio el país reciba las grandes utilidades que percibe en dicha época, se encarga a todas las autoridades locales hagan entender a sus respectivos súbditos lo mucho que les importa tener para vender todo el año y especialmente entonces, tener puercos cebados en las casas y ranchos, muchas aves, plátanos y cuanto puedan apetecer aquellas, sin omitir el buen agasajo y armonía con las tripulaciones, y la más puntual observancia de los bandos de buen gobierno, dirigidos todos a la felicidad pública y particular.

43. Siendo también interesantísimo precaver robos y toda clase de desórdenes, especialmente en la noche, que reine la quietud pública y que cada uno descanse bajo la confianza que debe inspirarle el exacto cumplimiento de los celadores públicos: se encarga estrechamente a éstos y a los rondas voltear aceleradamente por las calles y no disimular cosa contraria a los encargos

que les son respectivos, debiendo todas las autoridades locales ejecutar por sí en las horas que les parezcan las rondas que crean convenientes a los mismos fines y para celar el cumplimiento de aquellos encargados.

44. (ilegible)

45. (ilegible)

46. Cada vecino está obligado a sembrar todos los años cinco plantas útiles, vg. cocos, naranjos, limones, cuyo particular hará la responsabilidad no sólo a los mismos vecinos sino también a sus respectivos cabezas de barangay y demás jueces locales.

47. No habiendo quedado más que dos solos Padres para la asistencia espiritual de los moradores de esta isla y la de Rota, se encarga estrechamente a los gobernadorcillos que hagan que las balsas de las ¿tres? se hallen siempre en el mejor estado, que los caminos estén abiertos en tal disposición que pueda pasarse por ellos a todas horas; que en los arroyos y los ríos que lo exigen y permitan se establezcan puentes de caballetes a semejanza ..., o bien de cuatro, seis u ocho troncos largos de árboles y den prontamente a dichos padres o curas toda la asistencia y auxilio que necesiten a fin de que puedan marchar rápidamente a la administración de los santos sacramentos; se precaba muera alguna persona sin ellos, y que todo esto se verifique con la menor incomodidad posible y consecución de la salud de los mismo padres: y a este efecto quedan suprimidas varias vigías, debiendo para la de ¿Hichu? alternar por meses Inarajan, Merizo y Umatac; para la de Frente Tepungan, Asan, Anigua y Sinajaña, y estando advertidos los moradores de los pueblos y rancheros estén ... y avisen de los barcos que se presenten a la vista, y que cumplan exactamente los comisionados en las vigías que quedan de modo que no haga falta que se supriman.

48. Aunque en el artículo 3º se expresa haya de noche tres rondas para vigilar la quietud pública, en Agaña se verificarán las mismas tres rondas en el orden establecido: a saber, de noche una compuesta de un oficial de Urbanas y dos a cuatro vecinos, y otra militar de dos a cuatro soldados mandados por un oficial, sargento o cabo de la dotación, y de día la que formen los celadores o ¿semaneros?.

49. Aunque en el artículo 32 se señala para a los pueblos distantes donde hay Iglesia los toques de caracol o tambor y repiques de campana de la misma Iglesia, en Agaña la señal de alarma será un cañonazo y repiques de campana del cuartel, y en los cinco pueblos anejos los mismos toques de caracol o tambor y repique de campana que se les dará con este fin y para llamar al vecindario a los ejercicios piadosos y demás que convenga.

50. Los Gobernadorcillos obligarán a los padres de familia a que proporcionen vestido, cartilla o libros a los niños de escuela, sea comprándolos por plata o al trueque por gallinas, puercos, palay u otros artículos.

51. Cuando este gobierno lo tenga a bien, ha de nombrarse un juez que de residencia y a continuación de su título igualmente que el

- Obligaciones de los Jueces de Policía

1. [Sustituirá] al gobernadorcillo en ausencia o enfermedad de éste.

2. Hará que los cabezas de barangay cumplan en sus respectivas obligaciones.

3. Como Juez de Policía, recibirá cada noche a las ocho de los dueños de las casas en que se venda comida o bebida, u hospeden forasteros, los partes respectivos. Celará que dichos dueños de casas cumplan lo mandado relativamente a que no den comida, bebida, ni permanezca en ellas por más de una hora marinero alguno sin la competente licencia para desembarcar.

4. Será de su principal cuidado la composición de caminos y de puentes, limpieza de ríos, de calles, y que las casas y corrales estén reparados: que los puercos y demás animales no vaguen por las calles.

5. Cuando este gobierno lo tenga a bien, ha de nombrarse un juez que le residencie, y a continuación de su título igualmente que en el Archivo de este gobierno se ha de hacer constar el resultado que le corresponda.

- Obligaciones de los cabezas de barangay:

1. Formarán un Padrón exacto de todas las personas, hombres, mujeres y niños, comprendidos en su barangay, y otro que exprese las casas, sementeras, animales de todas clases y ranchos de cada uno.

2. Procurarán que todas las personas que componen su barangay sobresalgan en la compostura y asistencia a los actos de religión, en el respeto a los sacerdotes y mayores de todas clases; que todos cumplan; que todos cumplan con el precepto anual de nuestra madre Iglesia: que recen diariamente el santo rosario: que den toda la honra que puedan al santísimo cuando sale en viatico (procesión que se organiza en trono al Santísimo), ya sea poniendo luces u otros adornos o acompañando a S.M la que puedan; y finalmente en la aplicación al trabajo, buena educación de las familias y paz individual y pública, especialmente en los matrimonios.

3. Cuidarán que cada vecino de su barangay tenga casa aparte de otros, que a espalda y costado de ella haya corrales para animales y siembras; que aquellas estén compuestas y hermoseadas cuanto les sea posible, limpio y terraplenado el pedazo de calle que les corresponda; doce gallinas, un gallo y una puerca de

vientre; a lo menos mil pujas sean de suma, camote, dago y piga o nica, según más le acomodase, dos gantas de maíz y una de palay de sembradina cada año aunque sea en terreno sin regadío; veinte pies de plátanos, una chupa de mangos, una docena de plantas de frijoles o semilla semejante; diez de calabazas, sandías o melones, y seis de cagel, limones, granados, mangos u otros frutales; cebollas y ajos y cien árboles de coco los que ya no los tengan.

4. Examinarán el modo de vivir de cada individuo de su barangay ...

5. Harán conocer a los individuos de su barangay [el estado en que] se halla el país y la necesidad de que no se vendan a los extranjeros, ni maten [valcas ni puercos en cuanto sea posible, y persuadirán a aquellos que siempre que les sea preciso matar o vender alguna hembra por carecer de machos, truequen aquella con éstos con los vecinos que los tengan a fin de que la venta o matanza se verifique en los machos y se reserven las hembras para el aumento de la especie.

6. Todos los domingos darán parte a los gobernadorcillos del estado de su barangay, el de las comisiones que se le encarguen para las providencias que correspondan a su mejor cumplimiento y así mismo obedecerán las órdenes de los Jueces de Palmas, Crías de Ganados, Sementeras y demás plantíos por lo que respecta a estos ramos.

7. Cada barangay, mediante el trabajo de sus individuos ha de tener una panga (especie de barca) siempre dispuesta con vela y demás, para los objetos que puedan ocurrir del Real Servicio y del Barangay.

8. Nombrarán por lista rigurosa en su respectivo barangay la gente, novillos, carretas o caballerías que se exijan por carga de comunidad, auxilio a viandantes, o para el Real Servicio, teniendo entendido que sólo han de exceptuarse, por ahora, los siguientes:

- los cantores y sacristanes cuando el reverendo cura párroco se halla en el pueblo, y en el resto del año un solo sacristán o celador.
- los maestros de niños y los maridos o primogénitos de las maestras.
- los que pasan de 60 años.
- los absolutamente impedidos.
- los que por fin de año anterior hayan triplicado las sementeras, plantas y animales que se les señalaron.
- los que en el presente año hagan lo mismo.
- los rancheros a cuyo cargo estén, por lo menos, veinte

puercos de vientre o crecido número de animales mayores.

- los encargados en la guardia de sementeras de veinte vecinos a lo menos.

- los que cosechen o hayan cosechado en el año anterior doscientos chiguinques de maíz o sesenta cavanos de arroz.

- los que en el año precedente hayan sembrado, o siembran en el actual, trece mil pajas de raíces de cualquier clase.

- los que sembrasen media ganta de semilla de algodón.

- los que establezcan telar y se ocupen la mayor parte del año en este ejercicio, advirtiéndose que los que gusten semillas de algodón pueden solicitar la a este gobierno para hacerla venir de Tinian.

Todo a fin de fomentar la prosperidad del país y que recaigan las cargas comunales sobre los que fuesen menos aplicados al trabajo.

9. A ningún individuo se le ocupará en trabajos o asuntos del común por más de cuarenta días en un año; se tendrá como de ocupación el tiempo que inviertan en ida y vuelta a sus ranchos, si éstos estuviesen muy distantes de la población, y cualquier otro ejercicio de cualquier clase que ...

10. (ilegible)

11. No siendo posible hacer a su tiempo los reconocimientos de casas, siembras y crías de animales ordenadas por bandos de buen gobierno, se previene a los cabezas de barangay y jueces respectivos de los ramos las practiquen por partes en todo el año y hagan el reconocimiento general en el último mes de cada uno, para imponer entonces a los morosos la pena correspondiente, poder formar los estados que deben remitirse a la superioridad y fomentar por esta vía la riqueza territorial y población.

12. Aunque para los pueblos se dice en el artículo 8. que sólo se exceptúan para las cargas comunales un sólo sacristán o un celador cuando el reverendo cura párroco se halle ausente, en Agaña no se hará novedad en esta parte y seguirá la costumbre establecida.

*Nota: Se dieron estas instrucciones a los pueblos en la visita de 1835. En los folios 34 y 35 del libro de visita de 1836 consta como reunidos en Junta los Gobernadorcillos de todos los pueblos con el reverendo padre D. Ciriaco del Espíritu Santo y otras personas principales, prendidos por el señor gobernador a efecto de meditar lo que fuese más conveniente para la prosperi-

dad del país; se acordó que las instrucciones precedentes eran en todo conforme a este efecto y nada había que enmendar en ellas.

- Obligaciones del Alguacil:

- Además de las que les confieren sus títulos, han de sustituir al teniente y ayudar a éste y al Gobernadorcillo en lo que sea necesario.

APÉNDICE n° 7

- Obligaciones del capitán de puerto dadas por el Gobernador Francisco Ramón Villalobos, años 1834-1835¹

1. (ilegible)
2. Los marineros que se hallen en tierra sin la contraseña establecida serán puestos en prisión y reputados como desertores satisfarán al aprensor la multa de 6 pesos establecida con aprobación superior.
3. En ninguna casa, ni por persona alguna, se facilitará comida, bebida ni se permitirá pernoctar, ni estar más de una hora de día a marinero alguno que no presente antes la referida contraseña.
4. Los dueños de la casa de hospedería en que se venda comida o bebida serán responsables de los desórdenes que ocurran en ellas, según su culpabilidad o falta de precaución a evitarlos.
5. Los dueños de casas en que se hospeden forasteros darán parte al teniente de justicia a las ocho de cada noche del número de huéspedes que haya en ellos.
6. El marinero que se encuentre por las calles o que no guarde silencio desde las nueve de la noche en adelante, será puesto en prisión aunque tenga contraseña, y castigado con cepo y ayuno hasta las dos de la tarde del día siguiente.
7. El capitán que se valga de práctico para entrar o salir del puerto satisfará seis pesos si el buque calare más de 16 pies; cinco si no bajare de 12, y cuatro cuando no llegue a esta medida.
8. El capitán de puerto cobrará al capitán de cada buque los derechos de capitania del puerto y limpia del mismo según el adjunto arancel, y llevará la cuenta de este fondo satisfaciendo de ella los gastos de boyas, balisas y demás que exija el buen arreglo del ramo.
9. En el caso de presentarse en el puerto o a su visita algún enemigo o pirata, y siempre que el decoro del Real Pabellón Español lo exija con urgencia, se valdrá el Capitán del Puerto del auxilio del castillo de Santya Cruz artillado al intento.
10. Hará entender a los capitanes y tripulaciones de los buques que todas las autoridades y naturales de estas islas desean esmerarse en la hospitalidad a aquellos, así como el desagrado con que mirarán a cualquier marinero desertor, y cualquiera otra falta contra la tranquilidad pública, orden y buena armonía que debe reinar entre los maradores de las islas

¹. LCW, Vol. 26, Item 121.

y cuantos lleguen a ellas, de que se hará a los infractores los severos cargos que correspondan ante la ley.

11. Todo marinero desertor que no pueda ser entregado al buque a que pertenece será destinado con grillete y cadena a los trabajos públicos, al cargo de un terrible cabo de vara y con solo el preciso alimento para la subsistencia, por el tiempo que tarde en presentarse otro buque que lo reciba a su bordo.

APÉNDICE n° 8

- Estado de las islas Marianas en 1844, por el Gobernador Gregorio Santa María, Agaña, 15 agosto 1844¹

"El Jefe es el mismo Gobernador, que tiene a su cargo no sólo la administración de justicia en las Islas de su mando, como el sostenimiento y defensa, sino también la Comandancia de Marina e Ingenieros del ramo de fortificación, delegado por el Superior Gobierno y Teniente del Capitán General de las islas Filipinas, tutor y protector de nuestra santa religión y buenas costumbres sociales de sus habitantes, así como también interventor del Administrador por el ramo de Hacienda y lo mismo del Rector y Colegio de San Juan de Letrán de esta ciudad, y delegado de Juez de bienes de difuntos.

Esta isla (de la residencia del Gobernador) tiene once poblaciones de la que esta ciudad es la capital: cada una de ellas tiene un Gobernadorcillo, teniente y alguacil, más un Juez de Palmas o Sementeras, que también se nombran a principios de cada año; en todos los pueblos solo hay un gremio, pues aunque en ésta son varias castas y hay más de "adbenidisas" (sic) que de naturales, todas están embebidas en ésta: también hay en cada pueblo cabezas de barangay con el mismo cargo que previenen las ordenanzas de buen gobierno, pero libres de la cobranza del tributo por la exención que gozan de él estos isleños; y no sólo lo están de éstos sino que hasta de derechos de Iglesia lo están todos los habitantes que componen los pueblos subalternos, pagándolos sólo y arreglado a Arancel los de la ciudad.

Otro tanto sucede por los títulos de Gobernadorcillos y demás ministros de justicia y elecciones, que de derecho se pagan en Filipinas; ya por costumbre, para desempeñarlos por tres años que cumplidos por un regular solicitan ser relevados; otros continúan, pero son los menos.

Atienden -los cabezas- inmediatamente a la armonía y buen orden entre las familias que componen las suyas: llevan el nombramiento de servicios de comunidad; transigen algunas diferencias; son procuradores natos de todo individuos de su cabecera y hasta el número doce, donde hay muchos, con el gobernadorcillo saliente, son los electores de gobernadorcillo, oficiales de justicia y juez de Palmas, agregando además el que en esta capital cuasi todos son oficiales de Milicias Urbanas, pues por un regular estos nombramientos todos recaen en sujetos de las mejorcitas familias y que reúnen alguna instrucción, pues de esto

¹. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte III, n° 11: Descripción de estas islas Marianas para que puedan los redactores de las Guías de Forasteros estampar en ellas las que crean convenientes. San Ignacio de Agaña, 15 agosto 1844.

Esta Memoria ha sido transcrita, traducida al inglés y publicada -íntegra- por Marjorie G. DRIVER y Omayra BRUNAL-PERRY: Reports Concerning the Marianas. The Memorias of 1844-1852, MARC, University of Guam, 1996, documento n° 1.

se carece sobremanera hasta el grado de ser inconcebible con la protección que les ha sido y es dispensada.

Hasta en esta ciudad se conoce esta falta a estar tres o cuatro siempre con el bastón, o el gobernador haciendo de gobernadorcillo, no por falta de voluntad, pues saben y respetan a sus autoridades, sino por la -falta- de instrucción e indolencia que les domina, y por lo tanto, en circular de 27 de abril de este año -1844-, dispuse que en los pueblos los maestros de niños sean directorcillos del gobernadorcillo, o mejor diré del tribunal en el suyo sin relevo, para que su práctica haga más fácil la percepción de algunas órdenes para cumplimentarlas.

Mas hasta -de- esto he llegado a a carecer en el presente año en Tepungan, pueblo de solo sesenta y cuatro almas, pero que solo seis saben escribir sus nombres a tal grado de no poderse leer sin adivinar, único que no tiene maestro, y recomendé la enseñanza al gobernadorcillo mismo y en el que, como en los demás, las elecciones son tan prontas como inútiles por tener que variar de malo en peor y no poder reelegir y disminuir estos miembros de justicia, y solo modificarlo con que uno mismo tenga dos cargos, como suele suceder desde este año, que siendo cabezas y reteniendo ésta, han tenido que admitir el nombramiento de justicia que les han elegido, juez de Palmas, u otro.

Estas elecciones las hace el Gobernador, poniéndoles en posesión y ejercicio de sus funciones desde la fecha en que son elegidos y reconocidos por bando, sin perjuicio de consultar al Superior Gobierno en solicitud de sus nombramientos, que todos reciben gratis, aunque dos o tres años atrasados.

Los cabezas de barangay que vacan por muerte u otra causa se nombran a propuesta del Gobernadorcillo, y los otros cabezas por el mismo jefe de las islas, y lo mismo se hace cuando se crea alguna nueva -cabecería-, las que se sirven por el tiempo que lleva referido, necesitando de algún estímulo para alentarles y que vaya en ellos cediendo una tal fraternidad y confianza ajena de todo respeto como hasta entre sus mismos individuos; es preciso la habrá y cesará poco a poco dicha familiaridad con alguna prerrogativa; sin ésta tardarán mucho más y servirán peor para estos cargos".

APÉNDICE n° 9

- Guía de Forasteros de las islas Filipinas para el año 1845, Manila, Imprenta de D. Miguel Sánchez, 1844 (resumen):

PARTE POLITICA

1°) Serie de los Gobernadores y Capitanes Generales: Fechas de toma de posesión.

- 1) Rafael M^a de Aguilar, agosto 1793.
- 2) Mariano Fernández de Folgueras (interino), en agosto de 1806.
- 3) Manuel González Aguilar, marzo 1810.
- 4) José Gardoqui de Jaraveitia, septiembre 1813.
- 5) Mariano Fernández de Folgueras (interino), diciembre 1816.
- 6) Juan Antonio Martínez, octubre 1822.
- 7) Mariano Ricafort, octubre 1824.
- 8) Pascual Enrile, diciembre 1830.
- 9) Gabriel de Torres, marzo 1835.
- 10) Joaquín de Crame (interino), abril 1835.
- 11) Pedro Antonio Salazar (interino), septiembre 1835.
- 12) Andrés García Camba, agosto 1837.
- 13) Luis Lardizabal, diciembre 1838.
- 14) Marcelino Oraá, febrero 1841.
- 15) Francisco de Paula Alcalá, 12 junio 1843.
- 16) Narciso Clavería, 16 julio 1844.

2°) Arzobispos de Manila

- 1) Juan Orbigo y Gallego, 16 octubre 1789.
- 2) Fr. Juan Antonio Zulaibar, 8 septiembre 1804.
- 3) Fr. Hilarión Díez, 15 septiembre 1826.
- 4) Fr. José Seguí, 15 septiembre 1830.

3°) Obispos de Cebú (de este obispado dependen las Marianas)

- 1) Ignacio de Salamanca.
- 2) Fr. Joaquín de Encaso de la Virgen de Sopetran.
- 3) Fr. Francisco Genovés, 20 octubre 1825.
- 4) Fr. Santos Gómez Marañón, 10 febrero 1829.

4°) Intendentes Generales del Ejército y Hacienda. y Superintendentes Subdelegados de la misma en ellas desde el año 1784 en que, por primera vez, se separó la Superintendencia del Gobierno y de la Capitanía General.

Hasta 1784, la Superintendencia estuvo siempre unida al Gobierno y Capitanía General, desempeñándose las funciones de la Intendencia General, y cuanto concierne al Gobierno y Dirección de la Hacienda Pública con arreglo a las leyes y soberanas

disposiciones, por la Junta Superior Gubernativa de Hacienda, la Superintendencia y los Oficiales Reales, en la parte que tocaba a cada una de estas diferentes autoridades.

- 1) Rafael M^a de Aguilar, Gobernador y Capitán General, en 1793.
- 2) Mariano Fernández de Folgueras (id.) interino, agosto 1806.
- 3) Manuel González (id.), en 1810.
- 4) José Gardoqui (id.), en septiembre 1813.
- 5) Mariano Fernández de Folgueras (id.), interino, fin de 1816.
- 6) Luis Urrejola, octubre 1816.
- 7) Mariano Ricafort (id.), superintendente en octubre de 1825.
- 8) Francisco Enríquez, que sucedió a Urrejola en la Intendencia General, y a Ricafort en la Superintendencia, la cual, por R.C. de 27 octubre de 1829 se mandó que la desempeñara el Intendente de Ejército y Real Hacienda. Tomó posesión en septiembre de 1830.
- 9) Urrejola, Superintendente de nuevo el 11 julio 1836.
- 10) Juan Manuel de la Matta, 3 julio 1841.
- 11) Francisco de Paula: en virtud del Decreto del Regente de 26 septiembre de 1842, se dispuso la reunión de la Superintendencia subdelegada al Superior Gobierno y Capitanía General. Tomó posesión el 17 julio 1843.
- 12) Félix D'Olhaberriagne y Blanco, 8 junio 1844.

CAPITULO II: GOBIERNO POLITICO

GOBERNADORES Y ALCALDES MAYORES DE FILIPINAS

PROVINCIAS

GOBERNADORES

Marianas	Gregorio Santa María, sargento mayor veterano de M.D.
----------------	---

(no señala ningún Alcade Mayor para Marianas)

CAPITULO V: MINISTERIO DE HACIENDA

- Administración de las Islas Marianas:

- Administrador pagador: D. Félix Calvo.
- Guarda almacén: D. Ignacio León Guerrero.

CAPITULO VI: PARTE ECLESIASTICA

Arzobispado de Manila y Obispados de Nueva Segovia, Nueva Cáceres y Cebú (este último creado por Breve de Clemente VIII el 14 agosto de 1595, a solicitud de Felipe II).

- Provincias de la comprensión del Obispado de Cebú. Curatos que cada uno cuenta, y por quiénes están servidos, con expresión de los pueblos:

<u>Provincias</u>	<u>Nº curatos</u>	<u>Servidos por regulares</u>	<u>id. seculares</u>
Cebú	39	28	11
Isla Negros	10	0	10
Leite	13	0	13
Samar	14	14	0
Capiz	16	7	11
Iloilo	29	23	6
Antique	10	5	5
Caraga	6	4	2
Calamianes	5	4	1
Zamboanga	1	1	0
Marianas	4	3	1

- Pueblos y curas párrocos de las islas Marianas:

<u>Pueblos</u>	<u>Curas párrocos</u>
Agaña y sus 5 anexas	Fr. Bernardo del Rosario
Umatac y Merizo	Fr. Manuel de la Encarnación
Agat	Fr. José de la Concepción
Inarajan y Rota	D. Ciriaco del Espíritu Santo

CAPITULO VII: ESTADO MILITAR

1º) Cuerpo Nacional de Artillería, Departamento de Filipinas:
hay una Compañía de 54 plazas en las islas Marianas, creada por providencia de la Capitanía General de 28 junio 1829.

2º) Estados Mayores de Plaza:

Por R.D. de 6 septiembre 1843, está mandado se organicen los Estados Mayores de Plaza de estas islas a medida que vayan vacando los destinos de los que hoy sirven por la antigua planta, o sea, el Reglamento de 22 septiembre 1838, en la forma siguiente:

Planta de los Gobiernos Militares y Políticos y Empleados de los Estados Mayores de Plaza de las Islas Filipinas, con expresión de las clases a que corresponden en el Ejército, y sueldos según el Reglamento:

<u>Gobiernos y E.M.P.</u>	<u>Clase-empleos</u> <u>efectivos de Ejército</u>	<u>Sueldo</u> <u>anual</u>
---------------------------	--	-------------------------------

MANILA
FORTALEZA DE SANTIAGO
FUERTE SAN ANTONIO ABAD
CAVITE
ZAMBOANGA

<u>Gobernador M. y P.</u>	<u>ISLAS MARIANAS.....</u>	<u>1800 pesos</u> <u>(Teniente Coronel)</u>
---------------------------------	----------------------------	--

<u>Ayudante 1ª con funciones</u>	<u>Capitán.....</u>	<u>912 pesos</u> <u>de Sargento Mayor</u>
--	---------------------	--

ISLAS VISAYAS

3º) Gobiernos Militares y Políticos

Los Gobiernos Militares y Políticos, o Corregimiento de Filipinas, no pertenecen con propiedad a los Estados Mayores de Plaza; pero se les da colocación en la presente plantilla por estar destinados para premio de los militares que más se distinguan por sus servicios y honradez.

En el caso concreto de las islas Marianas es el siguiente:

ISLAS MARIANAS

- Gobernador: El Sargento Mayor veterano, D. Gregorio Santa María.
- Sargento Mayor: D. Francisco Tudela.
- Tropa de Dotación particular de la provincias de estas Islas Filipinas, con inclusión de sus jefes, que son los Gobernadores y Alcaldes Mayores de ellas, y la fuerza total que existe en cada una:

Provincia Jefes Oficiales Sargent Cabos Tambores Soldad Tot

Albay

Bulacán

Negros

Marianas.. 1.....6.....4.....4.....2.....44.....61

(Total: 29 provincias)

(Total General)

2970.....72.....125.....28....1363....1676

El objeto de esta tropa es: la conservación de las casas reales donde residen los Gobernadores y Alcaldes Mayores; la seguridad de éstos y de los intereses del Erario que tienen a su cargo; la custodia de los presos en las cárceles y trabajos públicos; la guarnición de los presidios y fuertecillos; la conducción de presos y pliegos del real servicio.

También puede ser empleada la tropa por los jefes de las provincias en todo lo que ofrezca conveniencia al Estado, y aun removida de su respectivo puesto siempre que el Gobernador Capitán General de las islas así lo dispusiese.

4º) Capitanes de Puerto y Subdelegados de Marina

ISLAS MARIANAS

- Subdelegado: El Gobernador.
- Capitán de Puerto: D. Nicolás Guerrero.

5°) Estado de buques de la Marina Militar: su fuerza y destinos

<u>Fragata</u>	<u>Cañones</u>	<u>Tripulación</u>	<u>Destinos</u>
"Esperanza"	48	280	A estos mares

FUERZAS SUTILES

Destinos	lanchas cañoneras	faluas	baran- gayanes	caño- neras	pedre- ras	hombres
1ª división del Corregidor:						
	0	10	0	10	60	290...
2ª div. de Romblón:						
	1	6	0	7	42	214...
3ª div. de Cebú:						
	1	7	0	8	48	243...
4ª div. de Zamboanga:						
	2	5	0	7	42	225...
De refuerzo en id.:						
	1	2	0	3	18	55...
Bahía de Manila:						
	0	1	0	1	6	25...
Capitanía del Puerto:						
	0	2	0	1	8	68...
Armados.....	5	33	0	37	244	1120...
Arsenal.....	13	9	2	0	0	79...
Total Gral...	18	42	2	37	244	1199...

6°) Estado de la población de las islas Filipinas en 1842
(incluye 29 provincias. No cuentan Marianas, islas Batanes y Zamboanga)

TOTAL POBLACIÓN FILIPINAS: 3.433.480 hab.

AGREGACIÓN:

- MARIANAS:	7.414 hab. (censo de 1840)
- ISLAS BATANES:	8.000 hab. (censo de 1842)
- ZAMBOANGA:	9.765 hab. (censo de 1842)

TOTAL GENERAL: 3.477.678 HAB.

7°) Correo:

La correspondencia para las provincias de Capiz (ó Lapiz), Calamianes, Caraga, Iloilo, Marianas, Misamis y Zamboanga, se remite por los pontines que hacen viaje a dichos puntos.

REAL TRIBUNAL DE COMERCIO

Fue instalado el 1 enero 1834 en virtud de la Real Cédula de 26 de julio 1832, por la que se mandó observar en estas islas el nuevo Código de Comercio publicado en Manila el 15 julio 1833, cesando en su consecuencia, a fin de dicho año, el antiguo Consulado establecido en 1772: en cumplimiento de la R.C. de 6 diciembre 1769, gozaba del mismo arbitrio de avería concedido a los demás Consulados: se componía de un prior, dos Cónsules, y cuatro Diputados elegidos por los de la profesión; los tres primeros ejercían la jurisdicción consular, y los cuatro últimos, en unión de los primeros, se dedicaban a promover el bien del comercio en común.

Las ordenanzas fueron sancionadas en 26 agosto 1828.

JUNTA DE COMERCIO

Fue creada por Superior Decreto de 1 febrero 1835, en sustitución de la llamada De Gobierno que tuvo el Real Consulado hasta la publicación del Código vigente.

Este decreto manda que la Junta se componga de los individuos que forman el Real Tribunal de Comercio, incluso los suplentes o sustitutos, del Prior, Cónsul y sustituto del año anterior, y de los cuatro comerciantes que elegirá cada año; que la Junta sea presidida por el Prior, que se reúna dos veces al mes o más, y que trate todo lo que tenga que ver con el fomento y prosperidad del comercio y navegación nacional.

La Junta se instaló el 26 febrero 1835. Fue aprobada por Real Orden de 3 de marzo de 1836 (Presidente, vocales y secretario. Hay una lista de comerciantes matriculados).

REAL SOCIEDAD ECONOMICA DE FILIPINAS

Creada por R.O. de 27 agosto 1780.

Suspendió sus actividades a finales del siglo XVIII, prácticamente recién creada.

La R.O. de 3 agosto 1811 previno su restablecimiento y se

repitió en la de 10 junio 1813, que no tuvieron su pleno cumplimiento hasta el 17 diciembre 1819, quedando en su virtud instalada de nuevo en 8 marzo 1830.

Consta de varios socios numerarios, corresponsales y de mérito, en número indeterminado, y se rige por estatutos aprobados por S.M. el 13 diciembre 1830.

La primera autoridad de las islas es el Protector de la Sociedad, y preside con voto sus sesiones cuando gusta asistir a ellas.

Los oficios son electivos y la duración, bienal.

APÉNDICE nº 10

- La deportación en Marianas: Real Orden de 3 de septiembre de 1857¹:

"Secretaría de Gobierno de las islas Filipinas.= Primera Secretaría de Estado.= Ultramar.= Número 177.= Excmo Sr.: A consecuencia de los sucesos recientes de la Carolina, varios complicados en ellos han sido condenados a la deportación a esas islas, según ya consta a V.E. por las órdenes que le han dado comunicadas acerca del particular. Razones de alta importancia, que no se ocultan a V.E., aconsejan que esas islas no sean punto de deportación ni de confinamiento, y en este concepto es la voluntad de S.M. que los dichos deportados pasen a cumplir sus condenas en las islas Marianas, debiendo V.E. adoptar las medidas oportunas para que se cumpla la ley con la mayor exactitud, adoptándose todas las medidas convenientes para la seguridad de las personas de los relegados, aunque sin causarles más molestias que las que sean absolutamente necesarias.

Al mismo tiempo la Reina (Q.D.G.) se ha servido mandar que V.E. proponga lo que estime oportuno a la mayor brevedad posible para la creación en las dichas islas Marianas de un establecimiento penal para los confinados de aquellas clases, que no debiendo pasar a los de la Península ni a los de Africa, puedan ser perjudiciales en estas islas y en las Antillas.

Para realizar este pensamiento, habrá V.E. de proponer lo conveniente, teniendo en cuenta que en él va envuelto el proyecto de adelantar la colonización de aquellas islas, donde podrán ser útiles los referidos confinados para el desarrollo de su industria y comercio. Con este fin, las comunicaciones deberán ser más frecuentes, utilizando los buques que existen en ese Apostadero o consultado V.E. al Gobierno lo que estime oportuno. Por último, conviene que V.E. eleve el presupuesto de los gastos que la realización de este pensamiento origine.

De Real Orden lo comunico a V.E. para su conocimiento y efectos correspondientes. Dios guarde a V.E. muchos años. Madrid, 3 de septiembre de 1857.= PIDAL.= Sr. Gobernador Capitán General de Filipinas".

¹. Felipe de la CORTE Y RUANO: Memoria descriptiva e histórica de las islas Marianas, Madrid, Imprenta Nacional, 1875, pp. 256-257.

APÉNDICE n° 11

- Instrucciones para el régimen y gobierno de los establecimientos de las islas de Pagan y Agrigan, Agaña, 21 octubre 1858¹

Del Establecimiento

Art°. 1°. En cada una de las citadas islas se organizará un establecimiento con el objeto principal de proveer carnes, frutas, raíces, leña y cuanto pueda conseguirse y ser útil a los buques que allí tocasen y con el secundario de acopiar carne seca u otros productos realizables en Guajan.

2°. Los referidos establecimientos han de ser sostenidos por los fondos de Lazarinos en sociedad de cuenta y pertición, con todos los destinados a aquellos establecimientos.

3°. Los destinados serán de tres clases:

1ª. Un Cabo o Alcalde Jefe Gubernativo de la isla e Interventor por parte de la Hacienda de las operaciones que allí se hicieran.

2ª. Un contratista jefe director de los trabajos.

3ª. El número de mozos que se conceptúen necesarios para estos trabajos.

4°. Todos estos individuos serán destinados o contratados por término de un año poco más o menos, según las ocasiones de viajar a aquellas islas y tendrán por remuneración de su trabajo un tanto por ciento de interés en los productos líquidos que se obtengan en la isla por cuenta del Establecimietno, siendo prohibido a todos los destinados a él ejercer ninguna clase de tráfico o trabajo por cuenta privada mientras se hallaren allí empleados.

Del Cabo

5°. El Cabo, como jefe de la isla, tendrá facultad para mandar en ella sus asuntos de gobierno y podrá aprisionar y aplicar ligeras correcciones a los individuos que causaren algún delito o falten a sus deberes en materias de conducta u otras de Gobierno, reputándose su autoridad del mismo carácter que la del Alcalde de Rota o Saipan.

6°. A la aproximación de un buque, deberá izar en asta en sitio visible la bandera nacional y esperar en la playa las barcas de los buques que quieran comunicar con tierra, y llegados a ella, se enterará de la nación del buque, nombre, capitán, procedencias, días de navegación desde el último puerto, cargamento, destino y tripulación, procurando obtener todas estas instancias del mismo capitán o de sus oficiales con exactitud y

¹. LCW, Vol. 30, Item 147.

pidiéndolas con atención, haciendo entender a los capitanes que el objeto de recogerlas es publicar su arribo a estas islas en beneficio de sus dueños. Procurarán para esto que los mismos capitanes o sus oficiales les den escritos todos los nombres para que se sepan con exactitud, a cuyo fin tendrá el cabo un libro de papel de Europa donde cada capitán u oficial podrá escribir por sí mismos todas estas noticias. Si al aproximarse el buque hiciere alguna demostración de pedir práctico, ordenará el cabo que salga, si es que hay embarcación para ello, el que a su juicio pueda desempeñar mejor este cargo, y por sus servicios se exigirá al capitán lo mismo que se paga en Guajam y será para el práctico, pero no se cobrarán ningunos otros derechos.

7°. Tomará con la mayor afabilidad a todos los que llegaren y sin faltar a ella les impondrá de que por el Establecimiento se les proveerá de cuanto quisieran que haya en las islas para que no deba tomarse de ella nada por otro medio.

8°. En cuanto considere que no ofrece riesgo, permitirá que salten a tierra capitanes, oficiales y marineros y pasear por las islas, pero harán presente a los capitanes que para evitar deserciones será lo más conveniente que no se separen de los botes los marineros y se retiren de noche, único caso en que se responderá de ellos, para lo que se mantendrá quien los vigile en las embarcaciones.

9°. Se permitirá a los capitanes pernoctar en tierra, y lo mismo a la gente de sus botes, siempre que a juicio del cabo no se ofrezca riesgo de desórdenes, y si lo pidieran se les proveerá de alimentos por cuenta del Establecimiento a moderado precio.

10°. Será absolutamente prohibido el vender aguardiente y toda clase de bebidas espirituosas a los buques y sus tripulaciones, bajo pena de perder el que lo hiciera en cualquiera cantidad toda la parte de su interés en el establecimiento durante el año, además del aguardiente y cuanto por su venta injustificada hubiera obtenido.

11°. En el caso de que algún extranjero quedase en la isla, se le exigirá que preste juramento de obediencia a las leyes y autoridades del país mientras permanezca en él, y si no lo hiciere, se le mantendrá en arresto hasta que haya buque que lo quiera recibir y lo conduzca a Agaña, adonde deberá enviarse en primera oportunidad sin excusa alguna. Al que procurare juramento se le admitirá al trabajo con los demás, y con el interés que se contrate y no exceda de los demás de su clase, y si no quisiere se le permitirá atender por sí de su subsistencia con los productos naturales de la isla que él buscare, pero sin permitirle vender ni extraer cosa alguna cuando se marchare para Agaña o para fuera de Marianas, se le permitirá hacerlo libremente con tal de que no haya cometido algún delito o contraído deudas que no pagare.

12°. En el caso de que algún capitán le pidiera auxilio para mantener preso a algún hombre en tierra interim permanezca en puerto se le prestará conservando seguridad de algún bote que

deje en tierra u otro objeto de valor que evite el riesgo de que se marche abandonándolo, pero en todo caso, le pondrá en libertad en cuanto salga el buque y preste juramento el individuo.

13°. Para cualquier accidente, deberá tener escrito y cerrado en un pliego un nombramiento de Cabo en favor del mozo que le inspire más confianza, el cual, en caso de muerte u otro accidente que imposibilite al propietario de ejercer su cargo será Cabo con los mismos derechos, facultades y goces que el propietario.

14°. El Cabo no estará obligado a trabajar corporalmente con los mozos pero sí a vigilar sus trabajos, a custodiar los productos y a llevar exacta cuenta de todas las operaciones que se hagan en el establecimiento, haciendo obedecer y respetar al contratista en cuanto dispusiera relativo a los trabajos.

15°. En toda ocasión que se presentare deberá dar parte al Gobierno de cuanto ha ocurrido en la isla desde la última comunicación anterior, dando parte de los buques llegados y otras novedades que ofrezcan interés.

16°. Avisará también por separado al Gobierno y al Administrador de Hacienda lo que se haya vendido y los acopios que haya para conducir a Guajan, formando cuentas por fin de cada mes además de llevarlas en un libro en que ha de anotar día por día sin interrupción de fechas ni autos cuanto va ocurriendo que sea de interés para el Establecimiento.

17°. Llevará libros en que copie la correspondencia y siente todas las cuentas y demás del interés general de ellas.

18°. Al ser relevado deberá hacer entrega por inventario a su sucesor de cuanto dejare a su cargo, incluso la correspondencia y libros de asiento y formará cuentas de todo el tiempo de su administración.

Del Contratista

19°. En cuanto a los trabajos y operaciones de interés el contratista será el jefe y dispondrá de los trabajos en el modo y forma que estime conveniente, estando a sus órdenes todos los mozos por cuanto los mandare en beneficio del Establecimiento.

20°. Así mismo, será el contratista el que exclusivamente determine los precios y la forma de los contratos y pagos que se hicieren en los buques, siendo la única misión del Cabo el intervenir que nada salga de la isla sin que el total pago quede depositado en sus manos para dar cuenta de ello y debiendo dar al contratista resguardo escrito de cuanto reciba en dinero o efectos.

21°. El contratista podrá castigar moderadamente a los mozos que no cumplan con su deber y será árbitro exclusivo de separar del Establecimiento a cualquiera de ellos que en su juicio no

llene sus deberes y no pueda ser corregido, en cuyo caso se mantendrá dedicado a los trabajos de la cocina, proveyéndolo de comida pero sin opción ni interés ninguno desde su separación, hasta la primera ocasión que se presente para remitirlo a Agaña.

22°. El contratista será obligado a aplicar todos sus conocimientos e industria a obtener los mayores beneficios de cuanto pueda producirse en la isla, procurando ya realizarlo en los buques, ya prepararlo bien para remitirlo a Agaña, donde se venderá en almoneda pública.

23°. El contratista deberá hacer presente con la debida anticipación cuanto considere necesario para el servicio del Establecimiento a fin de que se le provea de las herramientas, utensilios y materiales que fueren necesarios para los trabajos.

24°. Deberá así mismo preveer y acordar con el Gobierno y Administrador las épocas en que debe enviarse embarcación a recoger los cargamentos y relevos a fin de que ni se deterioren ni se paguen fletamentos infructuosos.

25°. Cumplido el término de su contrato podrá regresar a Agaña, entregando a quien el Gobierno le ordene todos los efectos propios de las haciendas que allí hubiere destinados para venta y acordar sus valores, que le serán abonados en cuenta, pero si por cualquier accidente se retirase sin haberse autorizado persona que reciba sus cargos, no le será de abono más que lo que hubiera realizado en las islas durante su permanencia o embarcado hacia Agaña.

De los mozos

26°. Los mozos deberán obedecer al Cabo en cuanto les mandare en materia de Gobierno y al contratista en lo referente a trabajos.

27°. No podrán separarse de la isla sin orden del Gobierno, excepto por falta de salud que a juicio del Cabo y bajo su responsabilidad exija su venida a Agaña, en cuyo caso se le abonará al mozo lo que le corresponde de lo realizado hasta el tiempo de su salida, pero el que sin esta circunstancia se viniese, perderá todo derecho a la parte en que se hubiese contratado, sin perjuicio de mayor pena si su abandono ocasionase perjuicios o fuera malicioso.

Disposiciones Generales

28°. A todos los del Establecimiento se les podrá proveer de tabaco, ropa y otros cualesquiera artículos de necesidad que se obtengan por cambios de los buques, cargando a cada individuo lo que tomare al precio de costo y siendo responsables el Cabo y el contratista de que no se les provea en más de lo que puedan pagar.

29°. El interés que cada individuo ha de llevar en las ganancias o líquidos procedentes del Establecimiento, será el que contratase con el Administrador de Hacienda y acuerdo del Gobierno en el concepto de que los fondos de lazarinos han de llevar a los menos un tercio de las utilidades.

APÉNDICE n° 12

- Ampliación a las instrucciones dadas a los gobernadorcillos, año 1886¹

"1ª: Vigilará V. con todo interés y especial cuidado en su demarcación para que no se altere el orden público, y será V. criminalmente responsable de cualquiera acontecimiento si a los primeros síntomas que observe o a la más insignificante noticia que obtenga no la pone desde luego en conocimiento de las autoridades.

2ª: En la instrucción de sumarios se atemperará V. a lo dispuesto en el Real Auto Acordado de 31 de agosto de 1860, teniendo entendido que cualquiera falta que se notare se penará, según su importancia, con una multa que no bajará de los cinco pesos, sin perjuicio de proceder criminalmente si así fuese de derecho.

3ª: Dentro de las dos horas siguientes a la en que V. haya tenido noticia de haberse cometido cualquiera clase de delito o hecho que V. crea que reviste tal carácter, dará parte por despacho expreso a esta Alcaldía. La contravención se penará con una multa de diez pesos si no hubiere lugar a la formación de causa.

4ª: Las órdenes y nombramientos de esta Alcaldía Mayor serán cumplimentadas y devueltas puntualmente sin dar lugar a recuerdos, pues de lo contrario se impondrá al moroso la multa de diez pesos por la primera vez, veinte por la segunda, procediéndose criminalmente por desobediencia si tiene lugar a la tercera.

5ª: En el otorgamiento de escrituras públicas y celebración de juicios verbales, se atemperará V. a lo dispuesto en los particulares 1º y 7º del Real Auto Acordado de 31 agosto 1860.

6ª: Cuando le ocurriese alguna duda en el ejercicio de sus funciones judiciales podrán consultar con mi autoridad lo que deban hacer pero jamás suspenderán las actuaciones que se hallen practicando, pues de tal suspensión podrían originarse graves prejuicios a la causa pública.

7ª: Como delegado de mi autoridad, perseguirá V. con especial celo e intereses toda clase de juegos que no sean los permitidos, observando a este fin lo dispuesto en el Reglamento sobre juegos prohibidos de 3 de mayo de 1863, remitiendo a mi autoridad con el acta a los contraventores, teniendo V. entendido que será inexorable con el pedáneo, y no toleraré cualquiera juego de los comprendidos en el artículo 1º de dicho reglamento, y será castigado con arreglo al art. 28 del mismo.

¹. LCW, MEMORIAS Y DOCUMENTOS, Parte 2ª, n° 3: Circular para los gobernadorcillos presentada por la Alcaldía Mayor de esta Provincia, Agaña, 2 diciembre 1886.

8ª: Si en el archivo de su Tribunal no existieran el Auto acordado de 31 de agosto de 1860 y formulario que le es adjunto, o el Reglamento de juegos prohibidos o cualquiera otra disposición necesaria para llevar cumplidamente sus deberes como delegado del poder judicial, podrá V. delegar persona que tome copia de los ejemplares que se conservan en los archivos de esta Alcaldía.

9ª: Cuando algún testigo citado no pueda comparecer por hallarse enfermo, lo acreditará V. por medio de certificación del mediquillo o vacunadorcillo del pueblo, siendo V. responsable de la exactitud de la aseveración de dicho funcionario".

APÉNDICE n° 13

- Discurso de la Corona ante el Parlamento, viernes 2 de junio de 1899¹

"Señores diputados y senadores:

Al abrirse estas Cortes se renuevan en nuestro corazón todos los dolores con que nos ha afligido tantas desdichas de la Patria.

Conviene mantener esas tristezas en el alma para sacar de su experiencia alguna enmienda; pero son de tal condición los daños que mejor cuadra a nuestra dignidad el recogimiento y el silencio sobre ellos que la queja.

Ajustada la paz con los Estados Unidos, se produjeron dificultades parlamentarias que ocasionaron un cambio de gobierno, y entendió el nuevamente constituido que, según el artículo 54 de la Constitución, me corresponde ratificar el Tratado, dando cuenta a las Cortes.

Lo hice así, cumpliendo un deber bien amargo, y mi gobierno os comunicará los documentos de la negociación, para vuestro juicio definitivo.

Quedaron bajo nuestro dominio las islas Carolinas, Palaos y la mayor porción de las Marianas; pero mi gobierno anterior entendió no convenía a España mantener en aquellas regiones restos tan reducidos de nuestro antiguo imperio, y firmó un convenio con S.M. el Emperador de Alemania, ofreciendo cederle aquellos territorios por una ley cuyo proyecto se os someterá inmediatamente.

Nuestras relaciones con las demás potencias son hoy por todo extremo cordiales y amistosas; de todos recibimos la demostración de su interés por nuestros empeños para reponer nuestras gastadas fuerzas, y muy singular gratitud debemos a Su Santidad León XIII, que nos ha prestado constantemente su alta autoridad moral para mantener la paz en los espíritus, y fortificar en la conciencia de los católicos los deberes de sumisión a los poderes del Estado (...)"

¹. Reproducido en El Imparcial, Madrid, sábado, 3 de junio de 1899.

APÉNDICE n° 14

- Tratado hispano-alemán de 30 de junio de 1899¹

"S.M. el Rey de España, y en su nombre S.M. la Reina Regente del Reino, y S.M. el Emperador de Alemania, Rey de Prusia, en nombre del Imperio alemán, deseando confirmar en forma soberana la declaración relativa a los archipiélagos de Carolinas, Palaos y Marianas firmada en Madrid a 12 de febrero del año corriente, y previa la autorización constitucional de los Cuerpos Colegisladores de los dos países, han resuelto celebrar con este objeto un Tratado, y para ello han nombrado sus Plenipotenciarios, a saber:

S.M. el Rey de España, y en su nombre la Reina Regente del Reino, al Sr. D. Francisco Silvela, Presidente de su Consejo de Ministros y Ministro de Estado; y S.M. el Emperador de Alemania, Rey de Prusia, al Sr. D. José de Radowitz,, su Embajador Extraordinario y Plenipotenciario.

Los cuales, después de exhibir sus plenos poderes, hallándolos en buena y debida forma, han convenido en los artículos siguientes:

ARTICULO 1°:

España cede a Alemania la plena soberanía y propiedad sobre las islas Carolinas, Palaos y Marianas (excepto Guam), a cambio de una indemnización pecuniaria de veinticinco millones de pesetas.

ARTICULO 2°:

Alemania concede al comercio y a los establecimientos agrícolas españoles el mismo trato y las mismas facilidades que concederá allí al comercio alemán y a los establecimientos agrícolas alemanes, y reconoce en dichas islas a las órdenes religiosas españolas a los mismos derechos y a las mismas libertades que reconocía a las órdenes religiosas alemanas.

ARTICULO 3°:

España podrá establecer y conservar, aun en tiempo de guerra, un depósito de carbón para la Marina de Guerra y Mercante en el archipiélago de las Carolinas, otro en el archipiélago de las Palaos y otro en el archipiélago de las Marianas.

ARTICULO 4°:

¹. ARCHIVO DEL MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES (AMAE), Tratado n° 530.

El presente Tratado se considera ratificado por los plenos poderes otorgados a los firmantes, y entra en vigor en el día de la fecha.

En fe de lo cual los Plenipotenciarios respectivos han firmado y sellado el presente Tratado con el sello de sus armas.

Hecho por duplicado en Madrid a 30 de junio de 1899

(L.S.) Francisco Silvela
(L.S.) Joseph Von Radowitz

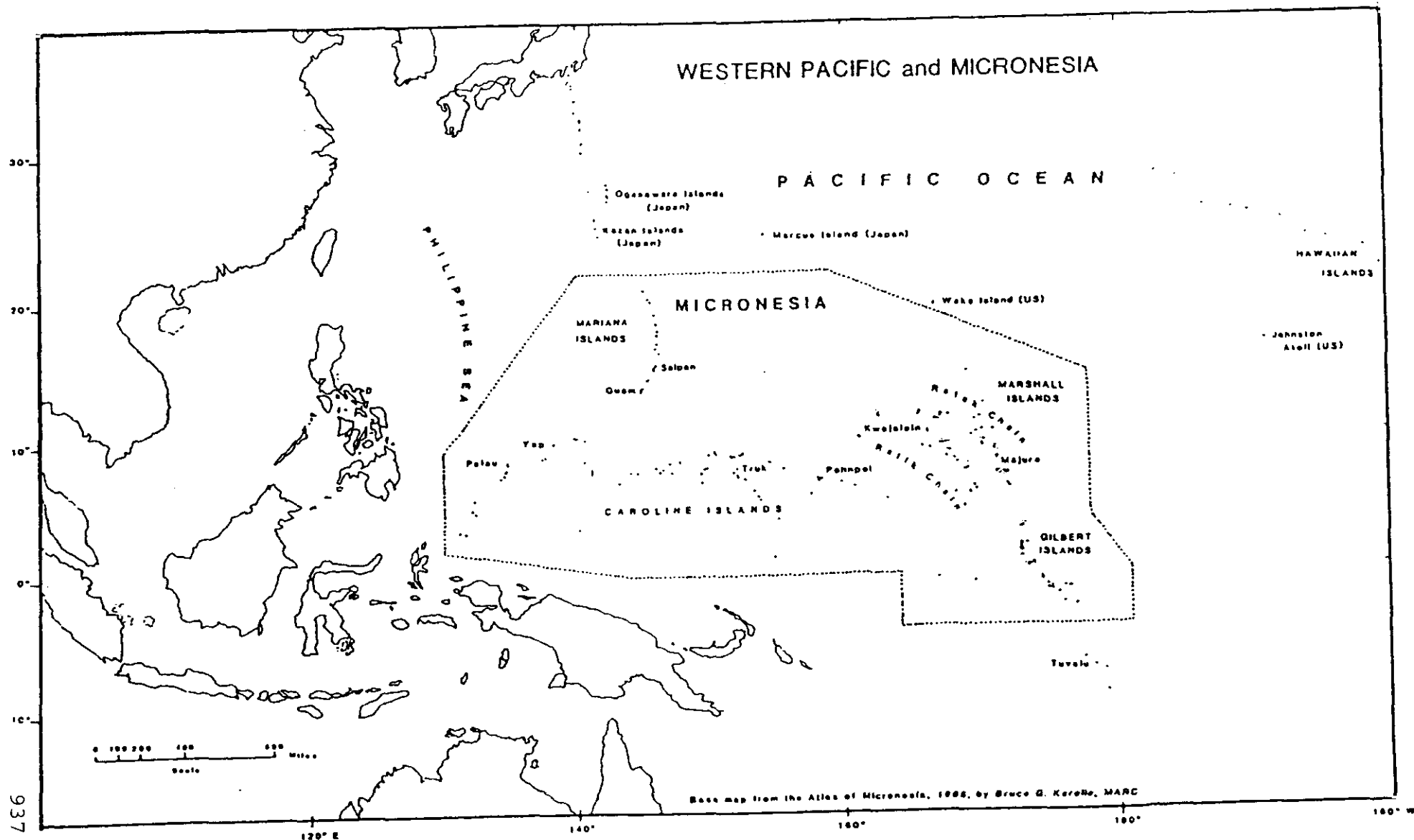


Figure 1. Map of Micronesia.

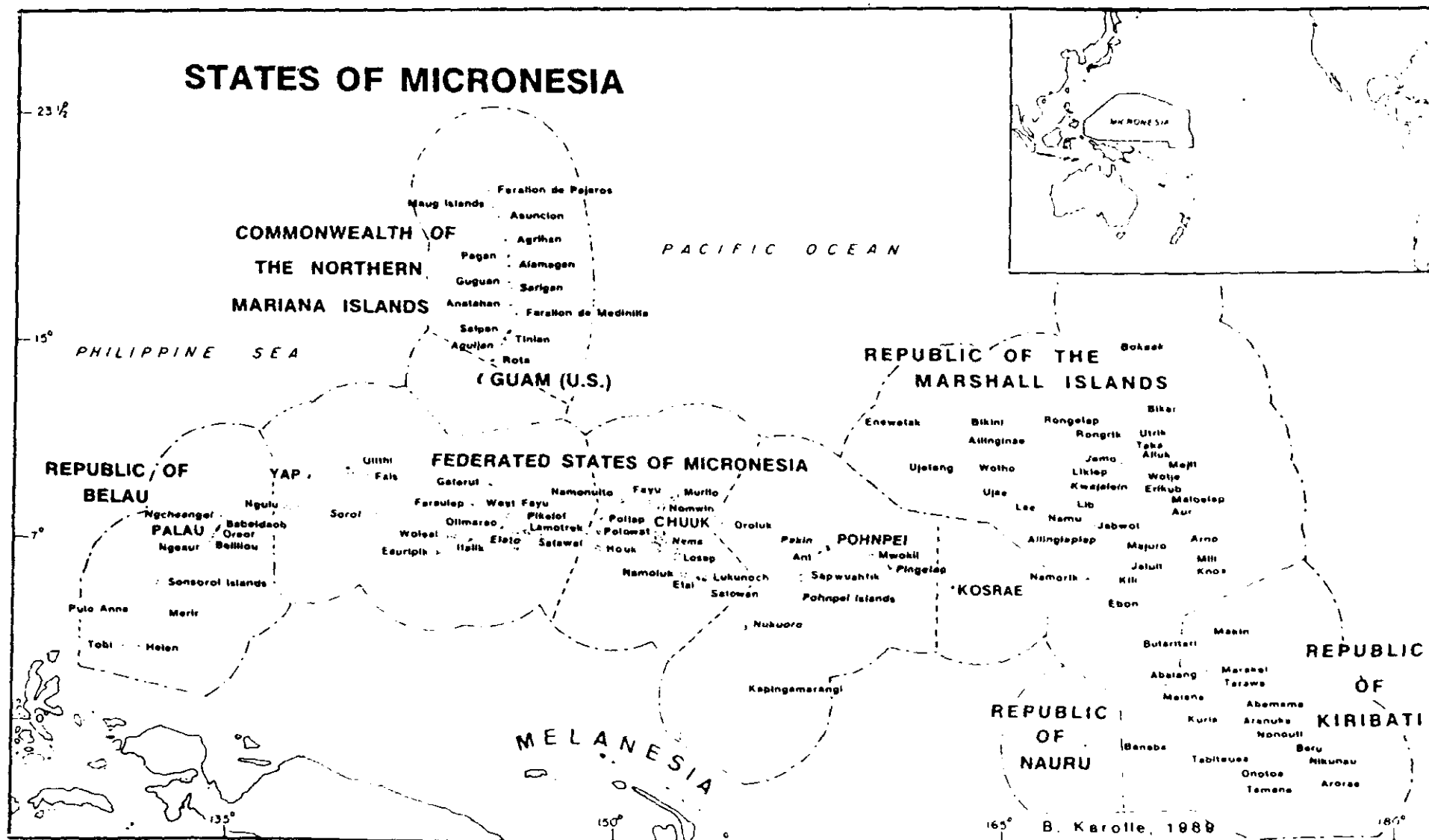


Figure 2. Map of the States of Micronesia.

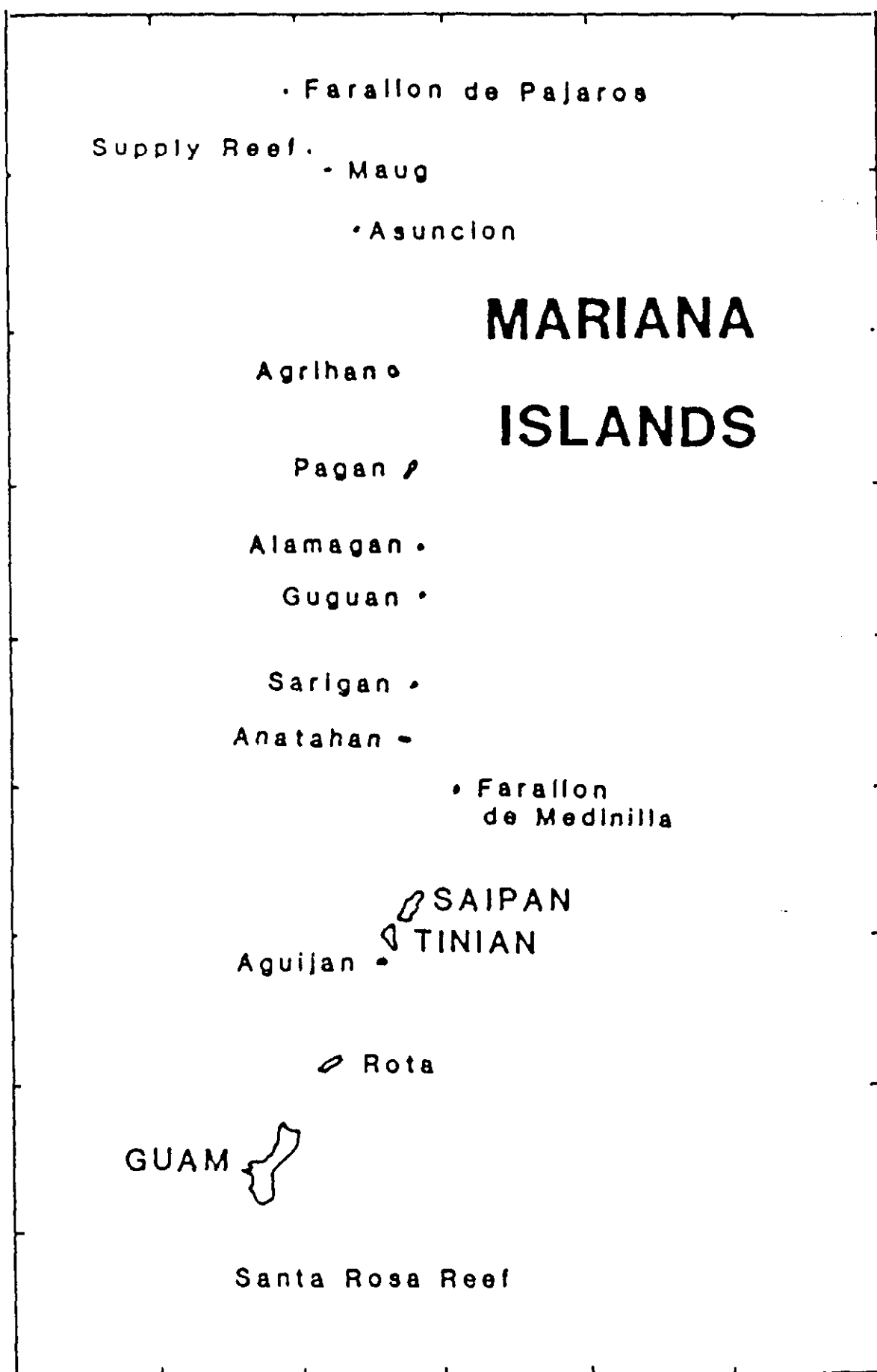
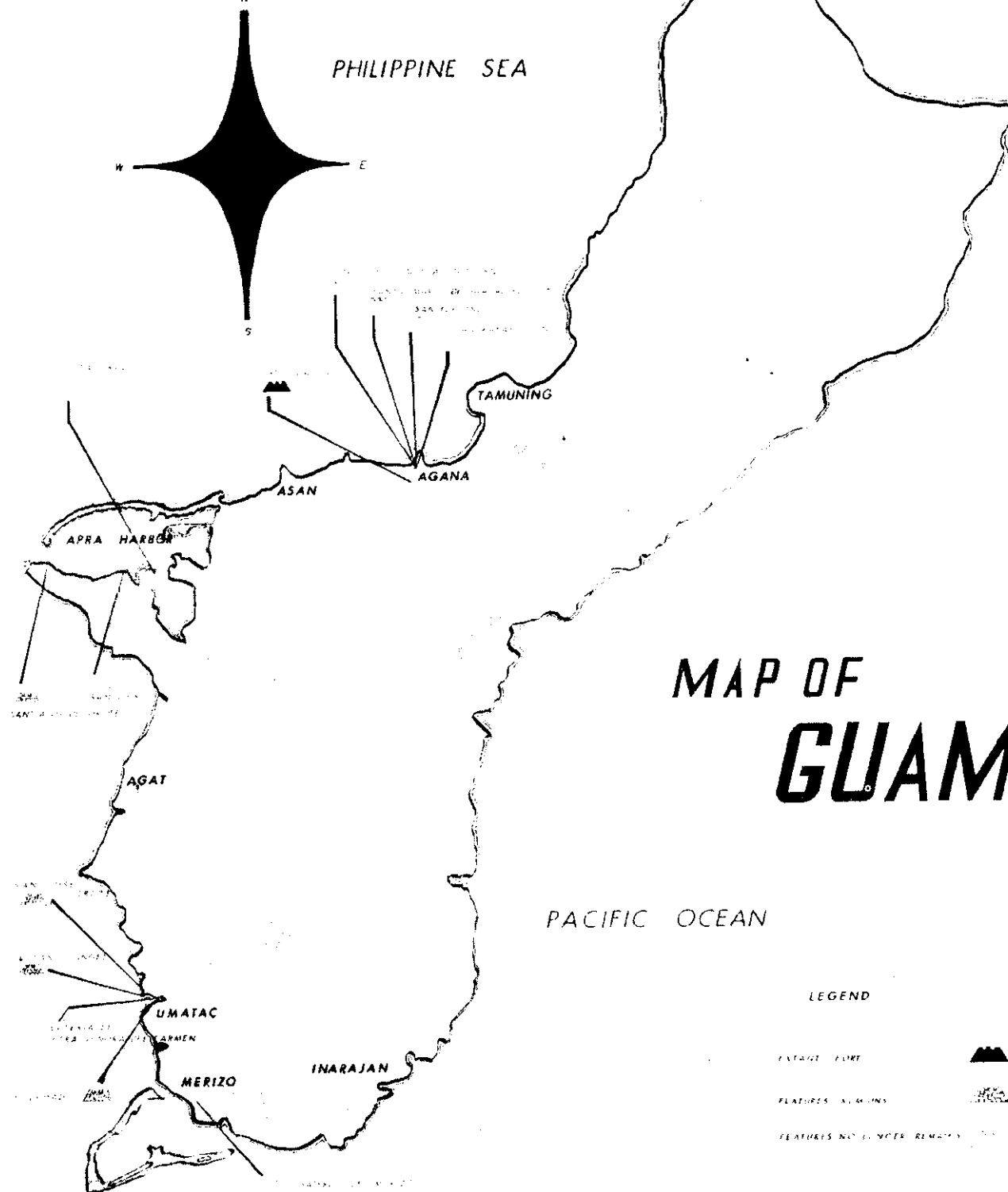
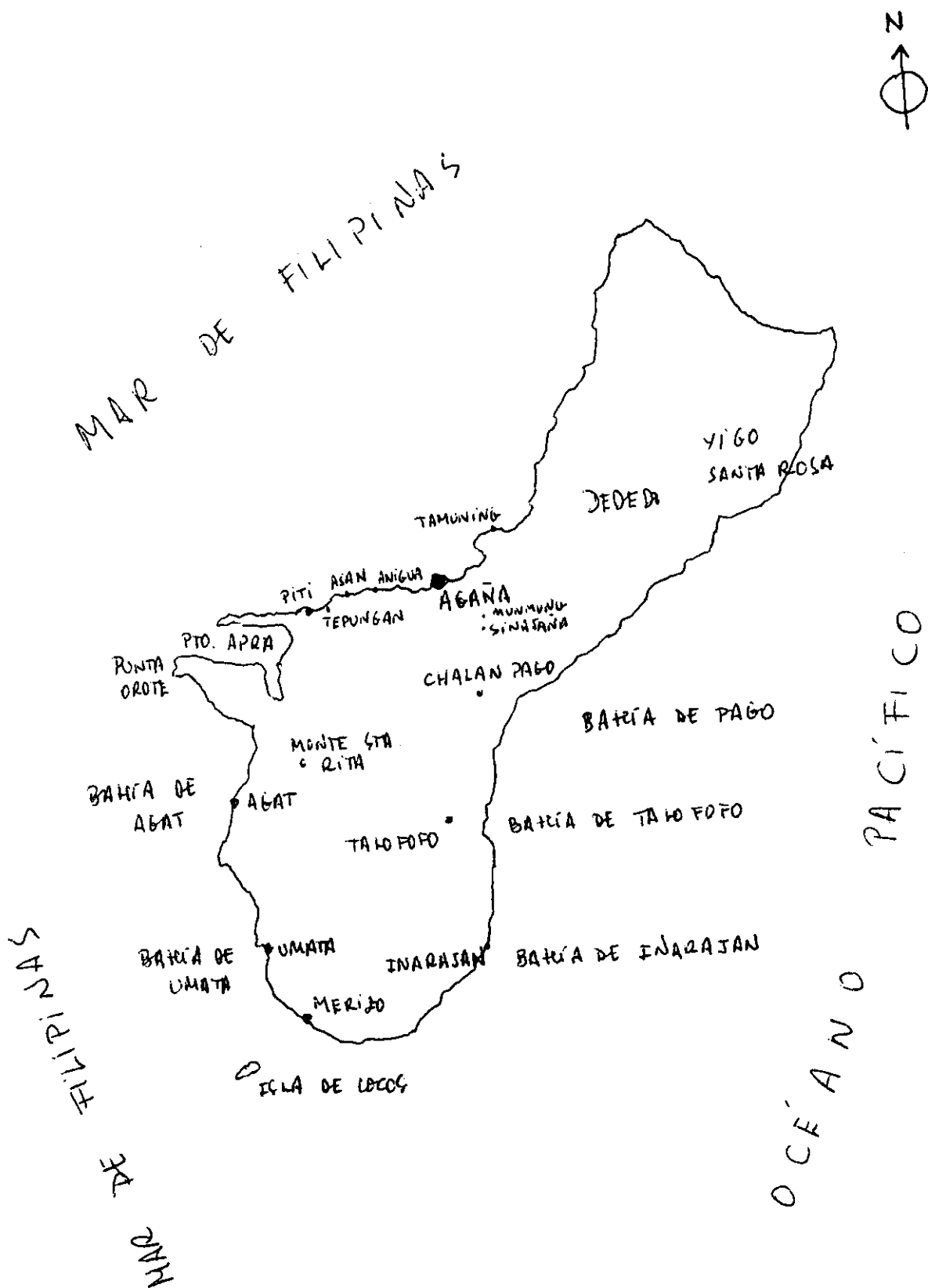


Figure 3. Map of the Mariana Islands.

Fuente: Yolanda DEGADILLO, T. McGRATH Y F. PLAZA: Spanish Forts of Guam, MARC, University of Guam, 1979, p. 4. 940





MAPA DE LA ISLA DE GUAM: LAS POBLACIONES EN EL SIGLO XIX

Fuente: Elaboración propia

Fuente: Francisco OLIVE Y GARCÍA: Islas Marianas, ligeros apuntes
acerca de las mismas, Manila, Lib. M. Pérez hijo, 1887

Volcan de Pagan

I. Uranus

Volcan I. Asuncion

I. Igarigan

I. Pagan

Volcan I. Alamagan

I. Guayan

CARTA GENERAL DEL ARCHIPIELAGO

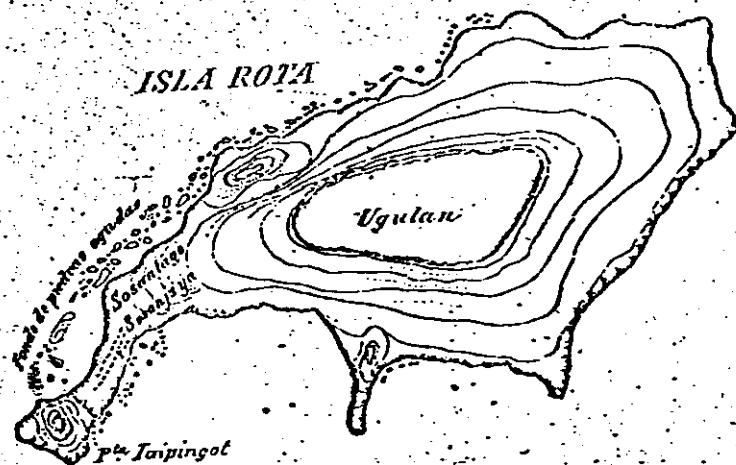
942

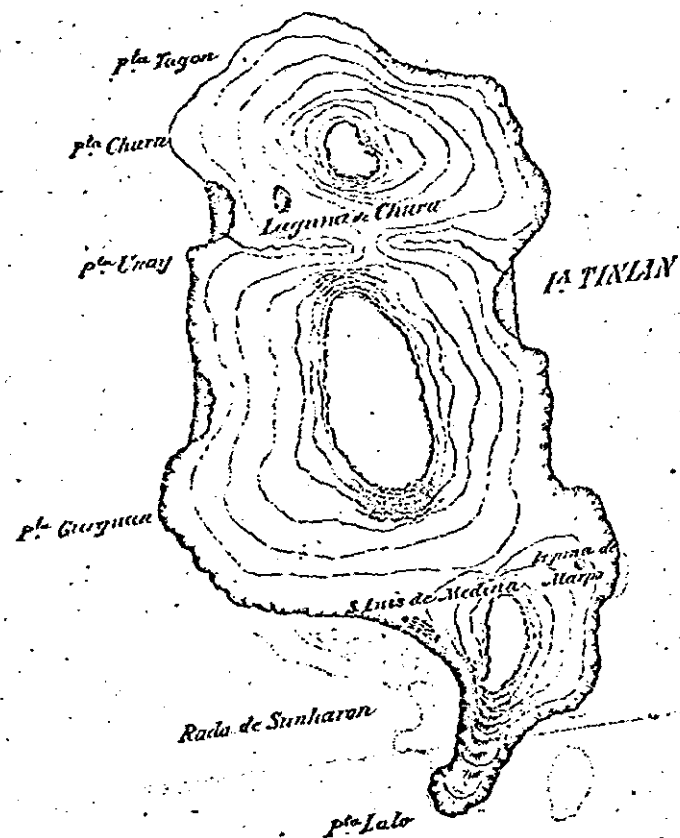
Piedra de Toros

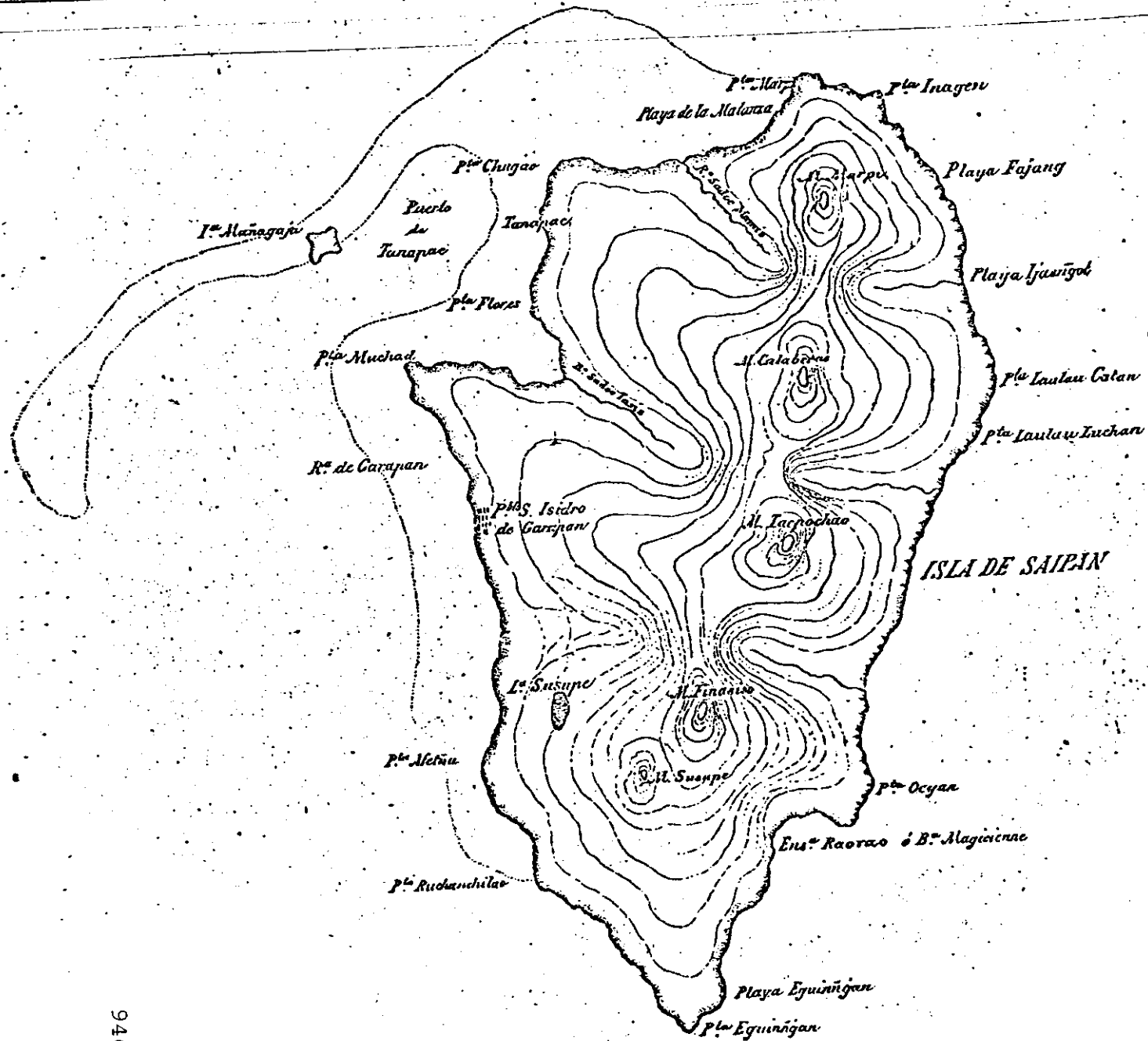
P^{to} Starke
 P^{to} Tonopae
 Garapan
 Catarjuda
 Ruchanchilua
 Tapan-churu
 P^{to} Unay
 Guignan
 P^{to} de Santhorow
 P^{to} Lalo
 P^{to} Inagen
 I^a Saipan
 B^a Mayuierne
 I^a Tinian
 I^a Aguiquan

Tsingpinget
 Ugnan
 I^a Rola

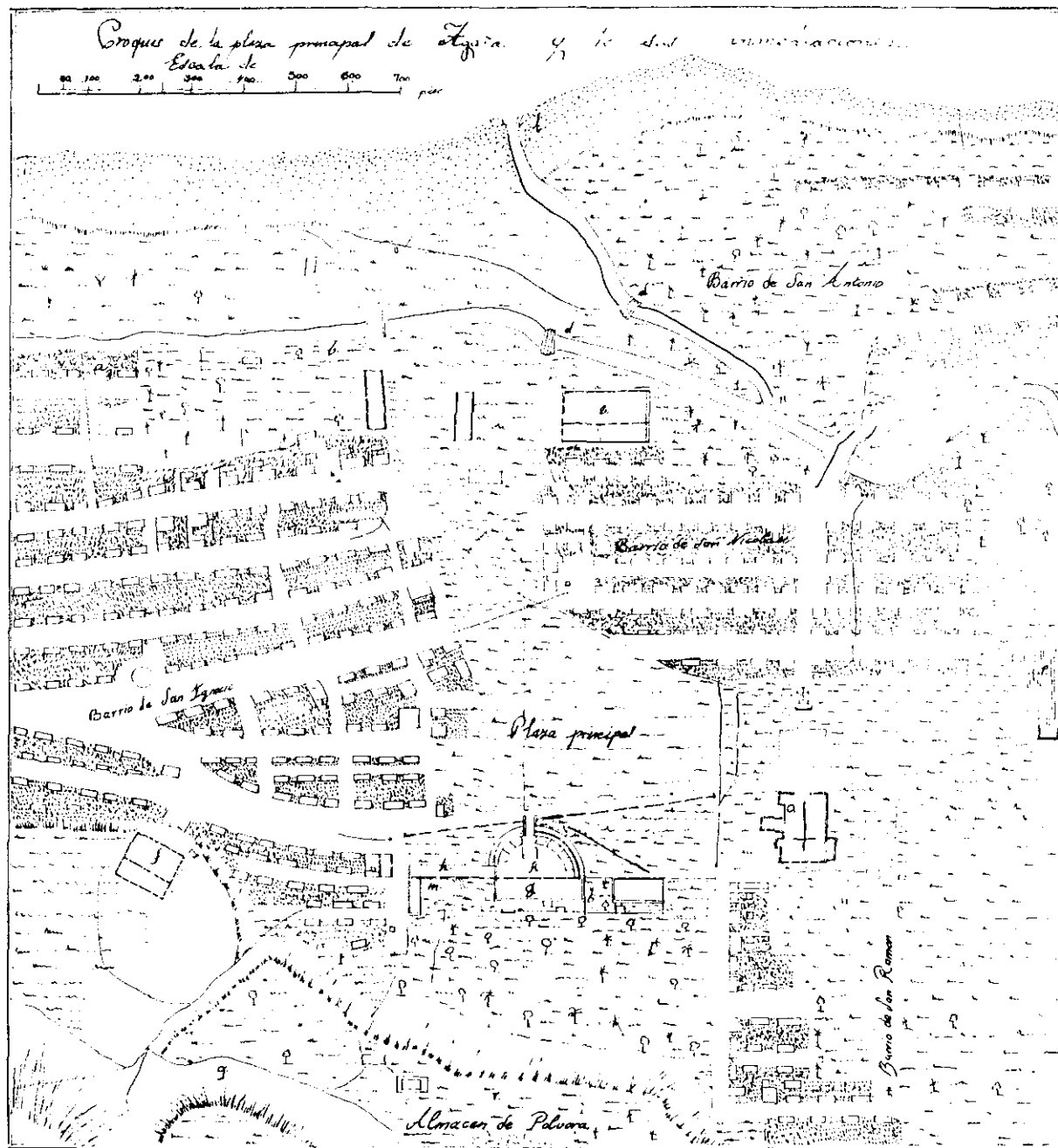
P^{to} Negro
 P^{to} de los Amantes
 AGANA
 P^{to} Orda
 P^{to} de Agot
 P^{to} Jaqui
 P^{to} de Umulac
 P^{to} de Miso
 I^a de Cocos
 P^{to} de Patag
 P^{to} de Lallac
 P^{to} de Hanaum
 P^{to} de Saanyan
 I^a DE GUAILAN
 Pugo
 P^{to} de Jlio
 Tarulale
 P^{to} de Inarajan
 P^{to} de Saje-yau





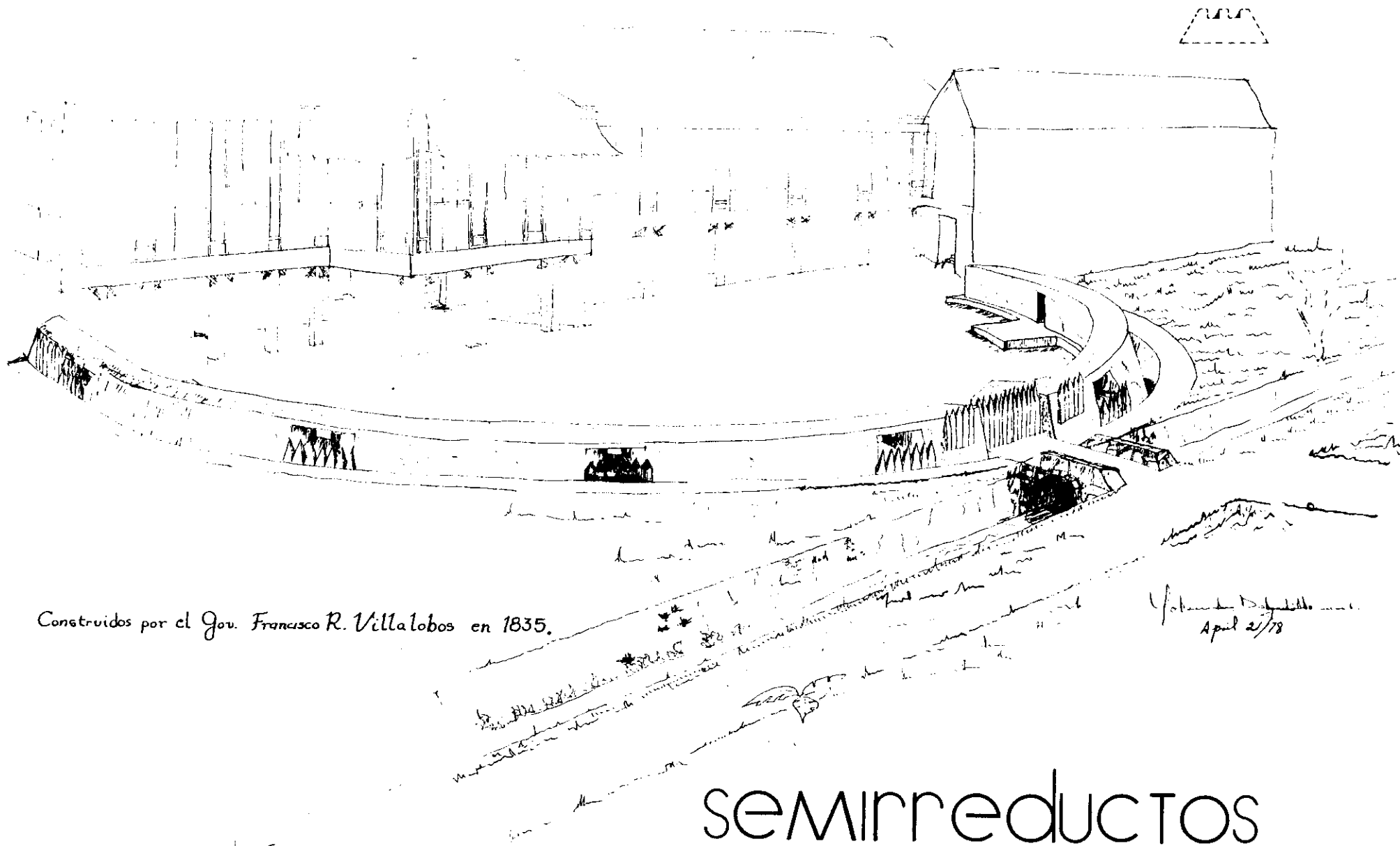


Fuente: Y. DEGADILLO, T. McGRATH y F. PLAZA: Spanish Forts of Guam, MARC, University of Guam, 1979

[illegible]

Map of Agaña in 1835 showing Fort San Rafael (e), Fort Santa Agueda (f), and the Semi-reductos (k).

REDRAWN FROM A 1835 PLAN BY THE AUTHOR C.I.



RECONSTRUCTION BY THE AUTHOR FROM A 1835 PLAN

Fuerte

soledad

Fuente: Marjorie G. DRIVER: Guam. A nomenclatural chronology,
MARC, University of Guam, 1985.

GUAM. A NOMENCLATURE CHRONOLOGY extracted from a selection of materials deposited in the Spanish Documents Collection at the
Micronesian Area Research Center, University of Guam. Compiled by Marjorie G. Driver.

	NAME	DATE	LANG	M/S	UNED	PUBL	MAP	PL	ABRIDGED CONTEXTUAL CITATIONS AND BIBLIOGRAPHIC DATA
26	1 Velas	1521	S		x				[Magellan] ...descubren dos islas que llamaron de las VELAS Colin, F. Labor evangelica, ed. P. Pastells. (Barcelona, 1921), 1:144.
	2 Ladrones	1521	S		x				[Magellan] ...Isla de los LADRONES Ibid., 2:583.
	3 Ladrones	1521	S		x				[Magellan] ...las de los LADRONES Ibid., 1:144.
	4 Ladrones	1526	S		x				[Loaisa] ...las de los LADRONES Ibid., 2:625.
	5 Baha	1544					x		BAHAM Cabot, Sebastian. [Map of the world]. LC Geog. & Maps Div.
	6 Goam	1565	S	x					[Legazpi] ...dixeron que aquella Ysla se llamaba GOAM Navarrete, M. ...Viajes... (1837; rpt. Nendeln: Kraus-T. 1971), 17:132.
	7 Goam	1565	S	x					[Legazpi] ...esta Ysla de GOAM es alta y doblada Ibid., 17:132.
	8 Boan	1565	S	x					[Legazpi. Pierres Plum, French pilot] ...esta Ysla se llama BOAM Ibid., 17:315.
	9 Chamurres	1565	S	x					[Legazpi] ...están las Yslas que llaman de los CHAMURRES o Ladrones Ibid., 17:644.
	10 Guahan	1565	S	x					[Legazpi] ...he visto la de GUAHAN Ibid., 17:644.
27	11 Guan	1565	S		x				[Legazpi] ...una isla de los Ladrones...dieron a entender...llamarse GUAM CDI. F2(1):97.
	12 Goam	1565	S		x				[Legazpi] ...aquella isla se llamaba GOAM Ibid., p. 237.
	13 Ladrones	1580	S	x					...estas Yslas de los LADRONES Gessio, J. B. Parecer... RAH. Col. Munoz, A-66. MS, fol. 31.
	14 Velas	1580	S	x					...por otro nombre se dicen de las VELAS de Maluco Ibid.
	15 Ladrones	1583	S	x					...les ha dado nombre de LADRONES Ignacio, Martin. Itinerario. RAH. Col. Munoz, A-70. MS, p. 55.
	16 Guana	1588	E			1705			[Cavendish] ...they had sight of one of the Islands Ladrones, called GUANA Harris, J. Coll. of Voyages & Travels... (London, 1705), p. 27.
	17 Gauhan	1588	E			1806			[Cavendish] ...in sight of the Ladrones, and passed near the Island GUAHAN Burney, J. Chrono. Hist. Voy. ... (1806; rpt. Amst.: DaCapo, 1967), 2:90.
	18 Volid	1590	S				x		VOLID Herrera, Antonio. Abella Coll. No. 25.
	19 Ladrones	1591		x					...hazerse un presidio en la isla de los LADRONES que es puerto...de las naos Colin, 1:178.
	20 Bubur	1595	D				x		BUBUR Mercator, Gerard. (Amsterdam, 1595). Abella Coll. No. 27.
	21 Guaon	1595	-				x		GUAMON Linschoten, Jan H. (Amsterdam, 1596). Abella Coll. No. 26.
	22 Guan	1596	S		x				...passaron entre las dos Islas GUAN, y la Zarpana Munoz, Ignacio. Parecer... MARC WP No. 12. TS, p. 102.
	23 Bacim	1596	D				x		BACIM Linschoten, Jan H. (Amsterdam, 1596). Abella Coll. No. 24.
	24 Bacim	1599	-				x		BACIM Anon. India Orientalis.
	25 Chamures	1600	S		x				...de esclavos de las Islas de los CHAMURES a Nueva Espana Streit, R. ...Bibliotheca missionum... (Freiburg, 1955), p. 21.

	NAME	DATE	LANG	M/S	UNED	PUBL	MAP	PL	ABRIDGED CONTEXTUAL CITATIONS AND BIBLIOGRAPHIC DATA
28	26	Guahan	1600	E		1819			[Van Noort] ...they made the Ladrone Islands...the Island GUAHAN Burney, 2:225.
	27	Guana	1600	E		1705			[Van Noort] ... They had sight of the Ladrone and...came to GUANA Harris, p. 31.
	28	Boan	1602	S	x				...de la isla de BOAN del...pueblo de Pago Juan Pobre de Zamora. Relacion... Lilly Lib. Phil. MSS II, fol. 309.
	29	Guan	1602	S		x			...que quedavan en la Isla de GUAN AGI. F19. TS. Doc. 121:fol. 1.
	30	Bacin	c 1605	-			x		BACIN Bertius, Petrus. Flores Library Coll.
	31	Guan	1606	S	x				...a poco altura de 13 grados hasta ver la Ysla de GUAN Navarrete, 1:504.
	32	Guan	1609	E		1904			...they sight the island of GUAN Blair, E. & J. Robertson. Philippines Islands... (Cleveland, 1905), 16:201.
	33	Guahan	1625	E		1806			...January the 25th, they had sight of GUAHAN Burney, 3:33.
	34	Volid	1636	E			x		VOLID Jansonius, J. In Ribadeneira, M., Historia... (Madrid, 1947), p. 514.
	35	Uan	1638	E		1904			...went from island to island to...UAN and Harpana Blair and Robertson, 29:170.
	36	Bacin	1654	F			x		BACIN Abbeville, Sanson. (Paris, 1654). Abella Coll. No. 35.
	37	Bahan	1663	L			x		BAHAN Hondiud, Henrich. (Paris, 1663). Abella Coll. No. 16.
	38	Guan	1665-71	S	x				...en el pueblo de Agadna de la isla de GUAN Cartas Annuas 1665-1671, AHPA. Leg. 324. MS, p. 545v.

29	39	Yguana	1667	S		x			...se pasa por entre ellas, y las mas vezes por entre las Sarpana y YGUANAN AGI. F82. TS. Ramo 2:fol. 1.
	40	Guajan	1668	S		1749			...y al anochecer llegaron a GUAJAN Murillo Velarde, P. Historia...Philipinas... (Manila, 1749), p. 290.
	41	Marianas	1668	S	x				...Islas MARIANAS que antes se llamaban Ladrone
	42	Guam	1668	S	x				Relacion...empresas y sucesos... RAH. Cortes 567. Leg. 10 9/2676, p. 41.
	43	Guan	1668	S		1920			...GUAM Sanvitores to Guillen. 17 June 1668. RAH. Cortes 567. Leg. 10/2676, p. 17.
	44	Guan	1669	S		1905			...saltaron en tierra de GUAN el Padre Sanvitores Astrain, A. Historia...Compania de Jesus... (Madrid, 1920), p. 813.
	45	San Juan	1669	S		1905			...islas...reducidas...son GUAN, que se llama SAN JUAN Astrain, A. Notas. ASIT. Fondo Astrain 44 caja x.
	46	Y Guan	1669	S	x				...islas...reducidas...son Guam, que se llama SAN JUAN Ibid.
	47	Guan	1670	S		x			...la Isla...llamada Y GUAM Ansaldo, M. Relacion. 30 mayo 1669. AMN. Diversos. Leg. 389.
	48	San Juan	1670	S		x			...la Isla de GUAN, ya San Juan Sanvitores, D. L., et al. Noticia de los progressos...*
	49	Guan	1670	S	x				...la Isla de GUAN, ya SAN JUAN Ibid.
	50	Guajan	1671	S	x				...ese defensa en GUAN q es la isla mas peligrosa Sanvitores to Morales. 21 Feb. 1670. Nagasaki Coll. No. VI.
	51	Guahan	1671	S	x				...porque alla no se ensoberbezcan con lo de GUAJAN Sanvitores to Fr. Thomas. 4 Nov. 1671. Nagasaki Coll. No. VIII.
	52	Guajan	1671	S	x				...sino hombres como en GUAHAN q. emos dado Ibid.
	53	Guahan	1671	S	x				...en yendo a dicho GUAJAN Sanvitores to Solano. 5 July 1671. Nagasaki Coll. No. VII.

* In Archivo...filipino, ed. W. E. Retana (1895-1905; rpt. Manila: Ayada 1964), 1:198.

	NAME	DATE	LANG	M/S	UNED	PUBL	MAP	PL	ABRIDGED CONTEXTUAL CITATIONS AND BIBLIOGRAPHIC DATA
54	Guan	1671	S	x					...la Isla de GUAN y en la Zarpana Oficio. Mariana to Mancera. MARC WP No. 12. TS, p. 30.
55	Guahan	1671	S				x		GUAHAN Alonso Lopez. In Burney, 3:293.
56	Guahan	1672	S	x					...que llegaron a la de GUAHAN Anon. Relacion... 24 May 1676. RAH. Cortes 567. Leg. 10 9/2676. p. 111.
57	Guan	1672	S		x				...especialmente en las de GUAN y Zarpana Cedula. Mariana to Mancera. 29 Feb. 1672. MARC WP No. 12. TS, p. 46.
58	Guan	1673	S		x				...hasta llegar a la Isla de GUAN y de la Zarpana Florescia, F. Ejemplar vida...Medina... (Sevilla, 1673), p. 16.
59	Guan	1673	S		x				...que en la isla de GUAN...se haga una fundacion real de seminario Mariana to Sanvitores. 18 April 1673. AGI. F331. TS, p. 20.
60	Guahan	1673	S		x				...en medio de la tierra de GUAHAN [Sanvitores] Agana Process. 9 Jan. 1673. MS, fol. IV. Source unknown.
61	Guan	1676	S	x					...diesse fondo en la Ysla de GUAN aora San Juan Xaramillo to Prov. 28 May 1676. AHN. Cartas Ind. No. 396, fol. IV.
62	San Juan	1678	S			1886			...de la Isla de SAN JUAN de Guahan Ibanez y Garcia, L. Historia de...Marianas... (Granada, 1886), p. 184.
63	Guahan	1678	S			1886			...de la Isla de San Juan de GUAHAN Ibid.
64	Guan	1679	S	x					...de hazer en la Ysla de GUAN Vidal, J. Razon y noticia... 2 Jan. 1679. CAB. MS, p. 6.
65	Guan	1679	S		x				...de la Isla de GUAN ya San Juan [Sanvitores] Articulos para la Causa... ASIC. Milagros XXXIX #4, fol. 11v.
66	San Juan	1679	S		x				...de la Isla de Guan ya SAN JUAN Ibid.

67	Guahan	1682	S	x					...otras islas mas q la de GUAHAN Salgado to Duquesa de Aveyra. 8 June 1682. NLA.
68	GUHAN	1683	S	x					...S Juan, segun los espanoles...GUHAN dicen los naturales Garcia, F. Notas... AHPA. E-1-CS(In). MS, p. 7.
69	San Juan	1683	S	x					...SAN JUAN, segun los espanoles...Guhan dicen los naturales Ibid.
70	Guan	1683	S	x					...GUAN--San Juan (como lo escribio y mudo despues el Ven. P.) Ibid.
71	Guacan	1683	S	x					...desde trece y un tercio en que esta GUACAN Solozano, M. Description...costumbres... BP. MS 2866, fol. 124.
72	Bacin	1683	I					x	BACIN Canrelli da Vigonla, Giacomo. (1683). Abella Coll. No. 38.
73	Guan	1683	S		x	1683			...por la Isla de GUAN, que...llamo San Juan Garcia, F. Vida y martyrio...Sanvitores. (Madrid, 1683), p. 187.
74	Guahan	1684	S	x					...esta Ysla de GUAHAN oy San Juan Relacion...Marianas...34 hasta 1685. RAH. Jesuitas. Tomo 207 9/3779:5.
75	San Juan	1684	S	x					...esta Ysla de Guahan oy SAN JUAN Ibid.
76	Guam	1685	E			1967			[Dampier] GUAM is one of the Ladrone Isles Brosses, C. ...Voyages... (1768; rpt. Amst.: DaCapo, 1967), 2:643.
77	Guajan	1685	S		x				...estando estas Islas de GUAJAN la de Rotta la isla de Tinian Esplana, D. Relacion...34 hasta 1685. AGI. F12(2). TS, p. 26.
78	Guam	1686	E			1937			[Dampier] The Island GUAM or Guabon (as the Native Indians pronounce it) Dampier, W. New Voyage... (1697; rpt. London: Black, 1937), p. 201.
79	Guabon	1686	E			1937			[Dampier] The Island Guam or GUABON (as the Native Indians pronounce it) Ibid.
80	Guajan	1686	S	x					...surtos en la principal de GUAJAN Curuzelaegui to Aveiro. 12 Dec. 1686. NLA. MS, fol. 1.
81	Guayan	1689	S		x				...llegase al Puerto de QUAYAN en las Marianas Cedula. Carlos II to Galve. 12 Oct. 1689. MARC WP No. 12 TS, p. 166.

	NAME	DATE	LANG	M/S	UNED	PUBL	MAP	PL	ABRIDGED CONTEXTUAL CITATIONS AND BIBLIOGRAPHIC DATA
	82 Marianas	1689	S	x					...llegase al Puerto de Guayan en las MARIANAS Ibid.
	83 Gua	1690	S			1690			...llegando a la Isla de GUA a 15 de Junio Aranda, G. Vida...y muerte del...Monroy. (Sevilla, 1690), p. 235.
	84 Guan	1690	S			1690			...a dar vista a la Isla de GUAN Ibid.
	85 Guan	1691	S	x					...formar 6 poblaciones grandes, fuera de Agadna, en ...GUAN Bustillo to T. Gonzalez. 14 March 1671. CAB.
32	86 Iguana	1697	E			1744			...IGUANA in 13 degrees. Sarpana in 14. Buenavista in 15. Camelli Careri, G. Voyage to Philippines... (Manila, 1963). p. 142.
	87 Guahan	1698	S			1698			[Legazpi] ...tomo possession de aquella Isla (que se llama GUAHAN) San Agustin, G. Conquista de la Isla Filipinas. (Madrid, 1698), p. 72.
	88 Guaha	1700 ?	L				x		GUAHA Scherer. [After Alonzo Lopez].
	89 San Joan	1700	L				x		SAN JOAN Ibid.
	90 Gvahan	1700	L				x		GVAHAN Ibid.
	91 Gvahan	1700	L				x		GVAHAN (Indigenis) Ibid.
	92 Guahan	1700	F				x		L'Isle de GUAHAN Lopez, A. In Legobien, C., Histoire des...Mariannes... (Paris, 1700).
	93 Guan	1700	F				x		GUAN Ibid.
	94 St. Jean	1700	F				x		Isle de ST. JEAN Ibid.

	95 Guahan	1705	E			1816			[Dampier] ...Zarpana...the Island next to the Northward of GUAHAN Burney, J. Chrono. hist. voy. ... (1816; rpt. Amst.: DaCapo, 1967), 4:444.
	96 Guaban	1705	F				x		GUABAN Fer, Nicolas. (Paris, 1705). Abella Coll. No. 39.
	97 Guan	1705	F				x		GUAN Ibid.
	98 St Jean	1705	F				x		ST. JEAN Ibid.
	99 Guahan	1710	E			1816			[Woodes Rogers] ...on March the 10th, they arrived at...GUAHAN Burney, 4:482.
	100 Guam	1710	E			1967			[Woodes Rogers] ..the place of rendezvous was to be GUAM Brosses, 3:329.
32	101 Guahan	1721	E			1816			[Clipperton] ...May the 13th, he arrived at the Island of GUAHAN Burney, 4:544.
	102 Guam	1721	E			1967			[Clipperton] ...being killed in the unfortunate affair of GUAM Brosses, 3:489.
	103 Guam	1722	E			1967			[Shelvoke] ...we made the island of GUAM, 100 legues short Brosses, 3:569.
	104 Guan	1723	S			1723			...avia llegado a la Isla de GUAN, tyrano alienta Castro, F. Laureola Sacra...Sanvitores. (Madrid, 1723), p. 111.
	105 Guajan	1727	S				x		GUAJAN Ghandia, Romero. (Manila, 1727). Abella Coll. No. 40.
	106 Guaban	1737	S	x					...para la instruccion de la juventud en...GUABAN Morales, L. Historia de...Marianas. AHPA. E-1-C5[c], p. 58.
	107 Guajan	1738	S	x					...la Capital de GUAJAN compuesta de once Pueblos Cardenas Pacheco, F. Representacion... BP. MS 2843, fol. 138v.
	108 Yguan	1738	E			1977			...the best known...is the island of YGUAN or Guajan San Antonio, J. Chronicles... Trans. P. Picornell. (Manila, 1977), p. 55.
	109 Guahan	1749	S	x					...reducidos a...GUAHAN, no comooen ...tres mil almas...los mas Filipinos Martinez de Arizala, P. Informe... AHPA. E-1-C5[11]. MS, fol. 3.

34

NAME	DATE	LANG	M/S	UNED	PUBL	MAP	PL	ABRIDGED CONTEXTUAL CITATIONS AND BIBLIOGRAPHIC DATA
110	Iguana	1750	F			x		IGUANA Robert, Sieur. (Paris, 1750). Abella Coll. No. 47.
111	Guam	1750	F			x		Isle de GUAM Bonne, M. (Paris, 1750).
112	Yguan	1751	S	x				...las Yslas...mas conocidas son la de YGUAN o Guahan
113	Guahan	1751	S	x		x		Deigado, J. Historia general... BN. MS 7427, fol. 82. ...las Yslas...mas conocidas son la de Yguan o GUAHAN
114	Guahan	1768	-			x		Ibid. GUAHAN
115	Guaham	1768	-			x		La Perouse Chart. In Dahlgren, E. ...Hawaiian... (Stockholm, 1917), app. GUAHAM
116	Guaxan	1772	S	x				Faugo, Robertus. In Brosse, 2:front. ...el dia 26 de septiembre de 772 recalaron sobre la Isla de GUAXAN
117	Guajan	1772	S	x				Ibarra, J. RAH. Col. Munoz, A-65. MS, fol. 239. GUAJAN
118	Guajan	1773	S			x		Montenegro, J. Extracto...diario...navegacion. MN. MS 624, fol. 11. GUAJAN
119	Guahan	1780	F			x		Vazquez, Joseph. (Madrid, 1773). MN. LXIX. No. 27. GUAHAN
120	Guahan	1780 ?	S			x		Bellin, Jaques. (Paris, 1780). Source unknown. GUAHAN
121	Guajan	1788	S		1788			Anon. (Madrid, 1780 ?). MN. LXIX. No. 5. ...descubrieron la Isla de Zarpana, y llegaron a GUAJAN al anochece
122	Guahan	1789	S	x				Concepcion, J. Historia general de Philipinas... (Manila, 1788), p. 149. ...desde GUAHAN que es la mas meridional Tornos, J. Ret. geog.-hist. ... RAH. MS Vol. 1. Est. 23. No. 173, fol. 135.

35

123	Guajan	1789	S		1789			...descubrieron la Isla de Zarpana, y llegaron a GUAJAN al anochece
124	Guajan	1791	S	x				Concepcion, J. Historia general de Philipinas... (Sampaloc, 1789), p. 149. ...la ...posicion astronomica de...GUAJAN y Tinian
125	Guaham	1792	S	x				Valdes. [Report] to A. Malaspina. MN. MS 278, fol. 109. ...navegacion desde Acapulco...y observaciones en...GUAHAM
126	Guaham	1792	S			x		Malaspina, A. y J. Bustamante. Viaje cientifico... MN. MS 753, fol. 619. Vista del Fondeadero de Humatac en la Ysla de GUAHAM
127	Guaxan	1792	S			x		Sotos Serrano, C. Los pintores...Malaspina. (Madrid, 1982). Pl. 663. GUAXAN
128	Guahan	1792	S	x				[Malaspina] Anon. Plano...Ysla de GUAXAN. SGE. ...del Pto. de S. Luis en GUAHAN
129	Guajan	1792	S	x		x		[Malaspina] Anon. MN. MS 480, fol. 501. ...el de la Ya. de GUAJAN, tomando
130	Guaxan	1792	S			x		Ibid. GUAXAN
131	Guan	1794	S			x		[Malaspina] Anon. Plano...Ysla de GUAXAN. SGE. GUAN
132	Guahan	1794	S			x		Lopez, Tomas. (Madrid, 1794). GUAHAN
133	Guajan	1794	S			x		Ibid. GUAJAN
134	San Juan	1794	S			x		Ibid. SAN JUAN
135	Guahan	1796	E			x		Ibid. GUAHAN
136	Guam	1796	E			x		Officers of the Astrea. Plan of Umatac... GUAM
137	Guajan	1802	S			x		Ibid. GUAJAN
								Navarro, D. Derrota de Cavite. MN. LXIX. No. 7.

	NAME	DATE	LANG	M/S	UNED	PUBL	MAP	PL	ABRIDGED CONTEXTUAL CITATIONS AND BIBLIOGRAPHIC DATA
	138 Guam	1802	E				x		...the island of Guam (native Guahan) the largest and most important Haswell, W. Island of Guam... In Remarks...Voyage... (Salem, 1917), p. 194.
	139 Guahan	1802	E				x		...the island of Guam (native GUAHAN) the largest and most important Haswell, p. 194.
	140 Guahan	1806	S				x		GUAXAN MN. LXIX. No. 46.
	141 GUAM	1817	E			1984			[Chamisso] ...only slight tremors...may be felt at GUAM Barratt, G. Russian Exploration... (Saipan, 1984), p. 28.
56	142 Guahan	1817	E			1984			[Choris] ...we caught sight of Rota and GUAHAN Ibid., p. 27
	143 GUAM	1817	E			1984			[Kotzebue] ...I made for the northern tip of...GUAM Ibid., p. 19.
	144 Guahan	1818	E			1984			[Golovnin] ...when GUAHAN revealed itself to us Ibid., p. 36.
	145 Guam	1818	E	x					...canoes coming...with 4 natives of GUAM...spoke good Spanish Anon. Log of the Ospray. (Australia). PMB. No. 769, p. 1.
	146 Guahon	1818	E			1967			...in GUAHON, the southernmost of them, and...the largest Kotzebue, O. Voyage... (1821; rpt. Amsterdam: DaCapo, 1967), 3:76.
	147 Guham	1819	F			1839			GUHAM. Humata. La Lepre. Arago, J. Souvenirs d'un Aveugle... (Paris, 1893), p. 203.
	148 Guham	1819	S			1851			GUHAM. Humata. La lepra. Arago, Santiago. Recuerdos de un ciego... (Madrid, 1851), p. 127.
	149 Guam	1819	E			1823			... Our first view of GUAM Arago, J. Narrative of a voyage... (London, 1823), p. 283.
	150 Guam	1819	F		x				... La plus considerable...est l'île GUAM Fregicinet, L. Voyage... 'Navigation...' (Paris, 1826), p. 190.

	151 Guajan	1819	S			1863			... La isla GUAJAN llamada por algunos Guam Direcc. de Hidrografia. Derrotero de...Marianas... (Madrid, 1863), p. 6.
	152 Goam	1819	F			1839?			...Ile GOAM Fregicinet, L. Voyage autour du monde... (Paris, 1824), Livre III:332.
	153 Guam	1819	F				x		GUAM Duperrey, Louis-Isidore. Carte Particuliere de L'Ile Guam. BL.
	154 Guajan	1819	S				x		GUAJAN Duperrey, Louis-Isidore. Carta general de la Isla Guajan... MA.
	155 Guam	1819	F				x		GUAM Duperrey, Louis-Isidore. Carte Generale...des Isles Mariannes... BL.
	156 Guajan	1825	S			1972			...el navio Asia...fondeo...en Umatac de la isla de GUAJAN Fernandez Duro, C. Armada espanola... (Madrid, 1972-73), 9:328.
57	157 Guaham	1825	E			1984			[Kotzebue] ...eastern littoral of GUAHAM Island... subject to...tradewind Barratt, p. 43.
	158 Guajan	1827	S	x					GUAJAN Sanz, M. Descripcion...Marianas. SGE. MS C-19-11. No. 2, p. 2.
	159 Gauahn	1828	E			1984			[Lutke] ...I was now obliged to call at GUAHAN Barrat, p. 44
	160 Guam	1828	E			1984			[Kittlitz] ...we caught sight of GUAM in the distance Ibid., p. 50
	161 Guajan	1828	S		x				...se suprimiran...las Haciendas del Rey en...GUAJAN Ricafort, Mariano. [Edicto]. RAH. MS 9-4479, No. 4.
	162 Guan	1828	S	x					... Nombres primitivos: GUAN, o Guajan o Guahan Ministro de Hacienda. Memoria sobre Marianas... RAH. MS, p. 11.
	163 Guajan	1828	S	x					... Nombres primitivos: Guan, o GUAJAN o Guahan Ibid.
	164 Guahan	1828	S	x					... Nombres primitivos: Guan, o Guajan o GUAHAN Ibid.
	165 Gouaham	1828	F			1835			... GOUAHAM etait une diversion et un contraste D'Urville, Dumont. Voyage pittoresque... (Paris, 1835), p. 477.

38

NAME	DATE	LANG	M/S	UNED	PUBL	MAP	PL	ABRIDGED CONTEXTUAL CITATIONS AND BIBLIOGRAPHIC DATA
166 Gouahan	182(?)	F					x	...des Indigenes de l'ile GOUAHAN Rienzi, D. Oceanie... (Paris, 1836), Pl. 87.
167 San Lazaro	1829	S	x					...se llamaron al principio de SAN LAZARO Despacho de la Marina. Madrid, 7 enero 1829. AHN. U5854.
168 Las Velas	1829	S	x					...se llamaron...luego de LAS VELAS Ibid.
169 Ladrones	1829	S	x					...luego de Las Velas, despues de los LADRONES Ibid.
170 Marianas	1829	S	x					...despues de Los Ladrones, u por ultimo,... las MARIANAS Ibid.
171 Guajan	1829	S	x					...la mas meridional...se denomina GUAJAN Ibid.
172 Guam	1830	E	x					... Barque Derby from GUAM towards CHINA Anon. Log of the Derby. (Australia). PMB. No. 205, p. 1.
173 Guajan	1832	S	x					...se declare libre el comercio...en la Ysla de GUAJAN Ricafort to King. 24 Dec. 1831. AHN. U5854, p. 3.
174 Guajan	1833	S	x					... Description local, militar...de la Ysla de GUAJAN Villalobos, R. Description local... MN. MS 459. No. 16, p. 1.
175 Guam	1835	E	x					...at 6 am GUAM...NNW Anon. Log of the Consul (Australia). PMB. No. 206, p. 1.
176 Gouaham	1836	F					x	Habitation de l'ile GOUAHAM Rienzi, Pl. 88.
177 Guaham	1839	F		x	1983			...ici nous voyons le Chamorro, de GUAHAM [D'Urville] DeGraz, C. Guam Narrative... (Agana, 1984), p. 7.
178 Guam	1840	E	x					GUAM Wilson. Log of the Gypsy. ANU, Dept. of History. MS 198.

39

179 Guajan	1843	S	x					...en esta Ysla de GUAJAN la Poblacion es corta... Sta. Maria, G. Agana, 14 Oct. 1843. Estado...escuelas... AHPA.
180 Guaham	1844	E				x		GUAHAM Anon. [Map of Pacific Islands, c. 1844]. (London).
181 Guam	1849	E	x					... At GUAM. Friday March 2nd 1849. Brewster, Mrs. Wm. Journal aboard the Tiger. G. W. Blunt White Library.
182 Guajan	1850	S				x		GUAJAN Villalobos, R. Croquis de la Isla de Guajan. SCE.
183 Guam	1850	F				x		GUAM Chevallier, H. Oceanie. (Paris, 1850).
184 Guam	1850	E			1850			... Sunday, May 4th, we arrived at GUAM Anon. Log of the Emily Morgan. Source unknown.
185 Guajan	1851	S			1851			... Primera, GUAJAN: poblada, es la mas meridional Encarnacion, J. Estadistica...Prov. ...Agustinos... (Manila, 1851), p. 161.
186 Guajan	1852	S				x		...particulas...que arrastran varios arroyuelos de GUAJAN Coello, F. Carta general de...Marianas y Carolinas. (Madrid, 1852).
187 Guaham	1852	S	x					...el ...22 de Enero de 1865 dio fondo en la isla de GUAHAM Ballesteros, L. Exp. de 22 Agosto, 1852, Madrid. AHN. U5854.
188 Guahan	1859	E	x					GUAHAM Anon. Log of the Roman. (Australia). PMB. No. 249.
189 Guajan	1863	S			1863			... La isla GUAJAN llamada por algunos Guam es la mayor Direcc. de Hidrografia. Derrotero de...Marianas... (Madrid, 1863), p. 6.
190 Guam	1863	S			1863			... La isla Guajan llamada por algunos GUAM es la mayor... Ibid.
191 Guam	1864	E			1905			...through her representative at GUAM, from which all blessings... Beane, J. From Forecastle to Cabin... (New York, 1905), p. 251.
192 Guajan	1865	E			1865			...on the 13th of December...fifty leagues from GUAJAN (commonly called Guam).. Sanchez y Zayas, E. Voyage of...Narvaez. Nautical Mag. 1865-1866, p. 364.
193 Guam	1865	E			1865			...on the 13th of December...fifty leagues from Guajan (commonly called GUAM).. Ibid.

	NAME	DATE	LANG	M/S	UNED	PUBL	MAP	PL	ABRIDGED CONTEXTUAL CITATIONS AND BIBLIOGRAPHIC DATA
40	194 Guajan	1872	S			1872			... Para estar a la vista de GUAJAN, nos restaban...ciento veinte millas. Alvarez Guerra, J. ...de Manila a Marianas. (Madrid, 1872), p. 129.
	195 Guam	1872	F		x				... Decedes de mort naturelle a GUAM.
	196 Guajan	1873	S		x				Ibanez, Luis. Relation nominale... Agana, 13 Nov. 1871. TS.
	197 Guam	1873	E	x					...los...anos...que llevo de permanencia en ...GUAJAN
	198 Guahan	1875	S			1875			Anon. Apuntes de...Marianas. (Manila, 1873), p.22.
	199 Guan	1876	S			1876			...left the anchorage at Saipan bound to GUAM
	200 Guajan	1876	S			1876			Anon. Log of the Marengo. (Australia). PMB. No. 214.
	201 Guajan	1877	S			1877			... La figura de GUAHAN en muy irregular...
	202 Guam	1880	E	x		1883			Lastres y Juiz, F. La colonizacion penitenciaria... (Madrid, 1875), p. 45.
	203 Guajan	1884	S	x					GUAN, Guahan o Guajan. ...los extranjeros...la nombran todos...Guam
	204 Guajan	1884	S			1884			Corte, Felipe. Memoria descriptiva... (Madrid, 1876), p. 41.
	205 Guajan	1885	S			1885			Guan, Guahan o GUAJAN. ...los extranjeros...la nombran todos...Guam
	206 Guajan	1885	S			1885			Ibid.
									... Siguiendo el orden en que estan...GUAJAN, Rota
									Govantes, Felipe. Historia de Filipinas... (Manila, 1877), p. 244.
									... No German firm can carry out business on GUAM.

41	207 Guajan	1886	S			1886			GUAJAN
	208 Guajan	1886	S				x		Olive y Garcia, F. ...Lijeros apuntes... (Manila, 1887), p. 24.
	209 Guajan	1886	S			1886			GUAJAN
	210 Guajan	1886	S				x		Montero y Vidal, J. Carta general de...Marianas... (Madrid, 1886).
	211 Guajan	1886	S			1886			... En la isla de GUAJAN lo hay desde el siglo XVII...
	212 Guam	1886	S			1886			Anon. Conflicto Hispano-aleman... (Madrid, 1886), p. 31.
	213 Guam	1887	F			1898			... Llamanse GUAJAN, Rota, Aguigan, Tinian, Saipan...
	214 Guam	1887	F			1898			Montero y Vidal, J. Archipelago Filipino. (Madrid, 1886), p. 438.
	215 Guajam	1887	F			1898			...permanecieron en la isla de GUAJAN...para hacer aguada y recoger viveres
	216 Guaham	1888	F			1888			Ibanez y Garcia, L. Historia de...Marianas... (Granada, 1886), p. 30.
	217 Guajan	1889	E			1892			... Esta isla de Guajan, llamada por algunos GUAM, es la mayor
	218 Guajan	1890	S	x					Ibid., p. 30.
	219 Guan	1890	S			1890			...sur la cote ouest de l'ile GUAM, dans une rade assez grande
	220 San Juan	1890	S			1890			Marche, A. Rapport general... Nouvelles Archives (Paris, 1889), p. 242.
	221 Guam	1891	E			1891			...en vue de San Luis de Apra, port de l'ile de GUAM, ou Guajam

Marche, A. ...Voyage aux Mariannes. Bull. Soc. Geog. ... (1890).

42

NAME	DATE	LANG	M/S	UNED	PUBL	MAP	PL	ABRIDGED CONTEXTUAL CITATIONS AND BIBLIOGRAPHIC DATA
222 Guajan	1891	S	x					...en la isla de GUAJAN; la ciudad de Agana con sus barrios Santos, L. Memoria de... Marianas. LCM. MS No. 3, fol. 2.
223 Guan	1892	S			1892			... La mayor de las Marianas es la de GUAN o Guahan
224 Guahan	1892	S			1892			Delgado, J. Historia general sacro-profana... (Manila, 1892), p. 114.
225 Guajan	1894	S			1894			... La mayor de las Marianas es la de Guan o GUAHAN Ibid.
226 Guajan	1894	S		x				...el ilustre navegante permanecio tres dias en GUAJAN Munoz Barrera, V. Micronesia espanola... (Madrid, 1898), p. 39.
227 Guajan	1897	S			1897			...en 1886 de 9.795 habitantes distribuidos en...GUAJAN, Rota Cadarso, L. Informe. (Apostadero de Filipinas, 1894). TS, p. 12.
228 Guam	1898	E			1898			... Como ya hemos dicho...GUAJAN en la isla mas extensa Campo Exhevarria, A. Espana en Oceania... (Santander, 1897), p. 109.
229 Guam	1898	S			1898			...and the island of GUAM in the Marianas or Ladrone Pres. of U.S. Message transmitting Treaty of Peace... (Paris, 1898), Art. II.
230 Guam	1899	E	x					...y la Isla de GUAM en el archipelago de las Marianas o Ladrone Ibid.
231 Guam	1899	S	x					Agana, Island of GUAM, Sept. 10, 1899. Safford to Archbish. Baltimore. 10 Sept. 1899. Gibbons Papers. No. 97.
232 Guam	1900	E	x					...pero formando parte de la Ysla de GUAM Arias Rodriguez, M. Relato de un viaje... RAH. MS, p. 198.
233 Ladrone	1900	E	x					...the Official designation...be Isle of GUAM, Pacific Ocean Leary to Sec. Navy. Agana, 23 Feb. 1900. Source unknown.
234 Guam	1900	E				x		...suggest that the words LADRONE Islands be omitted Ibid.
								GUAM or Guajan In Wheller, J. Report on...Guam. (Washington, 1900).

43

235 Guam	1900	E			1900			GUAM, also spelled by some...Guam, Guajan, and Guahan
236 Guam	1900	E			1900			Wheller, J. Report on...Guam. (Washington, 1900), p. 17.
237 Guajan	1900	E			1900			GUAM Ibid.
238 Guahan	1900	E			1900			GUAHAN Ibid.
239 Guam	1901	S	x		1946			... El ano de 1901 piso tierra de GUAM.
240 Guahan	1904	G			1904			Artero y Saez, P. Autobiografia. Agana, 1946 ? TS, p. 3.
241 Guam	1904	G			1904			...den Hafen von Umatag auf GUAHAN (Guam) Fritz, G. Die Chamorro... (Berlin, 1904), p. 28.
242 Guahan	1905	E				x		...den Hafen von Umatag auf Guahan (Guam) Ibid.
243 Guam	1905	E			1905	x		GUAHAN or Guam Island U.S. Coast & Geod. Survey. In Safford, Useful Plants. (Washington, 1904).
244 Guam	1914	S			1914			Guahan or GUAM Island Ibid.
245 Guajan	1925	S			1925			...excepto la isla de GUAM, ...propiedad de los Estados Unidos Enciclopedia Universal... Espasa Calpe. (Madrid, 1930-1933), 33:80.
246 Guam	1951	S			1951			Isla de GUAJAN Ruiz, L. Sinopsis Historica...Agustinos Recoletos. (Manila, 1925), p. 749.
247 Guam	1951	S			1951			...las Filipinas y GUAM--la habia humillado...tratado hispanoyanqui de paz Revista de Indias. Espana en Micronesia, 1951, p. 29.
								...habiendo quedado muy diezmada la de GUAM por una epidemia Ibid, p. 39.



Plaza de España, Agaña (Guam): vistas de los jardines del Palacio del Gobernador.

Fuente: elaboración propia.



Dos panorámicas de la bahía de Umata (Guam); en la fotografía de abajo, al fondo destaca la Iglesia de San Dionisio, reconstruída en 1939 en el mismo sitio en que se encontraba la primera iglesia del pueblo, construída en 1680 con el mismo nombre, destruída trece años después por un tifón y reconstruída sucesivamente hasta hoy.

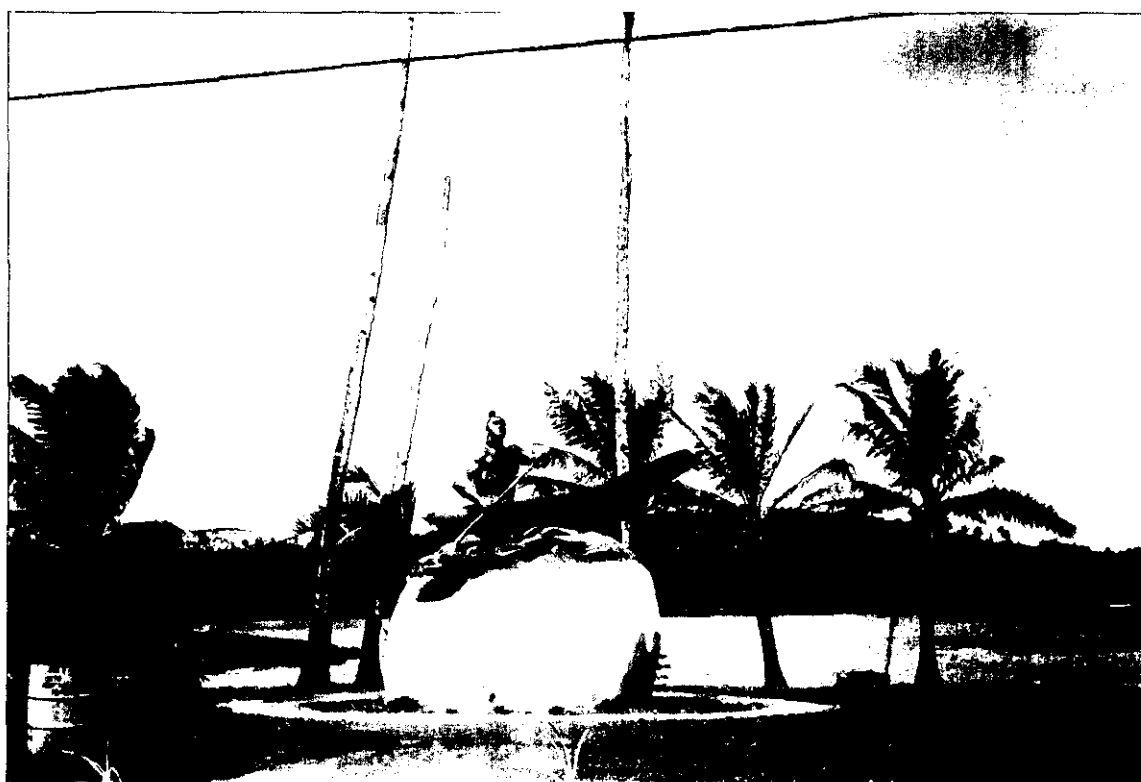
Fuente: elaboración propia.



Arriba: garita que formaba parte del antiguo fuerte español de Nuestra Señora de la Soledad

Abajo: bahía de Umata, vista desde las ruinas del fuerte.

Fuente: elaboración propia.



Arriba: Merizo, agrupación de latte, construcción megalítica característica de las islas Marianas.

Abajo: Inarajan, monumento a Quipúha, jefe chamorro que sería bautizado con el nombre de Juan por Sanvitores.

Fuente: elaboración propia.